

Tomo

I

Vol.

3



José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz (dirs.)

La Corte de Felipe IV (1621-1665)
Reconfiguración de la Monarquía católica

Colección
La Corte en Europa
Temas



Consejo de Dirección:

Profesor Doctor Agustín Bustamante
Profesora Doctora Concepción Camarero Bullón
Profesor Doctor José Martínez Millán
Profesor Doctor Antonio Rey Hazas
Profesor Doctor Manuel Rivero Rodríguez

José Martínez Millán,
José Eloy Hortal Muñoz
(dirs.)

LA CORTE DE FELIPE IV
(1621-1665):
RECONFIGURACIÓN
DE LA MONARQUÍA CATÓLICA

Tomo I - Volumen III



Ediciones Polifemo

Madrid, 2015

Ilustración de cubierta:

Taller de Diego de Silva y Velázquez: *Felipe IV, orante*
ha. 1655, Museo del Prado, Madrid

© Archivo Oronoz

Colección *La Corte en Europa*, Temas 9 (Tomo I - Volumen III)

© Ediciones Polifemo

Avda. de Bruselas, 47 - 5º

28028 Madrid

www.polifemo.com

ISBN (Obra Completa): 978-84-16335-07-7

ISBN (Volumen III): 978-84-16335-10-7

Depósito Legal: M-27009-2015

Impresión: Nemacs Comunicación, S.L.

Avenida Valdelaparra, 27 - naves 18 y 19

28108 Alcobendas (Madrid)

LA CORTE DE FELIPE IV
(1621-1665):
RECONFIGURACIÓN
DE LA MONARQUÍA CATÓLICA

Tomo I - Volumen III

ÍNDICE GENERAL

TOMO I - VOLUMEN I

Índice de autores	vii
Índice general	ix
Siglas y abreviaturas	xlvi
Presentación,	
<i>José Martínez Millán</i>	xlix

INTRODUCCIÓN

1. EL REINADO DE FELIPE IV	
COMO DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA,	
<i>José Martínez Millán</i>	3
1.1. La decadencia de la Monarquía hispana en el siglo XVII	3
1.2. La decadencia durante el siglo XVIII. El atraso cultural	8
1.3. El concepto de decadencia durante el siglo XIX (1812-1875):	
La falta de libertad	14
1.4. El cambio de imagen de la decadencia de España	
durante el período de la Restauración	26
1.4.1. La polémica de la ciencia	27
1.4.2. La reinterpretación de la “decadencia”	
por Cánovas del Castillo	32
1.5. El debate regeneracionista sobre la decadencia española	36
1.6. La decadencia de la Monarquía hispana	
durante el régimen de Franco (1939-1975)	46
1.7. La decadencia de la Monarquía y el reinado de Felipe IV	
en la historiografía española actual	49
2. ANTIESPAÑOLISMO Y DECADENCIA EN LA CULTURA ITALIANA,	
<i>Aurelio Musi</i>	57
2.1. Españolismo/antiespañolismo	57

2.2. El antiespañolismo entre Felipe III y Felipe IV	59
2.3. El crepúsculo del sistema imperial español, la academia de Medinaceli y Paolo Mattia Doria	68
2.4. Antiespañolismo e Ilustración	75
2.5. En el romanticismo decimonónico:	
El mito negativo de la fundación nacional	77
2.5.1. <i>L'Inferiorità intellettuale degli italiani</i> :	
Francesco de Sanctis	77
2.5.2. Sismondi y el <i>Risorgimento</i> italiano	81
2.5.3. El uso político del estereotipo:	
El “españolismo parlamentario”	86
2.5.4. Feudalismo, parasitismo económico y <i>Mezzogiorno</i> español	88
2.6. El antiespañolismo radical en la primera mitad del siglo xx:	
Gabriele Pepe	93
2.7. La refundación historiográfica: de Croce a Galasso	102
2.7.1. Distribuciones, contextos y núcleos del juicio historiográfico	102
2.7.2. <i>La Historia del reino de Nápoles</i> :	
Una obra de refundación historiográfica	105
2.7.3. ¿Olvidar a Croce?	113
2.7.4. Nápoles española en la interpretación de Giuseppe Galasso	118
3. LA DECADENCIA DE LA MONARQUÍA HISPANA EN EL IMAGINARIO DEL SIGLO XIX	
<i>Carlos Rejero</i>	130
3.1. Algunos recuerdos gloriosos del reinado de Felipe III	133
3.2. En torno a la “leyenda negra”	135
3.3. El ocaso de tres poderosos:	
Rodrigo Calderón, Villamediana y Valenzuela	138
3.4. El Madrid de Felipe IV	140
3.5. La privacidad de la corte	142
3.6. Felipe IV y los artistas	144
3.7. Fiestas en la corte de Felipe IV	147
3.8. Escenas del siglo XVII	149
3.9. Retratos a la moda del siglo XVII	152
3.10. La siniestra corte de Carlos II	158
3.11. La atracción del horror	161

LAS CASAS REALES

CAPÍTULO 1

<i>La casa del rey. La casa de Borgoña</i>	167
--	-----

1. LA REAL JUNTA DE BUREO

<i>José Martínez Millán, Ignacio Ezquerra Revilla</i>	167
---	-----

1.1. Contorno orgánico del Bureo en tiempo de Felipe IV	169
---	-----

1.1.1. Competencias gubernativas	182
--	-----

1.1.2. Competencias económicas	195
--------------------------------------	-----

1.1.3. Competencias jurisdiccionales	203
--	-----

1.2. La dificultosa imposición jurisdiccional del Bureo y la aprobación de las etiquetas de 1651	211
---	-----

1.3. Inercia y permanencia de la fricción jurisdiccional	227
--	-----

1.4. Limitación jurisdiccional del Bureo en tiempo de Carlos II	238
---	-----

1.5. Perfeccionamiento de la jurisdicción.	
--	--

El asesor y su relación con el Bureo

<i>Ignacio Ezquerra Revilla</i>	249
---------------------------------------	-----

1.5.1. La controvertida asistencia del asesor en el Bureo	260
---	-----

1.5.2. Perfil biográfico y funcional de los asesores del Bureo. El doctor don Pedro Marmolejo	266
--	-----

1.5.2. La revitalización de la usanza doméstica castellana en tiempo de Carlos II	296
--	-----

Apéndice documental	310
---------------------------	-----

2. LA TRANSFORMACIÓN INSTITUCIONAL DE LA CÁMARA REAL

DE LA MONARQUÍA HISPANA DURANTE EL SIGLO XVII

<i>José Martínez Millán, Koldo Trápaga Monchet</i>	317
--	-----

2.1. Evolución de la cámara	318
-----------------------------------	-----

2.1.1. Secretario de cámara	333
-----------------------------------	-----

2.1.2. Escribano de cámara	337
----------------------------------	-----

2.2. El incremento de mercedes a través de la cámara	340
--	-----

2.3. La reforma de la cámara de 1636.	
---------------------------------------	--

El nombramiento del conde duque de Olivares

como camarero mayor y sumiller de corps	349
---	-----

2.4. La nobleza en la cámara real	
-----------------------------------	--

<i>José Antonio Guillén Berrendero</i>	361
--	-----

2.5. La cámara real como espacio palaciego de integración	
---	--

<i>Ignacio Ezquerra Revilla</i>	379
---------------------------------------	-----

2.5.1. Etiquetas de actuación. Distribución, uso y restricciones del espacio interno de la cámara real en tiempo de Felipe IV	380
2.5.1.1. La <i>Instrucción</i> para la cámara y aposento real de 22 de septiembre de 1637	385
2.5.1.2. El secretario en la articulación del espacio de la cámara real	391
2.5.2. La cámara real como espacio dual y permeable	398
2.5.3. El valor espacial agregativo de la cámara real de Castilla en el plano jurisdiccional: los porteros de cámara del Consejo Real y las chancillerías	405
2.5.3.1. Forma de designación, funciones y posición de los porteros de cámara del Consejo Real	411
2.5.3.2. Procedencia e inserción de la función jurisdiccional en el espacio reservado del rey: Los porteros de cámara de chancillerías y audiencias	420
2.5.3.3. Dependencia de los porteros de cámara de las chancillerías de la casa de Castilla	427
2.5.3.4. Forma de designación, funciones y posición de los porteros de cámara de las chancillerías	429
2.5.3.5. Los porteros de cámara en la homologación cortesana de Consejo y audiencias	434
2.5.4. La corte como continuidad territorial	436
3. EL FUNCIONAMIENTO DIARIO DE PALACIO:	
LOS OFICIOS DE LA CASA	
<i>José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz</i>	440
3.1. Los oficios de la casa	440
3.1.1. Los oficios en el contexto de las reformas de la casa real	459
3.1.2. Condición social de los componentes de los oficios	462
3.1.3. <i>Cursus honorum</i> de los oficiales	468
3.2. Los médicos de Felipe IV	
<i>Anastasio Rojo Vega</i>	474
3.2.1. Procedencia de los médicos reales	474
3.2.2. Médicos reales, tipos y nombres	479
3.2.3. La medicina en el reinado de Felipe IV	504

3.3. La Real Botica	
<i>Mar Rey Bueno</i>	507
3.3.1. Antecedentes de la asistencia farmacéutica	
en la corte hispana (1475-1621)	508
3.3.1.1. El <i>Informe Valles</i> (1588-1590)	511
3.3.1.2. La creación de la Real Botica (1594)	516
3.3.2. La Real Botica en el reinado de Felipe IV (1621-1665) ..	520
3.3.2.1. Modificaciones de plantilla:	
Las reformas económicas de 1624 y 1630	521
3.3.2.2. Quiebra económica (1638-1647)	523
3.3.2.3. <i>Instrucción para el buen gobierno</i>	
<i>de la Real Botica</i> (1647)	524
3.3.2.4. Problemas con el sector médico real	527
3.3.3. Jardines de simples medicinales y laboratorios	
de destilación, dependencias anejas a la Real Botica ...	528
3.3.3.1. La pasión de un rey antófilo	529
3.3.3.2. Aguas y simples en el jardín de Aranjuez ...	530
3.3.3.3. Los jardines y destilatorios	
del Alcázar madrileño	532
3.3.3.4. La “mansión de las aguas” escurialense	534
3.3.3.5. El oficio de destilador mayor	
de su Majestad	535
3.3.3.6. La destilación real	
durante el reinado de Felipe IV	538
3.3.3.7. La destilación del Buen Retiro	541
3.3.4. La botica de Aranjuez	544
3.3.4.1. Primeras peticiones	
de un servicio farmacéutico (1593-1609)	545
3.3.4.2. Medidas encaminadas a instalar una botica	
en Aranjuez (1613-1615)	546
3.3.4.3. La dinastía de los Coca (1615-1657)	547
3.3.5. La botica de la reina Isabel de Borbón	549
3.3.5.1. Antecedentes: la botica de Isabel de Valois ..	549
3.3.5.2. Resurgimiento de la figura	
del boticario de la reina	551
3.3.5.3. Una institución particular:	
La “enfermería de damas”	552
3.3.6. El boticario real como científico cortesano	554

4. LA CAPILLA REAL,	
<i>José Martínez Millán</i>	561
4.1. La capilla real, “corazón” del Alcázar de Madrid	562
4.2. La capilla como departamento de la casa real	564
4.2.1. Capellán mayor, limosnero mayor y patriarca de las Indias	
<i>Esther Jiménez Pablo</i>	565
4.2.1.1. Intereses castellanos	
en la creación del patriarcado de Indias	566
4.2.1.2. Control de los asuntos eclesiásticos	
americanos a través del patriarcado	
y de la nunciatura de Indias	572
4.2.1.3. Dotación económica del patriarcado	
en tiempos de Felipe III	579
4.2.1.4. Diego de Guzmán y la unión	
de la dignidad del patriarcado al oficio	
de capellán mayor y limosnero mayor	584
4.2.1.5. El patriarca de Indias	
durante el reinado de Felipe IV:	
Alonso Pérez de Guzmán “el Bueno”	594
4.2.1.6. Un gran patrón en la capilla real	
de Felipe IV: don Alonso Pérez de Guzmán	599
4.2.1.7. El gobierno de la capilla real	603
4.2.2. Sumilleres de cortina	
<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	609
4.2.3. Confesores	
<i>Fernando Negro del Cerro</i>	613
4.2.3.1. Fray Antonio de Sotomayor	620
4.2.3.2. Fray Juan de Santo Tomás	640
4.2.3.3. Fray Juan Martínez	650
4.2.4. Predicadores	
<i>Fernando Negro del Cerro</i>	659
4.2.5. La influencia de las circunstancias del reinado	
y de las luchas faccionales en la composición	
de los principales oficios de la capilla	
<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	695
4.3. La transformación ideológica de la Monarquía	
y su reflejo en la capilla real	
<i>José Martínez Millán, Esther Jiménez Pablo</i>	700

4.3.1. La devoción por la Eucaristía	701
4.3.2. La identificación del catolicismo con la dinastía de los Austria	718
4.3.3. La capilla real, guía de la ideología religiosa	742
4.4. Transformación de la música de la capilla real <i>José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz</i>	764
Apéndice. Listados de la capilla	786

TOMO I - VOLUMEN II

5. LA CABALLERIZA, <i>Alejandro López Álvarez</i>	795
5.1. Ordenanzas e instrucciones de la caballeriza	795
5.1.1. Instrucciones para los oficios de gobierno	796
5.1.1.1. Instrucciones para el primer caballerizo	796
5.1.1.2. Instrucciones para el veedor de la caballeriza	801
5.1.1.3. Instrucciones para el ayo de los pajes	806
5.1.2. Instrucciones generales de la caballeriza o sus secciones	821
5.1.2.1. La reformatión de la caballeriza de 1640	821
5.1.2.2. Las ordenanzas para la casa de los pajes del Conde Duque, 1639	853
5.1.2.3. Ordenanzas para la casa de los pajes de 1662	900
5.1.2.4. Instrucciones para la acemilería	911
5.2. Gastos de la caballeriza <i>José Martínez Millán</i>	918
5.3. Procesos de integración y ascenso social en la caballeriza <i>Alejandro López Álvarez</i>	938
5.3.1. La integración de la nobleza en la caballeriza	938
5.3.1.1. Los caballerizos mayores	939
5.3.1.2. Los primeros caballerizos	943
5.3.1.3. Los caballerizos	948
5.3.1.4. Los pajes	967
5.3.2. Los oficiales mayores de la caballeriza y sus ayudas	993
5.3.2.1. Veedor y contador	994
5.3.2.2. Palafrenero y ayudas	995
5.3.2.3. Sobrestante de coches o cochero mayor	996

5.3.2.4. Guardanés	998
5.3.2.5. Furrier	999
5.3.2.6. Librador	1003
5.3.2.7. Varlet de corps	1004
5.3.3. Los oficios ceremoniales de la caballeriza	1005
5.3.3.1. Los maceros	1005
5.3.3.2. Los reyes de armas	1010
5.3.4. Los oficios de la música y su origen social	1017
5.3.4.1. Los ministriles	1017
5.3.4.2. Los trompetas	1020
5.3.4.3. Los atabaleros	1025
5.3.4.4. Los violones	1028
5.3.5. La casa de los pajes	1030
5.3.5.1. El ayo y su teniente	1030
5.3.5.2. El capellán	1034
5.3.5.3. Los maestros de latín y sus tenientes	1035
5.3.5.4. Los maestros de danzar	1036
5.3.6. La armería	1037
6. LA PERVIVENCIA DE LA CASA DE CASTILLA. LA CAZA	
<i>José Martínez Millán, Félix Labrador Arroyo</i>	1041
6.1. La caza de volatería	1045
6.1.1. Antecedentes: la caza de volatería en tiempos de Felipe III	1048
6.1.2. La situación del gremio de la caza de volatería a comienzos del reinado de Felipe IV	1053
6.1.3. Empeoramiento de la situación económica de la caza de volatería	1057
6.1.4. La primera etapa del marqués del Fresno al frente de la caza de volatería (1644-1649)	1071
6.1.5. La segunda etapa del marqués del Fresno como gobernador de la caza de volatería (1651-1654) ...	1086
6.2. La caza de montería	1093
6.2.1. La estrechez económica de la caza de montería en tiempos de Felipe IV	1103
6.3. Los privilegios de la caza de volatería y montería y la función integradora del Consejo Real	1117
6.4. Consolidación final de los gremios de la caza en un contexto adverso	1128

7. LAS GUARDAS REALES

<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	1135
7.1. El desarrollo institucional	
de las guardas palatino-personales de Felipe IV	1135
7.1.1. La guarda de archeros de corps	1142
7.1.1.1. El final de la capitanía	
del v marqués de Falces	1142
7.1.1.2. Los decisivos cambios de 1623	
y los primeros años de la capitanía	
del II conde de Solre: Las nuevas ordenanzas	
y el espíritu reformador	1145
7.1.1.3. Las ordenanzas de 1634:	
El desencadenamiento de la crisis	
y el triunfo del Bureo	1152
7.1.1.4. El gobierno del Bureo,	
sus conflictos con el teniente	
y la elección de un nuevo capitán	1157
7.1.1.5. La confirmación de la decadencia:	
La capitanía del duque de Aerschot	1160
7.1.1.6. Últimos intentos de los Cröy	
por reforzar la unidad y nuevos fracasos	1164
7.1.2. La guarda española	1168
7.1.2.1. El final de la capitanía	
del marqués de Povar	1168
7.1.2.2. La capitanía de los marqueses de Gelves	
y del Carpio, el inicio del declive	1174
7.1.2.3. El gobierno del Bureo y de los tenientes ...	1177
7.1.2.4. La capitanía	
de don Luis de Guzmán Ponce de León	1181
7.1.2.5. Los últimos años del reinado de Felipe IV:	
El gobierno del marqués de Salinas	1184
7.1.3. La guarda tudesca o alemana	1186
7.1.3.1. El comienzo del reinado	
y la ausencia de capitán:	
El gobierno del teniente Lansgeneque	1186
7.1.3.2. El gobierno y capitanía	
del conde de Sástago:	
La aceleración de la decadencia	1190

7.1.3.3. El gobierno de la unidad por el marqués de Malpica: La confirmación del camino tomado por el conde de Sástago	1194
7.1.3.4. El retorno de don Pedro Antonio de Aragón y los intentos de recuperación	1199
7.1.3.5. El desinterés de don Pedro de Aragón y el nuevo gobierno del marqués de Malpica . . .	1206
7.2. La integración de las élites en las guardas reales	1209
7.2.1. La guarda de archeros de corps	1209
7.2.1.1. La condición social de sus miembros	1209
7.2.1.2. Sistemas de previsión de la compañía	1226
7.2.2. La guarda española	1237
7.2.2.1. La condición social de sus miembros	1237
7.2.2.2. Sistemas de previsión de la compañía	1247
7.2.3. La guarda tudesca o alemana	1252
7.2.3.1. La condición social de sus miembros	1252
7.2.3.2. Sistemas de previsión de la compañía	1263
8. LA HACIENDA DE LA CASA REAL DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV. ESTUDIO Y PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN <i>Francisco Gil Martínez</i>	1267
8.1. La financiación de la casa real	1268
8.2. El gasto de la casa real	1275
8.3. Consideraciones finales y nuevas perspectivas de investigación	1284

CAPÍTULO 2

<i>La casa de Castilla</i>	1289
1. LA CASA DE CASTILLA DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV <i>José Martínez Millán, Marcelo Luzzi Traficante</i>	1289
1.1. La relegación de la casa de Castilla durante el reinado de Felipe II (1548-1598)	1294
1.2. La crítica de la casa de Borgoña durante el reinado de Felipe III	1297
1.3. La quiebra del sistema durante el reinado de Felipe IV	1299

1.4. Gobierno y composición de la casa de Castilla	1306
1.4.1. Gobierno de la casa real de Castilla	1307
1.4.2. Organización de la casa de Castilla	1315
1.4.3. Mantenimiento económico de la casa de Castilla	1320
2. LOS ESCUDEROS DE A PIE	
<i>Félix Labrador Arroyo, José Eloy Hortal Muñoz</i>	1334

CAPÍTULO 3

<i>La casa de las reinas</i>	1351
------------------------------------	------

1. DE PRINCESA DE FRANCIA A REINA DE ESPAÑA: RETRATO Y EDUCACIÓN DE ISABEL DE BORBÓN, <i>Frédérique Sicard</i>	1351
1.1. La familia	1353
1.1.1. Enrique IV	1353
1.1.2. María de Médici	1356
1.1.3. Las “madres de sustitución”	1360
1.1.4. Los hermanos y hermanas: Luis, Gastón, Cristina, Enriqueta	1364
1.2. La educación de los infantes de Francia	1366
1.2.1. El palacio de Saint Germain	1367
1.2.2. La casa de los infantes de Francia	1368
1.2.3. La gobernadora: La baronesa de Monglat y la princesa Isabel	1369
1.2.4. La instrucción de los príncipes y princesas de Francia	1369
1.2.5. La formación política. Educación Habsburgo <i>versus</i> educación Borbón	1376
1.3. Conclusión	1389
2. LA CASA REAL DE ISABEL DE BORBÓN, <i>Henar Pizarro Llorente</i>	1391
2.1. La situación de la casa al comienzo del reinado	1392
2.1.1. Las primeras propuestas de reforma (1622-1627)	1398
2.1.2. El nuevo impulso reformístico (1628-1631)	1406
2.2. La reforma de 1631	1413
2.3. La aplicación irregular como método de resistencia (1633-1636)	1422

2.4. Los intentos de ajustar las cuentas (1636-1639)	1432
2.5. El último intento de implantar las reformas (1639-1644)	1443
3. REGENCIA E IMAGEN DE LA REINA ISABEL DE BORBÓN, <i>Frédérique Sicard</i>	1458
3.1. La regencia de la reina (1642-1644)	1459
3.2. La propaganda alrededor de la reina en la Monarquía española	1475
3.2.1. Panfletos	1475
3.2.2. El heroísmo de la reina Isabel según los embajadores del Imperio y de Venecia	1484
3.3. Las redes de influencia de la reina Isabel	1488
3.3.1. Algunas objeciones sobre la minimización del papel de la reina en los argumentos empleados	1488
3.3.2. La reina, los embajadores y los municipios: Los vínculos no determinantes	1489
3.3.3. La reina Isabel y la nobleza	1490
3.3.4. La reina Isabel y los religiosos	1495
3.3.5. ¿Un partido de la reina?	1497
3.4. Conclusión	1499
4. LA CASA DE LA REINA MARIANA DE AUSTRIA DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV Y EL PERIODO DE REGENCIA, <i>José Rufino Novo Zaballos</i>	1501
4.1. Primera casa de la reina Mariana: La jornada a Madrid (1648-1649)	1501
4.2. Nuevas etiquetas y ordenanzas para la casa de la reina Mariana	1516
4.2.1. Jornada y entrada real en Madrid	1520
4.2.2. Contra los galanteos	1525
4.2.3. Ajustamientos de cuentas con mercaderes y oficiales de manos	1528
4.2.4. Nodrizas y amas	1529
4.2.5. Mayordomo mayor de la reina	1531
4.2.6. Veedor y contador de la caballeriza de la reina	1532
4.3. Nuevos conflictos protocolarios y administrativos sin precedentes: Las casas de la reina-regente y de la reina-madre	1532
4.4. Evolución administrativa en la casa de Mariana de Austria	1539

5. ESTUDIO PROSOPOGRÁFICO DE LA CASA DE LA REINA MARIANA DE AUSTRIA DURANTE SU REGENCIA (1665-1675)	
<i>Diego Crespi de Valldaura, barón de Callosa</i>	1545
5.1. La camarera mayor	1545
5.2. El mayordomo mayor	1550
5.3. El caballerizo mayor	1556
5.4. Los mayordomos de semana	1559
5.5. Las dueñas de honor	1570
5.6. Las damas	1577
5.7. Las damas meninas	1593
5.8. Los meninos	1600
Apéndice documental	
<i>José Rufino Novo Zaballos</i>	1602

TOMO I - VOLUMEN III

CAPÍTULO 4

<i>Las casas del príncipe y de los infantes</i>	1615
1. LOS ESTADOS DE FLANDES	
EN EL FUTURO POLÍTICO DE LOS INFANTES:	
LA DESIGNACIÓN DEL CARDENAL INFANTE DON FERNANDO	
PARA LA LUGARTENENCIA REAL DE BRUSELAS,	
<i>Alicia Esteban Estríngana</i>	1615
1.1. Flandes en el futuro político de los infantes	1617
1.2. Flandes en el futuro político de don Fernando	1653
2. LA CASA DEL CARDENAL INFANTE	
DON FERNANDO DE AUSTRIA (1620-1641)	
<i>Birgit Houben</i>	1679
2.1. La formación de la casa bruselense de Fernando	1682
2.2. La continuidad de la casa de Bruselas	
después del fallecimiento de la gobernadora general	1686
2.3. La representación olivarista en la corte de Bruselas	
del Cardenal Infante	1689
2.4. El ministro-dignatario de la corte	1696
2.5. El favorito del gobernador general	1701
2.6. Conclusión	1704

3. LA CASA DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS Y SU DISOLUCIÓN	
<i>Gloria Alonso de la Higuera</i>	1706
3.1. Las jornadas del príncipe Baltasar Carlos (1640-1646).	
Formación de su casa	1715
3.2. El último viaje del príncipe Baltasar Carlos	1722
3.3. La muerte del príncipe Baltasar Carlos	1728
3.3.1. La enfermedad del príncipe	1729
3.3.2. La exposición del cadáver	1740
3.3.3. El cortejo fúnebre	1744
3.3.4. El entierro de un príncipe	1749
3.3.5. Las exequias reales	1752
3.3.6. Los lutos	1759
3.3.7. El cortejo	1762
3.3.8. El templo y su túmulo	1765
3.3.9. La liturgia y el sermón	1774
4. LAS CASAS REALES DE DON JUAN DE AUSTRIA	
EN LA MONARQUÍA CATÓLICA (1642-1659)	
<i>Koldo Trápaga Monchet</i>	1781
4.1. Los años de indefinición (1642-1646)	1783
4.1.1. Primera planta	1783
4.1.2. El primer servicio de la casa: Juramento de don Juan	
como prior de la Orden de San Juan	1787
4.1.3. Don Juan, gobernador y capitán general	
de los estados flamencos	1797
4.1.4. El servicio de don Juan como gobernador	
y capitán general en las tierras del priorato	1803
4.2. El periplo militar (1646-1656)	1807
4.2.1. De Ocaña a Sanlúcar de Barrameda: La formación	
de la casa de don Juan de Austria	
como gobernador general de las armas marítimas	1807
4.2.2. El servicio de don Juan en la armada y fracaso	
del intento de recuperación de los presidios toscanos ..	1814
4.2.3. El virreinato siciliano de don Juan	1822
4.3. La casa de don Juan en el virreinato de Cataluña	1834
4.3.1. Plenipotenciario de su Majestad	1834
4.4. La época flamenca (1656-1659)	1837
4.4.1. El control de la casa desde la corte de Madrid	1838
4.4.2. Composición, financiación y reforma de la casa	1846

4.4.3. Reforma de la casa de los gobernadores: ¿Quiebra del modelo integrador de la casa real de Bruselas?	1854
5. LA CASA DE LA INFANTA MARÍA TERESA, REINA DE FRANCIA <i>Marcelo Luzzi Traficante, Javier Revilla Canora</i>	1869
5.1. Formación de las casas de María Teresa en Madrid y París	1873
5.2. Conclusión. La jornada y el matrimonio: La fallida construcción de un servicio	1893

CAPÍTULO 5

<i>Los aposentadores</i>	1897
------------------------------------	------

1. EL APOSENTAMIENTO DE LA CORTE EN EL REINADO DE FELIPE IV: LA JUNTA DE APOSENTO, <i>Francisco José Marín Perellón</i>	1897
1.1. La Junta de aposentadores entre 1606 y 1621	1900
1.1.1. Las “casas materiales”	1902
1.1.2. Las “casas a la malicia”	1903
1.1.3. La discrecionalidad del aposentamiento	1907
1.1.4. El funcionamiento de la junta hasta 1621	1909
1.1.4.1. La consulta del visitador Diego del Corral y Arellano	1912
1.1.4.2. La planta del aposento en 1621	1917
1.1.4.2.1. Los tipos contributivos de las casas de Madrid	1919
1.1.4.2.2. La normalización de la <i>Nómina de la corte</i>	1921
1.2. El funcionamiento de la junta entre 1621 y 1665	1924
1.2.1. Las composiciones de aposento	1927
1.2.2. Tasas y retasas de casas	1928
1.2.3. La media anata	1930
1.2.4. Los límites reales del aposentamiento	1932
1.3. Conclusión. La Junta de aposento en las postrimerías del reinado de Felipe IV	1933
Anexo: La <i>Nómina de la corte</i> y el aposentamiento regio en las ordenanzas de la junta de 11 de junio de 1621	1935

CAPÍTULO 6

<i>Los alcaldes de casa y corte</i>	1961
1. LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE EN TIEMPO DE FELIPE IV:	
UNIÓN CON EL CONSEJO Y DEFENSA JURISDICCIONAL,	
<i>Ignacio Ezquerria Revilla</i>	1961
1.1. Introducción	1961
1.2. Unidad e identificación entre el Consejo Real	
y los alcaldes de casa y corte durante el reinado de Felipe IV	1965
1.2.1. La policía cortesana, factor impulsor	
de la integración entre Consejo y alcaldes	1974
1.3. Aportación y resistencia jurisdiccional	
de los alcaldes de casa y corte	
en un contexto de imposición de la casa de Borgoña	1984
1.3.1. Los alcaldes ante la jurisdicción militar	
y la jurisdicción doméstica. Conocimiento limitado	
sobre las guardas reales	1984
1.3.2. Otras áreas del servicio regio:	
Bureo, obras y bosques y aposento	1996
1.4. Pervivencia, densidad y diversificación del juego comisional ...	2004
1.4.1. El alcalde de los portugueses en la corte	2017
1.5. Un nuevo modelo de alcalde de casa y corte	
en el Barroco castellano: Erudición y diletantismo literario	
en el doctor don Juan de Quiñones	2026
1.5.1. Contribución literaria a las líneas políticas	
de la Monarquía en el “Tratado de las falsedades”	
y en el “Memorial de los servicios”	2038

CAPÍTULO 7

<i>La Junta de obras y bosques</i>	2047
1. LOS SITIOS REALES Y LA CONTINUIDAD TERRITORIAL DE LA CORTE:	
EL ESPACIO PATRIMONIAL REGIO Y SU INTEGRACIÓN EN EL ENTORNO,	
<i>Ignacio Ezquerria Revilla</i>	2047
1.1. La evolución de la Junta de obras y bosques	
durante el reinado de Felipe IV	2048
1.1.1. Antecedentes	2048

1.1.2. Consolidación institucional de la junta	2054
1.1.3. Atribuciones de la Junta de obras y bosques	2066
1.1.3.1. Ejercicio jurisdiccional.	
El alcalde-juez de bosques	
y su relación con la junta	2066
1.1.3.2. Concesión de medidas de gracia	
por parte de la junta,	
en su ámbito de competencias	2080
1.2. La definición de los sitios reales como un proceso restrictivo.	
La preexistencia de una continuidad territorial	
de orden cortesano	2083
1.2.1. Interacción, imprecisión y límites	
entre los sitios reales y su entorno	2091
1.2.1.1. Entidad orgánica y cambiante	
de los sitios reales.	
La variación de sus límites	2091
1.2.1.2. Interacción y confusión	
de los sitios reales con su espacio limítrofe	2097
1.2.1.3. La formación del territorio patrimonial	
de Aranjuez	2106
1.2.1.4. La multiplicación de los sitios reales	
como fortalecimiento de la entidad cortesana	
en la periferia de los reinos	2111
1.2.1.5. Interacción en un sentido jurisdiccional:	
La relación entre el Consejo Real	
y la Junta de obras y bosques.	
El sentido doméstico del Consejo	2115
1.2.1.6. Transversalidad entre el patrimonio	
territorial regio directo y el mediado.	
El alcalde-juez de bosques	
como juez conservador de montes	2136
1.3. Conclusión: Consolidación institucional de la junta	
e identificación con el Consejo. Reintegración formal	
de los sitios reales en el espacio patrimonial mediado	2143
2. LA FINANCIACIÓN DE LOS SITIOS REALES (1599-1665),	
<i>Félix Labrador Arroyo</i>	2150
2.1. La situación financiera de los sitios reales	
en tiempos de Felipe III	2150

2.2. La situación financiera de los sitios reales	
durante el reinado de Felipe IV	2168
2.2.1. Los primeros años del reinado	2169
2.2.2. Desde los Millones de 1623 hasta 1644	2201
2.2.3. La situación entre 1645 y 1665	2215
3. EL REAL SITIO Y HEREDAMIENTO DE ARANJUEZ	
EN TIEMPOS DE FELIPE IV,	
<i>Virgilio Pinto Crespo, José Luis Hernanz Elvira</i>	2233
3.1. La formación del real sitio	2233
3.2. Un nuevo marco jurisdiccional	2236
3.3. La gestión y explotación de las propiedades	2239
3.4. La organización administrativa	2243
3.4.1. La Junta de oficiales	2245
3.4.2. Oficios relevantes	2247
3.4.3. La plantilla en tiempos de Felipe IV	2251
3.5. La hacienda	2255
3.6. Una jornada real en Aranjuez	2263
3.6.1. La corte en Aranjuez	2263
3.6.2. Calendario y duración de la jornada	2265
3.6.3. El eterno problema del alojamiento:	
La falta de aposento para los cortesanos	2267
3.6.4. El coste de una jornada en Aranjuez	2270
3.7. El declive de las finanzas de Aranjuez	
y las comisiones para el cobro de los atrasos	2275

CAPÍTULO 8

<i>Reservados y pensionistas</i>	2283
1. RESERVADOS Y PENSIONISTAS: UNA NUEVA VÍA DE INTEGRACIÓN	
DE LOS REINOS EN LA CASA REAL,	
<i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	2283
1.1. Los orígenes del sistema, de Carlos V a Felipe III	2284
1.2. El auge del sistema: El reinado de Felipe IV	2298
1.2.1. La capilla	2306
1.2.2. La casa u oficios	2308
1.2.3. La cámara	2311
1.2.4. La caballeriza y la acemilería	2313

Índice General

1.2.5. Las guardas reales	2318
1.2.6. La caza	2320
1.2.7. La casa de Castilla	2321
1.2.8. Los sitios reales	2327
1.2.9. La casa de la reina	2338

TOMO II - CD-ROM

Índice de autores	vii
Índice general	ix
Siglas y abreviaturas	xl

ETIQUETAS Y ORDENANZAS DE FELIPE IV (1621-1665)

*José Eloy Hortal Muñoz, Félix Labrador Arroyo (coords.)
Gloria Alonso de la Higuera, Javier Gómez Díaz, Isabel Hortal Muñoz,
José Eloy Hortal Muñoz, Félix Labrador Arroyo,
Marcelo Luzzi Traficante, Raquel Salvado, Koldo Trápaga Monchet*

<i>Introducción</i>	3
---------------------------	---

1 - CASA DE BORGONA

1.1 - Capilla

- De las constituciones de la capilla real, 1623
- Documento relativo a los mozos de oratorio,
22 de mayo de 1626
- Descripción del oficio de teniente de limosnero mayor,
29 de enero de 1645
- Documento relativo a los cantorricos, 6 de septiembre de 1652
- Oficios de ministriles de la capilla real, documentos varios,
1652-1661

1.2 - Oficios de la casa

- Servicio del estado de los mayordomos y de la cámara
de su Majestad, s. d. (ha. 1590)

1.2 – Oficios de la casa (Cont.)

- Servidumbre del sumiller de la panadería, Gabriel de Canencia,
13 de enero de 1620 58
- Sobre el oficio de mayordomo, s. d. (reinado de Felipe IV) 61
- Orden que debían guardar los mayordomos de su Majestad
en falta ó ausencia del mayordomo mayor,
18 de junio de 1621-15 de agosto de 1624 65
- Sobre el oficio de la panadería, 9 de septiembre de 1622 67
- Distribución de las cosas del guardamangier, cocina
y servicio de estados, 6 de diciembre de 1622 69
- Servicio del estado de los mayordomos y de la cámara
de su Majestad, 15 de agosto de 1624 76
- Noticia de los criados cuya provisión y juramento correspondía
al mayordomo mayor, sumiller de corps y caballerizo mayor,
2 de agosto de 1625 78
- Que los mayordomos de su Majestad rubriquen los libros
cada uno en su semana, 16 de junio-29 de agosto de 1626 81
- Para que en las cosas que tocan al Protomedicato
se tenga y guarde el orden que se requiere,
11 de junio-12 de agosto de 1631 82
- Orden que se había de tener en la vianda de su Majestad
y asistencia en la cocina de boca, 13 de enero de 1641 84
- Sobre el oficio de la cerería, 8 de mayo de 1631-19 de abril de 1681 86
- Título de mayordomo mayor al marqués de Castelrodrigo,
19 de junio de 1649 94
- Sobre el oficio de mayordomo mayor, 1-28 de diciembre de 1649 97
- Papel en que se comprende lo que correspondía al oficio
de cerrajero de cámara, 1652 99
- Furriera de su Majestad, 5 de abril de 1655 100
- Título de pintor para Francesco Rizzi, 27 de junio de 1656 104
- Sobre la botica y la reformación, 28 de mayo de 1657 105
- Sobre los oficios de boca, 12 de octubre de 1657-1 de febrero de 1658 .. 106
- Sobre los entretenidos de los oficios, 31 de marzo de 1662 116
- Descripción de los oficios de potagier y busier, 1674 117

1.3 – Cámara

- Instrucciones del sumiller de corps para los oficios de escribano de cámara y guardarropa, 13 de junio de 1621-1638 118
- Instrucción dada por el señor mayordomo mayor del rey a los ayudas de guardajoyas, 26 de octubre de 1623 123
- Sobre las distribuciones de la cámara, don Antonio Hurtado de Mendoza, 17 de agosto de 1635 125
- Noticias sobre el empleo de camarero mayor y gran chambelán de la casa de Castilla y Borgoña, 8 de abril de 1636-21 de abril de 1639 128
- Pretensión de Alonso Martínez, ayuda del guardarropa, de que se le continúe el vestido que se le daba por dar el arcabuz al rey, 4 de junio de 1647 131
- Copia del decreto original de su Majestad sobre la forma de tomarse las cuentas al maestro de la cámara y recaudos que ha de entregar para ellas, 11 de enero de 1648 132
- Instrucción y orden que se ha de observar de aquí adelante en el servicio del aposento y cámara del Rey Nuestro Señor, 11 de agosto de 1649 134

1.4 – Caballeriza

1.4.1 – Caballeriza

- Título de rey de armas para Jerónimo de Becherge, 22 de agosto de 1628 162
- Instrucción para el veedor de la caballeriza de su Majestad, 15 de octubre de 1639 165
- Reformación de la caballeriza, 14 de septiembre de 1640 168
- Ejercicio y preeminencias del oficio de primer caballerizo de su Majestad, s. d. (ha. 1640) 186
- Instrucción sobre los ministriles, Carlos Patiño, 26 de enero de 1652 188

1.4.2 – Casa de los pajes

- Sobre los pajes “extranjeros”, 30 de septiembre de 1626 189
- Instrucción nueva para el gobierno de la casa de los pajes de su Majestad que se ha de guardar inviolablemente desde el año de 1639 en adelante, 30 de abril de 1639 190

1.4.2 – *Casa de los pajes* (Cont.)

- Sobre el ayo de los pajes, 5 de mayo de 1639 202
- ¿Qué partes debe tener el que hubiere de ocupar el puesto
de ayo de los pajes de su Majestad?, Anónimo,
22 de marzo de 1647 204
- Instrucción de lo que se ha de observar en la dicha
casa de los pajes dada en 17 de agosto de 1662 por el señor
don Fernando de Borja, caballero mayor de su Majestad 210
- Instrucciones de la casa de los pajes,
3 de noviembre de 1662 212

1.4.3 – *Acemilería*

- Gobierno de la acemilería, 16 de julio de 1655 216

1.5 – **Guardas**

1.5.1 – *Archeros de corps*

- Ordenanzas, Madrid, 6 de enero de 1626 222
- Ordenanzas del conde de Solre en virtud de la orden
de su Majestad, Madrid, 3 de septiembre de 1634 227

1.5.2 – *Guarda española*

- Constituciones del teniente Verdugo, 1624 236
- Concesión de exenciones a la guarda española,
4 de febrero de 1626 239

1.5.3 – *Relativo a las tres guardas*

- Sobre la jurisdicción de los capitanes y Bureo, cédula
de su Majestad del 28 de julio de 1624 240
- Cédula sobre las preeminencias de las tres guardas,
19 de agosto de 1625 242
- Decreto de su Majestad sobre el conocimiento de los delitos
de los soldados de las guardas, 7 de junio de 1643 243
- Decreto de su Majestad para el Bureo sobre las preeminencias
de las guardas, 5 de enero de 1658 245
- Cédula real de preeminencias a las guardas,
16 de abril de 1658 246

2 - CASA DE CASTILLA

2.1 - General

- Porteros de cadena y etiquetas,
6 de diciembre de 1587-23 de agosto de 1647 248
- Noticia de la forma de gobierno de la casa de Castilla
introducida por su contador don Fernando de Soto de 1649 250
- Relación de los criados de que se compone
la casa real de Castilla y los gajes que cada uno goça.
16 de junio de 1653 255
- Instrucción y forma de los oficios de veedor y contador
de la real casa de Castilla, 15 de abril de 1659 260
- Constituciones y ordenanzas que ha de observar
el noble oficio de los escuderos de a pie del Rey Nuestro Señor,
don Lorenzo Bautista, 26 de junio de 1665-20 de mayo de 1672 268
- Relación del gobierno de la casa real de Castilla de su Majestad,
que se sacó para enviar al marqués de Aytona,
mayordomo mayor de la Reina, Madrid, 4 de abril de 1668 290
- Consulta sobre los escuderos de a pie, 25 de febrero de 1688 298

2.2 - Caza

- Orden al montero mayor, 23 de enero de 1623 300
- Instrucción al condestable para el oficio de montero mayor,
9 de mayo de 1628 303
- Título de cazador mayor por muerte del marqués de Alcañices
al condestable de Castilla, 22 de abril de 1644 306
- Instrucción al condestable de Castilla para el oficio
de cazador mayor de la caza de volatería,
22 de abril de 1644 308
- Exempciones de monteros, ballesteros y de la caza de volatería
(años de 1641, 1647, 1649, 1650, 1653, 1654) 310
- Orden al cazador mayor de 22 de junio de 1658 329
- Relación del vestuario que se da cada dos años
a la caza de volatería, en virtud de la cédula
de 6 de marzo de 1664 338

3 - CASA DE LA REINA Y ALTEZAS

3.1 - Reina

- La horden que an de tener y guardar los reposteros de camas
de la Reyna Nuestra Señora en lo tocante a su servizio, s. d. 340
- Ordenanzas de palacio sobre las entradas en la casa de las reinas, s. d. . . 343
- Observación sobre lo que deven hacer y guardar las mozas de cámara
de la Reyna Nuestra Señora, 13 de septiembre de 1621 345
- La orden que han de tener y guardar los guarda de damas
de la Reina Nuestra Señora en lo tocante a su servicio,
16 de marzo de 1623 346
- Decreto de supresión de la enfermería de damas de la reina,
17 de febrero de 1628 348
- Etiqueta que se dio a la cava de la Reina Nuestra Señora
el 1 de febrero de 1630 349
- Cuestiones relativas a los mayordomos de la casa de la reina
(1643-1653) 351
- Reposteros de camas de la reina, 5 de octubre de 1646 359
- Entrada pública de Reina: que el archivero de Simancas remita
los papeles referentes a entradas de Reinas en la corte y ciudades
por donde pasan. Y lo que se hace en fiestas públicas
en que su Majestad asiste, 13 de julio de 1648 361
- Entradas públicas de Reina: Consulta sobre quién debe convidar
para el acompañamiento, 20 de diciembre de 1648 362
- Entrada pública de Reina: La Junta de etiquetas envía los trabajos
hechos de lo que se ha de ejecutar el día de la entrada
de la Reina en esta corte, 30 de enero de 1649 363
- Entrada de la Reina: Consulta sobre quién ha de convidar
á las guardas y parte de la casa para la entrada de su Majestad,
10 de agosto de 1649 364
- Don Gregorio de Guevara Altamirano, título de veedor y contador
de la caballeriza de la reina, 1 de septiembre de 1663 365
- Don Gregorio de Guevara Altamirano, instrucción para el ejercicio
de los oficios de veedor y contador de la caballeriza
de la Reina Nuestra Señora, 1 de septiembre de 1663 365
- Sobre el mayordomo mayor de la reina, 30 de octubre de 1663 370

3.2 - Altezas

- Etiquetas del ayo del príncipe, ha. 1643 371
- Etiqueta de camarera mayor de la infanta, ha. 1644 375
- Etiqueta del aya de la infanta, *ca.* 1644 378
- Información sobre la casa de su alteza, 28 de enero de 1645 380
- Memoria de los criados que se han ajustado para ir sirviendo
a su Alteza a la jornada de Aragón, 28 de enero de 1645 381
- La orden que es mi voluntad que Vos el marqués de Bedmar
guardeis y executeis en el uso y ejercicio del oficio de
sumiller de corps de don Juan de Austria mi hijo..., s. d. (1646) 387
- La orden que ha de guardar el caballerizo mayor de su Alteza
el señor don Juan de Austria..., 1646 393
- Noticias sobre la casa de los infantes, s. d. 394

4 - ETIQUETAS

4.1 - Capilla

- Puesto de los gentileshombres en la capilla
y pugna con los archeros de corps, 1652-1659 395
- Etiquetas de la capilla, festividades y retablo, s. d.
(ha. inicios reinado de Carlos II) 406

4.2 - Oficios de la casa

- Notas sobre la etiqueta, 7 de diciembre de 1625 413
- Que sean precisamente mozos de oficio jurados los que hayan
de dormir de noche en palacio, 26 de enero de 1629 414
- Consulta sobre asientos en juntas, 1630 416
- Entrada de los gentileshombres en la cámara, 13 de mayo de 1631 420
- Instrucción de las ceremonias que se deben de observar
en la frutería y oficiales della según costumbre
de la casa de Castilla y Borgoña, 6 de enero de 1633 422
- Copia de orden sobre la entrada de los mayordomos
en la cámara, 25 de noviembre de 1635 424
- Sobre entrada de los gentileshombres de la boca
en el quarto de su Majestad, 14 de agosto de 1636 425

4.2 – Oficios de la casa (Cont.)

- Residencia de los gentileshombres y asistencia
en los acompañamientos, 5 de septiembre de 1647 426
- Sobre entrada de los gentileshombres de la casa
en la cámara y antecámara, 5-24 de abril de 1648 429
- Sobre el lugar de los mayordomos de su Majestad
en los acompañamientos de las salidas públicas,
14 de mayo de 1648 432
- Algunos reparos á los capítulos de etiqueta tocantes
al mayordomo mayor y mayordomos, 31 de julio de 1649 434
- Entrada de los gentileshombres en la antecámara,
21 de junio-28 de julio de 1657 437
- Relativo a los gentilhombres, 10 de junio-29 de agosto de 1664 441

4.3 – Cámara

- Entradas en la antecámara: Reales decretos concediendo
a los títulos de Italia en la pieza de los embajadores y estar en ella
como los de Castilla y que entren en la antecámara los caballerizos,
pajes, su ayo y teniente de ayo, 18 de abril de 1625 444
- Sobre la instrucción de la cámara y entradas en el aposento
de Vuestra Majestad, 22 de septiembre de 1636 446
- La Junta de las etiquetas sobre la cámara,
7 de enero-19 de mayo de 1650 448
- Orden á los porteros de cadena para la entrada de los coches
en los zaguanes de palacio, 8 de octubre de 1664 454
- Copia de la orden que en nombre de su Majestad envió
al duque de San Lúcar, mi señor sumiller de corps,
en razón de las entradas que tienen llave de la cámara sin entrada,
don Luis de Oyanguren, 24 de enero de 1665 456
- Sobre entradas de criados superiores, 9 de septiembre de 1679 457

4.4 – Caballeriza

- Relación del lugar y atribuciones que corresponden
a los maceros en las ceremonias reales, s. d. (ha. 1621) 458
- Asuntos de la etiqueta de la caballeriza,
1-29 de agosto de 1654 474

4.5 – Casa de la reina e infantes

- Etiqueta que deben observar los mayordomos de la casa de la reina,
y lo que a ella se ha ido añadiendo por órdenes particulares,
21 de septiembre de 1621 476
- Documentos diversos sobre la etiqueta de los mayordomos
de la Reina, 9 de junio de 1622–12 de enero de 1626 480
- Sobre entrada del primer caballerizo de la Reina a la comida
y audiencias de su Majestad como la tenían
los del Consejo de Guerra, 31 de diciembre de 1624 483
- Que el embajador de Alemania tenga en el cuarto de la Reina
la misma entrada que los Grandes, 20 de octubre de 1635 484
- Aposentamiento de la casa del Infante Cardenal
en el Alcázar de Madrid, s. d. 485
- Juramento que hacen los criados del señor infante don Fernando,
25 de enero de 1636 486
- El secretario, tesorero, contralor y greffier solicitan
el cumplimiento de la etiqueta de poder cubrirse
en la antecámara, 10 de noviembre de 1636 487
- Sobre el lugar que debía ocupar el caballerizo de los quártagos
en el acompañamiento de la Reina quando su Majestad fuese sola,
20 de mayo de 1638 488
- Tratamiento a don Juan (José) de Austria,
29 de abril de 1642–enero de 1645 489
- Orden sobre la entrada en el aposento de don Juan José de Austria,
14 de febrero y 25 de diciembre de 1643 500
- Etiqueta de la casa de los infantes con ocasión de la muerte
de la Reina Madre Margarita de Austria,
21–25 de octubre de 1644 502
- Consulta del duque de Nájera sobre hospedajes en palacio
y listado de los ocurridos, 14 de agosto de 1647 505
- Entradas: Reales decretos sobre que nadie esté en la saleta,
sino solo los que estuvieren por razón de su oficio.
Que ningún pariente hable con las damas en la antecámara
sino en el banco y con orden de su Majestad.
Y sobre la entrada de los galanes en el cuarto de la Reina,
29 de enero de 1649–25 de octubre de 1651 507

4.5 – Casa de la reina e infantes (Cont.)

- Etiqueta sobre comidas y cenas de los Infantes,
19 de marzo de 1650 510
- Entrada de los mayordomos en el cuarto de su Alteza
la Señora Infanta, 6 de octubre de 1650 511
- Entradas de los galanes en el cuarto de la Reina:
Real decreto sobre el poco orden, compostura y moderación
que se guarda, 24 de septiembre de 1653 513
- Entradas en el cuarto y antecámara de la Reina:
Real decreto disponiendo que los que la tienen,
guarden el decoro debido y observen las etiquetas,
15-29 de septiembre de 1658 514
- Antecámara de la Reina e Infantas:
que cuando las dueñas de retrete salgan a abrirlas,
no entreguen la llave a los moneros, y sí al repostero de damas;
y si éste no estuviere, vuelva a cerrar su antecámara
hasta que se halle presente el dicho repostero y se la entregue,
16 de noviembre de 1663 518
- Entrada en la antecámara de la Reina:
Consulta sobre la pretensión que tienen los títulos de Aragón
para entrar en la misma, 23 de marzo de 1664 519
- Entrada a la antecámara de la Reina:
Reales decretos y consultas referentes a dichas
y visitas de las damas: y entrada a los del Tusón,
3 de junio de 1664 521
- Entrada en el cuarto de la Reina:
que reclama haber tenido el escribano de cámara de la Reina,
11 de septiembre de 1665 524

4.6 – Ceremonias

- Funciones en que según la etiqueta de la casa real
asisten los señores del Consejo de Estado,
y lugares que les corresponden, s. d. 532
- Lo que el señor don Duarte entendió del duque del Infantado
acerca de la entrada que los Grandes tenían en palacio,
24 de junio de 1622 533

4.6 – Ceremonias (Cont.)

- Instrumento original de la entrega en San Lorenzo el Real
del cuerpo del señor don Francisco Fernando,
hijo no legítimo del señor Rey Don Felipe 4º
que falleció en Isasi, donde le tenía su Majestad
para que le criase y educase don Juan de Isasi:
Consultas del Consejo de Estado sobre si debería o no
traerse en secreto dicho cuerpo y qué forma
de entrega habría de hacerse en San Lorenzo el Real,
15 de marzo–4 de abril de 1634 535
- Juramento que hacen los Señores Príncipes de Asturias,
sacado de las apuntaciones hechas en el que se ejecutó
del príncipe Baltasar el año de 1635 537
- Orden de su Majestad en que señala las personas
que han de entrar en la comedia en palacio
y el lugar que les toca, s. d. (ha. 1636) 540
- Forma que se tuvo y ejecutó quando el Rey
Nuestro Señor Carlos segundo (que Dios guarde) recibió el Tusón,
en conformidad de lo que el Rey Nuestro Señor Don Phelipe
quarto de este nombre (Santa Gloria haya),
mandó por su real decreto de 15 de septiembre de 1665 541

5 – REFORMACIONES

- Reforma del año 1626 y revisión de 1628:
Las nueve Juntas en aposento del Conde Duque 545
- Reformación del 6 de mayo de 1631 556
- Noticias de reformaciones de los mayordomos de semana,
13 de abril de 1633 568
- Decreto de reformación no publicado,
7 de abril de 1638 571
- Reformación del estado de cámara,
7 de julio de 1676 577

6 - CASA Y CORTE

- Ordenanzas de aposento de la casa de Borgoña
de 18 de junio de 1621 y diversas consultas del aposento
de 25 de mayo de 1645 y 9 de agosto de 1647 578
- Discusiones sobre la Junta de aposento, marzo de 1621
y posteriores 595
- Sobre que se observe el estilo de que asistan a hacer guardas
en palacio dos alguaciles de la casa y corte,
y el lugar donde pueden estar, 11 de julio de 1622 600
- Instrucción y orden que se ha de observar de aquí adelante
en el aposento de su Majestad, 4 de marzo de 1637 602
- Instrucción y orden que se ha de observar de aquí adelante
en el aposento de su Majestad, 22 de septiembre de 1637 616

7 - SITIOS REALES

7.1 - Alcázar de Madrid

- Instrucción para los oficiales de las obras del Alcázar
de la villa de Madrid y casas reales de su contorno, 1615 620
- A los oficiales reales de las obras del Alcázar de Madrid, 1628 631
- Comisión para el negocio de los maestros y oficiales
de las obras de palacio, 11 de junio de 1629 632
- Nombramiento de agente de las casas reales a Sebastián Hurtado,
11 de marzo de 1636 634

7.2 - Alcázar de Toledo

- Sobre la pretensión de don Gaspar de Robles,
mayordomo y pagador del Alcázar de Toledo,
2 de diciembre de 1637 635

7.3 - Alhambra de Granada

- Don Ginés de Gadea Añasco, futura sucesión del oficio
de veedor de las obras de la Alhambra de Granada
para después de la vida de Pedro Arias Riquelme que agora lo es,
su tío, y que desde luego sirva en sus ausencias y enfermedades,
17 de octubre de 1636 637

7.3 – Alhambra de Granada (Cont.)

- Bartolomé Fernández Lechuga maestro mayor y aparejador
de las obras de la Alhambra de Granada, 31 de diciembre de 1637 . . . 639

7.4 – Aranjuez

- Nombramiento de Juan González de Hermosa
como conserje de Aranjuez, 17 de diciembre de 1610 641
- Título de aparejador de Aranjuez, 17 de mayo 1620 643
- Relación de lo que tiene a su cargo el conserje
de las casas reales de Aranjuez, nueva y vieja, y de los oficios
y a lo que ha de estar obligado, 31 de diciembre de 1622 644
- Relación de cómo se reparten los pavos reales de Aranjuez,
6 de febrero de 1625 646
- Auto sobre las diferencias entre el gobernador
y veedor de Aranjuez, 31 de enero de 1631 648
- Para que el monarca releve al escribano del sitio de Aranjuez
de llevar el libro del pan, trigo y cebada, 13 de junio de 1633 649
- Regalo de Aranjuez, 15 de junio de 1637 650
- Al gobernador de Aranjuez sobre las pagas
de los cargos principales, 8 de noviembre de 1649 653
- Al gobernador de Aranjuez sobre los nombramientos
en sus ausencias, 15 de enero de 1650 654
- Carta al gobernador de Aranjuez para nombrar persona
que se hiciese cargo del oficio de pagador de las obras
de los molinos de Aceca, 27 de junio de 1651 655

7.5 – Buen Retiro

- Título de alcaide del cuarto real de San Jerónimo,
27 de julio de 1630 657
- Donación a perpetuidad de la alcaidía de San Jerónimo el Real,
8 de agosto de 1632 658
- Sobre la forma en que se ha de despachar nuevo título de alcaide
de la casa real del Buen Retiro, al conde duque de San Lúcar,
27 de junio de 1633 661
- Título de alcaide perpetuo de la casa real del Buen Retiro,
8 de septiembre de 1633 662

7.5 – Buen Retiro (Cont.)

- Alcaidía del Buen Retiro al conde-duque de Olivares,
8 de noviembre de 1633 665
- Título de la Junta de obras y bosques para el alcaide
del Buen Retiro, 8 de noviembre de 1633 668
- Para que los oficiales que han de servir en el Buen Retiro
sean por nombramiento de los alcaides, 8 de noviembre de 1633 ... 670
- Para que los oficiales que han de servir en el Buen Retiro
los nombren los alcaides y los salarios que han de gozar,
1 de diciembre de 1633 672
- Instrucción para el sitio del Buen Retiro, 23 de enero de 1634 673
- Media anata de la alcaidía, 8 de febrero de 1634 685
- Cédula de jurisdicción del alcaide del Buen Retiro,
12 de febrero de 1634 686
- Título de alcaide perpetuo del sitio y casa de la Zarzuela,
agregada a la del Buen Retiro, al conde-duque de Olivares,
16 de febrero de 1636 688
- Ratificación de todo lo dado al Conde-Duque en el Buen Retiro,
9 de junio de 1640 690
- Memoria de los ofizios acrezentados en el sitio real
del Buen Retiro desde su creación, con notizia
de los que estuvieron unidos y de las plazas de hordinarios
que se podrán suprimir como fuesen bacando en aumento
de la consignazi3n aplicando su ymporte para reparos
y manutenzi3n del sitio (s. d.) 692

7.6 – El Pardo

- Título de conserje de El Pardo a Carlos Valduique,
17 de febrero de 1622 697
- Relaci3n de las cosas que han de ser a cargo del casero
del castillo y casa real del Pardo y lo que ha de estar obligado,
17 de febrero de 1622 698
- Nombramiento de Pedro de la Barreda Ceballos como
sobre guarda de El Pardo, 12 de agosto de 1622 700
- Nombramiento de guarda de a caballo de los límites del bosque
de El Pardo a Blas de Peralta, 18 de abril de 1623 702

7.6 – El Pardo (Cont.)

- El licenciado Matheo López Bravo para que conozca de los negocios tocantes a obras y bosques en el Pardo y Casa de Campo, 19 de septiembre de 1623 704
- Título de guarda montado de los límites de El Pardo a Antonio Domínguez, 22 de junio de 1652 707
- Título de alcaide de El Pardo al conde de Monterrey, 3 de abril de 1662 709
- Nuevas órdenes que se dieron en tiempos del conde de Monterrey para El Pardo, 2 de junio de 1662 711
- Unión del sitio de la Zarzuela a la alcaidía de El Pardo, 12 de octubre de 1662 713
- Instrucción para la corta de leña de El Pardo (s. d.) 715

7.7 – Ingenio de la moneda de Segovia

- Instrucción al superintendente del ingenio de la moneda de Segovia, don Felipe Crel, 6 de marzo de 1624 718

7.8 – Palacio real de Valladolid

- Instrucción para Valladolid, 14 de agosto de 1632 720
- Instrucción que han de observar el teniente y oficiales reales de los Alcázares de Valladolid, 4 de febrero de 1650 722

7.9 – Reales Alcázares de Sevilla

- Título de alcaide de los Reales Alcázares en favor de don Luis de Guzmán y Haro, conde-duque de Olivares, 17 de marzo de 1648 724

7.10 – Vaciamadrid

- Título de alcaide de Vaciamadrid al conde-duque de Olivares, 29 de julio de 1634 732

7.11 – Valsaín

- Relación de las cosas que han de ser a cargo del conserje de la casa real de Valsaín y a lo que a destar obligado, 5 de agosto de 1622 735
- Título de alcaide de Valsaín al conde de Monterrey, 3 de abril de 1662 737

APÉNDICES

APÉNDICE I:
LA CASA DEL REY

1. Introducción a los listados y a las fuentes de la casa del rey,
José Eloy Hortal Muñoz 741
 - 1) Capilla 749
 - 2) Oficios de la casa 753
 - 3) Cámara 760
 - 4) Caballeriza (*Alejandro López Álvarez*) 763
 - 5) Guardas 769
 - 6) Caza 773
 - 7) Casa de Castilla 774
 - 8) Obras y bosques y sitios reales 775
2. Listado alfabético de los servidores de la casa de Felipe IV
José Eloy Hortal Muñoz (coord.)
Gloria Alonso de la Higuera, Ana Cambra Carballosa,
Javier Gómez Díaz, José Eloy Hortal Muñoz, Félix Labrador Arroyo,
Alejandro López Álvarez, Marcelo Luzzi Traficante,
Javier Revilla Canora, Koldo Trápaga Monchet 779
3. Casa real de Felipe IV por oficios
José Eloy Hortal Muñoz 2173

APÉNDICE II:
LA CASA DE LAS REINAS

1. Introducción a los listados y a las fuentes de las casas
de las reinas e infanta
José Rufino Novo Zaballos, Henar Pizarro Llorente 2545
2. Listado alfabético de los criados de Isabel de Borbón (1615-1644),
infanta María Teresa (1644-1649) y Mariana de Austria (1649-1679)
José Rufino Novo Zaballos, Henar Pizarro Llorente 2597
3. Casa de las reinas e infanta por oficios (1615-1679)
José Rufino Novo Zaballos, Henar Pizarro Llorente 2947

APÉNDICE III:
LA CASA DE DON JUAN DE AUSTRIA

1. Introducción a los listados y a las fuentes
de la casa de don Juan de Austria
Koldo Trápaga Monchet 3089
2. Listado alfabético de los criados de don Juan de Austria (1642-1669)
Koldo Trápaga Monchet 3097
3. Casa real de don Juan de Austria por oficios (1642-1669)
Koldo Trápaga Monchet 3291

APÉNDICE IV:
OTROS SERVICIOS

1. “Príncipe don Felipe, hijo del rey don Felipe III,
casa que tuvo don Felipe IV siendo príncipe, año de 1605”
José Martínez Millán 3359
2. Casa del príncipe Baltasar Carlos
José Martínez Millán 3365
3. Casa real de la infanta y reina cristianísima María Teresa
por oficios (1661-1663)
Marcelo Luzzi Traficante, Javier Revilla Canora 3371

SIGLAS Y ABREVIATURAS

Cod.:	Códice
Doc.:	Documento
Exp.:	Expediente
GD:	Grupo documental
Lib.:	Libro
Ms.:	Manuscrito
Vol.:	Volumen

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

AAZ	Archivo Arzobispal de Zaragoza
ACA	Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona
ACSZ	Archivo de la Catedral de La Seo de Zaragoza
ADA	Archivo de los duques de Alba, Palacio de Liria, Madrid
ADMS	Archivo Ducal de Medina Sidonia, Cádiz
AGA	Archivo General de Andalucía, Sevilla
AGI	Archivo General de Indias, Sevilla
AGP	Archivo General de Palacio, Madrid
AG	Administración General ¹
AP	Administraciones Patrimoniales
CRB	Cuentas de la Real Botica
PC	Patronatos de la Corte
Descalzas	Patronatos de la Corte, Descalzas Reales
PCES	Patronatos de la Corte, San Lorenzo de El Escorial
Personal	Sección de Personal
RC	Administración General, Real Capilla ²
Reg.	Sección Registros
Reinados	Administración General, Reinados ³
SH	Sección Histórica ⁴

¹ Ha pasado a denominarse así después de la última reorganización de los fondos del archivo; es la antigua sección Administrativa.

² Anteriormente, era una sección autónoma, conocida como Real Capilla, que se ha integrado ahora en Administración General.

³ Con anterioridad, denominada únicamente Sección Reinados seguido del nombre del monarca.

⁴ Conocida antes de la remodelación como Histórica.

AGR		Archives Générales du Royaume / Algemeen Rijksarchief, Bruselas
	Audience	Papiers de l'Audience
	CE	Conseil d'État
	CP	Conseil Privé
	SEG	Secrétairerie d'État et de Guerre
AGS		Archivo General de Simancas, Valladolid
	CC	Cámara de Castilla
	CGC	Comisaría General de Cruzada
	CJH	Consejo y Juntas de Hacienda
	CMC	Contaduría Mayor de Cuentas
	CSR	Casa y Sitios Reales
	DGT	Dirección General del Tesoro
	EMR	Escribanía Mayor de Rentas
	MP	Mercedes y privilegios
	QC	Quitaciones de Corte
	GJ	Gracia y Justicia
	SSH	Secretaría y Superintendencia de Hacienda
	TMC	Tribunal Mayor de Cuentas
AHN		Archivo Histórico Nacional, Madrid
	Consejos	Consejos Suprimidos
	FFCC	Fondos contemporáneos
	Inq.	Inquisición
	Nobleza	Sección Nobleza, Toledo
	OOMM	Órdenes Militares
	Santiago	Órdenes Militares, Orden de Santiago
AHPM		Archivo Histórico de Protocolos de Madrid
AHPV		Archivo Histórico de Protocolos de Valladolid
AMAE		Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid
AMAEP		Archives du Ministère des Affaires Étrangères, París
	Corr. Pol.	Correspondance Politique
	M. et D.	Mémoires et Documents
AMB		Archivo Municipal de Burgos
	SH	Sección Histórica
ANF		Archives Nationales de France, París
ANTT		Arquivos Nacionais Torre do Tombo, Lisboa
APSG		Archivo parroquial de San Ginés, Madrid
ASF		Archivio di Stato di Firenze
ASN		Archivio di Stato di Napoli
AST		Archivio di Stato di Torino
ASV		Archivio Segreto Vaticano, Città del Vaticano
ASVE		Archivio di Stato di Vercelli

Siglas y Abreviaturas

AVM		Archivo de la Villa de Madrid
AZ		Archivo Zabálburu, Madrid
	GD	Grupo Documental
BA		Biblioteca da Ajuda, Lisboa
<i>BAE</i>		<i>Biblioteca de Autores Españoles</i>
BAV		Biblioteca Apostolica Vaticana, Città del Vaticano
BCCS		Biblioteca Colombina y Capítular de Sevilla
BCSCV		Biblioteca del Colegio de Santa Cruz de Valladolid
BE		Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial
<i>BIHSI</i>		<i>Bibliotheca Institutum Historicum Societatis Iesu</i>
BL		British Library, London
BM		Bibliothèque Mazarine
BMB		Bibliothèque Municipale de Besançon
	CC	Collection Chifflet
BMZ		Biblioteca Municipal de Zaragoza
BNE		Biblioteca Nacional de España, Madrid
BNF		Bibliothèque Nationale de France, Paris
BNL		Biblioteca Nacional de Lisboa
BPRM		Biblioteca del Palacio Real, Madrid
BRB		Bibliothèque Royale de Belgique Albert I, Bruselas
BSM		Bayerische Staatsbibliothek, Munich
BUS		Biblioteca Universitaria de Salamanca
<i>CODOIN</i>		<i>Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España</i>
<i>CORDE</i>		<i>Corpus diacrónico del español</i> en línea [http://www.rae.es]
<i>DBE</i>		<i>Diccionario Biográfico Español</i>
HSA		Hispanic Society of America, Nueva York
IF		Institut de France, París
IVDJ		Instituto Valencia de Don Juan, Madrid
RAE		Real Academia Española de la Lengua, Madrid
RAH		Real Academia de la Historia, Madrid
TNA		The National Archives, Kew
	SP	State Papers

Las casas reales
(Cont.)

CAPÍTULO 4

LAS CASAS DEL PRÍNCIPE Y DE LOS INFANTES

1. *LOS ESTADOS DE FLANDES EN EL FUTURO POLÍTICO DE LOS INFANTES: LA DESIGNACIÓN DEL CARDENAL INFANTE DON FERNANDO PARA LA LUGARTENENCIA REAL DE BRUSELAS* *

Alicia Esteban Estríngana

Diego de Aedo y Gallart arrancó su relato del pasaje del cardenal infante don Fernando a Bruselas mencionando la reversión de soberanía que los estados de Flandes habían experimentado tras la muerte del archiduque Alberto de Austria en 1621¹. La reversión explicaba por qué, a partir de ese año, había lugartenientes de Felipe IV en la corte de Bruselas gobernando el territorio en nombre del rey y, por consiguiente, también la razón que había motivado el pasaje de un hermano suyo para asumir la lugartenencia real en 1634. Aunque la infanta viuda Isabel la había asumido inicialmente, transcurrido un tiempo:

Se comenzó a dessear en aquellos estados y a conoçer en España —refería Aedo—, quam ymportante sería por muchas razones ymbiar a que los governasse a uno de los Infantes sus hermanos, don Carlos o don Fernando. Fuese abivando esta plática al passo de la neccessidad: entre otras diligencias que por parte de la Infanta y la del Pays se hizieron para adelantar la conclusión de negocio tan ymportante fue

* Contribución realizada en el marco de un contrato del subprograma Ramón y Cajal del MICINN adscrito a la Universidad de Alcalá y de un proyecto de investigación de dicho ministerio ejecutado desde la misma universidad: HAR2009-12963-C03-02/HIS y HAR2012-39016-C04-02.

¹ Sobre la cesión de soberanía del patrimonio territorial borgoñón efectuada por Felipe II en 1598 y sobre su reversión, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Los estados de Flandes. Reversión territorial de las provincias leales (1598-1623)”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III*, Madrid 2007, vol. IV, pp. 593-682; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “*Haciendo rostro a la fortuna. Guerra, paz y soberanía en los Países Bajos (1590-1621)*”, en *Tiempo de paces, 1609-2009. La Pax Hispanica y la Tregua de los Doce Años*, Madrid 2009, pp. 77-123.

ymbiar a España el año de 1630 al conde de Esterre, cavallero de la Orden del Tusón y mayordomo de Su Alteça Sereníma, a dar la enorabuena a S. M. del felice naçimiento del príncipe Baltasar Carlos y juntamente a hazer biva instancia para que se tomasse resolución en ymbiar a uno de Sus Altezas. Hízola de manera tal que conociendo S. M. y los de su Consejo de Estado la importancia del caso y quam justo era aliviar a S. A. Sereníssima del grande trabajo que tenía en el gobierno de los estados, impropio a su edad y sexo, se resolvió de ymbiar a uno de sus hermanos; y después de varios pareceres, sobre qual de los dos avía de ser, se determinó fuesse el infante Cardenal don Fernando, arçobispo de Toledo; en quien pareçe que Dios avia juntado todas las partes y propiedades de valor, benignidad, y amable natural, para gobernar con amor y acierto a los naturales dessos payses.

Tomada esta tan buena resolución, se publicó por mayo del año 1631 la yda de Su Alteza a Flandes, y que avía de passar por el mes de agosto primero siguiente. Besó a S. M. la mano por ello; y el infante don Carlos por el govierno de los reynos de Portugal, y provincias adherentes de la India Oriental, costas y Islas de África: queriendo S. M. prudentemente, que dos hermanos de tanto valor y esperança (aunque sintiesse mucho la falta de su compañía) le ayudassen a llevar el peso de tan grande Monarquía, y se hiziessen capaces para el govierno, y conquistar y añadir a ella nuevos reynos ².

Los párrafos muestran la intención del autor, quien combina así un triple propósito:

- 1) Subrayar que el traslado de uno de los infantes a Bruselas era una medida arbitrada por Felipe IV y sus más importantes consejeros para satisfacer, antes que un deseo o una necesidad del rey, un deseo y una necesidad de los recientes súbditos flamencos.
- 2) Subrayar que la decisión de ordenar el traslado de un infante a Bruselas fue una respuesta del rey a peticiones concretas, realizadas en nombre de la propia infanta gobernadora en 1630, cuando Felipe IV ya contaba con un heredero varón (Baltasar Carlos, nacido el 17 de octubre de 1629), que distanciaba de la sucesión a los hermanos varones del monarca y permitía rentabilizar su sangre real mediante la asignación de facultades de gobierno acordes a su dignidad.
- 3) Subrayar que la decisión de encomendar las facultades de Isabel –fatiga-da ya por la edad y por el desempeño de la lugartenencia no sólo política,

² D. DE AEDO Y GALLART: *El memorable y glorioso viaje del infante cardenal don Fernando de Austria*, Amberes 1635, pp. 1-2 (Capítulo I: “Que contiene, desde quando se començó a tratar de ymbiar a Su Alteza a Flandes, y lo que suçedió hasta que salió con Su Magestad de Madrid para Barcelona”).

sino también militar, que tan inusual resultaba en una mujer³—, al infante Fernando, de condición eclesiástica, había sido ampliamente meditada, como también la de encomendar el gobierno de Portugal al infante Carlos.

1.1. *FLANDES EN EL FUTURO POLÍTICO DE LOS INFANTES*

Diego de Aedo no faltaba a la realidad al asegurar que los estados de Flandes anhelaban la presencia de un infante. No se trataba de anhelar una persona real cercana al soberano —un miembro de la familia y la dinastía—, para suceder a Isabel. Anhelaban un infante y lo habían manifestado abiertamente hacía casi dos décadas. En concreto, entre 1614 y 1616, cuando el gobierno de Bruselas efectuó las gestiones necesarias para el reconocimiento anticipado de Felipe III como sucesor de los archiduques Alberto e Isabel mediante el preceptivo intercambio de juramentos con las asambleas de estados de las distintas provincias. Algunos diputados provinciales —los del condado de Flandes, según todos los indicios—, sugirieron entonces la posibilidad de abordar una segunda cesión de soberanía, mediante la cual, Felipe III renunciara a sus derechos sucesorios en favor de uno de sus hijos varones, cualquiera de los dos hermanos del príncipe de Asturias. La sugerencia demostraba que, en Flandes, había quien prefería mantener el territorio separado de la monarquía de Felipe III colocándolo bajo la soberanía de un infante, que habría de contraer matrimonio para poder perpetuar la separación, reproduciendo los pasos dados por Felipe II al vincular su primera cesión al matrimonio de Isabel en 1598⁴.

Pero la idea de ceder de nuevo los estados a un hijo de Felipe III no era original de los diputados provinciales ni tampoco de los años 1614-1616. Se trataba de una opción sucesoria de los Archiduques ya contemplada y descartada por el propio monarca varios años antes para su hijo Carlos. De hecho, durante las

³ Sobre el conjunto de facultades encomendadas a Isabel en 1621, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno en la etapa postarchiducal, 1621-1634*, Lovaina 2005, pp. 11-74 (capítulo 1).

⁴ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “What a princess, good God! The Heritage and Legacy of the Infanta Isabel”, en C. VAN WYHE (dir.): *Isabella Clara Eugenia: Female Sovereignty in the Courts of Madrid and Brussels*, Londres 2011, pp. 408-437, ref. 430; la versión española: “*Quelle princesse, ô bon Dieu! Herencia y legado de la infanta Isabel*”, en C. VAN WYHE (dir.): *Isabel Clara Eugenia: soberanía femenina entre las Cortes de Madrid y Bruselas*, Madrid 2011, pp. 408-437, ref. 430.

negociaciones de la Tregua de los Doce Años, Felipe III y Enrique IV de Francia se plantearon vincular esa nueva cesión a un matrimonio entre el infante Carlos y Cristina de Borbón, la segunda hija del rey francés (nacida en 1606). La oferta de mediación con las Provincias Unidas que Enrique IV realizó a los Archiducos a finales de 1607 a través de su embajador en París, Pierre Peckius, iba asociada a un doble acuerdo matrimonial que preveía este casamiento de Carlos dotado con los estados de Flandes. Dicha oferta sirvió para impulsar una primera fase de negociación de las dobles bodas hispano-francesas en 1608, pero con la conclusión de la Tregua de los Doce Años, el 9 de abril de 1609, Felipe III perdió el interés por este enlace, pese a que Enrique IV siguió “mostrando desseo de que el cassamiento del señor infante don Carlos con su hija se volviese a tratar” para “deshunir aquellos estados de Flandes de la corona de V. M. y por lo bien que le estava de que el señor dellos fuese cassado con su hija”⁵. No sorprende, por eso, que durante la segunda fase de negociación de las dobles bodas, entablada por la reina madre María de Médici tras el asesinato de Enrique IV y desarrollada entre 1610 y 1612, el enlace de Carlos asociado a una nueva cesión de soberanía de Flandes quedara completamente fuera de las conversaciones⁶. Algo del todo comprensible, aunque no tanto porque Felipe III sopesara entonces otras opciones de matrimonio más ventajosas para su hijo segundo⁷, como

⁵ Consejo de Estado, Madrid, 18 de abril de 1609, AGS, Estado, leg. 2025, f. 202.

⁶ B. J. GARCÍA GARCÍA: *La Pax Hispanica. Política exterior del Duque de Lerma*, Lovaina 1996, pp. 62, 64 y 91; M. K. HOFFMAN-STROCK: “*Carved on Rings and Painted in Pictures*”: *The Education and Formation of the Spanish Royal Family, 1601-1634*, Universidad de Yale 1996 (Tesis doctoral), pp. 273-276, recientemente publicada como *Raised to Rule. Educating Royalty at the Court of the Spanish Habsburgs, 1601-1634*, Baton Rouge 2011; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “*Haciendo rostro a la fortuna. Guerra, paz y soberanía...*”, *op. cit.*, pp. 111-119. Véase también B. J. GARCÍA GARCÍA: “Entre Vervins y la Tregua de Amberes. Estrategias de restauración de los Países Bajos meridionales (1598-1621)”, en A. DUBET y J. J. RUIZ IBÁÑEZ (eds.): *Las Monarquías española y francesa (siglos XVI-XVIII) ¿Dos modelos políticos?*, Madrid 2010, pp. 88-89.

⁷ Hay constancia de que, entre 1610 y 1611, se llegó a considerar un posible casamiento de los infantes Carlos o Fernando con la princesa heredera del ducado de Lorena, Nicole de Vaudémont (nacida en 1608), cuya mano también había ambicionado Enrique IV poco antes de morir para uno de sus hijos (en apariencia, el propio delfín, Luis, nacido en 1601). Pero el verdadero propósito de Felipe III fue evitar a toda costa el desposorio francés de la casa de Lorena, proporcionando al duque Enrique II otras posibles alternativas matrimoniales. De ahí que, desde el principio, Felipe III viera con buenos ojos el enlace de Nicole con su primo Carlos de Vaudémont, el futuro duque Carlos IV de Lorena. En 1613, también se rumoreó que Felipe III tenía interés en desposar a su hijo Carlos con la princesa María Gonzaga, nacida en 1609 y

porque la crisis sucesoria del Imperio hubiera situado a don Carlos en otro punto de mira entre 1609 y 1612.

La resolución de esta crisis dinástica pasaba por obtener las dignidades de rey de Bohemia y Rey de Romanos para uno de los hermanos del emperador Rodolfo II o para algún otro miembro de la casa de Austria, bien de la rama principal española, bien de la rama secundaria estiria de los Habsburgo. Pese a que las aspiraciones españolas adoptaron diferentes formulaciones en el transcurso de esos años, no parece desacertado afirmar que la determinación de Felipe III de priorizar las candidaturas de Matías, Maximiliano o Alberto, carentes de descendencia, se asoció en un primer momento a un plan de futura sucesión española a la dignidad imperial objetivada en el infante don Carlos, al que se cederían los estados de Flandes para proporcionarle un patrimonio propio dentro del Imperio⁸ con solo designarle sucesor de los archiduques Alberto e Isabel, y cuyas candidaturas al reino de Bohemia y al título de Rey de Romanos se presentarían llegado el momento. La apuesta de Felipe III por Matías dio fruto entre los meses de mayo de 1611 –cuando Matías se hizo con el trono de Bohemia–, y junio de 1612, cuando Matías se hizo con el título imperial con el respaldo y la complacencia de todos los miembros de la casa una vez restaurada la concordia dinástica⁹. Por muy poco tiempo, las aspiraciones españolas a la sucesión de Matías siguieron objetivándose en don Carlos, previamente designado sucesor de Alberto en los estados de Flandes y, en consecuencia, también en

heredera no del ducado de Mantua (donde sucedió su tío, el cardenal Fernando Gonzaga, a finales de 1612), aunque sí del anejo de Monferrato. No obstante, el sentido de la intervención de Felipe III en la Primera Guerra de Mantua (1614-1617), favorable al restablecimiento de Fernando en Monferrato contra los intereses de la casa de Saboya, invalida la veracidad del rumor (M. K. HOFFMAN-STROCK: “*Carved on Rings and Painted in Pictures*”: *The Education and Formation...*, *op. cit.*, pp. 276-279).

⁸ Precisamente, en 1549 había sido jurado como futuro soberano común del conjunto de provincias de los Países Bajos el príncipe Felipe, con el fin de reforzar su posición en el Imperio, esto es, de ampliar sus posibilidades de ser elegido segundo Rey de Romanos y suceder en la dignidad imperial a su tío, el futuro emperador Fernando I. En ese contexto, Carlos V se había propuesto obtener la renuncia del archiduque Maximiliano (futuro emperador Maximiliano II) a la sucesión imperial para postular la candidatura del príncipe Felipe [A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “La Tregua de los Doce Años: fracaso del principio de reunión pactada de los Países Bajos bajo el dominio de los Archiduques”, *Pedralbes* 29 (2009), pp. 95-158].

⁹ R. GONZÁLEZ CUERVA: *Baltasar de Zúñiga y la encrucijada de la Monarquía hispánica (1599-1622)*, Universidad Autónoma de Madrid 2010 (Tesis doctoral), pp. 370-374 y 404-421.

el patrimonio de Matías y en la dignidad imperial, cuya sucesión Alberto debía lograr primero para sí. Puesto que la sucesión del archiduque Fernando de Estiria gozaba de mayor aceptación dentro del Imperio y entre todos los miembros de las ramas austriacas de los Habsburgo, incluido el propio Alberto, Felipe III se propuso renunciar a sus derechos en favor de Fernando de Estiria en el transcurso de 1613. La renuncia contaba con el respaldo de Alberto, que animó y secundó al monarca en su reclamación de recibir a cambio compensaciones territoriales concretas en dos escenarios: 1) Alsacia y el Tirol, vitales para reforzar los corredores militares que unían Milán con los Países Bajos; 2) el norte de Italia, mediante la investidura formal de tres feudos imperiales decisivos para afianzar otro tipo de intereses en el área (el marquesado de Finale y el principado de Piombino, situados en la costa ligur y en la costa toscana, y el condado de Correggio, situado en el corazón de Lombardía). La evolución de las negociaciones familiares, iniciadas en 1614, llevó a abandonar las pretensiones sobre Alsacia y el Tirol para centrarse en los feudos italianos y, al calor del respaldo financiero-militar recibido por Fernando de Estiria en su enfrentamiento con la República de Venecia durante la Guerra de Gradisca (1615-1617), pudo cerrarse un compromiso sucesorio favorable a las reclamaciones de Felipe III a comienzos de 1617, luego ratificado mediante el Tratado de Oñate (6 de junio de 1617)¹⁰.

Entre los años 1614 y 1616, cuando los diputados provinciales del condado de Flandes manifestaron a los Archiduques su expectativa sucesoria en relación con uno de los infantes, estas negociaciones familiares estaban en pleno desarrollo. De ahí que la expectativa de los diputados se desvaneciera enseguida; mejor dicho, que su sugerencia fuera desechada sin reparo tanto por Bruselas como por Madrid, que ya tenían definida y consensuada su propia solución sucesoria para el patrimonio territorial de los Archiduques desde hacía tiempo: la infanta viuda lo gobernaría a perpetuidad en nombre de su hermano y su gobierno vitalicio sería una prolongación del régimen de gobierno archiducal. Así estaba firmemente determinado desde comienzos de abril de 1613, cuando Felipe III emitió una cédula real que actualizaba una disposición anterior, fechada en 1601, donde ya se encomendaba a Isabel la futura lugartenencia política del

¹⁰ R. GONZÁLEZ CUERVA: *Baltasar de Zúñiga y la encrucijada...*, *op. cit.*, pp. 446-469; E. GARCÍA PRIETO: “Isabel Clara Eugenia y Alberto de Austria, el inconcluso camino hacia el Imperio” y J. M. USUNÁRIZ: “El tratado de Oñate y sus consecuencias”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y R. GONZÁLEZ CUERVA (coords.): *La Dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Madrid 2011, vol. I, pp. 576-579, n. 55 y vol. II, pp. 1279-1299, respectivamente.

rey en caso de enviudar. Tal determinación hizo que, en la primavera de 1616 —y en medio de las ceremonias de juramento que cada provincia intercambió por separado con Alberto, como apoderado de Felipe III—, los diputados del condado de Flandes trataran de adecuar la expectativa sucesoria del infante a ese gobierno vitalicio de Isabel. De hecho, redefinieron dicha expectativa proponiendo que el rey enviara a uno de los infantes a Bruselas (contaban entonces con casi 9 años, Carlos, y con 7 años, Fernando) para ser educado directamente por Isabel. La propuesta demostraba plena conformidad con la reincorporación a la Monarquía de Felipe III y proporcionaba al monarca una nueva opción sucesoria, esta vez, de la propia Isabel: un infante gobernador formado en la corte de Bruselas¹¹. Una opción que, en cierta medida, contaba si no con un precedente idéntico, sí con referente digno de tener en cuenta: el de la lugarteniente viuda Margarita de Austria, hermana de Felipe “el Hermoso” y duquesa de Saboya, y el infante Fernando, hermano de Carlos V, que había pasado tres años en los Países Bajos (1518–1521) formándose junto a su tía antes de asumir el gobierno y la soberanía de toda la herencia patrimonial de Maximiliano I en Alemania entre los años 1521 y 1522. La existencia del referente y su memoria, quizá viva en el imaginario político de las élites flamencas casi 100 años después, pudo inspirar tanto la primera como la segunda versión de la propuesta sucesoria dirigida a los Archiduques por sus súbditos entre 1614 y 1616. Aunque tal vez no sea necesario remontarse tan lejos, puesto que, en 1574, don Luis de Requesens había sugerido a Felipe II ceder los estados de Flandes al infante don Carlos (el segundo varón nacido de Ana de Austria en 1573 y fallecido en 1575) y enviarle a Bruselas para ser educado¹². Una sugerencia que no sólo pudo trascender entonces, sino también reflejar aspiraciones concretas expresadas por las élites flamencas en esa complicada coyuntura.

No parece que la segunda versión de la propuesta sucesoria dirigida a los Archiduques en la primavera de 1616 fuese valorada a corto plazo y da la impresión de que tampoco lo fue en el contexto de la reversión de soberanía de 1621, una vez fallecido Alberto. Pero todo indica que, en Bruselas, la opción sucesoria del infante gobernador seguía en la mente de todos en 1621. Al menos, eso se deduce de la confidencia que la infanta Isabel realizó a Felipe III unas semanas antes de su muerte. La incluyó en una carta privada autógrafa, fechada el 2 de marzo de 1621, que dirigió al rey en respuesta a una carta suya del 9 de febrero

¹¹ Véase el análisis del retiro y la sucesión de Isabel incluido en A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “*Quelle princesse, ô bon Dieu!...*”, *op. cit.*, pp. 430–431.

¹² A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “La Tregua de los Doce Años...”, *op. cit.*, p. 111.

antecedente. En esta carta personal, Felipe III había comunicado a su hermana el embarazo de la princesa de Asturias y diferentes nuevas sobre sus hijos, entre ellas, el progreso en los estudios de teología del joven infante Fernando (cardenal y arzobispo de Toledo desde 1619-1620) y, quizá, la creciente destreza en el manejo de las armas o los progresos en equitación del infante Carlos. Noticia esta última –pero también la del preñado de la princesa–, que permitieron a Isabel sacar a colación el tema de la opción sucesoria del infante gobernador:

Confyeso a V. M. que me a dado el mayor contento que me podya dar con lo que me dyce del ynfante don Carlos que sy ya me byese con tal soldado no temerya quantos enemygos ay en el mundo y quanto más lo pyenso y consydero más me parece que sola su benyda aquy puede ser la redenyón destos estados y que todo lo demás es gastar tyenpo y dynero syn provecho y aunque me podrya mober la pasyón de desear tener prenda de V. M. conmygo como la cosa del mundo que yo más estymarya puede creer V. M. que dexo todo el ynteres y amor propyo para consyderar y tener por muy cyerto que la santa fee católyca serya muy acreçentada y el serbyçyo de V. M. y syn duda se reducyryan en byendo aquy al ynfante todos estos estados. Yo syplyco a Nuestro Señor que alumbre a V. M. como le es menester¹³.

Isabel atribuía al pronto envío del infante don Carlos a Bruselas (tercero en la línea de sucesión, si el primer embarazo de la princesa concluía con éxito) un papel redentor. Desde luego, se trataba de una baza política decisiva para el gobierno archiducal en vísperas de la reanudación de hostilidades con las Provincias Unidas, que debía producirse en el mes de abril de 1621, cuando expiraba la Tregua de los Doce Años. Lo era, porque la llegada del infante satisfaría la expectativa sucesoria de los flamencos y su satisfacción afianzaría el consenso provincial, tan decisivo en la nueva coyuntura bélica. Pero también porque causaría un gran impacto en los rebeldes, que se convencerían de que Felipe III estaba dispuesto a mantener los estados de Flandes bajo un gobierno de sangre real después de los días de Isabel y, por añadidura, decidido a emplear todos los recursos necesarios para garantizar la seguridad y la reputación de su hijo. Así, la llegada del infante podía ser la razón eficaz que acabara persuadiendo a los rebeldes de la necesidad de deponer su actitud y de renegociar un nuevo tratado de tregua o paz que pudiera resultar más satisfactorio para los intereses del monarca y de la propia corte de Bruselas.

¹³ Isabel a Felipe III, Bruselas el 2 de marzo de 1621, Colección privada. La transcripción completa de esta carta aparecerá próximamente en una edición crítica de la correspondencia autógrafa de la infanta Isabel que preparo en colaboración con B. J. García García.

La inesperada muerte de Felipe III, el 31 de marzo de 1621, privó a Isabel de la respuesta del rey y pospuso la decisión de Madrid sobre el posible traslado de don Carlos a Bruselas. Posposición razonable teniendo en cuenta que la primera hija de Felipe IV e Isabel de Borbón, nacida a mediados de agosto de 1621, sólo sobrevivió unas cuantas horas. Aun así, el futuro político de ambos infantes adquirió plena actualidad y generó notable preocupación en Madrid durante toda la década de 1620.

A mediados de septiembre de 1624, se abordó en una junta extraordinaria que debatía cuestiones relativas al reino de Portugal. La orden de convocatoria justificaba las razones que llevaban a Felipe IV a reunirla. De acuerdo con ella, durante la visita efectuada por Felipe III a Lisboa en 1619¹⁴, don Baltasar de Zúñiga había aconsejado al monarca designar un virrey de sangre real para contrarrestar el malestar del reino, que había protestado vivamente el virreinato ordinario del castellano conde de Salinas y marqués de Alenquer, don Diego de Silva y Mendoza (1617-1622)¹⁵. Allí mismo se propusieron algunos candidatos para ocupar el virreinato y el archiduque Carlos de Austria —hermano menor del emperador Fernando II y de la difunta reina Margarita de Austria, madre de Felipe IV, y obispo de Breslau (Silesia) y de Brixen (Tirol)—, pareció el más adecuado siguiendo probablemente el criterio del propio Zúñiga¹⁶, que conocía bien a los integrantes de la rama austriaca de la dinastía por su prologada gestión como embajador de Felipe III en la corte imperial (julio de 1608-marzo de

¹⁴ Sobre el viaje del rey a Portugal en 1619, las aportaciones recientes de P. CARDIM: “La jornada de Portugal y las Cortes de 1619”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III, op. cit.*, vol. IV, pp. 900-946 y F. LABRADOR ARROYO: *La Casa Real en Portugal, 1580-1621*, Madrid 2009, pp. 319-349.

¹⁵ C. GAILLARD: *Le Portugal sous Philippe III d’Espagne. L’action de Diego de Silva y Mendoza*, Grenoble 1982; T. J. DADSON: *Diego de Silva y Mendoza. Poeta y político en la corte de Felipe III*, Granada 2011 y A. TERRASA LOZANO: “Por la polémica gracia del Rey Universal. Las mercedes por servicios de Felipe III en el reino de Portugal: debates y conflictos”, en A. ESTEBAN ESTRINGANA (ed.): *Servir al rey en la Monarquía de los Austrias. Medios, fines y logros del servicio al soberano en los siglos XVI y XVII*, Madrid 2012, pp. 285-307.

¹⁶ La orden real de convocatoria de la junta está fechada en Madrid, el 15 de septiembre de 1624, según un “Traslado de la orden de Su Majestad a don Agustín Messía”, uno de sus 9 integrantes: “Estando el rey mi señor, mi padre, que aya gloria, en Portugal pareció a don Baltasar de Çúñiga vistas con atención las cosas de aquel gobierno que no avia medio mas efficaz de quietar aquellos ánimos de la soledad que les haze el que no asistamos allí sino imbiar por virrey alguna persona de mi sangre y de la confianza necesaria. Propusieronse entonces algunas, entre las quales la más a propósito pareció la del serenísimo archiduque Carlos, mi tío [...]” (AHN, Estado, lib. 728, s. f.).

1617)¹⁷. El asunto se trató antes de la muerte de don Baltasar (acaecida el 7 de octubre de 1622) con el embajador imperial en Madrid, Franz Christoph Khevenhüller, porque Felipe IV admitía en su resolución a la consulta que el propio Zúñiga había hablado al embajador abiertamente en la materia, aunque “con palabras generales”. La conversación tuvo lugar tras la conclusión de la jornada portuguesa, puesto que Khevenhüller no llegó a formar parte del séquito real que viajó a Lisboa en 1619. Cabe la posibilidad de que el asunto volviera a tratarse de nuevo con Khevenhüller en 1624, en el marco de las conversaciones que condujeron a la renovación de la alianza de las dos ramas de los Habsburgo, que debía sellarse con el matrimonio de la infanta María Ana y el archiduque de la rama estiria, Fernando de Austria, el hijo mayor del Emperador¹⁸. Es posible porque, en la orden de convocatoria de la junta, Felipe IV admitía:

que últimamente se escribió y trató aquí con el embajador del emperador este pensamiento [la posible designación del archiduque Carlos para el virreinato de Portugal] para que le guardasse y solamente se hiciesse allá prenda de que yo desseaba conoçer a mi tío y holgaría de verle.

Así, no está claro si en 1624 se comunicó, o sólo se reiteró, a Viena a través de Khevenhüller que el rey invitaba formalmente a su tío a visitar Madrid. En cualquier caso, de Viena se comunicó oficialmente a través de Khevenhüller que el archiduque Carlos había decidido aceptar la invitación de su sobrino y tenía intención de efectuar enseguida su viaje a Madrid. Por eso, sospechando que el archiduque partiría de inmediato o podría hallarse ya camino de España, Felipe IV encargaba a la junta pronunciarse sobre 5 puntos de debate que giraban en torno a dos cuestiones clave: si convenía encomendar el gobierno de Portugal –entonces

¹⁷ Sobre Zúñiga y su estancia en el Imperio, R. GONZÁLEZ CUERVA: “La mediación entre las dos cortes de la casa de Austria: Baltasar de Zúñiga”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y R. GONZÁLEZ CUERVA (coords.): *La Dinastía de los Austria...*, op. cit., vol. I, pp. 479-506 y R. GONZÁLEZ CUERVA: *Baltasar de Zúñiga y la encrucijada...*, op. cit. En dicha tesis, el autor comenta el proceso de acercamiento de Zúñiga a las élites portuguesas durante el viaje a Lisboa, en particular al clan de los Moura, cuya cabeza era el marqués de Castelrodrigo, con el que selló una sólida alianza en este contexto. Dicho proceso sensibilizó a Zúñiga sobre las aspiraciones de la nobleza del reino y le llevó a acoger sus demandas, inclinándole a abogar firmemente por la designación de un lugarteniente de sangre real para el virreinato de Portugal, si bien no descubrió a su candidato, el archiduque Carlos, durante la jornada de 1619, sino en 1621, una vez desechada la candidatura de su hermana Margarita de Austria, duquesa viuda de Toscana (pp. 535-536 y 593).

¹⁸ J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona 2004, p. 227.

en manos de un consejo de gobernadores regnícolas—, a un virrey de sangre real y, en caso afirmativo, si el rey tenía empeñada la palabra con su tío y resultaba inexcusable encomendar el virreinato portugués al archiduque Carlos¹⁹.

Esta junta extraordinaria, o Junta de Nueve, se reunió el 17 de septiembre de 1624 y la integraban los presidentes de varios consejos provinciales, concretamente de los Consejos de Italia, Portugal y Flandes (el conde de Monterrey, el duque de Villahermosa y fray Iñigo de Brizuela), junto al presidente del Consejo de Hacienda (el marqués de Montesclaros), a los consejeros de Estado don Agustín Mexía, don Fernando Girón y conde de Gondomar, y a los consejeros de Portugal marqués de Castel Rodrigo y Mendo da Mota²⁰. Sobre el primer punto —“Si conviene que el gobierno presente de Portugal se reduzga a un virrey de la sangre real y de la confianza neçessaria”—, 6 de los 9 consejeros coincidieron en que era preferible mudar el gobierno y encomendárselo a un príncipe de sangre real, bien alegando que Felipe II se había comprometido a hacerlo así en las Cortes de Tomar, bien rememorando el virreinato de sangre del cardenal-archiduque Alberto de Austria entre 1583 y 1593, que tan buena acogida había tenido en el reino; un consejero —Villahermosa en concreto—, consideró que no había necesidad de mudarlo, aduciendo que la mudanza y el consiguiente envío de persona de sangre real a Lisboa no iban a remediar “las cosas, si huviere algunas que remediar”; y otros dos —don Fernando Girón y fray Iñigo de Brizuela, que votaron en segundo y octavo lugar respectivamente—, fueron mucho más allá de lo que, en apariencia, se les pedía con la emisión de su dictamen.

Girón aseguró que no convenía encomendar gobiernos de reinos y provincias a príncipes de sangre:

porque una vez apoderados del gobierno causan recelos y sospechas y suelen resultar discordias y guerras civiles, y que esto es de mayor consideración en el estado presente que V. M. se halla embarazado de tantas partes y con tantos enemigos que fomentarán qualquiera inquietud civil. Que también le haze mucho considerar que se halla V. M. con dos hermanos hombres y han de sentir que el sr. archiduque Carlos gobierne a Portugal y tenerlos a ellos oçiosos, retirados y sin

¹⁹ “Traslado de la orden de Su Majestad a don Agustín Messía”, Madrid, el 15 de septiembre de 1624 (AHN, Estado, lib. 728, s. f.).

²⁰ “La Junta de 9, en 17 de setiembre 624. Sobre si conviene mudar el gobierno de Portugal a virrey de la sangre real de la confianza neçessaria y si V. M. está empeñado en elegir para él al sr. archiduque Carlos y caso que parezca que sí, qué fiadores será bien darle que aseguren el acierto y si no pareciere mudar el gobierno qué se hará con el sr. archiduque y si huviere de quedar qué casa será bien ponelle. Discurren variamente” (*Ibidem*).

ocupación ninguna y por ello tener queja de V. M. y de quien se lo aconsejare. Y que con este exemplo otro día pretenderán gobernar a Nápoles, o los reynos de Aragón, cosa que en ninguna manera conviene porque sería resucitar los conçiertos que se hicieron quando los casamientos de los señores Reyes Cathólicos de que los hijos segundos fuesen reyes de la corona de Aragón. Por lo qual y muchas razones que el tiempo podría ir mostrando le pareçe que ningún príncipe de la sangre real governe el reyno de Portugal, ni otro ningún estado de V. M.

La complicada situación internacional que vivía Felipe IV, comprometido en la guerra de Alemania y contra las Provincias Unidas y al borde del conflicto con Inglaterra y en permanente hostilidad con Francia por el valle de la Valtelina desde el comienzo del reinado, aconsejaba no aventurarse a encomendar lugartenencias reales a miembros de la dinastía, con independencia del grado de parentesco y consanguinidad que presentaran respecto al monarca. La razón era sencilla: sus gobiernos y sus círculos de colaboradores inmediatos acababan generando desconfianza en la corte regia por la presión a la que se hallaban sometidos en las cortes provinciales. Una presión proveniente de las facciones nobiliarias regnicolas que pugnan por ganarse el aprecio del príncipe-gobernador. Para lograrlo, fomentaban sus ambiciones autonomistas respecto a Madrid, promoviendo disconformidad de intereses y de planteamientos entre la corte regia y la corte provincial. La disconformidad comprometía la ejecución puntual de las órdenes reales y, una vez comprometida, se intensificaba la discordia faccional en el territorio, que podía degenerar en agitación civil. Sobre todo, si los enemigos externos del rey se apresuraban a fomentarla para debilitarle. Éste parecía ser el hilo conductor del razonamiento de don Fernando Girón, que aludía luego a los infantes para reforzar su argumentación, contraria a la delegación de lugartenencias reales en príncipes de sangre y contraria a la delegación de la lugartenencia de Lisboa en el archiduque Carlos de Austria. A su modo de ver, esta última delegación causaría resentimiento en los dos jóvenes príncipes, que vivían desocupados bajo la tutela del rey, porque confirmaría que se hallaban apartados de responsabilidades acordes a su dignidad por expreso deseo de su hermano y, en consecuencia, por la caprichosa recomendación de su(s) consejero(s) más allegado(s). El resentimiento alentaría en los infantes la pretensión de emanciparse y de gobernar algún otro reino de la Monarquía: el de Nápoles o, incluso, cualquiera de los de la corona de Aragón. Algo completamente inconveniente, porque amenazaba la propia unión de coronas lograda tras el matrimonio de los Reyes Católicos y daba la impresión de que también preservada por la providencia, puesto que, según Girón, los propios Reyes Católicos habían llegado a pactar la transmisión separada de sus respectivos patrimonios en caso de contar con más de un hijo varón.

Nada indica que este supuesto acuerdo sucesorio entre Isabel y Fernando existiera en realidad: en sus capitulaciones matrimoniales, acordadas en Cervera a comienzos de 1469, no figuraba ningún compromiso semejante²¹. Tampoco en otros acuerdos posteriores que contribuyeron a precisar y perfilar entre ambos fórmulas de gobierno conjunto, explicitando las potestades que cada uno de ellos poseía en los territorios patrimoniales del otro, como el poder otorgado por Isabel a Fernando en 1475 (Valladolid, 28 de abril) o el otorgado por Fernando a Isabel en 1481 (Calatayud, 14 de abril)²². La larga espera de un heredero varón (desde 1469 a 1478, año del nacimiento del príncipe don Juan) no les permitió siquiera plantearse durante bastantes años. Y de habérselo planteado tras la ansiada llegada del príncipe, lo lógico hubiera sido hacerlo durante los embarazos inmediatamente posteriores al suyo (los de la infanta Juana, nacida el 6 de noviembre de 1479, o la infanta María, nacida el 29 de junio de 1482), pero la jura de Juan en la corona de Aragón se produjo en mayo de 1481 en las Cortes de Calatayud, desde donde los reyes se trasladaron a Cataluña y Valencia para efectuarla también²³.

Todo apunta a que don Fernando Girón no trataba sólo de llamar la atención sobre el peligro que entrañaba la delegación de lugartenencias reales en príncipes de sangre, puesto que entonces ya existía una gobernación de sangre real dentro de la Monarquía que proporcionaba más ventajas que inconvenientes a Felipe IV: la de la infanta Isabel en los estados de Flandes. Da la impresión de que Girón

²¹ “Capitulaciones del matrimonio entre la princesa doña Isabel y don Fernando, Rei de Sicilia, ajustadas en Cervera a 7 de enero de 1469, y confirmadas por el Rei don Juan de Aragón en Zaragoza a 12 del mismo mes y año”, en D. CLEMENCÍN: *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*, Madrid 1821, pp. 577-581.

²² El primero, con su gestación (la concordia de Segovia de 15 de enero de 1475), y su reflejo en los cronistas Jerónimo Zurita y Hernando del Pulgar en D. J. DORMER: *Discursos varios de Historia con muchas escrituras reales antiguas, y notas de algunas dellas*, Zaragoza 1683, pp. 295-313; el segundo, en A. DE LA TORRE: “Isabel la Católica corregente de la corona de Aragón”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXIII (1953), pp. 423-428. Sobre los dos, A. DE LA TORRE: “Fernando el Católico gobernante”, en *Estudios del V Congreso de Historia la Corona de Aragón*, Zaragoza 1955, vol. I, pp. 9-19.

²³ G. ZURITA: *Los cinco libros postreros de la segunda parte de los Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza 1579 (lib. XX), ff. 312r-313v; una vez cumplidos los 14 años, el príncipe fue jurado de nuevo en las Cortes de Zaragoza de diciembre de 1493, de acuerdo con lo previsto en 1481 y con el imperativo de ratificar personalmente el juramento realizado por sus padres como tutores y de recibir en persona el juramento prestado por los estados del reino [G. ZURITA: *Historia del Rey don Hernando el Católico. De las empresas y ligas de Italia*, Zaragoza 1580, I (lib. I), f. 32r].

se proponía algo más. Por una parte, colocar a los infantes y a su futuro político en el punto de mira del propio monarca y, por otra, descartarlos para cualquier lugartenencia real, a sabiendas —como maestre de campo veterano de Flandes—, de que la de Bruselas planeaba sobre el futuro de uno de ellos desde hacía, por lo menos, una década. Los descartaba apelando al fantasma de la desmembración, que se antojaba mucho menos etéreo si se acompañaba de espejismos importados de la tradición, por supuesta que ésta fuera. Recurriendo a un argumento falaz, presentaba la desmembración de la Monarquía como un desenlace posible si los infantes gobernaban algún territorio patrimonial de su hermano, consciente de que la propia obviedad de la argumentación impediría a los demás consejeros desarrollar una opinión contraria. El hecho de que ningún otro voto emitido en la junta aludiera a ese presunto acuerdo sucesorio de los Reyes Católicos y el hecho de que tampoco Felipe IV lo hiciera en su resolución a la consulta parecen invalidar la veracidad del espejismo y, por consiguiente, confirmar la falacia del argumento. Con todo, cabe suponer que Girón recurrió a este argumento espurio para proporcionar consistencia a la vez que notoriedad a su razonamiento.

Esta aparente búsqueda de notoriedad trasluce mejor la intencionalidad del voto y su responsable merece, por eso, un mínimo comentario. Don Fernando Girón formaba parte del triunvirato que, bajo la égida de Olivares, se hizo cargo de las riendas del gobierno a la muerte de don Baltasar de Zúñiga, reuniéndose en ocasiones en los aposentos del propio Olivares²⁴. Lo integraban tres consejeros de Estado: uno de antigua creación, don Antonio Mexía (desde 1605) y dos de reciente designación, el marqués de Montesclaros (desde 1621) y el propio Girón, que obtuvo su plaza a comienzos de octubre de 1622²⁵ tras una larga trayectoria de servicios militares y también diplomáticos fuera de la península. Los diplomáticos comenzaron en diciembre de 1608, cuando Girón fue enviado de Bruselas a Londres para solicitar la mediación de Jacobo I en las negociaciones que Felipe III y los Archiduques mantenían con las Provincias Unidas, estancadas en ese momento²⁶. En 1616, Spínola le recomendó para asumir la embajada real de Bruselas y dar el relevo al difunto marqués de Guadaleste²⁷, su titular entre 1607 y 1616. Pero acabó ejerciendo la embajada de París entre 1618 y

²⁴ J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, op. cit., pp. 147-148.

²⁵ El día 4 de octubre, G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la Corte de España desde el año 1600 en adelante*, Madrid 1991, p. 134.

²⁶ P. ALLEN: *Felipe III y la Pax Hispanica, 1598-1621*, Madrid 2001, pp. 309-310.

²⁷ Spínola a Juan de Ciriza, Bruselas, 7 de septiembre de 1616 (AGS, Estado, leg. 2300, s. f.).

1620²⁸, tal vez por sugerencia de don Baltasar de Zúñiga, que había coincidido varios años con él en Flandes en el arranque del régimen archiducal. Su cercanía a Zúñiga en 1620 no ofrece duda²⁹ y, una vez en Madrid, su ingreso en el Consejo de Estado fue recomendado desde Bruselas por el archiduque Alberto. En la recomendación que dirigió a Felipe IV a comienzos de mayo de 1621, Alberto aseguraba haber realizado idéntica intercesión ante Felipe III sin consecuencias³⁰. Pero el ingreso, respaldado por Zúñiga antes de morir, se produjo tras el deceso del conde de Benavente (noviembre de 1621), cuya plaza de consejero acabó supliendo don Fernando Girón³¹. Tras la desaparición de don Baltasar, Olivares tuvo que depender bastante de él debido no sólo a su ajustado conocimiento sobre personas, materias y problemas de Flandes, sino también al apoyo y credibilidad que le otorgaban en Bruselas. Puede suponerse, por eso, que entre ambos existía buena sintonía e, incluso, que fuera Olivares quien hablaba por boca de don Fernando Girón en la Junta de Nueve.

El testigo lanzado por Girón lo recogió otro veterano de Flandes, fray Iñigo de Brizuela, que había ejercido de confesor del archiduque Alberto y formado parte del Consejo de Estado de Bruselas desde 1609, y que había regresado a Madrid a comienzos de 1622 para asumir la presidencia del recién restablecido Consejo Supremo de Flandes en la corte³². El dominico aseguró tener:

por de grande inconveniente lo que ha apuntado don Fernando Girón que en la edad que tienen sus hermanos de V. M. puedan sentirse de que se encargue el gobierno de Portugal a otro príncipe de la sangre. Y que para encargar aquel

²⁸ A. HUGON: *Au service du Roi Catholique: "honorables ambassadeurs" et "divins espions". Représentation diplomatique et service secret dans les relations hispano-françaises de 1598 à 1635*, Madrid 2004, pp. 138, 143 y 186-193.

²⁹ R. GONZÁLEZ CUERVA: *Baltasar de Zúñiga y la encrucijada...*, *op. cit.*, p. 590.

³⁰ Alberto a Felipe IV, Bruselas, 13 de mayo de 1621: "V. M. tiene por allá a don Fernando Xirón, persona de la calidad que se save, de grandes partes, talento, prudencia y experiencia en todas materias, y puedo assiguarlo por haverle conozido tantos años. Sería muy a propósito para servir a V. M. en el Consejo de Estado, lo qual apunto y suplico a V. M. no a instancia ni con saviduría del dicho don Fernando, sino por lo que desseo el real servicio de V. M. y esto mismo escrivi al Rey, ntro. sr. que aya gloria, en que no se tomó resolución" (AGR, SEG, reg. 185, ff. 228r-v).

³¹ R. GONZÁLEZ CUERVA: *Baltasar de Zúñiga y la encrucijada...*, *op. cit.*, p. 590; Benavente murió el día 8 de noviembre de 1621 (G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la Corte de España...*, *op. cit.*, p. 114).

³² A. ESTEBAN ESTRÍNGANA, "Brizuela y Arteaga, fray Iñigo de", en *DBE*, IX, pp. 482-486.

gobierno a un príncipe de la sangre (quando no se reparase en el inconveniente sobre dicho) sería necessario que el tal príncipe tuviese muy señaladas partes de capacidad y prudencia, pues ha de entrar en gobierno no conocido, y en sustancia a gobernarse por otro, y aunque conoce en el sr. archiduque Carlos hartó de bondad y buen natural, según lo que pudo juzgar en muy poco tiempo que le conoció, no se atrevería a prometerse de S. A. tanto caudal como es menester para el gobierno de aquel reyno ³³.

Brizuela revalidaba el dictamen de don Fernando Girón respecto a los infantes y no dudaba en cuestionar la idoneidad del archiduque Carlos para desempeñar el cargo de lugarteniente del rey, porque había tenido la oportunidad de conocerlo personalmente durante una fugaz estancia en los Países Bajos realizada a comienzos de 1618 ³⁴. Le achacó aptitudes mermadas para la magna tarea que representaba tomar las riendas de instituciones y personas desconocidas que se regían por usos de gobierno también desconocidos y empleaban una lengua extraña. Semejante tarea le abocaba a gobernar bajo tutela, rígidamente sometido a dictámenes ajenos, vertidos por aquellos ministros que el rey tuviese a bien imponerle, y eso era algo que no todos los príncipes de sangre real aceptaban de buen grado o, por mejor decir, algo a lo que no todos los príncipes de sangre real sabían adaptarse para asegurar la plena funcionalidad del gobierno delegado y el cumplimiento puntual de las órdenes reales. Una reflexión que el conde de Gondomar admitió compartir plenamente al recoger el testigo de Brizuela y advertir del “embarazo grande que podría ser ver a este príncipe en Portugal queriendo gobernar y disponer de las cosas a su voluntad en muchas contra la de V. M.” y también “de la dificultad que [...] abría en quitalle o mudalle después de puesto”.

Respecto al posible empeño en que el rey había entrado con su tío en lo tocante al virreinato de Portugal, todos los consejeros coincidieron en que no lo había, puesto que su designación no se había declarado públicamente. De ahí, que el archiduque Carlos no pudiera albergar justa queja contra su sobrino si,

³³ “La Junta de 9, en 17 de setiembre 624” (AHN, Estado, lib. 728, s. f.).

³⁴ El archiduque Carlos efectuó una visita informal a Bruselas a finales de febrero de 1618, con motivo de su ida a Colonia para tomar posesión del deanato de la catedral. De Colonia a Bruselas viajó “encubierto” y no quiso que los Archiduques le organizaran ningún recibimiento oficial. De hecho, su estancia no debió de prolongarse más allá de una semana, según confirman dos cartas de Isabel a Felipe III, Bruselas, 9 y 25 de febrero de 1618, Colección particular. La transcripción completa de ambas cartas aparecerá próximamente en la edición crítica de la correspondencia autógrafa de la infanta Isabel que preparo en colaboración con B. J. García García.

una vez en España, no recibía la lugartenencia real de Lisboa, como se esperaba. Bastaría con proporcionarle alguna satisfacción en España para cumplir con él y sólo don Agustín Mexía apuntó que no habría de ser pequeña, precisamente porque la motivación del viaje había trascendido ya en España y en toda Europa:

La voz de todo el pueblo acá es que viene a gobernar Portugal y en Alemania corre lo mismo y por toda Italia y puesto aquí [...] mucha satisfacción ha menester V. M. dalle para no ponelle en aquel gobierno y al emperador será menester dalle la misma, porque [...] tiene entendido que su hermano viene al gobierno de Portugal.

Pero el apuntamiento del veterano Mexía no causó inquietud alguna entre los consejeros, en parte, porque uno de ellos admitió saber por el embajador imperial que el archiduque Carlos no tenía intención de permanecer en España. Por eso, recomendaron hospedarle en Madrid con gran regalo y agasajo y, dada su condición clerical, asignarle a su partida pensiones eclesiásticas e, incluso, alguna otra pensión de la hacienda real en cualquiera de los reinos italianos para no enfriar la relación con Viena ni enturbiar los planes de boda de la infanta María Ana; esto es, para no empañar la trascendental alianza que se negociaba con el emperador³⁵.

La resolución de Felipe IV a la consulta de la Junta de Nueve data del 14 de octubre de 1624, es decir, de casi un mes después de la reunión, y fue emitida de puño y letra del rey. Su dictamen, vertido sin intermediarios, demuestra la escasa reflexión que el parecer de los consejeros había provocado en el joven e inexperto monarca. Los términos en los que se pronunciaba sobre el primero de los puntos de debate confirmaba la deficiente atención que el todavía inmaduro Felipe prestaba a las advertencias de ministros experimentados:

Tengo entendido que si el archiduque mi tío es de las calidades necesarias para este cargo tendrá muchas conbeniencias el dársele, lo primero por si estamos empeñados en ello, que estándolo no fuera justo irse sin él y más si se a entendido algo de esto en Alemania; también porque quanto mayor es una persona y de más buena sangre tiene más obligaciones de cumplir con lo que se le encargare fielmente, y lo último porque me parece conbeniente que teniendo las calidades necesarias gobierne el Reyno es porque entiendo que a de ser muy bien recibido de los portugueses y el gobierno a de pasar mas igualmente, porque como estos hombres son tan banos an de obedecer de mucho mejor gana mis ordenes dadas por mi tío que por los otros ministros y todos ellos an de andar muy alentados teniendo persona real a quien serbir y acudir³⁶.

³⁵ “La Junta de 9, en 17 de settiembre 624” (AHN, Estado, lib. 728, s. f.).

³⁶ Resolución autógrafa, sin lugar, 14 de octubre de 1624 (*Ibidem*).

Felipe IV se mostraba partidario de encomendar la lugartenencia real de Lisboa al archiduque Carlos una vez llegado a la corte y una vez contrastadas sus cualidades personales, porque sólo tenía en cuenta la aceptación que un virreinato de sangre real tendría: la conformidad que la presencia de un príncipe de sangre instalado de nuevo en Lisboa suscitaría en las élites portuguesas. Se dejaba deslumbrar por las ventajas, pero no era capaz de percatarse de los inconvenientes. De hecho, los ignoraba completamente, porque las hondas consideraciones expuestas por ciertos consejeros convocados a la Junta de Nueve parecían haber pasado desapercibidas para él. En especial, las que afectaban al futuro político de los infantes, pese a que tres miembros de la junta –pues también el duque de Villahermosa había acabado respaldando el voto de don Fernando Girón y había rechazado explícitamente el traslado del archiduque Carlos a Lisboa por “el inconveniente que ay para con los señores infantes”–, se habían declarado partidarios de no establecer un nuevo virreinato de sangre real en Portugal, debido a la presencia de los hermanos del rey en la corte apartados de responsabilidades. Por eso, la nada sensata resolución de Felipe IV debió de preocupar bastante a su círculo de asesoramiento más “íntimo”. Tal y como habían sido presentadas en la junta, esas consideraciones no afectaban sólo al futuro político de los infantes, sino también al de la propia Monarquía. En este sentido, parece lógico pensar que ese círculo “íntimo” aguardara con notable desasosiego la llegada del archiduque Carlos a Madrid.

La entrada del Archiduque en la corte tuvo lugar el día 25 de noviembre de 1624, pero enfermó inesperadamente el día 28 y su convalecencia se prolongó todo el mes de diciembre, hasta su fallecimiento, acaecido el día 28³⁷. El desasosiego generado por su llegada tuvo que desvanecerse en unas pocas semanas y, tal vez por eso, Olivares se decidió a tratar él mismo con el rey el espinoso tema de los infantes, confiando en concienciarle de la necesidad de determinar cuanto antes el futuro político de sus hermanos por el bien de la propia Monarquía. De aceptar el 25 de diciembre de 1624 como fecha válida del “Gran Memorial”, lo trató unos días antes del deceso del archiduque Carlos. Pero la datación de este memorial –supuestamente dirigido por Olivares a Felipe IV–, no sólo resulta incierta, sino que podría tratarse de un documento espurio, construido en círculos opuestos a la corona para ser divulgado tras las revueltas catalana y portuguesa de 1640³⁸. Aún

³⁷ Hay abundantes detalles de su entrada y recibimiento en Madrid, y alusiones a su convalecencia y fallecimiento en G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gazeta y nuevas de la Corte de España...*, *op. cit.*, pp. 208-211.

³⁸ M. RIVERO RODRÍGUEZ: “El ‘Gran Memorial’ de 1624, dudas, problemas textuales y contextuales de un documento atribuido al conde duque de Olivares”, *Libros de la Corte* 4, año 4 (invierno-primavera 2012), pp. 48-71.

así, parece obligado mencionar que, en él, se abordaba de lleno el problema que planteaba la desocupación de los dos jóvenes príncipes, reconociendo que:

[lo] mejor y más acertado para la seguridad y conveniencia del servicio de V. M. será procurar acomodarlos, con la grandeza que se debe a sus personas, en otras provincias y reinos que no sean de V. M. por vía de casamiento³⁹.

El documento sostenía que el alejamiento de la corte del monarca, el de los dominios peninsulares e, incluso, el de los restantes dominios más periféricos de la Monarquía, era la vía de futuro de los infantes que más se ajustaba a los intereses de Felipe IV. No obstante, es obvio que se trataba de una vía de futuro que también se ajustaba (y mucho) a los intereses de su valido. La clave de por qué la explicaba muy bien el propio Conde Duque en un escrito de 1627, uno de los tres conocidos en la actualidad que, sobre el estado, la educación y la colocación o acomodo conjunto de los dos infantes, Olivares redactó entre los años 1625 y el citado anteriormente⁴⁰.

O los señores Infantes conviene que estén autorizados, favorecidos y estimados de su hermano, junto a su persona, e inmediatos a ella, y con la inmediata confidencia de los tribunales y negocios; o no pueden estar de otra manera; porque no parece que el cielo ni la tierra, pueden permitir que haya persona de ninguna calidad, que en poder ni estimación quepa justamente entre el Rey y sus hermanos, por ningún provecho, ni derecho divino ni humano [...] y esto puede tener inconveniente donde asiste la persona inmediata del Rey mismo, quanto mayor incurable ha de ser cualquiera inconveniente, donde vean en el lugar del Rey a un hermano suyo y no al Rey, y donde por ventura no le hayan visto⁴¹.

³⁹ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares, I: Política interior: 1621 a 1627*, Madrid 1978, p. 55.

⁴⁰ Estos tres escritos, no fechados, se incluyen en A. VALLADARES: *Semanario erudito, que comprehende varias obras inéditas, críticas, morales... dalas a luz Don Antonio Valladares de Sotomayor*, Madrid 1790, XXIX, pp. 239-241 (1º), 241-250 (2º) y 250-255 (3º). La secuencia que presentan parece ser la correcta desde el punto de vista cronológico, correspondiendo los dos primeros a 1625 y el último a 1627. Existen versiones manuscritas (copias) de los tres en BL, Egerton, Ms. 2081 que presentan ligeras variantes; una de ellas, la del 2º escrito, fue publicada por J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque..., op. cit.*, vol. I, pp. 165-170.

⁴¹ “Papel, que en continuación de los antecedentes, firmó el Conde Duque para la junta sobre la educación y estado de los señores Infantes don Carlos y don Fernando”, en A. VALLADARES: *Semanario erudito..., op. cit.*, XXIX, pp. 250-251.

Para mantener a los infantes en la corte, era preciso darles ocupación, obligaciones, mano en los negocios, entrada en los consejos, facultades específicas que les autorizaran debidamente, situándoles en una posición inmediata al rey e interpuesta entre el rey y todos sus ministros. Esta posición eminente era la que su estado, o condición, les había reservado: su función natural en el orden político. Una posición y una función asignadas entonces al valido no tanto por designio de la naturaleza o la providencia, como por voluntad del monarca; de ahí que su dependencia del favor real fuera completa. A diferencia del valido, los infantes sí tenían una posición y una función natural o providencialmente reservadas y eso podía comprometer su dependencia del rey, porque asignándoselas el rey no realizaba un acto de favor, sino un acto de justicia: reconocía su estado, les daba lo que era suyo y estaba obligado a dárselo. Una vez dado, era evidente que los infantes podían emplear su autoridad en beneficio propio y no en beneficio del rey, sobre todo si eran instrumentalizados por facciones cortesanas descontentas y ambiciosas, dispuestas a recurrir a la perturbación política para controlar las más altas instancias de gobierno de la Monarquía. La perturbación podía poner en peligro la autoridad del rey y la estabilidad de la propia Monarquía, que también peligraban si los infantes eran alejados de la corte y autorizados, conforme a su estado, en cualquiera de los dominios de la Monarquía. Allí, podían ser instrumentalizados por sectores disidentes, empeñados en hacerse con el control total del territorio para librarse de la lejana y molesta tutela del rey.

Así, el futuro político de los infantes —la determinación de las obligaciones que debían serles atribuidas mientras residieran en la corte y en el interior de la Monarquía, o bien su alejamiento de la corte y de los dominios del monarca—, se hallaba estrechamente ligado a la “justa seguridad” de la Monarquía de Felipe IV. Dichas obligaciones, a la fuerza debían ser “mayores”, acordes con el rango superior e inmediato a la realeza de los infantes. De hecho, la “inquietud” o “revolución”, esto es, el desasosiego que ya mostraban don Carlos y don Fernando derivaba de las “menores” o nulas obligaciones que entonces tenían encomendadas en la corte. Este desasosiego, alentado por malintencionados que mediante ciertos discursos trataban de “conmoverles por este camino”, sugería no posponer el problema. Sobre todo, teniendo en cuenta que “este camino” llevaba a los infantes a cuestionar la persona y las acciones del valido, que asumía obligaciones propias de su estado: obligaciones que don Carlos y don Fernando, instigados por esos malintencionados, consideraban propias del suyo. De ahí su resentimiento, que les llevaba a considerar a Olivares como un verdadero adversario político⁴².

⁴² Sigo el escrito “Papel del conde duque de Olivares, para el señor Felipe IV, sobre la educación de los señores infantes don Carlos y don Fernando, y personas que les asisten”

A comienzos de junio de 1625, el Conde Duque trató el tema de los infantes de forma tangencial en lugar de directa, lo que podría indicar que nunca antes lo había estudiado personalmente con el rey y confirmar que, en efecto, el “Gran Memorial” no es un documento de finales de 1624, sino posterior. Lo trató en un escrito o papel centrado en la reforma del Consejo de Hacienda y su inclusión –de lo más forzada en el punto quinto y último del papel–, demuestra la seria preocupación que le causaba dicha consideración. El papel fue redactado para una consulta que Olivares realizó con el inquisidor general, Andrés Pacheco, y el confesor del rey, fray Antonio de Sotomayor, y da la impresión de que se proponía obtener el apoyo de ambos para instar a Felipe IV a determinar el futuro político de sus hermanos lo antes posible ⁴³:

También se me ofrece luego el negocio grande y arduo de lo que se ha de hacer con los señores Infantes, don Carlos y don Fernando, príncipes a quien conviene acomodar conforme a su grandeza, porque dificultosamente los conserva el tiempo donde su edad los tiene hoy reducidos, ni cuando así fuera es justo que el rey [...] tenga estos príncipes como con sujeción tan grande que puedan los mal intencionados considerallo por especie de prisión, estado que es fuerza que obligue a reventar algún día; y así se debe por materia de estado y gobierno [...] trabajar para que se acuda a un peligro tan grande y de tan pocos medios para escusalle que apenas se muestra alguno ⁴⁴.

Mientras Felipe IV privara a los infantes de su estado, de la función natural o providencialmente reservada para ellos en el orden político, estos serían prisioneros de su hermano, en el sentido de hallarse oprimidos por su arbitrario dictado, sujetos al designio del rey y no al de la naturaleza o la providencia. Una

[A. VALLADARES: *Semanario erudito...*, *op. cit.*, XXIX, pp. 239-241 (1º)]. El escrito continúa: “Jesu Christo tuvo un discípulo a quien quiso más que a los otros. Los Reyes los han tenido: ¿a quién en su casa no le sucederá lo mismo? Considere V. M. quan fácil es no ser de la satisfacción de los señores Infantes las acciones de V. M. o de su ministro más favorecido. Considere V. M. quam fácil es no ser de la satisfacción de V. M. que favorezcan los señores Infantes a este o al otro. Mire V. M. lo que hoy sucede, y lo que V. M. me ha dicho, pues el día que V. M. no pudiese disimularlo, como he suplicado lo haga hasta ahora, ese mismo día estarán todos estos inconvenientes en el caso de experimentarse y practicarse” (p. 241).

⁴³ Ya lo apuntaron J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 122 y 162.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 130 (“Papel del señor Conde Duque sobre la reformatión del Consejo de Hacienda y nueva creación de ministros y sobre otros puntos muy graves e importantes”, Madrid, 4 de junio de 1625).

sujeción insostenible que podía ocasionar graves complicaciones a no muy largo plazo. Por eso, y con la intención de concienciar al monarca de la conveniencia y la urgencia de disponer el estado de los infantes, Olivares expresó su alarma en el probablemente primero de los dos escritos que redactó en 1625, quizá durante el mismo mes de junio ⁴⁵. Lo hizo del siguiente modo:

Si vemos que el león chico reconoce al grande hasta cierta edad; en llegando a ella todos se gobiernan por la fuerza: y el que puede menos, pretende aventajarse con mañas, y no dudo, señor, del vencimiento: por lo que debo persuadir a V. M., es que no quiera vencer esto por fuerza, pues puede con medios suaves, y sin ningún inconveniente de la tierra: y aunque V. M. se acongoje solo oír platicar estas prevenciones, habiéndole hecho Dios tan superior a todo, sirvase V. M. de creer, que no trata de ninguna manera de alguna competencia con sus hermanos, sino solamente de atajar los daños que en sus Reynos pueden hacer las ruines intenciones que se les arrimare[n] ⁴⁶.

La tradicional asociación del león a la realeza se hacía extensible a la persona de los infantes, presentados como ambiciosos leones jóvenes para inducir a Felipe IV a disponer su futuro político de una vez por todas. El rey debía entender que, de momento, no existía competencia ni rivalidad alguna entre él y sus hermanos —existían únicamente entre los infantes y Olivares—, pero que podían existir algún día si las ambiciones de los infantes eran canalizadas por los malintencionados que ya les rodeaban, o podían llegar a rodearles en el futuro, y que a él, como monarca, le competía prevenir los riesgos y males asociados a ellas por el bien de la Monarquía. Por eso, entre junio y julio de 1625, Olivares abordó el asunto con mayor particularidad y realismo en un nuevo escrito dirigido al rey.

En este otro escrito ⁴⁷, el Conde Duque admitía la gravedad y la dificultad del negocio, al no haber ejemplares a los que poder acudir “después que esta Monarquía lo es”. En el primero de los escritos de 1625, también mencionaba

⁴⁵ En el que considero segundo escrito de 1625 —que por su contenido J. H. Elliott y J. F. de la Peña fecharon entre junio y julio de 1625—, se alude muy por encima a algunas cuestiones que en este otro se encuentran más definidas. Esta somera alusión prueba que Olivares las daba por sabidas y da pie a suponer que fue elaborado con posterioridad a este otro. Una de esas cuestiones (la ausencia de ejemplares o precedentes útiles en los que apoyarse para determinar el futuro político de los infantes) sólo esbozadas en este primer escrito, pero desarrollada en el segundo, se trata más adelante al analizar el contenido del segundo.

⁴⁶ A. VALLADARES: *Semanario erudito...*, *op. cit.*, XXIX, p. 241.

⁴⁷ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 165-169.

la “falta de ejemplares” que permitieran contrastar los efectos de soluciones adoptadas con anterioridad ante problemas parecidos. Lo hacía con algo más de concreción al asegurar que no había habido:

siglos ha ninguno, y los que fueron antes tan desiguales como se ve en la diferente grandeza, señoríos y poder de V. M. al de los señores Reyes antecesores al señor Rey don Fernando el Católico ⁴⁸.

Ningún precedente medieval servía de ejemplo por razones obvias, pero ¿había razones para no tener presente el precedente del infante Fernando, hermano de Carlos V? Desde luego, su acomodo se definió alejado de los reinos de las coronas de Castilla y Aragón; tras un período de “reserva” o “limbo institucional” achacable a su edad y condiciones, el infante fue “expulsado” a los Países Bajos, donde permaneció varios años a la espera de ser dotado por su hermano mayor de un destino político acorde a su dignidad y condición ⁴⁹. Da la impresión de que Olivares se proponía dar los mismos pasos con los infantes Carlos y Fernando: “expulsarles” de la península y “acomodarles” lejos, pero el precedente del luego emperador Fernando I no le servía, porque Fernando había sido dotado con estados patrimoniales separados adrede del patrimonio del primogénito y era precisamente eso lo que el Conde Duque se proponía evitar a toda costa: la separación voluntaria o forzosa de cualquiera de los territorios que integraban el conjunto patrimonial heredado por Felipe IV.

Según Olivares, las razones “que pueden mover a procurar [...] acomodar a los señores Infantes, conforme su grandeza, apartados de estos reynos” ya eran de sobra conocidas y por eso las omitía en su segundo escrito de 1625. A continuación, sopesaba el modo de acomodarles, advirtiendo que “la desmembración de reinos y señoríos de esta corona sería perjudicialísima para la conservación de este todo”, en alusión explícita a una desacertada experiencia de desmembramiento territorial reciente: la de Flandes, para el matrimonio de los archiducos Alberto e Isabel. La alusión daba a entender que el posible casamiento de los infantes, en ningún caso llevaría aparejada la separación de un territorio patrimonial, puesto que:

ningún reino de V. M. separado es hoy suficiente para disponer los medios de su defensa y conservación, y juntamente para sustentar su dueño. En lo de Flandes no discurro por ser tan llano el inconveniente.

⁴⁸ A. VALLADARES: *Semanario erudito...*, *op. cit.*, XXIX, p. 239.

⁴⁹ A. ALVAR EZQUERRA y F. EDELMAYER (eds.): *Socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento. Fernando I (1503-1564)*, Madrid 2004; la alusión a la reserva y al limbo institucional del infante en la p. 183.

Descartada de este modo tan tajante la separación más previsible –por ya realizada y por ya experimentados sus efectos en reinados precedentes–, Olivares discurría sobre los inconvenientes asociados a la separación de cualquiera de los territorios italianos, las Indias castellanas, la India portuguesa, los reinos peninsulares e insulares de la corona de Aragón y las plazas norteafricanas. Luego, valoraba las posibles opciones matrimoniales del infante don Carlos, repasando la lista de esposas más idóneas⁵⁰ y decantándose por la princesa de Lorena, entre un conjunto de candidatas que reconocía carente de la “grandeza” y las “riquezas competentes” a la persona de un infante de España. Por eso, Olivares identificaba las rentas que se podrían asignar a don Carlos para su matrimonio y concluía recomendando su envío a Sicilia para servir los cargos de virrey y capitán general, mucho más ajustados a su dignidad y calidad. La colocación de don Carlos al frente del reino siciliano no haría más que repetir el modelo de gobernación que entonces se hallaba vigente en Flandes, con la infanta Isabel ejerciendo las funciones de lugarteniente político y militar en el territorio sin perjuicio alguno para la autoridad de Felipe IV, y eso era suficiente aval de la solución propuesta. Aun así, Olivares admitía que, de semejante solución, podían surgir “inconvenientes” en “materia de estado”, pero confiaba en poder salvar “el recelo y prevención de que no pudiese apoderarse de aquel reino” mediante instrucciones y órdenes adecuadas, es decir, definiendo desde Madrid un marco de gobierno idóneo, capaz de asegurar debidamente la autoridad del monarca, y reservando en ese marco una papel estelar a la persona que ocupara la mayordomía mayor del infante. Además, la cercanía del turco podía favorecer los intereses del rey, porque focalizaría las ambiciones personales de don Carlos, divirtiéndole de otras aspiraciones políticas nada recomendables de cara al propio reino de Sicilia.

⁵⁰ Las hijas del emperador Fernando II (María Ana, nacida en 1610, y Cecilia Renata, nacida en 1611); una princesa de la casa de Lorena (Claude de Vaudémont, nacida en 1612 y hermana de la entonces duquesa titular del ducado, Nicole de Vaudémont, ya desposada con su primo Carlos de Vaudémont); la heredera de los ducados de Mantua-Monferrato (María Gonzaga, nacida en 1609); una hija del duque de Saboya (a buen seguro, una de las menores, María Apollonia, nacida en 1594, o Francisca Catalina, nacida en 1595); y la princesa viuda de Urbino, Claudia de Médici, nacida en 1604, que era hermana del anterior duque de Florencia Cosme II de Médici (†1621) y acababa de enviudar del duque Federico Ubaldo Della Rovere en 1623. Sobre las dos princesas de la casa de Saboya, B. A. RAVIOLA: “Venerabili figlie: Maria Apollonia e Francesca Caterina di Savoia, monache francescane, fra la corte di Torino e gli interessi di Madrid (1594-1656)”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, M. RIVERO RODRÍGUEZ y G. VERSTEEGEN (coords.): *La Corte en Europa: Política y Religión (siglos XVI-XVIII)*, Madrid 2012, vol. II, pp. 887-910; y la obra clásica de A. BIANCHI: *Maria e Caterina di Savoia (1594-1656) (1595-1640)*, Turín 1936.

Respecto al Cardenal Infante, Olivares se reconocía partidario de procurar:

asentarle en el camino eclesiástico, y afianzarle en él [...], metiéndole en la cabeza hacerle Papa por principal asiento y fin suyo, en que fácilmente entraría porque naturalmente es vano, y el cebo de verse superior a todos por aquel camino, podrá ser que acabe con él, lo que por ningún otro se podrá alcanzar.

Con estas palabras, Olivares daba a entender que don Fernando era de temperamento ambicioso e inconformista, pero también resuelto y determinado, capaz de afrontar grandes desafíos, siempre que él mismo los encontrara dignos de su propia grandeza. De todos era sabido que la profesión eclesiástica no le parecía a don Fernando verdaderamente proporcionada a su condición de príncipe de sangre y “tal vez le haría sentar más fijamente en su profesión el parecerle factible y compatible su sangre con el Pontificado”. Como es lógico, alcanzar la “primera silla de la Iglesia” representaba una carrera de fondo y don Fernando no se avendría a permanecer “ocioso y arrinconado”. Por eso, Olivares sugería encomendarle el gobierno de las plazas norteafricanas, fijando su residencia en Orán (por ser distrito del arzobispado de Toledo) y ofreciéndole la oportunidad de emular las gestas de uno de sus ilustres antecesores: el cardenal-arzobispo Francisco Jiménez de Cisneros, que había conquistado la propia plaza de Orán en 1509. La idea era seducir al Cardenal Infante con la posibilidad de abordar allí nuevas empresas de conquista contra los infieles y, en función de las disponibilidades de la corona, proporcionarle los medios necesarios para ejecutarlas. “Embebecerle y ocuparle”, en definitiva, “para ejercitar aquel espíritu sin inconveniente”. Otra forma de “tenerle seguro en la profesión eclesiástica” era seducirle con la posibilidad de negociar para él la sucesión de un electorado eclesiástico del Imperio, Tréveris o Maguncia preferiblemente, pero eso exigía su traslado a la corte imperial para educarse junto al Emperador y acomodarse a las costumbres de Alemania⁵¹.

Todo apunta a que Olivares descartaba la opción de Flandes como posible destino político de uno de los infantes en el verano de 1625. En esa fecha, la sucesión de Isabel aún se hallaba en el aire, porque sólo estaba regulado el ordenamiento sucesorio provisional según el procedimiento acostumbrado, que consistía en designar: 1) los integrantes de la junta que debía hacerse cargo del gobierno político y el cabo de guerra que asumiría el gobierno militar hasta que el soberano nombrase un nuevo gobernador general propietario o interino; 2) los suplentes de todos ellos. Precisamente en abril de 1625 se habían emitido

⁵¹ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 169-170.

dos nuevos despachos para completar y actualizar los despachos originales, que databan de 1621⁵². Tal vez por eso, Olivares excluía Flandes –con un gobierno de emergencia recién reorganizado–, del punto de mira. Pero la exclusión no duró mucho.

En septiembre de 1626, una junta especial consultó las opciones propuestas por Olivares para los infantes y examinó otra, no propuesta por él, que señalaba Bruselas como destino de cualquiera de los dos y que fue descartada por la “particular inclinación” de los flamencos “a tener soberano señor que los asista”⁵³. Esta argumentación de la junta demuestra que la figura de un infante-gobernador en Flandes generaba especial desconfianza en Madrid. Al comprensible recelo hacia las intenciones del infante, se añadía el recelo hacia las intenciones de los naturales del propio territorio, recién incorporado a la Monarquía y con una experiencia cercana de soberanía independiente. Una bomba de relojería que los precedentes históricos tampoco contribuían a desactivar: el gobierno de sangre real encabezado por un hijo del rey –el de don Juan de Austria en tiempos de Felipe II, que la junta recordó oportunamente–, no podía haber resultado más nefasto para el afianzamiento de la autoridad del monarca en el conjunto de provincias. Pero en Flandes y también en Portugal había precedentes de gobernaciones de sangre real poco problemáticas y más cercanas en el tiempo; por ejemplo, las del cardenal-archiduque Alberto de Austria, virrey de Portugal entre 1583 y 1593 y gobernador general de Flandes entre 1595 y 1598. Así, no sorprende que, debido al satisfactorio precedente portugués –carente de las sombras que, desde un pasado algo más remoto se proyectaban sobre el precedente flamenco–, la junta se mostrase partidaria de encomendar a don Carlos el virreinato de Portugal⁵⁴.

La recomendación careció de consecuencias a corto plazo. La enfermedad de Felipe IV, entre agosto y septiembre de 1627, paralizó cualquier iniciativa relacionada con el futuro político de los infantes debido a la incertidumbre sucesoria. Aunque la reina estaba entonces embarazada, había muchas probabilidades de que la sucesión recayera en don Carlos si el rey fallecía y las intrigas palaciegas, asociadas a la necesidad controlar la posible mudanza política, concentraron la atención de los opositores de Olivares, interesados en estrechar lazos con los

⁵² A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 190-191.

⁵³ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 165-169.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 164.

infantes para debilitar la posición del valido en ese nuevo escenario⁵⁵. Puede decirse que el futuro político de los infantes dentro de la corte de Madrid ganó protagonismo y prioridad hasta el restablecimiento del monarca, constatable en el otoño de 1627. En ese intervalo, hubo quien indujo a los infantes a enfrentarse al valido para anular las disposiciones testamentarias del rey, que encomendaban a Olivares el peso de los negocios tras su fallecimiento. A tenor de lo acaecido en torno a ellos en palacio durante la enfermedad del monarca, era evidente que su coexistencia junto al rey había dejado de ser pasiva, porque habían dado sobradas muestras de querer interferir activamente en las decisiones. De ahí que Olivares advirtiera a Felipe IV lo necesario y urgente que era determinar su futuro fuera de Madrid:

Con lo cual, lo que antes desta ocasión se podía gobernar con tiempo y maña, hoy es preciso gobernarlo sin dilación aunque se carezca de maña, porque se aventura mucho en cualquiera dilación y es necesario curar a un tiempo lo que mira a entrambos infantes, que no ha de ser fácil⁵⁶.

No parece que la advertencia tuviera consecuencias inmediatas, pero el conjunto de despachos que regulaban la sucesión provisional de la infanta Isabel fue de nuevo revisado y actualizado. En noviembre de 1627, una junta “sobre la materia secreta de Flandes” abordó la cuestión debido a la muerte y a la marcha de las provincias de alguno de los 5 miembros de la junta de gobierno provisional señalados con anterioridad, o de sus suplentes. Las nuevas designaciones acordadas en dicho año fueron acompañadas de dos sugerencias. La primera, apremiar al entonces embajador ordinario del rey en la corte de Bruselas —el cardenal don Alonso de la Cueva—, a trasladarse a Roma, como estaba ordenado desde hacía varios meses (antes de mayo de 1627); y la segunda:

nombrar embaxador que asista en Flandes, y que por la dificultad que tendrá el hallarse persona para aquella embaxada tal qual conviene [...], la que huviere de yr allí podría ser con título de embaxador estraordinario, pues si conviniera

⁵⁵ Así lo prueba el “Papel del Conde Duque para el señor Felipe IV sobre los naturales de los señores infantes don Carlos y don Fernando y lo sucedido en el discurso de la enfermedad que padeció dicho señor rey”, De la posada, 10 de octubre de 1627, en J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, op. cit., vol. I, pp. 215-228, con variantes respecto a la versión incluida en A. VALLADARES: *Semanario erudito...*, op. cit., XXIX, pp. 255-265.

⁵⁶ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, op. cit., vol. I, pp. 221.

mudalla se podrá hazer sin nota y en Flandes caminarán con recato pensando que ha de bolber el embaxador y él de la misma manera de que le retiren⁵⁷.

En su resolución de la consulta, el rey ordenó a la junta proponer cuanto antes personas para ocupar la “embajada extraordinaria” de Flandes. La decisión de prescindir ya de una “embajada ordinaria” –a todas luces impropia ante un lugar-teniente del monarca, pero conservada en vida de la antigua soberana para imprimir continuidad al régimen de la gobernadora viuda–, que ahora se planteaba daba a entender que había intención de hacer desaparecer la embajada real de Bruselas tras la muerte de Isabel, con independencia de la solución sucesoria que llegara a definirse para ella. De igual modo, la decisión de prescindir del cardenal de la Cueva podría indicar que, en Madrid, se había logrado ya cierto consenso respecto al destino político de los infantes: Portugal para don Carlos y Flandes para don Fernando, cuya dignidad cardenalicia no debía concurrir con la del entonces embajador ordinario del rey cuando se trasladara a Bruselas para formarse junto a su tía. En este sentido, a finales de 1627 únicamente quedaba por determinar el momento propicio en el que don Fernando debía efectuar su traslado, siendo “el paso de la necesidad” mencionado por Diego de Aedo en el arranque de su relato el que debía indicarlo. Pero, aunque hay indicios de que en 1628 se hicieron algunos preparativos para poner casa y preparar a don Carlos para el gobierno de Portugal⁵⁸, el 1 de mayo de ese año Felipe IV ordenó a la infanta Isabel hacer diligencias encaminadas a conseguir alguna canonjía de las iglesias catedrales de los electorados eclesiásticos de Colonia o Tréveris para don Fernando. Hechas las diligencias a través del barón Jean-Charles de Schonburch –miembro del Consejo de Luxemburgo y activo diplomático al servicio de Isabel en Alemania y Dinamarca durante la década de 1620–, con perspectivas favorables en apariencia, se decidió en Bruselas “procurar con el elector de Tréveris su coadjutoria y en Colonia un canonicato”, y la infanta solicitó al monarca en julio “comisión y instrucción secreta y poder para tratar de lo uno y lo otro [...] con declaración de lo que se habrá de ofrecer y que se entiende será forzoso hazerlo nosotros”⁵⁹. A

⁵⁷ “La Junta, en Madrid a 9 de noviembre 1627. Sobre la materia secreta de Flandes” (AGS, Estado, leg. 2041). Sobre el posible relevo de Bedmar en 1627, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Alonso de la Cueva, 1 marqués de Bedmar y cardenal”, en *DBE*, xv, pp. 444–448. Sobre la revisión y actualización del gobierno provisional a finales de 1627, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 191–192.

⁵⁸ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, p. 164.

⁵⁹ Isabel a Felipe IV, Bruselas, 2 de julio de 1628 (AGS, Estado, leg. 2042).

juzgar por un billete dirigido por Felipe IV al secretario y consejero de Estado don Juan de Villela a comienzos de septiembre de 1628⁶⁰, la negociación prosiguió siguiendo las pautas marcadas por el maestre de campo general del ejército de Flandes Ambrosio Spínola, cuyo parecer fue reclamado al respecto en la propia corte de Madrid, donde el genovés se hallaba desde enero de ese mismo año⁶¹.

Esta “iniciativa electoral” no debe sorprender, porque en 1627 –y quizá muy poco tiempo antes de que el rey enfermara–, Olivares había confesado refiriéndose a don Fernando que “en todo cuanto llego a alcanzar de su natural e inclinación, siempre que se le apretare en la estrecha senda de lo eclesiástico, llegaría a temer que saltase”, es decir, siempre que se constriñeran sus aspiraciones al mero futuro, ya satisfecho y acabado, de cardenal-arzobispo. Lo confesó en su tercer escrito sobre el estado de los infantes, redactado probablemente entre junio y julio de 1627⁶², varios meses antes de actualizarse el ordenamiento sucesorio provisional de la infanta Isabel. Y el resto del discurso contenido en dicho escrito corrobora esta interpretación, pues Olivares aseguraba que don Fernando, precisamente por su “natural”,

es fuerza que eche menos mucho antes [que don Carlos] lo que se debe de hacer con él, y echándolo menos, es fuerza que quede desconfiado y quejoso, y de mi opinión no creo que pueda quedar otro camino de entretenerle, que el delfín del sumo Pontificado, en que se le ha de procurar cebar mucho, y hacer instancia grande en la coadjutoría de un electorado eclesiástico. Y si esto se dilatase de manera que se viese por acá crecer el inconveniente de su asistencia, enviarle a Alemania para asistir a la negociación del electorado, en casa del emperador, yendo por Italia, y si esta materia se adelantase a este primero o segundo año, podría ir

⁶⁰ Felipe IV a don Juan de Villela, “Para que responda a la sra. Infanta sobre el particular del señor Infante Cardenal”, Madrid, 6 de septiembre de 1628: “He visto lo que escribe mi tía sobre encaminar que se diese una canongía electoral en una de las iglesias de Colonia o Treveris al cardenal infante mi hermano y el parezer que en la materia ha dado el marqués de los Balbases y habiendo resuelto seguirle escribiréis carta a mi tía en esa conformidad para que la firme” (AGS, Estado, leg. 2042).

⁶¹ Sobre el viaje y la estancia de Spínola en Madrid, hasta su partida hacia Milán en el verano de 1629, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 134-141 y 267-284.

⁶² El escrito arranca del siguiente modo: “Habiendo visto el papel que sobre este punto de los señores Infantes hice ahora dos años...”, “Papel, que en continuación de los antecedentes, firmó el Conde Duque para la junta sobre la educación y estado de los señores Infantes don Carlos y don Fernando”, en A. VALLADARES: *Semanario erudito...*, *op. cit.*, XXIX, pp. 250-255, ref. p. 250.

quando la Señora Reyna de Ungria: y si no lo de Orán, porque pensar que al señor infante se le pueda reducir a mero sacerdocio y quietud eclesiástica, es pensar un imposible, y no advirtiéndole desde luego que no es incompatible lo uno con lo otro, con el ejemplo de don fray Francisco Ximénez, soy de parecer que se ha de poner la materia en estado, que con escrúpulo grande pueda S. M. continuarle el goce de los frutos del arzobispado de Toledo ⁶³.

La negociación emprendida en los electorados de Colonia y Treveris en 1628 hace pensar que se había apostado por enviar a don Fernando a Alemania en el séquito que debía acompañar a su hermana, la infanta María Ana (comprometida con el archiduque Fernando de Austria, rey de Hungría desde 1625 y de Bohemia desde 1627) en su futuro viaje al Imperio. También que Flandes aún estaba lejos de prefigurarse como destino político de don Fernando. Pero “el paso de la necesidad” del que hablaba Diego de Aedo en su relato del pasaje del Cardenal Infante sobrevino súbitamente en 1629.

Con menos recursos financieros que en años precedentes para afrontar la guerra (debido a la captura holandesa de la flota de Nueva España en Matanzas en septiembre de 1628) y con un problema estructural de insubordinación y de falta de colaboración de la oficialidad, que se arrastraba desde finales del siglo XVI y había alcanzado su punto álgido tras la partida de Spínola, la campaña de 1629 concluyó con un balance militar muy negativo para las armas de Felipe IV ⁶⁴. Tras 5 meses de asedio y un infructuoso socorro, la plaza de Bois-le-Duc (‘s-Hertogenbosch) capituló su rendición a las fuerzas holandesas el 14 de septiembre ⁶⁵.

Por su situación al sur del Mosa, que obraba como frontera natural con las Provincias Unidas en el norte del ducado de Brabante, la plaza tenía una enorme trascendencia estratégica y obraba como cabeza jurisdiccional de un gran distrito de aldeas rurales cuyo traspaso a la República proporcionaba a los holandeses una vía óptima de penetración en el territorio obediente. Como es lógico, la pérdida de esa importante franja territorial conmocionó a las Provincias, que

⁶³ A. VALLADARES: *Semanario erudito...*, *op. cit.*, XXIX, pp. 253-254.

⁶⁴ Sobre este problema estructural, que comprometía gravemente la eficacia militar del ejército de Flandes, y su evolución hasta propiciar el desconcierto defensivo de 1629, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 131-163 y A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Cabos de guerra: satisfacción de la oficialidad y eficacia bélica en el ejército de Flandes entre los siglos XVI y XVII”, en J. F. PARDO MOLERO y M. LOMAS CORTÉS (eds.): *Oficiales reales. Los ministros de la Monarquía Católica (siglos XVI-XVII)*, Valencia 2012, pp. 265-294.

⁶⁵ P. DE CAUWER: *Tranen van bloed. Het beleg van 's-Hertogenbosch en de oorlog in de Nederlanden, 1629*, Ámsterdam 2008.

reaccionaron contra el gobierno de Bruselas. La magnitud de la reacción acabó desatando una importante crisis política. En esencia, una crisis de confianza en la capacidad y en la voluntad de Felipe IV de conservar el territorio leal. No obstante, es preciso recalcar que algunos miembros de la alta nobleza –descontentos por la, a su modo de ver, injusta marginación de los negocios políticos y militares a la que les sometía el régimen de la gobernadora viuda–, alentaron deliberadamente la desconfianza para debilitar al gobierno en todos los frentes y lograr mayor peso en el proceso de toma de decisiones a través de uno de los tres Consejos Colaterales de Bruselas: el Consejo de Estado. A diferencia de los otros dos, donde la presencia de letrados era mayoritaria (Consejo de Finanzas) o exclusiva (Consejo Privado), se trataba de un organismo con predominio aristocrático cuyo peso institucional e intervención en el tratamiento de los negocios cotidianos de gobierno debían ser restaurados. A muy grandes rasgos, éste fue el trasfondo de la crisis, que no es posible reconstruir aquí ni tampoco recapitular ahora con detalle el conjunto de remedios arbitrados para contrarrestarla⁶⁶, aunque se aludirá a alguno de ellos más adelante. Pero sí es preciso exponer como la posibilidad real de enviar a Flandes uno de los infantes –para secundar a Isabel en el gobierno y asumir la jefatura del ejército, imponiéndose con una autoridad incontrovertible sobre todas las cabezas militares–, se maduró entre el conjunto de medidas remediadoras de la crisis de 1629.

En un voto particular de finales de septiembre de 1629 –recién llegada a Madrid la noticia de la captura holandesa de la plaza renana de Wesel⁶⁷, acaecida el 19 de agosto–, Olivares hizo un sintético repaso del calamitoso estado de los asuntos políticos y militares de las provincias dando por hecho que Bois-le-Duc caería indefectiblemente. A continuación, expuso de forma no tan sintética:

quantas cossas juzgo que pueden proponerse para ataxar o remediar las desórdenes que se seguirán de la pérdida de Bolduc, así las que conforme a mi juicio tuviere por acertadas, como aquellas que no tuviere por tales para que con vista de todos y examinadas las razones que hiçieren por una y otra parte, V. M. excoja la mejor.

⁶⁶ Para ambas cosas, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 180-185, 207-226 y 284-299 y A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “*Afición, entendimiento y celo al servicio de Su Majestad. El conde de Solre Jean de Croÿ y la unión hispano-flamenca en el reinado de Felipe IV*”, en R. VERMEIR, R. FAGEL y M. A. EBBEN (eds.): *Agentes e identidades en movimiento. España y los Países Bajos siglos XVI-XVIII*, Madrid 2011, pp. 97-132.

⁶⁷ En poder de los Archiduques y de Felipe IV tras ser ocupada por Spínola en el ducado de Cleves en 1614, durante la crisis sucesoria de los ducados de Cleves-Jülich-Berg y condados anejo de Mark.

Introduciendo los remedios mediante el empleo de las expresiones “podrase proponer” y “propondrase”, Olivares enumeraba un total de 14 y a continuación exponía su propio parecer sobre todos ellos. El primer remedio de la lista era “la persona inmediata de V. M.”, es decir, la ida a Flandes del monarca, y el segundo “que pase uno de los señores ynfantes”, y sobre ambos el Conde Duque razonaba del siguiente modo:

Este remedio que vaya uno de los dos infantes tiene más proporción que el primero, pero no carece de inconvenientes y dificultades grandes. Podríase discurrir sobre él en caso de suçeder lo que Dios no quiera que en aquellos estados se perdiese el respecto a la Señora Ynfanta doña Isabel, bien será verdad que no hablaré en ello si V. M. no me da licencia, porque llevo a temer de la biçarría del espíritu de V. M. que no se ha de reducir fácilmente que ninguno de sus hermanos sea soldado antes que V. M., pero si V. M. me la diere y el caso suçediere diré lo que entiendo ⁶⁸.

Las palabras de Olivares muestran que el futuro político de los dos infantes estaba aún por determinar, o bien que él no acababa de aceptar Portugal como destino de don Carlos. Eso explicaría por qué, a comienzos del verano de 1627, Olivares había vuelto a insistir sobre su envío a Sicilia asignándole también un segundo cargo que, como él mismo admitía, no se le había ocurrido hacía dos años: el generalato perpetuo del mar Mediterráneo “en quanto las galeras” ⁶⁹, con la vista puesta en el precedente de don Juan de Austria, designado para este último cargo en 1568, y quizá también en el del príncipe Filiberto de Saboya, designado en 1612, y luego virrey de Sicilia entre 1621 y 1624. También muestran que Olivares concebía el traslado de un infante a Flandes como una solución extrema a un problema extremo. Seguramente, apelaba al permiso e indicación expresa del rey para entrar en valoraciones al respecto, porque la idea de pasar a Flandes rondaba ya la cabeza de Felipe IV, como más adelante se verá. De ahí su comentario sobre la bizzarria del rey y sobre su deseo de salir en campaña. Pero, al apelar a ese permiso del rey, Olivares también dejaba el tema fuera del examen de los restantes consejeros. De hecho, entre los votos que, sobre los remedios de Flandes, emitieron diferentes consejeros de Estado a mediados de octubre de 1629, una vez conocida la rendición de Bois-le-Duc, tan sólo el del inquisidor general, el cardenal Antonio de Zapata, mencionaba expresamente el traslado de un infante a Bruselas:

⁶⁸ “Voto del conde, mi señor, sobre cosas de Flandes y sus resoluciones y providencias para la guerra y reparación de lo perdido y Bolduque que se espera lo estará”, probablemente a Consejo de Estado, 24 de septiembre de 1629, uno y otra en AHN, Estado, leg. 727.

⁶⁹ A. VALLADARES: *Semanario erudito...*, op. cit., XXIX, pp. 250, 252 y 253.

Presupuesto que la señora Infanta doña Isabel ha pasado ya de los 63 años de edad combendría que se fuese luego alguno de los señores ynfantes para que se hiziese capaz de aquel gobierno y subcediese en él a la dicha señora Infanta, en caso de que muriese o quisiese benirse a España, porque entiende que ninguna persona por grande que sea podría suplir la falta de S. A. y que justamente se podría temer alguna rebelión de aquellos estados no hallándose en ellos persona real y que en caso que vaya o no vaya alguno de los señores Infantes conviene que para el officio de maestro de campo general de aquellos estados nombre V. M. persona de calidad que todos [...] han de estarle sujetos ⁷⁰.

El voto resulta interesante porque el cardenal Zapata no sólo rescataba la opción del infante gobernador formado en la corte de Bruselas, presentándola como la más razonable, sino que introducía la variable del retiro de la infanta Isabel, que podía dejar libre el gobierno de Flandes para su sobrino una vez llegado a Bruselas. Opción que, según parece, no se había considerado hasta el momento, puesto que Isabel era gobernadora vitalicia de su antiguo patrimonio territorial. Eso significaba que el retiro no podía serle impuesto —ella debía solicitarlo—, y añadía mayor complicación al relevo. Zapata también advertía sobre la urgencia de encomendar el puesto que Spínola había dejado vacante —por su empecinada negativa a regresar a Flandes si sus planteamientos de financiación de la guerra se rechazaban de plano—, a un cabo de guerra experimentado, capaz de neutralizar la insubordinación reinante en el alto mando del ejército y afrontar la campaña venidera de 1630 con suficientes garantías.

Desde luego, el relevo efectivo del genovés era mucho más acuciante que el de Isabel, porque sólo faltaban 4 meses para el arranque de la nueva campaña y, aunque Olivares y el Consejo de Estado se volcaron en definir una reorganización lo más satisfactoria posible del alto mando del ejército de Flandes entre octubre de 1629 y febrero de 1630 ⁷¹, el Conde Duque no desatendió la cuestión, a todas luces inquietante, del relevo de Isabel. La abordó veladamente en un papel fechado el 18 de octubre (un día después del nacimiento de Baltasar Carlos) redactado para el rey, pero concebido al mismo tiempo como voto particular, a debatir en el Consejo de Estado y en una junta de consejeros que se reunió en su propio aposento de forma casi simultánea. El papel fue remitido a don Juan de Villela, que se encargó de distribuirlo entre los consejeros convocados por una y otra vía, y trataba por extenso “de las cosas de Italia y Flandes”. Antes de

⁷⁰ “El cardenal Zapata”, 12 de octubre de 1629 (AHN, Estado, leg. 727, s. f.).

⁷¹ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, op. cit., pp. 158-164.

pronunciarse sobre un elevado número de cuestiones que afectaban a ambos escenarios, Olivares declaraba la resolución del rey de “pasar a Italia y a Flandes”, al tiempo que introducía la posibilidad de

enviar luego con la señora Reyna de Hungría a uno de los señores infantes a asistir a su tía a entretener aquello mientras llega V. M. y si fuese menester ejecutar esto primero, podría ordenarse que fuesen asistiendo a uno de los señores infantes un consejo formado de ministros y parece que sería consejo y ayuda muy suficiente para la sra. Infanta y para el sr. Infante y daría tiempo a V. M. para prevenir lo necesario para su jornada en que se ha de hablar al mismo tiempo y ponerse desde luego en Barzelona⁷².

El deseo de Felipe IV de acompañar a su hermana María Ana –desposada por poderes en Madrid con el rey de Hungría a finales de abril de 1629–, hasta el puerto en el que debía embarcarse para abandonar la península databa de 1628 y se había planificado una visita del rey a Barcelona por este motivo. Durante el invierno de 1628-1629, el monarca declaró su voluntad de pasar también con ella a Italia para colocarse al frente del ejército de Lombardía, entonces involucrado en la guerra de Mantua-Monferrato. Y a finales de septiembre de 1629, manifestó su intención de pasar después a Flandes⁷³, como el voto particular emitido por Olivares en esas fechas que se ha comentado más arriba parece traslucir. Si ya entonces el valido introdujo en su discurso el posible pasaje de un infante a Flandes, tal vez con el propósito de que Felipe IV desistiera de su intención de trasladarse allí, es lógico que volviera a plantearlo con bastante más determinación ahora que el rey tenía un heredero varón. Prueba de esa mayor determinación es su propuesta de formar un consejo de asesores que ayudaran al infante y a su tía a reconducir la situación flamenca.

Las consultas de la junta y del Consejo de Estado están fechadas el 25 y el 27 de octubre respectivamente. La de la primera –formada por el conde de Oñate, el confesor real fray Antonio de Sotomayor, don Juan de Villela y el marqués de Leganés–, no se pronunciaba sólo sobre los dos puntos de debate relevantes en el caso que nos ocupa –la posible jornada del rey a Flandes y la posible ida de uno de los infantes a Flandes–, sino también sobre las personas reales emparentadas con Felipe IV que se consideraban en disposición de asumir el gobierno de Flandes y relevar a Isabel.

⁷² “Parezer del Conde Duque en las cosas de Ytalia y de Flandes”, Madrid, 18 de octubre de 1629 (AGS, Estado, leg. 2043, f. 31).

⁷³ Sobre la idea de Felipe IV de efectuar estos viajes, J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, pp. 376 y 389-292.

Respecto a la jornada del rey, la junta admitía que su organización y realización efectiva resultaban muy complicadas, pero no veía ningún problema en publicarla y tampoco en publicar

que también uno de los señores infantes podría muy a la ligera yr acompañando a la señora Reyna de Ungría y de allí pasar a Flandes a asistir la señora Infanta [...] y podría causar algunos buenos efectos. Parece [...] que V. M. podría permitir que esta voz corriese sin empeñar en ello su real autoridad por no saberse quando esto aya de ser.

Se entrevé que la junta descartaba la ida del rey a Flandes, pero no excluía la ida del infante, porque la dedicaba atención más adelante. De hecho, admitía considerarla deseable, y sugería cómo debía ir acompañado el infante y declaraba qué cosas debían o no cambiar en el gobierno de las provincias tras su instalación en Bruselas.

Sería conveniente la yda de uno de los señores infantes a aquellos estados, pues estando ya la edad de la señora Infanta tan adelante parece que necesita de quien la descanse en parte de lo mucho que allí ha trabaxado y la yda del señor infante sería muy buena disposición [...] Que con la persona del señor infante podría yr un consejo de tres o quatro personas [...] y un confesor y dos secretarios tales que V. M. pudiese fiarse de los unos y de los otros en materias tan graves.

Tratándose de la yda de uno de los señores infantes a aquellos estados ha parecido a la Junta deve poner en consideración a V. M. tiene por conveniente y necessario aun en este caso que el gobierno de aquellos estados se establezca tan dependiente de V. M. y de su Consejo de Flandes residente en esta Corte como lo están los reynos de Italia y de las Indias de sus consejos⁷⁴.

La junta no valoraba si Isabel debía retirarse o no, es decir, si el infante debía asistirle o sustituirla al frente del gobierno. Tan sólo que el infante debía llevar un equipo de asesores propio en el que apoyarse para afrontar inicialmente su cometido y que garantizase su pleno sometimiento a los dictados de Madrid. Pero sí declaraba que Felipe IV no debía dar marcha atrás en su decisión de reforzar el Consejo Supremo de Flandes para estrechar los lazos de dependencia que las provincias debían mantener con el monarca. Declaración lógica, teniendo en cuenta que el nuevo presidente de dicho Consejo, el marqués de Leganés, se hallaba presente en la junta.

⁷⁴ “La Junta que se haze en el aposento del Conde Duque”, Madrid, 25 de octubre de 1629. “Sobre lo que contiene el papel del Conde Duque que trata de las cosas de Italia y de Flandes” (AGS, Estado, leg. 2043, f. 222).

La decisión de reforzar este consejo provincial databa de 1627, cuando Felipe IV optó por convertirlo en un verdadero tribunal colegiado. Entre 1622 y 1628 no había funcionado como instancia colegial, sino unipersonal, como mero “ministerio colateral” desempeñado por un único consejero-guardasellos —el ex-confesor del archiduque Alberto, fray Iñigo de Brizuela—, por la misma razón que se había mantenido en Bruselas la figura del embajador ordinario del rey: para imprimir continuidad al régimen de la gobernadora viuda. Un organismo mínimamente dotado carecía de visibilidad y traslucía debilidad, necesarias para no ensombrear la autoridad de Isabel y justificadas por el elevado grado de delegación asignado a su lugartenencia en 1621. Semejante delegación —mayor que en cualquiera de los gobiernos de sangre real antecedentes—, se había considerado necesaria para asegurar la reversión de soberanía del patrimonio territorial borgoñón. Se trataba de conceder a Bruselas mayor autonomía en materia de patronazgo para obtener a cambio la también mayor conformidad posible con la reincorporación territorial a la Monarquía, que Madrid se planteó como un proceso gradual. Proceso que no se consideraría completado hasta alcanzar la “normalización” institucional mediante la supresión de la embajada real de Bruselas y el restablecimiento efectivo del Consejo Supremo de Flandes en Madrid. El hecho de que, desde 1622, Brizuela ejerciera su cometido de consejero-guardasellos con título de “presidente” daba a entender que existía intención de restablecer el Consejo algún día y fue en 1627 cuando el rey afrontó el problema de su diseño y su composición. Decidió dotarlo con 6 consejeros (tres de toga y tres de capa y espada) además del presidente, calcando la planta vigente en el Consejo de Italia, que contaba con 6 regentes togados más un presidente o gobernador. Pero la primera medida adoptada para inaugurar esta nueva fase en la vida institucional del Consejo Supremo de Flandes fue el relevo de Brizuela en la presidencia, que no se otorgó al marqués de Leganés, don Diego Mexía, hasta noviembre de 1628⁷⁵. Puede decirse por eso que, en 1629, la decisión de 1627 de reforzar el Consejo aún se hallaba en vías de materialización. De ahí el comentario de la junta, cuyo trasfondo no era otro que advertir al rey de la

⁷⁵ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Las provincias de Flandes y la Monarquía de España. Instrumentos y fines de la política regia en el contexto de la restitución de soberanía de 1621”, en A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO y B. J. GARCÍA GARCÍA (eds.): *La Monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Madrid 2004, pp. 220-225; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 22-47; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Preludio de una pérdida territorial. La supresión del Consejo Supremo de Flandes a comienzos del reinado de Felipe V”, en A. ÁLVAREZ-OSSORIO, B. J. GARCÍA GARCÍA y V. LEÓN (eds.): *La pérdida de Europa. La Guerra de Sucesión por la Monarquía de España*, Madrid 2007, pp. 335-337.

conveniencia y la oportunidad de reducir el margen de delegación presente en el gobierno de Flandes cuando se redactaran las instrucciones de gobierno del infante que relevara o, en su caso, sucediera a Isabel en la lugartenencia real. La conveniencia y la oportunidad, en definitiva, de reformular la propia lugartenencia real de Bruselas.

Con todo, y partiendo de la indudable necesidad de encomendar el gobierno de Flandes a “persona real o decendiente desta corona”, la junta proponía varios candidatos “para que V. M. tenga más en qué escoger”. Da la impresión de que se proponían por si la ida de un infante a Flandes se publicaba pero no se efectuaba; es decir, por si la opción de sucesoria del infante gobernador acababa descartándose definitivamente. Para la junta, las alternativas a esta opción las representaban: 1) el príncipe de Piamonte, Víctor Amadeo de Saboya, “dando por seguridad de sus acciones en Flandes” 6 plazas fuertes estratégicamente situadas en dicho principado, en el ducado de Saboya y el condado de Niza, entre las que se sugerían Montmélian, Susa, Pinerolo, Cuneo (Coni) de Monte, Asti, Vercelli y Crescentino; 2) un hermano suyo, el cardenal Mauricio de Saboya, “previniendo que la jornada no le perjudique para la subcesión de los estados patrimoniales de su padre”; 3) y el archiduque Leopoldo Guillermo, hijo segundo del emperador Fernando II,

advirtiéndole que el que fuere destos príncipes o qualquiera otro que V. M. mandare embiar ha de llevar las primeras personas de su casa y todos los que hubieren de tratar de negocios puestos por mano de V. M. dependientes enteramente de su real servicio.

Al monarca le competía la definición del marco de gobierno de la lugartenencia real de Bruselas, fuera ocupada por uno de sus hermanos o por cualquier otro pariente consanguíneo, y la junta llamaba la atención sobre la importancia de designar a los responsables de las distintas áreas del servicio doméstico y a los principales consejeros, algunos de los cuales habrían de ocupar las jefaturas de dichas áreas, habida cuenta de que, siendo españoles, no podrían ocupar plazas específicas en las instituciones gubernativas flamencas. Hecha esta advertencia, la junta proponía aún dos personas reales de último recurso: otro de los hijos de la infanta Catalina Micaela y Carlos Manuel I de Saboya —concretamente Margarita, la duquesa viuda de Mantua-Monferrato—, y el propio duque de Parma, el joven Odoadro I Farnesio, “por ser este nombre tan bien visto en los estados de Flandes y aquella casa tan afecta al servicio de V. M.”⁷⁶.

⁷⁶ “La Junta que se haze en el aposento del Conde Duque”, Madrid, 25 de octubre de 1629. “Sobre lo que contiene el papel del Conde Duque que trata de las cosas de Italia y de Flandes” (AGS, Estado, leg. 2043, f. 222).

En su resolución a esta consulta, Felipe IV reconocía que el Consejo de Estado le había consultado sobre la misma materia de modo muy similar y por eso optaba por resolverla por la vía del Consejo. En efecto, el dictamen del mismo coincidía con el de la junta, nada extraño teniendo en cuenta que dos de los 5 integrantes de esa sesión (don Juan de Villela y el marqués de Leganés) habían estado presentes en la reunión mantenida en el aposento de Olivares. A destacar, sin embargo, el voto del marqués de Gelves, explícitamente contrario a la jornada del rey a Flandes, porque faltaba

lo necesario para cumplirse con la grandeza, representación y efectos que se han de seguir con la presencia de V. M., pues en las partes de paz ha de ser de la mayor obstentación que otra vez se aya visto y en las de guerra con tal poder que sea un fuego abrasador donde quiera que llegaren las armas de V. M., sus deliberaciones y execuciones.

Y a destacar también el consenso unánime de los consejeros sobre la necesidad de formar un gabinete asesor para el infante, cuyo pasaje se remitía a la prudente decisión del monarca. Decisión que, en este y en los restantes puntos de debate sobre “las cosas de Italia y Flandes”, Felipe IV decidió trasladar a un papel aparte que debía adjuntarse al papel-voto de Olivares, según declaró el propio monarca en su resolución a la consulta del Consejo ⁷⁷. Es decir, el rey no llegó a resolver por la vía del Consejo, sino por una vía más privada y eso impide conocer su decisión y saber si llegó a pronunciarse entonces sobre el posible pasaje de uno de sus hermanos a Bruselas o si dejó esta cuestión en suspenso.

El hecho de que, en el margen del papel-voto de Olivares, justo al lado del punto extractado más arriba, figuren dos anotaciones de puño y letra distintos a los del voto propiamente dicho –lo que induce a pensar que fueron escritas con posterioridad a su redacción–, introduce aún más incertidumbre sobre la fecha en la que el rey u Olivares pudieron decantarse por uno de los dos infantes. La primera anotación aclara la identidad del infante que, teóricamente, debía viajar en el séquito de la infanta María Ana y dirigirse luego a Bruselas para asistir a la infanta Isabel: “El señor infante don Fernando”. Y la segunda, la identidad de los ministros que podían integrar el consejo de asesores que habría de acompañar a este infante a Flandes:

El conde de Monterrey, el marqués de Leganés, don Garzía de Haro [y Avellaneda, conde de Castrillo desde diciembre de 1629] hecho [del] Consejo de

⁷⁷ Consejo de Estado, Madrid, 27 de octubre de 1629 (AGS, Estado, leg. 2043, f. 222). Resolución real: “Por caer esta consulta sobre el boto del Conde Duque resuelbo en el papel aparte que va con él por puntos lo que mi voluntad se execute en la materia”.

Estado y por secretario Tomás de Ibio Calderón, y podría entrar en esta junta el gran cançiller de Milán Antonio Ferrer para vinagre deste azeite, el conde de Sora y de Copiny⁷⁸.

El hecho de que los consejeros que se pronunciaron sobre el papel-voto de Olivares no manejaran ni la identidad del infante ni la de estos ministros confirma su anotación a posteriori, realizada sin lugar a dudas antes del 3 de marzo de 1630, fecha en la que el conde de Castrillo fue nombrado consejero de Estado⁷⁹. Antes que un pronunciamiento del rey sobre el primer punto de ese papel-voto, estas dos anotaciones podrían ser dos propuestas de Olivares, realizadas bien por indicación del rey, bien *motu proprio* para el rey o para ser debatidas en algún momento por indicación del rey. Obviamente, la primera también podría ser una resolución del rey y la segunda una propuesta realizada por Olivares para complementar esa resolución. Sea como fuere, la existencia de ambas anotaciones no permite asegurar que, en el otoño de 1629, Felipe IV se hallara ya manifestamente resuelto a enviar a Flandes a uno de sus hermanos ni tampoco que tanto él como Olivares apostaran ya resueltamente por don Fernando. Lo que sí permiten conocer es cuáles fueron las preferencias iniciales del Conde Duque para dotar el equipo de consejeros encargado del asesoramiento y el control de don Fernando una vez alejado de la corte.

1.2. *FLANDES EN EL FUTURO POLÍTICO DE DON FERNANDO*

En este equipo asesor figuraban tres parientes de Olivares. Dos más próximos: su cuñado, el conde de Monterrey, consejero de Estado desde 1624, y su primo, el marqués de Leganés, consejero de Estado desde 1626 y presidente del Consejo Supremo de Flandes desde finales de 1628, cuando renunció al cargo de general de caballería del ejército de aquellas tierras, que poseía en propiedad desde el mismo año 1626. Y uno más lejano: don García de Haro y Avellaneda (hermano de otro cuñado suyo, el marqués del Carpio), que era consejero de Castilla desde 1624 y muy pronto sería consejero de Estado, como Olivares ya anticipaba. Para el despacho habitual de los negocios tratados por este reducido equipo de 6 consejeros, que debía funcionar de modo colegiado, Olivares

⁷⁸ “Parezer del Conde Duque en las cosas de Ytalia y de Flandes”, Madrid, 18 de octubre de 1629 (AGS, Estado, leg. 2043, f. 31).

⁷⁹ G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la Corte de España...*, *op. cit.*, p. 312.

proponía a Tomás de Ibio de Calderón, secretario del rey desde marzo de 1629 y secretario del Consejo de Guerra de la parte de mar desde julio de ese mismo año ⁸⁰, que acumulaba una larga trayectoria administrativa como contador y veedor en los presidios de Portugal, la armada del Mar Océano, las armadas y guardaciones de Guipúzcoa y como miembro de la junta de armadas ⁸¹; una trayectoria que presentaba clara consonancia con el objetivo de Olivares de primar la guerra marítima y comercial contra las Provincias Unidas sobre la guerra terrestre, mucho más patente desde la toma de Breda en 1625 ⁸². Olivares también proponía la inclusión en el equipo del letrado catalán Antonio Ferrer, gran canciller de Milán desde 1618 y regente del Consejo de Italia desde 1625 con retención del ejercicio de la Cancillería Secreta milanese ⁸³. Un cargo vital en la administración del estado por cuanto se trataba del primer ministro de toga del Milanesado, que combinaba tres funciones: la de intermediario entre el gobernador y los organismos centrales de gobierno, cuya labor supervisaba; la de principal asesor del gobernador en lo referente al marco legal de su actuación, lo que conllevaba respaldar, pero también corregir sus actos de gobierno; y la de garante de la propia práctica gubernativa, puesto que sólo con su intervención y rúbrica podían tener ejecución las órdenes del gobernador ⁸⁴. De ahí que, por su experiencia y funciones, Ferrer se hallara sobradamente preparado para la tarea de asesorar y controlar a un príncipe de sangre real, cualquiera que fuera su cometido una vez llegado a Flandes, pudiendo convertirse en el “vinagre” —esto es, el ingrediente imprescindible— para el “aliño” del más “balsámico” equipo de

⁸⁰ AGS, EMR, QC, leg. 40, ff. 601-614: secretario del rey desde el 7 de marzo de 1629, del Consejo de Guerra de la parte de mar desde el 4 julio de 1629 y secretario del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda a partir del 3 de junio de 1630.

⁸¹ D. GOODMAN: *El poderío naval español. Historia de la armada española del siglo XVII*, Barcelona 2001, pp. 232, 235, 247, 256 y 345-346.

⁸² A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, op. cit., pp. 75-76 y 136; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Guerra y redistribución de cargas defensivas. La Unión de Armas en los Países Bajos católicos”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 27 (2002), pp. 55-60.

⁸³ Sobre su trayectoria de servicios, P. MOLAS RIBALTA: “Magistrats catalans à la Itàlia espanyola”, *Pedralbes*, 18/2 (1998), pp. 216-217 y G. SIGNOROTTO: *Milán español. Guerra, instituciones y gobernantes durante el reinado de Felipe IV*, Madrid 2006, pp. 157-158 y 219.

⁸⁴ M. C. GIANNINI y G. SIGNOROTTO (eds.): *Lo stato di Milano nel XVII secolo. Memoriali e relazioni*, Roma-Florencia 2006, pp. 189-190; A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Sombra del gobernador y cuello de la República: el Gran Canciller del Estado de Milán”, en G. MAZZOCCHI (coord.): *El corazón de la Monarquía. La Lombardia in età spagnola*, Pavia 2010, pp. 15-41.

consejeros que debía circundar a don Fernando, o “avinagrarlo”, en el sentido de aportar a dicho equipo el rigor, la aspereza y la vehemencia necesarias para desempeñar su labor colegial con plenas garantías. Por último, Olivares proponía la entrada de dos consejeros flamencos en esta pequeña junta: el conde de Solre, Jean de Croÿ, y el conde de Coupigny, Claude d’Ongnies. La inclusión de ambos se justificaba por el rol que Felipe IV les había asignado en el conjunto de medidas remediadoras que fueron consensuadas en Madrid para resolver la crisis flamenca desatada en 1629. De ahí que estas anotaciones marginales estampadas sobre el papel-voto de Olivares deban ser fechadas después de su formulación. Pero el rol asignado a ambos condes en ese conjunto de medidas lo justificaban su rango y su trayectoria política personal más y menos reciente, de ahí que sea preciso tenerlos presentes.

Solre poseía el collar de la Orden del Toisón de Oro (1615), había sido gobernador de la provincia de Hainaut (1622-1624) y era miembro del Consejo de Estado de Bruselas desde 1624. Además, había pasado a residir oficialmente en Madrid en la primavera de este mismo año, cuando tomó posesión de la plaza de capitán de la guarda de archeros de corps del monarca y asumió una variada gama de responsabilidades adicionales en la corte, participando en gran número de juntas. En 1626, fue designado para realizar una embajada extraordinaria a la corte polaca con el propósito de lograr la colaboración de Segismundo III Vasa y su primogénito, el príncipe Ladislao, en la guerra marítima y comercial antiholandesa que se quería desarrollar desde Báltico, esto es, en uno de los múltiples escenarios contemplados en esa guerra de alcance global. Solre había ejecutado esta embajada entre la primavera y el verano de 1626, recalando dos veces en Bruselas a su ida y regreso de Varsovia, y a su vuelta a Madrid había obtenido una plaza de gentilhombre de la cámara del rey sin ejercicio (1627) y una plaza de consejero de capa y espada en el renovado Consejo Supremo de Flandes (diciembre de 1628) para tomar parte activa en su nueva andadura institucional. En mayo de 1629, se le había encomendado otra embajada extraordinaria, esta vez a la corte imperial, para transmitir los detalles de la boda por poderes de la infanta María Ana y concretar algunas de las cuestiones políticas en las que debía objetivarse la renovada alianza de las dos ramas Habsburgo. Solre había ejecutado esta otra embajada entre la primavera y el verano de 1629, recalando otras dos veces en Bruselas a su ida y regreso de Viena. De hecho, cuando se rindió Boisle-Duc y estalló la crisis asociada a su captura por los holandeses en el mes de septiembre, Solre se hallaba en Bruselas y el Consejo de Estado de Madrid se mostró partidario de retenerlo junto a Isabel para ayudar a la gobernadora a reconducir la situación, puesto que su equipo de consejeros, encabezado por el

cardenal don Alonso de la Cueva, se hallaba completamente desacreditado. Pero fue la propia Isabel quien ordenó a Solre volver a Madrid, encargándole transmitir un diagnóstico ajustado de esa situación y contribuir a diseñar junto al rey el conjunto de medidas remediadoras que su resolución exigía⁸⁵. Por eso, Solre volvió a Madrid a comienzos de noviembre de 1629, tiempo antes de que su nombre fuera anotado en el margen del papel-voto de Olivares ya comentado. Deberíamos entender, por eso, que cuando se anotó Solre se hallaba de nuevo en Bruselas o bien que había intención de enviar a Solre de nuevo a Bruselas y también que había intención de retenerlo allí de forma indefinida.

Desde luego, su marcha a Flandes fue bastante apresurada, porque Solre dejó Madrid poco después del 20 de diciembre de 1629 y llegó a Bruselas el día 9 de enero de 1630 con el encargo de aplicar personalmente uno de los primeros remedios arbitrados para atajar la crisis: intermediar entre Felipe IV y las más altas instancias de poder de las provincias. Se le encomendó la tarea de actuar como interlocutor del rey, siendo portador de un conjunto de cartas y propuestas en las que Felipe IV invitaba a sus vasallos flamencos (básicamente, a las diferentes asambleas de Estados Provinciales) a compartir con él su propio diagnóstico de la situación. El monarca les pedía información sobre los males que, a juicio de las provincias, habían propiciado el fatídico desenlace de la campaña pasada, y les instaba a colaborar con él para corregirlos proponiéndole medidas de acción concretas. Además, Felipe IV les comunicaba la asistencia financiera que recibirían de Madrid durante la próxima campaña, asegurándoles su continuidad durante campañas futuras e instándoles también a contribuir más para lograr el fin necesariamente compartido: la conservación del territorio. Puede decirse que el soberano tomaba la iniciativa para demostrar su voluntad y su capacidad de conservarlo con el concurso de sus vasallos. Una iniciativa que debía rebajar la tensión política y que Solre debía gestionar adecuadamente para neutralizar el conflicto⁸⁶.

Por lo que se refiere al conde de Coupigny, su inclusión en el equipo de asesores del infante don Fernando y su papel “remediador” de la crisis obedecían a razones algo más prosaicas. Coupigny era cuñado de Solre (en 1627 se había casado en segundas nupcias con su hermanastra Anne de Croÿ, hija del segundo matrimonio del I conde de Solre, Philippe de Croÿ), miembro del Consejo de Estado desde 1622 y, desde 1617, titular una de las tres plazas de *chef* (presidente)

⁸⁵ Para la información sintetizada hasta aquí sobre la trayectoria de Solre, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “*Afición, entendimiento y celo al servicio de Su Majestad...*”, *op. cit.*, en especial, pp. 195-224.

⁸⁶ *Ibidem*, pp. 223-226.

reservadas a la nobleza en el Consejo de Finanzas de Bruselas. La suya había sido la única proveída de las tres entre 1621 y 1624, por eso Coupigny era el *chef* más antiguo del Consejo Finanzas en 1629. Esta razón llevó a Felipe IV a autorizar su entrada en la denominada Junta de Estado del País que se reunía regularmente en Bruselas para tramitar los asuntos del Consejo de Estado, un organismo potestativo en lugar de permanente cuya convocatoria dependía de la voluntad del soberano o de su lugarteniente, capacitado además para convocar a sus integrantes de forma selectiva en lugar de plenaria. Esta peculiaridad había llevado a los Archiduces y, luego, a la infanta Isabel, a efectuar convocatorias restringidas de consejeros que sólo afectaban a los miembros togados del Consejo de Estado (por lo general, nunca más de tres). De ahí el profundo descontento acumulado por la nobleza titulada durante la última década y su presión para restablecer el papel institucional del Consejo en 1629. La decisión de convocar también a un consejero de capa y espada a esas reuniones reducidas de consejeros de Estado —el conde de Coupigny, que ni siquiera era el consejero de capa y espada de mayor antigüedad del Consejo—, para propiciar la aceptación de la Junta de Estado del País entre la alta nobleza y contener sus reclamaciones data de finales de noviembre de 1629⁸⁷. Puesto que la inclusión de Coupigny en el equipo asesor del infante don Fernando respondía al propósito de favorecer la aceptación del nuevo gabinete elevando en él el peso de los consejeros nativos y la presencia de miembros de la nobleza titulada de Flandes, parece lógico pensar que la anotación marginal colocada en el papel-voto de Olivares no pudiera ser escrita antes del mes de diciembre de 1629.

Respecto a si fue anotada en diciembre, es preciso señalar que Madrid empleó este mes en resolver un problema tangencial al de la propia crisis de 1629 y que su resolución exigió formular medidas complementarias a las propiamente remediadoras de la crisis, pero que acabaron confundiéndose con ellas. A mediados de noviembre de 1629, Bruselas había reclamado la revisión del ordenamiento sucesorio de la infanta Isabel a través de una carta del cardenal de la Cueva que alertaba sobre la necesidad de modificar las recientes disposiciones emitidas en 1627 para regular la sucesión de la gobernadora. La razón era simple: los despachos actualizados entonces contenían una “peligrosa” innovación respecto a los antecedentes de 1625 y a los originales de 1621. Como en 1621 y en 1625, la junta de gobierno que debía asumir el gobierno político de modo transitorio constaba de 5 miembros

⁸⁷ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “La crise politique de 1629-1633 et le début de la prééminence institutionnelle de Pierre Roose dans le gouvernement des Pays-Bas Catholiques”, *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 76/4 (1998), pp. 944-945. Sobre Coupigny, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 48-50, 67 y 184.

(tres españoles y dos del país, uno eclesiástico y otro seglar), pero ninguno de los flamencos designados para formar parte de ella en 1627 pertenecía a la alta nobleza provincial, porque el seglar designado esta vez fue un consejero de toga del Consejo de Estado (el presidente del Consejo Privado de Bruselas) y no uno de capa y espada, como había sucedido antes⁸⁸. El cardenal temía que esta exclusión causara mayor crispación entre la alta nobleza, llevándola a cuestionar la autoridad de la junta y, en su pauta de reclamar mayor peso e intervención en los negocios para el Consejo de Estado, incluso a presionar para que dicho organismo asumiera temporalmente el gobierno político cuando faltara Isabel, puesto que asumirlo cuando existía un vacío de poder era una prerrogativa suya, avalada no tanto por sus ordenanzas, como por la tradición. Esa tradición contenía un precedente de fatídicas consecuencias para la autoridad real: el acaecido cuando el Consejo de Estado asumió el gobierno tras la inesperada muerte de Requesens en marzo de 1576. La autoridad del Consejo fue confirmada por Felipe II para favorecer la pacificación de las provincias, pero su gestión contribuyó a polarizar aún más la tensión política en vísperas de la llegada de don Juan de Austria. No sorprende, por eso, que la recomendación del cardenal de la Cueva de redefinir el ordenamiento sucesorio de Isabel fuera seguida a rajatabla en Madrid.

La redefinición se llevó a cabo en el mes de diciembre de 1629, cuando los consejeros de Estado de Felipe IV respondieron a la orden real de proponer “personas para el gobierno político de Flandes en caso que falte la señora Infanta” mediante votos particulares, tal como les fue indicado. Precisamente el cardenal Zapata recordó en el suyo como, a la muerte de Requesens, el Consejo de Estado de Bruselas:

se apoderó del gobierno y S. M. por complacerle y por esperar que por aquel medio se conseguiría la paz que deseava lo confirmó, pero subcedió todo lo contrario, porque los españoles que estavan en Zelanda se amotinaron, y los del Consejo con fin (según se entendió) de extinguir en aquellos estados el nombre español, los declararon por reveldes dando licencia para que los pudiesen matar, de que resultó la gran turbación en que alló el sr. don Juan de Austria aquel pays quando fue a gobernarle. Y assí [...] si oy V. M. encargase el gobierno al dicho Consejo de Estado en caso que falte la sra. infante doña Isavel se podía temer la total ruyna de aquellos estados y que el remedio único y eficaz es embiar V. M. uno de los señores infantes que asista con su tía y se baya enterando de aquel gobierno para subceder en él a falta de S. A.⁸⁹.

⁸⁸ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, op. cit., pp. 192-193.

⁸⁹ Voto del cardenal Zapata, sin lugar, 21 de diciembre de 1629 (AGS, Estado, leg. 2238).

Aunque a continuación el cardenal Zapata manifestaba sus preferencias sobre la composición de la junta provisional, sin pronunciarse sobre los flamencos que debían incluirse en ella por su desconocimiento de las personas más y menos idóneas, daba claramente a entender que convenía conferir al ordenamiento sucesorio un carácter definitivo. Según él, el gobernador titular que sucediera a Isabel debía encontrarse en Bruselas antes de su fallecimiento para que ni la junta provisional ni el Consejo de Estado tuvieran opciones de asumir transitoriamente el gobierno. A ojos de Zapata, el candidato óptimo para relevar a Isabel era uno de los infantes, es decir, la opción del infante-gobernador formado en la corte de Bruselas era la más sensata sin ningún género de duda. Esta opinión fue compartida por otros consejeros. El marqués de Gelves aseguró, por ejemplo, que la sucesión de la Infanta debía recaer en una “cabeza real”, porque:

será de más satisfacción para dichos estados y mayor autoritat, respeto y estimación fuera y dentro de ellos y teniendo V. M. ermanos de tales partes, edad, talento y lo[a]bles costumbres es justo estén antepuestos a todas las personas reales de quien se pueda echar mano y en este particular quando se aya de resolver V. M. a echar mano de alguno de SS. AA. será con mayor açertamiento por su elección de V. M. que por mi pareçer⁹⁰.

En esencia, Gelves coincidía con Zapata al reconocer la necesidad de proporcionar a las provincias otro futuro gobernador de sangre real y también de anteponer a los infantes a cualquier otro pariente del rey, confiando al criterio de Felipe IV la designación del infante más apropiado para asumir el magno desafío que representaban la lugartenencia real de Bruselas y la capitanía general del ejército de Flandes. Y el marqués de Leganés —gran conocedor de la realidad de Flandes por haber servido allí durante todo el período archiducal (1599-1621) y por haber desempeñado en dichas tierras varias y complejas comisiones durante la primera década del reinado de Felipe IV⁹¹—, se mostró igualmente partidario de resolver cuanto antes un ordenamiento sucesorio definitivo y ajustado a las expectativas de la alta nobleza flamenca, porque eso contribuiría a restablecer el

⁹⁰ Voto del marqués de Gelves, sin lugar ni fecha, diciembre de 1629 (AGS, Estado, leg. 2237). En este mismo legajo se conserva un segundo voto del marqués, también sin lugar ni fecha, relativo a la composición de la junta provisional.

⁹¹ Incluida la presentación-negociación del proyecto de la Unión de Armas (A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Guerra y redistribución de cargas defensivas...”, *op. cit.*, *passim*). Sobre su trayectoria previa de servicios en Flandes, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 22-23, 28, 69-73, 124-128, 134-135, 140 y 151-154. Valiosos datos sobre la biografía de Leganés en J. J. PÉREZ PRECIADO: *El marqués de Leganés y las artes*, Universidad Complutense de Madrid 2010 (Tesis doctoral).

consenso dentro de las provincias de forma decisiva. Para él, la satisfacción de esas expectativas dependía de decidirse por un nuevo gobierno de sangre real, cuya publicación podía convertirse en la medida remediadora por excelencia de la crisis de 1629:

Que por la grandeça de aquellos estados, por su situación en tan mal seguras vecindades, por la guerra de holandeses, enemigos tan asistidos y poderosos y oi tan prósperos, y por la naturaleza de los avitantes requiere que su gobierno asentado y de dura sea de suma autoridad como es de persona real y de las de más partes a quien puedan con estimación y reverençia servir los nobles de aquellas provincias, ocupación que les traerá con divertimento i gusto y será medio para que sean más tratados, conoçidos y penetrados del príncipe i ministros, y así entiendo se devía açer esta elección cuanto antes, pues el reparo que podía aver en S. A. [Isabel] i en como recibiría el cuadjutor asegura su prudencia y mejoraría su enseñanza el açierto de adelante cuanto más tiempo goçase de su diçiplina. A semejante resolución no niego inconvenientes y considerables que remedian en lo posible según la prudencia umana el ponelle consejo y lados tales que le guien a lo conveniente y se sepa dellos lo que se pensare teniéndole siempre más dependiente de V. M. y que las provisiones de los puestos grandes así del país como del essército se agan acá puniendo limite en ellos diferentísimo del de asta aquí, punto esençialísimo y de suma consideración ⁹².

Para resolver la sucesión de la infanta, había que dar dos pasos de importancia capital. El primero, elegir al sucesor y publicitar su identidad en vida de la gobernadora perpetua del territorio leal, algo que comprometería la autoridad de Isabel y que, precisamente por eso, podría no agradaarle del todo. A fin de cuentas, se trataba de señalarle coadjutor en el gobierno. Con todo, la coadjutoría ofrecía la ventaja de poder instruir al sucesor en la práctica política cotidiana situándolo junto a la experimentada gobernadora. Leganés reconocía que la medida no estaba exenta de inconvenientes, pero que se podrían resolver rodeando al joven coadjutor de un estrecho círculo de asesores que limitara su margen de maniobra y controlara su capacidad de actuar como polo de favor y autoridad alternativo, supeditando rígidamente cualquiera de sus iniciativas a los deseos e indicaciones de Madrid. El segundo paso consistía en determinar el marco de gobierno en el que el futuro príncipe-gobernador debía desarrollar su gestión tras la desaparición de Isabel. Un marco que Leganés se mostraba partidario de redefinir íntegramente, con el fin de incrementar su dependencia de Madrid en materia de patronazgo, esto es, de reducir el grado de delegación anormalmente

⁹² Voto del marqués de Leganés, Madrid, 8 de diciembre de 1629 (AGS, Estado, leg. 2237).

elevado que la lugartenencia real de Bruselas disfrutaba desde 1621. Medida que, como es lógico, favorecería al Consejo Supremo de Flandes en lo tocante a las “provisiones de los puestos grandes del país” –la mayoría políticos, pero también algunos militares (los gobiernos de ciertas plazas)–, y entroncaba con la posición que Leganés había defendido unos meses antes en una junta reunida en el aposento de Olivares y con la decisión de reforzar dicho Consejo, que Felipe IV ya había hecho pública en 1627.

Como se ve, Leganés era otro de los consejeros que apostaba abiertamente por la opción sucesoria del infante-gobernador formado en la corte de Bruselas, la cual anhelaban las provincias desde 1616. En diciembre de 1629, parecía existir en Madrid un consenso generalizado en torno a esta cuestión. Quizá, porque parte de la correspondencia llegada de Bruselas entre los meses de septiembre y noviembre insistía sobre la necesidad de situar en Flandes una cabeza militar de sangre real a la que ningún miembro del alto mando del ejército pudiera desdeñar o rehusar obedecer. El veterano don Carlos Coloma, entonces maestro de campo general interino, la reclamó varias veces, porque el ejército era la única garantía del gobierno frente a la rebelión y frente al avance militar rebelde; pero también porque sólo una nueva presencia real en el territorio parecía ofrecer garantías suficientes para restablecer el consenso y la normalidad política, sin recurrir al ejército, se podría entender⁹³. Sin duda, fueron este tipo de reclamaciones las que llevaron a Felipe IV a plantearse visitar Flandes para restablecerlos personalmente. No está claro si la idea de hacerlo había sido ya desechada por el rey cuando Zapata, Gelves y Leganés emitieron sus votos entre los días 8 y 21 de diciembre de 1629; mejor dicho, si el desistimiento del rey de viajar a Bruselas ya había trascendido en la corte. Que sus consejeros se pronunciaran abiertamente sobre el envío de uno de los infantes podría indicar que sí, pero también lo contrario: que los consejeros se esforzaran por hacerle desistir de su descabellado propósito de desplazarse a Flandes con la connivencia

⁹³ “Don Carlos Coloma, en carta [de finales de septiembre u octubre de 1629?] para el conde duque de San Lucar discurre largo del mal estado en que aquello se halla y apunta que sin duda se perderá todo si no se pone prompto remedio proveyendo para que gobierne las armas una cabeza de gran calidad, español o de sangre real, y a quien ninguno se desdeñe de obedecer [...] porque no haviendo esto no será de provecho el dinero por mucho que se embíe”, “Sumario del último despacho que se ha recibido de Flandes con aviso de la pérdida de Bolduque” (AGS, Estado, leg. 2043, f. 30); Coloma a Olivares, Bruselas, sin día, noviembre de 1629, “Cabezas, señor, es lo que importa, y persona Real acá y tan Real que no lo pueda ser más, porque si a Lucifer no se le opone un San Miguel de marca, todo va perdido”, citada por A. RODRÍGUEZ VILLA: *Ambrosio Spínola, primer marqués de los Balbases. Ensayo biográfico*, Madrid 1904, p. 567.

de Olivares, ferviente partidario entonces del traslado del infante para evitar el viaje del rey, del mal menor para evitar el mayor, en definitiva.

Desde luego, en el conjunto de despachos que el conde de Solre llevó consigo a Bruselas a finales de ese mismo mes de diciembre de 1629 se incluía una escueta alusión a la posible jornada real al territorio. En concreto, en la instrucción en la que Felipe IV daba cuenta al conde de los pormenores de la comisión mediadora que le encomendaba:

Aunque el intento de vuestra jornada a Flandes es [...] alentar a aquellas provincias y asegurarlas de mi voluntad, aquietallas y quitarlas la impresión en que se entiende están de lo poco que se cuyda dellas, como lo haveis de hazer significándoles el cuydado que se tiene y tendrá de asistir a las cossas de aquellos estados y de su mayor seguridad y bien con particular cuydado, como es razón, de que yo le tengo tan grande que he mandado prevenir lo necessario desseando con grande affecto hallar medios como combiene para poder yr en persona a aquellos estados, para no sólo testificarles mi amor, sino assentar todo lo que pudiere ser en orden a su mayor bien y seguridad ⁹⁴.

La inclusión de este breve pasaje en la instrucción había generado cierta polémica en el Consejo de Estado, que fue convocado para dar su visto bueno a la última versión del documento y se pronunció sobre su contenido a comienzos de diciembre. El marqués de Gelves recomendó omitir la mención de:

la yda de V. M. a Flandes, como en otras ocasiones lo ha votado por la falta de medios, y haviendo de ser es bien que se diga, pero no haviendo de tener effecto tiene mucho inconveniente el publicarla, porque los flamencos son gente muy puntual y guardan la palabra y si se les da a entender que V. M. ha de pasar [a] aquellos estados y después no lo haze lo sentirán y dirán que no se les ha cumplido ⁹⁵.

Da la impresión de que Gelves daba por sentado que el viaje del rey a Flandes no se iba a producir y opinaba que no produciéndose tenía poco sentido publicitar la ida, porque las provincias se sentirían defraudadas y la frustración de su expectativa de recibir al monarca incrementaría su desconfianza. El voto emitido por el marqués de Leganés para rebatir la argumentación de Gelves produce esa misma impresión, pues admitía que el viaje entrañaba dificultades evidentes, pero:

⁹⁴ “Instrucción al conde de Sora para la jornada que ha de hazer a Flandes”, Madrid, 11 de diciembre de 1629 (AGS, Estado, leg. 2236, ff. 244-248).

⁹⁵ Consejo de Estado, Madrid, 1 de diciembre de 1629, “Con la instrucción y otros despachos que se han hecho para la jornada que ha de hazer el conde de Sora a Flandes” (AGS, Estado, leg. 2043, f. 329).

el punto que mira al sentimiento que tendrían aquellos payses si no tuviese effecto dicha jornada, supuesto que no es fácil el ajustarla y que para ello es menester mucho tiempo, se conocerá quando no se haga que sin culpa de acá no se ha podido y assí de su parecer la instrucción correría en la forma que está⁹⁶.

Para Leganés, la frustración no sería tal, porque una cosa era la voluntad del rey de viajar a Flandes y otra la posibilidad de hacerlo. De ahí que conviniera publicitar ahora su deseo de visitar las provincias para tratar de rentabilizarlo y, más adelante y en caso necesario, la imposibilidad de cumplirlo por fuerza mayor. La facilidad con la que zanjaba la cuestión permite suponer que, a comienzos de diciembre de 1629, en Madrid se entendía que la jornada del rey a Flandes no iba a tener lugar. Algo hasta cierto punto comprensible si se considera que la infanta María Ana emprendió su largo viaje al Imperio el día 26 de ese mismo mes sin que se hubiera implementado ninguna medida o preparativo relacionado con la jornada. El rey y los infantes formaban parte de la comitiva que la acompañaba⁹⁷ y abandonaron la capital sin haber quedado resuelta la sucesión de la infanta Isabel. El ordenamiento sucesorio temporal de la gobernadora, es decir, la composición de la junta provisional que debía asumir el gobierno político del territorio a su muerte mientras el rey determinaba la forma definitiva de la sucesión, había sido propuesta por los consejeros de Estado en los mismos votos particulares que respondían a la orden real de proponer “personas para el gobierno político de Flandes en caso que falte la señora Infanta”, redactados durante ese mes de diciembre. Pero Felipe IV partió de Madrid junto a sus tres hermanos sin haber resuelto la consulta y dejando pendiente tanto la fórmula transitoria como la definitiva de sucesión de Isabel. Partió sin haber confirmado la preferencia por don Fernando que, para esta última fórmula, Olivares podía haberle explicitado ya, podría inferirse también. De ahí, quizá, la inquietud vivida por el Conde Duque durante la ausencia del monarca, que escoltó a la infanta María Ana hasta Zaragoza y no regresó a Madrid hasta el 19 de enero de 1630⁹⁸.

La cédula real que recogía el ordenamiento sucesorio temporal de la gobernadora se emitió a comienzos de marzo de 1630, siguiendo el criterio expuesto por el marqués de Leganés en su voto del mes de diciembre. Leganés había recomendado incluir en la junta provisional un consejero de Estado de capa y espada en

⁹⁶ AGS, Estado, leg. 2043, f. 329.

⁹⁷ F. LABRADOR ARROYO: “La organización de la casa y el séquito de la reina de Hungría en su jornada al Imperio en 1629-1630”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y R. GONZÁLEZ CUERVA (coords.): *La Dinastía de los Austria...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 801-836.

⁹⁸ J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, pp. 393-396.

lugar de uno de toga para representar al país y a la más alta nobleza: el duque de Arschoot, Philippe-Charles de Arenberg, grande de España, caballero del Toisón de Oro, miembro del Consejo de Estado de Bruselas desde 1619 y gobernador de la provincia de Namur desde 1626 ⁹⁹. Aun así, se despachó una segunda cédula real que autorizaba la entrada de un consejero togado del Consejo de Estado: el presidente del Consejo Privado “que es o fuere”, previendo el inminente relevo del entonces anciano y achacoso presidente Engelbert Maes ¹⁰⁰. La identidad de este séptimo miembro de la junta provisional –integrada ahora por 6 miembros en lugar de 5 (4 hispanos y dos del país)–, fue excluida de la primera cédula para que el gobierno de Bruselas pudiera hacer uso de la segunda a voluntad y conveniencia, esto es, en función de las circunstancias y si, llegado el momento, la situación política de las provincias así lo permitía.

Sin embargo, en marzo de 1630, Felipe IV tampoco se pronunció sobre la sucesión definitiva de la infanta Isabel, es decir, sobre la persona real que sucedería a su anciana tía. De hecho, en su resolución a una consulta del Consejo de Estado del día 28, el monarca ordenó a los consejeros proponerle de nuevo:

personas reales para yr a asistir a la señora Infante, y las órdenes que se les havrán de dar y provisiones con que se havrán de sustentar y criados que han de llevar consigo y otras particularidades.

Los consejeros se reunieron para ello el 2 de abril siguiente, pero optaron por remitirse a las consultas previas que, sobre la misma materia, se habían realizado meses atrás, bien por la vía del Consejo, bien a través de juntas particulares. Así, se limitaron a recordar a Felipe IV que ya le había sido suficientemente representada la necesidad de:

embiar allí persona real o por lo menos descendiente de la augustíssima cassa de V. M. que assistiese y ayudase a la Sra. Infante, a quien todos los generales de

⁹⁹ “Nombramiento de personas para el gobierno de Flandes en lugar de las nombradas en propiedad por muerte o ausencia”, Madrid, 5 de marzo de 1630; este documento lleva inserta una real cédula de 4 de marzo en la que se disponía su identidad y fue remitido a Bruselas con un despacho de Felipe IV al marqués de Aytona, Madrid, 5 de marzo de 1630 (AGS, Estado, leg. 2237). Véase también A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, op. cit., pp. 193 y 199.

¹⁰⁰ Esta cédula fue fechada dos días después que la anterior: “V. M. nombra al presidente del Consejo Privado de los Payses Bajos que es o fuere para el gobierno político dellos en ínterin juntamente con los demás nombrados”, Madrid, 6 de diciembre de 1630 (AGS, Estado, leg. 2237). Fue remitida al marqués de Aytona con el despacho de 5 de marzo citado en la nota anterior. Véase también A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, op. cit., pp. 193 y 199.

V. M. pudiesen obedecer con gusto y estimación y que quando Dios fuese servido de disponer de S. A. pudiese suceder en el gobierno de aquellos estados, a lo que V. M. hasta agora no se ha servido de responder. Y lo que ahora [...] se ofrece representar es que el Consejo [...] tiene por conveniente y necessario que V. M. se sirva de nombrar persona de su real sangre que, como dicho es, pueda de presente asistir a la Sra. Infante y en falta de S. A. quedar gobernando aquellos estados.

En quanto a las personas que ay capaces de que V. M. pueda servirse dellas en este cargo, se han hecho a V. M. diferentes consultas a las quales el Consejo se remite no teniendo de nuevo qué añadir.

Siendo V. M. servido de conformarse en esto con el Consejo y declarar su real voluntad en quanto a la persona que eligiere, sabiendo el Consejo dirá a V. M. lo que se le ofrece en quanto a las órdenes que V. M. le huviere de dar y a la autoridad, forma de gobierno, cassa, cirados y alimentos que V. M. quisiere señalarle, pues esto no puede dezir si no es ajustándolo con la persona que V. M. huviere nombrado ¹⁰¹.

Los consejeros tenían razón al afirmar que al rey le correspondía elegir el príncipe o princesa de sangre real que debía dar el relevo a la infanta Isabel en la lugartenencia real de Bruselas. A su modo de ver, la elección era el primer paso para organizar la sucesión y tanto la definición del marco de gobierno del príncipe elegido, como la designación de los criados domésticos y políticos que habrían de desempeñar las labores de asistencia y de control en su entorno más próximo, únicamente el segundo. Algo poco discutible, porque no era lo mismo determinar el marco y el entorno de gobierno de un infante, que el de un pariente varón, que el de una pariente mujer. Y según la propuesta de personas reales que Felipe IV manejaba desde el otoño de 1629, había 6 posibles candidatos varones y una posible candidata mujer.

Como es lógico, el monarca no se tomó bien el dictamen del Consejo de Estado, que le instaba a tomar una decisión que él se empeñaba en aplazar. La razón del aplazamiento quizá tenga que ver con el horizonte de la siempre factible segunda cesión de soberanía de los estados de Flandes, que había sido descartada poco antes de la jura de Felipe III como futuro soberano (1616) y también en una de las disposiciones testamentarias del propio monarca (1619), según la cual ninguno de sus hijos segundos debía beneficiarse nunca de una cesión de soberanía semejante a la efectuada por Felipe II en favor de la infanta Isabel, obligando a su primogénito a conservarlos unidos a la Monarquía ¹⁰². Es posible que Felipe IV y

¹⁰¹ Consejo de Estado [conde de Oñate, marqués de Gelves, padre confesor y marqués de Floresdávila], Madrid, 2 de abril de 1630 (AGS, Estado, leg. 2044, f. 15).

¹⁰² A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Los estados de Flandes. Reversión territorial...”, *op. cit.*, pp. 675-676.

su círculo de asesoramiento más “íntimo” temieran que, tras la llegada de uno de los infantes a Bruselas, se reabrieran estas viejas aspiraciones de separación objetivadas en él y eso complicara aún más el panorama sucesorio de Isabel. Sobre todo, si el infante elegido llegaba varios años antes de que ella falleciera y las élites flamencas disponían de tiempo suficiente para acercar posturas y aunar esfuerzos orientados a materializar esas aspiraciones. Desde esta perspectiva, decantarse por don Carlos resultaba más arriesgado que decantarse por don Fernando, puesto que don Carlos se había vislumbrado, desde fechas muy tempranas, como instrumento idóneo para concretar esa segunda desmembración de Flandes vinculada a su matrimonio. Sin duda, optar por don Fernando ofrecía la ventaja de disponer de un precedente: el del archiduque Alberto, también cardenal y arzobispo de Toledo cuando viajó por primera vez a Flandes en 1595-1596 para tomar posesión de la lugartenencia real de Bruselas. Pero este precedente estaba, en cierto modo, viciado, porque precisamente Alberto había renunciado a su condición eclesiástica para contraer matrimonio con la infanta Isabel y llevar a efecto su primera desmembración en 1598-1599. En 1630, don Fernando ni siquiera había recibido la ordenación sacerdotal y era obvio que también él estaba en condiciones de objetivar cualquier posible aspiración separatista del territorio leal.

Tal vez fuera este temor el que llevó a Felipe IV a emplazar al Consejo a realizar una nueva propuesta razonada de candidatos de sangre real a la lugartenencia política y militar de Bruselas en tono de reproche. Según su planteamiento, definir un marco de gobierno concreto para el nuevo lugarteniente y seleccionar unos criados domésticos y políticos idóneos para desenvolverse en él eran el primer paso que debía darse para organizar la sucesión de la Infanta; y la elección del lugarteniente únicamente el segundo:

Aquí no me respondéis a lo que os he preguntado. Consultadme en la forma que os he ordenado y entonces podré resolver si a de ir de mis hermanos, de mis tíos, de mis primos o de los potentados de Italia, porque vista la disposición se podrá hacertar la elección y no de otra manera ¹⁰³.

En cualquier caso, todo apunta a que, en esa fecha, si no el rey, al menos Olivares ya se había decantado por don Fernando, como demuestran las anotaciones marginales que figuran en su papel-voto de octubre de 1629 ya comentado. Y la preferencia por don Fernando fue revalidada desde Bruselas en la primavera de 1630.

¹⁰³ Consejo de Estado [conde de Oñate, marqués de Gelves, padre confesor y marqués de Floresdávila], Madrid, 2 de abril de 1630 (AGS, Estado, leg. 2044, f. 15).

A finales de abril, llegó a Madrid un embajador extraordinario de la infanta Isabel con la misión oficial de felicitar al monarca por el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos. La lideraba uno de sus mayordomos: el conde de Estaires y marqués de Morbecque, Jean de Montmorency, caballero del Toisón de Oro y gobernador de la plaza de Aire (en la provincia de Artois), que aprovechó su estancia de 5 meses y medio en la corte para tratar otros muchos negocios personales y políticos¹⁰⁴. La mención de su embajada a Madrid fue incluida por Diego de Aedo en su relato sobre el viaje de don Fernando a Flandes, considerándola como una de las principales diligencias que tanto Isabel como el conjunto del “país” realizaron ante Felipe IV para materializar ese viaje, porque, según Aedo, Estaires hizo “biva instancia para que se tomase resolución en ymbiar a uno de sus Altezas”¹⁰⁵. Y en efecto, entre los escritos que Estaires se preocupó de hacer llegar al rey durante su estancia en la corte, rememorando servicios y recapitulando pretensiones de índole personal (mercedes para él y para sus deudos), pero también de orden político-gubernativo y económico para el conjunto de provincias, figura uno bastante extenso donde el conde abordaba la cuestión del infante por orden expresa de Isabel.

Se trata de uno de los tres escritos que Estaires entregó directamente a Olivares¹⁰⁶. En él, el conde recalca la importancia que los estados de Flandes otorgaban a ser gobernados por príncipes de sangre, “en quien no cupiesen igualdades de nacimiento”, hasta el punto de haberlo capitulado así con Felipe II en el tratado de paz de Arras de 1579, que certificó la vuelta negociada a la obediencia de las “provincias reconciliadas”. Estaires también se hacía eco del deseo de Felipe IV de viajar a Flandes para remediar la situación de las provincias leales, pero admitía entender las dificultades que entrañaba la jornada real y también la imposibilidad del rey de ausentarse largo tiempo de sus reinos peninsulares, puesto que eran “el centro de su Monarquía”. De ahí que, antes o después, Felipe IV se viera obligado a

¹⁰⁴ Ocupó sus casas de aposento en la calle del Príncipe, entre el 26 de abril y el 12 de octubre de 1630, “Hospedaje del conde de Ters” (AGP, SH, caja 30). Sobre estos otros negocios, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Élites flamencas y patronazgo real. Gestionar recursos y negociar expectativas en la Monarquía de Felipe IV (1621-1630)”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV: *Historia Moderna* 23 (2010), pp. 59-88 y A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “La crise politique de 1629-1633...”, *op. cit.*, pp. 957-963.

¹⁰⁵ Véase el fragmento del relato de Diego de Aedo reproducido al inicio de este estudio.

¹⁰⁶ Fue analizado y se encuentra parcialmente reproducido en A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “El ‘gobierno de príncipes’ en los Países Bajos católicos. La sucesión del Cardenal Infante al frente de las *provincias obedientes* (1641-1644)”, *Annali di Storia Moderna e Contemporanea* 7 (2001), pp. 192-194.

encomendar el gobierno de Flandes a un príncipe de sangre que pudiera proporcionar a las provincias la misma satisfacción que les tenían de la infanta Isabel. Sabedora de que alguien habría de ocupar su lugar algún día, ella misma le había encargado manifestar su deseo de ver en Flandes:

[a] uno de los Infantes hermanos de S. M., sus sobrinos, considerando que el Cardenal puede con rentas eclesiásticas sin cargar la Real Hacienda sustentar allá el esplendor de su sangre y tomar instrucción y información verdadera de todo por S. A. misma, pudiéndose tener seguridad muy cierta de que los sobredichos estados estiman más que la vida ser vasallos de S. M. y conocen la necesidad que tienen de estar devajo el amparo de tan gran monarca que los defienda contra vecinos tan poderosos no pudiendo defenderse solos, si bien les tienen un odio irreconciliable tampoco pudieran esperar honras, mercedes ni empleos de consideración de otra mano que de la de S. M., y por quanto cualquiera nación se ha de gobernar con conocimiento de su inclinación y la inteligencia ha de venir de larga experiencia y ésta con el tiempo, y que las cosas de allá no admiten descuydos ni yerros, ya no paresçe temprano que desde agora se acostumbre uno de los señores Infantes al gobierno de los dichos estados y con más açierto mientras la Srma. Infanta está en ellos para crialle, que si antes viniesse a faltar S. A. quiças después saliera vano el remedio del yerro desta prevención¹⁰⁷.

Dada su pertenencia al cuerpo de la alta nobleza provincial, Estaires parecía querer transmitir cuál era la principal expectativa de sus miembros tras la llegada del conde de Solre a Bruselas a comienzos de enero de 1630. A partir de entonces, el Consejo de Estado pleno se había convocado de forma intermitente. De hecho, se le comunicó el contenido de la instrucción de Solre y fue invitado a debatir el contenido de las propuestas que el mismo conde debía dirigir personalmente a los Estados Provinciales en nombre del rey. La medida se percibió conciliadora y agradó a la alta nobleza, pese a que las convocatorias se fueron dosificando durante los meses siguientes con el fin de que los consejeros de capa y espada no pudieran alegar derecho de reunión habitual ni cuestionar el carácter potestativo de las reuniones, que debían entenderse circunstanciales y en ningún caso ordinarias¹⁰⁸.

¹⁰⁷ Escrito sin título ni fecha, en AGS, Estado, leg. 2044. f. 99. Fue examinado en el Consejo de Estado, Madrid, 27 de junio de 1630, junto con otros dos escritos más, todo en el mismo legajo (ff. 96-98). Una copia de estos tres escritos, reunidos en “dos papeles sobre cosas tocantes al gobierno de sus provincias de Flandes” fueron remitidos por Felipe IV a Isabel, Madrid, 8 de julio de 1630 (AGR, SEG, reg. 203, ff. 104r-117r).

¹⁰⁸ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “*Afición, entendimiento y celo al servicio de Su Majestad...*”, *op. cit.*, pp. 225-226; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, p. 187.

Este fue el escenario que Estaires dejó en Bruselas: un escenario favorable a las reivindicaciones de la alta nobleza, que parecían ser atendidas y satisfechas mediante medidas concretas. Se comprende, por eso que, una vez en Madrid, Estaires no tuviera reparos en manifestar abiertamente cuál era el verdadero anhelo del cuerpo al que representaba.

La alta nobleza flamenca anhelaba continuidad entre el régimen de la gobernadora viuda y el del infante gobernador, la misma que había existido entre el régimen archiducal y el de la infanta Isabel. Sólo Isabel conocía bien las personas y los usos de gobierno de las provincias, adaptados a una realidad de soberanía desde 1599 y a otra de máxima autonomía de Bruselas respecto a Madrid desde 1621. Esta autonomía se concretaba en procedimientos y prácticas específicas de actuación que el infante debía conocer para así saber anteponer los intereses y planteamientos propios de Bruselas a los intereses y planteamientos que, circunstancial o coyunturalmente, Madrid pudiera definir en su contra. Es cierto que la alta nobleza estaba descontenta con determinadas prácticas gubernativas vigentes durante el régimen de Isabel que habían propiciado su exclusión de los principales negocios de gobierno, pero la Infanta parecía rectificarlas ya con iniciativas concretas. Por eso, convenía que ella misma pudiera aleccionar enseguida a su sucesor sobre cuestiones tanto técnicas como programáticas de gobierno, es decir, sobre cómo debía obrar el lugarteniente del rey para granjearse el respaldo absoluto de toda esa nobleza y, con él, su compromiso inquebrantable con la dinastía. La alusión que Estaires hacía en el escrito al ya previsto y resuelto fortalecimiento del Consejo Supremo de Flandes muestra que, con independencia de la representación de capa y espada reservada para ella en este nuevo organismo colegiado, la alta nobleza flamenca aspiraba a desempeñar un papel de intermediación, intercesión e interlocución habitual entre las dos cortes, ejecutando legaciones anuales a Madrid. Un papel complementario al del Consejo e, incluso, protagonista llegado el caso, que permitiera a sus miembros más destacados influir en el curso de los negocios y mediatizar la gestión del patronazgo. Tras el impulso institucional del Consejo, esta gestión dependería cada vez más de Madrid y menos de Bruselas. De ahí que ellos aspiraran a ganar peso y presencia en Madrid de cara a mantener y, sobre todo, a reforzar su posición frente a deudos y parentelas. Un peso que el funcionamiento regular del Consejo Supremo de Flandes no tendría por qué entorpecer o aminorar si lograban circular con fluidez y sin impedimento alguno entre Madrid y Bruselas con la connivencia del rey y de su lugarteniente: si podían presentarse con regularidad allí donde, en adelante, se tomarían las decisiones “graciosas” de mayor calado.

Haviendo S. M. mandado formar cerca de su persona el Consejo de Flandes para tener a la mano quien le informe de todo lo que se ofreciere no fuera de menos utilidad se sirviesse al fin de la campaña cada año mandar venir algunas cabezas principales y de más inteligencia a esta Corte para dar cuenta de lo passado y deliberar de lo que se avía de hazer por lo venidero el año siguiente en su presencia, con lo qual se excusarían grandes y largas confusiones naçidas de pareceres no conformes y contrarios y se animarían los que le sirven sabiendo que S. M. vendría a tener notiçia de los que se huviessen esmerado en su real serviçio por testigos de vista y procurarían acrecentar sus puestos por merecimientos más que por favor y cada uno saviendo que havia de venir de quando en quando a dar cuenta de sí miraría por su reputación y procuraría señalarse, de lo qual se siguiera también que siendo estas personas en parte naturales de los estados de Flandes los informarían a su buelta del cuydado que S. M. tiene dellos y de la confianza que haze de su lealtad, que son partes muy necessarias en aquellas provincias que tienen sus plaças fuertes en su poder y vecindad de tales enemigos¹⁰⁹.

Estas legaciones que Estaires proponía no representaban una verdadera innovación, porque durante el período de soberanía archiducal, el envío anual o casi anual de legados a Madrid con el pretexto de solicitar las provisiones de la nueva campaña militar y el encargo de trasladar al monarca listas de recomendados había sido la norma. Los Archiduques no contaron con representación diplomática ante Felipe III, pese a disponer de ella en otras cortes europeas, incluida la papal, donde sus representantes actuaban en colaboración y bajo la supervisión de los representantes del monarca. De ahí que sus legados —muchos de ellos españoles sirviendo en Flandes—, circularan fluidamente entre Madrid y Bruselas antes de 1621¹¹⁰. La circulación no se interrumpió durante la Tregua de los Doce Años ni tampoco en 1621, si bien carecemos de estudios dedicados a reconstruir cada una de las legaciones, identificando a sus responsables y examinando los efectos de su labor solicitadora a partir de la identidad y la posible promoción de cuantos se

¹⁰⁹ Escrito sin título ni fecha (AGS, Estado, leg. 2044, f. 99).

¹¹⁰ Favoreció esa fluida circulación el hecho de que, desde 1599, los Archiduques tuvieran a su disposición los recursos de patronazgo de Felipe III para distribuir entre las élites flamencas, es decir, que dichas élites estuvieran siempre en condiciones de acceder a tales recursos a través la intermediación de sus soberanos, que presentaron, intercedieron y aprobaron personal y profesionalmente a los flamencos ante Felipe III para que este pudiera mantener sólidos vínculos con unas élites foráneas o ajenas a su Monarquía, pero llamadas a convertirse algún día en “propias” [A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Agregación de territorios e integración de sus élites. Flandes y la Monarquía de Felipe III”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 32 (2010), pp. 261-304 y A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Élites flamencas y patronazgo real...”, *op. cit.*, *passim*].

beneficiaron de sus diligencias, pero también de la identidad de quienes no se beneficiaron de ellas, porque gestionar patronazgo no consistía sólo en promover, sino también en vetar individuos. Circulación a todas luces importante a tenor del interés manifestado por Estaires en impulsar las legaciones en esta nueva etapa. Con todo, sí se ha identificado la secuencia de embajadas extraordinarias o “ilustres” en la que se enmarcaba la embajada de Estaires, cuyo propósito oficial era transmitir parabienes o pésames familiares y que, por exigir notable lucimiento y gasto, siempre se habían encomendado a miembros de la alta nobleza flamenca y la Orden del Toisón de Oro después de 1599¹¹¹.

Respecto a la conveniencia de enviar a Flandes al Cardenal Infante, cuyo viaje debía ejecutarse lo antes posible para que el joven príncipe pudiera rentabilizar las enseñanzas de su tía, Estaires trató de seducir a Felipe IV y a Olivares con otra sugerencia que, a buen seguro, ambos habrían de valorar en su justa medida.

Tampoco puedo dejar de representar a V. E. lo que conviene al real servicio fomentar y conservar la amistad con los príncipes potentados electores del Imperio [...] lo qual importará en particular con el príncipe de Lieja, que no tiene sobrinos que substituir en el principado y fuera conviniente tenerle a la devoción de S. M. y se podría (teniéndole grato) negociar que se excojiese por coadjutor al serenísimo Infante Cardenal hermano de S. M.¹¹².

Al tanto seguramente de la negociación entablada en 1628 en los electorados de Tréveris y Colonia para lograr bien la coadjutoría, bien una canonjía para don Fernando, Estaires propuso hacer lo mismo en el principado episcopal de Lieja. A fin de cuentas, se trataba de proseguir la misma negociación en círculos próximos al arzobispo de Colonia, Fernando de Wittelsbach, que también era príncipe obispo de Lieja, Münster, Paderborn y Hildesheim, y cuyo hermano, el duque

¹¹¹ La liderada por el príncipe de Orange, Philippe-Guillaume de Nassau, en 1601 para felicitar a Felipe III por el nacimiento de la infanta primogénita Ana; la encabezada por el príncipe Lamoral de Ligne en 1605 para felicitarle por el nacimiento del príncipe Felipe; la liderada por el conde de Bucquoy, Charles-Bonaventure de Longeval en 1616 para felicitarle por el matrimonio del príncipe con Isabel de Borbón en 1616; y la dirigida por el duque de Arschot, Philippe-Charles de Arenberg, en 1621 para presentar a Felipe IV condolencias por la muerte de su padre y felicitarle por su advenimiento al trono. Sobre las tres primeras, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “El collar del toisón y la grandeza de España. Su gestión en Flandes durante el período de los Archiduques (1599-1621)”, en K. DE JONGE, B. J. GARCÍA GARCÍA y A. ESTEBAN ESTRÍNGANA (eds.): *El legado de Borgoña. Fiesta y ceremonia cortesana en la Europa de los Austrias (1454-1648)*, Madrid 2010, pp. 533, 534, 542 y 544; sobre la cuarta, mi análisis en “Élites flamencas y patronazgo real...”, *op. cit.*

¹¹² Escrito sin título ni fecha, en AGS, Estado, leg. 2044, f. 99.

Maximiliano de Baviera, carecía entonces de descendencia. La propuesta no podía ser desechada sin más, porque el principado de Lieja ¹¹³ era un espacio altamente estratégico para el gobierno de Bruselas, surcado por el río Mosa, responsable de la falta de continuidad territorial que presentaba el conjunto de provincias leales al separar del resto a las de Luxemburgo y Limburgo, y clave en materia de pasaje, reclutamiento y alojamiento de tropas, además de núcleo básico de producción de pertrechos militares (pólvora, municiones y armas) por concentrar importantes ingenios mineros y metalúrgicos ¹¹⁴.

Este escrito de Estaires, junto con los otros dos entregados a Olivares, fueron remitidos al Consejo de Estado mediante un decreto del rey fechado el 19 de junio de 1630, el mismo día que el conde de Solre hizo su entrada en Madrid procedente de Bruselas una vez concluida con éxito su comisión mediadora ¹¹⁵. Pero los consejeros no se pronunciaron sobre el contenido de ninguno de los tres escritos, alegando la especificidad de algunos de los puntos que se trataban en ellos. El marqués de Leganés —que hubiera podido hacerlo de forma solvente por ser, además, presidente del Consejo Supremo de Flandes—, se hallaba en Bruselas desde el mes de febrero de 1630 para tomar de nuevo posesión del cargo de general de caballería del ejército de Flandes y gobernar anómalamente con ese título toda la maquinaria de guerra durante la campaña de dicho año ¹¹⁶. Tras su partida de Madrid, el Consejo Supremo de Flandes quedó reducido a su secretaría y el conde de Solre fue su único consejero tras regresar a la corte. De ahí el dictamen del Consejo de Estado sobre los tres escritos del conde de Estaires, que el rey siguió al pie de la letra:

¹¹³ Una aproximación a la producción historiográfica sobre el principado de Lieja en la Edad Moderna en P. JANSSENS (dir.): *La Belgique espagnole et la principauté de Liège, 1585-1715*, Bruselas 2006, vol. II, pp. 421-422; también B. DEMOULIN: “La Principauté de Liège. Champs clos des rivalités franco-espagnoles (1595-1648)”, *Revue du Nord*, 90/377 (2008), pp. 717-727.

¹¹⁴ Este papel clave en lo relativo al abastecimiento de municiones y armas se subraya en A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “El suministro de pólvora en el ejército de Flandes. Sobre la gestión directa y delegada del aprovisionamiento militar”, en E. GARCÍA HERNÁN y D. MAFFI (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Madrid 2006, vol. II, pp. 473-522.

¹¹⁵ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “*Afición, entendimiento y celo al servicio de Su Majestad...*”, *op. cit.*, p. 228.

¹¹⁶ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 159-165.

Supuesto que aquí no ay Consejo de Flandes de quien V. M. pueda informarse sobre todos [los puntos], parece al Consejo podría V. M. servirse de mandarlos remitir a la Sra. Infante dándole noticia de lo que acá se siente para que allá S. A. los mande comunicar con los ministros a quien tocan y avise a V. M. de lo que pareciere para que con este informe, quando se tratare de asentar las cosas de Flandes, se pueda ordenar en éstas lo que más conviene¹¹⁷.

Este dictamen está fechado el 27 de junio y, para entonces, el conde de Solre no sólo había dado ya cuenta actualizada de un sinfín de cuestiones y peticiones de Bruselas, sino que muchas de ellas habían sido ya comunicadas al Consejo de Estado a través de Olivares y del secretario Andrés de Rozas e, incluso, valoradas por sus miembros en una sesión celebrada el día 21 de junio antecedente. En lo relativo a la ida de un infante a Flandes, el mismo Solre había insistido en:

la necesidad grande que ay de que no haviendo de passar V. M. en perssona a aquellos estados, se imbie luego a uno de los señores infantes y señala a quién se inclina más S. A., porque de ninguna manera habrá hazienda allá para el que no señala, y que assí será bien acordar a V. M. la resolución [...] como cossa inescusable, pareciendo según lo que todos representan que aun oy llegara tarde¹¹⁸.

El conde certificaba la preferencia de Isabel por el Cardenal Infante, basada en las mismas razones financieras que Estaires había argumentado. Las cuantiosas rentas del arzobispado de Toledo permitirían al joven príncipe sustentarse sin menoscabar las provisiones dinerarias que se remitían a Flandes para costear la guerra, es decir, sin deducir o detraer de ellas el coste de su sustento. Sólo faltaba la resolución real favorable a la ida de don Fernando, cada vez más inaplazable. De ahí que los consejeros de Estado que se pronunciaron entonces sobre las informaciones y peticiones de Solre coincidieran con él en lo esencial: el remedio de los problemas de Flandes pasaba por el envío de uno de los infantes a Bruselas y el rey debía resolverse por uno de los dos para, de una vez por todas:

executar negoçio que se tiene por tan considerable y desseado de la sra. Infanta y de aquellos estados [...] y haviendo de ejecutarse el ganar tiempo en ello será muy del servicio de V. M. y grangeará los ánimos de los naturales de aquellas provincias y asegurará el riesgo que podría correr en casso que Nuestro Señor dispusiesse de la sra. Infanta¹¹⁹.

¹¹⁷ Consejo de Estado, Madrid, 27 de junio de 1630, resolución real: “Está bien” (AGS, Estado, leg. 2044, f. 96).

¹¹⁸ Consejo de Estado, Madrid, 21 de junio de 1630 (AGS, Estado, leg. 2044, f. 41).

¹¹⁹ AGS, Estado, leg. 2044, voto del marqués de Gelves.

Ningún consejero avaló la mayor idoneidad de don Fernando frente a don Carlos ni trató de condicionar la elección del monarca. Sólo el padre confesor fray Antonio de Sotomayor mencionó explícitamente uno de los dos infantes tras sumarse a la instancia general del Consejo de resolver las consultas existentes sobre la materia de la sucesión definitiva de Isabel,

adbirtiendo que si V. M. fuere servido de que vaya el señor infante don Carlos no se debe reparar en el gasto, porque a qual quiera parte que vaya havrá de gastar lo mismo y aun aquí lo gastará lo mismo si V. M. fuere servido de ponerle cassa aparte ¹²⁰.

Pero Felipe IV siguió sin resolverse por ninguno de sus hermanos a finales de junio de 1630: “En lo de embiar a uno de mis hermanos quedo tomando última resolución no haviéndome dexado hazerlo las ocupaciones destos días” ¹²¹.

Todo indica que, para entonces, esta “última resolución” ya había trascendido oficiosamente en la propia corte de Bruselas, donde antes del 21 de junio de 1630 había llegado correspondencia procedente de Madrid que anunciaba la posible ida de don Fernando en un corto espacio de tiempo; una correspondencia quizá remitida desde el entorno del conde de Estaires, interesado en transmitir a las provincias un balance positivo de su comisión madrileña ¹²². De hecho, en el transcurso del verano de 1630 se acondicionaron los aposentos que el archiduque Alberto había ocupado en el palacio de Coudenberg para alojar a don Fernando, la Infanta encargó una carroza para su recepción y, según parece, incluso solicitó a Madrid enviarle a Bruselas con un séquito de servidores domésticos lo más reducido posible, puesto que ella disponía en su casa de personal suficiente para servir a los dos ¹²³. Aun así, no parece que esa “última resolución” del rey trascendiera oficialmente antes de finales de 1630, porque el nuncio pontificio Cesare Monti no la comunicó a Roma hasta el día 10 de diciembre:

¹²⁰ AGS, Estado, leg. 2044, voto de Sotomayor.

¹²¹ Resolución real a la consulta del Consejo de Estado, Madrid, 21 de junio de 1630 (AGS, Estado, leg. 2044, f. 41).

¹²² Philippe Chifflet (capellán de la Infanta) al cardenal Giovanni Francesco Guidi di Bagno (nuncio en Bruselas entre 1621 y 1627 y en París a partir de 1627), Bruselas, 21 de junio de 1630 [B. DE MEESTER DE RAVENSTEIN (ed.): *Lettres de Philippe et de Jean-Jacques Chifflet sur les affaires des Pays-Bas (1627-1639)*, Bruselas 1943, p. 131]. El extracto de la carta dice: “*On écrit d’Espagne que le cardinal-infant pourrait venir sous peu à Bruxelles. Le comte d’Estaires a été bien reçu à Madrid*”.

¹²³ Philippe Chifflet (capellán de la Infanta) al cardenal Guidi di Bagno, Bruselas, 30 de agosto de 1630, extracto en *Ibidem*, p. 138.

Se ha tomado la resolución que conviene emplearlos. La ejecución, conforme a la costumbre de España, podrá tardar si las circunstancias no la reclaman. En cuanto al Cardenal Infante, la señora Infanta no se ha declarado en cuanto a la forma que ha de haber en el gobierno, pues no parece que convenga ni dejarlo todo ni retenerlo todo. Y fácilmente podrían seguir la forma que usaron en el gobierno los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel; o bien que el gobierno de las armas y de la guerra corra a cargo del Cardenal, y el resto al de la señora Infanta. El Cardenal pensaría retener el capello y el arzobispado, como hizo el archiduque Alberto cuando también pasó a Flandes ¹²⁴.

Da la impresión de que el nuncio Monti distinguía entre resolución y ejecución del pasaje de don Fernando a Flandes, debido a la dificultad que conllevaba conciliar la autoridad de la infanta gobernadora con la del futuro infante gobernador en el mismo escenario. La mera sustitución de Isabel por su joven e inexperto sobrino no se entendía conveniente en una coyuntura tan compleja, porque la credibilidad del gobierno de Bruselas no se había restablecido por completo. La anómala dirección del ejército improvisada para la campaña de 1630 se había revelado incapaz de restablecerla y, en consecuencia, también inviable a medio y largo plazo, con la consiguiente incertidumbre asociada a una nueva disposición de mando militar que debía estar operativa durante la campaña de 1631 ¹²⁵. Puesto que conciliar autoridad era sinónimo de conciliar representación real, al parecer de Monti se ofrecían dos fórmulas diferentes en Flandes tras la llegada del Cardenal Infante: 1) la co-lugartenencia real, que exigía rescatar procedimientos ya vigentes durante la etapa archiducal, cuando Isabel y Alberto —en virtud de la séptima cláusula de sus capitulaciones matrimoniales—, habían despachado conjuntamente todos los despachos de gobierno, que se emitían en nombre de los dos e iban firmados por ambos, emulando fórmulas aplicadas en Castilla y Aragón durante el reinado de los Reyes Católicos ¹²⁶; 2) la separación de lugartenencias,

¹²⁴ Cesare Monti al secretario de Estado de Roma, Madrid, 10 de diciembre de 1630, citada y reproducida en Q. ALDEA VAQUERO: *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo*, III: *El Cardenal Infante en el imposible camino de Flandes, 1633-1634*, Madrid 2008, vol. I, p. 69.

¹²⁵ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno...*, *op. cit.*, pp. 165-172.

¹²⁶ Sólo cuando se hallaban en lugares separados, los despachos emitidos en nombre de los dos cónyuges podían ser firmados por uno solo: Alberto podía despachar a título individual cuando no se hallaba en el mismo lugar que Isabel y, viceversa, Isabel podía despachar con plena autonomía en idéntica circunstancia, véase A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Los estados de Flandes. Reversión territorial...”, *op. cit.*, pp. 620-621; para el precedente de los Reyes Católicos, D. J. DORMER: *Discursos varios de Historia...*, *op. cit.*, pp. 295-313.

conservando Isabel la política y asumiendo don Fernando la militar, una solución que no había llegado a aplicarse nunca en Flandes, pero que tanto Felipe II como Felipe III tuvieron presente en alguna ocasión. Felipe II lo hizo dos veces: tras la llegada del duque de Alba en 1567, cuando pretendió conservar a Margarita de Parma únicamente al frente de la lugartenencia política, que Alba acabó asumiendo también ante la negativa de la gobernadora de formar parte de la nueva solución gubernativa; y en el arranque del gobierno de Alejandro Farnesio con la fallida “segunda regencia” de Margarita de Parma, que preveía conciliar el gobierno político de la madre con el militar del hijo y establecer una bicefalía que Farnesio se negó a aceptar. Y Felipe III lo hizo años antes del arranque del gobierno vitalicio de Isabel: en septiembre de 1613, decidió promover al marqués Ambrosio Spínola a la capitanía general del ejército de Flandes cuando Alberto falleciera y establecer con ello la misma bicefalía prevista por su padre a comienzos de la década de 1580. Decisión que Felipe III enmendó en febrero de 1621, cuando encomendó también a Isabel la lugartenencia militar para su futuro gobierno vitalicio ¹²⁷.

Todo indicaba que a Felipe IV le quedaba por tomar una complicada resolución relacionada con el envío de don Fernando a Bruselas. Una resolución aún pendiente el 2 de abril de 1631, cuando se emitió el decreto que hacía público el destino político del Cardenal Infante y anunciaba oficialmente su próximo traslado a los estados de Flandes, con el refrendo del secretario de Estado Andrés de Rozas:

El estado de desórdenes y confusión a que se han reducido de algún tiempo acá las cosas de Flandes me ha obligado a tratar, como havreis visto, de pasar en persona a componerlas y a ajustarlas y como lo que combiene disponer en las de mi hazienda acá y en la seguridad y defensa de estos reynos para poder bolver la cara, aunque he gastado casi dos años en adelantar estos puntos y se va caminando con prosperidad asta aora en su disposición por la misericordia de Dios su conclusión aún no se ha conseguido, por lo qual y por avérmelo assy pedido la serenísima infanta doña Isabel, mi tía, y aconsejado mi Consejo de Estado, he resuelto de embiar luego uno de mis hermanos y hijos para que asista y ayude a mi tía, aliente y disponga aquellos ánimos a lo que más combiene a mi servicio y resuelto de seguirle en persona si no aprobechare, esperando en este tiempo el subcesso y conchlussión de lo necesario para el movimiento de mi persona. He os lo querido declarar como a miembro tan principal de mis reynos para que lo tengais entendido y ayudeis y encamineis todo lo que en orden a este fin pareçiere más coveniente y útil. He nombrado al Cardenal Ynfante mi hermano para esta jornada, que

¹²⁷ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “*Quelle princesse, ô bon Dieu!...*”, *op. cit.*, pp. 424-425.

placiendo a Dios será lo más presto que se pueda antes que passe el estío y si es posible en el mes de mayo¹²⁸.

Sin excluir explícitamente el propósito formativo, Felipe IV hacía hincapié en el propósito asistencial del traslado de don Fernando a Flandes. Pero al decreto le faltaba concreción en cuanto a cómo se materializaría su asistencia una vez llegado a Bruselas, porque no especificaba en qué facultades se concretaría la labor a desempeñar por el joven infante junto a su tía. Este decreto no fue acompañado de ningún otro documento aclaratorio¹²⁹ y esa necesidad de concreción o, por mejor decir, la dificultad de concretar tales facultades fue, en buena medida, responsable de la demora del pasaje del Cardenal Infante, que no llegó a Bruselas hasta comienzos de noviembre de 1634, cuando ya Isabel había fallecido.

Respecto a cuándo obtuvo publicidad este decreto de 2 de abril de 1631, da la impresión de que se publicó en Madrid el día 5 de abril siguiente junto con un segundo decreto que anunciaba oficialmente el envío del infante don Carlos a Lisboa. Al menos, así lo refiere una relación de noticias de la corte relativas al intervalo temporal transcurrido entre los meses de febrero y mayo de 1631. En las nuevas correspondientes al mes de abril, se recoge la siguiente información:

Sabado a cinco se publicaron los decretos de S. M. que diçe así: que porque estava determinado de yr en persona a castigar los rebeldes de Olanda y el estado y condiçión de su hacienda no lo permitía, avía acordado de embiar a Flandes al Serenísmo Infante don Fernando su muy caro i muy amado hermano para que en compañía de la serenísima Infanta su tía asistiese en aquellos países en el ynterin que se acomodaban las cosas.

El otro refería que atendiendo al gran natural y muchas partes del serenísimo infante don Carlos, su muy caro y muy amado hermano, le avía nombrado por virrey de Portugal y de su India por generalísimo de los mares Océano y Mediterráneo.

Sumamente se alegraron todos con estas noticias, viendo empleados a sus alteças, de quien se han concebido tan grandes esperanças¹³⁰.

¹²⁸ “Copia de decreto del señor rey don Phelipe 4º de dos de abril de 1631”, Madrid, 2 de abril de 1631 (AHN, Estado, lib. 928, ff. 171r-172v).

¹²⁹ AHN, Estado, lib. 928, f. 175r, “No consta que al señor Cardenal Infante se le despachasse más título para el gobierno de Flandes que el decreto adjunto de S. M. [...], su fecha de 2 de abril de 1631, según las noticias que hay en la secretaría y se an adquirido del Archivo de Simancas, y el referido decreto expresa es para assistir y ayudar a la Serenísima señora Infanta doña Ysabel”.

¹³⁰ “Nuevas de Corte y sucesos de Ytalia desde hebrero de 1630 hasta 17 de mayo de 1631” (BNE, Ms. 2363, ff. 99r-110v). Pese a la primera fecha, cuyo último dígito (1 originalmente) aparece enmendado, todas las noticias y sucesos se refieren a 1631. La cita en ff. 104r-v.

Con todo, existe copia de un decreto fechado el 7 de abril de 1631 que alude al destino político asignado de modo conjunto a ambos infantes y que suele ser citado, aunque no reproducido ¹³¹, para dar cuenta de la decisión del rey de enviar a sus dos hermanos a Flandes y a Portugal en la primavera de 1631:

Amados y fieles nuestros: la çiega obstinación y soberbia de los rebeldes fomentada y asistida de los enemigos de la Iglesia y míos a llegado a tanto exçesso que emprenden en entrambas Yndias [para] inquietar esta Monarquía con tantos esfuerzos que me obligan a hazer toda demostración para reduzirlos al reconoçimiento que deben a su proprio señor: y con este fin e resuelto que el Cardenal Ynfante, mi hermano, vaya a assistir a la Sereníssima Ynfante, mi tía, a Flandes: y juntamente embiar al serenísimo Ynfante don Carlos, mi hermano, a la çiudad de Lisboa, plaça de armas prinçipal de España, particularmente en lo marítimo, porque al uno y otro tengo por hijos míos y les devo y sé que deve siempre lo mismo que si lo fueran, haziéndole mi virrey y capitán general del reyno de Portugal, India, África y su conquista y generalíssimo del mar, como lo tuvo el príncipe Filiberto, mi primo, con las preeminencias mayores que aya tenido otro: para que animados con tal capitán aquellos reynos, con todos los de mi corona, los unos y los otros se esfuerçen en las armas marítimas y fuerças navales: de manera que no sólo limpien y asseguen las armadas y conquistas, sino que reduzgan a los enemigos a procurar la devida paz que su obstinación çiega y mal aconsejada les haze no desear: y para ayudar y disponer todo lo necesario a este intento y que se execute con la seguridad y entereza que conviene, poniendo el fundamento en el verdadero prinçipio que es Dios, de cuya clemencia se deve esperar dará glorioso fin a tan católicos y celosos medios, os e querido dar quenta desto, y de que e encargado a los prelados y religiones destos reynos que cada uno en sus iglesias hagan oraciones públicas y universales pidiendo a Nuestro Señor con gran devoçión y afecto encamine esta y las demás açiones mías al fin que se desea tan endereçado a su santo serviçio y bien de su Iglesia, Madrid y abril 7 de 1631. Yo el Rey ¹³².

¹³¹ Por ejemplo, lo citan R. VERMEIR: *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes, 1629-1648*, Córdoba 2006, p. 108 y n. 110; y J.-F. SCHAUB: *Le Portugal au temps du Comte-Duc d'Olivares. Le conflit de juridictions comme exercice de la politique*, Madrid 2001, p. 165 y n. 175.

¹³² “Decreto de S.M. en que manda que los Serenísimos infantes, sus hermanos, vayan el uno a Flandes y el otro a Portugal” (BNE, Ms. 2363, f. 35r).

2. *LA CASA DEL CARDENAL INFANTE DON FERNANDO DE AUSTRIA (1620-1641)*

Birgit Houben

Al heredar Felipe IV el trono en 1621, se produjo en la corte una situación que no se había presentado a menudo con anterioridad: había un joven monarca sin descendencia, con dos hermanos que eran los primeros en la línea sucesoria¹³³. El conde duque de Olivares sabía muy bien que esta situación conllevaba peligros políticos potenciales¹³⁴. El papel de los infantes en los problemas de sucesión en la Castilla del siglo XV y las acciones destabilizadoras de los hermanos del rey francés durante la regencia de Cathérine de Médicis, le indicaban que había que tratar el asunto con mucha cautela. Un grupo de oposición de nobles que se uniera a los infantes como posibles sucesores al trono, no sólo era una amenaza para el poder de Olivares, si no también para la estabilidad misma de Felipe IV¹³⁵. El valido se preocupó, pues, cada vez más por el asunto.

Esta cuestión espinosa se tocó por primera vez en 1624 en el denominado “Gran Memorial” de Olivares, un documento con afán instructivo dedicado a Felipe IV, entonces de 19 años de edad, en el cual aconsejaba al rey que aislara a los infantes Carlos y Fernando del mundo exterior y que confiara las funciones más importantes en sus cortes a personas totalmente dependientes del rey o de sus ministros favoritos. El Conde Duque indicó también en dicho documento que sería mejor transferir a los hermanos fuera del reino hispano-habsburgo, por ejemplo, por medio de un matrimonio con una princesa extranjera¹³⁶.

¹³³ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 105.

¹³⁴ J. H. ELLIOTT: *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, New Haven-Londres 1986, p. 185.

¹³⁵ J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, p. 161. Sobre el destino político de los infantes, *vide* el artículo de Alicia Esteban Estríngana en esta obra.

¹³⁶ “Copia de papeles que ha dado a Su Majestad el Conde Duque”, 25 de diciembre de 1624 (*Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 38 y 53).

Unos meses después del “Gran Memorial”, Olivares volvió a tratar ampliamente al problema de los infantes en otro documento, en el cual quedaba de manifiesto que el futuro de ambos hermanos se situaría fuera de Castilla. Para el infante más joven, el cardenal infante don Fernando, el Conde Duque tenía pensada una carrera eclesiástica. Ya don Fernando había sido nombrado cardenal en 1619 a los 10 años de edad y, un año más tarde, arzobispo de Toledo. Desde entonces, era conocido como el Cardenal Infante¹³⁷. Así, podía hacérsele coadjutor de Maguncia o Tréveris, con el papado como destino final. Sin embargo, hasta que Fernando recibiera la ordenación sacerdotal –lo cual no sucedió nunca–, persistía la posibilidad de que se casara¹³⁸.

En septiembre de 1626, Olivares creó una junta especial para discutir esta delicada cuestión, aunque en la misma no se tomó ninguna decisión definitiva¹³⁹. Sin embargo, cuando nació el infante Baltasar Carlos en 1629, se desató una crisis de autoridad en los Países Bajos y se hizo cada vez más patente la amenaza de la guerra con Francia; ello provocaría que la discusión sobre el porvenir de los infantes se precipitara. Enviar un posible príncipe heredero a los Países Bajos reales, el cual era además hermano del rey, podía contribuir fuertemente a estrechar la relación entre las provincias meridionales y la dinastía. Además, el propio Cardenal Infante era partidario de acudir a dichas tierras para conseguir gloria militar. De este modo, el 7 de abril de 1631, Felipe IV comunicó oficialmente que el Cardenal Infante acudiría a Bruselas para asistir a su tía Isabel, al mismo tiempo que el infante don Carlos marcharía a Portugal como virrey¹⁴⁰.

Olivares consideraba fundamental que Fernando fuera asistido y aconsejado de la forma más adecuada durante su importante y durísima tarea en los Países Bajos. Por otra parte, el Conde Duque subrayó claramente que el papel de los gobernadores generales no era desarrollar su propia política, si no ejecutar lo que Madrid les imponía. Ya desde el siglo XVI, los gobernadores generales recibían junto

¹³⁷ L. VAN DER ESSEN: *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l'Espagne 1609-1641*, Lovaina 1944, pp. 47-48; M. K. HOFFMAN-STROCK: “Carved on Rings and Painted in Pictures”: *The Education and Formation...*, *op. cit.*, p. 289.

¹³⁸ “Otro papel del Conde Duque al señor Felipe IV sobre el estado de los señores infantes don Carlos y don Fernando (1625)” (J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 165-170).

¹³⁹ *Ibidem*, p. 163; R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 107.

¹⁴⁰ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 108; L. VAN DER ESSEN: *Le Cardinal-Infant et la politique européenne...*, *op. cit.*, pp. 55-56; R. LESAFFER: “Ferdinand van Oostenrijk, infant van Spanje”, en *Nationaal Biografisch Woordenboek*, XV, c. 252.

a su “Instrucción General” una “Instrucción Secreta”, la cual limitaba enormemente su poder. Del mismo modo, se les rodeaba de un entorno ministerial formado por fieles del poder central en Madrid, que tenían que vigilar en los Países Bajos que todos los deseos del monarca y su primer ministro fueran satisfechos. No es, por tanto, extraño que dicho número de fieles de Madrid se incrementara considerablemente durante el gobierno del Cardenal Infante (1634-1641) ¹⁴¹.

El nombramiento de Fernando como gobernador general era igualmente importante para la gran ofensiva política y militar que estaba preparando Olivares ¹⁴². El propósito era enviar al Cardenal Infante con su ejército por el Imperio, con el fin de restablecer la conexión entre Italia y los Países Bajos, cuyo pasaje había sido bloqueado por las invasiones sueco-francesas al Rin y Lotaringia, así como conducir refuerzos importantes a los Países Bajos para finalizar del mejor modo posible la guerra con la República holandesa ¹⁴³.

Los habituales retrasos para preparar el viaje, provocaron que Fernando sólo pudiera dejar la Península ibérica en abril de 1633, periodo durante el cual había adquirido experiencia política en su cargo de virrey de Cataluña durante un año. Desde dicho principado partió a Milán, lugar donde ocuparía también el cargo de gobernador durante otro año. Después de un largo viaje cruzando los Alpes y a través del Sacro Imperio Romano, donde había podido desplegar sus talentos políticos y diplomáticos, además de su competencia militar imponiendo una derrota aplastante a los suecos en el campo de batalla cerca de Nördlingen, Fernando llegó por fin a Bruselas el 4 de noviembre de 1634.

En dicho lugar, había fallecido hacía un año su tía Isabel, circunstancia que provocó el fin definitivo del intermedio archiducal. Del mismo modo, los Países Bajos habían vuelto a convertirse en la plaza de armas más importante del imperio hispano-habsburgo. Por lo tanto, Madrid estaba más que dispuesta a volver a mandar en Bruselas. Considerando que el Conde Duque obtuvo el control sobre el rey gracias a la adquisición del acceso exclusivo a su persona después de desempeñar él mismo los cargos más importantes en la casa real o después de darlos a sus

¹⁴¹ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 214 y 326-328; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Tensiones entre ministros olivaristas. «Desuniones» y «Arbitrajes» en la Corte de Bruselas (1634-1641)”, en P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO (ed.): *Monarquía, Imperio y pueblos en la España moderna*, Alicante 1997, p. 730.

¹⁴² El gobierno general incluyó también la capitanía general del ejército de Flandes.

¹⁴³ R. LESAFFER: *Defensor Pacis Hispanicae. De kardinaal-infant, de Zuidelijke Nederlanden en de Europese politiek van Spanje: van Nördlingen tot Breda (1634-1637)*, Courtrai 1994, p. XIV.

clientes o sus familiares, estaba claro que el valido iba a procurar que los principales cargos de la corte del gobernador general en Bruselas se ajustaran a sus designios. En este capítulo, por tanto, se intentará discernir cómo se formó la casa bruselense del Cardenal Infante y qué papel jugó Olivares en ese asunto. ¿Fue Fernando capaz de tomar decisiones autónomas en cuanto a su personal de la corte, o, por el contrario, su casa en Bruselas fue un producto madrileño?

2.1. *LA FORMACIÓN DE LA CASA BRUSELENSE DE FERNANDO*

En 1631, una vez que se decidió definitivamente que Fernando iba a viajar a los provincias meridionales, se creó en Madrid una junta responsable, tanto del nombramiento de los criados de la corte que acompañarían al Cardenal Infante durante su largo viaje como de los que le servirían en su casa bruselense¹⁴⁴. Así, el 1 de junio se anunció la lista con los candidatos para desempeñar dichos puestos; la mayoría ya trabajaba en la casa madrileña del Cardenal Infante o en la de Felipe IV y su esposa. Sin embargo, muchos de ellos no se entusiasmaron demasiado con la idea de abandonar Castilla y hubo numerosos memoriales de personajes que pidieron ser transferidos a la corte del rey, de la reina o la del príncipe heredero Baltasar Carlos. Las excusas eran múltiples; algunos alegaban que no tenían los recursos necesarios para llevar a su esposa y sus niños y no querían abandonar a su familia, otros que no se veían capaces de vivir en el clima frío y lluvioso de Flandes, las personas de edad que temían enfermarse durante el largo viaje a los Países Bajos y, finalmente, otros exigían primero el pago de su salario atrasado. Cada caso fue estudiado individualmente y, en consecuencia, la creación de la casa del futuro gobernador se demoró en el tiempo; así, en enero de 1633 la junta todavía estaba operativa. Como último recurso, se intentó seducir a los candidatos con ayudas de costa y con nombramientos en la administración de Castilla o importantes cargos en el ejército para los altos dignatarios de la corte. Finalmente, resultó imposible conseguir juntar a personajes que pudieran ocupar todos los puestos establecidos en la lista del 1 de junio de 1631, con lo que, consecuentemente, dicho listado se vio reducido. Debido a ello, la mayor

¹⁴⁴ Sobre esta junta, D. DE AEDO Y GALLART: *Viage, sucesos, y guerras del infante cardenal don Fernando de Austria...*, Madrid 1637, p. 2; Consultas de la junta para la formación de la casa del Cardenal Infante, agosto 1631-enero 1633 (AGR, SEG, legs. 2289, 2297 y 2299, s.f.). En ella se incluyó a fray Antonio de Sotomayor (inquisidor general y confesor de Felipe IV), a los condes de Castrillo y Orgaz, al marqués de Torres y al contador Juan Muñoz de Escobar.

parte de la casa madrileña de Fernando se decidió que quedara en la capital hispana y que fuera disuelta¹⁴⁵, aunque algunos miembros encontraron un nuevo cargo en alguna casa del resto de miembros de la familia real.

En función de ello, se decidió que el objetivo era crear la casa de Fernando directamente en Bruselas¹⁴⁶. En el marco del fin militar del viaje del Cardenal Infante, además, no era tan interesante que todo el personal de la corte le acompañara. Por lo tanto, se formó una casa reducida, que consistiría en el marqués de Orani como sumiller de corps, el marqués de Este como caballerizo mayor, don Beltrán de Guevara y don Valeriano Sfondrato como gentilhombres de la cámara, el vizconde de Puertollano como mayordomo, Manuel de Guzmán como limosnero mayor y camarero eclesiástico, don Cristóbal Triviño y don Antonio Oses y Sarmiento como caballerizos, así como dos capellanes, 8 pajes, un secretario de la cámara, 6 ayudas de cámara y una cantidad indefinida de personal destinado al servicio de la caballeriza, cámara y oficios¹⁴⁷. Finalmente, se decidió que el conde de Oñate sirviera como mayordomo mayor durante el viaje¹⁴⁸ y que, cuando llegara a los Países Bajos, cediera el cargo al marqués de Aytona, a quien se le prometió el puesto ya el 2 de noviembre de 1632¹⁴⁹. No obstante, Oñate fue nombrado una segunda vez embajador de Viena al llegar a Milán, por lo que el duque genovés de Tursi se encargó durante el resto de la jornada de la mayordomía mayor en su lugar¹⁵⁰. Además, a don Fernando le acompañaron también un pequeño grupo de consejeros, como fueron el propio Oñate, el príncipe de Montenegro y don Martín de Axpe como futuro secretario de Estado y Guerra en Bruselas¹⁵¹.

La mayoría de la caballeriza ya había partido de Barcelona por vía terrestre con el fin de ir a Milán a través de Francia, donde el Cardenal Infante y su corte

¹⁴⁵ D. DE AEDO Y GALLART: *Viage, sucessos, y guerras...*, *op. cit.*, pp. 2 y 17.

¹⁴⁶ Tay como indica Aedo y Gallart (p. 17), “llevando en todos su Alteza muy pocos criados, por yr a la ligera; que dexo la mayor parte de su casa en Madrid, porque en llegando a Flandes se le avia de formar, como era razon”. Del mismo modo, “Documentos en cuanto a la casa del Cardenal Infante, 1736” en AGP, SH, caja 81/10, s. f.

¹⁴⁷ D. DE AEDO Y GALLART: *Viage, sucessos, y guerras...*, *op. cit.*, pp. 17 y 73.

¹⁴⁸ *Ibidem*, pp. 16-17; “Documentos en cuanto a la casa del Cardenal Infante, 1736” (AGP, SH, caja 81/10, s. f.).

¹⁴⁹ Felipe IV a Aytona, 2 de noviembre de 1632 (AGR, SEG, leg. 205, f. 250).

¹⁵⁰ D. DE AEDO Y GALLART: *Viage, sucessos, y guerras...*, *op. cit.*, p. 58.

¹⁵¹ *Ibidem*, pp. 16-17; “Documentos en cuanto a la casa del Cardenal Infante, 1736” (AGP, SH, caja 81/10, s. f.).

llegaron desde Génova el 24 mayo de 1633¹⁵². En dicha ciudad, se juntaron a la comitiva nuevos gentilhombres de la cámara –Antonio de Moscoso, Alonso Pérez de Vivero (conde de Fuensaldaña) y don Diego Sarmiento de Sotomayor–, así como el confesor fray Juan de San Agustín y, posiblemente, algunos servidores menores¹⁵³. Del mismo modo, en Milán se nombraron como meninos al marqués de Carabazo, al príncipe de Trivulzio y a los hijos de Sigismondo de Este –ex gobernador de Saboya– y del duque de Nocera. El napolitano Nocera mismo, llegó a ser uno de los gentilhombres de la cámara de Fernando en el mes de mayo de 1634¹⁵⁴.

La dureza de la jornada a los Países Bajos, provocó que la exigua comitiva sufriera bajas, como fue el caso de Juan de Aguirre, entretenido de la cava que enfermó gravemente, o del caballero Triviño, un secretario de cámara y el gentilhombre de la cámara Moscoso, que no sobrevivieron al viaje¹⁵⁵.

Debido a lo modesto de la casa, y a las bajas habidas en el camino, a la llegada del Cardenal Infante a Bruselas se decidió completar la misma con personajes que se encontraran en dicha corte. Este proceso duraría algunos meses y el 5 de febrero de 1635, el Cardenal Infante comunicó a Felipe IV que todavía carecía de criados de la corte “porque yo había llevado a pocos y varios murieron”¹⁵⁶. Además, conceder licencias a los criados hispanos que deseaban regresar a casa en los primeros meses después de la llegada a Bruselas, retrasó aún más la creación del servicio definitivo¹⁵⁷.

El nuevo gobernador general quería respetar el deseo de su tía Isabel de compensar a sus servidores por sus servicios rendidos, por lo que intentó crear su corte “*tant des domestiques de feu sa tante que de ceux qu’il avoit amener d’Espagne*”¹⁵⁸.

¹⁵² D. DE AEDO Y GALLART: *Viage, sucessos, y guerras...*, *op. cit.*, pp. 15-37.

¹⁵³ *Ibidem*, p. 55; M. DE NOVOA: *Historia de Felipe IV, Rey de España en CODOIN*, Madrid 1875-1886, pp. 399-400.

¹⁵⁴ D. DE AEDO Y GALLART: *Viage, sucessos, y guerras...*, *op. cit.*, pp. 55 y 66.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 85; Carta de recomendación para Juan de Aguirre, 12 de marzo de 1635 (AGR, SEG, leg. 212, f. 252); Carta de recomendación para Manuel Triviño, hermano de Cristóbal, diciembre de 1635 (AGR, SEG, leg. 213, f. 514); Ph. CHIFFLET: *Diaire des choses arrivées à la cour de Bruxelles, 1633-1636*, en BMB, CC, núm. 179, f. 50r.

¹⁵⁶ Cardenal Infante a Felipe IV, 5 de febrero de 1635 (AGR, SEG, leg. 212, f. 107).

¹⁵⁷ Licencias concedidas a los criados del Cardenal Infante (AGR, SEG, legs. 212, 213 y 214).

¹⁵⁸ Ph. CHIFFLET: *Diaire des choses arrivées à la cour de Bruxelles...*, *op. cit.*, f. 49r.

Sin embargo, esto planteó algunos problemas para el Cardenal Infante, porque algunos cargos que Isabel había dejado escrito que pretendía para antiguos criados suyos, ya habían sido adjudicados a personas que don Fernando había traído desde Castilla. Así sucedía con el marqués de Puertollano, el cual había acompañado a Fernando desde Madrid para desempeñar en Bruselas el papel de primer mayordomo, un cargo deseado también por Ferdinand d'Andelot, antiguo mayordomo mayor de Isabel. No obstante, este problema se resolvió hábilmente al nombrar a dos primeros mayordomos, los cuales funcionarían según un sistema de rotación semanal¹⁵⁹. Se presentó una solución similar al dividir el cargo de capellán mayor y limosnero mayor en dos; Manuel de Guzmán, quien había acompañado al Cardenal Infante desde Madrid ejerciendo ambos oficios, se ocuparía del de limosnero mayor, mientras que el respetado François de Rye conservaría el cargo de capellán mayor¹⁶⁰.

Al igual que la guarda, los miembros de la capilla de música o la *capella maior* formaban una suerte de conjunto fijo, por que, debido a su especialización y sus conocimientos profesionales, normalmente no se les reemplazaba en el caso de un cambio de gobernador. Consecuentemente, el Cardenal Infante los incorporó en su totalidad en 1634, decidiéndose únicamente nombrar a nuevos músicos y guardas si uno de ellos moría.

Por lo demás, algunos otros antiguos criados de la infanta fueron incorporados en la casa del Cardenal Infante, aunque, únicamente alrededor del 15% de aquellos personajes que habían servido a Isabel. Este número tan bajo no es sorprendente, pues la cámara femenina de Isabel se disolvió al llegar el Cardenal Infante y fue sustituida por una masculina. Además, quizás la casa del Cardenal Infante no fuera tan reducida durante su jornada a los Países Bajos como hemos planteado con anterioridad, pues don Diego de Aedo, ayuda de cámara de Fernando que lo acompañó en la misma relatando el viaje, testimonia que el Cardenal Infante partió de Barcelona “a la ligera con muy pocos criados”, aun cuando dice posteriormente que Fernando abandonó Milán con un grupo de 1.100 personas. Entre ellos, incluye a algunos nobles italianos, consejeros, unos 20 soldados y “una gran cantidad de criados de la corte como los de cámara, guardarropa, y guardajoyas, furriera, boca, y cavalleriça”¹⁶¹.

El proceso de formación de la casa se prolongaría durante varios años, como muestra el hecho de que Felipe IV, en marzo de 1635, aún le dio a su hermano

¹⁵⁹ Ph. CHIFFLET: *Diaire des choses arrivées à la cour de Bruxelles...*, *op. cit.*, ff. 42r-43v.

¹⁶⁰ *Ibidem*, f. 44r-v.

¹⁶¹ D. DE AEDO Y GALLART: *Viage, sucessos, y guerras...*, *op. cit.*, p. 73.

algunas instrucciones tocantes a los gentilhombres de la cámara y de la boca aún no nombrados ¹⁶².

2.2. LA CONTINUIDAD DE LA CASA DE BRUSELAS

DESPUÉS DEL FALLECIMIENTO DE LA GOBERNADORA GENERAL

Solamente a través de la comparación de las casas de Isabel y del Cardenal Infante, se puede establecer la continuidad entre los servicios. En el caso de Isabel, esta fue, sin duda, lógica, puesto que el personal de la corte del periodo archiducal siguió sirviéndola en su mayoría después de 1621. Tras morir la infanta, una parte de su casa fue recuperada por el Cardenal Infante, quien, como ya vimos, había traído de Castilla criados que habían servido con anterioridad a Felipe IV, la reina o en su propia casa madrileña ¹⁶³. Según M. Hoffman-Strock, dicho servicio madrileño de Fernando estaba constituida en su mayoría por antiguos criados de Emmanuel Filiberto de Saboya, personaje que había sido educado en la corte de Felipe III ¹⁶⁴.

Tras la muerte prematura de Fernando en noviembre de 1641, los Países Bajos tuvieron una serie de gobernadores interinos durante el periodo en que en Madrid se trabajaba en la búsqueda de un nuevo gobernador general de sangre real. Debido a ello, la mayoría del personal de corte del Cardenal Infante se quedó sin trabajo a finales de 1641, aunque gran parte de la casa de Fernando acompañó su féretro durante su último viaje. El 10 de febrero de 1643, el cortejo fúnebre encabezado por el marqués de Este, y en presencia de los dos hijos bastardos de Fernando, Fernando Gabriel y Carlos Fernando de Austria ¹⁶⁵, partió de

¹⁶² Felipe IV al Cardenal Infante, 25 de marzo de 1635 (AGR, SEG, leg. 212, ff. 349-350).

¹⁶³ Consultas de la junta para la formación de la casa del Cardenal Infante (AGR, SEG, legs. 2289, 2297 y 2299, s. f.).

¹⁶⁴ M. K. HOFFMAN-STROCK: "Carved on Rings and Painted in Pictures": *The Education and Formation...*, *op. cit.*, pp. 92, 271-272 y 397.

¹⁶⁵ El nuncio Stravius menciona el nacimiento de un hijo de Fernando y su amante, la dama de Lover, en junio de 1641. Antes de dicha dama, Anne-Marie d'Oyenbrugge-de Duras, baronesa de Meldert y Berlo, fue la amante del Cardenal Infante. La conoció en 1638 en Bruselas, donde asistió con su madre a un juicio del Consejo de Brabante. Dio a don Fernando una hija, Mariana de Duras, quien fue transferida en 1644 de Bruselas a Madrid por Francisco de Melo para que profesara en el monasterio madrileño de las Descalzas Reales como Mariana de la Cruz. Es posible que el otro hijo de don Fernando fuera de una

Bruselas a través de Francia en dirección a Castilla, donde se sepultaría el cadáver en las tumbas reales de San Lorenzo de El Escorial el 29 de junio ¹⁶⁶.

En el verano del mismo año, Felipe IV decidió que los antiguos servidores de su hermano pudieran adquirir un puesto en su propia casa o en la de la reina ¹⁶⁷. Los que llevaron a cabo tal acción fueron, probablemente, hispanos que ya no tenían relación con los Países Bajos tras la muerte del Cardenal Infante. Sin embargo, aquellos criados de don Fernando cuyos intereses se situaban efectivamente en los Países Bajos meridionales, fueron reubicados de distinta manera. Así, se buscaron oficios para ellos en los Consejos Colaterales o en los provinciales, el ejército, la iglesia, los ayuntamientos y, a aquellos con conocimientos médicos, se les ofreció un puesto en el Hospital Militar de Malinas ¹⁶⁸. Al resto, se les prometió un puesto en la casa del siguiente gobernador general ¹⁶⁹. Finalmente, después de un periodo de 6 años de gobierno interino de don Francisco de Melo (1641-1643) y del marqués de Castelrodrigo (1644-1647), Leopoldo Guillermo de Austria, hermano del emperador Fernando III, llegó a ser el nuevo gobernador general de sangre real (1647-1656). Cerca del 17% de sus servidores fueron antiguos servidores del Cardenal Infante. En el caso de don Juan José, sucesor de Leopoldo-Guillermo (1656-1658), el porcentaje sería del

de estas dos mujeres. Véase Felipe IV al marqués de Castelrodrigo, 18 de septiembre de 1644 (BRB, Ms. 16150, f. 55); Stravius a Barberini, 27 de noviembre de 1638, 23 de abril de 1639, 17 de marzo de 1650 y 29 de junio de 1641, en W. BRULEZ (ed.): *Correspondance de Richard Pauli-Stravius (1634-1642)*, Bruselas y Roma 1955, núms. 739, 803, 905 y 1064; Fray Juan de la Madre de Dios a Miguel de Salamanca y don Luis de Haro, 1 y 6 de febrero y 21 de junio de 1646 (AHN, Estado, lib. 964, s. f.); el marqués de Castelrodrigo a Felipe IV, 24 de noviembre de 1644 (CCE, VI, núm. 1424). Los nombres de los hijos de don Fernando están mencionados en un informe de sus deudas después su fallecimiento (AGP, AG, leg. 579, s. f.).

¹⁶⁶ Informe de Matheo Carranzo, secretario de Felipe IV, 1643 (AGP, SH, caja 56/29, s. f.); Felipe IV a Alonso de Idiaquez, 11 de ¿abril? de 1643 (AGS, Estado, leg. 2250, s. f.); Felipe IV a Francisco de Melo, 10 de marzo de 1643 (*Ibidem*)

¹⁶⁷ Decreto de Felipe IV, 21 de julio de 1643 (AGP, SH, caja 81/10, s. f.); Felipe IV a Francisco de Melo, 12 de julio de 1643 (AGS, Estado, leg. 2250, s. f.).

¹⁶⁸ Documentos de la junta de ejecutores testamentarios del Cardenal Infante y consultas del Consejo de Estado, 17 de agosto de 1643 (AGS, Estado, legs. 2058 y 2250, s. f.).

¹⁶⁹ Decreto de Felipe IV, 8 de junio de 1644 (AGP, SH, caja 81/10, s. f.); junta de ejecutores testamentarios del Cardenal Infante, 13 de julio de 1643 (AGS, Estado, leg. 2058, s. f.).

20%, en una casa que contaba más o menos con 200 miembros menos que la de su predecesor ¹⁷⁰.

Esta continuidad muestra que los conocimientos profesionales adquiridos por aquellos criados que habían servido en la corte los convertían en candidatos interesantes para futuros puestos vacantes y, en función de ello, su nombre siempre estaba presente a la hora de los cambios de gobernanza. Del mismo modo, los gobernadores generales establecían en sus testamentos, tanto la petición de que sus antiguos servidores fueran empleados de nuevo, como medidas de protección para ellos. Así, tanto en la última voluntad de Isabel como del Cardenal Infante, se incluían cláusulas que garantizaban su futuro. La Archiduquesa establecía que sus criados deberían recibir el mismo salario que percibían por servir en su casa durante el resto de su vida o hasta que encontraran otro trabajo y, en el caso de la cámara femenina, hasta que se casaran o entraran en un monasterio ¹⁷¹.

Dichas decisiones pesaban sobremanera sobre el tesoro real, por lo que resultaba natural que fuera interesante recuperarlos durante la creación de cada nueva casa. Así lo demuestra la decisión tomada por Felipe IV en 1644 de utilizar a los antiguos criados de la casa de su hermano en la del siguiente gobernador general, que estuvo más que probablemente ligada al anuncio en el mismo año de la cantidad de 231.902 florines que se estaba debiendo a los antiguos criados de la corte de Isabel y del Cardenal Infante que no habían encontrado nuevo empleo. Del mismo modo, se decidió tomar 204.675 florines de las prebendas que había dejado Fernando para los acreedores, aunque nos queda la pregunta de saber si efectivamente esa cantidad de dinero se utilizó efectivamente para tal fin ¹⁷², ya que en 1663 aún llegaron al Consejo Privado de Bruselas peticiones de acreedores enfadados, generalmente de parientes de criados de la casa de Isabel ya fallecidos ¹⁷³.

¹⁷⁰ E. ROEGIS: *Het hof van don Juan José de Austria, landvoogd in de Habsburgse Nederlanden (1656-1658)*, Universidad de Gante 2006 (Tesina) y S. ASPESLAGH: *Het leven in het paleis op de Coudenberg te Brussel onder landvoogd Leopold Willem van Oostenrijk (1647-1656)*, Universidad Católica de Lovaina 2007 (Tesis doctoral).

¹⁷¹ Testamento de Isabel, 26 de diciembre de 1616 y los codicilos, noviembre-diciembre 1633 (AGR, *Mercy Argenteau*, núm. 125) y la edición en Ch. PIOT: "Le Testament et les codicilles de l'infante Isabelle", *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, 12 (1885), pp. 1-15. El testamento del Cardenal Infante, 4 de noviembre de 1641 en BMB, CC, núm 78, s.f. y AGR, *Mercy Argenteau*, núm. 125.

¹⁷² Deudas con motivo de los fallecimientos de Isabel y el Cardenal Infante, 12 de octubre de 1644 (AGR, CE, leg. 1508, s. f.).

¹⁷³ Documentos en cuanto a los legados de Isabel en AGR, CE-legajos de procesos, leg. C/4, s. f.

2.3. *LA REPRESENTACIÓN OLIVARISTA*

EN LA CORTE DE BRUSELAS DEL CARDENAL INFANTE

En una relación que Felipe V solicitó al relator y grefier de su casa, en 1707, sobre la forma de establecer servicio a los infantes en la Monarquía hispana, se ponía como ejemplo a don Carlos y a don Fernando sobre dicha costumbre:

Señor, habiendo reconocido con toda aplicación los libros y papeles de los oficios de contralor y grefier de inmemorial tiempo a esta parte, se ha inquirido que las señoras infantas Doña Ana, nació el 21 septiembre del año 1601, y el señor rey don Felipe IV (que está en gloria) en 8 de abril de 1605, y con ocasión de tener esta señora infante y señor príncipe el señor rey don Felipe tercero, su padre, en 19 del mismo mes y año de 1605, mandó formar la planta adjunta de lo que se había de observar en las casas de sus Altezas.

El señor Don Carlos nació en 16 de septiembre de 1607 y durante la tutela no tuvo más casa que la que se expresa en la instrucción, por habitar en compañía de sus hermanos, y haber fallecido antes de pasar al gobierno de Portugal, en que estaba nombrado.

El señor infante cardenal don Fernando, nació el 16 de mayo de 1609 y también parece, mientras la tutela se mantuvo, en la misma forma hasta que en el año 1630, el señor rey don Felipe IV, su hermano, con el motivo de tenerle elegido para que pasase a gobernador de los Países Bajos de Flandes, mandó formar a S. A. casa, que se efectuó, aunque muy a la ligera, por lo que toca a los criados de los oficios de casa y boca, por haberse de embarcar y habersele de poner mayor número de familia en llegando a aquellos países.

Por una nota que está al margen de un pliego de cuenta, en este oficio de contralor, consta que D. Baltasar de Zúñiga, comendador mayor de León, fue ayo del señor rey D. Felipe cuarto siendo príncipe y que después que entró a reinar, su Majestad le mandó pagar por su real casa los gajes que se le debían de este empleo.

Respecto de que las casas de los príncipes antes de heredar corren por la de la reina, donde se libran los gajes de sus criados; con que parece que por aquella real casa no dejara de haber noticia de los asientos y goces de criados de los señores infantes hasta que salen de la tutela y se les forma casa aparte ¹⁷⁴.

Con todo, no está claro cómo se constituyó precisamente la casa de don Fernando, pero es seguro que creció paulatinamente: hasta el 12 de junio de 1622 no tenemos las primeras noticias de la formación de su servicio. Jerónimo Gascón de Torquemada, secretario del mismo, nos informa detalladamente de esta

¹⁷⁴ AGP, SH, caja 113/6 (Palacio, 11 de abril de 1707).

evolución ¹⁷⁵. Para mayordomo mayor de don Fernando se nombró al marqués de Malpica, don Francisco de Rivera, uno de los personajes más influyentes en los inicios del reinado de Felipe IV y en el que se apoyó el conde de Olivares. Al morir dicho marqués, en 1625, le sucedió el marqués de Camarasa ¹⁷⁶, teniendo además el oficio de sumiller de corps. Camarasa era primo de Olivares y su confidente:

Dicen se ha de hacer un Consejo para los negocios tocantes al arzobispado de Toledo, que se ofrecieren al Cardenal Infante, y para ponerle casa están electos los oficios personas de mucha calidad, como son: mayordomo mayor, el marqués de Malpica; sumiller de corps, el de Camarasa; mayordomos, D. Francisco de Villasis, corregidor que fue de Madrid, el conde del Real, D. Fadrique de Vargas, y D. Antonio de Cardona. De la cámara de su Alteza, el marqués de Orani, el conde de Puñoenrostro, el conde de Villafior y el conde de Villalba; gentileshombres eclesiásticos, D. Antonio Portocarrero, arcediano de Toledo, y D. Juan de Bracamonte, su tesorero, y maestro de cámara, D. Agustín Fiesco; a su camarero Don Melchor de Moscoso, dieron el episcopato [*sic*] de Toledo ¹⁷⁷.

En este mismo año, 1622, fue nombrado capellán de don Fernando el dramaturgo Mira de Amescua ¹⁷⁸. Asimismo, el trinitario Simón de Rojas mantuvo una estrecha relación con el Cardenal Infante desde su niñez, llegando a ser su confesor ¹⁷⁹. Cuando don Fernando estaba de gobernador en Flandes, le mandaba recursos para su fundación religiosa. La amistad fue tan estrecha que acogió a un sobrino nieto del fraile, Francisco Contreras y Rojas, para que le sirviera en la cámara de su casa y se lo llevó a Flandes. Una vez que murió el Cardenal Infante, fue llamado por Felipe IV a Madrid y llegó a ser secretario del rey ¹⁸⁰.

Parece ser que ya en junio de 1622, se le unieron 18 nuevos servidores, entre los que aparecían 5 mayordomos y 7 gentilhombres de la cámara, de los que 4

¹⁷⁵ G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la Corte de España...*, op. cit., pp. 8-12.

¹⁷⁶ *Ibidem*, pp. 224.

¹⁷⁷ A. ALMANSA Y MENDOZA: *Cartas de Andrés Almansa y Mendoza. Novedades de esta Corte y avisos recibidos de otras partes, 1621-1626*, Madrid 1886, p. 156, Noviembre 1622.

¹⁷⁸ J. M. VILLANUEVA: *El teatro teológico de Mira de Amescua*, Madrid 2001, p. 104.

¹⁷⁹ D. CASTEJÓN Y FONSECA: *Primacía de la Santa Iglesia de Toledo*, Madrid 1645, pp. 1295-1296.

¹⁸⁰ P. ALIAGA ASENSIO: *San Simón de Rojas. Un santo en la corte de Felipe III y Felipe IV*, Madrid 2009, p. 78.

pertenecían al clero. Por su parte, el mes siguiente se añadieron 11 gentilhombres de la boca, 7 caballerizos, 13 capellanes y dos consejeros eclesiásticos de la cámara¹⁸¹. Así, en 1624 esta casa estaba compuesta por no menos de 300 personas¹⁸².

Fue precisamente hacia esas fechas cuando Olivares se convirtió en el favorito indiscutible del monarca y se empezó a considerar la presencia de los infantes en la capital hispana como una situación problemática. Debido a ello, el valido aconsejó a Felipe IV en su “Gran Memorial” que vigilara intensamente el entorno de sus hermanos y concediera las funciones más altas dentro de su casa a personas que dependían por completo del monarca o de su primer ministro. Asimismo, el resto de personajes de su servicio tenían que ser “criados medianos”, por tanto con pocas ambiciones, y se les debería aclarar que al menor error se les sancionaría severamente¹⁸³.

Pronto, el séquito del Cardenal Infante se vio nutrido con partidarios del Conde Duque, como fue el caso de los citados marqueses de Camarasa y de Malpica¹⁸⁴. Sin embargo, y para disgusto de Olivares, fue Melchor de Moscoso, que ocupaba el puesto de gentilhombre eclesiástico, el que se convirtió en el hombre de confianza de don Fernando. El temor de Olivares de que los partidarios de Lerma, que seguían desempeñando funciones importantes, enemistaran a los infantes con él, resultaba fundamentado, pues Melchor era el hijo de la condesa de Altamira, hermana del duque de Lerma. El valido realizó una intervención preventiva, promoviendo al sobrino de Lerma y haciéndolo obispo de Segovia. Además, para conservar la gracia del Cardenal Infante, sustituyó a Melchor por su hermano Antonio de Moscoso, marqués de Villanueva del Fresno, en quien el

¹⁸¹ M. K. HOFFMAN-STROCK: “Carved on Rings and Painted in Pictures”: *The Education and Formation...*, *op. cit.*, p. 296.

¹⁸² “Documentos en cuanto a la casa del Cardenal Infante, 1736” (AGP, SH, caja 81/10, s. f.).

¹⁸³ En el “Gran Memorial” de 1624 (J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA: *Memoriales y cartas del Conde-Duque...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 52-53), se indica “Háseles de poner criados medianos, que ni por pocas obligaciones no tengan que aventurar ni por muchas osen intentar cosas grandes con torcidos fines, y estar con mucha atención mirándoles a las manos y que ellos lo entiendan así castigando con severidad los menores asomos sin que haya dispensación por ningún accidente; y es menester que sepan que no les ha de costar menos que la cabeza y echar alguna abajo asegurará las de todos y escarmentará para adelante como conviene... y los oficios mayores de su Casa conviene darlos a personas totalmente dependientes de V. M. o de sus ministros favorecidos porque no puedan intentar tener favor por otro camino”.

¹⁸⁴ J. H. ELLIOTT: *The Count-Duke of Olivares...*, *op. cit.*, pp. 41 y 140, y L. VAN DER ESSEN: *Le Cardinal-Infant et la politique européenne...*, *op. cit.*, p. 48, n. 1.

Conde Duque pensaba poder confiar¹⁸⁵. Sin embargo, la afección de Fernando había pasado de Melchor a Antonio, el cual también cultivaba buenas relaciones con el infante Carlos, que vivía además en la esfera de influencia del almirante de Castilla, miembro de la familia de Antonio. Debido a ello, el valido estimaba que dicha combinación era demasiado peligrosa y había que romperla, lo cual le originó enfrentamientos con don Fernando.

Aunque en 1627 ambos personajes llegaron a un acuerdo, la enemistad de don Fernando con Olivares se reanimó con ocasión de un incidente acerca de la composición de su corte de Bruselas en 1631. Así, cuando se rechazó la propuesta del Cardenal Infante de nombrar sumiller de corps a Antonio de Moscoso, don Fernando se negó a creer que esta decisión procediera del monarca. Aunque Olivares le enseñó una carta de la archiduquesa Isabel en la que decía a Felipe IV que no era buena idea que el Cardenal Infante se llevara a su favorito, don Fernando estalló en cólera y acusó a Olivares de haberlo maquinado todo¹⁸⁶.

Evidentemente, el Cardenal Infante tenía razón, como se puede observar en otro documento pedagógico elaborado por Olivares para Felipe IV donde indicaba que al mandar al extranjero a los dos hermanos, perseguía dos fines al mismo tiempo: alejar a los hermanos uno del otro y separarlos de sus privados. Teniendo en cuenta el importante objetivo de la misión de don Fernando, Olivares no quería tomar riesgos innecesarios y pensó en que mandando al Cardenal Infante como virrey a Barcelona, Antonio, que disfrutaba de la vida lujosa en la corte y estaba acostumbrado al entorno madrileño, abandonaría voluntariamente el servicio de su patrón¹⁸⁷. Sin embargo, se equivocó, y poco después de la salida del Cardenal Infante a Barcelona en la primavera de 1632, Antonio fue descubierto camino de la ciudad condal. Tuvo orden de volver inmediatamente a Madrid, aunque, posteriormente, Olivares trató de hacer las paces con el Cardenal Infante y, como muestra de confianza, terminó mandando a Antonio a Milán para que se reuniera con su patrón. No resulta difícil de imaginar que el Conde Duque lanzara un suspiro de alivio cuando Antonio falleció en Rotenburgo en julio de 1634¹⁸⁸.

¹⁸⁵ L. VAN DER ESSEN: *Le Cardinal-Infant et la politique européenne...*, *op. cit.*, pp. 46 y 53; M. DE NOVOA: *Historia de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 127.

¹⁸⁶ M. DE NOVOA: *Historia de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 129-132; Informe del Conde Duque al Rey sobre los Infantes sus hermanos (1631) [G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares. La pasión de mandar*, 25ª ed., Madrid 1992, p. 449].

¹⁸⁷ *Ibidem*, pp. 448-451; M. K. HOFFMAN-STROCK: "Carved on Rings and Painted in Pictures": *The Education and Formation...*, *op. cit.*, pp. 288-290.

¹⁸⁸ D. DE AEDO Y GALLART: *Viage, sucessos, y guerras...*, *op. cit.*, pp. 54, 71 y 85; M. DE NOVOA: *Historia de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 175-177 y 399-400).

Ahora que había conseguido evacuar de Madrid al infante menor y tampoco tenía que preocuparse ya por la relación entre don Fernando y Moscoso, la influencia de Olivares en la corte del Cardenal Infante se hizo sentir aún más. Después del fallecimiento de Isabel, la era archiducal estaba finalizada para siempre y Madrid estaba dispuesto a rehacerse con las riendas de los Países Bajos. Prueba de ello era el objetivo ambicioso de la misión de don Fernando, a través de la cual intentaba aumentar el control sobre Bruselas. Para asegurarse de que el Cardenal Infante ejecutaría escrupulosamente las directrices madrileñas, fue rodeado de clientes del valido, no solo en su entorno ministerial, sino también en su servicio personal. Al nombrar en puestos estratégicos a personas que compartían su visión política, Olivares intentaba limitar al máximo el riesgo de un gobernador general que actuara por su cuenta.

De esta forma, el puesto más importante del servicio, que era el de mayordomo mayor, pasó sucesivamente a los marqueses de Aytona, Mirabel, Cerralbo y a Francisco de Melo, todos ellos personas de la máxima confianza del Conde Duque. Del mismo modo, el marqués de Santa Cruz, destinado a ser el mayordomo mayor en la fase de la planificación en 1631, también era cliente de Olivares¹⁸⁹. Sin embargo, después de su campaña desastrosa en 1632 como gobernador de las armas del ejército de los Países Bajos, su nombre dejó de tenerse en cuenta para el puesto. Humillado, volvió a Madrid, donde ya se había recibido su dimisión antes de la campaña; después de su derrota, no le fue denegada¹⁹⁰. Pedro Fajardo, marqués de los Vélez, por su parte, que en un principio habría tenido que convertirse en el nuevo mayordomo mayor de don Fernando después del fallecimiento de Cerralbo, pertenecía igualmente a la esfera de la influencia del Conde Duque. Sin embargo, no pudo ejercer esta función, ya que el valido lo puso a la cabeza del ejército que tenía que reprimir la revuelta de Cataluña en 1640¹⁹¹.

¹⁸⁹ “Relation de los criados que estan avissados por orden de V. M. para ir sirviendo al señor infante don Fernando a Flandes, diciembre de 1632” (AGR, SEG, leg. 2297, s. f.); Lagonissa a Barberini, 21 de junio de 1631 [L. VAN MEERBEEK (ed.): *Correspondance du Nonce Fabio de Lagonissa, archevêque de Conza (1627-1634)*, Bruselas y Roma 1966, núm. 729]; Gerbier a Dorchester, 16 de enero de 1632 (TNA, SP, leg. 105.8, s. f.); J.-F. SCHAUB: *Le Portugal au temps du Comte-Duc d'Olivares...*, op. cit., p. 230.

¹⁹⁰ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, op. cit., pp. 43 y 63.

¹⁹¹ Consultas del Consejo de Estado, 2 de mayo de 1640 (AGS, Estado, leg. 2055, s. f.) y 21 de enero de 1641 (AGS, Estado, leg. 2056, s. f.); J. H. ELLIOTT: *The Count-Duke of Olivares...*, op. cit., pp. 585 y 601-602.

Como mayordomos mayores, las “hechuras” de Olivares dirigían el servicio palaciego y pertenecían al grupito extremadamente selecto de personas que disponían de las llaves de las habitaciones privadas del gobernador general, a las cuales tenían libre acceso. Además, el mayordomo mayor siempre se encontraba en la inmediata presencia del gobernador general durante las ceremonias públicas y las audiencias. De tal manera, dicha figura era una de las pocas que podían dirigir la palabra y controlar al Cardenal Infante en cualquier momento del día ¹⁹².

Una serie de familiares de estos mayordomos mayores también recibieron un puesto en la casa de don Fernando. Así, unos meses después del fallecimiento del marqués de Aytona, su hijo mayor, Guillén Ramón de Moncada, fue nombrado por Felipe IV gentilhomme de la cámara ¹⁹³. Del mismo modo, Antonio de Benavides y Bazán, nieto del marqués de Santa Cruz y pariente de Mirabel, desempeñó la función de camarero eclesiástico y sumiller de cortina y en 1637, después del fallecimiento de Manuel de Guzmán, ascendió a limosnero mayor ¹⁹⁴. Guzmán, por su parte, era pariente del propio Conde Duque ¹⁹⁵.

La red de “hechuras” del valido se hizo sentir también entre los cuadros medios de la casa y baste como ejemplo el de Antonio Carnero, hijo del secretario personal de Olivares que llevaba el mismo nombre, que se convirtió en uno de los ayudas de cámara de don Fernando en 1635 ¹⁹⁶. Junto a él, otro personaje relevante fue Miguel de Salamanca, quien logró ascender en la confianza tanto del Cardenal Infante como del Conde Duque. Gracias a ello, fue nombrado veedor y contador de la artillería en los Países Bajos y gentilhomme de la boca

¹⁹² A. RODRÍGUEZ VILLA: *Etiquetas de la Casa de Austria*, Madrid 1913, pp. 29-33; Y. BOTTINEAU: “Aspects de la Cour d’Espagne au XVIII^e siècle: l’étiquette de la Chambre du roi”, *Bulletin Hispanique* 74 (1972), p. 142.

¹⁹³ Ph. CHIFFLET: *Diaire des choses arrivées à la cour de Bruxelles...*, *op. cit.*, ff. 103v-104r; Memorial sobre el marqués de Aytona, 1637 (BNE, Ms. 954, f. 163r).

¹⁹⁴ Informe de A. de Benavides (AGP, Personal, caja 16613/4); testamento del Cardenal Infante, 4 de noviembre de 1641 (BMB, CC, núm. 78, s. f.); Stravius a Barberini, 16 de noviembre de 1641 [W. BRULEZ (ed.): *Correspondance de Richard-Pauli Stravius...*, *op. cit.*, núm. 1117]; Benavides y Bazán, Antonio de, 1647 (AHN, OOMM, Alcántara, exp. 181, s. f.).

¹⁹⁵ J. CHIFFLET: *Aula Sacra Principium Belgii; sive Commentarius Historicus de Capellae Regiae*, Amberes 1650, p. 61; B. GERBIER: *Notes for a resident att Bruxelles (agosto de 1636)* en TNA, SP, leg. 105.13, s. f.).

¹⁹⁶ Felipe IV al Cardenal Infante, 25 de marzo de 1635 (AGR, SEG, leg. 212, f. 349v); J. H. ELLIOTT: *The Count-Duke of Olivares...*, *op. cit.*, pp. 67 y 286.

de don Fernando en 1634. Su ascenso no acabó ahí, pues posteriormente fue nombrado secretario de Estado y Guerra y se le concedió la autorización real de poder acceder a las habitaciones privadas del Cardenal Infante¹⁹⁷. Finalmente, y de la misma manera, fray Juan de San Agustín, confesor de Fernando y personaje sobre el que hablaremos posteriormente de forma más amplia, disfrutaba de la confianza del Conde Duque¹⁹⁸ y cuando el Cardenal Infante salió de Madrid, el fraile agustino recibió del Consejo de Estado la instrucción de formar parte de todas las juntas importantes que asistirían a Fernando y de informar a su Majestad sobre ello¹⁹⁹.

Estaba claro que la corte del Cardenal Infante se dirigía y organizaba mayoritariamente desde Madrid. Esto se deduce, no sólo, de la junta madrileña que arregló la composición del equipo de don Fernando entre 1631 y 1633 y de la ubicación de eminentes clientes del Conde Duque en puestos clave, sino también del hecho de que casi todos los asuntos relacionados con el personal del Cardenal Infante se discutían primero en la corte madrileña antes de que se tomaran decisiones en Bruselas. La correspondencia personal entre Olivares y el Cardenal Infante muestra que este último siempre informaba al valido de los puestos vacantes en su corte, así como de todo tipo de cuestiones diarias, desde las quejas de determinados criados con respecto al pago de su sueldo, hasta los aspectos imprecisos del ceremonial de la corte. El Conde Duque reaccionaba siempre con cartas autógrafas, en las que sugería soluciones y comunicaba al gobernador a quién debía tener en cuenta para ocupar las vacantes en Bruselas²⁰⁰. Del mismo modo, Madrid no solo decidía en las cuestiones relativas a la cúspide de la casa, sino que también intervino en los nombramientos de los cuadros medios. Así, le llegaron al Cardenal Infante frecuentes misivas acerca de quién tenía que nombrar como gentilhombre de la boca, pajes o ayudas de cámara²⁰¹.

¹⁹⁷ Felipe IV a Aytona, 21 de enero de 1634 (CCE, VI, núm. 895); consulta del Consejo de Estado, 25 de septiembre de 1635 (AGS, Estado, leg. 2050, s. f.).

¹⁹⁸ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro*, Madrid 2006, p. 214; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Tensiones entre ministros olivaristas...”, *op. cit.*, pp. 736-737.

¹⁹⁹ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 214.

²⁰⁰ Diferentes cartas de Olivares al Cardenal Infante (BSM, *Codex Hispanicus*, núm. 22) y del Cardenal Infante a Olivares (AGR, SEG, leg. 302).

²⁰¹ Felipe IV al Cardenal Infante acerca del nombramiento de Juan Francisco de Salamanca como paje, 20 noviembre de 1634 (AGR, SEG, leg. 211, f. 134); Ph. CHIFFLET: *Diaire des choses arrivées à la cour de Bruxelles...*, *op. cit.*, f. 104r, “Ce mesme matin deux pages

Aunque Felipe IV le comunicó a su hermano en 1635 que podía escoger a los gentilhombres de la boca “como os alla pareciere”, es probable que Fernando continuara informando a Madrid acerca de su elección. Para otros oficios, el gobernador general acostumbraba esperar la aprobación real antes de pasar al nombramiento oficial de sus candidatos²⁰².

2.4. EL MINISTRO-DIGNATARIO DE LA CORTE

Los pesos pesados de Bruselas eran las “cabezas”, los oficiales o consejeros del gobernador general en la cumbre de la jerarquía, figuras todas ellas de confianza de la autoridad central de Madrid. Su misión consistía en aconsejar al gobernador general y en mantener informado a Olivares acerca de numerosos asuntos. Estos ministros, que gozaban de la confianza absoluta del monarca y de su privado, eran los ojos y los oídos de la autoridad madrileña en Bruselas. En el caso de que surgiera una discrepancia entre el monarca y el gobernador general, tenían que mantener en la recta senda a este último. Debido a ello, este ministerio se atribuyó lo esencial del gobierno político de los Países Bajos meridionales e hizo casi superfluas las actividades del Consejo de Estado de Bruselas²⁰³.

Es llamativo que durante el gobierno general del Cardenal Infante, este círculo ministerial y su servicio se solaparan en gran parte. Así, los sucesivos mayordomos mayores de don Fernando combinaban su puesto cortesano con la función de

de SA les plus ancyens furent declarez Gentilshommes de la bouche. La mercede estant venue d'Espagne, par un extraordinaire peu de jours auparavant”; Felipe IV al Cardenal Infante acerca del nombramiento de Carnero como ayuda de cámara, 25 de marzo de 1635 (AGR, SEG, leg. 212, f. 349v); Decisión de Felipe IV de nombrar gentilhombre de la boca a Andrés Gutiérrez de Haro, 14 de diciembre de 1635 (AGS, Estado, leg. 2050, s. f.).

²⁰² Felipe IV al Cardenal Infante, 25 de marzo de 1635 (AGR, SEG, leg. 212, f. 349v); el Cardenal Infante a Felipe IV acerca del nombramiento de los antiguos mayordomos de la Infanta, 8 de noviembre de 1634 (AGR, SEG, leg. 211, f. 78); el Cardenal Infante a Felipe IV sobre el nombramiento de distintos criados, 5 de febrero de 1635 (AGR, SEG, leg. 212, f. 107); el Cardenal Infante a Felipe IV acerca del nombramiento de caballerizo para Manuel de Triviño, diciembre de 1635 (AGR, SEG, leg. 213, f. 514); Olivares al Cardenal Infante acerca del candidato de este último para el puesto de ayuda de cámara, 9 de octubre de 1639 (BSM, *Codex Hispanicus*, núm. 22, f. 113v).

²⁰³ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 8, n. 15; H. DE SCHEPPER y P. JANSSENS: “De overheidsstructuren in de Koninklijke Nederlanden, 1580-1700” en *[Nieuwe] Algemene Geschiedenis der Nederlanden*, Haarlem 1980, v, p. 399.

primer colaborador del gobernador general. Incluso el marqués de los Vélez, al que en 1640 se le había prometido el puesto de mayordomo mayor del Cardenal Infante como vimos, habría tenido que convertirse en ministro de primer rango, sucediendo a Cerralbo. Además, Aytona, Melo y Santa Cruz, de haber permanecido en su puesto, eran los segundos oficiales más importantes de los Países Bajos y al marqués de los Vélez se le había prometido el puesto de almirante general de la armada de Dunquerque²⁰⁴. El mayordomo mayor no era solo, pues, el jefe de la corte de Bruselas, si no que era al mismo tiempo el colaborador político más importante del gobernador general. El marqués de Aytona, por ejemplo, en casos de necesidad extrema, podía hacer caso omiso de las decisiones del Cardenal Infante y promulgar lo que estimara más idóneo para el servicio del rey²⁰⁵. Del mismo modo, estos mayordomos mayores desempeñaron el gobierno *ad interim* cuando el gobernador general estuvo ausente (Aytona de diciembre de 1633 a noviembre de 1634) o había fallecido (Melo de noviembre de 1641 a mayo de 1644)²⁰⁶. Teniendo en cuenta la gran carga política de la función, no es de extrañar que el mayordomo mayor fuera siempre un hombre de la máxima confianza del rey y del valido.

Cuando en agosto de 1635 falleció el muy competente marqués de Aytona después de un ataque de fiebre, no resultaba fácil sustituirlo. Para asegurar que el Cardenal Infante continuara estando bien asesorado, se decidió crear tres juntas en Bruselas para asistirle en sus tareas administrativas²⁰⁷; la composición de estos tres consejos indica hasta qué punto estaban interconectados los círculos ministerial y cortesano. El primero era una junta militar, compuesta por el príncipe Tomás de Saboya²⁰⁸, el duque de Lerma, Pieter Roose²⁰⁹ y el nuevo mayordomo mayor del

²⁰⁴ Consulta del Consejo de Estado, 2 de mayo de 1640 (AGS, Estado, leg. 2055, s. f.).

²⁰⁵ Felipe IV a Aytona, 29 de septiembre de 1634 (CCE, III, p. 660) e instrucciones secretas de Aytona, 29 de septiembre de 1634 (CCE, III, p. 658).

²⁰⁶ P. LENDERS insiste igualmente en este punto, véase su “Grootmeester van het hof (1725-1741)”, en E. AERTS *et alii* (eds.): *De centrale overheidsinstellingen van de Habsburgse Nederlanden (1482-1795)*, Bruselas 1994, vol. I, pp. 246-247.

²⁰⁷ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 179-180.

²⁰⁸ El príncipe Tomás de Saboya (1596-1656), era el hermano menor del francófilo duque Víctor Amadeo I de Saboya e hijo de Catalina Micaela. En 1634 se dirigió a Bruselas, desde donde ofreció sus servicios a Felipe IV, recibiendo el nombramiento de gobernador de las armas en 1635. Ocupó esta función militar hasta 1639, fecha en que salió de los Países Bajos.

²⁰⁹ El jurista de Amberes Pieter Roose (1586-1673) fue consejero-fiscal del Consejo de Brabante en 1616. En 1622 ascendió a consejero-fiscal del Consejo Privado y en 1630 entró en el Consejo de Estado. De principios de 1631 hasta el otoño de 1632 fue miembro del Consejo

Cardenal Infante, al cual había que nombrar todavía. La segunda era una junta política que se escindía en dos: una para los asuntos interiores y otra para los exteriores. La primera dependería completamente de Roose, mientras que la segunda la compondrían el propio Roose, el futuro mayordomo mayor, el príncipe Tomás y el confesor de Fernando, fray Juan de San Agustín. Finalmente, la tercera junta era competente para las finanzas y también se dividía en dos: una decidiría sobre las finanzas de la corte de don Fernando, en la cual llevarían la voz cantante el confesor y el mayordomo mayor sobre todo, mientras la otra era competente para las provisiones del ejército; de esta segunda junta de finanzas formaban parte el príncipe Tomás, el duque de Lerma, el conde de Croix²¹⁰, Roose, el mayordomo mayor y el veedor general y mayordomo Luis Felipe de Guevara²¹¹. Como podemos constatar, tanto el mayordomo mayor como el confesor y el mayordomo Guevara eran primerísimas figuras políticas en los Países Bajos meridionales.

La composición de estas juntas muestra que había una verdadera acumulación de cabezas. Olivares, que intentaba así limitar la actuación autónoma del gobernador general, había partido del principio de que los confidentes que mandaba a Bruselas trabajarían de consuno. Sin embargo, los ministros, celosos de su influencia, honor y dignidad, no hacían más que reñir, a pesar de que servían al mismo amo²¹². Por lo tanto, el resultado de la superposición de hombres de confianza resultó una pérdida de tiempo y el caos²¹³. Hacia mediados de noviembre de 1635, el Consejo de Estado advirtió al monarca que, teniendo en cuenta la situación crítica de la guerra,

se perdiera todo sino se pone persona en el officio de mayordomo mayor qual conviene, porque allí no ay cabeza con quien el sr. infante se puede asegurar del acierto, y la multiplicidad de cabezas assi en la casa como en el gobierno reduce aquello a confusion y a menor estimacion de lo que convenia²¹⁴.

Supremo de Flandes y Borgoña en Madrid, y hasta 1653, *Chef-Président* del Consejo Privado y presidente del Consejo de Estado.

²¹⁰ Jacques de Noyelles (†1638), conde de Croix, jefe del Consejo de Finanzas.

²¹¹ Acerca de la composición y formación de las juntas, Felipe IV al Cardenal Infante, 20 de diciembre de 1635 (AGR, CP, leg. 1508, ff. 47-49); Consulta del Consejo de Estado, 10 de octubre de 1635 (AGS, Estado, leg. 2050, s. f.).

²¹² R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 327.

²¹³ *Ibidem*, pp. 172, 213-214 y 222; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: "Tensiones entre ministros olivaristas...", *op. cit.*, pp. 728-729 y 733.

²¹⁴ Consulta del Consejo de Estado, 17 de noviembre de 1635 (AGS, Estado, leg. 2050, f. 116).

Era urgente, pues, buscar a un mayordomo mayor competente a fin de estimular la concordia entre los ministros y procurar que el gobernador general no se desviara de la senda recta en medio de todo el tumulto. No cabía, pues, la menor duda de que a la cabeza del ministerio estaba el mayordomo mayor del Cardenal Infante; de todas las cabezas presentes en Bruselas era a él a quien el gobernador general tenía que hacer el mayor caso, por lo que siempre fue “hechura” de Olivares. En mayo de 1636, esta función fue atribuida al marqués de Mirabel, sucesor de Aytona, el cual ya había sido enviado a Bruselas por el Conde Duque en 1629, con el fin de resolver la crisis de autoridad junto con Aytona y Leganés. Después de la muerte de Isabel, Mirabel había regresado a Madrid, pero en mayo de 1636 tuvo que retornar a toda prisa a Bruselas, encargándosele explícitamente que cooperara con toda concordia con los demás ministros ²¹⁵.

Sin embargo, la llegada de Mirabel no aportó la solución: la desunión entre las cabezas continuó ²¹⁶. Después de la tentativa fracasada de otra “hechura” de Olivares, Francisco de Melo, en 1637, en la capital hispana se decidió ampliar aún más el entorno ministerial de don Fernando ²¹⁷. Se decidió que el marqués de Cerralbo y Miguel de Salamanca acudieran a Bruselas a vigilar la situación, para lo que fueron admitidos en las juntas más importantes. Al igual que a Mirabel, a ambos personajes se les encargó en sus instrucciones que promovieran la unión entre los ministros en la cumbre y que cumplieran con las órdenes de Madrid ²¹⁸. Gracias a este entorno ampliado alrededor del gobernador general, Olivares esperaba conseguir la concordia entre los ministros y los generales, a fin de que sus disensiones dejaran de poner en peligro las operaciones militares. Esperanza vana, los problemas seguían en pie ²¹⁹. Cuando Mirabel volvió a Castilla a finales de 1638, Cerralbo le sucedió en la mayordomía mayor ²²⁰ y, a pesar de

²¹⁵ Consulta del Consejo de Estado, 26 de abril de 1636 (AGS, Estado, leg. 2051, s. f.); instrucciones para Mirabel, 12 de mayo de 1636 (AGS, Estado, leg. 2243, s. f.).

²¹⁶ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 186-187.

²¹⁷ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Tensiones entre ministros olivaristas...”, *op. cit.*, pp. 736-740.

²¹⁸ Instrucciones para Salamanca, 20 de enero de 1638 (CCE, III, p. 661); instrucciones para Cerralbo, marzo de 1638 (AGS, Estado, leg. 3860, s. f.); A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Tensiones entre ministros olivaristas...”, *op. cit.*, pp. 740-742; R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 192-193.

²¹⁹ *Ibidem*, p. 196.

²²⁰ Olivares al Cardenal Infante, 1 de febrero de 1639 (BSM, *Codex Hispanicus*, núm. 22, f. 92v); Consulta del Consejo de Estado, 15 de junio de 1639 (AGS, Estado, leg. 2054, s. f.).

que fue enviado para hacer cesar las disputas entre los ministros, Cerralbo también tuvo sus riñas con Roose. Salamanca informó al valido de que el *Chef-Président* montó en cólera y declaró que nunca más participaría en reuniones en las que también participaran Cerralbo y fray Juan²²¹. Por lo visto, el mayordomo mayor y el confesor habían unido sus fuerzas en la lucha colectiva contra Roose. A finales de 1638, el Conde Duque se resignó al hecho de que la desunión entre los ministros en los Países Bajos era imposible de resolver y que, por lo tanto, los asuntos, tanto militares como políticos, no se arreglaban según su gusto²²².

Posteriormente, en 1639, fallecieron Cerralbo y los oficiales del ejército Ferra y Fuentes y en 1640 fray Juan abandonó el país, por lo cual era urgente encontrar una nueva cabeza para los Países Bajos meridionales²²³. Olivares pensó en un primer momento en el marqués de los Vélez para la función de ministro principal y mayordomo mayor pero, finalmente, optó por confiar al marqués la dirección del ejército que tenía que reprimir la rebelión en Cataluña²²⁴. El Consejo de Estado volvió a cifrar todas sus esperanzas en Francisco de Melo, quien a finales de 1640 se encontraba en Ratisbona, desempeñando la función de representante de Felipe IV en la Dieta. Melo solo partió para Bruselas después de que Madrid, en el verano de 1641, accediera a su exigencia de concederle las mismas funciones que antes había desempeñado Aytona al lado del gobernador general: gobernador de las armas, mayordomo mayor y almirante general de la flota en Dunquerque. No pudo combinar estas funciones más que durante unos meses, pues el 9 de noviembre de 1641 el Cardenal Infante falleció a los 32 años de edad. Al igual que Aytona, Francisco de Melo se convirtió en gobernador general interino de los Países Bajos²²⁵.

²²¹ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 238; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: "Tensiones entre ministros olivaristas...", *op. cit.*, p. 743.

²²² R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 195.

²²³ Consultas del Consejo de Estado, 27 de febrero de 1640 y 4 de junio de 1640 (AGS, Estado, leg. 2055, s. f.); Fray Juan de San Agustín a Felipe IV, 6 de abril de 1640 (AGS, Estado, leg. 2158, s. f.); R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 197.

²²⁴ Consulta del Consejo de Estado, 2 de mayo de 1640 (AGS, Estado, leg. 2055, s. f.); Consulta del Consejo de Estado, 21 de enero de 1641 (AGS, Estado, leg. 2056, s. f.); J. H. ELLIOTT: *The Count-Duke of Olivares...*, *op. cit.*, pp. 585 y 601-602.

²²⁵ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 197 y 259-260.

2.5. *EL FAVORITO DEL GOBERNADOR GENERAL*

Conforme a su especial reputación, los confesores se convertían a menudo en leales poderosos. Se esperaba de ellos que funcionaran como juez para la conciencia de sus penitentes, igualmente como médico y consejero, lo que los familiarizaba mucho con los sentimientos más íntimos de la personas a las que servían. Por consiguiente, siempre constituían un factor potencial de poder porque, si llegaban a controlar la mente de su superior, eso sólo sería un pequeño paso antes de obtener el control de sus actos²²⁶. Por eso, no puede sorprender que este dignatario distinguido de la corte siempre fuera escogido por el monarca y, en ciertos casos, formara parte del círculo ministerial alrededor del gobernador general²²⁷.

El hecho de que fray Juan de San Agustín fuera leal a Olivares, no impidió una relación firme con el gobernador general. Solamente algunos días después de la llegada de don Fernando a Bruselas, el internuncio observó “que el cardenal-infante tiene mucha confianza en el confesor”. Algunas semanas después, anunció que fray Juan no sólo funcionaba como confesor personal, sino que “también se ocupa de política y guerra, y de vez en cuando fray Juan y Fernando establecen juntos mandos sin que Aytona y los demás ministros lo sepan”²²⁸. También Gerbier concluyó muy rápidamente que el confesor era un contacto muy interesante en la corte. Así, escribió a unos de sus corresponsales ingleses:

*I spoke this day morning with his confessor, made him very sensible of your case, he did promise to prepare your way soe as when I had audience this same morning, I found the cardinal infant welle disposed*²²⁹.

Como el internuncio, al residente inglés le llamó la atención que la influencia de fray Juan sobre el gobernador general superaba la de Aytona:

*the infante's confessor, in great power...having ben to speak with the Marquis d'Aytona, whose chambre doore shutt by the Page cause the Marquis said busy, was sent for by the infante to appeare, in whose presence the confessor said noe doores must be shutt to him, lesse when sent by the infante*²³⁰.

²²⁶ J. DUINDAM: *Vienna and Versailles. The Courts of Europe's Dynastic Rivals, 1550-1780*, Cambridge 2003, p. 236.

²²⁷ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 229.

²²⁸ Stravius a Barberini, 11 de noviembre y 9 de diciembre de 1634 [W. BRULEZ (ed.): *Correspondance de Richard-Pauli Stravius...*, *op. cit.*, núms. 47 y 60].

²²⁹ Gerbier a Skinner, 11 de abril de 1635 (TNA, SP, leg. 105.11, s. f.).

²³⁰ Gerbier a Coke, 29 de diciembre de 1634 (*Ibidem*).

El embajador inglés, por tanto, tuvo que admitir que el poder de Aytona estaba disminuyendo visiblemente²³¹. Aunque este era, en virtud de sus instrucciones, el ministro-dignatario de la corte más importante e influyente fuera del gobernador general, resultaba que fray Juan lo era *de facto*, pues al igual que el mayordomo mayor tenía el derecho de acceso al gobernador general y a todas las juntas, disfrutando además del afecto sincero del Cardenal Infante. Se destacaba que esta combinación vigorosa no era solamente un atentado contra la autoridad de Aytona, si no también contra Olivares, que habría preferido, probablemente, ver el control sobre la mente del gobernador general en las manos del marqués.

En consecuencia, no tardó en producirse una reacción por parte del Conde Duque, que comunicó en el Consejo de Estado que fray Juan ejercía muchísima influencia sobre don Fernando y que “quiere lo que toca a todos enteramente y esta hecho dueño”²³². Según Olivares, esto resultó en “daños irreparables causados en los asuntos por los actos de este eclesiástico”²³³ y que “aquellos que corren con ojos ciegos con fray Juan son tenidos y apoyados, los que no corren desta manera sino con indiferencia, perdidos absolutamente”²³⁴. En este caso, el Conde Duque se refería a los problemas internos del círculo ministerial del gobernador general y, principalmente, a la disputa entre el confesor y Pieter Roose, el fiel bruselense de Olivares²³⁵. La hostilidad que el gobernador general y su confesor compartían contra Roose, no hizo si no complicar la situación a Olivares.

No obstante, fray Juan nunca fue llamado a Madrid, pese a que allí se opinaba que estaba obteniendo “no muy poco a poco la primaía” en Bruselas²³⁶. A pesar de todo, el agustino era considerado por Felipe IV y Olivares como un personaje que podría resultar útil para el servicio real. Podía ser que fray Juan ejerciera una enorme influencia sobre el gobernador general, lo que causó muchísimos problemas y cortocircuitos al interior del centro político bruselense,

²³¹ TNA, SP, leg. 105.11, s. f. (TNA, SP, leg. 105.11, s. f.).

²³² Discurso del Conde Duque, 24 de diciembre de 1638 y consulta del Consejo de Estado, 28 de enero de 1639 (citado en R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 195).

²³³ Consulta del Consejo de Estado, 19 de junio de 1638 (citado en A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Tensiones entre ministros olivaristas...”, *op. cit.*, p. 735).

²³⁴ Consulta del Consejo de Estado, 28 de enero de 1639 (citado en R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 240).

²³⁵ *Ibidem*, pp. 237 y 240.

²³⁶ Consulta del Consejo de Estado, 28 de noviembre de 1637 (AGS, Estado, leg. 2052, s. f.).

pero no constituía un elemento disidente que pudiera desviar al Cardenal Infante del buen camino. El confesor nunca se apartó de la visión madrileña y siempre continuó sirviendo lealmente al monarca y al valido. Su lucha con Roose generalmente tenía que ver con un método diferente, no con otra agenda política, y tenía sobre todo un carácter personal²³⁷. En función de ello, Olivares decidió mantener a fray Juan en Bruselas como contrapeso político de Roose²³⁸. Así, no resulta casual que fray Juan fuera nombrado en 1636 miembro del Consejo de Estado de Bruselas por Felipe IV. De esta manera, el confesor pudo echar raíces en el territorio de Roose y pudo tener informados al gobernador general y a Madrid de lo que pasaba allí. Por consiguiente, el monarca intentó impedir que fray Juan volviera en 1640 a Castilla tras no aguantar más las embestidas de Roose, aunque fue en vano²³⁹.

Como complemento a fray Juan, Gonzalo Pacheco –cura de la corte en Madrid– fue enviado en 1636 a Bruselas como nuevo confesor de Fernando²⁴⁰. Su misión consistía en asistir a fray Juan, que estaba envejeciendo, con el fin último de esforzarse para luchar contra la herejía²⁴¹. El internuncio Stravius comunicó a la Santa Sede que:

aun cuando se pretende que él [Pacheco] no vino como confesor de don Fernando, pero solamente para un asunto importante, se piensa no obstante que vino como confesor, porque al marqués [de Mirabel] no le gusta de ninguna manera que el confesor actual se mezcle en la economía de la casa de don Fernando²⁴².

Los contemporáneos no parecieron comprender la situación entre 1636 y 1640, en la que el gobernador general pareció disponer de dos confesores. Muy

²³⁷ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 237 y 327; F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 222-225; A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Tensiones entre ministros olivaristas...”, *op. cit.*, pp. 736-737 y 739.

²³⁸ A. Esteban Estríngana tiene la misma opinión, como podemos apreciar en *Ibidem*, p. 736.

²³⁹ Consulta del Consejo de Estado, 27 de febrero de 1640 y 4 de junio de 1640 (AGS, Estado, leg. 2055, s. f.); Fray Juan de San Agustín a Felipe IV, 6 de abril de 1640 (AGS, Estado, leg. 2158, s. f.).

²⁴⁰ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 224.

²⁴¹ Felipe IV a Olivares, 25 de mayo de 1636 (AGS, Estado, leg. 2154, s. f.); Felipe IV al Cardenal Infante, 15 de julio de 1636 (CCE, III, núm. 353).

²⁴² Stravius a Barberini, 7 de agosto de 1636 [W. BRULEZ (ed.): *Correspondance de Richard-Pauli Stravius...*, *op. cit.*, núm. 339].

probablemente, Pacheco había sido enviado a Bruselas con el fin de sustituir a fray Juan en el caso de que se tuviera que llamar al orden a este último si se obstinara en su lucha contra Roose y su influencia sobre el Cardenal Infante. Entre tanto, Pacheco podía aprender allí la profesión. Después de la salida de fray Juan en 1640, su sucesor no pareció ser apreciado por su confesante y cuando Felipe IV recomendó a Pacheco para el puesto vacante de administrador del Hospital Militar en Malinas, el Cardenal Infante anunció a su hermano que no lo consideraba adecuado²⁴³. Del mismo modo, en el otoño de 1639 no había tenido ningún reparo en ponerse en contacto con Francesco Barberini, secretario de estado del Vaticano entre 1623 y 1644, para que intercediera ante el papa en favor de fray Juan, quien había puesto los ojos en un priorato vaco. Don Fernando tuvo que admitir al legado papal que “no puede dejar de funcionar como el intermedio de fray Juan porque me ha servido tan bien”²⁴⁴. Cuando Pacheco se dio cuenta que el Cardenal Infante no lo apoyaría en el desarrollo de su carrera, pidió varias veces poder regresar a Madrid²⁴⁵. Sin embargo, murió en Bruselas en 1640 o 1641²⁴⁶.

2.6. CONCLUSIÓN

Cuando Isabel falleció en 1633, el *intermezzo* archiducal se había terminado para siempre y Madrid quería aprovechar la ocasión para fortalecer su control sobre los Países Bajos meridionales. Era inevitable; después de la declaración de guerra por Francia, estos territorios tenían que afrontar una guerra en dos frentes y en aquel período se convirtieron más que nunca en la principal base militar de los Austrias españoles. En este contexto no resulta, pues, sorprendente que Bruselas recibiera en 1634 una avalancha de ministros, hombres de la confianza de Madrid que compartían la visión política del valido. Estos confidentes que asesoraban al gobernador general y vigilaban que se atuviera a las directrices madrileñas, no

²⁴³ Cardenal Infante a Felipe IV, 28 de febrero de 1638 (CCE, III, núm. 628).

²⁴⁴ Cardenal Infante a Barberini, 28 de octubre de 1639 (AHN, Nobleza, Osuna, caja 1983 - 21/1, s. f.), “No puedo yo dexar de ser su intercessor hallandome tan bien servido de su persona”.

²⁴⁵ Petición de Pacheco, 31 de diciembre de 1639 (AGS, Estado, leg. 2158, s. f.).

²⁴⁶ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, op. cit., p. 227, n. 366. Según Jules Chifflet murió en 1640, véase J. CHIFFLET: *Aula Sacra Principium Belgii...*, op. cit., p. 76.

sólo estaban presentes en calidad de ministros que participaban en las juntas más importantes, sino como dignatarios de la corte. Más aún, llama la atención que en los puestos ministeriales más importantes se solían combinar con los puestos cortesanos de mayor peso. De esta manera, el Conde Duque podía asegurar la supervisión más cerrada de los asuntos en Bruselas. Como ministros principales, sus clientes contribuían a determinar la política en los Países Bajos meridionales y vigilaban que se respetaran las órdenes de Madrid. Combinando su función administrativa con otra cortesana, tenían ocasión de discutir asuntos políticos y militares importantes hasta en los momentos más privados de don Fernando y advertirle de eventuales desviaciones de las directrices estipuladas por Olivares. Por tanto, había que alejar del entorno del Cardenal Infante a los disidentes que no estaban de acuerdo con la visión de Olivares, como los Moscoso que habrían podido insinuar ideas distintas al gobernador general, y el Conde Duque no estaba dispuesto a correr este riesgo. En virtud de ello, durante el gobierno del Cardenal Infante, los Países Bajos meridionales se convirtieron en unas de las más importantes prioridades políticas del Conde Duque, y esto se reflejaba claramente en la composición de la corte de Bruselas, que en aquellos años cumplía un importante papel político y militar y se había convertido en un típico producto olivarista.

3. LA CASA DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS Y SU DISOLUCIÓN

Gloria Alonso de la Higuera

El miércoles 17 de octubre de 1629, a las siete de la mañana²⁴⁷ en el Palacio Real de Madrid, nació el Príncipe Baltasar Carlos²⁴⁸. De esta forma, se ponía fin a la serie de embarazos frustrados que había sufrido la reina. El 14 de agosto de 1621 había nacido la primera hija de Felipe IV e Isabel de Borbón, la infanta doña María Margarita, quien moriría a las 30 horas. Veintiséis días viviría la segunda hija del matrimonio, la infanta doña Margarita María Catalina, nacida el 25 de noviembre de 1623. Las esperanzas de la Monarquía volvían a avivarse el 21 de noviembre de 1625, con el nacimiento de la infanta doña María Margarita, las cuales de nuevo se verían truncadas a los 20 meses. El 31 de octubre de 1627 nació la cuarta hija de los reyes, la infanta doña Isabel María Teresa, quien moriría al día siguiente de su bautismo.

Tanto deseaban y necesitaban los reyes y la Monarquía un heredero, preferiblemente varón, que la reina, durante el embarazo, ofreció ponerle el nombre de uno de los Tres Santos Reyes Magos, lo cual propiciaría, según su camarera mayor, la duquesa de Gandía, que Dios le hiciera la merced que tanto esperaba. Por este motivo se llamaría Baltasar al príncipe, primero de este nombre²⁴⁹:

²⁴⁷ Pellicer, cronista de Felipe IV, en *La fama austriaca*, apunta que el nacimiento se produjo a las cinco y media de la mañana [J. PELLICER Y TOBAR: *La fama Austriaca o historia panegirica de la exemplar vida, y hechos gloriosos de Ferdinando Segundo*, Barcelona 1641 (en BNE 2/55714), p. 135].

²⁴⁸ Sobre los datos biográficos del príncipe Baltasar Carlos se han consultado varias fuentes, como AGP, SH, caja 56/5 o J. F. ANDRÉS UZTARROZ: *Obelisco historico i honorario que Zaragoza erigio a la memorial del señor Don Baltasar Carlos de Austria*, Zaragoza 1646 (en BNE, 2/65227).

²⁴⁹ J. DELEITO Y PIÑUELA: *El rey se divierte*, Madrid 2006, p. 59. Realmente había sorprendido la elección de este nombre que contradecía “la costumbre de los Reyes de España” que había “sido dar a sus hijos primogenitos el nombre de sus mayores, principalmente quando los mayores fueron santos y personas insignes y señaladas en santidad, armas, gobierno, o, prudencia” (*Razon por la que al hijo primogenito de Felipe IV se le puso el nombre de Baltasar*, BNE,

“Triste se hallava España con tan repetidos sustos, quando serenó las lagrimas el nacimiento del Príncipe nuestro Señor”²⁵⁰.

Efectivamente, el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos desató la alegría de unos reinos deseosos de criar a un heredero, lo que se vería reflejado en los festejos ofrecidos, con ocasión de este alumbramiento, por todos los territorios de la Monarquía²⁵¹. El domingo 4 de noviembre, el príncipe era bautizado en la capilla del Palacio Real, con la reina de Hungría y el infante don Carlos como padrinos. Aparecía “en braços de mi Señora la condesa de Olivares, el Príncipe nuestro Señor, en una silla de chrystal”²⁵². Una vez terminada la ceremonia, la ciudad:

en anocheciendo se empeço a arder toda en fuegos de luminarias, y coetes, haziendo todas las demostraciones de alegría que los coraçones bañados della solicitavan²⁵³.

Junto a la noticia del nacimiento, enviada a los reinos y provincias de la Monarquía, llegaba también una orden real “encargando y mandando, que por tan dichoso nacimiento, se hiziesen las demostraciones, regozijos y fiestas que se devian esperar de tan leales vassallos”²⁵⁴. Así, corridas de toros, carreras de caballos, juegos y artificios de fuego, luminarias, máscaras y certámenes poéticos,

Ms. 18670/64) En esta relación se hacía hincapié en que ningún rey, ni de España ni del extranjero, hubiera llevado este nombre, “sino solo dos, el uno caldeo y el otro babilonico y este fue tan malo que se acabo en el Reino de Babilonia”. Y únicamente se encontraba una posible razón para esta elección, que era el recordar a “uno de los [santos] que vinieron a adorar al Señor desde oriente”.

²⁵⁰ J. F. ANDRÉS UZTARROZ: *Obelisco historico...*, op. cit., f. 3.

²⁵¹ A principios del siglo XVII, junto a los rituales tradicionales como los juramentos, proclamaciones o recibimientos, empiezan a cobrar especial importancia las celebraciones ligadas a la vida del rey, tales como los nacimientos. De esta manera, las fiestas públicas que los acompañaban se multiplicaron por todos los reinos y provincias de la Monarquía. La participación popular favorecía así, la imagen de la Monarquía como fuente de confianza y bienestar público, y la solidaridad entre sus miembros (J. J. GARCÍA BERNAL: *El fasto público en la España de los Austrias*, Sevilla 2006, pp. 231-232).

²⁵² B. DE QUIRÓS: *Relación verdadera de las grandiosas fiestas que se hizieron en Madrid al bautismo del Principe nuestro señor* (BNE, Ms. 2361, f. 543, *Sucesos del año 1629*).

²⁵³ *Ibidem*, f. 543v.

²⁵⁴ *Relación de las fiestas que la muy noble y gran Ciudad de Granada hizo, por el felicissimo nacimiento del Principe nuestro Señor, Don Baltasar Carlos de Austria, que la Christiandad goze felicissimos años. Recopiladas y escritas por Don Mateo de Lison y Viedma* (BNE, Ms. 2361, f. 546v, *Sucesos del año 1629*).

se repetían por cada rincón de las Españas, como demostración de una inmensa alegría, de la que participaba especialmente la familia real, que no dudaría, con Felipe IV a la cabeza, en disfrutar de ellas:

En la famosa mascara que el iueves veynte y dos de noviembre se celebro en esta corte [de Madrid] a decisión del Señor Duque de Medina de las Torres, la qual quiso Su Magestad hazer mas celebre entrando en ella y explicando con tan humana y famosa action lo que ha estimado las que han hecho sus vasallos²⁵⁵.

Las relaciones de estos festejos insisten en lo deseado de tal nacimiento. La sucesión dinástica, especialmente delicada, estaba asegurada, y con ella, la continuidad de la Monarquía: “Que dar a un Reyno un príncipe heredero, que otra cosa es, que darle nueva vida”²⁵⁶. Sin embargo, tras esta alegría, se escondía otro motivo fundamental. El nacimiento de Baltasar Carlos fue recibido como un importante signo del amparo y favor divino a la Monarquía hispánica. Este mensaje fue especialmente apreciado y difundido en un momento muy difícil del reinado de Felipe IV. Por este motivo, el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos fue especialmente significativo, y así se subrayó en los sermones y relaciones que rodearon el acontecimiento. Con esta merced de Dios, desaparecía la angustia: “que nos seguía la fortuna (mas cierto la ira de Dios) en todas partes: mentiras aprehendidas por verdades [...] no hay que temer, hallandote con Principe”²⁵⁷. E incluso, parecía desmentir los graves sucesos que habían afligido a España:

Menos terribles, y menos ciertas nuevas (aunque de ser ciertas, eran bien terrible) afligieron a España estos días pasados [...] que las cosas en Italia andavan malas, que las de Flandes ivan sin remedio²⁵⁸.

Además, con un heredero Dios reafirmaba el papel de la Monarquía hispánica como primogénita y “mayorazgo de la Iglesia”²⁵⁹, y, en definitiva, la gran defensora y garante del catolicismo en el mundo:

²⁵⁵ *Relación de la famosa mascara que hizo el Señor Duque de Medina de las Torres en alegría del nacimiento del Principe de España Baltasar Carlos* (BNE, Ms. 2361, f. 544).

²⁵⁶ C. LAZARRAGA: *Sermón que predico el reverendissimo P. M. F. Angel Manrique, General que fue de la Orden de San Bernardo y Catedrático de Filosofia Moral de la Universidad de Salamanca, en su Capilla Real*, en C. LAZARRAGA: *Fiestas de la Universidad de Salamanca al nacimiento del Principe Don Baltasar Carlos*, Salamanca 1630, f. 89.

²⁵⁷ *Ibidem*, ff. 107-108.

²⁵⁸ *Ibidem*, f. 107.

²⁵⁹ *Ibidem*, f. 116.

Para gloria de su fe
Dui Dios a su Magestad
Filipo Quarto de España,
Su traslado original.
[...]
Tan catolico Filipo
Que es la quinta esencia ya
Como de la luz del cielo,
Del sol de la Christiandad

Como es gloria del fiel,
Es pena del desleal,
Que es guerra para el herege,
Para el católico paz ²⁶⁰.

Era tal el amor y amparo que mostraba Dios a España con el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos, que ni los pecados del reino ni los de su gobierno podrían destruirla:

como siendo tan grandes nuestras culpas, y aun por ventura nuestro mal gobierno, ni ellas ni el, son bastantes a acabarnos: antes crece esta Monarquia siempre, i va en aumento ²⁶¹.

En este contexto, y gracias al nacimiento del príncipe Baltasar Carlos, otra figura, contraria al Conde Duque, adquiriría un especial peso en la corte, la reina Isabel de Borbón: “el hecho de que diera a luz un infante aumentó (no sólo por tradición, sino también porque así lo dictaban las circunstancias) su posición e influencia” ²⁶². Fue, fundamentalmente, a partir del año 1642, ante las ausencias del rey de la corte de Madrid, cuando se vio su implicación directa en los asuntos de Estado y su oposición a la política del Conde Duque ²⁶³.

²⁶⁰ *Romance que cantó un tiple al harpa*, en C. LAZARRAGA: *Fiestas de la Universidad de Salamanca...*, *op. cit.*, f. 89.

²⁶¹ C. LAZARRAGA: *Sermón que predico...*, *op. cit.*, f. 139.

²⁶² R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*, Madrid 1989, p. 147.

²⁶³ Una lectura tradicional de la figura del Conde Duque, suele recoger, en el capítulo de su caída, una alusión a la “conjura de las mujeres”, donde se da un peso importante al papel de Isabel de Borbón: “Murió Doña Isabel, desecha por tantos partos frustrados, en el año 1643 [...] consolada, sin duda, en el trance fatal por la idea de que había salvado la corona para su hijo [...] antes de poder darse cuenta de que sin Olivares, como con él, el Rey no saldría de su fatal inercia hereditaria, y de que el deslizamiento de España hacia el abismo se aceleraba después del pasajero optimismo popular” (G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, *op. cit.*,

La esperanza de su nacimiento se recordaba dos años más tarde, cuando en 1632, el príncipe Baltasar Carlos, primero de este nombre, fue jurado en el convento de San Jerónimo como heredero de los reinos de Castilla y León “y los demás desta corona á ellos sujetos”²⁶⁴. Se habían convocado las Cortes el día 21 de febrero, jornada en la que los reinos de Castilla y León prestaron el juramento de fidelidad al príncipe heredero. El turno de Baltasar Carlos tuvo que esperar, debido a una indisposición de su alteza. Este acto había sido previsto para “el Domingo de Carnestolendas veintidos de febrero del año de 1632 y por averle sobrevenido un accidente, se dilató hasta el de la Transfiguración 7 de marzo”²⁶⁵. Una vez realizada la entrada en la iglesia, y cuando cada uno había tomado su lugar, su aya, la condesa de Olivares, retiró al príncipe a su aposento “por ser ya hora de comer su Alteza, i porque se hallase mas descansado para el tiempo del juramento”²⁶⁶. Una vez terminada la misa, se preparó, delante de los reyes, una silla con barandillas donde el príncipe estaría sentado mientras su padre, en su nombre, juraba las leyes y fueros de estos reinos²⁶⁷. Tras ello, salieron en procesión por las calles de Madrid “atestadas de gente, echando mil bendiciones al Príncipe, Reyes, y Infantes”²⁶⁸, tras lo cual, de nuevo las fiestas inundaron la villa, recordando la alegría que ya se celebrara a raíz del nacimiento del príncipe.

El momento concreto en el que fueron convocadas las Cortes para el juramento del príncipe, lo revisten de una mayor significación. Y es que en ellas se tratarían otras importantes materias al servicio de la Monarquía, como el “socorrer prestamente el universal peligro de la Religión Católica en tantos conjurados

pp. 152-153). Stradling señala dos posibles causas de esta enemistad. Por un lado, la reina, paño de lágrimas de las damas de la corte, recibía las noticias de sus familias, es decir, de la nobleza que había sido ninguneada por el valido. Por otra parte, Isabel de Borbón no compartía la negativa de Olivares a poner casa propia al príncipe (R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, op. cit., p. 186).

²⁶⁴ J. G. DE MORA: *Juramento que hicieron los Reynos de Castilla y León al Príncipe Don Baltasar Carlos*, Madrid 1632 (BNE, Ms. 2634, f. 251, *Sucesos de los años 1632 y 1633*).

²⁶⁵ A. HURTADO DE MENDOÇA: *Convocación de las Cortes de Castilla y Juramento del Príncipe nuestro Señor Don Baltasar Carlos, primero de este nombre, año 1632* (BNE, 2/16330, f. 2).

²⁶⁶ J. G. DE MORA: *Juramento que hicieron los Reynos de Castilla...*, op. cit., p. 246.

²⁶⁷ *Ibidem*, pp. 249-266.

²⁶⁸ P. CORNELIO: *Discurso breve al tenor de todas las acciones, y ceremonias que se celebraron en la jura del Serenissimo Príncipe de España nuestro señor* (BNE, VE/69/92).

enemigos”²⁶⁹. La tensión con Francia se había recrudecido, lo que obligaba a prepararse para una inminente campaña. Llegaban noticias de la alianza de Francia con el rey Gustavo Adolfo de Suecia en su guerra contra el Imperio católico²⁷⁰. Esto conducía a la Monarquía directamente hacia la guerra, lo que hacía necesario pedir un mayor apoyo económico a los reinos y, en este caso concreto, a las Cortes de Castilla y León.

Este contexto bélico que envolvería la corta vida del príncipe, así como la delicada situación que atravesara el gobierno, y en particular, la imagen del Conde Duque, habrían marcado su educación, una educación severa, llevada a cabo por su aya, la condesa de Olivares, y seguida muy de cerca por su marido, el valido del rey. Fue quizás esto una técnica del Conde Duque para tener sitiada la voluntad del heredero y evitar así comentarios que, llegando a los oídos del príncipe, pudieran desacreditarlo. El celo que mostraba Olivares daría lugar a habladurías, libelos y versos satíricos, y no escaparía de la pluma de nuncios o embajadores. En 1630, el cardenal Pamphili enviaba a la Santa Sede noticias sobre el protagonismo de la mujer del valido en la crianza del príncipe, “*restando in potere della sua balia con la soprintendenza della signora Contessa de Olivares, senza che entri medcio alcuno nelle sue stanze*”²⁷¹. Palabras similares encontramos en los correos del embajador veneciano Contarini, quien añadiría una lectura muy significativa de esta privanza:

El príncipe está siempre entre las damas de palacio, sin hablar con caballeros de su edad, y tan sometido a la obediencia de la condesa de Olivares, que sin su permiso no da un solo paso [...] Pero el conde-duque, celoso de la privanza y del afecto tiernísimo de su padre, lo retrasa para que nadie diga al príncipe cosas suyas que puedan desacreditarle. Y para afirmarse en su gracia le visita todas las tardes en su estancia, usando toda su diligencia para cautivarle y hacerse amar de él²⁷².

Tal vez la aseveración de Contarini acerca del aislamiento del príncipe fuera excesiva. Y es que, no podemos obviar que don Baltasar Carlos, durante su formación, estuvo rodeado de maestros e incluso contó con el acompañamiento de algún condiscípulo que le asistía en sus lecciones²⁷³. Tal fue el caso de don

²⁶⁹ A. HURTADO DE MENDOÇA: *Convocación de las Cortes de Castilla...*, *op. cit.*, f. 5.

²⁷⁰ J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 483.

²⁷¹ ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, leg. 71, f. 25.

²⁷² N. LUJÁN: “El Príncipe Baltasar Carlos”, *Historia y Vida* 268 (1990), p. 123.

²⁷³ Entre sus maestros nos encontramos con don Gregorio de la Tapia y Salcedo, profesor de equitación del príncipe, al que le dedicará, en 1643, los *Ejercicios de la Gineta*, y

José Idiaquez Issasi, paje del rey y sobrino del tutor del príncipe, don Juan de Issasi Idiaquez ²⁷⁴. Sin embargo, ni siquiera esta compañía escapaba a la influencia y vigilancia del Conde Duque, quien colaboró en la selección y nombramiento de sus maestros. Al menos, este fue el caso de don Juan de Issasi, como se colige del elogio que se le dedicó por su intervención en la educación del príncipe:

En tu elección confirma puridades,
El Guzmán (Andaluz) de los mejores ²⁷⁵.

Especialmente significativa resulta, en este sentido, la obra de Velázquez, *La lección de equitación del Príncipe Baltasar Carlos* (1639-1640). El palacio del Buen Retiro, marco de este lienzo, la presencia del Príncipe y el Conde Duque, y la pose en corveta del caballo, colman de significación política e histórica esta pieza, que se convierte en testimonio de la relevancia de Olivares en la educación de Baltasar Carlos, pero también, en un testimonio gráfico de la primera lección que debía aprender un príncipe: es necesario dominarse a uno mismo para poder gobernar al pueblo, como el jinete experto que dirige a la fiera indómita. De hecho, Diego de Saavedra Fajardo, en sus *Empresas*, dedicadas a Baltasar Carlos, le recuerda:

También conviene enseñar al Príncipe desde su juventud a domar y enfrenar al potro del poder, porque, si quiere llevarle con el filete de la voluntad, dará con él en grandes precipicios. Menester es el freno de a razón, las riendas de la política, la vara de la justicia y la espuela del valor, fijo siempre el Príncipe sobre los estribos de la prudencia ²⁷⁶.

con don Alonso Martínez de Espinar, maestro de arcabuz, que también le dedicaría su obra *Arte de Ballestería y Montería*. También tenemos noticias de su formación artística, que se le encargó a Juan Martínez del Mazo, yerno de Velázquez (L. SUÁREZ FERNÁNDEZ y J. A. GALLEGU: *La crisis de la hegemonía española, siglo XVII*, Madrid 1986, p. 138), quien contaría con la colaboración de otros artistas en esta tarea, como Alonso Cano, maestro de dibujo (J. PORTÚS PÉREZ: *Pintura y pensamiento en la España de Lope de Vega*, Fuenterrabía 1999, p. 67).

²⁷⁴ J. ISASSI IDIÁQUEZ: *Copia de la Abundancia. Copia de la lición, que hizo de sus estudios el Serenísimo señor Príncipe Baltasar Carlos delante de la Magestad del Rey Felipe IIII, en 20 de agosto de mil seiscientos y quarenta y uno*, Madrid 1641 (en BNE, VE/1361/10), p. 9.

²⁷⁵ L. DEL VALLE Y DE LA PUERTA: *Loa a Don Ivan Ysassi Diaquez y a la educacion y enseñanza del Serenissimo Principe nuestro Señor, Don Baltasar Carlos de Austria*, en *Recogimientos de escudos de armas de apellidos* (BNE, Ms. 10835, f. 89v).

²⁷⁶ D. DE SAAVEDRA FAJARDO: *Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas*, Murcia 1994, pp. 189-190.

Pero el caballo y su dominio, no fue exclusivamente un símbolo. Su ciencia fue una exigencia real en la formación de un príncipe. Así, las lecciones de equitación ocuparían un papel protagonista, convirtiéndose en la “preparación imprescindible para el liderazgo”²⁷⁷.

Por otro lado, la presencia del Conde Duque y el marco del Buen Retiro, nos remiten a la implicación del valido en la educación del príncipe. Olivares, junto al joven, se erige en su maestro, lo que algunos críticos consideran un acto de defensa del valido dentro de la corte²⁷⁸. La educación de los jóvenes, y en concreto la del príncipe, fue, de hecho, una de las grandes obsesiones del Conde Duque, obsesión que se reflejó en la construcción del Buen Retiro. Este palacio, construido a partir del cuarto real de los Jerónimos, fue un proyecto promovido por Olivares, destinado a favorecer la imagen de Felipe IV y de la Monarquía hispánica entre los dignatarios extranjeros que lo visitaran, e ideado también como un centro para cultivar las artes y para la formación de los jóvenes nobles, futuro de la Monarquía²⁷⁹.

El Conde Duque era tan celoso de la privanza del príncipe que, incluso, se opuso a poner casa a Baltasar Carlos cuando alcanzó la mayoría de edad. Según se decía, Olivares rechazó los presupuestos²⁸⁰. Pretendía el valido mantenerlo alejado de los círculos políticos y de otras influencias, pretensión que le valdría la enemistad de la reina y que incluso precipitaría la ruptura entre el valido y Felipe IV²⁸¹. El 12 de junio de 1643, sólo tras la caída de Olivares, el rey dispuso que se le pusiera casa y que todos los nombramientos se hicieran de entre los criados de la reina²⁸². De hecho, desde ese momento el príncipe ocuparía los aposentos que hasta entonces habían pertenecido al Conde Duque, una buena

²⁷⁷ A. ÚBEDA DE COBOS (ed.): *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Madrid 2005, p. 33.

²⁷⁸ De hecho, según Barbeito, que fecha la obra en 1642, las copias de esta obra realizadas tras la caída del valido, eliminan rápidamente su figura (*Ibidem*, pp. 75-76).

²⁷⁹ Por otra parte, también constituyó la edificación de este palacio una maniobra para sacar al rey del Alcázar durante períodos más largos de tiempo, y tener así más influencia sobre él, ya que al ser nombrado alcaide del Buen Retiro, tenía allí preferencia sobre los demás cortesanos (R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 177).

²⁸⁰ L. SUÁREZ FERNÁNDEZ y J. A. GALLEGU: *La crisis de la hegemonía española...*, *op. cit.*, p. 472.

²⁸¹ R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 186 y J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 709.

²⁸² AGP, SH, caja 113/8.

señal en un momento en el que, aunque el válido ya estaba fuera de la corte, su mujer y su hijo bastardo seguían manteniendo su puestos en la casa real. Los celos sobre la posible reaparición de Olivares, se verían, entonces, mitigados²⁸³.

De esta casa, destacamos, sobre todo, su carácter equilibrado en la nobleza. Así lo observamos al menos, en las personas que rigieron tres de las secciones más relevantes de ella. No referimos a la casa, la cámara y la caballeriza, gobernadas, respectivamente por el mayordomo mayor, el sumiller de corps y el caballerizo mayor. El primero de los cargos no sería cubierto, y en los dos restantes nos encontramos a dos figuras fundamentales en la carrera por ocupar el vacío que había dejado el Conde Duque tras su caída: don Luis de Haro, sobrino de Olivares, gentilhombre de la cámara del rey, y caballerizo mayor del príncipe desde el 12 de junio de 1643; y don Fernando de Borja, contrario al Conde Duque, gentilhombre de la cámara del rey y sumiller de corps de Baltasar Carlos desde la misma fecha.

Así, entre conflictos y ceremonias cortesanas creció don Baltasar Carlos, y se preparaba para ser el rey que, según sus vasallos, propiciaría la recuperación de la Monarquía. Dicen algunos que fue la sangre materna la que habría corregido la degeneración de las uniones consanguíneas de príncipes y princesas austriacos, permitiendo el nacimiento de un heredero despierto, sano y carismático²⁸⁴. Las relaciones destacan que fue un hombre inteligente y muy dotado para los idiomas²⁸⁵, que había heredado de su padre el interés por las artes, la caza y la destreza como jinete²⁸⁶. También destacaron su formación castrense, marcada por su tío, el infante don Fernando, y los soldaditos de juguete que le enviaba desde Flandes, y dirigida por el marqués de Leganés²⁸⁷, y su gran devoción, convenientemente subrayada ante el nuncio, monseñor Monti, por su aya, la condesa de Olivares. En 1630, partiendo del delicado estado en el que se encontraban las relaciones entre la Monarquía y la Santa Sede, la imagen del príncipe que la condesa transmitió a Roma a través del nuncio, resulta muy significativa:

²⁸³ J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 717.

²⁸⁴ J. DELEITO Y PIÑUELA: *El rey se divierte*, *op. cit.*, p. 60.

²⁸⁵ J. ISASSI IDIÁQUEZ: *Copia de la Abundancia...*, *op. cit.*, p. 17.

²⁸⁶ M. del C. ANSÓN CALVO: "Baltasar Carlos y Zaragoza. Apuntes de un recuerdo", *Cuadernos de Zaragoza* 17 (1999), p. 5 y R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 346.

²⁸⁷ J. DELEITO Y PIÑUELA: *El rey se divierte*, *op. cit.*, p. 60 y M. del C. ANSÓN CALVO: "Baltasar Carlos y Zaragoza...", *op. cit.*, p. 4.

*mi disse chi il Principe era molto devoto, che la mattina la prima cosa era farli il segno della Croce da se, udir la messa, venerar le imagini [...] et che haveva ad essere il Principe figlio ubidiente della Chiesa, et haveva da servir molto alla Sede Apostolica*²⁸⁸.

El 7 de diciembre de 1641, Pellicer y Tobar informaba:

Dicen que al Príncipe, nuestro señor, le sacan del cuarto de su madre y le traen a la pieza donde solía dormir el señor infante don Carlos. Y que para sus divertimentos y juegos le desocupan el baxo que tenía el señor infante don Fernando; que ha de comer con su padre. Y hacen gentiles hombres de la cámara del rey, para que le sirvan, a los señores duque de Osuna, duque de Pastrana, duque de Peñaranda y conde de Galve, y que recibirán seis ayudas de cámara²⁸⁹.

3.1. *LAS JORNADAS DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS (1640-1646).* *FORMACIÓN DE SU CASA*

“Me inclino a pensar que la grandeza de esta Monarquía está próxima a su fin”²⁹⁰. Esta era la opinión del embajador inglés sobre la Monarquía hispana en 1641, una opinión que reflejaba la situación crítica por la que atravesaría la misma en la década de 1640. Frente al esplendor vivido en la década de los años veinte²⁹¹, en los treinta las amenazas externas, junto a una división interna cada vez más evidente, hacían peligrar su imagen y su futuro. Olivares, comprendiendo la necesidad de mantener la reputación de la Monarquía y de estrechar los lazos invisibles que la habían constituido, emprendería una serie de proyectos que, sin embargo, no serían bien recibidos. Por una parte, el Conde Duque defendería la empresa italiana y la negativa a pactar con Flandes, empresas que lejos de reforzar

²⁸⁸ ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, leg. 71, ff. 345-346. María Antonietta Visceglia fecha el empeoramiento de las relaciones entre la Monarquía y Roma en el año 1628, durante el pontificado de Urbano VIII y con Francesco Barberini como cardenal *nipote* [M. A. VISCEGLIA: “Congiurarono nella degradazione del Papa per via di un Concilio: La protesta del Cardinale Gaspare Borgia contro la politica papale nella Guerra dei Trent’anni”, en *Roma moderna e contemporanea*, Roma 1-2 (2003), p. 180].

²⁸⁹ J. PELLICER DE OSSAU Y TOVAR: *Avisos*, en A. VALLADARES: *Semanario erudito...*, *op. cit.*, XXXII, p. 176.

²⁹⁰ Carta de Hopton a Vane, 26 de julio-4 de agosto de 1641 en J. H. ELLIOTT: *España en Europa. Estudios de Historia Comparada*, Valencia 2002, p. 168.

²⁹¹ J. H. ELLIOTT: “Philip IV of Spain. Prisoner of ceremony” en A. G. DICKENS (ed): *The Court of Europe. Politics, Patronage and Royalty. 1440-1800*, Londres 1977, p. 176.

la imagen de la Monarquía, debilitaron su posición²⁹². Por otra parte, la salvaguarda de la fama española pasaba por reforzar los vínculos entre los reinos que la constituían, para lo que sería necesario potenciar la presencia del rey en ellos, ya fuese de forma directa o a través del poder aglutinador del ceremonial, pero también, asegurarse la adhesión y control de la aristocracia de estos reinos, a través de una red clientelar de relaciones.

De hecho, la educación del príncipe Baltasar Carlos reflejaría este intento por reforzar los lazos con los reinos de la Monarquía y, especialmente, con Portugal. Así, Felipe IV encargaría a fray Antonio Brandão, cronista, un directorio para instruir al heredero en la conciencia de lo portugués, en un momento en el que la presión de los holandeses sobre su imperio había debilitado las relaciones entre el reino y la corona. A través de este acto simbólico, se pretendía reforzar la imagen del heredero, que, al igual que en el resto de la Monarquía, había sido acogido con esperanza y alborozo. Sin embargo, como veremos, ni siquiera Baltasar Carlos y todo lo que significaba podría detener el fin del “Portugal de los Felipes”²⁹³.

Esta oposición sólo necesitaba de un último detonante para desembocar en una rebelión abierta: el ataque francés. En 1639, Francia decidió entrar en la península por Cataluña. Desde Castilla, se envió entonces un ejército para defender la frontera, ejército que debería ser alojado y pagado por el Principado. Sin embargo, Cataluña, amparándose en sus constituciones, se negaría a cumplir las exigencias del gobierno, lo que beneficiaría el avance francés. Habiéndose agotado su paciencia, en 1640, Olivares dio ordenes al virrey catalán para “ignorar las leyes y costumbres de la provincia si fuera necesario para aprovisionar y pagar a las tropas que la defendían”²⁹⁴, una medida que fue percibida como una nueva provocación a la que se respondería a partir de abril con un ataque popular a los regimientos reales en los alrededores de Gerona.

Así estallaba la violencia en el Principado, una situación que ni siquiera sus élites podían controlar. De hecho, en este momento, una propuesta conciliadora por parte de la corona a estas élites para resolver la situación, podría haber restaurado las relaciones con Cataluña. Sin embargo, la Monarquía no estaba dispuesta a hacer concesiones, lo que propiciaría un acercamiento entre el Principado y

²⁹² J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, pp. 404-405.

²⁹³ F. J. BOUZA ALVAREZ: “La herencia portuguesa de Baltasar Carlos de Austria. El Directorio de fray Antonio Brandão para la educación del heredero de la monarquía católica”, *Cuadernos de Historia Moderna* 9 (1988), pp. 54-61.

²⁹⁴ G. PARKER: *Europa en crisis, 1598-1648*, Madrid 1981, p. 320.

Francia. Así, en septiembre de 1640, Cataluña pediría ayuda a Luis XIII contra los ministros españoles, poniéndose bajo su autoridad ²⁹⁵.

Se abría entonces un nuevo frente para la Monarquía, esta vez dentro de su propio territorio, un frente que aprovecharon otros reinos, como Portugal, para dar la espalda definitivamente a la Monarquía. Así, cuando Felipe IV daba órdenes al duque de Braganza, entre otros nobles, para que se unieran al ejército en la frontera de Cataluña, este aprovechaba para renunciar a la fidelidad al rey. El 1 de diciembre de 1640, esta vez sin revueltas, el duque sería proclamado rey de Portugal, bajo el nombre de Juan IV ²⁹⁶.

Esta complicada situación reavivó las intenciones de Felipe IV de ponerse al frente de las empresas militares de su Monarquía, deseo que ya manifestase desde que, en 1635, Luis XIII le declarase la guerra ²⁹⁷. Desde entonces, toda una serie de oposiciones, tanto del Conde Duque como del Consejo, pospondrían los planes del rey, quien, sin embargo, en 1642, salía de Madrid hacia el frente de Aragón, contra todas las opiniones ²⁹⁸. Olivares se había opuesto alegando que “seguían una tradición iniciada en cuanto murió Carlos V para que no se expusieran los Reyes de España a los peligros de la guerra” ²⁹⁹. Sin embargo, el peligro estaba justificado, sobre todo contando con un heredero casi adulto y completamente sano. Pero, más allá de estas excusas, ambos, tanto Felipe IV como su valido, tenían importantes intereses en juego. Por una parte, el rey estaba preocupado por las murmuraciones sobre su cobardía, y sobre todo, porque estas podrían llegar a oídos de la reina y de su hijo ³⁰⁰. Las críticas hacia la pasividad del rey se generalizaban y tomaban las calles en forma de comentarios y pasquines que reclamaban su intervención directa en la guerra:

El de Francia está en campaña
y en el Retiro el de España ³⁰¹.

²⁹⁵ J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 649.

²⁹⁶ G. PARKER: *Europa en crisis...*, *op. cit.*, p. 324.

²⁹⁷ Stradling subraya la importancia de las lecturas históricas de Felipe IV, de donde emanaba la enseñanza de que participar en las actividades militares era una de las obligaciones del príncipe, y que descuidar esta tarea había conducido en muchos casos a la caída de dinastías enteras (R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 305).

²⁹⁸ *Ibidem*, pp. 305-308.

²⁹⁹ G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, *op. cit.*, pp. 189-190.

³⁰⁰ R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 310.

³⁰¹ F. M. SILVELA (ed.): *Cartas de la venerable madre Sor María de Ágreda y del Señor Rey Don Felipe IV*, Madrid 1885, vol. I, p. 47.

El interés del rey por hacer frente a la deshonra de su gobierno, se unía entonces a voces dentro de la corte a favor de que el rey tomara las riendas de la campaña. Entre ellas, tradicionalmente se ha subrayado la presión de la reina, quien alentaría a Felipe IV para que viera de primera mano los desastres de una contienda de la que hacía responsable a Olivares³⁰². Sin embargo, lo que realmente preocupaba al valido era que Felipe IV se diese cuenta de la inutilidad del valimiento, como finalmente ocurriría³⁰³. De hecho, la decisión del rey de viajar al frente sería percibida como un síntoma de debilidad del Conde Duque, que, junto a las derrotas infringidas a la Monarquía durante la campaña de ese año, sería aprovechado por sus enemigos para comenzar una campaña a favor de su destitución, un cese que no tardaría en llegar³⁰⁴. Y es que, Olivares, a raíz de su exceso de celo por mantener cercada la voluntad del rey, se había granjeado numerosas enemistades en un sistema cortesano donde el acceso al monarca y sus favores definía la condición y poder de sus integrantes.

Durante las campañas militares de Felipe IV, en 1642 y 1643, varias figuras femeninas cobrarían gran importancia en el gobierno y el devenir de la Monarquía. Nos referimos, fundamentalmente, a la reina, Isabel de Borbón, y a una monja franciscana, llamada sor María de Ágreda. En su ausencia, el rey había dejado a la reina en la corte en calidad de gobernadora, un papel que doña Isabel interpretaría con gran dedicación y esfuerzo. Salía a las calles, visitaba cuarteles, vendió joyas para financiar las campañas y presidió las juntas en palacio³⁰⁵. Tanto empeño impresionaría a todos, de forma que hasta llegó a correr el rumor de que la reina, emulando a su predecesora, Isabel la Católica, se disponía a ponerse a la cabeza de un ejército para marchar a la batalla contra los portugueses en Badajoz³⁰⁶. Incluso el príncipe subrayaría en la correspondencia con su padre la dedicación de la reina: “Mi Madre tuvo ayer una junta que se empezó a las doce y se acabó a las tres y yo me vine a mi cuarto dejando a mi Madre en la

³⁰² G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 189.

³⁰³ R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 311.

³⁰⁴ Mientras el rey se encontraba en el frente de Zaragoza, en 1642, las tropas de la Monarquía eran derrotadas en Lérida, al tiempo que Perpiñan se rendía a los franceses (G. PARKER: *Europa en crisis...*, *op. cit.*, p. 326).

³⁰⁵ Sobre el papel de la reina Isabel de Borbón como regente, véase R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, pp. 344-345 y G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 439.

³⁰⁶ R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 344.

junta”³⁰⁷. Ni siquiera el rey escapó a la relevancia del papel de su mujer a quien, tras la caída de Olivares, llegaría a llamar públicamente, su privado³⁰⁸.

Otra de las figuras que adquiriría en este momento una especial relevancia, por su cercanía al rey, fue doña María Coronel Arana, más conocida como sor María de Ágreda. Las experiencias místicas y episodios sobre su presencia simultánea en Ágreda y Nuevo México, la convertirían en un personaje muy conocido desde la década de 1620. Las grandes señoras y títulos nobiliarios la visitaban y mantenían con ella una prolija correspondencia. Así, por ejemplo, entre sus amistades se contaban don Fernando de Borja o el duque de Híjar. Su fama se extendería hasta llegar a oídos del rey, quien, el 10 de julio de 1643, camino del frente de Aragón, decide pasar por Ágreda para visitarla. Es entonces cuando comienza entre ambos una relación epistolar privada, que sólo cesaría a la muerte del soberano. Estas cartas, que se movieron entre lo personal y lo político, reflejan la “relación directa entre la moralidad y los éxitos militares y políticos, entre religión y razón de estado”³⁰⁹. La Monarquía hispánica, que había sido favorecida entre todas las demás por Dios, estaba ahora siendo castigada por sus pecados, y especialmente por los de sus gobernantes. De hecho, el propio Felipe IV se sentía especialmente mortificado por este convencimiento, y achacaba los problemas de la Monarquía a sus devaneos y frivolidades, como refleja la correspondencia con sor María de Ágreda, quien se convertía en una intermediaria entre Dios y la Monarquía:

Yo, aunque suplico a Dios y a Su Madre Santísima nos asistan y ayuden, fio muy poco de mí, porque es mucho lo que he ofendido y ofendo, y justamente merezco los castigos y aflicciones que padezco; y así, acudo a vos para que me cumpláis la palabra que me disteis de clamar a Dios para que mis acciones y mis armas las guíe, de manera que consiga la quietud de estos reinos y paz universal en la Cristiandad³¹⁰.

³⁰⁷ Carta del Príncipe Baltasar Carlos a Felipe IV de 23 de Noviembre de 1642, en 5 cartas originales del Príncipe Baltasar Carlos, escritas a su Padre el señor Don Felipe IV, en Madrid, desde 4 de Octubre hasta 25 de Noviembre de 1642, estando su Magestad en la Guerra de Cataluña (BNE, Ms. 8967, f. 230). Estas cartas son parte de los pocos testimonios directos que han quedado del príncipe Baltasar Carlos; cartas que, por otra parte, aunque reflejan cierto interés del príncipe por los acontecimientos de la guerra en Cataluña, todavía no muestran a un heredero plenamente involucrado en las cuestiones políticas de la Monarquía.

³⁰⁸ En una visita a las Descalzas Reales, una monja se dirigiría al rey preguntándole por su valido, a lo que Felipe IV respondió: “Mi Privado es la Reina” (G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, op. cit., p. 314).

³⁰⁹ C. BARANDA (ed.): *María Jesús de Ágreda. Correspondencia con Felipe IV. Religión y razón de estado*, Madrid 1991, p. 14.

³¹⁰ Carta del Rey a sor María de Ágreda de 4 de octubre de 1643, en *Ibidem*, p. 57.

Sin embargo, el papel de sor María de Ágreda iría mucho más allá que el de una mera intermediaria. La monja sería amiga y confidente del rey, e incluso consejera en algunas materias. Existe en sus cartas, un claro mensaje político en contra del valimiento.

Las teorías teológicas y políticas de la época partían de la base de la participación divina en el gobierno del monarca, una participación que desaparecía con la intervención del valido. Así, la recuperación del favor divino por parte de la Monarquía, requería la gestión directa del monarca ³¹¹. Esta clase de consejos que emanan de la correspondencia entre sor María y el rey, han dado lugar a interpretaciones dispares acerca de la significación política de la monja en el devenir de la Monarquía hispánica. Mientras algunos estudiosos han convertido a la franciscana en una activista anti-olivarista que se convertiría en un valido en la sombra, la mayoría, que no desprecian su influencia, la ven como amiga y consejera ³¹². En cualquier caso, todos coinciden en que las advertencias de sor María de Ágreda contribuyeron a engrosar las presiones sobre el rey en relación al futuro de Olivares y de la Monarquía.

De esta manera, el frente contra Olivares se reforzaba. A la oposición dentro de la corte y de los reinos, se unían los consejos de la reina y de la amiga del rey, sor María de Ágreda. Además, el Conde Duque ni siquiera encontraría apoyos entre sus familiares, preocupados por su futuro en la Monarquía ³¹³. Así, en el invierno de 1642-1643, el rey se veía obligado a prescindir de su valido. En enero de 1643, a través de una carta, Felipe IV le transmitía su decisión de concederle permiso para que se retirase de la vida pública ³¹⁴. El rey, que comprendía la necesidad de dar este paso, sintió, sin embargo, una gran aflicción, sentimiento que algunos investigadores ven reflejado en la última correspondencia entre el valido y el príncipe Baltasar Carlos. Para evitar la tensión de un posible encuentro entre el Conde Duque y la real familia en el momento de su salida de palacio, el rey, a pesar del frío, había viajado a El Escorial, mientras que la duquesa de Olivares, aya del príncipe, se había trasladado con Baltasar Carlos a la Zarzuela. El 2 de enero de 1643, Olivares, a pesar del aprecio que sentía por el heredero,

³¹¹ F. M. SILVELA (ed.): *Cartas de Sor María de Ágreda...*, *op. cit.*, p. 162.

³¹² C. BARANDA (ed.): *María Jesús de Ágreda. Correspondencia...*, *op. cit.*, p. 30. Entre los autores que más protagonismo político conceden a la monja, encontramos a A. MORTE ACÍN: *Misticismo y conspiración. Sor María de Ágreda en el reinado de Felipe IV*, Zaragoza 2010, p. 304.

³¹³ J. H. ELLIOTT: *España en Europa...*, *op. cit.*, p. 200.

³¹⁴ R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 191.

fue incapaz de despedirse personalmente de él. “Mi ternura no me deja despedirme a los pies de su Alteza”³¹⁵, se excusaba el valido en su última carta al príncipe, carta en la que también le suplicaba que velase por su mujer. El joven le respondería con un delicado billete, que refleja el afecto que sentía por el Conde Duque, a quien disculpa “por lo que os quiero y me hacéis mucha soledad”³¹⁶. Es en estas palabras donde se aprecia el sentimiento del propio rey, quien habría guiado la pluma de su hijo³¹⁷. Con todo, tras la caída de Olivares, Felipe IV se dispuso a poner casa a su hijo³¹⁸.

Habiendo resuelto poner casa al Príncipe, mi hijo, por hallarse en edad para apartarse del cuarto de las mujeres, me ha parecido avisároslo para que en conformidad de lo que se estiló conmigo siendo príncipe, deis las órdenes que convinieren para que los criados de la Reina le sirvan y así se executará advirtiéndolo que todos los mayordomos han de tomar semana³¹⁹.

³¹⁵ *Billete del Conde Duque para el príncipe nuestro Señor*; véase G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, op. cit., p. 325.

³¹⁶ *Respuesta de su Alteza al Conde Duque*; véase *Ibidem*.

³¹⁷ *Ibidem*. El afecto de las palabras del príncipe parecen desmentir las conclusiones de H. Hausser, quien atribuye la caída de Olivares a “una conspiración afortunada en la que intervinieron los hermanos del Rey, el infante Baltasar Carlos y la Reina Isabel” (H. HAUSSE: *La preponderance espagnole. 1559-1660*, París 1940, p. 331)

³¹⁸ La planta de dicho primer servicio y el nombre de los componentes de la misma, que se conserva en AGP, SH, caja 113/9, la reproducimos íntegramente en el tomo II de esta obra (CD Rom).

³¹⁹ AGP, SH, caja 113/8. La planta de la casa del príncipe está tesmoninada por diferentes fuentes. Así, en una misiva de Madrid del 13 junio 1643 se indicaba que: “Pretendían la cámara del Príncipe el duque de Osuna y el del Infantado y hanse quedado sin ella desairados porque a tan grandes señores a penas les es lícito tomarlo, cuanto más pretenderlo y mucho menos no conseguirlo. Quedóse en banda también el de Monterrey, que pretendió también llave para su sobrino el marqués de Tàrazona, y ha sentido mucho el desaguisado, juzgando que se ha hecho el Sr. D. Luis de Haro” [P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús*, en *Memorial Histórico Español*, XIII-XIX, Madrid 1861-1865]. En otra de la misma ciudad el 16 de dicho mes se decía que “Hanse publicado los oficios principales de la casa del Príncipe y el jueves estará en su cuarto. Está contento sobremanera S. A. es su sumiller de corps D. Fernando de Borja, con retención de primero de la camara de S. M. y en ausencia o enfermedad del sumiller de S. M; hace el oficio de caballerizo mayor D. Luis de Haro. De la cámara son el primero nombrado, el conde de Coruña, el marqués de Orani, el conde de Alba de Liste, el marqués de Flores de Ávila, el marqués del Viso, D. Victoriano Gonzaga, hijo del príncipe de Guastalla, y D. Diego Sarmiento, hijo de la condesa de Salvatierra y yerno del maestro del Príncipe D. Juan de Isasi. Ha sido muy acepta esta elección por ser todos gente muy

A partir de entonces, el príncipe comenzó a intervenir en política y a presentarse ante los reinos como el heredero al trono.

3.2. *EL ÚLTIMO VIAJE DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS*

El 15 de marzo de 1646, el Consejo de Castilla, en una consulta destinada a Felipe IV, le advertía de lo innecesaria y perjudicial que podría resultar la jornada que estaba a punto de emprender con el príncipe Baltasar Carlos a los reinos de Navarra y Aragón:

habiendo passado Su Magestad en la campaña passada fuera de su cassa y corte, nueve meses y en estos con algunos acçicentes y achaques en la salud y que apenas se abra alcançado el descanso para recuperarla pareçe es de riesgo ponerse en camino tan largo y a una tierra a donde el temple por su humedad puede ser contraria a la complexion que en Su Magestad se reconoce, —y a esto se junta el aver de ir el príncipe nuestro Señor que en sus tiernos años podría también tener riesgo tan continuadas jornadas³²⁰.

Nada hacía presagiar a Felipe IV tal riesgo, teniendo en cuenta que durante sus 16 años de edad, el príncipe había gozado de una excelente salud. Sin embargo, tal vez por los rigores del viaje a Pamplona, la fiebre que le sobrevino a su llegada no le abandonaría hasta su partida hacia Aragón. Este accidentado desvío por Navarra había retrasado la entrada de Felipe IV en Zaragoza, donde se le esperaba para clausurar unas Cortes que se habían dilatado más de un año y para ponerse al frente de sus ejércitos. Con todo, antes de partir, Felipe IV había ordenado formar la casa que debía acompañar al heredero, en la que pretendía integrar las elites de los diferentes reinos, tal y como podemos observar en el documento con fecha 3 de febrero de 1645 reproducido íntegramente en el tomo II de esta obra (CD Rom).

El 20 de septiembre de dicho año, el rey hacía su propuesta a las Cortes del reino de Aragón. Pedía en ella que ayudasen a la Monarquía y a la conservación del propio reino, con sus fuerzas, ofensivas y defensivas, y rogaba que se miraran

cuerda y que cumplirán con su obligación con toda satisfacción. Ayudas de cámara han hecho cuatro, todos hombres de edad y de toda seguridad, que con su asistencia no tendrá ningún divertimento el Príncipe” [P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús, op. cit.*, XVI, p. 120].

³²⁰ Consulta del Consejo de Castilla de 15 de marzo de 1646 (BNE, Ms. 6734, f. 197).

dichas cuestiones con la mayor brevedad posible, “porque en tiempo de tantas turbaciones piden las materias más breve resolución”³²¹. La petición de brevedad, sin embargo, no sería respetada, lo que las fuentes castellanistas tacharon de falta de respeto y de desobediencia³²² en unas relaciones en las que añadieron las cifras de esta proposición. Según ellas, Felipe IV, en su intento por recuperar Cataluña y expulsar a los franceses, pedía “tres mil hombres pagados y quinientos caballos”³²³.

Más de un año debería pasar para que los cuatro estamentos —o brazos— de las Cortes aragonesas, llegaran a un acuerdo. Las dificultades y exigencias que caracterizaron estas Cortes ponen de manifiesto, de nuevo, la naturaleza pactista y clientelar de las relaciones entre los reinos y la Monarquía. Las exigencias de Aragón estuvieron centradas fundamentalmente en delimitar la jurisdicción de la Inquisición a cuestiones de fe, en revisar los alojamientos de las tropas que, habiendo alcanzado las cercanías de Zaragoza, perjudicaban al reino con los abusos de la soldadesca, al tiempo que exigían que las mercedes reales que se concediesen, se materializasen con efectividad³²⁴.

La amenaza franco-catalana en la frontera aragonesa parecía favorecer la petición de la Monarquía, basada en la defensa propia. Sin embargo, este argumento no parecía resultar suficiente para un reino que se había visto atacado por las políticas castellanistas de Olivares. Ahora, tras la caída del Conde Duque, su intención era acercarse a aquel gobierno en el que había sido arrinconado. Y efectivamente, en las exigencias de las Cortes de Aragón se percibe la intención de este reino, que reclamaba plazas en los gobiernos de Indias, Castilla o Italia. El rey, especialmente preocupado por las pretensiones respecto a la Inquisición,

³²¹ *Propuesta del Rei Don Felipe Nuestro Señor a las Cortes Generales de Aragon a XX de setiembre* (BNE, Ms. 2377, f. 104, *Sucesos de los años 1645 y 1646*).

³²² B. DE VIVANCO: *Historia general del Rey de las Españas Don Phelipe Quarto en que se quenta todo lo sucedido en la dilatada Monarchia de España*. Tomo 8: *Desde el año de 643 hasta el de 1646 inclusive* (BNE, Ms. 1732, VIII, f. 200). Esta relación había sido escrita para el almirante de Castilla que, entre otras cosas, formaba parte del Consejo de la Inquisición, cuya potestad en el reino de Aragón había sido uno de los puntos más críticos del debate de las Cortes.

³²³ B. DE VIVANCO: *Historia general del Rey de las Españas...*, *op. cit.*, f. 131. En otros estudios sobre las Cortes de Aragón de 1645-1646 se asegura que la petición original era de 4.000 infantes [P. SANZ CAMAÑES: “Del Reino a la Corte. Oligarquías y élites de poder en las Cortes de Aragón a mediados del siglo XVII”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante* 19 (2001), p. 30].

³²⁴ *Ibidem*, pp. 20-53.

manifestaría su preocupación y disconformidad, en su correspondencia con sor María de Ágreda:

aunque los de este reino caminan con tal flema en estas Cortes que temo no han de conceder a tiempo el servicio que se les pide sólo para su propia defensa. Yo contemplo y disimulo con ellos, porque así conviene, pero no puedo de dejar de deciros que he conocido en casi todos que atienden primero a su beneficio que al común; pues para una cosa en que va su propia defensa y que ellos mismos me lo habían de suplicar a mí, veo que tratan de venderse, aspirando unos a este beneficio y otros a aquél ³²⁵.

La monja le recomendaría entonces paciencia, y que supiese ceder a algunas de estas exigencias. Al fin y al cabo, debía ser consciente de que el reino de Aragón se aprovecharía de la necesidad acuciante del rey ³²⁶. Finalmente, el 2 de noviembre de 1646 se clausuraban unas Cortes en las que junto a los servicios del reino, con 2.000 infantes y 500 caballos pagados por 4 años, el rey concedía mercedes, prebendas y pensiones a los aragoneses quienes, a través del favor real, quedaban integrados en la Monarquía ³²⁷. Es aquí donde vemos el carácter integrador y estabilizador de las relaciones clientelares de la Monarquía hispánica. De esta forma, la corona obtendría, en este caso concreto, la fidelidad del reino de Aragón, una fidelidad lo suficientemente duradera “como para resistir proyectos o actitudes secesionistas” ³²⁸ como los de Cataluña o Portugal.

Sin embargo, no podemos reducir la fidelidad de Aragón a un conjunto de mercedes o servicios pactados en las Cortes. De hecho, hay ceremonias anteriores a su clausura que realzan este vínculo, ceremonias que tal vez no se desearían haber celebrado, y que nos remiten a nuestro protagonista: el príncipe Baltasar Carlos.

La resolución de las Cortes hacía tiempo que reclamaba la presencia del rey en Aragón. El sábado 2 de junio de 1646, volvía a entrar, junto a su hijo, en la ciudad de Zaragoza. El príncipe, supuestamente recuperado de las fiebres que había padecido en Pamplona, demostraría estos días su capacidad para el trabajo y su afición por los juegos ³²⁹. Acompañaría a su padre en las ceremonias oficiales, y

³²⁵ Carta de Felipe IV a sor María de Ágreda de 17 de junio de 1646, en C. BARANDA (ed.): *María Jesús de Ágreda. Correspondencia...*, *op. cit.*, p. 100.

³²⁶ A. MORTE ACÍN: *Misticismo y conspiración...*, *op. cit.*, p. 352.

³²⁷ E. SOLANO CAMÓN: “Significación histórica de Aragón ante la encrucijada de 1640”, *Cuadernos de Historia Moderna* 11 (1991), p. 147.

³²⁸ P. SANZ CAMAÑES: “Del Reino a la Corte...”, *op. cit.*, p. 54.

³²⁹ R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, pp. 96-97.

asistiría a los despachos y consejos, como venía haciendo desde que en 1645 viajase junto al rey, quien pretendía iniciarle en el ejercicio y gobierno de sus reinos³³⁰. Y precisamente, a favor de este gobierno, durante estos meses se avanzaría en las negociaciones del matrimonio del príncipe.

El compromiso de Baltasar Carlos estuvo evidentemente determinado por el contexto bélico que cercaba a la Monarquía. De hecho, la respuesta de Felipe IV a la consulta del Consejo de Castilla de 13 de mayo de 1645, refleja el marco en el que se desarrollaron las aproximaciones a este matrimonio. El Consejo recomendaba al rey que volviese a tomar estado para asegurar la sucesión de la Monarquía, recomendación que el monarca rechazaría tajantemente: “y no se maraville el Consejo, que yo tenga repugnancia a entrar en nuevo matrimonio, que es mucho lo que quise, y debí a la Reina que haia gloria”³³¹. Además, añadía, “tengo al Príncipe mi hijo, el qual está en edad de poder tomar estado, y con mui buena salud y complexion”³³². Tenía muy clara Felipe IV la importancia de este futuro matrimonio, no sólo para asegurar la sucesión, sino como medio para adelantar la paz:

Trato yo de que se case pero como importa tanto el acierto en esta materia es menester mirarla con toda atencion, y sin duda abrirá camino breve, lo que se tratare en el Congresso de Munster, y fio que por este medio se ha de adelantar la paz, que tanto deseamos³³³.

La actitud del conde de Peñaranda, plenipotenciario de la delegación hispana en el Congreso de Münster, parece dibujar el perfil de las candidatas que se barajarían. Su política, claramente anti-francesa, se basaba “en el convencimiento de que, más que firmar un tratado de paz, habría que atacar militarmente a Francia”³³⁴. Se necesitaba un aliado para equilibrar la lucha contra los franceses, y así, se plantearía, por ejemplo, un matrimonio con una princesa inglesa que facilitase una alianza con Inglaterra, idea que, sin embargo, no llegaría a ninguna propuesta firme³³⁵. Descartadas esta y otras candidatas, y por el interés demostrado por

³³⁰ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, ff. 101-107.

³³¹ *Consultas del Consejo de Castilla en que hace presente al Rey Felipe IV las razones que obligan a que Su Magestad pase a segundo matrimonio* (BNE, Ms. 6734).

³³² *Ibidem*.

³³³ *Ibidem*.

³³⁴ A. M^a CARABIAS TORRES: “De Münster a los Pirineos: propuestas de paz del representante español el conde de Peñaranda”, en F. J. ARANDA PÉREZ (COORD.): *La declinación de la Monarquía hispana en el siglo XVII*, Cuenca 2004, p. 302.

³³⁵ N. LUJÁN: “El Príncipe Baltasar Carlos”, *op. cit.*, p. 124.

el emperador Fernando III, se resolvió unir al príncipe Baltasar Carlos en matrimonio con Mariana de Austria³³⁶. De hecho, en una carta de Felipe IV al conde de Peñaranda, observamos que, aunque la idea de este matrimonio ya había sido considerada por la Monarquía, sería definitivamente el emperador quien lo propusiera: “Esto es materia que yo había pensado mucho antes del accidente que ha obligado a mi hermano [al Emperador] a proponerla”³³⁷. Era necesario intensificar los lazos entre un debilitado Imperio Sacro Germano y su aliada, la Monarquía hispánica, y que mejor modo que a través de un matrimonio.

Así, el 9 de julio de 1646, el Consejo de Castilla agradecía a Felipe IV la concreción de este matrimonio:

todos los del [del Consejo] postrados a los reales pies de Su Magestad se los besan mil veces por tan singular merced [...] con la noticia de la conclusion de este matrimonio, en el que se consideran tan especiales conveniencias, que se puede creer que le ha dispuesto nuestro señor para mayor honra y gloria suia defensa de la Religion Catolica, y de los Reynos y estados de Su Magestad. Por medio de este matrimonio se vuelven a reunir las líneas, y sangre del señor Emperador Carlos Quinto, y de Su Magestad y se aseguran las asistencias del señor Emperador, y facilitan los tratados de paz³³⁸.

La noticia del compromiso coincidió con la estancia del rey y su hijo en Zaragoza, donde fue recibida con entusiasmo. “Me parece que fuera imposible topar con otra mujer tan de mi gusto”³³⁹, fueron las palabras del príncipe Baltasar Carlos ante la confirmación de su matrimonio, palabras que perfectamente podían haber pronunciado los Consejos, que subrayaron la herencia española de su prometida: “tan instruida en el ejercicio de todas las virtudes, costumbres, estilos y lengua de Castilla, que se puede considerar como natural de estos Reynos”³⁴⁰. Y es que, Mariana de Austria, hija del emperador Fernando III y la infanta María,

³³⁶ I. RUIZ RODRÍGUEZ: *Don Juan José de Austria en la Monarquía hispánica: entre la política, el poder y la intriga*, Madrid 2007, pp. 246-247.

³³⁷ AHN, Estado, leg. 1411; véase I. RUIZ RODRÍGUEZ: *Don Juan José de Austria en la Monarquía hispánica...*, *op. cit.*, p. 247. En febrero de 1644 comenzó un ataque transilvano-sueco hacia Viena, que desde 1645 fue apoyado formalmente por Francia. Este enfrentamiento concluía en diciembre de dicho año, en la Paz de Linz.

³³⁸ *Consultas del Consejo de Castilla...*, *op. cit.*

³³⁹ M. IZQUIERDO HERNÁNDEZ: *Bosquejo histórico del Príncipe Baltasar Carlos de Austria. Conferencia leída en la sesión del 11 de enero de 1968 en la Sociedad Española de Médicos Escritores y Artistas*, Madrid 1968, pp. 9-10.

³⁴⁰ *Consultas del Consejo de Castilla...*, *op. cit.*

hermana de Felipe IV, era prima hermana de Baltasar Carlos. El parentesco, aunque bien acogido, obligaba a la Monarquía a pedir la dispensa papal. El 13 de julio de 1646, el rey, desde Zaragoza, dejaba la cuestión matrimonial en manos de sus embajadores en los Estados Pontificios, quienes el 3 de octubre transmitían, con alegría, el beneplácito papal.

Estaba Mariana de Austria destinada a ser “Reina de las Españas”, aunque no sería del brazo del heredero, Baltasar Carlos. Antes de que la feliz noticia saliese de Roma, el 2 de octubre, el príncipe empezaba a sentir “decaimiento, i flaqueza en el cuerpo”³⁴¹. A pesar de la laxitud que sufrió esos días, el viernes 5 de octubre acudiría junto a su padre a la celebración de la víspera del segundo aniversario de la muerte de su madre en la santa iglesia metropolitana de Zaragoza. Fue entonces cuando “se introduxo por las venas una calentura maligna”³⁴², que le impediría acompañar al día siguiente a su padre a los funerales por la reina. Los médicos le habían recomendado que guardase reposo en su lecho, un lecho que ya nunca abandonaría.

El 7 de octubre, el rey escribía a sor María de Ágreda informándole sobre la enfermedad del príncipe y pidiéndole que rogase por él:

Ahora es tiempo, sor María, en que se luzca la amistad; espero que vuestras oraciones y peticiones me han de librar deste cuidado. Pero si acaso la divina justicia ha dado ya la sentencia, os pido que en este lance ayudéis a mi hijo para que acierte lo que tanto le importa y a mí para que tenga fuerzas para llevar este golpe³⁴³.

Sin embargo, las oraciones de la monja y los deseos de todos, no surtieron el efecto deseado. El príncipe Baltasar Carlos, la esperanza de la Monarquía, fallecía el martes 9 de octubre, “rendido en cuatro días de la más violenta enfermedad que dicen los médicos han visto nunca”³⁴⁴.

³⁴¹ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 113.

³⁴² *Ibidem*, f. 114.

³⁴³ Carta de Felipe IV a sor María de Ágreda de 7 de octubre de 1646, en C. BARANDA (ed.): *María Jesús de Ágreda. Correspondencia...*, *op. cit.*, p. 100.

³⁴⁴ Carta de Felipe IV a sor María de Ágreda de 10 de octubre de 1646, en *Ibidem*.

3.3. LA MUERTE DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS

El Príncipe de España y de dos mundos, recibidos los 3 sacramentos, con harta brevedad como lo fue la enfermedad, dio el alma a su criador a 9 de octubre al nohecer. Hasta el 16 se le hizieron muchos sufragios, missas, ets., y aquella noche lo llevaron al Escorial y lo llevo y acompaño el Señor Arzobispo a su costa ³⁴⁵.

Esta sencilla y breve entrada en el libro de defunciones de la parroquia de la Seo de Zaragoza de 1646, fue la única alusión a la muerte del príncipe Baltasar Carlos, el heredero de la Monarquía hispánica. Sin más señas ni florituras, su muerte se sumaba al listado de difuntos zaragozanos de aquel año, sin distinciones que pudieran hacer referencia a su posición. Así, el poder igualador de la muerte barroca parecía hacerse oficial a través de esta escueta acta de defunción. Sin embargo, aunque la muerte igualara a todos, no todas las muertes fueron iguales en el siglo XVII ³⁴⁶. De hecho, en la muerte, convertida en fuente de la fiesta barroca ³⁴⁷, se impuso un alto grado de jerarquización que se manifestaba a través de sus celebraciones. La fastuosidad y teatralidad del momento de la muerte, el funeral, el entierro o las honras fúnebres de las personas reales se alejaban de las celebraciones mínimas de los entierros gratuitos que se ofrecían a aquellos que no podían permitírselo ³⁴⁸. Pero, a esta primera gradación, quizás excesivamente superficial, hemos de añadir la jerarquización social que se impone entre sus participantes, y que resulta especialmente evidente en las exequias reales. Todos, grandes y pequeños, están invitados a la celebración de las honras del rey y sus familiares, celebración, en principio, de “una ceremonia de igualación social” ³⁴⁹, y en la que, sin embargo, cada uno tiene un lugar prestablecido y aceptado. Así, el ceremonial de la muerte, como parte del ceremonial regio, aunque constituyó un elemento integrador y de cohesión de la Monarquía, no dejaba de reflejar las diferencias que la conformaban.

³⁴⁵ AAZ, *Los cinco libros*, III, f. 678.

³⁴⁶ A. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ: “La muerte en España: del miedo a la resignación”, en E. SERRANO MARTÍN (ed): *Religiosidad y Cultura Popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza 1994, p. 37.

³⁴⁷ J. GÁLLEGO: *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid 1984, p. 139.

³⁴⁸ F. MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca 2000, p. 578.

³⁴⁹ J. A. JARA FUENTE: “Muerte, ceremonial y ritual funerario: Procesos de cohesión intraestamental y de control social de la alta aristocracia del antiguo régimen (Corona de Castilla, siglos XV-XVIII)”, *Hispania* 194 (1996), p. 881.

La defunción del príncipe Baltasar Carlos había sido reseñada como cualquier otra, sin un apartado o en un folio especial. Sin embargo, de aquellas breves y sencillas líneas, surge la idea de su muerte como un proceso dilatado y complejo, de un proceso ritualizado y “diferencial”³⁵⁰, más propio de un príncipe heredero. Analizaremos ese proceso, paso a paso³⁵¹, ritual a ritual. De esta forma, junto a un esbozo general del sentir de la muerte en el Barroco, intentaremos definir a la Monarquía, y adentrarnos en las consecuencias –políticas, sociales y/o ceremoniales–, que pudieran haber derivado de la muerte de este hijo de Felipe IV.

3.3.1. *La enfermedad del príncipe*

“Passò la niñez, criandose robusto, i sano”³⁵². Hay autores que, no obstante, contradicen la presumible buena salud de Baltasar Carlos. Así, basándose en las conversaciones entre Olivares y el infante don Carlos, hermano de Felipe IV, parece que: “Algo enfermizo se criaba en su niñez”³⁵³. Sin embargo, resulta comprensible que las noticias de estas enfermedades quisieran ser mantenidas, en la medida de lo posible, en privado. Y es que, la noticia de que el único hijo de los reyes podría no sobrevivir, como el resto de sus hermanos, habría anulado el positivo efecto moral y político que su nacimiento, como veíamos en el capítulo anterior, había proporcionado a la Monarquía.

Sin embargo, frente a esta confidencia del Conde Duque, entre las informaciones de su vida encontramos escasas referencias a su salud. En concreto, son

³⁵⁰ F. MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, *op. cit.*, pp. 577-631.

³⁵¹ Son varias las estructuraciones del ceremonial fúnebre que proponen los estudiosos. Edward Muir, desde un punto de vista antropológico, divide el ritual funerario, como ritual de transición, en tres fases: ritos preliminares, acto biológico o liminar, y actos sociales posteriores que reagrupan a la comunidad entorno al fallecido y le ayudan a incorporarse a la comunidad de los difuntos (E. MUIR: *Fiesta y rito en la Europa Moderna*, Madrid 2001, pp. 51-52). Sin embargo, una organización del proceso de la muerte desde el enfoque del ceremonial, multiplica sus fases. Así lo observamos en las obras de S. ORSO: *Art and Death at the Spanish Habsburg Court: The Royal Exequies for Philip IV*, Columbia 1989 y J. VARELA: *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la Monarquía Española (1500-1885)*, Madrid 1990, cuyos esquemas utilizaremos en la base de nuestra investigación, por ofrecer una visión pormenorizada del ceremonial de la muerte.

³⁵² J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco histórico...*, *op. cit.*, f. 20.

³⁵³ J. DELEITO Y PIÑUELA: *El rey se divierte*, *op. cit.*, p. 60.

sólo cuatro las noticias de enfermedades del príncipe³⁵⁴. La primera, en 1630, cuando el heredero tuviera “*un poco di febretta*” del que se recurriría al día siguiente³⁵⁵. Dos años más tarde, un accidente retrasaba la fecha de su juramento como príncipe de Castilla³⁵⁶. Habría que esperar más de una década para que su salud se viera de nuevo en peligro. Nos referimos al año 1646 cuando supuestamente los rigores del viaje a Pamplona desembocaron en un mes de fiebres tercianas³⁵⁷. Pocos meses después, ya en Zaragoza, las fiebres del príncipe regresaban causándole, en esta ocasión, la muerte.

El 2 de octubre³⁵⁸, Baltasar Carlos notó cierta laxitud y decaimiento que no le impedirían, dos días después, asistir a ganar el jubileo al convento de San Francisco. Allí, la multitud no percibió la debilidad del príncipe. Muy al contrario, como recogieron las relaciones del suceso, la concurrencia quedaba embelesada ante “la hermosura i brio”³⁵⁹ del heredero. Aquella misma mañana, durante más tiempo de lo habitual, se había estado confesando el príncipe quien quería empezar cuanto antes a prepararse para su futuro matrimonio, y poder así terminar el 17 de octubre, día de su nacimiento. Sin embargo, no vería llegar esa fecha. Al día siguiente, 5 de octubre, mientras asistía junto a su padre a la celebración de las vísperas del “cabo de año” de la muerte de la reina, un escalofrío daría paso a la calentura maligna que se introdujo en sus venas³⁶⁰. Los médicos le recomendaron

³⁵⁴ Pedro Gargantilla señala otro episodio especialmente delicado de la salud del príncipe Baltasar Carlos, que no hemos localizado en la documentación de la época. Se trata de unas altas fiebres que padeció en 1643 y que tuvieron realmente preocupados a los galenos de palacio (P. GARGANTILLA: *Enfermedades de los reyes de España. Los Austrias*, Madrid 2005, p. 359).

³⁵⁵ ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, leg. 71, f. 145.

³⁵⁶ A. HURTADO DE MENDOÇA: *Convocación de las Cortes de Castilla...*, *op. cit.*, p. 2.

³⁵⁷ J. GÓMEZ DE BLAS: *Relación embiada de Pamplona, de la entrada que hizo su Magestad en aquella Ciudad, y lo sucedido en los treynta y ocho dias que estuvo en ella, hasta que salio para yr a Zaragoza*, Sevilla 1646 (BCCS, 61-5-8-011), p. 11.

³⁵⁸ Señala Stradling que este día, un fatigoso partido de pelota vasca haría que el príncipe se contagiase con un virus (R. A. STRADLING: *Felipe IV y el gobierno de España...*, *op. cit.*, p. 347). Nosotros, a la vista de información reunida, no nos atrevemos a ratificar esta afirmación, si bien si entendemos, por las relaciones de su vida, que en principio se creyó que aquella laxitud “sería algun resfriato de haber jugado a la pelota” (*Resumen de la vida del Príncipe Baltasar Carlos*, en BNE, Ms. 18718/130, f. 5).

³⁵⁹ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 113.

³⁶⁰ *Ibidem*, f. 114.

que no cenara y se metiera en la cama. Esa misma madrugada, se despertó por con fuerte dolor de riñones, “las urinas encendidas con espuma”³⁶¹, y una fiebre que le hizo delirar. La enfermedad persistiría durante los días siguientes, concediéndole ciertos momentos de tregua.

Los médicos le diagnosticaron viruelas. Le sangraron en tres ocasiones y, finalmente, el 8 de octubre, tras ser consultados por el rey, que quería conocer las probabilidades de que su hijo se recuperara, concluyeron que sólo si sudaba y expulsaba las viruelas, podría recuperarse³⁶². Para ello,

le aplicaron algunos medicamentos, tuvose gran cuidado que no se moviese la ropa, ni se descubriese con las congojas, i desasosiego que padecía [...] asistiendolo de rodillas pegados a la cama, el confesor, don Luis Enriquez, conde de Alva de Aliste, don Diego de Silva, marqués de Orani, i don Francisco de la Cueva, marqués de Flores-Davila³⁶³.

Al amanecer, las viruelas cubrían el cuerpo del príncipe, dando a todos esperanzas de su recuperación y devolviéndole completamente la conciencia, lo que le permitió recibir los sacramentos. Pero aquella tregua no fue más que eso, y definitivamente, aquel mismo día 9 de octubre de 1646, a las ocho y tres cuartos, falleció.

La información sobre los médicos que le asistieron es cuanto menos, inexistente. De hecho, la figura del médico suele ser el gran ausente en las relaciones sobre las muerte de personas regias³⁶⁴. Como veremos, la afección física y su curación,

³⁶¹ J. MARTÍNEZ: *Relación de la enfermedad y muerte del Piíncipe nuestro Señor escrita por fray Juan Martínez, Confesor de Su Magestad para el Doctor Andres* (BNE, Ms. 18723/35).

³⁶² La relación oficial de su muerte, escrita por el cronista del reino de Aragón, añade algunos de los remedios que se le aplicaron. Como veíamos, fue sangrado tres veces, dos de ellas el mismo día, y la tercera, en la frente. También se le acudió con “fricaciones, ventosas secas, i fajadas, dándole también cosas cordiales” (J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, op. cit., f. 127). Eran estos los instrumentos de la medicina galénica propia del siglo XVII. Según su teoría, “la enfermedad estaba producida por el desequilibrio de los humores (sangre, linfa, bilis negra y bilis amarilla) y la curación se podía alcanzar con la evacuación de la *materia pecante* o *morbosa* mediante el sudor, el vómito o la sangre” (A. FERNÁNDEZ DOCTOR: *La medicina del siglo XVII en Aragón*, Zaragoza 1999, p. 9). Así, el abuso de las sangrías fue una constante en este período, y en el caso concreto de la muerte del príncipe Baltasar Carlos, según interpretan algunos expertos, sería la causa de que empeorara su salud (J. DELEITO Y PIÑUELA: *El rey se divierte*, op. cit., p. 63).

³⁶³ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, op. cit., ff. 115-116.

³⁶⁴ F. MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, op. cit., p. 125.

en el ritual de la muerte barroca, quedaban en un segundo plano, eclipsadas y subordinadas al tratamiento del alma, verdadero origen de la enfermedad. En el caso de nuestro príncipe, sólo un médico aparece en la documentación. Se trata del doctor Camacho, médico de la Real Familia, quien sería nombrado para acompañar al cadáver hasta El Escorial. Es el mayordomo del rey, el conde de Castro, quien lo nombra en la relación de lutos que habrían de entregarse para el cortejo. Pero, ni siquiera en esta carta, se hace mención a su posible intervención en el tratamiento del príncipe Baltasar Carlos, o en la preparación de su cadáver ³⁶⁵.

La causa oficial de la muerte fue la viruela, como recogen todas las relaciones del suceso. Sin embargo, otros rumores corrieron por los reinos de la Monarquía, rumores que recogerían algunos viajeros franceses que visitaron los reinos hispánicos después de la muerte del príncipe. Quizás el rumor con mayor consistencia fue el que publicó Antoine de Brunel en 1655 ³⁶⁶. Según su versión, Pedro de Aragón, ayo de su Alteza, habría ayudado a Baltasar Carlos a pasar “cierta” noche con una joven “de vida alegre” que tanto le “acaloró” que le condujo a una gran fiebre. Añade Brunel que durante la enfermedad del príncipe, Pedro de Aragón confesó el *affaire* y su implicación en él, lo que habría desatado las iras del rey, quien le condenó al destierro, algo de lo que no le salvaría, hasta 1659, ni su cercanía a don Luis de Haro, su cuñado ³⁶⁷. Sin pretender desmentir este episodio, algunos estudiosos han desechado actualmente la experiencia amorosa del príncipe como causa de su muerte, ya que “ninguna de éstas [enfermedades de transmisión sexual] acaba con la vida de una persona en menos de cinco días” ³⁶⁸.

Por otro lado, François Bertaut recogía en el libro de su viaje por España otro nuevo rumor sobre la muerte del príncipe. Este deja intuir al lector que su muerte no había sido natural, sino que habría sido fruto de una conspiración, ya que a sus 16 años, “comenzaba a hacer sombra” ³⁶⁹. El texto de Bertaut es la única referencia a esta teoría que hemos encontrado. Sin embargo, no resulta

³⁶⁵ AGP, SH, caja 57/1.

³⁶⁶ A. BRUNEL: “Voyage d’Espagne”, *Revue hispanique* 130 (1922), p. 152. “Dom Pedro d’Aragon [...] ayant souffert qu’une nuit il couchast avec une fille de joye, il s’eschauffa tant avec elle, que le lendemain il en tomba dans une grande fiebre”.

³⁶⁷ D. CARRÍO-INVERNIZZI: *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid 2008, p. 65.

³⁶⁸ P. GARGANTILLA: *Enfermedades de los reyes de España...*, *op. cit.*, p. 355.

³⁶⁹ F. BERTAUT: “Journal d’un voyage d’Espagne”, *Revue hispanique* 111 (1919); véase J. DELEITO Y PIÑUELA: *El rey se divierte*, *op. cit.*, p. 63.

tan importante su certeza como el mero hecho de que existiese el rumor. Y es que, el origen de la enfermedad del príncipe y el motivo de su muerte resultaban determinantes para el futuro de la Monarquía:

Lunes mando su Magestad que se preguntase a los medicos si avia alguna probabilidad o esperança de que el accidente de la cabeza se templaria aquella noche o a la mañana para que su Alteça recibiese los Santos Sacramentos [...]. Su Magestad se retiro a las onze y desde aquella hora embio quatro o çinco recados a saber si se avia confesado su hijo ³⁷⁰.

Efectivamente, el rey andaba inquieto. Al dolor que le producía la grave enfermedad de su hijo se le unía la preocupación por el alma del príncipe. Como ya hemos señalado, en el barroco la enfermedad física no era más que un síntoma de la enfermedad del alma. “No respondas a solos los medicos y medicinas” ³⁷¹, exhortaban las *Artes de Bien Morir*. Y es que, el verdadero motivo de la enfermedad era el pecado, y por ello, su principal remedio no se hallaba en los tratamientos de los galenos, sino en los divinos. Así, la curación se dejaba en manos de los instrumentos sagrados: los sacramentos y la intercesión de los santos.

“Hay muchos enfermos de males agudissimos, y peligrosissimos que en confesandose, y recibiendo el viático han mejorado” ³⁷². Realmente se entendía que éste era el medio de volver al buen camino y hacer que remitiera la ira de Dios y con ella, la enfermedad. Pero la curación no dependía exclusivamente del moribundo. Todos, incluso los santos, debían intervenir, y más aún en el caso de las personas reales, y por ello, las rogativas, las procesiones y las misas se sucedían en el curso de estas enfermedades. El rey rogaba a la Virgen para que intercediera por su hijo ante Dios, y pedía a su confidente y amiga, sor María de Ágreda, que desde su posición privilegiada hiciera lo propio. Con la misma intención, se ordenó que saliese en procesión la milagrosa virgen de la Cogullada del convento de Jesús del otro lado del Ebro. Acompañada por las rogativas del clero de todas las parroquias y de todos los nobles de la ciudad, la imagen, que en principio estaba destinada a presidir la cámara del príncipe, llegaba al altar mayor de la Seo pocas horas antes de la muerte del heredero. De no haber muerto, otras procesiones se habrían desarrollado, como la de la virgen del Portillo, defensa y amparo de la ciudad de Zaragoza, que estaba programada para el día siguiente.

³⁷⁰ J. MARTÍNEZ: *Relación de la enfermedad y muerte del Piíncipe...*, *op. cit.*

³⁷¹ A. DE ALVARADO: *Arte de Bien Morir y guía del camino a la muerte*, Valladolid 1611 (BNE, 2/3668), p. 24.

³⁷² J. E. NIEREMBERG: *Partida a la Eternidad*, Zaragoza 1643 (BNE, 2/11331), p. 3.

En Madrid, donde había llegado la noticia de la enfermedad del heredero, también se apresuraron a atender las exigencias divinas que procurarían la curación del príncipe. Allí, junto a las rogativas y plegarias que abarrotaron las iglesias, se acudía a los santos y advocaciones que la tradición había convertido en sanadores específicamente regias: San Isidro Labrador, Santa María de la Cabeza y la Virgen de Atocha³⁷³. Tradicionalmente, cuando una persona de la familia real enfermaba, los cuerpos incorruptos de estos santos y la imagen de la virgen eran conducidos en procesión hasta la habitación del doliente. Sin embargo, en aquella ocasión, el príncipe agonizaba fuera de la ciudad, por lo que se decidió ir a visitar a la Virgen de Atocha al Colegio de Santo Tomás, donde había sido trasladada para rogar por el triunfo de las armas del rey, y se programó la procesión de los santos hasta la iglesia de Santa María. Sin embargo, sus cuerpos no llegaron a salir. Con todo preparado, llegaba la interrupción que nadie habría deseado: el príncipe Baltasar Carlos ya había muerto³⁷⁴.

Una vez que se había confesado, fray Juan Martínez, su confesor, abandonó la habitación para informar al rey, quien ordenó que se avisase al arzobispo de Zaragoza, don fray Juan Cebrián, para que le administrase el Santísimo Sacramento. Preparado para recibirlo, lo hizo por viático, forma en la que se hacía con los moribundos, pues no en vano se llamó así por ser “comida para el camino”³⁷⁵. Le recomendaron entonces que recibiera la Extremaunción. El príncipe accedió, pero pidió que se esperasen hasta que hubiera recobrado todos sus sentidos. De hecho, “volvió la cabeza a turbarse”³⁷⁶, lo que retrasaría la última unción que definitivamente le administraría el patriarca.

Había cumplido, así, el príncipe con todas las exigencias del bien morir. Todas excepto una: el testamento. Este documento adquirió una gran importancia en la muerte barroca, sobre todo porque en él, el difunto destinaba donativos para que se celebrasen misas y rogativas perpetuos por su alma³⁷⁷. En este caso, sería Felipe IV el que se encargaría de ello, tal y como apreciamos en el testamento del rey:

³⁷³ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, pp. 66-73.

³⁷⁴ Sobre las procesiones y rogativas que se emprendieron durante la enfermedad del príncipe, véase J. D. ARTÍGOLA: *Muerte del Príncipe Baltasar Carlos* (ACSZ, *Libro de gestis* 1646, f. 68) y J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco histórico...*, *op. cit.*, ff. 127-129.

³⁷⁵ A. DE ALVARADO: *Arte de Bien Morir...*, *op. cit.*, p. 101.

³⁷⁶ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco histórico...*, *op. cit.*, f. 118.

³⁷⁷ Ph. ARIÈS: *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona 2005, p. 59.

he io augmentado diferentes fundaciones de capellanias y missas perpetuas de casa día y otros aniversarios unos por mi alma, y otros por el alma de la Reyna Doña Isabel mi mui cara y mui amada muger y otras por el alma del Principe Don Baltasar Carlos, mi mui caro y mui amado hijo ³⁷⁸.

Tras cumplir con las obligaciones sacramentales de la muerte, el ceremonial mortuorio de la dinastía de los Austrias imponía una última y particular tradición: sujetar entre sus reales manos un Santo Cristo de la Agonía mientras agonizaba. No se trataba de cualquier crucificado, sino del que había acompañado en su muerte a todos los monarcas desde Carlos V. Tan valiosa era esta imagen que Felipe IV viajaba con ella a todas partes ³⁷⁹. Así, cuando el príncipe había recibido la Extremaunción, don Luis de Haro se dirigió a la cámara del rey para solicitar la llave del escritorio del guardajoyas donde se guardaba ³⁸⁰ y llevarla a la cabecera del lecho de Baltasar Carlos.

Así, entre devoción y ritos, moría el heredero de la Monarquía hispánica. Había cumplido con todas las exigencias de la muerte barroca, desde las generales hasta las propias de la dinastía austriaca. Y, del mismo modo, cumplieron con sus obligaciones los que le acompañaron en sus últimas horas. Recordemos que el espacio de la muerte era, a la vez, un espacio sacralizado y público. Sólo durante el momento de la confesión se quedaba el moribundo a solas con su confesor. Durante el resto del proceso, la pompa cortesana, clérigos y palaciegos, permanecían en la habitación con la obligación de asistir y guiar al príncipe en el proceso de la buena muerte, y rogar por la salvación de su alma ³⁸¹. Esta costumbre medieval se había ido ampliando hasta convertirse en parte del espectáculo de la muerte barroca ³⁸². Así, por ejemplo, la recepción del viático tradicionalmente se había hecho en privado hasta que Felipe II impuso que se hiciese en público, rodeado de la pompa y el ceremonial que marcaba la tradición Habsburgo de Rodolfo II ³⁸³.

³⁷⁸ *Testamento de Felipe IV* (AHN, Estado, leg. 2451).

³⁷⁹ S. ORSO: *Art and Death at the Spanish Habsburg Court...*, *op. cit.*, p. 14.

³⁸⁰ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 125.

³⁸¹ En los *Tratados del Bien Morir* también se incluyen directrices para sacerdotes y familiares que intervenían en la muerte.

³⁸² Gèrard Sabatier y Sylène Edouard señalan que frente a la lección de devoción que emanaba de las muertes de Carlos V y Felipe II, durante el reinado de Felipe IV, y sobre todo, durante su propia muerte, el espectáculo parecía prevalecer sobre el sentimiento [G. SABATIER y S. EDOUARD: *Les monarchies de France et d'Espagne (1556-1715). Rituels et Pratiques*, Paros 2001, p. 46].

³⁸³ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 74.

En 1647, un año después de la muerte del príncipe Baltasar Carlos, los protocolos quedaban codificados en las *Etiquetas Generales de Palacio*. En ellas se recogían y ajustaban los ceremoniales que previamente habían regido en la corte, quedando definitivamente configurados. Tradicionalmente, los estudiosos de la muerte han defendido que la etiqueta regia no hacía efectiva su aparición hasta el momento de la muerte. “En espirando los señores Reyes”³⁸⁴ eran las primeras palabras que hacían referencia a la *Muerte y entierro de los Reyes de España y Príncipes Jurados*. Por ello, algunos autores han interpretado que todo lo anterior no formaba parte de la etiqueta, aunque se desarrollaba de una forma familiar desde la muerte de Carlos V³⁸⁵.

Sin embargo, algunas de esas costumbres supuestamente no codificadas, si llegaron a formar parte de la etiqueta. Así, por ejemplo, la extremaunción y todo lo relativo a la presencia del Santo Cristo de la Agonía quedó reflejado en las normas del ceremonial:

En estado enferma alguna Persona Real, en dandoles las Uncion, se sube un Santo Christo de la Agonia que hay en la guardajoyas, que tiene muchas indulgencias, para las Personas Reales y desde que se entra en la camara en donde está el enfermo, le acompaña un dependiente del oficio incesantemente, para darsele á el agonizante y bolverle a recoger, y esto lo repite todas las veces que recomiendan el alma y no se buelve ál oficio hasta salir del riesgo, o morir³⁸⁶.

Esta misma etiqueta, aunque someramente, hacía referencia al tratamiento del cuerpo de las personas reales: “ál cofrero se le manda hacer la caja de ataúd y otra chica para poner las tripas [...] cuando embalsaman el cuerpo”³⁸⁷. Esta sería una de las novedades que introduciría Felipe IV en las *Etiquetas Generales*, y no se convertiría en una norma para las personas reales hasta su muerte³⁸⁸.

“No está tan el olvido [...] por ser esta materia tan poco usada en este tiempo”³⁸⁹, subrayaba un manual de embalsamamiento de 1666. Efectivamente, en

³⁸⁴ *Etiquetas Generales que han de obserbar los criados de la casa de Su Mag[esta]d en el uso y exercicio de sus oficios* (AHN, Consejos, lib. 1189, ff. 1r-298r), transcritas en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II: La Casa del Rey*, Madrid 2005, vol. II, p. 979.

³⁸⁵ S. ORSO: *Art and Death at the Spanish Habsburg Court...*, *op. cit.*, p. 14.

³⁸⁶ *Etiquetas Generales...*, *op. cit.*

³⁸⁷ *Ibidem*.

³⁸⁸ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 77.

³⁸⁹ J. E. PÉREZ FADRIQUE: *Nueva practica para preservar cuerpos defuntos y perpetuarlos en lo posible*, Sevilla 1666.

el siglo XVII existían los conocimientos necesarios para embalsamar cadáveres, aunque no fuese una práctica habitual. En lo que a los cuerpos reales hispanos se refiere, encontramos cierta tendencia al embalsamamiento, aunque con importantes excepciones³⁹⁰. Así, mientras en la Edad Media se había impuesto tal práctica, la costumbre se veía interrumpida en el siglo XIV con los Trastámara. Los Reyes Católicos sustituirían, así, el embalsamamiento por una sencilla preparación del cuerpo a base de fragancias vegetales, sin ninguna pretensión de detener su corrupción. Y es que la influencia erasmista sobre el desprecio por el cuerpo, sucio muladar del alma, convertía las prácticas conservatorias del cadáver en una vanidad³⁹¹.

En la constitución del ceremonial de la Monarquía hispánica, en tiempos de Carlos V, la costumbre castellana y la borgoñona se encontraron. Esta última, sin desplazar por completo los usos regios de la casa de Castilla, terminará imponiéndose claramente en la Monarquía a partir del reinado de Felipe II³⁹². El embalsamamiento formaba parte de las tradiciones de la casa de Borgoña, y constituyó una de las costumbres que chocaría con las castellanas, motivo por el cual quizás no se regló en la etiqueta hasta tan tarde.

Uno de esos casos previos a la reglamentación de 1647 fue el del príncipe Baltasar Carlos. Necesidad obliga. Y así ocurriría en el caso del heredero. Hasta el 16 de octubre el cuerpo permanecería en Zaragoza³⁹³, y no llegaría a El Escorial hasta el 28. Y es que, aunque los zaragozanos propusieron al rey que enterrase a su hijo en esta ciudad, Felipe IV rechazó la petición a favor de las normas establecidas por Felipe II respecto a la obligatoriedad de enterrar los cuerpos reales en El Escorial³⁹⁴. Se esperaba, por lo tanto, un largo viaje, lo que convirtió el embalsamamiento en la mejor opción. Con posterioridad a la muerte del príncipe, la etiqueta señalaría que era el protomedicato el encargado de practicar esta intervención³⁹⁵. Así, cualquiera de los médicos de cámara que formaban parte del tribunal podrían haber embalsamado al príncipe.

³⁹⁰ Para observar una casuística más completa sobre el uso del embalsamamiento por los reyes españoles véase J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, pp. 17-18.

³⁹¹ *Ibidem*, p. 18.

³⁹² C. LISÓN TOLOSANA: *La imagen del Rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*, Madrid 1991, pp. 115-118.

³⁹³ Durante cuatro días estaría expuesto el cadáver, lo que coincidía con el período que señala Varela como habitual en el caso de los cuerpos reales (J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 80)

³⁹⁴ J. DELEITO Y PIÑUELA: *El rey se divierte*, *op. cit.*, p. 64.

³⁹⁵ *Etiquetas Generales...*, *op. cit.*

A las 23 horas de su muerte, el cadáver había sido intervenido, y sus partes menores fueron conducidas a la catedral de la Seo³⁹⁶. En una caja de plomo revestida de otra “caxuela carmesí con galón de oro”³⁹⁷, a las ocho de la tarde del miércoles 10 de octubre, el patriarca de Indias y don Fernando de Borja, sumiller de corps del príncipe, sacaba las vísceras de Baltasar Carlos de la cámara, como marcaba la etiqueta, y las entregaba al deán de la iglesia de la Seo. Éstas serían enterradas en el altar mayor, en el lado del Evangelio, y cubiertas con una placa de mármol negro en la que reza que, junto a las partes menores, allí yace el corazón del príncipe³⁹⁸. Fue este un caso especial, ya que, en aquellos momentos, antes de que se generalizara la práctica y en el caso de que el cuerpo real fuera embalsamado, solían ser conducidas a la iglesia de San Gil en Madrid.

El corazón, una de las partes nobles del cuerpo, la primera que se formaba y la última que moría, según se pensaba en aquella época, gozaba de una enorme importancia³⁹⁹. Por ello, el entregar el corazón del príncipe a la ciudad de Zaragoza habría sido percibido como un signo de deferencia y afecto por parte del rey a una ciudad que había demostrado su estima por Baltasar Carlos. Este gesto, además, habría tenido una mayor relevancia, teniendo en cuenta el momento político que se estaba atravesando. Y es que, recordemos que Felipe IV y Baltasar Carlos habían regresado a Zaragoza en 1646 con la esperanza de que las Cortes inauguradas un año antes concluyesen positivamente para la Monarquía, algo que, a la muerte del príncipe, todavía no se había concretado. Sin embargo, las relaciones de su muerte sólo hablan de vísceras, sin concretar ni subrayar en ningún momento un gesto tan importante como se consideraba la entrega del corazón de un príncipe. Por eso, aunque algunos historiadores acepten que está enterrado en la iglesia de la Seo, otros, como Jesús Maíno González, dudan de esta posibilidad⁴⁰⁰.

³⁹⁶ J. D. ARTÍGOLA: *Muerte del Príncipe Baltasar Carlos...*, *op. cit.*, f. 69. Junto al embalsamamiento, la repartición de las vísceras había sido una costumbre ininterrumpida en los reinos españoles. Para avanzar en la casuística véase J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, pp. 17-18, y G. SABATIER y S. EDOUARD: *Les monarchies de France et d'Espagne...*, *op. cit.*, p. 47.

³⁹⁷ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco histórico...*, *op. cit.*, ff. 69 y 125.

³⁹⁸ La placa de mármol negro sería encargada en el cabildo ordinario de la ciudad de 8 de febrero de 1658 (M. IZQUIERDO HERNÁNDEZ: *Bosquejo histórico del Príncipe Baltasar Carlos...*, *op. cit.*, p. 14).

³⁹⁹ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, pp. 78-79.

⁴⁰⁰ Entre los estudiosos que recogen este hecho como cierto encontramos a P. MADDOZ en su *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de España y sus posesiones en ultramar*, en *La Zaragoza artística, monumental e histórica* de A. y P. GASCÓN; o en las *Efemérides zaragozanas* de

Hemos visto como el tratamiento del cuerpo del príncipe Baltasar Carlos respondió, fundamentalmente, a la necesidad. Sin embargo, no hemos de olvidar que esta práctica también había formado parte, en algunos momentos, de la tradición y el ceremonial regios. No obstante, hay autores que subrayan otras interpretaciones sobre la conveniencia del embalsamamiento de las personas reales. Evidentemente, la función de esta práctica era –y es– impedir la corrupción del cuerpo.

Es en este punto donde apreciamos varias explicaciones que, además, no tienen por qué ser excluyentes. Por un lado, si partimos del hecho de que la incorruptibilidad del cuerpo era entendida como un signo de elección divina y santidad, podríamos colegir que la conservación del cuerpo a través del embalsamamiento fue vista como un instrumento para garantizar la salvación del difunto ⁴⁰¹. Por otra parte, hay autores que subrayan que las técnicas de conservación del cadáver permitían alargar su exposición, y por ende, su eficacia en la exaltación del difunto y de la Monarquía ⁴⁰².

Una vez embalsamado el cuerpo, había que vestirlo. Los reyes católicos españoles habían escogido enterrarse con el hábito franciscano y hasta Felipe III se cumpliría dicha tradición. La misma costumbre había sido observada por las reinas y los infantes, quienes escogían el hábito de aquella devoción a la que se consagraron en vida ⁴⁰³. La elección de este último vestido le confería cierto carácter monástico, favoreciendo así la impresión de humildad de tan egregio difunto, y subrayando el precepto católico de rechazo a las *vanitas* terrenales. Sin embargo, Felipe IV rompería, en su propia muerte, con esta tradición, comenzando una nueva: engalanar el cadáver ⁴⁰⁴. En nuestro caso concreto, no podemos indicar qué costumbre se observaría al vestir al príncipe Baltasar Carlos, ya que, como veremos, el cuerpo del heredero fue cubierto durante su exposición, impidiendo que los asistentes incluyeran esta información en sus relaciones.

R. DEL ARCO. Por el contrario, las lecturas más recientes muestran dudas sobre esta certeza. Tal es el caso de J. MAÍNO GONZÁLEZ: “Baltasar Carlos y Zaragoza”, *Cuadernos de investigación: Geografía e historia* (1975), pp. 95–100, o el de M. del C. ANSÓN CALVO: “Baltasar Carlos y Zaragoza...”, *op. cit.*

⁴⁰¹ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, pp. 69–81.

⁴⁰² F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 457.

⁴⁰³ G. SABATIER y S. EDOUARD: *Les monarchies de France et d'Espagne...*, *op. cit.*, p. 48.

⁴⁰⁴ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 81.

3.3.2. *La exposición del cadáver*

El concurso fue tal, que la guardia hazia harto en detenerlo, viendo aquella repentina lastima, todos los que le contemplavan difunto, smorosamente se enternecian sin poder reprimir las lágrimas: demostracion clara, i manifiesta del amor que le tenian ⁴⁰⁵.

Esta fue la primera ocasión en la que la exposición del cuerpo de una persona real estuvo abierta a todo el público en general ⁴⁰⁶. Este hecho, que provocaría problemas a la guarda real, ponía de relevancia el gran afecto que la ciudad de Zaragoza procesaba al joven príncipe. Pero, al mismo tiempo, venía a amplificar los efectos de la muerte regia y sus pompas entre sus vasallos. La muerte barroca, en todos sus momentos y etapas, fue ante todo, un espectáculo público con fines muy definidos. Desde el acompañamiento del enfermo en su lecho de muerte, hasta las celebraciones posteriores, todo recordaba al espectador que también él es mortal. Ni siquiera hacía falta que la muerte hubiera actuado dentro de su círculo. Los signos externos de la misma lo involucraban constantemente. Los lutos, el repicar de campanas o los cortejos fúnebres que invadían la vida cotidiana del hombre, actuaban directamente sobre su conciencia, transmitiéndoles el mensaje de la fugacidad de la vida, y apremiándole para que se prepararan para la llegada de su hora. Es aquí donde apreciamos el carácter publicitario de una muerte pública, el cual se multiplicaba en el caso una defunción regia.

La publicidad precedía la muerte. De hecho, desde el momento en el que un enfermo real agonizaba, el repicar de las campanas avisaba a la comunidad que inundaba las calles con rogativas y procesiones, como hemos visto. El espectáculo había comenzado involucrando a toda la ciudad. Llegado el momento de la muerte, todos sus signos se intensificaban desatando una actividad frenética para preparar sus pompas. Las campanas de las parroquias y conventos de la ciudad se acompasaban para tocar dobles diurnos mientras en palacio se trabajaba febrilmente para el primer paso del ceremonial: la exposición del cadáver ⁴⁰⁷.

⁴⁰⁵ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 133.

⁴⁰⁶ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 8.

⁴⁰⁷ M. J. de Lara Ródenas señala que el aviso de las campanas era algo habitual en el aviso de la enfermedad y muerte, que sin embargo, en el caso de un miembro de la familia real, tenía el tratamiento sonoro especial que hemos comentado (M. J. DE LARA RÓDENAS: *La Muerte Barroca. Ceremonia y sociabilidad funeral en Huelva durante el siglo XVII*, Huelva 1999, p. 72).

Así ocurría en el caso de la muerte del príncipe, aunque fuera de Madrid. Al día siguiente, a primera hora, las campanas de la Seo comenzaron a tañer a muerto, siendo imitadas por todas las parroquias y conventos de Zaragoza⁴⁰⁸.

A continuación, la etiqueta mandaba que el guardajoyas y el contralor fueran inmediatamente a la casa del mercader de sedas para escoger el tisú para forrar el ataúd y las almohadas sobre las que reposaría el cuerpo real. Al mismo tiempo, se avisaría al cofrero para encargar la caja del cuerpo y la cajuela para las tripas, mientras en el Salón Grande de Palacio, se trabajaba para preparar el espacio en el que se expondría el cadáver. Mientras tanto, el protomedicato se encargaba de embalsamar el cadáver que, una vez preparado, descansaría en el lecho hasta que concluyesen los preparativos para la exhibición. No hay pudor en mostrar la muerte⁴⁰⁹. Más bien al contrario. Todos y cada uno de los pasos desde el momento de la expiración de una persona real, nos remiten a la naturaleza exhibicionista y publicitaria de la muerte barroca: las campanas actúan como el altavoz que distribuye la noticia; el embalsamamiento aparece como una herramienta que conserva el mensaje; y la visión directa del cadáver se convierte en el primer espectáculo oficial del teatro de la muerte regia.

La visión directa del cadáver transmitía al espectador un claro mensaje: tú también eres mortal. Pero además, frente a aquel cuerpo, los que tuvieran acceso participaban del sentimiento de la familia real, y tomaban conciencia de que formaban parte de ella. Es decir, de alguna manera, la exposición del cadáver contribuía a fortalecer los lazos invisibles que unían, que habían construido la Monarquía. Iremos viendo que, junto a este ritual de exhibición del cuerpo regio, todos y cada uno de los pasos en el proceso de la muerte en la familia real, todos y cada uno de sus signos, actuaron como un instrumento integrador para un sistema, la Monarquía hispánica, que había nacido de la unión de identidades distintas.

En el caso concreto de la muerte del príncipe Baltasar Carlos, vemos como la exposición del cadáver no sólo estuvo abierta a la corte, sino que, por primera vez, se permitió la concurrencia de la gente común, amplificando los efectos publicitarios e integradores de la muerte regia que ya menos indicado. Pero no fue esta la única diferencia que se observó en el ceremonial de la muerte del heredero. La etiqueta, evidentemente marcada por la capitalidad de la Monarquía, imponía

⁴⁰⁸ J. D. ARTÍGOLA: *Muerte del Príncipe Baltasar Carlos...*, *op. cit.*, f. 69.

⁴⁰⁹ En el contexto de una muerte “domesticada”, Ariès señala que la familiaridad ante la muerte se extendía también a la presencia del cadáver (Ph. ARIÈS: *Historia de la muerte en Occidente...*, *op. cit.*, p. 34)

que el cadáver debía exponerse en el Salón Grande del Alcázar de Madrid y sobre su real cama. Estos elementos no eran anecdóticos, sino que respondían a la finalidad publicitaria de la Monarquía. Por un lado, el lecho regio permitía una mayor visibilidad del cuerpo, y por tanto, una mayor impacto sobre el espectador. Por otra parte, El Salón Grande del Alcázar de Madrid sería, por su naturaleza y decoración, un lugar que influiría con gran efectividad sobre el auditorio. Tradicionalmente era una sala dedicada al espectáculo regio, a representaciones teatrales y ceremonias públicas del rey como las comidas, y por lo tanto, constituía el mejor escenario para el primer acto del teatro de la muerte regia. Este Salón Grande, además, estaba decorado con grandes retratos de monarcas y triunfos militares, una decoración que apenas se modificaba en la exposición de los cadáveres, constituyendo un instrumento de exaltación del poder de los Habsburgo ⁴¹⁰.

Sin embargo, en esta ocasión, el príncipe había muerto fuera de Madrid, por lo que el ceremonial se vería trastocado. El lugar escogido para la exposición del cadáver sería el Salón Grande del Palacio Arzobispal, donde fue trasladado el día 12 de octubre, cuando el majestuoso estrado con dosel había sido instalado. La etiqueta marcaba que sobre un estrado de tres gradas y bajo el dosel se situase el lecho sobre la que reposaría el cuerpo descubierto. Sin embargo, no había en Zaragoza real cama, y no habría sido posible trasladarla allí con tanta premura, desde Madrid. Por ello, el príncipe fue expuesto dentro de su ataúd, cubierto de un paño trocado, y no “descubierto como suelen las personas reales” ⁴¹¹.

Frente a estas modificaciones, el resto de la ceremonia se ajustó a la etiqueta, al menos, todo aquello que nos ha llegado relatado a través de las relaciones oficiales. Pero en cualquier caso, a pesar de las lagunas, estas crónicas reflejan perfectamente la naturaleza de la exposición del cadáver del príncipe Baltasar Carlos, que, al margen de leves modificaciones, observó sus preceptos básicos. Cumplió esta exhibición con el carácter publicitario y de exaltación de la Monarquía de estas ceremonias, a través de la profusa y rica decoración del Salón:

A doze pusieron en el Salon Grande del Palacio Archiespiscopal con la decencia, i magestad que convenia, en forma de capilla real con bancos de Grandes, i bancos de capellanes de honor; levantòse un estrado majestuoso arrimado a la pared, que hazia frente a lo largo de aquella pieça, adornada de preciosas tapizarias: estava la tarima debaxo de un dosel de brocado, i el ataud cubierto de un paño de tela de oro carmesí, i en el contorno muchos blandones de plata con hachas ⁴¹².

⁴¹⁰ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 83.

⁴¹¹ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, ff. 132-133.

⁴¹² *Ibidem*, f. 132.

Esta relación nos permite imaginar la riqueza de aquel evento, pero también nos pone en la pista de otra característica fundamental, que junto a la naturaleza pública y publicitaria imbuyó del ceremonial de la muerte barroca: la sacralización del espacio. Este hecho, como veíamos, se iniciaba ya en el lecho del moribundo: imágenes devotas, rogativas y plegarias, y una amplia concurrencia clerical, convertían la habitación del enfermo casi en una capilla. Y lo mismo ocurriría en el salón donde se exponía el cadáver, que adquiriría el carácter sagrado del que carecía, a través de una organización que recordaba a la de un templo⁴¹³. De hecho, “contiguo al estrado se puso una Altar” en el que se celebraron 15 misas y más responsos, y se entonaron los cánticos de difuntos que estaban marcados para el ayudar al tránsito de los fieles⁴¹⁴.

Pero, además, la disposición de los bancos de los asistentes respondía también a la estructura de la capilla real. En nuestro caso concreto, el patriarca de Indias actuó como maestro de ceremonias al distribuir el espacio “que así dixo lo acostumbraban en Madrid”⁴¹⁵: en el lado del Evangelio, el banco de los Grandes, y en el de la Epístola el de los capellanes. En el primero, los Grandes que habían acompañado al rey y al príncipe en la jornada de Zaragoza, se fueron sentando por orden de llegada, lo que evitaba posibles problemas de precedencia entre los asistentes. Y a ellos se les unirían algunos caballeros que asistían a las Cortes de aquel reino de Aragón. Pero quizás, lo que más llama la atención es una de las ausencias, la de don Fernando de Borja, sumiller de corps del príncipe, quien ni siquiera aparece en la planta del salón que se hizo con motivo de la exposición del cuerpo de Baltasar Carlos⁴¹⁶.

Sin embargo, aunque las relaciones no hagan referencia a don Fernando de Borja durante la exposición del cadáver, sí que recogen su protagonismo en el momento inmediatamente anterior. Y es que, tal y como marcaba la etiqueta, era a él, como sumiller del corps del príncipe, al que le correspondía entregar el cuerpo y sus vísceras. Cuando el cuerpo regio abandonaba el ámbito de la cámara, su máximo responsable —el sumiller de corps— debía entregarlo a la casa, representada en el mayordomo mayor. Don Fernando de Borja, cumpliendo con su obligación, entregó las entrañas del príncipe para ser enterradas, y el ataúd con sus llaves para la exposición. Sería el conde de Castro, mayordomo del rey,

⁴¹³ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 84.

⁴¹⁴ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, ff. 133-134.

⁴¹⁵ J. D. ARTÍGOLA: *Muerte del Príncipe Baltasar Carlos...*, *op. cit.*, f. 70.

⁴¹⁶ *Salón de casa del Arçobispo donde estava el cuerpo del Principe* (BNE, Ms. 18723/35).

quien recibiría, junto a los monteros de Espinosa, el cadáver del príncipe, convirtiéndose en los responsables de su custodia hasta el momento en que llegaran a El Escorial, y en los encargados de reconocer el cuerpo en el convento⁴¹⁷.

Durante 4 días estuvo expuesto el cuerpo del príncipe en el Salón Grande del Palacio Arzobispal de Zaragoza. El día 16 de octubre por la noche, como veremos, el ataúd descendió del estrado, concluyendo así, con toda eficacia, el primer acto del espectáculo de la muerte barroca recogido por el ceremonial regio. Tras la pompa, todos trabajaban afanosamente para cumplir con las exigencias del resto del ceremonial, mientras el príncipe comenzaba a pagar sus culpas en el Purgatorio, y su padre abandonaba la representación.

3.3.3. *El cortejo fúnebre*

El 16 de octubre se bajó el cuerpo del príncipe Baltasar Carlos del túmulo en el que había estado expuesto durante 4 días. Una vez en el patio del Palacio Arzobispal, el ataúd fue colocado sobre unas andas tiradas por unos mulos que lo conducirían hasta San Lorenzo de El Escorial. Doce días duraría este último viaje en el que el féretro, con un acompañamiento perfectamente coreografiado, atravesaría dos reinos: Aragón y Castilla.

Estos 12 días distaban mucho de las 8 o 10 horas que la etiqueta estipulaba necesarias para el traslado del cuerpo, una etiqueta que, por otra parte, a mediados del siglo XVII seguía respetando el ceremonial del cortejo fúnebre que había sido establecido por Felipe II. Durante su reinado, la corte se había establecido en Madrid y el nuevo panteón de la familia real se empezaba a levantar en El Escorial, dos sucesos que marcarían el origen y destino del último viaje regio⁴¹⁸. Sin embargo, la muerte del príncipe Baltasar Carlos exigía un camino distinto para este cortejo, e imponía ciertas singularidades en el acompañamiento, contribuyendo así a multiplicar los efectos de la procesión del cadáver real y propiciando nuevos protagonismos.

⁴¹⁷ P. COLOMA: *Certificación de la llegada del cuerpo del Príncipe Baltasar Carlos al Escorial* (AGP, SH, caja 57/1). Sería durante el reinado de Felipe II cuando los monteros de Espinosa quedasen definitivamente integrados en el ceremonial fúnebre regio. De esta manera, se fomentaba el papel de este cuerpo puramente castellano, frente al protagonismo de los archeros de corps, guarda de tradición borgoñona. De nuevo percibimos los enfrentamientos de los reinos de la Monarquía a través del ceremonial [J. E. HORTAL MUÑOZ: “Las Guardas Reales de la Casa Real durante los años centrales del reinado de Felipe IV: La confirmación de la crisis del modelo Habsburgo”, en A. GAMBRA GUTIÉRREZ y F. LABRADOR ARROYO (coords.): *Evolución y estructura de la casa real de Castilla*, Madrid 2010, vol. II, p. 998].

⁴¹⁸ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, op. cit., p. 27.

Pero antes de adentrarnos en las particularidades de este cortejo, queríamos incidir en la continuidad del ceremonial fúnebre en este punto. La costumbre marcaba, por ejemplo, que la procesión se iniciara de noche y concluyera poco después del amanecer, subrayando de esta forma el recorrido simbólico del viaje que había emprendido el rey: de la noche de la muerte a la nueva mañana a la que despertaba a través de la Resurrección⁴¹⁹. Este ritmo se impondría también en el cortejo del príncipe Baltasar Carlos, cuyo cuerpo abandonaba el Salón Grande del Palacio Arzobispal de Zaragoza a las 7 de la tarde, una vez que había caído la noche⁴²⁰, y alcanzaba el monasterio de San Lorenzo de El Escorial a las 9 de la mañana⁴²¹. Así, independientemente de la duración del traslado del cuerpo, el viaje metafórico del príncipe se habría completado según marcaba la ceremonia.

La etiqueta no sólo imponía el ritmo y los horarios del cortejo, sino que también fijaba claramente quién intervenía en el proceso y qué lugar ocupaba en el séquito. Todo ello se preparaba mientras el cuerpo real estaba expuesto. El mayordomo del rey, habiendo recibido instrucciones de él sobre el día y la hora que el cuerpo debía salir, avisaba a todas las secciones de la casa para que nombraran a los que habrían de acompañarlo y para que dispusieran todo lo necesario. Una vez preparado el cortejo, los Grandes, gentilhombres de cámara y mayordomos, bajaban el cuerpo del túmulo en el que se había expuesto, y, llegando al patio, lo entregaban a los gentilhombres de boca para que lo colocasen sobre las andas que habrían de transportarlo. Una vez que el ataúd había sido anclado a la litera, el cortejo se ponía en marcha, respetando escrupulosamente el orden estipulado por la etiqueta⁴²².

En el caso concreto del príncipe Baltasar Carlos, observamos ciertas diferencias. Las precedencias serían respetadas: a los 48 religiosos de las cuatro órdenes mendicantes –Santo Domingo, San Francisco, el Carmen y San Agustín– les seguían la casa del príncipe, la capilla real, la litera rodeada por los pajes del rey, el mayordomo del rey y el prelado, y la guarda a caballo. Sin embargo, las cantidades de acompañantes que exigía la etiqueta se verían en algunos casos modificadas. Así, por ejemplo, frente a los 12 capellanes de honor, el príncipe llevaría sólo 4 en su cortejo, lo mismo que ocurriría en el caso de los pajes que flanqueaban el ataúd del heredero. Por lo general, nos enfrentamos a modificaciones leves que

⁴¹⁹ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 91.

⁴²⁰ J. MARTÍNEZ: *Relación de la enfermedad y muerte del Príncipe...*, *op. cit.*

⁴²¹ P. COLOMA: *Certificación de la llegada del cuerpo del Príncipe...*, *op. cit.*

⁴²² *Planta del Entierro de los Señores Reyes de España y Príncipes Jurados* (AGP, SH, caja 56/3).

no perjudicaron el ceremonial, y aunque no podemos asegurar qué las motivó, nos inclinamos a pensar que están muy relacionadas con el hecho de que el príncipe muriese lejos de Madrid. Recordemos que Felipe IV había ordenado que se redujese la casa que acompañaría a Baltasar Carlos en la jornada de 1646 y que, en caso de necesidad, serían los oficiales de la suya quienes le servirían. En este momento, sin embargo, la situación había cambiado. Mientras el cuerpo de Baltasar Carlos viajaba hacia El Escorial, el rey se quedaba en Zaragoza y no podía prescindir de todos los miembros de su casa, lo que habría propiciado una reducción en algunos de los cuerpos que acompañaban al príncipe.

En cualquier caso, como hemos indicado, estas modificaciones leves no perjudicaron al ceremonial. Más interesantes pueden resultar otras peculiaridades del cortejo que derivaron de que la muerte del heredero se produjese lejos de la capital. Nos referimos a la presencia y significación en esta procesión del reino de Aragón y de la ciudad de Zaragoza. La elección del prelado del cortejo, así como las guardas que lo acompañan, nos indican esta intervención privilegiada.

La etiqueta recoge que sería el rey el encargado de nombrar a dicho prelado, que acompañaría al mayordomo mayor en la procesión y oficiaría las misas que se ofrecieran al difunto en el camino ⁴²³. Tan relevante resultaba este nombramiento que algunos estudiosos del ceremonial señalan que solía recaer en los más altos dignatarios de la corte real, y se atreven a generalizar apuntando que el escogido era siempre el patriarca de Indias ⁴²⁴. Sin embargo, y a pesar de su relevancia dentro de la corte ⁴²⁵, la última decisión la tomaba el rey quien, en el caso concreto de la muerte del príncipe Baltasar Carlos, decidió favorecer con este nombramiento a don fray Juan Cebrián, arzobispo de Zaragoza, quien acompañaría al cuerpo del heredero hasta El Escorial, “a su costa” ⁴²⁶. Esta última puntualización no es baladí, si tenemos en cuenta los gastos que generaría en semejante viaje, que debería alojarse y alimentarse durante 12 días. Pero más allá de los motivos pecuniarios, esta deferencia regia al nombrar al arzobispo para tan privilegiado puesto en el cortejo, podría responder a la necesidad del rey de ganarse el favor del brazo eclesiástico en la decisión final de las Cortes que tanto urgía a la corona.

⁴²³ *Planta del Entierro de los Señores Reyes de España...*, *op. cit.*

⁴²⁴ G. SABATIER y S. EDOUARD: *Les monarchies de France et d’Espagne...*, *op. cit.*, p. 51.

⁴²⁵ Don Antonio de Miranda, alcalde de casa y corte, fue el encargado del abastecimiento de todo el cortejo durante el viaje a San Lorenzo de El Escorial (J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco histórico...*, *op. cit.*, f. 146).

⁴²⁶ AAZ, *Los cinco libros*, III, f. 678.

Junto al arzobispo de Zaragoza, también la guarda montada del reino de Aragón se vería privilegiada en el cortejo de príncipe Baltasar Carlos. Señala la etiqueta que cerraba en redondo la procesión “la guarda vieja de á caballo”⁴²⁷, haciendo referencia a la guarda española. Este precepto, unido a un ceremonial marcado por la capitalidad de la Monarquía, había favorecido la presencia de las guardas de Castilla en los cortejos fúnebres. Sin embargo, en este caso, la primera responsable del cuerpo del príncipe sería la guarda del reino de Aragón, dirigida por su capitán, don Alberto Arañon, y acompañada del estandarte del reino que portaba el alferez Diego de Castillo. Sólo llegando a la frontera de Aragón, esta guarda delegaría su responsabilidad en la castellana. Llegado el momento, el capitán mandó decir a la nueva guarda que por dónde querían cruzar la raya del reino, a lo que los castellanos respondieron “que su compañía no era de guerra, sino que esperarían fixos el cuerpo de su Alteza para irle siguiendo”⁴²⁸. De esta forma, formados en dos hileras, las guardas castellanas esperaron a que las del reino de Aragón se replegaran. Una vez retirados, el alferez abatió tres veces el estandarte que portaba, movimiento que acompañaron los guardas aragoneses con sus lanzas. Mientras tanto, los mulos que tiraban de la litera del príncipe atravesaban la frontera, y entrando en Castilla, las dos hileras castellanas cerraban el séquito en redondo, como marcaba la etiqueta. Aragón se retiraba, pero no el arzobispo de Zaragoza, que mantendría su preeminencia hasta llegar a El Escorial.

Esta entrega y el encuentro de las guardas reales, nos remite a la constitución de la Monarquía hispánica, construida a partir de la adhesión de distintos reinos, distintas identidades que fueron respetadas, y que pujaban por mantener su independencia y relevancia dentro del sistema. Recordemos además, que en estos tiempos, los reinos periféricos como Aragón, habían visto amenazados sus privilegios ante las políticas castellanistas de Olivares, lo que explicaría la tensión en esta frontera.

En la raya de los dos reinos, junto a las guardas castellanas, se incorporaron al cortejo otros miembros de la corte que no habían viajado en la jornada de 1646. Gentilhombres de la cámara del príncipe, gentilhombres de la boca del rey y el presidente de Castilla, entre otros, se unieron a la procesión ocupando el lugar que les correspondía y sirviendo sus oficios.

Habíamos hablado, al comenzar este apartado, de como la muerte del príncipe Baltasar Carlos en Zaragoza había dado lugar a un cortejo singular, en el que afloraron nuevos protagonismos, que ya hemos señalado, y que multiplicaría los

⁴²⁷ *Planta del Entierro de los Señores Reyes de España...*, *op. cit.*

⁴²⁸ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 140.

efectos de esta ceremonia. Como venimos subrayando, el ceremonial, y en concreto, el relativo a la muerte de las personas reales, contribuía a reforzar la imagen de la monarquía y la dinastía, al tiempo que facilitaba la adhesión de sus vasallos al involucrarlos emocionalmente. También hemos insistido en la relevancia de la presencia regia para favorecer los efectos del ceremonial. En este sentido, entendemos que el cortejo en general, y el fúnebre en particular, actuaría con mayor eficacia que otras ceremonias cortesanas en las que el acceso a la figura real estuviera más restringida. Recordemos que la exposición del cadáver de Baltasar Carlos fue la primera que estuvo abierta a todo el público. Pero, aun así, sólo los que vivieran en la ciudad o en sus alrededores, habrían tenido ocasión de ver al príncipe. El cortejo, por su parte, multiplicaba las posibilidades de encontrarse con aquel heredero al que tanto habían estimado, más aún si tenemos en cuenta que la procesión no sólo recorrería Madrid, sino que atravesaría dos reinos.

El sonido sordo de tres trompetas precedía al cortejo, en el que el luto lo revestía todo: caballos, mulos, carruajes y acompañantes. En medio, arropado por el séquito, el ataúd del príncipe avanzaba sobre unas andas cubiertas por tela de brocado carmesí, que también envolvía a los mulos que la tiraban. En las 4 esquinas de la litera, 4 fanales cristalinos iluminaban el féretro, mientras las hachas de cera que portaban los 48 religiosos y los 4 pajes, abrían una brecha en la oscuridad del camino. Así, con campanas y sollozos que despedían al príncipe, partía el cortejo hacia El Escorial. Muel, Longares, Cariñena, Recastón, Daroca y User. Estas villas visitó el cortejo hasta llegar a la frontera con Castilla. De allí pasaron a Tartanedo, Torremo, Truxeque, Alovera, Barajas y Torreledones, desde donde emprenderían la última etapa del viaje ⁴²⁹. En todas y cada una de estas villas, el príncipe fue recibido con campanas y sollozos, y se celebraron misas de cuerpo presente, como marcaba la etiqueta ⁴³⁰.

Esta imagen cargada de la pompa, el dramatismo contenido y el claroscuro barroco que recogen las relaciones del cortejo fúnebre del príncipe Baltasar Carlos, consigue transmitir la impresión, el efecto psicológico del ceremonial sobre los vasallos de la Monarquía. La visión directa del “espectáculo”, tan importante en una Edad Moderna teatralizada, fácilmente afectaría a uno espectadores que quizás, nunca antes, habían presenciado el aparato de las ceremonias cortesanas. Las emociones que provocara sobre ellos conseguían vincularlos a un Estado invisible sin sus rituales, y que podrían sentir como lejano ⁴³¹.

⁴²⁹ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco histórico...*, *op. cit.*, ff. 136-142.

⁴³⁰ *Planta del Entierro de los Señores Reyes de España...*, *op. cit.*

⁴³¹ E. MUIR: *Fiesta y rito en la Europa Moderna*, *op. cit.*, p. 289.

Vista la efectividad del cortejo fúnebre, no podemos obviar otra de sus constantes: las querellas o “puntitos de honra”⁴³² que, a pesar de las etiquetas, siempre acompañaron al ceremonial y a la vida cortesana. De la participación y preeminencia en estas pompas, podía depender la consideración futura de un oficio, gremio o personaje de la corte. Todos intentarían participar, y algunos, incluso, mejorar su lugar. Ya se ha visto como el juramento del príncipe Baltasar Carlos enfrentó a Toledo y Burgos en Madrid, y al Consejo de Navarra y la Cámara de Castilla en Pamplona. Algo similar ocurriría en las proximidades de El Escorial, cuando el arzobispo de Toledo descubriera su cruz. Avisado por el conde de Castro, mayordomo del rey, de que allí no tenía su lugar, se retiró su eminencia quien, una vez enmendada la falta, sería disculpado hasta por las relaciones del suceso:

mas desea cumplir con sus obligaciones, que adelantar preeminencias, si las puede aver quanto del guion de la capilla real va acompañando el cuerpo de un Príncipe difunto⁴³³.

Sin más incidencias llegaba el cortejo al monasterio de San Lorenzo de El Escorial el día 28 de octubre a las 9 de la mañana, donde fue recibido por el prior del monasterio, fray Baltasar de Fuenlabrada.

3.3.4. *El entierro de un príncipe*

Felipe II, cumpliendo con la última voluntad de su padre, el emperador Carlos V, emprendería la construcción de un panteón real en el que reunir los cuerpos de los miembros reales de la Monarquía hispánica. El emplazamiento elegido por el monarca sería el monasterio jerónimo de San Lorenzo de El Escorial, primando, de nuevo, la preferencia por el centro frente a la periferia. Así, habiéndose barajado también la significación de Granada a la hora de establecer este panteón regio, finalmente se impondría Madrid, para evitar así una “competencia simbólica [...] entre la residencia del monarca vivo y la de los monarcas muertos”⁴³⁴.

La sobriedad que infundiría Felipe II al lugar haciendo referencia a la humildad de un rey ante la muerte, no satisfizo a otros monarcas para los que primaría la exteriorización de su majestad⁴³⁵. Así, Felipe III emprendería una ampliación que finalizaría en 1654, durante el reinado de su hijo:

⁴³² J. VARELA: *La muerte del Rey...*, op. cit., p. 92.

⁴³³ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, op. cit., ff. 141-142.

⁴³⁴ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, op. cit., p. 22.

⁴³⁵ G. SABATIER y S. EDOUARD: *Les monarchies de France et d’Espagne...*, op. cit., p. 53.

a mi en esta obra solo me à tocado, rematar y perficionar la insinuacion de mi aguelo, y la execucion de mi padre, adelantandola hasta su fin, y procurando lucirla, sino todo lo que se deviera, á lo menos lo que se á podido, para que sea decente morada de tales havitadores ⁴³⁶.

Tal morada debía, como vemos, responder a la grandeza de sus ocupantes, a la grandeza de la dinastía de los Austrias, lo que nos remite de nuevo a esa muerte igualadora que sin embargo, impuso unas pompas diferenciadas.

Pero El Escorial no sólo nos transmite la dignidad y esplendor de la casa de Austria, sino que también nos permite apreciar las relaciones entre el poder político y ciertas órdenes monásticas, que se significaron en la arraigada costumbre hispana del palacio conventual. En este sentido, los Jerónimos gozarían de un lugar destacado gracias, sobre todo, a la especial relación entre sus prácticas contemplativas y las formas de piedad ensalzadas por Felipe II ⁴³⁷. El palacio del Buen Retiro, que naciera del cuarto real del convento de los Jerónimos de Madrid, podría ser otro ejemplo a sumar al monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Allí, los monjes jerónimos se convertían en custodios de los cuerpos reales y responsables de sus almas, desde el momento en el que recibían al féretro en el pórtico de la iglesia. Estipulaba la etiqueta que esta entrega fuera certificada por un secretario de Estado, quien recogería las firmas de los protagonistas e informaría sobre el proceso. En nuestro caso concreto, esta labor recayó sobre Pedro Coloma, secretario de Estado de Felipe IV, quien, a través de su declaración, nos permite apreciar como la entrega del cuerpo del príncipe Baltasar Carlos se ajustó perfectamente a la etiqueta. Así, el 28 de octubre a las 9 de la mañana, el prior del convento, fray Baltasar de Fuenlabrada, acompañado por 150 religiosos del convento y 36 colegiales, recibían, vestidos de luto, al cortejo en las gradas del pórtico, donde también podía verse la cruz del convento. El mayordomo de Felipe IV, el conde de Castro, acercándose al prior, le entregaría la tradicional carta en la que el rey avisaba de la muerte del príncipe y le pedía que cumpliera con su entierro. Una vez que el conde de Castro y fray Baltasar de Fuenlabrada habían hecho el despacho, los gentilhombres de la boca del rey bajaron el cuerpo del príncipe de las andas en las que había sido transportado, y lo depositaron en un estrado cubierto de paño brocado donde el convento le ofreció un responso. A continuación, se volvía a levantar el ataúd que, a hombros de los Grandes y de los gentilhombres de la cámara, entraría en la iglesia. Tras los

⁴³⁶ *Orden de Felipe IV para la traslación de los Reales Cadáveres al Nuevo Panteón de San Lorenzo del Escorial, de 12 de marzo de 1654* (AGP, SH, caja 56/7).

⁴³⁷ G. SABATIER y S. EDOUARD: *Les monarchies de France et d'Espagne...*, *op. cit.*, p. 52.

jerónimos y el cuerpo del príncipe, se situarían el mayordomo del rey y el arzobispo de Zaragoza, seguidos por la casa del príncipe, encabezada por su sumiller de corps, don Fernando de Borja. Los que portaban el cuerpo lo llevaron al túmulo que se había dispuesto en el crucero, un estrado de tres gradas cubierto de terciopelo negro brocado en oro, que también se utilizó para alfombrar el suelo y decorar los altares. El cuerpo, colocado en el túmulo, estaba rodeado por blandones de plata con hachas de cera, los 4 pajes arrodillados en las alfombras, los monteros de Espinosa, y más retirados, las guardas española y tudesca. De esta forma transcurrieron los oficios funerales, tras lo cual, se trasladó el ataúd hasta la sacristía ⁴³⁸.

Era allí donde hasta el momento se había hecho la identificación de los cuerpos reales, y donde se hizo en el caso de nuestro príncipe. En ella, colocado el féretro sobre una mesa, se abrió el ataúd, tras lo cual el mayordomo del rey entregaba las llaves al prior. En ese momento, los monteros de Espinosa Juan de Linares de Arena y don Marcos de Azcona, juraron que aquel era el mismo cuerpo que don Fernando de Borja, sumiller de corps del príncipe, les había entregado en Zaragoza. Así, los jerónimos:

se dieron por entregados del, para tenerle en guarda y custodia con la decencia y respeto debido, con los demas querpos reales, como su Magestad lo manda por su real carta ⁴³⁹.

Una vez cumplida la entrega “en forma jurídica” ⁴⁴⁰, se volvía a cerrar el ataúd para que los monteros de Espinosa lo introdujeran en la bóveda en la que descansaban los demás cadáveres reales, colocando definitivamente al príncipe Baltasar Carlos junto a su querida madre, doña Isabel de Borbón ⁴⁴¹.

Quizás nos hemos adelantado al decir que el ataúd fue colocado allí definitivamente. Y es que, entre el 16 y 17 de marzo de 1654, todos los cuerpos reales que descansaban en San Lorenzo de El Escorial, fueron trasladados al recién concluido panteón real. En realidad, sólo los que habían sido coronados, cumpliendo con la disposición de Felipe III, tendrían un lugar en el panteón, mientras el resto de

⁴³⁸ Sobre la entrega del cuerpo del príncipe Baltasar Carlos a El Escorial, véase J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, ff. 142-145, P. COLOMA: *Certificación de la llegada del cuerpo del Príncipe...*, *op. cit.* y J. MARTÍNEZ: *Relación de la enfermedad y muerte del Piíncipe...*, *op. cit.*

⁴³⁹ P. COLOMA: *Certificación de la llegada del cuerpo del Príncipe...*, *op. cit.*

⁴⁴⁰ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 145.

⁴⁴¹ P. COLOMA: *Certificación de la llegada del cuerpo del Príncipe...*, *op. cit.*

los cadáveres de la familia real que descansaban en la bóveda, entre los que se encontraba el del príncipe, serían acomodados “en la que se á preparado para ellos, dentro de la puerta principal del Panteón” ⁴⁴².

Con el entierro concluía la primera parte de la etiqueta fúnebre, donde el cuerpo del príncipe Baltasar Carlos había presidido todas las ceremonias ⁴⁴³. Sin embargo, y aunque su cadáver ya descansase en San Lorenzo de El Escorial, este seguiría estando muy presente en las exequias a través de un féretro vacío. Más allá del símbolo, veremos como ese ataúd llegaría a revestirse de tal poder representativo que conseguiría actuar sobre los espectadores como lo habría hecho la presencia directa del cadáver real.

3.3.5. *Las exequias reales*

“Os encargo las obsequias, onrras y demostraciones [...] que se acostumbran y de haverlo executado y forma en que se hubiere echo mandareis quenta” ⁴⁴⁴.

Desde su reclusión en el convento de Santa Engracia de Zaragoza, veíamos como el rey mandaba la noticia de la muerte de su hijo a los reinos y ciudades de su Monarquía. La breve reseña repetía la fórmula que tradicionalmente, desde el reinado de Felipe II, se había impuesto ⁴⁴⁵: sin ahondar en la causa de la defunción, se avisaba del suceso y del dolor que sentía el monarca, quien manifestaba su alivio ante la devoción que había demostrado el moribundo en su cristiana muerte y pedía que se celebrasen exequias. Pero esta carta constituía algo más que una misiva regia. Era una orden real que materializaba una normativa legislativa expresa. De esta forma, el encargo que hacía el rey a sus vasallos a través de la real cédula, se convertía en una obligación, que remitía a la costumbre y a la decencia que exigían tales fastos ⁴⁴⁶.

Antes de que terminara el mes de octubre de 1646, la noticia de la muerte del príncipe, junto a la orden de celebrar sus exequias, había sido enviada a todos los rincones de la Monarquía. A su llegada, toda la maquinaria protocolaria

⁴⁴² Orden de Felipe IV para la traslación de los Reales Cadáveres..., *op. cit.*

⁴⁴³ S. ORSO: *Art and Death at the Spanish Habsburg Court...*, *op. cit.*, p. 15.

⁴⁴⁴ *Noticia de la muerte del Príncipe Baltasar Carlos, de Felipe IV al Virrey del Perú, Zaragoza, 23 de octubre de 1646* (AGI, Indiferente, 429, L. 39, f. 8).

⁴⁴⁵ M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales en el León del Antiguo Régimen*, León 1995, pp. 41-42.

⁴⁴⁶ M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana: siglos XVI, XVII y XVIII”, *Artígrama* 19 (2004), p. 40.

se pondría en marcha, dando lugar a unas semanas de actividad frenética, en las que cada paso estaba marcado por aquella costumbre a la que hacía referencia el rey en su misiva. Encomendando las exequias a la tradición, el monarca no sólo apuntaba a la celebración en sí, sino a cada una de las disposiciones y gestiones que exigían la preparación de las exequias. Sin embargo, en ocasiones, la tardanza en la emisión de la cédula real o la lentitud de los correos, hacían que la noticia se anticipase a la carta del rey. Así por ejemplo, en Perú, tres meses antes de la llegada del correo oficial, el aviso de la muerte del príncipe Baltasar Carlos había sido anunciado, viajando “en postas del aire”⁴⁴⁷.

En estos casos, mientras se esperaba la confirmación de la noticia, se emprendían las primeras disposiciones, las medidas más urgentes para favorecer y acelerar los preparativos de las exequias. Así, por ejemplo, se iba creando el ambiente que exigía la ocasión, prohibiendo las manifestaciones de alegría, tales como fiestas o representaciones de comedias, o se confiscaban las bayetas y paños negros que se necesitarían para los lutos, al tiempo que se estudiaban los expedientes de las exequias reales anteriores para proyectar las presentes⁴⁴⁸. Estos informes recogían las características e incidencias de las honras fúnebres, aportando un esquema de trabajo pero también las dificultades, normalmente de precedencia, que podrían corregirse en futuras ocasiones. En Pamplona, las exequias del príncipe Baltasar Carlos fueron relatadas con esta clarísima intención:

y assi en los libros de los tribunales como en los militares y del cavildo se a puesto por escrito todo lo que queda referido para que se observe en los tiempos y hedades venideras⁴⁴⁹.

La existencia de esta clase de documentos, expedientes recogidos por las autoridades de la ciudad, remiten a la costumbre, es decir, a la codificación de todo lo relacionado con las exequias reales. Pero para adentrarnos en estos protocolos y etiquetas, primero tenemos que establecer una división entre la corte y las ciudades y villas de la Monarquía hispánica. En el primero de los casos, era el propio rey el que determinaba las fechas en las que se debían celebrar las honras, que en el caso del príncipe Baltasar Carlos, estuvieron condicionadas al regreso de Felipe IV de Zaragoza, y por ende, a la resolución y cierre de las Cortes de Aragón:

⁴⁴⁷ P. ÁLVAREZ DE FARÍA: *Relación de las funerales exequias que hizo el Santo y Apostólico Tribunal de la Inquisición de los Reinos del Perú al Serenísimo Príncipe de los Austrias, jurado de las Españas Don Baltasar Carlos de Austria*, s. l. 1648, p. 3.

⁴⁴⁸ M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, p. 61.

⁴⁴⁹ *Relacion de las honras de un Principe en Pamplona* (BNE, Ms. 11592).

Haviendo salido esta tarde de Çaragoza hago noche e esta villa de alagón desde donde proseguire el viaxe y entrare en essa corte (placiendo a Dios) Domingo que se contaran onze deste mes. Y porque desseo que los días siguientes de doze y treze se celebren las honras del Principe mi hijo os encargo que sin falta alguna este dispuesto y prevenido todo lo que os tocare de manera que no aya en esto mayor dilacion⁴⁵⁰.

Felipe IV imponía una fecha y se la comunicaba al marqués de Malpica, superintendente de obras reales. Como tal, a él le correspondía el comisariado de las exequias, y todo lo relativo a la construcción del túmulo y el resto de la decoración funeral⁴⁵¹. Junto al marqués de Malpica, otras secciones de la casa se verían directamente involucradas en la preparación de las exequias. Así, el capellán mayor se encargaría de todo lo tocante a la liturgia de las honras, mientras el mayordomo mayor procuraba al comisario todo lo necesario y relativo a los oficios de la casa, tales como la tapicería, la cerería o el guardajoyas⁴⁵². Pero recordemos que el mayordomo de Felipe IV, el conde de Castro, había sido designado para acompañar el cuerpo del príncipe Baltasar Carlos a El Escorial. Por este motivo, sería el conde de Montalbán, el más antiguo de los mayordomos del rey, el encargado de gestionar los oficios de la casa para las exequias del príncipe. Del conde de Montalbán fueron las órdenes que llegaron al contralor don Joan Lorenço de Cuéllar, para que librase la cantidad que les correspondía por su labor en las honras a Gaspar de Fuensalida, jefe de la cerería, a Martín Sánchez, ayuda de la tapicería, al colgador Gregorio Ruiz, o al platero del rey, Juan de Cuevas⁴⁵³.

El marqués de Malpica y el conde de Montalbán fueron los directores de unas exequias, las del príncipe Baltasar Carlos en la corte, unas celebraciones “gestionadas por y para la propia casa real”⁴⁵⁴. Pero por encima de ellos, como hemos avanzado, estaba el rey, quien intervenía no sólo en la elección de la fecha, sino también en la determinación del lugar y del “decoro” de las mismas. En lo referente a la localización de las exequias de la corte, hubo dos factores

⁴⁵⁰ Carta de Felipe IV al marqués de Malpica de 3 de noviembre de 1646 (AGP, SH, caja 76/11).

⁴⁵¹ M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, p. 61.

⁴⁵² *Ibidem*, p. 60.

⁴⁵³ AGP, SH, caja 76/11.

⁴⁵⁴ M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, p. 60.

que contribuyeron a fijarlas en la iglesia de San Jerónimo el Real de Madrid ⁴⁵⁵. Por un lado, como ya hemos indicado en otros puntos, el establecimiento de la corte en Madrid había determinado la importancia de esta villa en el ceremonial y en todas las fiestas de la corte. Pero además, la conexión institucional, a través de la orden de los Jerónimos, de esta iglesia con el panteón real de San Lorenzo de El Escorial, lo convertía en el lugar idóneo para celebrar las exequias ⁴⁵⁶, que en el fondo consistían en la “reiteración simbólica” ⁴⁵⁷ de aquel enterramiento.

La fecha, el lugar, y la suntuosidad de las exequias de la corte eran determinadas, en últimas estancia, por el rey. Sin transgredir la regla de la decencia y el decoro que el mismo monarca imponía en su orden sobre las exequias, la categoría de las mismas quedaría determinada por dos factores. El primero de ellos, el tiempo, venía impuesto por la fecha elegida por el rey y que solía establecerse varias semanas después del fallecimiento. El segundo, el coste económico, dependía, en el caso de la corte, del estado del tesoro real ⁴⁵⁸. En este sentido, las exequias del príncipe Baltasar Carlos nos permiten ratificar la difícil situación económica de la Monarquía. El marqués de Malpica, como hemos visto, comisario de las exequias del malogrado heredero, comunicaba a Felipe IV en una consulta de 16 de octubre, que el conde de Montalbán había encontrado ciertos inconvenientes en el túmulo que había sido proyectado por Juan Gómez de Mora. La respuesta del rey resulta reveladora. Tiempo, dinero y decoro, las tres máximas que intervendrían en la decisión final ratificada por el monarca:

Remito a vuestra eleccion y a la de las personas a quien os pareciere comunicarlo, la forma del tumulo con advertençia de que desseo sea de la mas moderada costa que se pidiere y de tal disposicion que pueda acabarse para el plazo que he mandado regulandolo de manera que no por esto se falte a lo decente ⁴⁵⁹.

⁴⁵⁵ Desde el reinado de Felipe II hasta 1665, San Jerónimo El Real sería el sitio escogido para las exequias reales de la corte, preferencia que las *Etiquetas Generales* de 1647 terminaron codificando. Sin embargo, la devoción particular de Mariana de Austria contribuiría a su traslado al convento de la Encarnación (J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 109).

⁴⁵⁶ S. ORSO: *Art and Death at the Spanish Habsburg Court...*, *op. cit.*, p. 18.

⁴⁵⁷ M. J. DE LARA RÓDENAS: *La muerte Barroca...*, *op. cit.*, p. 313.

⁴⁵⁸ M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, p. 61.

⁴⁵⁹ AGP, SH, caja 76/11. Allo Manero, sin embargo, considera que no fue una cuestión económica sino estética la que propiciaría el consejo del conde de Montalbán respecto a la traza del túmulo (M. A. ALLO MANERO: *Exequias de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica*, Zaragoza 1992, pp. 519-520).

Esta situación se repetiría en muchas de las ciudades y villas que recibieron el real encargo de celebrar honras por la muerte del príncipe Baltasar Carlos. Tal sería el caso, por ejemplo, de las exequias celebradas en la catedral de Sevilla. La ciudad, ante la falta de fondos, tuvo que pedir al Consejo de Castilla y al Cabildo que le ayudase a financiar las honras. Honras que, por otra parte, resultaron muy modestas, como veremos al referirnos al túmulo, y que estuvieron marcadas por la reutilización de materiales: se reutilizaron las piezas del aparato que se había erigido desde 1638 para agradecer las mercedes que Urbano VIII había concedido a la catedral hispalense, se recurrió a las telas que se usaban en el monumento de Semana Santa, y se aprovechó el paño del dosel que había acogido a Felipe IV en su visita a la ciudad en 1624 como paño mortuario ⁴⁶⁰.

Si en el caso de las exequias reales de la corte la casa real lo gestionaba todo, algo similar ocurriría en las honras celebradas en las ciudades de la Monarquía. Y del mismo modo, también ellas contaban con un marcado protocolo. Una vez llegada la noticia, el ayuntamiento redactaba la carta de pésame al rey, al tiempo que designaba a los delegados que viajarían a Madrid para presentar sus respetos y besar la mano del monarca. Sin embargo, en ocasiones y ante la falta de medios económicos para afrontar esta exigencia de la ceremonia, se confería esa responsabilidad a los procuradores que la ciudad tenía en la corte, como consta en el caso concreto de Sevilla ⁴⁶¹. Por otro lado, también desde el ayuntamiento se nombraba a los comisarios que se encargarían de organizar y gestionar todo lo concerniente a las honras, y se elegía el templo en el que se celebrarían. Sin embargo, en estos casos, muchas de las decisiones exigían la participación del cabildo de la ciudad, que también habría recibido la misma carta regia. Generalmente, por la preminencia y tamaño, las honras eran celebradas en las iglesias-catedral, lo que no eximía de esta obligación al resto de parroquias, monasterios o conventos de la ciudad ⁴⁶².

De hecho, la exigencia real a la hora de celebrar las exequias implicaba a toda la comunidad. Y es que, las honras fúnebres, como parte de las fiestas, eran eventos de naturaleza pública, “la entraña de los procesos de comunicación y difusión ideológica en el Barroco” ⁴⁶³. Así, la ciudad al completo se convertía en un

⁴⁶⁰ J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla durante el siglo XVII*, Sevilla 1992, pp. 47-82.

⁴⁶¹ *Ibidem*, p. 18.

⁴⁶² M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales...*, *op. cit.*, pp. 58-59.

⁴⁶³ F. R. DE LA FLOR: *Atenas castellana. Ensayo sobre cultura simbólica y fiestas en la Salamanca del antiguo régimen*, Valladolid 1989, p. 34.

ingrediente fundamental del espectáculo barroco de las exequias reales, como espectadora y actriz de las mismas. La clave de esta trascendencia pública de las honras fúnebres la encontramos en las formas de comunicación de la noticia. Las campanas, con un repiqueteo pautado, que duraba todo un día, anunciaban la muerte de la persona real, que se vería confirmada a través del pregón ⁴⁶⁴. Este último, elaborado por el ayuntamiento, fijaba la fecha y emplazamiento de las honras, imponía la obligación de vestir lutos, y avisaba de las penas con las que se castigaría la falta de asistencia a las exequias o la trasgresión del luto ⁴⁶⁵. Y es que estas celebraciones no estuvieron exentas de problemas en la participación, que en la mayoría de los casos, estuvieron relacionados con las cuestiones de preminencia que ya hemos observado en otros de los momentos del ceremonial de la muerte regia.

Por supuesto, no faltan ejemplos en las exequias del príncipe Baltasar Carlos. La relación de las honras de Pamplona, remite a una incidencia ocurrida en las honras de la reina Isabel de Borbón, incidencia que el virrey pretendía evitar en esta ocasión:

ordeno al señor regente que de su parte hablase al señor Obispo para que no se escusase de asistir a las honrras como subcedio en las de la Reyna Nuestra Señora, pretendiendo algunas autoridades impropias de aquel dia ⁴⁶⁶.

Apreciamos además, en la misma relación, como el virrey defendía su preeminencia, mandando cambiar la distribución de los asientos ya que “no parecio al señor virrey decente proposición pues siempre quedan el obispo y el cavildo superiores a su silla” ⁴⁶⁷. En este caso, el cambio de posiciones y la pugna por la precedencia no conseguiría “callar la concordia universal” ⁴⁶⁸, que, sin embargo, estuvo amenazada en las exequias sevillanas del príncipe Baltasar Carlos. Allí, el principal problema estuvo en el desinterés de algunos por participar. Varios empleados del ayuntamiento pidieron ser eximidos, y hubo que amenazar con una multa de 500 ducados a los corredores de la lonja para que asistieran. Pero la insolencia fue más allá. Hubo que pagar a algunos participantes –ministros, canónigos, y al arcediano–, y el segundo día de las honras, algunas de las

⁴⁶⁴ J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 27.

⁴⁶⁵ M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales...*, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁴⁶⁶ *Relacion de las honras de un Principe en Pamplona*, *op. cit.*

⁴⁶⁷ *Ibidem.*

⁴⁶⁸ *Ibidem.*

instituciones se retrasaron, lo que molestaría profundamente a la audiencia real ⁴⁶⁹.

Como venimos viendo, el peso de la gestión y organización de las exequias, recaía en el ayuntamiento, aunque, en determinados aspectos, necesitaba de la colaboración de los cabildos, sobre todo, en lo referente a la liturgia de las honras. La financiación, sin embargo, corría a cargo del erario público, que, como vimos en las honras del príncipe Baltasar Carlos en Sevilla, en ocasiones necesitaba de préstamos personales y ayudas reales. Y es que, tras ser debidamente aprobado, en ocasiones se recurrió a las rentas reales. Este fue el caso de las exequias celebradas en Guadalajara, provincia de Nueva Galicia, por el príncipe. En aquella ocasión, la ciudad sacó 10.500 pesos de la “las caxas de viernes de difuntos”, cantidad que el presidente, don Pedro Fernández de Baeza, pretendía que le restituyeran. Sin embargo, la respuesta del Consejo y del rey fue tajante: por no haberlo hecho con orden suya “como era necesario manda que de vuestros salarios y de todos los ministros y demás personas a quien hubieren dado lutos” se repusieran ⁴⁷⁰.

Ayuntamiento, cabildo, instituciones eclesiásticas y civiles, así como el pueblo en general. Todos, como hemos visto, estaban obligados a participar, en mayor o menor grado, con más o menos responsabilidades, en las exequias reales. Como decíamos, la fiesta de la muerte era un acto público, pilar fundamental de la comunicación entre la Monarquía y sus miembros, y canal primordial para la difusión ideológica. Persuasión y publicidad fueron las finalidades básicas de estos espectáculos ⁴⁷¹. Publicidad de la ciudad, del difunto y de la dinastía, difusión de los contenido programáticos de la Monarquía y la Iglesia, e imagen y ratificación de las relaciones que construyen el Estado. Todo ello se persigue en la celebración de las exequias fúnebres, a través de canales como los lutos, el cortejo, el túmulo y la liturgia, y de su sensualidad. Pues no olvidemos que nos encontramos ante una sociedad barroca, que persuade e instruye a través de los sentidos.

Poco a poco, iremos desentrañando los canales y objetivos de las exequias del príncipe Baltasar Carlos, señalando, como hasta ahora, sus peculiaridades y similitudes en el marco de la fiesta de la muerte barroca y española. Pero antes, queríamos recuperar una idea que ya defendimos: la muerte regia como una muerte diferencial. Y es que, los ingredientes de las exequias que vamos a analizar nos remiten a la especificidad de las defunciones de las personas reales.

⁴⁶⁹ J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, *op. cit.*, pp. 48-49.

⁴⁷⁰ AGI, Guadalajara 230, L. 3, f. 56.

⁴⁷¹ J. GÁLLEGO: *Visión y símbolos en la pintura española...*, *op. cit.*, p. 150.

No nos referimos tanto a la suntuosidad o a lo profuso de estas celebraciones, sino a elementos de uso casi exclusivo en las exequias reales. Ya hemos indicado como el cambio de actitud en el ceremonial contribuyó a la exaltación y sacralización del poder regio. Pero esta tendencia sería emulada por aquellos cuya economía se lo permitía. Así, con la intención de reservarse para sí y sus familias los mayores honores, los monarcas se vieron forzados a regular aspectos de las ceremonias. En el caso de las honras fúnebres, serían los lutos y los túmulos, el objeto de estas pragmáticas.

Desde 1565 quedaban limitados los lutos generales en el caso de la defunción de un miembro de la familia real, mientras que en el caso de muerte fuera de este círculo, el uso del luto quedaba restringido a sus familiares más cercanos. Del mismo modo, se imponía que las lobs, tocas y capirotos eran de uso exclusivo para el luto regio, reduciéndose en los demás casos a capas y capuces. Por otro lado, el uso de catafalcos, desde la misma fecha, quedó también limitado a las exequias de personas reales⁴⁷². Sin embargo, la amenaza de multas ante el incumplimiento de estas pragmáticas, no siempre resultaba efectivo. La publicidad, la exaltación del poder del difunto y su familia que proporcionaban estos elementos de las exequias eran demasiado tentadoras, y tan efectivas que no sólo serían imitadas por la nobleza o el alto clero, sino que también sería adoptadas por otras cortes europeas⁴⁷³.

3.3.6. *Los lutos*

Acabamos de exponer como los lutos constituyeron uno de los ingredientes prácticamente exclusivos de las exequias reales. Esta exclusividad radicaba en la efectividad del luto como un instrumento del teatro barroco de la muerte, dirigido, de nuevo, a la afección de los sentidos. El negro y la austeridad en el vestir invadían las calles de las ciudades de la Monarquía, exteriorizando de este modo la aflicción que debía embargar a los vasallos la muerte de la persona real. Sin embargo, el luto fue mucho más que un símbolo de una pena y un decoro exigidos. Estos contribuyeron en la formación de la imagen de la Monarquía y en la publicidad de sus miembros, al tiempo que difundían y reforzaban la naturaleza de las relaciones invisibles que habían construido el Estado.

⁴⁷² M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales...*, *op. cit.*, pp. 38-39.

⁴⁷³ La influencia española en las exequias europeas fue fundamental en lo que se refiere a sus manifestaciones artísticas en la decoración del templo (M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: "El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana...", *op. cit.*, p. 41).

La calidad de los lutos y su ostentación permitía a las ciudades y la corte demostrar su poderío, lo que repercutía directamente en la imagen de una Monarquía que intentaba exteriorizar su esplendor económico⁴⁷⁴. O al menos eso se pretendía, ya que en el caso concreto de la muerte del príncipe Baltasar Carlos, la dura situación económica de los reinos acabaría por imponerse a la función publicitaria de los lutos:

Por execucion de la real carta de Su Merced de 21 de octubre [...] en que nos manda que se hagan las demostraciones de lutos por la muerte del serenísimo Don Baltasar Carlos de Austria [...] en la forma acostumbrada, se trato de hazer los lutos en la misma conformidad, que hasta hoy se han hecho; pero considerando la estrechez del tiempo que nos hallamos, y las pocas fuerças de esta casa, por los muchos debitos que tiene, parecio conveniente no dar las porciones que se han acostumbrado dar en otras ocasiones⁴⁷⁵.

Esta determinación del Consejo de Aragón sería compartida por el resto de consejos de la Monarquía, que decidieron moderar, sin hacer ofensa, los lutos por el príncipe Baltasar Carlos. Así, por ejemplo, el virrey de Navarra indicaba que:

porque fuese menor el gasto de los consejeros y ministros mando que la ciudad se bitiese de vayeta, y por dar exemplo lo ejecuto en su persona faltando al estilo de lutos de paño por la conbeniencia general⁴⁷⁶.

Ciudad, corte y monarquía. Los lutos contribuyeron a crear su imagen y a publicitarla. Pero también sus integrantes, a título personal, consiguieron la misma publicidad. Y es que, la obligación de las autoridades municipales y cortesanas de portar dichos lutos, constituyó también un derecho de privilegio inherente a los oficios y servicios reales⁴⁷⁷. El luto nos remite de nuevo a las preeminencias de una sociedad jerarquizada, que asume el orden social establecido, donde cada uno defiende su posición, en este caso, a través de la calidad y procedencia del luto.

En el caso de la corte, era el rey el que distribuía los lutos. Así, Felipe IV, por real decreto del 11 de octubre de 1646 ordenaba que se diesen

lutos a todos los criados de mis casas reales en la forma que se ha acostumbrado en semejantes ocasiones. Y porque conviene que los que tocaren a los criados de

⁴⁷⁴ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 121.

⁴⁷⁵ ACA, Consejo de Aragón, Leg. 0725/58/1.

⁴⁷⁶ *Relacion de las honras de un Principe en Pamplona*, *op. cit.*

⁴⁷⁷ M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales...*, *op. cit.*, p. 53.

ambas casas que han venido sirviendo en esta jornada [la del rey y la del príncipe] se les de aquí sin aguardar a lo que el conde [se refiere al conde de Montalbán a quien había ordenado disponerlo todo] ha de obrar en cumplimiento de la dicha orden, he resuelto que lo que toca a los que están aquí corra por el Bureo [...] teniendo entendido que en esto no han de ser comprendidas por ahora mis guardas por aver poco tiempo que se vistieron de negro⁴⁷⁸.

En las ciudades, los lutos corrían a cargo de las propias autoridades municipales, aunque en ocasiones se concedían ayudas de costa a algunos de sus miembros. El hecho de ser uno de los elegidos para portar esos lutos, era un privilegio que reforzaba su posición dentro del aparato de la Monarquía. Sin embargo, y como venimos viendo, la difícil situación económica por la que atravesaban los reinos en 1646, haría que fuese necesario recortar estos privilegios, como se colige de la resolución del Consejo de Indias, donde se impuso la moderación que convenía, resolviendo que sólo los que tuvieran título de oficio en propiedad los recibiesen⁴⁷⁹.

En cualquier caso, y a pesar de los recortes en los lutos por el príncipe Baltasar Carlos, estos no perdieron su poder publicitario y promotor. Así, observamos como la cantidad de lutos sería utilizada en algunos casos para subrayar la imagen de algunas ciudades, como fue el caso de Zaragoza en las exequias aragonesas:

Finalmente salio la ciudad de Çaragoça haziendo el duelo mas grave, i lastimoso el espectáculo, que mirábamos, el gran numero de enlutados que iba delante con lobs, i chias en la cabeça⁴⁸⁰.

Entendemos entonces que el luto contribuyó a crear la imagen de la Monarquía y a subrayar su estructura jerarquizada. Pero su valor iba más allá, hasta el punto de contribuir a la “gran construcción del Estado”⁴⁸¹. Vistiendo de luto por un personaje regio, la comunidad experimentaba como lo que afectaba a su señor natural repercutía sobre ella. El individuo demostraba sentimientos por alguien al que normalmente no conocía y los compartía con la familia real y demás vasallos. Así tomaba conciencia de que formaba parte del Estado y los lazos invisibles que unían y configuraban aquella construcción que era la Monarquía, se reforzaban.

Sin embargo, este poder de adhesión no fue exclusivo de los lutos, ni siquiera de las exequias reales. Toda celebración o ceremonia regia pretendía reforzar la construcción de la Monarquía, a través de cada momento, de cada símbolo.

⁴⁷⁸ AGP, SH, caja 93/10.

⁴⁷⁹ AGI, Indiferente, 426, leg. 13, f. 195.

⁴⁸⁰ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 191.

⁴⁸¹ M. J. DE LARA RÓDENAS: *La muerte Barroca...*, *op. cit.*, p. 50.

Podríamos decir que esta era la finalidad última de los rituales regios. Por ello, sólo una visión completa de la ceremonia, en este caso de las exequias del príncipe Baltasar Carlos, nos permitirá apreciar su efectividad como instrumento en la creación del Estado.

3.3.7. *El cortejo*

Las exequias reales, como reiteración simbólica del entierro, repetía completamente el proceso que ya hemos estudiado, en el cual, el cortejo se perfilaba como elemento principal. De nuevo las campanas, con el repiqueteo codificado, actuaban como un altavoz que llamaba a la ciudad para comenzar las honras. Así, mientras en el templo se iniciaban las primeras oraciones, los cortejos se iban organizando e iniciaban la marcha hacia la iglesia. Estas comitivas, perfectamente organizadas y enlutadas, recreaban, de nuevo, la estructura jerárquica de la Monarquía. Los miembros del cortejo, los actores del espectáculo de la muerte, acataban el lugar que les correspondía en el orden social, que al mismo tiempo era difundido entre los espectadores-vasallos. Así, las procesiones contribuían al principal objetivo de las ceremonias regias públicas, tales como las exequias: la adhesión y propagación del Estado. Sin olvidarse de la publicidad de sus miembros e instituciones, que a través del “cortejo-exhibición” encontraban una forma de ostentar su poder⁴⁸². Los lutos que portaban –su calidad y cantidad–, así como el acompañamiento musical de trompetas con sordinas, contribuían a llamar la atención del espectador sobre ellos, convirtiéndolos, por el momento en actores-protagonistas de la ceremonia⁴⁸³.

Pero, el afán de las distintas autoridades civiles por diferenciarse y subrayar su protagonismo, contribuyó también a generar conflictos, pugnas por la precedencia, en los cortejos, problemas que, como veremos, se repetirían dentro del templo. En este sentido, las exequias del príncipe Baltasar Carlos no serían una excepción. En Sevilla, por ejemplo, los escribanos públicos solicitaron ser los únicos que asistieran a las honras del príncipe, o al menos, hacerlo de forma destacada⁴⁸⁴. Tales eran las disputas entre los delegados civiles, que incluso se impusieron varios cortejos con diferentes itinerarios para evitar que los problemas de preeminencia que podía ocasionar el encontronazo de las distintas instituciones. En Zaragoza,

⁴⁸² J. M. DÍEZ BORQUE: *Los espectáculos del teatro y de la fiesta en e Siglo de Oro español*, Madrid 2002, p. 211.

⁴⁸³ J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 26.

⁴⁸⁴ *Ibidem*, p. 48.

por ejemplo, donde las honras se celebraban en la plaza del Mercado, existían tres procesiones: la eclesiástica, la municipal y la correspondiente a los diputados del reino de Aragón ⁴⁸⁵. Algo similar ocurría en Sevilla, donde la ciudad, los miembros de la audiencia real, y la Inquisición recorrían tres itinerarios distintos hacia la catedral ⁴⁸⁶. La ciudad, como patrocinadora de las exequias, conocedora de la publicidad y significación que el cortejo confería, intentaba subrayar su protagonismo y diferenciarse del resto de las autoridades civiles del reino, algo que había generado importantes competencias en un cortejo unificado ⁴⁸⁷.

Veremos como en las exequias fúnebres, el templo se convertiría, salvo contadas excepciones, en el centro de la ceremonia, lo que limitaba el espacio de la fiesta e imponía la concurrencia de una comitiva selecta y restringida. De hecho, era habitual emplear algunas medidas de contingencia para evitar que el público general invadiese y desbordase el lugar de la celebración ⁴⁸⁸. Así, por ejemplo, en las exequias del príncipe Baltasar Carlos,

para que los asientos de la plaza del Mercado [de Zaragoza] estuviesen despejados se fabricò una balla de siete palmos en alto, que corria docientos palmos de largo, i de ancho todo lo que permitian las casas, sin dexar passo sino por los sobreportales ⁴⁸⁹.

Este mercado, además, tratándose de un lugar abierto, debía ser vigilado constantemente para evitar el pillaje en los momentos en los que no se celebraban las honras. La costumbre marcaba que fueran los religiosos de la iglesia de San Pablo los encargados de la vigilancia del túmulo del mercado de Zaragoza, tradición que también se observaría en las honras del príncipe Baltasar Carlos:

no se aviso a la iglesia de San Pablo [para acudir al cortejo eclesiástico] porque acostumbra asistir al tumulo en la plaza, mientras no esta la Santa Iglesia Metropolitana ⁴⁹⁰.

Muy distinto, sin embargo, fue el caso de las exequias reales del príncipe en la corte. Los guardas reales que sirvieron en el cortejo y en la entrada al templo,

⁴⁸⁵ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, ff. 189-195.

⁴⁸⁶ J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 26.

⁴⁸⁷ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 127.

⁴⁸⁸ A. BONET CORREA: *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximaciones al Barroco Español*, Madrid 1990, p. 11.

⁴⁸⁹ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 188.

⁴⁹⁰ *Entierro y honras del Principe Don Baltasar Carlos de Austria* (ACSZ, *Libro de gestis* 1646, f. 77).

tuvieron una función más decorativa que práctica. La ostentación fue su finalidad, ya que según las relaciones, no prohibieron la entrada al templo ⁴⁹¹.

El cortejo, además, aportaría un nuevo escenario: la ciudad. De esta manera, las exequias conseguían involucrar y actuar sobre una audiencia mucho mayor. Los actores seguían siendo los mismo, unos pocos. Pero los espectadores se multiplicaban, apostados por las calles de una ciudad enlutada, engalanada de colgaduras negras ⁴⁹². Los lutos en las calles y en el cortejo, las campanas llamando a muerto, construían “un espacio de denso simbolismo” ⁴⁹³ que contribuía a crear la presencia figurada de una monarquía y un rey que, por lo general, se encontraban muy lejos de esa ciudad que ahora los percibía ⁴⁹⁴. Los cortejos que circulaban por ese escenario secundario que era la ciudad, contribuyeron a involucrar y a vincular las masas al Estado. Sin embargo, las referencias al público general son muy escasas en las relaciones de las honras, lo que dificulta analizar su participación. Generalmente, las crónicas de las exequias, haciendo honor a su naturaleza laudatoria, sólo mencionan la abundancia del gentío que asistía a los desfiles como un modo de elogio a la ciudad y sus autoridades, subrayando la fidelidad del pueblo a la Monarquía ⁴⁹⁵.

“A treinta de julio deste año [1647] se celebraron las exequias en la Iglesia Cathedral asistiendo a ellas [...] mucho pueblo” ⁴⁹⁶. Esta es la breve referencia al público general en las exequias del príncipe Baltasar Carlos en Mechoacan, algo que se repite en otras relaciones como en la de las honras que el Tribunal de la Inquisición celebró en Perú: el día 13 de octubre de 1647, primera jornada de las honras, la plaza de la Iglesia de la Inquisición se llenó de los carruajes de los asistentes, que fueron rodeados por una multitud de “gentes de todos los estados” que quería ver el cortejo ⁴⁹⁷. Las alusiones al pueblo no solían ir más

⁴⁹¹ S. ORSO: *Art and Death at the Spanish Habsburg Court...*, *op. cit.*, p. 26.

⁴⁹² J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 120.

⁴⁹³ F. R. DE LA FLOR: *Atenas castellana...*, *op. cit.*, p. 36.

⁴⁹⁴ *Ibidem*, p. 19.

⁴⁹⁵ A. BONET CORREA: *Fiesta, poder y arquitectura...*, *op. cit.*, pp. 8-10.

⁴⁹⁶ F. ISASI: *Brevissima noticia de las Exequias que se consagraron à las cenizas del Príncipe Nuestro Señor Don Balthasar Carlos de Austria en las Ilustre Ciudad de Valladolid Metrópoli y Cabeça de la Provincia de Mechoacan en la Nueva España, México 1647* (BNE, VE/155/33, f. 141).

⁴⁹⁷ P. ÁLVAREZ DE FARÍA: *Relación de las funerales exequias...*, *op. cit.*, p. 8. Habíamos visto como, aunque las exequias oficiales solían celebrarse en las catedrales de las ciudades,

allá de esta escueta referencia. Su lugar estaba en las calles y su participación se reducía a este ámbito, como espectador de las procesiones fúnebres. Sin embargo, una vez concluidas las jornadas de las exequias, el templo dejaba de ser un lugar reservado a una concurrencia selecta, y se abría al público, que, por lo general, dejaba de ser un espectador pasivo para convertirse en saqueador de ese espacio que había estado cerrado y vigilado ⁴⁹⁸. Así, también es habitual encontrar referencias a estas incursiones en el templo por parte del pueblo, como lo apreciamos en la relación de las exequias de la Inquisición en Perú por el príncipe Baltasar Carlos: acabados los actos, acudieron a ver el catafalco muchas gentes que arrancaron los jeroglíficos que decoraban la iglesia, “rasgando los tafetanes con la priessa del pillaje” ⁴⁹⁹.

3.3.8. *El templo y su tûmulo*

Una vez que el cortejo alcanzaba el pórtico de la iglesia en la que se celebraban las exequias, eran recibidos por el prelado oficiante y su comitiva, que los invitaban a entrar en el escenario principal de las honras, un espacio de subrayada importancia, no sólo por su carácter sagrado, sino también por alzarse como un espacio reservado a los privilegiados ⁵⁰⁰. Todo, absolutamente todo en el interior del templo, contribuía al teatro barroco de la muerte. La profusa decoración, signo evidente del *horror vacui* que caracterizó el arte moderno, la iluminación, los olores y sonidos, o la estricta etiqueta observada en la distribución de los asistentes y el desarrollo de la liturgia, nos remiten al “conjunto retórico y teatral” que fue la cultura barroca ⁵⁰¹. Desde el principio, los sentidos del espectador quedaban completamente conmocionados, su ánimo, secuestrado, y dispuesto para aprehender las lecciones morales, espirituales y políticas que emanaban de cada rincón. En concurrente se veía envuelto en la muerte, en el mensaje cristiano del

esto no eximía a otras instituciones eclesiásticas, quienes por lo general ofrecían oficios sencillos sin el aparato de las principales. Sin embargo, en ocasiones como la de Perú, vemos como la Inquisición celebró unas exequias similares a las que la catedral había ofrecido varios días antes.

⁴⁹⁸ F. R. DE LA FLOR: *Atenas castellana...*, *op. cit.*, p. 44.

⁴⁹⁹ P. ÁLVAREZ DE FARÍA: *Relación de las funerales exequias...*, *op. cit.*, p. 11.

⁵⁰⁰ M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales...*, *op. cit.*, p. 92. Recordemos que sólo una vez acabadas las exequias, se permitía la entrada a naturales y extranjeros (J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 131)

⁵⁰¹ *Ibidem*, p. 125.

triunfo sobre ella simbolizado a través del regio difunto y de la inmortalidad de su alma, reflejo del carácter sagrado de la Monarquía⁵⁰².

Pero el programa político y teológico, se fusiona también con la exaltación y publicidad del difunto y la corona, amén de la del patrocinador de la exequias, sobre todo, a través del túmulo, corazón del escenario de la muerte. Gracias a esta última finalidad de las exequias y de la disposición del templo, las relaciones de las mismas, normalmente encargadas por lo comisarios de las honras fúnebres, contamos con profusas descripciones sobre la decoración, reseñas que persiguen encumbrar a sus benefactores⁵⁰³. Al fin y al cabo, la celebración de las honras y la noticia de las mismas constituyeron “un camino de promoción, una memoria viva de magnificencia, de fidelidad, de poder”⁵⁰⁴. Cada ciudad quería regalar las mejores honras a su príncipe, para reforzar su propia imagen. Así, la muerte de Baltasar Carlos, al igual que la del resto de personas reales, desplegaría cierta competitividad entre las villas de la Monarquía:

Estas nobilissimas Provincias de la Nueva España igualaron à su lealtad las demostraciones del dolor. Todas las metropolis, y ciudades con funerales honras, y exequias solemnissimas fueron à competencia en las fineças⁵⁰⁵.

Competencia en los detalles, frente a la codificación general de las decoraciones y distribuciones en el templo. Y es que, hubo elementos comunes que respetaron todos los patrocinadores de las exequias reales, ya fuese por imposición de la costumbre o por exigencias de la etiqueta. En la corte, el ceremonial recogía como debía disponerse todo dentro del templo:

Cuelgase la capilla de la Iglesia Mayor de San Geronimo de telas de oro, damascos o terciopelos negros, y el cuerpo de la Iglesia hasta la puerta de paño negro, y los suelos y vancos de embajadores, Grandes y mayordomos de bayeta⁵⁰⁶.

Las ciudades y villas de la Monarquía, imitaban por lo general las disposiciones de la corte⁵⁰⁷. Así, todos los templos fueron enlutados para celebrar las

⁵⁰² F. R. DE LA FLOR: *Atenas castellana...*, *op. cit.*, pp. 51-53.

⁵⁰³ M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, p. 56 y A. BONET CORREA: *Fiesta, poder y arquitectura...*, *op. cit.*, pp. 8-9.

⁵⁰⁴ F. R. DE LA FLOR: *Atenas castellana...*, *op. cit.*, p. 54.

⁵⁰⁵ F. ISASI: *Brevissima noticia de las Exequias...*, *op. cit.*, f. 141.

⁵⁰⁶ *Etiquetas Generales de Palacio...*, *op. cit.*, p. 983.

⁵⁰⁷ M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales...*, *op. cit.*, p. 106.

exequias, cubriendo los muros, capillas y altares con colgaduras negras. Estas provocaban varios efectos, algunos óptico-arquitectónicos, y otros simbólico-psicológicos. Al ocultar las capillas laterales y las naves transversales, se recogía la mirada del espectador y se imponía un solo punto de fuga en el crucero: el túmulo⁵⁰⁸. Del pórtico al catafalco, se imponía una línea horizontal que, al mismo tiempo, creaba una única calle para el avance del cortejo. Pero esta estructura no sólo respondía a una solución arquitectónica, sino que estaba cargada de simbolismo. La travesía se convertía en una metáfora de la vida terrenal, un espacio angosto rodeado de “muros” negros que soportaban emblemas, jeroglíficos y cuadros con sucesos de la vida del difunto⁵⁰⁹. La tenue iluminación de la nave se veía interrumpida, al fondo, por la imponente iluminación artificial del túmulo, lo que invitaba al participante a avanzar hasta ella. Allí, la horizontalidad terrena era contestada por la línea vertical y ascendente que dibujaba el catafalco. En él yacía el moribundo, cuya alma, siguiendo el camino marcado por el túmulo, ascendía hasta los cielos y nacía a la vida eterna⁵¹⁰. De esta forma, la iglesia, su estructura, dejaba de ser un mero espacio para convertirse en símbolo del triunfo sobre la muerte. Las líneas, pero también la iluminación, crean esta imagen. La oscuridad de la nave, frente a la luz que irradiaba el catafalco, nos remiten al tenebrismo barroco. La penumbra de la muerte envolvía al hombre y a la travesía de la vida terrena, en cuyo fin, la tumba, su alma emprendía el último viaje hacia la luz, símbolo de la gracia y vida eterna⁵¹¹. El público, ya no sólo recibía el mensaje a través de las imágenes y jeroglíficos que observaba, sino que estaba envuelto en él.

El recorrido visual y simbólico por el templo, conducía a los espectadores al lugar que les correspondía, siempre en torno al catafalco, en torno al triunfo sobre la muerte. De esta manera, el espacio se jerarquizaba, subrayando de nuevo el orden social que defendía la Monarquía. De nuevo, era la etiqueta la encargada de determinar el sitio de cada uno, en el caso de las exequias de la corte⁵¹². El ceremonial recogía, entre otras, la ubicación del monarca durante las exequias. La cortina desde la que el rey asistía a las honras se colocaba en la iglesia de San

⁵⁰⁸ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 123.

⁵⁰⁹ *Ibidem*, p. 110.

⁵¹⁰ A. BONET CORREA: “La arquitectura efímera del Barroco en España”, *Norba-arte* 13 (1993), p. 38.

⁵¹¹ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 125.

⁵¹² AGP, SH, caja 56/3.

Jerónimo el Real, del lado del Evangelio, y a ella accedía el monarca, una vez que la comitiva estaba correctamente situada, “por la escalera que se a echo desde el palacio del Buen Retiro”⁵¹³. Y en este sentido, las exequias del príncipe Baltasar Carlos resultarían pioneras, ya que sería la primera vez que Felipe IV, tras todas las muertes que habían acontecido durante su reinado, usase dichas escaleras. Éstas se construyeron en 1644 para facilitar la llegada a la cortina del príncipe Baltasar Carlos, quien fue nombrado por su padre para asistir en su nombre a las exequias de Isabel de Borbón⁵¹⁴. Dos años más tarde, el marqués de Malpica le recordaba al rey, que si “quisiere subir por la escalera nueva pordra haçerlo que la hallara en estado para ello”⁵¹⁵.

En las ciudades, sería la tradición, recordada por los expedientes de las honras fúnebres, la que fijara la colocación de los asistentes, que en el caso del príncipe Baltasar Carlos, estuvo fuertemente influenciada por las exequias de su madre, Isabel de Bobón. Así se observa en el caso de Zaragoza. Y es que, en la documentación referente a la exposición del cadáver del príncipe en el palacio arzobispal, junto al esquema del gran salón, se conserva el esquema de las exequias de Isabel de Borbón en la iglesia metropolitana de la Seo, el cual habría sido consultado en 1646 para celebrar las honras del príncipe⁵¹⁶.

Como hemos visto, el ceremonial cortesano se caracterizó por ser escenario simbólico de las relaciones sociales y sus conflictos, de los que no estarían exentas las honras del príncipe Baltasar Carlos, como vimos en el caso de las exequias que se hicieron en Pamplona. En la corte, el marqués de Malpica, intentando evitar agravios, consultaba a Felipe IV sobre dónde ubicar a los embajadores que no tenían asiento en la capilla: “he oido sintieron ahora dos años no se les diese lugar donde estar pareçeme seria a proposito para ellos una de las tribunas que tienen los frailes”⁵¹⁷.

Las relaciones de las honras vierten poca información sobre las decoraciones de la nave central de los templos, siendo el túmulo el objeto de sus minuciosas y

⁵¹³ *Etiquetas Generales...*, *op. cit.*, p. 983.

⁵¹⁴ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 129.

⁵¹⁵ Carta del marqués de Malpica a Felipe IV de 7 de noviembre de 1646 (AGP, SH, caja 76/11).

⁵¹⁶ *Planta del túmulo de las Reales Exequias de la Reyna de España Doña Isabel de Borbón en 1644, conservada junto a la planta del Salón Arzobispal de Zaragoza en 1646* (BNE, Ms. 18723/35).

⁵¹⁷ Carta del marqués de Malpica a Felipe IV de 7 de noviembre de 1646 (AGP, SH, caja 76/11).

“superlativas” descripciones⁵¹⁸. Así, a la vista de las crónicas que se conservan de las exequias del príncipe Baltasar Carlos, sólo podemos ratificar como se enlutaron los templos con tafetán y terciopelo negro con bordados de oro y cubiertos de jeroglíficos⁵¹⁹. Muy diferente, como anunciábamos, sería el caso de los catafalcos que se erigieron en memoria del heredero. En algunos de las relaciones sólo contamos con la descripción del túmulo y, en el mejor de los casos, un recorrido detallado por sus emblemas y jeroglíficos. Pocas son las ediciones que contienen un grabado del túmulo que nos proporcione una visión completa de su magnificencia.

La delicada situación económica de la Monarquía y sus ciudades influiría en las exequias del príncipe Baltasar Carlos, algo que se evidencia, según algunos autores, en los catafalcos “apenas menores” del heredero⁵²⁰. De hecho, sólo los túmulos zaragozanos del príncipe fueron excluidos por los mismos estudiosos de esta categoría inferior. Dos monumentos que incluso se han considerado de los más suntuosos⁵²¹.

Habíamos apuntado ya el caso de Sevilla, donde el modesto catafalco se compuso a partir de las piezas y ropajes de otros aparatos que se habían expuesto en la catedral. De planta cuadrada con dos cuerpos de altura que descansaban sobre tres gradas, el sencillo túmulo se remataba, sin dosel ni cúpula, con la tumba⁵²². A su cabecera, una cruz de cristal miraba hacia al coro, y a sus pies y sobre el féretro descansaba una espada desenvainada, cuya punta miraba al altar mayor.

Efectivamente, poco tiene que ver esta imagen con el espléndido túmulo que veremos, por ejemplo, en el caso zaragozano. Sin embargo, incluso desde su simplicidad, este catafalco observaba algunas de las máximas que imponía la etiqueta, al tiempo que repetía estructuras tradicionales cargadas de simbolismo. Por un lado, la planta, cuadrada nos resulta baladí. Será una de las más repetidas en las

⁵¹⁸ A. BONET CORREA: *Fiesta, poder y arquitectura...*, *op. cit.*, p. 9. Ya hemos subrayado el carácter propagandístico de estas relaciones.

⁵¹⁹ P. ÁLVAREZ DE FARÍA: *Relación de las funerales exequias...*, *op. cit.*, p. 7. La diferencia en las calidades de estas colgaduras negras, también contribuyeron a jerarquizar el espacio: del tafetán y la bayeta de la nave, al terciopelo y damascos del presbiterio (J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 110).

⁵²⁰ J. GÁLLEGO: “Aspectos emblemáticos en las reales exequias españolas de la Casa de Austria”, *Goya* 187-188 (1985), p. 122.

⁵²¹ J. GÁLLEGO: *Visión y símbolos en la pintura española...*, *op. cit.*, p. 143.

⁵²² Este esquema, que la catedral hispalense reservaba a las honras de los papas, sería utilizado de nuevo, en 1665, a la muerte de Felipe IV (J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, *op. cit.*, pp. 81-82).

exequias de los Austrias, ya que, la estabilidad de esta figura geométrica hacía referencia a la firmeza de la dinastía ⁵²³. De hecho, sólo uno de los túmulos dedicados al príncipe, y de los que tenemos constancia, empleó una planta diferente ⁵²⁴. En Zaragoza, en la plaza del Mercado, el cuadrado sería sustituido por una cruz griega, que se convertiría en la base física y simbólica de la Monarquía y sus reinos.

Por otro lado, observamos como el tímido aparato hispalense respetó parcialmente las exigencias de la etiqueta respecto a la decoración de la tumba. Como ya hemos indicado, las ciudades de la Monarquía intentaron imitar, en la medida de lo posible, los rasgos de las ceremonias cortesanas. En este punto, la etiqueta marcaba que, en la corte, la tumba de los príncipes jurados debía soportar una corona, una espada y el Toisón de Oro, en el caso de que el difunto hubiera sido honrado con tal privilegio. Suponemos que en San Jerónimo el Real se observarían todas las exigencias, ya que Baltasar Carlos había sido nombrado caballero de la Orden en 1638. Cada uno de estos elementos diferenciaban y definían al difunto. Por un lado, la corona hacía referencia, no sólo a la condición terrena del monarca o del príncipe jurado, sino que también anunciaba su reinado en la vida eterna ⁵²⁵. Por otra parte, la espada, símbolo de la esencia del príncipe, defensor de la fe y la religión católica ⁵²⁶.

Siguiendo con el análisis del catafalco sevillano, hay otro aspecto común a las exequias reales. Nos referimos a la reutilización de materiales y piezas de otros aparatos. Junto a los factores económicos, la premura con la que eran celebradas las honras, hacía que esta práctica fuese muy habitual. Al fin y al cabo, se trataba de arquitecturas efímeras, que no por ser desmontadas debían ser destruidas.

Mucho se ha escrito sobre las arquitecturas efímeras como elemento fundamental de la cultura barroca, del espectáculo barroco. En lo que se refiere a las exequias reales, la naturaleza pasajera de estas construcciones no sólo respondía a una cuestión práctica y al carácter temporal de las celebraciones, sino que se convertía en un nuevo símbolo, en una referencia más a la fugacidad de la vida terrena, tan efímera como el monumento que ahora celebraba su muerte ⁵²⁷.

⁵²³ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 114.

⁵²⁴ Andrew Stephen Arbury recoge la descripción de los catafalcos de Baltasar Carlos en Jeréz de la Frontera, Madrid, Málaga, Amberes y Zaragoza (A. S. ARBURY: *Spanish catafalques of the sixteenth and seventeenth centuries*, Nueva Jersey 1992, pp. 218-223).

⁵²⁵ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 125.

⁵²⁶ J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 91.

⁵²⁷ A. BONET CORREA: "La arquitectura efímera del Barroco en España", *op. cit.*, p. 37.

Así, el túmulo del príncipe Baltasar Carlos en la iglesia de la Inquisición de Perú, que tocó el techo del crucero, rozaba la gloria que había alcanzado el heredero⁵²⁸. También sorprendieron a sus espectadores los 154 palmos del catafalco de la plaza del Mercado de Zaragoza, muy superior, por las restricciones que imponía, al de la catedral de la Seo⁵²⁹.

Pero la capacidad simbólica del túmulo iba más allá. Se apreciaba en todos sus elementos, tanto arquitectónicos como decorativos. Ya hemos hablado de su verticalidad ascendente, imagen del triunfo sobre la muerte y la resurrección a la vida eterna. El estudio pormenorizado de sus elementos, añade simbolismos y referencias políticas. Así, por ejemplo, el orden de sus columnas, partiendo de la tratadística clásica, aporta rasgos genéricos del personaje al que está dedicado⁵³⁰. El dórico de las columnas del primer cuerpo del túmulo de la plaza del Mercado de Zaragoza, denotaba fortaleza, frente al jónico del catafalco de la Seo, que implicaba delicadeza y poderío⁵³¹. Junto a las pilastras, el remate del túmulo también definía al difunto. Las formas piramidales que se impusieron en la mayoría de los casos, contribuían a subrayar la verticalidad del monumento, al tiempo que aludían al triunfo y la gloria eterna del difunto⁵³². Apreciamos este remate en los túmulos de Amberes y Málaga⁵³³, y de forma indirecta en el de la plaza del Mercado de Zaragoza. Titulado por Uztárroz como *Obelisco*, aludía a su envergadura, y hacía referencia a los más importantes monumentos funerarios, tales como las Pirámides de Egipto o al Mausoleo del Halicarnaso⁵³⁴. Pero también hacía referencia a Baltasar Carlos y su triunfo sobre la muerte. No en vano, ya Saavedra Fajardo en sus empresas, había vinculado el obelisco a la fama gloriosa del príncipe⁵³⁵.

La arquitectura de sus túmulos había, por ahora, contribuido a ensalzar al príncipe Baltasar Carlos y anunciar el mensaje triunfante de la Iglesia Católica

⁵²⁸ P. ÁLVAREZ DE FARÍA: *Relación de las funerales exequias...*, *op. cit.*, p. 6.

⁵²⁹ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 149.

⁵³⁰ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 115.

⁵³¹ *Ibidem*.

⁵³² M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, p. 67.

⁵³³ Catafalco de la catedral de Amberes por el príncipe Baltasar Carlos en A. S. ARBURY: *Spanish catafalques...*, *op. cit.*, p. 512.

⁵³⁴ M. A. ALLO MANERO y J. F. ESTEBAN LORENTE: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana...”, *op. cit.*, p. 67.

⁵³⁵ D. DE SAAVEDRA FAJARDO: *Idea de un príncipe político-cristiano...*, *op. cit.*, p. 730.

ante la muerte. Sus decoraciones, no sólo ahondarían en estos mensajes, sino que aportarían nuevas significaciones. La *muerte seca* hacía su aparición a través de esqueletos y calaveras, metáforas y metonimias de la muerte respectivamente. En Málaga, la muerte cortaba con su guadaña las flores que representaban la juventud del príncipe Baltasar Carlos, mientras en la plaza del Mercado de Zaragoza, esqueletos pensantes descansaban en las esquinas del tercer cuerpo ⁵³⁶. “Avisaban a los mortales, que aquel lugar era el de su Triunfo” ⁵³⁷; el de la muerte y el del alma cristiana. Y es que, recordemos que la ambigüedad de la “muerte seca”: “los símbolos macabros, que nunca son lo que parecen, y que dan a entender tanto la muerte terrena como la vida eterna” ⁵³⁸.

Fueron también estas decoraciones un instrumento de publicidad de la Monarquía y sus ciudades. Los emblemas y escudos de armas invadían los túmulos, recordando la extensión de sus dominios terrenos, y ensalzando a aquellos que le dedicaban tales honras. En Perú, la urna fue decorada con el escudo de su patrocinador, el Tribunal de la Inquisición. Y en Zaragoza, todos los reinos de la Monarquía fueron representados por damas que portaban sus escudos de armas ⁵³⁹. Pero por encima de todas, en el frontal “en un lienzo mayor que los otros, que pintó directamente Iusepe Martinez, pintor de su Magestad”, se representaba la ciudad de Zaragoza que, sobre un pedestal de mármol y envuelta en blasones, era rodeada por los 5 jurados enlutados que representaban al Senado de la ciudad ⁵⁴⁰. Al fin y al cabo, Zaragoza no sólo era la patrocinadora de estas exequias y de su túmulo. Allí juró y murió el príncipe, quien en sólo 15 meses pasó “del tablado de la jura, al túmulo del entierro” ⁵⁴¹.

A blasones, pinturas y esculturas acompañaron también jeroglíficos, de los cuales sólo se conserva la descripción en algunas de las relaciones de sus honras. Recuerdan estos el programa católico de la muerte: un sol en el horizonte nace y

⁵³⁶ C. DE MEDINA: “Catafalco de la catedral de Málaga por el Príncipe Baltasar Carlos, 1646”, en A. S. ARBURY: *Spanish catafalques...*, *op. cit.*, p. 510. M. REMÓN: “Obelisco histórico y honorario que Zaragoza erigió a la memoria del señor Don Baltasar Carlos, 1646”, en J. M. DÍEZ BORQUE: *Los espectáculos del teatro y de la fiesta...*, *op. cit.*, p. 44.

⁵³⁷ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 154.

⁵³⁸ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 117.

⁵³⁹ J. F. ANDRÉS UZTÁRROZ: *Obelisco historico...*, *op. cit.*, f. 154.

⁵⁴⁰ *Ibidem*, pp. 154-155.

⁵⁴¹ P. ABELLA: *Oracion funebre en las exequias que la Imperial Ciudad de Çaragoza hizo a la muerte de su Principe Don Baltasar Carlos de Austria en la Santa Iglesia Metropolitana, Zaragoza 1646* (BMZ, A 156/2), p. 11.

se pone, remitiéndonos a la fugacidad de la vida; en el lecho, un príncipe resignado es rodeado por tres médicos que quitan su guadaña a la muerte, mientras una orla recuerda que el alma “menos segura suele estar en manos de que cura”, que es la aceptación tranquila de la muerte la que realmente contribuye a su salvación; y finalmente, el príncipe coronado entrado en el cielo mientras el reino llora, subrayan su triunfo sobre la muerte: “Llora el reino sin razon, porque mi dicha no alcança, pues si el perdio su esperança, yo gane mi posesion” ⁵⁴².

No faltaron tampoco en estos jeroglíficos las referencias a sus patrocinadores. En Perú, una gran lima, escudo de la ciudad, contemplaba una estrella eclipsada en señal de tristeza y de la esperanza perdida ⁵⁴³. Y en Vitoria, San Andrés y San Prudencio, patronos del cabildo de la iglesia colegial, intercedían ante Dios por el alma del príncipe ⁵⁴⁴. Incluso intentarán estos jeroglíficos ofrecer un motivo de tan lamentable muerte que, como en el caso de los sermones que veremos a continuación, no resulta del todo satisfactorio. Acabando de expirar el príncipe, el alma salió de su boca hacia el cielo, mientras una orla exclamaba: “Vuestro nombre (Baltasar) no imita a su sabio estilo que como es del cielo asilo que un Filipo a otro herede” ⁵⁴⁵.

“Parecía encendida esta maquina”, subrayaba el cronista de las exequias peruanas ⁵⁴⁶. La luz, elemento primordial de las exequias regias, actuaba como otro jeroglífico, “como emblema del alma que no se apaga” ⁵⁴⁷. Tal fue su importancia, que era la partida de cera la más elevada del túmulo, convirtiéndose en un instrumento que ensalzaba a sus patrocinadores. En Sevilla, la sencillez del catafalco se vio compensada por una iluminación de más de 50 velas, cuyo coste ascendió a 6.700 reales ⁵⁴⁸. Muy superior fue la partida en las exequias de la corte, que ascendería a 35.213 reales ⁵⁴⁹. Imaginemos por un momento el impacto de esta iluminación en una iglesia en tinieblas. El olor de cera e incienso, el humo

⁵⁴² P. ÁLVAREZ DE FARÍA: *Relación de las funerales exequias...*, *op. cit.*, p. 14.

⁵⁴³ *Ibidem*, p. 32.

⁵⁴⁴ M. A. MARTÍN MIGUEL: “La imagen del Príncipe Baltasar Carlos a través del túmulo erigido a su muerte en la Iglesia Colegial de Vitoria”, *Cuadernos de arte e iconografía* 12 (1993), p. 33.

⁵⁴⁵ P. ÁLVAREZ DE FARÍA: *Relación de las funerales exequias...*, *op. cit.*, p. 13.

⁵⁴⁶ *Ibidem*, p. 7

⁵⁴⁷ J. GÁLLEGO: “Aspectos emblemáticos en las reales exequias...”, *op. cit.*, p. 124.

⁵⁴⁸ J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 82.

⁵⁴⁹ AGP, SH, caja 73/11.

de las velas, los cantos litúrgicos, las campanas, los murmullos de las oraciones y el esplendor de un túmulo radiante. Es fácil entender de esta manera el efecto sobre los sentidos de la cultura y ceremonias barrocas. La voluntad secuestrada por tal despliegue, estaba abierta a todas las enseñanzas y alabanzas que transmitía el espacio y sus decoraciones, las mismas que el entierro original había provocado sobre la concurrencia en San Lorenzo de El Escorial. Ese entierro que estas exequias pretendían recrear ante una tumba vacía. Pero el barroco y su profusión consiguieron confundir el ser y la apariencia, lo que en el caso de las honras fúnebres reales, a través de su esplendor, actuó casi de forma mágica⁵⁵⁰. Las exequias se convertían en un acontecimiento casi telúrico, en el que el cadáver del príncipe, meses o años después, regresaba a aquella tumba que todos rodeaban.

3.3.9. *La liturgia y el sermón*

Hemos podido observar como el ritual de la muerte barroca estaba íntimamente ligado a la ortodoxia católica. Desde el *Arte de Bien Morir* hasta el servicio funeral del entierro, pasando por la sacramentalización de los últimos momentos del moribundo, cada paso del ceremonial de la muerte de una persona real constituía una apología programática de la Iglesia católica, frente a la Reforma protestante. Esta defensa y difusión de las doctrinas religiosas que los Austrias convirtieron en cuestión de Estado, se vería reforzada por la ampliación de las ceremonias de la muerte que supusieron las exequias reales: dos días de oficios fúnebres subrayaban, con todo su esplendor, la liturgia católica⁵⁵¹. Las misas se multiplicaban, además, ante la presencia de las distintas comunidades religiosas que acudían a las exequias. A cada convento, cada parroquia de la ciudad, se le asignaba una capilla dentro de la catedral donde celebrar oficios, mientras el cabildo las celebraba en el altar mayor⁵⁵². De esta manera, la Iglesia estaba defendiendo el valor de la oración y los santos para interceder ante Dios por la

⁵⁵⁰ J. VARELA: *La muerte del Rey...*, *op. cit.*, p. 123 y A. BONET CORREA: *Fiesta, poder y arquitectura...*, *op. cit.*, p. 16.

⁵⁵¹ M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales...*, *op. cit.*, p. 116. De hecho, el que las exequias se celebrasen durante dos días, disposición observada por el ceremonial romano, remite a la reforma litúrgica tridentina y a la adopción de dicho ritual (J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 32).

⁵⁵² M. D. CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA y M. I. VOFORCOS MARINAS: *Honras fúnebres reales...*, *op. cit.*, pp. 67-68.

salvación del alma del difunto⁵⁵³, frente a la imposibilidad de intervenir en su destino defendida por el protestantismo.

Desde el día de la vigilia, hasta la conclusión de las honras, los responsos, las absoluciones y las misas, entre la que se privilegiaba a la de *réquiem*, las oraciones, cantos, y el sonido de los órganos y campanas, contribuían a la conmoción de los sentidos que perseguía el espectáculo barroco de la muerte, creando el estado anímico adecuado para la difusión y adhesión al programa eclesástico⁵⁵⁴. Pero no sólo la Iglesia se beneficiaría de los oficios litúrgicos de las exequias reales. El difunto, la Monarquía, y la legitimación de la sucesión dinástica también se verían publicitados a través del sermón.

Éste, en el caso de la corte, era encargado por el capellán mayor a alguno de los predicadores reales. En las ciudades, era la comisión de exequias la responsable de consultar con el cabildo la persona escogida para pronunciar este sermón. En cualquier caso, siempre se le encomendó esta tarea a algún sacerdote de cierta categoría, por lo relevante de su discurso. Tal era la importancia que tan sólo mientras se predicaba el sermón paraban de repicar las campanas que habían tocado insistentemente desde el primer día de honras⁵⁵⁵. La segunda jornada, una vez concluida la misa de *réquiem*, el prelado escogido se dirigía desde el púlpito habilitado para la ocasión a un auditorio completamente silencioso.

Los sermones fúnebres que se ofrecían en las exequias reales solían compartir un esquema y unos objetivos similares, aunque cada muerte real impondría ciertas peculiaridades que nos remiten al contexto histórico en el que produjeron y a la situación concreta de la Monarquía⁵⁵⁶. De esta forma, a través del análisis de los sermones dedicados al príncipe Baltasar Carlos, obtendremos una visión fundamental de sus consecuencias.

Desde el principio, estas prédicas nos recuerdan la obligatoriedad de la celebración de las exequias reales por parte de los reinos y ciudades de la Monarquía. Obligatoriedad que nos remite al afianzamiento del pacto entre el monarca y sus súbditos: “Celebran exequias fúnebres, muestran sentimiento, porque muere su

⁵⁵³ J. M. BAENA GALLÉ: *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla...*, op. cit., p. 32.

⁵⁵⁴ *Ibidem*, p. 25.

⁵⁵⁵ *Ibidem*, p. 27.

⁵⁵⁶ La repetición de discursos, estructuras y referencias bíblicas de los sermones fúnebres puede observarse a través de los tratados que compilaban las prédicas “predicables a las exequias de difuntos”. En ellos, incluso, se observa un apartado destinado a las honras de reyes y príncipes (A. DE SALAZAR: *Discursos funerales predicables a las exequias de los difuntos, que fueron varones gloriosos y dignos de toda aclamación*, Madrid 1655, BMM, 64-IX-2).

Príncipe Jurado, su señor, legitimo, y natural”⁵⁵⁷. Pero además, los sermones nos recuerdan que son estas exequias y sus oraciones las que intercederán por su alma ante Dios, pues “està en via de salvación, y presto saldrà del purgatorio, con tantos sufragios, oraciones, y etcétera”⁵⁵⁸.

Además, algunos de estos sermones incluían los objetivos fundamentales de este instrumento, tanto regio como eclesiástico, objetivos que, recordemos, serían comunes a las prédicas fúnebres reales y barrocas. Así los podemos reconocer a través de los deseos que expresaba el obispo de Orense, don Antonio Payno, en la presentación de su sermón:

Mi deseo en ella, como mi obligación, fue el consuelo de estos afligidos vassallos en perdida tan lamentable; su enseñanza, y desengaño, en el malogro de vida tan en flor; y el aplauso de las Catolicas, y Religiosas virtudes de su Alteza, afiançadas, y atesoradas en la puntual, y rara obediencia a Su Magestad⁵⁵⁹.

Efectivamente, la primera función de un sermón fúnebre debía ser la de confortar a los afectados, que en el caso de la muerte de una persona real debía ser toda la Monarquía. En el caso de nuestro príncipe, especialmente querido por muchos de esos reinos que a su muerte le ofrecieron honras, reinos en los que había vivido y sido jurado por heredero, el sentimiento resultaba más cercano, y su consuelo más necesario. Así lo recogían algunos de estos sermones, fundamentalmente los zaragozanos, contribuyendo también a la publicidad de la ciudad:

Llore España perdida tan grande, i llore en mayor razon entre todas sus ciudades, la imperial ciudad de Çaragoça, muestre con tanta funesta magnificencia sus devidos sentimientos, pues aquí gozò de la presencia de su Principe, aquí le tuvo, i aquí invidiosa la muerte de tan amada vida cortò el sarmiento mas noble, i mas lozano del lado de la vid generosa, i real de Austria⁵⁶⁰.

Recordemos, además, que el nacimiento de Baltasar Carlos fue acogido con gran entusiasmo, como la única esperanza de la Monarquía y “edificio de su restauracion”⁵⁶¹. ¿Cómo se podía, entonces, tornar la consternación de su muerte en

⁵⁵⁷ M. A. ALÓS Y ORRACA: *Sermón en las honras del Serenísimo Principe de España nuestro Señor Don Baltasar Carlos que le celebrò la Real, y muy ilustre Cofradia de San Iayme de Valencia*, Valencia 1647 (BNE, 2/15946), f. 232.

⁵⁵⁸ *Ibidem*, f. 133.

⁵⁵⁹ A. PAYNO: *Oracion funebre que consagra al rey nuestro Señor Filipe IIII en la Pompa que la ciudad [de Orense] hizo al Serenissimo Principe nuestro Señor Don Baltasar Carlos de Austria*, Madrid 1647 (BNE, 2/17221/3), f. 2.

⁵⁶⁰ P. ABELLA: *Oracion funebre en las exequias...*, *op. cit.*, pp. 1-2.

⁵⁶¹ *Ibidem*, f. 3.

optimismo? Recordando la esencia misma de la muerte barroca que, con la promesa de la salvación y la eternidad, no se erigía como fin, sino como principio de la verdadera vida. Así la muerte de este príncipe, como la de cualquier otro, debía vivirse desde la “tristeza entreverada de alegría”⁵⁶²:

Assi, fieles mios, en la muerte de nuestro muy amado Principe llorar devemos, pero como si no llorasemos, pues nos hemos de consolar con la esperanza, y confianza, de que [...] está en vía de salvación, o ya en posesión de la gloria de su alma⁵⁶³.

En este sentido, su temprana muerte, uno de los mayores desconciertos que provocó su óbito, sería usado en los sermones como ventaja, como refuerzo de su salvación: “arrebataronle en sus primeros años, porque la malicia no mudase su entendimiento”⁵⁶⁴, “que la señal más clara de morir aceleradamente es pensar un hombre, que ha de vivir muchos siglos”⁵⁶⁵.

El príncipe Baltasar Carlos había despertado a la vida eterna, y su alma estaba en vías de alcanzar la salvación, gracias a él mismo y a la intervención de las plegarias y de la Virgen y los Santos⁵⁶⁶. Ese era el mayor consuelo que se podía ofrecer a la Monarquía, al tiempo que constituía el gran ejemplo del “paso de la Iglesia militante a la triunfante”⁵⁶⁷. Y es que, el tránsito del heredero no sólo ratificaba el mensaje católico del triunfo sobre la muerte, sino que recordaba cuales eran los preceptos, las virtudes cristianas que debía observar el fiel para conseguirlo. El príncipe se convertía en el mejor ejemplo del “bien vivir” y del “bien morir” católico, al tiempo que su muerte recordaba a todos el sentido de la vida del creyente. La fugacidad de la vida, el mundo como teatro, y la inevitabilidad de

⁵⁶² J. GÁLLEGO: “Aspectos emblemáticos en las reales exequias...”, *op. cit.*, p. 121.

⁵⁶³ M. A. ALÓS Y ORRACA: *Sermón en las honras del Serenísimo Principe de España...*, *op. cit.*, f. 235.

⁵⁶⁴ F. ISASI: *Brevissima noticia de las Exequias...*, *op. cit.*, f. 145.

⁵⁶⁵ M. SALMERÓN: *Rapsodia funebre, motivos de dolor y exemplares de consuelo a la breve vida y temprana muerte del Serenísimo Señor Don Baltasar Carlos, vigesimo Principe jurado de las Españas*, Valencia 1646, p. 7.

⁵⁶⁶ Esta sería otra de las constante de los sermones fúnebres. Distintas advocaciones de la Virgen, como la de Cogullada en el caso del príncipe Baltasar Carlos, o los Santos, aparecerían en las prédicas como intercesores ante Dios y el alma del difunto. De esta manera, de nuevo nos encontramos con una defensa de las doctrinas católicas, la misma que se observa a través de la sacramentalización de la muerte que ya habíamos analizado a través del lecho del príncipe Baltasar Carlos.

⁵⁶⁷ F. R. DE LA FLOR: *Atenas castellana...*, *op. cit.*, p. 51.

la muerte, invadían los sermones fúnebres de Baltasar Carlos, cuya muerte se convirtió en fiel reflejo del engaño que es la vida terrena, e invitaba a los que asistían a ella a prepararse para su propio fin y a “despreciar, y aborrecer lo que es mundo, y recibir la luz de los celestial y divino”⁵⁶⁸.

Hacen hincapié estos sermones, sobre como el príncipe vivió y murió cristianamente, convirtiéndolo en un ejemplo, el mejor de todos, hasta el punto de que la “cosecha de conversiones y mudança de vidas” estaba asegurada. Vemos así el gran objetivo de las prédicas barrocas, que no era otro que difundir los valores y pautas de conducta católicos y mover a su cumplimiento⁵⁶⁹. Para ello, resultaba fundamental exponer dichos preceptos a través de la figura del difunto, lo que contribuía a su exaltación. Y, siendo miembro de la familia real, la glorificación del fallecido se extendía también a su dinastía y a la monarquía.

Con sus virtudes y devoción, el príncipe Baltasar Carlos agradaba a Dios, quien había adornado su alma con una gran erudición. Había, además, comenzado en su juventud a “despachar negocios, y discurrir con acierto en las materias de Estado”⁵⁷⁰, convirtiéndose en el mejor heredero posible para la Monarquía hispánica. Conocía sus futuros reinos, sobre los cuales consultaba con embajadores y príncipes extranjeros, para poder así conservarlos “y mantenerlos en toda justicia”⁵⁷¹. Y en todo ello, estuvo el príncipe guiado por su padre, quien puso especial cuidado en su formación, y en quien Baltasar Carlos había encontrado un ejemplo de soberano. Y es que, a pesar de las dificultades que amenazaban a la Monarquía, mas:

quando su Imperio no fuera de dos mundos, quando sus señorios no se dilatassen por toda la redondez de la tierra, su mucha fee, y religion catholica bastara à hacerle absolutamente el mayor Monarcha⁵⁷².

Todos los sermones repiten estas alabanzas, reflejando como la glorificación del difunto podía repercutir en la exaltación de la dinastía y en la defensa de la Monarquía, un Estado construido sobre la base de una empresa común que era la salvaguardia del catolicismo en el mundo.

⁵⁶⁸ A. PAYNO: *Oración funebre...*, *op. cit.*, f. 17.

⁵⁶⁹ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 438.

⁵⁷⁰ F. COLIN: *Sermon en las Honras y Funerales obsequias que hizo la ciudad de Manila al Principe Don Baltasar Carlos*, Manila 1649 (BNE, R/33234/20), p. 9.

⁵⁷¹ F. ISASI: *Brevissima noticia de las Exequias...*, *op. cit.*, f. 146.

⁵⁷² *Ibidem*, f. 148.

Pero, adentrémonos ya en las particularidades que reflejaron los sermones fúnebres dedicados al príncipe Baltasar Carlos, singularidades que nacían del momento concreto en el que se produjo su muerte, y en los problemas y urgencias que planteó. El primer obstáculo se refleja claramente en unas prédicas que recuerdan continuamente que el que había muerto era el sucesor de la Monarquía. Con su muerte, la dinastía peligraba. Y es que, aunque había una posible heredera, la infanta María Teresa de Austria, su matrimonio y ascensión al trono habrían colocado en el mismo a un príncipe extranjero. Los sermones contemplaron esta posibilidad, y se apresuraron a subrayar los inconvenientes: “porque no se abra puerta al extrengero principe, que suele ser ruina de las Monarquias, motivos de guerras civiles, de sediciones”⁵⁷³.

De esta forma, la muerte del príncipe Baltasar Carlos se convertía en una más de las desgracias que afligían a la Monarquía: “desdichas, guerras, rebeses de la fortuna, rebeldías de alevosos, perdidas de Reynos, opresion de vassallos”⁵⁷⁴. Pero, ¿por qué? ¿Qué habría podido motivar toda esta sucesión de adversidades? ¿Por qué había muerto el príncipe Baltasar Carlos? Esta sería una de las preguntas más difíciles de contestar en los sermones. Y es que, teniendo en cuenta la asimilación de moralidad y razón de Estado, la respuesta podría ser demoledora para el ánimo de la Monarquía. Por ello, algunas de las prédicas ni siquiera intentaron buscar una explicación: “incomprensibles son sus juicios”⁵⁷⁵. La voluntad divina era, en última instancia, la responsable de la muerte del príncipe y del resto de las dificultades por las que atravesaban las Españas. Quizás con esta tragedia, Dios sólo quería reprender y corregir la mala vida de sus vasallos. Pero, tal vez, ya era demasiado tarde para la Monarquía hispánica, que habría sido abandonada por el favor divino, una connivencia que, paradójicamente, se había visto reforzada por el nacimiento del mismo príncipe cuya muerte la hacía peligrar, “parece que descaece la Monarquía de España y que la de Francia con el culto de la verdadera Fe ha de ser la única en quien tenga el mundo su termino”⁵⁷⁶.

Algunos sermones intentaron prestar una explicación que negase tal motivación de la muerte del príncipe Baltasar Carlos, interpretaciones que según algunos

⁵⁷³ M. SALMERÓN: *Rapsodia funebre...*, op. cit., p. 22.

⁵⁷⁴ A. PAYNO: *Oración funebre...*, op. cit., f. 5.

⁵⁷⁵ J. DE ARGUINACO: *Sermón en las exequias del Príncipe Baltasar Carlos celebradas por el Tribunal de la Inquisición de los Reinos de Perú*, en P. ÁLVAREZ DE FARÍA: *Relación de las funerales exequias...*, op. cit., p. 56.

⁵⁷⁶ M. SALMERÓN: *Rapsodia funebre...*, op. cit., p. 33.

estudiosos no resultarían satisfactorias⁵⁷⁷. “La muerte de un Principe heredero era la ultima, y mayor calamidad de las calamidades”⁵⁷⁸, aseguraban algunos sermones. Según estos, la resignación y fe de Felipe IV, que en lugar de clamar contra el cielo volvió presto a cumplir con sus obligaciones⁵⁷⁹, habrían convertido la muerte del príncipe en un sacrificio que templaría la ira de Dios contra sus vasallos, quien “ha de querer, que esta se la ultima calamidad que le asalte, y que a ella se siga el descanso, y dicha de la paz”⁵⁸⁰. Esta explicación, basada en el sacrificio que el rey Moab hizo con su heredero ante la invasión y guerras contra el rey de Judá, Israel y Edón, podía, sin embargo, no resultar suficiente. Pero hubo una razón más contundente que apoyaba esta interpretación. El 22 de noviembre de 1646, pocas semanas después de la muerte del príncipe, la Monarquía había cosechado una feliz victoria en el socorro de Lérida, suceso que los sermones incluyeron como un signo de la asistencia de Dios a la Monarquía hispánica⁵⁸¹. De esta manera, las prédicas pretendían cumplir con uno de sus objetivos: el fortalecimiento de la institución⁵⁸².

⁵⁷⁷ F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 462.

⁵⁷⁸ A. PAYNO: *Oración funebre...*, *op. cit.*, f. 20.

⁵⁷⁹ Algunos sermones subrayan el valor de Felipe IV, quien a la muerte de su hijo se puso al frente de los negocios de la Monarquía, enviando órdenes al marqués de Leganés para continuar, en ese momento más que nunca, la empresa en Lérida (P. ABELLA: *Oración funebre en las exequias...*, *op. cit.*, p. 28).

⁵⁸⁰ A. PAYNO: *Oración funebre...*, *op. cit.*, f. 22.

⁵⁸¹ *Ibidem*.

⁵⁸² F. R. DE LA FLOR: *Atenas castellana...*, *op. cit.*, p. 52.

4. *LAS CASAS REALES DE DON JUAN JOSÉ DE AUSTRIA EN LA MONARQUÍA CATÓLICA (1642-1659)*

Koldo Trápaga Monchet

En marzo de 1642, Felipe IV reconoció al hijo que había tenido con “la Calderona” 13 años antes, con el nombre de don Juan de Austria. En un primer momento, el objetivo era garantizar las posesiones de Castilla y León del priorato de la Orden de San Juan⁵⁸³. Sin embargo, la gravísima crisis política de los primeros años de la década de 1640 llevó a Felipe IV a utilizar a su hijo para resolver los problemas políticos y militares en los lugares donde él no podía acudir personalmente⁵⁸⁴. De esta forma, fueron numerosos los destinos y misiones de don Juan entre 1642 y 1659. En las líneas que siguen trataremos de realizar una aproximación al estudio de las casas en los años señalados, según la división en tres apartados que indicamos a continuación:

1) *Los años de indefinición (1642-1646).*

Fruto de la coyuntura política, en estos tres años don Juan fue nombrado general para la recuperación del reino portugués⁵⁸⁵, así como gobernador

⁵⁸³ D. AZNAR MARTÍNEZ y F. SÁNCHEZ MARCOS: “Don Juan (José) de Austria, bastardo regio y Gran Prior. La consolidación del poder real sobre la Orden de San Juan en la época de Felipe IV”, en M. RIVERO RODRÍGUEZ (coord.): *Nobleza hispana, nobleza cristiana: La Orden de San Juan*, 2 vols., Madrid 2009, vol. II pp. 1555-1581. Josefina Castilla Soto señalaba que ya en 1636 Felipe IV había decidido dar a su hijo las posesiones del priorato [J. CASTILLA SOTO: *Don Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV): Su labor política y militar*, Madrid 1991, p. 36]. Esta aseveración fue corroborada por I. RUIZ RODRÍGUEZ: *Don Juan José de Austria en la Monarquía hispánica...*, *op. cit.*, p. 48. Gregorio Maraón y John Elliot inciden en la influencia que ejerció el conde-duque de Olivares al reconocer a don Juan por su hijo legítimo (G. MARAÓN: *El Conde Duque de Olivares...*, *op. cit.*, p. 105; J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares...*, *op. cit.*, pp. 687-688).

⁵⁸⁴ La vinculación de don Juan de Austria con las necesidades globales de la monarquía ha sido apuntada por A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “El ‘gobierno de los príncipes’ en los Países Bajos católicos...”, *op. cit.*, pp. 167-222.

⁵⁸⁵ El 16 de mayo de 1642 Felipe IV despachó la cédula: “Haviendo llegado el plazo en que ha sido preciso declararos a vos, D. Juan de Austria, por hijo mío, ha llegado también el de

y capitán general de los estados flamencos. Para ello, se le compusieron dos casas distintas.

2) *Andadura militar (1646-1656).*

Desde 1645, año en que se comenzó a vislumbrar el interés de la corte de París por los presidios toscanos, su conservación, primero, y recuperación, después, se convirtió en objetivo primordial de Felipe IV. Don Juan estuvo ligado (salvo “accidentes” como las revueltas de Nápoles), y con él su casa y servicio, a la recuperación de los enclaves. Para ello fueron utilizados, en parte, los criados de la primera planta, los cuales compusieron, salvo algunas variaciones fruto del cambio del destino del infante, la casa de don Juan hasta 1656. Dicha continuidad es la que nos ha llevado a extender el periodo hasta dicho año, pese a que a partir de 1652-1653, tras su intermediación entre el principado de Cataluña y Felipe IV, el infante comenzó a jugar un papel más político que militar.

3) *La etapa flamenca (1656-1659).*

Aunque Felipe IV sopesó ya desde 1655 la posibilidad de enviar a don Juan a la corte de Bruselas, no fue hasta el invierno de aquel año cuando Felipe IV, de acuerdo con don Luis de Haro, optó por sustituir al archiduque Guillermo-Leopoldo. Don Juan llevó consigo unas instrucciones muy claras desde la corte de Madrid: redimensionar la *Maison Royale de Bruxelles* que desde varios lustros atrás había venido funcionando, con el fin de adecuarla a las reglamentaciones y limitaciones que en la corte de Madrid se venían realizando en las décadas de 1640 y 1650 en las casas reales; por otro, se completaba la apuesta comenzada en 1643 en la conformación de la casa de don Juan como gobernador general de Flandes, con el fin de dotar a los territorios flamencos de un lustro parecido al tiempo de los Archiduques como soberanos, e incluir en ella a flamencos y borgoñones. Por último, la estancia de don Juan en Bruselas partió en dos la conformación general de su servicio, pues la casa que tuvo antes de 1656 diferiría sustancialmente de aquella de la que dispondría a partir de 1659.

poneros casa y daros empleo [...] y así he resuelto por ahora que vayáis a la guerra de Portugal...” [A. RISCO: *Don Juan de Austria hijo de Felipe IV: Juan de la Tierra*, Madrid 1918, p. 23; R. VALLADARES: *La rebelión de Portugal. Guerra, conflicto y poderes en la Monarquía hispánica (1640-1680)*, Valladolid 1998, p. 184].

4.1. *LOS AÑOS DE INDEFINICIÓN (1642-1646)*

Las necesidades globales de la Monarquía, al tiempo que las modificaciones de las estrategias militares que se diseñaban desde la corte de Madrid, influyeron decisivamente en el destino vital de don Juan. En estos primeros años, don Juan fue nombrado para la recuperación de Portugal, primero, y como gobernador y capitán general de los estados flamencos, después. Como resulta lógico, para cada destino político, se le conformó una casa distinta.

4.1.1. *Primera planta*

Tras el reconocimiento de don Juan como su hijo en marzo de 1642⁵⁸⁶, Felipe IV decidió realizar una ofensiva militar en los dos frentes de la Península ibérica, para lo cual decidió que se iba a trasladar en persona al reino de Aragón⁵⁸⁷. Quedaba, por lo tanto, el segundo frente y ante la imposibilidad física de desdoblarse, el rey se valió de su recién reconocido hijo. El experimentado don Sancho de Monroy, marqués de Castañeda, fue escogido por el rey para encargarle la composición de la casa y la posterior dirección de la misma, así como de la hacienda y persona de don Juan⁵⁸⁸.

Nominalmente, sin embargo, la formación de la casa había de correr por mano de una junta, la cual estaría dirigida por el propio marqués de Castañeda. Bajo su dirección, se elevaron varias consultas al monarca, en las que primeramente se trató de conocer la intención de Felipe IV respecto a la planta que había de tener la misma. El monarca no quiso ajustar el número de criados de la casa a ninguna planta concreta, tras haber sido el marqués de Frómista incapaz de encontrar los papeles en donde se recogiese la casa que tuvo el primer don Juan de Austria. Posteriormente la junta, en concreto en el mes de abril, representó al monarca la conveniencia de adaptar la casa de don Juan en base a dos modelos. Por un lado, los oficios compuestos de escalera a arriba, los cuales tendrían por pie la del rey, mientras que de escalera abajo lo sería en función de las del archiduque Alberto y del príncipe Filiberto:

Trata el decreto de mayordomos [...] porque si la casa se ha de formar [de escalera arriba] en su género proporcionada como lo está la de V. Magd y de ay

⁵⁸⁶ AHN, Estado, leg. 2783.

⁵⁸⁷ X. GIL PUYOL TORRES: *De las alteraciones a la estabilidad. Corona, fueros y política en el reino de Aragón, 1585-1648*, Barcelona 1988, pp. 785-792.

⁵⁸⁸ AGS, CSR, leg. 189/1 y AHN, Estado, leg. 2783.

abajo (en estos tiempos) lo estuvieron la de los señores archiduque Alberto y príncipe Filiberto, que a la junta han parecido ejemplares proporcionados, faltan caballerizos, ayudas de oficios y otros oficios, que se hallarán en las relaciones que la junta enviará a V. Magd [...] menos las que se puso al señor don Juan de Austria [...] convendría para la breve expedición, que V. Magd se siruiese de mandar decir a la junta si se ha de regular por los ejemplares de dichas casas aquí nombrados o si se ha de ajustar al número de cada oficio que V. Magd se serviría de declarar ⁵⁸⁹.

Para dar respuesta a la consulta que le participó la junta, Felipe IV ordenó la asistencia de don Jerónimo de Villanueva. Sin embargo, no cabe atribuir la formación de la casa de don Juan a una planta única, sino que el monarca, según las circunstancias, fue precisando el número de personas que debía haber por oficio: 4 gentilhombres de la boca, 4 de la casa, 6 ayudas de cámara, dos caballerizos, 12 lacayos y 24 soldados alabarderos que luego aumentó a 40 ⁵⁹⁰.

En declaración a una representación de la junta de 25 de abril, Felipe IV nombró a los mayordomos, gentilhombres de la cámara y primer caballerizo:

Los gentilhombres de la cámara sean don Alonso de Cardona el más antiguo y juntamente su primer caallerizo, el segundo el conde de la Reuilla, del tercero se espera respuesta para la aceptación, el quarto sea don Fernando de Monrroy y el quinto tengo nombrado reserbo el publicarlo por aora. Mayordomos han de ser don Joseph de Castrexon y con llaue sin exercicio el conde de Ziral, el de Viraben y don Alonso de Villarroel.

Al mismo tiempo, los oficios de la caballeriza de don Juan fueron proveídos por el conde de Grajal, primer caballerizo del rey, cuyos papeles fueron posteriormente remitidos a la junta ⁵⁹¹, tras haber representado esta al monarca que carecía de noticias respecto a la formación de dicha sección de la casa y solicitar la posibilidad de conocer a la persona a la que debía acudir para recabar información ⁵⁹².

⁵⁸⁹ AGS, Estado, leg. 2962.

⁵⁹⁰ Las siguientes líneas se fundamentan en *Ibidem*.

⁵⁹¹ En la consulta de 25 de abril de 1642: “El conde de Graxal se a encargado de buscar los lacayos”; consulta de 30 de abril: “Confiriose en la junta con asistencia del conde de Graxal y don Gerónimo de Villanueva la caalleriza que hauía menester”; 12 de mayo “El conde de Graxal a embiado a la junta una memoria de los criados que le pareze serán apropósito para servir en la caalleriza del señor Don Juan en los officios que van nombrados que son los siguientes”.

⁵⁹² Consulta de 17 de mayo de 1642: “La junta no tiene notiçia de las preuenciones que se van haciendo en la caalleriza de V. Md para seruicio de la persona y familia del señor Don Juan; Supplica a V. Md mande se sirua de declarar a quien se ha de acudir para la breue disposición”, a lo cual contestó Felipe IV que ello corría por mano del conde de Grajal.

Entretanto se formaba la casa y llegaban de Flandes los criados del Cardenal Infante⁵⁹³ que habían sido nombrados para el servicio de don Juan⁵⁹⁴, la junta consultó en varias ocasiones la necesidad de que el hijo del rey contase mientras con un servicio formado por criados procedentes de la casa de la reina. Felipe IV, en un principio, ordenó que los criados de su casa sirviesen a su hijo, pero la junta representó el 25 de abril que iba a resultar imposible a causa de la jornada que iba a realizar el monarca a Aragón. Por ello, en varias ocasiones más la junta remarcó la conveniencia de que don Juan fuese servido por los criados de la reina, a excepción de los de la caballeriza, cuyas jefaturas la ejercerían los ayudas de los respectivos oficios de la casa del rey⁵⁹⁵.

En la selección de los primeros criados de don Juan, se siguió un proceso doble. Por un lado, los oficios de mayor relevancia política, como mayordomos, gentilhombres de la cámara, pajes y, en menor medida, ayudas de cámara y caballerizos, debían ser asignados a personajes que tuvieran, de alguna forma u otra, vínculos con las tierras extremeñas. Así se lo representó la junta en consulta de 12 de mayo:

dejar sin proueer algunas plazas de gentiles hombres de la voca, cauallerizos, y pajes para llenarlas, de los caualleros de aquellas ciudades en quienes concurrirán todas partes de sangre, parentela y hacienda que tanto serán menester para que ayuden al mayor seruiçio de V. Magestad, asistencia, respeto y obediencia al señor don Juan [...] y tiene la junta por çierto que será Vuestra Magestad más bien seruido y el señor Don Juan, por este medio, que por el de la carestía de sujetos [...] y si faltase alguna plaza de mayordomo porproueer, propone la junta a [...] don Diego Antonio de Ouando y de la Zerda natural de la villa Cázeres señor de la casa de las Torres⁵⁹⁶.

⁵⁹³ Para la casa del Cardenal Infante, ver el capítulo en este libro de Birgit Houben y la bibliografía allí contenida.

⁵⁹⁴ El 12 de mayo, la junta daba cuenta de la decisión que el rey había adoptado de “que se elegirán de los criados del señor infante” los nuevos oficios que se fueren a proveer, a causa de lo cual la junta iba a dejar de proponer personas para la provisión de oficios en criados que no lo hubieren sido, previamente, del Cardenal Infante.

⁵⁹⁵ Respuesta del monarca a consulta de 23 de mayo: “Los oficiales de la casa de la Reyna han de servir a don Juan de Austria mientras llegan los de mi hermano salvo los que están nombrados” (AGS, Estado, leg. 2963). El 5 de julio reiteró a la junta la “orden para que el marqués de Santa Cruz nombre los criados de la Reyna que han de suplir, mientras se le señalan los suyos”.

⁵⁹⁶ AGS, Estado, leg. 2962. El monarca se mostró de acuerdo con la propuesta realizada al afirmar “muy bien será no proueer los officios todos como os pareze”, a pesar de decir a posteriori no resultar necesario más mayordomos ni gentilhombres de la boca.

Por otro lado, el resto de los oficios se iban a tratar de proveer en miembros de la familia del Cardenal Infante.

Por gremios, aunque la junta solicitó la provisión del oficio de limosnero mayor, la capilla únicamente estaría compuesta por el cura de palacio don Juan de Hinojosa y Vargas y por el capellán de honor don Gabriel de la Cruz⁵⁹⁷, que fue nombrado mediante decreto cerrado de Felipe IV el 8 de mayo de 1642⁵⁹⁸.

La casa y la cámara eran las dos secciones que contaban con un mayor número de criados. En ambas estaban sin proveer las jefaturas, algo que era debido a la poca edad de don Juan para evitar que tuviese su voluntad predispuesta hacia un criado, reforzando con ello, además, la autoridad del marqués de Castañeda y haciendo su gobernabilidad más sencilla. Los mayordomos nombrados fueron, como hemos visto con anterioridad, don Joseph de Castrejón y Mendoza, el conde de Viraben y don Alonso de Villarroel y Eván. Nos encontramos con 5 gentilhombres de la boca, que fueron Bernardo Ojeda y Manrique, don Diego Rivera y Mercado, don Diego Rodríguez Valtodano Prieto de Tovar, así como don Juan Duque de Estrada y don Diego de Rivera, los cuales habían ejercido varias ocupaciones militares, por lo que podían combinar la función militar a la que era destinada don Juan, con la del servicio y lucimiento que implicaba el hecho de ser criado del hijo del rey⁵⁹⁹. Para los oficios inferiores de la casa, me remito al cuadro *infra*.

En cuanto a la cámara, los gentilhombres de la misma resultaron ser el valenciano don Alonso de Cardona y Milán, don Fernando de Monroy y Zúñiga, y don Alonso de Velasco. Por su parte, 6 iban a ser los ayudas de cámara, procedentes en su mayoría de la casa del Cardenal Infante.

Seguidamente, la caballeriza iba a ser gobernada por don Alonso de Cardona como primer caballerizo ante la ausencia de caballerizo mayor. En cuanto a los caballerizos, figuraban como tales don Diego Collazos de Mendoza y don Alonso de Osorio Guadalfajara. Seis fueron los pajes nombrados: don Juan Francisco de Paz Castañeda, don Martín de la Cerda, don Miguel Collazos de Mendoza, don Francisco de Paz Duque de Estrada, don Baltasar de Segura y don Ramiro de Aztor.

⁵⁹⁷ Para las biografías de todos los miembros de la casa de don Juan citados a partir de ahora, ver el tomo II de esta obra (CD-Rom), excepto en algunos casos en que aportamos más información en este capítulo.

⁵⁹⁸ AGS, Estado, legs. 2962 y 2972.

⁵⁹⁹ La junta justificó la admisión de don Esteban Velázquez de Carvajal, natural de Olmedo, en los servicios que habían realizado sus antecesores y gozar de 5.000 ducados de rentas con los cuales “podrá luçir en seruicio del señor don Juan” (AGS, Estado, leg. 2962).

Las guardas iban a estar compuesta por un total de 40 soldados, de los cuales la mitad iban a ser españoles y la otra mitad alemanes. El hecho de que tuviese guarda, es un indicador del prestigio que se quería conceder a la casa en su composición, ya que entre los infantes únicamente el Cardenal Infante la había tenido con anterioridad ⁶⁰⁰.

La residencia de don Juan y su casa se estableció en las casas del duque de Feria en la villa extremeña de Zafra. Con tal fin, el monarca envió al aposentador don Juan de Garay con el objeto de acomodar los aposentos a la categoría del personaje, aunque, finalmente, y como es conocido, don Juan no pasó a la villa extremeña. Dos décadas más tarde, cuando sí procedió a la recuperación del reino de Portugal, la villa de Zafra fue su residencia habitual.

Los preparativos de la casa continuaron, por vía de la junta, hasta inicios de agosto de 1642. La incapacidad de la monarquía de proceder con vigor a la recuperación del reino, al priorizar el frente catalán, y la frustración de las negociaciones para el nombramiento del archiduque Guillermo-Leopoldo como gobernador de los Países Bajos, orientaron al hijo del rey hacia una nueva misión.

4.1.2. *El primer servicio de la casa:*

Juramento de don Juan como prior de la Orden de San Juan

Tras el parón de los negocios a causa de la campaña militar, Felipe IV mandó remitir en noviembre los papeles anteriores a la condesa de Olivares, quien con el conde de Castrillo iba a encargarse hasta mediados de junio de la nueva composición del servicio de la casa, con visos al juramento de don Juan como gran prior de la Orden de San Juan. Felipe IV ordenó, en un principio, que las personas que habían sido nombradas pasasen, inmediatamente, a La Zarzuela para servir a su hijo. Nuevamente, los criados del Cardenal Infante iban a tener, como en la casa de Flandes, prioridad sobre la familia de don Juan ⁶⁰¹.

En diciembre, Felipe IV mandó que don Juan pasase a residir a San Lorenzo de El Escorial para ser nombrado prior de la Orden de San Juan. Para tal ceremonia resultaba imprescindible adecuar el servicio, cuyo número iba a ser más reducido que el formado para la reconquista de Portugal. De esta forma, la junta propuso una primera planta:

⁶⁰⁰ J. E. HORTAL MUÑOZ: *Las Guardas Reales de los Austrias hispanos*, Madrid 2013, p. 137. Agradezco al autor el haberme facilitado toda la información que le he pedido.

⁶⁰¹ AGS, Estado, leg. 2962.

Dos gentilhombres de cámara.
Un mayordomo, que será don Alonso de Villarroel.
Tres ayudas de cámara.
Dos mozos de retrete.
Un ayuda de la furriera.
Dos mozos de oficio de la furriera, que juntamente sirvan en la tapicería.
Un ujier de cámara, que haga oficio de mayordomo del estado de los caballeros.
Dos escuderos de a pie.
Dos barrenderos uno de cámara y otro de saleta.
Dos mozos de guardarropa.
El sumiller de la panadería, con todos sus oficiales, el cual ha de servir con ellos todos los oficios que goça.
Un caballerizo.
Dos pajes.
Cuatro lacayos.
El grefier.
Cantañazor con el cuidado de la caballeriza por menor.
La lavandera de corps y de boca.
La valonera, y lavandera de los estados.
Cocinero mayor con ayuda y un mozo,
Un oficial de tesorero.
Dos coches, y seis rocines, dos para la persona de su serenidad y cuatro para la gente.
Una escuadra de soldados de la guarda.

Sin embargo el rey dictaminó que la planta de su hijo fuese la misma que había tenido su hermano en Castilla.

Para la jornada de San Lorenzo, se conformó una nueva junta que iba a estar formada por don García de Haro y Avellaneda, que se convirtió en la cabeza de la casa en estos primeros meses de 1643, don Alonso de Villarroel, don Alonso de Cardona y el conde de Fontanar, en su calidad de ayo y mayordomo mayor de don Juan. Hay, por lo tanto, una duplicidad de cabezas en la familia del hijo del rey. Ello era fruto de la inestabilidad política que en aquellos meses se vivía en la corte de Madrid. Entre los cortesanos levantaba muchas sospechas que la condesa de Olivares, justo cuando su marido había sido apartado de sus responsabilidades, se encargase de este negocio. Quizás por ello, Felipe IV había mandado constituir esta segunda junta. No obstante, la condesa fue la encargada de preparar los aposentos del joven príncipe, lo cual provocó la protesta de don Alonso de Cardona ⁶⁰².

⁶⁰² El 29 de junio, don Alonso de Cardona escribió una carta al conde de Castrillo en la cual le señalaba cuan pequeñas e indecentes resultaban las habitaciones seleccionadas para el acomodo de don Juan (AGS, Estado, leg. 2962).

Entre los meses de enero y julio de 1643, se fue conformando la casa para la jornada de San Lorenzo. Encontramos interesantes variaciones en ella, pues se mezclaron aquellos criados que habían formado parte de la familia del Cardenal Infante con otros de nuevo cuño. La casa iba a estar dirigida por don Cristóbal de Benavente y Benavides, que había sido nombrado ayo y mayordomo mayor de don Juan el 18 de mayo de 1643⁶⁰³, aunque únicamente ejerció como ayo con el goce de 2.000 ducados⁶⁰⁴, en lugar de don Pedro de Velasco que fue apartado en el mes de julio⁶⁰⁵.

La capilla⁶⁰⁶ estaba formada por los dos capellanes de honor que habían sido nombrados el año anterior, a los que se sumó Francisco de Mansilla que juró por ayuda de oratorio el 18 de enero de 1643 en manos del conde de Barajas⁶⁰⁷, estando exento del pago de la media annata por haber sido criado del Cardenal Infante.

La casa constituía el gremio que contaba con un mayor número de criados. Ante la ausencia de mayordomo mayor, los mayordomos don Alonso de Villarroel y el conde de Viraben, nombrados ambos para servir en Portugal, gobernarían esta sección. Don Joseph de Castrejón, en cambio, consta que juró pero

⁶⁰³ AGS, Estado, leg. 2965. En carta de 7 de julio de 1643 el padre Sebastián González daba cuenta al padre Rafael Pereira del nombramiento de mayordomo mayor y ayo de don Juan realizado por el rey en cabeza de don Cristóbal [P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús*, op. cit., XVI, p. 148].

⁶⁰⁴ Así se quejó don Cristóbal en noviembre de 1643: “Me es fuerça representar a Vuestra Majestad que la primer vez que me abló el protonotario don Gerónimo de Villanueva en esta materia me dijo que Vuestra Majestad (Dios le guarde) se seruía de que me encargase de la persona y casa [oficios de ayo y mayordomo mayor, según las palabras del jesuita] del señor don Juan y aunque [...] representé a Vuestra Majestad a boca y escrito mis ymposibilidades no obstante las quales se sirbió V. M. de mandar viniese con solo el cargo de ayo lo qual obedezí” (AGS, Estado, leg. 2962).

⁶⁰⁵ Don Pedro Velasco fue apartado en julio de 1643 en la marcha de don Juan a San Lorenzo: “Después de haverle besado la mano todos, entró en la carroça en hábito eclesiástico [don Juan], a los cavallos su ayo i al estrivo su primer cavalleriço, i, mandando entrar al otro estrivo a don Pedro Velasco, que es vn cavallero que le ha criado en su casa hasta oy, le dijo don Alonso de Cardona que allí no tenía lugar i era orden de Su Magestad que no entrase otra. Y respondió [don Juan]: ‘pues si es orden de Su Magestad, quedaos’, con lo qual partió al Escorial” (J. PELLICER DE OSSAU Y TOVAR: *Avisos*, op. cit., I, p. 484).

⁶⁰⁶ Las próximas líneas se fundamentan en AGS, Estado, legs. 2963, 2965 y 2973.

⁶⁰⁷ Felipe IV había decidido que los criados de don Juan jurasen en manos de su Bureo, lo que significa que la casa de don Juan carecía, en ese momento, de organismos de gobierno.

no entregó la certificación de ello, a causa de lo cual fue apartado del servicio. Por su parte, don Esteban Vázquez de Carvajal y don Diego Rodríguez de Valtodano contaban como los gentilhombres de la boca que estaban jurados, pero no consta en ninguna parte que entrasen a formar parte del servicio. Los restantes no hicieron efectivo el pago de la *media annata*, ni consta que hubiesen jurado por criados de don Juan.

En cuanto a los oficios de la casa y cámara, se proveyeron los necesarios para garantizar el servicio de don Juan, tal como se puede apreciar en la tabla *infra*. En ella, aparecen los criados que habían jurado en 1642 y los nombramientos realizados por la junta (jurando a partir de enero de 1643) de la condesa de Olivares y del conde de Castrillo. Estos últimos conformaron los oficios de la boca (pantería con agregación de la confitería y frutería, cava, cocina, potajería conjuntamente con la busería y el guardamangier, sausería y cerería, y la furriera con la tapicería agregada), guardarropa, guardajoyas, ujieres de cámara y saleta, algunos oficiales de manos y lavanderas.

La caballeriza, por su parte, seguía siendo, como en 1642, una sección numéricamente inferior a la casa y cámara. Don Alonso de Cardona, a falta de proveer el oficio de caballerizo mayor, era el jefe como primer caballerizo. Constaban los dos caballerizos anteriores, al tiempo que se unieron algunos oficiales (ayuda de la furriera, maestro de armas, librador y varlet de corps, conjuntamente con el oficio de portero de la caballeriza) y 4 lacayos. La casa de los pajes, por su parte, contaba con un paje más, además de un ayo.

TABLA I. CRIADOS DE LA CASA DE DON JUAN NOMBRADOS,
CASI TODOS CON ASIENTO, EN SEPTIEMBRE DE 1643 ⁶⁰⁸

CRIADO	OFICIO	JURAMENTO
Capilla		
Don Juan de Hinojosa y Vargas	Cura de palacio y capellán de honor	Nombrado capellán el 14 de mayo de 1642, cura de palacio el 8 de junio
Gabriel de la Cruz	Capellán de honor	Nombrado el 12 de mayo de 1642
Francisco de Mansilla	Ayuda de oratorio	El 18 de enero de 1643, en manos del conde de Barajas ⁶⁰⁹
Casa y Cámara		
El conde de Viraben	Mayordomo	El 27 de enero
Don Alonso de Villarroel y Eván	Mayordomo	El 22 de mayo de 1642 en manos del marqués de Castañeda
Don Alonso de Cardona	Gentilhombre de la cámara más antiguo y primer caballerizo	El 19 en manos del conde duque de Olivares
Don Fernando Monroy y Guzmán	Gentilhombre de la cámara	El 18 en manos del conde duque
Don Esteban Vázquez de Carvajal	Gentilhombre de la boca	El 23 de junio en manos del marqués de Castañeda

⁶⁰⁸ La tabla se ha conformado con la “Relación de los asientos que parece están en mi poder de la Primera planta de los libros de assiento del Serenísimo Don Juan de Austria” (AGS, Estado, leg. 2973), al que se han sumado algunas referencias de la “Relación de los criados que hay jurados en la casa del serenísimo señor don Juan de Austria Gran Prior de Castilla y León que no fueron criados del serenísimo señor Infante Cardenal don Fernando (que esté en gloria) con distinción individual del día en que juraron, en que oficios y con que calidades” (AGS, Estado, leg. 2965). La primera de las memorias fue realizada en enero de 1647, mientras la segunda es de enero de 1644. A pesar de ello, únicamente vamos a incluir los criados que habían sido nombrados en fecha anterior a septiembre de 1643. Se va a respetar el orden que aparece en ambas relaciones, a pesar de estar mezcladas las secciones de casa y cámara.

⁶⁰⁹ A partir de este momento, únicamente se va a indicar en manos de quien juraron los criados que lo hicieron en 1643 cuando sea distinto al conde.

CRIADO	OFICIO	JURAMENTO
Casa y Cámara (Cont.)		
Don Diego Rodríguez Valtodano Prieto y Tovar	Gentilhombre de la boca	El 3 de julio en manos del marqués de Castañeda
Don Bernardo de Ojeda y Manrique	“ “	Nombrado en la primavera de 1642, pero no asentó
Don Diego Rivera y Mercado	“ “	“ “
Don Juan Duque de Estrada	“ “	“ “
Andrés de Mansilla	Sumiller de la panadería, confitería y frutería	Juró el 18 de enero de 1643
Juan de Salas	Ujier de vianda	Ujier de saleta el 26 de septiembre de 1642 en manos del marqués de Castañeda, como ujier de vianda el 6 de febrero de 1643
Luis de Luna	Ujier de vianda y saleta	El 21 de enero de 1643
Pedro Valero	“ “	“ “
Juan Barroso	Ayuda de la panadería; ayuda de la confitería y frutería	Por ayuda de la panadería juró el 17 de junio de 1642 en manos del marqués de Castañeda, por lo segundo el 29 de febrero de 1643
Gabriel Sánchez	Ayuda de la panadería, confitería y frutería	El 18 de enero de 1643
Domingo Rodríguez	Mozo de los tres oficios	“ “
Francisco de Aguilar y Rozas	Sumiller de la cava	El 24 de dicho mes
Alonso Serrano	Mozo de la cava	El 29 de dicho mes
Antonio de Torres	Cocinero de la servilleta	El 31 de marzo
Juan de Valenberg	Ayuda de la cocina	El 29 de enero
Jerónimo Bayón	Ayuda del guardajoyas y, posteriormente, ayuda de la cocina	El 4 de julio de 1642 en manos del marqués de Castañeda, mientras que como ayuda de la cocina el 29 de enero de 1643

Capítulo 4.4: *Las casas reales de don Juan José de Austria*

CRIADO	OFICIO	JURAMENTO
Casa y Cámara (Cont.)		
Lucas de Olarte	Potajier, busier y guardamangier	El 18 de enero de 1643
Honorato Tranquier	Mozo de los tres oficios	“ “
Juan Magán	“ “	“ “
Pedro de la Vega	Portero de la cocina	Desconocido
Cristóbal de Nájera	Sausier y cerero mayor	El 18 de enero de 1643
Gabriel Izquierdo	Mozo de la sausería y cerería	“ “
Jerónimo de la Cruz	Ayuda del guardajoyas	El 4 de julio de 1642 en manos del marqués de Castañeda
Juan de Arroyo	Ayuda de la furriera	El 2 de julio en manos del marqués
Juan Sánchez	“ “	“ “
Juan Bautista Franco	Ayuda de furriera y tapicería	El 21 de enero de 1643
Diego de Cárdenas	Sotayuda de la furriera	El 18 de dicho mes
Bartolomé Fernández	Sotayuda de la furriera y mozo de retrete	El 13 de julio de 1642 en manos del marqués de Castañeda
Juan Gómez	“ “	El 18 de enero de 1643
Juan de Murueta	Mozo de la furriera y tapicería	“ “
Joseph Rodríguez	“ “	El 20 de dicho mes
Don Juan de la Moneda y Lerma	Tesorero	El 20 de septiembre de 1642 en manos del marqués de Castañeda
¿?	Oficial del tesorero	Julio de 1643
Nicolás Goblet	Contralor interino	17 de mayo de 1642 en manos del marqués de Castañeda
Don Francisco Ortiz de Vivanco	Grefier	El 17 de mayo de 1642 de forma interina, haciéndosele merced de la plaza, sin calidad alguna, el 12 de diciembre

CRIADO	OFICIO	JURAMENTO
Casa y Cámara (Cont.)		
Don Juan Sánchez de Tevar	Contador de la casa	El 16 de julio de 1642 en manos del marqués de Castañeda
Don Sebastián Ortiz de Vivanco	Ayuda de cámara y guardarropa	El 18 de mayo de 1642 en manos del conde duque, con calidad de servir el guardarropa de forma interina. El 17 de diciembre, a estos dos oficios se le sumó el de guardajoyas por casar con doña Ana María de Guzmán
Don Francisco de Bustamante	Ayuda de cámara	El 18 de mayo
Don Martín de Melo	“ “	“ “
Don Antonio Tellado	Ayuda de cámara, aposentador de palacio y tapicero mayor	El 18 de enero de 1643
Andrés Arias	Ayuda de cámara	“ “
Juan Andrés Jordán	Ujier de cámara	“ “
Don Francisco Rosado	Ujier de cámara y mayordomo del estado de cámara	El 27 de enero
Bartolomé Sotillo	Sangrador y barbero de cámara	El 6 de febrero
Jerónimo Zoco	Escudero de a pie	El 18 de enero
Diego Marisca	“ “	“ “
Marcos de Fonseca	“ “	“ “
Francisco de Montenegro	“ “	“ “
Doña Magdalena de Cárdenas	Labrandería en lugar de doña María de Bermeo	El 11 de abril
Simón de Romania	Sastre	El 20 de mayo de 1642 en manos del conde duque
Simón de Romania	Mozo del guardarropa	El 23 de julio en manos de don Alonso de Cardona

Capítulo 4.4: *Las casas reales de don Juan José de Austria*

CRIADO	OFICIO	JURAMENTO
Casa y Cámara (Cont.)		
Damián de Almunia	Zapatero	El 24 de enero de 1643
Ana Martín	Lavandera de cuerpo y boca	El 21 de dicho mes
Caballeriza		
Don Diego Collazos de Mendoza	Caballerizo	El 17 de mayo de 1642 en manos del marqués de Castañeda
Don Alonso Osorio Guadalfajara	“ “	El 22 de dicho mes
Basilio Ortiz de Santa María	Furrier y palafrenero mayor	Juró por furrier el 17 de junio de 1642 en manos del marqués de Castañeda, agregándosele el oficio de palafrenero mayor que juró el 25 de enero de 1643
Juan Bautista Monfart	Ayuda de furrier y teniente de palafrenero mayor	El 24 de marzo de 1643
Don Antonio de Silva	Maestro de armas	El 6 de febrero
Tomás Niño	Librador	El 18 de enero
Jacques Patrón	Varlet de corps y portero de la caballeriza	“ “
Andrés de Salcedo	Lacayo	El 17 de junio de 1642 en manos del marqués de Castañeda
Jerónimo de Almería	“ “	“ “
Clemente de Almería	“ “	“ “
Juan de Espinosa de los Monteros	“ “	“ “
Alonso Álvarez	“ “	“ “
Bartolomé Zamora	“ “	“ “
Juan Pinto	“ “	“ “
Pedro López Moscoso	“ “	El 27 de dicho mes
Manuel Domínguez	“ “	El 18 de enero de 1643

CRIADO	OFICIO	JURAMENTO
Caballeriza (Cont.)		
Juan de Laviña	Lacayo	El 18 de enero de 1643
Juan Borgoñón	“ “	“ “
Don Miguel Collazos de Mendoza	Paje	Fue asentado tras haber sido nombrado en consulta de 25 de abril de 1642
Don Martín de la Cerda	“ “	Asentó tras consulta de 12 de mayo
Don Juan Francisco de Castañeda	“ “	“ “
Don Francisco de Paz Duque de Estrada	“ “	“ “
Don Juan de Albear Medinilla	“ “	Asentado tras consulta de 22 de diciembre de 1642
Don Baltasar de Segura	“ “	Nombrado en la primavera de 1642, no consta que asentase
Don Ramiro Aztor	“ “	“ “
Don Juan Osorio	“ “	“ “
Don Gregorio Beltrán de Nanclares	Ayo de los pajes	El 25 de enero de 1643

De todos los criados no fue más que un número reducido el que asistió al servicio de don Juan, que comenzó a correr en junio de 1643. El mismo mes, Felipe IV otorgó a la casa de su hijo organismos de gobierno (como Bureo), a causa de lo cual algunos criados comenzaron a jurar en manos de don Alonso de Cardona (en las secciones de cámara y caballeriza) y don Alonso de Villarroel (casa). En septiembre de 1643 se produjo la ceremonia de don Juan como gran prior de la orden de San Juan, tras lo cual partió para la ciudad de Con-suegra para tomar posesión efectiva de su nueva responsabilidad ⁶¹⁰.

⁶¹⁰ “Diéronle a don Juan de Austria, hijo del Rey nuestro señor, la gran cruz de San Juan. Fueron a este efecto el bailio de Lora, el embajador de Malta y otros caballeros. Al bailio, cuando le fue a besar la mano, le quitó el sombrero, y esto no lo hizo con ninguno de los demás.

4.1.3. *Don Juan, gobernador y capitán general de los estados flamencos*

El fracaso de las negociaciones para que el archiduque Guillermo-Leopoldo se hiciese cargo del gobierno de los estados flamencos, así como el descrédito de don Francisco de Melo tras la derrota de Rocroi, impulsó a Felipe IV a pensar en don Juan como nuevo gobernador general en Bruselas⁶¹¹. Allí contaría con la asistencia del marqués de Castelrodrigo en lo político, como su lugarteniente, y del duque de Amalfi en lo militar. El primero iba a preceder al segundo⁶¹².

El Consejo de Estado que acompañó al rey a Aragón (compuesto por los condes de Castrillo, Oñate y Chinchón) hicieron recordatorio al rey de la necesidad de conformar una casa acorde al nuevo cargo de don Juan, para lo cual propusieron que pudieran gestarla los marqueses de Santa Cruz y Mirabel, don Fernando de Borja y el conde de Castrillo. Felipe IV, por su parte, el 17 de octubre había dispuesto la formación de una nueva junta para la asistencia de don Juan en Consuegra, a donde había ido a tomar posesión de los prioratos:

Puede ser fuese porque la dignidad de Gran Prior le tocaba al bailio por antigüedad y por especial privilegio [roto] se le había dado S.M. para por esta Orden ... Tan solamente en las cortesías. La que hicieron a don Juan de Austria fue llamarle serenidad, que así lo tiene ordenado S.M. aunque algunos de sus criados le llaman alteza. Don Juan de Austria a los que le venían a dar el hábito, ni los llamó de vos ni de merced. Todo fue por impersonales, pocas palabras y bien estudiadas. El darle el hábito fue en la (p. 234) misa mayor; cantóse la misma y él estaba vestido de gala con una ropa larga, ue es costumbre de la orden. Comulgó en la misa y antes de decirla, el bailio a la puerta de la iglesia le armó caballero, las espuelas doradas, le puso una el embajador de Malta, y otra el ... de la orden y al colugar, porque no tropezase, estos mismos se las quitaron. Acabada la misa, le dieron el hábito con bien pocas ceremonias, que no acostumbran ellos, mas con esto le fueron acompañando a su cuarto, y a la tarde se despidieron y se vinieron a Madrid” [P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús*, op. cit., pp. 232-233, 15 de septiembre de 1643].

⁶¹¹ En la corte de Madrid existía la creencia, posiblemente infundada, de la posibilidad de una revuelta (R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, op. cit., p. 283). Hace referencia al fracaso de las negociaciones con Leopoldo-Guillermo y la derrota de Rocroi; Felipe IV en la carta escrita a sor María el 4 de octubre de 1643 exponía el temor a una sublevación de aquellas provincias: “Las cosas de Flandes están en gran aprieto y riesgo de una sublevación, si Dios no entra de por medio con el remedio” [C. SECO SERRANO (ed.): *Cartas de sor María de Jesús de Ágreda y de Felipe IV*, Madrid 1958, BAE CVIII, p. 4].

⁶¹² En los meses siguientes se sucedieron cambios en la forma de disponerlos, como indica A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “El ‘gobierno de los príncipes’ en los Países Bajos católicos...”, op. cit., pp. 208-211.

Hauiendo de pasar don Juan de Austria mi hijo de San Lorenzo el Real a Consuegra conuendra que tenga los criados necesarios para su servicio con tres o cuatro gentilhombres de cámara, dos o tres mayordomos, algunos pajes y ayudas de cámara y otros criados inferiores si ahora le faltan de manera que sea bien servido. Juntáranse para tratar desto el marqués de Mirabel, conde de Castrillo y don Fernando de Borja ⁶¹³.

Esta disposición fue modificada el 28 de octubre, al encomendárselo Felipe IV al marqués de Santa Cruz. La junta no presentó nada convincente hasta finales de diciembre, a causa de lo cual el rey, nuevamente, volvió a remitir estos papeles a otro cortesano. Don Iñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, fue desde este instante, en colaboración con fray Juan de San Agustín ⁶¹⁴, antiguo confesor del Cardenal Infante, la persona encargada de confeccionar la nueva casa ⁶¹⁵:

En la junta que se haze en vuestra posada [conde de Oñate] sobre disponer lo que toca a la casa de don Juan de Austria, mi hijo, se verán las consultas inclusas del consejo de Estado y junta de testamentarios del Cardenal Infante, mi hermano, y reconociendo lo que dellos quedan acomodados y los que lo dexaran de estar después de formada la casa de D. Juan se me dirá lo que sobre todo se podrá hazer en orden a emplearlos ⁶¹⁶.

En enero de 1644 fue aprobada una primera planta de la nueva casa de don Juan, que había sido realizada sin tener en cuenta el trabajo del marqués de Santa Cruz ⁶¹⁷. Ateniéndonos a la misma, la casa fue compuesta en torno a tres criterios:

- 1) Preferencia por los criados del Cardenal Infante, en detrimento de la familia de don Juan.
- 2) Presencia muy importante de flamencos, o de hispanos que conocían perfectamente la realidad flamenca.
- 3) Contención del gasto.

⁶¹³ AGS, Estado, leg. 2962.

⁶¹⁴ Para su trayectoria véase F. NEGREDO DEL CERRO: *Los Predicadores de Felipe IV...*, *op. cit.*

⁶¹⁵ AGS, Estado, legs. 2962 y 2965 y AHN, Estado, lib. 980.

⁶¹⁶ AGS, Estado, leg. 2962. El rey reiteró en varias ocasiones la decisión de apartar a los criados de don Juan, en detrimento de aquellos que lo habían sido de su hermano (AGS, Estado, leg. 2965).

⁶¹⁷ AHN, Estado, lib. 980.

Las consultas se fueron sucediendo hasta que en mayo de 1644, la junta presentó a Felipe IV “la planta grande” de la casa ⁶¹⁸. Esta iba a estar estructurada en 5 secciones: capilla, casa, cámara, caballeriza y guardas, a la que se le podía sumar la caza, aunque no podemos confirmar su existencia como sección independiente. La dirección de la casa y hacienda de don Juan, al menos durante unos años, fue encargada al marqués de Castelrodrigo.

La capilla iba a ser, a excepción del confesor, oficio en el que fue escogido el agustino fray Hernando Sánchez de Cuéllar, con la misión de inculcar devoción en don Juan hacia Felipe IV, y algún oficio más, la misma que había tenido el Cardenal Infante. En la planta no se especificaba los criados que la componían, pero una relación de las personas acomodadas en la casa de don Juan y cuyos gajes se pagaban por Flandes, nos permite hacernos una idea aproximada ⁶¹⁹. En ella figuraban por capellanes de honor el licenciado Ramírez, el licenciado Felipe Laínez, el licenciado Ludovico Rozete, el licenciado Maximiliano Aparve, don Juan de Urquina, don Juan de Robles, Carlos Causier, Felipe Bleyven, Claudio Recart, Yago de Bernemicourt, Enrique Teller, don Carlos Mansfeld, don Ernesto Boussu y don Álvaro de Berghes; don Luis de Cröy como sumiller de cortina y Francisco de Mansilla, que ya pertenecía a la familia de don Juan, y don Francisco Cortés por ayudas de oratorio. A ellos cabe sumarle el barón de Rossenghien, que estaba nombrado por capellán mayor, al que se le podía sumar el oficio de limosnero mayor, y Enrique Teller, al que se quería promover a receptor de la capilla por ausencia de don Juan de Sandoval, su propietario, que se había ausentado de Flandes ⁶²⁰. La capilla, como venía siendo costumbre, iba a continuar siendo pagada por el Consejo de Finanzas.

La casa estaba dirigida por el flamenco Hugues de Noyelles, que había sido elegido mayordomo mayor, con el mismo goce que el que habían tenido los del Cardenal Infante ⁶²¹. El conde representaba, además, según palabras de René

⁶¹⁸ AHN, Estado, lib. 980.

⁶¹⁹ AGS, Estado, leg. 2962.

⁶²⁰ Enrique Teller había servido mucho tiempo en Inglaterra y Francia, y en opinión del conde de Oñate y fray Juan de San Agustín, que le conocía personalmente, era “muy buen eclesiástico, muy virtuoso y canónigo de Santa Gúdula en Bruselas” (AHN, Estado, lib. 980).

⁶²¹ Natural de Flandes, entró en el servicio de la infanta Isabel. En 1621, contrajo matrimonio con Marguerite de Bourgogne, criada de la infanta. El conde se mantuvo en el servicio de Isabel Clara Eugenia hasta su muerte, convirtiéndose en uno de los testamentarios. Posteriormente, fue mayordomo del Cardenal Infante, del que hizo, en ocasiones, de mayordomo mayor. Del servicio del hermano de Felipe IV pasó al de don Juan y, posteriormente, al del

Vermeir, la reintegración de la aristocracia flamenca en los consejos colaterales residentes en Bruselas, al ser nombrado en 1645 consejero del Consejo Privado tras varios años de ausencia de un noble en aquel tribunal ⁶²². Don Miguel de Salamanca y el conde Lope Walter Zapata eran los dos mayordomos seleccionados. Sin embargo, resultaba prácticamente improbable que alguno de los dos llegara a entrar, al menos a corto plazo, en el servicio de don Juan, debido a sus ocupaciones. El conde había sido nombrado plenipotenciario para las recién iniciadas conversaciones de Münster, además de fallecer el 2 de abril de 1644. Por último, los oficios de gentilhombres de la boca y de la casa se reservaron para cuando don Juan realizase su entrada en la corte de Bruselas ⁶²³, con la intención de favorecer el servicio hacia Felipe IV a través de estos oficios.

En cuanto a los oficiales, don Miguel de Olivares fue escogido como tesoroero y maestro de cámara, oficios que ya había desempeñado en casa del hermano de Felipe IV. Juan Lorenzo de Cuéllar fue elegido como contralor, mientras que Bernardo de Aldana iba a servir de grefier y despensero mayor. Sin embargo se estaba a la espera de que Felipe IV les hiciese alguna merced, para que aceptasen servir de nuevo en la corte de Bruselas, de donde habían regresado a la muerte del Cardenal Infante. En caso de que el rey no se aviniese a señalarles alguna merced o ayuda de costa, la junta no era partidaria de que Nicolás Goblet y don Francisco Ortiz de Vivanco, que estaban nombrados por contralor y grefier respectivamente, lo fuesen en Flandes ⁶²⁴. Finalmente fueron aceptados Juan Lorenzo de Cuéllar por contralor, don Antonio Tellado como grefier y despensero mayor y don Miguel de Olivares por maestro de cámara.

La cámara, que nuevamente aparecía con la casa, carecía de sumiller de corps, al negarse Felipe IV a apartar al marqués de Orani del servicio del príncipe

archiduque Guillermo-Leopoldo. Puede verse información en B. HOUBEN: "Intimidad y política: Isabel y sus damas de honor (1621-1633)", en C. VAN WYHE: *Isabel Clara Eugenia. Soberanía femenina...*, op. cit., p. 314.

⁶²² R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, op. cit., p. 228.

⁶²³ "No se propone a V. Mgd nada de estos dos officios porque si fuesen necessarios mas criados de los calificados de ellos se podrán elegir y será bien tener algunos puestos en que ocupar a los del Pays que lo pretendieren" (AHN, Estado, lib. 980).

⁶²⁴ "Se podría seruir de mandar [Vuestra Magestad] que por la casa de Vuestra Magestad se le propongan sujetos, porque los nombrados que son Nicolás Goblet para contralor y don Francisco Ortiz de Vivanco para grefier no se tienen de por de la inteligencia y práctica que son menester para seruir en Flandes ni parece hauer sido nombrados para esto sino por ínterim" (AHN, Estado, lib. 980).

Baltasar Carlos, al que servía como primer caballerizo. Varias fueron las personas en las que se pensó darles el oficio, como don Antonio Sarmiento de Mendoza, pero su provisión se reservó para más adelante. Don Fernando de Monroy y Zúñiga, don Antonio Sarmiento de Mendoza y el conde de Salazar, fueron los gentilhombres de la cámara seleccionados en un primer momento. Posteriormente, don Antonio fue sustituido por el marqués de Espinar, a quien se le hizo merced del oficio en mayo de 1644. En consulta de 20 de marzo de dicho año, fueron nombrados el conde de Torralba y don Francisco Laso de Castilla que se negaron, a pesar de las diligencias realizadas por los condes de Oñate y Castrillo, a servir a don Juan en Flandes. También fue nombrado el conde de la Revilla, para ser rechazado poco después por sus excesivas pretensiones⁶²⁵.

De la primera familia de don Juan, únicamente quedaba en el servicio don Fernando. El servicio iba a contar, evidentemente, con un mayor número de criados con la llave capona, cuya provisión se dejaba para cuando don Juan realizase su entrada en la corte de Bruselas⁶²⁶. La junta proponía al monarca a 8 ayudas de cámara, de los que tres iban a servir, además, como guardarropa, guardajoyas y tapicero mayor, de la misma forma que se había practicado en casa del Cardenal Infante. Don Antonio de Aldana era propuesto como guardarropa y Melchor Nieto como tapicero mayor, tal y como lo habían realizado en casa del hermano de Felipe IV. Don Pedro Fernández del Campo quedaba para la secretaría de cámara, a los que cabía añadir don Francisco Cortés y don Simón Villela. Restaba por proveer, según la resolución de Felipe IV, una plaza de ayuda de cámara, para lo cual fueron descartados los que ya lo ejercían en la casa de don Juan⁶²⁷. Finalmente, fueron seleccionados don Pedro Fernández del Campo, don Antonio de Aldana como guardarropa y ayuda de cámara, don Jerónimo de Cuéllar como guardajoyas y ayuda de cámara, don Andrés de Alvarado, don Simón de Villela y don Francisco Cortés.

⁶²⁵ AGS, Estado, leg. 2965.

⁶²⁶ “Que si se huviere de crezer algunos mas sea del Pays conforme ellos lo pidieren para lo qual conuendra elegir de acá los más ilustres y si don Antonio no aceptare su puesto conuiene que Vuestra Magestad crie sujetos y que aquella es tan buena escuela se podría poner los ojos en persona de mayores esperanzas de las que puede dar la poca salud de don Alonso de Cardona y por esto se proponía a Vuestra Magestad la persona del marqués de Guadalcazar por sujeto de esperanzas y capaz de hauilitarse para mayores cossas” (AHN, Estado, lib. 980).

⁶²⁷ “Aunque don Antonio Tellado y Andrés Arias siruen oy de ayudas de cámara del señor don Juan y el primero tambien en los dos oficios de tapicero mayor, y aposentador de palacio si bien la junta los tiene por muy honrrados no le parecen a propósito para seruir a Su Serenidad en Flandes” (*Ibidem*).

La caballeriza iba a estar gobernada por el conde de Garcíez como caballero mayor, mientras que se decidió que el oficio de primer caballero se iba a proveer en uno de los gentilhombres de la cámara. Mientras, se habían nombrado 4 caballeros en la planta de la entera formación de la casa. Dos de ellos, don Diego Collazos de Mendoza y don Alonso Osorio Guadalfajara, procedían de la primera planta de la casa de don Juan. Don Juan de Terrazas, comisario general de la caballería en Flandes, fue nombrado el 24 de abril de 1644. Por último don Carlos Felipe le Comte y Dorvila, teniente general de la montería en Flandes y criado del Cardenal Infante, juró el 25 de enero de 1645 en manos del conde de Montalbán, a pesar de las objeciones puestas por la junta del conde de Oñate, al considerarle inadecuado para mantenerse con el lustre necesario.

La caballeriza se iba a completar con un veedor y contador (Francisco de Piña), un cochero mayor (don Diego Ortiz de Otalora que era además ayuda del guardarropa) y su ayudante (Gaspar Fernández), un teniente de acemilero con el guadarnés (Francisco de Veguillas) con dos mozos (Juan de Murueta y Juan de Ferreira), un palafrenero mayor (don Francisco Fernández Laso), un furrier (Gabriel de Borges), un librador (Francisco Vázquez), 8 lacayos (Pedro Díaz de Silva, Domingo Raimundo, Jacques de Lubar, Alderque Gambon, Juan Miralde, Juan de Laviña y Juan de Miera, siendo nombrado el octavo en Flandes), sin contar con todos los oficios no jurados como silleros, basteros, litereros o cocheros. De los mencionados, casi todos habían pertenecido a la familia del hermano de Felipe IV.

La caballeriza iba a contar, además, con una casa de pajes. La junta del conde de Oñate proponía que el rey escogiese entre dos o tres de los que estaban nombrados (don Miguel Collazos de Mendoza, don Francisco de Castañeda, don Baltasar de Segura, don Francisco de Paz Duque de Estrada, don Ramiro Aztor, don Juan Albear Medinilla y don Juan Osorio), a los que había que añadir a don Manuel de Lira, hijo de don Juan de Lira que se encontraba en Flandes. La elección de los mismos la debía realizar don Juan tras consultar con el marqués de Castelrodrigo. Por ayo era propuesto don Juan Cortés, que ya lo había sido en la casa del Cardenal Infante, Francisco Dali como maestresala con la ayuda de la tapicería, el licenciado Diego de Elman como capellán de honor y maestro de latín de los pajes y dos mozos de cámara (Juan Colart y uno que se encontraba en Flandes). Todos ellos habían ejercido en la familia del Cardenal Infante.

4.1.4. *El servicio de don Juan como gobernador y capitán general en las tierras del Priorato*

Aunque a partir de la primavera de 1644 era evidente que don Juan no iba a marchar a Bruselas⁶²⁸, permaneció como gobernador titular hasta 1647, lo que implicaba que era también el titular de la casa de aquellos estados hasta que el archiduque Guillermo-Leopoldo hiciera su entrada en los mismos. Por lo tanto, se vivió una situación paradójica y que era resultado de la incertidumbre con que se gobernaba la casa de don Juan en estos años. Por un lado, aunque don Juan contaba con una casa (la de Flandes), ésta no había entrado con buen pie (se trataba sólo de criados nombrados, que no habían jurado su oficio) y que a su vez estaba dividida entre los criados que estaban en dichas tierras, aquellos que estaban en Madrid e, incluso, algunos pocos que estaban sirviendo a don Juan. La realidad era que le continuaban sirviendo algunos criados de la primera planta y ciertos del Cardenal Infante, a los que se añadieron algunos nombrados para Flandes. Por lo tanto, se había de proceder a ajustar el servicio y la hacienda del hijo del rey, hasta que Felipe IV optase por encomendarle una nueva misión. En su disposición, que tenía una nueva planta, Felipe IV decidió que la nueva casa comenzase a correr su gasto el 27 de junio de 1644, habiendo de jurar en manos del conde de Montalbán, mayordomo del rey⁶²⁹.

Don Cristóbal de Benavente y Benavides era, hasta el momento, el jefe de la casa en su condición de ayo. En la segunda mitad de 1643 presentó varios memoriales, en los que se quejaba de la mengua de sus remuneraciones en comparación con las que había tenido el marqués de Malpica como ayo y mayordomo mayor del Cardenal Infante. Debido a estas quejas, don Cristóbal, que iba a ser la persona encargada de dirigir la casa hasta Flandes, recibió en abril de 1645 la licencia que había solicitado para retirarse⁶³⁰.

En lo que respecta al servicio que tuvo mientras se le asignaba destino, la capilla estaba dirigida por fray Hernando, que fue asentado en los libros de don Juan el 22 de julio de 1644, tras haber jurado el oficio el 21 de junio en manos del confesor del rey. Continuaba en el servicio de don Juan el capellán don Juan de la Hinojosa, quedando Gabriel de la Cruz fuera del mismo en la segunda mitad de 1644. Por su parte, Francisco de Mansilla y Manuel Corera García comenzaron a

⁶²⁸ A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “El ‘gobierno de los príncipes’ en los Países Bajos católicos...”, *op. cit.*, p. 211.

⁶²⁹ Las líneas que aquí siguen se basan en AGS, CSR, legs. 195, 196, 198 y 205.

⁶³⁰ AGS, Estado, leg. 2965.

servir por ayudas de oratorio el 1 de agosto, tras haber jurado el 12 de julio y 27 de junio de 1644 respectivamente en manos del conde de Montalbán.

La casa contó de continuo con don Alonso de Villarroel, aunque no consta que sirviese más allá del primer tercio de 1646. En su lugar asentó, el 5 de junio, don Antonio Sarmiento de Mendoza, que lo hizo hasta finales del año. Al igual que en los años posteriores, don Juan careció de gentilhombres de la boca y casa. Por su parte, los oficios de boca estaban estructurados en panadería —a la que se agregaron la confitería y la frutería⁶³¹—, cava⁶³², sausería y cerería⁶³³, y guardamangier con la frutería⁶³⁴ y cocina⁶³⁵. Además, a todos ellos habría

⁶³¹ Pedro García de Soto, antiguo criado del Cardenal Infante y nombrado para Flandes, juró el 27 de junio de 1644 con 300 ducados de gajes y 100 florines de aposento como sumiller de la panadería. Juan Antonio González Garnica y Joseph de Tarazona y Ceballos juraron el mismo día que el sumiller, siendo asentados el 27 de junio. Domingo Martínez, que también era criado de la casa del Cardenal Infante, entró por panadero de la boca. Bernardo Rello sirvió por mozo de la frutería y confitería, mientras que Domingo Rodríguez lo fue de la confitería hasta que el 24 de mayo de 1646 fue promovido a mozo de la panadería.

⁶³² Andrés Arias de la Vega, sumiller de la cava y criado del Cardenal Infante, lo fue desde el 1 de enero de 1646 hasta fin de abril. Antonio Rodríguez, ayuda y antiguo criado del Cardenal Infante, desde el 27 de junio de 1644 que juró en manos de Montalbán. Alonso Serrano, procedente de la primera familia de don Juan, sirvió, al menos, los meses de junio y julio de 1644.

⁶³³ Cristóbal de Nájera, procedente de la familia del Cardenal Infante, juró de sausier y sumiller de la cerería el 27 de junio de 1644. Andrés Francisco Garrido, también servidor del hermano de Felipe IV, sirvió por ayuda del a cerería desde su juramento el 27 de junio de 1644 hasta su muerte en el primer tercio de 1646. En noviembre le sustituyó Alonso Rodríguez. Por mozo sirvió Bernabé Gutiérrez, también procedente de la casa del Cardenal Infante, desde el 27 de junio de 1644 quedando apartado Gabriel Izquierdo que sólo sirvió los meses de junio y julio.

⁶³⁴ Francisco Morgano, proveniente de la familia de Flandes, entró por guardamangier, frutier y confitero tras su juramento el 27 de junio de 1644, quedando fuera del servicio en abril del año siguiente. Miguel Lorenzo, ayuda del guardamangier, también de la casa del Cardenal Infante, hasta marzo de 1645 que fue promovido a guardamangier. Lucas de Olarte, procedente de la primera planta de la casa de don Juan, juró por potajier y busier en marzo de 1645. Juan Magán, mozo del guardamangier, procedente de la primera casa de don Juan, quedó apartado del servicio en julio de 1644.

⁶³⁵ Andrés Torres, cocinero de la servilleta, y Juan de Valenberg y Jerónimo Bayón, ayudas de la cocina, quedaron apartados del servicio de don Juan en el mes de julio de 1644. La cocina estuvo compuesta por Andrés Guillón como ayuda desde 15 de julio de 1644, Juan Bautista Grule como portero, Marcal Balsin como portador y Lorenzo Bartolomé como mozo

que sumarle la lavandera ⁶³⁶, los ujieres de vianda ⁶³⁷ y saleta ⁶³⁸, la furriera ⁶³⁹ y la tapicería ⁶⁴⁰.

La cámara siguió sin contar con sumiller de corps, a pesar de que se pensó en proveer este oficio en el marqués de Bedmar, conjuntamente con el gobierno de la hacienda y casa para poner remedio al mal estado en que se encontraba ambas, una vez que era evidente que iba a permanecer en Castilla ⁶⁴¹. Don Fernando Monroy y Zúñiga fue el único gentilhombre de la cámara de la primera planta que sirvió a don Juan de forma continua en estos años. Posteriormente, en concreto en enero de 1645, el marqués de Espinar y don Francisco Laso de Castilla juraron por nuevos gentilhombres de la cámara en manos del conde de Montalbán, el segundo como gentilhombre de la cámara más antiguo y con el gobierno de la caballeriza. El marqués había sido incluido para conformar parte del servicio de don Juan en Flandes, a diferencia de don Francisco que no sirvió a don Juan fuera de la Península ibérica. El 2 de febrero, juró en esta plaza don Diego Fernández de Zárate que, únicamente, sirvió durante unos meses en 1646.

hasta finales de 1645. Como criados no jurados constan Joseph Vico y Juan Torres. De los apartados ninguno procedía de la casa del Cardenal Infante, mientras que de los que entraron en el servicio todos habían servido a dicho infante.

⁶³⁶ Ana Martín, procedente de la primera planta, fue reformada en junio de 1644, no volviendo a constar servicio hasta abril de 1646.

⁶³⁷ Francisco de Mora, procedente de la casa del Cardenal Infante, fue nombrado para servir a don Juan en Flandes. Entró en el goce en junio de 1644 tras haber realizado el respectivo juramento en manos del conde de Montalbán. Luis de Luna lo sirvió únicamente dos meses, mientras que Pedro Valero, que no había jurado pero que estaba nombrado desde el año de 1643 por ser marido de unas de las personas que crió a don Juan, fue reformado del servicio.

⁶³⁸ Juan Bautista Franco, procedente de la primera planta de don Juan, juró por ujier de saleta el 27 de junio de 1644 entrando a servir en mayo del siguiente. Luis de Luna comenzó a gozar el oficio el 1 de septiembre de 1646.

⁶³⁹ En los listados de pago de gajes, raciones y casa de aposento de don Juan aparecen el maestro de cámara, don Juan de la Moneda y Lerma, el contralor, don Francisco Ortiz, y el grefier, don Antonio Fernández Tellado. Bartolomé García y Juan de Arroyo figuran como ayudas de la furriera desde el 27 de junio de 1644. Diego de Cárdenas y Francisco García, por su parte, como sotayudas y mozos de retrete.

⁶⁴⁰ Juan de Santiago y Juan Carlos de Robles fueron mozos de la tapicería desde su juramento en manos del conde de Montalbán el 27 de junio de 1644.

⁶⁴¹ AGS, Estado, legs. 2963-2965.

De los ayudas de cámara nombrados para servir en Flandes, don Pedro Fernández del Campo no llegó a servir a don Juan al acompañar al conde de Peñaranda a Münster, mientras que Antonio de Aldana falleció el 6 de enero de 1645. Don Simón de Villela, don Jerónimo de Cuéllar, don Francisco Cortés y Juan de Mora (aposentador y ayuda de cámara) continuaron en los Prioratos junto al joven príncipe. A ellos se sumaron Miguel de Salinas, en marzo de 1645, Francisco Medrano, en abril de dicho año tras ser reformado, y don Sebastián Ortiz de Vivanco, procedente de la primera familia, a partir de mayo de 1646. Por lo tanto, a pesar de la decisión inicial de Felipe IV de que don Juan contase únicamente con 6, este número aumentó hasta los 8. A ellos cabe sumarlos los médicos ⁶⁴², la guardarropa ⁶⁴³, la botica ⁶⁴⁴, los ujieres de cámara ⁶⁴⁵, los escuderos de a pie ⁶⁴⁶ y un sastre de cámara (Simón de Romania desde octubre de 1645).

La caballeriza constituía, al igual que en la primera planta, la tercera sección por número de criados. Al carecer de caballerizo mayor, al estar el conde de García en Flandes, el gobierno correspondió a don Francisco Laso de Castilla, gentilhomme de cámara más antiguo y primer caballerizo, de la misma forma que lo había tenido don Alonso de Cardona y que fue tomado como modelo para futuras ocasiones. Don Diego Collazos y Mendoza y don Alonso Osorio Guadalfajara, ambos nombrados en 1642, continuaron siendo los caballerizos de don Juan. El 25 de enero de 1645, don Carlos Dórvila juró el oficio en manos del conde de Montalbán, tras haber sido rechazado por el conde de Oñate para servir esta plaza en los estados flamencos. La caballeriza estaría compuesta por un guardarnés y teniente de acemilero mayor (Francisco Veguillas), un palafrenero mayor (Francisco Fernández Laso), un librador (Francisco Vázquez primero y

⁶⁴² El doctor Agustín Botaz era médico de cámara desde 27 de junio de 1644, al que se unió el doctor Avilés en 1645 y 1646, Bartolomé Sotillo por barbero y sangrador de cámara, de la misma forma que el 1 de junio de 1643 que juró el oficio.

⁶⁴³ Diego Ortiz de Otorra como ayuda de la guardarropa, Juan de Bustillos como ayuda de la guardarropa y del guardajoyas desde el 7 de abril de 1646 y Andrés Martínez por mozo desde marzo de 1645.

⁶⁴⁴ Compuesta únicamente por Maximiliano Rotau como ayuda de la misma desde el 27 de junio de 1644.

⁶⁴⁵ Melchor Orcau y Juan Andrés Jordán, procedentes de la familia del Cardenal Infante desde junio de 1644. Francisco Rosado desde el 28 de febrero de 1646 que juró, tras haber sido reformado en 1644,

⁶⁴⁶ Juan Gómez Esteso desde el 27 de junio de 1644, y Marcos Fonseca desde primero de abril de 1646.

Tomás Niño posteriormente), un picador que daba el arcabuz a don Juan (Antonio Castañoz), un ayuda de sobrestante de coches (Gaspar Fernández), un ayuda de furrier (Francisco Vázquez), dos mozo de guadarnés (Juan de Murueta) y dos barrenderos (Francisco de Montenegro y Roque Vélez), además de los lacayos (Andrés de Salcedo, Bartolomé Zamora, Juan González Pinto, Alejandro de la Paz, Juan de Laviña, Jacques de Miera y, desde agosto de 1646, Jacques Patrón). Por último, estaría la casa de los pajes, que estaba gobernada por Francisco Laso (ayo de los pajes) y Francisco Luis (maestresala de los pajes). A todos estos oficios cabe agregarles aquellos que no eran jurados como cocheros, silleros, litereros o mozos encargados de los pajes.

Don Juan contó con dos unidades de guarda, la amarilla o española y la tudesca, contando cada una de ellas con únicamente dos o tres alabarderos⁶⁴⁷, careciendo de oficiales. Dichas unidades seguían la decisión adoptada por Felipe IV en 1642 de que don Juan fuese servido por esas dos guardas, lo cual se mantuvo en los siguientes años, salvo en aquellos virreynatos donde estaban las guardas propias del territorio.

4.2. EL PERIPLO MILITAR (1646-1656)

4.2.1. *De Ocaña a Sanlúcar de Barrameda:*

*La formación de la casa de don Juan de Austria
como gobernador general de las armas marítimas*

En octubre de 1645, don Diego Collazos de Mendoza, caballerizo de don Juan y que le servía en Ocaña, recogió la noticia de que Felipe IV había decidido dar el gobierno de su armada a su señor. La nueva fue comunicada por don Luis Méndez de Haro, el cual, por orden del rey, se encaminó a Ocaña con su hijo don Gaspar⁶⁴⁸. Además, en diciembre, el caballerizo aseguró que Felipe IV se lo había dicho en persona en Aranjuez⁶⁴⁹. A pesar de la decisión adoptada

⁶⁴⁷ Mateo López, Joseph del Viso, Agustín Hernández, Diego Caño y Juan Colmenar fueron soldados de la guarda española. Juan González, Juan Vert, Justo Morán y Manuel Campo lo fueron de la tudesca o alemana.

⁶⁴⁸ P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús*, op. cit., XVIII, pp. 182-183.

⁶⁴⁹ “En Aranjuez dio a don Juan su hijo título de Príncipe del Mar” (*Ibidem*, p. 208).

por el rey, la confirmación del nombramiento se retrasó hasta que el archiduque Guillermo-Leopoldo aceptó el gobierno de los estados flamencos ⁶⁵⁰.

La idea de Felipe IV estuvo influenciada por el cambio de la estrategia política de la corte de París hacia el Mediterráneo; en la correspondencia del cardenal Mazarino se vislumbra la intención de abrir un nuevo frente en Italia ⁶⁵¹. Los presidios toscanos eran los enclaves militares en los que el cardenal había centrado su interés. Estas fortalezas constituían unos baluartes estratégicos decisivos para garantizar el control de la Monarquía católica en la Península itálica, al mantener abiertas las comunicaciones del sur con el norte de Italia, además de comprender el antemural defensivo del reino de Nápoles ⁶⁵². Lo que comenzó como un rumor en 1645, al año siguiente se convirtió en realidad. El 15 de julio de 1646, tras una alarmante falta de coordinación entre las cabezas de la armada, la plaza de Portolongone se rindió a las fuerzas francesas. La deficiente dirección no fue perdonada por Felipe IV, que procedió a castigar a los culpables y sustituyó a los dirigentes, dándose el mando a don Juan de Austria ⁶⁵³.

⁶⁵⁰ En noviembre de 1644 se retomaron en las cortes de Madrid y Viena las negociaciones relativas al paso del Archiduque a Bruselas, alcanzándose un acuerdo pocos meses después. La venia definitiva por parte de Leopoldo-Guillermo no se produjo hasta finales de 1646, tras haber enviado Felipe IV a don Miguel de Salamanca [B. J. GARCÍA GARCÍA: “El legado de arte y objetos suntuarios de las testamentarias de Isabel Clara Eugenia y el Cardenal Infante (1634-1645)”, en J. L. COLOMER (dir.): *Arte y diplomacia de la Monarquía hispánica en el siglo XVII*, Madrid 2003, p. 146; R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, p. 300; AHN, Estado, leg. 1411].

⁶⁵¹ A. MUSI: *La rivolta di Masaniello nella scena politica barocca*, 2ª ed., Nápoles 2002, pp. 59-63.

⁶⁵² G. GALASSO: *Storia del regno di Napoli*, III: *Il Viceregno Spagnolo e Austriaco, 1622-1734*, Turin 2006, p. 244; A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...*, *op. cit.*, pp. 56-65; R. VILLARI: *La revuelta antiespañola en Nápoles. Los orígenes (1585-1647)*, Madrid 1979, pp. 203-205. La importancia de estos enclaves había sido resaltada desde el reinado de Carlos V, véase F. ANGILOINI: “I Presidios de Toscana: cadena de oro y freno de Italia”, en E. GARCÍA HERNÁN y D. MAFFI (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía hispánica...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 176-177; F. CHAVARRÍA MÚGICA: “«Filípoli, Filípica o Filipiana»: Hegemonía y arbitrismos a través de las «advertencias sobre los presidios de Toscana» de Francisco Álvarez de Ribera (1568)”, *Hispania* LXIV/1 216 (2004), pp. 210-212. El 26 de julio de 1650 el cardenal de la Cueva indicaba a Felipe IV que el Papa le había comentado que la causa de la revuelta del reino de Nápoles había sido la pérdida de los presidios toscanos [A. MINGUITO PALOMARES: *Nápoles y el virrey conde de Oñate. La estrategia del poder y el resurgir del reino (1648-1653)*, Madrid 2011, p. 350].

⁶⁵³ C. FERNÁNDEZ DURO: *La armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, Madrid 1972, vol. IV, pp. 361-367.

Conocida en la corte de Madrid la noticia de la pérdida de los presidios toscanos, se procedió con rapidez a conformar el nuevo servicio de don Juan con objeto de adecuarlo al gobierno de la armada. En noviembre y diciembre de 1646, Felipe IV remitió varios decretos a don Pedro Coloma, en su calidad de secretario de la junta de la casa de don Juan, para que notificase a los criados la decisión que había adoptado⁶⁵⁴. Desde esta fecha hasta abril del año siguiente se llevaron a cabo, por medio de varias juntas, las preparaciones relativas al servicio del joven príncipe. La primera fue conformada con el decreto de diciembre, en el que una junta integrada por el marqués de Mirabel, don Luis Méndez de Haro, el conde de Castrillo y el duque de Villahermosa, se habría de encargar de presentar la persona que había de servir a don Juan por su teniente general, tras la negativa del marqués de Velada. Durante varias semanas coexistieron esta junta y la de la casa de don Juan, solapándose el trabajo que ambas realizaban.

En la conformación de la casa se siguió con la misma lógica que con la que se había formado en 1642 para tratar la recuperación del reino de Portugal. Por un lado, oficios como mayordomos, gentilhombres de cámara, capitán de la guarda y caballerizos fueron reservados para militares y personas que iban a desempeñar un rol fundamental en la dirección militar de la armada con visos a recuperar los presidios toscanos. Estas mercedes convertían a los premiados en criados de don Juan, reforzándose los vínculos entre ellos y el príncipe al pertenecer a su familia.

El 24 de diciembre, Felipe IV, en un decreto cerrado a Pedro de Coloma, notificaba que había hecho merced al marqués de Cusano de la llave de gentilhombre de don Juan y a don Diego de Egues de la plaza de mayordomo, porque “se halla sirviendo en la armada y es cauallero de partes”⁶⁵⁵. El 27 de enero del año siguiente, la junta de la casa remitió la planta de los criados que componían el servicio y los que, a su juicio, faltaban por proveer en los gremios de capilla, casa, cámara y caballeriza⁶⁵⁶.

En cuanto a la capilla, resultaba imprescindible nombrar un camarero eclesiástico, al que se agregarían las plazas de limosnero y capellán mayor. Por la casa faltaba un mayordomo, a pesar de los 4 nombrados; en la cava un sumiller y

⁶⁵⁴ Decreto de 21 de noviembre de 1646 en AGS, Estado, leg. 2966. Decreto de 23 de diciembre de 1646 en AGS, Estado, leg. 2970.

⁶⁵⁵ AGS, Estado, leg. 2969.

⁶⁵⁶ Compuesta por el duque de Villahermosa, el bailío de Lora y don Juan de España y Moncada (AGS, Estado, leg. 2969). Un borrador de la misma relación se encuentra en AGS, Estado, leg. 2968.

mozo, un ayuda en la sausería, un mozo del guardamangier, dos ayudas de la cocina y agregar el oficio de despensero a otro distinto del grefier. Felipe IV se conformó con la propuesta, a excepción de la plaza de mayordomo, que lo había de servir el conde de Viraben conjuntamente con el oficio de veedor general de las galeras.

En la cámara, por su parte, faltaban dos gentilhombres (por excusarse don Francisco Laso de Castilla y don Diego Fernández de Zárate), un mozo de la botica, un cirujano, un barbero y un sangrador, sobrando varios de los 9 ayudas de cámara. Felipe IV se avino con lo propuesto, sumando la secretaría de cámara a uno de los ayudas de cámara, además de dos escuderos de a pie (cuyo número era de dos y la junta consideraba suficiente). El cirujano se encontraba en Madrid, mientras que para el oficio de sangrador requería consulta aparte. En la caballeriza se había de nombrar al primer caballerizo (que se podía proveer en un gentilhombre de la cámara), uno o dos caballerizos, un furrier, un cochero mayor y un lacayo. Respecto a la casa de los pajes, resultaba recomendable aumentar el número de pajes de 6 a 8, así como faltaban un maestro, un cocinero y un criado.

Por consultas de varias reuniones que no vamos a reproducir para evitar ser prolijos⁶⁵⁷, se fueron proveyendo todos los oficios señalados por la junta. A los criados que se habían apartado del servicio de don Juan en 1644, se les hizo merced de la futura sucesión de los oficios, siempre y cuando no fuesen acomodados en la nueva casa⁶⁵⁸. En virtud de ello, el servicio quedó compuesto de la siguiente forma⁶⁵⁹:

Capilla

Confesor. Fray Francisco Hernando Sánchez de Cuéllar

Capellanes de Honor. Don Juan de Hinojosa y don Gabriel de la Cruz y Mendoza que fue asentado nuevamente el 8 de abril de 1647.

Ayudas de oratorio. Francisco de Mansilla y Maximiliano de Rotau desde el 16 de febrero de 1647.

⁶⁵⁷ En AGS, Estado, legs. 2968-2970.

⁶⁵⁸ AGS, Estado, leg. 2969.

⁶⁵⁹ No se trata de una relación, sino que este listado se ha realizado a través del cruce de varias fuentes que están incluidas en “El listado alfabético de los criados de la casa de don Juan” y “Casa real de don Juan de Austria por oficios (1642-1669)”, del tomo II de esta obra (CD Rom).

Casa

Mayordomo mayor y sumiller de Corps. Don Alonso de Cardona, conde de Eril. Mayordomos. El conde de Viraben y don Pedro de la Mota Sarmiento, nombrado el 30 de marzo de 1647⁶⁶⁰.

Oficiales mayores. Don Juan de la Moneda y Lerma maestro de la cámara, don Francisco Ortiz de Vivanco contralor

Panadería. Pedro García de Soto como sumiller, Domingo Rodríguez ayuda de la panadería con goce de mozo, Juan de Salas, don Juan Sancho desde el 24 de mayo de 1647, Domingo Martínez panadero de boca.

Guardamangier y Frutería. Francisco Morgano guardamangier y frutier desde el 28 de marzo de 1647, Bernardo Rello mozo de la frutería, Juan Magan mozo del guardamangier desde 6 de marzo de 1647.

Cava. Francisco de Mora promovido desde ujier de vianda a sumiller de la cava desde 26 de marzo de 1647, Antonio Rodríguez ayuda, Gabriel Izquierdo mozo desde la cava desde 26 de febrero de 1647 con ausencias de ayuda y Sebastián Alonso Mariscal entretenido.

Cocina. Andrés Guillón cocinero de servilleta desde el 24 de marzo de 1647 promovido de ayuda, Marçal Balsin desde el 28 de marzo ayuda promovido de portador, por mozos Lorenzo Bartolomé y Joseph Vico, desde 28 de marzo de 1647, tras haber servido como galopín.

Comprador. Lucas de Olarte desde febrero de 1647 en lugar de potajier y busier, Juan de Roales ayuda de comprador desde 28 de marzo de 1647.

Dispensero mayor. Melchor de Orcau desde 26 de marzo de 1647 que fue promovido desde la plaza de ujier de cámara.

Sausier y Cerería. Cristóbal de Nájera sausier y cerero mayor, Alonso Rodríguez ayuda de la sausería, Juan Bernabé Gutiérrez mozo de la sausería y cerería.

Furriera. Por ayudas de la furriera Juan de Arroyo y Juan López de Arrúe desde 28 de marzo de 1647, por sotayudas o mozo de retrete Francisco García y Bartolomé Fernández de Miranda desde 28 de marzo.

Botica. Alonso del Rillo boticario de la persona fue reservado en 1647, Maximiliano Roteau por ayuda.

Tapicería. Juan de Santiago ayuda desde el 24 de febrero de 1647 al ser promovido de mozo, por mozos Juan Carlos de Robles y Noé López mozo de la tapicería desde 20 de abril de 1647.

Ujier de vianda. Don Juan Antonio González de Garnica desde el 28 de marzo de 1647 con agregación de los oficios de ujier de cámara y aposentador de camino, y Gabriel Sánchez de Mejía desde 24 de marzo de 1647 promovido desde sumiller de la cava.

Ujier de saleta. Juan Bautista Franco y Luis de Luna.

Lavandera. Ana Martín.

⁶⁶⁰ Sobre don Pedro de la Mota Sarmiento y su rivalidad con Olivares véase R. VALLADARES: *La rebelión de Portugal...*, *op. cit.*, pp. 46-49.

Cámara

Gentilhombres de la cámara. Don Fernando de Monroy y Zúñiga, marqués de Espinar, don Fernando Carrillo Muñiz y Godoy desde el 28 de marzo de 1647, don Luis Fernández de Córdoba desde el 16 de abril de 1647, don Carlos de Bateville desde 18 de abril de 1647 y don Antonio de Isasi que fue nombrado el 15 de febrero de 1647 aunque no consta que sirviese.

Ayudas de cámara. Don Jerónimo de Cuéllar con la guardajoyas, don Miguel de Salinas con la guardarropa, Don Francisco Cortés por tapicero mayor, don Simón de Villela, don Nicolás Mestraten, Francisco Medrano y don Miguel Pérez de Mendoza. Futura de sucesión el 26 de febrero de 1647 entrando el 28 de noviembre a don Francisco de Bustamante

Guardarropa. Ayudas de la guardarropa: Don Juan de Bustillos y don Diego Ortiz de Otalora, Don Felipe Muñoz de Leiva desde 1647, Andrés Martínez mozo.

Guardajoyas. Ignacio Sebastián Muñoz desde el 28 de marzo de 1647.

Médicos de cámara. El doctor Botaz.

Cirujano de cámara. Doctor Domingo Tamayo desde el 4 de abril de 1647.

Sangrador. Gonzalo Balbas desde 24 de marzo de 1647.

Ujier de cámara. Francisco Rosado ujier de cámara y mayordomo del estado de caballeros y Juan Andrés Jordán.

Escuderos de a pie. Marcos Fonseca y Bartolomé Pinilla nombrado el 27 de marzo de 1647.

Barrenderos de cámara. Roque Vélez y Santiago Roma.

Caballeriza

Primer caballerizo. Don Fernando Monroy y Zúñiga desde el 4 de febrero de 1647.

Caballerizos. Don Diego Collazos y don Francisco de Paz de Castañeda desde el 30 de abril de 1647.

Veedor y contador de la caballeriza. Juan Sánchez de Tevar nombrado el 25 de febrero de 1647, no jurándolo hasta agosto de ese año. Don Francisco de Veguillas lo sirvió de forma interina.

Palafrenero. Don Joseph Tarazona Ceballos palafrenero mayor desde 24 de marzo de 1647, Domingo Pérez de Toledo ayuda de palafrenero desde el 26 de febrero de 1647.

Ballester. Gonzalo Mateo nombrado el 22 de abril de 1647.

Picador. Michael Angelo nombrado el 29 de abril de 1647.

Ayuda de la furriera. Francisco Vázquez.

Librador. Tomás Niño.

Guadarnés. Don Francisco Veguillas desde 10 de marzo de 1647, un ayuda, Juan de Ferreira y Juan de Murueta como mozos.

Correo. Domingo Coello desde 28 de marzo de 1647.

Capítulo 4.4: *Las casas reales de don Juan José de Austria*

Lacayos. Andrés Salcedo, Bartolomé Zamora, Juan González Pinto, Juan de Laviña, Jacques Patron, Jacques Micira, Alejandro de la Paz, Juan Mas desde el 28 de marzo de 1647 y Diego Hernández Moreno desde 31 del mismo mes.

Dos cocheros de la persona.

Ayuda de cochero mayor o sobrestante de coches. Gaspar Fernández de Illari.

4 cocheros.

Casa de los pajes. Don Francisco Fernández Laso desde el 27 de febrero de 1647 de forma interina, al reservar el rey la plaza a don Juan Cortés de Guevara, 6 pajes (don Juan de Albear Medinilla, don Juan Cerrato, Luis Francisco, maestresala de los pajes, cocinero de los pajes y un criado). Por lo que respecta al maestro de armas, habría allí donde estuviese don Juan.

Guardas

Don Juan contaba con la guarda amarilla y tudesca para su servicio. El marqués de Espinar era capitán desde el 24 de marzo de 1647, y don Diego Collazos de Mendoza teniente por ser el caballerizo más antiguo desde el 5 de mayo de 1647. A ellos habría que sumarle un cabo y varios soldados por cada una de ellas.

Don Alonso de Cardona, conde de Eril, volvía a ser miembro de la casa de don Juan, al ser nombrado mayordomo mayor y sumiller de corps por Felipe IV con el goce de un millón de maravedíes⁶⁶¹. La jefatura de la casa correspondía, por lo tanto, al catalán. Su cometido principal era encargarse de la correcta ejecución de los despachos e instrucciones que desde la corte de Madrid se le mandaba en todo aquello relativo al servicio del hijo del rey. Asimismo el conde tenía derecho a formar parte del Consejo de Gobierno de la armada que debía asesorar a don Juan. Sin embargo, la dirección de las operaciones militares y del joven príncipe no correspondía a don Alonso.

En las instrucciones entregadas a don Juan para ejercer el gobierno de la armada, Felipe IV explicitaba a su hijo que se había dejar de asistir y aconsejar por don Juanetín Doria y don Melchor de Borja y Centellas⁶⁶². A ambos se trató de hacerles merced de algún oficio en la casa, como gentilhomme de la cámara y capitán de la guarda respectivamente. Sin embargo la Junta de Estado no encontró ningún oficio que se correspondiese con la calidad de los dos⁶⁶³. A pesar de ello,

⁶⁶¹ El nombramiento de 31 de enero de 1647 se encuentra en AGS, Estado, leg. 2966.

⁶⁶² AHN, Estado, leg. 1414.

⁶⁶³ Consulta de 15 de febrero de 1647: “más no halla ocupación competente en su casa. Si se ajustase a servir de capitán de la guardia sería muy conbeniente” (AGS, Estado, leg. 2968).

se trasluce la intencionalidad de los ministros de Felipe IV, siguiendo sus órdenes, de acomodar en los oficios de la casa a aquellas personas que iban a desempeñar un papel eminentemente militar y que no iban a servir personalmente a don Juan ⁶⁶⁴. Así, don Luis Fernández de Córdoba y Arce ⁶⁶⁵, don Antonio de Isasi, don Fernando Carrillo Muñiz de Godoy y don Carlos de Wateville ⁶⁶⁶ fueron agraciados con la llave capona. Aunque ninguno de los 4 llegó a figurar durante más que unos pocos meses (algunos ni días), a lo largo de su vida continuaron siendo criados de don Juan, en su calidad de gentilhombres de la cámara, al que llegaron a servir en distintos momentos (don Luis Fernández de Córdoba, por ejemplo, estuvo varias campañas en la frontera de Portugal en la década de 1660). Finalmente, podemos reseñar que el conde de Viraben continuaba en el servicio, en esta ocasión como mayordomo y veedor de las galeras.

4.2.2. *El servicio de don Juan en la Armada y fracaso del intento de recuperación de los presidios toscanos*

Bajo el título “casa de servicio”, hacemos referencia a todo aquello que se corresponde con los criados que, efectivamente, sirvieron al hijo de Felipe IV. Tras la creación y superposición de varias juntas, a partir de febrero de 1647 estos negocios corrieron por mano de don Luis de Haro, que fue el único ministro que estuvo presente tanto en las juntas técnicas (de la casa de don Juan) como

⁶⁶⁴ Consultas de 15 de febrero, 10, 21, 27 y 28 de marzo y 8 de abril de 1647, en AGS, Estado, legs. 2963 y 2969-2970.

⁶⁶⁵ Don Luis Fernández de Córdoba, veinticuatro de la ciudad de Jaén, servía en oficios militares al rey desde, al menos, 1611 cuando acompañó al marqués de Guadalcazar, su tío, al virreinato de México. Caballero de la Orden de Santiago desde el año de 1643. En 1647, tras llevar sirviendo en diferentes oficios militares desde 30 años atrás, iba a servir en la armada como gobernador de las galeras de España (AHN, OOMM, expediente 2743; D. BARROS ARANA: *Historia general de Chile*, vol. IV, Santiago de Chile 1999, pp. 149-152).

⁶⁶⁶ Don Carlos de Wateville, barón de Wateville y conde de Corvieres, fue nombrado capitán general de la artillería en el ejército de tierra tras desembarco de la armada, a causa de lo cual Felipe IV le hizo merced del oficio de gentilhombre de la cámara de su hijo para tener un acceso más fácil a él: “demás del cargo de capitán general del artillería que ha de servir el barón de Vatiuila, en desembarcándose el ejército de la armada en conformidad del título que lleva, y os presentará con esta, he mandado también que os asista y sirva en el oficio de vuestro gentilhombre de la cámara, para que comunicándole con la cercanía que este puesto permite, y conociendo su capacidad, y buenas partes, junto con su sangre le emplé en los negocios, que se ofrecieren de mi servicio” (BNE, VE, 210/44, f. 1r).

en la de Estado (dirección de la armada), bien secundado por don Juan de España y Moncada en cuestiones técnicas y económicas⁶⁶⁷, en un contexto de extremas dificultades económicas para el pago y asistencia del servicio⁶⁶⁸.

En abril de 1646, don Juan de España y Moncada, el cual participaba en el gobierno de la hacienda de don Juan desde el año anterior, envió una memoria a Felipe IV en la que llamaba la atención sobre la contravención de las órdenes del rey de fundar el goce de los criados según el pie que habían tenido los del Cardenal Infante, al estar incluidas “mercedes particulares” que el hermano de Felipe IV había realizado a algunos de los mismos. Únicamente 4 días después, el rey ordenó a la junta de la casa de don Juan la inclusión de don Juan de España en ella⁶⁶⁹. Entre las cuestiones pendientes de resolver, quedaba por establecer la forma en que se iban a realizar los juramentos, así como las etiquetas y la forma de servir los oficios. En este punto, el duque de Villahermosa entendió que la decisión del rey era que la casa de su hijo siguiese la misma forma que tenían las demás casas reales, a excepción de los gajes y emolumentos⁶⁷⁰. La decisión fue corroborada cuando Felipe IV remitió un decreto a su Bureo el 22 de abril, por el que ordenaba entregar al conde de Eril las etiquetas de su casa real⁶⁷¹. Por lo tanto, en la intención de Felipe IV se encontraba modificar y estructurar el goce de los oficios de la casa de su hijo.

⁶⁶⁷ El 10 de marzo de 1647 fue precisado de la siguiente forma: “La junta acordó que don Juan de España fuese mirando en lo demás que se offrezca que representar a Vuestra Magestad para la entera satisfacción de las otras disposiciones de la casa y jornada del señor don Juan y diese quenta a don Luis Méndez de Haro” (AGS, Estado, leg. 2969).

⁶⁶⁸ Hay números ejemplos del mal gobierno económico de la casa y hacienda de don Juan. Véase, por ejemplo, el memorial que remitió don Sebastián Ortiz de Vivanco el 14 de febrero de 1646: “Estos días escrivi a Vuestra merced suplicándole propusiese en la junta el estado de los socorros de la casa del señor don Juan y la urgente neçesidad de que se tomase expediente para este año, he entendido que don Juan de España ajusta esto con el señor presidente de Hazienda y así no rrepito ofiçios en esta diligençia pero si en traer a la memoria como siendo mi obligación dar quenta a Su Magd de todo aquello que fuere contrabención a sus reales órdenes y causa al difícil gouierno de la casa de su hijo y gastos escusados della” (AGS, Estado, leg. 2964).

⁶⁶⁹ AGS, Estado, leg. 2966.

⁶⁷⁰ AGP, SH, caja 81/15. El 4 de febrero de 1648 a don Fernando Ruiz de Contreras (AGS, Estado, leg. 2971).

⁶⁷¹ AGP, SH, caja 81/15. El 22 de abril el Bureo dijo a Felipe IV que no se estaban cumpliendo las realizadas en los aposentos del Conde Duque ni se tenía noticias de las mismas.

El 26 de febrero de 1647 esta tarea fue encomendada, por medio de la junta de la casa de don Juan, a don Juan de España y Moncada. El contador y mayordomo cumplió con su cometido con bastante rapidez ⁶⁷², y el escrito que elaboró contenía, en realidad, una auténtica reformación económica de los gastos. El goce de los criados no tenía correlación con las casas de Felipe IV y del Cardenal Infante, por lo que se había de fundar en pie nuevo:

En la cassa de Su Serenidad se an de señalar a todos los gajes y raciones competentes y se les ha de haçer notorio que no an de tener otros emolumentos de ningún género ni por ningún camino aunque aia exemplares de la cassa de su Magd y del señor Infante.

El contador indicaba que las raciones de comida y caballo se habían de pagar en especie, las mercedes concedidas por don Juan tenían que suprimirse, el goce, de un solo oficio aunque sirviere varios, se iba a pagar en vellón y en camino se iba a tratar de hospedar a la familia de don Juan en el lugar para ahorrar, de esta forma, pagar la casa de aposento. Por esta vía, se pretendía que todo el goce de raciones y gajes se pagasen en dinero, en vez de ser adquirido a costa de la casa y hacienda de don Juan. Estas medidas tendentes a reducir la carga económica de las rentas de don Juan ⁶⁷³, modificaban, de forma sustancial, el estilo que se había seguido en las casas del Cardenal Infante y de Felipe IV. Si no, no se entiende la advertencia de don Juan de España de hablar con los criados que habían servido en Flandes, con el fin de evitar sobresaltos ⁶⁷⁴. Asimismo se había de dar un número fijo a los criados, además de igualar el goce de todos ellos que no indicaba. En los listados de pago de gajes, raciones y casa de aposento ⁶⁷⁵ de los años sucesivos se constata una reducción significativa del goce de los criados en comparación, por ejemplo, con el de la familia del Cardenal Infante. Quedaba, por último, poner en ejecución el papel del contador que fue entregado por el conde de Castrillo al de Eril.

⁶⁷² La memoria técnica que llevaba por título “Apuntamientos para la formación de la casa del señor don Juan para la jornada de Andalucía”, se encuentra en AGS, Estado, leg. 2969.

⁶⁷³ Un resumen de las rentas de la hacienda de don Juan en AGS, Estado, leg. 2972; J. CASTILLA SOTO: *Don Juan José de Austria...*, *op. cit.*, p. 40.

⁶⁷⁴ “Que se tome forma con los criados de Flandes para que los que siruen esten con seguridad sin el sobresalto que hasta aora y salgan con gusto a seruir a su Serenidad” (AGS, Estado, leg. 2969).

⁶⁷⁵ AGS, CSR, legs. 196 y 198.

En abril de 1647 don Juan salió de las tierras del Priorato, acompañado de su servicio⁶⁷⁶, en dirección a las costas de Andalucía donde había de embarcarse. El 16, Felipe IV ordenó que se bajase el goce de los criados de don Juan al nuevo que se había establecido⁶⁷⁷. Don Alonso de Cardona remitió varios memoriales a la corte de Madrid, en los que se quejaba con vehemencia de las medidas llegando a suspender, en conformidad con don Juan de Austria y el confesor fray Hernando, su ejecución por las razones de conveniencia de decoro de la persona de don Juan y buen gobierno de su casa⁶⁷⁸.

⁶⁷⁶ Carta de 26 de marzo de 1647: “Hánle dado al señor don Juan, de ayuda de costa para este viaje, 16.000 ducados. Lleva 100 criados de todas suertes a caballo, y 100 acémilas con su recámara y la de su familia, seis coches y cuatro literas”. Carta de 2 de abril: “El señor don Juan de Austria, partió ya de Ocaña para el puerto de Santa María. Llegó a Alcorcón, —una legua de aquí—, despidióse allí de S.M. que estuvo con él a solas poco más de una hora” [P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús*, op. cit., XVIII, pp. 469 y 475]. Los animales de tiro provenían de la caballeriza del rey (AGP, SH, caja 197).

⁶⁷⁷ “Habiendo Su Magestad entendido que algunos de los criados del señor don Juan gozan demás cantidades de las que les pertenece según las plazas que ocupan y el pie de la casa. Ha sido servido de resolver en consulta de la junta, de 16 de abril de este año que todos corran con los gajes, raciones y emolumentos que les toca por sus asientos, bajándoseles todo lo demás que se les ha acrecentado por cualquier pretexto que haya sido pues el hauer mandado Su Magestad que la casa de Su Serenidad imitase a la del señor infante cardenal [...] no fue para se entendiese en las mercedes particulares que Su Alteza hizo a algunos de sus criados por causas que le moviesen a ello” (AGS, Estado, leg. 2970).

⁶⁷⁸ “La primera [razón] por no hauer reçeuido la orden de V. Mgd que se çita de los gajes, y raciones ordinarias y extraordinarias, que se an de señalar y hacer buenas a cada uno de los criados [...] La segunda porque haviendose entendido, y publicado los puntos referidos se an inquietado generalmente todos los criados y dado memoriales al Señor D. Juan representando que entraron a servirle en sus ofiçios con todos los utiles y onores que tuuieron en la casa del Señor Infante Cardenal y por varios decretos lo tiene Vuestra Magestad declarado assi [...] el padre fray Hernando de Cuéllar confesor de Su Alteza me a echo varias instancias por ellos y el señor don Juan mismo mouido de su clamor me a mandado sobresea en la execución desta orden mientras esta informado Vuestra Magestad de nuevo que yo he venido en ello viendo a todos con tan gran sentimiento, y biua queja que tengo por cierto que a auerse publicado antes de salir de Cádiz, se huuieran quedado los más y juzgo que se llegarán, a proueer muchos ofiçios si se executa esta orden. [Para concluir dice el dicho] Pareceme que pues que entraron a servir al señor don Juan todos los criados con los mismos gajes y emolumentos que goçaron los del Señor Infante podría V. Mgd servirse de mandar que corra assi en todo su casa pues de lo contrario resultará una continuada queja, y tengo por mejor que el número se reduzca al límite fijo que no menguar los gajes y raciones ordinarias y extraordinarias que tuuieron los del señor Infante” (AGS, Estado, leg. 2972).

A finales de abril, don Juan de Austria había llegado a la ciudad de Cádiz, desde donde se dirigió a Sanlúcar de Barrameda para embarcarse en la armada⁶⁷⁹. A lo largo de las semanas siguientes, don Juan fue bordeando las costas españolas hasta que en julio Felipe IV tomó la decisión de que don Juan se dirigiese a Italia para tratar, en aquella o en la siguiente campaña, de proceder a la recuperación de los presidios toscanos⁶⁸⁰. ¿Qué sucedió, entretanto, con la casa de don Juan?

Con el embarque de don Juan en el mes de mayo, la familia se dividió en dos. Por un lado, le siguieron un número reducido de criados para garantizar su servicio. Por otro, varios miembros permanecieron en la ciudad de Sanlúcar esperando a recibir la orden del rey para pasar a servir a don Juan⁶⁸¹. Los que siguieron su persona se estructuraron en 4 gremios: capilla, casa, cámara y guardas. Salvo la casa y la cámara, el resto eran gremios compuestos por un grupo muy reducido de personas, como se puede observar en los dos listados *infra*. El primero está compuesto por los criados que siguieron la persona del hijo de Felipe IV, a excepción de la caballeriza que fue reformada tras su salida desde Sanlúcar⁶⁸², a pesar de lo cual varios criados de este gremio siguieron apareciendo en los listados de pagos de gajes, raciones y casas de aposento.

Capilla

Confesor. Fray Hernando Sánchez de Cuéllar.

Capellán de honor. Don Juan de la Hinojosa.

Ayudas de oratorio. Francisco de Mansilla.

Casa

Mayordomo. Don Pedro de la Mota Sarmiento.

Panatería. Pedro García de Soto sumiller, Rodríguez ayuda, Domingo Martínez panadero de boca, Domingo Rodríguez mozo.

Cava. Francisco de Mora sumiller, Sebastián Alonso Mariscal entretenido.

Cerería y Sausería. Don Cristóbal de Nájera cerero mayor y sausier, Francisco de Llaría entretenido de la cerería.

Comprador. Lucas de Olarte comprador, Juan de Roales ayuda de comprador.

⁶⁷⁹ P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús*, op. cit., XVIII, p. 483.

⁶⁸⁰ AGS, Estado, leg. 2963.

⁶⁸¹ Los listados pueden verse en AGS, CSR, legs. 196 y 198.

⁶⁸² Felipe IV el 28 de marzo de 1647: “supuesto que la caballeriza de don Juan de Austria mi hijo ha de quedar en tierra se dará a la condesa de Eril en San Lúcar” el coche que se daba a su marido (AGS, Estado, leg. 2970).

Capítulo 4.4: *Las casas reales de don Juan José de Austria*

Frutería y Guardamangier. Don Francisco Morgano, frutier y guardamangier, Bernardo Rello mozo de la frutería, Juan Magán mozo del guardamangier.

Cocina. Andrés Guillon cocinero de servilleta, Marçal Balsin ayuda, Lorenzo Bartolomé ayuda, Joseph Vico mozo y dos galopines.

Oficiales. Don Antonio Tellado grefier, Juan Sánchez Núñez su oficial.

Furriera. Melchor de Orcau despensero mayor, Juan de Arroyo y Juan López de Arrue ayudas de la furriera, Francisco García sotayuda o mozo de retrete.

Guardarropa. Don Diego Ortiz de Otalora ayuda y con llave de cámara, Simón de Romania desde el 27 de noviembre de 1647.

Tapicería. Noe López mozo desde noviembre de 1647.

Cámara

Gentilhombres de la cámara. Don Fernando de Monroy y Zúñiga, el conde de Javier, don Fernando Carillo [A estos sumarle el barón de Watteville].

Ayudas de cámara. Don Jerónimo de Cuéllar ayuda de cámara y guardajoyas, don Simón de Villela, don Francisco Cortés, don Nicolás Mestraten, don Francisco Medrano y don Francisco de Bustamante.

Guardajoyas. Ignacio Tibaut mozo.

Ujier de cámara. Francisco Rosado ujier de cámara y mayordomo del estado.

Médico de cámara. El doctor Botaz.

Cirujano de cámara. Licenciado Domingo Tamayo.

Barbero de cámara. Bartolomé Sotillo.

Botica. Maximiliano Rotau ayuda de la botica.

Escudero de a pie. Juan Gómez Esteso.

Caballeriza

Primer caballerizo. Don Fernando de Monroy y Zúñiga (aunque en los listados no figura como tal ejerció este oficio).

Caballerizos. Don Diego Collazos de Mendoza y don Francisco de Paz Duque de Estrada.

Furrier. Don Francisco Laso que también sirvió como ayo de los pajes.

Lacayos. Andrés de Salcedo, Bartolomé de Zamora, Juan González Pinto, Alejandro de la Paz, Juan d'Essa, Diego Hernández.

Resulta más complicado conocer la composición de las guardas que acompañaron a don Juan, al no tener más que listados parciales. El marqués de Espinar continuó como capitán de las guardas personales de don Juan hasta que falleció en 1652. Lo que si conocemos es que don Juan estuvo servido por las dos unidades consabidas, cuyo número y componentes fue variando con el paso de los meses⁶⁸³.

⁶⁸³ AGS, CSR, leg. 198.

Por lo que respecta a la familia que permaneció en Sanlúcar, era la siguiente:

Capilla

Capellán de honor. Licenciado Gabriel de la Cruz.

Ayuda de oratorio. Manuel Corera García.

Casa

Panatería. Pedro Valero ujier de vianda, Gabriel Sánchez ¿?

Lavanderas. Ana Martín lavandera de boca, Juana de Ledesma lavandera de estado.

Cava. Gabriel Izquierdo mozo.

Sausería y Cerería. Alonso Rodríguez ayuda de la sausería.

Cocina. Miguel Lorenzo potajier y busier, Juan Bautista Grulet portero de la cocina y Juan de Torres galopín.

Furriera. Bartolomé García ayuda, Diego Cárdenas, Juan Bautista Pioneta y Bartolomé Fernández sotayudas.

Oficiales. Don Juan de la Moneda y Lerma maestro de la cámara, don Francisco Ortiz de Vivanco contralor. El cajero del maestro de cámara y un oficial del contralor.

Guardarropa. Don Miguel de Salinas guardarropa y ayuda de cámara, Juan de Bustillo ayuda de la guardarropa y guardajoyas, Andrés Martínez mozo.

Tapicería. Juan de Santiago ayuda, Juan Carlos de Robles mozo.

Ujieres de saleta. Juan Bautista Franco y Luis de Luna.

Doña Ana María Marañón que adereza los balones.

Cámara

Ayudas de cámara. Don Sebastián Ortiz de Vivanco, Juan Guémez de la Mora ayuda de cámara y aposentador de palacio, don Miguel Pérez de Mendoza.

Ujier de cámara. Juan Andrés Jordan y Juan Antonio González Garnica.

Escuderos de a pie. Marcos de Fonseca y Bartolomé Pinilla.

Barrenderos de cámara. Roque Vélez y Santiago Roma.

Oficios. Andrés Torel zapatero de cámara.

Caballeriza

Contador y veedor. Don Juan Sánchez de Tevar.

Ayuda de la furriera. Francisco Vázquez.

Librador. Tomás Niño.

Correo. Domingo Coello.

Picador. Michaelo Angelo.

Guadarnés. Francisco de Veguillas guadarnés, Juan de Murueta ayuda y Juan de Ferreira mozo.

Teniente de acemilero mayor. Gregorio de Veguillas en lugar de su padre y sin goce alguno.

Ayuda del palafrenero. Domingo Pérez.
Cochero de la persona. Alonso Fernández.
Ayuda de sobrestante de coches. Gaspar Fernández.
Lacayos. Juan de la Viña y Jacques Patrón.
Casa de los pajes. Francisco Luis, maestresala de los pajes.

Salvo algunas variaciones (nuevos nombramientos, promociones, ausencias y muertes) esta partición de la familia se mantuvo hasta que en la corte de Madrid se tomó la decisión de dar el gobierno de Sicilia al príncipe, en la segunda mitad de 1648. En la campaña de 1647 no se iba a proceder al intento de recuperar los presidios toscanos y aquel mismo mes comenzaron la revueltas del reino de Nápoles, cuya situación se fue tornando cada vez más grave. El 1 de octubre, don Juan apareció al frente de la armada en el puerto napolitano⁶⁸⁴, tornándose la revuelta en rebelión abierta poco después, al reclamarse la Real República napolitana, por lo que los napolitanos pretendían dejar de pertenecer a la soberanía de Felipe IV.

En lo que respecta al servicio de don Juan durante el año que estuvo en el reino de Nápoles, no nos consta que fuese servido por la casa del reino⁶⁸⁵, al no haber tomado posesión efectiva del virreinato más que unos pocos días⁶⁸⁶, actuando allí como plenipotenciario del rey para aquietar la ciudad y reino de Nápoles. Por lo tanto, el hijo del rey siguió siendo servido por la casa que le había seguido desde la ciudad de Sanlúcar.

La decisión de dirigirse a Italia no había sido bien recibida por parte de los criados mayores de don Juan, al requerir el espacio italiano un mayor desembolso

⁶⁸⁴ No es objeto de estas líneas realizar una aproximación al estudio de las revueltas de Nápoles. Para ello véase F. BENIGNO: “El ministerio de Masaniello”, en F. BENIGNO: *Especios de la revolución. Conflicto e identidad política en la Europa moderna*, Barcelona 2000, pp. 133-189; G. GALASSO: *Storia del regno di Napoli, op. cit.*, III, pp. 247-520; A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...*, *op. cit.*; P. L. ROVITO: “La rivolta costituzionale di Napoli, 1647-1648”, *Rivista storica italiana* 98 (1986), pp. 367-462; R. VILLARI: *Un sogno di libertà: Napoli nel declino di un imperio, 1685-1648*, Milán 2012.

⁶⁸⁵ Para la casa del reino de Nápoles véase A. MUSI: “La corte vicereale di Napoli: Ideologie del potere, pratica politica, correnti spirituali”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, M. RIVERO RODRÍGUEZ y G. VERSTEEGEN (coords.): *La Corte en Europa...*, *op. cit.*, vol. III, pp. 1623-1637; M. RIVERO RODRÍGUEZ: *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía hispánica durante los siglos XVI y XVII*, Madrid 2011, pp. 142-147.

⁶⁸⁶ ASN, Cancelleria e Consiglio Collaterale, Cancelleria, Officiorum Suae Maiestatis, busta 17, ff. 213r-218r, únicamente se encuentra el nombramiento interino realizado en la persona del conde de Oñate el 9 de diciembre de 1647.

económico para mantenerse con el lucimiento suficiente⁶⁸⁷. Del mismo modo, en un momento en que se estaban recopilando las etiquetas de las casas reales para su codificación, la intervención de don Juan en Nápoles provocó situaciones que no estaban previstas, como reglar las entradas en la cámara de don Juan. Con el fin de subsanar esta deficiencia, la tarea fue encomendada al marqués de Orani, debido al conocimiento que tenía de la cámara del Cardenal Infante en la corte de Bruselas. El 30 de junio se remitió la respuesta del marqués a don Alonso de Cardona para su puesta en ejecución⁶⁸⁸. La misma nos indica que el servicio no estaba previsto para cumplir su obligación con la decencia suficiente en el reino napolitano. A la falta de dinero, se le sumaba la de criados y su cortedad de medios según el goce que tenían señalado. Las respuestas de la junta fueron evasivas disponiendo, únicamente, que se acudiese a los criados según los tercios. Por último, el conde de Eril decía que resultaban necesarios, en caso de que don Juan siguiese en Italia⁶⁸⁹, un mayor número de criados para el decoro del servicio y repartir hábitos entre caballerizos y pajes de don Juan. En la respuesta a estos últimos requerimientos, se denotaba que todavía Felipe IV no había adoptado una resolución definitiva respecto al destino definitivo de don Juan.

4.2.3. *El virreinato siciliano de don Juan*⁶⁹⁰

La difícil situación del reino napolitano en el verano de 1648 pospuso nuevamente la empresa de los presidios toscanos. Ello implicaba que don Juan había de permanecer en suelo italiano para ponerse en camino el año siguiente. El

⁶⁸⁷ Julio o agosto de 1647. Memorial de criados “don Fernando Monroy y Zúñiga, marqués de Espinar, conde de Javier, barón de Bativila, don Fernando Carrillo y don Luis de Córdoba, gentilhombres de la cámara de V.A. y don Pedro de la Mota su mayordomo, dicen, que ha tres meses que salieron de Cádiz [...] por haber venido orden para pasar V.A. a Italia, y es fuerza que dichos gastos se acrecienten mucho, y hallarse con gran falta de medios para ello, y su lucimiento” (AGS, Estado, leg. 2972).

⁶⁸⁸ “Que respecto de ser la forma que se ha dado, para el servicio del señor don Juan, en el grado que la de la casa de su Magestad; se debe guardar la misma que tuvo el señor cardenal-infante en las entradas en la forma que lo dice el marqués de Orani, y que ésta se dé por regla, para que se gobiernen y excusen dudas en cualquiera parte donde se hallare su alteza” (AGS, Estado, leg. 2969).

⁶⁸⁹ “Que en caso de detener el señor don Juan en Italia mande V. Magd que pasen con sus casas a servirle los criados que an quedado en San Lúcar” (AGS, Estado, leg. 2971).

⁶⁹⁰ Para el gobierno de don Juan en Sicilia, G. E. DI BLASI E GAMBACORTA: *Storia Cronologica de Vicerè, Luogotenente, e Presidenti del regno di Sicilia*, Palermo 1791, tomo II parte II, p. 278.

precario estado político del reino de Nápoles bajo el gobierno del conde de Oñate ⁶⁹¹, la ubicación geográfica y la capacidad económica del reino siciliano para sustentar los enormes gastos derivados del mantenimiento de la armada hicieron que Felipe IV nombrase a don Juan por su virrey en el reino de Sicilia, en sustitución del cardenal Tribulcio ⁶⁹².

Di Blasi señalaba que el nombramiento había sido decidido por el rey en la primavera de 1648. A pesar de que esta afirmación resulta difícil de confirmar, en el mes de mayo, posiblemente después de conocida en la corte de Madrid la reducción de la ciudad y reino de Nápoles, se comenzaron a realizar los primeros preparativos para adecuar (aumento de las rentas de la hacienda y criados de don Juan) al hijo del rey a su nuevo destino. En mayo la junta de la casa (compuesta en esta ocasión por el conde de Castrillo, el marqués de Santa Cruz y don Fernando Ruiz de Contreras) comenzó a ordenar a los criados nombrados y que se hallaban en Castilla para que pasasen al ejercicio efectivo ⁶⁹³. Así, el 22 la junta propuso a Felipe IV reemplazar al conde de Eril, por las excusas que estaba poniendo. El 13 de junio se excusó, de la misma forma que lo hicieron el conde de Viraben y don Antonio Sarmiento de Mendoza, mayordomos, al final de mes. Este ejemplo fue adoptado por otros criados, a causa de lo cual se despachó el siguiente billete al conde de Eril, a quien se le consideraba todavía jefe de la casa, el 30 de aquel mes:

con ocasión de diferentes excusas que han interpuesto algunos criados y mayordomos del señor don Juan a quienes se ha ordenado pasen a servir su puesto y atendiendo a que no se debe dar lugar ni permitir que la persona que una vez acepta el puesto u oficio quede con el título de criado de Su Alteza para lo honorífico sin servirle ha sido Su Magestad servido de resolver en consulta de la junta de la casa de Su Alteza se diga a todos los criados mayores y menores de cualquier grado y oficio que sean si quieren o no ir a servir al señor don Juan, advirtiéndoles que si no lo hicieren, se les privará de los honores y preeminencias que gozan por el título de criado de Su Alteza ⁶⁹⁴.

⁶⁹¹ Para el virreinato del conde de Oñate en Nápoles véase A. MINGUITO PALOMARES: *Nápoles y el virrey conde de Oñate...*, *op. cit.*

⁶⁹² El título de nombramiento de don Juan como virrey y capitán general del reino de Sicilia es del 1 de septiembre de 1648 (AGS, Estado, leg. 6152). Despacho citado también en G. E. DI BLASI E GAMBACORTA: *Storia cronologica dei viceré...*, *op. cit.*, tomo II parte II, pp. 278-292.

⁶⁹³ AGS, Estado, leg. 2969.

⁶⁹⁴ *Ibidem.*

Mientras, en el reino de Nápoles, don Juan fue proveyendo ciertos oficios, dentro de los pocos nombramientos que podía realizar. Así, nombró como lacayos a Nicolás Avenas, Juan Bautista, Guillermo Pichón y Nicolás Santorem, los cuales juraron el 27 de mayo en manos de don Fernando Monroy y Zúñiga. Asimismo aumentó el número de los soldados de sus guardas personales (española y tudesca)⁶⁹⁵, además de añadirseles un cabo y, al menos, un sargento para servir al hijo del rey en su nuevo destino vital.

En septiembre de 1648 don Juan, acompañado de su familia, abandonó el reino napolitano en dirección a Messina, donde llegó el 27⁶⁹⁶. El 27 de diciembre tomó posesión del cargo tras haber realizado el juramento⁶⁹⁷, lo que le convirtió en titular de la casa del reino que se encontraba en Sicilia⁶⁹⁸. La misma contaba con una capilla, la caballeriza del reino y varias unidades de guardas.

La capilla de San Pedro del palacio real estaba dividida en dos secciones –oratorio y musical– dirigidas ambas por el capellán mayor, el cual tenía jurisdicción sobre los miembros de la misma. En 1649 servía la plaza don Martín de la Fariña de Madrigal, el cual el 26 de abril de 1649 fue propuesto por la junta de la casa de don Juan⁶⁹⁹ para servir en la plaza de camarero eclesiástico, capellán y limosnero mayor que estaba vacante⁷⁰⁰. La reconstrucción del resto de miembros de la capilla resulta posible gracias a los listados o registro de pagos

⁶⁹⁵ Véanse los listados del tomo II de esta obra (CD Rom): “Casa real de don Juan de Austria por oficios (1642-1669)”.

⁶⁹⁶ G. E. DI BLASI E GAMBACORTA: *Storia cronologica dei viceré...*, *op. cit.*, tomo II parte II, p. 272.

⁶⁹⁷ ASP, Protonotario del regno, Ceremoniale dei signori vicerè, busta 1060, p. 378; AGS, SP, leg. 1167.

⁶⁹⁸ Una aproximación a esta casa real en M. RIVERO RODRÍGUEZ: *La edad de oro de los virreyes...*, *op. cit.*, pp. 147-149.

⁶⁹⁹ La junta de la casa de don Juan fue modificada en varias ocasiones por Felipe IV tras la salida de su hijo de tierras hispanas. Desde el mes de septiembre de 1648 la mayoría de las cuestiones quedaron en manos de don Luis de Haro, que ya se encargaba de la correspondencia particular entre Felipe IV y su hijo, en sustitución del conde de Castrillo en la junta que estaba compuesta por él, el marqués de Castelrodrigo y don Fernando Ruiz de Contreras. Esta junta funcionó hasta, al menos, mediados de 1651 cuando don Juan realizó su entrada en Cataluña (AGS, Estado, legs. 2969-2971).

⁷⁰⁰ AGS, Estado, leg. 2969. Felipe IV se avino la propuesta de la junta, pero no tenemos constancia de que pasase a Sicilia a ejercerlo. La ausencia de nuevas consultas en este sentido pueden indicar que fue aceptado.

que se encuentran en el fondo *Salariati* de la *Conservatoria del Real Patrimonio del Archivio di Stato di Palermo* ⁷⁰¹. Por lo que respecta al oratorio, nos encontramos con:

Canonici maggiori. Don Roco Pirro ⁷⁰², don Antonino Mancuso, don Sebastiano Mellazo y don Giuseppe Surry ⁷⁰³.

Canonici minori. Don Pietro Montenegro, don Giuseppe Bardon y don Giovanni Battista ⁷⁰⁴.

Canonici inferiori. En los pagos de 1645 y 1646 aparecen tres, pero en 1648 y 1649 no se mencionan.

Sochantre. Don Estefano de Blasi desde el 30 de septiembre de 1643, con 28 onzas de salario.

Maestro di scola (seguramente de los cantoricos). Don Giovanni Battista Chiaveta, 28 onzas mensuales desde el 30 de abril de 1643.

Correndati. Don Leonardo Basili, don Blase Baudi, don Vincenzo Lanfranchi ⁷⁰⁵, don Onofrio Sinafra, don Sebastiano Salina, don Vicenzo Olzman ⁷⁰⁶ y don Giovanni Battista Sorrili ⁷⁰⁷.

⁷⁰¹ Para las siguientes líneas vamos a utilizar ASP, Conservatoria del Real Patrimonio, Salariati, busta 1744, ff. 125r-126v.

⁷⁰² De edad aproximada de 70 años era, según don Juan, un hombre de “muchos estudios, y que escriuió en defensa de la real jurisdicción muy doctamente, y de virtud” a causa de lo cual fue propuesto en tercer lugar en la terna de la plaza de archimandita de Messina (AGS, SP, leg. 1168).

⁷⁰³ Con sueldo de 60 onzas asentaron el 8 de diciembre de 1613, el 17 de junio de 1647, el 2 de junio y el 5 de septiembre de 1648 respectivamente. Don Giuseppe Surrui falleció en 1650 (AGS, SP, leg. 1168).

⁷⁰⁴ Con salario de 50 onzas mensuales asentaron el 9 de septiembre de 1646, el 12 de julio y 1 de septiembre de 1648.

⁷⁰⁵ En una terna enviada por don Juan el 18 de abril de 1650 se dice que era correndador de la capilla y maestro de ceremonias de su capítulo y clero.

⁷⁰⁶ En abril de 1650 fue propuesto en primer lugar en la terna que envió don Juan para el canonicato de don Joseph Surrui. En aquel año ejercía los oficios de correndador y ayudante de maestro de ceremonias de los virreyes, mientras su hermano era preboste de la guarda alemana. “Eclesiástico de mui buenas costumbres y virtudes” (AGS, SP, leg. 1168).

⁷⁰⁷ Con 24 onzas mensuales de oficio fueron asentados en los libros el 30 de abril de 1643, el 7 de mayo de 1626, el 4 de febrero de 1631, el 10 de septiembre de 1637, el 1 de mayo de 1644, el 5 de abril del mismo año y el 28 de septiembre de 1646 respectivamente.

Diaconi. Don Lorenzo Pezzapane⁷⁰⁸, don Lorenzo Vives, don Alessio d'Alessandro, don Antonino Viscuso, don Giovanni del Varco y don Salvatore Carasali.

Había, además, un sacristán, un ayudante de sacristán, el maestro de ceremonias (don Vicencio Lanfranchi) y su ayudante (desde el 1 de febrero de 1648 don Andrea Romano y Orsino con 12 onzas⁷⁰⁹), 6 *clerici*, el tesorero, dos *fastieri*, un organista (don Francesco Spatafora⁷¹⁰) y la persona encargada de *acconciare* el órgano⁷¹¹.

En lo que respecta a la capilla musical, en 1648⁷¹² estaba compuesta por Vincenzo d'Elia, maestro de la capilla con asiento desde agosto de 1636⁷¹³, don Bernardo Sances de Luna, músico desde 1639, Segismundo Mastracia, corneta desde el 31 de mayo de 1635, don Giacomo Vulpino, soprano desde el 31 de agosto de 1631 y 18 de agosto de 1648⁷¹⁴, Jerónimo Cannizaro, *arciliguto* desde 20 de junio de 1637, don Vincenzo Marchiso, organista desde junio de 1636, don Gabriel Soprano, contralto desde marzo de 1612, don Vincenzo Giganti y Jerónimo Scamardi como contraltos bajos, Nicolo Luminaria, contralto *bassone* desde 11 de septiembre de 1648, Diego Gener y Nicolo Orlando como tenores desde 29 de julio de 1613 y 1 de septiembre de 1637 respectivamente, Leonardo Cutrano, contralto desde 11 de noviembre de 1624, Gasparo González, músico de violón desde 2 de

⁷⁰⁸ Por carta de 1 de octubre de 1648 fue promovido al oficio de *correndato*, que se puso en ejecución en Sicilia el 19 de mayo del año siguiente. El 17 de julio se realizó la expedición del asiento (ASP, Conservatoria del Real Patrimonio, Salariati, busta 1744, ff. 147v-148r).

⁷⁰⁹ En carta de 17 de abril de 1650 fue puesto en la nómina enviada por don Juan para correndador de la capilla real que había vacado por promoción de don Joseph Surry al canonicato. “Ayudante del maestre de ceremonias de los virreyes que sirue con mucha puntualidad, persona de virtud y de buenas costumbres” (AGS, SP, leg. 1168).

⁷¹⁰ En mayo de 1648 fue elegido por el cardenal Tribulcio don Giovanni Alfarano (ASP, Conservatoria del Real Patrimonio, busta 1744, ff. 128v-129r).

⁷¹¹ El 25 de abril de 1648 se expidió un despacho de la secretaría del virrey, en el cual indicaba que había sido elegido en este oficio el maestro Giovanni Spedareo en lugar del maestro Antonio Lavalle (ASP, Conservatoria del Real Patrimonio, busta 1744, f. 127r).

⁷¹² ASP, Conservatoria del Real Patrimonio, busta 1744, ff. 133r-134r y 161v-162v.

⁷¹³ El 27 de septiembre de 1649 se expidió un billete de la secretaría del virrey, en el cual se avisó de que había sido nominado como “organista del capitolo e clero della Capella Reale di San Pietro del Regio Palazzo” en lugar del sacerdote don Francesco Spatafora (ASP, Conservatoria del Real Patrimonio, busta 1744, f. 163r).

⁷¹⁴ En algunos de los criados de los listados suelen aparecer varias personas con asientos de dos fechas distintas.

junio de 1648, los sopranos Giuseppe Benenati y Gaspar Azarello desde junio de 1648, Giovanni de Orlando como *musico basso* desde 21 de junio de 1649 y don Filippo Pansica.

Por otro lado, los virreyes sicilianos contaban, al menos, con una guarda alemana que había sido creada por orden de Felipe II en 1570. En 1646 estaba compuesta por el capitán⁷¹⁵, un teniente, tres cabos y 40 soldados⁷¹⁶. En ella, los virreyes disponían de la capacidad de nombrar y jubilar a soldados, cabos y alféreces⁷¹⁷.

De más reciente creación era la guarda a caballo borgoñona, creada en 1648 por orden del cardenal Tribulcio. Su formación se inscribe dentro del proceso de reorganización política del reino de Sicilia, en torno a los conceptos de autoridad y jerarquía que quiso dotar a su figura de virrey, en un tierra en que los súbditos y ministros estaban demasiado acostumbrados a acceder al *alter ego* del monarca⁷¹⁸.

⁷¹⁵ En el bienio 1650-1651, don Fernando de Monroy y Zúñiga fue capitán de la guarda alemana de don Juan con el goce de 60 escudos mensuales pagados por gastos secretos de que don Juan le hizo merced “en lugar de los emolumentos que tenía del juego que de orden de Su Magestad se ha ajustado al mes que están señalados por Su Magestad a los capitanes de la guardia de los señores virreyes” (ASP, Real Segreteria, Registri dei dispacci, Assenti, lib. 841, ff. 66v-67r).

⁷¹⁶ “*Appare che quaranta soldati della sudetta guardia alemana se li paga per soldo di ogn'uno di loro onza una e tari 18 il mese di mese in mese et per nota in margine di detto assento sono asentati altri scudi quattro il mes da riparire tra il Preposteo et tre caporale di detta gaurdia alemana oltre il soldo et sono della soma delli quatro mila scudi che S.E. puo disporre*” (ASP, Conservatoria del Real Patrimonio, Salariati, busta 1744).

⁷¹⁷ El cardenal Tribulcio jubila a los soldados de la guarda alemana, tal y como indica el veedor general en despacho de 22 de mayo de 1648: “Juan Vicencio Brazolo, Veneslao Sterch, Ruberto Pilz, Juan Angremayar, Guilermo Buquer, Juan Templum y Carlos Burser” (ASP, Real Segreteria, Registri dei dispacci, 265, f. 20r). El teniente de la guarda alemana variaba de forma constante según los deseos de los virreyes. Desde, al menos, abril de 1644 hasta mayo de 1645 fue don Francisco de Aguayo, de febrero al 3 de noviembre de 1647, fecha en la que falleció, lo fue el alférez don Jerónimo Portocarrero, don Manuel Coello de Fonseca lo fue hasta que el 19 de agosto de 1648 el cardenal Tribulcio le dio licencia para ir a levantar una compañía de infantería española, desde el 30 de agosto lo fue el alférez Philipe Agustín Gionsi y durante el virreinato de don Juan, don Martín de Melo, que era su ayuda de cámara, fue nombrado teniente con el goce que tenía de capitán reformado en la armada. El 11 de julio de 1651 fue sustituido por Ludovico Chimino (ASP, Real Segreteria, Registri dei dispacci, Assenti, lib. 840, ff. 17v-22v y 841, ff. 68v y 72v).

⁷¹⁸ Carta de Gregorio de Leguia a don Jerónimo de Lezama de 25 de enero de 1649 desde la ciudad de Messina: “No e querido escussarme de embiar a vuestra merced este papel, diciendo juntamente que como todos estos ministros están acostumbrados por lo passado (y particularmente en tiempo del cardenal) a tratar y manejar los virreyes a todas oras, y en los

A comienzos de 1648 don Pedro de Bálsamo y Bonano, príncipe de Rocafiorida, presentó un memorial al cardenal Tribulcio por el cual le ofrecía la creación de una nueva guarda a caballo de lanzas de 100 personas para los virreyes. La nueva guarda, que iba a llamarse “de los borgoñones”, iba a estar compuesta por borgoñones, hispanos y tudescos, al igual que existía en los territorios de Flandes, Milán y Nápoles⁷¹⁹. El cardenal Tribulcio, tras deliberar sobre el asunto, lo remitió al Consejo de Guerra y Privado que asistía a su persona para que le diese su opinión. Todos ellos fueron favorables a la propuesta que había realizado el príncipe de Rocafiorida, según la cual él se iba a encargar, en un primer momento, de realizar la leva y darles los vestidos y caballos. El 18 de mayo, el secretario personal del cardenal notificaba al conservador del patrimonio y al veedor general la aceptación de la propuesta del príncipe, que fue nombrado capitán de la guarda. El 30 de julio se ordenó al veedor general, por cuyos fondos se iba a sustentar la unidad⁷²⁰, en un primer momento, que se hiciese muestra de los soldados que tenía levantados el príncipe para proceder a su asiento en los cuadernos⁷²¹. El 20 de diciembre se

aposentos más retirados, juzgo yo, que estrañarían, no poder hacer lo mismo con el señor don Juan, deuiendo reparar la diferencia que ay de los virreyes ministros a la persona de Su Alteza. Pero cada día yrán reconociendo el decoro que se deue al señor don Juan no faltando (como no se falta de parte de Su Alteza) a todo lo que toca a los tribunales y las audiencias particulares y generales. (AGS, SP, leg. 1167).

⁷¹⁹ “Asentádoles los sueldos que tocara a la Primera plana y ha de ser anssi a estos como a los soldados que él tenía últimamente la caballería ligera deste Reyno y al dicho capitán las exempciones y prebilegios que goçan los capitanes de la guardia de las compañías de caballos, lanças de las guardias de los capitanes generales en Flandes, Milán, Nápoles y porque la experiencia ha mostrado quan aptos son para la caballería los borgoñones y alemanes altos y bajos ofrece traer gente para essta compañía destas naciones y asimismo se le asienten tambien a ella algunos españoles si los trugere” (ASP, Real Segreteria, Incartamenti, busta 7). Escrito del príncipe de Rocafiorida.

⁷²⁰ Estos fondos procedían de las rentas de Felipe IV. Varios ejemplos de órdenes para que se librase al príncipe de Rocafiorida dinero para el pago en ASP, Real Segreteria, Registri dei dispacchi, reg. 266, ff. 40r y 152v. Sin embargo, esta guarda pasó a sustentarse por los fondos propios del reino. Despacho del rey al virrey el 27 de septiembre de 1677: “estando ya el gasto que se hace con ella consignado sobre los mismos efectos de ese Reyno” (ASP, Real Segreteria, Incartamenti, busta 2449).

⁷²¹ “El cardenal mi señor me manda dezir a Vuestra Señoría tomen muestra a los soldados de cauallos que tiene leuantados el Príncipe de Rocafiorida para la compañía que se le ha de formar para la guarda de los señores virreyes en conformidad de la patente que Su Eminencia le tiene dado de cappitán della y que si llegaren al número de treinta a estos y a todos los demás que pasaren muestra les asienten Vuestra merced sus sueldos para que les

formó la guarda compuesta por un teniente, 4 cabos⁷²² y 100 soldados, con goce de 71 escudos y 6 tarines parra el capitán, 30 escudos y 5 tarines para el teniente, 28 escudos para el alférez y 10 para los soldados y resto de miembros⁷²³, de la misma forma que lo había gozado la caballería ligera del reino de Sicilia que había sido reformada en el año de 1636. La guarda iba a ser la primera de las que tenían los virreyes, cuyos miembros iban a gozar del fuero de la guerra⁷²⁴.

Por último, reseñar, que habría que sumar a los oficios analizados otros como el de porteros de cámara, que eran vendibles⁷²⁵.

corra por cuenta de Su Magestad y esto no obstante que no este acauado el quartel y alojamiento y que todos los soldados no estén vestidos como vuestra merced pretenden a que no han dado lugar” (ASP, Real Segreteria, Registri dei dispacchi, reg. 265).

⁷²² El teniente de la compañía desde primero de octubre de 1648 era Claudio Otenin, con un salario de 15 escudos mensuales. Continuó sirviendo hasta, al menos, la salida de don Juan de Sicilia. Los 4 cabos eran Claudio Rassel, Juan Mombla, Juan Alar y Joseph López (ASP, Real Segreteria, Registri dei dispacchi, Assenti, lib. 840, ff. 82v-83v y lib. 841, ff. 55v-56r).

⁷²³ “La compañía de cauallos, lanzas, la leuantó toda a su costa don Pedro Bálsamo y Bonano, príncipe de Rocafiorida, y se le formó en 20 de diciembre de 1648 con cien soldados, que presentó montados en otros tantos cauallos vestidos y armados assi mismo a su costa según la oferta que hizo al señor cardenal Tribulçio quien le dio patente de capitán e ella, y que siruiere para la guardia de la primera de los señores virreyes deste Reyno señalando setenta y un escudos y seis tarines al capitán, al theniente treinta, y cinco altarines, al alférez veinte y ocho, y a los oficiales menores y soldados diez escudos a cada uno y para yr reclutando en su compañía se quitauan quatro tarines al mes a cada soldado de que se hacía caxa y hauiendo corrido en esta conformidad hasta primero de febrero deste año, que mandó el señor marqués de Castelrodrigo, que se pusiera esta compañía en el mismo pie de las otras dos de coraças, y arcabuceros de su guardi en cuiu execución se aumentó al capitán su sueldo, asiento y diez escudos al mes. Al capitán theniente que se proució nuevamente ochenta escudos con grado de capitán de arcabuceros, al theniente quarenta y ocho, al alférez treinta y ocho y a los soldados el socorro de con tarín, y pan a cada uno y forrajes para el cauallo, que es en la forma que se socorre la cauallería del exercito de manera, que de las tres compañía de la guardi esta de lanças es la más antigua y demás preheminençias” (ASP, Real Segreteria, Incartamenti, reg. 2449).

⁷²⁴ A pesar de lo cual, rápidamente surgieron graves problemas de jurisdicción con las autoridades de Palermo tras la detención por parte del pretor de uno de los soldados por llevar escopeta (ASP, Real Segreteria, Incartamenti, busta 5467).

⁷²⁵ En consulta del Consejo de Italia de 27 de octubre de 1648, Felipe IV hizo merced a Francesco Perdiccode la ampliación del oficio de portero de cámara por una vida “para un heredero en la forma ordinaria por ser este offiçio de los que se pueden beneficiar haciendo gracia de 3.018 reales que montará la tercera parte del precio en que lo compró”. Esta merced era debida a los grandes servicios que realizó en los tumultos de Palermo, consiguiendo matar a Giuseppe d’Alessi y sus allegados (AGS, SP, leg. 1021).

De forma paulatina se fueron incorporando al servicio de don Juan, salvo algunos casos, los criados de la familia del hijo del rey que se encontraban en Sanlúcar de Barrameda desde abril de 1647. La mayoría volvieron a aparecer en los listados de gajes, raciones y casa de aposento en octubre de 1649⁷²⁶, tras haber estado navegando varios meses en el Mediterráneo por sospecha de estar contagiados por la “peste”. Este suceso le costó a don Juan enfrentamientos importantes con ministros de todo el reino, que no dudaron en elevar el tono de sus quejas y dirigirlas a Felipe IV. Ante la noticia de la llegada del bajel con la familia de don Juan, los jurados de numerosas ciudades sicilianas (Messina, Melazzo, Palermo, Trapani) escribieron a don Juan o al secretario Leguía para que el bajel no se detuviese en sus costas. El sentir fue recogido por el Tribunal del Patrimonio, que no dudó en acudir a la corte de Madrid ante la imposibilidad de encontrar respuesta en las súplicas y peticiones que había realizado a don Juan⁷²⁷, aunque con poco éxito.

Pese a la llegada de sus servidores, en cuanto a los oficios de la casa, don Juan de Austria representó en varias ocasiones la conveniencia de que se le diese algún gentilhombre de boca y algún mayordomo más. El 30 de agosto de 1648 había escrito a don Luis de Haro indicándole que:

la falta de gentilhombres y mayordomos con que me hallo y de que tengo dado parte a V.E. es grande y los inconuenientes que della naçen no pequeños, asi de desautoridad a la vista de Italia como de no caual gouierno en las cossas de la casa y haçienda por no auer mayordomos⁷²⁸.

El 16 de febrero del año siguiente volvió a reiterar estas palabras don Fernando de Monroy y Zúñiga⁷²⁹.

Sea como fuere, en la corte de Madrid se tomaron rápidas soluciones. Don Luis de Haro informó a don Juan que se había mandado al conde de Eril pasase con toda la familia que se encontraba en Sanlúcar, además de haber dado la llave de gentilhombre de la cámara al marqués de Cusano⁷³⁰, por quien don Juan

⁷²⁶ AGS, CSR, legs. 196 y 198.

⁷²⁷ AGS, SP, leg. 1167.

⁷²⁸ RAH, Salazar y Castro A-103, f. 67r.

⁷²⁹ “Juzgando que la salida de Nápoles hauia de ser para España, se ha podido pasar con esta esperança la falta de criados que tiene Vuestra Alteza pues parece que huiendo de quedar en Italia, es forçoso representar a Su Magestad, con la indeçencia que se halla el día de oy la cassa de Vuestra Alteza” (RAH, Salazar y Castro A-103, f. 78r). A continuación, don Fernando pasaba a enumerar los criados que resultaban imprescindibles para paliar la situación.

⁷³⁰ El marqués de Cusano fue nombrado el mes de diciembre de 1648, con la obligación de asistir a la persona de don Juan. En enero se le dio el despacho para que pasase a Sicilia,

tenía debilidad y con quien había coincidido en la reducción de Nápoles, y de la plaza de mayordomo a don Diego de Egues y Beaumont⁷³¹. Asimismo, se habían realizado instancias con don Fernando Carrillo y el marqués de Espinar para que se presentasen en Messina. Don Juan consideraba que de esta forma “se remediará la falta de criados y gobierno de la casa con que me hallo”, a pesar de la licencia concedida al conde de Javier para que volviese a su casa⁷³². No fueron los únicos nombramientos realizados por parte de Felipe IV. Así, el conde de Torralba fue nombrado caballerizo mayor y gentilhombre de la cámara a cuya familia se colmó de honores y mercedes. A don Antonio de Córdoba y Mendoza y don Francisco Fernández de Córdoba se les hizo merced de la llave capona y de un hábito militar. El conde de Torralba, ante la negativa de don Alonso de Cardona de pasar a Italia, fue nombrado caballerizo mayor para encargarse de la persona de don Juan y traerla a España a falta del conde de Eril, que continuaba con la propiedad de los cargos de mayordomo mayor y sumiller de corps⁷³³. El 26 de abril, don Juan se quejó amargamente de su nuevo caballerizo mayor, únicamente tres días después de haber agradecido a don Luis de Haro su desvelo en el arreglo de los problemas que padecía su casa y persona⁷³⁴.

donde juró en manos de don Fernando de Monroy y Zúñiga el 2 de junio (AGS, CSR, legs. 181, 189/1, 196 y 206 y Estado, legs. 2968 y 2970). En junio de 1649 el virrey escribió a don Luis de Haro en recomendación del marqués para que se le hiciese la merced de señalarle el sueldo de gentilhombre de su cámara, tras haber dejado el que tenía de regente del Consejo Colateral para lo cual hacía memoria de la cercanía del marqués: “doy quenta a Su Magd de los seruicios que el marqués hiço tan particulares en Nápoles mostrándose con el valor y celo que corresponde a sus obligaciones siendo de los votos del Consejo Colateral (como decano del) el que más se señaló en el real seruicio, asistiendo siempre cerca de mi persona y el día 6 de abril que entró en los quarteles del pueblo, delante de mi cauallo con una pica, he querido también auisarlo a V.E. para que atendindo a tan particulares seruicios además de ser criado mío le apadrine en sus pretensiones” (RAH, Salazar y Castro, A-103, f. 107r).

⁷³¹ Don Diego de Egues y Beaumont, caballero de la Orden de Santiago, fue nombrado mayordomo aquel año, aunque no consta que llegase a servir el oficio hasta 1653, cuando juró en manos de don Pedro de la Mota Sarmiento.

⁷³² RAH, Salazar y Castro, A-103, ff. 99r-v.

⁷³³ Las advertencias realizadas por parte de Felipe IV de perder el título, privilegio y preeminencias a las personas que no pasasen a Italia no fueron llevadas a cabo. Los condes de Eril y Viraben continuaron siéndolo, entrando a servirle en ocasiones distintas.

⁷³⁴ “Con el mismo calor en lo tocante a los criados, y que sean de la calidad, que (además de ser conveniencia mía) juzgos es servicio de Su Magd con cuya ocasión, y la de haber entendido viene a asistirme en el puesto de caballerizo mayor el conde de Torralba, no me

A la corte de Madrid llegaron misivas de don Alonso de Agraz en las que daba cuenta del mal estado que tenían las cosas del reino, de la poca afición de don Juan a la formación de los despachos, de la marcha de don Melchor de Borja que asistía personalmente a don Juan y de los problemas que estaban surgiendo entre los aristócratas y el infante a causa de su secretario don Gregorio Leguía, cuyo ascendencia sobre el hijo de Felipe IV se consideraba excesiva y contradictoria para el buen servicio⁷³⁵. Por ello, en junio de 1649 la Junta de Estado donde concurrieron el conde de Monterrey, don Luis de Haro y el marqués de Castelrodrigo, decidió nombrar a alguna persona que le asistiera, y ante la tardanza de la llegada del marqués de Mancera, que parecía estaba nombrado para tal cometido. A Felipe IV se le sugirió don Antonio de Ronquillo con el sueldo que gozaba de embajador en la República de Génova, lo cual fue aceptado.

La llegada a Sicilia de todos estos personajes no resolvió los problemas de la casa de don Juan⁷³⁶; es más, acentuó los problemas que tenía (falta de hacienda, mal servicio) a los que se unieron nuevos como las disputas de antigüedad como gentilhombres de la cámara entre la familia del conde de Torralba y el marqués de Cusano. El 21 de abril de 1650, don Juan volvió a remitir sendas cartas a Haro y Felipe IV para que se pusiese remedio a una situación que se

puede contener de significar a V.E. aquí a parte la mortificación con que estoy desta elección, por saber de cierto que de ella nacerá el apartarse de mi servicio los pocos sujetos que han quedado, y ya ve V.E., de cuanto desdoro mío sería en todas partes, esta novedad, V.E. por amor de Dios mire esto con el afecto que todas mis cosas, y si hubiere escaseza de sujetos para estos puestos, no los provea porque no esto lo que me hace falta, y V.E. se asugre que avisolo de la voz que por acá ha corrido desta materia se han seguido tales inconvenientes, que sino confiara en lo que siempre he debido V.E. lo ha de remediar me tendrían con sumo despecho” (RAH, Salazar y Castro, A-103, f. 101r).

⁷³⁵ El 18 de abril de 1649 don Alonso de Agraz, recién llegado al reino, en misiva al conde de Monterrey expresaba su congoja al ver las “cosas deste Reyno tan desenquadradas, que me aflige, el ver que no podrá obrar en ellas”, para a continuación pasar a personalizar en el secretario Leguía al que “si bien le tengo por de buen zelo, pero tan indiscreto, que bastará a hacerse odioso un angel” (ASP, SP, leg. 1167).

⁷³⁶ Que expresaba don Antonio de Ronquillo a don Pedro Coloma en la siguiente misiva: “Vuestra merced entenderá de los que van de Sicilia el estado que tiene aquello, y que a menester más remedio que el que ora se aplica, porque si la casa del señor don Juan no se muda, y se compone luego de lo que conuiene esta todo auenturado. Vuestra merced lo reconocera assi y lo representará por el seruicio de Su Magestad para que se ataje el daño que pude causar la dilación” (AGS, Estado, Génova, leg. 3604, doc. 120). Carta de 14 de septiembre de 1649.

estaba tornando preocupante⁷³⁷, y requirió una etiqueta de los tres gremios de la casa (casa, cámara y caballeriza) para conocer la forma en que había de gobernarse. Es decir a esos problemas de antigüedad se le unieron de jurisdicción entre los jefes de las divesas secciones y las peticiones del conde de Torralba relativas al goce y preeminencias como caballerizo mayor. Este último problema fue resuelto cuando en junio de 1650 se compuso la etiqueta detallando las mismas⁷³⁸, momento en que don Juan se hallaba fuera de la isla. El de la antigüedad, por su parte, no fue resuelto por el monarca hasta dos años después de haber remitido los memoriales don Juan de Austria el 30 de noviembre de 1649.

En cuanto a criados de puestos inferiores, el 1 de abril de 1650 comunicó el monarca a don Juan diversos nombramientos. Así, don Gregorio de Ujén, hijo del contador mayor de los Prioratos de San Juan, fue designado capellán de honor. Mientras, don Miguel de Salinas, su ayuda de cámara y guardarropa, fue nombrado por secretario de cámara en la plaza que había vacado por promoción de don Jerónimo de Cuéllar a ayuda del guardarropa del rey. En la plaza de ayuda de cámara de don Jerónimo de Cuéllar, por su parte, se proveyó a don Jerónimo de Camargo, hijo homónimo de un consejero de Indias. Finalmente, don Cristóbal de Nájera fue nombrado ayuda del guardarropa y en su lugar, como cerero mayor y sausier, se designó a Juan Sancho que era ayuda de la panadería. Don Jerónimo de la Cruz fue promovido a ayuda de la furriera y Andrés Leonis fue nombrado ujier de cámara, oficio que juro en Madrid en manos del marqués de Castelrodrigo⁷³⁹.

Pese a todas estas mudanzas, lo penoso de la situación de la hacienda real, que constituyó la máxima preocupación de don Juan durante 1649 y 1650, junto al mantenimiento de la fidelidad política⁷⁴⁰, hizo que no se pudieran tomar decisiones definitivas sobre su servicio.

⁷³⁷ Carta de don Juan a don Luis de Haro, 21 de abril de 1650: “represento los embaraços y tropieços que cada día se ofrecen sobre el gouierno y estilos de mi casa, por la ceguedad con que los jefes mayores della están de las etiquetas, y forma que se deue guardar, pretendiendo cada uno para su gremio y authoridad lo que le pareçiere, de que nacen continuas dificultades i disgustos; remitiendo juntamente una relación que de orden mía me ha dado el conde de Torralba, declarando todo lo que sobre este punto se le puede ofreçer; y suplicando a su Magd se sirba que (assi sobre este particular) como en lo demás que a los otros tocara de la forma del seruicio ordinario y preeminencias de cada gremio, sea serbido de ordenar que se especifique por una etiqueta, y se me remita para que pueda yo con ella gouernarme, escusar y no consentir los desórdenes que desta ignorancia se originan” (RAH, Salazar y Castro, A-103, f. 215r).

⁷³⁸ AGS, Estado, leg. 2971.

⁷³⁹ AGS, Estado, leg. 2970.

⁷⁴⁰ M. RIVERO RODRÍGUEZ: *La edad de oro de los virreyes...*, op. cit., pp. 267-268.

Tras la culminación de la campaña ⁷⁴¹, en donde don Melchor de Borja quedó como virrey interino ⁷⁴², y sin haber acabado los tres años del virreinato, Felipe IV rápidamente decidió que don Juan pasase a Cataluña para apretar el asedio que el marqués de Mortara estaba poniendo sobre la ciudad de Barcelona. Así, en mayo de 1651 don Juan abandonó la corte palermitana para dirigirse a las costas catalanas al frente de la armada ⁷⁴³.

4.3. LA CASA DE DON JUAN EN EL VIRREINATO DE CATALUÑA

4.3.1. Plenipotenciario de su Majestad

En julio de 1651 don Juan llegó a las costas catalanas donde se mantuvo como general de la armada y plenipotenciario del rey hasta enero de 1653, en que Felipe IV le proveyó en el virreinato catalán ⁷⁴⁴. El objetivo inmediato era, en primer lugar, proceder a la recuperación de la ciudad de Barcelona, al que sucedió el de garante del nuevo estatus político que se otorgó a la misma y al principado de Cataluña a raíz de la “plenipotencia” que se concedió a don Juan en julio de 1652 ⁷⁴⁵, que tenía como referencia los napolitanos y sicilianos ⁷⁴⁶.

Procedente de Sicilia, a don Juan sólo le acompañaba una parte de su familia, entre los que destacaba el marqués de Mortara como su asistente político,

⁷⁴¹ Para la empresa en 1649 y 1650 véase A. MINGUITO PALOMARES: *Nápoles y el virrey conde de Oñate...*, *op. cit.*, pp. 360-383.

⁷⁴² AGS, SP, leg. 1168.

⁷⁴³ ASP, Protonotario del regno, Ceremoniale dei signori vicerè, busta 1060, f. 384.

⁷⁴⁴ Para la estancia de don Juan en Cataluña nos valemos de los siguientes trabajos de F. SÁNCHEZ MARCOS: “Don Juan de Austria y Cataluña”, *Mayurqa* 11 (1974), pp. 53-75; “El Parlamento General de Cataluña de 1653”, *Mayurqa* 16 (1976), pp. 115-136; “El consejo de Aragón y Cataluña durante el virreinato de don Juan de Austria (1653-1656)” en P. MOLAS RIBALTA *et alii*: *Historia social de la Administración española. Estudios sobre los siglos XVII y XVIII*, Barcelona 1980, pp. 65-83; “El autogobierno perdido en 1652: el control por Madrid de la vida política de Cataluña durante el virreinato de don Juan de Austria (1653-1656)”, *Pedralbes. Revista d'Història Moderna* 2 (1982), pp. 101-125, y *Cataluña y el Gobierno central tras la guerra de los segadores (1652-1679): El papel de don Juan de Austria en las relaciones entre Cataluña y Gobierno central*, Barcelona 1983, especialmente pp. 65-136.

⁷⁴⁵ F. SÁNCHEZ MARCOS: *Cataluña y el gobierno central tras la guerra de los Segadores...*, *op. cit.*, pp. 38-62.

⁷⁴⁶ M. RIVERO RODRÍGUEZ: *La edad de oro de los virreyes...*, *op. cit.*, pp. 271-275.

ya que el resto de la misma permaneció en Palermo bajo la dirección del contralor don Francisco Ortiz de Vivanco ⁷⁴⁷.

Junto a las personas que acompañaron a don Juan desde Sicilia, en la corte de Madrid se realizaron algunos nombramientos para completar el servicio para lo cual fue, nuevamente, reclamado el conde de Eril. El 14 de abril de 1651, la junta de la casa de don Juan se reunió:

para conferir, sobre algunas cosas conuenientes al más puntual seruicio de la persona del señor don Juan de Austria; y gobierno de su casa, para que ambas estén con la decencia, y autoridad que conuiene ⁷⁴⁸.

Felipe IV suspendió tomar resolución en los puestos de mayordomos y pajes, posiblemente cuya provisión se esperaba para cuando don Juan hiciese entrada en territorio catalán. El doctor don Sancho de Guzmán, de la Orden de San Juan, y fray Bernardo de Quirós, religioso de la Orden de Calatrava, fueron nombrados capellanes. Al doctor Puelles se le hizo merced de la plaza de médico de cámara, en lugar del doctor Botaz a quien se le concedió una renta de 200 ducados, así como 600 ducados de ayuda de costa y 200 a su mujer en forma de ración. Don Juan de Castañeda y don Fernando del Castillo, del hábito de Santiago, fueron nombrados caballerizos. Finalmente, por pajes fueron nombrados don Pedro Lorriaga y don Juan Areizaga, primo del comisario general de la caballería del reino.

La casa de don Juan estuvo compuesta durante sus años catalanes por capilla, casa, cámara, caballeriza y guardas. Como premisas principales, en los años en que don Juan permaneció en Cataluña, su casa contó con un número de criados sensiblemente mayor que en ocasiones anteriores, especialmente en oficios como gentilhombres de la cámara, caballerizos y los oficios de la casa, utilizando su propio servicio hasta que en febrero de 1653 se le sumaron las guardas del principado catalán, tras su juramento como virrey ⁷⁴⁹.

La capilla siguió contando con un número muy reducido de capellanes de honor y ayudas de oratorio, así como con el confesor. Fray Hernando Sánchez de Cuéllar permaneció en Barcelona hasta octubre de 1652, fecha en la que se retiró al obispado del que se le hizo merced. Hasta el nombramiento de fray

⁷⁴⁷ AGS, CSR, leg. 198.

⁷⁴⁸ AGS, Estado, leg. 2971.

⁷⁴⁹ AGS, CSR, legs. 196 y 198. Para la casa en Cataluña véase M. RIVERO RODRÍGUEZ: *La edad de oro de los virreyes...*, *op. cit.*, p. 155.

Francisco de Gamboa, en 1654, fueron los varios los confesores que se sucedieron en el confesionario ⁷⁵⁰.

La casa continuó siendo la sección que contaba con mayor personal. En cuanto a los mayordomos, don Pedro de la Mota Sarmiento continuó en el servicio de don Juan, además de agregársele el oficio de capitán de la guarda el 4 de noviembre de 1652. A él se le sumaron, en periodos de servicio cortos, don Diego de Egues y Beaumont y don Rodrigo de Borja y Lanzol ⁷⁵¹, el cual juró el 1 de octubre de 1652 en manos del conde del Real, mayordomo de Felipe IV. La casa siguió contando con pantería, cava, cerería (que fue desgajada de la sausería tras la toma de los presidios toscanos), guardamangier, frutería, cocina, guardajoyas, furriera, tapicería y ujieres de saleta, empleando un número mayor de criados.

La cámara estuvo gobernada por don Fernando Monroy y Zúñiga hasta 1653 como primer gentilhombre de cámara, en ausencia del sumiller de corps, y de esa fecha en adelante por don Juan Sanz de Latrás, conde de Atares, que ejercía el oficio de sumiller de corps aunque como primer gentilhombre de cámara. En cuanto a los gentilhombres de la cámara, resulta difícil precisar, pues sólo disponemos de datos sueltos. Así, sabemos que el marqués de Espinar, el conde de Torralba y el marqués de Cusano abandonaron el servicio de don Juan poco antes de morir en 1652. Del mismo modo, en mayo del mismo año don Juan concedió licencia a los dos hijos del conde de Torralba que le servían, para que se recuperasen de sus problemas de salud ⁷⁵². Finalmente, conocemos algunos nombramientos como el de don Juan Antonio de Velasco en octubre de 1651, así como al año siguiente que lo hizo don Basilio Castelví de Ponce, para quien don Juan solicitó su llave capona ⁷⁵³, o el de don Joseph Sanz y Latras,

⁷⁵⁰ Resulta difícil precisar con exactitud todos los criados de la casa, ya que varios de los listados de gajes y casa de aposento se encuentran en mal estado.

⁷⁵¹ Don Rodrigo Borja Lanzol era gobernador de la ciudad de Vinaroz desde 1644, en donde coincidió con don Juan en 1647. Aunque había nacido en Lodi era natural del reino de Valencia como hijo de don Baltasar de Borja, caballero de la Orden de Montesa y natural de Valencia, y doña Juana de Olivera, natural de Milán. Su abuelo paterno fue maestre de campo general en los estados de Milán. Don Rodrigo era caballero de la Orden de Santiago desde el año de 1648 (AHN, OOMM, Santiago exp. 1178).

⁷⁵² RAH, Salazar y Castro, A-104, f. 4r.

⁷⁵³ Carta de 30 de junio de 1651 desde Denia a don Luis de Haro: “Don Basilio Castelví gouernador de la ciudad y reyno de Valencia ha venido a visitarme de parte del arzobispo, y me está asistiendo con el mismo buen afecto que experimenté quando el año de 1647 estuve aquí como se lo escribí a VE entonces significándole el deseo que mostraua

aragonés y conde de Atarés, en 1653, que lo hizo como gentilhombre de cámara más antiguo con el gobierno de la caballeriza como primer caballero. Don Joseph Briceño Ronquillo, hijo de don Antonio Briceño Ronquillo, sirvió desde octubre de 1653 hasta mayo de 1656.

En cuanto a la caballeriza, el conde de Torralba, don Fernando Monroy y Zúñiga y el conde de Atarés fueron los criados que la gobernaron. En estos años don Juan contó con el mayor número de caballeros que había tenido: don Diego Collazos de Mendoza, don Lorenzo Collazos de Mendoza, don Diego Salinas, don Francisco de Paz, don Juan de Castañeda y don Luis de Frías se sucedieron en este oficio. Al igual que venía sucediendo entonces, don Juan contó con una casa de pajes integrada por el ayo, el teniente de ayo, el capellán y maestro además de los mozos y los propios pajes.

La guarda propia del virreinato, como ya hemos indicado, aparece desde el mes de febrero de 1653, fecha en la que don Juan juró por vicario general⁷⁵⁴. Compuesta por un capitán, un alférez, dos sargentos, un capellán, un furrier, varios cabos y un número aproximado de 24 soldados, eran oficios que podían ser proveídos por el virrey, a excepción del de capitán.

4.4. *LA ÉPOCA FLAMENCA (1656-1659)*

En marzo de 1655, Felipe IV escribió al archiduque Guillermo-Leopoldo, diciéndole que aquel año iba a enviar a don Juan de Austria para sustituirle al frente del gobierno de los estados flamencos⁷⁵⁵. A finales de año, don Luis de Haro se lo comunicó a don Juan, quien agradeció la merced y confianza que su

de entrar a servirme en el puesto de gentil hombre de mi cámara, y lo que yo holgaría de que Su Magd le hiciese esta merced ahora continúa en la misma pretensión i en mi son mayores las causas de desear el logro della porque cada vez reconozco más afecto en don Basilio” (RAH, Salazar y Castro, A-103, f. 264r).

⁷⁵⁴ Se trataba del primer nombramiento de vicario general que se realizaba desde el reinado de Carlos V y se debía por la calidad del nuevo gobernador, que contó con mayores atribuciones que anteriores virreyes [J. LALINDE ABADÍA: *La institución virreinal en Cataluña (1471-1716)*, Barcelona 1964, pp. 94-96].

⁷⁵⁵ H. LONCHAY y J. CUVELIER: *Correspondance de la cour d’Espagne sur les affaires des Pays-Bas au XVIIe siècle*, Bruselas 1923-1937, vol. IV, p. 483, carta de Felipe IV al archiduque de 13 de marzo de 1655. En la primera mitad de 1655 varios rumores de este estilo, con distintos destinos, fueron recogidos por J. DE BARRIONUEVO: *Avisos (1654-1658)*, edición de A. Paz y Meliá, Madrid 1968-1969, BAE 221-222, vol. II, pp. 111 y 120.

padre realizaba de su persona. El nuevo nombramiento suponía que don Juan iba a tener una nueva casa, la cual se hallaba en la corte de Bruselas, por lo que el infante procedió a liquidar la suya con la disolución de la caballeriza y emprendió jornada con el acompañamiento de un grupo reducido número de criados.

El nombramiento de su hijo otorgaba a Felipe IV una mayor capacidad de maniobra para poder rodearle de un *entourage* completamente leal a los designios que, desde la corte de Madrid, se querían marcar. Iban a resultar, como se sabe, años muy difíciles en los que a una falta crónica de dinero, se le sumó una tarea nada fácil de realizar en esta coyuntura crítica: reformar la *Maison Royale de Bruxelles* que se había ido gestando desde la década de los cuarenta del siglo XVII⁷⁵⁶. Dichas intenciones de la corte madrileña se plasmaron desde muy pronto y quedó claro que iban a ser más fáciles de aplicar con don Juan que con el Archiduque. En este aspecto resultaría de fundamental importancia el decreto de reformación de la casa real de Bruselas de 5 de junio de 1658, pocos meses antes de emprender el infante la salida hacia la raya de Portugal, el cual iba a perdurar, al menos sobre el papel, durante los siguientes 20 años, al quedar el joven príncipe con la propiedad de los estados flamencos hasta su fallecimiento⁷⁵⁷.

4.4.1. *El control de la casa desde la corte de Madrid*

Desde la corte de Madrid se siguió con total detalle el proceso de formación de la casa del nuevo gobernador. Así, ya a finales de 1655, don Luis de Haro comunicó al conde de Fuensaldaña la decisión adoptada por Felipe IV de sustituir al archiduque por don Juan. Una vez conocida la noticia, el conde solicitó una memoria con lo que había de disponer relativo al palacio y casa de don Juan. Aunque no hemos encontrado la misma, resulta posible reconstruir la forma en que se dispuso el servicio del hijo de Felipe IV. A este respecto, Josefina Castilla Soto, en el magnífico estudio que realizó sobre la figura de don Juan, indicaba que la decisión final de nombrar a los mayores criados de la casa recayó en el infante. Sin embargo, consideramos, a tenor de la consulta de otra documentación, que Felipe IV se reservó para sí el nombramiento de los oficios de mayor

⁷⁵⁶ Sobre esta casa de nuevo cuño, J. E. HORTAL MUÑOZ y K. TRÁPAGA MONCHET: “The Royal Households in the Habsburg Netherlands after the Departure of the House of Burgundy: From the Entourages of the Governors-General to the Maison Royale de Bruxelles”, *Dutch Crossing* 39/1 (January-March 2015), pp. 3-25.

⁷⁵⁷ Varias referencias a este respecto en AGP, Reinados, Carlos II, caja 143/1 y AHN, Estado, leg. 1414.

importancia como eran los puestos de mayordomo mayor, caballerizo mayor, sumiller de corps, confesor, capitán de las guardas, mayordomos y gentilhombres de la cámara ⁷⁵⁸.

El 6 de mayo de 1656, el internuncio en Bruselas describía al secretario de Estado la partida del conde de Fuensaldaña a las tierras de Roermond para recoger a don Juan de Austria ⁷⁵⁹. Se trataba, probablemente, de la primera decisión acertada que realizó don Juan al ser estas las tierras del conde de Issenghien, quien desde 1654 se encontraba detenido por orden del archiduque Guillermo-Leopoldo. Pocos días más tarde, en Monteacuto, el Archiduque y don Juan realizaron el intercambio de poderes como gobernadores tratándose en igualdad de condiciones ⁷⁶⁰. Pocos días más tarde, don Juan, ya en Bruselas, y haciendo gala de las virtudes que le adornaban, dio las primeras audiencias como gobernador, las cuales le valieron el aplauso del internuncio que lo notificó a la Sede Apostólica de la siguiente manera:

mostrandosi Sua Alteza facile in dare audienza e cortese nelle sue risposte, che riescono di maggior soddisfazione, perche le da ordinariamente nella lingua che gl'uiene parlato, sapendo molto bene oltre la spagnola, la latina, l'italiana, e la francese, et intendendo e parlando un poco di fiammengo ⁷⁶¹.

Al mismo tiempo, don Juan comenzó a disponer el personal que iba a componer su casa, de acuerdo a los siguientes parámetros:

- 1) Preferencia por los miembros de la familia que le habían servido con anterioridad.
- 2) A estos les seguirían los de su tío el Cardenal Infante, cuya casa se tomó como referencia para fijar el goce de los criados.
- 3) Aceptación en unos primeros momentos, y con condiciones, de los criados que habían compuesto la casa del archiduque Guillermo-Leopoldo.

⁷⁵⁸ J. CASTILLA SOTO: *Don Juan José de Austria...*, op. cit., pp. 112-113. Carta de don Juan a don Luis de Haro de 24 de febrero de 1656, desde la ciudad de Barcelona, en donde queda claro que el rey fue el último que tomó las decisiones (RAH, Salazar y Castro, A-107, ff. 48r-v).

⁷⁵⁹ ASV, Segreteria di Stato, Fiandra, reg. 40, f. 186r.

⁷⁶⁰ *Ibidem*, ff. 198v-199r. Cabe mencionar los numerosos problemas que el Archiduque fue poniendo para admitir la igualdad de tratamiento respecto a don Juan de Austria, véase AGS, Estado, leg. 2087.

⁷⁶¹ ASV, Segreteria di Stato, Fiandra, reg. 40, ff. 207r-v.

En las siguientes líneas, no vamos a realizar un análisis detallado de todos los criados que pasaron de una casa a la otra ⁷⁶², sino de los oficios de mayor importancia; es decir, los que fueron proveídos por Felipe IV, que fueron las jefaturas de cada sección, así como mayordomos y gentilhombres de la cámara. Posteriormente, procederemos a un análisis más detallado de la composición del resto del servicio siguiendo las directrices de Madrid.

En lo que respecta a la casa u oficios, en la del archiduque de 1647 ⁷⁶³, el oficio de mayordomo mayor fue proveído en el conde de Fuensaldaña, quien había de tener, conjuntamente, el gobierno de la hacienda del gobernador y el segundo lugar, tras este, en la guerra. Una vez llegado don Juan a Flandes, se comunicó al marqués de Caracena que iba a tener las mismas prerrogativas que el conde ⁷⁶⁴. Sin embargo, en los tres años de gobierno de don Juan, no se proveyó el oficio de mayordomo mayor, ni se le respetaron las prometidas prerrogativas, a pesar de que el marqués tuvo interés en ocuparlo en varias ocasiones ⁷⁶⁵. Ante la ausencia de mayordomo mayor, el Bureo y los mayordomos cobraron una gran importancia durante los años del gobierno de don Juan. En 1647, cuando se compuso el servicio del archiduque, 6 fueron los mayordomos nombrados: el conde Hugues de Noyelles, a quien se hizo referencia anteriormente, el marqués

⁷⁶² Una reconstrucción bastante pormenorizada puede realizarse a través de S. ASPESLAGH: *Het leven in het paleis...*, *op. cit.*; AGS, CSR, legs. 181, 186, 193 y 196; AGR, Manuscripts Divers, reg. 2631.

⁷⁶³ La formación y composición de la casa del gobernador fue realizada, principalmente, desde la corte de Madrid. La información relativa a este respecto iba a ser transmitida por el marqués de Castelrodrigo al archiduque. Cartas de Felipe IV al archiduque y al marqués de 15 de junio de 1647 (AGR, SEG, reg. 238, ff. 16r-19r). “Del marqués de Castelrodrigo entenderá Vuestra Alteza lo que acá se ha considerado cerca de la formación y composición de su casa para que atendiendo al lustre y satisfacción en el servicio de Vuestra Alteza la reciban juntamente las naciones que concurren en esos Payses, y han de militar y ser gobernadas de uestra Alteza y de la misma suerte en la materia de tratamientos cortesías con aquellos sugetos a quien se debe particular atención” (*Ibidem*, f. 16r).

⁷⁶⁴ AHN, Estado, 1414.

⁷⁶⁵ El marqués de Caracena se negó a formar parte de la Junta de Hacienda que Felipe IV mandó conformar para el gobierno de la misma: “*La maggiordomia maggiore ne meno é stata dichiarata hauendose mostrato desiderio il marchese di Caracena, come anche della soprintendenza dell’hazienda, per non essere inferiore in autorità al conte di Fuesaldagna che ha posseduto queste cariche insieme con quella di gouernatore dell’Armi di Fiandra*” (ASV, Segreteria di Stato, reg. 40, ff. 207v-208r). También AGR, SEG, reg. 263, ff. 8r-9r y reg. 264 f. 189r.

de Ayseaux⁷⁶⁶, el barón de Dramelay⁷⁶⁷, el conde de Ursel⁷⁶⁸, el conde de la Motry⁷⁶⁹, y don Diego Girón, veedor general del ejército. Nos encontramos, por lo tanto, con dos hispanos, dos flamencos y dos borgoñones. Cuando don Juan se hizo cargo del gobierno, ateniéndonos a los *roolos* y las primeras reuniones del Bureo, los 4 mayordomos que constaban en el servicio eran el barón de Dramelay, los condes de Ursel y la Mottery y don Diego Girón.

En lo relativo a la cámara, el archiduque Guillermo-Leopoldo partió con un número muy reducido de criados desde tierras del Imperio. Entre los cargos

⁷⁶⁶ Rasso van Gaveren, markgrave de Ayseaux y conde de Beurieu, era hijo de Adriaan van Gaveren y Anna de Ligne, y nació en 1600. Contrajo matrimonio con Ana de Velasco, miembro de la familia de los condes de Salazar. Mayordomo y *chez del conseil de Finances*, falleció en 1653.

⁷⁶⁷ Claudio Gabriel de Mouchet y de Sambeyun, natural de Poligni, barón de Dramelay (situado en el Franco Condado de Borgoña) y de Arinton, se le realizaron las pruebas para la concesión del hábito de Santiago en 1619. El veedor general don Diego de Girón servía en aquellos estados en dicho oficio desde 1647, cuando el 20 de noviembre el rey notificó al archiduque Guillermo-Leopoldo que le había hecho merced de 3.000 ducados de ayuda de costa para que pasase a aquellos estados. Continuó sirviendo en varios oficios relacionados con la guerra y como mayordomo de don Juan, hasta que falleció en el verano de 1657 (F. GONZÁLEZ DE LEÓN: *The road to Rocroi. Class, Culture and Command in the Spanish Army of Flanders, 1567-1659*, Leiden 2009, p. 31; AGR, SEG, reg. 263, f. 28r; AHN, OOMM, Santiago, exp. 5589).

⁷⁶⁸ El conde de Ursel era natural de los estados de Flandes tras haber nacido en 1592 en la ciudad de Brujas. Conrard de Grobbendonck, también conocido como Pedro de Grobendoneque y Richardot Van Ursel y Baillencourt cuando se le hicieron las pruebas para la concesión del hábito de Calatrava en 1621, sirvió al archiduque Guillermo-Leopoldo (S. ASPESLAGH: *Het leven in het paleis...*, *op. cit.*, pp. 68-69; AHN, OOMM, Calatrava exp. 1117). También recogido en F. FERNÁNDEZ IZQUIERDO: “Los flamencos en las órdenes militares españolas. Algunas notas sobre la integración en el sistema nobiliario de la Monarquía hispánica”, en A. CRESPO SOLANA y M. HERRERO SÁNCHEZ: *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica (XVI-XVIII)*, Córdoba 2002, vol. I, p. 121.

⁷⁶⁹ Claudio Maximiliano Lannoy y Dognies Guernoal y Ligne, natural del castillo de Sombrefit en la provincia de Brabante, servía desde 1629 en los ejércitos de Flandes, en donde fue ascendiendo paulatinamente hasta alcanzar el grado de maestro de campo de infantería valona en 1642. El 10 de junio de 1656, Felipe IV escribió a don Juan de Austria notificándole que le había promovido a la plaza de sargento general de la infantería valona. En 1663 se le realizaron las pruebas para obtener el hábito de la Orden de Alcántara (AHN, Estado, lib. 264, f. 146r y 266, ff. 129v-130r y AHN, OOMM, Alcántara, exp. 779; AGR, SEG, reg. 261, ff. 75r, 270r y 271r; RAH, Biblioteca Digital, 9/296, f. 347; citado también en F. FERNÁNDEZ IZQUIERDO: “Los flamencos en las órdenes militares españolas...”, *op. cit.*, p. 125).

más importantes, el conde Schwartzenberg ocupó el de sumiller de corps hasta que fue retirado de la corte, y con él fueron también el marqués de Grana y el conde de Attimis⁷⁷⁰, a los que se unió el marqués de Palavicino, como gentilhombres de la cámara⁷⁷¹. A ellos se le sumaron, seleccionados desde la corte de Madrid y aceptados, posteriormente, por el archiduque⁷⁷², los siguientes:

- Hispanos. Don Juan de Borja y el conde de Garcéz.
- Flamencos. El marqués de Lede⁷⁷³, el príncipe de Chimay y el conde de Salazar.
- Borgoñón. El conde de Saint-Amour⁷⁷⁴.
- Italiano. Marqués de Mathei.

⁷⁷⁰ Sobre el conde de Attimis véase J. E. HORTAL MUÑOZ: “Diplomacia secreta e intrigas cortesanas en Flandes: Tudescos en la corte de Bruselas durante la segunda mitad del siglo XVII”, en P. SANZ CAMAÑES (coord.): *Tiempo de cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía hispánica*, Madrid 2012, pp. 439-458.

⁷⁷¹ S. ASPESLAGH: *Het leven in het paleis...*, *op. cit.*, pp. 73 y 107; AGS, Manuscripts Divers, reg. 2631, f. 1r.

⁷⁷² El archiduque-Guillermo a Felipe IV: “De los gentilhombres de la cámara procurare hacer elección de los que pareçieren más a propósito dando por asentado que han de ser los españoles los tres castellanos y el marqués de Leyden [Lede]” (AGR, SEG, reg. 238, f. 79r).

⁷⁷³ Guillermo de Bette y de Berghes, marqués de Lede desde 1633 y caballero de la Orden de Santiago al año siguiente, nació en 1603 en el castillo de Grimbergen en los estados de Flandes. Era hijo de Joan de Bette, natural de la villa de Gante, y de Joana de Berghes que había nacido en el castillo de Grinbergen. Contrajo matrimonio con Ana María Hornes con quien tuvo descendencia, entre la que destaca el II marqués de Lede que también fue gentilhombre de la cámara incluso después de su estancia en la corte de Bruselas y después de la muerte de su padre el 30 de junio de 1658 en el desastre de Dunquerque, siguiendo a don Juan a Castilla. El I marqués de Lede, almirante general de la armada de Felipe IV en los estados flamencos y gobernador del ducado de Limburgo en 1636, entró a servir por gentilhombre de la cámara desde, al menos, el gobierno del archiduque Guillermo-Leopoldo [F. FERNÁNDEZ IZQUIERDO: “Los flamencos en las órdenes militares españolas...”, *op. cit.*, p. 115; S. ASPESLAGH: *Het leven in het paleis...*, *op. cit.*, p. 107; R. A. STRADLING: *La armada de Flandes. Política naval española y guerra europea (1568-1668)*, Madrid 1992, pp. 164-169 y 197; H. LONCHAY: *La rivalité de la France et de l’Espagne aux Pays Bas (1635-1700)*, Bruselas 1894, pp. 82 y 119; AHN, OOMM, Santiago, exp. 1080; BRB, Ms., reg. 12.622/31 y II. 2341].

⁷⁷⁴ Jacques-Nicolas de la Baulme, conde de Saint Amour y marqués de Saint-Genis, oriundo de Borgoña, era titular de una de las familias más prestigiosas del Franco Condado e hijo de Emmanuel-Philibert de la Baulme que en 1599 contrajo matrimonio con Elena Perrenot de Granvelle, hija del famoso Frederic Perrenot que había sido gobernador de la ciudad de Amberes y jefe del Consejo de Finanzas de Bruselas. Caballero en el Parlamento

En la nómina enviada por Felipe IV, fueron propuestos los condes de Roeulx, flamenco proveniente de una familia de gran nombre, y Bassigny, además del príncipe de Barbançon. Durante los 9 años del gobierno del archiduque, hemos encontrado un número mayor de personas que gozaron de la llave capona del gobernador: marqueses de Cerralbo, Trelón y Trazignies⁷⁷⁵, los condes don Félix de Zúñiga y Avellaneda, Enghien, Castelmendo, Rennenbourg⁷⁷⁶, Issenghien y don Joseph Manrique de Luyando, este último nombrado por el archiduque⁷⁷⁷. Por lo tanto, encontramos el mismo criterio que se había mantenido a la hora de proveer los oficios mayores de la casa: presencia de las diferentes naciones que iban a servir en aquellos estados, como eran la hispana, la flamenca y la tudesca (esta última por la condición del gobernador).

Cabe destacar la presencia mayoritaria de aristócratas flamencos en la casa del archiduque. En sus años de gobierno, desde la corte de Madrid se realizó un

de Borgoña y gobernador de Dôle, sirvió en numerosos puestos del ejército de Flandes. Contrajo matrimonio con Marie de Porcelet-de-Malliane, hija de André de Porcelet y Elizabet de Cernay.

⁷⁷⁵ Guillon-Otón de Trazignies era descendiente del famoso barón de Trazegnies que había sido consejero de Estado y criado de Carlos V. El título de marqués fue creado por los archiduques Alberto e Isabel el 8 de febrero de 1614 en Carlos II de Trazegnies, quien contrajo matrimonio con Adrienne de Gavre. Miembro del Consejo de Guerra de la corte de Madrid, fue nombrado gobernador de Philippeville en 1630, contrayendo matrimonio el siguiente con Jacqueline de Lalaing, condesa de Middelbourg, cuyo padre había sido caballero de la Orden del Toisón de Oro y gobernador de Artois. En 1644 pasó al gobierno de Artois, en 1649 a Tournai y 5 años después retornó al de Artois (AGS, Estado, leg. 2.069; http://fr.wikipedia.org/wiki/Gillion-Othon_de_Trazegnies).

⁷⁷⁶ Pierre Jacques Procope de Lalaing (1615-1698), conde de Rennebourg y barón de Archicourt y de Montigni, era hijo de Charles de Lalaing (1569-1625), barón de Achicourt, VI conde de Hoogstraten y conde de Rennebourg, así como caballero de la Orden de Santiago y en 1621 del Toisón de Oro, y de doña Alexandrine de Langle, baronesa de Pecque. Hijo segundo de este matrimonio su hermano, Albert-François de Lalaing (1610-1643), contrajo matrimonio con Isabelle de Ligne (1623-1678) de Aremberg, hija de Alberto de Ligne de Aremberg príncipe de Barbançon, caballero de la Orden del Toisón de Oro y gobernador de Namur que falleció en Madrid el año de 1674, autor de la obra *El verdadero y leal amigo*. Servía desde, al menos, 1637 en el ejército de forma continuada, así que fue gentilhombre de la cámara del archiduque y del propio don Juan, además de haber ejercido, de forma interina, la capitanía de la guarda de los archeros (Cartas de don Juan a Felipe IV, AGR, SEG, reg. 264, ff. 182r-184r).

⁷⁷⁷ En AGR, SEG, reg. 239, f. 313r, encontramos una carta de Felipe IV al Archiduque de 11 de abril de 1648, en la que aceptaba el nombramiento que había realizado.

gran esfuerzo para que los flamencos, que habían sido apartados del servicio de los gobernadores en los años del Cardenal Infante, volviesen a colaborar en el esfuerzo colectivo para el sostenimiento de la guerra, tal como se había intentado desde 1644 al conformarse la casa de don Juan. A este respecto, la llave capona del archiduque fue utilizada para proceder a la integración de grandes familias que servían en aquellos territorios. Se trató de un esfuerzo que no tenía parangón desde tiempos de los Archiducos como soberanos, y que fueron complementados con la concesión de mercedes, o su inclusión en la dirección de la guerra⁷⁷⁸. El objetivo de hacer preciada la llave de gentilhombre de cámara entre los flamencos fue logrado, pues numerosos flamencos la solicitaron, caso del conde de Solre⁷⁷⁹.

Tras la marcha del conde de Schawertzenberg, el oficio de sumiller de corps quedó sin proveer. Esta situación no varió tras la llegada de don Juan, que vino acompañado, entre otros criados, de don Antonio de Córdoba, que fue nombrado primer gentilhombre de la cámara por don Juan el 29 de mayo de 1656⁷⁸⁰, cargo con el que gobernó la cámara durante los tres años. A los mencionados, cabe sumar las personas de don Melchor de Portocarrero Laso de la Vega⁷⁸¹, que entró con don Juan en mayo, y desde el 26 noviembre de 1656, a don Antonio Coloma⁷⁸². A ellos se le sumaron, ya que los criados de la familia de don Juan tuvieron preferencia a los residentes en Flandes, aquellos que ya gozaban

⁷⁷⁸ R. VERMEIR: *En estado de guerra...*, *op. cit.*, pp. 317-318. A. F. QUIJORNA RODRÍGUEZ: "A la búsqueda de la operatividad del ejército de Flandes: Don Luis de Benavides Carrillo de Toledo, marqués de Caracena, Maestre de Campo General (1646-1647)", en P. SANZ CAMANES (coord.): *Tiempo de cambios...*, *op. cit.*, pp. 483-484.

⁷⁷⁹ AGR, SEG, reg. 239, f. 128r.

⁷⁸⁰ AGS, CSR, leg. 181.

⁷⁸¹ Don Melchor de Portocarrero y Laso de la Vega, hijo del conde de la Monclova y futuro III titular de la casa, fue nombrado gentilhombre de la cámara de don Juan en 1656, contando únicamente 20 años de edad tras haber servido a don Juan en las fronteras de Cataluña. A partir de este momento, siguió al infante hasta el final de sus días, ocupando diversos cargos como general de la artillería de los reinos de España o miembro del Consejo de Guerra habiendo unido su suerte a la del infante, de quien era muy amado quedando como uno de sus testamentarios (http://es.wikipedia.org/wiki/Melchor_Portocarrero_Laso_de_la_Vega); J. CASTILLA SOTO: *Don Juan José de Austria...*, *op. cit.*, pp. 112, 238, 262 y 319.

⁷⁸² Don Antonio Coloma, primer marqués de Noguera, caballero de la Orden de Alcántara, coronel de infantería, hijo segundo de don Carlos de Coloma, fue nombrado gentilhombre de la cámara de don Juan por Felipe IV en julio de 1656, para lo cual se le situaron 150 escudos mensuales para servir cerca de su persona. Fue comendador de Montiel y la Osa por merced de Felipe IV; y porque para gozarla necesitó de mudar el hábito,

de esta condición. Sin embargo, si atendemos a los listados de pagos, se observa una gran volatilidad en las personas que aparecen. Ello se debe a que las personas que eran premiadas con esta merced no siempre solían residir en Bruselas, sino que podían estar sirviendo alguno de los gobiernos de provincias (príncipes de Chimay o Mamisnies) o en el ejército. Por último, a lo largo de los tres años de gobierno de don Juan no hemos encontrado ningún nombramiento nuevo, situación bien distinta al periodo antecedente.

En la caballeriza, en 1647, el duque de Havre, primero, y el príncipe de Chimay, después, fueron escogidos para el oficio de caballerizo mayor del archiduque. En la casa de don Juan, en cambio, encontramos que este oficio fue proveído en el marqués de Cerralbo, que aunque estaba muy vinculado a la realidad flamenca, no por ello dejaba de pertenecer a la nación hispana. Se trató del único de los tres oficios mayores de la casa que fue proveído en los tres años del gobierno del infante. El marqués, gracias a ello, se convirtió en una de las personas más allegadas a don Juan.

La capilla, al igual que en 1644, fue heredada en bloque por don Juan, salvo la introducción de un número muy reducido de criados, entre los que cabe destacar al confesor fray Francisco de Gamboa⁷⁸³, el cual tuvo, como más adelante señalamos, un papel fundamental en la dirección de los negocios.

Otro tanto cabe aplicar respecto a las guardas⁷⁸⁴, salvo la elección del conde de Colmenar por capitán de ellas, conjuntamente con la llave de gentilhombre de la cámara⁷⁸⁵.

no se le despachó título de comendador hasta el 26 de abril de 1662, en que su Majestad le llama hermano de don Carlos Coloma, marqués de Espinar, último comendador de Montiel (L. DE SALAZAR Y CASTRO: *Los Comendadores de la Orden de Santiago*, Madrid 1949, vol. I, p. 210; AGS, CSR, legs. 189, 193, 195, 196 y 206; AHN, Estado, lib. 266, ff. 112-113r).

⁷⁸³ Fray Francisco de Gamboa, predicador del rey y de la orden de San Agustín, fue elegido confesor de don Juan tras consulta de 10 de octubre de 1654 (AGP, AG, RC, caja 164, exp. 31). Agradezco a Pierre-François Pirlet, de la Université de Liège, que me facilitase el documento al tiempo que todas las indicaciones que me ha realizado.

⁷⁸⁴ Sobre las guardas de los Países Bajos, J. E. HORTAL MUÑOZ: *Las Guardas Reales de los Austrias hispanos*, *op. cit.*, pp. 500-551.

⁷⁸⁵ Sobrino de la marquesa de Caracena, fue nombrado para el puesto por Felipe IV. El 30 de agosto de 1656, el rey ordenó a don Juan le situase los 400 escudos que gozaba al mes en los estados de Milán. El conde permaneció en aquellos estados durante los tres años, en donde sirvió en guerra viva. A causa de su valor y servicios, se le hizo merced de una encomienda (AHN, Estado, lib. 266, ff. 126r-v y 267, f. 58v; AGR, SEG, reg. 262 f. 210r y 264 f. 79r; ASV, Segreteria di Stato, Fiandra, reg. 40, f. 216r).

4.4.2. Composición, financiación y reforma de la casa

Una de las características fundamentales en la composición del servicio de don Juan fue la aceptación de este de todos los criados que habían servido en la casa de su antecesor, tal como fue recogido por parte del internuncio y como se puede cotejar en la documentación⁷⁸⁶. Eso sí, don Juan ordenó que al realizar el juramento, los criados supiesen que se trataba de una situación provisional hasta la llegada de su familia procedente de la Península ibérica. Se trataba de una cuestión delicada, que fue complicada por las directrices que le fueron señaladas a don Juan desde la corte de Madrid de ahorro en el mantenimiento económico de la casa.

Desde muchos años antes del nombramiento de don Juan, existía la intención de proceder a un ajuste profundo del dinero que consumía la familia del gobernador de Flandes, para lo cual resultaba necesario conocer el gasto y composición de la casa del Archiduque. Según los cálculos que se barajaban en la corte madrileña, en 1654 el gasto podía resultar el siguiente:

Un año de gajes y raciones de la casa de Su Alteza Importa.

Importa en un año de gajes de toda la familia incluso el oratorio, casa, cámara, cavalleriza, y azemileria según el estado presente 135.764 florines y 1 onzas.

Importa un año de gajes de la chançeleria inclusa la ayuda de costa ordinaria 5.311 florines y 10.

Importa un año de gajes de los músicos de cámara conforme al número de aora 22.929 florines y 12.

Importa un año de raciones de la familia incluso el extraordinario y ayudas de cámara. 89.160 florines.

[en total] 263.165 florines y 3. Son escudos de a 10 reales 101.266 y 3.

Los demás gastos del sustento y otras cosas forzosas no se ponen aquí, porque no se pueden reducir a quenta ordinaria⁷⁸⁷.

Es decir, únicamente un año de gajes y raciones ascendía a la cantidad de más de 100.000 escudos, a lo que cabía sumar el sustento de la persona del gobernador, el carruaje y numerosas cuestiones que resultaban “extraordinarias”, por lo que difícilmente se podía reglar, con exactitud, el montante económico necesario para su sostenimiento. Todo ello fue tratado durante la estancia en la corte de Madrid de don Alonso de Heredia enviado por orden del archiduque,

⁷⁸⁶ “*Ha Sua Altezza accettato a suo servitio tutti quelli ch’hanno seruito al serenissimo Arciduca, e sono restati qua*” (ASV, Segreteria di Stato, Fiandra, reg. 40, f. 208r).

⁷⁸⁷ AGS, Estado, leg. 2083.

con el fin de abordar aspectos relativos al estado de la hacienda, casa y pensiones del gobernador. En agosto, los ministros encargados de supervisar y analizar las memorias entregadas por el jesuita, indicaron que el dicho:

remite también a Vuestra Magestad otra lista de la familia que tiene y de los gajes que cada uno goza [casa del Archiduque]; la qual se juzga por inescusable; para que si todavía a Vuestra Magestad le pareciere exçesivo el número de los criados della, se sirva Vuestra Magestad mandar se le de aviso a Su Alteza de lo que pareciere neçesar de reforme; sirviendose, en tal caso, de mandar que se les asista a los que quedaren en su serviçio, con la puntualidad que se pudiere; porque a los que oy lo están, hizo veynte y tres meses a fin de mayo de 1654 que no se les da razi3n, siendo este el sustento forçoso de cada día ⁷⁸⁸.

La hacienda real no podía o, al menos, eso se expresó y reiteró desde Madrid, financiar la enormidad del gasto generado por la casa del primo del rey. El remedio, ante la decisión de no aumentar los ingresos, pasaba, por tanto, por la reducción del gasto. El 22 de agosto de 1656, únicamente tres meses después de haber tomado posesión del gobierno de Flandes, Felipe IV escribió una carta a su hijo en la que le prometía, tal como le había señalado en ocasiones anteriores, la asistencia continua y regular de 10.000 escudos mensuales para el sustento de su casa, a lo que cabía añadir el desembolso que las provincias realizaban para el forraje y las rentas de la hacienda propia de don Juan. Con todo ello se esperaba garantizar una buena asistencia económica de la casa. Don Juan, como contrapartida, había de simplificar el servicio:

Y con los que se pudieren sacar y remitiros de vuestra haçienda es menester (y assi os lo encargo) que dispongáis vuestra casa con tal moderazi3n y rregla que pueda traerse ajustada, pues juzgo por mas conueniente y dezente tenerla puntualmente asistida con la buena economía y distribuzi3n de lo que produgeren dichos medios que no que por la pluralidad de criados se halle sin asistencia como se experimentó en el empeño con que quedó el Archiduque mi primo. Con esta ynteligencia, daréis orden que se cuyde del gouierno de vuestra casa ziñéndola siempre a los términos referidos para que se asegure su mexor fama y açierto como lo fio de vuestra prudenciã entendiendo que me será muy grata la atenzi3n que pusieredes en esto ⁷⁸⁹.

Para asegurarse la eficaz ejecuci3n de sus órdenes, Felipe IV había hecho llamar a fray Francisco de Gamboa cuando se encontraba en Barcelona junto a don

⁷⁸⁸ AGS, Estado, leg. 2095.

⁷⁸⁹ AGR, SEG, reg. 261, f. 225r.

Juan, para que desde su ministerio inculcase a don Juan ciertas ideas, como era la conveniencia de reformar el servicio. Para ello, se le dieron las mismas atribuciones y preeminencias que había tenido fray Juan de San Agustín como confesor del Cardenal Infante⁷⁹⁰, quedando como segundo de la casa de don Juan tras el mayordomo mayor:

Recibireis este despacho por mano del maestro fray Francisco de Gamboa, vuestro confesor, que pasa a servir esta ocupación a esos estados, con cuya ocasión me ha parecido, decirlo he resuelto, que entre en todas las juntas, de vuestra cassa, como solía hazerlo en la del Cardenal Infante mi hermano (que santa Gloria haya) el maestro fray Juan de San Agustín su confesor, con preeminencias en el puesto después del mayordomo mayor con que se hallará con las noticias conuenientes, para exercer su atención y zelo a lo que fuere menester, reformation de las cossas de la casa y en particular de la de la hazienda⁷⁹¹.

El infante comenzó a llevar a cabo, rápidamente, los consejos y órdenes que le habían sido señaladas desde la corte de Madrid. El 29 de mayo, tras consulta del Bureo, don Juan ordenó que se disolviese el Estado de ayudas de cámara, lo cual ratificó el 19 de junio, tras mandar sustituirlo por una ayuda monetaria, y el 27 de agosto tras otra consulta del Bureo⁷⁹². Esta fue la primera media adoptada por don Juan dirigida a la “simplificación del servicio”, rompiendo con ello, bien es cierto que de forma simbólica, una de las funciones principales de la casa y del príncipe como era la magnanimidad ante sus súbditos y familia. No se trataba de algo particular de la corte de Bruselas, ya que en la misma década se había producido algo similar en la corte de Madrid, a través de la fijación por escrito de todos los departamentos, secciones y cuestiones de las casas reales. Ello suponía la limitación de la magnanimidad y gracia del *pater*, que implícitamente reconocía la quiebra del modelo configurado desde los reinados de Carlos V y Felipe II.

El 15 de agosto, don Juan remitió un decreto a la Junta de Hacienda señalando la cantidad de dinero que había calculado destinar para el “sustento de mi persona y casa”. El numerario disponible para la casa, según el papel, iba a ascender a los 13.000 escudos mensuales, de los cuales 3.000 iban a proceder de

⁷⁹⁰ La participación del agustino en los asuntos flamencos puede verse en A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “Tensiones entre ministros olivistas...”, *op. cit.*, pp. 733-740.

⁷⁹¹ Felipe IV a don Juan de Austria, Madrid 15 de octubre de 1656 (AHN, Estado, lib. 266, f. 148v).

⁷⁹² AGS, CSR, legs. 181 y 186.

su hacienda y el resto de los subsidios o numerario de aquellas provincias⁷⁹³. El carácter del mismo era provisional, pero nos indica que don Juan continuaba la línea que se le había marcado desde Madrid. En este punto cabría preguntarnos si la cantidad señalada por don Juan resultaba suficiente para el mantenimiento de la estructura que él había aceptado heredar, al insertar en su servicio los criados de anteriores gobernadores. Moviéndonos en el plano teórico, y remitiéndonos al caso comparativo con el archiduque Guillermo-Leopoldo, al hermano del emperador se le señalaron 20.000 escudos mensuales para el sustento de su persona y casa⁷⁹⁴. En comparación con don Juan (156.000 escudos anuales), al Archiduque se le había consignado un 33% más.

El propio don Juan, tras pocos meses de estancia, constató que resultaba imposible acudir a la “estructura heredada”, de la que además no conocía el gasto exacto, por lo que se puso manos a la obra. Una vez que había finalizado la campaña militar de ese verano con grandes éxitos⁷⁹⁵, la cual supuso la última campaña en la que los reyes hispanos pudieron asegurar la defensa de aquel territorio⁷⁹⁶, remitió un memorial al marqués de Cerralbo, caballero mayor, para que le enviase una memoria del gasto que suponía la sección que gobernaba⁷⁹⁷.

Al mismo tiempo, don Juan, que gracias a las acciones militares y a sus habilidades personales en el trato gozaba, por aquel entonces, de la simpatía de los súbditos flamencos, trató de rentabilizar los recursos de los que disponía. Así, el 16 de mayo, recién entrado en la corte bruselense, y tras consultar con el caballero

⁷⁹³ “Para el sustento de mi persona y familia son necesarios treze mil escudos al mes, demás de los que podrá proueer mi hazienda, sobre lo qual aguardo la real aprobación de Su Magd y asi he querido prevenir dello a la junta, para que desde luego de cumplimiento por lo que la toca, a que esta suma se pare siempre con la mayor puntualidad posible, advirtiendo que los tres mil han deser de los dineros que vinieren de España, y los diez mil de los subsidios, ayuda o, otros cualesquier efecto mas prontos de estas Prouincias, y que esto ha de correr desde mediado mayo próximo pasado, de todo lo qual se han de hazer libranza para que entre en poder de don Juan de Llano y Velasco mi mro de cámara. Campo Sobre Conde” (AGS, CSR, leg. 181).

⁷⁹⁴ *Ibidem.*

⁷⁹⁵ J. CASTILLA SOTO: *Don Juan José de Austria...*, *op. cit.*, pp. 112-122.

⁷⁹⁶ M. HERRERO SÁNCHEZ: *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, Madrid 2000, pp. 26, 160 y 164-165.

⁷⁹⁷ “Para noticia del gasto de mi caballeriza me enviaréis una memoria de lo que monta lo que para él es menester en lo ordinario y extraordinario haciendo a poca más o menos diferencia el cómputo de lo que el extraordinario importare” (AGS, CSR, leg. 181).

mayor, hizo merced al conde de Mastain (¿Marsin?) de la plaza de paje, oficio que era muy apreciado entre los naturales flamencos, y el 21 hizo lo propio con Francisco de Lannoy ⁷⁹⁸. A partir de ese momento, don Juan se valió de la concesión de títulos, lo cual le conllevó severas reprimendas por parte de su padre, y de oficios de la casa como el de caballerizo para premiar a aquellos que se hubieran señalado y distinguido en el servicio ⁷⁹⁹.

Sin embargo, dicha política encontró sus primeros obstáculos tras la llegada a Bruselas de su antigua familia. La decisión adoptada por don Juan de que estos precedieran a aquellos criados procedentes de las casas del Cardenal Infante y del archiduque Guillermo-Leopoldo, junto con la intención de “simplificar el servicio”, hizo que antiguos y fieles criados quedaran “desacomodados” ⁸⁰⁰.

A continuación, detallamos los miembros de la familia de don Juan que llegaron a Bruselas procedentes de la Península ibérica:

TABLA II. CRIADOS PROCEDENTES DE LA FAMILIA
DE DON JUAN DE AUSTRIA EN 1656 ⁸⁰¹

CRIADO	CARGO	FECHA DE LLEGADA
Don Antonio de Córdoba	Gentilhombre de la cámara	11 de mayo de 1656
Don Martín de Melo	Ayuda de cámara, conjuntamente con aposenador de palacio y furrier	“ “
Juan de Arroyo	Ayuda de cámara y guardarropa, que daba el arcabuz a don Juan	“ “

⁷⁹⁸ AGS, CSR, leg. 186.

⁷⁹⁹ Fruto de los acciones realizadas en la defensa de la ciudad de Valenciennes, don Juan hizo merced de los oficios de caballerizo el 16 de agosto de 1656 a don Cristóbal de Berrio y don Diego de Rojas (AGS, CSR, leg. 181).

⁸⁰⁰ Numerosos son los ejemplos de criados que quedaron desacomodados. Pedro Cornejo que juró por sumiller de la cava y pantería el 17 de mayo, quedó fuera del servicio tras la llegada de don Jacinto de Fuertes. Lo mismo sucedió con el zapatero de cámara y la lavandera, tras la llegada de Andrés Torel y doña María de Bermeo, respectivamente (AGS, CSR, legs. 193 y 195).

⁸⁰¹ Fuentes: AGS, CSR, legs. 181, 189, 193, 195 y 196; AHN, Estado, lib. 266.

Capítulo 4.4: *Las casas reales de don Juan José de Austria*

CRIADO	CARGO	FECHA DE LLEGADA
Doctor Alonso Hermoso	Barbero de cámara	11 de mayo de 1656
Joseph Vico	Cocinero de servilleta	15 de mayo
Don Francisco de Maza y Prada	Ayuda de cámara	12 de junio
Don Jacinto de Fuertes	Sumiller de la cava	15 de octubre
Don Juan Francisco de Castañeda	Caballerizo	4 de noviembre
Don Francisco Quintana Dueñas	Caballerizo	“ “
Simón de Romania	Ayuda de la furriera	15 de noviembre
Lázaro Pietro Becerra	Barrendero	“ “
Andrés Rodríguez	Ayuda de la sausería	“ “
Bartolomé Pérez	Sastre de cámara	“ “
Don Nicolás Mestraten	Ayuda de cámara y bibliotecario	“ “
Nicolás de Avenas	Correo	“ “
Juan González Pinto	Cochero mayor	17 de noviembre
Manuel García	Lacayo	“ “
Lázaro de Lugo	Lacayo	“ “
Nicolás López	Lacayo	“ “
Juan Lorenzo	Lacayo	“ “
Pedro de Espinosa	Lacayo	“ “
Jacinto López	Lacayo	“ “
Marcos Caneli	Ayuda y portador de la cocina	18 de noviembre

CRIADO	CARGO	FECHA DE LLEGADA
Don Joseph de Uceda y Castro	Ayuda de la cava	18 de noviembre
Juan Bautista Franco	Ujier de cámara y mayordomo del estado de caballeros	“ “
Domingo Coello	Ujier de saleta	“ “
Juan Bautista Castel	Ujier de saleta	“ “
Don Jerónimo Caparroso	Ujier de vianda	“ “
Andrés Suárez	Escudero de a pie	“ “
Francisco de Lleria	Guardamangier	“ “
Noé López	Ayuda de la tapicería	“ “
Roque Vélez	Mozo de retrete	“ “
Gregorio López	Mozo de retrete	“ “
Don Francisco Fernández Laso	Ayo de los pajes	23 de noviembre
Baltasar Cansler	Mozo del guardamangier	24 de noviembre
Luis del Carpio	Escudero de a pie	25 de noviembre
Doña María de Bermeo	Lavandera	“ “
Jaime Talo	Panadero de boca	1 de enero de 1657
Simón Guelfi	Comprador	“ “
Don Juan de Otalora	Paje	12 de enero
Fray Francisco de Gamboa	Confesor	24 de enero
Esteban Durrios	Enano	“ “
Maximiliano de Buenferne	Enano	Fecha anterior al anterior

Capítulo 4.4: *Las casas reales de don Juan José de Austria*

CRIADO	CARGO	FECHA DE LLEGADA
Licenciado Blas Catalán	Capellán de oratorio	25 de febrero
Pedro García de Soto	Sumiller de la cava	25 de marzo
Don Diego Ortiz de Otalora	Ayuda de cámara	5 de abril
Gaspar Garrafa	Ayuda de picador	9 de abril
Juan D'Essa	Correo	21 de abril
Juan Barón	Mozo del guardarropa	23 de abril
Andrés Torel	Zapatero de cámara	Posiblemente abril
Martín Castellanos	Lacayo	Desde último de mayo
Juan Rodríguez	Mozo de la sausería	24 de octubre
Francisco Navarro	Mozo de la pantería	11 de noviembre
Don Francisco Ortiz de Vivanco	Contralor/gentilhombre de la casa <i>ad honorem</i>	Llegó como contralor, pero el 23 de febrero de 1658 juró como gentilhombre de la casa
Don Juan de la Moneda y Lerma	Maestro de cámara y tesorero	Desde, al menos, el 29 de marzo de 1658
Don Joseph de la Moneda Tacín	Paje	27 de abril de 1658
Juan Mas	Varlet de corps	Por determinar

Ello motivó la queja del Bureo en noviembre de 1656, al señalar que no era nuevo haber duplicidad de personas para un mismo oficio “cuando la razón y la equidad lo permiten”. El Bureo propuso que en aquellos casos en que esto se hubiese producido los criados entrasen con el goce y se fueron consumiendo los oficios según vacasen, a lo que don Juan respondió:

nadie se compadece más que yo de la descomodidad que le seguiría a los criados que salen aquí, y me han servido hasta ahora, habiendo de desembarazar el lugar

para los que vienen de España, pero como yo dejé allá una familia entera, que puede ser venga toda o la mayor parte siendo esta la primera obligación mía por ser mis criados antiguos, demás de haberse prevenido a los de acá este caso cuando se les tomó juramento no es posible ni alcanza el estado de la hacienda a tener dos pies de familia y así, esta resolución en general, es impracticable, pero no es mal intento comprender en ella a aquellos criados, que pueden ser acomodados en otra cosa y sin aumento considerable de la hacienda y así veréis con especialidad los criados que han venido de España y los que podrán servir en otros puestos, de los de acá, y con noticia de todo que se aumentaría en que me volveréis a consultar⁸⁰².

De las palabras del infante se denota que con el acomodamiento de sus antiguos criados se había perseguido el objetivo de no cargar, en exceso, los gastos que repercutían sobre la hacienda del rey en Flandes.

Fue en este ambiente y tras las gravísimas derrotas sufridas en la campaña militar de 1657, cuando don Juan decidió efectuar la reforma de su casa. Se trata de un proceso muy complejo, en el que a los mencionados reveses se le unieron dificultades crónicas de escasez de dinero, advertencias de Felipe IV a su hijo, con las consiguientes protestas del infante, a causa de las instrucciones y graves enfrentamientos con la ciudad de Amberes.

4.4.3. *Reforma de la casa de los gobernadores:*

¿Quiebra del modelo integrador de la casa real de Bruselas?

El 9 de diciembre de 1657, el contralor Martínez de Paz firmó en la ciudad de Bruselas, por orden de don Juan, una relación de todos los criados que componían la casa con la consiguiente memoria económica del gasto que suponía para las arcas reales. La memoria tenía un nombre muy extenso y clarificador, pues se titulaba “Relación por menor de toda la familia del Serenísimo Señor don Juan de Austria mi señor conforme al estado que tiene en fin de este presente año de 1657 con declaración de los gajes, casa de aposento, raciones y emolumentos que cada uno respectivamente goza, así de asiento como de extraordinario en campaña. Y para las casas de aposento van incluidos todos los cuales gozan así de la capilla real, archeros y alabarderos, como las personas de la casa, cámara y caballeriza que no son jurados, y todo va reducido en florines y placas, como se cuenta en Flandes que cada florín hace 20 placas”⁸⁰³.

⁸⁰² AGS, CSR, leg. 186.

⁸⁰³ AGS, CSR, leg. 193.

La memoria, distribuida por secciones, constituye, junto a algunos de los roollos parciales del pago de los criados, la mejor fuente para el conocimiento de la casa de don Juan antes de la reforma decretada el 5 de junio de 1658. Según la memoria, el gasto anual y mensual se repartía (en florines y placas) de la siguiente forma:

TABLA III. GASTO DE LA CASA
DE DON JUAN DE AUSTRIA EN 1657

CONCEPTO DEL GASTO	ANUAL	MENSUAL
Gajes de los criados	99.349 florines	98.286 florines y 11 placas y un tercio
Casas de aposento	39.255 florines	3.271 florines y 6 florines
Raciones criados (un día)	5.294 placas y media	7.941 florines y 15 placas
TOTAL		19.509 florines y 12 placas y un tercio

Es decir al año suponían poco más de 234.000 florines, cantidad considerablemente inferior a la de la casa del archiduque Guillermo-Leopoldo en 1654, aunque hemos de tener en cuenta que don Juan carecía de mayordomo mayor y sumiller de corps, por lo que la diferencia entre ambas partes no resultaba excesivamente abultada. Aunque a la altura de 1657 el gasto se había reducido en una cantidad considerable, los ingresos que llegaban “a manos” de don Juan fueron descendiendo más rápidamente que los gastos⁸⁰⁴. El 29 de enero del año siguiente, el Bureo presentó a don Juan un panorama desolador:

⁸⁰⁴ Hay numerosos ejemplos de las dificultades económicas y necesidades de los criados: “Los ochenta mil florines que me ha dado la villa de Amberes he resuelto que se distribuyan en esta forma; cuarenta mil y quinientos florines a la caballeriza para pagar tres meses de ración a los criados, y hacer lo demás que es necesario para la prevención de la campaña. A la casa lo que importaren otros tres meses de ración a toda familia; y lo restante a la cámara para los gastos corrientes que conviene apresurar sumamente lo necesario para mi jornada en campaña [...] el maestro de cámara instan en que se le de satisfacción de aquellos trece mil florines que el año pasado buscó para el cumplimiento de los carros para la campaña, con los intereses, que hubieren corrido insinuando, que si los restituye luego a las personas que se

en el Bureo acuden tantas y tan repetidos memoriales y demandas de las obligados de los géneros que sirven los oficios de la casa de V.A. con pretensión de crecidas sumas a que son acreedores, por el consumo echo el año pasado pidiéndolo con tan apretadas instancias que pasan a asegurar que el viernes que viene le será imposible proveer de lo forozoso para la mesa de V.A.

Y también los criados refieren tales necesidades que han obligado al Bureo a representar a V.A. el inminente riesgo de faltar a la decencia de su servicio y decoro, la razón que tienen en pedir satisfacción de lo que se les debe, y la que milita en la familia de su socorro pues no tienen otros medios de que sustentarse, ni el Bureo algunos de que prevalerse en ocasiones tan urgentes que por no faltar a la decencia ni embarazar a V.A. en medio de sus cuidados no la representa por menudo, pero parécele que están en obligación de hacer este recuerdo para que V.A. sea servido mandar se provea de alguna muy considerable cantidad para el socorro de unos y los otros sin la cual sería ocioso desuela en procurar el servicio de V.A.

A los acreedores y criados se les debía tanto dinero, que se indicaba que el viernes siguiente no iba a haber suficiente dinero ni para disponer la mesa del infante. Junto a la necesidad de que se les diese una gruesa suma para disponer el servicio con el mayor decoro posible, instaban a don Juan a que tomase una resolución que pusiese fin a un problema estructural:

Y con ocasión de este estado de la casa y empeños de ella, no escusa [el Bureo] representar también a Vuestra Alteza la necesidad que hay de ajustar a número que siendo preciso, sea lustroso y regularla a pie fijo, y tal que se pueda conservar sin iguales empeños ni la desorden y confusión que hoy tiene en la sustancia y la forma.

Estas palabras, sin lugar a dudas, fueron del agrado de don Juan quien, además de prometer la partida de una gruesa suma de dinero, expresó al Bureo su agradecimiento por:

el celo que mostráis a mi seruicio y creyendo lo mismo en que al desorden y deslucimiento presente de la casa estoy en tomar enteramente en ello la resolución de que se os dará parte.

los prestaron, no pone duda en hallar prontamente otros veinte mil florines sobre su crédito, será bien que le oigáis sobre esto, y que si pareciere que puede tener efecto, se le anticipen estos trece mil de los que destinó para pagar los tres meses de raciones de la familia pues se conseguirá el mantener el crédito, y tener más dinero a mano” (Decreto de don Juan de 18 de mayo de 1657, al Bureo. AGS, CSR, leg. 181).

El tenor de la consulta difería en sumo grado de aquella que había sido realizada por el propio Bureo en noviembre de 1656 sobre la injusticia que suponía apartar del servicio a los criados que no habían dado motivos. La diferencia en el criterio podía estribar en que habían sido electos don Antonio de Mesía y Paz y el conde de Clerq como mayordomos, repitiendo de los anteriores los condes de Ursel y de la Motry.

El 23 de marzo de 1658, don Juan envió al conde de Ursel, mayordomo de semana, para que en el Bureo se tratase la orden en la que le mandaba le informasen del número de criados, el gasto que se realizaba en el departamento dependiente del Bureo y la forma en que se podría disponer todo ello ⁸⁰⁵. Orden muy parecida dio al marqués de Cerralbo parra que ejecutase lo mismo en el gremio de la caballeriza ⁸⁰⁶. Es de suponer que órdenes semejantes, seguramente a boca, fueron dadas tanto al confesor Gamboa ⁸⁰⁷ como a don Antonio de Córdoba, que seguía gobernando la cámara como gentilhombre de la cámara más antiguo.

Las dificultades surgieron de todos los lugares. El 12 de abril, el Bureo, en ejecución de la orden dada por don Juan el 23 de marzo, expuso las dudas sobre el pie al que se había de reducir todo lo relativo a su gremio ⁸⁰⁸:

lo que pueden gozar y los gastos que se podrían excusar conforme manda V.A. respecto de hallar diferencia en los goce de la casa que se puso a Vuestra Alteza

⁸⁰⁵ “He resuelto que se reforme el número de mis criados de vuestro gremio y demás gastos que en el parecieren excusables, y así os ordeno que con toda brevedad y secreto examinéis la forma en que a este negocio se le podrá dar ejecución avisándome de ello y de el número y calidad de los criados y gastos que hallaréis ser precisos para mi servicio” (AGS, CSR, leg. 181).

⁸⁰⁶ En *Ibidem*.

⁸⁰⁷ Algunas líneas más arriba se ha visto como, en el despacho que Felipe IV dio a su hijo en octubre de 1656, una de las premisas fundamentales que se había encargado al confesor Gamboa era la reforma de la casa y hacienda del infante. Aunque no tenemos constancia escrita de ello, el agustino consideramos que cumplió sobradamente con el papel que se le había impuesto. El internuncio de la Santa Sede señaló en varias ocasiones el ascendente que el agustino tuvo sobre don Juan en todos los asuntos políticos: “*nella presente settimana ho trattato di nuouo col P. Gamboa, in proposito dell’Attentato del Consiglio di Brabante et anco col Signore Marchese di Carazena, e don Alonso di Cardenas ambasciatore dei Sua Maesstà Cattolica in Inghilterra residente da tre anni in qua in Bruselles, i quali siono li primi tre Ministri del Ré, e colla deliberatione di essi prende il signore Don Giouuanni le resolutioni de negotij piu ardui con quisti sono tornato a battere et inculcare di nuouo i medesimi punti di sempre*” (ASV, Segreteria di Stato, Fiandra, reg. 42, f. 208r, 4 de mayo de 1658 desde Bruselas).

⁸⁰⁸ AGS, CSR, leg. 186.

en España a los que había en la del señor archiduque Leopoldo que son los que se han continuando en la de V.A. después que vino a estos estados, desea saber a que pie se ha de estar assi en los gajes, raciones, y emolumentos, como en las costumbres, forma de servicio y despacho y porque llegándose a tratar de lo que han de gozar los criados de raciones extraordinarias y de carruaje en las campañas y jornadas, el contralor ha exhibido en el Bureo las tres etiquetas firmadas de don Juan de España que se remiten incluso a manos de V.A. que la una trata de las dichas raciones extraordinaria de camino y la otra de los coches, caballos y muchas de silla, y la otra de las acémilas de carga.

En la respuesta dada por don Juan, quedó establecido el pensamiento del infante a este respecto:

yo juzgo que no se debe seguir en esto absolutamente ningún pie sino formar uno de todos, que sea mas conforme a el tiempo, y a la posibilidad.

El 25 de abril, don Juan volvió a repetir la orden del 23 del mes anterior al conde de Ursel. En el mes siguiente don Juan estuvo varias semanas en la cama⁸⁰⁹, lo que le impidió salir en campaña y nuevamente deparó en una sucesión de descalabros con la pérdida de Dunquerque, hasta bien entrado el mes de junio.

El 5 de dicho mes, pocos días antes de salir en la jornada, don Juan publicó la reforma de la casa⁸¹⁰, que fue recogida por el internuncio en la siguiente forma:

*Hauendo stimati il signore don Giouanni di far una riforma della sua corte, per sgrauarti da molte spense nelli presenti bisogni; la ha posta ad effetto in questa sua partenza con riformare i dui terzi del seruitio*⁸¹¹.

Si nos atenemos a los listados de pagos de los criados, observamos que la aseveración realizada por el internuncio no resultaba exagerada. Aunque cabe realizar la advertencia que a pesar de que el decreto sólo incluía la sección de la casa u oficios, los listados de pagos de los criados de la segunda mitad de 1658 y primera del siguiente nos llevan a pensar que en realidad se trató de una reforma completa de todos los gremios de la casa que fue ejecutada, de forma paulatina, a lo largo de la segunda mitad de 1658 y primeros meses del año siguiente en la cámara.

⁸⁰⁹ ASV, Segretaria di Stato, Fiandra, reg. 42, f. 198r.

⁸¹⁰ AGR, Audience, reg. 33/5. Agradezco al profesor José Eloy Hortal Muñoz me hiciese conocer la existencia de este documento que fui incapaz de encontrar en el Archivo General de Simancas, donde, por otro lado, se encuentra la mayor parte de la documentación de la casa del infante.

⁸¹¹ ASV, Segretaria di Stato, Fiandra, reg. 42, f. 218r, 8 de junio de 1658.

El 14 de junio de 1658, es decir únicamente 10 días después de haber publicado el reglamento, el vizconde de Turenne derrotó en las Dunas a las tropas dirigidas por don Juan de Austria y el príncipe de Condé. El resultado de la misma, además de suponer un varapalo para el derrotero de la campaña, supuso un auténtico frenazo en el gobierno de la casa y en las “aspiraciones reformadoras”, al ser capturados el marqués de Cerralbo, el conde de la Motry, don Antonio de Córdoba y don Melchor de Portocarrero, así como haber muerto el marqués de Ledesma⁸¹².

Aprovechando este traspiés, el Bureo elevó una consulta el 19 de junio, con el fin de tratar de paralizar la aplicación de la reforma en su sección y, al mismo tiempo, poner bajo su jurisdicción la aplicación de la reforma ante la falta de los jefes de la caballeriza y la cámara, para lo cual solicitaban se les enviasen copias de las órdenes dadas por don Juan al marqués de Cerralbo y a don Antonio de Córdoba⁸¹³. La situación, sin embargo, quedó en el mismo punto, obligando don Juan a aplicar la reforma únicamente en la sección de la casa.

Para corroborar la aseveración de que la reforma no se redujo únicamente a las secciones de la capilla y de la casa, que eran las que estaban incluidas en el reglamento de 4 de junio de 1658, nos vamos a valer de 4 oficios representativos de la quiebra de integración de las élites de la casa real de Bruselas: caballerizos para el departamento de la caballeriza; gentilhombres de la boca y casa para la casa y los ayudas de cámara para la cámara. Gracias a ello, podremos comprobar como, a la altura de 1658, resulta cierto que en comparación con la casa, por ejemplo, del Cardenal Infante, en la corte de Bruselas se habían dejado de proveer, o se hacía en grado mucho menor, una serie de oficios “intermedios” que eran utilizados para integrar a las “élites medias” como los que hemos indicado⁸¹⁴.

⁸¹² ASV, Segreteria di Stato, Fiandra, reg. 42, f. 252r, 22 de junio de 1658.

⁸¹³ “Juzga el Bureo sería de gran desconsuelo para los de la casa verse repelidos della sin que salga todo a un tiempo, y assi ha parecido representarlo a V.A. para que se sirva de decir si se procederá ha hacer la consulta que manda o se suspenderá hasta que se hagan las demás por la razón dichas [...] y por cuanto los asientos de los criados de la cámara y caballeriza se hacen en los lib.s del Bureo y por él se les ha de proveer a todos de sus gajes, raciones y emolumentos y convendrá entender los capítulos de gobierno que tocan a estos gremios para saber hasta donde puede llegar el Bureo con ellos” (AGS, CSR, leg. 186).

⁸¹⁴ Las siguientes líneas de comparación las realizamos fijándonos en los listados de la casa de don Juan que se encuentran en AGS, CSR, legs. 193 y 196, los trabajos de Birgit Houben ya citados y AHN, Estado, leg. 1414 para la casa del Cardenal Infante (hay una planta del “Estado que tenía la casa real de su Alteza” que atribuimos a la del Cardenal Infante), y el trabajo de S. ASPESLAGH: *Het leven in het paleis...*, op. cit., para la casa del archiduque Guillermo-Leopoldo.

En 1644, es decir tres años después de haber fallecido el Cardenal Infante, todavía quedaban 4 caballerizos suyos en la corte de Bruselas. El archiduque Guillermo-Leopoldo al abandonar los Países Bajos contaba con al menos 7 u 8, que se integraron en el servicio de don Juan: don Philippe Carlos Dornille, don Alonso Ortiz de Ibarra, don Pedro de Figueroa, don Francisco Romero, Nicolas Maes Saint de Ophem, don Carlos Aurelio Agustin de Marle, don Urbano de Brizuela y, probablemente Lamberto Florencio Ermenegildo Verreycken. A ellos cabe sumar a don Francisco Quintana Dueñas y don Juan Francisco de Castañeda, que procedían del servicio de don Juan⁸¹⁵. En los tres años que fue gobernador, don Juan únicamente hizo merced del oficio a los ya mencionados don Cristóbal de Berrio y don Diego de Rojas el 16 de agosto de 1656⁸¹⁶. De esta forma, en el pago de los listados de la casa de aposento de don Juan de la segunda mitad de 1656 nos encontramos con 13 caballerizos. En el listado de la primera mitad de 1659 únicamente contamos con 4⁸¹⁷; número que en la casa de don Juan se mantuvo invariable en los siguientes años. Por lo tanto, únicamente 4 eran los caballerizos que “entraban en el número”, es decir que iban a gozar de gajes y/o casa de aposento. Evidentemente, los dos procedentes de la familia del infante tuvieron prioridad respecto a los otros.

En lo que respecta a los ayudas de cámara, el Cardenal Infante, cuando se le puso casa en los primeros años de la década de 1630, contaba con 6, número que fue aumentando de forma considerable durante su gobierno hasta alcanzar, aproximadamente, los 12. La junta del conde de Oñate cuando formó la casa de don Juan en 1644, indicó que 8 personas resultaba un número apropiado, cantidad que el rey redujo a 6. Durante los 9 años del gobierno del archiduque, Sophie Aspelagh ha contabilizado un total de 15⁸¹⁸. Don Juan cuando tomó “posesión de la casa” contaba con, al menos, 7: Ernesto Woislasky, don Alonso de Piña, don Alonso de Uribarri, don Juan de Llano Velasco, Felipe Eugenio Martini y don Alonso Menéndez. A estos se le sumaron los 4 procedentes de España: don Nicolás Mestraten, don Martín de Melo, don Juan de Arroyo y don Diego Ortiz de Otalora. En la relación de la familia de don Juan de 9 de diciembre de 1657 constan un total de 13 ayudas de cámara, cantidad que en la

⁸¹⁵ AGS, CSR, legs. 186 y 196.

⁸¹⁶ AGS, CSR, leg. 181.

⁸¹⁷ Como eran don Francisco Quintana Dueñas, don Pedro Figueroa, Nicolás Mes y don Carlos Aurelio Malineus.

⁸¹⁸ S. ASPESLAGH: *Het leven in het paleis...*, *op. cit.*, p. 107.

primera mitad de 1659 se había reducido a 8 y que fue, durante muchos años salvo ligeras variaciones, el número fijo de la planta de la casa del infante.

En cuanto a los gentilhombres de la boca, el Cardenal Infante durante los poco más de 7 años que fue gobernador contó, ateniéndonos al trabajo realizado por Birgit Houben, con un número que osciló entre los 16 y 18⁸¹⁹. Aproximadamente en 1643 o 1644, quedaban en su servicio un total de 12. Sophie Aspelagh no ha registrado ningún gentilhombre de la boca en casa del archiduque, mientras que con don Juan contamos con don Diego de Bohorques, residente en Bruselas, desde el 19 de junio de 1656 y el maestre de campo don Luis de Frías y Estrada, antiguo caballerizo y descendiente de criados del Cardenal Infante, desde el primero de marzo de 1657. En enero de 1658, don Juan hizo merced del oficio a don Juan de Carvajal, quien una vez que se produjo la salida del gobernador de la corte de Bruselas quedó en los estados flamencos.

Por último, respecto a los gentilhombres de la casa, el Cardenal Infante sólo llegó a contar con tres, mismo número que había en 1643 o 1644 cuando se realizó la planta de los criados de la casa del Cardenal Infante. En la del archiduque Guillermo-Leopoldo no hay ninguno, mientras que en la de don Juan conocemos a don Marcos de Alberto Arazola Oñate u Ortiz desde el 18 de mayo de 1656, por lo que resulta probable considerar que procediese del servicio del archiduque Guillermo-Leopoldo. En los años que don Juan permaneció como gobernador, realizó la merced de este oficio a don Diego de Bohorques en 1656, a don Luis de Frías Estrada, antiguo paje y caballerizo suyo, en 1657 que después le siguió a la raya de Portugal y *ad honorem*, el 5 de febrero de 1658 a don Francisco Ortiz de Vivanco, con el goce que tenía de contralor.

Por lo tanto, después de la muerte del Cardenal Infante, se dejaron de utilizar los mencionados 4 oficios de forma paulatina, pero sobre todo los de gentilhombres de la boca y de la casa, para proceder a la integración de las “élites medias” que servían en puestos militares y/o administrativos en los estados flamencos. Don Juan utilizó estos oficios, salvo en algunos casos, para premiar y promocionar a aquellos criados que habían compuesto su familia durante su periplo anterior. En la memoria que se realizó de la casa del Cardenal Infante una vez que este había fallecido, sobre los oficios de gentilhombres de la boca y de la casa se decía lo siguiente:

⁸¹⁹ B. HOUBEN: *Wisselende gedaanten: het hof en de hofhouding van de landvoogden Isabella Clara Eugenia (1621-1633) en de kardinaal-infant don Fernando van Oostenrijk (1634-1641) te Brussel*, Tesis doctoral, Universidad de Gante, 2009, p. IX de los Anexos.

habiendo de tener todos gajes que se manden no los gocen más que los que estuvieren presentes y que los que de ellos tienen sueldos compuestos en la guerra no gocen los de su Alteza⁸²⁰.

Varios ejemplos analizados por el Bureo o el marqués de Cerralbo, como caballero mayor, nos dan idea del verdadero objetivo: únicamente los criados que estuviesen sirviendo físicamente al gobernador iban a cobrar los gajes y las raciones, al tiempo que aquellos que tuviesen casa de aposento propia se les iba a dejar de pagar la cuantía que recibían por este concepto⁸²¹.

En julio de 1658, don Francisco Ortiz de Vivanco, antiguo criado de don Juan que por aquel entonces servía el oficio de contralor y era hombre de su total confianza, realizó por encargo del hijo del rey una baja de los criados que tenían derecho a cobrar la casa de aposento durante la segunda mitad del año anterior⁸²². Como se observa en la tabla de abajo, el criterio que se aplicó fue doble. Por un lado, únicamente los criados jurados podían gozar casa de aposento. Por otro, iban a dejar de percibir la cantidad asignada, aun siendo criados jurados, todos aquellos que no residiesen cerca de la persona de don Juan (en este caso Bruselas), bien por tener su puesto de permanencia en otra ciudad, como podían ser el obispo de Ypres, limosnero mayor, o los gentilhombres de la cámara conde de Salazar y marqués de Lede, gobernadores de Cambray y Dunquerque respectivamente, e, incluso, se les anulaba la consignación a aquellas personas (dando igual su condición o rango) que residían en palacio.

⁸²⁰ AHN, Estado, leg. 1414.

⁸²¹ Bien es cierto que don Juan y el propio rey se reservaron la potestad de dar el goce del oficio a aquellos criados que considerasen conveniente, aunque no les sirviesen en palacio.

⁸²² “Copia de la baja que haze el contralor don Francisco Ortiz de Viuanco en las casas de aposento caydo por San Juan 1657. A 11 de julio de 1658 se embio un duplicado al secretario de cámara que le prometí embiar estando aquí en Bruselas de donde salió a las dos de la mañana” (AGS, CSR, leg. 196).

TABLA IV. BAJA DEL GOCE DE LA CASA DE APOSENTO
DE LOS CRIADOS DE DON JUAN EN LA SEGUNDA MITAD DE 1657⁸²³

A dos criados del Padre confesor se les libra a razón de quarenta florines de casa de Aposento al año, y no se les deue, porque solo se da casa al confessor a d onde viuen, pero ay decreto de Su Alteza para dárseles hasta que se sepa lo que toca	80
Al Obispo de Ypre limosnero mayor no ha residido ni reside en Brussellas y le dauan al año	400
Al Padre Guillermo Hesins Predicador quantan ciento y cinquenta florines y no se le deue casa porque viue en su combento	150
Al Padre Fray Juan de la Madre de Dios Idem	150
Al Padre Alonso de Heredia Idem	150
Al Padre Joseph Vanegas Idem	150
A Don Juan de Urquina capellán de oratorio se le libran ciento y diez florines y tiene su Abadía y residencia en Gante	110
Al licenciado don Diego d'Altemans idem reside en Tornay	110
A Antonio Rodríguez Administrador general del Hospital Real de Malinas Idem	110
A Antonio Van der Baren esta con el señor Archiduque en Alemania	110
A Don Bartolomé de Salinas deán de Lieva Idem	110
A Ludovico Boniteo canónigo Idem	110
A Renier Paulo Casauernas canónigo en Cambray idem	110
A Gerónimo Alberto de Liedermans	110
A Claudio Francisco don Antorpe canónigo en Sognies	110
A Philippe de Berghes canónigo en Tournay	110
A Alberto de Tresignies vizconde de Visteyn no ha jurado se le deuen bajar por trescientos al año	300

⁸²³ Fuente: AGS, CSR, leg. 196.

Al Barón de Dramelay mayordomo que fue le van librados quatrocientos florines hasta 13 de agosto que murió, y respeto de hauer viuido en Palacio no le toca casa	400
Al conde de Ursel mayordomo le va librado otro tanto, y tiene casa propia por lo qual no le toca aposento	400
A Don Antonio de Cordoua Gentilhombre de la Cámara le va librado a razón, de quatrocientos florines al año, y respecto de que tiene casa en Palacio no se le deue, pudesese dar algo para azesoria de la familia	400
Al Conde de Salazar Gentilhombre de la cámara, reside en Cambray en su Gouierno, y assi por esto como porque tiene casa propia en Brusselas no se le deue dar casa de Aposento	400
Al conde de Saint Amour Gentilhombre de la cámara le va librado lo mismo, y respecto de ser gouernador de Namur, y tener alli su abitación no le toca casa	400
Al Marqués de Leyde gentilhombre de la cámara le va librado lo mismo, y respecto de ser gouernador de Dunquerque y residir allí no se le deue Aposento, y demás tiene casa propia	400
Al Marqués de Tresignies gentilhombre de la cámara se le va librado otro tanto y respecto de ser Gouernador de Tornay, y tener allí casa no se le deue en Brusselas	400
Al Príncipe de Mamines gentilhombre de la cámara le va librado lo mismo, y respecto de ser gouernador de Gueldres tener casa en Ruremonde no se le deue	400
Al Doctor de Lau médico de cámara le va libardo a razón de trescientos florines al año; tiene casa propia, por lo que no los deue gozar	400
A David Teniers Pintor de cámara se le libra a razón de trescientos florines al año; tiene casa propia, por lo que no los deue gozar	300
A Francisco Díaz de Morales sangrador de cámara se le libran cien florines al año no los deue gozar por tener casa propia	100
A Gabriel Berg grefier se le libran a razón de trescientos florines no los deue gozar por tener casa propia	300
A Don Diego de Bohorques gentilhombre de la boca se le libran a razón de cientos y veinte y cinco florines al año. No los deue gozar por tener gouierno en que reside	125
A Don Marcos Alberto Arrazola Oñate gentilhombre de la casa se le libra otro tanto no los deue gozar por residir en Brujas	125

Capítulo 4.4: *Las casas reales de don Juan José de Austria*

A Simón de Romania ayuda de la furriera se le libra a razón de sesenta florines al año y respecto de que se le da casa en Palacio no los deue gozar	60
A Andrés Rodríguez muchacho que goza de ayuda de la sausería le van librados a razón de sessenta florines y no los deue gozar por que vive en Palacio y en casa de su madre y no sirue	60
A Adam Samuel cerero mayor le va librado a razón de cien florines al año y respeto de viuir en casa de Su Magestad no los deue gozar	100
A Rogier Mathieu mayordomo del estado de pages se le libra a razón de sessenta florines que no deue gozar porque tiene cassa propria en que viue	60
A catorze entretenidos y mozos de parador y platos se les libra a razón de 40 florines al año a cada uno y respeto de que no son efectiuamente criados de Su Alteas porque los despiden y reciuen los gefes quando quieren y que nunca en España se les dio casa de Aposento ni se da en la corte de Su Magestad no deuen gozar della	560
A ocho galopines de la cozina se les libra a razon de 20 florines al año y no siendo criados jurados tanpoco sino que se reziuen y despides sus gefes [y que en casa no se les daba casa] ni tanpoco en la corte de Su Magestad no la deuen gozar	160
A dos cajoneros y quatro portadores de leña y dos de agua se les libra cajoneros a razón de 40 florines y a los portadores de leña y agua a razón de 20 florines y tan pocos son criados jurados ni permanentes por que no la deuen gozar	200
A Giles de Corte que cuyda de la leña se le libra a razón de 60 florines y este no es criado jurado aunque se le da raçion ni del número de los officios de Palacio sino que le nombre finanzas y no se le deue casa de aposento	60
A don Carlos Philippe le Comte Doruila cauallerizo se le libra a razón de 200 florines y tiene casa propria en Bruselas que no se le deue	200
A Don Alonso Ortiz de Ibarra cauallerizo se le libra la misma razón y respecto de tener casa propria en Brusselas no lo puede gozar	200
A Phelippe le Vasseur guadarnés le va librado a razón de 100 florines y el tiempo del quaderno no ha residido en Bruselas sino en Cambray	100
A Pedro de la Vega ayuda de sobrestante de coches le va librado a razón de 60 florines y respecto de que tiene casa en Palacio que llaman la del Posso no se le deue dar	60

A dos moços de librador de la caualleriza se les libra a razón de 20 florines y lo mismo al de la fiambreira y a otro de guardacoches sino que se reziuen y despiden no se les libró en España ni deuen gozar aca	160
A treinta y nueve palafreneros o mozo de caualllos de la caualleriza se les libra a razón de 20 florines a cada uno y no huiendose librado jamás en España a los mozos de caualllos ni en la caualleriza de Su Magestad ni en la del señor Cardenal Infante y siendo perssonas que se despiden a voluntad del Gefé no deuen gozar	780
A 22 cocheros se les libra a razón de veinte y cinco florines, y no son jurados sino que se reziuen y despiden a voluntad del Gefé y en España sólo se librau a casa de aposento a los 4 Principales de la persona con que a los diez y ocho no se les deue librar	450
A doze mozos de coche, quatro litereros, y cinco azemileros de la caualleriza se les libra a razón de 20 florines y tan poco son officios jurados y no deuen gozar saluo los dos litereros de la persona a quien se les pueda dar	380
Al capitán Bernardo Nassoigne azemilero mayor se le libra a razón de 100 florines que no les deue gozar por tener casa propia en que vivir	100
A Antonio de Lis theniente de azemilero mayor se le libra a razón de 60 florines y tiene casa en la azemilería pero no la ha viuido ni viue por estar en ella la viuda de otro theniente que fue barbero del señor Cardenal Infante y siruio al señor Archiduque muy pobre y con muchos hijos y assi se le puede dar por aora hasta que se desocupe este quarto	
A Alberto Magnete furrier y librador de la azemileria se le libra a razón de sessenta florines y tiene casa propria en que vivir por lo qual no los deue gozar	60
A un entretenido de la azemilería se le libra a razón de 40 florines y no deue hauer este officio ni los deue gozar como los demás entretenidos	40
Al bastero de la azemilería al marischal, al moço de librador y al Portero se les libra a razón de 40 florines cada uno de los tres y 20 al Portero y ninguno es officio jurado ni permanentes ni a los officios de manos se les deue dar casas de aposento	140
A 21 Azemileros de la Azemileria se les libra a razón de 20 florines y tiene la misma condición y calidad que los moços de caualllos por lo qual no la deuen gozar	220

Capítulo 4.4: *Las casas reales de don Juan José de Austria*

En la guarda de los Archeros y Alabarderos podía hauer algunos que tubiesen casas propias o que estén fuera sería necessario que lo reuelen sus capitanes para que se les vaxe lo que se les libra a los Archeros a razón de 45 florines y a los Alabarderos a razón de 30 florines que se saue es que el Barón de Leysot theniente de los Archeros a quien le va librado a razón de duçientos florines tiene casa propria en que viue y no los deue gozar	200
Y a Leonardo Potter furrier de los Archeros a quien se le libra a razón de cinquenta y cinco florines tiene casa en el Juego de Pelota de Palaçio	55
A Antonio Willemot boticario de cámara se le libran cien florines tiene casa propria y no les deue gozar	100
	11.345

Sin embargo, se añadió el goce de la casa a tres criados:

A esta relación se deue añadir casa de aposento a Bartholome Pérez sastre de cámara que vino de España y no ay razón porque no se le de y por ella 60 florines al año	60
Y ansimismo se deue añadir a Andrés Torel çapatero de cámara que vino de España por la misma razon	60
Y también a Philippe Marilly picador y a otro picador que ay de la caualleriza por la misma razon y cantidad	60
	180

La medida adoptada por el gobernador, provocó la unión de numerosos de los criados que presentaron, de forma conjunta, un memorial a don Juan, que remitió al Bureo el 24 de julio del tenor siguiente:

El maestro, capellanes de altar músicos y demás personas dependientes de la real capilla, y ansimesmo los archeros, y alabarderos de la real guardia de V.A. Serenísima: dicen que van por onze años de gajes que se les deuen a los suplicantes por donde todos pasan extremas necesidades, y desde que V.A. Serenísima ha llegado en estos estados de Flandes no han recibido los suplicantes blanca de sus dichos gajes, no obstante que diferentes decretos han sido despachados para que se pagasse a los suplicantes con ordenes expressas de V.A. Serenísima y que no han sido cumpli [*sic*] y además agora en esta calamidad de tiempo haziendoseles

dificultad de pagarles la casa de aposento de un año entero que ha caydo al San Juan passado de 1658 lo de que ningún memorial se ha hecho. Dicen que no hay ningún decreto despachado para que se les pague, además de que no les dan dinero para que puedan alojarse. Por ello muchos dellos an ido al hospital para poder tener alojamiento el qual se les ha ido rehussado por no ser costumbres que tales lugares es sino para personas enfermas y no otrament [...] y otro mas que de noche muchos dellos con sus libreas que otramente andan pidiendo limosnas para tener pan que comer con mujer y niños ⁸²⁴.

La situación, por tanto, de buena parte de la familia del infante no hizo más que empeorar en estos tres años de gobierno. A las sucesivas quejas mostradas por los criados e, incluso, el Bureo, se le sumaron los problemas crónicos de escasez de dinero, que hicieron que las intenciones reformadoras del infante, instrumentalizadas desde la corte de Madrid, transcendiesen de un ajuste económico. Se trataba, como hemos señalado, de la aplicación del trabajo que en esta línea se venían realizando desde la corte de Madrid con las casas reales. Durante los años que don Juan continuó viviendo, esta reforma fue la base sobre la que se sustentó, junto a algunos añadidos que fueron realizados en las década de 1660 y 1670, la casa de don Juan en materias económicas y de gobierno de la hacienda. Por lo tanto, además de reglamentar la casa real de Bruselas, también sirvió para la del hijo de Felipe IV.

La reformatión, que no seguía una planta concreta sino que tomaba como referencias las casas del archiduque Alberto (1595-1598) ⁸²⁵, Cardenal Infante y la del rey en Madrid, se ajustaban el número de criados, el goce que tenían de gajes, emolumentos, raciones y, como ya hemos visto, de la casa de aposento. Se trataba de una reforma completa, que concordaba con la decisión adoptada por Felipe IV de que el territorio flamenco fuese gobernado a partir de este momento por nobles en vez de personas de sangre real. Decisión que suponía, de hecho, una rebaja del territorio ⁸²⁶.

⁸²⁴ AGS, CSR, leg. 181.

⁸²⁵ Sobre dicho servicio, J. E. HORTAL MUÑOZ: "The Household of Archduke Albert of Austria from His Election as Governor of Flanders until His Investiture as Sovereign Prince of the Low Countries: 1595-1598", *Revue Belge de philologie et d'histoire/Belgish Tijdschrift voor Filologie en Geschiedenis* 91/4 (2013), pp. 1011-1056.

⁸²⁶ M. RIVERO RODRÍGUEZ: *La edad de oro de los virreyes...*, *op. cit.*, pp. 159-160

5. LA CASA DE LA INFANTA MARÍA TERESA, REINA DE FRANCIA

Marcelo Luzzi Traficante,
Javier Revilla Canora

El 7 de noviembre de 1659, las monarquías hispana y francesa ponían fin a varios años de enfrentamientos y disputas por la hegemonía europea con la firma de la denominada Paz de los Pirineos. En el artículo 33 de dicha paz se indicaba que:

Para que esta Paz, y Union, Confederacion, y buena correspondencia, sea (como se desea) tanto mas firme, durable, e indissoluble, los dichos dos principales Ministros el Cardenal Duque, y el Marqués Conde Duque, en virtud del poder especial, que han tenido para este efecto de los dos Señores Reyes, han acordado, y assentado en su nombre el Matrimonio del Rey Christianissimo con la Serenissima Infante Doña María Teresa, Hija primogenita del Rey Catholico; y este mismo dia, fecha de las presentes, han hecho, y firmado un Tratado particular, al qual se remiten, tocante à las condiciones reciprocas del dicho Matrimonio, y al tiempo de su celebración; el qual Tratado Separado, y Capitulacion Matrimonial tienen la misma fuerza, y virtud que el presente Tratado, como que es la principal, y mas digna parte de el, como tambien la mayor, y mas preciosa prenda de la seguridad de su duración⁸²⁷.

La firma de esta paz se encuadra en el doble criterio de la disputa por la hegemonía y dentro de la lógica de la conservación de monarquías. De esta forma, el estudio del matrimonio entre el monarca francés Luis XIV y la infanta María Teresa, así como el análisis de la casa de ella, debe realizarse desde la doble perspectiva española y francesa, puesto que los intereses de ambas monarquías (y, por ello, la conformación de la casa de la infanta-reina) no serían coincidentes. Así las cosas, las conferencias previas a la firma de la paz entre los dos plenipotenciarios de ambas monarquías, esto es, entre don Luis de Haro y el cardenal Mazarino

⁸²⁷ Artículo 33 de la Paz de los Pirineos, en J. A. ABREU Y BERTODANO: *Colección de los Tratados de Paz, alianza, neutralidad, garantía, protección, tregua, mediación, accesión, reglamento de límites, comercio, navegación, etc.*, Madrid 1751, vol. VII, pp. 139-140. Para los artículos secretos de la paz, cfr. AGS, Estado, K, leg. 1625.

(quienes vieron aumentado su prestigio político y personal)⁸²⁸, presentaban como objetivo la consecución de una paz que pusiese fin al enfrentamiento bélico que mermaba las dos monarquías y, por parte francesa, la garantía de un matrimonio ventajoso para sus intereses⁸²⁹. La idea de un matrimonio, con la consiguiente llegada de una reina, era vista como la promesa de un posible alumbramiento del heredero a la corona⁸³⁰, por lo que con la paz, y el consiguiente matrimonio, Mazarino y Luis XIV salvaguardaban unos de los pilares fundamentales de la lógica de la conservación de monarquías, esto es, la sucesión a la misma⁸³¹.

La igualdad con que se querían presentar y representar los plenipotenciarios de ambas monarquías (tal y como harían de la misma forma ambos monarcas en el momento del matrimonio) respondía a la necesidad de representarse ante Europa

⁸²⁸ En este sentido, Felipe IV le concedió a Haro una merced de “dos mil vassallos en lugares de la Andalucía con la jurisdiccion y tolerancia que pertenecían a V. Magestad para que andubiesen unidos perpetuamente en la casa, estado y mayorazgo del Carpio”, en AHN, Consejos, leg. 4437, f. 17, del 11 de marzo de 1660. Igualmente, para los preparativos del matrimonio, el monarca otorgaba la potestad a don Luis de Haro “para que por mi y en mi nombre representando mi propia persona como mismo lo podría hazer” hiciese lo que considerase conveniente al bien de la monarquía en la ejecución del mencionado matrimonio, en AHN, Estado, leg. 2779. Sobre los poderes que Luis XIV otorgó al cardenal Mazarino, BNE, Ms. 12026, ff. 16r-17v, dado en París el 10 de mayo de 1659. De igual forma, basta comprobar el cortejo que acompañaba a cada plenipotenciario para comprender como querían ostentar y hacer tangible su poderío: G. PRIORATO, CONDE DE GALEAZZO: *Histoire de la Paix conclüe sur la frontiere de France et d’Espagne entre les deux couronnes*, Colonia 1667, s. f.

⁸²⁹ VOLTAIRE: *Le Siècle de Louis XIV*, ed. de J. Hellegouarc’h y S. Menant, París [1751] 2005, p. 219. De la misma forma, D. SÉRÉ: *La Paix des Pyrénées. Vingt-quatre ans de négociations entre la France et l’Espagne (1635-1659)*, París 2007, pp. 529-530; el propio D. Séré concluye que para España la infanta María Teresa era “la garantie ultime de l’exécution de la paix” (p. 530).

⁸³⁰ F. COSANDEY e I. POUTRIN: *Monarchies espagnole et française. 1550-1714*, París 2001, p. 260.

⁸³¹ Sobre la conservación de monarquías por parte de la Monarquía católica, y sin entrar en debates acerca de los intereses que motivaron la firma de la paz, sino analizando la retórica justificativa de esta lógica, encontramos, aparte del clásico de P. FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Conservación de Monarquías*, ed. de M. D. Gordon Madrid [1626] 1982, la obra de Fray F. ENRÍQUEZ: *Conservación de Monarquías, Religiosa y Política*, Madrid 1648, en la que el padre mercedario indicaba que la conservación de la Monarquía de España se debía al culto a la religión, en primer término, para continuar analizando las lógicas políticas de la conservación, entre las que destacaba el pago a los soldados en períodos bélicos, así como la crítica a los arbitristas (vistos como causa de la destrucción de la Monarquía), para acabar concluyendo, en el punto 28 del capítulo II que: “La Conseruacion de la Monarquia Catolica depende de que su Principe no tanto es Monarca Politico quanto Padre Economico”.

como una potencia hegemónica, puesto que la paz, en definitiva, dirimía un conflicto por dicha supremacía europea⁸³². Esta mencionada disputa se plasmó también en las cortes de Madrid y París, en las que el matrimonio ofreció la oportunidad de escenificar la grandeza de ambas monarquías a partir de diversos actos religiosos y festivos⁸³³. En este sentido, el mismo día que Felipe IV recibió la misiva de don Luis de Haro con la noticia del matrimonio, fue a Nuestra Señora de Atocha para dar gracias en una solemne ceremonia⁸³⁴. Con todo, por más que la paz y el consiguiente matrimonio que de ella devenía estuviesen motivados por estos planteamientos, no podemos perder de vista su función principal: como todo matrimonio, era el eje de la política dinástica, a partir de la cual se custodiaba la grandeza y prestigio de la monarquía⁸³⁵. Por consiguiente, la lógica dinástica, esto es familiar, primaba en las relaciones entre los diferentes soberanos, aunque en este caso, a diferencia del doble matrimonio de 1615, no se producía

⁸³² Acerca de la idea de potencia hegemónica, es decir, la consecución de la *Monarchia universalis*, F. BOSBACH: *Monarchia Universalis: ein politischer Leitbegriff der frühen Neuzeit*, Göttingen 1988, pp. 129-146, en las que se analiza la idea de *Monarchia universalis* bajo Luis XIV. Sobre la realización de la Monarquía universal en el reinado de Felipe IV y las dificultades de la misma, debido a las pretensiones romanas, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Política y Religión en la corte: Felipe IV y sor María de Jesús de Ágreda”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, M. RIVERO RODRÍGUEZ y G. VERSTEEGEN (coords.): *La Corte en Europa...*, op. cit., vol. III, pp. 1377-1456. Igualmente, J. MARTÍNEZ MILLÁN y E. JIMÉNEZ PABLO: “La Casa de Austria: una justificación político-religiosa (Siglos XVI-XVII)”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y R. GONZÁLEZ CUERVA (coords.): *La Dinastía de los Austria...*, vol. I, pp. 16-23 y 31-45. Sobre la importancia de la corte romana en este proceso, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El triunfo de Roma. Las relaciones entre el Papado y la Monarquía católica durante el siglo XVII”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. RIVERO RODRÍGUEZ (coords.): *Centros de poder italianos en la Monarquía hispánica*, Madrid 2010, vol. I, pp. 549-654. Además, esta disputa se vio plasmada en los títulos y dignidades que mostraban frente al otro en el proceso negociador (A. MALCOLM: *Don Luis de Haro and the political elite of the Spanish monarchy in the mid-seventeenth Century*, Tesis doctoral, Universidad de Oxford 1999, pp. 236 y ss.).

⁸³³ J-F. SOLNON: *La Cour de France*, París 1987, p. 255.

⁸³⁴ BNE, Ms. 2387, *Relación de la feliz nueva que el rey Felipe IV ha tenido cerca de los casamientos de María Teresa y Luis XIV y firma de las paces tan deseadas*. Felipe IV mandó también que se encendieran fuegos y luminarias durante tres noches, tal y como se solía hacer en esos casos. *Vide* AGP, SH, caja 20/14, 11 de mayo de 1659

⁸³⁵ L. BÉLY: *La Société des Princes*, París 1999, pp. 196-203. Igualmente, F. LEFERME-FALGUIERES: *Les courtisans. Une société de spectacle sous l'Ancien Régime*, París 2007, p. 82. También, J.-P. DEDIEU afirma que “al rey le mueven fundamentalmente intereses dinásticos”, en “Amistad, familia, patria... y rey. Las bases de la vida política en la Monarquía española de los siglos XVII y XVIII”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 31 (2005), p. 41.

en una situación de igualdad, es decir, no se producía un intercambio, sino que se concertaba un matrimonio unidireccional, siendo este hecho el que la Monarquía hispana deseaba matizar a partir del ceremonial y su preparación, como a continuación analizaremos ⁸³⁶.

No era la primera vez, sin embargo, que se negociaba un matrimonio entre Luis XIV y la infanta María Teresa, aunque la embajada de Hugues de Lionne no había tenido los resultados esperados ⁸³⁷. Otras opciones se barajaron para ambos: Luis XIV conoció personalmente a la saboyana Margarita ⁸³⁸, mientras que para la infanta se pensó en el archiduque Leopoldo –futuro emperador Leopoldo I– o el duque de Saboya. El nacimiento de Felipe Próspero supuso la pérdida inmediata de su condición de heredera, por lo que la idea del matrimonio se retomó ⁸³⁹. Se envió entonces a Antonio Pimentel ⁸⁴⁰ a la corte francesa para entrevistarse con el cardenal Mazarino. Tanto él como la Reina Madre, Ana de Austria, aceptaron de buen grado, ya que “*avait faire savoir à Philippe IV qu’un mariage du Roi avec l’Infante aînée pourrait être le point d’orgue d’une paix réconciliatrice*” ⁸⁴¹. No obstante, según la correspondencia del cardenal Mazarino durante los preparativos junto a don Luis de Haro, Luis XIV no estaba convencido del matrimonio, puesto que prefería a la sobrina del propio cardenal. Con todo,

⁸³⁶ La idea del intercambio de mujeres (“*l’échange des femmes*”) como una cuestión de igualdad y reconocimiento mutuo entre dos familias, la plantea G. DELILLE: *Le Maire et le Prieur. Pouvoir central et pouvoir local en Méditerranée occidentale (XV-XVIII^e siècle)*, Roma-París 2003, pp. 221-234 y sobre la idea de la igualdad, pp. 115-124. Sobre las “relaciones internacionales” como asuntos dinásticos y familiares, M. RIVERO RODRÍGUEZ: *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna*, Madrid 2000, *passim* y J. MARTÍNEZ MILLÁN y R. GONZÁLEZ CUERVA: “Introducción” a J. MARTÍNEZ MILLÁN y R. GONZÁLEZ CUERVA (coords.): *La Dinastía de los Austria...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 1-4.

⁸³⁷ En ese momento la infanta era la heredera de los territorios gobernados por Felipe IV y la unión con Francia no era posible.

⁸³⁸ F. BLUCHE: *Louis XIV*, París 1986, pp. 127 y ss.; VOLTAIRE: *Le Siècle de Louis XIV*, *op. cit.*, pp. 217-218. El matrimonio saboyano no era bien visto por la Reina Madre, quien prefería casar a su hijo con su sobrina. *Vide* A. MALCOLM: *Don Luis de Haro and the political elite...*, *op. cit.*, p. 228. Sobre las posibles mujeres de Luis XIV, L. BÉLY: *Les relations internationales en Europe XVII^e-XVIII^e siècles*, París 1992, pp. 201-202.

⁸³⁹ L. BÉLY: *La Société des Princes*, *op. cit.*, p. 260; igualmente, L. BÉLY: *Espions et ambassadeurs au temps de Louis XIV*, París 1990, pp. 23-24.

⁸⁴⁰ M. DE SALTILLO: “Don Antonio Pimentel de Prado y la Paz de los Pirineos”, *Hispania* 26 (1947), pp. 24-124.

⁸⁴¹ F. BLUCHE: *Louis XIV*, *op. cit.*, p. 30.

la acción de Ana de Austria y de monsieur Le Tellier en la corte parisina terminaron por convencer al joven monarca de la conveniencia del matrimonio español ⁸⁴².

5.1. FORMACIÓN DE LAS CASAS DE MARÍA TERESA EN MADRID Y PARÍS

Una vez firmada la paz que resolvía el conflicto hegemónico en Europa y, por la cual, se concertaba, como consolidación de la paz, el matrimonio entre el rey de Francia, Luis XIV, y la hija del monarca hispano, la infanta María Teresa, el asunto a dilucidar y resolver en las cortes de París y Madrid era la preparación de la jornada a la frontera, así como la organización que se le debía de dar a María Teresa. En el caso hispano, era relevante seleccionar y confeccionar adecuadamente el servicio de la infanta, futura reina de Francia, puesto que proyectaba una imagen del *puissance* de la monarquía, al mismo tiempo que las servidoras que pudiesen permanecer con la infanta María Teresa tras el cruce de la frontera, podrían conformar un “partido español” que velase por los intereses católicos similar al círculo próximo a la reina viuda Ana de Austria. Por su parte, la monarquía francesa compartía los mismos intereses que la Monarquía católica, en tanto y en cuanto que la entrega de la infanta María Teresa era el momento de representación y presentación del poderío de cada una de las dos monarquías, al mismo tiempo que debía velar por controlar, desde el primer momento, el círculo de personas próximas a la futura reina.

En este orden de cosas, tras la paz el 7 de noviembre de 1659 y la vuelta a la corte madrileña de los correos pertinentes, se comenzaba la preparación de la jornada de la entrega a la frontera. Así las cosas, el 13 de diciembre de dicho año, el rey le indicaba al conde de Altamira que:

haviendo resuelto yr con la Ynfante Doña María Theresa, mi hija, para hazer la entrega de su persona al Rey Cristianísimo en los confines de estos mis Reynos, y el de Francia y que la partida sea (con el fauor de Nuestro Señor) el ultimo dia

⁸⁴² J. MAZARINO: *Lettres du Cardinal Mazarino où l'on voit le Secret de la Négociation de la Paix des Pyrenées; et la Relation des Conferences qu'il a eües pour ce sujet avec Don Louïs de Haro, Ministre d'Espagne. Avec d'autres lettres tres-curieuses écrites au Roi & la Reine par le même Cardinal, pendant son voyage*, Amsterdam 1693. Las 7 primeras cartas abordan esta problemática, pudiendo observarse la preocupación del cardenal por ella. Sobre la sobrina del cardenal, VOLTAIRE: *Le Siècle de Louis XIV*, *op. cit.*, p. 217. El propio Cervantes desaconsejaba los matrimonios “por amor”, en M. DE CERVANTES: “Casamiento engañoso”, en sus *Novelas ejemplares*, Madrid 1997, p. 244.

de marzo y he venido disponerse sin ninguna dilazion lo conveniente para esta función respecto tambien que la cassa que ha de yr siruiendo a la Ynfante ha de ser de los officios y criados de la de la Reyna sera bien que se reconozca y ajuste en el Bureo el numero que huiere de ser cada offizio y se me dara quenta de lo que pareziere para que con vista de ello mande lo que convenga⁸⁴³.

Este servicio para la infanta debía estar compuesto, acorde a lo pactado por don Luis de Haro y el cardenal Mazarino, por los criados estrictamente necesarios para el decoro de la infanta-reina durante el viaje hasta la frontera y de la frontera a París⁸⁴⁴. Según el propio cardenal, esta condición había sido impuesta por el plenipotenciario español, quien reconocía un doble problema de tiempo y dinero para poder celebrar el matrimonio en las fechas fijadas primeramente⁸⁴⁵ (que según las cláusulas secretas debía ser antes del 25 de abril de 1660)⁸⁴⁶. Por consiguiente, y teniendo presente estas pautas, el 22 de diciembre de 1659 se reunía el Bureo de la reina (compuesto por los condes de Altamira, Mora y Moura y los marqueses de Bedmar y de la Fuente el Sol) para fijar la planta de la casa de la infanta que debía ir sirviéndola durante la jornada de su entrega. De esta forma, tras centrarse en las peticiones del monarca acerca de la fecha en que se debía partir para la frontera (último día de marzo), así como la celeridad en la formación de la casa de la infanta, el Bureo indicaba que “se ha reconocido el numero de criados que fueron siruiendo a la Xpma. Reyna de Francia el año de 1615”, añadiendo que en la conformación de la casa de la reina Ana de Austria se había tenido en cuenta que muchos de los criados que iban a ir sirviendo en la jornada se quedarían en el París junto a la nueva reina, así como que iba a tener una casa confeccionada desde Francia:

y que tan solamente lo que fueron de aca para bolber eran para instruir a los que hiban a pasar a Francia y a los que venían a servir a su Magestad desde aquellos Reynos⁸⁴⁷.

⁸⁴³ AGP, SH, caja 201.

⁸⁴⁴ J. MAZARINO: *Lettres du Cardinal Mazarino...*, op. cit., pp. 218-219. Carta XXIX a M. Le Tellier del 30 de agosto de 1659 desde San Juan de Luz: “Dom Louis me parlant de cet accompagnement de personnes de qualité de part & d'autre, me fit connoistre que les deux Roys feroient bien de ne mener avec eux, que le nombre, qui seroit absolument necessaire pour le service actuel” (p. 218).

⁸⁴⁵ *Ibidem*, pp. 216-217.

⁸⁴⁶ D. SÉRÉ: *La Paix des Pyrénées...*, op. cit., p. 529. Punto quinto de las cláusulas secretas en AGS, Estado, K, leg, 1625.

⁸⁴⁷ AGP, SH, caja 201.

Capítulo 4.5: *La casa de la infanta María Teresa, reina de Francia*

Se constata, entonces, que el Bureo tuvo como modelo de organización de la casa y la jornada a la frontera, la que se había desarrollado unos años antes para la infanta doña Ana de Austria, copiándose, incluso, el esquema de servicio que se había llevado a cabo en esa situación: organizar un entorno de servidores que ins-truyese a los que se tuviese que quedar tras el cruce de la frontera, así como a los que debían de ir desde París. Así las cosas, el Bureo concluía su informe propo-niendo una planta para la casa de la infanta María Teresa:

El confesor
Un capellán
Un ayuda de oratorio

Dos mayordomos
Un menino
El thesorero no fue en la jornada del año 1615 por estar agregado a la maestria de la camara de la cassa de V.Magestad y en las demás jornadas que a hauido después aca a hido el y un oficial y cajero
El contralor

Panatería

Un jefe y sino huuiere de hir, un ayuda en su lugar
Otro ayuda
Dos mozos de oficio
Un entretenido
Un ujier de vianda
Un fiambrero
El confitero que ha de seruir de ayuda de la panatería por tenerle hecha V. Magestad esta merced sirua por su hermana con que se escusa uno de los dos ayudas
Un entretenido de la confitería
Un panadero de boca
Un panadero del comun caso que se aya de dar raciones en especie como se dieron el año de 1615 y huiendose de dar en dinero a los criados se puede escusar

Frutería

Un frutier o un ayuda
Un mozo de oficio
Un entretenido para que sirua la potajería por estar agregada a este oficio

Caua

El jefe o en su lugar una ayuda
Otro ayuda
Dos mozos de oficio
Un entretenido
Dos aguadores
El proveedor de vino y si se huviere de dar raciones en ser se podrá escusar
El proveedor de la nieve

Sausería

El jefe o en su lugar un ayuda
Otro ayuda
Dos mozos de oficio
Un entretenido

Guardamangier

Comprador y cajonero, si se huvieren de dar raciones en ser y donde no se escusa
el comprador y proveheran los proveedores lo nezesario de todos los generos
Un oficial del guardamangier
Dos mozos de oficio
Un entretenido
El zebador

Cozina

Un dispensero mayor
Un cozinero mayor tres ayudas de cozina
Un pastelero
Dos portadores
Un portero de cozina
Seis mozos de oficio dos para la cozina de boca tres para la de estados y uno para
el pastelero
Seis galopines
El lechero
El busier de cozinaz y mozo

Zerería

Jefe o un ayuda
Un mozo de oficio
Un entretenido

Tapizería

Dos ayudas

Tapizería (Cont.)

Dos mozos de oficio
Quatro ganapanes

Furriera

Aposentador de palacio que ha de ser sino va Joseph Nieto, un ayuda de damas
Dos ayudas de la furriera
Dos mozos de oficio
Dos barrenderos de camara
Uno de la sala y saleta
Alguazil del Bureo
Uno de portería
Seis soldados de la guarda
Quatro monteros de camara y dos criados
Un médico de cámara
Un médico de familia
Un zirujano
Un sangrador de cámara
El oficial del contralor
Dos mozos de oficio de la guardajoyas
Un sastre
Un theniente de correo mayor y un correo
Dos trompetas
Carpintero de la furriera

Ujieres de saleta

Tres ujieres de saleta el uno de ellos ha de servir el estado de mayordomos para la vuelta
Un portero de camara

Guardas de damas y reposteros

Dos guardas de damas que acompañen los coches
Dos reposteros de camas
Dos ayudas de la guardajoyas

Porteros de damas

Un portero de damas y un ayuda

Estado de damas

Un maestresala
Dos ayudas
Dos mozos de oficio

Estado de damas (Cont.)

Un entretenido
El que sirue la messa de las de la camara
Un mozo de oficio
Un entretenido

Labanderas

La labandera de corps
La labandera de boca
La de estados se puede escusar cuidando de hazer labar la ropa los oficiales a cuyo cargo esta

Escuderos de a pie

Quatro escuderos de a pie para las camas dos para cada tanda
Un escudero de a pie que sirua la mesa de contralor casso que no se den las raçiones en dinero quedándose, se puede escusar pues todos los de este estado se reduzen a mesilla en dinero

Botica

Un ayuda de la botica
Un mozo de oficio
Un Entretenido ⁸⁴⁸.

Ante esta propuesta de planta para la casa de la infanta María Teresa, Felipe IV respondía de forma contundente acerca de la organización de la misma:

Los de la capilla no son necesarios porque mis capellanes seruiran, y el confesor a de pasar a Francia y yo quedo mirando con el que a de ser. Los mayordomos an de ser dos y a su tiempo los nombrare, y quatro meninos que elegirá el mayordomo mayor, el tesorero se puede escusar y puede ir solo un oficial [...], el contralor baiase su salud le da lugar por ello, y sea el numero de guardadamas reposteros de camas y porteros de damas el que aquí se dize y de los demás oficios dejando para el servicio de la Reyna y de la Infanta Margarita mi hija los necesarios se uera en el Bureo lo que precisamente y sin acrecentar criados fueren menester para el seruicio de la Infanta Reyna mi hija, y casa que fuere para esto con aduertencia que cupto los que aquí se diran an de pasar a Francia, todos los demás se an de boluer desde la Raya ⁸⁴⁹.

⁸⁴⁸ AGP, SH, caja 201. Existe también una copia de la planta definitiva de la casa que sirvió a la infanta María Teresa, realizada un año después de la jornada en 1661, en AGP, SH, caja 202.

⁸⁴⁹ AGP, SH, caja 201.

Un día más tarde, el 13 de diciembre de 1659, el propio Felipe IV comenzaba también a ordenar su propia casa para la jornada en la que acompañaría a su hija a la frontera. Así, daba orden al Bureo para que:

todo lo que pertenciere a los officios de mi real casa que han de ir siruiendo y penden del Bureo este prevenido y dispuesto para que no aya falta en ninguna cosa de lo que les toca ⁸⁵⁰.

De igual forma, el 27 de diciembre, se resolvía una primera orden acerca del servicio de la real caballeriza del rey que debía ir junto al rey a la jornada a Irún ⁸⁵¹.

Durante el siguiente mes de enero, las preocupaciones del monarca y del Bureo, una vez fijada la planta que debía servir a la infanta y resuelto también la estructura del servicio de Felipe IV, se centraron en la elección de las personas que debían componer las mencionadas plantas. De estas elecciones devinieron, también, los primeros problemas organizativos de la casa de la infanta María Teresa. Así, el 13 de enero de 1660 el Bureo de la reina, que en definitiva era la junta de gobierno y organización de la casa de la infanta ⁸⁵², indicaba que por no ir el mayordomo mayor a la jornada le correspondía a los mayordomos que fuesen sirviendo firmar los libramientos que tocan ⁸⁵³. Continuando con la resolución de los problemas que se planteaban en la preparación de la jornada, unos días más tarde, el 19 de enero, el monarca resolvía dos cuestiones: por un lado, ordenaba al conde de Altamira que mandase se hiciesen dos tanteos del dinero necesario para el carruaje de la jornada de Francia (recordemos los problemas mencionados por Mazarino acerca de la financiación de la jornada) y, por otro, señalaba al Bureo (compuesto por los condes de Montalbán y Puñoenrostro y los marqueses de Malpica, Ariza y de la Guardia) que había:

resuelto que los criados de mi real casa que me hubieren de ir sirviendo en la jornada de las entregas (ecepto los gefes de los officios) sean todos los demás ⁸⁵⁴ que eligieren los mayordomos que he mandado me vayan sirviendo en ella ⁸⁵⁴.

A finales de mes, el 29 de enero, se daba noticia al conde de Altamira del nombramiento de las mujeres que iban a componer el servicio de la infanta María Teresa:

⁸⁵⁰ AGP, SH, caja 201.

⁸⁵¹ *Ibidem*.

⁸⁵² Sobre esta institución, ver el capítulo correspondiente de este volumen.

⁸⁵³ AGP, SH, caja 201.

⁸⁵⁴ *Ibidem*.

Para que vayan siuiendo a la Infanta Reyna mi hija asistiendo a su real persona he nombrado para dueñas de honor a doña María Brizeño de Duera y doña Ana Camargo, condesa de Atares. Por damas a doña Estefanía de Velasco y de la Cueva y doña María Ronquillo. Para menina a doña Francisca Chacon Ossorio, para azafata a doña María de Molina. Para guarda a doña Francisca de Velasco; para dueñas de retrete a doña Mariana de Baraona y doña Ynes Manrique de Bergano. Doña Francisca Manso de la cámara de la Reyna ha de yr siruiendo en este mismo exercicio; doña Ysael Manso, doña María de Espinosa y doña Josepha Duarte tambien por de la cámara. Por de retrete doña Ana Zerrato y doña Josepha Martínez. Auisareis a todas de lo referido y a las que están fuera de palacio direis que respecto de la poca comodidad de aposento que ay en el no podrán venir desde luego a seruir pero que se vayan preueniendo para la jornada quando ha de ser a los últimos de marzo, y antes se les dirá quando podrán venir a palacio ⁸⁵⁵.

La composición de las mujeres de la casa de la infanta presenta una característica muy relevante de la idea de integración de las élites en las casas reales: el servicio estaba compuesto en gran parte por mujeres que fuesen hijas, nietas, hermanas o viudas de servidores de la casa del rey, de la reina o de alguno de los infantes ⁸⁵⁶. Esta era una de las habituales estrategias familiares para conseguir medrar y asentarse en el servicio doméstico y cortesano. Así, para este caso, se constata que doña María Briceño, dueña de honor de la infanta María Teresa, era viuda de don Antonio Ronquillo, que había sido virrey de Sicilia, y madre de doña María Ronquillo, quien servía como de dama de la propia infanta ⁸⁵⁷. Asimismo, la menina doña Francisca Chacón Osorio era hija de don Juan Chacón, quien era asesor de montero mayor de la casa del rey ⁸⁵⁸. Por su parte, doña Francisca de Velasco, guarda de María Teresa, era viuda de don Pedro de Velasco, quien había sido teniente de mayordomo mayor de la casa de Castilla ⁸⁵⁹, y nieta

⁸⁵⁵ AGP, SH, caja 201.

⁸⁵⁶ Sobre los procesos de integración de las élites en las casas reales, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La función integradora de la casa real”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 507-517.

⁸⁵⁷ AGP, Personal, caja 2668/42 y SH, caja 201.

⁸⁵⁸ Tras volver de París, continuó con su servicio en la casa de la reina hasta casar con el marqués de Castrofuerte el 6 de septiembre de 1670 (AGP, Personal, caja 2617/19). Las referencias sobre su padre en Personal, caja 16825/30 y SH, caja 201.

⁸⁵⁹ AGP, Regs. 49-51, don Pedro de Velasco asentó en el oficio de teniente de mayordomo mayor por Jorge Cerón en el año de 1626, sirviendo en el mismo hasta su muerte hacia 1650, nómina que percibieron sus herederos

de Juan Sener, aposentador de la real caballeriza ⁸⁶⁰. De las dueñas de retrete, cabe mencionar que doña María de Baraona provenía del servicio de la cámara de la reina, mientras que doña Inés Manrique de Bergano era hija de don Pedro de Bergano, quien había sido tapicero mayor del infante don Fernando, y mujer de don Diego de Orive, caballero de la reina ⁸⁶¹. Doña Francisca Manso, destinada a servir en la cámara de la infante, provenía de la cámara de la reina, de igual manera que doña Josepha Duarte, nombrada también para la cámara de María Teresa, era criada de la guarda mayor y sobrina de doña Mariana Duarte. Por último, doña Ana Cerrato, quien también estaba destinada al retrete, era criada de la camarera doña Josepha Martínez e hija de doña Juana Vázquez, quien había sido ama de la reina de Francia ⁸⁶².

El mismo 29 de enero, también se indicaba la lista de los soldados que debían ir sirviendo a la infanta reina en la jornada de Irún. Casi un mes más tarde, el 18 y el 21 de febrero de 1660, el rey aclaraba que el número de soldados de las tres guardas que debían ir a la jornada debía ser el mismo que los de las jornadas de Aragón. Señalaba, también, el número de los escuderos de a pie, así como el de los archeros que debían ir en mulas ⁸⁶³.

Por otra parte, el 7 de febrero el Bureo de la reina (compuesto en esta ocasión por los condes de Altamira, del Real, Mora y Cedillo y los marqueses de Bedmar, Tusifar y Fuente el Sol) remitía al rey el tanteo de los gastos de la jornada que este había solicitado el 19 de enero precedente. Así las cosas, el Bureo remarcaba la separación del importe de los gastos entre el carruaje y el resto de la casa de la infanta, montando los mismos, acorde al cómputo que se había realizado “según las raciones en dinero que se dieron a los criados que sirvieron” en las entregas de 1615, 321.240 maravedís de vellón, donde no se incluía el gasto de la mujeres que debían pasar a Francia acorde a la orden del 29 de enero de

⁸⁶⁰ AGP, SH, caja 201.

⁸⁶¹ AGP, Personal, caja 763/38 y SH, caja 201.

⁸⁶² AGP, SH, caja 201.

⁸⁶³ AGP, SH, caja 201. El listado de los soldados era el siguiente: cabo Bartolomé Álvarez, Sebastián de Salazar, Sebastián de Guerta, Matías Hurtado, Francisco Calderón, Tomás Baço, Francisco de Sosa, Diego Cano, Felipe de Olivares, Agustín Hernández, Antonio Saez, Andrés Riaca, Alonso de Olias, Roque Cejudo, Gerónimo de Flores, Bartolomé Bazquez, Alonso Romo Manríquez, Miguel Martínez Rubio, Juan Bautista Hernández, Domingo García, Gregorio Sánchez, Francisco de San Román, Gabriel de Ocaña y Juan García Guerra. En una reunión del Bureo de la reina del 16 de marzo de 1660 (compuesto por el conde de Altamira, el conde del Real, el marqués de Bedmar, el conde de Mora y Álvaro Melo), se resolvía el problema del vestuario que se debía dar a todos los escuderos de a pie, así como la ayuda de costa.

1660. Por consiguiente, para los gastos del carruaje se indicaba que se destinaban por el caballerizo mayor, mientras que sobre las mujeres se consideraba oportuno se les avisase a quiénes fuesen, para así poder contar con el gasto del carruaje para las que debían volver desde la frontera. Finalmente, el 20 de febrero de 1660, Felipe IV decretaba cuál era la caballeriza que debía ir sirviendo a María Teresa en la jornada ⁸⁶⁴.

Durante el siguiente mes de marzo se intensificaron los preparativos de las casas para la jornada. Así las cosas, el 8 de marzo de 1660, el Bureo del rey (compuesto por los marqueses de Malpica y de la Guardia y el conde de Puñoenrostro), consultaba al maestro de la cámara, al contralor, al grefier y al cerero mayor si irían a la jornada, obteniendo diversas respuestas, ya que el primero y el tercero indicaban que cumplirían con su obligación, mientras que el contralor solicitaba una ayuda de costa para poder realizar la jornada. Por su parte, el cerero mayor se ofrecía a ir sirviendo al rey, aunque recordaba que se encontraba prácticamente ciego. Ante estas respuestas, Felipe IV resolvía que:

El maestro de mi cámara en bien que haría, en quanto al ayuda de costa del contralor tomare breuemente resolución, el grefier se quede como pareze, y verase que conbendra hazer en lo del zerero mayor ⁸⁶⁵.

Acorde a esta misma lógica de los nombramientos para la casa del rey, el 5 de marzo se nombraban a los archeros que debían ir sirviendo en la jornada, mientras que el 18 de marzo se informaba que Antonio Pacheco, comprador de la casa, estaba enfermo por lo que no podía ir sirviendo, yendo en su lugar Juan Caro, que era cebador de aves ⁸⁶⁶. Las últimas resoluciones que se tomaron para la jornada estaban referidas al cambio en la fecha de partida de la corte madrileña, siendo el día 15 de abril el escogido y habiéndose avisado al propio Luis XIV dicho cambio. Por consiguiente, con este cambio, el 16 de marzo el monarca informaba al marqués de Malpica que se había indicado a:

⁸⁶⁴ AGP, SH, caja 201. En total eran 89 personas las que debía servir en la caballeriza de la infanta.

⁸⁶⁵ *Ibidem*.

⁸⁶⁶ *Ibidem*. Los archeros eran Juan de León, Gilis de Hee, Maximiliano Muro, Luys Antonio de Huerta, Juan de Clercq, Juan de Roy, Francisco de Rotas, Juan Thomas Ángel, Antonio Artet, Nicolás Bonnetant, Francisco Brisart, Claudio Gerard, Juan de Sargoz, Gerardo Perdisier, Mathias Knoler, Lorenzo Keerseboom, Nicolás de Bayanville, Pedro Premesque, Felipe Kest, Pedro Cremers, Francisco Wemmers, Andrés Mans, Andrés del Prado y Carlos de Constan.

la Junta de mayordomos nombrados para que disponga por lo que la toca que todas las preuenciones pertenecientes a dicha jornada estén promptas de manera que pueda salir al plazo que he señalado ⁸⁶⁷.

De igual forma, el 31 de marzo Felipe IV mandaba a Diego de Velázquez, aposentador de palacio, para que fuese a los distintos lugares por donde debía pasar la jornada hasta Fuenterrabía ⁸⁶⁸. Junto a él, marcharon otros personajes para preparar los lugares por los que la comitiva real pasaría en su camino hacia la frontera con Francia ⁸⁶⁹. El ministro de Felipe IV está preocupado por la decoración y la comodidad de las estancias tanto del monarca como de la infanta, y así se lo hizo saber al secretario Fernando de Fonseca ⁸⁷⁰.

La otra línea de actuación en la preparación de la jornada se centraba en culminar los nombramientos de la casa de la infanta María Teresa. Así, el 20 de marzo el Bureo del rey (compuesto por los marqueses de Malpica y de la Guardia y el conde de Puñonrostro) respondía a una consulta del Bureo de la reina acerca de la división que se debía de hacer de la casa de la reina para la jornada de Irún, puesto que una parte debía pasar sirviendo a la infanta, por lo que se terminaba concluyendo que “es combeniente que benga con la familia de aquella casa el licenciado Antonio de Oliuer, su cirujano” ⁸⁷¹. Cuatro días más tarde, Felipe IV ordenaba al Bureo que solucionase el problema de los dos sangradores que había nombrado para el servicio de María Teresa, puesto que uno de ellos había excusado su asistencia. De esta forma, el 26 de marzo, el Bureo del rey (compuesto esta vez por el marqués de Malpica, el conde de Barajas y el marqués de Ariza) proponía a Luis Muñoz Acero para que pasase sirviendo a la infanta, habiéndosele ofrecido una ración para su mujer e hijos mientras estuviese en Francia o que estos pasasen con él a París. Finalmente, el monarca resolvía

⁸⁶⁷ AGP, SH, caja 201.

⁸⁶⁸ *Ibidem*. El primero de abril se daba una litera para la jornada, en AGP, SH, caja 202. Sobre el papel de Velázquez en las ceremonias y la rivalidad en la ostentación entre las dos cortes, I. YETANO LAGUNA: *Relaciones entre España y Francia desde la Paz de los Pirineos (1659) hasta la Guerra de Devolución (1667). La embajada del Marqués de la Fuente*, Madrid 2009, pp. 30 y ss. También M. J. GARCÍA SIERRA: “Velázquez, Mazo y José de Villarreal, en el proceso ceremonial para los desposorios de Luis XIV y María Teresa de Austria”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 35 (1995), pp. 101-118. Igualmente, C. DULONG: *Le mariage du Roi-Soleil*, París 1986, pp. 178-179.

⁸⁶⁹ AGP, SH, caja 201, 31 de marzo de 1660.

⁸⁷⁰ AGS, Estado, K, leg. 1625, despacho del 8 de mayo de 1660.

⁸⁷¹ AGP, SH, caja 201.

que se le diesen 600 ducados de ayuda de costa. Por otra parte, el 31 de diciembre Felipe IV ordenaba que se nombrase a Joseph Nieto para que fuese a hacer el aposento de la infanta María Teresa, acompañando a Diego de Velázquez, quien realizaba el del rey. Ese mismo día, el rey mandaba que se aumentase en uno el número de porteros de damas, por lo que el Bureo de la reina proponía a Luis Midarra, siendo aprobado por Felipe IV⁸⁷².

Mención especial merece la resolución de los problemas relativos al servicio de las mujeres de la casa de la infanta-reina. Uno de los mayores que tuvo que afrontar la organización de la casa durante este mes fueron los relativos a la pretensión de los criados solteros y viudos que estaban nombrados para ir sirviendo a la infanta María Teresa. Estos criados solicitaban que se los igualase a la de la casa del rey y no se les bajase la ración que percibían, como se había procedido en las jornadas que la infanta o la reina realizaban a los bosques de fuera de Madrid. Dicha pretensión la justificaban porque en la presente jornada a Francia “se apartan mucho de sus cassas donde es preciso sustentar a sus hijos y criadas”. Por consiguiente, el Bureo de la reina (compuesto esta vez por los condes de Altamira, del Real, Mora, Alcaudete y Cedillo, el marqués de Bedmar y Álvaro de Melo) se mostraba favorable a concederles lo que pretendía, hecho que Felipe IV ratificaba el mismo día 14 de marzo. Por otra parte, y continuando con los nombramientos para la constitución de la casa de María Teresa, el 28 de marzo Felipe IV ordenaba al conde de Altamira que:

Demas de las criadas que están nombradas para ir sirviendo a la Reyna Infante mi hija, he resuelto bayan tambien doña Catalina Rizo de la cámara de la Reyna en este mismo exercicio y Bernarda Garcia de Hiebra Gutierrez por enfermera y Ysael de la Puebla por varrendera.

El 31 de marzo, por decreto del rey nuevamente al conde de Altamira, se señalaba que:

A la vizcondesa de Santa Marta, dueña de honor de la Reyna, he mandado vaya siruiendo a la Infanta Reyna mi hija hasta la frontera de Francia para voluerse en estando hechas las entregas.

De igual forma comenzaba el mes de abril, por lo que el día 1, el rey ordenaba (vía decreto al conde de Altamira) que María de Linares, barrendera de cámara de la infanta-reina, fuese sirviendo en la jornada de las entregas.

⁸⁷² AGP, SH, caja 201. Acorde a la planta que se había señalado para la casa de la infanta, al estar nombrado Joseph Nieto, no debía ir sirviendo un ayuda de damas en su lugar.

Al acercarse la partida de las comitivas hacia la frontera con Francia, se multiplicaron los problemas de los servidores que alegaban algún motivo que los imposibilitaba acudir a la jornada. Todas estas dificultades tuvieron que ser resueltas mediante consultas de urgencia con el Bureo de la reina o la junta de mayordomos, órganos ambos destinados a la organización de la casa de la infanta María Teresa⁸⁷³. De esta forma, en la reunión del Bureo de la reina del 5 de abril de 1660 (compuesto por el conde de Altamira, del Real, de Mora y de Granpior, así como por el marqués de Bedmar), se analizó la pretensión de don Fernando de Infante, médico de la casa de la reina, “que lo es tambien del Hospital de la Pasión esta nombrado para yr sirviendo en la jornada de la señora Infante Reyna”, razón por la cual quería quitar la plaza de dicho hospital. El Bureo, por su parte, consideraba que:

no es justo que empleándose en el seruicio de V. Majestad pierda aquella asistencia ha parecido representar a V. Majestad que por quanto ay otro médico en dicho hospital aunque solo podía suplir se sirua de mandar no se le quite al don Fernando Infante la dicha plaza pues el ausencia no es mas que de cinquenta días, sino que siendo necesario durante ella se nombre a otro medico para aquella ocupación sin que se le provea absolutamente⁸⁷⁴.

Felipe IV consideraba digna la pretensión por lo que se le concedía mantener su plaza con la ausencia para los 50 días.

Unos días más tarde, surgieron algunos problemas con servidores de las guardas. Así, el 8 de abril don Cristóbal de Gaviria, caballerizo y teniente de la española, informaba a don Gaspar de Fuensalida, grefier del rey, que:

por quanto Gregorio Sanchez soldado de la guarda amarilla esta herido y imposibilitado de seruir en esta jornada, he nombrado en su lugar a Francisco de Prado.

Al día siguiente, 9 de abril, se indicaba al grefier del rey que Andrés del Prado, archero que iba a ir sirviendo en la jornada a Irún, “no puede yr y en su lugar ba Francisco de Bayunuile”⁸⁷⁵. Ese mismo día, en la junta de mayordomos, compuesta por el conde de Puñoenrostro y el marqués de la Guardia, se indicaba que:

⁸⁷³ Sobre la junta destinada a la organización de la casa, L. WILLIAMS: *Jornadas a los Pirineos, 1659-1660*, Valladolid 2008, p. 162.

⁸⁷⁴ AGP, SH, caja 201.

⁸⁷⁵ *Ibidem*.

Los archeros que ban a la jornada piden se les de çedula de guía para su alojamiento en Castilla y Vizcaia; Y parece que V. Magestad mande al Consejo de Cámara les de el despacho que se a dado otras veçes adbirtiendo que no necesitan mas de el aposento porque no lleuan cauallos, sino mulas, cuiu zeuada y costa an de pagar los moços que ban con ellos,

siendo aceptada dicha resolución por Felipe IV.

El 10 de abril de 1660, la misma junta atendía el memorial del frutier en el que solicitaba que se ordenase al correo mayor para que cada día llevase una cestilla de fruta donde estuviere el rey, como se había hecho en otras jornadas, siendo aprobada su petición por la junta y el rey. De esta forma, comprobamos que ante la preparación de la casa de la futura reina de Francia, se atendieron la mayoría de las peticiones de los criados de la misma, puesto que la idea de magnificencia del monarca como buen *pater familiae* debía prevalecer en un contexto en el cual se iba a hacer tangible en las ceremonias de entrega⁸⁷⁶; en definitiva, prevalecía un intento de contentar al servicio y su decoro, pero manteniendo

⁸⁷⁶ Acerca de la idea de magnificencia del monarca, A. M. HESPANHA: *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid 1993, pp. 157-165. Sobre la idea del *pater familiae* y del monarca como tal, D. FRIGO: *Il padre di famiglia. Governo della casa e governo civile nella tradizione dell'«economica» tra cinque e seicento*, Roma 1985, *passim* y J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Corte y casa real en la Monarquía hispana”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 30-48. En cuanto a la idea del servicio, el criado (y también al cortesano) debemos vislumbrarlo como aquel servidor, al igual que el servicio doméstico, que se alegra con la vista del patrón, al cual sirve con amor y por su voluntad, es decir, no se presenta ninguna coacción, en A. M. HESPANHA: *La gracia del derecho...*, *op. cit.*, p. 185. De la misma forma, “*La relation maître-domestique est du même type que celle de père à fils ou de Dieu à créature, puisque de telles relations constituent des modèles pour la société du temps*”, en J. P. GUTTON: *Domestiques et serviteurs dans la France de l'ancien régime*, París 1981, p. 17. La idea del servicio al señor ejercido mediante la distinción ha sido estudiado, (además del clásico estudio de referencia de P. BOURDIEU: *La Distinction: critique sociale du jugement*, París 1979, *passim*) por P. PISSAVINO en “*Il De officiis del Della Casa e alcuni raffronti metodologici*”, en C. MOZZARELLI (dir.): “*Familia*” *del principe e famiglia aristocratica*, Roma 1988, vol. I, especialmente pp. 52-53. Para la noción de la gracia, sobre todo en relación a la dinámica del don y contra-don (es decir, la que se ejerce en la económica) y a la simulación cortesana, A. QUONDAM: “*La «forma del vivere» Schede per l'analisi del discorso cortigiano*”, en A. PROSPERI (dir.): *La corte e il “Cortegiano”*, Roma 1980, vol. II, especialmente pp. 20-21, donde se afirma “*la grazia come segno del dono: simulazione di un'economia del gratuito e del dispendio, messa in scena di un ordine (sociale) disinteressato e quindi «vistoso», magnanimo, nobile*”. Por último, simplemente aludir a la conciencia de la importancia de lo simbólico; esto es, la construcción de un poder simbólico a partir de los servidores; sobre esta noción P. BOURDIEU: *Language et pouvoir symbolique*, París 1982, pp. 204-211.

siempre el control de los gastos como se ha podido comprobar con el aposento de los archeros y también se constata con el memorial presentado por el contralor de la casa del rey, el 10 de abril de 1660, en el que explicaba lo que consideraba como gastos para la jornada ⁸⁷⁷.

En resumidas cuentas, la comitiva que acompañó a la infanta María Teresa hasta la frontera estaba formada, según don Leonardo del Castillo, por:

Capilla ⁸⁷⁸	El Padre Maestro Fray Alonso Vazquez, de la Orden sagrada del Serafico Padre San Francisco, calificador de la Suprema Inquisicion, lector jubilado, y confessor de su Magestad Christianissima, oy obispo de Cadiz
	Dos capellanes, un ayuda de oratorio
Camarera mayor	Doña Margarita Zapata, hija de los condes de Barajas, condesa de Priego, camarera mayor
Señoras de honor	Doña Ana Camargo, condesa de Atares, señora de honor, y guarda mayor
	Doña Leonor Osorio, vizcondesa de Santa Marta, señora de honor
Damas	Doña Estefanía de Velasco, doña Francisca Chacon, y doña María Briceño, damas
	Doña Francisca de Velasco, guarda menor
	Doña Maria de Molina, azafata
	Doña Inés Manrique, y doña Isabel de Ludeña, dueñas de retrete
	Doña Francisca Manso, doña Isabel Manso, doña Maria de Espinosa, doña Iosefa Duarte, doña Catalina Rizo, de la cámara
	Doña Ana Cerrato, y doña Iosefa Martinez, del retrete, y otras criadas inferiores, que todas salieron de Madrid, para passar a Francia aunque esto no se executo como se dira después
Mayordomos	Don Gines Perez de Calatayud, conde del Real, y de Villamonte, señor de las baronias de Pedralva, y Bugarra, y de las de Salen, y Rafol, y de la villa de Catarroxa, mayordomo el mas antiguo de la Reyna Nuestra Señora
	Don Baltasar Alvarez de Toledo Ponce de Leon, conde de Cedillo, cauallero de la Orden de Santiago, notario mayor del Reyno de Granada, y mayordomo de la Reyna Nuestra Señora

⁸⁷⁷ AGP, SH, caja 201. Ante dicho memorial, la junta de mayordomos daba el parecer que se le aprobasen y el rey indicaba “assi lo he mandado siendo quarenta mil” reales lo que se debía pagar.

⁸⁷⁸ Todos estos comentarios están en los márgenes del texto original.

Meninos	Don Isidro de Mendoza y Silva, cauallero de la Orden de Alcantara, marqués de Almenara, oy marques de Orani. Don Pedro Mexia Portocarrero, hijo primogenito del marqués de la Guardia. Don Luis de Moscoso y Cordoua Laso de la Vega. Don Francisco de los Rios, cauallero de la Orden de Alcantara, hijo mayor del conde de Hernan Nuñez; y don Iuan Arias Pacheco, hijo segundo entonces, y oy conde de Puñoenrostro
Oficiales mayores	<p>Manuel Muñoz y Gamboa, contralor de la Reyna Nuestra Señora, con un oficial: el oficio mayor de el tesorero de la Reyna Nuestra Señora, que fue siruiendo por el, de orden de su Magestad, un caxero de la tesoreria</p> <p>Don Francisco Muñoz y Gamboa, despensero mayor, oy grefier de la casa de la Reyna Nuestra Señora. Y los demás oficios de paneteria, caua, fruteria, sauseria, guardamangier, cozina, cerería, y tapicería, los iban siruiendo (como se ha dicho de los de la casa del Rey Nuestro Señor) los principales en ellos, lleuando de la misma manera sus ayuda, moços de oficio entretenidos, y demás criados necesarios.</p>
	CAVALLERIZA
Cauallerizos	<p>Don Alonso de Hozes, primer cauallerizo de la Reyna Nuestra Señora. Don Pedro Beltran de Collazos, cauallero de la Orden de Santiago, cauallerizo de la Reyna Nuestra Señora</p> <p>Domingo de Lorigen Furrier, con los demás oficiales, y criados necesarios en todos los exercicios de la caualleriza como se ha referido de la del Rey Nuestro Señor</p>
Guardajoyas	Don Francisco de Gaztelu Gamboa, cauallero de la Orden de Alcantara, del tribunal de la contaduria mayor de su Magestad, guardajoyas de la Reyna nuestra Señora, con Lucas Cortés, y Gaspar de Salamanca, ayudas de su oficio
Guarda de damas	<p>Diego Ruiz de Azcona, y don Pedro Bermudez (oy despensero mayor de la Reyna Nuestra Señora) guarda damas, reposteros de camas, vgieres de saleta y médicos, cirujanos, sangradores de cámara, y de familia, y boticario. maestre sala de las damas, con los demás criados de este estado, y tambien del estado de las de la cámara y porteros</p> <p>Ioseph Nieto, aposentador de la casa de la Reyna Nuestra Señora, con ayudas, moços y demás criados de este oficio, y escuderos de a pie, y otro crecido numero de criados inferiores, y muchas personas de cuenta, que seguían la corte, e iban en las familias de los señores, cuyo aparato, muchedumbre de coches, y bagajes, y grandeza, y ostentación de recamaras, y de libreas, dieron en aquel dia de la salida, motiuo grande a la administración fuera del</p>

concurso de otros señores, y personas particulaes, que se hallaron en el sequito, y corte de España a la función de las entregas en la frontera, como se contara ⁸⁷⁹.

El resto de oficios, como los de boca, iban servidos por los cargos de la casa del rey ⁸⁸⁰; hecho que también pone de manifiesto la intención de moderación del gasto en la jornada. Aunque en la documentación sobre la casa del rey no figuran los que fueron sirviendo, podemos rastrearlo por quienes servían en ese momento en dicho servicio. Así las cosas, Mateo de San Mateo sirvió como ujier de viandas ⁸⁸¹, José García de Illescas como sumiller de la panadería ⁸⁸², Roque Alcántara de Salazar de sumiller de la cava ⁸⁸³, Juan Antonio Román de sausier ⁸⁸⁴, Juan Bautista de Parade, cocinero de servilleta ⁸⁸⁵, Antonio de Plaza Bracamonte, de cerero mayor ⁸⁸⁶, y Francisco de Torres como tapicero mayor ⁸⁸⁷.

Llegados a este punto, y una vez analizada la formación de la casa que desde la corte de la Monarquía católica se ideaba para la infanta María Teresa, debemos analizar la casa que desde la corte parisina se fijaba para la futura reina de Francia. Con la finalización y firma de la Paz de los Pirineos, la corte de Luis XIV ya estaba preparada para acercarse a la frontera y celebrar el matrimonio. Sin embargo, ante la imposición hispana de retrasarlo hasta abril, el séquito del “Rey Sol” permaneció en el sur de Francia durante el invierno de 1660. Así las cosas, la preocupación del cardenal Mazarino se centró en contener el deseo de Luis XIV de desviarse de su trayecto hacia la frontera sur de su reino e ir a La Rochelle a visitar a Marie Mancini, sobrina del propio Mazarino. Por este motivo, junto con Ana de Austria, permitieron una correspondencia cruzada entre

⁸⁷⁹ L. DEL CASTILLO: *Viage del Rey nuestro señor don Felipe Quarto el Grande a la frontera de Francia...*, Madrid 1667, pp. 60-64.

⁸⁸⁰ *Ibidem*, pp. 52-53.

⁸⁸¹ AGP, Personal, caja 956/13.

⁸⁸² AGP, AG, leg. 628, carpeta de grefieres y Personal, caja 410/24.

⁸⁸³ AGP, Personal, cajas 35/18, 410/24 y 997/7.

⁸⁸⁴ AGP, Personal, caja 2669/15.

⁸⁸⁵ AGP, Personal, caja 790/32.

⁸⁸⁶ AGP, Personal, caja 837/35.

⁸⁸⁷ AGP, AG, legs. 866 y 917. Para todas estas cuestiones, cfr. el Apéndice documental con los servidores de la casa del rey en el tomo II de esta obra (CD Rom).

ambos, pero planificaron que Luis XIV se juntase con Olympe, otra sobrina del cardenal, casada con el conde de Soissons, hecho que impedía que el joven rey contrajese matrimonio en secreto, lo que imposibilitaría la paz⁸⁸⁸. Por consiguiente, la comitiva francesa, que estaba formada por la casa del rey, la de la reina Ana de Austria, la del duque de Anjou, hermano del rey, y la de *Mademoiselle*, hija de Gastón de Orleans, tuvo que desplazarse durante aproximadamente unos 5 meses a la espera del encuentro en abril de 1660. Este tiempo fue aprovechado para conseguir financiación para poder hacer frente a los gastos que ocasionaba el matrimonio y el recibimiento de la futura reina de Francia⁸⁸⁹.

Los preparativos que se llevaron a cabo durante el invierno de 1659-1660 podemos dividirlos en tres grupos principales: la preparación de las estancias para María Teresa en París así como las joyas que se debían enviar a la corte madrileña; en segundo lugar la celebración del matrimonio en sí y qué gente debía estar sirviendo y, en tercer término, la financiación de estos puntos. Así las cosas, el 20 de enero de 1660 se informaba a Colbert sobre las intenciones de Luis XIV y Ana de Austria acerca de lo que faltaba por realizar para la ceremonia del matrimonio y el acondicionamiento de las habitaciones de la futura reina. Dentro de las primeras cuestiones que se organizaron estuvo la confección una nueva carroza de oro y plata (a semejanza de la realizada para el primer caballerizo) para “*les filles de la Nouvelle Reyne*”. De esta forma, se aseveraba que aunque las criadas que traería consigo la infanta María Teresa no tendrían que ir a París, “*il en viendra quelqu’une d’Espagne*” y no era decoroso que no tuviesen una carroza llegar a la corte, incluso cuando sólo podían “*venir de Madrid pour accompagner l’Infante jusqu’a Paris*”⁸⁹⁰.

En cuanto a las habitaciones de la futura reina, se estipulaba que “*il faut avoir en outre deux tapis de pied pour les deux chambres de la nouvelle Reyne lesquelles doivent servir pour mettre sous le lit*”. Seguidamente, se ordenaba la confección de los muebles y camas para las damas de la reina. Dichos muebles se deseaba que fuesen de Milán, por lo que se instaba a Colbert a enviar un correo

⁸⁸⁸ Sobre ello, véase L. WILLIAMS: *Jornadas a los Pirineos...*, *op. cit.*, pp. 139-148; de igual manera, C. DULONG: *Le mariage du Roi-Soleil*, pp. 154-160, así como, J. MAZARINO: *Lettres du Cardinal Mazarino...*, *op. cit.*, pp. 209-211.

⁸⁸⁹ L. WILLIAMS: *Jornadas a los Pirineos...*, *op. cit.*, pp. 141 y 154-158. Se estima, que la comitiva francesa pudo llegar a estar integrada por unas 15.000 personas. Sobre dicha comitiva y su viaje hasta la frontera, H. DELPONT: *Parade pour une Infante. Le périple nuptial de Louis XIV à travers le Midi de la France (1659-1660)*, Bouloc 2007, *passim*.

⁸⁹⁰ ANF, série O1, 1.042/17, ff. 1-2.

extraordinario a Lyon y de ahí a la capital lombarda. La preparación de las futuras estancias de María Teresa se concluía con la impresión de los reyes (Luis XIV y la reina madre Ana de Austria), quienes:

*ne coïent pas qu'on doïent faire un grand et beau lit pour la grand chambre de la Nouvelle Reyne, parce qu'on ce servira d'un de ceux qu'a le Roy en ayant d'assez bons pour cela*⁸⁹¹.

Finalmente, estos preparativos querían concluir con las órdenes para la confección de una corona de oro, muy ligera, que sirviese para la futura reina en la ceremonia del matrimonio. Igualmente, se ordenaba acuñar monedas conmemorativas:

*qu'il faudra faire pour l'occasion de ce mariage, et vous vous informerez si le portrait de la nouvelle Reyne si le portrait de la nouvelle Reyne y doit estre aussi bien que celui du Roy*⁸⁹².

Un mes más tarde, en febrero de 1660, la reina madre Ana de Austria, en vista de que no se habían concluido todos los preparativos que se habían puesto en marcha el mes precedente, ordenaba que:

*qu'il falloît encore acheter un petit chandellier d'argent pour la petite chambre a coucher de la reyne future, et pour moi ie crois qu'il faut encore une paire de chenets d'argent*⁸⁹³.

Seguidamente, se prepararon las joyas que debían enviarse para el matrimonio, siendo recibidas en Fuenterrabía⁸⁹⁴. De igual forma, Mazarino ordenaba que se pasase por el primer gentilhombre de la cámara:

tous les habits, linges et autres choses qui ont esté et seront achetées pour la personne de la Reyne future, et non par celles de Madame de Nauailles qui auoit déjà commencé de la supplie tres humblement de me faire sçavoir si ce n'est pas son

⁸⁹¹ ANF, série O1, 1.042/17, ff. 2, 6 y 7.

⁸⁹² *Ibidem*, ff. 4 y 6. Sobre la acuñación de monedas y medallas conmemorativas, L. WILLIAMS: *Jornadas a los Pirineos...*, *op. cit.*, pp. 156-157. Acerca del uso de estas medallas como medio de persuasión durante el reinado de Luis XIV, P. BURKE: *La fabricación de Luis XIV*, París 2003, pp. 55-72. Para las alegorías en esos tiempos, aunque centradas en la figura del cardenal Mazarino, Y. LOSKOUTOFF: *Rome des Césars, Rome des Papes. Le propagande du cardinal Mazarin*, París 2007, pp. 52-56

⁸⁹³ AMAEP, M. et. D., France, 910, f. 65r.

⁸⁹⁴ En AHN, Estado, leg. 2597, exp. 3, "Memoria de las joyas, y otras alhajas que el Christianissimo Rey de Francia invió a la Christianissima Reyna desde San Juan de Luz a la ciudad de Fuenterrabia el dia jueves 3 de junio de 1660, dia de su feliz desposorio".

*jntention qu'une dame de qualité nomme par M. de Crequi voye tout ce qui sera fait sur ce suiet comm'il seroit a mon auis bien necessaire*⁸⁹⁵.

Meses más tarde, en concreto el 14 de abril de 1660, se informaba desde París que:

*Sy le Roy veut que tout l'equipage pour son mariage soit retiré conservé et rembalé pour le renvoyer à Paris et servir a son entrée Il est tres necessaire d'auoir un logis assez spacieux à Bayonne pour distribuer le tout et le retirer en suite et le faire rembaler*⁸⁹⁶.

De esta forma, se constata que el problema del “equipaje” de la nueva reina y de la comitiva del rey resultaba determinante, puesto que era el *atrezzo* con el que se debía presentar la corte de Luis XIV en el teatro del matrimonio, esto es, en la competición simbólica que se iba a llevar a cabo en que se juntasen las dos comitivas.

Acerca del personal que debía servir a la futura reina de Francia, el cual debía iniciar su servicio desde el momento mismo del matrimonio, el cargo de maestro de la capilla resultaba determinante, puesto que con él se podía controlar el ceremonial religioso de María Teresa⁸⁹⁷. Debemos recordar que el problema de la religiosidad vinculada a la casa de la reina Ana de Austria y la configuración del partido español ultramontano, no era ajeno a la corte francesa. Igualmente, se distribuyó y organizó el alojamiento de los servidores de Luis XIV durante su permanencia en la frontera⁸⁹⁸, al tiempo que se preparó la futura y posterior celebración en San Juan de Luz⁸⁹⁹, decidiendo el cardenal Mazarino que se debía partir de Aviñón hacia la frontera el 27 de marzo⁹⁰⁰.

El tercer punto de los preparativos del matrimonio aludía a los gastos de la jornada y la preparación de la casa de la futura reina María Teresa. Según Williams, la estancia en el sur de Francia durante el invierno de 1660 fue aprovechada por el cardenal Mazarino para reforzar la hacienda regia con 4 puntos principales: pagar

⁸⁹⁵ AMAEP, M. et. D., France, 910, ff. 65r-65v. Esta orden ya se había dado el mes precedente: ANF, série O1, 1.042/17, f. 3.

⁸⁹⁶ AMAEP, M. et D., France, 910, f. 180v.

⁸⁹⁷ *Ibidem*, ff. 183r-184r, en la que se narra una correspondencia, vía intermediarios, entre Mazarino y Colbert.

⁸⁹⁸ *Ibidem*, f. 181r.

⁸⁹⁹ Sobre dichas celebraciones, AMAEP, M. et. D., France, 172, ff. 211r-223r.

⁹⁰⁰ *Ibidem*, 910, f. 184v.

solamente las cuentas urgentes e indispensables; solicitar una nueva ayuda a las ciudades; suprimir los privilegios fiscales que había obtenido la región del Languedoc como consecuencia de la Fronda y, en último lugar, la nueva e inmediata recaudación de impuestos en las zonas que habían sido conquistadas recientemente⁹⁰¹. De esta forma, Mazarino conseguía solventar la difícil situación hacendística de Francia, al tiempo que permitía que la comitiva de Luis XIV dispusiese del dinero necesario para costear los gastos del matrimonio y de las representaciones que se debían realizar en las ceremonias de los días siguientes.

5.2. CONCLUSIÓN. LA JORNADA Y EL MATRIMONIO:

LA FALLIDA CONSTRUCCIÓN DE UN SERVICIO

El matrimonio estaba previsto para el día 25 de abril de 1660. Sin embargo, para esa fecha la comitiva hispana se encontraba en Burgos, que según el itinerario de la jornada era la noche décima de dieciocho que tenía el total del trayecto, esto es, casi a mitad de camino⁹⁰². En dicha situación, se debía llevar a cabo el matrimonio por procuración (finalmente celebrado en Irún), puesto que el cortejo francés ya se encontraba en la frontera⁹⁰³. Con la llegada del cortejo hispano a Fuenterrabía, se puso en marcha todo el ceremonial de ambas comitivas: el combate por la presentación y representación simbólica de la hegemonía se iniciaba nuevamente⁹⁰⁴.

⁹⁰¹ L. WILLIAMS: *Jornadas a los Pirineos...*, *op. cit.*, pp. 157-158. Un estudio más exhaustivo y detallado en C. DULONG: *Le mariage du Roi-Soleil*, pp. 165-181.

⁹⁰² D. SÉRÉ: *La Paix des Pyrénées...*, *op. cit.*, p. 542. El itinerario hasta la frontera era el siguiente (por noches y lugares donde se detenía la comitiva): Madrid, Alcalá, Guadalajara, Hita, Jadraque, Atienza, Berlanga, San Esteban de Gormaz, Aranda, Lerma, Burgos, Briviesca, Miranda de Ebro, Vitoria, Mondragón, Villa Real, Tolosa, Hernani, San Sebastián y ya de allí a Fuenterrabía (AGP, SH, caja 202).

⁹⁰³ C. DULONG: *Le mariage du Roi-Soleil*, pp. 182-183; D. SÉRÉ: *La Paix des Pyrénées...*, *op. cit.*, p. 542 y L. BÉLY: *La Société des Princes*, *op. cit.*, p. 262, donde indica que el matrimonio se llevó a cabo el 3 de junio en Fuenterrabía.

⁹⁰⁴ Séré llega a afirmar que “*l’ordonnance d’une cérémonie publique, en particulier quand plusieurs états y participent, n’a pas une finalité décorative: elle doit exprimer symboliquement les rapports des États et des corps sociaux qui y sont représentés*”, en D. SÉRÉ: *La Paix des Pyrénées...*, *op. cit.*, p. 550. Algunas cuestiones sobre el ceremonial y la paz en ANF, Série K, 1719.

El 3 de junio de 1660 se celebraba, en la iglesia de Fuenterrabía, la ceremonia del matrimonio ⁹⁰⁵. Esta celebración sirvió para que la propia ceremonia fuese utilizada como demarcación de la frontera, concepto borroso y poco preciso en la época ⁹⁰⁶. Así las cosas, a pesar de que las cuestiones sobre las diversas plazas en liza estaban ya determinadas por la paz y las negociaciones posteriores, la ceremonia también servía como frontera y hegemonía, esto es, incluso como exaltación de los límites de las pretensiones hegemónicas de cada monarquía. Esto permite comprender el consiguiente reclamo de parte del séquito de Luis XIV acerca de la pérdida de peso de la Iglesia galicana en detrimento de los usos y costumbres españolas durante la ceremonia del matrimonio ⁹⁰⁷. De esta forma, el 4 de junio de 1660 y los días siguientes, se entrevistaron Felipe IV, María Teresa y Haro con Luis XIV, Ana de Austria y Mazarino en la Isla de los Faisanes. Felipe IV y Luis XIV ratificaron, además, la paz firmada por sus ministros meses atrás ⁹⁰⁸. Tras los actos, los jóvenes monarcas franceses se encaminaron a París, donde fueron recibidos por una ciudad engalanada que les daba la bienvenida ⁹⁰⁹.

Con la entrada triunfal en París, el 26 de agosto de 1660 ⁹¹⁰, se iniciaba una nueva etapa para los monarcas y, sobre todo, para el entorno de la nueva reina

⁹⁰⁵ “*Relation secrete et particuliere, en manuscript, contenant tout ce qui s’est passé dans le voyage du Roy sur les frontieres de France et d’Espagne...*”, en AMAEP, Corr. Pol., Espagne, 39.

⁹⁰⁶ Sobre estas cuestiones, M. RIVERO RODRIGUEZ: *Diplomacia y relaciones exteriores...*, *op. cit.*, pp. 138-140.

⁹⁰⁷ AMAEP, Corr. Pol., Espagne 39, f. 319. Citado también y analizado por D. SÉRÉ: *La Paix des Pyrénées...*, *op. cit.*, pp. 550-552. Sobre el papel del obispo de Fréjus, C. DULONG: *Le mariage du Roi-Soleil*, pp. 183-187. La importancia de dicho eclesiástico se percibe también en la correspondencia que mantuvieron durante los preparativos de la jornada Felipe IV y Luis XIV en AMAEP, M. et. D, Espagne, 64. En el f. 1v, por ejemplo, Luis XIV le informaba a Felipe IV que había ordenado que el obispo fuese su representante en la ceremonia que iba a tener lugar en Burgos (carta desde Aviñón, del 24 de marzo de 1660).

⁹⁰⁸ Fue la única vez que ambos monarcas se vieron en persona (F. COSANDEY e I. POUTRIN: *Monarchies espagnole et française...*, *op. cit.*, p. 519. Igualmente, D. SÉRÉ: *La Paix des Pyrénées...*, *op. cit.*, p. 552).

⁹⁰⁹ BNE, Ms 2387, *Segunda relación más copiosa y verdadera de la entrada de la reina cristianísima en París*.

⁹¹⁰ Para la jornada de vuelta a París y las entradas en los diferentes lugares, L. WILLIAMS: *Jornadas a los Pirineos...*, *op. cit.*, pp. 223-228. Sobre la imagen de María Teresa en la entrada a París, O. CHALINE: *Le règne de Louis XIV*, París 2005, p. 28, que llega a afirmar

María Teresa. Como asevera Bély, “*la constitution de la maison de la mariée était aussi une question importante*”⁹¹¹, en tanto que posible formación de un grupo de poder en torno a una persona regia, como era el caso de la reina. Por consiguiente, con la llegada a París, Luis XIV se dispuso a enviar nuevamente a Castilla a gran parte del servicio de María Teresa con el objetivo de poder ser él quien controlase *l’entourage* de su mujer⁹¹². Clara muestra de esto fue la vuelta de las damas doña María Ronquillo, doña Estefanía de Velasco y de la Cueva⁹¹³, la dama menina doña Francisca Chacón Osorio⁹¹⁴, de doña Francisca Velasco, que era guarda menor de las damas⁹¹⁵, de la dueña de retrete doña Inés Manrique de Bergaño⁹¹⁶, las damas de la cámara doña Isabel Manso, María de Espinosa⁹¹⁷, doña Josefa Duarte⁹¹⁸ y doña Catalina Rico (quien era dama enana)⁹¹⁹ y finalmente doña Josefa Martínez, del retrete de la reina⁹²⁰. Igualmente, el 5 de mayo de 1661 se ordenó el “*Règlement entre la Dame d’Honneur et Surintendante de la maison de la Reine*”, por el cual se controlaban las funciones del círculo femenino en torno a la reina⁹²¹. De

que “*l’heure de gloire de Marie-Thérèse, éclatante et éphémère, est son entrée solennelle à Paris, au côté de son époux, le 26 août 1660 dans ce qui est plus extraordinaire fête baroque jamais connue par la capitale. La suite est décevante. Les tentatives de Marie-Thérèse pour ressembler à Anne d’Autriche ne font qu’accroître les disparités*”.

⁹¹¹ L. BÉLY: *La Société des Princes*, op. cit., p. 210.

⁹¹² Sobre la casa de María Teresa en Francia, véase el tomo II de esta obra (CD Rom) y las referencias que en él se citan.

⁹¹³ Ambas volvieron por el decreto de 19 de julio de 1660, G. MAURA GAMAZO: *Carlos II y su corte: ensayo de reconstrucción biográfica*, Madrid 1911, vol. I, p. 552 y AGP, Personal, caja 2668/42 y caja 2617/19.

⁹¹⁴ Volvía por el mismo decreto del 19 de julio; AGP, Personal, caja 2617/19 y los apéndices de esta obra.

⁹¹⁵ Cfr. apéndice en tomo II de esta obra (CD Rom).

⁹¹⁶ *Ibidem*.

⁹¹⁷ Para las dos, AGP, Personal, cajas 613/9 y 16876/38.

⁹¹⁸ Cfr. apéndice tomo II de esta obra (CD Rom).

⁹¹⁹ AGP, AG, leg. 631, carpeta de enanas y Personal, cajas 878/48 y 887/7.

⁹²⁰ AGP, Personal, caja 635/55. Para todas ellas, es fundamental la referencia a los apéndices en el tomo II de la presente obra (CD Rom).

⁹²¹ ANF, Série K, 1.712, exp. 9.

esta forma, lo que se pretendía evitar era la constitución de un “partido español” a semejanza que el que se había realizado en torno a Ana de Austria⁹²². Evidentemente, sin contar con las posibles diferentes personalidades de ambas reinas⁹²³, la diferencia mayor entre ambos, y que también ayuda a explicar este fracaso en la consecución de un partido español, es el inicio de la supremacía francesa con respecto a la Monarquía hispana. Por otra parte, esta hegemonía francesa también se explica por este mismo fracaso. Es decir, ambos hechos son causa y efecto al mismo tiempo.

En definitiva, se constata que el matrimonio entre Luis XIV y María Teresa nos permite analizar la formación de una casa real desde dos monarquías con intereses diferentes, incluso por momentos contrapuestos. Esto explica que la Monarquía hispana viese en la casa de María Teresa un nuevo intento de crear un centro de poder en la corte versallesca (que se explica siendo conformado por gente de confianza de la corte madrileña, puesto que la mayoría de la casa de la reina francesa provenía de la de la reina Mariana, de la de Felipe IV o eran familiares de servidores de estas casas, a los cuales debían fidelidad), mientras que para dichacorte, este era el objetivo a evitar. En este sentido, la disputa por la hegemonía europea, en sus múltiples vertientes que se han analizado, podemos aseverar que favoreció a la Monarquía francesa.

⁹²² Desde muy pronto existió en la corte francesa la imagen de María Teresa y su entorno como un contrapoder con respecto a Luis XIV, en O. CHALINE: *Le règne de Louis XIV*, ..., *op. cit.*, p. 45.

⁹²³ Sobre la comparativa de las personalidades de ambas reinas, ofreciendo una imagen peyorativa de María Teresa, *Ibidem*, p. 27. Otra imagen de la reina como muestra de la paz entre ambas Monarquías y como devota católica, en Fray J. BUENAVENTURA: *Breue Historia de la vida y virtudes de la muy Augusta y virtuosa princesa Doña María Teresa de Austria, Infanta de España, y reina de Francia*, Madrid 1684, pp. 4-17. En ella, el autor, franciscano y confesor de la reina, da cuenta de las fundaciones religiosas que emprendió la reina María Teresa en París.

CAPÍTULO 5

LOS APOSENTADORES

1. *EL APOSENTAMIENTO DE LA CORTE EN EL REINADO DE FELIPE IV: LA JUNTA DE APOSENTO*

Francisco José Marín Perellón

El aposentamiento es una de las figuras jurídicas vinculadas directamente a la corte, tanto la itinerante hasta 1561 como la estable en la villa de Madrid a partir de ese año. Se trata de una regalía, esto es, un derecho que emana del rey, de origen medieval y raíces romanas, consistente en el alojamiento forzoso del monarca, su familia y su séquito en los lugares en los que la corte se encontraba de paso¹. Así lo reconocían *Las Partidas*, al definir la corte como:

¹ Sobre el aposentamiento regio, véanse M. MOLINA CAMPUZANO: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Madrid 1960, en concreto “Las informaciones facilitadas por el Aposentamiento de Corte”, pp. 123-158 y nuestros trabajos: “Fuentes documentales para la Historia urbana de Madrid en la Edad Moderna”, en *Actas del Congreso de Fuentes documentales para la historia de Madrid*, Madrid 1990, pp. 175-181; “La Planimetría General de Madrid y la Regalía de Aposento”, en *La Planimetría General de Madrid*, Madrid 1989, pp. 81-111 [publicado también en A. LÓPEZ GÓMEZ, C. CAMARERO BULLÓN y F. J. MARÍN PERELLÓN: *Estudios sobre la Planimetría General de Madrid*, Madrid 1989], y “Planimetría general de Madrid y visita general de casas, 1750-1751”, *Catastro* 39 (julio de 2000), pp. 87-114. También ofrecen información al respecto J. A. MARTÍNEZ BARA: *Licencias de exención de aposento en el Madrid de Felipe II*, Madrid 1962, continuado por A. OLIVER *et alii*: *Licencias de exención de aposento en el Madrid de los Austrias (1600-1625)*, Madrid 1982 y *Licencias de exención de aposento en el Madrid de los Austrias (1625-1700)*, Madrid 1982; J. DEL CORRAL: *Las composiciones de aposento y las casas a la malicia*, Madrid 1982, y los trabajos de F. NEGREDO DEL CERRO: “La propiedad inmobiliaria en el Madrid moderno. Nuevos enfoques sobre viejos presupuestos (1597-1770)”, *Torre de los Lujanes* 21 (3er. trimestre 1992), pp. 105-118; *El Madrid de Felipe IV. Perfil inmobiliario y urbanístico de una ciudad barroca*, Madrid (original del autor) 1995; “El Madrid de Velázquez: mercado y propiedad inmobiliaria entre 1623 y 1650”, *Madrid. Revista de Arte, Geografía e Historia* 2 (1999), pp. 15-56, y “Servir al rey en Madrid: la actuación de don Diego de Corral en el Aposento de Corte”, *Madrid. Revista de Arte, Geografía e Historia* 5 (2002), pp. 69-89.

el lugar donde está el rey y sus vasallos y sus oficiales con él, y los otros del reino que se llegan allá o por honra de él, o por alcanzar derecho, o por hacer recaudar las cosas que han de ver con él².

Pese a que los tratadistas José Bermúdez³ y Andrés Díez Navarro⁴ remitan al origen romano de ese derecho y a lo inmemorial de su aplicación, lo cierto es que la formalización de la regalía de aposento se debió a Alfonso XI, empeñado en reforzar el poder y las competencias de la corona frente a nobles, ciudades y órdenes militares en la Castilla del siglo XIV. Hasta entonces, la carga de “hospedar al rey” se cifraba en un confuso repertorio de medidas supervisadas por oficiales reales tendentes a garantizar el acomodo de la corte, tales como los yantares –o suministro de vituallas para la mesa regia–, la saca de ropas –entrega de lienzo para las camas– y el propio aposentamiento, que consistía en la búsqueda de “posada” o habitación para los integrantes de la corte itinerante. Lo que ocurre es que la consolidación del poder real, con su correspondiente aumento de cortesanos y trabajadores de la administración levantó no pocas quejas de los lugares afectados⁵. La normalización de la regalía en 1341⁶ pretendía, seguro, sistematizar aquellas

² Capítulo I.

³ *Regalía de aposentamiento de corte. Su origen y progreso. Leyes, Ordenanzas y Reales Decretos para su cobranza y distribución, que dedica al rey, nuestro Señor, don [...], del Consejo de su Magestad y Alcalde de la real casa y corte*, Madrid 1738.

⁴ *Alegación fiscal por el derecho y regalías de la del real aposento de corte; escrita por el licenciado don [...], del Consejo de su Magestad, Fiscal de la Real Junta de Aposento y honorario de la Sala de Señores Alcaldes de su casa y corte*, [Madrid]: [s.i.], [ca. 1740-1741].

⁵ Después de esta primera normalización, las molestias se perciben en la reiteración con que las ciudades de voto en Cortes piden a los monarcas Trastámara la limitación de tales exacciones a lo imprescindible.

⁶ No hemos hallado tal texto, pero su articulado se contiene en las distintas disposiciones dadas por los reyes a lo largo del siglo XV, entre 1371 y 1499 (Véase F. J. MARÍN PERELLÓN: *Propiedad y morfología urbana en el Madrid del Antiguo Régimen, 1561-1750*, Madrid 2004, Apéndice 1, “Legislación sobre Regalía de aposento”, 1 a 8). Para posteriores disposiciones sobre el Aposentamiento, se pueden ver, por ejemplo, las ordenanzas dadas por Fernando V y la reina Juana para el aposentamiento de corte, 1515, julio, 20, Burgos (AVM, Secretaría), publicadas por T. DOMINGO PALACIOS: *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid, interpretados y coleccionados por D. [...], archivero que fue del excelentísimo Ayuntamiento, publicados por orden y a expensas de la Corporación municipal*, Madrid 1888, vol. IV, pp. 187-194; *Recopilación de las Leyes de España*, Lib. III, tít. XIV, extractados los epígrafes 1 y 2 como ley 9, y el epígrafe 3 como ley 13, y *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, lib. III, tít. XIV, extractados los epígrafes 1 y 2 como ley V, pp. 116-117 y el epígrafe 3 como ley IX, p. 118.

prácticas y derechos, pero también dotar a la corte itinerante de los medios para que ejerciera su cometido con eficiencia, excluyendo de paso a los nobles y eclesiásticos que, con la excusa de su pertenencia a la corte, se aprovechaban de la regalía en las ciudades de realengo sin estar en ellas la corte⁷.

A partir de esa primera formulación, la regalía se fue constituyendo a golpe de práctica y al dictado de sucesivas disposiciones. Los aposentadores, los de corte y de caminos y los alcaldes y alguaciles de corte, fueron imponiendo la costumbre de examinar y valorar el número y capacidad de los alojamientos susceptibles de acomodar a los integrantes del séquito real, una vez cuantificadas las necesidades de ropa y yantares o su equivalente en dinero. Las molestias causadas a las ciudades que servían de asiento de la corte (Juan II, por ejemplo, tuvo que claudicar ante varias peticiones del reino en las Cortes de Madrid de 1435, disponiendo que, en lo sucesivo, no se hospedara en casas, bodegas ni graneros⁸) eran, por lo demás, proporcionales al tiempo de estancia, situación que llevó a que las exacciones monetarias provocadas por estos motivos se realizasen en cada ciudad solo una vez al año; complementariamente, cuando la estancia se dilataba y había que conseguir nuevos medios materiales, se convenía con los concejos el reparto de los cupos exigidos entre los distintos lugares de su tierra. Se daba, por último, el hecho frecuente de que, por privilegio del rey, quedaran exentas las casas de determinados servidores reales, que les dejaban al margen de los repartimientos y de posada⁹, en el caso que la corte se radicara en la ciudad en la que el servidor real tuviera sus casas.

⁷ Aún en 1425, Juan II debía dictar cédula para que esas prácticas cesasen. Véase: Ley por la que se prohíbe a prelados y caballeros tomar posada, ropa u otra cosa alguna en los lugares de realengo sin licencia real. 1425, Palenzuela (*Novísima Recopilación*, lib. III, tít. XIV, ley VIII, p. 117).

⁸ Prohibición de aposentar en casas bodegas y graneros y de hospedar a oficiales y menestrales en las casas de sus semejantes. 1435, Cortes de Madrid, peticiones 20 y 21 (*Novísima Recopilación*, lib. III, tít. XIV, ley II, p. 116).

⁹ Por ejemplo, la provisión de Isabel I, concediendo exención de aposento a las casas que su cirujano, el maestre Andrés de Paredes, poseía en la villa de Madrid, dada en Valladolid en 1 de junio de 1476, refería que “por algunos servicios que me [h]avedes fecho e faséis cada día, mi merced e voluntad es que, de aquí adelante, en las casas que vos tenedes e morades en la villa de Madrid sean esentas e francas de todo aposentamiento e que no posen en ella persona ni personas algunas de qualquier estado, condición, preeminencia o dignidad que sean, aunque estemos en la dicha villa el rey, mi Señor, e Yo, o la ilustre princesa, nuestra fija, e los del nuestro Consejo y oidores de la Nuestra Audiencia e Chancellería, e otros qualesquier caballeros e grandes de los nuestros reinos e señoríos. E mando a los aposentadores del rey, mi Señor, e míos, que agora son o serán, de aquí adelante, y a otros qualesquier aposentadores que

1.1. LA JUNTA DE APOSENTADORES ENTRE 1606 Y 1621

El asentamiento de la corte en Madrid en 1561 comportó un cambio radical en la organización y actuaciones de la regalía de aposento. La transformación vino marcada, obviamente, porque aquellas exacciones que hasta 1561 eran temporales, debido a la estacionalidad de la corte, se convirtieron de un plumazo en la imposición permanente de una institución propia, con un ámbito de aplicación exclusivo al casco de la villa y unos oficiales reales encargados de aplicar y repartir el aposentamiento. Al margen de que se convirtieran o no estos aposentadores en junta¹⁰, se aprecia una especialización y separación de las funciones que debían acometer, al distinguirse los aposentadores de corte, encargados de “repartir posada” en los lugares de asiento de aquella, y los aposentadores de camino, a quienes se encomendaban las tareas de preparar posada, avituallamiento y bastimentos cuando la corte se encontraba de paso¹¹. A esa transformación ha de añadirse, además, el número de quienes conformaban esa corte, que venía dispuesto en las denominadas *Nóminas de la corte*: la relación de todos los empleados en las casas del rey y de la reina e instituciones públicas, por antigüedad, cargo y estimación de sus emolumentos.

sean, de cualesquier caballeros e grandes de los dichos mis reinos, que no echen en las dichas vuestras casas huéspedes ni huéspedes ningunos, nin saquen, ni consientan sacar de [e]llas ropa, ni paja, ni leña, ni aves, ni otro qualquier cosa contra vuestra voluntad” [AVM, Secretaría, Libro horadado, ff. 74r-v; cfr. A. MILLARES CARLO: “Índices y extractos de los libros de Cédulas y Provisiones (Siglos XV-XVI) del Archivo de Villa de Madrid”, en A. MILLARES CARLO: *Contribuciones documentales a la Historia de Madrid*, Madrid 1971, pp. 93-180, n° 13, p. 18 y transcripción en M^a del C. CAYETANO MARTÍN: *Documentos del Archivo de Villa. Reyes Católicos*, I: (1475-1479), Madrid 1992, n° 11, pp. 59-61]. Véase, en *Ibidem*, el privilegio de exención concedido a Fernando, “contador”, en 7 de junio de 1481 (n° 58, p. 28). Un repaso por los archivos municipales ilustraría la generalidad de esta práctica para buen número de oficiales reales con casa en las ciudades y villas de Castilla.

¹⁰ No hemos encontrado disposición alguna que la constituya como tal, como tampoco de su funcionamiento. Lo único cierto es que su mención como Junta de aposentadores solo se constata a partir de 1600.

¹¹ S. DE COVARRUBIAS Y OROZCO: *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición de M. de Riquer, Barcelona 1998 (facsimil de la edición de Barcelona 1943), p. 134, recoge las diferentes atribuciones de cada oficio en la voz aposentar: “los que tienen oficio de aposentar llamamos aposentadores, y aposentador mayor al que es sobre todos. [H]ay aposentadores de corte, y aposentadores de camino y aposentadores del ejército que, en el real, reparten los sitios”.

Un buen ejemplo de la importancia del aposentamiento regio lo constituye el regreso de la corte a Madrid desde Valladolid a comienzos de 1606. El 23 de febrero de ese año, Francisco Gómez de Sandoval enviaba carta con la posta a Gaspar de Bullón, aposentador mayor. El duque acompañaba a Felipe III, a la reina y a la infanta María en lo que constituía el retorno definitivo de la corte a Madrid; desde Villacastín, instaba con premura a Bullón para que este ultimara la entrada de los monarcas en la villa del Manzanares:

Tengo dos cartas de vuestra Merced a que responderé en ésta y, por no hauer dado hasta a[h]ora las listas de la casa de su Majestad, no [h]a ido antes este correo; a[h]ora van de las personas *que* vienen sirviendo a sus Magestades. Vuestra Merced vea, luego, como se [h]an de aposentar y embíeme relación de [e]llo para mostrarlo a su Majestad, porque lo quiere ver antes de entrar en Madrid y, assí, es neçesario *que* venga a tiempo que pueda estar allá la respuesta, antes que su Majestad llegue [...] ¹².

La urgencia estaba más que justificada: solo un día antes, Felipe III había ordenado al propio Bullón hacer el aposentamiento de la corte en Madrid ¹³, aunque ya el duque hubiera ordenado al aposentador mayor distintas providencias al respecto desde el 6 de enero de ese mismo año. Esa orden de febrero de 1606 no admitía demoras, pues urgía resolver el aposentamiento del licenciado Silva de Torres, el de los dependientes de la caballeriza, los de Rodrigo del Águila y el inquisidor general, el del marqués de Almenara y el del propio Gaspar de Bullón, toda vez que no quedaban lo suficientemente detallados en las *Nóminas de la corte*, el principal instrumento para determinar a quién y cómo se aposentaba; añádase además que todo esto ocurría a pocas semanas de la entrada del rey en Madrid.

Los aposentadores eran, pues, los encargados de proporcionar posada a los distintos miembros de la corte, a cada uno según su capacidad, preeminencia y cargo, siguiendo siempre escrupulosamente lo dispuesto en las ya citadas *Nóminas de la corte*. Sabemos de su organización como Junta de aposentadores a las órdenes del aposentador mayor, al menos desde 1600, cuando la corte se trasladó a Valladolid. Entre 1606 y 1621, la junta tenía como principal cometido el

¹² “Orden de Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, en nombre de Felipe III, a Gaspar de Bullón, aposentador mayor, para que se provea casa de aposento en las condiciones referidas a las personas insertas, y otras providencias relativas al traslado de la corte a Madrid”, 1606, febrero, 23, Villacastín. Original, 2 hh. en fº, sobre papel (AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, leg. 121/10).

¹³ A. ALVAR EZQUERRA: *Los traslados de corte de 1601 y 1606*, Madrid 2006, pp. 170-171.

apósito de la corte: se trataba, ante todo, de proveer residencia al numeroso grupo de cortesanos. Otra cosa es que el trabajo fuera sencillo: en realidad, la villa no disponía del número de casas suficientes con la capacidad idónea para acomodar a esa extensa nómina en los términos que se requerían. Las razones eran múltiples: por una parte, la deplorable situación de las llamadas “casas materiales”, que eran las que sí permitían su partición, esto es, la división de su espacio construido a medias entre el dueño y el huésped; por otra, habían surgido las denominadas “casas a la malicia”, que eran aquellas construidas por sus dueños a sabiendas de que no permitían el alojamiento de un huésped real; por último, la amplia y dañina discrecionalidad practicada por la corte a la hora de asignar casa de aposento aún entre quienes carecían de derecho a él.

1.1.1. *Las “casas materiales”*

Desde su origen, la cesión de la mitad del espacio construido para el hospedaje de un servidor real constituía la verdadera carga del aposentamiento regio. Como quiera que el establecimiento de la corte en Madrid a partir de 1561 supuso la exacción continua de ese derecho desde su primitivo carácter temporal, los aposentadores debieron aplicarlo mediante un reconocimiento previo y general de la ciudad. Con lo que no contaban era que las casas se encontraran siempre en el estado adecuado para permitirlo: en la mayoría de los casos se trataba de inmuebles situados en el tejido urbano más antiguo de la ciudad, con deficiencias en su fábrica y problemas en su mantenimiento. Ante una exacción tan gravosa, los dueños, obviamente, evitaron la ejecución de obras que consolidasen y garantizaran la estructura de sus fábricas. En el terreno opuesto, los hospedados se quejaban constantemente ante lo ruinoso de las posadas adjudicadas por los aposentadores, iniciando prácticas ilícitas como convenirse con los dueños para realquilarles a ellos mismos la parte de aposento señalado o arrendarlos a terceros para buscar por su cuenta residencia.

Para remediar este y otros males, se arbitró la figura de la licencia de exención de aposento. Su temprano origen (1576) se relacionaba con las distintas medidas promovidas para mejorar “el ornato de la corte y la extensión del aposento”. La exención temporal del aposentamiento era una medida de carácter excepcional, que permitía al propietario la renovación de su fábrica. Para ello, el solicitante presentaba un pedimiento en la Cámara de Castilla, institución garante de las regalías y prerrogativas del monarca, en el que exponía la situación topográfica de su inmueble, su pretensión de reedificarlo en todo o en parte y el periodo de exención solicitado. La cámara pedía informe a los aposentadores, quienes tras visitar la casa en cuestión, valoraban su estado, medían la parcela y proponían el tiempo

de disfrute de la exención. Visto el informe de nuevo por la cámara, emitían dictamen definitivo que se elevaba a la consideración del rey, quien concedía, moderaba o denegaba finalmente la solicitud en los términos propuestos. Entre 1576 y 1621, el número de las distintas licencias de exención fue aumentando progresivamente, a la par que los contenidos de las mismas¹⁴. Al principio se limitaron a aplicarse para eximir el capítulo más gravoso del aposentamiento regio, las “casas materiales”, pero al tiempo que surgieron las “casas a la malicia” y otras situaciones contributivas, se generalizaron para todas las casas de la ciudad. El papel de la Junta de aposentadores, primero, y de la Junta de aposento, después, consistió en realizar los correspondientes reconocimientos de las solicitudes presentadas ante la Cámara, elevando los informes preceptivos de cada una de ellas.

1.1.2. *Las “casas a la malicia”*

Cuando se estableció la corte en Madrid en 1606, se puso manos a la obra para resolver la contribución de estas casas, toda vez que los distintos gravámenes fijados en las cédulas dadas por Felipe II a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI no aclaraban su situación contributiva¹⁵. Felipe III sancionó una primera cédula, dada el 25 de junio de ese mismo año¹⁶, un tanto imprecisa, a la que seguía otra, de 27 de julio¹⁷, en la que se determinaba claramente que se las imponía de

¹⁴ AHN, Consejos, legs. 4423-4470. Su extracto fue publicado por J. A. MARTÍNEZ BARA: *Licencias de exención...*, *op. cit.*, y por A. OLIVER *et alii*: *Licencias de exención...* (1600-1625), *op. cit.*, y *Licencias de exención...* (1625-1700), *op. cit.*

¹⁵ A saber, “Real cédula de Felipe II por la que se ofrece exención temporal de huéspedes de aposento durante 15 años a los propietarios que edificaran nuevas casas o aumentasen de extensión las ya construidas. 1565, marzo, 26, Madrid” (contenida en A. Díez NAVARRO: *Alegación fiscal...*, *op. cit.*, ff. 23r-25v); “Real cédula de Felipe II por la que se ofrece una nueva exención temporal de huéspedes de aposento durante ocho años a los propietarios que edificaran nuevas casas o aumentasen de extensión las ya construidas y disposiciones sobre casas a la malicia y consignaciones de aposento. 1584, febrero, 1, Madrid” (*Ibidem*, ff. 26r-30v), y “Real cédula de Felipe II por la que se obliga a los propietarios de casas a la malicia, así como a los que en lo sucesivo edificaran inmuebles, a construir según las normas vigentes de la real cédula de 26 de marzo de 1565. 1588, marzo, 29, Madrid” (*Ibidem*, ff. 31r-32r).

¹⁶ “Real cédula de Felipe III por la que se obliga a los propietarios de casas a la malicia a contribuir con la tercera parte de los alquileres anuales que pudieran producir o se repartan de la mejor forma posible. 1606, junio, 25, Madrid” (*Ibidem*, f. 33r-v).

¹⁷ “Real cédula de Felipe III por la que se obliga a los propietarios de casas a la malicia a contribuir con la tercera parte de los alquileres anuales que pudieran producir. 1606, julio, 27, San Lorenzo de El Escorial” (*Ibidem*, ff. 33v-34r).

contribución la tercera parte de lo que produjeran anualmente sus alquileres. Quedaba aún por precisar el procedimiento a seguir para la valoración de ese alquiler, optando por el buen hacer o el reconocimiento de aposentadores, regidores y alcaldes de casa y corte. Sin embargo, este reconocimiento tardaría algún tiempo en acometerse, toda vez que la villa debía satisfacer una promesa ofrecida al monarca por el regreso de la corte: la entrega de la sexta parte de todos los alquileres que pudieran producir sus casas a lo largo de 6 años. Rey y duque dieron las disposiciones para su inmediato cumplimiento: una real cédula de 29 de enero de 1607¹⁸ ordenaba que para la valoración de esa sexta parte de los alquileres se utilizasen los procedimientos al uso en la valoración de las casas a la malicia, encomendando su cometido a la Junta de aposentadores. Otra cosa es que se viera la imposibilidad de acometerlo: de un lado, se ignoraba cuánto podrían contribuir los alquileres de todas las casas de la ciudad, pues se carecían de los instrumentos precisos para valorar esa cantidad —léase visita general de casas—; de otro, que ese impuesto recaería sobre todas las casas de Madrid, ya gravadas con el aposentamiento regio¹⁹. La realidad era que los dueños de las casas no podían asumir mayores gravámenes. La única posibilidad era separar el aposentamiento regio de cualquier otra detracción que pudiera realizarse para el pago de la sexta parte de los alquileres de las casas de la villa.

El último intento de sacar de las casas la prometida sexta parte de sus alquileres durante 6 años se produjo a lo largo de la primavera de 1610. Su cometido, encomendado a Pedro Messía de Tovar, chocó con la abierta oposición de la mayoría de propietarios y vecinos, a la voz común de que “la villa no podía haber prometido nada sin su consentimiento”. Una consulta a Baltasar Gilimón de la Mota, fiscal del Consejo de Hacienda, ponía de relieve la magnitud del problema: aunque nadie cuestionaba el derecho que asistía al monarca a su cobro, era preferible recurrir a otros medios. Sumiso el rey a los dictados de su fiscal, acabó por claudicar: Felipe III concedió privilegio a la villa de Madrid para

¹⁸ “Real cédula de Felipe III por la que encomienda la tasa de los alquileres de las casas de Madrid para el pago de la sexta parte de los alquileres con que la ciudad ofreció al rey a un alcalde de casa y corte, el aposentador del libro y un regidor de la villa, y tribunal designado en caso de agravios por los propietarios de las mismas, 1607, enero, 29, Madrid” (*Leyes de la Nueva Recopilación*, tít. XV, ep. IV, p. 173).

¹⁹ Recordemos que las composiciones afrontadas bajo Felipe II entre 1588 y 1593 eximían a perpetuidad las casas así privilegiadas. Después de que sus respectivos propietarios hubieran afrontado elevados servicios monetarios para su exención, era difícil que convinieran de grado una nueva imposición sobre el producto de sus alquileres. Igual ocurría con quienes debían ceder la mitad del espacio edificado de cada casa para hospedaje de un servidor real.

que la sexta parte de los alquileres que se le habían prometido en caso de regresar la corte se sustituyeran por 250.000 ducados:

teniendo consideración a los muchos y particulares servicios que [la villa de Madrid] me ha hecho y continuamente hace, y, por excusar las molestias, costas y vexaciones que, de cobrarse la dicha sexta parte, se habían de seguir a los vecinos de ella...

Facultaba al corregidor y 6 comisarios, nombrados por Madrid, para afrontar el pago requerido mediante reparto entre todos los vecinos a fin de evitar “que no releven a los ricos y carguen a los pobres”²⁰. Una nueva disposición, dada en Lerma en 8 de mayo de 1610²¹, concedía a la villa plenos poderes para realizar lo que fuera oportuno para procurar la cantidad prometida²². En adelante, los problemas derivados de la contribución de las casas a la malicia, denominadas desde entonces de “tercia o tercera parte”, correrían por otros derroteros.

De entrada, debía reconocerse su situación mediante una visita general de casas de tercia parte que aclarara los procedimientos para su valoración, acompañada de una normativa que dirimiera las posibles reclamaciones. En segundo lugar, ante la difícil situación del aposentamiento, debían plantearse de nuevo exenciones temporales y perpetuas para animar a sus dueños a construir “según premática”. El resultado no fue otro que la reanudación de los procedimientos para la composición de inmuebles, similares a los ya utilizados en las exenciones perpetuas bajo Felipe II.

El 11 de marzo de 1608²³ el rey concedía faculta nuevas exenciones temporales por un plazo de 15 años a quienes se animaran a reedificar, de nueva planta,

²⁰ AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, leg. 79/42, citado por F. NEGREDO DEL CERRO: *El Madrid de Felipe IV...*, *op. cit.*, p. 55, n. 16.

²¹ “Real cédula de Felipe III por la que se concede privilegio a la villa de Madrid en materia de arrendamientos de sus casas y tasa y retasa de sus alquileres para la exacción de los 250.000 ducados prometidos por la villa, 1610, mayo, 8, Lerma” (*Novísima Recopilación*, Lib. III, Tít. XIV, Ley XXIV, pp. 122-124).

²² A lo que no se renunció fue a su exacción por otras vías. La villa, ante el poco halagüeño recurso del reparto entre el vecindario, optó por solicitar al rey la imposición de una sisa, lo que lograría de inmediato (C. DE LA HOZ: “El sistema fiscal de Madrid en el Antiguo Régimen: las sisas”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 25 (1988), pp. 371-386, especialmente pp. 373 y 379).

²³ “Real cédula de Felipe III por la que se ofrece exención temporal de huéspedes de aposento durante quince años a los propietarios de casas a la malicia que edificaran nuevas casas o aumentasen de extensión las ya construidas 1608, marzo, 11, Aranjuez” (A. Díez NAVARRO: *Alegación fiscal...*, *op. cit.*, ff. 34v-35r).

los inmuebles conceptuados como de malicia. Claro que, durante ese plazo, debían contribuir al aposentamiento con el canon de la tercera parte del producto anual de sus alquileres. Una disposición posterior, de 15 de febrero de 1610²⁴, establecía los procedimientos de una retasa, iniciándose una visita general de casas de tercia parte. En ella se registraba la ubicación y nombre de sus propietarios, junto a la tasa y la retasa si el dueño protestaba de su valoración. Para motivar la construcción de nueva planta, esta cédula buscó –mediante una nueva disposición de 24 de julio²⁵–, la manera de eximirse de nuevas retasas, valiéndose de la fórmula de la composición de las casas. En esencia, ésta no difería mucho de las exenciones perpetuas ya expuestas: los propietarios que deseaban eximirse de la carga de aposento acudían al comisionado facultado por el rey, en este caso Pedro Messía de Tovar, del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda, exponiendo lugar, medidas, lindes y parroquia de la casa a construir. Este, mediante el dictamen de alarifes, valuaba el canon anual que debía satisfacerse para la contribución monetaria del gravamen de aposento, calculado, generalmente, a partir de la tasa que tal inmueble hubiera recibido hasta entonces como carga de aposento. Se convenía un servicio monetario, proporcional a la tasa ya existente, el cual podía ser abonado de una sola vez o en plazos, o mediante la imposición de un censo consignativo con un principal equivalente al valor del servicio requerido. Las casas así eximidas, perpetuamente, de futuros huéspedes de aposento quedaban en adelante con ese gravamen monetario. En ocasiones, si lo convenían los propietarios y el comisionado real, podían eximirse también de la propia carga monetaria, mediante el incremento sustancial del servicio propuesto. Tales casas, con privilegio de exención, pasaban a denominarse “compuestas”²⁶. Las ventajas para el aposentamiento eran múltiples: tales casas quedaban exentas del huésped de aposento,

²⁴ “Real cédula de Felipe III por la que se manda la retasa de las casas de malicia y procedimientos a seguir en caso de agravios en la misma 1610, febrero, 15, Madrid” (AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, lib. 94, f. 1r-v).

²⁵ “Real cédula de Felipe III por la que se compete a Pedro Messía de Tovar, del Consejo de Hacienda y Contaduría Mayor, a concertar con los propietarios de casas privilegiadas, tanto perpetuas como temporales, la aplicación de tales exenciones y su pago, así como asegurar la perpetuidad de las mismas 1610, julio, 24, Aranda de Duero” (A. DIEZ NAVARRO: *Alegación fiscal...*, *op. cit.*, ff. 35v-36v).

²⁶ Es indicativo que el *Diccionario de la RAE*, Madrid 1984, vol. I, pp. 348-349, recoja, como una de las acepciones del vocablo composición, el relativo a composición de aposento o composición de casa, entendido como el “servicio que hacía al rey cualquier dueño de casa en Madrid para libertarla de huésped de aposento, ya pagando la cantidad que se ajustaba, ya cargando sobre ella alguna pensión anual”.

mejorando, mediante su reedificación, la traza general de la ciudad y, gracias al abono de un canon monetario y del servicio exigido, aumentaban los recursos destinados a garantizar aposento a los servidores del rey. Los beneficios de la composición fueron rápidamente advertidos por los dueños de gran número de casas, percibiéndose un crecimiento singular de casas reedificadas mediante esta fórmula. Así, a la comisión de Pedro Messía de Tovar seguirán la prevista para la obra de la plaza Mayor entre 1618 y 1619, la de Diego del Corral y Arellano entre 1622 y 1627, la de la obra de la capilla de San Isidro a partir de 1656 y un largo etcétera. De todas ellas destaca las de Pedro Messía²⁷ y la de Diego del Corral, cada una con cientos de composiciones respectivamente, lo que comportó una singular renovación de las casas de la ciudad²⁸.

1.1.3. *La discrecionalidad del aposentamiento*

La práctica de “dar aposento” a los servidores del rey se aplicaba, en teoría, a quienes tenían el derecho al aposento por gozar del privilegio de “servir al rey”. Los criados y ministros del monarca debían constar en las *Nóminas de la corte*, ya como numerarios o como supernumerarios, y a cada uno de ellos le correspondía el inmueble adecuado a su preeminencia o cargo. A partir de 1608, como ya hemos dicho, el surgimiento de las “casas a la malicia” y su conversión contributiva en casas de tercia parte –pues contribuían anualmente con la estimación de la tercera parte que pudieran producir sus alquileres anualmente–, supuso que a determinados huéspedes de aposento se les entregaba no ya la casa para su residencia, sino su equivalente en dinero: nacía así la libranza de aposento, que crecería de forma imparable al reducirse paulatinamente las casas materiales al tiempo que se eximían de forma temporal o perpetua. La libranza consistía en un mandamiento extendido por parte de los aposentadores a favor del huésped, con la mención de la cantidad que le correspondía para su aposentamiento consignada sobre

²⁷ El AGS los recibió como segunda serie de privilegios de exención. Al igual que la primera serie, se conservan en EMR, exenciones de aposento, 2ª serie, legs. 9 a 27 (A. PLAZA BORES: *Guía del Investigador. Archivo General de Simancas*, Madrid 1986 (3ª. ed.), pp. 241-243). Estos legajos carecen de ordenación, aunque se elaboró un inventario para su consulta, dispuesto por orden alfabético de los nombres de los peticionarios. Este es el inventario n.º. 70, “Índice, por orden alfabético de nombres, de las exenciones de las casas de aposento de Madrid”, realizado por Claudio Pérez Gredilla a principios del siglo XIX.

²⁸ El recuento realizado por José DEL CORRAL de las compuestas por comisión de Diego del Corral y Arellano (*Las composiciones de aposento...*, *op. cit.*, p. 14) arroja una estimación de 1.071 nuevas composiciones en solo 8 años.

el propietario de una casa, quien debía hacerla efectiva semestralmente por San Juan y Navidad.

La normalidad del tributo de aposentamiento se alteraba cuando el rey o sus ministros concedían casas de aposento o su equivalente en dinero, las libranzas, a quienes no tenían derecho al aposentamiento regio o, también cuando, por motivos concretos, se les concedían casas o dinero superiores a su calidad o preeminencia. Se daban casas accesorias, esto es, inmuebles más pequeños, para hospedar a los criados de los nobles o servidores reales que lo solicitaban, cocheras y caballerizas para guardar carruajes y cabalgaduras, libranzas para aposento a viudas y huérfanos de criados del rey fallecidos en el ejercicio de su cargo, a entretenidos, esto es, quienes trabajaban sin sueldo en cualquiera de las instituciones de la corte e incluso gajes sobre libranzas de aposento, que eran los complementos de sueldo con los que la corte redondeaba el salario de los criados y servidores a quienes se encomendaban otros servicios. La amplia liberalidad con la que el rey concedía todas estas detracciones, relacionada con el papel protector del monarca para con sus criados, se agudizaba en no pocas ocasiones con la favorable intermediación de determinados cargos palatinos para con sus propios criados, haciéndoles partícipes del convite.

Liberalidad y discrecionalidad se observan, por ejemplo, en una selección de las órdenes dadas en el primer semestre de 1606 por Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, a Gaspar de Bullón, aposentador mayor. El 9 de enero le encomienda que la casa asignada a Diego Brochero, a la sazón en Lisboa, se le reserve durante su estancia en aquella corte²⁹, algo expresamente prohibido en la normativa del aposentamiento; en 11, que una casa accesoria que se le había consignado al conde de Niebla, ocupada por merced real a la muerte de su anterior huésped, Juan Ruiz de Velasco, se le asigne a Jerónimo de Medinilla, de quien ni siquiera se nombra su cargo³⁰; en 10 de febrero, que se le reserve la casa accesoria a la marquesa de Villanueva, inmediata a su casa principal de aposento, pese a las reiteradas disposiciones contrarias dadas al efecto ya por Felipe II³¹; en 19 de febrero, orden general del duque autorizando a todos los consignatarios de casas de aposento para que, no ocupándolas, las puedan alquilar a quienes les plazca³²; el mismo día, concesión de casa de aposento al marqués de la Bañeza, con merced

²⁹ AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, leg. 121/3.

³⁰ *Ibidem*, leg. 121/5.

³¹ *Ibidem*, leg. 121/8.

³² *Ibidem*, leg. 121/7.

que la pueda trocar con las señaladas al duque de Alburquerque³³, en 18 de marzo, por último, que se le mejore la casa de aposento a Pedro Fajaraba³⁴. La liberalidad regia, entendida *sui generis* por el duque, se plasmaba en una constante arbitrariedad en todo lo relativo al aposentamiento. Todas estas prácticas, iniciadas y ampliadas por Lerma, hicieron de la costumbre ley.

1.1.4. *El funcionamiento de la junta hasta 1621*

Con todos estos antecedentes, los aposentadores administraron el aposentamiento regio, tanto para acomodar a los servidores del rey en las casas materiales repartidas por la ciudad como en asignar el dinero suficiente a quienes carecían de ella mediante las libranzas para su mantenimiento. Cuando un servidor del rey recibía el nombramiento que le habilitaba para el ejercicio de su cargo, se enviaba real orden o decreto a la Junta de aposentadores para que se le concediera el aposentamiento que le correspondía, ya en una casa material, ya por consignación en una partida de dinero procedente de las casas de tercia parte. Estos decretos se conservan en su totalidad ordenados cronológicamente, en ocasiones unidos a los dictámenes con los que los propios aposentadores cumplían tales disposiciones³⁵. Como órgano consultivo constituido, emitía los dictámenes a petición de la Cámara de Castilla cuando los dueños de las casas pedían licencias de exención, pero también todas aquellas cuestiones que los servidores del monarca poseían el derecho de aposento, por su inclusión en la *Nómina de la corte*, solicitudes de casas principales y accesorias, permisos para alquilar las casas concedidas, para trocar tales casas con otros servidores, para que se perpetuara tal derecho a favor de sus descendientes... Por último, la junta era también la competente en todo lo relativo a visita de casas de tercia parte, establecidas –como ya se ha dicho– para evaluar el canon impositivo con que debían contribuir al aposentamiento regio, así como también los procedimientos a seguir en caso de agravio de propietarios ante la exacción impuesta y evaluar y solventar tales recursos, ante los que cabía apelación ante los tribunales de la corona, como el Consejo de Castilla.

El elenco completo de sus competencias quedaba referido en el registro escrito de sus actuaciones; desde diciembre de 1607, año y medio largo del regreso de la corte desde Valladolid, los aposentadores consignaron todas ellas en

³³ AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, leg. 121/9.

³⁴ *Ibidem*, leg. 121/10.

³⁵ *Ibidem*, legs. 121, 122¹⁹² y 123.

libros registro de informes y certificaciones³⁶. De esa forma, se conservan casi todas sus actuaciones entre 1608 y 1665³⁷, con lagunas debidas a la pérdida de libros concretos³⁸. La estructura de todos ellos es muy similar y registran sistemáticamente las distintas competencias de los aposentadores. El primero³⁹, correspondiente a los informes tramitados entre diciembre de 1607 y diciembre de 1609, se encabeza con una portada en la que consta “Libro donde se tiene la quenta con las casas y negocios que los señores aposentadores ban a ber y lo que sobre ello determinan; de las certificaciones que se dan; los ministros y criados

³⁶ Es probable que tal práctica fuera una exigencia derivada de la visita de la Junta de aposentadores de 1596. De ser así, lo extraño sería la tardanza en poner en práctica el registro de sus actuaciones hasta una fecha tan tardía como la de 1608, 12 años después de aquella visita.

³⁷ Estos libros, en AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico:

Lib. 1. *Libro registro 1º de informes y certificaciones de la Junta de Aposentadores*. 1607, diciembre, 7, Madrid a 1609, diciembre, 23, Madrid. 98 h. en fº. Foliación antigua. Encuadernación en carpeta de pergamino.

Lib. 2. *Libro registro 2º de informes y certificaciones de la Junta de Aposentadores*. 1610, enero, 27, Madrid a 1612, junio, 15, Madrid. de enero de 1610 a 15 de junio de 1612. 97 h. en fº. Foliación antigua. Encuadernación en carpeta de pergamino.

Lib. 3. *Libro registro 4º de informes y certificaciones de la Junta de Aposentadores, denominada de Aposento a partir de 1621*. 1616, enero, 27, Madrid a 1622, junio, 17, Madrid. 198 h. en fº., más 7 h. al principio y 10 al final sin foliar. Foliación antigua. Encuadernación en pergamino.

Lib. 4. *Libro registro 6º de informes y certificaciones de la Junta de Aposento*. 1626, octubre, 21, Madrid a 1631, junio, 6, Madrid. 138 h. en fº., foliación antigua de los ff. 117 a 254. Encuadernación en pergamino. Se encuentra en mal estado e incompleto, pues faltan los ff. 1 a 116 y la portada.

Lib. 5. *Libro registro 7º de informes y certificaciones de la Junta de Aposento*. 1631, agosto, 8, Madrid a 1637, noviembre, 25, Madrid. 40 h. en fº., más 35 h. en blanco sin foliar al principio y otras 3 h. en blanco sin foliar al final. Encuadernación en pergamino. Incluye informes sueltos ordenados alfabéticamente correspondientes a los años 1639 a 1641

Lib. 6. *Libro registro 9º de informes y certificaciones de la Junta de Aposento*. 1641, agosto, 10, Madrid a 1648, abril, 6, Madrid. 224 h. en fº., más 3 h. sin foliar al principio. Encuadernación en carpeta de pergamino.

Lib. 7. *Libro registro 11º de informes y certificaciones de la Junta de Aposento*. 1657, abril, 14, Madrid a 1670, noviembre, 5, Madrid. 435 h. en fº., más 24 h al principio sin foliar. Encuadernación en carpeta de pergamino.

³⁸ Faltan 4 periodos, correspondientes a junio de 1612 y diciembre de 1615, junio de 1622 a octubre de 1626, diciembre de 1638 a agosto de 1641 y abril de 1648 a abril de 1657.

³⁹ AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, lib. 1.

de su Magestad y lo que se informa a los memoriales que vienen de la [cámara]. Començado en primero de henero de 1608”. Dividido en 4 partes, sus folios 1 a 4 contienen el extracto de lo tratado por la Junta de aposentadores en cada sesión; los folios 20 a 74 y 88 a 98 incluyen los informes preceptivos que los aposentadores debían emitir sobre las peticiones de exención de aposento presentadas por los propietarios de casas de Madrid en la Cámara de Castilla, aunque no presenta orden correlativo⁴⁰; los folios 75 a 87 contienen el registro nominal de las certificaciones dadas a ministros y criados del rey como consignaciones en los maravedís de la tercia parte; por último, los folios 88r-98v incluyen los informes que se elevan al Consejo de Castilla⁴¹. El libro segundo de informes⁴², correspondiente a los asuntos tratados entre enero de 1610 y junio de 1612, ostenta en su portada el rótulo “Informaciones hechas al Consejo de la Cámara. Informes de la Cámara de los años [16]10, [16]11, y [16]12”. Sus distintas partes se preceden con tres hojas, sin foliar, que sirven de índice alfabético de nombres de pila de los interesados en distintos trámites del aposentamiento. Siguen, folios 1r-40v, 73r-75v y 93r-96v, los informes preceptivos que se elevaban a la Cámara de Castilla; folios 41r-43v, el registro de los privilegios de exención temporales despachados por la Cámara de Castilla; folios 44r-46v, el registro de los mandamientos para retasas; folios 52r-69v, los informes de los aposentadores sobre casas a la malicia; folios 76r-77v, registro de las certificaciones dadas a los contadores de la Contaduría Mayor de Cuentas y, por último, folios 78r-92v, registro de las consignaciones por casa de aposento dadas a los ministros y criados del rey por Navidad y San Juan. El libro cuarto de informes⁴³, por último, correspondiente a los asuntos tratados entre 1616 y 1622, se precede por las consabidas hojas –7 en concreto– habilitadas como índice alfabético de nombres de pila de los peticionarios de diversos trámites del aposentamiento. Siguen, folios 1r-93v, los informes elevados a la Cámara de Castilla; folios 94r-132r, los informes de los aposentadores en pleitos sobre aposento, y folios 174r-198v, el registro de las consignaciones por casa de aposento dadas a los ministros y criados del rey por Navidad y San Juan.

⁴⁰ Su correcta disposición cronológica debe ser ff. 35r-74v, 20r-22r, 29r-v y 88r-98v.

⁴¹ Además, falta el f. 27, cortado en la época, y se encuentran en blanco los ff. 13r a 19v, ff. 22v a 28v y ff. 30r a 34v.

⁴² AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, lib. 2.

⁴³ *Ibidem*, lib. 3. Ya se ha comentado que el libro 3º, correspondiente a los informes entre junio de 1612 y diciembre de 1615, se ha perdido.

Con todo, pese a las numerosas disposiciones y arbitrios dados para la administración de la regalía de aposento, seguían constatándose problemas de toda índole. A finales del reinado de Felipe III el funcionamiento de la Junta de aposentadores se encontraba en el punto de mira ante la ineficacia de su gestión, debido sobre todo a la liberalidad y discrecionalidad de las concesiones de casa material y dinero por parte de la propia corona. Para remediarlo, el monarca cometió una visita de la institución para fiscalizar sus prácticas y mejorar su administración al licenciado Diego del Corral y Arellano, del Consejo de Hacienda.

1.1.4.1. *La consulta del visitador Diego del Corral y Arellano*

Sus actuaciones en pro de la reforma del aposentamiento regio se plasmaron en una consulta elevada al rey y la realización de un reconocimiento de todas las casas de Madrid ⁴⁴. De ambas ya dio noticia Molina Campuzano en 1960 ⁴⁵. La primera referencia de sus actuaciones se contiene en la crónica de Gil González Dávila ⁴⁶, en 1623. Con posterioridad, la consulta y resumen de esa visita fue publicada en 1661 por Francisco Ruiz de Vergara. Este refería que:

Encargaron [a Diego del Corral] la visita de la Junta de aposento de su Magestad, en que hizo un gran servicio. Y ajustó la planta del aposento de corte, para cuyo efecto hizo una consulta de grande cordura y prudencia; sobre lo qual tomó su Magestad la resolución que se observa [h]oy en el gobierno, distribución y conservación de la casa de aposento, cuya copia pareció poner aquí.

Es probable que Ruiz de Vergara la transcribiera literalmente, aunque desconocemos de dónde ⁴⁷. Otro tanto ocurre con la fecha de esa consulta, que debe

⁴⁴ Consulta de Diego del Corral y Arellano relativa al estado del aposentamiento de corte y los medios necesarios para su reforma [ca. 1618-1619], [Madrid]. Contenida en F. RUIZ DE VERGARA Y ÁLAVA: *Vida de ilustrísimo señor don Diego de Anaya Maldonado arzobispo de Sevilla*, Madrid, 1661, pp. 281-290.

⁴⁵ M. MOLINA CAMPUZANO: *Planos de Madrid...*, op. cit., pp. 140-151.

⁴⁶ “Madrid tiene en este año 1623 10.000 casas, en éstas, de aposento, 1593, libres por merced y priuilegio real 1725, [y] de tercera parte, que llaman de la malicia, 5436 (...) Toda esta curiosidad resultó de la visita que hizo de aposentadores el licenciado don Diego de Corral y Arellano, del Consejo de Castilla, que tardó, por medio de sus ministros, seis meses en contar las calles y casas de la corte, y, después que hizo este cómputo, se han edificado muchas” (G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Tèatro de las Grandezas de la villa de Madrid...*, op. cit., p. 333).

⁴⁷ Una copia incompleta de la misma, con algunos errores, se encuentra en un manuscrito titulado *Relación de las parrochias, casas y calles de Madrid, y de los criados que ay en las Cassas Reales y Ministros de los Consejos a quien se debe dar cassa de aposento. Hecho por mandado*

ser posterior a marzo de 1619, cuando se termina la visita de la parroquia de San Justo, y anterior al 18 de junio de 1621, fecha en que se insertan las distintas puntualizaciones de Diego del Corral en las ordenanzas de la Junta de aposento.

Esta consulta, no obstante, se inscribe en el marco de una serie de reformas planteadas en las postrimerías del reinado de Felipe III, cifradas sobre todo en el decreto de este monarca, de 6 de junio de 1618, en el que pedía una consulta sobre “el estado y conservación de esta corona de Castilla, tan necesitada de remedio”. El dictamen fue encomendado a Diego del Corral y Arellano, que lo leyó ante el Consejo de Castilla⁴⁸, reunido en pleno con asistencia del propio monarca, el 1 de febrero de 1619⁴⁹. Interesan algunas consideraciones sobre su contenido, relativo a la población de la corte:

Que, pues para poblar el reyno de gente no se [h]auía de traer de fuera, por la imposibilidad que en sí tiene, conuendrá traspasar la que sobra de unas partes a otras, que la que [h]ay en esta corte [de Madrid] es excesiuua en número y, assí, es bien descargarla de mucha parte de [e]lla y mandar, a los que huuieren de salir, que se vayan a sus tierras, que, aunque cada uno puede mudar su domicilio y estar adonde quisiere, quando la necesidad aprieta y se vee que se va a perder todo, el rey puede y deue mandar que cada uno asista en su [lugar] natural; que si el la corte fauorable por ser patria común, ¿quanto más lo deue ser la propia de cada uno, que es la nativa y verdadera?⁵⁰.

Sobraba gente en la corte, a juicio de don Diego, y debía limitarse su extensión y número. Ese juicio, desarrollado antes y después en el propio Consejo de Castilla, en los sucesivos requerimientos a la villa de Madrid para la determinación de

de *Vuestra Magestad este año de 1623*. [Madrid], BNE, Ms. 8180, ff. 39v-41r. La fecha consignada en ese título es errónea y debe proceder de una referencia que el biógrafo de Diego del Corral ofrece de una consulta relativa a las preeminencias del Consejo de Castilla, en una nota de la p. 291. El documento es una copia textual, con bastantes errores, de la consulta tal y como la conoció Ruiz de Vergara y que luego copiaría.

⁴⁸ M. MOLINA CAMPUZANO: *Planos de Madrid...*, *op. cit.*, pp. 140-141.

⁴⁹ Sobre el contenido y disposición de esa consulta, véanse las referencias coetáneas de P. FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Conservación de Monarquías*, Madrid 1626 [ed. de M. D. Gordon, Madrid 1982], y G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las Grandezas de la villa de Madrid corte de los Reyes Católicos de España*, Madrid 1623, p. 339. Este último, precediendo a su transcripción parcial, anotaba que “en mi tiempo, en el año 1619, a primero de febrero, [se] hizo aquella consulta que, por mandado del rey Felipe Tercero ordenó el Consejo [de Castilla], donde se trató del remedio universal de sus coronas, y el proponente fue el licenciado don Diego del Corral y Arellano”.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 346.

“lindes” que limitasen su crecimiento material⁵¹, es el que subyace en los medios propuestos para la reforma de la Junta de aposentadores.

Lo más interesante de esta consulta, en lo que se refiere al aposentamiento regio es como se sigue:

Señor. La Relación de lo que resulta de la visita que se va haciendo por mandado de Vuestra Magestad, y el estado que de presente tiene el aposento de corte, por parroquias, calles, y casas con distinción de las que son de aposento, y las libres, y las que pagan tercia parte, y lo que esto monta, y el número de casas, a quien hasta a[h]ora no se les ha repartido cosa alguna, es la siguiente:

Parroquias	Calles	Casas	De aposento	Libres	De 3ª parte	Lo que monta	No se ha repartido
Sta. María	5	100	38	27	26	8.477	9
S. Juan	4	79	34	13	20	23.880	2
Santiago	5	131	38	51	31	137.005	11
S. Nicolás	4	23	12	8	1	2.250	2
S. Salvador	5	33	4	16	11	94.571	2
S. Miguel	6	209	82	79	40	238.319	5
Sta. Cruz	27	586	219	158	203	954.897	3
S. Ginés	72	2.013	367	417	1.179	3.110.553	130
S. Justo	50	1.170	215	146	722	1.786.424	90
S. Martín	105	2.387	184	328	1.659	3.060.684	200
S. Andrés	33	591	92	93	320	762.498	78
S. Pedro	5	79	30	22	25	103.312	2
S. Sebastián	75	2.038	155	367	1.322	3.049.532	151
Total	396	9.439	1.470	1.725	5.559	13.332.402	685

⁵¹ M. MOLINA CAMPUZANO: *Madrid: Los Siglos sin Plano*, Madrid 2004, vol. I.

Según lo qual [h]ay en Madrid trece parroquias, y en ellas tre[s]cientas y noventa y seis calles, con sus traviesas, en las quales [h]ay nueve mil quatrocientas y treinta y nueve casas, que las mil quatrocientas y setenta dan de aposento a Vuestra Majestad la mitad cada una. Y mil setecientas y veinte y cinco libres, por privilegios y cédulas de Vuestra Majestad. Y cinco mil quinientas y cinquenta y nueve, que pagan tercia parte por incómoda partición, que montan trece quentos tre[s]cientas y treinta y dos mil quatrocientos y dos maravedís, que haze ducados treinta y cinco mil quinientos y cinquenta y dos. Y seiscientas y ochenta y cinco casas que no se les ha repartido tercia parte, por [h]averse labrado después del año de 1606, que se visitó la corte⁵².

El contenido de las propuestas partía de un hecho incuestionable: dado que el aposentamiento regio dependía de las distintas exacciones sobre las casas de Madrid, había que someterle a una doble racionalización, pues el primer reconocimiento de casas, acometido entre 1618 y 1619, delataba que para mantener la *Nómina de la corte* se requerían casi 100.000 ducados anuales. Se precisaba, por tanto, un incremento sustancial del aposentamiento, ya proviniera de casas materiales o de la renta que pudiera devengar. La otra exigencia descansaba en la aplicación estricta de una nómina de servidores y ministros de la corte, limitando las mercedes dadas discrecionalmente por el rey y la propia Junta de aposentadores. Esa exigencia se deducía de una estimación sucinta de la *Nómina de la corte*, encabezada como “Tanteo de todos los criados que [h]ay en las casas reales, y ministros de los Consejos y sus oficiales a quien se les debe dar casa de aposento, conforme a las nóminas y relaciones que han entregado, y orden de Vuestra Majestad de lo que, cada uno, ha de [h]aver por aposento en dinero”. La casa real, que abarcaba las casas del rey, de la reina y la real caballeriza, junto con la casa de sus altezas (las del entonces príncipe de Asturias, futuro Felipe IV, y su esposa, Isabel de Borbón), daba casa de aposento o su equivalente en dinero a 1.688 personas, con un presupuesto de 172.203 ducados; a eso debía unirse el personal de los Consejos y su cohorte de oficiales, compuestos por 457 personas y un presupuesto de 91.331 ducados. Ambas partidas arrojaban un cómputo de 2.145 aposentados con un coste anual de 263.534 ducados. La cruda realidad era que el producto anual por casa de aposento, incluyendo las tasas de tercia parte y las materiales solo alcanzaban la cantidad de 148.658: faltaban nada menos que 114.876 ducados para que el aposentamiento regio quedara cubierto como convenía.

⁵² En nota, y referente a la tabla, F. RUIZ DE VERGARA Y ÁLAVA: *Vida del ilustrísimo señor don Diego de Anaya...*, *op. cit.*, p. 281, decía en 1661 que “este cómputo ha recibido grande alteración por lo mucho que ha crecido la población de Madrid desde el año en que se hizo esta consulta hasta el que se publica este libro, las casas y las calles se han aumentado al paso que se ha aumentado el concurso de la corte”.

TABLA 1. ESTIMACIÓN DE LOS GASTOS DEL APOSENTAMIENTO REGIO
EN 1619 ⁵³

Instituciones	Componentes	Consignación en ducados
Casa real y Real caballeriza	1.257	131.963
Casa de sus altezas	431	40.240
Consejos	457	91.331
TOTAL	2.145	263.534
Presupuesto disponible en 1619		148.658
Diferencia		114.876

La rebaja en las consignaciones de aposento de aquellos consejos que ya disponían de partidas propias de sus presupuestos no constituía recurso para afrontar el problema. Los Consejos de Indias, Portugal e Italia, con 64 personas, y los 12 consejeros del de Hacienda y Contaduría Mayor de Hacienda, quienes percibían el aposentamiento que les correspondían de alcances de cuentas, solo suponían 19.510 ducados. Como siempre, solo cabía reducir las partidas de gasto y aumentar los ingresos. Las distintas propuestas se describían en una genérica “Relación de los arbitrios y efectos”, cuyas primeras medidas se cifraban en suprimir o reducir las consignaciones de aposento —casas materiales y libranzas— a un extenso número de servidores: criados de las casas del rey y de la reina, oficiales de manos, alguaciles de corte, escribanos del crimen y de provincia, oficiales segundos y terceros de los secretarios del rey, damas y dueñas de honor y meninos. El segundo grupo de medidas, tendentes a la mejora de los ingresos, gravarían las casas que no habían contribuido hasta entonces hasta la retasa de todas las de tercera parte, cumplida la exención temporal de 15 años dada para su reedificación en 1606, la limitación de goce de casas materiales según nómina y cargo, la imposición a Madrid de un censo consignativo por el valor que en aposento tenían las casas derribadas para la obra de la plaza Mayor y, sobre todo, la facultad para afrontar nuevas composiciones de casas, tanto perpetuas como temporales. Como

⁵³ Fuente: “Consulta de Diego del Corral y Arellano relativa al estado del aposentamiento de corte...”, *op. cit.*

recomendación final, era preciso limitar las continuas mercedes dadas a los distintos criados de las casas reales y reducir la plantilla de la Junta de aposentadores: dado que su número había crecido considerablemente y que eran oficios enajenados, debían amortizarse hasta dejarse en los 4 que habían existido hasta 1600⁵⁴.

La consulta no admitía réplica, aunque debió de esperar hasta junio de 1621, cuando lo esencial de sus propuestas pasó a convertirse en el núcleo de las nuevas ordenanzas de la junta, ya con el reinado de Felipe IV.

1.1.4.2. *La planta del aposento en 1621*

Es probable que la promulgación de las nuevas ordenanzas de la junta fuera una de las medidas con las que el joven monarca, entronizado en 31 de marzo de 1621, quisiera poner “las cosas en orden” en todo lo tocante al aposentamiento regio, pieza fundamental de la complicada maquinaria de la corte. La plasmación de la consulta de Diego del Corral y Arellano se materializó dos meses y medio después de la proclamación del príncipe de Asturias como Felipe IV, en concreto en 18 de junio de 1621, en las ordenanzas para la administración, cobro y distribución del aposentamiento de corte⁵⁵. Éstas se agruparon en 33 disposiciones, a

⁵⁴ Argumentaba don Diego del Corral “Item, se da por arbitrio que Vuestra Magestad se sirva de moderar el número grande de criados que tiene, que es el referido a quien se da casa de aposento, y que le [h]aya cierto en todos los oficios de la casa real y en todos los Consejos a quien se ha de aposentar, porque si no lo [h]ay, será imposible ajustar el aposento, y es fuerça que [h]aya de [h]aver siempre muchos quexosos, y [h]aviendo número cierto, saberse ha la cantidad de criados que Vuestra Magestad tiene, y la sustancia que [h]ay para tenerlos acomodados. Y si Vuestra Magestad fuere servido de proveer algún criado o ministro supernumerario, que a este tal no tenga obligación de aposentarle que venga a estar en el número, con lo qual [h]avrà orden y concierto en la distribución del aposento, y cesará la confusión y mala orden que, hasta aquí, ha [h]avido. Y últimamente se pone en consideración de Vuestra Magestad que estos noventa y cinco mil ducados que vienen a faltar para llenar el aposento, se entiende que son dando a cada criado no más de una casa. Pero si se dan accesorias, como [h]oy se están dando muchas, la falta y vacío viene a ser mucho mayor, y así a de ser Vuestra Magestad servido de mandar que no se den de aquí adelante casas accesorias, y que las dadas se quiten, porque con ellas no [h]avrà arbitrio que baste para tener Vuestra Magestad acomodados sus criados, y no es justo que estén desacomodados, [h]aviéndose introducido el aposento para ellos, y que los criados de los criados estén aposentados, como lo están en cosas que podrían servir para criados muy honrados de Vuestra Magestad”.

⁵⁵ *Ordenanzas para la administración, cobro y distribución del aposentamiento de corte, hechas de orden de Felipe IV, para la Junta de Aposento*. 1621, junio, 18, Madrid. Traslado de 1640, enero, 9 (AGP, AG, leg. 849; AHN, Consejos, Leg. 7.271/4; J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, pp. 26-95 y *Leyes de la Nueva Recopilación*, Tít. XV, ep. VII, pp. 173-177).

las que se añadió la primera planta de la corte para la aplicación del derecho del aposentamiento. En esencia, el propósito era el mismo que había inspirado la consulta de 1618: a) aumentar el producto de las consignaciones, mediante la optimización de los procedimientos para el reconocimiento de casas y b) reducir a lo imprescindible los gastos de los servidores y ministros del rey.

Entre las primeras se enmarcan las disposiciones para formar los libros registro de las casas de Madrid: un libro mayor, en el que se consignaban las casas de la ciudad, con mención de propietarios, ubicación y el tipo contributivo que le correspondía, si libre por privilegio, material o de tercia parte. A este libro mayor debían acompañarle otros tres, uno para casas libres por privilegio, otro para las materiales y un tercero para las de tercia parte. Faltaba otro libro en el que anotar la consignación que correspondía a cada ministro y servidor del rey, con mención del decreto que lo justificaba. La información contenida en estos libros se actualizaría mediante visitas de las casas de Madrid de 6 en 6 años. Por último, se determinaban los procedimientos a seguir en las ulteriores tasas y retasas que debió practicarse sobre las distintas casas de Madrid, mejorando y unificando las normas aplicadas hasta el momento.

Las segundas perseguían cortar de raíz con los defectos de la gestión cotidiana del aposentamiento. Se fijaron las reuniones de la junta y el orden que debía seguirse en cada una de ellas, asistencia de sus miembros y procedimientos a seguir en las peticiones de los distintos beneficiarios del aposento. Entre otros aspectos, la autonomía existente hasta la fecha se subordinó a la Cámara de Castilla; se registrarían las deliberaciones y actuaciones de la propia junta mediante libro de acuerdos—esto ya se hacía desde 1608—; y se reiteraba la conveniencia de reducir el número de la junta a 6 miembros. Para que no quedara duda de la seriedad de las ordenanzas, los aposentadores debían jurarla, de manos del propio visitador de la junta, a la sazón Diego del Corral y Arellano y, para su perenne recordatorio, debían leerse el primer día del año en que se constituyese junta.

Tales ordenanzas se notificaron a la junta por el escribano de la misma Cristóbal de Ferroche el 21 de junio de 1621. Se encontraban presentes Diego del Corral y Arellano, visitador general, Luis Venegas de Figueroa, aposentador mayor, Rafael Cornejo, Diego López de Angulo, Juan de la Escalera Saravia, Juan de Castro, Antonio de Robles, Bartolomé de Mola, Pedro Mallea y Jerónimo de Cañizares, aposentadores del libro y, por último, Miguel Salmerón, contador de la razón, los cuales fueron prestando el juramento en manos del visitador general. En lo sucesivo, las actuaciones de la junta se deberían ajustar más o menos a las ordenanzas, aunque eso habría que verlo. Tampoco fue baladí la acritud mantenida entre el visitador Diego del Corral y los aposentadores encabezados por Luis

Venegas de Figueroa, quejosos del papel poco relevante que se les asignó con las ordenanzas. Lo que sí sería relevante es la visita general de casas de 1626 ⁵⁶.

Las ordenanzas de junio de 1621 ordenarían, en adelante, toda la práctica del aposentamiento regio. De un lado, se normalizaron los distintos procedimientos para el cobro del tributo impuesto a las casas de Madrid; de otro, se ordenó la *Nómina de la corte* con la relación de sus miembros y las consignaciones que les correspondían por casa de aposento.

1.1.4.2.1. *Los tipos contributivos de las casas de Madrid*

Desde 1621, todas las casas de Madrid quedaron adscritas a tres tipos: casas libres por privilegio, materiales y de tercia parte, con sus correspondientes normas para su control y exacción. Entre esta fecha y 1749, las actuaciones de la Junta de aposento generaron nuevos tipos contributivos, relativos a las casas litigiosas, las cedidas por la libertad de otras y administradas directamente por la propia junta y las reducidas. Pese a que el número de estas últimas es poco significativo, se aludirá a su origen y evolución, sin duda otra muestra de la progresiva complejidad del aposentamiento regio.

Las “casas libres”, por privilegio temporal o perpetuo, estaban eximidas del gravamen del huésped material, tal como rezaban las cédulas de exención temporal de 1565 y 1584, a las que se unen, desde 1588, las exentas a perpetuidad. Algunas de estas casas quedaron exentas, además, de cualquier contribución monetaria,

⁵⁶ Poco tiempo después de la redacción de las ordenanzas de la junta, Felipe IV, al dictado de las recomendaciones de Del Corral, ordenó el 4 de octubre de ese mismo año la imposición de gravamen para las 685 casas que el reconocimiento de 1618-1619 había hallado libres de contribución (AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, leg. 158/34). El juez elegido para tal visita particular era el propio Diego del Corral, quien delegó en Francisco y Juan de Salazar, contadores en la junta, para su realización. Este proceder abriría la caja de los truenos en el seno de la junta: los aposentadores decían abiertamente que las tasas nuevas se hacían mal, a la baja, lo que produciría quiebras al aposentamiento. Ante su insistencia, el rey ordenó que la visita se hiciera de nuevo por los mismos contadores, aunque con asistencia de dos aposentadores de corte, Juan de la Escalera Saravia y Juan de Castro, lo que no se produjo por oposición del resto de los aposentadores, pues argüían que eso daría lugar a “reyertas y porfías”. El inicial encono se transformó, a lo largo de los dos años siguientes, en abierta oposición al visitador. Este amenazó con “hacer pleito de cada casa”, con los considerables gastos que ello supondría. La junta, por su parte, tampoco le fue a la zaga, pues se negó a registrar los privilegios de exención de aposento resultantes de la comisión de Diego del Corral para las composiciones de casas. La polémica puede seguirse, mal que bien, en F. NEGREDO DEL CERRO: *El Madrid de Felipe IV...*, *op. cit.*, pp. 56-62 y “Servir al rey en Madrid...”, *op. cit.*

mientras que otras permanecieron sujetas al pago de un canon, cuando el servicio ofrecido por el propietario se satisfacía mediante la imposición de un censo consignativo a favor del aposentamiento regio.

Las “casas materiales” estaban constituidas por las que, merced a su capacidad, podían “partirse y allanarse”, esto es, dividir la mitad de su espacio construido. Se las llamaba materiales o de aposento, y son las únicas que mantuvieron, a lo largo del siglo XVII y primera mitad del XVIII, la aplicación del derecho de aposentamiento medieval.

Las “casas de tercia” o “tercera parte”, “a la malicia” o “de incómoda partición”, eran aquellas casas que, incapaces de “partirse o allanarse”, sufrieron la imposición de un canon monetario consistente en la tercera parte del alquiler anual que generaba. La diversidad de nombres, producto de su aparición a fines del siglo XVI y las tentativas de la Junta de aposentadores para que contribuyeran, explican un proceso titubeante hasta que se consolida en 1608. Así, la denominación más antigua era la de incómoda partición, que aludía a la imposibilidad de señalar el aposento material para el hospedaje, ya por su extensión, ya por su uso; más tarde, se llamaron a la malicia por referencia al carácter fraudulento de tales edificaciones; la denominación de tercia o tercera parte, por último, recordaba el canon con el que contribuían anualmente. El resultado de las distintas visitas de casas de tercia parte, en 1608 y 1625-1627, las recordó también con los adjetivos de “tasadas”, “retasadas” o “agraviadas”, dependiendo de la aplicación de la junta en los procedimientos utilizados para la valoración de sus alquileres.

En los casos en que los dueños de estas casas de tercia parte decidían acogerse a las sucesivas exenciones temporales para su reedificación, se optaba por la denominada composición de aposento, consistente en el convenio entre los propietarios y la junta para evitar las retasas sucesivas mediante la reconstrucción de su propiedad. Como garantía, el abono de su canon quedaba exento de revisiones ulteriores. Estas casas, denominadas “compuestas”, tenían una consideración similar a las libres, al margen de las distintas posibilidades en el tipo de carga impuesta, mediante tasa originaria, mediante censo consignativo o ambas a la vez.

Los convenios establecidos entre dueños de casas y la propia junta para eximir todo o parte de ciertas casas, mediante composición, motivaría la creación de otras figuras contributivas. Las llamadas “casas litigiosas” eran aquellas de tercia parte que se incautaban a sus propietarios por el impago de la cuota señalada. Otras casas, como las de “derecho prendario”, eran las que la junta tomaba en garantía de un pago no realizado; no faltaban las casas “cedidas por la libertad de otras”, esto es, las que un propietario entregaba a la junta como pago del

servicio que ofrecían por la composición de otras. Las cesiones podían ser por toda la edificación, por plantas o por cuartos. Todas ellas se administraban como inmuebles propios de la Junta de aposento, destinándose a los huéspedes materiales señalados en la nómina de cortesanos. Por último, había particulares que eximían casas materiales mediante la contribución de la mitad del alquiler que pudiera producir anualmente. Son las llamadas “casas reducidas”, en las que sus dueños, por convenio o acuerdo con la junta, cambiaban la onerosa carga de huésped material por un canon monetario equivalente a la mitad del alquiler anual que pudieran producir. A la larga, su revisión y status coincidió con las de tercia parte, salvo en el porcentaje del canon satisfecho.

1.1.4.2.2. *La normalización de la Nómina de la corte*

Como decíamos, las reiteradas llamadas de Diego del Corral a la contención de la liberalidad regia se plasmó en un apéndice a las ordenanzas. En ella,

El rey, por quanto en el capítulo veynte y ocho de las ordenanças que el día de la fecha de [e]sta [h]emos mandado que guarden el aposentador mayor y los otros nuestros aposentadores que al presente hacen y adelante hicieren el aposento de nuestra corte, se les hordena que [h]ayan de dar y den casas de aposento o dinero para ellas, conforme a las cantidades que les estubieren señaladas, a las personas, consejos y tribunales que ban expresados en la Nómina General que se les entregará firmada de nuestra mano, y que no puedan dar ni den posadas a otra persona fuera de las contenidas en la dicha nómina ⁵⁷.

Tampoco nos engañemos. Lamentablemente, la publicación de la *Nómina de la corte* en lo tocante al aposentamiento regio fue hacer de la costumbre ley y no a la inversa, como proponía don Diego. Así lo delata su examen detenido, dado que la extensa relación, que abarcaba la capilla real, las casas del rey y de la reina, la real caballeriza, casa de pajes del rey, las guardas reales, los Consejos de Castilla, de la Cámara, Estado, Guerra, Aragón, Italia, Inquisición, Indias, Portugal, Órdenes, Hacienda y Cruzada, la sala de alcaldes de casa y corte y los distintos secretarios de todos ellos, además de una addenda confusa de cargos incorporados en último término, solo agrupaba en una misma norma los distintos decretos dados desde 1561 para acomodar a los distintos servidores regios.

Reconozcamos, de entrada, las dificultades para estimar los costes reales del aposentamiento regio. Los datos que arrojan la estimación de la consulta de don Diego del Corral de su coste real, basado en las consignaciones que la Junta de aposentadores daba para cada uno de los oficios y sus miembros, no casan en

⁵⁷ Véase Anexo.

absoluto con los datos que nos indica la *Nómina general de la corte* publicada en junio de 1621; en ella, además, faltan datos que nos permitan estimar realmente el alcance de las medidas propugnadas en esas ordenanzas. En cualquier caso, lo que sí nos muestran fue el decidido empeño de poner coto al estado del aposentamiento regio y la proporción que cada una de las instituciones representaban en el conjunto de sus gastos. Veámoslo a continuación.

En 1621, la corte se componía de 1.678 personas con derecho a aposento o su equivalente en dinero, lo que suponía un coste de poco más de 200.000 ducados. El número de sus miembros y su coste era sensiblemente inferior al ofrecido por la consulta de don Diego del Corral un par de años atrás, aunque es probable que se deba a la desaparición de la casa de los entonces príncipes de Asturias, entronizados desde marzo de 1621⁵⁸. Totalizando los servidores que en junio de 1621 cumplían sus respectivos cometidos en la real capilla, casas reales, real caballeriza, casa de pajes y guardas reales, resultaría un total de 1.367 personas, con un presupuesto de 141.060 ducados, más cercano a la cifra de 1.257 personas y 131.963 ducados ofrecida por don Diego en su consulta. Más dispar es el cómputo que nos deparan ambas tablas en lo relativo a los servidores de los Consejos: en 1619 se componía de un total de 457 miembros con un presupuesto de 91.331 ducados, sensiblemente superior a la de junio de 1621, de 311 miembros y presupuesto de 62.481 ducados.

Dejando de lado estas perplejidades, un análisis del cómputo del personal y del presupuesto dedicado a su aposentamiento indica una reducción sustancial de casi un 20% (40.761 ducados). Si damos por cierta la estimación ofrecida en la ya reiterada consulta de don Diego, la reducción alcanza nada menos que un 40%, o, lo que es lo mismo, una rebaja en el presupuesto de algo más de 100.000 ducados (en concreto 100.354).

La *Nómina de la corte* antes y después de las ordenanzas de la Junta de aposento de junio de 1621⁵⁹:

⁵⁸ Ello arrojaría 1.714 personas con un presupuesto de 223.294 ducados, cómputo más cercano al ofrecido por la *Nómina General* de junio de 1621.

⁵⁹ Fuente: *Ordenanzas de la Junta de Aposento de 18 de junio de 1621* y J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*

Instituciones	Componentes	Consignación hasta 1621		Componentes	Consignación desde 1621	
		Reales	Ducados		Reales	Ducados
Real capilla	141	173.251	15.750	141	123.462	11.224
Casas reales	624	969.982	88.180	624	689.356	62.669
Real caballeriza	222	155.022	14.093	222	116.982	10.635
Casa de pajes	6	3.522	320	6	2.642	240
Guardas reales	374	249.890	22.717	374	187.240	17.022
Consejos	311	687.290	62.481	311	670.890	60.990
Total	1.678	2.238.957	203.541	1.678	1.790.572	162.780

La considerable rebaja se acometió disminuyendo proporcionalmente las cantidades consignadas a todos los servidores del rey, en porcentajes que rondan entre una décima y una tercera parte las cantidades consignadas antes de 1621. Esa rebaja se acompañó de la sistematización de las cantidades de las que se beneficiaban cargos de categoría similar, con lo que se pretendía evitar las quejas por preeminencia de los distintos puestos. También se aprovechó para eliminar el goce de la casa de aposento a determinados servidores, ya por su rango, ya por no ser necesario el aposentamiento, al garantizárseles su residencia. Consecuentemente, también se solucionaron los problemas del aposentamiento de aquellos oficiales que no poseían consignación: eran, sorprendentemente, los cargos más altos de la administración de la corona, los presidentes de los Consejos de Castilla, de la Cámara, Estado, Guerra, Aragón, Italia, Inquisición, Indias, Portugal, Órdenes, Hacienda y Cruzada. A todos ellos se les asignaba un presupuesto de 7.000 reales anuales de aposentamiento, a excepción del presidente de Castilla, con una asignación de 11.000.

Con todo, la sustancial rebaja hasta el límite de los 162.780 ducados fijados como límite del gasto por aposento regio seguía siendo superior al presupuesto, estimado en 1619 en 148.658 ducados. A la postre y, como en nuestros días, el papel lo soporta todo.

1.2. EL FUNCIONAMIENTO DE LA JUNTA ENTRE 1621 Y 1665

A partir de la promulgación de las ordenanzas de la junta, en junio de 1621, los aposentadores prosiguieron el gobierno y distribución del aposentamiento regio. En lo relativo a sus juntas, se realizaban de forma ordinaria tres días a la semana en sesiones de dos horas, en la posada del aposentador mayor y bajo su dirección, señalándose para casos de enfermedad o indisposición de este el aposentador a quien le correspondía dirigir la junta. Sus deliberaciones y actuaciones diversas se consignaban mayoritariamente en los libros registro de informes y certificaciones, aunque también se trasladaban ocasionalmente a libros de acuerdos, en aplicación de uno de los artículos de las citadas ordenanzas (el 22º). Así consta en el único libro de acuerdos de la junta ⁶⁰, en el que se trasladan aquellos acuerdos que por su importancia competían al funcionamiento de la misma.

El control y cómputo de las casas de Madrid constituía otro de sus cometidos más importantes, pese a que las disposiciones de las ordenanzas no se siguieran *ad literam*. El capítulo primero estipulaba que debían formarse los correspondientes libros de asientos de casas de Madrid (uno general, otro de casas materiales, otro de casas privilegiadas y el tercero de casas de tercia parte, que ya existía desde las disposiciones de 1610 que determinaban su tasa y retasa posterior), así como otro libro de asientos de la provisión de las casas materiales en los servidores reales en quienes se consignaban. El primero de ellos no se realizaría jamás, aunque es muy probable que a ese efecto sirviera la visita general de casas realizada por parroquias por el licenciado Diego del Corral y Arellano, del cual solo se conserva el correspondiente a la parroquia de San Justo; el de casas materiales se ha perdido, pues solo se conserva la copia actualizada acometida en 1750 a efectos de la visita general de casas de Madrid ordenada en octubre de 1749; el de casas libres por privilegio se constituía por la copia de los distintos privilegios de exención perpetuos concedidos a partir de 1589, enviados al Archivo General de Simancas en fecha posterior. El capítulo 4º fue sistemáticamente incumplido, pues la orden de visitar todas las casas de Madrid una vez cada 6 años no se acometería jamás.

El resto de las disposiciones determinaban sentido común, orden y concierto en los asuntos relacionados con el aposentamiento regio: que no se hiciera división del aposentamiento entre dos servidores reales (capítulo 7º), que la provisión

⁶⁰ *Libro de acuerdos de la Junta de Aposento, desde el 14 de enero de 1624 a 31 de marzo de 1691*, 15 h. en fº, con varias foliaciones, más 17 h. en blanco sin foliar. Encuadernación en carpeta de pergamino (AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, lib. 98).

de casas o su consignación en dinero se realizara por la junta siempre según la antigüedad de los aposentados en el real servicio (capítulos 10º, 26º y 27º) y que una vez fallecido el servidor que las ocupara o cobrara su consignación se consignaran de nuevo antes de 10 días (capítulo 15º), que no se demoraran las decisiones sobre los memoriales a la junta (capítulo 16º), que la junta no actuara discrecionalmente en conceder libranzas (capítulo 11º), que no se concedieran permisos a los aposentados para trocar entre ellos las casas materiales concedidas (capítulo 12º), que no se permitieran divisiones de las casas después de las particiones ya hechas (capítulo 13º), que hubiera orden en todo lo relativo a libranzas y provisión de consignaciones sobre casas de tercia parte, compitiendo al contador de las casas de tercia parte (capítulo 17º), que no se admitiera la concesión simultanea de casa material y consignación en dinero (capítulo 19º), que se permitiera la partición de tiendas y trastiendas cuando tuvieran capacidad para ello (capítulo 18º), y que la junta fuera responsable de conservar los decretos reales relativos a la provisión de casas o libranzas (capítulo 21º). El aumento del aposento se perseguía mediante la prohibición de consignar casas accesorias a quienes ya poseían una (capítulo 23º) y de asignar casa de aposento a quien ya tuviera casa propia (capítulo 24º), registrando las ausencias de los servidores reales cuando se producían por licencia (capítulo 25º), y que siempre se aplicara la *Nómina general de la corte* en lo tocante a las cantidades expresadas en ella, sin discusión (capítulo 28º). Por su parte, el aumento en las consignaciones de casas de tercia parte se fomentaba mediante los procedimientos de tasas y retasas de las mismas (capítulos 30º y 31º). En paralelo, se determinaba que el dinero procedente del aposentamiento no se empleara en fines que, como luminarias y colaciones extraordinarias, tenían poco que ver con el aposentamiento regio (capítulo 29º). Por último, y para que ningún aposentador pudiera alegar ignorancia o desconocimiento de las ordenanzas, los capítulos 32 y 33 disponían el juramento de acatamiento, de manos del propio don Diego del Corral, además de su lectura pública en junta el primer día de cada año.

Pese a lo detallado de las normas, la junta debía seguir luchando con el principal y constante escollo de su gestión: no había dinero suficiente para acomodar a los distintos servidores con los ingresos estimados, ya por provisión de casas materiales, ya por tasas sobre la tercera parte de los alquileres sobre las casas a la malicia. Si a ello añadimos que la discrecionalidad y liberalidad en la concesión del aposentamiento siguieron siendo habituales, mediante mercedes extraordinarias demasiado frecuentes, queda fuera de toda duda que pese a las advertencias de don Diego del Corral y a las disposiciones de las citadas ordenanzas y decretos anteriores debían buscarse nuevos arbitrios para aumentar los ingresos.

La solución a estos problemas se resolvió por la junta con medidas que ya se habían utilizado anteriormente. El incremento de dinero se acometió mediante la utilización de comisionados para autorizar nuevas composiciones de aposento, además de una revisión de las tasas de las casas de tercia parte; la reducción del caudal destinado al aposentamiento se acometió mediante la imposición de la media anata, consistente en la cesión de la mitad del salario anual de los nuevos servidores del rey en la primera anualidad del servicio al monarca, que se detraía de las consignaciones que le correspondían en el aposentamiento. Huelga decir que estas medidas generales se acompañaron de los consabidos decretos reales que reiteraban otros anteriores. Entre otros, destacan el de marzo de 1623, que disponía que los privilegios de exención de aposento nuevamente concedidos solo podían ser efectivos a partir del fallecimiento del huésped de aposento⁶¹, el de junio de 1623, que prohibía de nuevo la partición de las casas realizada con posterioridad a su división por los aposentadores⁶², la resolución de abril de 1631 que establecía las competencias del Consejo de Castilla en segunda instancia en aquellos pleitos de aposento recurridos a la junta⁶³, o el auto real de abril de 1639 que reducía el número de aposentadores a 5, reiterando una vez más los procedimientos a seguir en la tasa y retasa de casas⁶⁴.

⁶¹ “Real decreto de Felipe IV por el que se declara que los privilegios de exención de huéspedes de aposento comienzan a ser efectivos sólo a partir de la muerte del huésped que tiene la casa en consignación. 1623, marzo, 8” (AHN, Consejos, leg. 7271/4, correspondiente al archivo antiguo del Consejo de Castilla).

⁶² “Real decreto de Felipe IV por el que se manda que a los criados de su Majestad se les dé posesión de las casas de aposento que se les señalaren, conforme a la partición que de las mismas hiciere el alguacil y que haya copia de las ordenanzas de la Junta de aposento, de 18 de junio de 1621, en el Consejo, para su cumplimiento. 1623, junio, 12” (AHN, Consejos, leg. 7271/4, correspondiente al archivo antiguo del Consejo de Castilla, y Nobleza, Osuna, Cartas, 427, I, cifrado por N. MORENO GARBAYO: *Colección de Reales Cédulas del Archivo Histórico Nacional*, Madrid 1977, n° 251, vol. I, p. 48).

⁶³ “Resolución de Felipe IV por la que se compete al Consejo de Castilla, en su sala de justicia, para la apelación, en los casos de agravios por actuaciones de la Junta de aposento según las ordenanzas de la misma, de 18 de junio de 1621, y admisión de tales apelaciones por la junta. 1631, abril, 10, Madrid” (*Leyes de la Nueva Recopilación*, Tít. XV, Auto VIII, p. 177).

⁶⁴ “Auto de Felipe IV comunicado al aposentador mayor por la que se reduce el número de aposentadores en ejercicio a cinco; que las tasas y retasas de casas se realicen por los tres aposentadores inmediatos en antigüedad y que, en los agravios que pudieran causarse por los dueños de las casas, las tasas y retasas las realicen los aposentadores en ejercicio nombrados por el aposentador mayor. 1639, abril, 10, Madrid” (*Ibidem*, Tít. XV, Auto IX, pp. 177-178).

1.2.1. *Las composiciones de aposento*

Ya hemos comentado que su primer uso en 1610 pretendía arbitrar mayores recursos económicos que garantizaran el aposentamiento. A comienzos del reinado de Felipe IV, la cruda situación ante la disparidad de ingresos y gastos, planteada por la consulta tantas veces citada de don Diego del Corral y plasmada en los epígrafes de las ordenanzas de 1621, forzaron de nuevo a su reutilización. Felipe IV nombró a don Diego del Corral como comisionado en las nuevas composiciones realizadas a partir de 1622⁶⁵. La mecánica era idéntica a la planteada en la ya anterior comisión de don Pedro Messía de Tovar: el solicitante, dueño generalmente de una casa de tercia parte, acudía al visitador solicitando su exención perpetua a cambio de su reedificación total o parcial, estableciéndose como carga de aposento la tasa de tercia parte que correspondía al inmueble; como servicio, ofrecía una cantidad, que podía ser al contado, en una sola vez o en varios plazos, o mediante el establecimiento de un censo consignativo cuyos réditos sufragaban anualmente el principal. En ambos casos, la cantidad monetaria o el principal era la misma, fijada por el juez comisionado en virtud de la tasación del inmueble. Una vez reconocido el paraje y establecidas las condiciones, se expedía la exención, temporal o perpetua. El beneficio para el aposentamiento regio era doble: de un lado, las casas de tercia parte así exentas con carga monetaria no necesitaban tasas y retasas posteriores; de otro, se garantizaba la tasa de la carga monetaria inicial, además de las cantidades devengadas por los servicios, ya en dinero contante y sonante, ya en réditos anuales. Las únicas diferencias con la comisión de don Pedro Messía de Tovar radicaban en que los despachos de exención se expedían por el Consejo de Hacienda, y que los réditos de los censos consignativos, cuando se establecían para el abono de la carga anual, se fiscalizaban por el propio don Diego del Corral como superintendente de los mismos. Dicho en otras palabras, que el beneficio que deveníá de las nuevas composiciones iba a parar a las arcas del Consejo de Hacienda. Entre el 20 de septiembre, cuando se iniciaron las composiciones de la comisión de Diego del Corral, realizadas con el concurso necesario del escribano Cristóbal de Ferroche, y febrero de 1625⁶⁶, se realizaron un total de 816 composiciones

⁶⁵ A diferencia de la de Pedro Messía de Tovar, los documentos de su comisión se conservan en AHPM, Protocolos 5613 a 5618, correspondientes a las composiciones realizadas entre enero de 1622 y diciembre de 1624. Remitimos para su examen al trabajo, ya citado, de J. DEL CORRAL: *Las composiciones de aposento...*, *op. cit.* Un traslado de cada composición se envió para su registro a AGS, disponiéndose junto a la comisión de Pedro Messía de Tovar.

⁶⁶ La primera composición acometida fue la de una casa de Juan Romero, boticario del príncipe Filiberto de Saboya, y María de Cisneros, su mujer, vecinos de Madrid, ubicada

de casas, lo que supuso un incremento sustancial del dinero para las consignaciones de aposento.

1.2.2. *Tasas y retasas de casas*

En paralelo, en 10 de noviembre de 1625, el rey disponía la realización de una nueva visita de casas de tercia parte⁶⁷ con el propósito de retasar todos aquellos inmuebles de esta categoría, toda vez que habían cumplido los 15 años de exención dados a los distintos particulares que desearan reconstruirlos con el importe de la tasa realizada en 1610. Tal orden venía a materializar uno de los capítulos de las ordenanzas de junio de 1621; la propia real cédula se dirigía a los aposentadores reconociendo que porque:

[h]abemos entendido que en la bisita, que por nuestro mandado báis haciendo, se hayan muchas de las dichas casas de malicia capaces de aposento, y otras que, aunque se [h]an dejado de malicia, balen mucho más de lo que estaban tasadas, y subiendo a su justo valor, se podrán acomodar algunos de nuestros criados, que muchos de [e]llos, respecto de estar el aposento estrecho se dexan de aposentar en daño y perjuicio de nuestra real hacienda, para cuio remedio, es nuestra boluntad se buelban a tasar de nuebo todas las dichas casas de malicia e yncómoda partiçión que no estuvieran conpuestas perpetuamente, así por previlexios nuestros como del rey, mi padre y señor, que [h]aya gloria, y de los señores reyes nuestros preteçores y por las personas que, con comisión particular de sus magestades, [h]an entendido en esto.

Con esta justificación, precedida de las competencias del aposentador mayor y del resto de los aposentadores en la forma de realizar tasas y retasas y los procedimientos a seguir en caso de agravio de los propietarios afectados por retasas,

en la calle de la Cruz Verde, traviesa de la calle Mayor a la de la Zarza, también citada como “calle que llaman de la Cruz Verde, junto a la Puerta del Sol y cae [a la] boca de la calle del Arenal”, Parroquia de San Ginés (1621, septiembre, 27, Madrid a 1622, abril, 1, Madrid, 11 hh. en f° sobre papel, ms. e impreso, AHPM, Protocolo 5613, ff. 70r-73r y 74r-79r). La última, la de una casa de Juan Barroso, vecino de Madrid, ubicada en la calle de Leganitos, parroquia de San Martín, la cual había sido iniciada por Francisco de Quevedo, criado del rey (1625, junio, 5, Madrid a 1625, febrero, 1, Madrid, 13 hh. en f° y en 4° sobre papel, ms. e impreso, AHPM, Protocolo 5618, ff. 1168r-1180r).

⁶⁷ “Real cédula de Felipe IV por la que se manda la realización de una visita general de las casas de tercia parte de Madrid para la retasa de sus alquileres. 1625, noviembre, 10, Madrid” (AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, fondo histórico, lib. 93, ff. 1r-3v y lib. 94, ff. 1r-1v).

dio inicio la nueva visita de casas: el mismo día 10, el aposentador mayor, Luis Venegas de Figueroa, nombró a los aposentadores Juan González de Castro Villafañe, Bartolomé de Mola y Córdoba y Hernando de Vivero Altamirano, como visitantes de la primera tasa; a su vez, nombraba a los también aposentadores Rafael Cornejo, Juan de la Escalera Saravia y Antonio de Robles y Guzmán como jueces encargados de las retasas en los procedimientos de agravio. Al día siguiente, los visitantes nombrados en la víspera establecieron los procedimientos de notificación. El 15, por último, el aposentador mayor nombraba al escribano Santiago Montes Vigil como encargado en la formalización de los distintos libros registro de la visita, al igual que la redacción de notificaciones y autos de tasa y retasa. Entretanto, el mismo 11 de diciembre, los aposentadores Juan González de Castro, Bartolomé de Mola y Córdoba y Hernando de Vivero Altamirano comenzaban la visita por la “[calle que] baxa de San Juan a las coçinas de palacio”, en “una casa de don Antonio de Herrera, que fue de Francisco de Herrera en dicha calle, con quatro puertas, que las dos son cocheras”. Se iniciaba así una visita que se prolongaría en lo sustancial a lo largo de 6 años. Las más de 7.000 casas visitadas se registraron en dos libros distintos: El primero conserva el diario de la visita⁶⁸; el segundo, por su parte, constituía la puesta en limpio de tales actuaciones, continuando lo ya realizado en 1610⁶⁹; así lo constatan sus dos foliaciones independientes, la primera correspondiente a las tasas y retasas practicadas entre 1610 y 1625, y la segunda, a su vez, correspondiente a las posteriores a 1625, las últimas en fecha tan tardía como 1675. Además, el propio registro de la visita se copió como prontuario de casas de tercia parte, el denominado: “Libro de los nombres y calles de Madrid sobre que se paga incómodas y tercias partes, con abecedario”⁷⁰, que registra las respectivas tasas y retasas entre 11 de diciembre de 1625 y enero de 1658.

⁶⁸ AHN, FFCC., Delegación de Hacienda, fondo histórico, lib. 93.

⁶⁹ *Ibidem*, lib. 94.

⁷⁰ BNE, Ms. 5918. En contracubierta y en ff. I y III, notas sobre su procedencia; dos referencias escritas a tinta por Alberto de la Barrera. En ff. VI-XXXVI, índice de calles con sus tasas, en f. 340v, consta como colofón: “Gracias a Dios que nos [h]a dejado de acabar este libro con bien. En 1º de henero de 1658 se acabó de escribir y se trasladó de donde Dios fue servido”. Sigue, ff. 341r-384v, “abecedario de los nombres que [h]ay en este libro”. Fue regalado a la Biblioteca Nacional por Valentín Carderera en diciembre de 1878. Tejuelo: “[ind]ice de las calles y casas de MA/DRID, CORTE DE ESPAÑA”, 1 libro, XXIX + 384 hh., 305 x 205 mm., encuadernación en pergamino.

1.2.3. *La media anata*

En 22 de mayo de 1631, Felipe IV dispuso que en cada uno de los cargos, oficios, mercedes y gracias concedidas por el Consejo de Indias se detrayese para la real hacienda la mitad anual del primer sueldo, la media añada. Con el tiempo, ese nuevo tributo se generalizó al resto de instituciones del reino, dando comisión y jurisdicción privativa al efecto a la Contaduría Mayor de Hacienda. No obstante, el monarca había dispuesto su aplicación en septiembre de ese mismo año a todas las mercedes de aposento para todos aquellos servidores que comenzaran a percibir casa material o consignaciones sobre los ingresos de casas de tercia parte. A ese efecto, nombró al marqués de la Torre superintendente para la cobranza de la media anata en todo lo relativo al aposentamiento regio⁷¹. En paralelo, como quiera que los privilegios de exención eran también una gracia del monarca, la media anata también gravó desde 1632 los distintos privilegios concedidos a petición de los propietarios de las casas que desearan reedificarlas de nuevo. Así, los dueños de casas eximidas debían satisfacer durante el primer año la mitad del valor del edificio y, cuando se tratara de una edificación de nueva planta sobre suelo yermo, el valor entero del solar, estableciendo el valor de uno y otro en una renta bajo la fórmula de censo consignativo de a 20.000 el millar⁷². Al menos, esta medida contribuyó en parte a reducir los cuantiosos gastos del aposentamiento.

Con todo y, pese a todas estas medidas, la Junta de aposento debía lidiar, año tras año, con los mismos problemas de antaño, sobre todo en lo relativo entre la disparidad de ingresos y gastos. Pese a la aparente eficiencia de la propuesta de visita general de casas una vez cada 6 años, de lo que devendría un aumento significativo de los ingresos mediante la retasa de lo existente y la tasa de lo nuevamente construido, la realidad se impuso con toda su crudeza. Una consulta de la junta al monarca referida por el tratadista de la regalía de aposento, Andrés Díez Navarro, revelaba que el considerable coste en personal y tiempo del procedimiento impedía su realización con la puntualidad que exigía. El mismo Díez Navarro observaba que:

⁷¹ El registro de sus actuaciones se conserva en AHN, FFCC, Delegación de Hacienda, libros. El primero de ellos, el 34, comprende el *Registro del pago de la media anata sobre consignaciones de casa de aposento y cuotas de tercia parte a los ministros y criados de su Magestad*, entre 22 de septiembre de 1631 y 22 de noviembre de 1637 (1631, septiembre, 22, Madrid, a 1637, noviembre, 22, Madrid, 1 libro en fº, 1 h. en blanco + 1 h. de portada + 2 hh. en blanco + 21 hh. de índice alfabético + 144 hh. + 9 hh. en blanco. Foliación antigua; encuadernación en carpeta de pergamino).

⁷² A. DÍEZ NAVARRO: *Alegación fiscal...*, *op. cit.*, f. 36v.

las dificultades en la práctica han hecho ver su imposibilidad, pues, aún dedicada la Junta de aposento y sus ministros sin intermisión a este empleo, no pudieran en todo el discurso de los seis años formalizar arreglada una visita y, debiendo suceder otra en lo literal del mandato, hacía interminable la obra, confundiendo la repetición lo que no estaba perfectamente evacuado en su primera formalidad ⁷³.

En efecto, un informe relativo a la conveniencia de proseguir la visita de casas, elevado por la junta al rey a consulta de 9 de mayo de 1644, recibiría la orden de no proseguir las visitas, con el desabrido argumento de “porque la utilidad no es mucha y se estrecha mucho el aposentamiento”. Otro informe de la junta, también a consulta de 6 de septiembre de 1644 al monarca, reiteraba además que la visita no se había continuado porque una de las comisiones para composición de casas concedida a favor del Consejo de Hacienda a fin de resolver la asistencia de las tropas a cargo de ese Consejo “se había procedido con alguna más abertura, de forma que, recelando que en aquel reconocimiento saldría perjudicado el fisco, la suspendió la junta”. En la realidad, el ingreso anual del aposentamiento para los años que median entre 1626 y 1632 se sitúa en un rango de 150.000 ducados anuales; a partir de esa fecha:

se reduxo a mucho menor número, que no podrá hoy puntualizarse, no precediendo otra formal visita de casas y sus cargas, con medida y reconocimiento de sus cabidas, títulos y privilegios ⁷⁴.

En esa huida hacia delante, y pese a la reformatión de la práctica de gobierno merced a las ordenanzas de 1621, se continuó con la discrecionalidad de las mercedes por parte del monarca, recurriéndose a los magros recursos del aposentamiento cuando las urgentes necesidades de la hacienda regia lo exigían. Un ejemplo de ello lo constituye el real decreto de Felipe IV al aposentador mayor, de 23 de enero de 1634, por el que se disponía el aposentamiento de los nuevos oficiales del real sitio del Buen Retiro ⁷⁵: alcalde y su teniente, veedor, tesorero, conserje y su ayuda, capellán, guardamayor, médico, jardinero mayor y su ayuda, cirujano, maestro mayor de las obras de dicho real sitio, alguacil, relojero y dos mozos de oficio. Esos 17 nuevos cargos, con consignaciones comprendidas entre los 450 y los 50 ducados ⁷⁶, arrojaban un desembolso anual de 2.245 ducados. Otra cosa es que si añadimos los nombres propios de los servidores que ocupaban cada

⁷³ A. DÍEZ NAVARRO: *Alegación fiscal...*, *op. cit.*, f. 170v.

⁷⁴ *Ibidem*, f. 172v.

⁷⁵ J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, pp. 93-95.

⁷⁶ En concreto, 170.000 y los 18.750 maravedís respectivamente.

cargo, nos llevemos alguna que otra sorpresa. Así, el alcalde del Buen Retiro fue un cargo expresamente reservado para Gaspar de Guzmán, conde y duque de Olivares, quien además ya poseía el oficio de gentilhombre de la cámara, con oficio de camarero mayor, y el de caballerizo mayor; solo esos tres cargos arrojaban una consignación anual superior a los 1.300 ducados al año. Pese a las órdenes que prohibían expresamente la duplicidad de consignaciones, como también a quienes poseían casa en Madrid —es sabido que el conde duque residía en las que luego se denominaron casas de la Cruzada, frente a la iglesia parroquial de San Juan y muy próximas al Alcázar—, la voluntad expresa de Felipe IV le confirmó en todos esos honores. A la postre, el conde duque no dejaba de ser el aventajado primer criado de su Majestad.

1.2.4. *Los límites reales del aposentamiento*

Los arbitrios propugnados en las ordenanzas de 1621, de resultas de la consulta de Diego del Corral de 1619, la limitación del gasto en la *Nómina de la corte*, las medidas tendentes a lograr más dinero y mayor aposento mediante las composiciones de casas y las nuevas visitas, los recursos de la media anata y el fin de la discrecionalidad regia en nuevas exenciones temporales y mercedes a sus servidores, no lograron aumentar la cantidad de los 150.000 ducados de ingresos de la regalía. La principal evidencia era que Madrid había dejado de crecer en extensión en 1625, como consecuencia de la limitación de su perímetro construido por deseo expreso del monarca: la cerca de Felipe IV. Pese a que esa limitación tardara años en establecerse de forma definitiva —en concreto hasta el decenio de 1640—, la realidad era que la ciudad había detenido un periodo expansivo iniciado en el siglo XVI, primero durante el reinado de Carlos I y, sobre todo, en el de Felipe II, como consecuencia del establecimiento de la corte en 1561. Como decíamos, el 25 de enero de 1625⁷⁷, Felipe IV ordenó al presidente del Consejo de Castilla, a la sazón Francisco de Contreras, y a los consejeros Pedro de Tapia y Baltasar Gilimón de la Mota que estudiasen junto con el corregidor de Madrid y 6 diputados nombrados al efecto cómo y de qué forma debía cercarse la villa, pues:

⁷⁷ “Real cédula de Felipe IV dirigida a Francisco de Contreras, presidente del Consejo de Castilla, y a los licenciados Pedro de Tapia y Baltasar Gilimón de la Mota, asimismo del Consejo, determinando la formación de una junta para tratar sobre los medios de llevar a ejecución la cerca de Madrid, aplicando a tal efecto el producto de la sisa del vino establecida en su día para la obra de la plaza Mayor de esta villa. 1625, enero, 9, Madrid”. Original. 2 hh. en fº, sobre papel (AVM, Secretaría, 1-204-2).

se ha[n] reconoçido los daños que se causan de no estar çercada esta villa de Madrid, donde reside mi corte, así por lo que, sin límites, se van estendiendo los edifiçios, como por las salidas que hazen al campo las más de las calles y ser, por ellas, franca y libre la entrada y salida de gente y mercaderías en el lugar, por no poderse poner en ellas (siendo tantas) la guarda que conuiene, con lo qual falta también la notiçia neçesaria de los que entran y salen en esta corte, y a los delinquentes les es fácil salir de [e]lla, y librarse de no ser presos por las justiçias, que tendrían más mano en sus prisiones si las salidas fuesen çiertas, y siendo de tanta importançia para la conseruaçión de mi real haçienda, y las alcabalas y sisas que se me pagan, que de tal manera entren los vastimentos y mercaderías por puertas çiertas en que se registren, que no puedan deuertirse ni entrar por otras, y que esta misma utilidad y conueniençia se halla [en] quanto a la administraçión y benefiçio de las sisas que para causas públicas tengo conçeçidas a esta villa, y mucho mayor y de neçesidad preçisa para guardarla si, lo que Dios no permita, suçeðiesen occassiones de peste.

En esta ocasión, como en otras, la junta actuó con la celeridad que exigía la real cédula, aunque no tanto con la premura que se les exigía. Cuatro años después, el asunto volvería a plantearse con mayores exigencias, ante la amenaza de una nueva peste. Como refiere Miguel Molina Campuzano⁷⁸ al respecto,

El supuesto contagio aparecido en Los Pedroches de Córdoba y algunas poblaciones extremeñas exigió (tras el casi tercio de siglo transcurrido sin esa amenaza) “guardar” de nuevo la corte. Después de postulado tanto tiempo, concurriendo verosímilmente otras circunstancias (en especial la demográfica en toda Castilla) y el hecho de que los bordes de la localidad se hallasen débilmente ocupados, tal cerramiento puso término a la gran extensión sobrevenida a Madrid con la presencia de la corte. Las tapias que el año 1629 y, sobre todo, el siguiente 1630, con motivo de la alarma de los “polvos de Milán”, se comenzaron a alzar, pasarían a ser las de la más conocida cerca madrileña, que perduraría el resto de aquel periodo dinástico y durante el borbónico hasta más que mediado el siglo XIX.

1.3. *CONCLUSIÓN. LA JUNTA DE APOSENTO* *EN LAS POSTRIMERÍAS DEL REINADO DE FELIPE IV*

Aún queda mucho por determinar sobre el aposentamiento regio y sobre la Junta de aposento en el reinado de Felipe IV. De su importancia en la organización

⁷⁸ M. MOLINA CAMPUZANO: *Madrid: Los Siglos sin plano, op. cit.*, especialmente el capítulo introductorio: “El término de la gran extensión de Madrid (consecuente al asentamiento de la corte), con el inicio [1629-1630] de su postrer cerramiento”.

de la propia corte y de su papel preeminente dentro del gobierno del reino da fe una breve mención en el *Solo Madrid es Corte*, de Alonso Núñez de Castro⁷⁹:

El aposentador mayor, en las ocasiones que sus majestades hazen mudanza de Corte, entra un día antes en el lugar donde ha de residir con un pendón o estandarte, que es la insignia y señal de llegar su Majestad con la Corte; tiene el aposentador mayor entrada en palacio y puede asistir a la comida de sus Majestades, audiencias y demás funciones públicas, y en el mismo lugar y grado que los mayordomos. Consulta este Tribunal en todos los casos que les parece conveniente, tiene lugar con los demás Consejos y Tribunales en las fiestas de toros, comedias del Retiro y demás actos públicos y, en ocasión de muerte de rey, se le envía decreto, como a los Consejos, por la persona real que sucede en el reyno y gobierno de él para que los ministros que siruen continúan su ejercicio y, luego, van en forma de Tribunal a besar la mano de su Majestad.

Los datos de Núñez de Castro nos hablan de una institución que administraba adecuadamente el aposentamiento regio. Entre otras cosas, la cifra global de 150.000 ducados que ofrece de su importe anual no había variado sustancialmente desde las reformas acometidas en su funcionamiento a instancias del licenciado Diego del Corral y Arellano. A la postre, la gestión del tributo, salvo problemas puntuales, seguía las pautas señaladas por el viejo consejero de hacienda, aunque siempre al servicio de la concesión del aposento o su equivalente en dinero para los servidores del rey, pues la regalía de aposento no pudo a la postre crecer más que la ciudad de la que detraía sus rentas. Más allá del *Solo Madrid es Corte*, del cronista Alonso Núñez de Castro, la cruda realidad era que Madrid y corte eran lo mismo.

⁷⁹ La primera edición, en Madrid, por Andrés García de la Iglesia, 1658. Hemos consultado la tercera, en Madrid, por Roque García de Miranda, 1675, pp. 116-121.

ANEXO

La *Nómina de la corte* y el aposentamiento regio
en las ordenanzas de la junta de 11 de junio de 1621 ⁸⁰

El rey. Por quanto en el capítulo veynte y ocho de las ordenanças que el día de la fecha de [e]sta [h]emos mandado que guarden el aposentador mayor y los otros nuestros aposentadores que al presente hacen y adelante hicieren el aposento de nuestra corte, se les hordena que [h]ayan de dar y den casas de aposento o dinero para ellas, conforme a las cantidades que les estubieren señaladas, a las personas, consejos y tribunales que ban expresados en la *Nómina General* que se les entregará firmada de nuestra mano, y que no puedan dar ni den posadas a otra persona fuera de las contenidas en la dicha nómina. Por tanto, las personas, consejos y tribunales quien así [h]an de aposentar son las siguientes, en esta manera ⁸¹:

Capilla

Al Limosnero Mayor ⁸²

A los Sumilleres de Cortina ⁸³

A los Capellanes ⁸⁴

Al Maestro de Capilla

⁸⁰ Hemos transcrito el ejemplar más antiguo de las ordenanzas que contiene la *Nómina de la corte*, el existente en AGP, AG, leg. 849, completándola en lo esencial con los comentarios que a la misma realizó J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, pp. 77-95.

⁸¹ Según *Ibidem*, p. 66, no hubo novedad entre las cantidades consignadas a cada oficio, pero sí en el número de personas y criados que se debía aposentar, “pues aquéllos han sido más o menos, o se han extinguido o aumentado otros, y a muchos, como los consejos y guardias, les está consignado el importe que percibían por la junta a las thesorerías, donde los sueldos, por lo que en esta lista se nota el estado presente”.

⁸² Se trataba del confesor del rey, cargo que llevaba aparejada la dignidad de limosnero mayor, el cual gozaba en origen de 200 ducados, aunque, ocasionalmente, recibía 4.000 reales antes de junio de 1621. En esta fecha se le redujo a su consignación original, siempre que no tuviera otro oficio (*Ibidem*, pp. 77-78).

⁸³ El sumiller de cortina era un “eclesiástico destinado en palacio para asistir a los reyes cuando iban a la capilla, correr la cortina del camón o tribuna y para bendecir la mesa real en ausencia del capellán y del procapellán mayor de palacio, Patriarca de las Indias” (*Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. II, p. 1271). En 1621 había dos sumilleres de cortina. La consignación de aposento se les redujo a cada uno de ellos de 300 ducados hasta 3.000 reales en 1621 (*Ibidem*, p. 77).

⁸⁴ En 1621 había 53 capellanes. La consignación de aposento se les redujo a cada uno de ellos de 100 ducados a 1.000 reales (*Ibidem*).

A los Cantores⁸⁵
A los Ministriles⁸⁶
A los moços de Capilla y Oratorio⁸⁷
Al Organista⁸⁸
A los Furrieres de Capilla

Cassas Reales

A los Mayordomos Mayores⁸⁹
A los demás Mayordomos⁹⁰
A los Gentiles hombres de la Cámara⁹¹
A los Gentiles hombres de la Boca⁹²
A los Acroys⁹³

⁸⁵ En número de 59 en 1621, vieron reducida su consignación original desde 100 ducados hasta 770 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 77).

⁸⁶ El ministril era quién, “en funciones de iglesia y otras solemnidades tocaba algún instrumento de viento. También es el que por oficio tañía instrumentos de cuerda o de viento” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. II, p. 911). Había 15 en 1621. La consignación de aposento se les redujo desde los 100 ducados hasta 770 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 77).

⁸⁷ 8 mozos de capilla y oratorio en 1621. La consignación de aposento se les redujo de 70 ducados a 550 reales a cada uno (*Ibidem*).

⁸⁸ Había un organista en 1621. La consignación de aposento se le redujo de 100 ducados a 880 reales (*Ibidem*).

⁸⁹ Cada uno de los 5 mayordomos de la casa real tenía una consignación anual de 5.000. En 1621 sus consignaciones y número se habían aminorado, respectivamente hasta 4.000 reales y tres cargos palatinos. No obstante, el mayordomo mayor del rey tenía, por decreto, una consignación anual de 11.000 reales en 1621 (*Ibidem*, p. 78).

⁹⁰ Los demás mayordomos eran los de semana, de los que había respectivamente del rey y de la reina. De estos últimos había 8 en 1621. La consignación de aposento se redujo a cada uno de ellos desde los 4.000 hasta los 3.500 reales. Su número en esta fecha era de 4 (*Ibidem*).

⁹¹ 19 en 1621. Sus consignaciones originales de 5.000 reales por cabeza se hallaban en 4.000 reales en 1621 y su número, en 15 (*Ibidem*).

⁹² 44 en 1621. La consignación de aposento se redujo a cada uno de ellos desde 200 ducados a 1.500 reales (*Ibidem*).

⁹³ El nombre de acroy, que designaba en el siglo XVI al “gentilhombre de la casa de Borgoña que acompañaba al soberano en ciertos actos públicos y le seguía a la guerra” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. I, p. 23) se hallaba reducido al común de gentilhombre de casa, de los que se contaban hasta 18 en 1621. Su consignación de aposento, reducida desde los 200 ducados a los 1.5000 reales, vino acompañada de su recorte hasta 10 de ellos.

Capítulo 5: *Anexo*

A los Costilleros⁹⁴
Al Barleseruán⁹⁵
A los Ayudas de Cámara⁹⁶
A los Continuos de la casa de Castilla y Aragón⁹⁷
Al Maestro de la Cámara⁹⁸
A los Contralores⁹⁹
A los Grefieres¹⁰⁰

⁹⁴ Según el *Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. I, p. 391, era el “oficial palatino que acompañaba al rey cuando iba a su capilla, visitaba alguna iglesia o salía de viaje”. Había 11 de ellos en 1621, con consignaciones de 150 ducados anuales, reducidos hasta 1.100 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 79).

⁹⁵ Era el “varlet servant”, o maestro de danza, con la denominación que recibía en el protocolo de la casa de Borgoña. En 1621 había uno, con consignación de 350 ducados, recortada hasta los 3.200 reales (*Ibidem*, p. 79).

⁹⁶ 13 en 1621, con consignaciones respectivas de 200 ducados, reducidos a 2.000 reales, incluyendo en el mismo cargo palatino a 15 empleos, integrados por 13 ayudas de cámara, un secretario y un guardarropa (*Ibidem*).

⁹⁷ Según el *Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. I, p. 368, era “cada uno de los que componían el cuerpo de los cien *continuos*, que antiguamente servía en la casa del rey para la guardia de su persona y custodia del palacio”. Originado como cargo palatino procedente de la casa de Castilla, lo habitual era encontrarlos mencionados como “continuos”. Su número y consignación varió desde los 34 y 80 ducados por cabeza a los 660 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 79).

⁹⁸ Según el *Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. II, p. 855, era un “oficial palatino que, según la etiqueta de la casa de Borgoña, funcionaba como habilitado para los gastos de despensa, gajes de criados y otros análogos”. En 1621 había uno, con una consignación anual de 250 ducados, reducidos hasta 2.200 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 79).

⁹⁹ Era un “oficial honorífico de la casa real según la etiqueta de Borgoña, equivalente a lo que, según la de Castilla, llamaban veedor. Intervenía las cuentas de los gastos, las libranzas, los cargos de alhajas y muebles y ejercía otras funciones importantes” (*Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. I, p. 371). Sus consignaciones respectivas se redujeron desde los 250 ducados a los 2.200 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 79).

¹⁰⁰ Según el *Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. I, p. 701, se trataba de un “oficio honorífico de la casa real, según la etiqueta de la de Borgoña, auxiliar y complementario del contralor”, que “en el bureo actuaba como secretario”. No se indica el número que había en 1621, quizá uno tan solo, aunque se cita la reducción de las consignaciones de aposento aplicadas al cargo desde los 200 ducados a 2.000 reales. Inmediatamente después de estos, sin aparecer en la *Nómina General*, Bermúdez cita dos tesoreros generales, sin saber cuándo se introducen en ella, de los que refiere que su consignación se había reducido desde 300 ducados a 2.200 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 79).

A los Guardajoyas¹⁰¹
A los Guarda[r]ropas¹⁰²
A los Be[e]dores de bianda¹⁰³
Al Aposentador mayor de Palacio¹⁰⁴
A los tapiceros mayores¹⁰⁵
A los jefes de los oficios¹⁰⁶
A los ayudas de los oficios
A los moços de oficio jurados
A los cocineros¹⁰⁷

¹⁰¹ Había dos en 1621. Su consignación de aposento se redujo de 200 ducados a 2.000 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 79).

¹⁰² Dos, también, en 1621, con las mismas consignaciones y reducciones que en el caso anterior (*Ibidem*, p. 80).

¹⁰³ El *Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. II, p. 1370, dice de tal cargo que era un “empleado de palacio a cuyo cargo corría que se sirviese sin desfalco a la mesa lo que se le había ordenado, y que no se sirviese cosa alguna sin avisar al mayordomo mayor o al de semana”. Bermúdez no indica su número. Su consignación de aposento se redujo de 150 ducados a 1.500 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 80).

¹⁰⁴ Según el *Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. I, p. 112, “tenía a su cargo la separación de los cuartos de las personas reales y el señalamiento de parajes para ir a las oficinas y habitación de los que debían vivir dentro de palacio, así como la dirección de la furriera y bujería de la cámara regia”, con una consignación anual de 200 ducados hasta junio de 1621, reducida en esa fecha hasta 2.000 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 80).

¹⁰⁵ Era el “jefe que cuidaba de la tapicería en palacio” (*Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. II, p. 1286). Había uno en 1621, con 200 ducados de consignación de aposento, reducida hasta 1.500 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 80).

¹⁰⁶ Los jefes de oficios, o jefes de oficio de boca o de la boca eran a quienes competía la dirección “en palacio de todos los cargos que tenían relación con la mesa de los reyes” (*Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. II, p. 972). Los oficios de la boca del rey se componían de 12 jefes, asistidos cada uno por un ayudante y dos mozos de oficio. Su consignación original, de 150 ducados, se aminoró hasta 1.100 reales en 1621. Sus ayudantes, por su parte, tenían 80 ducados de consignación anual, reducidos hasta 660 reales. Los mozos de oficio, por último, tenían establecidas en origen consignaciones de 60 ducados, aminoradas hasta 440 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 80).

¹⁰⁷ La planta de la real cocina estaba formada por dos cocineros mayores, asistidos por 12 ayudas, 11 portadores de vianda, 12 galopines y, por último, 5 porteros de cocina. Los primeros percibían como consignación 150 ducados anuales, reducidos a 880 reales, los segundos y terceros 80 ducados, aminorados a 550 reales, los cuartos, 40 ducados reducidos a 330 reales. Los porteros, en número de 4, detraían 70 ducados, que se redujeron a 440 reales (*Ibidem*, pp. 80-81).

A los portadores de cocina
A los galopines
Al busier¹⁰⁸
A los potajieres¹⁰⁹
A los barberos de Cámara¹¹⁰
A los médicos de Cámara¹¹¹
A los médicos de Familia¹¹²
A los cirujanos de Cámara¹¹³
A los demás cirujanos
A los sangradores de Cámara¹¹⁴
A los demás barberos del común de la Casa
A los uxieres de bianda¹¹⁵

¹⁰⁸ También busier o bujier, era el jefe de la busería en el palacio. Había dos en 1621, con consignación de aposento de 130 ducados reducidos a 880 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 81).

¹⁰⁹ Los dos jefes de la potajería, uno por cada casa, percibían cada uno cantidades anuales de 130 ducados, aminorados hasta 880 reales (*Ibidem*, p. 81).

¹¹⁰ Otros dos en 1621, con consignaciones anuales de 150 ducados reducidas a 880 reales (*Ibidem*).

¹¹¹ Es posible que este grupo lo formaran los médicos de cámara –6 en 1621– y los médicos de la casa de Castilla –otros tantos en esa fecha–. A los primeros se les recortó su consignación de aposento en 500 reales desde los 2.500 que originariamente establecía la *Nómina General*. Los segundos, a su vez, verían reducidas sus consignaciones desde los 100 ducados a los 880 reales (*Ibidem*).

¹¹² Los 12 existentes vieron aminoradas sus consignaciones respectivas desde 150 ducados a 1.000 reales (*Ibidem*).

¹¹³ No hay distinción entre cirujanos de cámara y el resto de cirujanos. En 1621 había 11, entre los que se citaba al cirujano Vergara. A todos ellos se les redujeron las consignaciones de aposento desde 1.500 hasta 700 reales, a excepción del citado Vergara, a quién se le redujo de 2.000 a 1.100 reales. Había también tres algebristas, esto es, “cirujanos dedicados especialmente a la curación de dislocaciones de huesos” (*Diccionario de la RAE*, *op. cit.*, vol. I, p. 65). A estos se les redujo su consignación desde los 80 ducados a 550 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, pp. 81–82).

¹¹⁴ Tampoco se encuentran diferencias entre los sangradores de cámara y el resto de sangradores. Este oficio lo formaban 6 sangradores y sus ayudas, en número de 4. A los primeros, con consignaciones iguales a la de los cirujanos, se les redujeron en la misma proporción que aquéllos. Los segundos, por su parte, percibían anualmente 100 ducados, aminorados hasta 550 reales (*Ibidem*, p. 82).

¹¹⁵ Los ujieres de vianda, también llamados ujieres de sala, eran “criados de palacio, que tenían a su cargo acompañar el cubierto y copa desde la panetería y cava, y después la

Al Aposentador mayor ¹¹⁶
A los Aposentadores del libro ¹¹⁷
A los Aposentadores de camino ¹¹⁸
A los Buxieres de Cámara ¹¹⁹
A los Buxieres de Saleta ¹²⁰
[A los] Portereros de Cámara ¹²¹

vianda desde la cocina” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. II, p. 1354). Bermúdez no da noticia ni de su número ni de las consignaciones de aposento que recibían.

¹¹⁶ Según *Ibidem*, vol. I, p. 112, el “presidente de la Junta de aposento”, denominado como “mariscal de logis” a lo largo del siglo XVI. Esta mención, proveniente del oficio correlativo en la casa de Borgoña, se asimila finalmente a la castellana del aposentador mayor. Hasta 1621 careció de consignación de aposento, asignándosele desde entonces 3.500 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 82).

¹¹⁷ Los aposentadores del libro eran lo mismo que los aposentadores de casa y corte. Según el *Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. I, p. 112, era “cada uno de los que componían la Junta de aposento y tenían voto en ella”. En 1621 había 7 en ejercicio, con consignaciones anuales de 2.500 reales reducidas, finalmente, a 2.000. Su planta se pretendió reducir a toda costa, como muestran las órdenes para que solo existieran 5 aposentadores, contenidas en las propias ordenanzas de 1621, cosa que solo ocurriría ya en el siglo XVIII, cuando las menciones de Joseph Bermúdez cifran en tres su número. Aparte de estos, el contador de las casas de tercia parte recibía consignaciones de 1.500 reales anuales, pese a no estar incluido en la *Nómina General* (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, pp. 82 y 93).

¹¹⁸ Estos eran quienes “en las jornadas que hacían las personas reales, se adelantaban para disponer el aposentamiento de éstas y de sus familias” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. I, p. 112). En número de 13 en 1621, dispusieron hasta entonces de consignaciones anuales de 1.500 reales, aminoradas en esta fecha hasta 1.000 reales por cabeza (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 82).

¹¹⁹ Según el *Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. II, p. 1354, el ujier de cámara era “un criado del rey, que asistía en la antecámara para cuidar de la puerta y de que sólo entrasen las personas que debían entrar, por sus oficios o por otros motivos”. La consignación de aposento de que disponía cada uno de ellos se redujo en la *Nómina General* desde los 1.500 a los 500 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 82).

¹²⁰ Los ujieres de saleta eran, según el *Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. II, p. 1354, los “criados del rey que asistían en la saleta para impedir la entrada a los que no tenían derecho a ella. Lo había también en el cuarto de la reina, con el mismo encargo”. En 1621 había 14 de ellos, los cuales verían reducidas sus consignaciones desde los 120 ducados a los 880 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 82).

¹²¹ El portero de cámara era un oficio de palacio, cuya ocupación era vigilar la entrada exterior de la antecámara para cuidar de la puerta y de que sólo entrasen las personas que

A los Porteros de Cadenas¹²²
A los Porteros de la Maisón¹²³
A los Monteros de Cámara¹²⁴
A los Guardas de damas¹²⁵
A los Reposteros de camas¹²⁶
A los Porteros de damas y sus ayudas¹²⁷

debían entrar, por sus oficios o por otros motivos. Había 52 en 1621. La consignación de aposento se les redujo de 100 ducados a 770 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 83).

¹²² Los porteros de cadena eran “un oficio de palacio, cuya ocupación era vigilar la entrada exterior y recorrer las cadenas para franquear el acceso a las personas que tenían derecho de apearse ante la puerta” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. II, p. 1089). Había 14 en 1621 y su consignación se redujo desde 100 ducados a 770 reales (*Ibidem*, p. 83).

¹²³ Es un cargo palatino proveniente del protocolo borgoñón que, en la práctica, ostentaba el rango de portero mayor de la casa del rey o de la reina; por esa razón había dos oficios en 1621. Su función venía a ser la de encabezar a los porteros de cámara. Sus consignaciones se redujeron de 1.500 hasta 880 reales (*Ibidem*, p. 83).

¹²⁴ Los monteros de cámara o monteros de Espinosa eran “criados distinguidos de la casa real de Castilla, cuyo oficio era quedarse por la noche en la pieza inmediata a la cámara donde dormían personas reales, para guardarlas desde que se acostaban hasta la mañana. Debían ser hidalgos y naturales u originarios de la villa de Espinosa de los Monteros” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. II, p. 926). Lo que no indica el *Diccionario* era que este cargo había absorbido uno similar existente en la antigua casa real de León y que aún existía en la primera mitad del siglo XV, los llamados monteros de Babia, con función similar a los de Espinosa, a quienes se les exigía para el desempeño de su oficio el que fueran naturales de aquella comarca. De los de Espinosa, había 47 en 1621. Sus consignaciones hasta esa fecha era de 1.500 reales, reducidas hasta 1.000 por la *Nómina General* (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 83).

¹²⁵ En su origen, el empleo del guarda de damas consistía en “ir a caballo al estribo del coche de las damas para que nadie llegara a hablarles. Después se limitó al cargo de despejar la sala del cuarto de la reina en las funciones públicas” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. I, p. 707). Había 11 en 1621. Su consignación se redujo por entonces desde 200 ducados a 1.500 reales. Para 1738 había 6.

¹²⁶ 12 en 1621. Su consignación de aposento se aminoró de 150 ducados a 1.000 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 83).

¹²⁷ Los porteros de damas eran los encargados de “guardar la entrada de las habitaciones que ocupaban las damas solteras y después las camaristas” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. II, p. 1089). En 1621, su planta se integraba por 9 de ellos, asistidos por 6 ayudas. Sus respectivas consignaciones les fueron reducidas, para cada oficio, desde 1.500 hasta 800 reales y de 60 ducados a 550 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 83).

A los Mayordomos del Estado de Cámara y Boca ¹²⁸
A los Maestresalas de las damas y sus ayudas
A los Escuderos de a pie ¹²⁹
A los moços de retrete ¹³⁰
A los Barrenderos de Cámara ¹³¹
A los demas barrenderos ¹³²
A los aguadores ¹³³
Al Be[e]dor de las Obras Reales
Al Traçador y Maestro Mayor de las Obras Reales
Al Contraste de la Corte
A los escribanos de Camara de las dos Casas Reales que toman la
raçón de lo que se gasta por los oficios de guarda[r]ropa

Caualleriça

Al Caualleriço Mayor y primer caualleriço ¹³⁴
A los demas caualleriços ¹³⁵
Al Harmero Mayor ¹³⁶

¹²⁸ Los mayordomos de estado eran quienes “en la casa real [asumían] el cuidado de la servidumbre del estado de los caballeros” (*Diccionario de la RAE, op. cit.*, vol. II, p. 888). Bermúdez no da noticia de su número ni de las consignaciones de aposento de que disponían, aunque cita que tenían a su cargo 12 ayudas, a quienes se redujo su consignación desde 80 ducados a 660 reales. Estos últimos tenían a su cargo 10 mozos de oficio en 1621, a quienes se les redujo su consignación desde 60 ducados a 400 reales. Los mayordomos de boca eran aquéllos a cuyo cargo estaba el cuidado de la servidumbre de los oficios de la boca del rey. De ellos había 4 en 1621 y se les redujo la consignación desde 1.500 a 1.000 (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 83).

¹²⁹ 34 en 1621. Su consignación se redujo de 70 ducados a 500 reales (*Ibidem*, p. 84).

¹³⁰ 6 en 1621. Su consignación se redujo como a los anteriores (*Ibidem*).

¹³¹ Dos en 1621. La consignación de aposento se aminoró desde 150 ducados a 330 reales (*Ibidem*)

¹³² 22 en 1621. La consignación de aposento se les redujo de 400 a 300 reales. En 1738 había 4 de ellos (*Ibidem*).

¹³³ Había dos en 1621. Su consignación de aposento se aminoró de 100 ducados a 660 reales (*Ibidem*).

¹³⁴ Hasta 1621, el caballerizo mayor carecía de consignación alguna. En esta fecha se establece una cantidad anual de 400 ducados (*Ibidem*).

¹³⁵ Había 10 caballerizos, citados como “de las casas reales”, en 1621. Su consignación se redujo de 250 ducados a 1.650 reales (*Ibidem*, p. 85).

¹³⁶ Disponía de consignación de aposento de 250 ducados, rebajados a 1.650 reales (*Ibidem*).

A los Contadores y Ve[e]dores de la Caualleriça ¹³⁷
A los Furrieres ¹³⁸
A sus ayudas ¹³⁹
A los Picadores ¹⁴⁰
Al Guardarnés ¹⁴¹
Al Palafrenero Mayor
A los ayudas de Guardarnés ¹⁴²
Al Cochero Mayor ¹⁴³
A los Libradores ¹⁴⁴
A los Correos de las Caualleriças ¹⁴⁵
Al Baler de Corps ¹⁴⁶
A los lacayos ¹⁴⁷
A los cocheros
Al Ayo de los Pajes, siruiendo en casa de [e]llos
Al Teniente del Ayo de los Pajes
Capellán de pajes ¹⁴⁸

¹³⁷ Había dos oficios por cada uno de los cargos en 1621. Su consignación de aposento se aminoró entonces desde 2.000 hasta 1.650 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 85).

¹³⁸ Había dos en 1621. Se les redujo la consignación de aposento desde 2.000 a 1.100 reales (*Ibidem*).

¹³⁹ 4 en 1621. La consignación se les redujo de 120 ducados a 660 reales (*Ibidem*).

¹⁴⁰ En número de tres, la consignación de aposento de que disfrutaban se redujo desde 150 ducados a 1.000 reales (*Ibidem*).

¹⁴¹ Dos en 1621. Se redujo su consignación como a los anteriores (*Ibidem*).

¹⁴² Dos en 1621. La consignación de aposento se redujo de 120 ducados a 880 reales (*Ibidem*).

¹⁴³ Los dos existentes vieron reducida su consignación de aposento desde 2.000 a 1.100 reales (*Ibidem*, p. 86).

¹⁴⁴ Dos en 1621. La consignación de aposento se les redujo desde 100 ducados a 770 reales (*Ibidem*).

¹⁴⁵ 5 en 1621. La consignación se les redujo de 80 ducados a 660 reales (*Ibidem*).

¹⁴⁶ Se trata del varlet de corps. Se le redujo su consignación desde 120 ducados hasta 770 reales (*Ibidem*).

¹⁴⁷ Había 24 lacayos de las dos casas reales, del rey y de la reina. Su consignación de aposento se aminoró desde 80 ducados hasta 550 reales (*Ibidem*).

¹⁴⁸ No consta en la *Nómina general*, pero sí en la relación de consignaciones dada por Bermúdez. Se le aminoró desde 100 ducados a 880 reales (*Ibidem*).

Al Maestro de Latín de los Pajes, no biuiendo en las casa de [e]llos¹⁴⁹
A los Porteros de la caualleriza¹⁵⁰
Al Portero de los Pajes, no biuiendo en las cassas déllos
A los Trompetas y Atabaleros¹⁵¹
A los Armeros¹⁵²
[Herradores]¹⁵³
A los moços de caualllos y de literas y coches¹⁵⁴
A los aguadores¹⁵⁵
A los litereros
Al Acimilero Mayor y a los demas acimileros
A los reyes de Armas y Maceros

Guardas [Reales]

A los Capitanes de las Guardas¹⁵⁶
A sus Tenientes¹⁵⁷
A los Alferezes¹⁵⁸
A los Sargentos¹⁵⁹

¹⁴⁹ Uno en 1621. Su consignación se redujo como al anterior (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, op. cit., p. 86).

¹⁵⁰ Los porteros de las caballerizas eran también porteros de pajes. En número de dos, su consignación de aposento se redujo de 60 ducados a 440 reales (*Ibidem*).

¹⁵¹ 30 en 1621. Se redujo la consignación de aposento de que disponían desde 60 ducados hasta 440 reales (*Ibidem*, p. 87).

¹⁵² 6 en 1621. La consignación de aposento se les redujo como a los anteriores (*Ibidem*, p. 87).

¹⁵³ No constan en la *Nómina General*, pero sí figuran dos oficios, con sus dos ayudas correspondientes, en la relación de consignaciones dada por Bermúdez. Estas se les redujeron, respectivamente, desde 80 ducados a 500 reales y de 50 ducados a 400 reales (*Ibidem*).

¹⁵⁴ 70 en 1621. La consignación de aposento se redujo de 30 ducados a 300 reales (*Ibidem*).

¹⁵⁵ En número de dos, sus consignaciones se rebajaron de 40 ducados a 300 reales (*Ibidem*).

¹⁵⁶ Había dos, respectivamente para la guarda española y la guarda alemana, con una consignación anual de 4.000 reales, reducidos a 3.500 quinientos (*Ibidem*, pp. 87-88).

¹⁵⁷ Dos, uno por cada capitán. Hasta junio de 1621 percibían 200 ducados, rebajados hasta 2.000 reales (*Ibidem*, p. 88).

¹⁵⁸ En número de dos, con consignación de 150 ducados, rebajada a 1.000 reales (*Ibidem*).

¹⁵⁹ Dos en 1621, con 100 ducados de casa de aposento, reducidos a 880 reales (*Ibidem*).

Capítulo 5: *Anexo*

A los Cauos de [E]scuadra ¹⁶⁰
A los Harcheros ¹⁶¹
A los soldados de la Guarda Española ¹⁶²
A los de la Guarda Tudesca ¹⁶³
A los de la Guarda Bieja ¹⁶⁴
A los de la Guarda de a Cauallo ¹⁶⁵
A los Trompetas y Atambores de las guardas / ^{8v}

Consejos

[Consejo y Cámara de Castilla, Estado y Guerra]

Al Pressidente y los del nuestro consejo y Fiscal de [él] ¹⁶⁶
A los Relactores ¹⁶⁷
A los esscribanos de Cámara ¹⁶⁸
Al Sello Real
A los Consejos de Estado y Guerra ¹⁶⁹

¹⁶⁰ Dos en 1621, con 80 ducados anuales, reducidos a 660 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 88).

¹⁶¹ En número de 81 y 80 ducados anuales de consignación por cabeza, se aminoró a una consignación de 660 reales (*Ibidem*).

¹⁶² 100 en 1621, con 50 ducados por cabeza, reducidos hasta 400 reales (*Ibidem*).

¹⁶³ 103 en 1621. Sus consignaciones y rebaja son los mismos que los de la guarda española (*Ibidem*).

¹⁶⁴ 50 en 1621. Iguales consignaciones y rebajas que las guardas española y alemana (*Ibidem*, pp. 88-89).

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 89, los califica como escuderos de las guardas de a caballo. En 1621 tenían consignación anual de 60 ducados, reducidas hasta 550 reales.

¹⁶⁶ El presidente del Consejo de Castilla, sin consignación hasta junio de 1621, recibiría desde entonces 1.000 ducados para casa de aposento. Los 16 consejeros de Castilla recibían 4.500 quinientos reales, aminorados hasta 4.000 en 1621. Su fiscal, con una consignación anual de 4.000 reales, vio reducido su importe hasta 3.500 reales (*Ibidem*).

¹⁶⁷ No parece existir diferencia entre los oficios de igual denominación que cumplían sus tareas en distintos consejos. Así, constan 19 relatores para 1621, con consignaciones anuales de 2.000 reales, que se rebajaron hasta 1.100 (*Ibidem*, p. 91).

¹⁶⁸ Las consignaciones de los escribanos de cámara del Consejo de Castilla están equiparadas a las de los relatores de los consejos. A su vez, no existen diferencias con la de otros escribanos de cámara de otros consejos.

¹⁶⁹ El presidente de cada uno de estos consejos recibía, en 1621, 7.000 reales de consignación. Se citan 12, sin indicar el número perteneciente a cada tribunal (*Ibidem*, p. 89).

A los porteros de [e]stos conssejos ¹⁷⁰

Sala de alcaldes [de casa y corte]

A los Alcaldes de la casa y corte ¹⁷¹

Al [Alcalde] de las obras y bosques

Al Fiscal de la cárcel ¹⁷²

A cinquenta alguaciles de corte

A los Relactores ¹⁷³

Al Letrado de pobres ¹⁷⁴

Al Procurador de pobres

A los Porteros de Sala, que se reputan por porteros de los conssejos ¹⁷⁵

Al Berdugo

[Consejo de Aragón]

Al Biçecanciller

A los Consejeros de [e]ste conssejo y Fiscal ¹⁷⁶

Al Pronotario de [e]ste conssejo y su Theniente ¹⁷⁷

Al Thesorero general de la Corona de Aragón y su Theniente, si tubiere título

¹⁷⁰ En el mismo epígrafe figuran oficios con distinta consignación. Así, los tres porteros del Consejo de Estado percibían 100 ducados de casa de aposento, frente a los 60 percibidos por los 44 porteros del resto de los Consejos. A unos y a otros se les redujeron sus consignaciones anuales a 660 y 450 reales respectivamente (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 91).

¹⁷¹ Había 8 en 1621, con consignaciones anuales de 4.000 reales, reducidas hasta 3.500 (*Ibidem*, p. 89).

¹⁷² Debe suponerse que recibe una consignación anual similar a la del resto de los fiscales, en número de 10 para 1621. Para esta fecha, recibían 4.000 reales, reducidos a 3.500 (*Ibidem*, p. 90).

¹⁷³ Bermúdez cita un número de 19, junto a los “escribanos de la Cámara del Consejo del rey y demás Consejos”. No sabemos si es el número común a todos o específicamente el de los relatores. Sus consignaciones se aminoraron desde 2.000 a 1.100 reales (*Ibidem*, p. 91).

¹⁷⁴ 150 ducados de consignación, aminorados hasta 880 reales (*Ibidem*).

¹⁷⁵ Al igual que el resto de los porteros, excepto los del Consejo de Estado, recibían 60 ducados anuales de consignación, reducidos a 210 reales (*Ibidem*).

¹⁷⁶ Los consejeros recibían 4.500 reales hasta junio de 1621, rebajados desde esa fecha a 500 reales. Joseph Bermúdez globaliza el número para el resto de los consejos, esto es, 52, al igual que sus fiscales.

¹⁷⁷ Respectivamente, 300 y 200 ducados, rebajados a 3.500 y 1.400 reales (*Ibidem*, p. 90).

Capítulo 5: *Anexo*

Al Procurador Fiscal ¹⁷⁸
A los esscribanos de mandamientos
A los porteros
Al Cursor ¹⁷⁹
Al Sello y Registro

Conssejo de Ytalia

Al Pressidente de [e]ste Conssejo
A los Regentes de [é]l
Al Conseruador del Patrimonio Real ¹⁸⁰
Al Archivero deste conssejo ¹⁸¹
A los porteros
Al Sello y Registro

Conssejo de Ynquissición

Al Ynquisidor General ¹⁸²
A los Consejeros de [e]ste conssejo y Fiscal de [é]l
A los esscribanos de Cámara
Al Alguacil Mayor ¹⁸³
Al Nuncio ¹⁸⁴
A los porteros

Conssejo de Indias ¹⁸⁵

Al Pressidente de [e]ste conssejo ¹⁸⁶

¹⁷⁸ Su consignación se redujo desde 150 ducados a 1.100 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 92).

¹⁷⁹ Su consignación se redujo desde 150 a 400 reales (*Ibidem*).

¹⁸⁰ Su denominación era la de conservador general del Patrimonio Real de Aragón e Italia. Originariamente tenía 300 ducados de consignación anual, reducidos a 3.000 reales (*Ibidem*, p. 93).

¹⁸¹ 100 ducados hasta junio de 1621, reducidos hasta 700 reales (*Ibidem*).

¹⁸² Como presidente del consejo, recibía 7.000 reales desde junio de 1621.

¹⁸³ 200 ducados, aminorados hasta 2.000 reales (*Ibidem*, p. 92).

¹⁸⁴ 70 ducados, aminorados hasta 550 reales (*Ibidem*).

¹⁸⁵ Sin incluir en la *Nómina General*, Bermúdez (*Ibidem*, p. 93) cita al cosmógrafo de las Indias, con consignación anual de 100 ducados, rebajados a 770 reales.

¹⁸⁶ 7.000 reales.

A los Consejeros y Fiscal de [é]l
Al escriuano de Cámara
A los Relatores
A los Contadores de [e]ste conssejo
Al Agente Fiscal
A los porteros

Conssejo de Portugal

Al Pressidente de [e]ste conssejo
A los Consejeros
A los esscribanos de cámara
A los porteros
Al Sello y Registro

Conssejo de Hórdenes

Al Pressidente de [e]ste conssejo
A los Consejeros y Fiscal de [é]l
A los Procuradores generales de las Hórdenes¹⁸⁷
A los Caualleros Fiscales de [e]llos¹⁸⁸
A los Relatores¹⁸⁹
A los esscribanos de Cámara
Al Agente Fiscal
A los porteros
Al Sello y Registro

Conssejo de Hazienda y sus Tribunales

Al Pressidente de [e]ste conssejo
A los Consejeros
A los Oydores de la Contaduría y Fiscal
A los Contadores de Quentas y Fiscal
A los Contadores de libros¹⁹⁰

¹⁸⁷ Tres, respectivamente de las de Santiago, Calatrava y Alcántara. Tenían 200 ducados anuales de consignación hasta junio de 1621, rebajados a 1.650 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*, p. 92).

¹⁸⁸ Otros tantos. Poseían 200 ducados anuales de consignación hasta junio de 1621, rebajados a 1.650 reales (*Ibidem*).

¹⁸⁹ Igual que los de los otros consejos, 2.000 reales en 1621, reducidos a 1.100 para 1738.

¹⁹⁰ Constan 14 en 1621, con 200 ducados de consignación anual, rebajados a 1.500 reales (*Ibidem*, p. 90).

A los Contadores de Resultas¹⁹¹
A los Contadores entretenidos con título¹⁹²
A los Hordenadores de Quentas
A los escriuanos de Cámara
A los Relactores
A los Agentes Fiscales deste conssejo y tribunales
A los Thesoreros Generales
A los porteros

Consejo de Cruzada

Al Comisario General de [e]ste consejo
Al Fiscal
A los Contadores de Cruzada¹⁹³
A los Relactores
A los esscribanos de Cámara
A los Porteros

Secretarios

A todos los Secretarios con exerciçio y a sus oficiales mayores¹⁹⁴
A todos los de [h]onor, sin ejercicio¹⁹⁵
Al Secretario de la Horden del Tusón
Al Canciller de la dicha orden
A los escribanos de las Cortes
A los Coronistas de Castilla y de las Yndias¹⁹⁶
A los Intrépetes de las lenguas¹⁹⁷

¹⁹¹ 24 en 1621, con 100 ducados anuales de consignación, aminorados hasta 1.000 reales (J. BERMÚDEZ: *Regalía de aposentamiento de corte...*, *op. cit.*,).

¹⁹² Los contadores entretenidos y ordenadores de cuentas, en número de 16, percibían 80 ducados anuales desde 1621, reducidos hasta 660 reales (*Ibidem*, p. 91).

¹⁹³ Dos en 1621. Junto con el fiscal, recibía cada uno de ellos 200 ducados en esta fecha, reducidos hasta 2.000 reales (*Ibidem*, p. 90).

¹⁹⁴ Había 21 secretarios de consejos en 1621, quienes percibían consignaciones anuales de 4.000 reales, aminorados hasta los 3.500 reales. Sus oficiales mayores, otros tantos, percibían 150 ducados en 1621, rebajados hasta 1.100 reales (*Ibidem*).

¹⁹⁵ En número de 12, vieron reducidas sus consignaciones desde 150 ducados anuales a 1.400 reales (*Ibidem*).

¹⁹⁶ Cada uno de ellos recibía 150 ducados, reducidos en junio de 1621 a 1.100 reales (*Ibidem*, p. 93). Bermúdez cita, además, tres cronistas más.

¹⁹⁷ Dos en 1621, con consignaciones anuales de 100 ducados, aminorados hasta 770 reales (*Ibidem*, p. 92).

A la Camarera mayor, se le [h]a de dar casa de aposento para su familia
A la Guarda mayor, Dueñas de [h]onor y a las demás, algún aposento
para un criado

Y mandamos a los dichos aposentador mayor y aposentadores que se gouiernen por la dicha nómina, y no de otra manera, y la asienten al principio del libro del aposento para que, en todo tiempo, conste de [e]lla y a todos sea notoria. Fecha en Madrid, a diez y ocho de junio de mil y seyscientos y veynte y un años. Yo, el rey. Por mandado del rey, nuestro Señor, Pedro de Contreras.

Concuerta con la Nómina General de su Magestad, que está en mi poder como su secretario y de la Junta de aposento de su casa y corte en Madrid, a nueve de henero de mill y seyscientos y quarenta años.

Nómina de la corte en 1621

Cargo	Dependencia	Consig- nación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consig- nación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Limosnero mayor	Real capilla	2.200	1	2.200		2.200	1	2.200	
Sumiller de cortina	Real capilla	3.300	2	6.600		3.000	2	6.000	
Capellán	Real capilla	1.430	53	75.790		1.000	53	53.000	
Maestro de capilla	Real capilla	0	1	0		0	1	0	
Cantor	Real capilla	1.100	59	64.900		770	59	45.430	
Ministril	Real capilla	1.100	15	16.500		770	15	11.550	
Mozo de capilla y oratorio	Real capilla	770	8	6.160		550	8	4.400	
Organista	Real capilla	1.100	1	1.100		880	1	880	
Furrier de capilla	Real capilla	0	1	0		0	1	0	
TOTAL			141		173.251		141		123.462
Mayordomo mayor	Casa real	5.000	5	25.000		4.000	5	20.000	
Mayordomo de semana	Casa real	4.000	8	32.000		3.500	8	28.000	
Gentilhombre de cámara	Casa real	5.000	19	95.000		4.000	19	76.000	
Gentilhombre de boca	Casa real	3.300	44	145.200		2.200	44	96.800	
Acroy	Casa real	2.200	18	39.600		1.500	18	27.000	
Costiller	Casa real	1.650	11	18.150		1.100	11	12.100	
Barlet serván	Casa real	3.850	1	3.850		3.200	1	3.200	

Cargo	Dependencia	Consig- nación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consig- nación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Ayuda de cámara	Casa real	2.200	13	28.600		2.000	13	26.000	
Continuo de la casa de Castilla	Casa real	880	34	29.920		660	34	22.440	
Maestro de la cámara	Casa real	2.750	1	2.750		2.200	1	2.200	
Contralor	Casa real	2.750	2	5.500		2.200	2	4.400	
Grefier	Casa real	2.200	2	4.400		2.000	2	4.000	
Tesorero general	Casa real	3.300	2	6.600		2.200	2	4.400	
Guardajoyas	Casa real	2.200	2	4.400		2.000	2	4.000	
Guardarropas	Casa real	2.200	2	4.400		2.000	2	4.000	
Veedor de vianda	Casa real	1.650	2	3.300		1.500	2	3.000	
Aposentador mayor de palacio	Casa real	2.200	1	2.200		2.000	1	2.000	
Tapicero mayor	Casa real	2.200	1	2.200		1.500	1	1.500	
Jefe de oficios de la boca	Casa real	1.650	12	19.800		1.100	12	13.200	
Ayuda de oficios de la boca	Casa real	880	12	10.560		660	12	7.920	
Mozo de oficios de la boca	Casa real	660	24	15.840		440	24	10.560	
Cocinero mayor	Casa real	1.650	2	3.300		880	2	1.760	
Ayuda de cocinero mayor	Casa real	880	12	10.560		550	12	6.600	
Portadores de cocina	Casa real	880	11	9.680		550	11	6.050	
Galopín	Casa real	440	12	5.280		330	12	3.960	

Capítulo 5: Nómina de la corte en 1621

Cargo	Dependencia	Consig- nación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consig- nación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Portero de cocina	Casa real	770	5	3.850		440	5	2.200	
Bujier	Casa real	1.430	2	2.860		880	2	1.760	
Potagier	Casa real	1.430	2	2.860		880	2	1.760	
Barbero de cámara	Casa real	1.650	2	3.300		880	2	1.760	
Médico de cámara	Casa real	2.500	6	15.000		2.000	6	12.000	
Médico de la casa de Castilla	Casa real	1.100	6	6.600		880	6	5.280	
Médico de familia	Casa real	1.650	12	19.800		1.000	12	12.000	
Cirujano Vergara	Casa real	2.000	1	2.000		1.100	1	1.100	
Cirujano de cámara	Casa real	1.500	10	15.000		880	10	8.800	
Algebristas	Casa real	880	3	2.640		550	3	1.650	
Sangrador de cámara	Casa real	1.500	6	9.000		770	6	4.620	
Ayuda de sangrador de cámara	Casa real	1.500	4	6.000		550	4	2.200	
Ujier de vianda	Casa real	120	14	1.680		0	14	0	
Aposentador mayor	Casa real	0	1	0		3.500	1	3.500	
Aposentador del libro	Casa real	2.500	7	17.500		2.000	7	14.000	
Aposentador de camino	Casa real	1.500	13	19.500		1.000	13	13.000	
Contador de la razón de las casas de 3ª parte	Casa real	0	1	0		1.500	1	1.500	
Ujier de cámara	Casa real	1.500	15	22.500		1.000	15	15.000	

Cargo	Dependencia	Consig- nación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consig- nación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Ujier de saleta	Casa real	1.320	14	18.480		880	14	12.320	
Portero de cámara	Casa real	1.100	52	57.200		770	52	40.040	
Portero de cadenas	Casa real	1.100	14	15.400		770	14	10.780	
Portero de la maisón	Casa real	1.500	2	3.000		880	2	1.760	
Montero de cámara	Casa real	1.500	47	70.500		1.000	47	47.000	
Guardadamas	Casa real	2.200	11	24.200		1.500	11	16.500	
Reposero de camas	Casa real	1.650	12	19.800		1.000	12	12.000	
Camarera mayor	Casa real	0	1	0		0	1	0	
Guardamayor de la reina	Casa real	0	1	0		0	1	0	
Dueñas de honor	Casa real			0				0	
Dueñas de la casa de la reina	Casa real			0				0	
Portero de damas	Casa real	1.500	9	13.500		880	9	7.920	
Ayuda de portero de damas	Casa real	660	6	3.960		550	6	3.300	
Mayordomo de estado	Casa real	1.500	4	6.000		1.000	4	4.000	
Ayuda del mayordomo de estado	Casa real	880	12	10.560		660	12	7.920	
Mozo de oficio de mayordomo	Casa real	660	10	6.600		400	10	4.000	
Maestresala	Casa real			0				0	
Escudero de a pie	Casa real	770	34	26.180		500	34	17.000	

Capítulo 5: *Nómina de la corte en 1621*

Cargo	Dependencia	Consignación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consignación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Mozo de retrete	Casa real	770	6	4.620		500	6	3.000	
Barrendero de cámara	Casa real	400	2	800		330	2	660	
Barrendero	Casa real	400	22	8.800		300	22	6.600	
Aguador	Casa real	1.100	2	2.200		660	2	1.320	
Veedor de las obras reales	Casa real			0				0	
Trazador y maestro mayor de las obras reales	Casa real			0				0	
Contraste de la corte	Casa real			0				0	
Escribano de cámara	Casa real			0				0	
TOTAL			624		969.982		624		689.356
Caballerizo mayor	Real caballeriza	0	2	0		4.400	2	8.800	
Caballerizo	Real caballeriza	2.750	10	27.500		2.000	10	20.000	
Armero mayor	Real caballeriza	2.750	1	2.750		1.650	1	1.650	
Contador y veedor de la caballeriza	Real caballeriza	2.000	2	4.000		1.650	2	3.300	
Furrier	Real caballeriza	2.000	2	4.000		1.100	2	2.200	
Ayuda de furrier	Real caballeriza	1.320	4	5.280		660	4	2.640	
Picador	Real caballeriza	1.650	3	4.950		1.000	3	3.000	
Guardaarnés	Real caballeriza	1.650	2	3.300		1.000	2	2.000	
Ayuda de guardaarnés	Real caballeriza	1.320	2	2.640		880	2	1.760	

Cargo	Dependencia	Consignación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consignación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Cochero mayor	Real caballeriza	2.000	2	4.000		1.100	2	2.200	
Librador	Real caballeriza	1.100	2	2.200		770	2	1.540	
Correo de las caballerizas	Real caballeriza	880	5	4.400		660	5	3.300	
Barlet de corps	Real caballeriza	1.320	1	1.320		770	1	770	
Lacayo	Real caballeriza	880	24	21.120		550	24	13.200	
Cochero	Real caballeriza	660	24	15.840		440	24	10.560	
Trompeta y atabalero	Real caballeriza	660	30	19.800		440	30	13.200	
Armero	Real caballeriza	660	6	3.960		440	6	2.640	
Herrador	Real caballeriza	880	2	1.760		500	2	1.000	
Ayuda de Herrador	Real caballeriza	550	4	2.200		400	4	1.600	
Mozos de caballo, de litera y de coche	Real caballeriza	330	70	23.100		300	70	21.000	
Aguador	Real caballeriza	440	2	880		300	2	600	
Literero	Real caballeriza		10				10		
Acemilero mayor	Real caballeriza		1				1		
Acemilero	Real caballeriza		1				1		
Rey de armas y macero	Real caballeriza		10				10		
TOTAL			222		155.022		222		116.982

Capítulo 5: *Nómina de la corte en 1621*

Cargo	Dependencia	Consig- nación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consig- nación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Ayo de los pajes del rey	Casa de pajes		1				1		
Teniente de ayo de los pajes del rey	Casa de pajes		1				1		
Capellán de los pajes del rey	Casa de pajes	1.100	1	1.100		880	1	880	
Maestro de latín de los pajes del rey	Casa de pajes	1.100	1	1.100		880	1	880	
Porteros de la real caballeriza y de la casa de pajes	Casa de pajes	660	2	1.320		440	2	880	
TOTAL			6		3.522		6		2.642
Capitán de la guarda española	Guardas reales	4.000	1	4.000		3.500	1	3.500	
Capitán de la guarda alemana	Guardas reales	4.000	1	4.000		3.500	1	3.500	
Teniente de la guarda española	Guardas reales	2.200	1	2.200		2.000	1	2.000	
Teniente de la guarda alemana	Guardas reales	2.200	1	2.200		2.000	1	2.000	
Alférez de la guarda española	Guardas reales	1.650	1	1.650		1.000	1	1.000	
Alférez de la guarda alemana	Guardas reales	1.650	1	1.650		1.000	1	1.000	
Sargento de la guarda española	Guardas reales	1.100	1	1.100		880	1	880	
Sargento de la guarda alemana	Guardas reales	1.100	1	1.100		880	1	880	
Cabo de escuadra de la guarda española	Guardas reales	880	1	880		660	1	660	

Cargo	Dependencia	Consig- nación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consig- nación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Cabo de escuadra de la guarda alemana	Guardas reales	880	1	880		660	1	660	
Archeros	Guardas reales	880	81	71.280		660	81	53.460	
Soldado de la guarda española	Guardas reales	550	100	55.000		400	100	40.000	
Soldado de la guarda alemana	Guardas reales	550	103	56.650		400	103	41.200	
Soldado de la guarda vieja	Guardas reales	550	50	27.500		400	50	20.000	
Escudero de la guarda de a caballo	Guardas reales	660	30	19.800		550	30	16.500	
Trompetas y atambores de las guardas	Guardas reales			0				0	
TOTAL			374		249.890		374		187.240
Presidente del Consejo de Castilla	Consejos	0	1	0		11.000	1	11.000	
Presidente de los Consejos	Consejos	0	7	0		7.000	7	49.000	
Consejero de Estado y Guerra	Consejos	0	12	0		5.000	12	60.000	
Consejero de Castilla	Consejos	4.500	16	72.000		4.000	16	64.000	
Consejero	Consejos	4.000	52	208.000		3.500	52	182.000	
Alcalde de casa y corte	Consejos	4.000	8	32.000		3.500	8	28.000	
Fiscal	Consejos	4.000	10	40.000		3.500	10	35.000	
Protonotario del Consejo de Aragón	Consejos	3.300	1	3.300		3.500	1	3.500	

Capítulo 5: *Nómina de la corte en 1621*

Cargo	Dependencia	Consig- nación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consig- nación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Teniente de protonotario	Consejos	2.200	1	2.200		1.400	1	1.400	
Secretario de los Consejos	Consejos	4.000	21	84.000		3.500	21	73.500	
Secretario de honor	Consejos	1.650	12	19.800		1.400	12	16.800	
Contador de cruzada	Consejos	2.200	2	4.400		2.000	2	4.000	
Contador del libro	Consejos	2.200	14	30.800		1.500	14	21.000	
Contador de resultas	Consejos	1.100	24	26.400		1.000	24	24.000	
Contador entretenido	Consejos	880	16	14.080		660	16	10.560	
Oficial mayor de escribanía	Consejos	1.650	21	34.650		550	21	11.550	
Relator y escribano de cámara	Consejos	2.000	19	38.000		1.100	19	20.900	
Portero del Consejo de Estado	Consejos	1.100	3	3.300		660	3	1.980	
Portero de los Consejos	Consejos	660	44	29.040		450	44	19.800	
Letrado de pobres	Consejos	1.650	1	1.650		880	1	880	
Solicitador fiscal	Consejos	1.650	1	1.650		880	1	880	
Procurador fiscal del Consejo de Aragón	Consejos	1.650	1	1.650		550	1	550	
Escribano de cámara del Consejo de Aragón	Consejos	1.100	2	2.200		880	2	1.760	
Cursor de la chancillería	Consejos	550	1	550		400	1	400	
Procurador general de las Órdenes	Consejos	2.200	3	6.600		1.650	3	4.950	

Cargo	Dependencia	Consig- nación hasta 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)	Consig- nación desde 1621 (en reales)	Número	Total (en reales)	Total (en ducados)
Caballero fiscal de las Órdenes	Consejos	2.200	3	6.600		1.650	3	4.950	
Don Juan de Hinestrosa	Consejos	2.200	1	2.200		2.200	1	2.200	
Alguacil mayor de la Inquisición	Consejos	2.200	1	2.200		2.000	1	2.000	
Nuncio de la Inquisición	Consejos	770	1	770		550	1	550	
Conservador general del Patrimonio real de Aragón e Italia	Consejos	3.300	1	3.300		3.000	2	6.000	
Archivero del Consejo de Italia	Consejos	1.100	1	1.100		770	1	770	
Contador de Indias	Consejos	1.650	2	3.300		1.100	2	2.200	
Cronista mayor de Indias	Consejos	1.650	1	1.650		1.100	1	1.100	
Cronistas mayores	Consejos	1.650	4	6.600		1.100	4	4.400	
Cosmógrafo de Indias	Consejos	1.100	1	1.100		770	1	770	
Intérpretes de lenguas	Consejos	1.100	2	2.200		770	2	1.540	
TOTAL			311		687.290		312		673.890
TOTAL GENERAL			1.863	2.238.957	2.238.957		1.863	1.793.572	1.793.572
				203.542					163.052

CAPÍTULO 6

LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE

1. *LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE EN TIEMPOS DE FELIPE IV: UNIÓN CON EL CONSEJO Y DEFENSA JURISDICCIONAL*

Ignacio Ezquerro Revilla

1.1. *INTRODUCCIÓN*

En 1629 se puso la primera piedra de la nueva y magna sede de la cárcel de corte, en la madrileña calle de Atocha, junto al colegio de Santo Tomás,

siendo presidente de Castilla el cardenal don Gabriel de Trejo y Paniagua, que asistió a la inauguración de las obras en unión de los alcaldes don Francisco de Valcárcel, don Antonio Chumacero de Sotomayor y el lic[encia]do Gabriel de Beas Bellón¹.

En tiempo de Felipe IV, se percibía ya con toda claridad la plena consolidación institucional de la sala de alcaldes, con fundamento en las ordenanzas de 1583². Era esta una manifestación más de la íntima comunicación apreciable en

¹ A. MARTÍNEZ SALAZAR: *Colección de memorias y noticias del gobierno general y político del Consejo, lo que observa en el despacho de los negocios que le competen; los que corresponden a cada una de sus Salas. Regalías, preeminencias y autoridad de este Supremo Tribunal, y las pertenecientes a la sala de señores alcaldes de casa y corte*, Madrid 1764, cap. 32, pp. 317 y ss.; J. JORRO BENEYTO (CONDE DE ALTEA): *Historia del palacio de Santa Cruz (1629-1979)*, Madrid 1979.

² El proceso, en J. L. DE PABLO GAFAS: *Justicia, gobierno y policía en la corte de Madrid: la sala de alcaldes de casa y corte (1583-1834)*, Universidad Autónoma de Madrid 2001 (tesis doctoral). No voy a tratar sobre un tema tan atendido como la antigüedad y significación doctrinal de los alcaldes en el entorno regio –para lo que remito, entre las muchas obras que pueden citarse, a A. MARTÍNEZ SALAZAR: *Colección de memorias y noticias...*, *op. cit.*, capítulos 32-43; M. Á. PÉREZ DE LA CANAL: “La justicia de la Corte de Castilla durante los siglos XIII al XV”, *Historia, Instituciones, Documentos* 2 (1975) pp. 383-482, especialmente 414-419; C. DE LA GUARDIA: *Conflicto y reforma en el Madrid del Siglo XVIII*, Madrid 1993, pp. 33-76-. Pero de las fuentes coetáneas se deduce una importancia institucional fundada en la duplicidad

el terreno administrativo entre los reinados de Felipe IV y Felipe II, en este caso por culminar su desarrollo los fundamentos puestos en este último. En lo tocante a la sala de alcaldes, este proceso se percibió especialmente en el terreno de la suprema jurisdicción criminal, razón por la que en esta época fue cada vez más común tomarla como “quinta sala del Consejo Real”, con deseo de ilustrar la realidad jurisdiccional cortesana, y redondear al tiempo la calidad del Consejo como tribunal supremo de los reinos de Castilla³. Alcanzó tal punto esta apreciación general, que tuvo incluso expresiones ceremoniales, como indica el hecho de que la sala de alcaldes formó un cuerpo con el Consejo Real durante el auto de fe celebrado en Madrid en 1632, entre las protestas del resto de los Consejos⁴.

Esta maduración institucional fue compatible con la continuidad de una de las principales atribuciones ejercidas por los alcaldes de casa y corte hasta entonces, de la que se deducía con mucha claridad la dimensión cortesana del conjunto del

jurisdiccional de los alcaldes, “Una en forma de Consejo, que tiene nombre de sala para lo criminal y gobierno, y otra común, como jueces ordinarios, para conocer en primera instancia de pleytos que se causan entre partes, siendo civiles, y executivos, hasta su determinación, que se llaman, de provincia”, G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid corte de los Reyes Católicos de España...*, Madrid 1623, p. 403; A. NÚÑEZ DE CASTRO: *Libro historico politico, solo Madrid es corte, y el cortesano en Madrid*, Madrid 1648, p. 113. Sobre la jurisdicción ejercida sobre los alcaldes cfr. también A. SÁNCHEZ SANTIAGO: *Idea elemental de los tribunales de la Corte en su actual estado y última planta*, Madrid 1787, vol. I, pp. 7-10, para la jurisdicción civil y vol. II, pp. 41-62, para la criminal. Asimismo, J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias en la Corona de Castilla*, Salamanca 1991, pp. 79-87.

³ G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid...*, *op. cit.*, p. 403; A. NÚÑEZ DE CASTRO: *Libro historico politico, solo Madrid es corte...*, *op. cit.*, pp. 113-114. A la altura de 1654 el famoso Moriana llamó a la sala “quinta de el Conssejo”, “Discursos generales y particulares de el gobierno general y político de el Consejo Real y Supremo de justicia de estos reynos de Castilla y León y ceremonias de él, advertidos por Juan de Moriana, portero de cámara de S.M”, en S. DE DIOS: *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla*, Salamanca 1986, pp. 217-349, p. 301.

⁴ “Tomó su mano derecha de la General Inquisición el Consejo Real, y aala de los alcaldes en un cuerpo. Y aunque los demás Consejos quisieron hazer contradición por parecerles que no avían de precederles los alcaldes de corte, se les hizo notoria la planta de los assientos, conforme a la voluntad de Su Magestad, para que los alcaldes assistiesen como quinta sala del Consejo Real con el por la mayor representación y autoridad, que aquél dia tuviesse la justicia, particularmente aviendo de estar Su Magestad en público, autorizando el auto, no le debían faltar los alcaldes para asistir a qualquier accidente” en J. GÓMEZ DE MORA: *Auto de la fe celebrado en Madrid este año de MDCXXXII*, Madrid 1632, ff. 8v-9r.

territorio de los reinos castellanos: las “comisiones” recibidas del Consejo Real o del propio rey. En su conocida obra, Gil González Davila decía explícitamente:

Quando se ofrecen negocios en el Reyno tan graves, que piden personas calificadas, el Rey y el Consejo los embía para castigar, corregir, y reformar lo q conviene en sus Reynos; y para el mismo efecto han sido nombrados por asistentes de Sevilla, corregidores de Toledo y Córdoba, y presidentes de Valladolid ⁵.

Es llamativo que esta alusión desapareciese en las páginas que Núñez de Castro dedicó años después a los alcaldes en su *Sólo Madrid es Corte*. Quizá el proceso de institucionalización vivido por la sala de alcaldes, en el conjunto de los organismos cortesanos, tendió a dificultar la percepción de la continuidad de tales tareas como fundamento de la importancia de sus miembros. Para confirmarlo o no, existen carreras personales que, por su larga duración, son sumamente ilustrativas de la evolución general del cuerpo administrativo en el que se desarrollan. Es el caso del doctor don Juan de Quiñones, alcalde de casa y corte entre 1625 y 1646, significado, no sólo, por conducir sonoras causas criminales o por encarnar rasgos novedosos en el ejercicio del cargo, como la autovaloración de la nobleza para desempeñarlo o la diletancia literaria ⁶, sino sobre todo porque su caso ayuda a apreciar que la realización de las referidas comisiones contribuía, quizá más que proporcionalmente, a la posición institucional de los alcaldes en tiempo de Felipe IV. Desconozco las razones del olvido de Núñez de Castro, pero desde luego en ningún caso fue el cese en la realización de tan importantes funciones por parte de los alcaldes, visible entonces no sólo en la especialización de Quiñones en la preparación de jornadas, sino en otras muchas y muy variadas por parte de todos ellos.

Si se repara en el título del *Memorial de los servicios que hizo al rey don Felipe III nuestro Señor; que santa gloria aya, y que ha hecho a V. Magestad, que Dios guarde*, escrito por Quiñones en 1643 en demanda de merced, que emplearé repetidamente en este trabajo por ilustrar fielmente la posición administrativa de los alcaldes en la corte de Felipe IV, se advierte que la consolidación institucional de la sala no pasaba necesariamente por una intensificación de la capacidad

⁵ G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid...*, op. cit., p. 405.

⁶ Personaje sobre el que trabajo, y para cuya biografía remito a las breves reseñas contenidas en C. ROSELL: *Colección escogida de obras no dramáticas de Frey Lope Félix de Vega Carpio*, Madrid 1856 (BAE), p. 536; C. A. DE LA BARRERA Y LEIRADO: *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro Antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, Madrid 1860, p. 31; J. CARO BAROJA: *Vidas Mágicas e Inquisición*, Madrid 1992, I, pp. 77-79.

o iniciativa de actuación política de sus miembros, solidaria o particular. Se aprecia un marcado carácter funcional que, siempre presente, sí aparecía en el pasado más claramente supeditado a otro tipo de prioridades, especialmente jurisdiccionales⁷. En realidad, el proceso respondía a la propia evolución y proporción gradual del ejercicio del poder en la Edad Moderna castellana, en la que se fue abriendo paso, en el binomio tradicional entre lo gubernativo y lo contencioso, lo meramente administrativo⁸. En el caso de los alcaldes de casa y corte, parece que este tipo de ocupaciones ganó peso entre las propias de estos ministros. Al describir sus servicios, Quiñones comenzaba por las jornadas antes que por las causas graves, hecho que puede reflejar una apreciación subjetiva sobre la importancia de ambas tareas en el conjunto de su actuación, formada sustancialmente por ellas. Jornadas en las que, monopolizada la atención más cercana o continua al rey por otros oficiales de índole estrictamente doméstica, la tarea reservada a los alcaldes de casa y corte, de acuerdo con su posición liminar, se redujo en lo sustancial al abastecimiento de la comitiva regia y la preparación de los caminos por donde esta transitaba. Hecho que, en este último caso, materializaba la referida definición de un ámbito estrictamente administrativo, fijado en los límites del fomento⁹, cuyo origen no ha solido situarse —como demuestra el caso— en las necesidades propias del desplazamiento de las personas reales. Un efecto más, inapreciado por lo común, de la inercia cortesana. Pero ello era a su vez compatible con el desarrollo de la noción comisional en un ámbito jurisdiccional, como demuestra el caso de la “comisión de los portugueses” atribuida a un alcalde de casa y corte a partir de 1584, de la que me ocuparé.

También voy a hacerlo, conforme a lo que he planteado en aportaciones anteriores a otros trabajos, a las posibles variaciones percibidas en la posición de los alcaldes respecto a las diferentes áreas del servicio regio, caracterizada por

⁷ Ello no significa que en ese ámbito no pudieran surgir conflictos con lectura política. En marzo de 1636, la Inquisición excomulgó a todos los alcaldes de casa y corte por haber obligado a un familiar a pagar una contribución para la construcción del palacio del Buen Retiro (A. RODRÍGUEZ VILLA: *La corte y monarquía de España en los años 1636 y 1637*, Madrid 1886, pp. 16-17).

⁸ Entre la abundante bibliografía en este particular, valor pionero tuvo A. GARCÍA-GALLO: “La división de competencias administrativas en España en la Edad Moderna”, *Actas del II Symposium de Historia de la Administración*, Madrid 1971, pp. 289-306.

⁹ L. JORDANA DE POZAS: “Ensayo de una teoría del fomento en el Derecho Administrativo”, *Revista de Estudios Políticos* 48 (1949) pp. 41-54; M. BAENA DEL ALCÁZAR: “Sobre el concepto de fomento”, *Revista de Administración Pública* 54 (1967) pp. 43-85.

una peculiaridad derivada de su función integradora de la casa en la corte¹⁰. Se intuye, con razón, que la paulatina imposición de la casa y el uso de Borgoña indujo una posposición de la posición institucional de los alcaldes en este ámbito, conforme a su estrecha relación con la casa de Castilla, y en un contexto general de acoso de la jurisdicción común por las especiales. Pero lo más sorprendente del caso es que los alcaldes no sólo resistieron el embate, sino que terminó produciéndose, a finales del reinado, un fortalecimiento general de la jurisdicción común al modo castellano, que fortaleció la ya indicada identificación de los alcaldes con el Consejo Real. Unicidad con el Consejo, densidad y diversificación comisional y compulsión diletante son –junto con el señalado– algunos de los rasgos identificadores de los alcaldes en tiempo de Felipe IV de los que voy a ocuparme aquí, desarrollados sobre unas bases institucionales consolidadas en tiempo de su abuelo.

1.2. *UNIDAD E IDENTIFICACIÓN*

ENTRE EL CONSEJO REAL Y LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV

La inserción del Consejo en el espacio restringido del rey hizo que, desde su propia configuración (y junto a sus atribuciones jurisdiccionales y gubernativas sobre el territorio de los reinos), el organismo tuviese una estrecha relación con los alcaldes de casa y corte. No en vano ambos, Consejo y alcaldes, cubrían junto al rey el espacio que había dejado la partida de la chancillería y audiencia, y no es llamativo que recreasen la interacción existente entre los actores jurisdiccionales partidos, oidores y alcaldes de chancillería. De tal modo que, como asentaron los Reyes Católicos, pero respondiendo muy probablemente a la forma legal hasta entonces usada, la apelación de pleitos civiles dictados por los alcaldes de casa y corte iría al Consejo, siempre que este y el monarca no se separasen más de 20 leguas. Determinación que además de demostrar, entre otras muchas, como la corte era una uniformidad resultante de la superposición de diferentes perímetros jurisdiccionales, revelaba abiertamente el deseo de no

¹⁰ Esta posición también tenía una expresión ceremonial. Al describir la salida del cuerpo de la difunta reina, los *Avisos* señalan el 18 de octubre de 1644: “Delante iba una sordina fúnebre, y una guía con hacha en la mano. Luego Don Juan de Quiñones, presidente de la sala de alcaldes, con alguaciles y ministros. Seguíanse los costilleros, acroyes y gentiles hombres de la casa real” (A. VALLADARES DE SOTOMAYOR: *Semanario erudito, que comprehende varias obras inéditas, críticas, morales...*, Madrid 1790, vol. XXXIII pp. 242-243).

obligar a los súbditos a largos desplazamientos en demanda de justicia; dado que, de exceder ese radio, la apelación debía presentarse ante la audiencia ¹¹.

La sala de alcaldes estaba abocada a una integración factual y simbólica (pero sin soporte legal explícito) en el Consejo Real, si se considera que sus atribuciones completaban el conjunto de la jurisdicción suprema del rey parcelada desde la partida de la audiencia, y parcialmente recreada en su ámbito inmediato con la creación del propio Consejo. Este proceso, de origen medieval, se acentuó a partir de la pragmática de los alcaldes de 1583, y culminó a lo largo del reinado de Felipe IV. Tanto en el orden civil como en el penal, se advierte esta confusión entre alcaldes y Consejo. En el primero, no existía recurso de apelación, suplicación, agravio o nulidad, sino ante el rey y el Consejo Real ¹², si bien desde la reforma de 1583 este procedimiento ganó en complejidad. Los dos alcaldes dedicados a partir de entonces a la determinación de causas civiles (del total de 6 instituidos por la reforma) juzgaban cada uno de ellos por separado en primera instancia, y resolvían juntos las apelaciones. Los recursos contra las sentencias de los alcaldes en este ámbito se presentaban ante el Consejo Real si la cuestión del litigio superaba los 50.000 maravedís. De no ser así, lo dirimían los dos alcaldes, caso en el que cabían dos alternativas: si coincidían en su opinión, pronunciaban auto ejecutivo del que no cabía apelación o recurso. En caso contrario, la causa era llevada por el escribano al oidor más reciente del Consejo Real, quien, junto con los dos alcaldes, libraba la definitiva sentencia ejecutiva. La identidad con el Consejo Real que dejaba ya advertir este procedimiento se acentuaba de no existir sentencia unánime. En

¹¹ C. DE BARRIO Y ÁNGULO y D. DÍAZ DE LA CARRERA: *Recopilación de las leyes destos Reynos, hecha por mandado de la Magestad Católica del Rey don Felipe Segundo nuestro señor...*, Madrid 1640 [ed. facsímil, Valladolid 1982], vol. I, lib. Segundo, tít. III, ley XX: “Otro sí mandamos, que todas las apelaciones de qualesquier juezes, assí ordinarios como delegados vayan a la nuestra chancillería, salvo las apelaciones de las residencias y de las cartas executorias, que del nuestro Consejo emanaren sobre cosas vistas en el nuestro Consejo, y de las pesquisas y pesquisidores que fueren por nuestro mandado o de los del nuestro Consejo, que no llevaren poder de determinar. Y que las apelaciones de los alcaldes de la nuestra casa y corte de las causas civiles, porque los pleyteantes no sean fatigados co gastos, queremos que vayan ante los del nuestro Consejo, estando en el lugar donde el tal negocio se determinare; y lo que por ellos fuere visto, y determinado, sea avido por grado de revista. Y si el nuestro Consejo partiere del tal lugar sin determinar el pleyto, que el tal pleyto vaya a se fenecer a la nuestra audiencia, salvo si la nuestra corte assentare dentro de veinte leguas del tal lugar, ca en tal caso mandamos, que el tal pleyto se siga, y fenezca en el nuestro Consejo”.

¹² *Ibidem*, lib. Segundo, tít. VI, ley II, sancionada por Juan II en las Cortes de Guadalajara de 1436, y reiterada por los Reyes Católicos en las Cortes de Madrigal de 1473, y como ley 53 del Ordenamiento de Toledo.

caso de darse un voto particular, el asunto iba directamente al Consejo Real, en el que el presidente comisionaba a otro oidor que votaba junto a los jueces que ya lo habían dirimido ¹³.

En el caso del ámbito penal, aquél sobre el que se fundaba la posición cortesana y la percepción general de los alcaldes, gozaban de la “suprema jurisdicción criminal”, sin apelación ni suplicación sino ante ellos mismos ¹⁴. Aunque aparente lo contrario, esta atribución propició una integración de hecho con el Consejo, pues, como digo, la conjunción de ambos órganos implicaba redondear la jurisdicción real suprema tanto en el ramo civil como en el penal. Fue sobre fundamento tan sólido a partir del que, especialmente conforme avanzaba el siglo XVII, la sala de alcaldes comenzó a ser conocida como “la quinta del Consejo”, y a partir de la que ambos órganos aparecían como uno sólo a efectos de protocolo y actos públicos ¹⁵.

Del reinado del emperador al de Felipe IV, se apreció una creciente tendencia a la integración de los alcaldes con el Consejo Real. Los límites que aparecen sólidos en tiempo de Carlos V –si bien con una clara permanencia en un espacio común– aparecen disueltos 100 años después. De este modo, en *Las Quinquagenas de la Nobleza de España* se incidía en su distancia, incluso física, respecto al propio Consejo:

Allí [el Consejo] hay escribanos e secretarios, ante quien pasan todos los autos, e concurren cuatro alcaldes de corte: pero esos no entran en el Consejo sino seyendo llamados, o a dar relación de algún negocio, e esos posan siempre en la plaza de la cibdad, o uilla, e cada uno dellos hazen audiencia pública a la puerta de su posada, en su estrado, con sus alguaziles reales e escribanos de su juzgado. Así cerca de los litigios, e causas civiles e criminales que penden en el Consejo Real, como ante los alcaldes de corte, andan letrados famosos, abogados de las partes, e fiscales reales, e procuradores de número, que procuran e solicitan las causas de los litigantes.

El autor se esforzaba por quitar un sentido de equivalencia o identificación entre ambos órganos, que pudiera deducirse de lo expresado:

caso que los que miran desde fuera estas cosas les parezca que son absolutos los alcaldes de corte, no lo son, porque los miran e ven cada día doze oidores e consejeros, e un presidente e fiscales, e secretarios, e otras personas calificadas, e que

¹³ C. DE BARRIO Y ANGULO y D. DÍAZ DE LA CARRERA: *Recopilación de las leyes destos Reynos...*, *op. cit.*, lib. Segundo, tít. VI, ley XVI.

¹⁴ *Ibidem*, lib. Segundo, tít. VI, ley XIII, Felipe II en las Cortes de Madrid de 1563.

¹⁵ J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, *op. cit.*, p. 82.

pueden avisar al Rey de todo lo que les pareziere, e vieren que los alcaldes hazen. E así, ni se osan ni pueden demandar en cosa que sea de importancia contra ninguno ni ellos lo harían, porque son letrados e personas calificadas, y de experiencia en sus oficios ¹⁶.

Sin embargo, a la altura de 1587 los propios alcaldes mencionaban el crecimiento de salario decidido entonces para el Consejo Real para solicitar lo propio, “pues somos un cuerpo y consejo de V. M. y tratados por tales” ¹⁷. En los primeros años del siglo XVII, Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal de Toledo, envió un papel al duque de Lerma, “sobre el remedio de algunas cosas”. De lo dicho en lo relativo a los alcaldes, se deduce que por entonces la integración y dependencia con el Consejo estaban claras, pero, al tiempo, existían voces autorizadas en la corte que no consideraban esta la situación ideal, y abogaban por elevar el rango de la propia sala a Consejo ¹⁸. De su contenido se deduce que vicios y carestía eran dos de los principales objetos de preocupación de los alcaldes, conforme a las bases legislativas que regulaban su actividad.

De acuerdo a lo dicho, las descripciones de los organismos cortesanos de tiempo de Felipe IV traslucían esta consideración conjunta de Consejo y alcaldes. Pese a que, por su tono, no parece obra de alguien muy versado en cuestiones jurídicas, en la “Relación muy puntual de todos los Consejos superiores y

¹⁶ G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Las Quinquagenas de la Nobleza de España*, Madrid 1880, vol. I, pp. 377-379 y 375-376, *apud* P. GAN GIMÉNEZ: *El Consejo Real de Carlos V*, Granada 1988, pp. 2-24. El texto continuaba insistiendo en la necesidad de que los alcaldes “parezcan ásperos”, dados los reos y delitos con los que habían de lidiar, con una argumentación plenamente vigente para tiempo de Felipe IV: “E aún así, conviene que parezcan ásperos, aunque no lo sean, e que a veces lo sean, para la variedad de la gente común, e de diversas calidades e condiciones, que a la corte acude, e que vienen allegados o en servicio de grandes, e eprelados, e señores, e caballeros principales, con cuyo favor e alas se atreven los inferiores, e se desordenan, e cauan ruidos, de que se forman escándalos, de calidad, que es menester que se atajen e castiguen con rigor, e sin guardar los términos de los derechos, por acordar e impedir los fechos peligrosos, a donde irían a parar esas novedades o atrevimientos escandalosos e de mayor peligro para el sosiego e quietud del rey e de sus reinos, e para la conservación e auctoridad del ceptro real e de la misma justicia”.

¹⁷ BL, Additional, 28347, f. 53, petición en Madrid, de 21 de marzo de 1587.

¹⁸ BNE, Ms. 4013, f. 102r: “Siempre desee en la corte para el mejor gouierno della que fuesse Consejo de por sí el de los alcaldes con su presidente sin dependencia del Consejo Real como el de Órdenes, i de Indias i siendo el presidente señor calificado y uirtvoso i bien pagado todos los cuerdos se prometirían [*sic*] una excellente información de personas i de uicios i de carestía en la corte con gran abundancia de bastimentos” (el escrito completo en ff. 101v-104v).

Tribunales supremos que residen de ordinario en la corte de Esp[aña]”¹⁹, se presentaban de forma unitaria Consejo, cámara y sala de alcaldes: “Conssejo Real de Castilla que llaman Supremo de Just[icia], donde se incluyen el de cámara, sala de crimen y provincia”²⁰. Al tratar de la que se llama “sala del crimen”, se afirma:

Deste cuerpo sale otro Tribunal Supremo también que llaman sala de crimen, donde asisten siete alcaldes de casa y corte. Presside en este tribunal y sala el más antiguo dellos²¹.

Respecto a la naturaleza como “tribunal de provincia”, subrayaba su dedicación a las causas civiles²². En realidad, esta concepción unitaria no hacía más que corresponder a la naturaleza cortesana de todos ellos, derivada de la imbricación más o menos intensa o mediada de Consejo, cámara y alcaldes con la cámara real²³. Considerados en conjunto, acumulaban la totalidad de la gracia y la justicia operativas en ese ámbito de la corte, transversal y sin atención a excepciones jurisdiccionales. Y se expresaba en el hecho de que, en el curso de las visitas a la cárcel de corte los sábados, los oidores del Consejo podían resolver sin intervención de los alcaldes causas criminales para las que teóricamente no

¹⁹ “Relación muy puntual de todos los Consejos Superiores y Tribunales Supremos que residen de ordinario en la corte de Esp[aña] con las audiencias y chancillerías que ay en España y en las Indias Occidentales, con el número de plazas y oficiales que cada qual de los referidos tiene y de lo que trata”, en BCSCV, Ms. 48, ff. 62r-80r.

²⁰ *Ibidem*, ff. 63v-66r.

²¹ *Ibidem*, f. 65r.

²² “Los alcaldes referidos hazen audiencias públicas cada uno de por sí o los tres o quatro dellos por sus turnos de que es reservado el más antiguo que preside entre ellos. Estas audiencias hazen como dicho es todos los días p[or] las tardes en sus tribunales, cada uno con sus escribanos de provincia, tratan de causas çiuiles y demandas ordinarias y pleitos executivos y llaman a este juzgado y audiencia de prouincia. De las sentencias que pronuncian en los cassos çiuiles ay apelación para el Conssejo Real de Justicia de çien mill maravedís arriba” (*Ibidem*, ff. 65v-66r).

²³ A este respecto me parece elocuente que los alcaldes contaran con el servicio de porteros de cámara adscritos a tal área del servicio regio: “Certifico yo Jorxe Cerón thiniente de mayordomo m[ay]or de Su Mag[esta]d que están nonbrados para el seruicio de la sala de apelaciones de los señores alcaldes desta corte Franco de Hoyos Uillota y Franco Galan Urtado porteros de cámara de Su Magd. para este año de mil seis[cient]os y ueynete y lo firmé en M[adri]d a nveue de henero de mil y seys^{os} y ueynete. J Cerón Caruaxal” (AHN, Consejos, lib. 1206, f. 305r).

existía apelación, sino suplicación ante los propios alcaldes²⁴. Con esa ocasión, parecía producirse en general un desplazamiento general de la noción de autoridad a los oidores, en perjuicio de los alcaldes, manifestada en la suscripción eventual de autos²⁵.

De acuerdo con todo ello, el Consejo entendía de forma unitaria la jurisdicción regia suprema y consideraba vulnerada su propia preeminencia cuando se ponía en cuestión no sólo la autoridad de los alcaldes, sino también la de sus subordinados. El 16 de septiembre de 1650, se cruzó en la corte el vizconde de Laguna, corregidor de Madrid, con un alguacil de casa y corte que no le guardó la cortesía debida, por lo que el primero ordenó a sus alguaciles apresarle. Aunque la detención fue breve, la sala actuó de modo que dejó ver la referida identidad. Conocido el hecho, ordenó la detención domiciliaria del corregidor y participó la decisión al presidente del Consejo, con cuyo visto bueno fue ejecutada, si bien recuperó la libertad a los pocos días, con apercibimiento de no incurrir en el mismo comportamiento. Ante estos hechos, la villa negó la existencia de motivos para proceder a la detención del corregidor y, en caso de existir, la incompetencia de la sala para proceder sin consulta previa al Consejo. Al margen de que al menos el presidente sí fue preguntado (si bien la posición institucional y el significado propio de ambos, Consejo y presidente, eran diferentes), la sala de alcaldes

²⁴ BCSCV, Ms. 48, f. 65v: “No ay appelaçion de sus sentençias por ser Tribunal Supremo sino supplicaçion dellos mismos ante ellos mismos donde en uista y reuista se acaban las instançias y se libra executorias dellas. Sino [*sic*] es ya que el Conssejo Real antes que ellos pronunçien en reuista uenga a uisitar la cárcel de corte, que es el lugar de este tribunal, como lo hazen de ordinario los sábados cada semana dos oydores del refer[i]do Conssejo, que entonçes aquellos dos personages son s[ñore]s de las causas de aquél tribunal y ueden reuocar, confirmar, añadir o quitar de las sentençias de uista lo que quisieren y aquello es sentençia de reuista y se ha de executar sin género de réplica, y sin que los alcaldes tengan que se meter ni enremeter en lo que ellos dos mandan y aquella es executoriada. Esto es y se entiende quando cae sobre sentençia de uista por los alcaldes como d[ic]ho es, que si cae sobre la de reuista no tiene otro recurso de otra cossa que executarse”.

²⁵ Un ejemplo: “Alcayde y porteros. S[obr]e q los presos no se besiten sin grillos. En la uilla de Madrid sauado por la tarde siendo de uestita de los presos de la cárcel real desta corte los ss[ñor]es l[icencia]dos don Alonso de Cabrera y Gaspar de Uallexo del Consejo de Su Magd: mandaron se notifique al alcaide de la cárcel r[e]al desta q[or]te y su tiniente y demás ministros della que de aquí adelante ningún preso que se uestitare en la sala por qualquiere delito que sea entre en la d[ic]ha uestita sino ffue[r]e con uno u dos pares de grillos conforme hes uso y costunbre so pena de cada cinq[uen]ta du[ca]dos para la cámara de Su Magd y g[ast]os de just[ici]a de la d[ic]ha cárcel y así lo proueyeron y señalaron”. Rúbricas de Alonso de Cabrera y Pedro de Tapia (AHN, Consejos, lib. 1206, f. 99r).

actuó de modo que dejaba ver su conciencia acerca de la unidad formada con el Consejo, que demostró, con estas mismas razones, en consulta de 28 de septiembre de 1650, que aclaraba las dudas suscitadas en Felipe IV ante la reacción de la villa. No se debía dar lugar a que el:

mayor tribunal y el más necesario para la quietud pública del reino se desluzca y desautorice con limitarle su jurisdicción en las causas que se pueden ofrecer de exceso de los corregidores²⁶.

Como decía, esta preocupación del Consejo por la precedencia de un alguacil superaba la anécdota del hecho aislado. En el primer capítulo de *La vida de Estebanillo González*, cuya acción se desarrolla entre 1608 y 1621, el pícaro prometió a sus compadres de charranerías tener ojos de “alguacil cohechado”²⁷. La expresión aparentaba cierta acuñación, lo que induce a pensar que tal categoría en absoluto era excepcional en ese momento y, por ello, en este contexto que vengo refiriendo de tendencia a la unidad de la jurisdicción real, la preocupación del Consejo por la probidad y eficaz funcionamiento del conjunto de los alguaciles de corte sería una constante a lo largo del reinado de Felipe IV. La reforma de los alguaciles pasó por la limitación de su número. El 9 de octubre de 1621, el Consejo ordenó que cada uno de los alcaldes sólo pudiese contar con 6, lo que da idea del número que habían alcanzado. La reducción formaba parte de la política de reformación, que pasaba por una reducción del número de oficiales públicos²⁸. Pero el oidor del Consejo encargado inicialmente de esta área pronto vió que, en el caso de los alguaciles el intento iba a ser dificultoso, ante lo que el rey ordenó, el 28 de julio de 1628, la constitución de una junta específica formada por el presidente Contreras, el propio Gilimón y otros tres miembros del Consejo —Alonso de Cabrera, Gonzalo Pérez de Valenzuela y Francisco de Tejada—:

²⁶ *Apud* J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, *op. cit.*, p. 83, y la fuente allí citada.

²⁷ *La vida de Estebanillo González*, Madrid 2003, p. 26.

²⁸ Así se expresaba por entonces Andrés de Almansa y Mendoza: “La Junta de censura (nombre por el que también se conocía a la Junta de reformación) prosigue en remediar excesos, en desterrar culpados y en castigar delitos, con que se mira aquesta máquina [*sic*] tan otra que no hay quien se atreva a vivir escandalosamente. Quitóse la casa de aposento a cien alguaciles de corte a quien se daba, reduciendo aquesta merced a sólo quince, y hase quitado a los secretarios del rey, escribanos de cámara y de provincia, y a cuantos les valen derechos los oficios. No sé si tendrá efecto esta reformación” (A. DE ALMANSA Y MENDOZA: *Obra periodística*, edición y estudio de Henry Ettinghausen y Manuel Borrego, Madrid 2001, p. 189).

y entre todos se tratasse de los medios y forma en que se podrá hazer este consumo, los que abrán de quedar, y de donde se sacará lo nesces[ari]o para ello mirando en los arbitrios que pudieren ser más a propósito²⁹.

Pero el intento más serio de reforma no llegó hasta 1654. El 10 de diciembre de ese año, el Consejo representó al rey la conveniencia de que se ejecutase el consumo de las varas modernas de alguaciles de corte, y que se consignasen 100.000 ducados para este efecto en lo procedido del resello de la calderilla. Debe tenerse en cuenta que las varas de alguacil eran oficios venales³⁰. El rey se mostró de acuerdo, pero prefería situar la cantidad sobre algún medio extraordinario que le propusiera el Consejo. Parece que la situación financiera impidió satisfacer el precio completo de las varas, lo que originó la queja de los alguaciles y la orden real de que fuese satisfecha. El 4 de febrero de 1658, el Consejo contestaba que no había posibilidad material de satisfacer la orden real, y entretanto se les daría indemnización a ocho por ciento en consignación fija y segura. En los meses sucesivos menudearon las quejas de alguaciles reformados, quienes fueron remitidos al Consejo³¹.

La supervisión de la rectitud de los alguaciles era en definitiva una de la mayores manifestaciones de la mayoría de justicia regia, y, como tal fundamento del orden social³², el trasfondo de esta actitud reformista era un mandato tácito pero, como vemos, también explícito de protección de la jurisdicción real, entendida como un todo. Especialmente, en un espacio como el cortesano en que existía una auténtica inflación de varas de alguacil, de cuya proporción no se tenía exacta constancia, y caracterizados por la dejación y la despreocupación en el ejercicio de sus funciones, en el mejor de los casos. El Consejo, por todo lo dicho, reaccionó comisionando a uno de sus oidores la visita anual de los oficiales cortesanos, pero su labor sobre todo sirvió para constatar que, para escándalo del organismo, no sólo existía un gran número de alguaciles nombrados

²⁹ AHN, Consejos, leg. 51443. Poco después Alonso de Cabrera sucedió a Gilimón en la comisión de reducción de oficios, pero su tarea como gobernador del Consejo de Órdenes obligó a nombrar en su lugar al licenciado Francisco de Alarcón, el 14 de julio de 1626 (*Ibidem*).

³⁰ E. MONTAGUT CONTRERAS: *Los alguaciles de casa y corte en el Madrid del Antiguo Régimen*, Universidad Autónoma de Madrid 1996 (tesis doctoral).

³¹ Documentación sobre esta reforma en AHN, Consejos, leg. 51443.

³² “La justicia es esencial para la sociedad, pues determina la armonía de sus componentes entre sí y de estos con su poder superior o cabeza, de forma que sin justicia no es posible que subsista ningún tipo de sociedad” [J. DE MARIANA: *Del rey y de la institución real*, Madrid 1950 (*BAE* 31), p. 559].

por el corregidor contra la ordenanza, sino que en la corte ejercía como tal uno con título firmado por el nuncio. Al respecto, el Consejo dejará escrito:

Ha hecho gran nouedad este título en el Consejo y que el nuncio se aya resuelto a exercer juridición temporal en sus reynos de V. M. en la parte más propria y más soberana de la juridición real a quien toca priuatiuamente el darla, y criar ministros mayores y menores que la exercen, y sin ofender a la magestad ninguno pouede atreuerse a usurpar este derecho ³³.

En el caso de los alguaciles, curiosamente, la flexibilidad a la hora de ejercer su oficio era compatible con la conciencia de ejercitar la jurisdicción real, lo que les hacía ser especialmente sensibles en la denuncia de aquellos comportamientos que consideraban ofensivos contra aquello que representaban. Como se ve, la claridad dogmática era conciliable con la dejadez en el uso de sus funciones. Quizá por ello, preguntado el alcalde Chumacero por tales padecimientos, no dudaba en afirmar su conducta abiertamente delictiva, que quedaba sin castigo “porque dificultosamente deponen los testigos contra ministros a quyen quedan sujetos” ³⁴.

La dirección de la sala de alcaldes correspondía en los inicios del reinado de Felipe IV a uno de sus integrantes, el alcalde de mayor antigüedad. Pero la indicada tendencia hacia la unión y dependencia con el Consejo se tradujo en que, a partir de 1632, pasó a ejercer como gobernador de la sala uno de los oidores del mismo ³⁵, conforme a una cierta lógica institucional, jerárquica e implícita, que amalgamaba subordinadamente ambos organismos. El 3 de septiembre de 1632 fue nombrado el primero de ellos, Antonio Chumacero de Sotomayor. Entre 1647 y 1651 ejerció como tal Pedro de Amezuqueta y Lequedano, llegado al Consejo Real el 19 de septiembre de 1647. En esta labor, sin duda, le favoreció el conocimiento que tenía de la sala, pues había ejercido previamente como alcalde ³⁶, como había sucedido con el anterior. Sólo a partir de la creación en 1632 de un

³³ AHN, Consejos, leg 51443, consulta del Consejo de 12 de agosto de 1630.

³⁴ *Ibidem*, consulta de la sala de gobierno, orden real y respuesta del licenciado Antonio Chumacero de Sotomayor, alcalde de casa y corte, febrero de 1633.

³⁵ Á. LÓPEZ GÓMEZ: “Los gobernadores de la sala de alcaldes de casa y corte”, *Hidalguía* 205 (1987), pp. 973-1026, p. 974.

³⁶ “Don Pedro de Amezuqueta, hijo segundo del doctor Iuan de Amezuqueta y de doña Ángela de Lequedano, gozó la plaza de alcalde de hijosdalgo y de el crimen en la chancillería de Valladolid desde el año 1619 hsta el de 1633 en que fue promovido por alcalde de casa y corte, y honrado con el ábito de Calatrava: de allí ascendió al Consejo Real de Castilla, en plaça supernumeraria, mandando Su Magestad quedasse en el gobierno de presidente de la sala de alcaldes, que exerció con tanta rectitud como es notorio. Murió al fin en Madrid iueves primero

mecanismo institucional estable de coordinación entre ambos organismos, en la figura del gobernador de la sala, se retomó la designación como oidores del Consejo entre los alcaldes de casa y corte, relativamente frecuente en los anteriores reinados, e interrumpida desde el inicio del de Felipe IV. A partir de ese momento, se recuperó el ritmo de incorporación al Consejo procedente de la sala, con una llamativa peculiaridad en la parte final del reinado: el surgimiento de una secuencia promocional alcalde de casa y corte-fiscal del Consejo-oidor del Consejo; que por sí misma ilustra como las labores de policía cortesana bajo supervisión de la sala de gobierno del Consejo, a las que en seguida me referiré, se habían convertido en entrenamiento adecuado para la defensa de los derechos reales en el ámbito forense del Consejo³⁷. Pero este *cursus honorum* fue compatible, e incluso favorecido por carreras como la de Quiñones, que acreditaron tal suficiencia en el manejo no ya de sus comisiones, sino de la propia sala, que permaneció como alcalde de mayor antigüedad entre 1636 y su muerte 10 años después.

1.2.1. *La policía cortesana, factor impulsor de la integración entre Consejo y alcaldes*

Pero hubo un hecho administrativo que indujo en gran medida la conjunción entre Consejo y alcaldes. La Junta de policía fue suprimida por cédula real de 25

de febrero año 1652” (R. MÉNDEZ SILVA: *Admirable vida, y heróycas virtudes de aquél glorioso blasón de España... la Esclarecida Emperatriz María, hija del siempre Invicto Emperador Carlos V*, Madrid 1655, f. 12v). Fue alcalde del crimen en la chancillería de Valladolid desde 24 de septiembre de 1624 (Á. LÓPEZ GÓMEZ: “Los gobernadores de la sala de alcaldes...”, *op. cit.*, p. 991, y las fuentes allí citadas).

³⁷ Desde el acceso de López Madera al Consejo en 1619 no se había producido ningún caso de incorporación directa al mismo desde la sala de alcaldes. Excepción hecha de José González, criatura del conde duque, que pasó de la fiscalía de la cárcel de corte a la del Consejo (10 de octubre de 1629). Desde la mencionada promoción de Chumacero se dieron los casos de Francisco de Valcárcel (29 de noviembre de 1634), Antonio de Valdés (23 de diciembre de 1634), Gregorio López de Mendizábal (4 de enero de 1642), Francisco de Robles Villafañe (25 de diciembre de 1645), Pedro de Amezqueta (19 de mayo de 1647), y Francisco de Valcárcel Velázquez (11 de agosto de 1648). Los casos de acceso a la fiscalía del Consejo desde plaza de alcalde fueron los de Juan de Morales Barnuevo (11 de abril de 1645), Martín de Larreátegui (11 de junio de 1647), Agustín de Hierro (28 de agosto de 1648), García de Porras y Silva (6 de enero de 1651) y Antonio de Vidania y Elezárraga (27 de octubre de 1659). En todos los casos, se produjo la promoción sucesiva a oidor. En cualquier caso, estas relaciones nominales, basadas en J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid 1982, respectivamente pp. 16, 18, 21, 22, 25, 29, 31 y 33, y 30, 35, 38 y 39, no tienen pretensión de exhaustividad.

de junio de 1608³⁸ y sus atribuciones pasaron a ser desempeñadas por la sala de gobierno, coincidiendo con el acceso de Pedro Manso de Zuñiga a la presidencia. Este hecho favoreció un trato más estrecho entre Consejo –a través de la sala de gobierno– y sala de alcaldes, ejecutora sobre el terreno de las líneas maestras trazadas por el primero, en primer lugar en las sensibles cuestiones de abastecimiento de la corte³⁹. Como se aprecia, esta relación se materializó a través de autos perentorios que evidenciaban una disposición jerárquica entre ambos órganos (manifiesta también en que en muchas ocasiones era el escribano de cámara de la sala el que respondía en nombre de los oidores a las dudas y consultas de los alcaldes). Así, la sala de gobierno emitió el 14 de agosto de 1618 tres autos dirigidos a los alcaldes sobre el “Nonbramy[ent]o de ocho tauerneros de uino caro”, “s[obr]e los tauerneros de uino preçioso y forasteros y que no tengan tablas ni otra cosa de comer en ella”, y para que ningún alguacil de corte ni de villa entrase en tabernas y despensas⁴⁰, entre otros muchos que se podrían citar. La citada orientación también se apreció en la articulación del principio de “reformación”, como se advirtió en la participación de los alcaldes en la implantación de las medidas acordadas por la junta creada a tal efecto⁴¹. Conforme a su

³⁸ C. DE MORA LORENZO: “Normativa urbanística en el Madrid de 1600-1620”, *Madrid. Revista de arte, geografía e historia* 5 (2002), pp. 91-103, p. 94.

³⁹ “En la uilla de Madrid a catorce días del mes de ag[os]to de mill y seisçientos y diez y ocho años, los señores del Consejo de Su Magd. hauiendo tenido notiçia de la abundancia de pan que ay, y que a los lug[ar]es que tienen obligación de traer a esta corte de rregistro se les haçen molestias para que cumplan lo que deuen de atrassado de que rresultan costas y salarios que se les causan. Dixerón que mandauan y mandaron que todo el pan coçido que los dichos lugares deuen de atrassado de todo un año se les rremite y perdona y que no se cobre dellos ni se les hagan costas ni vexaciones para que lo traygan a esta corte. Y así lo mandaron (cinco rúbricas). (AHN, Consejos, lib. 1205, f. 83r).

⁴⁰ *Ibidem*, ff. 95r, 97r-v y 98r.

⁴¹ El Consejo y los alcaldes fueron todo uno en la crítica hacia la utilización por parte de los grandes de las mercedes reales para incrementar su patrimonio (A. GONZÁLEZ PALENCIA: *La Junta de Reformation. Documentos procedentes del Archivo Histórico Nacional y del General de Simancas, 1618-1625*, Valladolid 1932, p. 211). Un ejemplo de auto de la sala de gobierno dirigido a los alcaldes en este ámbito, en AHN, Consejos, lib. 1206, f. 202r, “Auto del qº s[obr]e el açul. Abridores de cuellos. En la uilla de Md a diez y seis días del mes de otu[br]e de mill y sei[s]cient[os] y diez y nueue años los señores del Consejo de Su Magd dixerón q mandaban y mandaron que luego se registren y tomen todos los polbos açules q se hallaren en esta corte en las tiendas donde se uenden y tomados se notifique a todos los tenderos que por ningún casso los puedan uender ni uendan ni para hombres ni para mugeres ni para cuellos ni para otra cossa ni con ocasión otra sopena de bergüença púb[li]ca y de duz[ient]os ducados p[ar]a la cámara.

importancia en la policía cortesana, buena parte de la rendición de cuentas de la sala al Consejo pasaba por la descripción circunstanciada de las rondas realizadas por alcaldes y alguaciles. Como es sabido, fue uno de los puntos contenidos en la pragmática de 1583, en los que insistió también la regulación establecida para los alcaldes por cédula real en San Lorenzo, de 3 de mayo de 1609. Por ella, se perfeccionó su realización, puesto que una de las consecuencias de la permanencia de la corte en Valladolid había sido la pérdida de la mecánica previa⁴². El monarca encargó al Consejo medidas paliativas, y la primera aprobada en la cédula fue que cada uno de los alcaldes fijasen su residencia en cada uno de los 6 cuarteles en que estaba dividida la villa y corte:

lo más en medio dél que fuere posible, y en parte que con facilidad y comodidad pueda acudir a él y hallarse con brevedad a la prisión y averiguación de todos los delitos que sucedieren en su quartel⁴³.

El conjunto del personal de la sala estaría implicado en las rondas: en cada uno de los cuarteles se establecerían así mismo 10 de los 60 alguaciles y uno de

Y ansimismo mandaban y mandaron q ningún hombre de qualquier estado y condición aunq sea marido de muger q lo tubiere por off[ici]o pueda abrir quellos ni ganar a esso como ofi[ci]o so pena de duz[ient]os açotes y destierro del rey[n]o y así lo proueyeron y mandaron”. Al pie se lee: “Ss[eñor]les de Gobierno. Concuerta con el orijinal que queda en mi poder. Hernando de Uallejo (rúbrica)”. Uno de los aspectos concretos de esta política fue tocado por E. VILLALBA PÉREZ: “Notas sobre la prostitución en Madrid a comienzos del Siglo XVII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 34 (1994), pp. 505-519.

⁴² Esto se apreciaba desde el mismo comienzo de la cédula: “Por quanto he sido informado que después de la buelta con nuestra casa y corte a esta uilla de Madrid, se han cometido muchos y muy graves delitos, homicidios, robos y capeamientos y otros, y que no se han podido averiguar por averse hecho de noche, y en partes remotas, y que por esto no han sido pressos, ni castigados los delinquentes: lo qual ha procedido de la grandeza del lugar, y de la falta que ay en él de las rondas de los alguaziles, que para su quietud son tan necessarias”. Manejo la copia de BNL, RES 1119-3 A (MICRO F 7010), ff. 178r-181v. Esta disposición terminaba de perfilar el espacio de actuación de los alcaldes en la corte planteado por Felipe III al comienzo de su reinado, en la *Pragmática y nueva orden para el conocimiento y determinación de las causas civiles y criminales dada a los alcaldes desta Corte*, Madrid 1600 (un ejemplar, en Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid, Fondo Antiguo, A-Caj 12/1).

⁴³ AHN, Consejos, lib. 1205, f. 219r, hay una “Memoria de los cuarteles de los sses alcaldes fecho en nuebe de ag[os]to de 1618 a[ñ]os”, que aparecen divididos así: “El Sor Juº de Aguilera, S[eñ]or San S[e]ba[s]tián. El sor don Pedro, Sta Cruz y San Xinés. El Sor don S[e]ba[s]tián de Carauaxal, Santiuste. El sor Sancho Flores, San Luis. El sor don Luis de Paredes, San Martín. El sor don Pedro F[ernán]dez e Mansilla, Sta María”.

los escribanos del crimen, para una tramitación expeditiva de las causas. Los 6 porteros de vara de cada uno de los alcaldes les acompañarían en las rondas, quedando obligados los alcaldes a rondar todas las noches ⁴⁴, en atribución de difícil compatibilidad con el descanso exigido por la tarea forense. Pero, poco después, la redacción permite deducir que se aceptaba la delegación en los alguaciles, al decirse:

Que cada uno de los dichos seys alcaldes estén obligados a visitar por su persona, y por las de sus diez alguaziles, todos los meses del año su quartel, a lo menos una vez cada mes.

Anteriormente, la eficacia de las rondas se había resentido a la hora de deducir y articular medidas concretas de las mismas. Con objeto de paliarlo, entonces se estableció un sistema jerárquico de rendición de cuentas, en el que los alguaciles lo hacían con el respectivo alcalde, estos con la sala, y el alcalde de mayor antigüedad —en prueba de la creciente importancia adquirida en la conducción de la sala— con el presidente, que haría llegar al rey lo susceptible de ser sabido ⁴⁵. Semejante procedimiento se seguiría en lo relativo a las visitas de posadas. Con todo, la ejecución de la cédula distó de ser ágil. Había ordenado también que los

⁴⁴ “Que cada uno de los dichos seys alcaldes esté obligado todas las noches a rondar por su persona, por su quartel, las horas y por las calles convenientes, visitando las casas de posadas, tabernas y bodegones dél, con los alguaziles, porteros y escrivano que señalare para cada noche” (AHN, Consejos, lib. 1205, f. 219r).

⁴⁵ “Que el más antiguo de los dichos alcaldes esté obligado todos los días a dar quenta muy particular por su persona o por escrito antes de medio día de todo lo que los dichos seys alcaldes y alguaziles le huvieren dado de la noche antes, al presidente del nuestro Consejo para que lo tenga entendido, y nos la pueda dar de lo que conviniere a nuestro servicio” (*Ibidem*). Tenemos un ejemplo práctico de la interlocución entre el alcalde más antiguo y el presidente en *Ibidem*, lib. 1206, f. 286r: “Las rondas se an hecho diligentemente el pregón del precio de las uentanas se esta hazciendo como u.s. i manda por su papel y en esto se resoluió la sala q se trato dello. De todo se dará al punto quenta a U.S.Illma. También se hace aueriguación sobre quién baio el palenque que estaba hecho p[ar]a el encuentro de los toros porque se entiende a auido malicia por pte de los naturales que no quieren se traigan toros forsasteros como lo eran los de oy. Estanse examinando los uaqeros q los an traído por que en fin hasta ahora no están encerrados aunque an muerto a algunos de los toros pa la carcel. Perdoneme USIllma la mala letra... julio 1º de 1619. Licdo. Juº de Aguilera”. Al margen, de mano de Acevedo: “Heme holgado de uer a u.m. tan ualiente. Los toros se han dilatado hasta el miércoles por la mala orden que a auido en el uiento. Castiguese a todos pastores de la malicia y castíguese el del palenque, y a todos los oficiales q salieron al encierro y buenas penas pecuniarias y dias de cárcel. Bien cubren aquí q declara u.m. salgan alguaciles al encierro para prender a quien los maltratare”. No sé si el espíritu de la disposición de 1609 correspondía a esta sumaria enunciación.

apostadores diesen casas de apostento a los alcaldes para que pudiesen cumplir la orden de mudarse cada uno de ellos al cuartel asignado, pero 10 años después seguían sin hacerlo, hecho que obligó a la sala de gobierno a emitir un auto en ese sentido ⁴⁶. Por auto del Consejo de 5 de octubre de 1622 tales obligaciones informativas se extendieron al corregidor de la villa y sus tenientes y alguaciles ⁴⁷. Con todo, la complejidad del procedimiento estipulado, la variedad de agentes implicados y la amenaza muchas veces consumada de incompatibilidad entre la serenidad necesaria para el ejercicio de asiento y el tráfico de comisión tan azacanaada como la de las rondas, propició que la realización efectiva de estas dejase mucho que desear en determinados periodos. En 1625, por ejemplo, el rey requirió al presidente un cumplimiento fiel de lo estipulado, mandato que Francisco de Contreras trasladó a los agentes directamente implicados ⁴⁸. Conservamos varios

⁴⁶ “[obr]e que los sses al[ca]ldes se muden a sus quarteles. Los alcaldes dizen que juntamente con mandar ura magestad que biuiessen cada uno en su cuartel se hordenó que los apostadores les diesen casas de apostento en ellos y no solamente no se a hecho pero tan poco se les paga la cantidad que está señalada para los que no se les dan casas, de manera que por necesidad se acomodan en donde pueden sin estar en su mano ni pusibilidad alquilar las en parte señalada donde no las hallan. Suppcan a Ura Magestad mande que se les den casas de apostento en los quarteles y por lo menos se les paguen lo que les y que puedan tomar por el tanto las casa que andvbieren en alquiler y no estén obligados a cumplir los arrendamientos que tienen echos sino pagar a rrata por cantidad lo que en ellas viueren biuido que con esto podrán mudarse a sus quarteles y cumplir lo que se les a mandado. De la sala 26 de junio de 1619 a^os (seis rúbricas de los alcaldes)”. Al margen: “Que aunque estén hechos los arrendamientos de las casas en que uiuen por un año o más tiempo çesse el día que dejaren las cassas que oi uiuen i sólo se pague lo que hviueren hauitado y no más, sin embargo de los arrendamientos que estubieren hechos. Y cada uno en el cuartel que le cupiere pueda tomar para sí la casa que le fuere a propósito por el tanto y la haga desenbaraçar luego para que con toda brevedad esté cada uno en el cuartel que le caue y lo acordado. Hernando de Uallejo (rúbrica). Gobierno”.

⁴⁷ Auto de 5 de octubre de 1622, en *Autos i acuerdos del Consejo de que se halla memoria en su Archivo desde el año MDXXXII hasta el de MDCXLVIII. Mandólos inprimir el Ilustris[im]o Señor Don Diego de Riaño i Ganboa Presidente i señores del Consejo*, 1649, auto CCXVII, p. 55.

⁴⁸ “He entendido que por no rondar los alcaldes y alguaziles succeden muchos delitos de noche en esta corte, sin que se auerigüen los casos, ni se prendan los delinquentes siendo esto cosa de tanto daño, y inconvenientes. Uso llamaréis a los alcaldes, y les ordenaréis que rondan cada noche por sus quarteles como está mandado, y hagan que también rondan los alguaziles, y que en esto aya particular cuydado, y uso lo tendréis de saber si se cumple assí. Y me daréis quenta dello, para que no cumpliéndose ponga el remedio combeniente, como en cosa que tanto importa (rúbrica real), en M[adri]d a 30 de mayo 1625. Al Pres[iden]te del Cons[e]jo”. En el sobrescrito se advierte una anotación del propio Francisco de Contreras: “Juntélos y encarguéles mucho esto cumpliendo lo que Su Majestad manda” (AHN, Consejos, leg. 51443, carpeta 6).

testimonios del desarrollo de estas inspecciones, que permiten definirlas como ocasión en la que se hacía nítida ante la población cortesana la jurisdicción real, en la que cobraba todo su sentido la vara portada por alcaldes y alguaciles, tanto como el insalvable trecho existente entre un orden ideal representado por la legislación, y la realidad de la vida de la corte. Del *Memorial* de Quiñones, repetidamente citado aquí, se deduce el tipo de asuntos que podían surgir en el curso de una ronda ⁴⁹.

Resulta llamativo que la afirmación jurisdiccional que refiero, relacionada con el avecindamiento de los alcaldes con el Consejo Real, convivió en tiempo de Felipe IV con una clara restricción del espacio donde podía ser ejercida sin mediar comisión específica del rey, el presidente o el conjunto del Consejo Real, esto es, las 5 leguas. Si en este espacio estaban incluidas 68 poblaciones en 1610, eran 32 en 1625 y 14 en 1673 ⁵⁰, en un acentuado proceso de concesión de exenciones a poblaciones pertenecientes a señoríos temporales o eclesiásticos, pero no sólo, ante la necesidad de la corona de ingresar fondos para encarar su necesidad económica. La exención de las 5 leguas, y de otros perímetros eventualmente fijados se convirtió en un mero expediente, un arbitrio dirigido a obtener numerario. Entre 1629 y 1630 fueron al menos 14 las poblaciones eximidas de la competencia jurisdiccional directa de los alcaldes de casa y corte en el perímetro de las 5 leguas: Villa del Campo (4 de junio de 1629), Fuente el Saz (23 de julio de 1629), Algete (20 de septiembre de 1629), Daganzo de Arriba, Cobeña (22 de octubre de 1629), San Martín de la Vega (30 de octubre de 1629), Torrejón de Velasco (19 de septiembre de 1629), Alcobendas (10 de enero de 1630), Torreldones (1630), Daganzo de Abajo (5 de febrero de 1630), Arganda (18 de febrero

⁴⁹ “Yva rondando una noche, y junto a las casas de don Rodrigo de Herrera en la calle de Alcalá, hallé una muger a la esquina de la callejuela en el suelo muerta, y mirandola tenía una estocada, que la passava derechamente desde el un hombro al otro. Hize diligencias para saber quién era, súpelo y llevé a su casa, y recibiendo información tuve algún rastro de quien se sospechava huviesse hecho la muerte y por cuya orden. Fuy a la casa de uno, y ya se avía ausentado. Fuesse descubriendo por qué causa se le avía dado la muerte a aquella muger, y por tocarle a la Santa Inquisición se le remitió con muchas joyas que se hallaron ser de la muger, y estar en poder de uno de los contra quien avía sospechas. Y como acostumbre la Santa Inquisición inquirió y supo la verdad, y se hizieron grandes prisiones por las diligencias que yo hize, y otras que se hizieron” (*Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III, nuestro Señor, que santa gloria aya, y que ha hecho a V. Magestad, que Dios guarde, el Doctor don Juan de Quiñones, alcalde de casa y corte más antiguo, en diferentes iornadas, causas graves que ha averiguado contra delinquentes, y castigos que se les dieron, y de otras ocupaciones que ha tenido, tocantes al servicio de V. Magestad, y en beneficio del bien publico*, s.l. s.a., pp. 68-69).

⁵⁰ J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, op. cit., p. 80.

de 1630), Ciempozuelos (22 de marzo de 1630), Polvoranca (3 de octubre de 1630) y Leganés (29 de noviembre de 1630). El 19 de julio de 1642 se añadió a la lista Villafranca del Castillo, y en 1665 Torrejón de Ardoz⁵¹.

Con todo, este proceso deconstructivo de la jurisdicción real inmediata estaba lejos de poseer racionalidad. Existían perímetros jurisdiccionales de extensión superior a las 5 leguas, cuya aplicación era dictada por las circunstancias, en vulneración de su propia coherencia. Así, Medina del Campo quedó eximida en 1629 de las obligaciones de las 8 leguas, a las que estaba sometida pese a radicar mas allá de ese perímetro. A su vez, ese mismo año Meco, situada dentro de él, logró acogerse a las obligaciones propias de las 12 leguas⁵², lo que permite deducir una paulatina mitigación de las obligaciones propias de los sucesivos perímetros jurisdiccionales conforme se alejaban del lugar de permanencia física más continua del rey. A su vez, tales perímetros no eran fijos, sino que podían variar en función de la necesidad, y ampliarse para lo tocante a un aspecto concreto. Conocidas en este sentido son las variaciones que sufrió el contorno de aprovisionamiento del pan a lo largo del reinado de Felipe IV, fiscalizado por los propios alcaldes de casa y corte, a las que me referiré.

Si se tienen en cuenta las obligaciones derivadas de la integración en ese espacio jurisdiccional de las 5 leguas, se comprende el interés de las diferentes villas y lugares comprendidos por detraerse de él. Podemos guiarnos por el breve pero certero artículo de Esquer Torres, para comprender que la acumulación demográfica en la corte, a modo de consecuencia añadida de la presencia real, entrañaba un riesgo de alteración social en caso de no ser adecuadamente abastecida, que obligaba a dar preferencia a la adquisición a precio tasado de vituallas en cierto espacio circundante. La libre iniciativa comercial estaba oficialmente proscrita en el terreno de los abastos —otra cosa era la realidad cotidiana—, aunque otra razón añadida era la obligación de surtir las necesidades de las diferentes áreas del servicio personal del rey. A lo largo de todo el reinado se otorgaron licencias por parte de los alcaldes a los sesmeros y labradores del perímetro de las 5 leguas para vender paja trigaza a los mesoneros de la corte, pues, reservada prioritariamente tanto la paja como la cebada producida en ese contorno a las caballerizas reales, consumían estas la segunda y perdían la primera⁵³; siendo fácil encontrar ejemplos

⁵¹ Tomo la relación de R. ESQUER TORRES: “Lugares de las cinco leguas: Madrid y sus aldeas”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 5 (1970) pp. 121-124, p. 123.

⁵² *Ibidem*, p. 121, y las fuentes allí citadas.

⁵³ Por ejemplo, en 1648, Alonso de San Martín, representante de los sesmeros de la tierra de Madrid, expuso ante los alcaldes que “los vezinos de los lugares de la dicha tierra

semejantes para otros productos. Con la exención, en teoría, los lugares se libraban de las servidumbres del férreo control comercial ejercido por los alcaldes, dado que estaba sujeto a alteraciones mas o menos permanentes y específicas. Pero las obligaciones, como digo, tenían una contrapartida jurisdiccional que, a priori, no tenía por qué resultar perjudicial para el común de estos lugares, la libertad de los alcaldes para emitir y ejecutar autos y mandamientos sin mediación de las justicias municipales, que solían representar los intereses de las elites locales.

Como vemos, la vinculación de la sala de alcaldes con el Consejo, hasta el punto de terminar formando una auténtica unidad dependiente, culminó en tiempo de Felipe IV. Su actuación ceremonial respecto al Consejo se dirigía a subrayar la importancia y posición de este, por ejemplo en ocasión tan relevante en este sentido como la “consulta de los viernes”. En ellas, un portero de cámara del Consejo avisaba a la sala de alcaldes de la hora fijada para la consulta. Previamente, se reunían el Consejo y la sala de alcaldes, menos su fiscal, en la posada del presidente y desde ella se trasladaban a palacio, práctica que alcanzó concreción formal con el acceso a la presidencia de Francisco de Contreras, según se deduce de la documentación contenida en el archivo de la sala de alcaldes transcrita por Martínez de Salazar:

El Señor Presidente me manda avise a V. Majestad y le dé cuenta del orden que esta tarde ha de haver en la consulta, que ha de ser a las tres y media; y es, que V. Majestad y todos esos señores se junten en el Consejo, y esto sea sin perjuicio del que succediere a Su Ilustrísima en el oficio, y sólo en este caso; pero que a su casa vayan todos los alguaciles a caballo. Nuestro Señor guarde a V. Majestad muchos años, y dé a V. Majestad lo que desea. De palacio oy viernes 3 de octubre de 1621. Fernando Vallés⁵⁴.

Del documento aludido se deduce una continuidad entre el momento de su elaboración y la práctica descrita por Martínez de Salazar que, por lo tanto, parece la mantenida en tiempo de Felipe IV. Llegado el momento de la consulta, se desplazaban a él desde la sala los 4 alcaldes más modernos, y si el Consejo continuaba reunido en el momento de su llegada, aguardaban en la pieza del escribano de cámara de gobierno. Cuando concluía la audiencia, entraban en la sala de gobierno, y encabezaban la comitiva del Consejo que se desplazaba desde el palacio de los Consejos hasta el Alcázar –nótese el momento de redacción del

están sujetos a todas las cargas y contribuciones con que sirven a V.M. y servicio desta corte, como son paja y cevada para las reales cavalleriças y otros”, para obtener la referida licencia (R. ESQUER TORRES: “Lugares de las cinco leguas...”, *op. cit.*, p. 124).

⁵⁴ A. MARTÍNEZ SALAZAR: *Colección de memorias y noticias...*, *op. cit.*, p. 291.

texto—, “sin capa, con gorra y vara”, evidenciando los límites de cierta jurisdicción entre lo doméstico y lo cortesano a la que pertenecían los propios alcaldes y el Consejo. Llegados a palacio, los alcaldes con la vara se introducían en la estancia donde se hacía la consulta, seguidos del escribano de cámara de la sala de gobierno, y a continuación los oidores y el presidente:

El Consejo se mantiene sentado, y los alcaldes de corte y escribano de cámara de gobierno en pie, y el hugier cierra la puerta, quedándose de la parte de adentro arrimado a ella, y cubierto hasta que llega S. M.; y luego que se hace presente, todos se ponen con rodilla en tierra, y así se mantienen hasta que S. M. se sienta, y les manda levantar, sentar y cubrir, lo que egecutan, e inmediatamente se salen los alcaldes, escribano de cámara y hugier, quien cierra la puerta, y queda sólo S. M. con el Consejo...; y el alcalde más antiguo con el escribano de cámara esperan fuera, por si ocurre alguna orden o novedad ⁵⁵.

Pero la vinculación de los alcaldes con el Consejo en ocasión tan destacada como la “consulta de los viernes” no se reducía —con toda su transcendencia— a este aspecto externo, sino que, en su curso, la tarea y posición institucional de los alcaldes de casa y corte también podía ser objeto de la atención del Consejo. Consta que en 1610 se trató, en una consulta, en la que Molina de Medrano ejerció de consultante, de las quejas de la justicia municipal de Pinto por la invasión de sus competencias que decían padecer por parte de los alcaldes ⁵⁶.

En tiempo de Felipe IV se percibió, pues, con toda nitidez la determinación del Consejo en “desarrollar su jurisdicción sobre la corte”, lo que hará mediante la que será considerada a todos los efectos como su “quinta cámara” ⁵⁷. Resultado de la

⁵⁵ A. MARTÍNEZ SALAZAR: *Colección de memorias y noticias...*, *op. cit.*, p. 293. La descripción completa en pp. 287-295. Cfr. en el apéndice documental lo referido a la función de los alcaldes en estas consultas, anotado por el alcalde Elézarra en el siglo XVIII, documento n° 6.

⁵⁶ “Consulta que hizo con su magd el sor Molina de Medrano en quinze de enero 1610... 9- La villa de Pinto se quexa de los alldes desta corte les quitan los negoçios civiles y criminales de que conoçe la justicia ordinaria sin causa ni raçón trayendo los pleytos al tribunal de los dichos alcaydes en gran daño de los dichos veçinos enviando reçeptores que ynpiden el usso y exerçio de la justiça, sin aver parte q se agravie. Supplica se mde remediar mandando q los dichos alcaldes no les quite los dichos pleytos y causassino fuere constando de omisión o agravio o auiendo parte q pida”. En el margen izquierdo se lee: “informan los alcaldes de corte”. En el derecho “Gallo” (AHN, Consejos, leg. 6901).

⁵⁷ Ambas expresiones son del citado O. CAPOROSSI: “El discurso sobre el crimen de lesa majestad en la Corte de España: las relaciones de ejecuciones públicas en el Madrid de Felipe IV (1621-1665)”, en P. BÉGRAND (ed.): *Las relaciones de sucesos relatos fácticos, oficiales y extraordinarios*, Besançon 2006, pp. 179-198, p. 180, y fuentes allí citadas.

dependencia de los alcaldes respecto al Consejo fue un aumento de las comisiones a su cargo, como mano ejecutora de las determinaciones originadas por una prioridad de orden político, como era la reformatión y el orden público. En los reglamentos de teatros de 1615 se estipulaba “que en cada teatro aquí en la corte asistan un alguazil della” con cuidado de que “no aya ruidos, ni alborotos, ni escándalos, y que los hombres y mugeres estén apartados”⁵⁸. El 3 de noviembre de 1638 el Consejo ordenó que asistiese diariamente a los dos teatros de la corte un alcalde con alguaciles y un escribano, a quienes, como todo un símbolo de la función inspectora que habrían de realizar, se dio en principio asiento sobre el propio tablado. Esto originó algunos inconvenientes, que parece se subsanaron al colocar al alcalde en el llamado aloxero, y a asistentes en la barandilla del mismo⁵⁹. En los reglamentos de teatros de 1641 se estipulaba “que los alguaciles de las comedias asistan desde que se abran los corrales y se empieze a cobrar hasta que se cierran”⁶⁰. Conforme a lo establecido en 1609, la relación enviada el 27 de junio de 1653 al presidente del Consejo por don Miguel de Salamanca, gobernador de la sala, compendia la preocupación de los alcaldes en el abastecimiento, la visita de presos, y las rondas nocturna⁶¹.

Culminación de la tendencia que vengo refiriendo fue, concluido ya el reinado de Felipe IV, el aumento de oidores del Consejo a 20, justificado por Carlos II en 1691, en la necesidad de evitar los inconvenientes para el despacho causados:

⁵⁸ M. A. COSO, M. HIGUERA y J. SANZ: *El teatro Cervantes de Alcalá de Henares: 1602-1866. Estudio y Documentos*, Londres-Alcalá de Henares 1989, p. 35.

⁵⁹ J. E. VAREY y N. D. SHERGOLD: “Datos históricos sobre los primeros teatros de Madrid: contratos de arriendo, 1615-1641”, *Bulletin Hispanique* 62 (1960), p. 179. El aloxa era “una bebida muy ordinaria en el tiempo del estío, hecha de agua miel y especias... Dan la fama a la de Segovia, y atribúyenlo al agua” [S. DE COVARRUBIAS Y OROZCO: *Tesoro de la lengua castellana o española*, Barcelona 1998 (ed. facsímil de la de Barcelona 1943, a cargo de M. de Riquer), p. 103].

⁶⁰ M. A. COSO, M. HIGUERA y J. SANZ: *El teatro Cervantes de Alcalá de Henares...*, *op. cit.*, *passim*.

⁶¹ AHN, Consejos, leg. 7124, n° 8: “La panadería está abastecida de pan y se vende a siete quartos y a seis y medio los puestos de panecillo. Están abastecidos y también lo están las tablas de los pescados rremojados. En la gallinería ay muchas gallinas muertas y bibas y güeuos. Ay dos cargas de truchas de Mansilla. Ay de todas frutas en abundancia. En la uisita de pressos ay seis pressos. Uno por amanceuamiento. Otro por herida de muerte. Otro por querella. Otro por urto. Anoche fue de rronda el s[eño]r alcalde d. Fer[nan]do Altamirano y ubo rronda estraordinaria. A un moço del rrastro estando en su cassa le dieron una puñalada. Está haciendo la causa el alcalde D. Biçente de Bañuelos. No se a sauido otra cossa de que auisar a U. S^a Yll[ustrisi]ma... De la sala 27 de junio de 1653”.

considerando que el Consejo se compone de quatro salas y que pasando uno de los ministros dél a presidir en la de alcaides siempre son necesarias veinte plazas de actual asistencia⁶².

En la misma línea, los decretos de Nueva Planta daban por sentada la naturaleza de la sala de alcaides de casa y corte como quinta del Consejo⁶³, y la aludida *Colección* de Martínez de Salazar describía junto a los negocios de cada una de las salas, “las pertenecientes a la sala de señores alcaides de casa y corte”.

1.3. *APORTACIÓN Y RESISTENCIA JURISDICCIONAL DE LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE EN UN CONTEXTO DE IMPOSICIÓN DE LA CASA DE BORGONA*

El estudio de *longue durée* de cualquier materia histórica debe atender a sus momentos cisorios, de ruptura. No es lo mismo abordar el estudio de los alcaides en tiempo de Felipe II que en el de su nieto. En un contexto de definitiva imposición de la casa de Borgoña en este último reinado, los alcaides hacían patente cierta actitud de resistencia de los sectores cortesanos y sociales tradicionalmente vinculados o insertos en la casa de Castilla. Ello se apreció en el terreno jurisdiccional, avalados, hasta el punto en que el contexto lo hacía posible, por el ordenamiento y la práctica precedente, y en contraste con las diferentes áreas del servicio regio.

1.3.1. *Los alcaides ante la jurisdicción militar y la jurisdicción doméstica. Conocimiento limitado sobre las guardas reales*⁶⁴

La relación cotidiana que el gobernador de la sala, entonces don Miguel de Salamanca, envió al presidente del Consejo el 27 de junio de 1653⁶⁵, culminaba,

⁶² J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla...*, op. cit., p. 95.

⁶³ AHN, Consejos, lib. 1196, “Decretos de S.M. expedidos al Consejo de Castilla el día 10 de noviembre de 1713 en que se sirve dar reglas para la observancia de la nueva planta que establece en ella y en sus salas, en que está inclusa la quinta que lo es, la de alcaides de su casa y corte, adonde se remitieron por el señor Abad de Vivanco de 13 de enero de 1714 para su inteligencia y entero cumplimiento” (*apud* M^a I. CABRERA BOSCH: *El Consejo Real de Castilla y la ley*, Madrid 1993, p. 5).

⁶⁴ Sobre los conflictos jurisdiccionales de las guardas reales desde Carlos V a Carlos II, ver J. E. HORTAL MUÑOZ: *Las Guardas Reales de los Austrias hispanos*, Madrid 2013, capítulo 8: “La especial jurisdicción de los guardas: conflictos con la justicia ordinaria, con la palaciega y dentro de las propias guardas” (pp. 419-472).

⁶⁵ AHN, Consejos, leg. 7124, n^o 8.

postdata, dando cuenta de la muerte de un carretero que se disponía a trasladar a la compañía teatral de Juan Osorio para representar en Valdemoro; asunto que, pese a su apariencia, no era menor, dado que los asesinos eran soldados de la guarda española, y el caso puso en evidencia las limitaciones en la aplicación de la jurisdicción de los alcaldes, no sólo por ser la ordinaria, sino especialmente por tener una matriz doméstica castellana, en repliegue mediado el siglo XVII respecto a la casa de Borgoña. Si en otros momentos habían hecho valer su jurisdicción sobre tales reos, y, en rigor, un auto de 1643 consagraba –bien es cierto que con muchas salvedades y reservas– esta intervención, este caso reflejó que la alteración súbita del marco legal en este punto era potestad del rey, como jefe de la casa, conforme al rango que en cada momento atribuyera a sus diferentes partes de su servicio. La reivindicación de la jurisdicción común frente a las privilegiadas, representada por alcaldes y Consejo, era el asidero de aquellos grupos postergados en la implícita jerarquización de las áreas del servicio regio resultado de la prioridad otorgada a las borgoñonas. Y, en ese contexto, se propiciaba una continuidad subordinada entre Consejo y alcaldes⁶⁶, definida en ese ambiente hostil hacia la jurisdicción común.

Sus avances y retrocesos durante el reinado de Felipe IV se hacen visibles, por ejemplo, por contraste con una jurisdicción militar favorecida por la coyuntura bélica atravesada por la Monarquía. Contraste todavía más perceptible si se atiende a un orden todavía más restringido de la última, de esencia doméstica, el representado por las guardas al uso borgoñón. Dada la peculiar situación de los alcaldes de casa y corte en relación con lavcasa de Castilla, quienes articulaban su inserción en un ámbito más amplio, la corte, al tiempo que mostraban claras señales de integración en ella, se percibía en definitiva, bajo la apariencia de conflicto jurisdiccional, una disputa de fondo en torno a la primacía del uso borgoñón o del castellano en el seno del servicio regio, que en tiempo de Felipe IV se fue definiendo en favor del primero.

Ya el 20 de julio de 1624, el rey expresó que, para evitar competencias, los capitanes de las tres guardas reales, archeros, española y alemana, resolviesen todas las causas criminales de sus soldados. La tendencia se confirmó al año siguiente, y se consolidó en 1626, de un modo que definía la creación de una jurisdicción especial a través del Consejo de Guerra, en detrimento del Consejo Real y de los alcaldes. Hasta ese momento, como indica José Luis de las Heras, las causas

⁶⁶ AHN, Consejos, leg. 7124, n° 8: “Ase sauido que el carretero de Jetafee a q[ui]en yrió el soldado de la guarda por lo de Ualdemoro se a muerto. Las partes están todos los días clamando y pidiendo justicia. Y como en esta materia la sala ha dado quenta a U.S^a Yllma aguarda las órdenes que diere para obedecer”.

de los soldados de las guardas se habían visto en la sala de alcaldes e, incluso, ante la justicia municipal madrileña. En ese momento, Felipe IV mandó despachar a través del Consejo de Guerra, en noviembre de 1626, una cédula que establecía “que las causas criminales contra los capitanes y oficiales de las guardas, gentiles hombres y otros oficiales mayores y menores”, aunque fueran en casos hasta entonces nítidamente exceptuados de la jurisdicción especial, como alevosía, moneda falsa, resistencia calificada..., no fuesen conocidos por la justicia ordinaria, sino por el alcaide de las guardas con concurso del capitán general de la caballería. Si ya era todo un indicio la publicación de tal cédula a través del Consejo de Guerra, la voluntad real se hacía claramente manifiesta al atribuirle en exclusiva la apelación de estas sentencias. Tras la decisión latía la necesidad de extender el fuero militar al ámbito doméstico, ante la merma del reclutamiento para las guardas reales que había supuesto la falta de privilegios tangibles⁶⁷.

Con todo, esta decisión halló la resistencia de los organismos que aplicaban la jurisdicción ordinaria. El Consejo representó en consulta al rey los previsibles daños que podían derivar de la aplicación de la cédula de 1626, al tiempo que acotaba los potenciales beneficiarios, al discutir su goce por la gente de guerra sin militancia activa, de cuyos delitos debía conocer la justicia ordinaria, al margen de señalar leyes que privaban del fuero a los implicados en casos de falsificación de moneda, alevosía y resistencia a la justicia. Se daba el característico solapamiento, confusión y contradicción legislativa del jurisdiccionalismo propio del sistema político de la Monarquía. El resultado parcial de la consulta ilustraba ya el repliegue de la jurisdicción común, pues se sometió a la Junta de competencias, atribución sustraída el año anterior del conocimiento de la sala de gobierno del Consejo. Ente que decidió excluir de la exención los delitos previos a su declaración, las resistencias calificadas y el delito de lesa majestad divina o humana. A su vez, los pleitos civiles y criminales de soldados residentes en la corte permanecieron en la jurisdicción ordinaria, pero con una salvedad que remitía al fundamento comisional de buena parte de la actuación de los alcaldes: y que ilustraba como su ejercicio era resultado de una curiosa acumulación de atribuciones privativas de origen comisional, que se integraban en el campo de actuación de cada alcalde, dictado por ordenamiento de mayor rango o permanencia. En 1629 se nombró a don Francisco de Valcárcel, alcalde de casa y corte, como juez privativo para el conocimiento en primera instancia de las causas de tales soldados, pero con la elocuente restricción de dejar a los pleiteantes la opción de apelar ante el Consejo de Guerra o ante la sala de alcaldes.

⁶⁷ J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, op. cit., p. 117, y la fuente allí citada.

La tendencia consolidada en 1626 sufrió una rectificación en 1637, mediante auto del Consejo, es decir, en manifestación de las atribuciones de ordenación legislativa conferidas al organismo, cuya redacción se originó por orden explícita del rey, a consecuencia del creciente número de abusos de la tropa propiciado por los amplios poderes de los capitanes consagrados en la referida cédula. Por auto de 26 de septiembre de ese año se dispuso que, nuevamente, los alcaldes de casa y corte y las justicias ordinarias determinasen los casos de resistencia de los soldados a ministros de justicia⁶⁸. En la misma línea, en 1639 se añadió que los guardas reales poseedores de tabernas perdiesen los beneficios de su fuero en todos los casos, de tal modo que a partir de ese momento sus causas fueron remitidas a la justicia ordinaria, pues resultaba incompatible el goce de privilegio militar y el trato de regatería. Con todo, en este trasfondo provisional favorable a la jurisdicción común, el bando de 4 de marzo de 1639 resolvió:

que por ahora las causas criminales de los soldados se remita el conocimiento de ellas a la junta que se hace en la posada del conde de Castriello [la Junta de registro]... Daranse por el Consejo de Guerra los despachos que para la ejecución de esto fueren necesarios.

En agosto del mismo año se despachó cédula real dirigida a Gregorio de Mendizabal y Juan de Quiñones, con poder y facultad para, con deseo de reunir y censar a los muchos soldados presentes en la corte, prender a cualquiera de ellos que cometiese excesos y delitos:

y entrar para este efecto en los cuerpos de guardia que hubiere en mi corte y mando a los maestros de campo, sargentos mayores, capitanes y demas oficiales y soldados de las levas que se hacen en ella no os pongan en ello embarazo alguno, antes os den toda la asistencia.

Pero, de acuerdo con la prioridad de la necesidad militar, ambos alcaldes deberían dar cuenta de su labor (que en el caso de Quiñones, en su calidad de auditor

⁶⁸ El auto tenía importancia por sumir en una única jurisdicción la “doméstica” de las guardas (por así denominarla) y la militar en general, manifestando como de la primera formaban parte Consejo y alcaldes: “En la villa de Madrid a veinte i seis días del mes de setiembre de mil i seiscientos i treinta i siete años, los señores del Consejo, con particular orden de Su Magestad, mandaron, que los alcaldes desta corte, i iusticias ordinarias del Reyno, puedan proceder, i procedan contra todos los soldados, que les hizieren resistencia, aunque sean de la guarda de Su Magestad, i pretendan gozar del privilegio de serlo. Sobre lo qual no an de poder formar competencia alguna, ni acudir a otro recurso, sino que privativamente ha de tocar su conocimiento a los dichos alcaldes i iusticias ordinarias, i el castigo de las dichas resistencias; i enbíeseles órdenes generales, para que assí lo cunplan” [*Autos i Acuerdos...* (1649), *op. cit.*, auto CCLXVII].

general, se añadía a una muy cargada vida comisional) al marqués de Castrofuer-
te, del Consejo de Estado ⁶⁹.

Con todo, la inercia previa y la confusión propia de la superposición jurisdiccional propició nueva disposición regia en 1641 que remitió a los alcaldes de casa y corte y la justicia ordinaria las infracciones de los soldados de la guarda en casos de resistencia a la misma, amancebamiento, tenencia de garitos y cualquier otro relacionado con ventas y reventas ⁷⁰. Pero que esta sucesión de disposiciones en absoluto terminó con esta clase de conflictos jurisdiccionales, se demostró con la constitución en 1643 de una junta para tratar sobre el conocimiento de los delitos de los guardas reales, que fue facultada para adoptar medidas que las evitasen, pero al tiempo ordenaba que los soldados de ellas no fuesen agraviados respecto al conjunto de la “gente de guerra”. Si esta prioridad era todo un síntoma, igualmente significativa era la presencia en ella tanto de oidores del Consejo Real como de consejeros de Estado y el mayordomo del Bureo. Esta junta acordó que los soldados de las compañías de las guardas de a pie, a caballo, vieja, negra, amarilla, tudesca y archeros, gozasen de fuero militar en todas las causas criminales. Propuso que los capitanes conociesen de los pleitos en primera instancia, pero las apelaciones deberían reservarse al Bureo. Del privilegio quedaron exceptuadas las resistencias y desacatos injuriosos a los ministros de justicia, el robo de alimentos en tiempo de necesidad, y las contravenciones legales realizadas en el desempeño de tareas no estrictamente castrenses.

Con todo, la legalización de estos acuerdos necesitaba de la concurrencia obligatoria, conforme a sus atribuciones, del Consejo Real, y adoptó la forma de auto del Consejo, lo que en sí mismo presentaba rasgos contradictorios. Evidenciaba la imprescindible concurrencia de la jurisdicción regia, pero al mismo tiempo demostraba su disminución, puesto que daba salida a un instrumento legal cuya enunciación era resultado de la participación de terceros junto al Consejo. La sombra de la jurisdicción común no dejó de estar presente, dado que cada capitán de las guardas fue obligado a nombrar un alcalde de casa y corte como asesor con plena potestad instructora ⁷¹.

⁶⁹ Tomo ambos documentos de R. MACKAY: *Los límites de la autoridad real: resistencia y obediencia en la Castilla del Siglo XVII*, Salamanca 2007, pp. 52-53. Los intentos de censar a los soldados se dirigían principalmente a movilizar a los veteranos, no sólo para abastecer el reclutamiento, sino para desterrar su disipada vida de la corte.

⁷⁰ A. SÁNCHEZ SANTIAGO: *Idea elemental de los tribunales de la Corte...*, *op. cit.*, vol. I, p. 54-55; J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, *op. cit.*, p. 118.

⁷¹ “Que de cada capitán sea precisamente assessor uno de los alcaldes de mi casa i corte, el que él señalare. Pero sin darles uqnta es mi voluntad pueda, i deba rondar, i proceder de

Como era de prever dado su contenido respetuoso hacia los privilegios de las guardas, el decreto de 1643 fomentó sus excesos antes que evitarlos. En un sentido más amplio de la jurisdicción militar, ese mismo año se encomendó nuevamente al alcalde Juan de Quiñones la indagación de un robo cometido en casa del embajador de Venecia, que se atribuía a unos soldados, puesto que, dada su calidad de auditor general, condensaba en su persona ambas jurisdicciones. En el caso de Quiñones, tal acumulación era una verdadera garantía de inmunidad en un contexto en el que la aplicación de la justicia y la satisfacción de las necesidades militares no siempre eran compatibles. Es conocido el caso de don Carlos Pacheco, militar complicado en un caso de contrabando en 1645, que, además, propinó un guantazo a un alguacil de casa y corte en la propia sala de alcaldes, lo que fue valorado por esta como desacato. Del conjunto de los 6 alcaldes que votaron, don Martín de Larreátegui y don Antonio de Miranda se pronunciaron por la pena de muerte, mientras don Pedro de Amezqueta, don Diego de Rivera, don Antonio de Lezama y don Agustín del Hierro acordaron condenarle a azotes y galeras. Resultado de la sentencia fue una llamativa cédula real –motivada por la queja del Consejo de Guerra– que removía y desterraba 6 leguas alrededor de la corte a los alcaldes partidarios de la flagelación, y libraba a los partidarios de la muerte del reo. Ante lo que se deduce que el problema no era la suavidad de la pena acordada, sino el agravio que suponía para el fuero militar, cuya prioridad para el monarca se deduce del hecho de que don Carlos fue entregado al Consejo de Guerra. Sin duda, la excepcional situación provocó un significativo aumento de la carga de asuntos para los compañeros que permanecieron en ejercicio –lo que se advierte

oficio a instancia de parte, hazer sumarias, recibir informaciones, prender i sustanciar las causas, hasta ponerlas en estado de sentencias. Con q para darlas, las comunique con los dichos capitanes, i entrambos las ayan de firmar, el uno como iuez, i el otro como assessor, diziendo en ellas que se dan con parecer del señor alcalde de corte N. de cuya cortesía es mi voluntad se use” [“Decreto de Su Magestad sobre el conocimiento de los delitos de los soldados de las guardas”, de 7 de junio de 1643, en *Autos i Acuerdos...* (1649), *op. cit.*, f. 77r]. Que el documento fue creativo en adelante en cuanto a sus efectos se deduce de su descripción en AHN, Consejos, lib. 1512, “Yndice general de la colección, comprehensiuo desde el año de 1555 hasta el de 1790 ambos inclsiue”: “1643: Fuero del Bureo. Cédula de 7 de junio de 1643 a consulta de la junta, que se mandó formar de ministros del Consejo de Estado, y Justicia, y un maiordomo por el Bureo, por la que se resuelue que los soldados de las compañías de guardas de a pie, de a cauallo, uieja, negra, y amarilla, tudesca, y de corps gocen de fuero militar en todas las causas criminales actiua y pasiuamente conociendo, en (f. 5) primera instancia sus capitanes, y dejando en las segundas en grado de apelación para el Bureo, con varias declaraciones y limitaciones, f. 235”. Obsérvese la definición que se le daba como “fuero del Bureo”, en la línea que describo.

con especial crudeza en el caso del citado Juan de Quiñones—, pero, en todo caso la situación no se alargó, puesto que antes de un año los apartados estaban de nuevo en uso de sus oficios, sin que los hechos interrumpieran su *cursus honorum*. De hecho, sus ejemplos permiten deducir que la secuencia del mismo era idéntica a épocas anteriores, y que el desempeño como alcalde era paso previo para el acceso al aparato consiliar⁷².

En 1648, el Consejo expuso al rey que la sala de alcaldes había remitido a la de gobierno noticia de como en una ronda nocturna unos soldados de la guarda habían robado pan a varios panaderos de la corte, y habían ignorado la reprensión efectuada por Juan de Pinilla, escribano de cámara. Este hecho —sin duda— soliviantó al Consejo, dada la personificación de la jurisdicción ordinaria encarnada por esta figura, pero, sobre todo, su intención era subrayar el riesgo que actuaciones así suponían no sólo para la convivencia cortesana, sino para la propia integridad de las guardas, objeto en ocasiones de agresiones por parte del común, en una espiral acción-reacción, en respuesta a sus excesos. No hay que olvidar que por entonces existía un clima social de revuelta y, como indica de las Heras, “varias ciudades conocieron la quiebra del orden público durante los años centrales de la centuria”⁷³. El 26 de noviembre de 1652, el rey ordenó al Bureo la entrega de un soldado de la guarda española a los alcaldes de casa y corte, preso por moneda falsa, aunque el comité insistió en la restitución del detenido⁷⁴.

A juzgar por los hechos subsiguientes y pese a sus palabras propicias, el rey estaba decidido a fortalecer la jurisdicción privilegiada de las guardas. Ello se apreció con ocasión de los graves disturbios cometidos por miembros de la española en

⁷² De don Pedro de Amezqueta ya he hablado. Según los datos aportados por de las Heras, don Diego de Rivera sirvió en el Consejo de Indias y a partir de 1648 entró con don Antonio de Lezama en el Consejo Real. Don Agustín del Hierro ingresó en el Consejo de Órdenes con hábito de Calatrava, de donde pasó a la fiscalía del Consejo Real, antes de ser designado oidor, en 1651. Como indica el mismo autor, no se apreciaba diferencia respecto a quienes permanecieron en la sala: don Martín de Larreátegui no sería elevado al Consejo hasta 1648, e incluso don Antonio de Miranda tardó todavía mucho tiempo en abandonar la sala, con destino al Consejo de Indias (J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, *op. cit.*, pp. 123-124).

⁷³ *Ibidem*, pp. 119-120, donde transcribe, de la consulta del AHN: “Al Consejo ha parecido representarlo a V[uestra] Majestad para que se sirva de mandar se les despache luego a estos soldados y que mientras esto sucede, sus superiores les refrenen con el castigo que conuiniere para que excusen tales arrojamientos, pues con ellos imposibilitan la provisión de pan y ocasionan al pueblo sentimiento, que podrían causar mucho cuidado”. La situación en J. E. GELABERT GONZÁLEZ: *Castilla convulsa (1631-1652)*, Madrid 2001.

⁷⁴ AGP, SH, caja 180.

Valdemoro en 1653, ya aludidos, en los que, incluso contra la letra de la ley, el monarca prohibió explícitamente el entendimiento por parte de los alcaldes. El 11 de junio de ese año los vecinos de la villa, situada en el perímetro de las 5 leguas pero exenta de la jurisdicción de los alcaldes de casa y corte desde 1610, se disponían a festejar el *Corpus* con festejos taurinos, cuando en el encierro previo, Juan de Mangas, soldado de la guarda, y Pedro de Lero tiraron desde un tablado dos pistoletazos a un toro. No fue el único exceso, dado que por la tarde, ambos, acompañados de otros 12 soldados, no sólo mataron otro toro que, obligado y temeroso, les reservó el mayordomo del festejo, sino que se dispusieron a hacer lo propio con todos ellos. Ante la resistencia mostrada por el mayordomo y los naturales, se originó una violenta lucha que resultó con heridos por ambas partes, y la amenaza de los soldados de la guarda de “que abían de matar a quantos uezinos de Ualdemoro biniesen a esta corte”. No pasó mucho hasta que se advirtió lo dispuestos que estaban a cumplir su advertencia, pues en los días sucesivos fueron atacados varios vecinos de Valdemoro o tomados por tales. Este fue el motivo por el que ninguno quiso trasladar a la villa a la compañía de Juan Osorio, autor de comedias, contratado para actuar en la octava del *Corpus*, del que se ocuparon sigilosamente carreteros aragoneses y valencianos. Pero los soldados no estaban dispuestos a olvidar el asunto y no sólo atacaron (con resultado de muerte) a varias de las mulas, sino que hicieron lo propio con los carreteros, y dejaron malherido a uno de ellos. De la instrucción de este segundo episodio se ocupó el alcalde don Fernando de Altamirano, quien no tardó en averiguar que en la pendencia habían participado al menos dos de los soldados que se habían excedido en Valdemoro, y que estaban presos por ello en la cárcel de la guarda española. Allí se trasladó el alcalde, y su solicitud de hacerse con los prisioneros originó un tenso e infructuoso diálogo que, sobre todas las cosas, hacía patente con gran crudeza las limitaciones para el ejercicio de la jurisdicción cortesana existentes en la propia corte. Jurisdicción por lo demás más deferente con el resto, que lo contrario:

abiendo preguntado al alcaide por los nombres de los presos que se abían inbiado el domingo respondió que no sabía cómo se llamaban y diziéndole que sacasse el libro de entradas no lo izo y notificándole después que no dejase salir ninguno de los que estaban presos por la causa de Baldemoro sin dar abisso a la sala de cuya horden quedaban enbargados respondió que no consentía auto ninguno de embargo sin lizençia de su capitán y que se la diesen para abisar algunos de sus jelfes [*sic*]. Y no ostante este esçesso pues en la sala el alcaide de la cárzel sin horden de ella admite embargos de qualquier q[onsej]o y tribunal y del mismo capitán de la guarda y lo mismo se obserba en la cárzel de lo eclesiástico y en todas las demás, el alcalde tubo tanta tenplanza y espera que se conformó y aguardó mucho tiempo asta que llegó el tiniente de la guarda española y abiéndose

conferido entre los dos la materia se notificó segunda vez al alcaide el embargo, el qual respondió que lo oya y que en quanto a su cumplimiento que daría cuenta a su capitán y en este estado se quedó la causa sobreseyendo el alcalde en las diligencias asta dar quenta a la sala del estado de ellas ⁷⁵.

La sala del crimen de los alcaldes de casa y corte dio cuenta al Consejo, en sala de gobierno, invocando el contenido del referido auto de 1643, de cuya redacción se deducía claramente la legitimidad de la intervención pretendida por la primera. El Consejo, conforme a la referida integración, se empleó con celo a favor de este cauce, que era el propio de la jurisdicción ordinaria al modo castellano, pero el rey no transigió. En una primera consulta, elevada al rey el 21 de junio de 1653, solicitaba que el delito fuese castigado por los alcaldes de corte:

para que el escándalo que en ella a causado la summa libertad de los soldados de la guarda se tiemple con el mucho exemplo, de llegar vna uez a sentir sobre sí el rigor de la justicia, de cuya exempción se origina el atreuimiento con que obran en todas las acciones que por su mano se ejecutan.

Para añadir poco después toda una confesión acerca de la verdadera confianza en la actuación conforme a derecho de las jurisdicciones especiales, y el perjuicio que podría causar esta actitud:

Dejarlo a que conozca dello el capitán de la guarda, sería conçederles desde luego indulgencia, respecto de no auer delito que lo paresca a uista de sus jueçes, y dar mayor aliento a los soldados para que se empeñen a mayores exçesos y priuar del comercio desta corte una uilla, que con el uino que se coge en ella, y el pan que traen para su prouisión la abasteçen, cuyos ueçinos no se atreuerán a uenir, por no exponerse a los riesgos de perder las uidas, a manos de gente tan libre y uengatiua.

La única solución estaba en dejar actuar a la jurisdicción ordinaria representada por los alcaldes, en el caso de la corte:

El remedio sólo que puede auer es el que se a representado, de seruirse U. Mgd. de remitir el conocimiento a los alcaldes de corte, donde se guardará justicia, y conoçerán los soldados que les falta la confianza de la seguridad de sus preuilejos y exsempçiones, que son las que les animan a estos empeños.

El dictamen del Consejo no necesitaba más abono que la propia legislación real, dado que el hecho de haber disparado sus pistoletos para abatir el toro les hacía incurrir en la ley 17, título 23, libro 8 de la *Recopilación*, al margen de que las señaladas disposiciones de 26 de septiembre de 1637 y 7 de junio de 1643 retiraban el fuero militar a los soldados de la guarda que resistiesen o injuriasen a la

⁷⁵ Consulta de la sala de alcaldes a la de gobierno, s. f., en AHN, Consejos, leg. 7124.

justicia, lo que habían hecho, con intención de muerte, en la persona de Melchor de Vitoria, alguacil de casa y corte.

Ante los hechos, el Consejo vio llegada la ocasión de derogar la disposición que amparaba el aforamiento de los guardas, acogido a la explícita declaración regia acerca de que su intento no había sido

que las guardas tubiesen derecho adquirido a que se les continuasen perpetuamente sus prerrogativas, porque sólo quería uer cómo procedían en el uso de sus exempciones y lo que la experiencia mostrava en el modo.

El decreto de 1643 descubría en estos soldados “la costumbre de delinquir, y la imposibilidad de la enmienda”, por lo que, en opinión del Consejo, era llegado el momento de derogar una disposición que desde su aprobación sentía como un alfilerazo para la preeminencia de la jurisdicción común, dado que habían intervenido en su aprobación agentes extraños al Consejo, y este se había limitado a legalizar los acuerdos. Indicio de la posición del rey fue que, en su respuesta, en la que desatendía la solicitud del Consejo, y conforme a la indicada disposición jerárquica, llegaba al punto de ordenar al presidente afear el desplazamiento del alcalde Altamirano a la cárcel de las guardas⁷⁶. La muerte del carretero herido el día 15 propició una nueva consulta del Consejo en la que acusaba recibo de la orden, pero se atrevió a insistir:

Porque con auer cometido los soldados de la guarda tantas muertes y otros delitos graues no se a uisto castigo, y con esta impunidad en uez de corregirse cobran mayor aliento y licencia para cometer mayores delitos y esta disimulación o tolerancia es materia de graue escrúpulo, porque quando las exempciones llegan a ofender la justicia y la causa pública no se pueden ni deben mantener.

Insistiendo en que era ocasión de modificar el estado de cosas establecido en 1643. Dos eran los motivos por los que el Consejo redundaba en su actitud: la obligación de asesorar al rey conferida en un sistema político fundado en la “justicia distributiva”, según la cual letrados y monarca quedaban incluidos en una espiral en la que nombramiento y promociones por este era alimentada por tal ejercicio⁷⁷,

⁷⁶ “El conocimiento desta causa toca al capitán de mi guarda pero he mandado que se proceda en ella con tal seueridad que se dé exemplo y satisfacción a la just[ici]a y uos el Presi[den]te diréis al alcalde Altamirano que podría hauer escusado ir personalm[en]te a la cárcel de las guardas, pues p[ar]a el embargo que pretendió hazer de los presos del enquntro obraua lo mismo enviar un escriuano sin entrar él en el empeño” (rúbrica) (AHN, Consejos, leg. 7124, n° 8).

⁷⁷ B. CÁRCELES DE GEA: “La Justicia distributiva en el siglo XVII (Aproximación político-constitucional)”, *Crónica Nova* 14 (1984-1985), pp. 93-122.

adicional a la verdadera razón; la cosificación de la dimensión jurídica del rey encarnada por el Consejo, hasta el punto de ser indistinguibles el uno del otro, y compartir un mismo espacio. Pero, pese a tan legítima actuación y contenido, el rey no rectificó, y adoptó incluso un tono más tajante, mostrando por lo demás un concepto abstracto de justicia, al margen del canal jurisdiccional que la aplicase⁷⁸. Por lo demás, al margen del encauzamiento de la querella en el seno del ámbito regio, el episodio puso de manifiesto los inconvenientes que podía acarrear a una población como Valdemoro la permanencia en el entorno cortesano.

Hubo que aguardar a la muerte de un alguacil de casa y corte a manos de los soldados de la guarda para que el rey ordenase no la revocación de la cédula de 7 de junio de 1643, sino una observancia de su contenido que hasta ese momento, como hemos visto, se había ignorado. Por resolución a consulta del Consejo de 13 de agosto de 1663, Felipe IV ordenó al Consejo de Guerra y al comisario general de la infantería no plantear competencia con la jurisdicción real en el caso de que esta detuviese a algún soldado encartado en la reciente muerte de un alguacil. Pero lo más llamativo del caso fue que esta orden no era resultado de un espontáneo arrebató ante atentado tan flagrante a su propia jurisdicción, sino de la aplicación estricta de la disposición legislativa que atribuía a esta última el conocimiento de las muertes cometidas de ese modo. De modo que la jurisdicción común cortesana continuaba en una posición defensiva, como demostraron repetidas y semejantes disposiciones en momentos posteriores⁷⁹.

Como he tratado en otros trabajos, los alcaldes de casa y corte, además de su dimensión jurisdiccional, desempeñaban una función integradora de la casa de Castilla en la corte. Esta tarea no sufrió discusión en tanto no hubo una realidad alternativa de servicio representada por la casa de Borgoña, propia de los

⁷⁸ Consulta del Consejo Real de 30 de junio de 1653, y respuesta de Felipe IV, 30 de junio de 1653: “Executese lo que tengo mandado por que la muerte sucedida del carretero no altera el motiuo de mi resoluczi3n y he mandado que se haga exemplar y seuera demostraci3n con los sodados de la guarda que resultaren culpados, de suerte que la justicia quede con entera satisfaci3n y rrespeto de que he entendido que tanbi3n lo son algunos que no son esentos y no se dize se procede contra ellos se ordenará a la sala lo haga con todo cuidado p[ar]a que a un t[íem]po se execute con los culpados lo que fuere de just[ici]a por una y otra p[ar]te” (rúbrica) (AHN, Consejos, leg. 7124, nº 8). Nótese, en el caso de ambas respuestas reales, la claridad expositiva, la buena caligrafía y la profundidad de concepto, que le favorecen ampliamente en la comparación con sus antecesores, y hacen injusto tomarlo como una expresión personal de un concepto por lo demás arbitrario como la “decadencia”.

⁷⁹ El asesinato había sido cometido “con pistola carabina y resistencia a la justicia” (J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, op. cit., p. 119).

Habsburgo, cuyas etiquetas se impusieron paulatinamente en la corte hispana. A partir de ese momento, se consumó una tendencia que fue orillando la organización tradicional del servicio castellano, que no dejó al margen a los alcaldes de casa y corte. Su jurisdicción fue crecientemente discutida por el Bureo, órgano de dirección de la casa al modo de Borgoña, constituyéndose en uno de los ámbitos jurisdiccionales que a lo largo del reinado de Felipe IV acosaron la jurisdicción común representada por los alcaldes y el Consejo. Pero las pretensiones de prioridad del Bureo no dejaban de ser una tentativa de imposición, en un contexto peculiar, en el que un elemento exógeno pugnaba con otro vernáculo, favorecido por su tradición secular y la racionalidad de operar en aquél territorio en el que el rey Habsburgo era, precisamente, el factor extraño. Por eso durante el reinado de Felipe IV se dio una llamativa disputa entre ambas instancias, alcaldes y Bureo. Pese a que la lógica histórica llevaría a concluir que todo desembocó en la posposición de los alcaldes, en un contexto de repliegue general de la casa de Castilla, las cosas no están ni mucho menos claras, como se deduce del hecho de que la disputa, y los correspondientes alegatos, continuaban vivos en tiempo de Carlos II y en el siglo XVIII, de un modo que induce a pensar en la lozanía de la jurisdicción representada por los alcaldes.

No en vano, existían fundamentos racionales para la misma, puesto que, para ejercer parte de su autoridad, el mayordomo mayor necesitaba de un —por llamarlo así— “préstamo jurisdiccional” por parte de los alcaldes. Las etiquetas vigentes, especificaban que el mayordomo mayor podía ordenar a cualquiera de los alcaldes de casa y corte la detención de cualquier persona, criado o no, en palacio o fuera de él, así como a los alguaciles de casa y corte que estaban diariamente de guardia en palacio, quienes llevarían al detenido a la cárcel que les fuese ordenada⁸⁰. La dependencia de los alcaldes respecto al mayordomo mayor no era reglamentaria, y fue tomando forma sólo tras décadas de recurso cotidiano a ellos por parte de este, para que aplicasen su jurisdicción cuando era necesario para el desarrollo de las actividades de la casa, práctica no formulada en documento regio por lo menos hasta 1649. En este sentido, el 8 de julio de 1647 la Junta de la formación de las etiquetas se ocupó: “Sobre la forma en que

⁸⁰ AHN, Consejos, lib. 1189, ff. 6v-7r, publicado en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II: La casa del rey*, Madrid 2005, vol. II, pp. 835-999. En caso de ser hora en que no hubiese alguaciles en palacio, el reo sería retenido hasta su entrega por soldados de la guarda. Semejante aporte jurisdiccional fue avalado por consulta de 5 de junio de 1649, que refrendaba la dependencia de los alcaldes “en los casos tocantes a la casa y necesarios al gobierno de ella”, al asentar la disposición de las procesiones (AHN, Consejos, lib. 1189, f. 11r-v, en *Ibidem*, p. 839).

a de tratar el mayordomo maior a los alcaldes de la casa y corte”, de una forma que dejaba clara la integración de hecho entre alcaldes y Consejo⁸¹. Pero el aludido préstamo jurisdiccional no rompía la dependencia funcional de los alcaldes respecto al presidente, pues se producía siempre por orden directa de este, previa solicitud del mayordomo⁸². Como digo, esta permanencia a disposición del mayordomo mayor se extendía a dos alguaciles de casa y corte presentes en palacio, práctica de tiempos del “Rey Prudente” algo olvidada en el de Felipe III, y retomada con el acceso al trono de su sucesor, si bien limitada a patios y zaguanes⁸³.

1.3.2. Otras áreas del servicio regio: Bureo, obras y bosques y aposento

En relación con lo dicho, los alegatos del Bureo en tiempos de Felipe IV permiten deducir una autoconciencia de alteración del marco autóctono, representada por el hecho de que pretendía tener jurisdicción más allá “de los casos que se han ofrecido dentro de la cassa r[ea]l en el ejerçio de los ofiçios domésticos”. Junto con matices tan significativos de sus propios acuerdos como que, en los casos de fricción con los alcaldes –y otras instancias administrativas castellanas– no se aplicaba una regulación reglamentaria taxativamente clara, sino que se acudía a la mera relación de antecedentes que se pretendían favorables. Aún en este caso, era el rey en la mayoría de los casos quien terminaba dictaminando el cauce de cada controversia, y, en caso de ser este el Bureo, su decisión contaba con la necesaria participación del denominado asesor, que solía desempeñar un oidor de la jurisdicción castellana. Es decir, que, por mucha que hubiese sido la hipotética imposición del Bureo, esta estaba ampliamente mediatizada. Pienso que la revisión de los antecedentes mencionados para el reinado de Felipe IV, en documentación de reinados posteriores, avala lo dicho. En todos los casos polémicos

⁸¹ “La noticia que se tiene en la junta es de que el mayor[do]mo maior en lo antiguo podía tratar de uos a los alcaldes de la casa y corte. Esto sea [sic] templado con el tiempo y por ser aquel tribunal como quinta sala del Consejo y seminario para pasar a él sus ministros= parece que pues hera facultativa la cortesía y que sino es llebado de algún accidente o rompim[en]to no de urbanidad se a llegado a semejante extremidad que quede en fuerça solam[en]te de impersonal el tratamiento de palabra y por scripto quando el maiordomo maior quisiere usar dello para las materias del serui[ci]o de U. Magd.” (AGP, AG, leg. 36, aposento de corte).

⁸² *Ibidem*.

⁸³ AGP, SH, caja 49, nº 9, “Sobre que se obserue el estilo de que asist[a]n a hacer guarda en palacio dos alguaciles de casa y corte, y el lugar donde pueden estar, 11 de julio de 1622”.

previamente entendidos por la sala, además, la determinación no dependió de instrucción realizada por el Bureo, sino que era el escribano de provincia quien acudía a dar relación ante él. En 1625 hubo pleito ante la sala entre Andrés de Córdoba y Francisco de Córdoba, sastres de la caballeriza, y Ana de Balmaseda, y se declinó jurisdicción ante el Bureo, ante el que acudió a hacer relación Bartolomé Gallo, escribano de provincia, que emitió sentencia con acuerdo del asesor, que por entonces era don García de Haro. Al año siguiente, también con su acuerdo, el Bureo entendió en las cuchilladas dadas delante de palacio entre tres criados de la casa real: don Antonio de la Escalera, don José de Salinas y Pedro de Tovar. En 1632 Pedro García del Águila, antiguo administrador de las sisas del vino, demandó a Juan de Meneses, proveedor de la cava, sobre la cobranza del nuevo impuesto, ante el alcalde don Francisco de Valcárcel. El proveedor recurrió ante el Bureo y consiguió la declinación de la jurisdicción común, actuándose en adelante del modo ya indicado: el escribano de provincia acudió ante el Bureo a hacer relación y Pedro Marmolejo, oidor del Consejo que hacía por entonces las veces de asesor, ordenó la retención en el primero de los autos correspondientes. Tal y como sucedió en 1635, cuando Juan García demandó a los herederos de Antonio de Isla, mayordomo, por los salarios del tiempo que le había servido, ante el alcalde Juan de Morales. Incluso podría afirmarse la preeminencia de la jurisdicción común en el seno del propio área de actuación del Bureo, puesto que, en ocasiones, será el asesor en solitario el que actúe contra un miembro del servicio regio por comisión del mayordomo mayor. Como sucedió en 1646, cuando Gregorio López de Mendizabal –oidor del Consejo que actuaba entonces como asesor– entendió contra don Baltasar Molinet, teniente de la acemilería, por una herida que dio a Juan Díaz de Jáuregui, furrier de ella. Hubo no obstante casos en que la concurrencia jurisdiccional fue más conflictiva, como el de Marcos de Encinillas, ayuda de la furriera que había asesinado a su mujer, en el que el Consejo se mostró más dispuesto que de costumbre a proteger la jurisdicción común, si bien esta actitud sólo propició un mayor formalismo⁸⁴.

⁸⁴ “El d[ic]ho año de 1647 haviéndose proçedido por la sala de alcaldes contra Marcos de Enzinillas que fue ayuda de la furriera sobre la muerte de su muger y recurrido sus hijos a Su Mag[esta]d se siruió remitirlo al Bureo con su r[ea]l decreto de 10 de abril de 1647. Y se acordó que el ess[criba]no de prouincia lleuase los autos al Bureo y hauiendo puesto algunas excusas y ordenadose al mismo tiempo por parte el S[eño]r Presidente de Castilla se acudiese con la caussa al Consejo para que se le ordenase lo que se hubiese de ejecutar, se dio quenta a Su Mag[esta]d por el bureo en consulta de 10 de mayo de aquel año, de las diligencias que se hauían echo para que se fuese a hazer relación de estos autos al Bureo, y de la orden que hauía dado el Presidente y que el estilo hauía sido siempre el que qualquiera ess[criba]no yba al Bureo

En la parte final del reinado no menguaron los encuentros jurisdiccionales, cuya resolución insinuaba, incluso, una inesperada revitalización de la jurisdicción común, inesperada en el referido contexto de imposición de la casa de Borgoña. Puesto que el entendimiento del Bureo resultó de órdenes explícitas y perentorias del rey que eran resultado de una mayor resistencia de Consejo y alcaldes. Fueron los casos de Juan Caro de Montenegro, comprador de su Majestad que había herido en la plaza Mayor a un criado de la duquesa de Béjar, en 1660, y de Francisco de Alcarria, criador de lebreles de la real ballestería que asesinó a don Pedro Mucio y Cortés, en 1661. En el primer caso, la resolución de la causa contó, con todo, con la intervención del asesor don García de Porras, y en el segundo con la de don Jerónimo Camargo, subdelegado de don Miguel de Salamanca, oidor del Consejo y asesor del caballerizo mayor, don Fernando de Borja, y la del asesor del Bureo don García de Medrano, asimismo oidor del Consejo. La tendencia no pareció menguar en el nuevo reinado, hasta el punto que fue el Bureo el que, en fecha posterior a 1675 (todavía con el longevo don García de Medrano como asesor) se quejó al rey de la decisión del Consejo de remitir a la sala el conocimiento de las causas de Alonso Martín y Juan Fernández Isidoro, acemileros reales. En el contraste de pareceres que este hecho originó, se advirtió por un lado el concepto monopolístico que el Consejo tenía de la jurisdicción real, y, frente a él, la consideración por parte del Bureo de las diferentes jurisdicciones como un todo cuyo cambiante manejo o eventual despiece dependía en definitiva de la voluntad real, argumento evidentemente irrefutable.

En la discusión, el Consejo introdujo un matiz importante, que en adelante tendría gran recorrido, la reducción de la jurisdicción del Bureo al mero orden político y económico de la casa, pero no a la resolución de causas contenciosas⁸⁵. Pero para el Bureo, las jurisdicciones eran:

a hazer relación quando se le ordenaua, para que se siruiese mandar al Presidente ymbiase aquél ess[criba]no con los autos, y que en adelante no embaraçase cosa tan asentada, a que Su Mag[esta]d se siruió responder: Así lo he mandado. Con que en el Bureo de 31 de aquel mes se uieron los autos de esta caussa, de que hizo relación Galuarón ess[criba]no del crimen y se remitieron al S[eñ]or D. Bartolomé Morquecho su asesor, con cuyo pareçer se consultó a S[u] M[agesta]d lo que se ofreció sobre esta matheria” (AGP, AG, leg. 430, “Relación de las causas çiuiles y criminales de que an conoçido los señores mayordomos mayores y Bureo del Rey n[uest]ro señor y su asesor en su nombre, fuera de los casos que se han ofrecido dentro de la cassa r[ea]l en el ejerçio de los oficios domésticos y que estando pendientes en diferentes tribunales se an adbocado al Bureo por tocarles su conoçimiento”).

⁸⁵ “Que asta ahora no se a uisto título por donde V. M. se aya seruido de conçeder al Bureo conoçimiento priuatibo de las causas contençiosas çiuiles ni criminales de sus criados,

tan grandes como el fin a que se dirigen y siendo el institutto del mayor[do]mo mayor y Bureo del más grande y inmediato seruicio y guarda de la real persona de V. Majestad y de su real casa, tal, tan grande y comprehensible es y deue ser su juridición pribatiua, pues de otra manera no se compadeçía con tan superiores empleos ni pudieran dar cumplimiento a ellos...

Según los ejemplos citados, el Bureo exageraba al decir que en el pasado:

así en lo ciuil como en lo criminal se entregaban en él llanamente todos los pleitos contra criados de U[vestr]a M[a]g[esta]d que hauían empezado ante los alcaldes y justicia ordinarias, y quando en el tiempo del feliz reynado del Rey nuestro señor padre de U[vestr]a M[a]g[esta]d (que goza de Dios) se trató en algunas ocasiones de resistir el entrego de los pleitos ocurrió su real prouidencia tan a tiempo que no dio lugar a que se formase disputa ni competencia mandando por sus reales decretos que los alcaldes y justicias hordinarias entregassen los pleitos y no embarazasen al may[ordo]mo mayor y Bureo el conocimiento de las causas así de los criados de U[vestr]a M[a]g[esta]d como los que nolo heran, no sólo las criminales sino también las çiuiles extrañas a sus oficios.

Evidentemente, las palabras del Bureo tenían mucho de farol y, en el fondo, sólo tenía a su favor el argumento de la ironía que entrañaría que la multiplicidad jurisdiccional propia de la Monarquía no se extendiese a los servidores del propio rey. En definitiva, la composición interna del conjunto de la jurisdicción era atribución inalienable del rey y –según he apuntado– ese será otro de los argumentos del Bureo⁸⁶. Pero creo que constituye toda una sorpresa constatar el vigor entonces de la jurisdicción común, de matriz castellana, y aplicada por unos alcaldes y un Consejo en virtud de ello cada vez más unidos e identificados, respecto a la especial del Bureo, dado que la imposición de los usos borgoñones hacía previsible una correlativa de su máximo órgano jurisdiccional. La corte era un ente orgánico y cambiante, y, por lo tanto, imprevisible.

pero que ni se a llegado a entender le pueda tener, porque dice que la juridición del Bureo es política y económica para el gobierno de las casas reales, corrección [*sic*] y enmienda o castigo de sus criados en lo concerniente al exercicio de sus oficios pero no para delitos o contratos estraños dellos” (AGP, AG, leg. 430, “Noticias que acreditan la immemorial posesión en que se halla la Junta del Bureo de conocer en causas tanto ciuiles como criminales”).

⁸⁶ “El punto del conocimiento de a quien tocan las juridiciones está reseruado a la real persona de U. M. cuya suprema autoridad las da, las quita o limita como procede de su real uolvtad y tiene la superior comprehensión de lo en que consisten todas y lo que a cada una a repartido como fuente y origen de donde nacen, no siendo de pequeño reparo la remisión que el Consejo hizo a la sala pues fue lo mismo que asumirsela a sí y ser juez de su misma caussa; pues la juridición del Consejo aunque más superior respecto de la sala no es distinta” (*Ibidem*).

Pero la aportación jurisdiccional de los alcaldes de casa y corte en el ámbito del servicio regio no se reducía a la casa, bajo requerimiento del mayordomo mayor, sino que se extendía a otros espacios lindantes como las obras y bosques o el aposento. A los de la implicación de los alcaldes en el ramo de las obras y bosques, el reinado de Felipe IV comenzó con el apartamiento del alcalde Cárdenas y Chincoya del oficio de juez de obras y bosques, el 19 de febrero de 1622⁸⁷. En el verano siguiente la junta del ramo defendió en principio la designación de una plaza específica de juez sin necesidad de contar con título de alcalde, al efecto de asegurar su dedicación completa al cargo, pero cuando se decidió designar formalmente al licenciado Mateo López Bravo, se hizo nombramiento adicional de alcalde de casa y corte que le dotase de atribuciones jurisdiccionales y punitivas, pero dirigidas en principio al ámbito cortesano delimitado por su otro ministerio. Recibido finalmente título el 26 de septiembre de 1623, cuando falleció y la junta consultó su vacante el 3 de agosto de 1628, seguían vigentes tales condiciones⁸⁸. Entretanto, López Bravo había ejercido sus funciones de modo que justificaba las prevenciones de la junta. Por ejemplo, sin observar en cierta causa la distribución de las penas por delinquir en el término de El Pardo establecidas por Felipe II en 1572 y 1575, como tampoco lo hizo la sala al entender de la apelación —en que actuaban como delegados de la junta—, por lo que el rey dirigió una cédula a los alcaldes el 28 de julio de 1628 instándoles al cumplimiento de lo estipulado en las referidas disposiciones⁸⁹. Con todo, la aportación jurisdiccional era una forma de proteger la aplicación de la jurisdicción regia respecto a agentes externos a los propios sitios reales, a quienes no valdría invocar exención cuando fuesen punidos. Con toda la peculiaridad propia de una vinculación más estrecha o directa al patrimonio real, los sitios reales no dejaban de ser un espacio cortesano en el que regía la autoridad de los alcaldes, aunque fuese en la forma indirecta encarnada en primera instancia por el alcalde-juez de bosques, y por delegación de la junta en apelación. Uno de los instrumentos legales que con mayor determinación prohibió la invalidez de tales exenciones llegó por cédula real en Madrid de 4 de noviembre de 1640, dirigida al licenciado don Pedro Fernández Baeza, alcalde de casa y corte y juez de obras y bosques, que respecto al ámbito universitario tendría ocasión de aplicar el licenciado don Andrés de Torres Pacheco y Cárdenas, quien ejerciera el

⁸⁷ AGS, EMR, QC, leg. 34, 1257-1263.

⁸⁸ AGP, AG, leg. 853.

⁸⁹ P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas y Cédulas de los Bosques Reales del Pardo, Aranjuez, Escorial, Balsaín y otros*, Madrid 1687, pp. 595-596.

mismo oficio a la altura de 1665⁹⁰. Esta labor, con el avance temporal del reinado, fue compatible con la asesoría de un sitio real específico a cargo de otro alcalde, como fue el caso del doctor Juan de Quiñones y el Buen Retiro hacia 1640⁹¹, ocupación que se unió a sus innumerables tareas.

Lo curioso es que la protección jurisdiccional operada hacia fuera era compatible con el surgimiento de roces de este orden con el personal de los propios sitios reales. Se aprecia, por ejemplo, en relación con el real sitio de Aranjuez. Durante el reinado de Felipe III adquirió personalidad propia en el conjunto de los diferentes sitios reales, que en el de su sucesor se tradujo en una noción desproporcionada o ficticia de autonomía. En 1650 el gobernador, en su calidad de juez ordinario del término (salvo en lo referido a los miembros del servicio real), pretendió que los alguaciles de casa y corte no blandiesen vara jurisdiccional en el término, lo que le sería denegado. Ya era un indicio de la posición liminal ocupada por los alguaciles el hecho de que el referido alguacil fuese aquel que “bien sirviendo en la cassa de Su Mag[esta]d”. Lo más llamativo es que, en la respuesta de Sebastián Gutiérrez de Párraga sobre esta pretensión, se apreció, como en otras ocasiones, la carencia de un juicio incontestado respecto a tal práctica, sino que se invocaban ejemplos de prácticas previas, lo que denunciaba tanto la propia complejidad del ejercicio jurisdiccional en torno a la persona real, como la carencia por parte de sus responsables de cierta claridad doctrinal al respecto. La práctica había sido usual hasta que en 1642 el alguacil violentó una casa en la que se alojaba el protonotario para sacar cebada para las caballerizas reales, y como resultado fue expulsado del sitio y se le prohibió ejercer hasta 1647. Si bien parece que la causa del problema no fue, curiosamente, haber molestado a un oficial de designación apostólica, sino haber ejercido funciones que en realidad correspondían a un oficial de la caballeriza. Se concluyó que, mientras el rey permaneciera en el sitio real, el alguacil ejercía funciones parecidas a las realizadas en la corte: “limpiar el sitio de gente de mala vida”, si bien se abstenía de intervenir en la postura de los mantenimientos⁹².

⁹⁰ Como consta por las cédulas publicadas por F. J. DÍAZ GONZÁLEZ: “Documentos sobre Alcalá de Henares y la Junta de obras y bosques en el Archivo del Palacio Real de Madrid”, *Anales Complutenses* 11 (1999), pp. 99-107, citas en pp. 101-102 y 105, respectivamente. La primera de ellas, también en P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas...*, *op. cit.*, pp. 597-598.

⁹¹ M. RICH GREER y J. E. VAREY: *El teatro palaciego en Madrid: 1586-1707. Estudio y Documentos*, Madrid 1997, p. 135.

⁹² AGP, AP, Aranjuez, caja 14131. Año de 1650. “Sobre traer uara alta en el sitio de Aranjuez el alguacil de casa y corte que iua con la r[ea] casa”. “Alguaçil de corte Antº Gómez...

Así pues, cabe concluir que, en lo relativo a la posición de los alcaldes respecto a las obras y sitios reales, continuó la acumulación de funciones de juez de obras y bosques a un alcalde de casa y corte, que se integraba con sus compañeros para ver las apelaciones de las causas que él mismo sentenciaba en primera instancia, derivadas primordialmente de las violaciones del aprovechamiento cinegético y

Desde el año de 1648 haçe instançia el gobernador desde sittio en que el alguaçil de corte que bienie sirbiendo en la cassa de Su Magd no a de traer bara en él, sino que la a de arrimar y aunque se le ha d[ic]ho que el alguaçil aquí no se ha de meter en nada ni exerçer su offi° el gobernador diçe no a de traer bara= Todos los criados antiguos concuerdan en que la an traydo todos los alguaçiles que han uenido con la cassa de Su magd hasta el a° de 642 que uno diçen deçerrajó una casa en que alojaba el protonotario para sacar un poco de çebada y que le hechasen de aquí y le quitasen traer bara desde al a° de 643 hasta el de 647 no ay ejenplar porque Su Magd estuvo en Barcelona y solo estvuo aquí una noche de passo. El sr conde de Castro me a ordenado escriba a u.m. se sirba de como tan experimentado auissar me lo que ay en esto y lo que a bisto se a hecho por lo antiguo y de los años que alcançó para que con su pareçer de u.m. se tome resolución por el sr mayordomo mayor y el conde de lo que se a de haçer con Ant° Gómez, que el pobre lo siente mucho y pareçe tiene raçón, Aranjuez, 22 de abril de 1650". Al margen: "Señor mío: sienpre han traido los alguaçiles de corte bara en Aranjuez y así lo certifico, y no solo el alguacil de corte pero Lucas de Sigüenza q hera alguacil de la uilla y caminaua con la casa lo traía y prendía en el sitio los bagamundos y facinerosos en particular me acuerdo q prendió a un mozo de Md que llamauan Espinosa y estaua debajo del anparo de D Diego de Zárate siendo gou[ernad]or de ese sitio que no le pudo ualer y fueron de Md por él en sauiendo que estaua en la cárcel y le truxeron aquí; solo en lo q tengo entendido que no tienen parte como en otros lugares es en las posturas= También me acuerdo que sucedió lo que u.m. dice que decerrajaron una casa junto al río que decían era açesoria del protonotario para sacar un poco de cebada, creo que para la cau[alleri]za de Su Mgd y que concurrió con el alg[uaz]il algún ofi[cia]l della y entonces por castigo mandaron que no trugese bara el alg[uaz]il que lo auía hecho, y en uerdad que si mal no me acuerdo fue antes del año de 642 porque este año fue Su Magd de paso a Cuenca aunque se detvuo algunos días en ste sitio, desde entonces yo no puedo dar razón por q S.Mgd fue a los Reytoys hasta el año de 646 y en los siguientes no me ha tocado el yr a seruir a él y esto es lo cierto. U.M. bea si mda otra cosa que aquí me tiene para seruirle mui penado con la muerte del srio d Grmo de Leçama..." (Contestación de Sebastián Gutiérrez de Párraga, de 23 de abril de 1650). Asimismo, Lorenzo Suárez Chacón se expresaba en Madrid el 23 de abril de 1650: "Que u.m. goçe de la buena salud que deseo. Me huelgo mucho a lo que u.m. me diçe quiere sauer el sr. conde de Castro los alguaciles de corte q yuan a ese sitio digo señor que de quarenta a[ñ]os a esta parte asta que yo bine aquí las ueçes q Sus Magestades an ydo a él e bisto yr alguaçil de corte y traer bara alta de justicia y limpiar el sitio de jente de mala uida que yuan ay en tales ocasiones y si prendían algunos el conoçimi[en]to de su causa era del gouernador como juez hordinario exçepto de los criados de dentro de casa que eso toca al bureo y no e uisto cosa al contrario ni dejar de traer bara después que yo salí no sé lo que se obserua. La carta ymbié al punto a casa de u.m. Las açémilas bueluen cargadas de lo que se ofreçe lleuar de los offi[cio]s..."

forestal del término de los sitios reales, por parte de extraños. El volumen de tales causas, en un contexto de necesidad y crisis económica, creció en tal grado que la compaginación de ambas funciones fue dificultosa. Francisco de Quiñones, hermano del doctor Juan de Quiñones, fue juez de obras y bosques y alcalde de casa y corte —promoción a buen seguro favorecida por la posición cortesana de don Juan—, con acceso limitado a la sala para andar más desembarazado en lo primero, “entrando en la Sala a bottar y ver pleitos deste jénero con los demás alcaldes”⁹³. Esta duplicidad tuvo consecuencias en un reinado caracterizado por sus continuas mutaciones en el orden administrativo. Así, el Consejo de Hacienda decidió el 7 de septiembre de 1647 que en razón de ello no debía pagar el aumento de la media annata dado que había satisfecho por su oficio la cantidad de 300 ducados.

Igualmente, se advirtió la referida continuidad de la intervención de los alcaldes respecto a otras áreas del servicio regio, tan restringidas como era el caso de la cerrajería. Conocido es el *Aviso* de Pellicer de 12 de marzo de 1641, que daba cuenta de como había sido hallado con llaves falsas en palacio el duque del Infantado, con objeto de penetrar en el aposento de cierta dama de servicio. El duque recibió un trato benévolo, puesto que fue alejado a Mérida. Pero distinto fue el caso de un cómplice necesario, Serra, dado el acceso a las llaves palaciegas que comportaba su oficio de cerrajero real, en cuya persona tuvo Quiñones ocasión de demostrar la rigidez atribuida propiamente a su oficio, animada en esta ocasión por la vulneración que había sufrido el espacio restringido en torno al rey. Mediante estratagemas, Quiñones lo atrajo a su casa, donde confesó haber hecho un duplicado de la llave, “y se dice le dieron garrote secretamente y enterraron en San Luis”⁹⁴.

⁹³ AHN, Consejos, leg. 13641, n° 67.

⁹⁴ El episodio tuvo una curiosa interpretación ya en el régimen liberal. En 1868 fue considerado ejemplo de arbitrariedad, para ilustrar la necesidad de la segunda instancia, en el curso de la discusión sobre la ley de procedimiento criminal que entonces se mantenía. Era una prueba, mas o menos consciente del valor referencial conservado entonces por el Antiguo Régimen, aunque sólo fuera a modo de contraste favorecedor. Especialmente, en ámbitos predominantes en este, pero presentes también en aquél como el jurisdiccional. En la fecha citada, el senador Sebastián González Nandín citó a Quiñones y su inflexibilidad para defender la necesidad de que, “en todos tiempos, en todos los estados sociales, en todas las circunstancias, lo mismo para evitar atrocidades que para prevenir errores, es indispensable que los juicios no concluyan con una sola instancia, siempre que su naturaleza, lo cual sucede cuando no funciona el jurado, admita la segunda” [“Discusión en el Senado sobre el proyecto de ley para formar la Orgánica de Tribunales y la del Procedimiento en materia criminal”, *Revista General de Legislación y Jurisprudencia* 32 (1868), pp. 435-512, pp. 472-473].

A su vez, un ámbito propio de la actuación de los alcaldes en la corte, como ya he señalado, era el abastecimiento de materias primas, y este se hacía extensivo a áreas del servicio regio como el aposento, según se advierte con claridad en auto expedido por la sala en 1660, en favor del aposentador mayor, Diego de Silva Velázquez, para obtener leña⁹⁵.

1.4. *PERVIVENCIA, DENSIDAD Y DIVERSIFICACIÓN DEL JUEGO COMISIONAL*

En la relación de méritos impresa por Quiñones, se aprecia un rasgo muy probablemente involuntario, una especie de soporte intelectual e ilustración del torbellino comisional de los alcaldes, que parece aumentar durante el reinado de Felipe IV. Su trayectoria da pie a subrayar la importancia de tal forma de resolución de los asuntos, a modo de sucesión de mandatos concretos y específicos, entretenerados con sus tareas de asiento, convirtiéndose de hecho en una forma atenuada de tal ejercicio, diferenciada de las habituales tan sólo por su aparente eventualidad; aparente, puesto que la repetición les hizo adquirir un carácter previsible⁹⁶. La ocupación de Quiñones en tal tipo de comisiones se inició, en rigor, antes de su propio acceso a la plaza de alcalde. Como juez de obras y bosques en El Escorial, se ocupó repetidamente en encargos relacionados con los desplazamientos reales. Si se tiene en cuenta la intensificación del aspecto ceremonial y festivo —y en suma político— que complementó estos apercebimientos de intendencia desde la época del duque de Lerma⁹⁷, se abría para Quiñones la posibilidad de

⁹⁵ “Los alcaldes de la casa y corte de S. M. a cuyo cargo está el hacer proveer las cosas tocantes a S.r. servicio y en particular de la leña que se gaste en S.R. casa, hacemos saber a los alcaldes ordinarios, regidores y demás justicias que al presente son y en adelante fueren de todas las villas y lugares que abajo ban declaradas, que para el servicio de las cocinas del R.N.S. y guisar sus biandas en sus chimeneas de cámara es menester cantidad de leña de encina, carbón y otras cosas y el tener echa dicha probisión toca a Diego de Silba Velázquez, aposentador mayor del Rey Nuestro Señor y para que se cunpla y esté prevenidocomo sea más del servicio de S.M. se ha repartido entre las villas y lugares que la an de dar y traer”, en Madrid, a 6 de octubre de 1660 [*Apud* J. M. CRUZ VALDOVINOS: “Aposento, alquileres, alcabalas, aprendices y privilegios (varios documentos y un par de retratos velazqueños inéditos)”, en *Velázquez y el arte de su tiempo, V Jornadas de Arte*, Madrid 1991, p. 107].

⁹⁶ Quiñones expone las comisiones realizadas en *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, *op. cit.*, a partir de la p. 15.

⁹⁷ P. WILLIAMS: “Lerma, Old Castile, and the Travels of Philip III of Spain”, *History. The Journal of the Historical Association* 239 (1988) pp. 379–397.

atraer la atención real de cara a una futura promoción, como, por ejemplo hiciera el conde de Barajas con ocasión de la permanencia de Felipe II en Córdoba en 1570. Al tener eventuales competencias sobre un espacio de frecuente y directo uso regio, Quiñones acreditó su solvencia para el desempeño del cargo de alcalde de casa y corte, hecho que permite sacar una primera conclusión: la importancia de las comisiones realizadas cerca de la persona real para una rápida promoción administrativa⁹⁸. A su vez, el referido *Memorial de los Servicios* insinuaba una constante de los viajes medievales y modernos, la exposición al riesgo propia de estas ocasiones, cuya limitación Quiñones consideró su propio mérito: “el hospedage fue bueno y V[uestra] Magestad, que viva largos y felizes años, bolvió con salud a Madrid”⁹⁹.

La jerarquía de relaciones nacida en la persona real, en clave doméstica y cortesana, quedaba con ocasión de las jornadas materializada sobre el terreno, confundiendo el territorio con la corte, y a ello contribuían las comisiones realizadas por los alcaldes en su curso. Como se aprecia en el escrito de Quiñones, una infraestructura viaria quedaba lista para su uso con esa ocasión, y manifestaba así una política de fomento que no se ejecutaba en vacío, sino que estaba determinada por una dinámica cortesana. En su aparente intrascendencia, estas prevenciones paliaban los potenciales efectos de un momento, el de un paso viario complejo por parte de la persona real, en el que, dado el estado de las infraestructuras, esta ponía conscientemente su vida en manos del alcalde. Se explican así las precauciones tomadas en tal ocasión por ellos, ejemplificadas en el caso de Quiñones, que devenía así en una curiosa combinación de jefe de obra e ingeniero de caminos, obligado a organizar pruebas de carga a un puente¹⁰⁰.

⁹⁸ He detallado tan importante porción de la actividad de Quiñones en I. EZQUERRA REVILLA: “Jornadas reales, red viaria y espacio cortesano en tiempo de Felipe IV: las prevenciones camineras del doctor Juan de Quiñones, alcalde de casa y corte”, *Libros de la Corte* 3 (2011) pp. 36-51.

⁹⁹ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, op. cit., p. 21.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 23: “Después en la Jornada que hizo V. Magestad a Valencia, Cataluña y Aragón el año de 632 fuy sirviendo a V. Magestad con la comisión que se me dio para ello, y previne con cuydado los vestimentos, caminos y puentes, haziendo algunas de nuevo, y en particular reparando la de Iucar, junto a la venta de Talayuelas, que no se podía passar, o con mucho peligro. Avía dexado a un alguazil para que hiziesse reparar una puente que estava junto a la Cabeça, lugar en la Mancha, y no assegurándome que se avía de hazer a satisfacción, bolví veynte y dos leguas atrás; y aviéndola visto, y pareciendo no estava fuerte, ni a satisfacción, hize passar unos carros cargados de encina por ella, y con la carga del primero que entró, cayó y se hundió la puente. Conduxe gente de los lugares convezinos, que entendían de hazer puentes, y

En este tráfago comisional, sin duda el enfoque de la historia de las obras públicas, o de la historia de la construcción cambiaría, si se midiese la proporción de iniciativas viarias que se debieron a la necesidad de atender al desplazamiento de una persona real. Quiñones refiere también en este sentido el nuevo camino que fue imperativo abrir con ocasión de la jornada de 1642:

y desde Cuenca mandó V. Magestad que se abriese camino para yr a Molina, y con ser nuevo el que se hizo, y por partes que jamás avían passado coches, rompiendo dificultades, se rompieron peñas, cortaron árboles y allanaron montes, con que no hubo dificultad en el tránsito, ni peligro alguno, y de Molina passó V. Magestad a Zaragoza, y yo sirviéndole ¹⁰¹.

A su vez, el *Memorial* de Quiñones permite apreciar la variedad tanto de las comisiones realizadas por los alcaldes, como de su origen, emanado indistintamente de forma directa del rey, del presidente o del Consejo. Así como la diferencia formal entre un tipo de comisiones más concretas, por ejemplo las relacionadas con la instrucción de un procedimiento penal por un tribunal determinado, y otras más permanentes que concurrían con la naturaleza jurisdiccional de los alcaldes, como la de los portugueses en la corte, de la que luego trataré, o la auditoría del ejército. Junto a la indicada ocupación en la organización de las jornadas reales, Quiñones tuvo que duplicarse, en primer lugar, en la persecución de la saca de plata y entrada de vellón en Castilla, que efectuó en Sevilla por comisión emanada del rey el 27 de noviembre de 1626. Su eficacia en la recuperación de la plata sustraída a buen seguro atrajo la atención del presidente del Consejo, don Francisco de Contreras, e incitó así una espiral de encargos sucesivos, germen de otros nuevos muy difícilmente compatibles con las tareas de asiento. Así, en 1629 pasó a entender en las disensiones habidas entonces en el colegio de San Ildefonso de Alcalá de Henares. Al año siguiente, en el acarreo de pan para la corte, afectada por una aguda crisis de subsistencias. En ocasiones, la dedicación compulsiva a una materia no obedecía a una comisión, sino que resultaba de un suceso inesperado como el incendio de la plaza Mayor (7 de julio de 1631), o el del palacio del Buen Retiro en 1640. Son de destacar asimismo las comisiones relacionadas con el orden penal. El 20 de mayo de 1631,

la saqué de los cimientos, andando metidas algunas personas en el agua hasta los pechos, y que (p. 24) dando fuerte bolví a continuar mi viage. Estuve en el adereço de la cuesta de Pajaço, bien conocida de todos, algunos días, y aunque su baxada era de mala inclinación la hize buena, y se allanó para que V. Magestad la passasse con gusto, y assistí sirviendo a V. Magestad todo el tiempo que duró la jornada”.

¹⁰¹ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, op. cit., p. 25.

Quiñones recibió comisión para prender a Luis González, trompeta, vecino de Alcalá, “hombre facinoroso y acostumbrado a cometer delitos”, por el asesinato de Gregorio Torres de la cavallería. Por entonces también indagó el asalto que unos gitanos infligieron a un correo real en tierra de Sepúlveda, del que trato en el último epígrafe. El 12 de abril de 1633 el Consejo se la expidió para averiguar el saqueo de un lugar de la tierra del duque de Medinaceli, y dos años después se encontraba indagando unos asesinatos cometidos en Parla. A comienzos de 1637 el alcalde Pedro de Amezqueta tuvo que desplazarse a Alcalá de Henares para entender de los desórdenes originados durante el ajusticiamiento de un salteador de caminos ¹⁰². En este ámbito, en ocasiones la superposición de varias comisiones específicas constituía una redundancia en la actuación jurisdiccional de los alcaldes. Ello se apreció por ejemplo en 1642, cuando Juan de Quiñones, con su hermano Francisco, entendió en el caso de Francisco López, soldado portugués que se pasó al enemigo desde Perpiñán y volvió a Zaragoza para informar. En este caso, su actuación —que desembocó en el ajusticiamiento del reo en la Aljafería— vino sobre todo autorizada por el nombramiento específico de auditores del ejército ¹⁰³. En el mismo sentido, al año siguiente entendió en el robo de unas casas ocupadas por el embajador de Venecia en Madrid. Ante la sospecha de que los culpables eran unos soldados, Felipe IV resolvió encargar la indagación del asunto al doctor don Juan de Quiñones, “el cual por tener título de auditor general puede conocer también de los soldados y abrazando ambas jurisdicciones podrá más enteramente acudir a esto” ¹⁰⁴.

A la luz de este conjunto de comisiones puede perfilarse la verdadera naturaleza de la jurisdicción ejercida por los alcaldes, la enorme distancia existente entre los principios teóricos de la alta justicia y la práctica cotidiana, sembrada de rufianes cuyo único y continuo propósito era imponer su voluntad a sus semejantes. Pero, al tiempo, el *Memorial* tuvo como efecto añadido poner al rey ante su propia dimensión jurisdiccional penal, e hizo patente el partido de Quiñones por la unidad y preeminencia de la jurisdicción real. Cuando un reo la declinaba, y se valía del fuero eclesiástico, escribe: “quántos delitos se quedan

¹⁰² Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereyra, Madrid, 6 de enero de 1637, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús*, en *Memorial Histórico Español* XIII-XIX, Madrid 1861-1865, vol. II, pp. 311-313.

¹⁰³ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, op. cit., pp. 64-65. A su vez, don Francisco añadía la condición de juez de obras y bosques.

¹⁰⁴ J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, op. cit., p. 121. Cfr. también el epígrafe anterior.

sin castigo por esto”¹⁰⁵. Pero no es una jurisdicción regia neutra, sino acorde a su tiempo, adaptada a rasgos propios del sistema político de la Monarquía como el confesionalismo. En época de confusión entre lo temporal y lo espiritual, la inobservancia del reo en este terreno tenía consecuencias en el primero. Ya como juez de obras y bosques en El Escorial había tenido ocasión de atraer la atención real descubriendo a un proselitista de Calvino, que había llegado al extremo de entregar un memorial al rey, ofensivo para la Iglesia Romana, y como alcalde de casa y corte vió como motivo añadido de represión para los mentados gitanos de Sepúlveda tener el día que los prendió tres carneros –de 900 que habían robado– preparados para comer, “siendo en la Quaresma, pocos días antes de la Semana Santa”. A su vez, repetidas serían las ocasiones en las que como alcalde prestó el brazo seglar al Santo Oficio. En el *Memorial* son continuas las expresiones de este corte: “con el castigo de los malos, se aplaca la ira de Dios, y con la remisión se provoca”; “Los delitos atroces castígalos severamente, para que con el castigo de pocos estés castigando siempre a todos”. O “y acordaos, que después que el rey Theodoto començó a hazer más caso de las riquezas, que de la justicia, no nos ha sido favorable Dios”¹⁰⁶. Como se advierte, una sucesión de afirmaciones de propósito ejemplarizante y fundamento providencialista, en sintonía plena con el orden penal entonces existente, en el que la redención del delincuente quedaba postergada a su castigo y al ejemplo preventivo de la sociedad. La prioridad de orden confesional perjudicaba en ocasiones la indagación criminal, pues precedía antes que cualquier otra medida dar sepultura a la víctima. En definitiva, en este sentido el *Memorial* otorgaba fundamento teórico a la práctica escenificada, por ejemplo, con ocasión del ajusticiamiento de Miguel de Molina, sobre el que antes me detuve.

En un sentido más apegado al terreno, y conforme al carácter reivindicativo del escrito, se observa que Quiñones siempre pugnará por quedar a salvo en la descripción de su proceder penal, en el que se desenvolvía prioritariamente la acción de los alcaldes. Se percibe además, una estrecha orientación de la labor de los escribanos presentes en este tipo de comisiones por parte de los alcaldes, hasta el punto de, en ocasiones, suplantarlos. Son materiales, en uno u otro caso, para estudiar el antecedente histórico de la figura actual del atestado y la instrucción. Pero, al margen de su curso, el objeto del procedimiento será la rigidez en la aplicación de la pena, la querencia por el exceso en la intensidad o amplitud de la misma, antes que por el defecto. Era un orden penal basado en la desconfianza y el juicio de intenciones:

¹⁰⁵ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, op. cit., p. 64.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 43.

Acompañaban unos chirimías al Santísimo Sacramento, quando se llevaba a los enfermos; dezían ellos, que por devoción, y aunque el acto era bueno, la intención mala; porque haziendo esto miraban las casas donde entravan y como se podían hazer los hurtos en ellas¹⁰⁷.

Antes he afirmado que durante el reinado de Felipe IV se apreció una intensificación de la labor comisional de los alcaldes, y en ello influyeron las circunstancias particulares del reinado, caso de un abastecimiento cerealista cada vez más escaso, o las medidas articuladas para cubrir la necesidad financiera de la corona o mejorar el reclutamiento de las tropas precisas para mantener el esfuerzo bélico en Europa. Ya he aludido a la ocupación de Quiñones en 1630 en la consecución de pan para la corte, que evidenció una gran complejidad logística y superposición jurisdiccional. Ofrece un testimonio en primera persona que enriquece las referencias generales de autores como Concepción de Castro o José Ubaldo Bernardos. La fuerte crisis iniciada ese año, cuando la villa y corte alcanzó los 130.000 habitantes, provocó la extensión del área de recogida del pan de registro (cuya organización y supervisión correspondía a la sala de alcaldes) hasta las 20 leguas, que se mantendrían hasta la supresión de la figura del registro en 1758.

Todo el aparato diseñado para prevenir la escasez se había visto desbordado por la nefasta cosecha y la falta de previsión ante la urgencia de aprovisionar la corte,

señala Bernardos, quien transcribe un elocuente testimonio coetáneo de Melchor de Soria. Además, tan aguda crisis obligó a la salida concertada de varios alcaldes de casa y corte y regidores, comisionados para las compras y conducciones del pósito madrileño. Este fue el contexto en que se produjo el testimonio de Quiñones, quien se centró en la compra extraordinaria de cereal en Andalucía, medida decidida por la Junta del Pósito —creada por iniciativa del Consejo— que se mostró tan ineficaz como la coerción territorial, y la política de compras urgentes igualmente mediante comisarios en otras zonas exteriores al perímetro de vigencia del pan de registro. La tarea de Quiñones consistió en “maherir” carros en La Mancha que pasasen a Andalucía para llevar trigo a Castilla. Previamente, el Consejo Real había emitido provisiones para las autoridades locales requiriendo la colaboración de las autoridades locales, y, por ejemplo, el corregidor de Baeza asistirá a Quiñones en la obtención del trigo¹⁰⁸. Las cifras alcanzadas hablan por sí solas, puesto que consiguió reunir 1.500 carros, y el total de trigo comprado alcanzó las

¹⁰⁷ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, op. cit., p. 51.

¹⁰⁸ C. DE CASTRO: *El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*, Madrid 1987, pp. 194 y 271.

200.000 fanegas, “en una impresionante movilización de personas, medios de transporte y recursos financieros”, según Bernardos, aunque estos recursos tardaron en llegar a la corte y terminaron provocando una ficticia situación de sobreabastecimiento¹⁰⁹. Con su dotado cálamo, Quiñones ofrece en su *Memorial* un vívido testimonio de la muy difícil situación atravesada entonces, y del hercúleo trabajo que desarrolló con esta ocasión¹¹⁰. En adelante, repetidas serían las ocasiones en las que los alcaldes se implicaron profundamente en el abastecimiento extraordinario de pan, por vía comisional, en asistencia de los encargados territoriales. En el verano de 1664, la casa de la moneda de Valladolid se halló abierta a los pagos del pósito, a través del comisionado en aquella zona. Pero, el 2 de septiembre de 1667, hubo de enviarse a dos alcaldes de casa y corte a Valladolid, en custodia de 4.000 doblones enviados para el oidor de la chancillería a quien se había dejado subdelegada la compra, para que con la cantidad fuese cubriendo tanto el coste del trigo como el de su conducción¹¹¹.

A su vez, en el referido contexto de urgencia militar propio del reinado, los alcaldes ejecutan, como otros ministros de la organización jurisdiccional regia, comisiones particulares para organizar las milicias, urgir a las ciudades para que reunieran hombres o arrastrar hidalgos al frente¹¹². Por ejemplo, en el año 1639

¹⁰⁹ J. U. BERNARDOS SANZ: *Trigo castellano y abasto madrileño: los arrieros y comerciantes segovianos en la Edad Moderna*, Salamanca 2003, pp. 49-53.

¹¹⁰ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, *op. cit.*, pp. 32-33: “El año de 630 hubo grande falta de pan en la Corte y su tierra y en muchas partes. Y fue tanta, que la corte se halló afligida y con necesidad tan estrema, que salia toda la gente desvalida por los caminos y lugares a buscarlo, y vino tiempo que no se hallava, y que clamavan todos. Lo que yo trabajé en su conducción, no sossegando de día ni de noche, bien notorio es a todos, pues, sin reparar en las inclemencias del tiempo, no hubo día que no entrasse con pan, y fueron muchos. Hasta que el Consejo me dio comisión para que fuesse a la Mancha y otras partes y juntasse carros que passassen a Andaluzía a traer trigo, que a no tenerlo ella aquél año, se viera en grande aprieto Castilla. Junté más de mil y quinientos, pasé con ellos a Córdoba y su tierra, y vinieron cargados de trigo, que fueron trayendo, hasta que se remedió la necesidad. Descargavase en Mançanares, en troxes que avía, y de allí se conducía a la Corte. Diome poder la villa de Madrid, para que pudiesse tomar a daño, o como pudiesse aver, la cantidad de dinero que fuesse necesaria, para comprar quatrocientas mil fanegas de trigo. No fue necessario usar dél, y la provisión se hizo, en que trabajé con satisfacción. Y en otras muchas ocasiones de faltas de pan que han sucedido en la corte, toda ella sabe con el cuydado, y vigilancia que he acudido a remediarlas, no perdonando al trabajo en todas horas”.

¹¹¹ C. DE CASTRO: *El pan de Madrid...*, *op. cit.*, p. 278.

¹¹² Tales eran las tareas de estos ministros en su conjunto, para R. MACKAY: *Los límites de la autoridad real...*, *op. cit.*, p. 45.

los alcaldes de casa y corte formaron una junta para capturar esclavos y gitanos para las galeras¹¹³. Pero, conforme a las tensiones propias de las décadas de 1630 y 1640, que acentúan la siempre presente liza jurisdiccional, y a la lealtad de los alcaldes a sus propias obligaciones, su actitud era, antes que poner su jurisdicción sin reservas al servicio de la situación, enfrentarla. En este sentido, su flexibilidad ante los excesos de las tropas acantonadas en Madrid será muy escasa¹¹⁴, y consta como el alcalde Juan de Quiñones se empleó con dureza contra los ardides reclutadores de los capitanes¹¹⁵. Pero con el paso del tiempo, esta actitud fue sustituida por una obligada y entusiasta contribución al esfuerzo de su señor, sumamente rica desde un punto de vista comisional. Como he indicado, a lo largo del reinado de Felipe IV se dio una creciente densificación del ejercicio comisional propio de los alcaldes, en el contexto de un manejo administrativo cada vez más compacto y entrelazado. Testimonio fue la significativa traslación de los alcaldes como entes ejecutores de comisiones nacidas de un estrato administrativo superior, como pudiese ser el Consejo, a germen de tal actividad comisional, encargada a oficiales subdelegados. En este sentido, don Fernando Altamirano, alcalde de casa y corte, ejerció en torno al año 1651 como superintendente de las milicias, y en ejercicio de estas funciones hubo de nombrar subdelegados que materializasen sobre el terreno sus decisiones¹¹⁶. Si con anterioridad los alcaldes

¹¹³ A. MARTÍNEZ SALAZAR: *Colección de memorias y noticias...*, *op. cit.*, p. 356.

¹¹⁴ R. MACKAY: *Los límites de la autoridad real...*, *op. cit.*, p. 174.

¹¹⁵ “Estos años passados, con ocasión de las guerras, y conducir soldados para ellas, se obligavan algunos, o porque se les hiziesse merced de dar alguna compañía, o otras mercedes, de dar cierto número de soldados. Y para juntarlos y cumplir con la obligación que hazían, tenían personas que se los traxessen, por un tanto que les davan por cada uno. Y para juntarlos, lo que hazían era yr a las plaças públicas y calles y comprar algunas cosas de comer y llamar esportulleros que se las llevasen. Yvan con ellos a las casas de los capitanes, que siempre las tenían en barrios apartados, y allí los entregavan, y metían los capitanes en encierros violentamente y con fuerça, y de noche los llevavan en carros fuera de la corte. Otros se obligavan dar treynta o quarenta soldados, dándoles por cada uno treynta o quarenta ducados. Y aviendo de ser voluntarios los que avian de dar, los burcavan y traían en la forma dicha. Saqué de encerramientos y cuevas más de ciento en diferentes vezes, y prendí tres o quatro capitanes y algunos de los que llevavan esta gente forçada, que fueron condenados, unos a presididos, otros con diferentes penas” (*Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, *op. cit.*, pp. 69-70).

¹¹⁶ Por provisión del Consejo en Madrid, a 1 de abril de 1651, sabemos que en uso de sus atribuciones Torres se desplazó a Chinchón, para ejecutar la orden de que dicho pueblo sirviese con la cuarta parte del quinto de soldados de milicia para el año corriente, y que con cada uno diese 30 ducados de vellón y 10 de plata para su conducción. En caso de que quisiera

ejercían tan sólo como comisarios del Consejo o el rey, con la asistencia limitada de los alguaciles en la ejecución de los mandatos resultantes, ahora parecen los alcaldes, coincidiendo con esa identificación integrada con el Consejo, quienes adquieren un perfil más nitido como instancia emisora de comisiones, como agentes específicamente encargados de su coordinación. La posición o coyuntura que en su día propició la creación del cuerpo de los Treinta Letrados, encargados de la materialización de las comisiones del Consejo, parecía expandirse entonces hacia la sala de alcaldes.

Asimismo, la situación de guerra también propició la intervención comisional de los alcaldes en el ámbito que les era más propio, el penal. Pellicer informó en sus *Avisos* el 9 de julio de 1641 que el duque de Nochera se dirigía hacia la corte, y que fue detenido a tres leguas de la misma por un alcalde de corte, “con orden de S. M. para detenerle”. Posteriormente sería custodiado por guardas y trasladado al torreón de Pinto, por nueva orden real¹¹⁷, que evidenciaba como la actuación de los alcaldes por comisión específica del rey también se daba dentro del perímetro de las 5 leguas. Felipe IV, preocupado por el control de la opinión en el contexto del esfuerzo bélico, consideró esta actuación proporcionada a la confusa actuación del duque, autor de una carta para los catalanes sublevados que, al tiempo que les recriminaba su actuación les descubría los puntos débiles de la Monarquía; otra para los aragoneses, previniéndoles frente a los catalanes ante la dejación real, y una tercera para el monarca, subrayando la cualidad de los aragoneses como traidores, aún mayor que la de los catalanes¹¹⁸.

excusarse de dar soldados, la villa debía dar por cada uno 72 ducados, mitad de plata y mitad de vellón, para lo cual en ambos casos buscaría arbitrios, o la cantidad sería repartida entre los vecinos. Ante ello el concejo decidió vender 10 fanegas de tierra calma en diferentes partes de su término, como el cotillo de Valromeroso, el Puerto Alto de las Lagunas, el ejido de la ermita de Villaverde o los Rincones del Quejigal, que cada uno sería de a 600 estadales. La referida provisión concedía licencia para hacerlo, en Archivo Histórico Municipal de Chinchón, nº 15654.

¹¹⁷ J. PELLICER Y TOVAR: “Avisos históricos, que comprehenden las noticias y sucesos más particulares, ocurridos en nuestra Monarquía desde el año de 1639...”, en A. VALLADARES DE SOTOMAYOR: *Semanario erudito...*, op. cit., pp. 93-96.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 99; E. SOLANO CAMÓN: “Coste político de una discrepancia: la caída del duque de Nochera”, *Primer Congrés d’Història Moderna de Catalunya*, Barcelona 1984, pp. 79-88; ambas fuentes, *apud* J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Política y Religión en la Corte: Felipe IV y sor María de Jesús de Ágreda”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, M. RIVERO RODRÍGUEZ y G. VERSTEEGEN (coords.): *La Corte en Europa: Política y Religión (siglos XVI-XVIII)*, Madrid 2012, vol. III, pp. 1377-1455.

Reseñable es también la implicación de los alcaldes de casa y corte en comisiones articuladas para paliar la necesidad económica de la corona. En este sentido, puede citarse la tarea desempeñada por don Juan de Cerecedo y Alvear, quien ejerció como “juez privativo para la cobranza de las rentas y servicios reales de la provincia de Burgos”. Primero lo hizo como oidor en la chancillería de Valladolid, y consta que a finales de 1648 se encontraba en ejercicio de sus funciones en Santander para fiscalizar el estado de las rentas reales¹¹⁹. Ello se debía a que la villa seguía adeudando repartimientos atrasados del servicio de Millones, deuda que esta justificaba por la insuficiencia de los medios concedidos para hacer frente al pago, por la escasa vecindad de Santander, y que motivaba la continua presencia de ejecutores que exigían la cobranza. Por ello, el concejo propuso, en el acuerdo de 17 de julio de 1649, pedir a Cerecedo la carga de nuevos productos y transacciones¹²⁰. Con todo, la cuestión parecía pendiente el 13 de julio de 1651, cuando se celebró ayuntamiento en que el alcalde mayor recordó que el corregidor había solicitado testimonio de la vecindad y oficios de la villa, en calidad de subdelegado de Cerecedo, quien, ya como alcalde de casa y corte, tenía la convicción de que la villa “cumplirá todo lo que le tocara en su real servicio”¹²¹. Como se aprecia, la comisión prevalecía sobre la sucesión de plazas ocupadas por Cerecedo, lo que impone reflexionar sobre la unidad intrínseca del conjunto de la jurisdicción regia, más allá del lugar eventual que el comisionado ocupase en su organización interna¹²².

¹¹⁹ Acuerdo de 10 de noviembre de 1648, R. M^a BLASCO MARTÍNEZ, V. M. CUÑAT CISCAR y J. MAISO GONZÁLEZ: *Los libros de acuerdos municipales de Santander. Siglo XVII*, Santander 2002, vol. II, pp. 999-1000.

¹²⁰ “Medio real por barril de sardina escabechada; un real por barril de escabeche de cualquier pescado; un cuartillo por cada cesta de sardina fresca y salada; medio real por cada cesta de otros pescados, frescos o salados; en todos los casos se refieren a los pescados que se vendieran o salieran de la villa. El dueño de carro que entrase o saliese de la villa con vino, lana, trigo o cualquier otra mercancía pagaría un real por carro. A su vez, si se descargaba de tierra a mar, el dueño del barco pagaría un real por pipa de vino. Finalmente, se cargarían tres reales por cada pellejo de aceite que entrase en la villa, y doce reales por cada barrica de grasa” (*Ibidem*, p. 1008).

¹²¹ *Ibidem*, vol. III, p. 1024.

¹²² Razón más que probable de la supercolegialidad de los órganos judiciales señalada por I. GÓMEZ GONZÁLEZ: “Más allá de la colegialidad. Una aproximación al Juez de Comisión en la España del Antiguo Régimen”, *Crónica Nova* 37 (2011), pp. 21-40, y fuentes aquí citadas. Al margen de este muy sugerente trabajo, cfr. sobre el tema O. HINTZE: “El comisario y su significación en la Historia General de la Administración; Estudio Comparativo”, en O. HINTZE: *Historia de las formas políticas*, Madrid 1968, pp. 155-192.

Esta abundancia de comisiones concretas a cargo de los diferentes alcaldes pudo repercutir en su ejercicio jurisdiccional de asiento como sala. El profesor de las Heras ha constatado, a partir de una serie de libros-inventario conservados en el Archivo Histórico Nacional (números 2783-2787), que entre 1542 y 1700 la sala vio un total de 13.963 causas, a una media de 107 anuales, que se elevó a 188 entre 1583 y 1630, pico que es fácil poner en relación con la aplicación de la reforma de 1583. Sin embargo, para el periodo 1633-1660 la media se reduce a 18 pleitos, con años de franca paralización del despacho jurisdiccional conjunto de los alcaldes como 1635 o 1655, en los que se resolvieron 5 y 3 procesos, respectivamente. De las Heras atribuye tan significativa reducción del expediente a una posible insuficiencia de fuentes, pero, sin descartar esta posibilidad, también pudo influir, y mucho, el papel ejercido por alcaldes como el doctor don Juan de Quiñones, y la significativa insistencia en las muchas y variadas comisiones realizadas como alcalde, que mencionó en el indicado memorial impreso elaborado en 1643 para obtener merced del rey. No sólo la preparación de jornadas reales (en la que se mostró un consumado y eficaz experto), sino otras muchas en el orden jurisdiccional emanadas de rey, presidente o Consejo, resueltas de un modo ejecutivo –a deducir por el escrito–, que no siempre dejaban rastro documental. Es a su vez curioso que, una vez fallecido Quiñones, se produjese la rectificación de esta tendencia, abriéndose una nueva etapa de apogeo a partir de 1660 hasta alcanzar las 318 causas anuales a la altura de 1700, como ha concluido de las Heras.

En realidad, el intenso desempeño de los alcaldes en el terreno comisional derivaba también en gran medida de su estrecha relación con el Consejo Real. En 1654, en el contexto de las agrias disensiones con el cardenal Moscoso, arzobispo de Toledo, que llegaron al extremo de ordenar su extrañamiento de la corte, y como medida adicional, 4 alcaldes de casa y corte entraron en su casa y apresaron a 6 criados suyos¹²³. La labor de alcaldes y alguaciles no era más que una manifestación sobre el terreno de la jurisdicción real, era el nivel más propicio para la manifestación de fricciones que, si bien en principio se manifestaban en esa esfera, en caso de complicación afectaban por elevación al Consejo y al presidente. A comienzos de 1637, el alcalde Juan de Morales prendió un capitán de capeadores en casa de la duquesa del Infantado. El duque, que en ese momento estaba ausente, recuperó con malas artes al reo de casa de un alguacil. Enterado el presidente, ordenó el embargo de todos los bienes del duque y su prisión en el castillo de Burgos,

¹²³ En la famosa consulta de Consejo Real de 11 de septiembre de 1708 rebatida posteriormente por Macanaz, y transcrita por S. DE DIOS: *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla*, op. cit., pp. 173-193, p. 179.

escoltado por 12 alguaciles de corte¹²⁴. Consejo y alcaldes constituían expresión de una misma jurisdicción, la real, un fuero comunal y transversal que inducía –al margen de su mayor o menor plasmación institucional o reglamentaria– una superposición o coordinación –especialmente en caso de fricción con otras– cuyo alcance no se limitaba al espacio de la residencia más o menos permanente del rey. De hacerlo necesario las circunstancias, la jurisdicción real podía llegar de forma más directa y ejecutiva al territorio de los reinos, como hacían patente las comisiones por las que un determinado alcalde asumía el corregimiento de cierta ciudad castellana.

En tiempos de Felipe IV no sólo continuó la presencia de alcaldes de casa y corte en corregimientos del reino, sino que esta llegó a ser, incluso, más extensa y coordinada. A comienzos de 1628 el rey ordenó que tres alcaldes de casa y corte, los licenciados don Pedro Díaz Romero, don Sebastián de Carvajal y don Diego Francos de Garnica, sirviesen respectivamente los corregimientos de Toledo, Antequera y Cuenca-Huete. Atendido el deseo del último de ser jubilado, Carvajal terminó desempeñando el corregimiento de Cuenca-Huete y, a los tres años, tras superar el juicio de residencia, él mismo fue también jubilado, en este caso sin estar en absoluto de acuerdo con ello. La resistencia de Carvajal originó una consulta de la cámara que permite conocer el episodio, y en qué consistía la presencia de los alcaldes en los concejos, orientar su criterio conforme al deseo regio. Adujo los servicios de la ciudad en Cortes obtenidos por su gestión, así como la perpetuación de 200.000 ducados de renta y 100 hidalguías, para retornar sin novedad a su oficio. Al tiempo que representaba que:

si ha tenido algún émulo no puede haver sido por otra causa q por cumplir con su obligación en la administración de justicia y en casos q se ofrecieron en aquella ciudad procurando divertir y reformar la mala intención de quien se oponía a los servicios que se tratauan de conçeder como se conçedieron a U. Magd.

Pese a contar con el apoyo de la cámara, su solicitud fue, en principio, infructuosa¹²⁵. Pero consta que en 1634 continuaba ejerciendo comisiones en calidad

¹²⁴ Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereyra, Madrid, 6 de enero de 1637, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*, op. cit., II, pp. 311-461, pp. 312-313.

¹²⁵ AHN, Consejos, leg. 13641, n° 39. Consulta de la cámara de 31 de octubre de 1631. El rey contestó de su mano: “Escútese esto pues ay artos alcaldes”. El paso de Carvajal por el corregimiento de Cuenca es referido en J. MOYA PINEDO: *Corregidores y regidores de la ciudad de Cuenca desde 1400 a 1850*, Cuenca 1977, pp. 161 y 402, autor que publica su título en Madrid a 1 de julio de 1628, certificación de su juramento ante el Consejo Real, de día 6, y su

de alcalde de casa y corte, pues estaba en Santander para indagar los excesos del alcalde mayor don Luis de Alvarado en la administración de justicia, que derivaron en su detención en Valladolid y su destierro¹²⁶. El licenciado don Sebastián de Carvajal venía siendo uno de los alcaldes de casa y corte más conscientes y despiertos en el ejercicio de la plaza desde comienzos del reinado. A él se debía un atinado juicio, de índole arbitrista, que responsabilizaba en gran parte de la abundancia de gente ociosa y holgazana en la corte a “los mandaderos y procuradores de las ciudades, villas y lugares del reyno”¹²⁷. Asimismo, a poco de iniciado el reinado de Felipe IV había elevado un informe al presidente del Consejo Real sobre los cuarteles en que estaba dividida la corte madrileña (Santa Cruz, San Sebastián, San Luis, Santo Domingo, Santa María y Santiuste), y la conveniencia de reunir en una sola calle a las prostitutas declaradas¹²⁸. Por su parte, el licenciado don Jerónimo de Quijada, alcalde de casa y corte, no sólo ejerció por comisión específica el corregimiento de Vizcaya a la altura de 1641, al modo referido por Gil González Dávila, sino que al tiempo realizó otras supletorias como poner de acuerdo a la villa de Castrourdiales y la Junta de Sámano, en torno al deseo del resto de los lugares de esta última de designar alcalde mayor, al margen del de la citada villa¹²⁹.

juramento ante el Santo Oficio conquisen el 18 de agosto, en J. MOYA PINEDO: *Títulos reales otorgados por los reyes de Juan II a Carlos IV a los corregidores y regidores de la ciudad de Cuenca desde 1400 a 1800*, Cuenca 2002, pp. 107-109.

¹²⁶ Carvajal permaneció en la ciudad, aproximadamente, entre abril y noviembre de 1634, y su caso ejemplificó lo gravoso que era para los concejos el alojamiento de ministros reales, en el que luego insistiré. Se alojó en la casa de don Alonso de Santiago Quevedo, en la calle del Arcillero, y se previnieron las camas necesarias, y se consignó al procurador un presupuesto de 200 reales para hacer frente a los gastos ocasionados (R. M^a BLASCO MARTÍNEZ, V. M. CUÑAT CISCAR y J. MAISO GONZÁLEZ: *Los libros de acuerdos municipales...*, op. cit., vol. II, pp. 844-845, 850 y 862).

¹²⁷ J. M. NAVAS: *La abogacía en el Siglo de Oro*, Madrid 1996, p. 35, donde publica informe del alcalde de 16 de junio de 1620.

¹²⁸ Escrito de 27 de mayo de 1621, publicado por A. GONZÁLEZ PALENCIA: *La Junta de Reformación...*, op. cit., pp. 88-90, y extractado por Á. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ: “La soga y el fuego. La pena de muerte en la España de los siglos XVI y XVII”, *Cuadernos de Historia Moderna* 15 (1994), pp. 13-39, p. 21.

¹²⁹ Al respecto, transcribo parte del documento publicado en J. BARÓ PAZOS *et alii*: *De la Junta de Sámano al Ayuntamiento constitucional (1347-1872)*, Santander 2004, p. 207: “por quanto esta dicha villa, y su ayuntamiento, pretendía que Su Majestad les hiciere merced de la vara de alcalde mayor de esta dicha villa y su jurisdicción, según y como lo habían usado

1.4.1. *El alcalde de los portugueses en la corte*

Pero la cambiante realidad cortesana desarrollada en tiempo de Felipe IV propició que, a efectos funcionales, la jurisdicción real tuviese un cauce especializado. Moriana, el famoso portero del Consejo, dijo acerca de la sala de alcaldes ¹³⁰:

Y como ay tanto que castigar en ella, por ser patria común y acudir de todo el mundo diferentes géneros de gentes y naciones, para corregir sus costumbres y de los naturales criaron los señores reyes antepasados, con acuerdo y parecer de el Conssejo, una quinta sala de él.

La necesidad de uniformar en el universo de la corte personas de muchas y muy diferentes procedencias influyó en la propia creación de los alcaldes de casa y corte. A juzgar por la asignación de una comisión supletoria a uno de ellos a partir de la anexión de 1580, para juzgar las causas cortesanas de naturales portugueses, se deduce que los alcaldes nunca perdieron tal carácter integrador de la diversidad cortesana. Quizá fuesen el cuerpo judicial castellano más afectado por la anexión de Portugal, si no por la asimilación directa de rasgos jurisdiccionales del reino vecino, por la clara influencia de la situación agregadora en su definitiva fisonomía orgánica. Aspectos fundamentales de la reforma promulgada el 12 de diciembre de 1583 se debieron a la práctica mantenida por el licenciado Juan de Tejada en Lisboa ¹³¹. Y, sobre todo, por la necesidad de atender en su espacio de

los alcaldes maiores puestos por los corregidores, y que había ofrecido servir a Su Magestad, con mil ducados, para este accidente de Portugal, y lo había concertado con el señor licenciado don Gerónimo de Quijada, del Consejo de Su Magestad, y su alcalde de casa y corte, corregidor del Señorío de Vizcaya, que, con comisión de Su Magestad, estuvo estos días en esta dicha villa, a disponer diferentes servicios, y con facultad real y de su Consejo de Cámara, para concertar y disponer de tales varas y oficios de Su Magestad, y que la dicha junta y dichos sus lugares se oponían a la pretensión de dicha villa, con intento de separarse de la jurisdicción de ella y de su alcalde maior, y tener su alcalde, distinto del de la dicha villa, de tal manera que la dicha villa y junta han de estar dibididas en las jurisdicciones y varas de alcalde. Y habiendo conferido la materia entre una y otra parte, y representándose diversos derechos..., están conformes y capitulan lo siguiente”. Conforme a este acuerdo al final no hubo división entre ambos contendientes.

¹³⁰ “Discursos generales y particulares de el gobierno general y político de el Consejo Real y Supremo de Justicia de estos reynos de Castilla y León y ceremonias de él, advertidos por Juan de Moriana, portero de cámara de S.M.”, en *Ibidem*, pp. 217-349.

¹³¹ Al respecto remito a lo que dije en I. EZQUERRA REVILLA: “La integración de la Casa en la Corte. Los alcaldes de casa y corte”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 697-799, 722-727.

acción más permanente, la corte estante junto al rey (en este caso Madrid), la nueva situación sociológica determinada por la asimilación del nuevo reino.

Ante los excesos cometidos sobre naturales del reino luso por la justicia cortesana, recelosa de su condición forastera, el flamante Consejo de Portugal propuso la asignación exclusiva de aquellas causas que implicasen a oriundos de ese reino a uno de los alcaldes de casa y corte, “porque haviendo juez dedicado tendrá conocimiento de las personas y hará justicia, sin los inconvenientes que hasta agora se han offrecido”. Lo que, si se repara en la naturaleza comisional de buena parte de la actividad de estos ministros, implicaba una curiosa mezcla de jurisdicción privativa y acumulativa, en la que luego insistiré. Tal condición venía aderezada por el hecho de que muchos de los portugueses desplazados a Madrid pertenecía a alguna de las Órdenes militares lusas, Cristo, Santiago y Avis, que reservaban estatutariamente a juez propio el entendimiento de aquellas causas criminales en las que pudieran verse implicados sus miembros. Pero el problema residía en que tal garantía tenía una limitación territorial al reino luso, por lo que el Consejo de Portugal propuso que el rey designase juez especial, en su calidad de maestre de las mismas. El panorama se complicaba por actitudes que favorecían la confusión jurisdiccional, al aprovecharse los reos de los márgenes legales vernáculos en busca del beneficio particular, aunque no fueran en principio aplicables. Así, los esclavos de señores portugueses procesados en la corte, ganados en “justa guerra”, aducían llegado el caso condición de indios, y con ello quedaban bajo jurisdicción de los alcaldes de casa y corte y otras justicias, en agravio de sus dueños. En este caso, el Consejo de Portugal recomendó remitir tales reos a los tribunales portugueses, de acuerdo con su verdadera condición.

A juzgar por la respuesta favorable de Felipe II, las propuestas del Consejo de Portugal obedecían a una necesidad objetiva, si bien aquella difirió de lo inicialmente propuesto. Según consta en certificación expedida por el secretario Mateo Vázquez el 18 de mayo de 1584, las causas de los portugueses en la corte serían del entendimiento exclusivo de un alcalde de casa y corte especialmente comisionado, incluidas, según parece, las de caballeros de órdenes lusas. Respecto a las últimas, la propuesta desembocó en un aumento de las atribuciones jurisdiccionales del Consejo de Portugal, toda vez que el rey decidió atribuirle tal tipo de causas y la potestad de remitir al vecino reino las que desease¹³². La comisión adquirió un perfil más nítido con su atribución al licenciado Juan Valladares Sarmiento, el 6 de agosto de 1588, al indicarse que sentenciaría las causas civiles en

¹³² Todo lo referido, en BA, Ms. 51/IX/9, f. 168r-v. El primer designado fue el licenciado Juan Gómez.

primera instancia, pero que en el caso de las de mayor cuantía, lo haría junto con el alcalde de lo civil más antiguo, de las que cabría apelación ante el Consejo Real. Sin embargo, en el entendimiento de las causas criminales la única diferencia tan sólo sería la comisión formal ejercida por Valladares Sarmiento, dado que no se distinguiría del trato dado a los naturales castellanos, es decir, el conocimiento por el conjunto de la sala¹³³. Por cédula real de 6 de febrero de 1592, el alcalde encargado del ejercicio de la comisión fue Francisco de Gudiel, pero su presencia en la jornada de Aragón realizada por el rey ese año obligó a nombrar un sustituto, quien fue Pareja de Peralta, designado para ello el 2 de junio, para que:

por el tiempo que durare la ausençia del dicho alcalde Gudiel vos priuatiam[en]te conozcáis de todas las caussas anssí ciuiles como criminales de los d[ic]hos portugueses que rresiden en la dicha n[uest]ra corte y binieren a ella en esta manera: que proçedáis en las causas ziuiles y las sentencies [sic] y determineis en primera ynstançia, y que en grado de app[elaci]ón de las que fueren de menor quantía os acompañareis con el alcalde más antiguo de la d[ic]ha n[uest]ra cassa y corte de los que conozen de lo zeuil y los dos hagáis sentençia en ellas en el d[ic]ho grado de app[elaci]ón. Y de las de mayor quantía bayan las apelaciones al n[uest]ro Consejo. Y en lo que toca a las caussas criminales las sentençeis hasta concluyr las difinitiuam[en]te y se determinen por uos y los otros alcaldes de la d[ic]ha n[uest]ra cassa y corte que conozen de lo criminal según que lo hazia el dho lic[encia]do Pedro Brauo¹³⁴.

De este texto se deducía una acumulación competencial en la que el procedimiento ordinario era difícilmente compatible con el ejercicio de nuevas atribuciones, problema planteado una vez fijado el contorno administrativo de los alcaldes con las ordenanzas de 1583, que no dejaría de empeorar en adelante. Significativamente, en la misma fecha se comisionaba al alcalde Ayala la comisión de los galeotes ejercida hasta entonces por el propio Gudiel, junto a la de los portugueses, e, igualmente, en tanto regresaba de Aragón. En lo tocante a esta labor, Gudiel llevaba nombrado desde el 16 de diciembre de 1591,

para que tvuiesse en ella [la corte] cargo y cuydado de hazer las diligenzias contenidas en la prem[áti]ca publicada a ocho de mayo del año passado de mil y

¹³³ J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, op. cit., p. 26, quien remite a AHN, Consejos, lib. 1171, “Libro de varias noticias y autos de la sala de alcaldes de casa y corte”, ff. 40-41, cfr. Apéndice, doc. 1.

¹³⁴ AHN, Consejos, lib. 1171, f. 21r-v, “Comi[s]ión al s[eñ]or al[ca]lde Pareja de Peralta para los negocios de los portuguesses durante la ausençia del s[eñ]or al[cal]de Gudiel”, en Apéndice, doc. 2.

quinientos y sesenta y seis cerca de lo tocante a los ladrones, bagamundos y otros delinquentes que que en estos n[uest]ros reynos fuessen condenados a galeras ¹³⁵.

Es preciso destacar que la decisión, aparte de un episodio más de una administración basada en el gobierno comisional, implicaba un ejemplo de jurisdicción privativa en el sentido que le da Gallego Anabitarte ¹³⁶, o como en su día la definiera Vicente y Caravantes ¹³⁷. A su vez, puede ser tomada como jurisdicción acumulativa, no en el sentido usual de estar varios jueces legitimados para entender de una causa o una materia, sino desde el punto de vista del propio juez considerado individualmente, a cuyas competencias se añadía una temáticamente diferenciada del resto ¹³⁸. En cualquier caso, está claro que se trataba de una discriminación (tómese en el sentido de distinción) en razón del origen, que afectó a la distribución interna de la tarea de los alcaldes a lo largo de la práctica totalidad del periodo que duró la anexión de Portugal ¹³⁹. Y de ello se

¹³⁵ AHN, Consejos, lib. 1171, f. 24r-v.

¹³⁶ A. GALLEGO ANABITARTE: “Influencias nacionales y foráneas en la creación del Derecho Administrativo Español”, en *Posada Herrera y los orígenes del Derecho Administrativo Español. I Seminario de Historia de la Administración* (Madrid, 21 al 23 de febrero de 2001), Madrid 2001, pp. 31-76, p. 37.

¹³⁷ “*Jurisdicción privativa* se dice, la que ejerce un juez en determinados negocios con privación de todos los demás para entender en el mismo. Esta jurisdicción se ejercía por los jueces delegados que antes se nombraban por jueces superiores al del partido, pues podían inhibir a los ordinarios y a otros del conocimiento de las causas contenidas en su comisión, aunque pendieran ante ellos” (J. DE VICENTE Y CARAVANTES: *Tratado histórico, crítico filosófico de los procedimientos judiciales en materia civil según la nueva Ley de Enjuiciamiento; con sus correspondientes formularios*, Madrid 1856, vol. I, p. 200). Sustitúyase “jueces superiores” por “rey”, y encajará perfectamente la comisión de los portugueses.

¹³⁸ Creo que ambos sentidos se perciben en *Ibidem*, p. 199: “*Jurisdicción acumulativa* a que también se llama *preventiva*, es la facultad que tiene un juez de conocer de ciertos asuntos a prevención con otro, o no obstante tener otro juez igual facultad para conocer de los mismos, o bien la facultad que reside a la vez en dos jueces para conocer de un mismo asunto, considerándose competente el que se hubiese anticipado en su conocimiento” (Ley 2, tít. 10, lib. sexto de la *Novísima*). Para este concepto, C. GARRIGA: *La Audiencia y las chancillerías castellanas (1371-1525): historia política, régimen jurídico y práctica institucional*, Madrid 1994, pp. 319-329.

¹³⁹ Carácter que, con todo, no fue excepcional. En cierta solicitud de merced del licenciado Luis Núñez, abogado en la corte, adujo entre otros méritos los servicios de su padre “en la comisión del repartimiento de los portugueses de la nación hebrea que tvuo a su cargo el licen[cia]do don Fernando Carrillo” (AHN, Consejos, leg. 4419, carpeta del año 1610, n° 27).

deduce la pervivencia de las restricciones en la extensión de la naturaleza castellana existentes desde el proceso reconquistador, matizada por la fluctuante y entrelazada aplicación de los criterios de *ius soli*, *ius sanguinis* y domicilio ¹⁴⁰. En este caso, la restricción implicó la creación de una jurisdicción especial, en el seno de la real. En una comprensión global del proceso histórico –y no compartimentada en etapas arbitrarias– la diferencia residía en la forma de adquisición de los diferentes dominios, unos por conquista o incorporación y agregados accesoriamamente a la corona de la que dependían, otros en pie de igualdad y con reserva de su integridad, al modo referido por Hevia Bolaños y Solórzano Pereira ¹⁴¹. En el primer caso, subrayaba la “extranjería” de aragoneses y portugueses en Castilla, tras explicar el concepto de “natural” ¹⁴². En la misma línea se expresaba tres décadas después Solórzano Pereira, indicando que la anexión de Portugal no había supuesto alteración alguna de ese estatuto:

Lo que he visto dudar algunas veces, si los Navarros y Aragoneses se han de reputar por naturales de Castilla, y León, y particularmente de nuestras Indias, o por extranjeros, para poder tener, o no tener los oficios y beneficios de ellas. Y parece que los debemos contar en la clase de Extranjeros, como a los Portugueses, Italianos, Flamencos y otros, cuyas Provincias no están unidas a dichos Reynos de

¹⁴⁰ “En líneas generales puede decirse que los naturales de León, Castilla, Portugal, Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña, Mallorca y Valencia son extranjeros en los demás reinos, con la sola excepción de la constitución por León y Castilla de un solo reino a partir de Fernando III (1230), en el que por la existencia de una sola naturaleza política no hay posible extranjería entre leoneses y castellanos. Los territorios que se incorporan por conquista a la corona de Castilla en el siglo XIII (Badajoz, Sevilla, Jaén, Murcia) comprenden también una sola naturaleza política: la castellana”, reseña de F. TOMÁS Y VALIENTE a R. GIBERT (*La condición de los extranjeros en el antiguo Derecho Español*) en *Anuario de Historia del Derecho Español* 10 (1958), pp. 708-711, p. 708. A partir de 1553, los naturales del reino de Navarra recibieron concesión real de ser tenidos por naturales en Castilla (J. DE HEVIA BOLAÑOS: *Curia Philípica*, Madrid 1797, vol. II, p. 266).

¹⁴¹ El matiz, en el breve pero interesante trabajo de J. VIDAGO: “Los portugueses y su extranjería durante la época de los Felipes, 1580-1640”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 174 (1961) pp. 292-297, p. 296.

¹⁴² “Natural se dice el nacido en el Reyno, e hijo de padre nacido en él, o que en él haya contrahido domicilio... los nacidos en el Reyno de Aragón son extranjeros, porque aunque fue puesto en la corona real y juntado a ella, no fue en modo de natural, sino en su propio y primer estado y fuerza en que quedó, rigiéndose por sus propia leyes y costumbres... conforme a lo qual, lo mismo que de los Aragoneses, por la misma razón se ha de decir de los Portugueses, en los quales de practicó, así en la composición de los extranjeros de las Indias, que fueron reputados como tales” (J. DE HEVIA BOLAÑOS: *Curia Philípica*, op. cit., vol. II, p. 266).

Castilla, y León, y las Indias accesoriamenle sino en igual Principado, y conservando sus leyes, y fueros con que se governaban antes de su unión, y agregación, según lo que cerca de este punto tengo más latamente en otro lugar ¹⁴³.

La consolidación de este ejercicio comisional parece que hizo patente la contradicción de afectar a los portugueses continuamente avecindados en la corte, hecho que obligó a un auto aclaratorio del Consejo Real de 5 de febrero de 1594, fecha a partir de la cual la comisión se entendería sobre los portugueses que “están de paso en ella” y con los “ministros, que actualmente estuvieren sirviendo en el Consejo de Portugal, para solas sus personas, i no las de sus familias” ¹⁴⁴. Con la práctica, la comisión fue cobrando un contenido del que, debido a la espontaneidad de su origen, carecían las disposiciones que la establecieron; apreciándose en tiempo de Gudiel una tendencia expansiva y difícilmente compatible con el resto de sus responsabilidades, sin recibir por ello retribución suplementaria. Quizá cerrada la posibilidad de obtenerla en Castilla, dada la peculiaridad de la comisión, recurrió al Consejo de Portugal –al fin y al cabo responsable de su creación–, quien le asignó el 6 de febrero de 1600 una ayuda de costa de 200 cruzados anuales. En adelante, este fue el subsidio que recibieron sus sucesores en el ejercicio de la tarea ¹⁴⁵.

¹⁴³ J. SOLÓRZANO PEREIRA: *Política Indiana*, Madrid 1648, lib. IV, cap. 19, n. 31, *apud*. J. VIDAGO: “Los portugueses y su extranjería...”, *op. cit.*, p. 296.

¹⁴⁴ *Autos i Acuerdos...* (1649), *op. cit.*, auto CXXIX, en f. 24v. Entre otras fuentes, este auto es asimismo referido en A. X. PÉREZ Y LÓPEZ: *Teatro de la legislación universal de España e Indias*, Madrid 1792, vol. III, p. 162, y en F. PACHECO: *Los Códigos españoles concordados y anotados*, Madrid 1851, vol. XII, p. 42. Su inclusión en estas obras se debía calidad de disposición compilada en *Recopilación de las leyes destos Reynos...*, *op. cit.*, vol. I, lib. segundo, tít. VI, f. 102v).

¹⁴⁵ AGS, SP, Portugal, lib. 1460, n° 18, consulta del Consejo de Portugal a Felipe III: “Señor: O L[icencia]do Francisco Gudiel alcalde da casa e corte de Vossa Magd. Diz que por mandado e comissão particular de Vossa Mgd ha noue anos que conhece das causas e demandas çiuéis e crimes dos portugueses, sentençandoos, e despachandoos com muito cuidado e deligençia conforme a çédula que p[ar]a isso tem de U. Mgd., e que ainda que todas as comissões q nesta certeza, em q ha alguma occupação p esto q seja de hum ou dous dias na semana, se nomea e da sempre salario ao juiz ou ajuda de custo, nesta em q o trabalho hé ordinario e contino, nem se lhe da salario, nem se lhe deu nunca ajuda de custo em todos os ditos noue anos. Pello q pede a U. Mgd seja seruido em remuneração deste seruiço de lhe fazer merçe de ajuda de custo pello passado, e de lhe nomear salario p[ar]a o poruir dandolhe a dita ajuda de custo em aluitre” (cuatro rúbricas). Al margen izquierdo: “Pareceo que se lhe dem dozentos cruz[ad]os cadaño [*sic*] por esta comissão que tem das causas dos portugueses e que estes aja o alcalde que daqui em diante a tiuer depois delle para que sempre com esta comissão se tenha o dito salario” (rúbrica). A continuación la decisión regia: “Está bien” (rúbrica real).

El perfil de la comisión ganó nitidez durante el periodo en que la ejerció el licenciado Juan de Aguilera, puesto que, conforme a la letra del título de su sucesor, el licenciado don Pedro Díaz Romero (expedido el 9 de marzo de 1622), en su tiempo se introdujo la costumbre de que fuese ejercida por el alcalde de mayor antigüedad¹⁴⁶. Con todo, esta condición no llevaba aparejada automáticamente la comisión de los portugueses, dado que requería de nombramiento real específico. Así se deduce del hecho de que Juan de Quiñones adquirió la condición de decano en 1636, y no recibió título hasta dos años después. Por otro lado, presentaba como novedad respecto a los anteriores la indicación de la cantidad por pagar en concepto de *media anata*: 6.800 maravedís de plata doble por la décima de 2.000 reales.

No existe mejor prueba que el auto del Consejo de 1594 para demostrar como la situación fáctica de la anexión inducía una compleja casuística administrativa que tendía a la confusión, y la superposición, apuntada en este breve recorrido. Con todo, este ejercicio comisional era sobre todo perceptible desde la óptica o la posición de aquellos sobre quienes se dejaba sentir, esto es, ciertos individuos de nación portuguesa en la corte. Pero desde el punto de vista castellano, incluidos los ejercientes de tal jurisdicción, era una tarea añadida a un denso y confuso magma de funciones jurisdiccionales, comisionales y de asiento. Ello se apreció cuando el 28 de febrero de 1636 ambas secretarías de Estado de Portugal fijaron un edicto (cuyo cumplimiento dependía de los alcaldes y, eventualmente, del alcalde de los portugueses, en función de las particularidades del reo), obligando a salir de la corte a todos los homicidas de nación portuguesa, y cuya intención era abastecer el reclutamiento¹⁴⁷. Poco después, en el asesinato en la corte de don Diego de Figueroa, caballero principal de Córdoba, resultaron implicados su mujer y dos portugueses, uno de los cuales estaba amancebado con la señora. Huyeron hacia Portugal por separado, la señora fue detenida antes de llegar a Talavera, pero a sus cómplices les dio tiempo a llegar a Elvas. La resolución del caso es muy instructiva para conocer la mecánica jurisdiccional, dado que, para detenerlos, requirió comisión específica del Consejo de Portugal. Se advierte así que, en ocasiones, en función de la coyuntura, la formalización de una comisión podía surgir desde el ministro subordinado, y no

¹⁴⁶ AGS, CC, libros de cédulas, lib. 191, f. 41r-v.

¹⁴⁷ A. RODRÍGUEZ VILLA: *La corte y monarquía de España...*, *op. cit.*, pp. 15-16: “A 28 se fijó en entrambas Secretarías de Estado de Portugal un edicto de S.M. mandando que todos los homicidas portugueses que se hallan en esta corte salgan de ella dentro de ocho días, so pena que no haciéndolo serán presos y remitidos a los jueces ante quien están pendientes sus causas. El intento que se lleva en esto parece ser obligarles a que se alistén para soldados y el mismo se tuvo con las pragmáticas de los lacayos”.

desde la autoridad superior. El hecho de que uno de los huídos fuese detenido ya en Portugal –el otro consiguió escapar–, por ministros subcomisionados por el alcalde y fuese transferido a Madrid para su ejecución, permite apreciar, por otro lado, que el entendimiento de los alcaldes se limitaba a un ámbito exclusivamente castellano, en el que aparecían confundidos corte y territorio, que sólo excepcionalmente variaba su alcance, en función de comisión suplementaria, y de forma limitada. La intervención de Quiñones en este asunto fue anticipo de su designación como alcalde de los portugueses, que acumuló a su ingente labor, por título de 16 de marzo de 1638 ¹⁴⁸.

Es importante aclarar que esta especialización se circunscribía al ámbito jurisdiccional, y no impedía la intervención del resto de alcaldes de casa y corte en materias tocantes al reino de Portugal. De hecho, es conocida la tarea a medio camino entre lo informativo y lo confidencial desempeñada por el alcalde don Francisco de Valcárcel con ocasión del motín de Évora ¹⁴⁹. Es más, los primeros agentes jurisdiccionales que tendieron a ignorar el ejercicio de tal atribución exclusiva por parte de un compañero fueron los propios alcaldes, como indicó la competencia surgida sobre el entendimiento de la causa de un esclavo de Manuel de Montemayor, natural de Portugal, en el que a su parecer se habían entrometido el Consejo Real y el alcalde Francos de Garnica. El Consejo de Portugal requirió para sí el conocimiento privativo de la misma, invocando sendas cédulas reales de 1588 y 1621, actitud que, probablemente no hubiese mantenido de haber entendido del caso Pedro Díaz Romero, por entonces al cargo de la comisión de los portugueses. Ello insinúa con claridad el hecho de que en este ámbito se daba una clara dependencia respecto del Consejo de Portugal, como en el resto de sus atribuciones de los alcaldes se producía respecto al Real, hecho que remitía a la unidad última de la jurisdicción real, más allá de su división funcional ¹⁵⁰.

¹⁴⁸ BA, Ms. 51-IX-11, ff. 48v-50r.

¹⁴⁹ “Todo este reino está alborotado, y levantado a cara descubierta lo más principal de él, y dentro de Lisboa mismo estuvo ayer muy cerca de suceder lo mismo, y no lo aseguraré yo por ningún interés, si en toda la semana que viene no llega algún remedio de Madrid, que no lo espero, ni cosa buena en la era que corremos” [Carta de 20 de septiembre de 1637, en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*, op. cit., p. 368].

¹⁵⁰ BA, Ms. 51-IX-11, ff. 52v-54r. Reunión de la Junta de competencias en Madrid, a 20 de noviembre de 1623, formada por el licenciado Juan de Villela, presidente de Indias, el regente Caimo del Consejo de Italia y el doctor don Andrés de Arizti, canónigo de Toledo. Dictaminó a favor del Consejo de Portugal.

Por otro lado, la trabajosa *Restauração* iniciada en 1640 influyó en que, a la muerte del doctor Juan de Quiñones en enero de 1646¹⁵¹, la comisión no fuese renovada en su sucesor en el decanato, entre otras consecuencias administrativas que pasaron por la propia desaparición del Consejo de Portugal. Reinstaurado este en 1658, en el contexto del esfuerzo final de recuperación del reino planteado por Felipe IV —finalmente baldío—, se reprodujo la secuencia que desembocara en 1584 en la institución de la “comisión de los portugueses” a cargo de un alcalde de casa y corte, y en 1659 consultó al rey la recuperación de la figura. Resultado de la recomendación fue la designación del licenciado don Francisco de Quiñones, hermano del último ostentador de la comisión, por título en Madrid a 13 de julio de 1659¹⁵². Como en los anteriores casos, en el momento de recibir el nombramiento también era el alcalde de casa y corte de mayor antigüedad, como lo fue, una vez fallecido el anterior, su sucesor, don Vicente Bañuelos, en ejercicio de la comisión a la altura de 1662. Al margen de la mayor o menor continuidad de la figura, existía una verdadera concupiscencia legal y administrativa entre ambos reinos, previa a 1580, y posterior a 1668. Un mundo de concordias y deferencias que, a la altura de 1784, admitía requisitorias simples de justicias portuguesas en los tribunales castellanos¹⁵³, con el profundo significado de mantenida convivencia que ello implicaba. De ella formó parte la rica y compleja figura del alcalde de los portugueses.

¹⁵¹ Noticia de su muerte en P. DE GAYANGOS Y ARCE (ed.): *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús...*, op. cit., XVIII, p. 233.

¹⁵² Copia del título en BA, Ms. 51-IX-11, ff. 50v-52v.

¹⁵³ F. A. DE ELIZONDO: *Práctica universal forense de los tribunales de España, y de las Indias*, Madrid 1784, vol. IV p. 353: “En la práctica pueden ocurrir dos casos para pedir a los reos las justicias de Portugal por medio de requisitoria, según las antiguas concordias, ratificadas en el tratado de Utrech, de que hablan las leyes del reyno, y última real cédula expedida en el asunto (de 13 de agosto de 1779): el primero es, quando las requisitorias se libran por ministros de Tribunales Supremos, como del Consejo, o relaciones, y desembargadores, alcaldes de corte, o del crimen, los cuales fue suficiente insertasen en ellas la información del delito; y el segundo si se expiden las requisitorias por los corregidores, u otros jueces, y justicias inferiores, que conozcan de las causas, respecto de quienes acaba el Consejo de declarar (remite a carta acordada de 25 de octubre de 1782) no es necesario se presente el proceso original, y sí baste copia testimoniada a la letra en debida forma: de modo, que quando las requisitorias de Portugal indistintamente vengan dirigidas a jueces inferiores, deban estos asegurar desde luego a los reos, y consultar sobre su entrega a las salas del crimen del distrito no procediendo a ella sin este requisito, encargando a unas, y otras la más pronta expedición de los negocios”.

1.5. *UN NUEVO MODELO DE ALCALDE DE CASA Y CORTE*

EN EL BARROCO CASTELLANO: ERUDICIÓN Y DILETANTISMO LITERARIO

EN EL DOCTOR DON JUAN DE QUIÑONES

“Muchas vezes, dize Séneca, es un mal successo medio para otro mayor, de que ay en la corte muchos exemplos”. Bermúdez de Pedraza empleó esta autoridad para introducir el caso del licenciado Matías López Bravo, alcalde de casa y corte que constituyó ejemplo, en lo personal, de superación, y en lo colectivo, del desenvolvimiento del conjunto de los alcaldes en tiempo de Felipe IV en un estadio de refinamiento y preparación superior al ocupado por sus predecesores en reinados anteriores. En este sentido, novedoso resultaba que, poco antes de ser nombrado alcalde, López Bravo optara a la vacante de cronista real dejada por Pedro de Valencia¹⁵⁴. Indicios de curiosidad y diletancia letrada como la elaboración de obras escritas, visibles ya en el caso del doctor Gregorio López Madera, quedaron confirmadas en el del mencionado López Bravo y alcanzaron culminación en el del doctor Juan de Quiñones, quien concilió aspectos tan aparentemente contradictorios como la aplicación de la jurisdicción penal y la erudición, hasta el punto de tomar la descripción de la primera como su espejo o demostración.

En cuanto al licenciado Matías López, su carrera se había iniciado como relator del Consejo de Órdenes, y el hecho de que fuese incapaz de hacer ninguna en tres meses propició su remoción. Pero después pasó a juez de obras y bosques, y finalmente a alcalde de casa y corte, una vez publicado su *De regno et regnandi ratione*, “tan grande en calidad como pequeño en el cuerpo”¹⁵⁵. Su querencia por la creación intelectual comenzó en momento semejante a la de otro famoso alcalde de casa y corte, el doctor Juan de Quiñones, a quien es aplicable —como al anterior— la referencia de Cervantes transcrita por el profesor de las Heras:

Yo apostaré que si van a estudiar a Salamanca, que a un tris han de venir a ser alcaldes de corte; que no todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza¹⁵⁶.

¹⁵⁴ Como consta en la solicitud presentada el 26 de junio de 1620, J. GARCÍA ORO y M^a J. PORTELA SILVA: “Felipe III y sus cronistas. Candidaturas y méritos”, en *Universitas. Homenaje a Antonio Eiras Roel*, Santiago de Compostela 2002, pp. 255-279, pp. 277-278.

¹⁵⁵ *Hospital Real de la Corte por don Fran[cis]co Vermúdez de Pedraça, canónigo y tesorero de la Sta Iglesia de Granada*, A D. Fran[cis]co Marín y Rodezno, canónigo de Toledo inquisidor de Granada, s.l. s.a., f. 130 v.

¹⁵⁶ *Apud* J. L. DE LAS HERAS SANTOS: *La justicia penal de los Austrias...*, *op. cit.*, p. 83.

La afirmación permite considerar el comienzo del siglo XVII como momento en que se abrió paso una imagen más instruida de los alcaldes, materializada en los frutos de su cración literaria, que superaba la rigidez mostrada desde el ya lejano tiempo de Ronquillo —que caracterizó indeleblemente la percepción general del ejercicio de la plaza—, por mucho que existieran casos cercanos cronológicamente de celo excesivo en el cumplimiento de las órdenes regias. Ejemplo fue el comportamiento de López Madera con los moriscos de Hornachos, quien, en cualquier caso, compartió con los mencionados una acusada tendencia al uso creativo del cálamo, que contribuyó a su acceso posterior al Consejo Real.

En cuanto a Quiñones, es buen ejemplo de cuanto digo. Como otros autores vinculados más o menos directamente a las casas reales que pueden tomarse como sus predecesores (Lorenzo Vital, Francesillo de Zúñiga, Cock...), tenía curiosidad por el mundo administrativo y cortesano que le rodeaba, si bien el ocio que parece adivinarse en esos casos, en el de Quiñones era sustituido por el ajetreo comisional. En cualquier caso, Quiñones recogió y perfeccionó esta tradición y se convirtió en ejemplo de una inquietud literaria que con el paso del tiempo se extendió de la cúspide del aparato administrativo a otros estratos no tan elevados, al tiempo que excedía el interés casi exclusivo por tratados de orden jurídico mostrado hasta entonces por los letrados castellanos, con excepciones como Gaspar de Baeza, abogado de la chancillería de Granada. Desde luego, Quiñones fue un letrado despierto en el ejercicio de sus funciones, que no veía en ellas una pesada carga, sino la oportunidad de satisfacer una curiosidad que, en cualquier caso, dada su posición en la corte, estaba vinculada con mayor o menor claridad a las prioridades ideológicas de la monarquía.

Brevemente, se puede decir que su relación con el mundo de la creación se consumó en dos planos: como sujeto literario activo, autor de obras de mayor calado e intención del que pudiera deducirse de su título, y, por otro lado, como objeto pasivo, de aparición recurrente e incluso protagonista en un género literario que por entonces tomaba auge, como fue el de relaciones o periodístico. El ámbito principal de referencia de este género fue la corte, por lo que no sorprende el relieve alcanzado en él por Quiñones y sus compañeros. En prueba palpable de un nuevo contexto en el que se hacía visible la dimensión intelectual de los alcaldes de casa y corte —y no sólo de ellos—, se puede afirmar que la actividad libraria de Quiñones y el contenido y orientación de la misma fue coadyuvante para su acceso al aparato administrativo. En el mencionado contexto de identificación jurisdiccional entre Consejo y alcaldes que vengo refiriendo, debió ser valorada para su promoción a alcalde (previo paso sucesivo por la alcaldía mayor de Huete, la de la villa de El Escorial con ejercicio de plaza de juez de

obras y bosques de San Lorenzo, y la tenencia de corregidor de Madrid), no sólo la capacidad que mostró para compaginar la realización de difíciles comisiones y su ilustración literaria, sino la posición que otorgó al Consejo en sus escritos, en los que se adivinaba su conjunción con la persona real. Su primera obra, el *Tratado de las langostas muy útil y necessario*¹⁵⁷ estaba dedicada al Consejo, con la convicción implícita de que la materia propia de la misma caía en las atribuciones del organismo, entre las que cobraba paulatina importancia un ámbito meramente administrativo¹⁵⁸. Sin duda, conforme al fundamento mediador en que se basaba la autorización administrativa de publicaciones, tal dirección de la obra y el referido papel que atribuía al Consejo, debió ayudar poderosamente a su publicación, en una imprenta puntera del momento como la de Luis Sánchez, caracterizada por su carga de trabajo oficial. En tales oficios, tuvo ocasión de mostrar sus virtudes a la propia sala de alcaldes, mediante comisiones que mostraban ya un perfil apropiado para ejercer la plaza a la que terminaría siendo promovido, como la persecución de salteadores de caminos en su área de actuación jurisdiccional. Comisiones que ilustraba en memoriales forenses contaminados de pulso literario y claridad expositiva –en perjuicio de la concisión¹⁵⁹–, del mismo modo que

¹⁵⁷ J. DE QUIÑONES: *Tratado de las langostas muy útil y necessario, en que se tratan cosas de provecho y curiosidad para todos los que professan letras divinas y humanas, y las mayores ciencias*, Madrid 1620. Al margen de las prevenciones materiales, Quiñones se detenía, como el resto de autores que habían tocado la materia, en el aspecto providencial. Como resultaba lógico en un ámbito de escasa mecanización, la principal preocupación de las comunidades campesinas era la preservación de las cosechas de cereales y viñas, lo que extendió el culto a los santos protectores de la langosta y el pulgón, como San Gregorio Ostiense (F. MARTÍNEZ GIL: *Muerte y Sociedad en la España de los Austrias*, Madrid 1993, pp. 242–247).

¹⁵⁸ “Al Rey Nuestro Señor en su Real y Supremo Consejo de Castilla. Estando en la ciudad de Huete sirviendo a V.M. en el oficio de alcalde mayor della y su tierra este año de seiscientos y diez y nueve, se me dio comisión para que hiziesse matar la langosta que allí huviesse. Puse en esto algún cuidado y diligencia, y fue poco tiempo; porque entendiendo en ello, fui promovido en el oficio de alcalde mayor de la villa del Escorial, y juez de las obras y bosques reales de San Lorenzo, donde al presente estoy sirviendo a V.M. y he servido otra vez tres años. Esto fue causa, para que considerando se haze mención de las langostas en las divinas letras, y que ay memoria dellas en las humanas, aunque poco escrito en orden, ni dispuesto en tratado, determinasse hazer uno, en que ponga su naturaleza, daños que hazen, cómo se remedian, y a cuya costa: y ofrecerle, y dedicarle a V.M. a quien suplico, pues he sido causa para que mueran ellas, lo sea también para que con su amparo y protección él viva. Guarde Nuestro Señor a V.M. largos años con aumento mayor de Estados y Reynos. El Doctor Iuán de Quiñones”.

¹⁵⁹ Un ejemplo: “Relación de un proceso criminal que el Doctor Juan de Quiñones, alcalde mayor en la villa de El Escorial y juez de las obras y bosques reales de San Lorenzo,

sus obras impresas mostraban cierta deformación jurídica, atenazadas por la permanente invocación de autoridades.

Pese a su aparente intranscendencia, las obras de Quiñones ofrecían claves para la interpretación de rasgos esenciales, en lo cultural o en lo político, de la Monarquía y la cambiante coyuntura que atravesaba. Su *Explicación de unas monedas*¹⁶⁰, aparecida el mismo año y con el mismo impresor que su tratado sobre la langosta, derrochaba una erudición avalada expresamente en la aprobación de la obra a cargo de censores tan autorizados en la materia como Tomás Gracián Dantisco o el doctor Francisco Sánchez de Villanueva, capellán y predicador de su Majestad¹⁶¹. En la dedicatoria dirigida al propio rey, el autor explicaba la motivación de su obra:

Destas vinieron seis a mis manos, y por ser de oro excelente, precioso metal, y dedicado a los Reyes, tan bien labradas, y de tan buenos emperadores, las dedico y pongo en las de V. M., y ofrezco la explicación dellas con las vidas dellas, que me pareció referir, por entender se hallarán algunas cosas de provecho y gusto.

Al margen de detalles más menudos¹⁶², la obra ofrecía con toda la intención un linaje de valor material, metálico en la más recta acepción del término, en

fulminó contra Domingo Martín por salteador de caminos, hecha a los señores alcaldes de la casa y corte de Su Magestad, donde se pone el hecho y funda el derecho”, 1 y 3 de agosto de 1621 (BUS, Ms. 2298, ff. 182r-196v).

¹⁶⁰ J. DE QUIÑONES: *Explicación de unas monedas de oro de emperadores romanos, que se han hallado en el Puerto de Guadarrama, donde se refieren las vidas dellas, y el origen dellas, con algunas advertencias políticas y otras cosas antiguas y curiosas*, Madrid 1620.

¹⁶¹ En su aprobación de 25 de agosto de 1620 el primero comenzaba subrayando su propia autoridad para destacar seguidamente el valor de la obra en ámbito tan reservado a iniciados: “y por la noticia que tengo desta curiosa profesión, como discípulo de los insignes maestros Alvar Gómez, Ambrosio de Morales, y Benedicto Arias Montano, y más de cinco mil medallas diferentes que tengo en mi poder de todos metales: Digo, que así por no tener cosa que ofenda, como por ser extraordinario y docto discurso, en que el autor muertas su gran ingenio, ciencia, lectura y erudición tan general en todas letras y ciencias, se le debe dar la licencia y privilegio que suplica”. Mientras que el capellán, en su aprobación de 18 de agosto, incidía en la combinación de ciencia jurídica y curiosidad intelectual que distinguía a Quiñones: “Conocido es el autor en la Iurisprudencia, y conosece bien en estos discursos el adorno con que la ha acompañado”. Nótese la fecha de las aprobaciones, indicio de una actitud propicia por parte del Consejo de cara a la publicación de la obra.

¹⁶² Por ejemplo, una referencia que permite afirmar la procedencia castellana de Juan Bautista de Toledo, cuestión sujeta a cierta controversia entre los especialistas [J. J. RIVERA BLANCO: *Juan Bautista de Toledo y Felipe II (La implantación del clasicismo en España)*, Valladolid 1984, p. 23].

una coyuntura en la que la Monarquía estaba necesitada de recursos tanto tangibles como simbólicos. Como señaló Krabbenhoft, la moneda poseía un valor de icono visual y táctil, representativo de figuras o eventos pasados dotados de ejemplaridad, de origen renacentista, que desembocaría en la pasión numismática visible en la época de Gracián y Quevedo. En esta secuencia se inscribe la *Explicación* de Quiñones, quien escribió toda una exposición de la historia española y romana a partir de la interpretación de las monedas halladas en el puerto de Guadarrama. Y lo hacía con la intención de avalar la actualidad de una institución, la monárquica, que en sus decisiones seguía, sin pretenderlo, el magisterio romano. Al comentar la elección de Trajano por su predecesor Ner-va, Quiñones decía que lo prefirió “mirando más por la utilidad pública y común, que no por la particular y propia”, añadiendo con toda la intención –si se tiene en cuenta el pasado reciente de la Monarquía– “(que es lo que se debe atender y mirar en todas las elecciones públicas y de gobierno)”¹⁶³. Carácter lapidario y pasión por las antiguallas eran todo uno para el referido autor:

la cara de la moneda o el aspecto general de la estatua se convierten en superficies-espejos que predicen el arte de la prudencia cortesana... el metal y la piedra toman su lugar al lado de la palabra y la oración, aunando lo oracular con lo manual y la especulación con la práctica¹⁶⁴.

Igualmente, conforme a la revisión del providencialismo propia de la idea económica de reformatión imperante en el ministerio de Olivares fue su *Discurso de la campana de Vililla*, que cumplía –según rezaba su licencia de impresión– su propósito de demostrar:

como el movimiento extraordinario y prodigioso de aquella campana, no tiene ni puede tener principio de superstición, ni a cosa que tire a cielo con algún impulso divino¹⁶⁵.

Que, al tiempo, mostraba la fluida relación de Quiñones con el mundo administrativo y literario de la corte, pues puso su pluma al servicio del deseo oficial de refutar la conexión que poco antes había establecido el abad de Monte Aragón entre el sonido pretendidamente espontáneo de aquella campana en 1579 y

¹⁶³ J. DE QUIÑONES: *Explicación de unas monedas de oro...*, op. cit., f. 29r.

¹⁶⁴ K. KRABbenhOFT: *El precio de la cortesía: Retórica e innovación en Quevedo y Gracián. Un estudio de la Vida de Marco Bruto y del Oráculo manual y arte de prudencia*, Salamanca 1994, pp. 97-99.

¹⁶⁵ A. PALAU Y DULCET: *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona 1962, vol. XIV p. 440.

la Guerra de Sucesión portuguesa; hecho que dio al alcalde rasgo literario tan propio de su tiempo como la polémica con otros autores. En 1578 el toque de la campana se asoció con la derrota y pérdida del rey don Sebastián, y se consideró también vaticinio de la muerte de don Juan de Austria y del príncipe don Fernando, acontecidas el mismo año. El año siguiente también sonó, pero el hecho pasó inadvertido hasta que en 1622 se hizo eco del hecho don Martín Carrillo, abad de Monte Aragón, quien en sus *Anales cronológicos del mundo*, publicados ese año, afirmaba que la campana había tocado en 1579, “cuando los portugueses hicieron sus conciertos contra el Rey don Felipe nuestro señor para matarle, por impedir su sucesión en el reino de Portugal”. Dado que el pueblo identificaba el sonido de la campana con la desaparición de una persona real¹⁶⁶, y que el contexto convertía en imprudente esa expectativa, la obra originó una pronta respuesta por parte del doctor Juan de Quiñones, quien aprovechó un nuevo tañido de la campana en agosto de 1625 para escribir un tratado sobre el particular, dirigido significativamente al conde duque y con aprobaciones nuevamente del doctor Francisco Sánchez de Villanueva, predicador de su Majestad y de fray Antonio Pérez, abad del Monasterio de San Martín. En él, Quiñones no sólo negaba que la campana hubiese sonado espontáneamente ese año sino también algo mucho más evidente: el hecho de que los portugueses se hubiesen mostrado desleales a Felipe II. Se deduce que la afirmación del abad le parecía cuando menos imprudente, si se considera el inestable equilibrio mantenido por el reino de Portugal en el seno de la Monarquía hispana, por lo que se apresuraba a afirmar que, en caso de haber tañido la campana en 1579, la muerte del cardenal don Henrique obligaba a deducir que:

dos cosas grandes pronosticaba, aunque diferentes: una a Portugal, la extinción de la casa real; y otra a Castilla, la herencia y unión de una tan grande corona, que son efectos dignos de prodigios y pronósticos celestes.

En su obra sobre la campana de Velilla, el conde de Cedillo destacó el sumo afecto con el que Quiñones trataba a los portugueses, hecho que desde luego no perjudicó su posterior ejercicio como alcalde privativo de los portugueses en la corte, ya referido. El autor no aducía ningún argumento en apoyo de su postura, pero, en realidad, esto carecía de importancia, dado que el suyo era un propósito político antes que intelectual. Que Quiñones actuaba en calidad de cómplice de

¹⁶⁶ El propio Quevedo compondría un soneto: “Burla de las amenazas cuando se toca la campana de Velilla”, en el que se lee: “Crédulo, ¿por qué pasas a Castilla agüeros de Aragón?” (F. DE QUEVEDO: *Un Heráclito Cristiano, canta sólo a Lisi y otros poemas*, Barcelona 1998, p. 362).

una maniobra oficial dirigida a enterrar un potencial enfoque “sebastianista” del sonido espontáneo de la campana lo demuestra el hecho de que, previamente, la obra del abad de Monte Aragón había sido secuestrada, por su alusión a los presumidos manejos de los portugueses. Además, el episodio originó la mediación de don Lorenzo Ramírez de Prado, amigo de ambos autores, y el abad incluso se dirigió directamente a Quiñones a comienzos de 1626 con propósito de limar asperezas, pero el entredicho a la obra continuó. Cuando, después de su muerte, se dieron de nuevo a la imprenta las adiciones hechas por Carrillo a su obra hasta el año 1630, el pasaje que había motivado la prohibición aparecía alterado, y remitía como autoridad, elocuentemente, al propio Quiñones ¹⁶⁷.

Así pues, la creación literaria de Quiñones tuvo acicate en la necesidad de la Monarquía de un soporte propagandístico para su actuación política. En el deseo de dotar de argumentación a aquellas líneas que pretendían resaltarse, en función de una sucesión de circunstancias pasajeras o permanentes, como era el caso de la construcción de una Monarquía confesionalizada. En contrapartida, el alcalde veía colmada su ambición intelectual, favorecida por el referido contexto, en un honroso más que lucrativo *do ut des*, que le puso en relación con la profesión literaria del momento. En definitiva, no dejaba de ser una expresión algo sofisticada del papel de los alcaldes como instrumento de la política regia. Coherente con el deseo oficial de eliminar elementos disonantes con la unidad de orden confesional, Quiñones compatibilizó a comienzos de la década de 1630 su labor como alcalde con la redacción de tratados que insistían en la negación de la alteridad u otredad, atacando a grupos minoritarios que permanecían acosados en la sociedad castellana como los gitanos, o bien acrecentando la mala fama de otros ya expulsados como los judíos, que, con todo, permanecían bajo la forma de cristianos nuevos. En 1631 vio la luz su conocido *Discurso contra los gitanos* ¹⁶⁸, modelo de la

¹⁶⁷ “También se tañó el año de mil quinientos setenta y nueve; sucedió la muerte de don Henrique Rey de Portugal, sin hijos ni descendientes, con que se distinguió aquella descendencia, y pasó la corona de Portugal a incorporarse con la de Castilla, como ya lo había pronosticado la cometa del año antecedente de mil quinientos setenta y ocho, por la muerte del Rey don Sebastián en la batalla del Alcázar; así lo dice el doctor don Juan de Quiñones en su discurso” [*Anales*, 2ª edición, 1634, f. 415, transcrito por J. LÓPEZ DE AYALA Y DEL HIERRO: *Las Campanas de Velilla: disquisición histórica acerca de esta tradición aragonesa*, Valladolid 2009 (ed. facsímil de la de Madrid 1886). Lo expuesto hasta aquí, en pp. 76-89. Asimismo, D. RICART: “La cloche de Velilla et le mouvement sébastianiste au Portugal”, *Bulletin Hispanique* 56 (1954) pp. 175-177, *apud* M. OLIVARI: *Entre el Trono y la opinión. La vida política castellana en los siglos XVI y XVII*, Valladolid 2004, p. 29].

¹⁶⁸ J. DE QUIÑONES: *Al Rey nuestro Señor el Doctor Don Juan de Quiñones... Discurso contra los Gitanos*, Madrid 1632.

arbitraria inquina histórica hacia el pueblo gitano, para autores tan subjetiva y legítimamente apasionados como Félix Grande –interesado en aclarar los orígenes del flamenco–, que había tenido una continua expresión legislativa, iniciada en la conocida pragmática de Medina del Campo de 1499 y actualizada ya en tiempo de Quiñones con la condición sobre los gitanos incluida entre las puestas por el reino para suscribir el servicio de los 18 Millones en 1617, y las cédulas reales de 1619 y 1629, cuyo permanente propósito era conseguir su arraigo y una dedicación económica conocida¹⁶⁹.

Que el propósito regio era lograr la uniformidad social, en un contexto exterior e interior cada vez más convulso, lo indica el hecho de que, como señaló Caro Baroja, la preocupación por los gitanos fue paralela a la mantenida por los moriscos, dado que compartían la arriería y el trato y se sospechaba que algunos de estos últimos habían evitado la expulsión refugiándose entre ellos, de manera que autores como Pedro Fernández de Navarrete abogaron por la precaución de expulsarlos¹⁷⁰. El escrito de Quiñones, que se integra también en esa senda antigitana mostrada por otros arbitristas como Sancho de Moncada, derivó de una de sus comisiones, el procedimiento en tierra de Sepúlveda contra unos gitanos que asaltaron un correo con correspondencia enviada desde Flandes para su Majestad. En él, acusaba entre otras lindezas a su raza de “cuatrereros, caníbales, espías, vagabundos, encantadores, adivinos, magos y quiromantes”, esto es, les alcanzaba el conjunto de los defectos atribuidos a quien permanecía, según los usos confesionales e inquisitoriales, al margen de la ortodoxia. Así, preocupación recurrente en el *Memorial* era la inobservancia de los ritos católicos y la práctica imposibilidad de imponerselos dado su vagabundaje:

No entienden qué cosa es Iglesia, ni entran en ella, sino es a hazer sacrilegios. No saben las oraciones. Yo los examiné a ellos, y a ellas, y no las sabían... No

¹⁶⁹ Al respecto, F. GRANDE: *Memoria del flamenco*, vol. I: *Raíces y prehistoria del cante*, Madrid 1979, pp. 96–112. Este mismo autor publica el *Discurso* de Quiñones en *Ibidem*, vol. II, pp. 678–692, así como A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: “Documentos sobre los gitanos españoles en el siglo XVII”, en VV.AA.: *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid 1978, pp. 319–326, y el concienzudo repaso histórico en A. MARTÍNEZ DHIER: *La condición social y jurídica de los gitanos en la legislación histórica española a partir de la Pragmática de los Reyes Católicos de 1499*, Universidad de Granada 2007 (tesis doctoral). Este autor se centra en las aportaciones de Quiñones en pp. 224–230.

¹⁷⁰ J. CARO BAROJA: *Vidas mágicas e Inquisición*, *op. cit.*, p. 77. Analiza el texto de Quiñones en pp. 79–86. De hecho, en la Junta sobre los moriscos disuelta a comienzos de 1624 se había tocado la cuestión, “Discurso contra los gitanos”, en F. GRANDE: *Memoria del flamenco*, *op. cit.*, vol. II, p. 689.

conocen párroco, ni tienen parroquia, porque andan siempre vagando, y assí no se puede saber si han confessado y cumplido con la Iglesia, en la qual no se oye publicación, ni amonestación para sus casamientos, ni en los libros del Bautismo se hallará su nombre ¹⁷¹.

Del pasaje se deducen los rasgos propios del juez al modo “confesionalista”, cuya jurisdicción estaba ampliamente contaminada por usos eclesiásticos. Lo transcrito abundaba en la consideración prioritaria de los gitanos como grupo marginal, situado más allá de los límites definidos por el dogma católico:

Y assí esta vil canalla no es otra cosa, que hombres y mugeres huidos por delitos o deudas, gente amotinada y facinerosa, que no pudiendo estar en los lugares donde son conocidos, se retiran a los montes, o lugares de poca vezindad, y escondidos, para ocultarse.

De hecho, el propio Quiñones empleó el término “alienígena” para referirse a ellos, en la línea de negación de la alteridad que dio a su escrito. En este sentido, Félix Grande confronta la legislación inicial con la del siglo XVII:

Si las disposiciones de décadas atrás todavía pueden considerarse más atentas a la formación del Estado que a la persecución de la *otredad* que el gitano representaba, ahora es ya la *otredad* lo que estorba.

A su vez, el escrito contra los gitanos era algo más que la descripción del propio punto de vista de Quiñones al respecto, sino, también, su conversión en portavoz escrito de la vivencia administrativa del conjunto de los alcaldes. Dado el terreno marginal en que los gitanos se movían, estos habían sido víctimas reiteradas del ejercicio jurisdiccional precedente de varios miembros de la sala: los licenciados don Pedro Díaz Romero, Gabriel Beas Bellón, don Francisco de Valcárcel y Bartolomé Morquecho ¹⁷². Otro indicio, en definitiva, de sujeción del conjunto de la sala a la prioridad política marcada por la corona. Sin duda, consecuencia combinada del escrito de Quiñones fue la reiteración de la ley represiva aprobada por Felipe IV en 1633, que encomendaba a las justicias ordinarias reprimir la celebración de matrimonios entre gitanos. De acuerdo con la confianza mantenida con el conde duque, las opiniones de Quiñones no cayeron en el vacío. Quedaron integradas en una corriente de opinión a la que contribuyeron a conferir solidez. Se actualizó un debate que de forma casi inmediata llegó al Consejo Real, evidenciando así, una vez más, la conjunción mantenida por este organismo con la sala de

¹⁷¹ “Discurso contra los gitanos”, en F. GRANDE: *Memoria del flamenco*, op. cit., vol. II, pp. 684-685.

¹⁷² Los casos concretos en “Discurso contra los gitanos”, en *Ibidem*, p. 683.

alcaldes. En consulta del Consejo de 4 de marzo de 1633, no se mostró partidario de la expulsión, y sí de una enmienda proporcional que redujera a los gitanos a la forma de vida del resto de la población. Resultado fue la mencionada pragmática de 8 de mayo de 1633, arranque, en palabras de Martínez Dhier, de la “asimilación represiva” que en adelante caracterizó la política oficial hacia los gitanos ¹⁷³.

Semejantes invectivas escribió Quiñones contra los judíos, pero en este caso no alcanzaron la imprenta. Parece que, por muy estrecha que fuese la relación del alcalde con los oidores del Consejo, entre cuyas competencias se encontraba como es sabido la autorización administrativa de publicaciones, no alcanzaría a derribar el conflicto de intereses representado por la dependencia financiera de la Monarquía respecto a los banqueros portugueses, que tenían tal condición. Con todo, en este escrito, en el que repararon sucesivamente D’Azavedo y Yerushalmi, se mostraba una vez más la preocupación de Quiñones por actuar conforme a una racionalidad de orden confesional, desde la misma dedicatoria del tratado —que data de 1632— al inquisidor general y confesor real, fray Antonio de Sotomayor. Se subrayaba la cualidad aberrante de los colectivos situados más allá de los límites de la religión católica:

esta pérftida canalla de los judíos, rebelde nación, incrédula tirana, cruel infame, molesta feroz, perjura, soberbia obstinada..., entre otras maldiciones que padece corporal y espiritualmente dentro y fuera de su cuerpo, por haber perseguido al verdadero Mesías Christo nuestro redentor hasta ponerlo en una cruz, es que todos los meses muchos de ellos padecen flujo de sangre por las partes posteriores en señal perpetua de ignominia y oprobio ¹⁷⁴.

Como en el caso de los gitanos, la creatividad de Quiñones parecía superar el rigor, llevado por el deseo oficial de protección de la ortodoxia. Por lo demás, al comentar el texto, Yerushalmi describe rasgos que atribuye en exclusiva a este escrito, pero que pueden ser extendidos al conjunto de su obra: el “tono tranquilo y erudito”, la profusa enumeración de fuentes “para crear un ambiente de fiabilidad científica y erudita”, y una ficticia intención crítica y objetiva, al modo de Tácito, por lo demás no exclusivamente atribuible a la literatura antisemita.

Aparte de esto, el trabajo es sumamente confuso, lleno de digresiones arbitrarias sobre otras acusaciones a los judíos, así como sobre asuntos que son totalmente ajenos a ellos.

¹⁷³ A. MARTÍNEZ DHIER: *La condición social y jurídica de los gitanos...*, op. cit., pp. 237-239.

¹⁷⁴ BNL, Ms. 858, apud Y. HAYIN YERUSHALMI: *De la corte española al gueto italiano: marranismo y judaísmo en la España del XVII. El caso Isaac Cardoso*, Madrid 1981. Se ocupa del manuscrito en pp. 75-81.

Nada que, por lo demás, no pueda ser extendido al conjunto de la obra de Quiñones, ni a la de buena parte de los autores de su tiempo.

Consideraba tan peculiar e imaginario rasgo una de las plagas de Egipto, para continuar desgranando una profusa serie de fuentes sagradas. Para, conforme a la apariencia de racionalidad que deseaba otorgar a su escrito, reducir seguidamente la afección a unas simples hemorroides debidas a la ingesta de alimentos sin sal. Fuese el origen divino o natural, los judíos habían buscado la solución de su mal en el asesinato ritual de niños cristianos, sin reparar —y tal era la pretensión de Quiñones bajo tan escabrosos detalles— en que únicamente la sangre representada en el sacrificio cotidiano de la misa podía redimirles. A partir de ahí, el tratado derivaba abiertamente a una enmienda a la totalidad de la condición humana y religiosa de los judíos.

Lo más curioso del caso es que entre los personajes del mundo literario madrileño con los que Quiñones mantuvo relación estuvo un criptojudío, el doctor Fernando (Isaac) Cardoso, quien, antes de tomar el camino de su exilio italiano, dijo en su *Las excelencias de los hebreos* (Amsterdam, 1679) haber tratado al doctor Quiñones —no sin cierta sorna por ambas partes— de hemorroides¹⁷⁵. El alcalde argumentó que su limpieza de sangre estaba probada, pero, más allá de la certidumbre del episodio, cabe señalar que, en la Castilla del momento, ocupar las antípodas religiosas o ideológicas era compatible con compartir un mismo espacio social y literario, y hacerlo con toda afabilidad. Prácticamente al tiempo que Quiñones redactó su inédito manuscrito antijudío, aparecieron en Madrid dos obras de tema casi idéntico, aunque con muchas diferencias de contenido y detalle: el *Discurso sobre el Monte Vésuvio*, del citado Cardoso (1632)¹⁷⁶, y *El Monte Vésuvio*, de Quiñones (1632)¹⁷⁷. Una nueva pica del alcalde de casa y corte en la actualidad, dada la reciente erupción del volcán, dedicada a Felipe IV y aprovechada nuevamente

¹⁷⁵ Y. HAYIN YERUSHALMI: *De la corte española al gueto italiano...*, op. cit., pp. 75-76; J. A. CID: “Judíos en la prosa española del Siglo XVII (Imperfecta síntesis y antología mínima)”, en I. M. HASSÁN y R. IZQUIERDO BENITO (coords.): *Judíos en la literatura española*, Cuenca 2001, pp. 213-265, pp. 235-236. El propio CARDOSO contó el episodio en *Las excelencias de los Hebreos*, Amsterdam 1679, pp. 345-346, capítulo “Cola y Sangre”, obra consagrada a refutar las leyendas sobre la naturaleza de los judíos que circulaban por España.

¹⁷⁶ F. CARDOSO: *Discurso sobre el Monte Vésuvio, insigne por sus ruinas, famoso por la muerte de Plinio. Del prodigioso incendio del año passado de 1631, i de sus causas naturales, i el origen verdadero de los terremotos, vientos i tempestades*, Madrid 1632.

¹⁷⁷ J. DE QUIÑONES: *El Monte Vésuvio ahora la Montaña de Soma. Dedicado a Don Felipe Quarto el Grande nuestro Señor Rey Católico de las Españas, Monarca Soberano de las Indias Orientales y Occidentales*, Madrid 1632.

para mostrar su erudición clásica. Entre los 22 autores de composiciones laudatorias que culminaron esta última obra, se hallaba Cardoso, junto a Lope, Quevedo y Vélez de Guevara, así como oficiales de la administración cortesana que compartían su inclinación creativa con Quiñones¹⁷⁸. Nómina que constituye toda una muestra de la posición literaria ocupada por el alcalde, coadyuvada sin duda por la administrativa. Yerushalmi subrayó la paradoja propia de este hecho, y, conocidas las artes que solía usar Quiñones, es lícito preguntarse si esta coincidencia editorial influyó en la elaboración de su manuscrito antijudío, que atribuyó teóricamente al padecimiento sufrido por Francisco de Andrade como reo en el auto de fe de 4 de julio de 1625. Queda la duda de si –al margen de su verosimilitud– Quiñones echó mano del episodio 7 años después, en poco sutil ataque contra su competidor literario.

Mediada la década de 1630, Quiñones continuó compaginando el desempeño de numerosas comisiones, de las que me ocupo en otro epígrafe, con su modesta contribución a la ambientación creativa de las líneas políticas de la Monarquía. Como indicó en su relación de méritos impresa en 1643, poco antes de la ruptura de la guerra con Francia en 1635, redactó un escrito de clara intención propagandística sobre la batalla de Pavía, ante el hecho de que “Dudó, y aún se atrevió a afirmar algún francés, que el... Rey... Francisco, cuando lo de la batalla del Parque de Pavía, no fue traído preso a Madrid”¹⁷⁹. A su vez, su *Tratado del Carbunco*, publicado el mismo año y en la misma imprenta que el anterior, articulaba la santificación de la perentoria necesidad económica de la Monarquía con la ilustración de imagen usada por Góngora, a la que se remitió algún comentarista del poeta cordobés. El rumor de la aparición de tan excepcional y preciosa piedra había llevado al Consejo a despachar a don Sebastián de Carvajal, alcalde de casa y corte, a Santander, para confirmarlo. La intención de Quiñones no sólo fue ilustrar al lector acerca de la piedra, sino sobre su inclusión en el pectoral del Sumo Sacerdote, de modo que la aparición entrañaba una inesperada bendición del esfuerzo bélico realizado entonces por

¹⁷⁸ Era usual la devolución de la deferencia, y creo que tal fue el motivo de la dedicatoria a Quiñones por Lope de Vega de una estancia en su *Laurel de Apolo* [Y. HAYIN YERUSHALMI: *De la corte española al gueto italiano...*, op. cit., p. 77; F. LOPE DE VEGA: *Laurel de Apolo*, Londres 1824 (1ª ed., Madrid 1630)].

¹⁷⁹ J. DE QUIÑONES: *Sucesso de la batalla memorable que se dio entre los ejércitos del invictísimo Emperador Carlos V nuestro señor, y del Christianísimo Rey Francisco I de Francia, en el Parque de Pavía año de 1525 a 24 de febrero*, Madrid 1633. Un ejemplar en BNE, Ms. 1751, sin foliar entre los ff. 140 y 141.

la Monarquía¹⁸⁰. Erudición e identificación con la religión católica distinguieron los trabajos que seguidamente salieron del cálamo de Quiñones, una traducción de un tratado latino de Vaudevoy (1636)¹⁸¹, y la *Relación verdadera del milagro de la Virgen de los Remedios* (1639)¹⁸², que, si se considera la racionalidad que había distinguido su interpretación del tañido de la campana de Velilla, indicaba a las claras la recuperación del providencialismo que apuntaba —en el contexto interno y externo citado— conforme se acercaba el fin del valimiento de Olivares.

1.5.1. *Contribución literaria a las líneas políticas de la Monarquía en el “Tratado de las falsedades” y en el “Memorial de los Servicios”*

Pero los escritos de Quiñones de mayor carga teórica, imbricados en el devenir de la Monarquía y bajo la misma apariencia fútil, estaban todavía por llegar. El *Tratado de las falsedades, delitos que cometió Miguel de Molina*¹⁸³, del que se ha ocupado Olivier Caporossi, esconde bajo la descripción de sus fechorías y su ajusticiamiento en la plaza Mayor de Madrid en 1641, un rico conjunto escrito de símbolos del orden confesional y elementos que configuran la *social disciplining* en que se fundaba la Monarquía. En primer lugar, cabe destacar de este libro la inabarcable actividad mantenida entonces por el autor, quien a las comisiones y funciones de asiento propias de su cargo, había añadido la de auditor general del

¹⁸⁰ J. DE QUIÑONES: *Al... Conde Duque, el doctor don... dedica este Tratado del Carbunco* [sic, por carbunco]... y de otras piedras, y de las doze que estavan en el pectoral o racional del Sumo Sacerdote, donde ocupava el quarto lugar, Madrid 1634. En las *Soledades de don Luis de Góngora comentadas por don García de Salcedo Coronel*, Madrid 1636, f. 29r, se lee: “Estando yo escribiendo esto sacó a luz un tratado del carbunco el doctor don Juan de Quiñones, alcalde de casa y corte, varón eruditísimo, y cuyos escritos venera con general aplauso España. Léelo, hallarás cuanto acerca de esta piedra imaginaria deseas” (apud J. PONCE CÁRDENAS: *Góngora y la poesía culta del siglo XVII*, Madrid 2001, p. 94).

¹⁸¹ J. DE QUIÑONES: *Traducción latina que ha hecho el Doctor Señonqui* [anagrama del nombre del autor] en lengua castellana de un tratado que compuso en latín Guillermo Vaudevoy, Balançon 1636.

¹⁸² J. DE QUIÑONES: *Relación verdadera del prodigioso milagro que Dios ha obrado por medio de la sagrada Imagen de su preciosa Madre intitulada de los Remedios en el Convento de Ntra. Sra. de la Merced de esta Corte*, Madrid 1639.

¹⁸³ J. DE QUIÑONES: *Tratado de falsedades, delitos que cometió Miguel de Molina i suplicio que se hizo dél en esta corte. Contiene Dotrinas legales, políticas, historia, i de Razón de Estado, varias materias, i satisfacciones públicas*, Madrid 1642.

ejército en la jornada de Aragón, en cuyo desempeño se encontraba en el momento de aparecer la obra. Esta era tan pródiga en notas y referencias como las anteriores, y se iniciaba con una nota al lector que, con propósito de agravar las culpas del ajusticiado, distinguía entre la relación de hechos falseados en el pasado, al modo de Martín Polonio, y la adulteración de las cosas en el presente, como había hecho Molina. Pie forzado, desde el primer capítulo, sería la consideración de que: “Hombres ociosos i noveleros en la corte son perjudiciales”¹⁸⁴. Pero, más allá de su letra, el sentido cabal de la obra derivaba de su valor como testimonio de una actitud de protección por parte de la jurisdicción real, del conglomerado Consejo-alcaldes que, como primera providencia, atribuía a la corona el papel de víctima de Miguel de Molina, falsificador reincidente de documentos y escrituras de diferentes consejos y organismos. Delitos tipificados como de “lesa Majestad”¹⁸⁵ no sólo por mermar la eficacia del conjunto del sistema político-jurídico de la Monarquía, sino especialmente porque implicaba la suplantación de la persona real y la destrucción de un sentido fundamental de la idea de corte, la legalidad y certeza original de los documentos que la construían, emanados de forma más o menos mediada de la propia cámara real.

Con su redacción al modo realizado por Quiñones, la ejemplaridad y publicidad perpetuas de la ceremonia pública de la ejecución quedaban garantizadas, especialmente si, como era el caso de Miguel de Molina, entregaba previamente a su ejecución una nota avalando la indagación judicial —en este caso realizada por el propio doctor Quiñones— y confesando así sus culpas. Dada la propiedad *ad hoc* de este escrito, queda la duda de si procedió de la rica pluma del alcalde, pero en cualquier caso, daba un sentido a la muerte del reo. En primer lugar, más allá de los requerimientos del procedimiento penal, el ajuste de este a un sistema político y jurídico regido por principios de orden confesionalista, en que el juez se convierte en administrador de una didáctica pública de la salvación según el dogma católico. La ceremonia de la ejecución supone una momentánea escenificación de la ciudad de Dios, y, en ella, la confesión pública aleja la sombra del error judicial, dado que en la hora suprema de la muerte no se escatima la verdad ante Dios, de quien los alcaldes —con el mero cumplimiento de sus funciones— se convierten en heraldos. La corte deviene en Gólgota. Pero no sólo se redime el buen ladrón, sino que la relación escrita por Quiñones propicia que el efecto se extienda al conjunto de la corte. Con el paso de los

¹⁸⁴ J. DE QUIÑONES: *Tratado de falsedades...*, *op. cit.*, f. 2v.

¹⁸⁵ J. LÓPEZ DE CUÉLLAR: *Tratado iurídico, político: Práctica de indultos conforme a las leyes, y Ordenanças Reales de Castilla y de Navarra*, Pamplona 1690, pp. 151 y ss.

años, el tono objetivo y apegado al procedimiento propio de estas ocasiones fue reemplazado por una lectura divulgativa, en la que, como señala Caporossi, el conjunto de la sociedad monárquica es restaurada, en especial en lo relativo a sus vínculos con Dios¹⁸⁶. Con este fundamento, el *Tratado* era un eslabón más de una tendencia que hacía patente la importancia del control de la opinión en la sociedad moderna.

Pero el escrito de Quiñones más ilustrativo de la posición de los alcaldes de casa y corte durante el reinado de Felipe IV fue el *Memorial de los servicios* que elaboró en 1643 en demanda de merced al rey, que, por sí mismo, demuestra que el concepto de justicia distributiva no era un arcano de eruditos de entonces o de historiadores de hoy en día, sino un principio vigente, permanentemente enunciado que regía el servicio al rey¹⁸⁷. La estructura del *Memorial* será así fiel a esta división, puesto que, entre la descripción de los méritos que en su opinión le hacían merecedor de recompensa —que incluyeron padecimientos físicos como la propia pérdida de la dentadura— incluyó, como no podía ser de otra manera dada su ocupación, su personal contribución a la reparación de la justicia conmutativa:

El castigo en quanto pertenece a la justicia pública es acto de la justicia conmutativa según S. Thomás, y assí en castigar los reos he servido a Dios y a V. Magestad¹⁸⁸.

A su vez, era buena prueba de su inquietud creativa, puesto que redacta su *Memorial* en 1643, cuando ha concluido sus funciones como alcalde de casa y corte durante el desplazamiento de Felipe IV a Aragón, y permanece sin vara en Zaragoza. Es entonces cuando siente la necesidad de tomar el cálamo y someter al rey su vida, y la necesidad de una justa recompensa.

¹⁸⁶ Tomo lo dicho sobre el referido tratado de falsedades de O. CAPOROSSI: “El discurso sobre el crimen de lesa majestad en la corte de España...”, *op. cit.*, pp. 179-198.

¹⁸⁷ Ello también puede apreciarse en la carta dirigida por Andrés de Almansa y Mendoza al duque de Medina Sidonia el 23 de noviembre de 1624, en la que se advierte una formación superior a la atribuible de antemano a un relacionero: “En la Justicia (hermana mayor de las virtudes reales y vocación original de los reyes, que es la que frena el ardimiento de los súbditos, virtud tan de reyes, que aún Dios, por serlo y guardarla, puso en una cruz su hijo, que por la ostensión de la justicia dice el apóstol que lo hizo así)... Habiendo hablado de la justicia conmutativa y punitiva, o de los ministros della, tiene lugar la distributiva de los honores, y de tanta estimación que, aunque el pueblo romano permitió a los nobles la desigualdad de los tributos, en los honores no lo consintió” (A. DE ALMANSA Y MENDOZA: *Obra periodística...*, *op. cit.*, pp. 313-314).

¹⁸⁸ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, *op. cit.*, p. 39.

Llama a la reflexión el hecho de que Quiñones tuviese la capacidad de imprimir lo que no dejaba de ser una relación de méritos –aunque muy ilustrada– de las que anegan los legajos de la cámara de Castilla, especialmente si se considera su extensión de 77 páginas, que debió causar un encarecimiento proporcional de la impresión al peculio del alcalde. Se percibe el deseo de la amplia difusión, como forma de comprometer la voluntad real. Al margen de mostrar el diletantismo y conciencia del valor de la pública fama en la sociedad barroca¹⁸⁹, que le condujo a publicar la memoria con un intenso tono vindicativo de su labor, la posición cortesana y aladaña al Consejo Real le facilitó el acceso a las prensas para dar difusión industrial a una solicitud de merced que creía injustamente desatendida. Por lo demás, la conjunción de ambos hechos (inquietud intelectual aunque de escaso vuelo y capacidad de autopromoción editorial) ilustraban el referido salto cualitativo en la figura del letrado con agitación creativa, demostrando que, conforme se desarrolló la actividad editorial del conjunto de la población letrada, esta colonizó estratos inferiores de la profesión como el representado por los alcaldes. Buen índice de lo afirmado fue que, en el propio memorial de méritos, el alcalde mencionaba sus obras, con toda modestia y conciencia de lo altruista de su tarea (lo que, como he señalado, no indica creación en vacío, al margen de las coordenadas políticas y culturales de su tiempo). Pero con un evidente orgullo que le lleva no a ocultarla o postergarla, sino a referirlas como uno de los méritos susceptibles de ser retribuidos.

El *Memorial de los Servicios* evidenciaba la permanencia de los fundamentos doctrinales del cargo de alcalde, pero reinterpretados, adaptados a la nueva situación representada por el reinado de Felipe IV. En este sentido es de destacar, desde su mismo comienzo, la extensión al ámbito letrado de los valores propios de la nobleza, la asimilación incondicional del discurso nobiliario. “Porque con ella (la nobleza) temple el rigor del Derecho”¹⁹⁰, que pasaba no por una extensión concreta del rango nobiliario a los ejercientes de la jurisdicción (que en muchos casos también se dio), sino por el ennoblecimiento genérico de las familias de letrados, mediante la valoración de su condición hidalga, pero sobre todo por su propia actividad, como hiciera Moreno de Vargas. Este, en sus *Discursos de la Nobleza de España* (que presentaba al pie de su portada un elocuente lema: “Las letras y las armas dan nobleza, consévala el valor y la riqueza”),

¹⁸⁹ Para las coordenadas en que se situó la creación de Quiñones, cfr. J. A. MARAVALL: *La cultura del Barroco*, Barcelona 1975.

¹⁹⁰ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, op. cit., pp. 13-14.

defendió que el ejercicio de funciones jurisdiccionales junto a los reyes daba de por sí nobleza ¹⁹¹.

No fue una idea aislada por entonces, y, los nobiliarios de la época incluían entre los miembros de las estirpes de mayor o menor rango los servidores reales, incluidos los alcaldes de casa y corte, caso de la *Adición a la Historia de los Reyes Godos* de fray Jerónimo de Castro, aparecida en 1624. Al ilustrar la prosapia de diferentes casas castellanas, refería el apellido Carvajal, y añadía que:

el que entre otros oy ilustra este apellido es don Sebastián de Carvajal del Consejo del Rey N.S. cuya persona y valor son muy conocidos en servicio de Su Magestad y su alcalde de casa y corte... Su patria y descendencia es en Plasencia de los condes de Torrejón el Rubio, y los señores de la Dehesa de Valero, que tienen allí su casa noble y antigua.

En cuanto a Luis de Paredes, señalaba que: “Los de la familia noble de Paredes son muy conocidos en estos Reynos por tales, y en la Estremadura”, subrayando su condición de bisnieto de Diego García de Paredes. En el caso de Diego Francos de Garnica, la nobleza era por partida doble:

La casa y solar de los Francos es del valle de Guricio, de donde han salido conocidísimos hijosdalgo a poblar en estos Reynos; gozan de notoria nobleza, de cuya casa decende don Diego Francos de Garnica, del Consejo de Su Magestad y su alcalde de casa y corte; y por la casa de Garnica, que es solariega, goza de mucha antigüedad y nobleza.

Semejante era la descripción en los casos del licenciado Pedro Báez, Antonio Chumacero y Rodrigo de Cabrera ¹⁹². En definitiva, en la autobiografía

¹⁹¹ “El Emperador Honorio concedió nobleza e hidalguía a las personas, que con oficios honrosos asisten al lado de los Reyes y Príncipes y son de su Consejo: porque a los tales el Derecho llama ilustres e *Virorum illustrium, qui consilio et consistorio nostro assistunt*. Y dizen los doctores, se ha de entender esto con los presidentes, consejeros, oydores y alcaldes de corte. Y Iuan García lo alarga a los fiscales de los consejos y chancillerías” (B. MORENO DE VARGAS: *Discursos de la nobleza de España*, Madrid 1636, f. 14r-v. En el Discurso III, “Adonde se declaran los varios modos que ay para adquirirse la nobleza e hidalguía”).

¹⁹² “El apellido de Váez es portugués, son hijosdalgo de solar conocido, de cuya decendencia es el licenciado Pedro Váez del Consejo del Rey nuestro señor, y su alcalde de casa y corte. Don Antonio Chumazero fue colegial del colegio de Cuenca en la Universidad de Salamanca, alcalde mayor de Galicia, governador del Principado de Asturias, oydor de Valladolid, y oy alcalde de casa y corte; y su linage es noble y conocido por tal..., Del linage de Cabrera tengo hecha memoria en diversas partes deste libro, es casa ilustre y muy antigua en la montaña, de quien descenden los Cabrerías de Córdoba y Baeza, ... de los quales es el licenciado Rodrigo de Cabrera del Consejo del Rey nuestro señor, y su alcalde de casa y corte este año de

administrativa de Quiñones se advierte la superposición de las virtudes propias de la nobleza y de las letras, de forma coherente con el ascendiente social de la primera en esa época. Constituye una justificación de la intervención de la primera en los asuntos resueltos hasta entonces en exclusiva por los letrados, adornados por su pericia técnica.

En abono de su punto de vista sobre la calidad nobiliaria del ejercicio de las letras, cita en el *Memorial* –como en el resto de sus obras– una serie de autores (Belluga, Plutarco, Justino, Fulgoso, Castillo de Bobadilla), de una forma que demuestra su profundo conocimiento de las mismas. No es este lugar para hacer una relación bibliográfica detallada de las obras consultadas por Quiñones para elaborar sus libros. El conjunto de su obra, manuscrita o impresa, permite, al tiempo, fijar el contorno de las obras poseídas o consultadas por Quiñones, de cuyo perfil se deduce ser letrado muy pendiente de las novedades editoriales de su tiempo. La posesión de una nutrida biblioteca no sólo fue citada por diferentes autores como Cardoso, quien se refiere a él como “Letrado curioso, de varia erudición y copiosa librería”¹⁹³, sino que en el referido *Memorial* el propio Quiñones menciona este hecho:

y con ser tan corta mi posibilidad, que no consiste si no en la merced de los gajes, libros, y un pobre menage de casa, no he faltado de servir con amor y voluntad en los donativos, empréstidos y juros que se han repartido,

en ocasión tan poco propicia para la falsedad como la solicitud final de merced al rey. Pero, como toda una metáfora del sentir de su época, la propia consideración nobiliaria no sólo venía en su caso por el ejercicio de las letras, sino que era valor añadido a su nobleza de cuna. Para él –y así lo dirá en su *Memorial* al rey– su fidelidad y servicios procedían también:

de aver nacido noble, de que doy muchas gracias a Dios que me hiciesse tal (perdóneme V. Magest. que no es por gloriarme lo que digo, sino para mostrar ser mayor la obligación que me corre de servir por serlo) no hago relación de mi

1624” (“Adición a la Historia de los Reyes Godos... acrecentadas por el maestro fray Gerónimo de Castro y Castillo, de la Orden de la Santísima Trinidad, hijo del autor desta Corónica de los Godos”, en J. DEL CASTILLO: *Historia de los Reyes Godos que vinieron de la Scythia de Europa contra el Imperio Romano y a España, con sucesión dellos hasta los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel*, Madrid 1624, pp. 483–484). En esta obra se ofrecen detalles del *cursus honorum* de cada uno de los alcaldes.

¹⁹³ I. CARDOSO: *Las excelencias de los hebreos*, op. cit., pp. 345–346, apud Y. HAYIN YERUSHALMI: *De la corte española al gueto italiano...*, op. cit., p. 76.

linage, si bien conviene que lo sepa el Príncipe, para las honras y mercedes que haze ¹⁹⁴.

En definitiva, Quiñones hacía patente una paulatina sofisticación de la ocupación letrada, que de la mera instrucción jurídica pasó a ocupar niveles más creativos y elevados, aunque por el momento sin dar el salto a lo abiertamente especulativo. Quiñones representaba la compulsión del letrado que siente el impulso de poner negro sobre blanco su inquietud intelectual, por plana que esta fuese. El ejercicio administrativo era ocasión para la creación literaria, no sólo para el comentario jurídico estrechamente vinculado a su propia labor como juez. Diletancia, pues, más allá del tecnicismo que hasta entonces había predominado en otros alcaldes o consejeros. No cabe duda de que tan intensa actividad editorial perjudicó en el caso de Quiñones la culminación de su *cursus honorum*, representada para los alcaldes de casa y corte en el acceso al Consejo Real. Actividad

¹⁹⁴ *Memorial de los Servicios que hizo al Rey don Felipe III...*, op. cit., p. 11. Respecto a los orígenes de don Juan de Quiñones y Daza, fue natural de Chinchón, hijo, según los datos aportados para obtener hábito de Santiago en 1640, de don Francisco de Quiñones, alcalde mayor de Toledo y consultor del Santo Oficio, natural de Chinchón, y de doña María Daza, natural de Torrejón de Velasco. Y nieto de don Pedro de Quiñones y de la Torre y doña María Delgado, naturales de Chinchón (por vía paterna) y de don Diego Daza y doña María de Negredo, naturales de Torrejón de Velasco (por vía materna). Casó con doña Catalina Gámez Soldado y García, natural de Vallecas. En las pruebas de nobleza realizadas en Chinchón para la obtención de hábito de Santiago de su nieto Diego Núñez de Guzmán y Quiñones, se afirmaba que tanto don Juan como su hija doña Juliana de Quiñones “fueron habidos y tenidos y comúnmente reputados por hijosdalgo de sangre, y no de privilegio, y en esta opinión estaban sus ascendientes y están sus descendientes, y todos gozaron y gozan de los honores de tales”. Conforme a ello, don Juan fue alcalde ordinario por el estado noble, como lo fue su hijo don Francisco. El hijo de este, don Juan, fue alcalde de la Hermandad por el Estado de Hijosdalgo en 1668, y todos ellos fueron alistados como tales en los padrones de moneda forera. A su vez, tanto don Juan de Quiñones como su hijo don Francisco habían sido caballeros de Santiago, así como don Pedro de Mudarra y Quiñones, hijo de doña Feliciano de Quiñones y nieto de don Francisco de Quiñones, asimismo alcalde de casa y corte y hermano de nuestro don Juan. Así como don Juan Galaz y de Quiñones, hijo de doña Ana de Quiñones, hermana entera de doña Juliana. Consta asimismo que don Juan había sido regidor por el estado de Hijosdalgo en la elección de 1605, en 1615 fue regidor su hermano don Francisco (esto es, los dos alcaldes de corte), y entre 1640 y 1642 fue alcalde ordinario don Francisco de Quiñones, hijo de don Juan, en cuya promoción a buen seguro influyó. En 1668 fue elegido alcalde de la Hermandad su hijo don Juan de Quiñones. De tal manera que en los Padrones de Moneda Forera constaban como hijosdalgo el todavía licenciado don Juan de Quiñones (1608) y su hermano don Francisco (1626), entre otros miembros de la familia. Tomo los datos de J. LARIOS MARTÍN: *Nobiliario de Segovia*, Segovia 1959, vol. III, pp. 433-439. El expediente de caballero de Santiago de Juan de Quiñones, en AHN, Santiago, expediente 6792.

que, cercana ya la muerte, conoció en 1644 sus últimos jalones, la *Corografía de Lérida*¹⁹⁵ y la traducción de una obra de Nicolás Vernuleyo¹⁹⁶, que abundaban en lo ya dicho.

El de Quiñones no fue el último ejemplo de alcalde propicio a la creación intelectual. Es imperativo señalar aquí al licenciado Pedro González de Salcedo, que implicó un retorno a la elaboración de obras de gran alcance jurídico ya mostrada por autores como el licenciado Gregorio López Madera. En ello influyó la necesidad que la jurisdicción real y sus agentes, considerados como un todo, tenían de divulgar los fundamentos de su preeminencia, en un contexto, ya insinuado en las obras más importantes de Quiñones, en que las jurisdicciones especiales y los consejos territoriales tendían a menoscabarla. Esta es la razón de que, pese a moverse en un espacio creativo muy semejante, la inserción del Consejo Real en el espacio reservado del rey apareciese recalcada en González de Salcedo, en la misma medida en que era ignorada por López Madera¹⁹⁷. En cualquier caso, los ejemplos citados hablaban muy claramente de la creciente contribución de los alcaldes al lustre del que Juan Beneyto llamara “el pomo de la espada”¹⁹⁸.

¹⁹⁵ *Corografía de la ciudad de Lérida, de sus antigüedades y memorias... 1644* (apud A. PALAU Y DULCET: *Manual del librero hispanoamericano*, op. cit., vol. XIV, p. 441).

¹⁹⁶ J. DE QUIÑONES: *Disputa política, que consta de seis oraciones, en que se trata cómo se ha de hazer la guerra felizmente escritas en lengua latina el año de 1630 por Nicolás Vernuleyo*, Madrid 1644 (cit. por J. SIMÓN DÍAZ: *Impresos del Siglo XVII*, Madrid 1972, p. 412, pero no por Palau).

¹⁹⁷ G. LÓPEZ MADERA: *Excelencias de la Monarquía y Reino de España*, ed. y estudio de J. L. Bermejo Cabrero, Madrid 1999, pp. 107-109. López Madera publicó sus conocidas *Excelencias* en 1597, durante su permanencia como fiscal en la chancillería de Granada, y en adelante su contenido contaminaría el conjunto de su labor como letrado. Semejante fue el caso de González de Salcedo, quien ejerció como alcalde de casa y corte y oidor del Consejo ya durante el reinado de Carlos II, pero publicó su obra más famosa en 1642, cuando era abogado de los Consejos, y dedicada a don Fernando Pizarro y Orellana, oidor del Consejo (*De Lege Politica, eisque naturali executione, & obligatione, tam inter laicos, quam ecclesiasticos, ratione boni communis ad nobilissimum dynastam D.D. Ferdinandum Pizarro et Orellana Calatravensis Ordinis Equitem, Praeceptorum de Vetera Praeceptorem, Magni Philip. IIII a Consiliis, et in Supremo Castellae Senatu, Supremum Senatorem*, Madrid 1642).

¹⁹⁸ J. BENEYTO: *El pomo de la espada: la sociedad, las letras y los hombres de ley*, Madrid 1961.

CAPÍTULO 7

LA JUNTA DE OBRAS Y BOSQUES

1. *LOS SITIOS REALES Y LA CONTINUIDAD TERRITORIAL DE LA CORTE: EL ESPACIO PATRIMONIAL REGIO Y SU INTEGRACIÓN EN EL ENTORNO*

Ignacio Ezquerro Revilla

En tiempo de Felipe IV, culminó, en cuanto a la definición de un patrimonio territorial por parte de la corona, un proceso constituido por dos fenómenos paralelos, estrechamente relacionados: por un lado se completó un sistema de sitios reales en diferentes puntos de los reinos de Castilla y —como consecuencia y no como causa del mismo—, terminó de adquirir estructura institucional la Junta de obras y bosques. De acuerdo con este desarrollo quedaron conformadas dos realidades, territorio patrimonial y ente gestor del mismo, cuya definición previa era necesaria para dar paso a un nuevo fenómeno, muy rico en matices, relacionado con la forma, constantes y variables de relación e integración de las nuevas entidades con su entorno. Era imprescindible la formación de una serie de territorios patrimoniales regios, resultado de la restricción y acotación del espacio en que surgían, para que seguidamente se desencadenase en toda su riqueza una variada gama de fenómenos jurídicos, sociales y materiales, en la franja espacial en la que esas nacientes realidades domaniales confluían y friccionaban —a veces estrepitosamente— con el ámbito circundante. Tales manifestaciones definían un espacio basado en la interacción, la confusión y la limitación.

La secuencia de este fenómeno (formación y restricción de los sitios, y después surgimiento de la junta) invita a pensar, además, en torno a la preexistencia de una continuidad territorial, y en si esta estaba dotada de caracteres que autoricen a identificarla con la idea cortesana. Desde luego, la influencia ejercida por los agentes jurisdiccionales predominantes en cada uno de ambos espacios, por un lado la Junta de obras y bosques, y por otro el Consejo Real y los alcaldes de casa y corte, en muchas ocasiones superpuesta y confundida, no sólo en ese área de confluencia, sino en el frontera, y en un dominio territorial extraordinariamente amplio,

abunda en esa idea de preexistencia y continuidad de la corte. De esta manera, parece corroborarse cierta idea del gobierno monárquico en los tiempos modernos, basada en la confusión entre lo doméstico-patrimonial y lo gubernativo. Cabría decir, incluso, que en su unicidad, pues parece que esta dualidad sea más una categoría mental forjada en el presente, que una realidad coetánea. Constituyendo así el gobierno de los sitios reales una expresión más de un proceso administrativo que tendía a asimilar el conjunto de los reinos en el espacio doméstico del rey, mediante instrumentos de orden cortesano, tanto metafóricos como materiales.

1.1. *LA EVOLUCIÓN DE LA JUNTA DE OBRAS Y BOSQUES DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV*

La consolidación de la villa de Madrid como sede de la corte y el desarrollo de los sitios reales próximos a la misma fueron expresiones complementarias de un único fenómeno, determinado por el lugar de radicación más permanente de la persona regia. La definición de un patrimonio territorial por parte del rey, “por los procedimientos ordinarios en el derecho común” –según señala Cos Gayón¹– distó de ser un proceso consciente y centralizado, emanado de un órgano administrativo único; sino que se dio una dinámica espontánea de adquisición y desarrollo reglamentario de los diferentes sitios reales cuyo gobierno, jurisdicción y administración tendió a ser crecientemente confiado, por similitud temática entre ellos, a una junta que no se consolidó institucionalmente hasta bien mediado el reinado de Felipe IV. Los sitios crearon la junta, y no esta a los sitios. Uno de los inconvenientes que ha tenido la Junta de obras y bosques para su comprensión ha sido precisamente –aparte de la jurisdicción entrecruzada que la afectó– el hecho de que administraba un conjunto disperso y heterogéneo de espacios territoriales, para cada uno de los cuales eran redactadas instrucciones y designados servidores. Esta atomización, sin duda, complicaba la gestión y demoró la consolidación institucional de la junta.

1.1.1. *Antecedentes*

En un principio, el gobierno de las obras y bosques careció de una organización institucional propia y quedó inserto, de acuerdo con la naturaleza cortesana de esos lugares, entre las atribuciones propias de los alcaldes de casa y corte,

¹ F. COS-GAYÓN: *Historia jurídica del patrimonio real*, Madrid 1881, pp. 88-89.

encargados mediante comisiones particulares por el rey, valiéndose de la jurisdicción inmediata a su persona que caracterizaba a estos ministros bajo la coordinación del presidente del Consejo Real. Y compatible con el paulatino surgimiento de jueces en primera instancia específicos para cada uno de los diferentes sitios. Por lo tanto, la progresiva definición de la Junta de obras y bosques sólo se produjo al compás de la consolidación de los reales sitios, surgidos sobre una compacta urdimbre jurisdiccional en la que se fue delimitando un “estado real” propio. La junta implicaba un modelo unitario y coordinado de gestión de los sitios reales, vacilante en su comienzo, pero resultado imperativo de la definición previa del régimen de gobierno de cada uno de los sitios reales, mediante un proceso combinado de sedimentación de disposiciones legislativas y ordenanzas particulares. No obstante, más que la letra de los diferentes decretos, instrucciones y ordenanzas, debe interesar el trasfondo y disposición espacial que revelaban.

Por lo tanto, no existió una institución a partir de la que se construyese el patrimonio territorial de la corona, sino que la sucesiva reglamentación otorgada para los distintos territorios que lo conformaban (los sitios reales) impulsó la maduración de esa entidad; que, una vez consolidada, administró los mismos. Prueba de ello es la llamativa diferencia de extensión entre los libros de cédulas reales custodiados en la sección de registros del Archivo General de Palacio correspondientes al reinado de Felipe II, y los de tiempo de Felipe IV, pese a su parecida duración. Una vez instituido tal patrimonio, a impulsos reglamentarios, y establecida cierta inercia de funcionamiento, la designación de sus sucesivos gestores y la situación de mercedes sobre él requería menos actividad normativa por parte del rey. En cualquier caso, el redondeo de los términos reales tuvo, como primera y más importante expresión, la jurisdiccional. En la primera ordenanza emitida para la guarda y conservación de los bosques del Pardo, en 1572 –por la que se gobernaron los de Aranjuez, como inicialmente agregados a aquellos–, se apreciaba la figura de un juez particular de obras y bosques, con jurisdicción en el Alcázar de Madrid, castillo, bosque y monte de El Pardo, y las casas reales del entorno, incluida Aranjuez. Como es sabido, este ministro entendía privativamente de todos los negocios tocantes a obras reales y los excesos por caza mayor o menor en los límites de la pragmática del Pardo, es decir 5 leguas alrededor del coto, a prevención con las justicias ordinarias de los pueblos aledaños, tal y como hacían sus jueces homólogos en los bosques de Aranjuez, San Lorenzo y Valsáin. Sus apelaciones iban a la sala de alcaldes, según auto acordado del Consejo Real de 1561. Se iba así perfilando un conducto jurisdiccional nítido para el trato de las cuestiones relativas a las obras y bosques,

patente, por ejemplo, en la prohibición impuesta a los miembros del Consejo Real de incluir en la visita de la cárcel de corte aquellos reos encarcelados por este tipo de causas².

Sin embargo, la definitiva consolidación de tal vía tardaría todavía mucho tiempo en llegar, puesto que nunca dejó de ser muy extenso el campo jurisdiccional cortesano, en detrimento de la especificidad pretendida por el ramo de las obras y bosques. Esto se aprecia en aspectos como la visita realizada a los oficiales de las obras del Alcázar Real de Madrid y casa de El Pardo por el licenciado Ortega, juez de bosques, desde el 31 de marzo de 1569, cuya apelación fue conferida por el rey a miembros del Consejo Real y de la cámara, en lugar de a los alcaldes de casa y corte. Con la designación para resolver la visita del doctor Íñigo de Cárdenas, junto al licenciado Juan Díaz de Fuenmayor (por cédula real de 7 de noviembre de 1573), en sustitución respectivamente de los difuntos doctores Martín de Velasco y Diego Gasca, se vino a fortalecer la intervención que en adelante tuvieron los miembros del Consejo y cámara en cuestiones de obras y bosques, principalmente por razones de coherencia temática y doctrinal, derivadas de la inserción de las mismas en un ámbito más general. Constituyeron, de este modo, la que puede ser tomada como germen de la Junta de obras y bosques, dado que Felipe II aprovechó la cédula de nombramiento de Cárdenas para añadir a la revisión de la citada visita, la de la inspección que por entonces conducía el propio Ortega al personal de obras y bosques de Segovia³. Al tiempo, este comité adquirió una mínima estructura institucional que, por otra parte, vinculaba a la junta con el espacio más restringido del rey en palacio, toda vez que Francisco de Ayllón, portero de cámara, fue retribuido con 50 ducados de ayuda de costa por su servicio “en las juntas que se hazen en los negocios tocantes a nuestras obras y bosques”⁴. Pero hasta que el ejercicio jurisdiccional en el ramo de obras y bosques fue definitivamente establecido, la variedad de actores que emitían sentencias, por comisión previa del rey, propiciaba confusión a la hora de aplicarlas. Por ejemplo, durante el reinado de Felipe II, el fiscal del Consejo siguió un pleito por delito de caza contra Juan Bernaldo de Quirós y otros, en el que intervinieron el licenciado Pedro Díaz

² Cédula real de 9 de julio de 1575, en F. COS-GAYÓN: *Historia jurídica del patrimonio real*, op. cit., p. 83.

³ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. IV, ff. 52v-53r.

⁴ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. VI, f. 34r, cédula real en Tomar, 20 de mayo de 1581, refrendada por Mateo Vázquez y señalada por el conde de Barajas, el propio Cárdenas y el contador Garnica.

de Tudanca, el alcalde Espinosa y el licenciado Juan Gómez, del propio Consejo Real ⁵.

La indicada tendencia a la consolidación jurisdiccional continuó en tiempo de Felipe III. Tras el furor constructivo de su padre, el siglo XVII fue tiempo de conservación (entre estrechos apuros económicos) de lo ya erigido, con la significativa excepción del Buen Retiro, por el que Felipe IV mostró parecida predilección a la mantenida por su abuelo respecto al monasterio de San Lorenzo. Una vez superada su paralización virtual en el tramo final del reinado de Felipe II ⁶, la junta fue adquiriendo rasgos más estables, y ello propició que, como organismo de creciente institucionalización al cargo del patrimonio regio, se suscitase en la corte la duda sobre el cauce de tramitación de diferentes medidas que afectarían a tal patrimonio. Se suscitó, así, la concomitancia jurisdiccional entre la Junta de obras y bosques y el Consejo Real, en ámbitos que excedían el espacio de intervención inicialmente acotado. Por poner un claro ejemplo, la junta debía entender de la furia cinegética del cura de Colmenar en El Pardo, y el Consejo de la denuncia de sus vecinos por inducirles a incurrir en falso testimonio, según dictaminó, en 1611, el presidente del Consejo, don Juan de Acuña ⁷. Pero la conformación de un espacio jurisdiccional propio llevó a considerar la tramitación a través de la junta de la tala de dos montes junto a la dehesa del Quexigar, que, aunque lindaban con un sitio real, no pertenecían a él, hecho que mostraba que los asuntos propios del espacio de confluencia entre ambas realidades admitían entonces una tramitación cambiante, sujeta a las circunstancias ⁸.

En este sentido, ya en tiempo de Felipe III la Junta de obras y bosques ejerció un papel tuitivo y consultivo sobre la aplicación general en los reinos de materias sobre las que, por su naturaleza, tenía una autoridad cualificada. Así, le

⁵ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 164r. La redacción del documento hace pensar que en aquel momento Díez de Tudanca pertenecía al Consejo de Indias, del que formó parte entre 1589 y 1595, después de ser alcalde (1584-1589) y antes de pasar al Consejo Real.

⁶ “Que todo lo resolvía Su M[ajesta]d que aya gloria por lo que Ybarra le consultaba” (AGP, AG, leg. 853).

⁷ AGS, CSR, leg. 302, f. 136.

⁸ El propio Felipe III reparó en la competencia de la junta en este punto y le pareció más apropiada la intervención del Consejo, por lo que ordenó al duque de Lerma recabar información complementaria a la junta, que argumentó en favor de la supeditación del régimen común a las necesidades del patrimonio real (informe suplementario de la junta de 20 de noviembre de 1612 y respuesta real de 13 de diciembre, AGS, CSR, leg. 302, ff. 220-221).

correspondió no sólo validar la pragmática sobre los arcabuces en los bosques reales, sino que el 15 de diciembre de 1616 el duque de Lerma sometió a su consideración, por orden del rey, una consulta del propio Consejo sobre los inconvenientes que conllevaba observar las pragmáticas de 1551 y 1611, y la conveniencia de que pudiese tirarse con arcabuz, escopeta u otro tiro de pólvora con bala o perdigones de plomo⁹. A su vez, la labor administrativa propia del ramo de las obras y bosques no estaba exenta de eventuales responsabilidades legales, y por ello aquellas descubiertas en el curso de visitas de inspección a personal del ramo eran susceptibles de intervención por parte del fiscal del Consejo Real¹⁰. Por lo demás, cualquier potencial conflicto de orden jurisdiccional entre junta y Consejo podía ser atemperado por la presencia del presidente de este último en la primera¹¹.

Al final del reinado de Felipe III, la junta sufría, en opinión de sus propios integrantes, una situación difícil, de inanición e inobservancia de sus mandatos. El problema, según el presidente de Indias, no era la falta de caza y otros perjuicios causados a los bosques reales, sino la falta de respeto por el patrimonio real, el hecho de que atentar contra el mismo no se considerase tan grave como causar perjuicio directo a un tercero¹². A la altura de 1619 esta situación había

⁹ AGS, CSR, leg. 302, f. 102, billete del duque de Lerma al secretario Juan de Ibarra, 31 de diciembre de 1610, y f. 353.

¹⁰ AGS, CSR, leg. 302, f. 230, carta del licenciado Sopena Palacio, visitador de la casa de la moneda de Segovia, al secretario Huerta, 24 de julio de 1621.

¹¹ Ya en tiempo de Felipe III entró don Juan de Acuña en la junta, antes y después de su designación como presidente el 29 de octubre de 1610 (AGS, EMR, QC, leg. 24, n° 849-881). Las juntas comenzaron a celebrarse en su casa y, con su muerte, se ordenó que se hicieran en la celda del confesor, fray Luis de Aliaga. Con esta baja, y el acceso del nuevo presidente del Consejo de Hacienda, el licenciado don Fernando Carrillo, se cerró el elenco de asistentes a la Junta de obras y bosques hasta el nuevo reinado, completado con el conde de Salazar y el secretario Tomás de Angulo (AGP, AG, leg. 853). El secretario Juan de Ibarra afirmó que a la junta asistían personas, y no cargos, hecho que matizaría su paulatina institucionalización, y que, aparte del caso de don Juan de Acuña, tuvo confirmación en el de don Fernando Carrillo, que permaneció en ella pese a su promoción a presidente del Consejo de Indias el 5 de agosto de 1617 (AGS, EMR, QC, leg. 14, n° 728-744).

¹² “Estas cossas del ministerio en que U. Md. nos tiene ocupados de obras y bosques uan mui trauajosas y a mí no me duele tanto mi reparo en lo que es la falta de caça y otros inconuenientes y daños en los bosq[ue]es como en la falta de reputación del real seruicio de U. Md. que este ni tiene estima[ció]n ni ay castigo con digno porque pareçe y assí es ser atreuimiento y falta de respecto contra lo que es gasto y entretenimeinto que está dedicado

llegado al punto de pretender la exclusión de los caballeros de Órdenes de la acción de la junta. La referencia para propiciar su eficacia debía ser el reinado anterior, en el que, entre las medidas articuladas para proteger el patrimonio real estuvo la inclusión de caballeros de Órdenes, familiares y oficiales de la Inquisición entre los sujetos punibles por transgresión de las normas relativas a obras y bosques. El presidente concluía:

Es menester remediarlo o dexarlo porque de poco tiempo a esta parte esta Junta con estos encuentros y diferencias que se le oponen está no sólo desautorizada, sino acauada,

y para ello era imprescindible la intervención resuelta de la persona real, como dueño, en definitiva, del patrimonio administrado por la junta¹³. Pero esta respetuosa llamada de atención no tuvo mucho resultado, dado que Felipe III se limitó a pedir precedentes del tiempo de su padre.

De tal manera que, hasta el fin del reinado, la situación todavía tuvo margen para empeorar. Con tono luctuoso, la junta expuso al rey el 25 de marzo de 1620 que, con la suscripción por el reino del servicio de 18 millones y la suspensión del anterior de 17 millones y medio, había cesado la consignación anual de 26.000 ducados para los alcázares de Madrid, Toledo, Segovia y Valladolid, por lo que estos quedaban sin fondos para su mantenimiento¹⁴. Posteriormente, la negativa del Consejo de Órdenes a cumplir con la consignación de gastos de los sitios reales sobre la mesa maestra de Alcántara causó graves problemas de viabilidad en el caso de Valsaín. Su guarda mayor se quejó de la huída de los guardas bajo su mando por impago de sus retribuciones, problema que se arrastró al menos desde 1626, y que afectó también a otros sitios reales. Como remedio provisional, dado que la reserva de los maestrazgos era insuficiente, el rey ordenó cargar este gasto a la consignación de las obras del Alcázar de Segovia, lo que significaba, en realidad, extender los efectos del problema, en un contexto en el que todas las obras reales padecían estrechez. La suspensión general de pagos

para la persona real de U. Md. y assí todos los demás delitos y eçesos son contra terçero o la causa pública, estos sólos de bosq[ue]s son contra la prohiuición y orden de U. Mj.” (Consulta del presidente de Indias de 26 de enero de 1619, AGP, AG, leg. 344).

¹³ “La causa es propia de U. Md. y sin la asistencia y calor de U. Md. cosa notoria es que no se puede hazer nada, antes como ueen que estas causas las saca U. Md. de la jurisdicción de la Junta y las remiten a otras Juntas juzgan... que esta no es causa propia de U. Md., sino pretensión de la Junta” (*Ibidem*).

¹⁴ AGP, AG, leg. 370.

acordada entonces tenía efecto sobre el propio patrimonio real¹⁵. El problema no sólo afectaba a los guardas de Valsaín, dado que el salario del alcaide y guardas de El Pardo y el del propio alcalde juez de bosques, estaban consignados sobre la mesa maestra de Alcántara. En este último caso, López Bravo padeció en propia carne la difícil situación. En 1627 dijo llevar tres años sin cobrar los 300.000 maravedís que tenía por la mesa maestra, por lo que suplicó que se le situasen en la nómina de los Consejos, y que la cantidad que se le adeudaba correspondiente a los años 1625 y 1626 (600.000 maravedís) le fuese librada en el pagador de las obras del Alcázar de Madrid o en el arca de las tres llaves por el Consejo de Hacienda¹⁶. La económica es cuestión que Félix Labrador analiza en profundidad en el capítulo siguiente, pero, desde luego, fue el pie forzado sobre el que se desarrolló la junta y su ámbito de actuación entre los reinados de Felipe III y Felipe IV.

1.1.2. Consolidación institucional de la junta

El brío administrativo propio de un nuevo reinado implicó la revitalización de la junta, que con el acceso de Felipe IV al trono vio su plantilla renovada, con la incorporación de fray Alonso de Sotomayor, confesor real¹⁷, el doctor don Juan Roco de Campofrío, presidente del Consejo de Hacienda¹⁸, el conde de los Arcos y el marqués de Malpica¹⁹, a quienes se unió Pedro de Hoff Huerta como secretario, quien previamente había servido como secretario de la infanta doña Margarita²⁰. En la misma línea, Jerónimo de Tovar recibió al fin en 1622 título de

¹⁵ AGP, AG, leg. 853, consultas de 8 de febrero y 23 de marzo de 1627.

¹⁶ *Ibidem*, consulta de 16 de agosto de 1627.

¹⁷ Su título en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 68r-v, título de 18 de abril de 1621.

¹⁸ Su título, en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 67v-68r, título de 18 de abril de 1621.

¹⁹ Su título, en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 71v, título de 4 de mayo de 1621. Ya el 21 de abril el rey se había dirigido al secretario para que Malpica, gentilhombre de la cámara ya con Felipe II y con su hijo, entrase en la junta (AGP, AG, leg. 853). Cinco días después, se depuraban entre el secretario y el designado ciertas cuestiones formales en torno a la expedición de su nombramiento, como el título con el que deseaba aparecer en él. Decidió añadir al de marqués de Malpica el de mariscal de Castilla.

²⁰ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 67r-v.

portero de la junta tras ejercer el oficio sin él durante 20 años²¹. Sin duda, el perfil institucional de la junta era cada vez más intenso pero, al depender la morfología administrativa de la monarquía en último término de la cambiante voluntad del rey, este rasgo se insinuaba en las diferentes manifestaciones de la actividad de la junta, empezando por la propia redacción de los títulos de sus miembros, para la que eran designados en tanto siguiese existiendo: no se daba en ningún momento por sentada su permanencia²². Pero el impulso vivido por la junta en el nuevo reinado no se limitó a su visibilidad cortesana. Su revitalización tuvo una inmediata traducción sobre el terreno, mediante la ejecución en cada uno de los diferentes sitios reales de las decisiones tomadas. De esta manera, el 7 de mayo de 1621 el marqués de Malpica especificó al doctor Juan de Quiñones Benavente, alcalde mayor del Escorial y juez de la fábrica y bosques de San Lorenzo, aquellas materias que debían ocuparle, centradas en una prioridad dual, expresiva de la naturaleza de la propia junta: acotar el espacio del monasterio, al tiempo que se facilitaba el acceso físico al mismo²³. El empuje con el que la junta acometió sus

²¹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 127r-v, cédula real de 3 de junio de 1622. Sucesores suyos en el oficio fueron Antonio de Angulo (nombrado el 10 de enero de 1638) y su nieto Juan Antonio de Corcuera (por cédula de 5 de abril de 1642), al haber recibido el primero merced del oficio por dos vidas. Evidencia esta de homologación de la plaza con el resto de las dependencias domésticas y, por lo tanto, de la institucionalización de la junta a la que servía.

²² El título de los miembros de la junta se iniciaba: “El Rey. Por quanto e mandado que se continúe la Junta que a auido siempre para los negoçios que tocan al gouierno y buena administración de mis Alcáçares y casas reales, el ingenio de la moneda de Segouia, eredamiento de Aranzuez, fábrica y patronadgo del monasterio de Sant Lorenço el Real y todo lo demás conçerniente a mis reales obras y bosques según y como se hacía en t[iem]po de los reyes mis señores padre y abuelo que santa gloria ayan”.

²³ AGS, CSR, leg. 302-3: “La orden que Su S[eñor]ía el S[eñor] Marqués de Malpica, uno de los de la Junta de Obras y Uosques de Su Mag[esta]d deja al doctor Juan de Quiñones Benaunte, alcalde mayor del Escorial, juez de la fábrica y uosques de S[an]t Lor[enz]o el Rreal por Su Mag[esta]d”. En primer lugar, se debían arreglar y cerrar “todos los portillos y porteras de las çercas de los uosques tocantes al término del d[ic]ho conuento”. A continuación, aderezar la salida de La Fresneda y limpiar y adecentar la calle que desde allí salía para El Escorial, así como el camino entre San Lorenzo y El Campillo utilizado por los coches de caballos. Debían prepararse, asimismo, adecuadamente aquellos caminos que integraban el ámbito escurialense en un espacio cortesano más amplio, caso del que unía El Escorial con Torreldones, y esta localidad con Madrid. Al efecto, el rey se comprometía a sufragar parte del gasto, y se animaba a Quiñones a emitir los mandatos de maherimiento propios del caso. Quiñones no era nuevo en estas lides, y la eficacia con que ejecutó el encargo propició su inmediata designación como alcalde de casa y corte, a la que aludo en el capítulo correspondiente.

tareas al iniciarse el reinado de Felipe IV quedó patente, finalmente, en una consulta de 24 de mayo de 1621, que manifestaba la necesidad de hacer antes de nada balance del estado de las obras reales, para dar contorno a la tarea por afrontar. Manifestaba la junta al rey que convenía que supiese cómo se distribuían los fondos consignados para ellas, especialmente en lo relativo al Alcázar de Madrid, defendiendo la entrada del recién incorporado marqués de Malpica en la junta que se reunía para la continuación de esta obra ²⁴.

A los referidos nombramientos para la Junta de obras y bosques siguieron en 1622 don Francisco de Contreras, presidente de Castilla, el marqués de Flores Dávila, su primer caballerizo ²⁵, y el duque del Infantado, mayordomo mayor y testamentario de Felipe III. En este caso, la entrada en la junta se debía a su carácter netamente patrimonial, dado que en ella se trataban muchas cuestiones tocantes al descargo del rey difunto, “así sobre la satisfacción que se ha de dar de las obras que se hizieron en su tiempo como de los daños que hizo la caza” ²⁶. Propia del periodo de reconfiguración institucional que entonces vivía la junta, fue la decisión de fijar su lugar de reunión en el cuarto del confesor ²⁷, lo que propiciaba una ejecución más rápida de sus decisiones y la aparición de roces entre sus integrantes, en lo relativo a las precedencias. Estas se suscitaron entre el duque del Infantado y el presidente de Hacienda, y lejos de carecer de importancia, obligaron a trasladar las reuniones a la posada del presidente del Consejo Real, y ordenar la ausencia temporal de ambos implicados, con propósito de no detener los asuntos pendientes en la junta ²⁸. Conforme con el referido propósito inicial de la misma fue la solicitud formulada a su secretario de que hiciese relación de todas las mercedes recibidas por su oficio en tiempo de Felipe III. El 23 de agosto contestaba que, conforme a los libros, abundaban las mercedes, pero todas ellas tan exiguas que parecían limosnas, salvo alguna que excedía de 100 o 200 ducados de renta ²⁹.

²⁴ AGP, AG, leg. 853.

²⁵ La designación de Flores Dávila, de 18 de enero, en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 103r-v. La orden real de entrada de Flores Dávila, dirigida a Hoff Huerta, de 4 de enero, en *Ibidem*. La orden al presidente Contreras para formar parte de la junta, de 30 de junio de 1622, en *Ibidem*.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Billeto del rey a Pedro de Hoff Huerta, 10 de mayo de 1622 (*Ibidem*).

²⁸ *Ibidem*. Las reuniones de la junta también se celebrarían en casa de sus sucesores, Gabriel Trejo y Paniagua y don Fernando de Valdés.

²⁹ *Ibidem*.

La jornada acometida por Felipe IV en 1624 no fue obstáculo para la designación de nuevos miembros para la Junta de obras y bosques. El 7 de marzo fueron designados para formar parte de ella don Luis Gerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchón, y don Álvaro Enríquez de Almansa, marqués de Alcañices, montero mayor. En el primer caso, influyó en la decisión la experiencia previa en cuestiones relacionadas con obras y bosques, dado que desempeñaba los oficios de alcaide del Alcázar de Segovia y tesorero de la casa de la moneda y del ingenio de esa ciudad. En el segundo, la propia cédula de nombramiento subrayaba que, por su oficio, “podría ser de mucho efeto u[vest]ra asistencia en la junta que se hace para el gouierno y administración de mis Alcázares y Casas R[eale]s”³⁰. Una vez concluida la jornada, el 20 de noviembre de 1624 fue designado para entrar en la junta el conde de Solre, capitán de la guarda de archeros³¹.

A su vez, el 29 de marzo de 1625, una cédula real estipuló la sustitución como secretario de la junta de Pedro de Hoff Huerta, promovido a secretario de Italia, por Gaspar Ruiz de Ezcaray, hasta entonces secretario del presidente del Consejo, el licenciado don Francisco de Contreras³². En su nuevo cometido, Ruiz de Ezcaray hubo de tomar parte indirecta en las acuciantes medidas articuladas para reducir el gasto del erario. Requerido por Miguel de Ipeñarrieta, elaboró una relación de los oficios mayores y menores que el rey proveía mediante títulos y despachos de la Junta de obras y bosques, y de las mercedes en dinero por una vez y en renta que concedía la junta, que remitió al primero el 12 de julio³³. Como se advierte en los epígrafes precedentes de este capítulo, ambas relaciones permitían apreciar el volumen material y humano gestionado por la junta, en el que se dio un proceso paralelo de consolidación institucional del organismo, y multiplicación de sus oficiales adscritos; y de emulación según este modelo del personal al servicio de cada sitio real, conforme a su gradual cerramiento y desarrollo, y en ambos casos, de carácter exponencial. También en 1625 se consumó la entrada de don Diego de Meneses, conde de la Eriseira, mayor-domo del rey y superintendente de las obras reales³⁴, quien entró en lugar del

³⁰ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 195r-v.

³¹ Tomó posesión el día 29 (AGP, AG, leg. 853).

³² AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 239r-v.

³³ AGP, AG, leg. 853.

³⁴ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r.

marqués de Malpica, tanto en la junta como en este último cargo ³⁵. El año siguiente, Gilimón de la Mota, contador mayor, sustituyó como miembro de la junta al marqués de Montesclaros, y Tomás de Angulo regresó como miembro ordinario a ella ³⁶.

Para 1627, año en el que, como síntoma de consolidación institucional, se inició el tercero de los libros de autos y órdenes acordados por la Junta de obras y bosques (indicio fiel de su labor gubernativa, administrativa y contenciosa), estaba constituida por Francisco de Contreras, presidente de Castilla, el confesor del rey, el conde de los Arcos, el marqués de Flores, el licenciado Gilimón de la Mota, contador mayor, el conde de Alcañices, el conde de la Eriseira, Tomás de Angulo, y el secretario Gaspar Ruiz de Ezcaray. El acceso a la presidencia del Consejo Real del cardenal Trejo implicó su entrada en la junta, previo decreto real, a finales de abril de ese año. La siguiente incorporación, a partir del 3 de marzo de 1628, en la persona del marqués de Montesclaros, vicechanciller de Aragón, subrayó la importancia del presidente del Consejo en relación con la junta, conforme al papel que en un sentido doméstico estaba adquiriendo el Consejo Real; puesto que tal incorporación no se produjo como consecuencia de una orden escrita del rey, sino por transmisión verbal de la misma por parte del propio cardenal Trejo ³⁷. En 1628 también entraron el condestable de Castilla, montero mayor ³⁸, y don Agustín Mejía, consejero de Estado ³⁹. El año siguiente, el marqués de La Puebla, gobernador del Consejo de Hacienda, sustituyó a Gilimón de la Mota, mientras las alteraciones en la plantilla del Consejo Real tenían inmediato reflejo en la junta, desde el momento en que se había ordenado la asistencia a la misma del presidente del mismo. De este modo, Miguel Santos de San Pedro, obispo de Solsona y gobernador del Consejo

³⁵ El 22 de mayo de 1626, la junta comunicaba al rey que Malpica no había tenido título formal para la superintendencia, sino tan sólo orden verbal de la junta, y que en el caso de Eriseira debía ser igual (AGP, AG, leg. 853).

³⁶ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r. La intermediación de la junta con el espacio restringido del rey quedó subrayada cuando en tiempo de Felipe III, Tomás de Angulo se hizo cargo de sus papeles, secretario de cámara y estado de Castilla. Una certificación expedida como tal secretario de obras y bosques, en AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, f. 97r, de 7 de julio de 1612.

³⁷ AGP, Registros, lib. 25, 3º de la Junta de obras y bosques

³⁸ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r. Por orden real de 20 de mayo de 1628, AGP, AG, leg. 853.

³⁹ Por orden real de 23 de noviembre de ese año (*Ibidem*).

Real, entró en lugar del cardenal Trejo ⁴⁰. En 1630 se consumaron en la Junta de obras y bosques incorporaciones de orden técnico y administrativo, dado que entró en ella Juan Bautista Crescenzi, marqués de la Torre, superintendente de las obras reales ⁴¹, y la promoción de Gaspar Ruiz de Ezcaray a la secretaría de guerra propició que entrase como secretario de la junta don Francisco de Prado ⁴². Por entonces, se reprodujeron los puntos de precedencia entre los integrantes de la junta, en las personas del marqués de Alcañices y del conde de Arcos. El primero invocó su condición de cazador mayor para preferir al segundo, y también la adujo posteriormente, cuando surgió el conflicto al ordenar el rey la entrada de oidores del Consejo Real en la junta. La primera de estas disputas no tuvo respuesta real hasta junio de 1634, cuando, de forma ciertamente drástica, el rey ignoró la evidente preeminencia de su cargo y ordenó al cazador mayor que se abstuviera de acudir a la Junta de obras y bosques hasta que dispusiera otra cosa. No obstante, esta ausencia parece que fue breve, pues el 1 de septiembre de ese año el gobernador del Consejo rogó el regreso de Alcañices a la junta ⁴³.

Con estos cambios, se abrió un trienio de estabilidad en la composición de la junta. El fallecimiento de Miguel Santos de San Pedro el 4 de marzo de 1633 supuso que fuese sustituido por don Fernando de Valdés y Llano, arzobispo de Granada, como gobernador del Consejo Real y miembro de la Junta de obras y bosques ⁴⁴. En noviembre de ese año, en testimonio de la influencia que poseía en ramo tan querido para la persona real, la relación de alteraciones en la plantilla que utilizó (elaborada en 1639) consagraba que “fue nombrado el conde duque de San Lúcar como alcaide de Buen Retiro y todos los que le sucediesen en esta alcaidía” ⁴⁵. Como se refiere más adelante, en 1634 se consumó la incorporación del licenciado don Luis Gudiel y Peralta, oidor del Consejo Real,

⁴⁰ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r. La orden de entrada del marqués de la Puebla databa de 14 de septiembre de 1629 (AGP, AG, leg. 853).

⁴¹ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r; E. LLAGUNO Y AMÍROLA: *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España, desde su restauración*, Madrid 1829, tomo IV, p. 14.

⁴² IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r.

⁴³ F. J. DÍAZ GONZÁLEZ: *La Real Junta de Obras y Bosques en la época de los Austrias*, Madrid 2002, pp. 206-207.

⁴⁴ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r; Á. LÓPEZ GÓMEZ: “Los Presidentes y Gobernadores del Consejo Supremo de Castilla”, *Hidalguía* 210 (1988), pp. 686-687.

⁴⁵ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r.

que respondía a la necesidad de un criterio letrado para alumbrar muchas de las cuestiones tratadas en la junta⁴⁶. Las variaciones registradas en la composición de esta, que tuvieron nueva expresión en la incorporación del marqués de Torres, mayordomo del rey, en 1635, reflejaban una vitalidad jurisdiccional rubricada por Felipe IV cuando, ese mismo año, decidió incorporar a ella la figura de un fiscal “con garnacha” y asiento, en la persona del licenciado don Jerónimo de Arbizu. No obstante, el oficio era venal, y su creación, conforme al modelo de la fiscalía de la cárcel de corte, contó con informe previo favorable del licenciado José González, oidor del Consejo y camarista, quien tasó la plaza en 10.000 ducados, a repartir entre las caballerizas reales (5.000 ducados), el Buen Retiro (3.000) y el aderezo de las piezas bajas de palacio (los 2.000 restantes). En su argumentación, González traslució la tendencia a la asimilación de la junta en el modelo general de construcción institucional: la creación del oficio de fiscal en la misma no tenía inconveniente:

porque... en sustancia sólo uiene a ser un procurador de U[vestra] M[ajesta]d, y los oficios fiscales se an uendido y uenden en todos los juzgados de Castilla ordinarios, y en el de esa Junta aún ay menos inconueniente porq[ue] sólo uiene a tratar de negoçios que sólo tocan a U[vestra] M[ajesta]d y no tanto en justicia como en gouierno y adm[inistraci]ón⁴⁷.

En 1636 entró en la junta el licenciado don Antonio de Contreras, oidor del Consejo y camarista⁴⁸, perfil que confirmaba el valor de la junta como recipiente a escala de la representación institucional de todas las funciones reales (en lo doméstico y en lo cortesano) acogidas en el seno de la cámara real.

Si, en lo relativo a los sitios reales el reinado de Felipe II se identifica con la consolidación del heredamiento de Aranjuez y, sobre todo, el planteamiento y construcción del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, el de Felipe IV se distingue por la formación del sitio de Buen Retiro; culminada en un momento cenital en el control cortesano del Conde Duque, de tal manera que recibió nombramiento como alcaide perpetuo del mismo, para él y sus sucesores, el 8

⁴⁶ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 346r.

⁴⁷ AGP, AG, leg. 853.

⁴⁸ *Ibidem*. La relación llega hasta este punto, y culmina con la siguiente anotación: “Esto es lo que consta por los papeles desta secretaría y consta de sus despachos. En Ma[dri]d a 23 de febrero 1639. Hízole D. Fr[ancisc]o de Prado, secretario de obras y bosques este d[ic]ho año”. Este documento, así como otros relativos a dicho real sitio, se reproduce en el tomo II de esta obra (CD Rom).

de noviembre de 1633⁴⁹. Lo interesante, de cara a los intereses del valido, era la “cédula de jurisdicción” recibida poco después de ser nombrado (el 12 de febrero de 1634) que implicaba ejercer sin mediaciones las funciones propias de juez de bosques en un sitio real caracterizado por su centralidad cortesana: sin duda, no representaba lo mismo ejercer las funciones de tal, especialmente en el orden criminal, a determinado número de leguas del lugar más permanente de residencia regia, que hacerlo en el propio corazón de la corte. En este sentido, constituía un muy hábil ejercicio por parte del privado no sólo propiciar las circunstancias que posibilitaron, finalmente, levantar en espacio tan relevante la restricción jurisdiccional que caracterizaba a los sitios reales; sino ejercerla en primera persona mediante el desempeño del oficio de alcaide, cuyas sentencias podían ser apeladas ante una Junta de obras y bosques cuyo perfil político respondía, huelga decirlo, al propio del conde duque de Olivares⁵⁰. A este respecto, debe tenerse en cuenta que, en el orden civil:

los alguaciles [que] huvieren de entrar en la d[ic]ha cassa r[ea]l y sitio a exerçer sus ofiços ayan de presentar prim[er]o los mandamientos y órdenes que lleuaren ante el d[ic]ho alcaide o su theniente, para que con esto se les dé el fauor y ayuda que conuiene para la buena ex[ecuci]ón de la juss[tici]a⁵¹.

Poco después se añadió a esta merced el título de alcaide de Vaciamadrid⁵², y, el 16 de febrero se le hacía merced del de alcaide de La Zarzuela, agregado al Buen Retiro⁵³. Este uso mercedario de los sitios reales por parte del Conde Duque se

⁴⁹ La instrucción para el gobierno del sitio, en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, ff. 144r-151r, de 23 de enero de 1634.

⁵⁰ “Es n[uest]ra uoluntad que el d[ic]ho Conde o su theninte tengan de aquí adelante la d[ic]ha juridiçión çiuil y criminal para todas las causas que se ofreçieren entre los ministros, ofiçiales y demás personas que moraren, siruieren, hauitaren, asistieren o entraren en el d[ic]ho sitio y su límite y de los exçessos, elitos y crímenes que subçedieren en él en q[ua]lquier manera, con que las caussas çiuiles sean a preuención y las criinales en que se proçediere de ofiço o a pedim[en]to de parte contra los ministros, ofiçiales y demás perssonas de qualquier calidad que sean que dentro del d[ic]ho sitio y circuito dél cometieren qualquier la jur[is]dicci[ón] sea priuatua y las appelac[i]on[es] de las sent[enci]as y autos que en los unos y en los otros se dieren se otorguen y sean para ante la Junta de sus obras y bosques y no para otro ningún tribunal” (*Ibidem*, ff. 151v-152r).

⁵¹ *Ibidem*. Sobre el proceso constructivo de este palacio, J. BROWN y J. H. ELLIOTT: *Un palacio para el rey: el Buen Retiro y la Corte de Felipe IV*, Madrid 1988.

⁵² AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, ff. 159v-160v.

⁵³ *Ibidem*, ff. 181v-182r, cédula real de 16 de febrero de 1636.

extendió a sus protegidos, de tal manera que el licenciado José González fue designado alcaide de los bosques de Madrigal por cédula real de 23 de agosto de 1640 ⁵⁴. Por su parte, el conde de Orgaz recibió título el 28 de agosto como miembro de la Junta de obras y bosques, al tiempo que era designado superintendente del Alcázar de Madrid y casas reales de su contorno, cargo que mostraba una creciente tendencia a la consideración unitaria e integrada de un sistema de casas reales. De forma significativa, se excluyó explícitamente de tal sistema coordinado por el superintendente aquellas piezas previamente confiadas al control del Conde Duque ⁵⁵. La situación abierta a la caída del valido, a comienzos de 1643, ha sido interpretada en clave de profunda transformación. Aunque su verdadero alcance ha sido últimamente objeto de controversia, sí es cierto que a lo largo de ese año se consumaron nuevas incorporaciones a la Junta de obras y bosques, espacio como hemos señalado de la predilección del Conde Duque. El 6 de junio, Felipe IV ordenó la entrada en ella del marqués del Carpio, montero mayor, y el 19 del mismo mes otro tanto dispuso en el caso de don Francisco Antonio de Alarcón, gobernador del Consejo de Hacienda ⁵⁶.

Consolidación institucional de la junta e integración simbólica en el espacio restringido del rey fueron expresiones simultáneas de un único proceso, como demuestra la designación de un escribano de obras y bosques. Aunque fue un oficio venal (Diego Martínez de Noval lo adquirió por 8.000 ducados en 1638), ello no impidió que gozase de título de escribano de cámara perpetuo por juro de heredad y calidad de poderse examinar como escribano de los reinos ⁵⁷. Era un claro síntoma de institucionalización de la junta, que se percibió también por entonces al recibir —como el resto de instituciones cortesanas— las ordenes que obligaban a la señal de los membretes de las consultas por un consejero y un secretario, y a asentar en los acuerdos emitidos la identidad de quienes los adoptaban, fuesen secretos o no ⁵⁸. A su vez, el 8 de junio de 1649, Agustín Maldonado

⁵⁴ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, ff. 311r-312r.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ AGP, AG, leg. 853. Además de en las fuentes primarias ya citadas, los cambios en la plantilla de la junta pueden seguirse en J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía hispánica*, Madrid 1998, pp. 464-474.

⁵⁷ El 3 de marzo de 1644, Martínez de Noval renunció ambas condiciones en favor de Alonso Portero, escribano público del número de la villa de Madrid (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIV, ff. 66v-81r).

⁵⁸ AGP, AG, leg. 853.

fue nombrado como secretario de la junta⁵⁹. Poco después, don Juan de Subiza, caballero de Santiago, recibió en su favor merced de la sucesión futura de la plaza, por sus servicios y por haberse casado con doña María de Aguirre, de la cámara de la reina. Una vez fallecido Maldonado, Subiza recibió nombramiento como tal secretario en Madrid, el 14 de agosto de 1650⁶⁰. Designado para cierta comisión, para la que debía abandonar la corte, la plaza fue desempeñada hasta el regreso de Subiza por Francisco Manzano, secretario de los prioratos de Castilla y León de la Orden de San Juan, por cédula real de 2 de noviembre de 1653⁶¹.

Como regla general, la sucesión en los diferentes cargos que integraban la junta (presidente del Consejo, presidente de Hacienda, cazador mayor, mayor-domo mayor...) determinaba las variaciones en su composición. Solían entrar los cargos, no las personas, pero esta regla admitió excepciones, caso del marqués de Lorian o el licenciado José González, quienes salieron de ella una vez abandonado el ejercicio como presidente de Hacienda, y con posterioridad se reintegraron a solicitud de la propia junta⁶². Conforme a lo dicho, el 19 de enero de 1654 el rey ordenó la entrada del marqués de Heliche, como montero mayor, y el 12 de febrero de ese mismo año era el condestable de Castilla quien se incorporaba al comité. A su vez, la realidad institucional encarnada por la junta y su consecuente traducción documental, se hicieron patentes en su participación en el envío de documentación al archivo de Simancas ordenada el 12 de agosto de 1658⁶³.

La evolución de la figura del fiscal de la junta fue muy elocuente a efectos de su propio asentamiento institucional. La promoción del licenciado don Vicente de Bañuelos a la plaza de fiscal del crimen de la sala de alcaldes (vacante a su vez por la promoción a alcalde de casa y corte de don Martín de Lanuza), propició el nombramiento del licenciado don Gabriel de Pareja y Quesada. El nombramiento llevaba pareja la entrada no sólo en la Junta de obras y bosques, sino en la sala de alcaldes de casa y corte siempre que en ella se tratasen asuntos de esta

⁵⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIV, ff. 278v-279r.

⁶⁰ *Ibidem*, ff. 261v-262v.

⁶¹ *Ibidem*, ff. 367v-368r.

⁶² AGP, AG, leg. 853, consulta de la junta de 20 de marzo de 1651, formada por el presidente Riaño, el confesor, Lorenzo Ramírez de Prado, el marqués de Malpica y don Antonio de Alosa.

⁶³ *Ibidem*.

calidad⁶⁴. La designación en julio de 1661 del licenciado don Gonzalo Yáñez de Ortega como fiscal de la junta para las ausencias, enfermedades, faltas y vacantes del propietario, permite deducir el punto hasta el que se estaba consumando un proceso de homologación entre ambas vertientes de la administración regia, la doméstica y la general, dado que los méritos para su designación no eran muy diferentes de los que se aplicaban para otras juntas y consejos. Según constaba en su cédula real de nombramiento, para él se atendía a su graduación en cánones por la universidad de Salamanca, la aprobación obtenida para ejercer como abogado de los Consejos, lo que había hecho durante 6 años antes de ser designado alcalde mayor de la Serena, para pasar en 1643 a la plaza de relator del Consejo de Hacienda, sin resultar cargo alguno contra él en sucesivas visitas. A esta dedicación se añadía la de relator de la Junta de obras y bosques, sin retribución alguna, y la de relator ocasional en el Consejo de Aragón. Daba toda la impresión de que, en ese conglomerado genérico de difícil distinción —y al margen de la calidad venal de la plaza—, la Junta de obras y bosques había culminado la mencionada “consiliarización”, homologándose la tipología de los méritos aducidos para obtener promoción⁶⁵.

Otro buen síntoma de la consistencia institucional de la Junta de obras y bosques al final del reinado de Felipe IV lo constituye el hecho de que con frecuencia uno de sus miembros formó parte de la Junta de competencias que dirimía las cuestiones de tal índole, surgidas entre los diferentes organismos cortesanos. La jurisdicción que el marqués de Valenzuela pretendía tener en el Soto de Roma de Granada motivó que el rey ordenase, el 7 de septiembre de 1660, la presencia de un representante de la junta en la de competencias, y solicitase a la primera su designación, tan sólo para dirimir ese caso en cuestión. La Junta de obras y bosques propuso al marqués de Malpica que la asistencia de uno de sus miembros fuese permanente, a lo que el rey se negó⁶⁶; e insistió nuevamente en ello por consulta de 17 de noviembre, a consecuencia del surgimiento de otra competencia

⁶⁴ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIV, ff. 307v-308v.

⁶⁵ *Ibidem*, lib. XV, ff. 122v-123r, cédula real de 18 de julio de 1661.

⁶⁶ “Y se confirió en esta a habido diferentes competencias y U[vestra] M[a]g[esta]d nombrado ministros della, para acudir como lo hacen los de otros Consejos y tribunales. Y siendo esta Junta tan autoriçada, en que entran ministros tan grandes, ha parecido supplicar a U[vestra] M[a]g[esta]d se sirua de mandar entre uno della continuadamente en la forma q[ue] hacen los demás, para que con conocimiento de causa, satisfacción de las partes y entera notiçia de todo se resuelva lo que fuere justiçia” (Consulta de la junta de 10 de octubre de 1660, AGP, AG, leg. 853).

con el Consejo de Guerra. Pero el rey no varió de postura, y decidió que para el nuevo caso suscitado también entrase Malpica⁶⁷.

No obstante, la consistencia institucional de la junta, que era indiscutible desde su tímida aparición en la corte mediado el siglo XVI, estaba fuertemente determinada por las coyunturas cisorias representadas por un cambio de reinado, en las que la transición e indecisión propias del momento implicaban un claro retroceso de tal entereza institucional. Un decreto de la reina regente de 26 de noviembre de 1665 que encarecía la celebración de las reuniones de la junta, permite deducir tanto la interrupción, o al menos atenuación de las mismas, que había implicado la muerte de Felipe IV, como la importancia que en su seno había alcanzado el presidente del Consejo, puesto que la petición se desvinculaba de su presencia o no a las mismas:

Conuiniendo que se dé breue expediente a los negocios que se ofrezieren en la Junta de obras y bosques, sin dar lugar a que se retarde el despacho dellos, por el perxuicio que desto resulta ; es necesario que ay junta de ordinario, y assí mando que se señale para ella un día fixo cada semana, en el qual se tenga precisamente, y que si no pudiese asistir el presidente del Cons[ej]o se haga con los demás ministros que concurrieren⁶⁸.

Por lo demás, el conocimiento de la Junta de obras y bosques sería sólo parcial, si atendiéramos exclusivamente a las órdenes emitidas por el rey para ella, o canalizadas por su medio a terceros, y contenidas en los libros de cédulas reales a los que vengo haciendo referencia. Esta documentación, fundamental, debe ser complementada con la emitida por la propia junta para transmitir las órdenes propias a terceros u oficiales subordinados. La forma jurídica en que se articulaban tales mandatos era la del auto, a semejanza del Consejo Real, e igualmente tributaria de la naturaleza castellana del organismo, y caracterizada por el carácter ejecutivo y urgente de su contenido. A su vez, constituían una forma indirecta de constatar el grado de formalidad institucional alcanzado por la junta para su emisión; lógicamente, era requisito previo imprescindible para ella la maduración como tal institución, dotada de autoridad e instrumentos materiales y jurídicos propios para materializar sus mandatos. En este trabajo se han intentado cruzar ambos niveles de creación documental.

⁶⁷ Don Juan de Góngora, gobernador del Consejo de Hacienda, discrepó de la insistencia de la junta (AGP, AG, leg. 853).

⁶⁸ *Ibidem*.

1.1.3. *Atribuciones de la Junta de obras y bosques*

1.1.3.1. *Ejercicio jurisdiccional.*

El alcalde-juez de bosques y su relación con la junta

La implicación de los alcaldes de casa y corte en la vigilancia y cuidado de los sitios reales había continuado firme durante el reinado precedente, conforme a su vez —y en un principio— con las líneas definidas en el de Felipe II: jueces de obras y bosques que, tras un tiempo en este ejercicio, recibían título como alcaldes de casa y corte, con retención del anterior. Los sitios reales tenían una evidente calidad cortesana y, una vez acreditada la aptitud para el ejercicio del oficio, se extendía su cobertura jurisdiccional. Este fue el caso, por ejemplo, de Pedro Chierque de Salazar, juez de obras y bosques que recibió título de alcalde de casa y corte en 1600⁶⁹. Al tiempo, quedó establecido el conocimiento de los alcaldes en segunda instancia, en los negocios tocantes a caza y pesca en los sitios reales, y un auto de la junta de 12 de marzo de 1607 confirió al alcalde de casa y corte más moderno el conocimiento de las causas tocantes a obras y bosques en ausencia de Chierque de Salazar⁷⁰, lo que provocó que surgieran diferencias con una junta dotada cada vez de mayor fisonomía institucional. La relación entre la junta y los alcaldes se complicaba por el hecho de que estaba mediatizada por la figura del presidente del Consejo, de quien estos últimos dependían jurisdiccionalmente⁷¹.

Con el probable deseo de reducir estas distorsiones, Juan de Ibarra, secretario de obras y bosques, aprovechó la enfermedad y muerte de Chierque en 1608 para proponer novedades en el ejercicio de juez de bosques que, en el caso del propio Chierque y su antecesor Galarza, había motivado tensiones con el resto de alcaldes de casa y corte. Estas se debían al hecho de que ambos jueces-alcaldes estaban exentos de la parte sustancial del ejercicio de la plaza, su vara era recibida a título complementario y les autorizaba para actuar en un espacio de calidad cortesana; y, al tiempo, el traslado y permanencia del rey y la administración consiliar en Valladolid, entre 1601 y 1606, había intensificado la actuación del resto de los alcaldes de casa y corte en el espacio de las obras y bosques madrileños. Por

⁶⁹ Título fechado el 11 de enero (AGS, EMR, QC, leg. 36, 957-960).

⁷⁰ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques.

⁷¹ Como ordenara Felipe III en cierta ocasión: “quando se ofreciere auer de pedir alguna información o otra cossa a los alcaldes, lo escriba la Junta al presidente del Consejo que se lo ordenará” (AGP, AG, leg. 853).

todo ello, Ibarra propuso el camino opuesto, agregar las funciones de juez de bosques entre las de un alcalde de casa y corte concreto. Felipe III asumió este criterio, y la desaparición de Chierque fue aprovechada para que su sucesor fuese un alcalde de casa y corte a quien se añadían las funciones de juez de bosques, y no un probo letrado que recibía directamente tal título, y tiempo después el de de alcalde de casa y corte, a modo de aporte jurisdiccional. El elegido fue el licenciado Silva de Torres, protegido del duque de Lerma⁷², en cuyo título se percibía claramente la realidad de los sitios reales como una entidad conjunta tendente a la consolidación y la homogeneidad; no sólo porque la jurisdicción del juez de bosques fuese acumulativa con el corregidor de Segovia y el gobernador de Aranjuez, en lo tocante a delitos de caza en Valsaín y Aranjuez –al margen de su intervención exclusiva en El Pardo y la Casa de Campo–, sino porque las penas de cámara obtenidas del castigo de tales delitos revertían sobre las obras del Alcázar de Madrid y el palacio de El Pardo. Y, a su vez, el cumplimiento de las tareas contenidas en su comisión requería de la aplicación de la jurisdicción cortesana más allá de las 5 leguas, representada por la vara⁷³.

⁷² Lerma avisó de la decisión regia a Ibarra, añadiendo que “con esto quede introduzido el encargar las cosas de los bosques a uno de los alcaldes de corte y se consuma su plaza” (AGS, CSR, leg. 302, f. 25, duque de Lerma a Ibarra, 19 de noviembre de 1608). El cambio se apreció con claridad en la propia redacción del título de Silva de Torres: “El Rey. Por quanto por prouissiones y cédulas del Rey mi s[er]ñor que aya gloria y más está mandado guardar la caça, pesca y leña y hierua del n[uest]ro bosque y monte del Pardo y del heredamiento de la Cassa del Campo por los límites y de la manera que en ellas está particularm[en]te declarado, y porque el liçen[cia]do don P[ed]ro Quierq[u]e de Salazar al[ca]lde de n[uest]ra cassa y corte y juez de n[uest]ros bosq[ue]s que por n[uest]ro mandado y comission ha conoçido de los cassos que sobre la execucion y cumplimi[en]to dellas se an ofresçido es fallesçido y n[uest]ra uolvtad es que uno de los al[ca]ldes de la d[ic]ha n[uest]ra cassa y corte conozca de aquí adelante de los d[ic]hos cassos sin que por ello se le aya de dar ni lleue salario alguno y por la satisfacion que tengo de uos el liçen[cia]do Silua de Torres al[ca]lde de la d[ic]ha n[uest]ra cassa y corte y acatando lo que me hauéis seruido y spero lo continuaréis adelante os he elegido y nombrado como por la presente os eligo [*sic*] y nombro para que de aquí adelante y entretanto que yo no prouieiere y mandare otra cossa conozcáis de los d[ic]hos cassos, Madrid, 8 de diciembre de 1608” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 22r-23v).

⁷³ “Y es n[uest]ra uolvtad que quando saliéredes fuera de las çinco leguas de n[uest]ra corte ha entender y ocuparos en algunas cossas de las contenidas en esta n[uest]ra comission podáis lleuar y traer bara de n[uest]ra justiaça uos y u[est]ros alguaziles” (*Ibidem*, f. 23r). También en el caso del Soto de Roma su rendimiento y las penas de cámara aplicadas en él debían revertir al pagador de las obras de la Alhambra (AGP, Registros, lib. 23, libro 1º de la Junta de obras y bosques, f. 100r-v, orden de la junta para don Fernando Carrillo, 12 de septiembre de 1612).

Hasta finales del reinado de Felipe III se dio sin modificaciones esta imbricación de las funciones del juez de bosques entre las propias de un alcalde de casa y corte concreto, en la persona del licenciado Miguel de Cárdenas y Chincoya, mientras el conjunto de la sala de los alcaldes entendía no sólo de las apelaciones a sentencias del alcalde-juez de bosques, sino de los hechos criminales con resultado de muerte acontecidos en los sitios reales; intervención que no era del gusto de la Junta de obras y bosques. En tiempo de Felipe III, la implicación de los alcaldes de casa y corte en materia de obras y bosques se acentuó, en buena medida por motivos circunstanciales, pero no existía un criterio claro y continuo respecto al cariz de esta intervención. Parecía darse por supuesta, pero se variaba diametralmente de parecer. Así, las obligadas ausencias del licenciado Silva de Torres, juez de obras y bosques ocupado en otra comisión del servicio real, propiciaron que en tales ocasiones sirviese el alcalde de casa y corte de mayor antigüedad⁷⁴. Lo propio sucedió en el caso del licenciado Cárdenas y Chincoya, si bien en este caso el mandato procedió directamente de cédula real⁷⁵. Probablemente, la comisión eventual de tales negocios al alcalde más moderno no había arrojado el fruto esperado.

Sin embargo, con la llegada al trono de Felipe IV este esquema sufrió alteración. Cárdenas y Chincoya fue exonerado de su ejercicio de obras y bosques el 19 de febrero de 1622, y en el verano del año siguiente la Junta de obras y bosques defendió ante el rey la conveniencia de nombrar persona que sirviese la plaza de juez de obras y bosques sin dependencia de otra ocupación, para lo que propuso al licenciado Mateo López Bravo. Es decir, se volvía a la situación previa. A favor de su designación influyó la posesión de virtudes objetivas para el ejercicio del cargo, como su profundo conocimiento en materia venatoria, o

⁷⁴ AGP, Registros, lib. 23, libro 1º de la Junta de obras y bosques, auto de la junta de 28 de noviembre de 1610.

⁷⁵ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 524v-525r: “porque suçede haçer algunas ausençias el d[ic]ho al[ca]lde a cuya causa no puede acudir a la expedición y despacho de los negoçios q[ue] se ofreçen tocantes a la d[ic]ha caça y obras del Alcázar de la u[ill]a de M[adri]d y casas rreales de su contorno, y a mi seruicio conbiene que este no çese, es mi uolntad y mando que en las ausençias que hiçiere el d[ic]ho D. Miguel de Cárdenas y los que adelante le sucedieren en la d[ic]ha comisión, el al[ca]lde más antiguo de la d[ic]ha mi casa y corte conozca de todos los d[ic]hos negoçios y causas q[ue] en las d[ic]has ausençias se ofreçieren, Madrid, 3 de julio de 1616, refrendada de Tomás de Angulo y señalada de los de la Junta de obras y bosques”. Una copia de esta cédula en AGP, AG, leg. 853. El título como juez de bosques a favor de Cárdenas y Chincoya databa de 10 de mayo de 1615, y se encuentra en IVDJ, envío 100, caja 141, ff. 367r-368r.

—sobre todo— la realización previa de comisiones relacionadas con el ramo, caso de la visita realizada poco antes al personal de obras y bosques de Madrid, tanto en la vertiente material de los diferentes oficios, como en la gestión económica de los mismos⁷⁶. Comisión especialmente delicada fue la referida a la casa de la moneda de Segovia, en la que la Junta de obras y bosques le encargó averiguar el encono existente entre el administrador y el teniente de tesorero, que obligaba al primero —según su propio testimonio— a estar “con la espada en la mano... defendiendo la hazienda de Su Mag[esta]d”⁷⁷. Resultado de la discreta indagación fue nueva comisión, recibida el 19 de junio de 1622, para castigar a los culpados⁷⁸. Colofón del eficaz desempeño de tan sensibles cometidos fue la designación como juez de bosques recibida en Madrid el 16 de marzo de 1623, en la que se advertía la limitación jurisdiccional propia del cargo, dado que, inicialmente, fueron sus subordinados quienes portaban los símbolos propios de la misma:

y aunque uos hauéis de ejercer esta comisión sin uara os conçedemos facultad para que las traygan los alguaziles y personas que lleuáredes o enuiáredes a prender los culpados⁷⁹.

⁷⁶ “El Rey. Licenciado Matheo López Brauo a mi seruicio conuiene q[ue] se sepa cómo an exercido y exercen sus offiçios el juez del bosque del Pardo y sus offiçiales y el ueedor y m[aest]ro mayor, pagador, aparejadores, tenedor de materiales y los m[aest]ros, sobrestantes y otros oficiales a cuyo cargo an estado y están las obras de la uilla de Madrid y el Alcayde, guardas, jardineros, sobrestantes, arbolistas y otras personas que an seruido y siruen en mis casas del Pardo y el Campo desde q[ue] se hiço la última uisita, y si an guardado lo que por leyes y pregmáticas, instrucciones, prouisiones y çédulas les está mandado, o contrauenido a ellas y en q[ué] cosas o casos, y asimismo si el ueedor, maestro mayor, pagador y ministros de pluma y todas las demás personas que an tratado o interuenido en el concierto, iguala, gasto, pago, de qualesquier libranzas, obras, maherimientos y finalmente de todo aquello que en qualquier manera toca, perteneçe y depende y a tocado, perteneçido y dependido prinçipal o acesoriam[en]te en todo o en parte a qualquiera cosa tocante a la juridición y administración de la Junta de mis obras y bosques en los casos y cosas referidas deste Alcáçar y casas del Pardo y el Campo y los demás bosques, monte y dehesas” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 88v-89v).

⁷⁷ No fue el único servidor del ingenio que acusaba al teniente de tesorero, dado que el ensayador le responsabilizó de la falta de la labor de plata de particulares correspondiente al año 1622. A su vez, López Bravo debía averiguar si en la fundición de cizallas de plata de particulares hecha por cuenta de su Majestad en 1621 hubo algún fraude. Las materias por indagar fueron fijadas por la junta el 4 de marzo de 1622, y dos días después López Bravo recibió su comisión (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 112r-113r).

⁷⁸ *Ibidem*, ff. 131v-132r.

⁷⁹ *Ibidem*, ff. 150r-151v.

A esta comisión siguió otra, el 19 de septiembre de 1623, que rectificaba la anterior en ese punto:

que para todo y cada cossa y parte dello y lo a ello anexo y concerniente y traer uara de n[uest]ra justia así en esta corte como fuera della donde residieredes o fuéredes a entender en algo desto os concedemos tan cumplido poder como se requiere⁸⁰.

Y ello, pese a que, como consta en el propio libro de cédulas reales, López Bravo había jurado ya como tal juez de obras y bosques el 5 de abril de 1623⁸¹. Puede especularse que, en principio, el ejercicio de la plaza por su parte tuvo cierto carácter interino, de modo que no se le confirió tal elemento de representación jurisdiccional hasta que fue confirmado en la plaza mediante el nuevo título⁸².

Tras su periodo de ejercicio retribuido sin vara, la junta había defendido la firma de título en su favor, con título adicional de alcalde de casa y corte que le cubriese jurisdiccionalmente. Aprobada la propuesta por el rey, ello significó la recuperación por parte del título de alcalde librado en favor del juez de bosques de un sentido formal o funcional, en el ámbito de sus competencias, pero no efectivo en el conjunto de las propias de la figura de alcalde de casa y corte. Destinado, pues, a prestarle cobertura jurisdiccional en un espacio más de la corte. En este sentido, Felipe IV dejó bien claro al secretario de obras y bosques, Pedro de Hoff Huerta, que la designación debía entenderse sin adquirir antigüedad entre los alcaldes, mientras no entrase a ejercer su plaza principal de forma efectiva, convirtiéndose en ese momento en el alcalde más reciente. Conforme a ello, ordenado por Hoff el despacho de su cédula, para hallarse con el resto de alcaldes en la vista de apelaciones de pleitos de bosques, López Bravo terminó recibiendo su título el 26 de septiembre de 1623. Dado que la apelación de los casos

⁸⁰ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 175v-176v.

⁸¹ *Ibidem*, f. 150r.

⁸² Una consulta de la junta de agosto de 1623 da las claves que desembocaron en el nombramiento de López Bravo como juez de obras y bosques. Convenía nombrar persona para el cargo sin dependencia de otra ocupación, y la satisfacción dada por el nominado en la instrucción de la visita previa del personal de obras y bosques, le convertía en el candidato idóneo. Finalmente fue consultado por la junta al rey para que sirviese con sueldo y sin vara. El rey lo admitió y después convino que quien ejercía la autoridad lo hiciese con la jurisdicción correspondiente (AGP, AG, leg. 853). El 11 de septiembre el rey aclaró a Pedro Hoff Huerta que el título recibido por López Bravo de alcalde de casa y corte era sin ganar antigüedad, en tanto no entrase a ejercer la plaza, momento a partir del cual sería el más reciente (*Ibidem*).

de obras y bosques determinados en primera instancia, entre otros, por el juez de bosques —esto es, López Bravo— correspondía a los propios alcaldes de casa y corte, ello hizo necesario emitir cédula real complementaria que le facultaba para sentarse con el resto de los alcaldes a conocer de tales apelaciones, pero al tiempo le ordenaba abstenerse en aquellos casos de los que hubiese entendido en primera instancia⁸³.

La labor de López Bravo evidenció como las funciones ejercidas por el alcalde juez de bosques, por operar, precisamente, en ese espacio liminar, estaban sujetas a equívocos y una interpretación excesivamente rigurosa de su cometido —que reglamentariamente ya lo era—, que contribuía a la superpoblación de la cárcel de corte. En ocasiones, el malentendido parecía tan evidente (el ámbito territorial en que nos movemos era patria de la picaresca) que desembocó en una rectificación de la decisión inicial del juez por parte de la junta. En mayo de 1624, Juan López Hidalgo y Diego de las Peñas, vecinos de Colmenar Viejo, acarreaban carbón en dos machos por el camino real de El Pardo, cuando dos mastines que les acompañaban corrieron tras un conejo, a la vista de un guarda del soto de Somontes. Aunque el animal no resultó muerto, fueron condenados en 5.000 maravedís y un año de destierro. El 6 de julio la junta acordó levantarles parcialmente la condena⁸⁴. Con ocasión de la Pascua navideña, se revisaban las causas de los reos por delitos de caza, de cara a beneficiar a parte de ellos con la figura del indulto, potestad de aplicación discrecional por parte del rey y los organismos cortesanos que constituían su naturaleza jurisdiccional, de extenso

⁸³ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 179r, cédula real de 3 de octubre de 1623: “El Rey. Por quanto el licenciado Matheo López Brabo a quien he nombrado por alcalde de n[uest]ra casa y corte y para que conozca de los negocios tocantes a mis bosques que se le cometen por cédula de diez y nueve de septiembre deste año a de conocer dellos en primera instancia y los alcaldes de n[uest]ra casa y corte en grado de apelación de sus sentencias y de las del gouernador de Aranjuez y corregidor de Segouia en lo tocante a aquellos bosq[ue]s conforme a lo que está mandado, y porque tengo por bien que a la uista y determinación dellos en grado de apela[ci]ón se halle presente juntam[en]te con los alcaldes de n[uest]ra casa y corte mientras no mandare otra cosa sin que adquiea antigüedad hasta que entre a exercer la plaça de alcalde en la forma que los demás y que tenga uoto en los negocios y causas que él no hviere sentenciado en primera instancia, mando que assí lo haga y a ellos que señalen el día y ora en que hviere[n] de ueer y le ausen dello y sin su asistencia no determinen cosa alguna estando para yr al tribunal. Fecha en Madrid a tres de otubre de mil seiscientos y ueinte y tres años. Yo el Rey. Por mand[ad]o del Rey n[uest]ro s[eñor] Pedro de Hoff Huerta, señalada de los dichos de la Junta”.

⁸⁴ AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, f. 211v.

uso, que regulaba la abundancia de prisioneros⁸⁵. Tales relaciones de reos solían ser detalladamente estudiadas por la junta⁸⁶, salvo en ocasiones más excepcionales como por ejemplo el alumbramiento de una persona real, en cuyo caso la aplicación de la figura era mucho más extensa⁸⁷. La tarea ejercida por López Bravo permite deducir que el alcalde juez de bosques era agente ejecutor de las medidas de gracia acordadas por la junta. En diciembre de 1627 recibió la orden de alzar el destierro de Bartolomé de la Morena, vecino de Colmenar Viejo, condenado por el alcalde don Pedro Díaz Romero —en una de las ausencias de López Bravo— en 5.000 maravedís y un año de destierro⁸⁸.

En los primeros meses de 1628 ejerció la comisión don Francisco de Valcárcel, alcalde de casa y corte, que suscribió un asiento con el lugar de Aravaca, sobre los daños que le causaba la caza de El Pardo. Este acuerdo permite advertir como la dificultad económica de la monarquía afectaba hasta a los pagos más susceptibles de postergación, como podían ser considerados tales indemnizaciones. A Valcárcel se le ordenó el pago de los daños ocasionados en el periodo

⁸⁵ Un trabajo fundamental al respecto, J. L. DE LAS HERAS SANTOS: “Indultos concedidos por la Cámara de Castilla en tiempos de los Austrias”, *Studia Historica. Historia Moderna* 27 (1983), pp. 114-141.

⁸⁶ Como ejemplo, se puede citar la orden emitida por la Junta de obras y bosques el 21 de diciembre de 1624, ante la relación de presos por causas de caza por visita de Pascua de Navidad previamente remitida por el licenciado López Bravo. La junta decidió que don Martín de Guzmán, Diego de León, Gregorio García, Bartolomé Bravo y Jusepe Garrido siguiesen su justicia; Juan López saliese con un año de destierro “y no le quebrante so pena que será castigado con todo rigor”. Melchor López, Damián Bravo y Juan Baquero, “uayan sueltos y no caçen pena de que se executarán en ellos las que dispongan las prouisiones”. Miguel Granica [*sic*] iría suelto como estos últimos, pero con la condición de pagar 10.000 maravedís, que serían aplicados en sus dos terceras partes al Hospital General, y la otra a doña Inés de Aguilar, que se ocupaba del regalo de los pobres de la Pasión. Pedro Sánchez Hortelano y Diego de Liçes serían liberados, pero no así Pedro Muñoz Potrilla, quien debía seguir su justicia, ni Juan de Diego de Benavente, quien debía cumplir su destierro. Por su parte, don Pedro de la Cadena debía ser suelto en fiado (AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques).

⁸⁷ Por ejemplo, en AGP, Registros, lib. 25, 3º de la Junta de obras y bosques, ff. 167v-173r, orden de la junta, de 19 de octubre de 1629, formada por el cardenal presidente, el conde de los Arcos, el conde de la Eriseira y Tomás de Angulo, que decidieron: “Los presos que actualmente lo están contenidos en las quatro ojas desta relación sean sueltos por uirtvd del indulto del naçim[ien]to del Príncipe n[uest]ro señor”.

⁸⁸ AGP, Registros, lib. 25, 3º de la Junta de obras y bosques, orden al alcalde Mateo López Bravo de 5 de diciembre de 1627.

comprendido entre 1614 y 1623, y se deduce que la satisfacción de la cantidad se hizo tanto en especie, 300 fanegas de pan, mitad trigo y mitad cebada, satisfechas a la villa de Madrid por la deuda que Aravaca tenía con ella por el arrendamiento de los Miales, como en metálico, 150 ducados anuales, con la condición de cercar y tapiar las viñas de Valderrodrigo. A su vez, la Junta de obras y bosques acordó que este asiento corriera en adelante, por un periodo de 6 años, es decir, hasta el final de 1633, a condición de que el lugar de Aravaca se abstuviera de pedir daños de caza⁸⁹. Antes de la designación formal de un nuevo alcalde juez de bosques, Valcárcel todavía tendría tiempo de ejecutar nuevas medidas de gracia por orden de la junta, la modificación de las condiciones del destierro al que Alonso Martín y otros pastores, vecinos del lugar de Las Rozas, estaban condenados por una causa de caza⁹⁰.

A la muerte de López Bravo, la junta consultó su vacante el 3 de marzo de 1628, lo que permite apreciar, al margen de la potestad del comité en este punto, que entonces seguían vigentes las condiciones fijadas en el momento de su designación: ejercicio de juez de bosques con título de alcalde, y condición de no ganar antigüedad en la sala de alcaldes de casa y corte mientras no entrase en ejercicio⁹¹. La consulta permite apreciar que, en su funcionamiento, la junta mostraba por entonces síntomas de “consiliarización”, a la que aludiré, dado que la relación de candidatos potenciales recuerda fuertemente a las elaboradas por el Consejo de cámara, tanto formalmente como por la inclusión de un mismo perfil letrado, acorde con la plaza. El aspirante que contó con mayor apoyo, 9 votos, fue el licenciado don Antonio de Brizuela y Urbina, alcalde del reino de Navarra, seguido por el licenciado don Juan de Salas y Valdés, alcalde mayor del reino de Galicia, con 7, junto con otros 4 candidatos: el licenciado don Gregorio González de Cuenca y Contreras, oidor de la Contratación de Sevilla; el licenciado don Francisco de Alarcón, alcalde de la Cuadra de Sevilla; el licenciado don Jerónimo de Luna y Mendoza, hijo de don Álvaro de Luna, y el licenciado don Alonso

⁸⁹ AGP, Registros, lib. 25, 3º de la Junta de obras y bosques, orden de 21 de marzo de 1628.

⁹⁰ Se les reducía a voluntario, para cuando la junta lo fijase (*Ibidem*, f. 74v).

⁹¹ Y con un salario anual de 450.000 maravedís, 300.000 situados en la mesa maestra de Alcántara y 150.000 en la nómina de los Consejos, con casa de aposento, médico, botica y propinas, como el resto de los alcaldes (AGP, AG, leg. 853). Además, cfr. I. EZQUERRA REVILLA y R. MAYORAL LÓPEZ: “La Caza real y su protección: la Junta de obras y bosques”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M.A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III*, Madrid 2008, vol. I, pp. 811-992, esp. pp. 924-946.

Ramírez de Prado. En el segundo y tercer caso, se trataba de hijos de oidores del Consejo, respectivamente los licenciados don Diego González de Contreras y don Francisco de Alarcón, y en el último el hermano de don Lorenzo Ramírez de Prado (quien había ejercido como miembro del Consejo de Santa Clara de Nápoles), y cuyo mérito más tangible era haber continuado sus estudios “trauajando con cuidado como se hecha de uer en siete libros que ha impresso, assí en derecho como en buenas letras”⁹². Como en el caso indicado, méritos y logros impropios para el ejercicio de la plaza por cubrir. En tercer lugar, con 6 votos, fue propuesto por la junta el licenciado don Luis Enriquez, fiscal del Consejo y Corte Mayor del reino de Navarra. Pero el detalle más destacado de la consulta llegó al final, con el voto particular del conde de la Eriseira, quien propuso sumar nuevamente las funciones de juez de bosques entre las de un alcalde de casa y corte concreto, para beneficiar el erario regio y la propia dignidad de la plaza. El rey no atendió esta opinión, pero tampoco designó para la plaza a ninguno de los candidatos propuestos por la junta, quizá contrariado por el desprecio que esta había hecho al inicialmente propuesto por el rey, el licenciado don Rodrigo Jurado, para quien, “conforme a sus partes y méritos no ha auido uotos para proponerle en ella”. El finalmente designado por el rey fue don Fernando de Ojeda, oidor de Sevilla. La pauta estaba ya establecida, y el doctor Ojeda gozó de tal condición de juez de bosques desde el 16 de mayo de 1628, al tiempo que se expedía cédula para que se hallase en la sala de alcaldes con las mismas condiciones fijadas anteriormente para López Bravo⁹³. Pero la controversia respecto al estatuto del juzgado de bosques (ejercicio autónomo o comisión añadida a un alcalde de casa y corte) continuó, y a finales de 1629 el gobernador del Consejo invocó la falta de alcaldes que en ese momento padecía la corte —lastrados por el ejercicio comisional que les caracterizaba—, para proponer al rey que Ojeda ejerciese como tal, y que en adelante fuese la práctica establecida. Ante ello, Felipe IV consultó a la junta —de la que formaba parte el propio gobernador—, que abogó por no hacer novedad, con el voto explícito en contra del conde de Eriseira, quien repitió el ya formulado en la propuesta de sucesores para López Bravo⁹⁴. Como se verá, la evolución de la plaza de juez de bosques osciló entre ambas opciones, esto es, su independencia y su atribución a un alcalde de casa y corte, hasta la propia imposición de esta última mediado el siglo XVIII.

⁹² AGP, AG, leg. 853.

⁹³ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 327r-329v. Hasta entonces, Ojeda había sido juez de grados de la audiencia de Sevilla.

⁹⁴ AGP, AG, leg. 853, consulta de 11 de enero de 1630.

No obstante, la permanencia de Ojeda en la plaza de juez de bosques fue breve, dado su pronto paso a la Contaduría Mayor de Cuentas, por lo que la Junta de obras y bosques hubo de elaborar una nueva relación de posibles sustitutos, el 7 de diciembre de 1631, que, formalmente, recordaba cada vez en mayor medida a las realizadas por el Consejo de cámara, dado que en esta ocasión fueron propuestos tres candidatos, y se especificó qué integrantes de la junta votaban a cada uno de ellos. El arzobispo-gobernador, el condestable, el marqués de Alcañices, Tomás de Angulo y el marqués de la Torre, propusieron en primer lugar a Pedro Fernández de Baeza, de probados méritos, y abonado por Lorenzo Ramírez de Prado y el doctor Juan de Solorzano, si bien la junta confesaba que había sido antepuesto sobre todo “por hauerse entendido que muestra seruirse dello la reyna n[uest]ra señora”. Quizá esta era la razón por la que a continuación, la junta mezclaba en segundo y tercer lugar a los siguientes candidatos, “porque tuvieron uotos singulares y no conbinieron en la graduación”. La unanimidad era la forma de impulsar al candidato de la reina ⁹⁵, no porque fuera necesaria —ya hemos visto la lógica libertad del rey para hacer su elección—, sino porque era la forma de demostrar su identificación con el deseo regio por parte de los miembros de la junta. Naturalmente, el elegido fue Fernández de Baeza, cuya designación fue publicada el 19 de diciembre de 1631. En sí misma, esta evidenciaba la propia evolución de la Monarquía hispana, pues era natural de México, y hacía patente el fenómeno del retorno y asimilación de la población criolla en la administración castellana, como consecuencia de la entidad alcanzada. Fernández de Baeza se había graduado en filosofía en la ciudad de México, y después se había licenciado como canonista en la universidad de Salamanca, y había sustituido en la cátedra de prima de cánones al doctor Juan de Balboa. A su vez, su

⁹⁵ El condestable y el conde de Solre propusieron a don Alonso Méndez de Parada, oidor más antiguo de la audiencia de Sevilla; su compañero en la audiencia, don Alonso Ramírez de Prado, fue propuesto en primer lugar por el conde de Solre, y en segundo por el marqués de Alcañices; don Juan de Molina, hijo de Melchor de Molina, oidor del Consejo, fue propuesto en segundo lugar por el arzobispo-gobernador y en tercero por Tomás de Angulo; don Francisco de Robles, colegial de Oviedo, lo fue en segundo lugar por don Francisco de Robles, y en tercero por el marqués de Alcañices; don Fernando Niño y Guzmán fue propuesto por Tomás de Angulo en segundo lugar; el licenciado Íñigo López Bravo, hijo del médico de la emperatriz María y de la infanta doña Margarita, y hermano del licenciado Mateo López Bravo, sólo por el marqués de la Torre en segundo lugar; don Diego de Angulo, colegial del arzobispo, e hijo del propio Tomás de Angulo integrante de la junta, fue apoyado en primer lugar por el gobernador del Consejo, y por el conde de Solre en tercer lugar; el último nominado fue el doctor don Francisco de Quiñones, a quien propuso el marqués de la Torre en solitario, en tercer lugar (AGP, AG, leg. 853).

padre, Juan de Baeza, llevaba muchos años como guarda mayor de la casa de la moneda de México⁹⁶.

Para entonces estaba plenamente asentada la presencia del alcalde juez de bosques en la sala de alcaldes, para la sentencia de los casos de caza recibidos en grado de apelación⁹⁷. Durante su ejercicio, además, se dieron circunstancias formales que evidenciaron la permanencia del alcalde juez de bosques en un espacio en el que lo doméstico y lo cortesano se mostraban como un conglomerado de difícil distinción, ya que se le permitió cobrar los 150.000 maravedís de sus haberes que tenía cargados sobre la nómina de los Consejos por certificación del veedor de las obras del Alcázar de Madrid⁹⁸. Por la promoción de Fernández de Baeza a la presidencia de la audiencia de Guadalajara fue designado como juez de bosques el doctor don Francisco de Quiñones, quien recibió título como tal y

⁹⁶ A su vez, en 1625 había servido con 1.000 pesos de oro común de donativo. Sus abuelos paterno y materno, Diego Fernández de Alcaudete y Salvador de Baeza, fueron de los primeros conquistadores de la Nueva España, siendo ocupados por los virreyes en diferentes oficios. Mérito adicional había sido la composición de un libro en latín “de disputas de mucha erudición y doctrina” (AGP, AG, leg. 853).

⁹⁷ AHN, Consejos, lib. 1171, f. 79v: “Para que el alcalde juez de bosques se halle presente en la sala a la uista y determinación de los negocios que en materia de caça fueren en grado de apelación ante los alcaldes (...) El Rey. Por quanto el liçen[cia]do don Pedro Fernández de Baeza a quien he nonbrado por alcalde de mi casa y corte y para que conozca de los negocios tocantes a mis bosques que se le cometen por cédula mía de la fecha esta a de conocer dellos en primera ynst[ancia] y a preuención según que en ella se declara y los alcaldes de la dicha m casa y corte en grado de apelación de sus sentencias y de las del gouernador de Aranjuez corregidor de Segouia y alcalde mayor del Escorial en lo tocante a aquellos bosques conforme a lo que está m[anda]do, tengo por bien y mando que a la uista y determinación dellos en grado de apelación se alle presente juntamente con los dichos alcaldes en su sala mientras yo no mandare otra cosa, sin que adquiera antigüedad hasta que entre a exercer la plaça de alcalde en la forma que los demás y tenga boto en los negocios y causas quél no ubiere sentenciado en primera ynstancia. Y mando que así lo haga y a ellos que señalen el día y ora en que se vuieren de uer y le auisen dello y sin su asistencia no determinen cosa alguna estando para poder ir al tribunal que así es mi uoluntad. Fecha en Madrid a beinte y tres de diçiembre de mill y sei[scent]os y treinta y un años. Yo el rey. Por mandado del rey n[uest]ro s[eñor] don Francisco de Prado”.

⁹⁸ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, f. 101r, cédula real dirigida al gobernador y Consejo de Hacienda, Madrid, 31 de agosto de 1632: “Visto en la Junta de mis r[eale]s obras y bosques he tenido por bien de mandar que de aquí adelante en lugar de la certificación de los contadores de penas de cámara que es obligado a presentar lo sea solam[en]te del ueedor y contador de las obras de mi Alcázar de Madrid de como ha cumplido con lo que por las d[ic]has cédulas está dispuesto y mandado”.

como alcalde de casa y corte –con las referidas salvedades–, el 10 de mayo de 1642⁹⁹. No obstante, este relevo no fue directo, dado que, en un principio, el rey había nombrado para el puesto, ante relación previa de candidatos formulada por la junta, al licenciado don García de Medrano, pero este no aceptó; la plaza fue nuevamente consultada el 24 de enero de 1642 y finalmente elegido el mencionado Quiñones¹⁰⁰.

Un hecho destacado es que la comisión recibida como alcalde juez de bosques no representaba un poder ilimitado que cubriera la totalidad de su ejercicio jurisdiccional, sino que este recibía comisiones adicionales para ejecutar las sucesivas tareas que se le iban planteando. Así sucedió el 9 de marzo de 1637, cuando el licenciado don Pedro Fernández de Baeza recibió el encargo de indagar el asesinato de Juan Serrano, sobreguarda de Aranjuez, a manos de unos cazadores de Añover¹⁰¹. De este modo, los autos y órdenes de la junta quizá constituyan el indicio más fiable de su funcionamiento, al concretar mandatos de orden más general, o constituir acuerdos eventuales para mejorar el funcionamiento de la propia junta. Por ellos puede advertirse que, conforme al perfil de sus integrantes, la tarea jurisdiccional no estaba entre sus predilectas, y, coincidiendo con la designación del alcalde de casa y corte más antiguo para conocer de causas de obras y bosques por ausencia del titular, un auto le atribuyó también el conocimiento de aquellas causas apeladas ante la junta¹⁰². Visto el contenido y efecto surtido por

⁹⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIV, ff. 15v–19r y f. 28v.

¹⁰⁰ AGP, AG, leg. 853.

¹⁰¹ Cédula en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, ff. 203v–204r.

¹⁰² AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, f. 93r–v, orden dirigida al alcalde Juan de Aguilera: “Porque en la Junta de Obras y Bosq[ue]s están pendientes algunos pleitos que a ella uienen en grado de apelación conforme a lo que Su M[ajesta]d tiene mandado y por no estar sustanciados no se determinan y para poderlo hazer y por que en estos negoçios de justiçia se camine oyendo a las partes a su satisfacción y defendiendo la de Su M[ajesta]d en todo lo que conuiniere por los ministros que para esto tiene señalados en el minist[er]io de Obras y Bosq[ue]s, ha acordado la Junta que el al[ca]lde más antiguo de la casa y corte de Su M[ajesta]d que conforme a la orden que está dada a de conosçer y conosçe de las materias de obras y bosques sustancie todos estos pleitos que así están pendientes y adelante uinieren a la Junta hasta que estén concludos y en estado de poderse sentençiar y entonçes se buelban al ofi[ci]o para que de allí se entrquen al relator en la forma q[ue] se acostumbra. Y teniéndolo así entendido lo que la Junta a acordado ordenará u[vestra] m[erced] se proçeda en estos casos conforme a justiçia, que para este efecto se entregarán los p[le]itos a Fran[ci]sco Gómez scriu[an]o de obras y bosques. Dios g[uar]de a u[vestra] m[erced] como puede, en Madrid a 6 de junio de 1612. Thomás de Angulo (rúbrica)”.

esta orden se advierte que la mediatización entre los sitios reales y el entorno era de doble sentido, y que los mandatos de la junta también surtían efecto sobre la organización de la jurisdicción cortesana, instaurando transitoriamente un expediente que recordaba a la actuación del asesor del Consejo Real respecto a la junta de Bureo. Un ejemplo práctico de la labor del designado en este menester lo constituyó la ejecución del acuerdo suscrito entre el rey y la villa de El Escorial y los lugares de Peralejo y Valmayor sobre ahuyentar la caza de sus heredades, que pasó por la excarcelación de un vecino de la cárcel de corte.

Aunque la apelación de los casos de caza pronunciados en primera instancia por el juez de bosques, el gobernador de Aranjuez o el corregidor de Segovia correspondiera a la sala de alcaldes, la junta conoció de la de otras causas como las relativas a ejecuciones y orden económico¹⁰³. Además, la junta trató de dejar bien claro que la jurisdicción ejercida por la sala de alcaldes en los casos indicados era delegada y no natural, en virtud de la comisión emanada de órdenes despachadas por ella, tal y como señalaba una cédula real de 1628¹⁰⁴. No obstante, como se indica en el primer epígrafe de este capítulo, en el proceso general de consolidación institucional que venimos ilustrando, la junta fue capaz a partir de la fecha aproximada de 1650 de avocar y retener las apelaciones que estimase oportunas, en relación a la sala de alcaldes. A su vez, a la hora de entender de las referidas apelaciones, la sala padecía una restricción al aplicar la legislación vigente, puesto que no podía dictar sentencia con arreglo a las leyes generales del reino, sino de conformidad con las ordenanzas de los sitios reales, limitación que, por lo demás, contribuía a acentuar la indistinción en la actuación de agentes jurisdiccionales sobre el espacio protegido.

Dada su actuación en un entorno jurisdiccional de difícil distinción, la relación entre la sala de alcaldes de casa y corte y la Junta de obras y bosques no estuvo exenta de roces cuya decantación última correspondía al rey. En 1624, un guarda de límites se disponía a prender a dos guardas del Soto del Piul por denuncia presentada por un arrendador de la caza del mismo, cuando para atemorizarle le acusaron de haberles sustraído cierta cantidad de dinero. Ante la falsedad de la

¹⁰³ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 195r, cédula real de 5 de febrero de 1624: “Alonso Martínez de Antonio uezino de la uilla de Seseña se presentó ante los de la Junta de mis Obras y Bosq[ue]s en grado de apelación de ciertos autos pronunciados por Juan de Zurita executor de Aranjuez en la mexora y execución que hizo en sus bienes y fiadores por cinquenta y tres fanegas de céuada que deuía a Francisco García uezino de Cienpoçuelos como cesionario de Bartolomé Moral”.

¹⁰⁴ P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas y Cédulas de los Bosques Reales del Pardo, Aranjuez, Escorial, Balsaín y otros*, Madrid 1687, pp. 464-465.

acusación, el guarda de límites denunció a ambos ante la junta, que comenzó a actuar contra estos, cuando la sala de alcaldes ordenó que el escribano de obras y bosques acudiese ante ella a hacer relación y, seguidamente, se quedó con el procedimiento. Ante la queja de la junta, el rey decidió determinar la cuestión de competencia¹⁰⁵. Asimismo, en su calidad de instancia de apelación del juez de bosques, la sala de alcaldes debía aplicar dos tercios de las penas resultantes a la cámara real y la restante al denunciador; si bien en el primer caso existía una acotación espacial, y las penas procedentes de sitios reales debían ser entregadas al pagador de las obras del Alcázar de Madrid. La sala no siempre atendió esta disposición, y por ello fue necesaria la emisión de cédulas reales que se lo recordasen, mediante la Junta de obras y bosques¹⁰⁶. A su vez, la junta era competente para corregir abusos de la sala de alcaldes sobre el alcalde juez de bosques, cuando, por ejemplo, entraba a juzgar un caso del ramo que no había sido previamente sentenciado por él en primera instancia, y apelado. En 1646 ordenó que respetasen el conocimiento del doctor don Francisco de Quiñones sobre diferentes personas que habían entrado de noche en el sitio de La Florida¹⁰⁷. Igualmente, la junta rectificó la libertad previamente concedida por la sala de alcaldes a ciertos presos embarcados por el alcalde juez de bosques mediante cédula real de 6 de julio de ese año, que insistía en prohibir la intervención de la sala en esta clase de causas, hasta que conociera legalmente de ellas en grado de apelación¹⁰⁸.

Pero, jurisdiccionalmente, la definición de la Junta de obras y bosques se producía no sólo respecto a la justicia cortesana, sino también respecto a las autoridades de los sitios sujetos a su gobierno, y las autoridades municipales. Entre los muchos ejemplos que pueden ponerse, baste citar el auto de 30 de junio de 1621, que avocaba a sí la causa tocante a los bienes de Juan de Ugena, vecino de Olías, cuyo conocimiento se había atribuido el gobernador de Aranjuez¹⁰⁹. De igual modo, una cédula real de 28 de enero de 1624 obligó al alcalde mayor de Chinchón, el licenciado Juan García, a entregar cierto proceso a la Junta de obras y bosques por tocar a la dehesa de Tajuña, incluida en el territorio bajo conocimiento del

¹⁰⁵ AGP, AG, libros de cédulas reales, lib. XII.

¹⁰⁶ Un ejemplo, en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 346v-347r, cédula real de 6 de julio de 1628.

¹⁰⁷ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIV, f. 135r-v, cédula real de 6 de julio de 1646.

¹⁰⁸ F. COS-GAYÓN: *Historia jurídica del patrimonio real*, op. cit., p. 85.

¹⁰⁹ AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, auto en Madrid de 30 de junio de 1621.

gobernador de Aranjuez¹¹⁰. Tales actos de avocación por parte de la junta eran motivados por un contexto general de confusión y superposición jurisdiccional, que propiciaba que un asesinato cometido en el sitio real de Aceca en 1634 fuese inicialmente entendido por los alcaldes de la Hermandad de Toledo. Ello ocasionó su prisión y emisión de orden por parte de la junta, ordenando la remisión de los autos del caso¹¹¹.

1.1.3.2. *Concesión de medidas de gracia por parte de la junta en su ámbito de competencias*

La distinción de asuntos bajo competencia de la Junta de obras y bosques sería incompleta si no se mencionase la tramitación de la gracia regia en el territorio bajo su dirección, a la que ya se ha aludido en el apartado anterior. Parcialmente, constituía una prolongación eventual del ejercicio jurisdiccional a cargo de la junta, en la que esta se constituía en mero instrumento de la voluntad del rey, especialmente preocupado por la aplicación de tales medidas en su espacio patrimonial. Una cédula real tramitada por la Junta de obras y bosques el 21 de agosto de 1610 alzó a Pedro López del Molino, vecino de Colmenar Viejo, la parte que le quedaba por cumplir de los dos años de destierro de Colmenar y otras partes en que había sido condenado por cazar en el sitio de El Pardo¹¹². Pero la gracia gestionada en nombre del rey por la junta superaba el ámbito penal, y tomaba también la forma de concesión de mercedes. En 1609, el licenciado Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real, adquirió de la villa de Madrid un terreno aldeaño a las casas del contador Garnica y la Fuente de la Priora, junto al que había otro de propiedad real, cuya cesión a modo de merced por parte del rey fue tramitada por la junta¹¹³, si bien la ejecución de la obra sobre este último fue ciertamente controvertida. Puesto que, inicialmente, no fueron obedecidos por parte de Tapia los sucesivos autos que le ordenaban el cumplimiento de las trazas fijadas por

¹¹⁰ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 191v.

¹¹¹ *Ibidem*, lib. XIV, ff. 70v-71v.

¹¹² *Ibidem*, lib. XI, ff. 127v-128r, cédula real en Aranda de Duero, 21 de agosto de 1610, refrendada de Juan de Ibarra y señalada se este y del resto de integrantes de la junta en ese momento: los presidentes don Juan de Acuña y don Fernando Carrillo, y el conde de Salazar.

¹¹³ “Y acatando lo suso d[ic]ho y a lo mucho y bien que el d[ic]ho liçenciado P[edr]o de Tapia me ha seruido y sirue e tenido y tengo por bien de hazerle m[e]r[ce]d como por la presente se la hago del d[ic]ho pedaço de suelo para que en él y en lo demás que ha comprado de la d[ic]ha uilla de Madrid pueda labrar una cassa conforme a la traça que diere el d[ic]ho Fran[cis]co de Mora” (*Ibidem*, f. 37r).

Francisco de Mora, aposentador de palacio y maestro mayor de las obras reales, que evidenciaban la concepción de la corte como un espacio de integración, nacido desde el ámbito regio más restringido. Pero integración no implicaba confusión o desaparición de límites, y tales autos insistían en la necesidad de levantar un paredón que entorpeciese la libre visión desde la casa del licenciado hacia el Alcázar ¹¹⁴.

Es decir, Tapia se había beneficiado de una de las dos excepcionales exenciones de la carga de aposento concedidas por Felipe III, por su presencia en el Consejo Real y la localización de su casa, junto a palacio. Tal exención perpetua tenía más importancia si se considera que, previamente, ya había obtenido una exención por 5 vidas, o que en 1611 se vio beneficiado de merced equivalente el mismísimo duque de Lerma. Sin duda, la relación de Tapia con el favorito del rey, y con quienes en ese momento formaban el Consejo de cámara era fluida ¹¹⁵; pero, ante la inobediencia del oidor del Consejo, la junta repitió un auto todavía más perentorio el 8 de enero de 1611, por el que encargaba a Sebastián Hurtado, vecedor de las obras del Alcázar de Madrid, el embargo de la obra y la prohibición de

¹¹⁴ “En la uilla de Madrid a diez y siete días del mes de septiembre de mil y seisçientos y diez años, los s[e]ñore[s] de la Junta de Obras y Bosq[ue]s de Su Magestad por quanto por auto de çinco de maio pasado deste año, se ordenó a Fran[cis]co de Mora, aposenta[d]or de pala[ci]o y m[ae]stro m[a]ior de las obras q[ue] hiziese sauer al s[e]ñor liçen[ci]ado P[edr]o de Tapia del Cons[e]jo de Su Mag[esta]d y de la Santa y G[e]n[er]al Ynqui[sici]ón como Su Mag[esta]d mandaua que guardase y cumpliese lo q[ue] por su r[ea]l cédula de u[e]inte y dos de hebr[er]o del año pass[a]do de mil y seis[cien]tos y nueue tiene ordenado, por la qual le hizo m[er]ced del sitio donde labra su casa encima de la Fuente de la Priora, y le dio liçen[ci]a para edificarla, con que en su execuçión y cumplim[ien]to hiziese luego el paredón enfrente de la d[ic]ha su casa, según y en la forma que está obligado y conforme a la traça q[u]e el d[ic]ho Fran[cis]co de Mora tiene dada con aperçuimiento que no lo cumpliendo se proueería just[i]cia. Y aunq[ue] se le notificó el d[ic]ho auto y a él respondió que se cumpliría lo que Su Mag[esta]d le mandaua se a enten[di]do que pasa adelante con la obra de la d[ic]ha su casa sin hazer el d[ic]ho paredón y lleuantando [sic] las bistas a palaçio contra lo q[ue] está mandado; acordaron que los ofiçiales de Su Mag[esta]d de las obras deste Alcázar... embarguen la hobra de la d[ic]ha casa y no consientan q[ue] por ningún caso se pase adelante con ella hasta que prim[er]o y ante todas cosas se haga el d[ic]ho paredón en la forma q[ue] Su Mag[esta]d tiene m[and]ado por la d[ic]ha cédu[l]a y que tengan los d[ic]hos ofiçiales particular cuidado desto y así lo prouieron y mandaron. Señalada de los de la Junta q[ue] son don Ju^o de Acuña, pres[iden]te de In[dia]s, don F[er]n[an]do Carrillo pres[iden]te de haz[ien]da y el conde de Salazar” (AGP, Registros, lib. 23, primero de la Junta de obras y bosques, f. 56r-v).

¹¹⁵ A. OLIVER *et alii*: *Licencias de exención de aposento en el Madrid de los Austrias (1600-1625)*, Madrid 1982, p. xvii. La otra exención la recibió doña Leonor de Toledo, condesa de Santiesteban del Puerto, quien también disfrutaba de una exención temporal.

continuarla, hasta no ser levantado dicho paredón ¹¹⁶. Remitido por Tapia un descargo, se insistió en la orden por parte de la junta, por auto de 8 de julio de 1612 ¹¹⁷. Seguramente, Felipe III se arrepintió de la merced otorgada a Tapia, y de hecho, la opulencia de su flamante casa contribuyó a su desgracia política, con todo breve ¹¹⁸. Como se advierte, la protección del patrimonio real ejercida por la Junta de obras y bosques ha sido situada preferentemente en el medio rural, dada la entidad de los sitios reales más conocidos, pero –incluso en términos visuales, como era el caso–, tal protección también se consumaba en el medio urbano representado por los alcázares reales. En este sentido, deben mencionarse las órdenes de desalojo emitidas por la junta para aquellos que ocupaban casas de propiedad real indebidamente, como sucedió en marzo de 1600 con el escribano Juan de la Torre ¹¹⁹.

¹¹⁶ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, ff. 58v y 59r.

¹¹⁷ “Acordaron que haga el paredón de cal y canto como está obligado y del alto y ancho que baste para impedir por todas partes las uistas de palacio y Huerta de la Priora y que la traça desto haga luego Joan Gómez de Mora y con efecto se execute” (*Ibidem*, f. 97r-v).

¹¹⁸ *Grandes Anales de Quince Días*, en *Obras de don Francisco de Quevedo Villegas*, Madrid 1852, tomo I (vol. XXIII de la BAE), pp. 194–220, p. 196: “Ocasiónó en Pedro de Tapia alguna reprensión la opulencia de sus casas, que le sirvieron más de acusación que de alojamiento... son al mundo más tan provechosos ejemplos como consejeros, y cuando lo eran los acompañaban” (G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la Corte de España desde el año 1600 en adelante*, Madrid 1991, pp. 87 y 89). En AHN, Consejos, leg. 6408, se lee:

“El s^r Arçob[is]po P[residen]te primero de abril 1621

Plaças del Consejo a los liçendos don Juº de Frías Mesía y Verenguel Daoiz” (al margen: “F[ec]ha”).

Al secretario P[edr]o de Contreras:

Su Magd ha hecho mrd al licendo don Juan de Frías oydor de la Contaduría, y al licendo don Vrenguel Daoiz oydor de la chançillería de Vallid de promoverlos a las plazas del Consº que vacaron por jubilación de los ssres Pedro de Tapia y Antonio Bonal. Despácheles v.m. los ttºs. Madrid a 1º de abril 1621. El arçobpo de Burgos”.

Los dos removidos se reincorporaron a sus plazas el 23 de septiembre de 1623, entre el escándalo del pueblo.

¹¹⁹ “En la uilla de Madrid, a ocho días del mes de março de mill y seysçientos años los señores marqués de Poza y los demás de la Junta de obras y bosques de Su M[a]gestad proueyeron y mandaron que un portero el Consejo de Hazienda haga desocupar y desembarasçar luego la cassa en que uiuía Joan de la Torre escriuano a la puerta de la Uega que es de Su M[a]gestad, hechando fuera della a quien la ocupa con todo lo que en ella tubiere y que la llaue de la d[ic]ha cassa la entregue al ueedor Sebastián Hurtado” (AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, f. 6v).

1.2. *LA DEFINICIÓN DE LOS SITIOS REALES*

COMO UN PROCESO RESTRICTIVO.

*LA PREEXISTENCIA DE UNA CONTINUIDAD TERRITORIAL
DE ORDEN CORTESANO*

La entidad territorial de la corte ha solido estar oscurecida por una asociación prioritaria del concepto a otras manifestaciones más espectaculares y conformes con una visión genérica de la misma, como la vida palaciega, su boato y compulsión cultural, la solemnidad y el ceremonial asociados a la persona real, el papel ejercido en su torno por la nobleza... En ayuda de tal consideración no ha venido, ciertamente, la realidad jurisdiccionalista de la monarquía corporativa, que ha tendido a dificultar, más que otra cosa, la apreciación de una realidad transversal que ofrecía contexto al desarrollo de la vida política y administrativa de los reinos. Y, sin embargo, en ámbitos dotados de su propia coherencia doctrinal como el formado en Castilla por la corte y los reinos, es legítimo preguntarse si ambos constituían dos realidades diferentes. Hasta tal punto el paradigma jurisdiccionalista (desde un punto de vista interno) o la consideración del conjunto de la monarquía como una realidad compuesta (desde el externo) han entorpecido la referida interpretación de la corte, que ha tendido a darse a esta un sentido intersticial, articulador de diferentes actores y dominios previos. Aunque poseía este carácter, la corte es sobre todo una realidad antecedente, consustancial a la propia persona real y la adquisición del territorio, que se repliega eventual o tácticamente conforme al pulso jurisdiccional, entendido como expresión jurídica del poder de diferentes grupos sociales que la corona, por lo demás, iba integrando conforme a su conveniencia política.

La idea de corte era implícita al propio rey, era el instrumento que le permitía trasladar sus decisiones al ámbito sobre el que ejercía su autoridad, una especie de semántica fundada en el propio carisma de la persona real que propiciaba la obediencia y trasladaba los acuerdos tomados en su espacio más restringido al de los reinos de Castilla, por la vía (principal pero no exclusiva) del Consejo Real. Sobre fundamento tan sólido, la cambiante realidad sobre la que el rey ejercía su labor de gobierno determinaba la naturaleza de la corte como estructura en perpetua creación. En este sentido racional, esta creación territorial fue el espacio en que se expresó cierta concepción de la monarquía de base castellana, que se desarrolló en un contexto crecientemente hostil desde comienzos del siglo XVII, pero que alcanzó a tener operatividad con la llegada de la nueva dinastía de los Borbones. Concepción basada en la tendencia a considerar los reinos de Castilla como una suerte de “*Ius Universitatis Hispaniarum*”

alegado ya en el curso de las disputas castellano-portuguesas por la expansión en África ¹²⁰.

Al ser conquistada una región, todos los terrenos no cultivados pertenecían al rey, que a continuación legalizaba la transferencia de parte de ese conjunto al clero y a la nobleza por méritos de guerra. De acuerdo con ello, a partir del episodio de reconquista la proporción de territorio gozada por ambos poderes aumentó y la de la corona disminuyó ¹²¹. Pero ello era compatible con el hecho de que, como escribió Vicente Branchat para el caso valenciano:

Tienen los príncipes, por razón de la suprema potestad, un dominio general en todas las tierras, montes, leñas, yerbas y pastos de sus reinos, en virtud del cual todas estas cosas se entienden y presumen ser suyas e incorporadas a la corona: de tal manera, que siempre que se ofrece duda sobre el todo o parte de ellas, entran fundando su intención contra qualquiera que no exhiba privilegio o título que acredite la legítima pertenencia ¹²².

En el momento en que fue escrita, esta expresión se dirigía a reconstruir y proteger el patrimonio real en el reino de Valencia ¹²³, pero no desentona del espacio y el tiempo de este trabajo. Como lo demuestra el contenido del Título XI de la Segunda Partida: “Quál debe el Rey ser a su tierra”, que ofrecía el fundamento espacial de la tarea de reinar, y complementaba así la conocida descripción dual de la corte contenida en la ley XXVII, Título IX de la Segunda Partida: “Qué cosa es

¹²⁰ B. CLAVERO SALVADOR: “Anatomía de España. Derechos hispanos y Derecho español entre Fueros y Códigos”, en B. CLAVERO SALVADOR, P. GROSSI, F. TOMÁS Y VALIENTE (coords.): *Hispania. Entre Derechos propios y Derechos nacionales. Atti dell'incontro di studio. Firenze-Lucca, 25, 26, 27 maggio 1989*, Milán 1990, pp. 47-86, pp. 60 y ss.

¹²¹ Ejemplares resultan, a este respecto, las donaciones efectuadas por Alfonso IX y Fernando III a la Orden de Alcántara, en pago a su contribución en la conquista de Cáceres, Montánchez, Mérida, Badajoz, Elvas, La Serena y Magacela. Resultado de las cuales fue lo que Carlos de Ayala ha llamado un “proceso de territorialización del señorío alcantarino” (C. DE AYALA MARTÍNEZ: “Pérez, Arias”, voz del *DBE*, vol. XL, pp. 716-717, y las fuentes allí citadas).

¹²² V. BRANCHAT: *Tratado de los derechos y regalías que corresponden al Real Patrimonio en el reyno de Valencia y de la jurisdicción del intendente como subrogado en lugar del antiguo Bayle General...*, Valencia 1786, vol. III, p. 207, *apud* E. BAUER MANDERSCHIED: *Los montes de España en la Historia*, Madrid 1980, p. 49.

¹²³ E. ORTEGA DE LA TORRE: “Carlos III y la lucha por el Real Patrimonio en el País Valenciano: el informe Branchat (1784)”, en M. PEÑALVER (coord.): *De la Ilustración al Romanticismo: IV Encuentro, Carlos III, dos siglos después. Cádiz, 7-9 de abril de 1988*, Cádiz 1994, vol. II, pp. 111-118.

corte porque ha assí nome e quál deue ser”¹²⁴. Creo que es este el camino por el que entender la noción tradicional del territorio, más allá que como una realidad física o geográfica, como una categoría política que designaba con gran precisión un “espacio políticamente equipado”, como señala António Hespanha¹²⁵. Pero ya Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* indicaba este camino al definir territorio como “el espacio de tierra que toma algún pago o jurisdicción”¹²⁶. En el caso de la jurisdicción real, unos reinos cuyo equipamiento político era sin duda una idea de corte confundida con el propio territorio.

Conforme a esto, la sucesiva demarcación de sitios reales en las cercanías de aquellos lugares en los que el monarca permaneció más continuamente quizá pueda ser considerada como una restricción de la corte, entendida como una extensa continuidad previa, en la que el rey mostraba su cara más egoísta, por así decirlo. Aquella en la que la esencia patrimonial del dominio ejercido sobre sus reinos era directa y admitía mediaciones más restringidas que la del Consejo, como la practicada por la Junta de obras y bosques¹²⁷. Aunque como tal planteamiento ideal era imperfecto y chocaba, paradójicamente, con la realidad del gobierno de la monarquía como prolongación del gobierno doméstico¹²⁸, de tal manera que, como veremos, las interacciones entre junta, por un lado, y Consejo y alcaldes, por otro, eran constantes, comenzando por la intensa relación de estos últimos en la primera, ya indicada¹²⁹.

Si el gobierno de los reinos resultaba de la conjunción de lo doméstico y lo administrativo, de composición modulada y cambiante según la dependencia, los sitios reales fueron el lugar en el que prevaleció más claramente un sentido

¹²⁴ *Las Siete Partidas, del Sabio Rey don Alonso el nono, nuevamente glosadas por el Licenciado Gregorio López del Consejo Real de las Indias de Su Magestad*, Impresso en Salamanca por Andrea de Portonariis, Impressor de Su Magestad. Año M.D.L.V. Con privilegio imperial, respectivamente ff. 31v-32r y 29r.

¹²⁵ A. M. HESPANHA: “El espacio político”, en A. M. HESPANHA: *La Gracia del Derecho*, Madrid 1994, pp. 85-121; C. GARRIGA: “Las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid: estudio preliminar a la *Recopilación de 1566*”, en *Recopilación de las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid*, Madrid 2007, p. 29.

¹²⁶ S. DE COVARRUBIAS Y OROZCO: *Tesoro de la lengua castellana o española*, Barcelona 1998 (ed. facsímil de la de Barcelona 1943, a cargo de M. de Riquer), p. 959.

¹²⁷ F. COS-GAYÓN: *Historia jurídica del patrimonio real*, op. cit., pp. 76-86.

¹²⁸ O. BRUNNER: “La ‘Casa Grande’ y la ‘Oeconómica’ de la vieja Europa”, en O. BRUNNER: *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*, Buenos Aires 1976, pp. 87-123.

¹²⁹ F. COS-GAYÓN: *Historia jurídica del patrimonio real*, op. cit.

patrimonial. En mi opinión no se dio un proceso extensivo desde el monarca a los sitios reales, sino restrictivo a partir de la adquisición de una porción territorial más o menos grande por parte del rey, que fue modelando conforme a las necesidades, tanto propias como del juego político. Por ejemplo, la historia del monte del Pardo fue la del paso de una inicial limitación de aprovechamientos por parte del rey a un régimen de plena propiedad “de un término perfectamente deslindado”¹³⁰. A su vez, la incorporación de El Campillo y Monasterio al sitio real de San Lorenzo consistió en su evacuación y cerramiento¹³¹. Pero, por mucha que fuese la pretensión patrimonial de los sucesivos monarcas, los sitios reales eran, pese a su indiscutible singularidad, algo continuamente vinculado al entorno del que surgían, sobre todo desde un punto de vista geográfico-espacial y, por lo tanto, jurisdiccional; una realidad supletoria a otra previa, significada por su más o menos evidente uniformidad. Los términos convencionalmente restringidos constituidos por los sitios reales, interactuaban de forma desigual con su entorno. Esto influyó en una clara mediatización de la especificidad jurisdiccional pretendida por la corona a través de la Junta de obras y bosques, y determinó la intervención de aquellos agentes jurisdiccionales a medio camino entre lo doméstico y lo administrativo, como eran los alcaldes de casa y corte y el propio Consejo Real.

Es innegable la condición de coto de caza para las personas regias propia de los sitios reales, espacialmente delimitada y protegida, pero esa integración superior de molde cortesano está tras el deseo regio de “ordenar conforme a criterios modernos todo un amplísimo territorio y acondicionarlo como sede representativa y lúdica de la Monarquía católica”¹³². La propia denominación de la junta insinuaba esta intención, al preocuparse tanto por la masa boscosa como por los edificios que se integraban en ella. A la altura de 1582, el comentario de Gonzalo Argote de Molina al *Libro de la Montería* de Alfonso XI describía El Pardo como algo más que un mero pabellón de caza; como un espacio limitado y protegido a estos efectos, pero apto para el resto de manifestaciones de la vida cortesana, e integrado en un entorno en el que la intervención real había eliminado las

¹³⁰ F. J. HERNANDO ORTEGO: “La lucha por el monte de El Pardo. Rey, municipio y uso del espacio en el Madrid del Antiguo Régimen”, *Cuadernos de Investigación Histórica* 12 (1989), pp. 169-196, p. 170.

¹³¹ G. SÁNCHEZ MECO: *El Escorial: De comunidad de aldea a villa de realengo*, Madrid 1995, pp. 244-253. Otro ejemplo puede ser el amojonamiento del Soto de Roma en Granada llevado a cabo por Alonso de la Corte entre 1617 y 1619 (AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, ff. 19v-20r, orden de la junta para don Juan Chumacero).

¹³² J. M. MORÁN TURINA y F. CHECA CREMADES: *Las casas del rey. Casas de cazaderos y jardines*, Madrid 1986, p. 41.

dificultades de acceso¹³³. Es este doble carácter el que permite comprender que el sitio real de El Pardo fuese vía para la llegada de la reina doña Ana a Madrid en 1570, en palabras de López de Hoyos¹³⁴:

gustando assí de la mucha caça que a cada passo se les offresçia, como de los disfraçes, danças, bayles y regozijos que por todos los lugares (que son muchos) los serranos y labradores, tan agradablemente lo hazían.

Por todo ello, las fricciones en ese espacio conjunto de desigual vinculación patrimonial con el rey, pero integrado en una continuidad territorial de orden cortesano, como el constituido por los sitios reales y sus respectivos perímetros, eran entendidas por el Consejo Real.

En su conocida *Recopilación de Reales Ordenanzas y Cédulas de los bosques reales...* Pedro de Cervantes distinguía la actuación del alcalde-juez de bosques en el ámbito territorial de los sitios y en su perímetro, en el que la peculiaridad de su situación imponía incómodas restricciones a los vecinos. En este sentido, cabe decir que este ministro se ocupaba tanto de las interacciones legales entre ambos polos, como de las ilegales. En ese espacio no sólo se prohibía matar a los animales que saliesen del coto, sino que incluso se perseguía la mera posibilidad de hacerlo al prohibir la posesión de ciertas armas o razas de perros¹³⁵. En general, esta última estaba autorizada para dueños o arrendatarios de heredades, por ejemplo en las 5 leguas del contorno de El Pardo. Pero el permiso para la posesión se vinculaba a su registro ante las justicias locales y el alcalde juez de bosques¹³⁶. No obstante, como contrapartida, el propio juez indemnizaba a los vecinos los daños causados en su entorno por la caza del sitio. Para proceder en este espacio confinante, el juez de bosques necesitaba del suplemento jurisdiccional representado por el título de

¹³³ “Discurso sobre el libro de la Montería que mandó escribir el muy alto y muy poderoso Rey Don Alonso de Castilla y de León”, en *Libro de la Montería...*, 2ª parte, ff. 1r-22r, apud J. SIMÓN DÍAZ: *Fuentes para la historia de Madrid y su provincia*, I: *Textos impresos de los siglos XVI y XVII*, Madrid 1964, pp. 118-121, p. 119.

¹³⁴ *Real aparato, y sumptuoso recibimiento con que Madrid (como casa y morada de Su M.) rescibió a la Serenísima reyna D. Ana de Austria...*, Madrid 1572, apud J. SIMÓN DÍAZ: *Fuentes para la historia de Madrid...*, op. cit., pp. 57-58.

¹³⁵ P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas...*, op. cit., pp. 332-333; E. CRUZ AGUILAR: *La destrucción de los montes (Claves histórico-jurídicas)*, Madrid 1994, pp. 70-71; Á. ALLOZA: *La vara quebrada de la justicia: un estudio histórico sobre la delincuencia madrileña entre los siglos XVI y XVIII*, Madrid 2000, pp. 102-103.

¹³⁶ P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas...*, op. cit., p. 39.

alcalde de casa y corte —conforme ya se ha tratado—, dado que ambos espacios compartían naturaleza cortesana¹³⁷. Era arduo distinguir espacios arbitrariamente separados, que en ocasiones presentaban una radical confusión jurisdiccional, como indica el caso del alcalde mayor del Escorial, figura que representaba la calidad realenga de esta villa, pero cuya designación era potestad del prior del monasterio de San Lorenzo. En el mismo sentido, al menos entre 1565 y 1600 el médico, el boticario y el barbero del sitio atendían a los vecinos de El Escorial¹³⁸. A su vez, la masa forestal de los sitios cercanos a la corte madrileña ofreció ocasión para que el rey ejercitase su gracia en forma de leña con los conventos cercanos¹³⁹. Sin embargo, no siempre el redondeo de un sitio real era expansivo, como indica el ejemplo de la restricción de Aranjuez para que se pudiese sembrar la vega de Carabaña¹⁴⁰. De hecho, se dieron diferentes tentativas por reducir la extensión de los términos reales, influidas por el elevado coste de las indemnizaciones que el erario real se obligaba a pagar por daños causados por la caza en heredades comarcanas.

Conforme a lo dicho, la cúspide de la jurisdicción común, representada por el Consejo Real, intervino también en la orientación del curso apelatorio de las causas de cazadores, pescadores y leñadores furtivos en El Pardo y Aranjuez. En un principio entendieron de ellas jueces de comisión específicamente nombrados y, poco antes de la instalación de la corte en Madrid, un auto del Consejo ordenó que las apelaciones de sus sentencias correspondiesen a los alcaldes de casa y corte¹⁴¹, como seguiría sucediendo con las pronunciadas por el alcalde juez de

¹³⁷ F. COS-GAYÓN: *Historia jurídica del patrimonio real*, op. cit., p. 89.

¹³⁸ G. SÁNCHEZ MECO: *El Escorial...*, op. cit., pp. 239 y 531.

¹³⁹ “El rey. Alonso de Mesa, n[uest]ro gouernador de Aranjuez. Yo uos mando que de los montes y sotos desa d[ic]ha Aranjuez más çercanos a la uilla de Pinto proueays y deys orden que se den al obpo de Salamina que está en el monasterio de St. Francisco de la d[ic]ha uilla de Pinto o a quien él ordenare ueynte y cinco carretadas de leña de Taray de que yo le hago gracia por esta uez tan solamente cortadas a n[uest]ra costa a los tiempos y según y como y quando se uendiere la leña de los d[ic]hos sotos para aprouechamiento n[uest]ro que yo lo tengo assí por bien y que tome la razón desta n[uest]ra cédula Juan Carrero n[uest]ro contador dessa d[ic]ha Aranjuez. Fecha en la uilla de Madrid a diez y seys de nouiembre de mill y quinientos y setenta y seys años. Yo el rey. Por mandado de Su Magd. Martín de Gaztelu” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. v, f. 1r).

¹⁴⁰ G. DE ANDRÉS: “Inventario de documentos sobre El Escorial que se conservan en el archivo del Instituto Valencia de Don Juan (Madrid)”, *La Ciudad de Dios: Revista Agustiniiana* 114 (1981), pp. 511-595, p. 562.

¹⁴¹ J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, Madrid 1804, p. 413.

bosques. En realidad, esta intervención jurídica evidenciaba una dimensión cortesana del Consejo visible también en el entendimiento del presidente de la chancillería de Granada en la guarda y conservación del Soto de Roma, plenamente aceptada y avalada por la Junta de obras y bosques¹⁴². El 21 de enero de 1650 era don Francisco de Medrano, oidor de la chancillería, quien recibía comisión para indagar:

[los] exçesos, daños y usurpación de tierras realengas q[ue] se han hecho en el término del Soto de Rroma de esa ciu[da]d y distrito de los castillos de Tajarja y Agrón y las muchas encinas y árboles q[ue] se han talado y cortado, y conuiniendo remediar estos exçesos y disponer que se restituyan a mi haz[ien]da los bienes y daños que hviere producido¹⁴³.

Parece que el grado de restricción patrimonial de los sitios reales era necesariamente limitado, conforme a su integración en un todo más amplio, y ello queda confirmado en el caso del interés surgido por las mismas fechas en el aprovechamiento del bosque de Los Palacios del Lomo del Grullo en Sevilla; en el que, significativamente, la Junta de obras y bosques no mostró ambición alguna y declaró al rey que “se trate dello en el tribunal que U[vestra] M[ajesta]d fuere servido”¹⁴⁴. En cualquier caso, ello era compatible con la delimitación que su especialización funcional imponía en los reales sitios, que obligaba a fijar y renovar los mojones de su perímetro. Por no dejar el ejemplo sevillano, el 8 de

¹⁴² De hecho, la atención prestada al régimen de este sitio real por la junta, mediada la década de 1580, tuvo su origen en una consulta del Consejo de Hacienda sobre su guarda y conservación y la necesidad de designar el juez propio que entonces estaba vacante, que el conde de Barajas, presidente del Consejo Real, en su calidad de miembro de aquella, sometió a su consideración. Como digo, la continuidad cortesana se hizo inmediatamente patente, pues se solicitó información complementaria al presidente de la chancillería, e igualmente la intervención simultánea de los maestros mayores de carpintería de la artillería de Málaga parecía indicar que entonces se deseaba explotar militarmente sus recursos forestales (IVDJ, envío 100, caja 141, f. 94r, la Junta de obras y bosques a Felipe II, Madrid, 13 de abril de 1585).

¹⁴³ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIV, f. 341r-v.

¹⁴⁴ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 95r, la Junta de obras y bosques a Felipe II, Madrid, 3 de abril de 1585. El origen de la preocupación del alcaide de los Alcázares, el Consejo de Hacienda o la propia junta era el patente abandono del término: “S.C.R.M. Hauiengo sido U[vestra] M[ajesta]d informado q[ue] hauía mucha desorden en el bosque de Los Palacios del Lomo del Grullo q[ue] es annexo a los Alcáçares de Seuilla, y q[ue] demás de çaçarse públicamente en él, también se apascentauan ganados de diferentes personas de ordinario, y se talaua y arrancaua el monte para hazer carbón, mandó U[vestra] M[ajesta]d scriuir a Ant[oni]o de Gueuara q[ue] se informasse con fundamento dello, y del remedio q[ue] podría hauer”.

agosto de 1618 el licenciado don Alonso Méndez de Parada, juez de grados de la audiencia y juez de bosques de Sevilla, recibió el encargo de renovar y avivar “los mojones uiejos por donde tenemos mandado guardar el d[ic]ho n[uest]ro bosque del Lomo del Grullo”, ante la promoción del licenciado Diego del Castillo, alcalde de la cuadra inicialmente comisionado para hacerlo, a alcalde del crimen de Valladolid ¹⁴⁵.

Así pues, los límites no eran estancos, sino porosos y confusos. La división era engañosa, y propiciaba permanentes intercalaciones, como indica el elocuente ejemplo del acopio de materiales para las obras en los edificios de los sitios reales, para el que no existían perímetros jurisdiccionales, eran recabados por los alcaldes jueces de bosques “donde quiera que los hvuyere”, como reza una cédula real dirigida al licenciado Francisco de Belvis Galarza de 29 de junio de 1592 ¹⁴⁶. En este sentido, cuando en 1604 el rey hizo reparar las fuentes de los jardines del palacio de Aranjuez y poner otras nuevas a cargo del toledano Ludovico Cueto, se recurrió a una cantera descubierta en Villarrobledo y, recíprocamente, el ladrillo necesario para el monasterio madrileño de Santa Isabel, patrocinado por la reina Margarita, salió de de los hornos del sitio ¹⁴⁷. Por lo demás, un enfoque como el que propongo mitiga la usual interpretación áulica y excluyente que se ha tenido

¹⁴⁵ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, f. 714v.

¹⁴⁶ *Ibidem*, lib. VIII, ff. 137v-138r.

¹⁴⁷ J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, *op. cit.*, pp. 287 y 311. La cédula real decía: “El Rey: Don Pedro de Riuera cau[alle]ro del áuito de Santiago a quien e proueydo por mi gou[ernad]or de Aranjuez o la p[er]s[on]a q[ue] siruiere el d[ic]ho oficio. Yo os mando proueays y hordenéis q[ue] para la obra q[u]e por mandado de la Reyna Doña Margarita mi muy chara y mui amada muger se haçe en el mon[asteri]o de Sancta Ysael desta uilla de Madrid se haga en las dos texeras de las tres que ay en ese sitio en que agora se cuece ladrillo que son la del Sotto de Genbleque y la de junto a Sottogordo, el ladrillo q[ue] fuere nesçes[ari]o para la d[ic]ha obra y todo él se haga y cueza por cuenta de mi hazienda dese heredami[ent]o y en como se fuere haziendo se uaya traiendo al d[ic]ho mon[asteri]o con los camellos y carros de bueyes q[ue] en él se entretienen p[or] mi cuenta, aduirtiendo que ha de ser en t[iem]po que no hagan falta a las obras dese d[ic]ho sitio y q[ue] la labor del d[ic]ho ladrillo no se ha de hazer quando yo estuviere en él porque no enbargaen ni espanten la caça que así es mi uolntad y que lo que p[ar]a esto fuere menester se gaste y distribuya según y como se gasta lo demás que es nesçesario en el d[ic]ho sitio y que tome la razón desta mi cédula P[edr]o de Roxas mi contador desa Aranjuez. F[ec]ha en El Pardo a honze de ebrero de mil y seiscientos y onze años. Yo el rey. Refrendada de Ju° de Ybarra, señalada de los de la Junta, que son don Ju° de Acuña, pres[iden]te de Castilla y don Fern[an]do Carrillo presidente de Haz[ien]da y el padre maestro Fray Luis de Aliaga, confesor de Su M[ajesta]d, el conde de Salazar y Joan de Ybarra” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, f. 159r-v).

del hábitat real, incardinándolo en el entorno y otorgándole una racionalidad coordinada de funcionamiento.

1.2.1. *Interacción, imprecisión y límites entre los sitios reales y su entorno*

1.2.1.1. *Entidad orgánica y cambiante de los sitios reales.*

La variación de sus límites

El campo de actuación de la Junta de obras y bosques siempre estaba fuertemente determinado, al margen del rey que ciñese la corona y de su grado de solidez institucional, por el desigual desarrollo de los diferentes sitios reales, conforme a factores como su momento de creación, o la preferencia que los distintos reyes mostrasen por cada uno de ellos. En tiempo de Felipe III, por ejemplo, Aranjuez atrajo un interés menguante a cambio de un San Lorenzo necesitado todavía de recursos en su fase inicial. Fue una tendencia que se advirtió hasta la eclosión como sitio real del palacio de Buen Retiro. Los sitios reales deben ser tomados, pues, como algo orgánico, cambiante conforme a su —por así llamarlo— ciclo vital y las circunstancias que rodeaban su formación y consolidación. La evolución de los mismos no siempre pasaba por un crecimiento espacial, y en ocasiones diferentes circunstancias aconsejaban su restricción. Este proceso se apreció con especial claridad en el caso de Valsaín, en el que la junta acordó, el 19 de febrero de 1622, atender la solicitud del corregidor de Segovia y ordenar “se guarden los límites que señaló el rey don Felipe 2º n[uest]ro s[eñ]or por cédula del año de 93 y se amojone de nuevo la raya a costa de U. S.”, en presencia del guarda mayor y del fiscal del bosque¹⁴⁸. A su vez, Felipe IV firmó una cédula real el 26 de septiembre de 1632, “para que los límites de Balsaín se restrinjan y uelban a la raya y coto antiguo que solían tener”¹⁴⁹. Esta cédula no fue aplicada *de facto* hasta que otra supletoria de 23 de mayo de 1634 detalló exactamente los límites del nuevo contorno fijado¹⁵⁰.

La variación de los límites de los diferentes sitios reales era testimonio de su entidad biológica, y resultaba de una cambiante interacción con el entorno; demostrando, de paso, que los sitios se integraban en un contexto general, al que solían causar un perjuicio, especialmente en lo relativo al aprovechamiento de los recursos. Por ejemplo, de El Pardo emanó un perímetro de 5 leguas, en el

¹⁴⁸ AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, f. 123r.

¹⁴⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, f. 132r-v.

¹⁵⁰ *Ibidem*, f. 158r.

que el licenciado don Miguel de Cárdenas y Chincoya, alcalde juez de bosques, recibió orden de conocer a prevención con las justicias locales contra quienes cazaren en él. La orden fue pregonada en ese espacio por orden del alcalde, pero la junta ordenó que, además, fuese publicada ¹⁵¹. A su vez, los perjuicios causados por los límites de El Pardo tienen buena ilustración en las respuestas a las *Relaciones Topográficas* en tiempo de Felipe II de, por ejemplo, la villa de Alcobendas, que reflejaban como esa situación le obligaba a buscar leña a mucha distancia. En el apartado correspondiente, decía:

La dicha villa no es muy abundosa de leña, porque se provee de los montes y codrios de la dicha villa de Madrid, y que está dos leguas del bosque del Pardo de Su Magestad, y los límites del dicho bosque del Pardo van por mitad de la dicha villa, y que en el dicho bosque del Pardo y sus límites hay muchos venados y gamos y puercos jabalines y liebres, perdices y conejos y zorros y lobos y otros animales de gatos campesinos y otros géneros de animales ¹⁵².

De los sitios reales emanaban variaciones y excepciones en el orden reglamentario y cotidiano, pero, recíprocamente, las disposiciones de orden general requerían de una adaptación específica para los cotos reales. Tal adaptación era a nuestros efectos muy elocuente, porque reflejaba la permanencia en un mismo plano en el subconsciente real de ambas realidades, la patrimonial y la general, integrando una continuidad, diferenciada pero al fin y al cabo continuidad. El 4 de noviembre de 1617 se había promulgado una pragmática que permitía tirar a la caza con arcabuz, escopeta u otro tiro de pólvora, con bala y perdigones de plomo y al vuelo, derogando otras restrictivas anteriores, de 1552 y 1611 y, además, autorizaba a vender la caza. La decisión se había tomado por la aparición de otros modos más discretos de cazar, y también más dañinos, “con lazos, armadijos y otros géneros de ynstrumentos secretos y sin ruido, con que se causaba mayor daño y seguidose otros ynconbenientes” ¹⁵³. Como era habitual, el legislador partía del error de confundir la propia psicología con la del legislado, dado que la rehabilitación de la caza con arcabuz no implicaba que dejase de hacerse en el futuro con tales procedimientos. Si bien la referida restricción de uso siguió vigente en los sitios reales:

¹⁵¹ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, f. 188v, orden de 3 de noviembre de 1616.

¹⁵² A. ALVAR EZQUERRA *et alii*: *Relaciones Topográficas de Felipe II: Madrid*, vol. I, Madrid 1993, p. 56.

¹⁵³ Cédula real de 4 de enero de 1618, en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 662v-671r, f. 663r.

en quanto a los que tiraren a la caça con arcabuz o se hallaren con él en los n[uest]ros bosques de Aranjuez y El Pardo, Balsaín, San Lorenzo aunque sea con pelota rasa o pasando de camino, y en qualquiera de otros n[uest]ros bosques, montes o sotos en qualesquier partes questubieren destos n[uest]ros reynos.

Según estaba redactada, la cédula tuvo un efecto indeseado, porque se refería al término de los sitios reales, pero había cometido el error de omitir lo relativo a los límites de los mismos, en los que se aplicaban también tales restricciones de caza. Ante el inesperado auxilio legal, fueron muchos los cazadores que con total tranquilidad e impunidad se aplicaron a cazar con arcabuz en los límites de los sitios reales, hasta tal punto que poco después eran expedidas nuevas pragmáticas aclarando que la restricción se extendía al contorno de los mismos, y detallando el perímetro de cada uno de ellos. Por todo ello, una cédula firmada por Felipe III el 1 de diciembre de 1617 determinó que la guarda de la caza no podía tener efecto con guardar estrictamente los sitios reales, “si no se guardan también los límites dellos”, y declaraba que:

la prohiuición puesta por las d[ic]has leyes y pregmáticas de los años de mil y quinientos y cinquenta y dos y mil y seisçientos y onze an de quedar y quedan con su fuerça y uigor p[ar]a en quanto a los bosq[ue]s el n[uest]ro heredam[ien]to de Aranjuez, y los del monte del Pardo, monasterio de Sant Lorenzo el Real, Balsaín, Quemada, Soto de Roma y del palaçio del Lomo del Grullo y otros qualesquier n[uest]ros bosques y sotos destos n[uest]ros reynos en qualesquier partes que tubieren y *los límites antiguos dellos y de cada uno dellos* ¹⁵⁴.

Conforme a esta cédula, otras suplementarias detallaban el término de los dichos límites de cada sitio real. El 16 de diciembre de 1617 el rey firmó cédula dirigida a don Francisco de Brizuela y Cárdenas, gobernador de Aranjuez, que especificaba dicho espacio ¹⁵⁵. El 4 de enero se hacía lo propio con El Pardo ¹⁵⁶. El 25 de enero de 1650 los límites del término de Aranjuez fijados en 1572 y 1647 sufrieron una reducción motivada por la única intención de conservar la caza y,

¹⁵⁴ La cédula continuaba: “Y queremos y es n[uest]ro uoluntad q[ue] para en quanto a esto ayan de quedar y queden en su fuerça y uigor sin que la derogación que della se haçe por la d[ic]ha n[uest]ra última pregmática de aya de entener ni entienda para en quanto a lo que toca a los d[ic]hos n[uest]ros bosques y sotos y qualquiera dellos ni sus límites antiguos” (Cédula real de 4 de enero de 1618, en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, f. 663v).

¹⁵⁵ Ya citada. Brizuela había recibido su título como gobernador de Aranjuez poco antes, el 15 de octubre de 1617 (IVDJ, envío 100, caja 141, f. 365r-v).

¹⁵⁶ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 672r-674r, “Pardo. Declaración de los límites antiguos de pregmática en que manda Su Md. que no se entienda la nueua”.

al tiempo, disminuir los perjuicios recibidos por los lugares comarcanos, conforme a la cédula real emitida en esa fecha¹⁵⁷.

Sin duda, la caza fue una de las funciones reales que contribuyó a la creación de un órgano como la Junta de obras y bosques, dirigida a conservar y proteger la formación previa de un patrimonio natural constituido por diferentes sitios reales, cuya dedicación principal, o al menos una de las principales, era la cinegética. Pero, en rigor, para la satisfacción de esta necesidad regia no era imprescindible la previa delimitación patrimonial de un terrazgo, especialmente si se considera la función integradora y familiar que ejercía la caza entre el rey y sus nobles. Como un juego recíproco, el rey también cazaba en las tierras de ellos, para lo que no era necesaria la delimitación jurisdiccional, sino la mera restricción de uso que, en ese contexto, se traducía en la imposición de una veda para la población radicada en el término, que hiciera más fructífera la subsiguiente caza regia. El 30 de agosto de 1629 el rey emitió cédula real, a través de la Junta de obras y bosques, que encomendaba al doctor don Fernando de Ojeda, alcalde-juez de bosques, vedar y acotar ciertos montes pertenecientes al duque de Escalona¹⁵⁸, previa audiencia de los naturales para saber “si en esta ueda bienen a ser perjudicados o beneficiados

¹⁵⁷ “El rey. Por quanto p[a]ra la conseruaciõde la caça y pesca de ,os heredamientos reales de Aranjuez, Otos y Açeca han estado señalados diferentes límites y puestas penas por zédulas de ueinte y tres de jullio del año pasado de 1572 y otra de treinta y uno de mayo de 1647 contra los que caçasen, pescasen, pastasen y cortasen leña en los d[ic]hos límites o hiçiesen otros daños em contrabención de las órdenes que estaban dadas, y deseando reducir los d[ic]hos límites em estrecharlos sólo a los conbeniente p[a]ra la conserbación de la caça de manera q[ue] están en deuida proporción p[a]ra el intento y los ueçinos comarcanos y que confinan con aquellos heredamientos, bosuques y dehesas y soto reçiuau menos perjuicio en sus heredades y atendiendo a otras justas consideraçones he resuelto se guarden y obseruen por uedados los términos y límites siguientes” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIV, ff. 243r-261r).

¹⁵⁸ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 4v-5v: “El Rey. Doctor don Fer[nan]do de Ojeda alcalde de mi casa y corte y juez de mis obras y bosques. Saued que huiéndose propuesto por conueniente a mi serui[ci]o, entretenim[ien]to y recreación en la caça el uedar y acotar los montes que el duque de Escalona tiene en la comarca del monasterio de San Gerónimo de Guisando y las tierras del Tiemblo, abbadía del Burgo Hondo, Piedelaues [*sic*], el Sotilla Ladrada y La Higuera que están conueçinas a ellos y son jurisdicciones de otros dueños y que la caça mayor y menor de los d[ic]hos montes, tierras y términos esté acotada y uedada guardándose en la forma y debajo de las pemas ympuestas a los que caçan en mis bosq[ue]s r[eale]s, huiéndose tratado desto en mi Junta de Obras y Bosq[ue]s y consultándome sobre ello he resuelto para que la determinación que se tomare cerca de la d[ic]ha ueda sea con toda justificación de cometeros como por la press[en]te os cometo y mando que uais a los d[ic]hos montes, jur[isdiccion]es y términos referidos”.

en común o en particular y a q[ui]én, cómo y por qué causas resulta la utilidad o daño”¹⁵⁹. Este procedimiento remitía nuevamente a la entidad de la corte como una realidad territorial tendente a la extensión, como indicaba el hecho de que la cédula real comisionaba asimismo a Ojeda a valorar la distancia a la que estaban unos términos de otros, “y lo que ay desta corte a ellos”.

La delimitación de un término real era algo complejo que solía provocar dificultades en su realización, no sólo por las tensiones existentes con el ámbito límite, sino de orden puramente técnico. El 16 de diciembre de 1618 la Junta de obras y bosques despachó comisión para que don Juan Carrillo Chumacero amojonase de nuevo el Soto de Roma. Nuevamente, un oidor entendía en un ámbito de marcado carácter doméstico y patrimonial, expresando la unicidad transversal del conjunto. En ejecución de su comisión, Chumacero emitió un auto para que se pusiesen mojones provisionales de madera, entretanto que se hacían de cal y canto, erigidos en el contorno de una legua de la Torre de Roma. En ese espacio quedaría vedada la caza y pesca, y algunas de sus partes también para la corta de leña. Pero llegada la hora de la ejecución, Chumacero ya había dado el salto a la corte junto al rey, al ser nombrado fiscal del Consejo de Órdenes, y la comisión había quedado paralizada, de modo que Mateo de Lisón y Biedma, procurador general de la ciudad de Granada, solicitó que fuese nombrado un sucesor en la misma. La junta designó al licenciado Bartolomé Morquecho, por orden de 15 de marzo de 1622¹⁶⁰. Entre las cuestiones que habían quedado pendientes estaba el pago de la labor realizada por Alonso de la Corte, quien ejecutó los mandatos iniciales acordados por Chumacero, y esta cuestión también fue confiada a Morquecho¹⁶¹. Como se aprecia, se emitía una comisión específica cuyo contenido se puede considerar englobado en la anterior, y esta sobreproducción documental y reglamentaria quizá constituya la mejor prueba de la consolidación institucional vivida a esa altura por la junta. Resultado de la renovación de la comisión fue un memorial remitido a ella por Morquecho, en el que proponía la forma de repartir las costas de la continuación de la obra, ante el que decidió la fórmula usual del “repartimiento” entre la ciudad, los concejos y los particulares interesados¹⁶².

Pero una vez renovada la comisión, los problemas no cesaron, dado que Morquecho había despojado al Soto de las dehesas de Chiplana y Lavaja, “y de otras

¹⁵⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 4v-5v.

¹⁶⁰ AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, f. 125r-v.

¹⁶¹ *Ibidem*, ff. 124v-125r, orden en Madrid a 26 de febrero de 1622.

¹⁶² *Ibidem*, f. 127r-v.

muchas tierras que son sus anejos en cuya posesión estaua y a estado de tiempo inmemorial a esta parte”. Todo lo cual implicaba, según el fiscal del Soto, superar el contenido de la comisión original de Chumacero (que limitaba la actuación de su sucesor) y, lo que era más grave, actuar contra los intereses y la integridad territorial de esta pieza del patrimonio real, por lo que solicitaba a la junta que Morquecho cesase en la ejecución de su tarea. Resultado de la solicitud del fiscal fue la orden dada por la junta a Morquecho de interrumpirla, hasta que fuese considerada la cuestión ¹⁶³. Su continuación permite apreciar como, a la altura de 1622, la junta poseía tal consistencia jurisdiccional que podía emitir autos de revista. Uno de ellos, de 27 de noviembre de 1622, declaró:

por nulo y atentado por exceso de comisión todo lo hecho, proçedido y executado y mojones mandados poner en lo uedado del Soto de Roma por don Bar[tol]omé Morquecho.

Se ordenó al oidor quitarlos y proseguir y acabar conforme a su estricto contenido la comisión previamente conferida a Chumacero. La junta tomó esta decisión ante el pleito suscitado entre el licenciado Marcial González, fiscal del Consejo de Hacienda y la ciudad de Granada, mediante su procurador Bartolomé Álvarez de Prado. De él cabe sacar dos conclusiones. Primera, como se daba una idea unitaria del patrimonio real, al margen de su disfrute más o menos inmediato por parte del rey (pues, como se aprecia, interviene en ese pleito en oposición a la detracción territorial el fiscal del Consejo de Hacienda) y, en segundo lugar, como la actuación de Morquecho había sido del gusto de la ciudad de Granada, beneficiada por las referidas mutilaciones del sitio real ¹⁶⁴.

Por lo demás, la demarcación interna del espacio cortesano, en lo referido a las obras y bosques, estaba sujeta a factores muy aleatorios y sensibles, caso de las alteraciones climatológicas. En septiembre de 1610, el fiscal de caza y pesca de Valsaín, el licenciado don Diego Daza, puso en conocimiento de la junta que con la nieve invernal la caza mayor del sitio se recogía hacia una serie de montes confinantes entre sí, y situados todos más allá de sus límites y de las tres leguas de contorno señaladas por la nueva pragmática que prohibía la posesión de arcabuces de pedernal, usados por los vecinos de la comarca para cazar. Razón por la que el fiscal, con el apoyo del alcalde Silva de Torres, propuso la ampliación de

¹⁶³ AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, f. 137r, orden de la junta de 14 de junio de 1622.

¹⁶⁴ *Ibidem*, ff. 144v-145r, orden de 13 de diciembre de 1622.

la mencionada prohibición a un contorno mucho más extenso¹⁶⁵. Ni el rey ni la junta apoyaron la propuesta, dotados de una mayor perspectiva que les permitía valorar la sensibilidad local de una decisión así. Actitud que, por otro lado, evidenciaba las peculiares coordenadas materiales y jurisdiccionales en que se situaban los sitios reales. Como se viene insistiendo, pese a su jurisdicción especial los sitios reales estaban insertos en el espacio de las 5 leguas de la corte, y ello condicionaba una superposición *de facto* de perímetros jurisdiccionales, el emanado de cada uno de sí mismos (cambiante por lo demás conforme a diferentes criterios), y el de la corte entendida en un sentido restrictivo de lugar más estable de permanencia de la persona real. Este solapamiento se apreció especialmente en aquellos bienes indisolublemente asociados a ambos espacios, como era la propia caza. El 17 de junio de 1617, los alcaldes de casa y corte publicaron un auto que obligaba a los arrendadores de los sotos y dehesas integrados en las 5 leguas, esto es, a todos los arrendadores de las riberas del Jarama y del Henares, a llevar al repeso de la corte la caza y pesca obtenida en los mismos. Parece que las puntillosas disposiciones contenidas en el auto respondían a otras razones que a asegurar el abastecimiento de la corte, y estaban dirigidas a propiciar un control global de la caza menor en los sitios reales y las 5 leguas, entendidos como un conjunto unitario¹⁶⁶.

1.2.1.2. *Interacción y confusión de los sitios reales con su espacio limítrofe*

La calidad de las obras y bosques como una entidad tendente a la confusión con su entorno no sólo se daba en un plano jurisdiccional, sino también en el material; en el que, por ejemplo, los bienes sobrantes o inapropiados para la ejecución de obras en sus posesiones patrimoniales eran concedidos por el rey por vía de gracia a institutos religiosos, entre otros destinatarios. Nuevamente, la tramitación de estas mercedes subrayaba la práctica indistinción y continuidad entre ambas esferas de la jurisdicción real, toda vez que la autoridad local regia era la encargada de materializar la decisión del monarca, o comprobar la adecuación de las obras a lo estipulado por él. Un ejemplo lo constituyó la comisión emitida para don Francisco de Villacís, corregidor de Toledo, el 10 de enero de 1610, para entregar piedra del Alcázar de Toledo al monasterio de San Juan de los Reyes. Esta debía dedicarse a la plaza situada delante del mismo, y según la traza previamente fijada, estipulación que, dado el origen de la misma, subrayaba el carácter

¹⁶⁵ AGS, CSR, leg. 302, f. 83, relación de la junta en Madrid, a 23 de septiembre de 1610.

¹⁶⁶ AGS, CSR, leg. 302, ff. 272-273.

expansivo e integrador del espacio contesano, a partir de la extensión de la cámara real ¹⁶⁷. Ello acentuaba la propiedad de la intervención del corregidor, garante local de la armonía integradora emanada de la jurisdicción real. Esa intervención no se reducía al plano material, sino que también podía manifestarse en el propiamente jurisdiccional, entendiendo en primera instancia –por la mera aplicación de sus competencias– en pleitos que tocasen a oficiales de los sitios reales y también remitiendo pleitos a la junta a petición de ésta. El 25 de marzo de 1629 una cédula real ordenó al licenciado don Pedro Díaz Romero, alcalde de casa y corte que por entonces ejercía como corregidor de Toledo, que remitiese a la junta el pleito interpuesto por Francisco de Silva a Juan Díaz, cerrajero y herrero de los alcázares de la ciudad, por usurpación de privilegio de invención. El primero decía haber recibido del rey privilegio por 20 años para usar de cierta clase de torno, y haber sido utilizado por el segundo para tornejar balcones de hierro en el cuarto nuevo del Alcázar de Toledo, pero Díaz Romero no atendió esta demanda, y el rey requirió el proceso ¹⁶⁸.

A efectos jurisdiccionales, la interacción con el entorno se producía principalmente –como se ha señalado– a través del juez de bosques y los alcaldes de casa y corte, si bien la Junta de obras y bosques conservaba la capacidad de comprobar la aplicación en ese espacio de los mandatos originados por la necesidad de proteger el carácter específico de los sitios reales. En la práctica, ello se traducía en la definición de perímetros cambiantes en función de criterios más o menos concretos, cuyo cumplimiento directo correspondía al alcalde juez de bosques, y su supervisión a la propia junta. En virtud de orden real, el licenciado Silva de Torres se desplazó a Aranjuez y los lugares de su comarca para pregonar la prohibición de arcabuces y redes para matar gamos, cepos y otros instrumentos para la caza mayor, en tres leguas de su contorno. En 1610 esta restricción se suavizó, y

¹⁶⁷ “El Rey. Don Fran[cis]co de Uillacís, mi corregidor de la ciu[da]d de Toledo: saued que por otra çédula mía de la fecha desta he mandado a los ofiçiales de las obras de Alcáçar desa dicha çiu[da]d que de las piedras q[ue] ay en el dicho Alcáçar den y entreguen al guardián, frailes y conuento del monesterio de San Juan de los Reyes de la horden de San Fran[cis]co desa ciudad las piedras que no fueren a propósito para mis rreales obras dél, para que con ellas hagan el pertil, bolas y pilares que se an de poner y haçer en la plaçuela que está antes de la d[ic]ha yglesia, conforme a la traça que para ello está hecha. Y porque mi ulvntad es q[ue] las dichas piedras siruan para este efecto y no p[ar]a otro alguno os encargo y mando que uos tengáis cuidado de ber si se cumple esto y de auisarme de lo que se hiçiere. De Madrid a x de hen[er]o de mill y seiscientos y diez años. Yo el Rey. Refrendada de Joan de Ybarra, señalada de los d[ic]hos de la Junta”.

¹⁶⁸ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 367v, cédula de 25 de marzo de 1629.

se autorizó la posesión de arcabuces de cuerda para la caza, siempre que tirasen sin perdigones, y para el adiestramiento militar, siempre que se utilizase pelota rasa y ajustada a la boca del cañón. La difusión por pregón de las nuevas condiciones también fue encargada al licenciado Silva de Torres, y la tramitación y ejecución de la orden correspondió a la Junta de obras y bosques¹⁶⁹.

En el sentido inverso, y conforme a la integración del espacio conformado por los sitios reales en una plataforma más amplia, disposiciones emitidas para el conjunto de los reinos en materias propias de su competencia, como la caza, eran validadas por la Junta de obras y bosques para los lugares bajo su administración. Es de señalar que, de acuerdo con la filosofía propia de la conformación de los sitios reales desde su mismo origen, la lectura que hacía de tales disposiciones reglamentarias emanadas del Consejo Real era limitativa, tendente a hacer más intensas las restricciones que contuviera. Este carácter ya fue percibido por Gil González Dávila, al afirmar que la junta emitía sus leyes y órdenes “derogando y limitando las del Reino”, relativas a caza, pesca, hierba, y leña de los bosques¹⁷⁰. Una pragmática de 1611, ya aludida, insistía en prohibir en Castilla todo género de caza con arcabuz, escopeta u otro tiro de pólvora, bala de perdigones de plomo ni de otro material ni al vuelo; si bien se permitía la posesión y transporte de arcabuces, siempre que se ajustasen al tamaño y marca asentado en otras disposiciones, así como su uso con pelota ajustada al cañón y fines distintos a los cinegéticos. Al extenderse esta reglamentación a los sitios reales, se castigó incluso la posesión de arcabuz cargado conforme a tan exigentes condiciones, aplicando pues un claro juicio de intenciones a quien así lo llevase¹⁷¹. Así pues, la transposición de una ley general al espacio de obras y bosques ilustraba tanto el aislamiento de este como su integración en un todo más amplio. Y, a su vez, se advierte

¹⁶⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 111v-112r, cédula real de 29 de mayo de 1610, refrendada por el secretario de obras y bosques, Juan de Ibarra, y señalada de los miembros de la junta, formada en esta ocasión por don Juan de Acuña, presidente de Indias, y don Fernando Carrillo, presidente de Hacienda.

¹⁷⁰ G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid corte de los Reyes Católicos de España...*, Madrid 1623, p. 521.

¹⁷¹ “Ottrosí mandamos que yncurran en las mismas penas los que se hallaren en n[uest]ros bosques de Aránxuez, El Pardo y Balsaín y en los de S[an] Lor[enz]o con los arcabuzes cargados aunque sea con sólo una pelota rasa y aunque sea psando de camino porque por sólo pasar por ellos de camino no los lleuando cargados no es n[uest]ra yntención que yncurran en las d[ic]has penas” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 150r-151v, cédula real en Madrid a 22 de enero de 1611, refrendada por Juan de Ibarra y señalada de los miembros de la junta).

que ese aislamiento no era estanco, por muchos guardas y límites físicos que se impusieran; y que existía la categoría del simple caminante que pudiera hollar y transitar por el ámbito de un sitio real, sin que ello fuese considerado un hecho delictivo. Es igualmente de destacar que la referida cédula fuese emitida para cada uno de los diferentes sitios reales, pese a que, curiosamente, todos eran mencionados en ella, hecho que abunda en una consideración ascendente de la Junta de obras y bosques, como resultado de la adición permanente de una serie de distintos sitios reales ¹⁷². Nuevamente, la razón de esta reiteración debe situarse en la dificultad de distinguir límites claros entre el espacio patrimonial y el general, o más correctamente, entre el más patrimonializado y el circundante, dado que la pragmática mencionaba como objeto de su aplicación los propios sitios reales. En este sentido debe tenerse en cuenta que la pragmática traslucía la subjetividad del propio rey, sin advertirse diferencias en un conjunto patrimonial cuyas diferencias internas se aprecian con mayor claridad desde fuera ¹⁷³.

Conforme a tal permanencia en un mismo ámbito, en ocasiones no existía conciencia clara por parte del rey y de la Junta de obras y bosques sobre las piezas del patrimonio que administraba. En 1618 el licenciado Miguel de Cárdenas y Chincoya, alcalde de casa y corte y juez de bosques, averiguó los usurpadores de varias fincas reales desperdigadas por los términos de Pozuelo, Las Rozas, Aravaca y Majadahonda, que Juan de Vitoria había permutado por otras tierras que el rey le había concedido en el monte de Vallecas ¹⁷⁴. En ese espacio delimitado, pero tendente a la confusión bidireccional, se dio también el caso de que los mandatos de la Junta fuesen vinculantes para autoridades en principio ajenas a su competencia, salvo por compartir actuación en ese mismo espacio. La Junta de obras y bosques emitió un auto el 28 de noviembre de 1610, que asentaba la diferencia habida entre el licenciado Silva de Torres, alcalde de casa y corte y juez de obras y bosques, y Gaspar de Ávila Valmaseda, corregidor de Segovia, sobre el conocimiento de las causas tocantes a la prohibición del uso de arcabuces en los bosques de Valsaín y El Pardo y tres leguas en contorno, en

¹⁷² AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 151v-152r para el caso de Aranjuez, f. 152r-v; para el de San Lorenzo, f. 152v; para Valsaín, f. 153r; para La Quemada, f. 153r-v, y para el Soto de Roma y el Lomo del Grullo, ff. 153v-154r.

¹⁷³ La pragmática firmada por el rey el 2 de enero de 1611 está firmada por don Juan de Acuña, el licenciado Núñez de Bohórquez, el licenciado don Diego López de Ayala, el licenciado don Diego Fernando de Alarcón, el licenciado don Juan de Ocón y el licenciado don Francisco de Contreras, y señalada por el secretario Jorge de Tovar y Valderrama.

¹⁷⁴ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 788r y ss.

favor de este último, por ser juez *acumulative* en las causas de caza y pesca¹⁷⁵. A su vez, la junta velaba también por la interacción entre ambas partes del conjunto intersticial, los sitios y sus alrededores, mediante la protección de aquellos instrumentos y medidas que favorecieran el tráfico comercial y, con ello, la rentabilidad económica de los primeros. El 25 de febrero de 1625 emitió orden para don Fernando Ramírez Fariñas, asistente de Sevilla, para que informase sobre la mudanza del trato de la madera desde las atarazanas de los alcázares reales a la puerta de Triana, punto muy distante, que hacía bajar los precios de la madera y otras mercancías, y ponía en riesgo el propio alquiler de las atarazanas por parte de los comerciantes, por la menor rentabilidad potencial¹⁷⁶.

Se trataba de definir, y con gran rigidez, un espacio restringido y acotado no sólo para las personas, sino también para animales y bienes. Pero esa limitación no hacía sino subrayar la propia preexistencia de una continuidad espacial, que a partir de ese momento determinaba, esta vez por fricción, una serie de interacciones materiales y jurisdiccionales. Por ejemplo, cada desplazamiento del monarca a un sitio real inducía la aplicación de la correspondiente figura del “maherimiento”, como sucedió en noviembre de 1606. Entonces, el gobernador de Aranjuez ordenó el embargo en la villa de Herencia de 500 fanegas de trigo y cebada, y aunque el viaje finalmente no se consumara, retuvo 250 fanegas para el sustento del sitio, que la Junta de obras y bosques le ordenó devolver por auto de 6 de noviembre de 1605¹⁷⁷. La figura del maherimiento no era un viejo vestigio medieval, sino una práctica consciente y constante para asegurar el mantenimiento de los sitios reales. En “La orden que Su S[eñor]ía el S[eñor] Marqués de Malpica uno de los de la junta de Obras y Uosques de Su Mag[esta]d deja al doctor Juan de Quiñones Benauente, alcalde mayor del Escorial, juez de la fábrica y uosques de S[an]t Lor[enç]o el Rreal por Su Mag[esta]d”¹⁷⁸, ya citada, se podía leer:

que acuda a dar todos los despachos nezesarios de maherimientos para materiales, ofiçiales y bastimentos y de lo demás que le fueren pedidos como se acostumbra para las obras de Su Mag[esta]d.

A priori, los maherimientos eran retribuidos, pero en un contexto de estrechez económica como el vivido por las casas reales a lo largo del siglo XVII, eran los compromisos más tardíamente atendidos por la Junta de obras y bosques.

¹⁷⁵ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, f. 56v.

¹⁷⁶ AGP, Registros, lib. 24, libro 2º de la Junta de obras y bosques.

¹⁷⁷ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques.

¹⁷⁸ Contenida en AGS, CSR, leg. 302-3, f. 317.

El 24 de abril de 1611 esta emitió un auto que ordenaba ejecutar la libranza de 5.000 ducados para ayudar a pagar la deuda contraída con los jardineros peones y ordinarios que servían en el Alcázar de Madrid, Casa de Campo, Huerta de la Priora, Fuente el Sol, Buena Vista y El Pardo, “y a los peones que han sido maheridos para cauar y hazer otras cosas nesçesarias en las güertas de las d[ic]has casas”¹⁷⁹. No obstante, priorizaba el pago a los primeros, para lo correspondiente a 1610, de tal manera que la referida situación económica dejó sin efecto este auto y dio paso a otro de 27 de abril del mismo año que omitía cualquier mención al personal maherido¹⁸⁰.

La figura del maherimiento permitió además mantener un vector fluvial de relación entre los sitios reales y su entorno. Es obligado mencionar, a caballo entre los reinados de Felipe III y Felipe IV, las singladuras por el Tajo, entre Vaciamadrid y Aranjuez, disfrutadas por las personas reales. En 1616 se hicieron nuevas chalupas, y los desplazamientos por ese espacio lindero entre el patrimonio territorial del rey y los pagos limítrofes se extendieron al menos hasta 1627. Para los nobles al servicio del monarca constituía toda una demostración pública del favor real tomar parte en estas navegaciones, especialmente —como era el caso del duque de Lerma—, si se pasaba por su señorío jurisdiccional. Pocas expresiones mayores cabían de conjunción con la persona regia, confundidos sus vasallos con los procedentes de realengo para cubrir las necesidades del maherimiento articulado para la ocasión. Conforme a lo apuntado por Álvarez de Quindós, con objeto de favorecer el desplazamiento de la chalupa, en un río como el Jarama de anchura y profundidad limitadas, e impulsada por el procedimiento de la sirga, los peones limpiaban un margen de 8 pasos a cada lado del río de todos los árboles y fustas que pudiesen estorbar, y se aderezaba la presa de los molinos de San Martín¹⁸¹. En ese espacio colindante, se advertía una pugna entre diferentes títulos nobiliarios de menor categoría o tradición, por adquirir aquellos señoríos limítrofes con los sitios reales, susceptibles de engrandecerlos mediante su adquisición. Dado el sentido patrimonial de las monarquías modernas, y la condición familiar de la relación entre el rey y sus grandes, la participación en estas transacciones era muy valorada.

¹⁷⁹ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, f. 69v.

¹⁸⁰ *Ibidem*, f. 70v.

¹⁸¹ Con tal propósito, el gobernador de Aranjuez despachaba oficios a los lugares de Seseña, Valdemoro, Ciempozuelos, San Martín de la Vega, Bayona y Chinchón para enviar personal a hacer estas labores de limpieza, a la altura de su jurisdicción. Así como otros 40 para tirar las cuerdas de las chalupas (J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, *op. cit.*, p. 385).

Pero la exacción llevaba en muchas ocasiones a la reacción, y esta a la represión, de manera que la indicada integración de los sitios reales en su contexto estaba presidida en muchas ocasiones por el conflicto. Con objeto de mejorar su mantenimiento, Felipe II hizo depender el soto del Piul del sitio real de San Lorenzo, pero ello no fue bien recibido por los arrendadores del soto de Torre Bermeja, al otro lado del Jarama, quienes entorpecieron, asistidos por el alcalde de la Hermandad de Velilla y otras personas, la explotación pesquera del río por parte de los arrendadores del monasterio. Los guardas del soto de Piul acudieron a impedirlo, infructuosamente, por lo que el religioso encargado de la administración de Piul denunció ante el juez de bosques lo sucedido, pero, al tiempo, los arrendadores de Torre Bermeja recurrieron por su parte a los alcaldes de casa y corte, quienes, en testimonio de la complejidad jurisdiccional derivada de la permanencia de los sitios reales en el espacio de continuidad cortesana, hicieron el caso de su incumbencia. Ante ello, el administrador de San Lorenzo recurrió al propio rey y a la Junta de obras y bosques, que decidió someter la cuestión a vista de ojos del licenciado don Francisco de Tejada y Mendoza, oidor del Consejo Real, que, con ello, ejerció una comisión que anticiparía su entrada en la propia junta, ya como presidente del Consejo¹⁸².

Cuando la infracción era de orden criminal, la actuación del juez de bosques podía alcanzar tintes de gran dramatismo, situaciones en las que la crueldad ejemplificadora debió ofrecerse a sus ojos como único remedio ante los excesos de la caza furtiva, que —como era el caso concreto—, castigaban la muerte de un guarda de sitio real; y que testimoniaban como la restricción espacial determinada por los sitios reales generaba una dinámica presidida por la acción transgresora y, a continuación, la reacción punitiva. Mandado ahorcar el culpable del asesinato, el alcalde Silva de Torres mandó poner su cabeza en Añover, donde vivía. No obstante, el temor creado no debió ser mucho, pues los lugareños no tardaron en retirar la cabeza, delito adicional del que conoció el corregidor de Toledo. Dado el origen del caso, el gobernador de Aranjuez solicitó entender de él, pero antes de solicitarlo formalmente, la junta pidió al corregidor relación de su estado¹⁸³.

De tal manera que esta interacción con el entorno no siempre debe ser tenida, en conjunto, por pacífica y coordinada. Huelga decir que el límite generado por los sitios reales, por mucho que interactuase y generase beneficios circunstanciales a

¹⁸² AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 4r-5.

¹⁸³ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, f. 63r-v, cartas de la junta para don Pedro de Ribera, gobernador de Aranjuez, y don Francisco de Villacís, corregidor de Toledo, 3 de marzo de 1611.

los pobladores del entorno, estaba predominantemente caracterizado por la exacción (ello al margen de la gravosa articulación de los señalados maherimientos). Se indemnizaba por los daños causados por la caza real en el entorno de los sitios reales¹⁸⁴, pero a su vez, se tendió a fijar un perímetro creciente de restricción de la caza en ese espacio, que a efectos prácticos multiplicaba el contorno de los propios sitios reales hasta su virtual solapamiento con el propio perímetro cortesano que, como encarnación de la persona real, emanaba de cada uno de los sitios reales. En este sentido, una cédula real de 3 de julio de 1616 vedó la caza real en el contorno de 5 leguas del monte de El Pardo y sus límites, en los que —como ya se ha indicado— el juez de bosques conocería a prevención con las justicias ordinarias de ese territorio sobre las infracciones de tal restricción. La redacción de la cédula tenía mucho de arbitrario y establecía un imposible jurídico, al insinuar que los súbditos debían sentirse vinculados a la prohibición de la caza, aún cuando no estuviese explícitamente estipulado más allá del límite físico del sitio, circunstancia que obligaba a extenderlo de forma muy significativa. A su vez, la lógica tendencia de la fauna a ignorar la letra del reglamento, obligó al rey a anteponer la propiedad animal sobre la limitación del terreno patrimonial:

El Rey.

Por quanto haviendo sido ynformado de la diminución que ay en la çaça que por mi mandado y para mi recreaçión se guarda en los bosq[ue]s del monte del Pardo y sus límites por ser mucha la que sale fuera dellos y grande la libertad con que en los lugares de su comarca se proçede en matarla con el seguro que tienen de q[ue] no pueden ser denunciados ni castigados ante el juez de los d[ic]hos bosques por limitarse su comisión para el castigo de los que tan solamente çaçaren dentro de los d[ic]hos límites y hauer para esto mucha omisión y descuido en las justicias hordinarias de los d[ic]hos lugares, deseando poner en esto el remedio que conbiene, e hordenado [*sic*] y mandado como por la presente hordeno y mando que el juez que al presente es y adelante fuere de los d[ic]hos bosques pueda conoçer y conozca a preuención con las justicias hordinarias de los d[ic]hos lugares cinco leguas en contorno de los límites de los d[ic]hos bosques del monte del Pardo de todos los casos de çaça, pesca y los demás que prohiuen las pregmáticas que en esta rrazón están echas o se hicieren adelante, y que el guarda maior y guardas del d[ic]ho monte del Pardo denuncien y puedan denunçiar contra los que çaçaren en contorno de las d[ic]has cinco leguas como lo haçen y pueden haçer los que çaçan dentro de los d[ic]hos límites y condenar el d[ic]ho juez de bosq[ue]s a los que hasi

¹⁸⁴ Un ejemplo de la tasación y formalización de tales compensaciones se contiene en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 212r-213v, ordenada por el juez Mateo López Bravo en 1624.

fueren denunciados e yncurrieren... en lo susod[ic]ho en las mismas penas que están puestas contra los que así matan caça dentro de los d[ic]hos límites para lo qual le da la misma comisión que en ellas tiene y le mando que haga pregonar est mi cédula en todos los lugares del contorno de los d[ic]hos bosques del Pardo que estubieren dentro de las d[ic]has cinco leguas para que uenga a notiçia de todos y ninguno pueda pretender ynorancia. F[ec]ha en M[adri]d a tres de julio de mil y seiscientos y diez y seis años. Yo el rey. Refrendada de Thomás de Angulo, señalada de los de la Junta que son don Fernando Carrillo, Pres[iden]te de la Hazienda, el conde de Salazar y Thomás de Angulo ¹⁸⁵.

Tal extensión del territorio vedado a la caza constituía buena prueba de la previa restricción del espacio cortesano propia de la definición de los sitios reales, en la misma medida en la que su expansión hasta las 5 leguas subrayaba su prevalencia. Para defender el nuevo límite establecido fue creado un cuerpo de guardia de a caballo “de los límites de pragmática” señalados para ensanche de El Pardo ¹⁸⁶. En un principio se fijaron un total de 14 guardas de a caballo y de a pie, elevados a 16 en 1626 ¹⁸⁷. El ámbito limítrofe de los sitios reales consistía en lo que los Cervantes llamaban cordón ¹⁸⁸, esto es, los límites en los que se permitía la caza mayor y menor a los vecinos, sometida a ciertas restricciones, conforme a las pragmáticas sucesivamente publicadas. En realidad, se trataba de una forma indirecta de vigilancia de la caza en un espacio formalmente desvedado, con el propósito de que en él fuesen respetadas las leyes generales sobre caza y pesca, “haciendo antemural destos límites de pragmática, para defensa y mayor seguridad de los bosques reales y su caza” ¹⁸⁹.

¹⁸⁵ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 524v-525r.

¹⁸⁶ Por ejemplo, el 16 de julio de 1623 recibió en Madrid título de tal guarda Blas de Peralta, en la vacante del fallecido Domingo de Angulo, “y mando que como tal tengáis cuidado de recorrerlos y de asistir en ellos con la continuación que conuiere para que ninguno exceda contra lo que está dispuesto y ordenado p[ar]a la guarda de la caza denunciando de los que excedieren ante n[uest]ro juez de bosques” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 171v-172r).

¹⁸⁷ *Ibidem*, lib. XIII, ff. 80v-81r, cédula real de 10 de enero de 1632, de nombramiento de Felipe Rodríguez como guarda de a caballo de los “límites de Premática”.

¹⁸⁸ P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas...*, *op. cit.*, pp. 353-355.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 105.

1.2.1.3. *La formación del territorio patrimonial de Aranjuez*

Así pues, la construcción de los sitios reales fue, sobre todo, un proceso de carácter eminentemente restrictivo, en el que la continuidad previa fue paulatinamente acotada. En el caso de Aranjuez, las cortes castellanas solicitaron que fuese incluido en el repartimiento de alcabalas, Millones y Cientos, y Felipe II ordenó que fuese averiguado el valor de tales rentas en lo tocante a Aranjuez, pero no para ser cobradas, sino para que constase razón en los libros de rentas reales. De forma similar, las dehesas de Aranjuez quedaron al margen del Concejo de la Mesta¹⁹⁰. En la complicada construcción del pago arancetano se percibía con toda claridad la inserción de la casa real en la corte, al ser previamente necesaria la definición de los límites de los sitios reales, espacio natural de la primera, respecto al contorno. Conforme a ello, intervinieron en este proceso actores administrativos presentes en ambas caras de ese terreno de transición, como era el presidente del Consejo Real de Castilla.

Este proceso restrictivo tenía mucho de artificial o ficticio. Se perseguía dotar al lugar más permanente de residencia del rey y su aparato gubernamental de un entorno colindante, en el que la corona fuera la instancia predominante de poder. En tiempo de Felipe III el interés de la junta por el sitio de Aranjuez se expresó en una serie de autos que incidían en la delimitación y protección del sitio, al ordenar la expulsión de las yeguas y bestias que no fuesen propiedad del rey, la definición de una nueva planta de servidores y expulsión de los sobrantes, o la reserva en el sitio del trigo y cebada necesarios para el sustento de las aves y todo lo entretenido por cuenta de su Majestad¹⁹¹. En cuanto al segundo de estos autos, en realidad repetía un mandato anterior, dado que ya se había encargado al alcalde-juez que hiciera salir de Aranjuez a las personas innecesarias para el servicio del rey, o

¹⁹⁰ Respectivamente, cédulas reales de 26 de enero de 1569 y 6 de enero de 1571 (J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, op. cit., pp. 443 y 445).

¹⁹¹ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, f. 28r-v. Transcribo el segundo, por anticipar la cédula que menciona a continuación: “En la uilla de Madrid a quatro días del mes de nouiembre de mill y seisçientos y siete años, los ss[ñor]es de la Junta de Obras y Bosq[ue]s de Su Mag[esta]d ordenaron que el S[ñor] Al[ca]lde D. P[edr]o Chierque de Salazar uea la copia q[ue] se le entregará con este auto de la gente q[ue] sirue y trauaja en el real sitio de Aranjuez y hauiéndol lo bien considerado y informándose mui particularm[en]te informe con breuedad de la reformaçión que poddía hauer en la gente ordinaria que en él trauaja y cómo se podría repartir en las partes neçessarias, encargando a cada uno lo q[ue] ha de estar a su cargo para que trauaje la que hviere de quedar y se útil y embie relación de todo y también de cómo se podrían moderar los gastos de aq[ue]lla hazienda entre tanto que no hviere obras”.

carentes de ocupación, con objeto de desembarazar el sitio, y reducir el precio de los mantenimientos. Ahora se encargó nuevamente al alcalde-juez ejecutar el aligeramiento del sitio, y remitir a la junta lista de los criados y oficiales, tanto masculinos como femeninos, que quedaban finalmente para el servicio del sitio. En la misma tendencia, una cédula real de 1617 ordenaba que en el sitio de Aranjuez sólo viviesen quienes estuviesen relacionados con él y su servicio. Pero esta disposición era –pese a la ficticia noción de autonomía que se percibe en tiempo de Felipe IV–, en sí misma, evidencia de la integración de Aranjuez en su *hinterland*. Pues en realidad no hacía sino repetir la cláusula contenida en la primera ordenanza aprobada para el gobierno del sitio real, de 1563, que prohibía el avecindamiento de quien no formase parte de las categorías de criados y empleados contenidas en ella¹⁹². La cédula, dirigida a don Antonio de Ribera, gobernador de Aranjuez, el primero de junio de 1617, revelaba que a esa altura era ya costumbre la permanencia en el sitio de los peones maheridos para cavar las huertas y otros trabajos, y especialmente de viudas de criados fallecidos en servicio. Llevadas por la costumbre regia de hacerles merced de la sucesión futura de los oficios de sus maridos en sus hijos, oficios que entretanto eran servidos por terceros. Parece que estas adoptaban una política de hechos consumados, y no esperaban a la legalización de la merced, tan establecidas estaban las prácticas mercedarias de la monarquía. Por ello, Felipe III decidió poner coto a la situación, en un momento de evidente agotamiento de los yacimientos de gracia para los servidores reales, y ordenó la evacuación de tales personas¹⁹³.

¹⁹² Para el caso de Aranjuez, cfr. I. EZQUERRA REVILLA y R. MAYORAL LÓPEZ: “La Caza Real y su protección...”, *op. cit.*, pp. 811-992, pp. 963-992, así como M^a M. MERLOS ROMERO: *Aranjuez y Felipe II. Idea y forma de un Real Sitio*, Madrid 1998, y A. LUENGO AÑÓN: *Aranjuez, utopía y realidad: la construcción de un paisaje*, Madrid 2008.

¹⁹³ “Y porque mi uoluntad es que en esse sittio no aya más gente de la que actualmente estuviere ocupado en mi seruiçio, os mando que luego que resçiuáis esta mi çédula proueáis y deis orden que toda la que assí estuviere sin esta causa y las uiudas que en él asisten salgan dél dentro de un breue término que para ello les señaláredes, y que las que enuidaren de aquí adelante le tengan de un mes después de la muerte de sus maridos para que durante él salgan del d[ic]ho sittio sin que para esto les embarçe la m[e]r[ce]d que yo les hiziere a ellas ni a sus hijos. Y que esta mi çédula se ponga originalmente en ls libros de la contaduría dessa hazienda para que lo contenido en ella se cumpla preçissamente y que el mi fiscal dessa d[ic]ha Aranjuez tenga mui particular cuidado de aduertir siempre que suçediere el casso de lo que por ella tengo man[da]do y de auisarme como se executa. En madrid a primero de junio de mil y seiscientos y diez y siste años. Yo el rey. Rfrendada de Thomás de Angulo, señalada de los de la Junta que son D[on] Fer[nan]do Carrillo p[resien]te de la Hazienda y Thomás de Angulo (rúbrica)” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, f. 609r-v).

La construcción jurisdiccional de Aranjuez expresaba la propia artificialidad de un espacio estrechamente relacionado con sus alrededores y, por eso mismo, profundamente vinculado con el juego político cortesano. De forma elocuente, los cargos que gobernaron el sitio de Aranjuez en tiempo de Felipe II estaban sólidamente arraigados en los espacios limítrofes, caso del valdemoreño Alonso de Mesa ¹⁹⁴. Las referidas limitaciones poco podían con una realidad continua y transversal, y el tiempo se encargó de demostrarlo. Inicialmente, la improvisación distinguió la organización del alojamiento en el pago arancetano. Mientras el rey permanecía en el sitio, sus servidores y los criados de la casa real convivían en unas mismas dependencias, al tiempo que los embajadores y algunos grandes se hospedaban en la Casa de Vacas o en los pueblos limítrofes, desde los que se desplazaban diariamente a “hacer la corte” a los reyes. Para atender las necesidades generadas por la presencia real y el alojamiento de los criados reales, el gobernador de Aranjuez tuvo desde un comienzo potestad para repartir entre los pueblos comprendidos en un perímetro de 16 leguas en torno las camas necesarias, el pan cocido y toda suerte de bastimentos y alimento para el ganado. Por lo tanto, desde su propio surgimiento como sitio real, las poblaciones circundantes miraron con prevención hacia Aranjuez, dadas las obligaciones que generaba. De él nacía un perímetro de alcance desigual según su carácter, situado entre las 5 leguas emanadas de la persona real, características de todo espacio cortesano, y las 16 propias de la obtención de prestaciones personales y en especie para el mantenimiento del sitio. Sin duda, la indicada vinculación personal de contador y gobernador con el entorno debía favorecer el cumplimiento de tales obligaciones. Esta serie de poblaciones debían también proporcionar los hombres necesarios para los ojeos y monterías regias. Naturalmente, al emitir tan arbitrarios embargos o “maherimientos”, el gobernador actuaba en calidad de delegado real; la autoridad de su comisión procedía del rey. Comisión que se extendió también a satisfacer las necesidades de mantenimiento del sitio al margen de la presencia real. No en vano, como señaló Álvarez de Quindós: “Como casa real, y propiedad de Su Majestad, corresponden a Aranjuez las mismas regalías y preeminencias que se deben a la real persona” ¹⁹⁵. Con ocasión de la jornada de Portugal, Felipe II firmó una cédula real, el 11 de marzo de 1580, para maherir oficiales, peones y carruajes

¹⁹⁴ O de Juan de Castro, maestro de obras del sitio, quien en 1561 construyó el puente de Alhóndiga (E. LLAGUNO Y AMÍROLA: *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España...*, op. cit., Madrid 1829, vol. II, p. 94).

¹⁹⁵ J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, op. cit., p. 439.

para la realización de ciertas obras en Aranjuez, por un tiempo inicialmente fijado en tres años que posteriormente fue ampliado de forma indefinida ¹⁹⁶. En consecuencia, se habilitaron aposentos para alojar a los oficiales y peones durante la realización de las obras, divididos por lugares de procedencia y encabezados por el respectivo comisionado local. A su vez, la ejecución de los maherimientos trataba de garantizarse autorizando explícitamente su realización en el título de los sucesivos jueces de bosques, como se aprecia en el caso del licenciado Silva de Torres en 1608 ¹⁹⁷.

Pero, en prueba de la integración de los sitios reales en un ámbito más extenso, este estado de cosas pronto se vio afectado por la situación financiera de la monarquía. Si bien es una tendencia que ya se advirtió con claridad durante el reinado de Felipe III, en el que se asentó la exención del perímetro legal de las 5 leguas contra el pago de cierta cantidad, en el de su hijo esta práctica se extendió a la figura del maherimiento, y en 1636 se confirió facultad a la Junta de obras y bosques para negociar con los pueblos la liberación de estas cargas a cambio de un servicio en maravedís, proporcionado a la importancia de la respectiva población. La fórmula se extendió hasta 12 años después, pero dejó al margen a aquellos pueblos que habían logrado previamente la exención de las 5 leguas, y pareció afectar en manera especial a las poblaciones más cercanas al límite exterior del perímetro señalado, de tal manera que lugares como Arganda, Leganés, Valdemoro..., continuaron atendiendo a las necesidades constructivas y urbanísticas del sitio real de Aranjuez ¹⁹⁸. Resultado de los poderes conferidos a la junta en este terreno fue la sucesiva exención de diferentes lugares de tales obligaciones, a cambio de cierta contribución en metálico. Por ejemplo, una cédula real de 9 de marzo de 1637 legalizaba la liberación de participar en

¹⁹⁶ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. v, f. 266r-v.

¹⁹⁷ “Asimismo os mandamos que siempre q[ue] los n[uest]ros ofiçiales a cuio cargo están las d[ic]has obras os dixerén y auisaren que es menester alguna cossa de lo susod[ic]ho u otras qualesquier para ellas proueáis y déis orden como los d[ic]hos materiales y cosas necessarias de les den y entreguen donde quiera q[ue] los hviere para uender pagando por ellos lo que justo fuere, y los oficiales y gente y uestias y carros que pidieren se registren y mayeran para que uayan a trauajar a las d[ic]has obras por sus jornales y alquileres acostumbrados de manera que las d[ic]has n[uest]ras obras estén siempre proueidas de lo neçes[ari]o para su continuación” (AGP, Registros, libros de cédulas, lib. xi, f. 23v).

¹⁹⁸ Con la excepción de Fuenlabrada, que adujo para eximirse el privilegio concedido por Juan II y repetidamente confirmado por sus sucesores, en pago a hospedar la caballeriza real. Respecto a todo lo indicado (J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, op. cit., pp. 232-233 y 442).

maherimientos para Aranjuez en favor de la villa de Mora, a cambio del pago de 16.500 reales. En esa fecha se hizo saber al gobernador del sitio, don Sebastián Antonio de Contreras, que:

por escusar a los u[e]z[in]os de la u[ill]a de Mora la costa, trabajo y molestia que se les sigue de los maherimientos que se le hace de peones, camas y carros para esse sitio, especialm[en]te en tiempo que están entendiendo en sus labranças,

y considerando el servicio realizado, se concedía la exención y relevo perpetuo a todos los vecinos de la villa y a los que adelante fueren de las obligaciones de maherimiento y repartimiento del sitio real de Aranjuez¹⁹⁹. El 18 del mismo mes fue la villa de Consuegra la que se benefició de la exención, a cambio de 2.666 ducados y 9 reales de vellón²⁰⁰, de tal manera que la exención se tasaba en un valor proporcional a las posibilidades de cada lugar. El 25 de septiembre se reconocía la exención a la villa de Madridejos, que para ello pagó 26.322 reales de vellón, y a la villa de Villamayor, que la obtuvo por 14.000 reales²⁰¹. No obstante, el proceso de concreción de estas exenciones era más complejo de lo que a simple vista aparenta, dado que, en ocasiones, necesitaba de un desarrollo posterior. De esta manera, el 25 de septiembre de 1637 la villa de Consuegra recibió una autorización adicional para, en el conjunto de mercedes recibidas a cambio de la contribución, poder arrendar cada día de San Miguel las rastrojeras de Turleque y Ardosa²⁰².

Conforme a todo lo señalado, cabe concebir el firmamento de sitios reales desperdigados por Castilla como algo orgánico, de constantes vitales tan relacionadas con las vicisitudes propias de la conformación de un patrimonio domanial, como de la interacción con un territorio del que se había desgajado, y a partir del cual se había definido. En este sentido, las tentativas de disminución de la extensión de los términos reales, impulsadas por el elevado coste de las indemnizaciones por daños de la caza en las heredades comarcanas a cargo del erario real, solían ser breves por propiciar un inmediato furor venatorio. A finales del reinado de Felipe II fueron brevemente restringidos los límites de El Pardo, limitación que fue más duradera, por las mismas fechas, en el caso del bosque de Valsaín²⁰³. En cualquier caso,

¹⁹⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, f. 204r-v.

²⁰⁰ *Ibidem*, f. 204v-205r.

²⁰¹ *Ibidem*, ff. 218r-v y 220r-v, respectivamente.

²⁰² *Ibidem*, ff. 219r-220r.

²⁰³ Una cédula real de 20 de julio de 1592 rectificó la reducción del sitio del Pardo establecida por otra cédula de 20 de enero del año anterior, debido a la “libertad y desorden con que se ha caçado y caça después acá con uallestas y galgos y lebreles y otros perros en lo

como se advierte, la restricción territorial no era de orden genérico, o, más correctamente, caso de que así pueda ser interpretada, esa generalidad derivaba principalmente de una motivación concreta como el ejercicio de la caza por parte del rey. Era esta prioridad la que determinaba cierto estatuto jurídico especial de un espacio concreto, ampliamente mediatizado —no obstante— por el entorno.

1.2.1.4. *La multiplicación de los sitios reales*

como fortalecimiento de la entidad cortesana en la periferia de los reinos

En esta corte extensa y continua, los sitios reales constituían una dimensión espacial en la que el sentido patrimonial de los reyes era más directo, se expresaba con mayor claridad y menos mediatización. Era, además, una realidad que no se circunscribía exclusivamente a Madrid y su entorno, sino que formaba una constelación de posesiones incrustadas en la continuidad antecedente de los reinos, a partir de la que se iban definiendo y ampliando tales espacios patrimoniales. Aunque no fuese imperiosa la proliferación de sitios reales para la extensión territorial del concepto cortesano, vehiculado ya con la reproducción de la chancillería y la audiencia, implicaba el redondeo de una estructura que tiene su ejemplo más conocido en el modelo madrileño, en el que los sitios reales completaban esa idea cortesana. Propia de este proceso era asimismo la respectiva acotación jurisdiccional, que no sólo transformaba cada uno de esos territorios en una realidad autónoma mediante la designación de juez propio en primera instancia, el cual resolvía la vulneración de las restricciones impuestas (a la caza, a la pesca, al aprovechamiento forestal...), sino que los integraba en un estrato que definía la jurisdicción extendida y metamadrileña de la Junta de obras y bosques.

Ejemplo parcial de lo que digo lo constituyó el encargo realizado por Felipe III, el 9 de diciembre de 1609, al licenciado Juan Gallo de Andrade —distinto a Juan Gallo de Andrada, el conocido escribano de cámara del Consejo Real—, alcalde de la chancillería de Valladolid y juez de bosques de Valladolid²⁰⁴. La simultaneidad de ambos cargos era significativa por varios motivos, puesto que conforme a lo señalado subrayaba la posesión por cada uno de los diferentes sitios reales de juez

que así se desuedó por la d[ic]ha cédula saliendo al campo en quadrillas de día y de noche” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. VIII, ff. 141v-142v). A su vez, otra cédula, de 1 de abril de 1593, restringió los límites en que se guardaba la caza del bosque de Valsaín (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, ff. 224v-228r).

²⁰⁴ “Que por mi mandado conoçéis de los negoçios y causas tocantes a la caça y pesca de mis reales bosques del contorno desa d[ic]ha ciudad” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, f. 81v).

propio, al margen de su latitud; y, por otro lado, la unidad de la jurisdicción real, puesto que —de acuerdo con lo dicho— tales funciones de juez de bosques eran desempeñadas por miembros de los tribunales que expresaban la difusión unitaria de la corte por el territorio, resultado de un complejo proceso: en Madrid, los alcaldes de casa y corte; en Valladolid y Granada, los alcaldes u oidores de chancillería; en Sevilla, los de la audiencia...²⁰⁵. A Gallo se le encargó recibir en el patrimonio real la Casa de la Quemada, perteneciente hasta entonces a don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, consejero de Guerra y mayordomo de la reina Margarita, y aplicar en ella las indicadas restricciones de uso. No obstante, digo que el referido es sólo ejemplo parcial, porque precisamente con la adquisición de este patrimonio se consolidó una tendencia al entendimiento de las apelaciones de tales casos de caza y pesca por parte de los alcaldes de casa y corte²⁰⁶.

Sucesores de Gallo en el cargo de juez de bosques de Valladolid fueron don Fernando Carrillo Chumacero, oidor, y don Gerónimo de Avellaneda Manrique, alcalde del crimen²⁰⁷. En el caso de Valladolid, la jurisdicción del juez de bosques fue fortalecida en junio de 1633, con ocasión de las dificultades experimentadas por el doctor don Pedro de Amezqueta, alcalde del crimen y juez de obras y bosques de Valladolid, para proceder en un pleito de ejecución contra Joseph Ruiz, cordonero difunto, por el pago pendiente de cierta cantidad del arrendamiento de la fruta y viña de la ribera de la casa real de Valladolid. Se pretendía obstaculizar su continuación a consecuencia del pleito de acreedores contra dichos bienes que

²⁰⁵ Para la unidad de la jurisdicción regia formada por Consejo y justicias y chancillerías, cfr. C. GARRIGA: “Las Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid:...” , *op. cit.*, esp. pp. 7-18.

²⁰⁶ “... les otorguéis la apelación en quanto ha lugar de d[e]r[e]ch[o] y las d[ic]has leyes y premáticas lo permiten p[ar]a el tribunal de los alcaldes de nuestra casa y corte, los quales es n[uest]ra uoluntad que conozcan de los d[ic]hos casos en el d[ic]ho grado”, en la comisión a Juan Gallo de Andrade (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XI, ff. 81v-82r).

²⁰⁷ “El rey. Por quanto por diferentes cédulas del Rey mi Padre y Señor que Santa Gloria aya está mandado guardar la caça y pesca, leña y yerua de mis bosq[ue]s del contorno de la ciudad de Ualladolid y lo demás anejo a la Casa de la Quemada y sus sotos y el liçenciado don Fernando Carrillo Chumacero oydor de mi audiencia y chancillería que reside en aquella çiudad que tenía comission p[ar]a conocer destas causas a fallecido y combiene nombrar persona en su lugar por la buena relación que se me a echo de uos el liçenciado don Gerónimo de Auellaneda Manrique alcalde del crimen de esa audiencia os elijo y nombró para que conocáis priuatiam[en]te de todo esto castigando a los que an excedido y excedieren contra lo dispuesto por las cédulas refferidas, El Pardo, 18 de enero de 1622” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff. 103v-104r).

pendía en el juzgado de provincia²⁰⁸. Posteriormente, la comisión fue ejercida por el oidor don Juan de Estrada Manrique, y, por su promoción, fue designado para ella don Antonio de Riaño, quien al tiempo era oidor, por título de 11 de abril de 1653²⁰⁹. En 1659 se encargaba de la comisión don Mateo de Riaño, alcalde de hijosdalgo en la chancillería, quien recibió comisión el 21 de septiembre de ese año para encaminar un arreglo económico beneficioso para acometer las urgentes reparaciones que por entonces necesitaban el palacio y casas reales de Valladolid: aceptar la composición pretendida por Diego de Vera y su mujer doña María de Cedillo en el alcance hecho a don Diego Martínez de Salazar, primer marido de esta última, pagador que había sido de las obras reales de Valladolid²¹⁰.

El patrimonio real en la ciudad de Valladolid y su contorno se había reactivado, como era lógico, como consecuencia del traslado de la corte en 1601, a consecuencia del cual se compraron casas y tierras que sirvieran de residencia al rey y su corte. Aunque con el retorno a Madrid los bienes adquiridos perdieron la misión para la que habían sido concebidos, ello no significó que quedara en suspenso el sentido de totalidad y significación cortesana tejido entre chancillería y sitios reales vallisoletanos, a semejanza del existente en Madrid. Las propiedades de la casa real en Valladolid se integraban así entre las administradas por la Junta de obras y bosques, de la que dependía la veeduría correspondiente. Los asuntos de su competencia eran, por delegación de la junta, la conservación y aumento de los palacios, casa, sitios y lugares reales, la jurisdicción suprema en lo relativo a justicia, gracia y gobierno de los oficiales de los reales sitios y la jurisdicción delegada para las infracciones de los asuntos de caza, pesca y leña, en lo tocante a los palacios reales de Valladolid, la huerta de la Ribera y el bosque de El Abrojo. En ocasiones, las referencias documentales se extendían al castillo de Simancas y al palacio de Tordesillas, piezas asimismo del referido conglomerado cortesano, cohesionado mediante la cámara real²¹¹. Era esta circunstancia la que daba a este conjunto patrimonial una vocación de permanencia.

²⁰⁸ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, lib. XIII, ff. 122v-123r.

²⁰⁹ *Ibidem*, lib. XIV, ff. 347r-348v.

²¹⁰ *Ibidem*, lib. XV, ff. 52v-53r.

²¹¹ La documentación relativa a este patrimonio regio se conservó en el convento de San Pablo, en el que también se guardaba el arca de las tres llaves de la pagaduría. Tomo parte de lo dicho de las notas realizadas en *Archivo General de Simancas. Casa Real-Obras y Bosques. Casa Real de Valladolid, 1594-1865. Legs. 1-62*, inventario realizado por Margarita Cuartas Rivero, julio 1990.

También en las manifestaciones periféricas de la corte —por así llamarlas—, constituidas por las chancillerías que residían en Valladolid y Granada y los respectivos sitios reales circundantes, se confundía lo patrimonial y doméstico con lo administrativo. Se daba una consistencia transversal entre sitios reales y chancillería y audiencia, fundada en la presencia física y metafórica del rey, en la forma de sello real y servicio de porteros de cámara. En este sentido, es muy significativo que la necesidad de materiales para obras en la chancillería de Valladolid procediese del consignado para las realizadas en el Alcázar de Valladolid y casas reales de su contorno²¹². E, igualmente, este es el sustrato en el que, al margen del ejercicio como juez de bosques en Valladolid y Granada de un ministro de la respectiva chancillería, sus compañeros podían ejercer labores de asesoría jurídica de la junta, que en el caso de Madrid ejercía directamente —entre otras— el miembro del Consejo presente en ella. El 15 de septiembre de 1620 la junta comisionó al licenciado don Francisco de Alarcón, oidor de la chancillería de Granada, que informase acerca de las diferencias habidas entre, por una parte, don Gaspar de León, Pedro Arias Riquelme de Añasco y Francisco de Potes, respectivamente veedor, pagador y aparejador de las obras de la Alhambra de Granada y, por otra parte, don Fernando de Contreras, teniente de alcaide de la Alhambra²¹³.

Como sucedía en el caso de Madrid, en otros lugares la relación entre el espacio administrado directamente por la Junta de obras y bosques y el entorno cortesano no estaba siempre presidido por la armonía, originándose fricciones que eran resultado del solapamiento de dos ámbitos difícilmente discernibles, si no en un sentido material (el primer paso para la definición de un sitio real era su acotamiento) sí en el jurisdiccional. En 1632 se otorgó a don Pedro de Granada, alcaide de las casas y jardines del Generalife, jurisdicción civil y criminal para el conocimiento de cuantos delitos se consumasen en ellos, con inhibición de la chancillería y otros tribunales, y apelación a la Junta de obras y bosques. Una comprensión excesivamente amplia del espacio sometido a su jurisdicción propició el roce con la chancillería, dado que pretendía llegase a todo el campo del convento de los Mártires, y los límites marcados por el Darro y el Genil,

que si pasase adelante sería la total ruyna de aquella república y los uecinos, y no combeniente ni necesaria para la guarda y custodia de las r[eale]s casas de Generalife²¹⁴.

²¹² AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 274v.

²¹³ AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, ff. 74v-75v.

²¹⁴ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, f. 94r-v, cédula real al presidente de la chancillería, don Mendo de Benavides, sin fecha, pero correspondiente al año 1632.

Lo destacable era que la queja había procedido del concejo de la ciudad, y la indagación y eventual corrección de esta medida se encargaba al presidente de la chancillería, como tutor por delegación de un espacio unitario, el doméstico-cortesano, que en el caso de Madrid contaba con la presencia del propio rey, los alcaldes de casa y corte y el Consejo Real y su presidente.

1.2.1.5. *Interacción en un sentido jurisdiccional:*

La relación entre el Consejo Real y la Junta de obras y bosques.

El sentido doméstico del Consejo

Como era de esperar, en tiempo de Felipe IV la Junta de obras y bosques no permaneció ajena a la reorganización interna del servicio doméstico regio, al ser los alcázares y sitios reales el sustrato en el que se desarrollaba la vida de la casa real. Sin duda, la materialidad más castellana con la que interactuaba o se confrontaba, según las circunstancias, la nueva casa real construida durante el reinado de Felipe IV era la representada por el territorio, por los sitios reales y sus áreas circundantes. Esto permite en primer lugar reflexionar —como con mucha propiedad se ha hecho en un reciente congreso²¹⁵—, en los propios límites de extensión de la corte, como ámbito en el que con mayor o menor amplitud o claridad, se desarrollaban los códigos y relaciones de cercanía, subordinación, obediencia, mando..., cobijados por las casas reales. En este sentido, venimos diciendo que la fuerte tentativa de imposición de la etiqueta borgoñona en la casa real estaba propiciando, al margen de la reducción y postergación de la casa de Castilla, un fenómeno adicional, e inesperado para aquellos espectadores que ignoraran su naturaleza: la interpretación por el Consejo Real de Castilla de una función que siempre le había sido propia, un papel promotor e integrador en el entramado doméstico. Función algo difusa desde el comienzo de los siglos modernos, precisamente por el vigor que mantenía la usanza castellana en el servicio doméstico regio. Pero como consecuencia del citado proceso, cristalizado en las etiquetas de 1651, se percibió la casi inconsciente asunción por el Consejo, por la mera aplicación de sus atribuciones, de un papel que lo reveló como parte sustancial del juego doméstico, a través de varios fenómenos ya señalados en

²¹⁵ Dirigido por Félix LABRADOR ARROYO, Concha CAMARERO BULLÓN y Antonio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, y titulado *La extensión de la Corte: Los Sitios Reales*, celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid y la Universidad Rey Juan Carlos entre el 14 y el 16 de noviembre de 2012, y cuyas actas se encuentran en prensa. En él abundan las aportaciones sobre el sentido y desarrollo de los diferentes sitios reales, resultando así obra inexcusable para el conocimiento del tema, a la que remito.

esta obra: en primer lugar, una conjunción más estrecha con la sala de alcaldes²¹⁶; en segundo, la paulatina consolidación del ejercicio de los oidores del Consejo como asesores del Bureo, y, finalmente y por lo que ahora toca, su entrada como miembros en la Junta de obras y bosques. Respecto a todo lo dicho, no deja de ser relevante la coincidencia cronológica que se aprecia entre las etiquetas reales aprobadas en 1651, y la elaboración de esas etiquetas tácitas del Consejo representadas por el escrito de Juan de Moriana, al que se hace referencia en nota. Pienso, por lo demás, que el indicado papel del Consejo era coherente con el recelo mantenido hacia el organismo por el Conde Duque, cuyo afán de control se iniciaba en el propio espacio inmediato al rey, como señaló su acceso a las plazas de sumiller de corps y camarero mayor.

Puede argumentarse que la implicación de los oidores del Consejo en la Junta de obras y bosques se reducía a lo jurídico. Pero, al margen de que lo doméstico necesitaba de una trama jurídica (como indican los reglamentos y ordenanzas de los diferentes sitios reales), esta intervención consolidada por contraste o reacción, esto es, indirectamente inducida en tiempo de Felipe IV, expresaba como la casa real y su continente material, conformado por los llamados sitios reales y su órgano gubernativo, contencioso y administrativo —la Junta de obras y bosques—, se integraban en un contexto más amplio que les era esencial para su propia supervivencia. Como es sabido, son espacios que han tendido a interpretarse de forma restrictiva, pero si se altera diametralmente el punto de vista y se disponen concéntricamente tales ámbitos de exclusividad (cámara, casa, sitios reales), se advierte que la intervención de los miembros del Consejo se hacía más intensa en las capas superficiales del conjunto. Se pasaba de la participación semanal en el espacio restringido del rey a través de la consulta de los viernes, a la asesoría del Bureo y, finalmente, a la integración como miembros de pleno derecho de presidente y dos oidores (uno de ellos camarista) en la Junta de obras y bosques. Complemento de esta tendencia era el valor transicional otorgado a los restos de la Casa de Castilla en el servicio doméstico regio. En palacio, chancillerías y audiencias en la figura de los porteros de cámara; cuando

²¹⁶ Consecuencia de la misma fue una inquisición más estrecha y continua de su labor por parte del Consejo: “En martes 15 de diziembre de 1626 años vino al Consejo con orden del señor cardenal presidente toda la sala de los alcaldes de corte. Sentáronse en el Consejo, que estaba todo pleno por sus antigüedades, en el lugar que les tocó, prefiriéndoles el señor fiscal Dn. Juan Chumazero por tener título y preheminencia de consejero. Fue para leerle un decreto de S.M. del día antezedente de reprehensión por omisiones de sus oficios” (“Discursos generales y particulares de el Gobierno General y Político de el Conssejo Real”, en S. DE DIOS: *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla*, Salamanca 1986, p. 327).

ejercitaba la caza, tanto en sitios reales como en pagos nobiliarios, a través de los monteros; o, simplemente, cuando se desplazaba por los reinos, mediante la figura de los escuderos de a pie²¹⁷. Es un fenómeno consolidado durante el reinado de Felipe IV, que conduce a reflexionar sobre la potencial existencia de una noción continua y preexistente de corte. Si se quiere, infusa o inconsciente, pero tangible en cuanto se repara en ella.

Esta dimensión doméstica del Consejo tuvo manifestaciones adicionales no por marginales menos significativas. El reparto de bienes producidos en los sitios reales entre los ministros y oficiales al servicio de las casas reales, extendía un sentido de pertenencia doméstica que otorgaba tal carácter a todos y cada uno de los beneficiados. Por lo tanto, no parece anecdótico —especialmente si se advierte la intervención ejercida por el Consejo Real en ese ámbito, revitalizada como digo en el reinado de Felipe IV al hilo de la imposición de la etiqueta borgoñona— que el presidente de Castilla constase entre los beneficiarios del reparto de los pavos reales criados en Aranjuez. Era una expresión menor, pero no por ello poco importante, de esa dimensión propia del Consejo Real, especialmente si se considera que ordinalmente el presidente era el tercero más beneficiado en la distribución, sólo por detrás del Cardenal Infante y el Alcázar de Sevilla²¹⁸.

En lo tocante a la relación con el Consejo Real, parece que la escasa actividad precedente afectó a la posición de la junta, y los inicios del reinado de Felipe IV implicaron una estimación limitativa de su categoría institucional, en favor del Consejo Real y los alcaldes de casa y corte, favorecida —paradójicamente— por las propias atribuciones jurisdiccionales de la junta. Una manifestación de este fenómeno se apreció en 1624, a consecuencia de la tramitación de dos pleitos; el primero, mantenido por el fiscal de Hacienda contra varios pintores cortesanos, y el segundo, la apelación de una sentencia del alcalde-juez de bosques, López Bravo, contra el teniente de tesorero de la casa de la moneda de Segovia. Por el primero de ellos, la hacienda real podía ganar más de 30.000 ducados, y, por el segundo, se planteaba la necesidad de castigar al acusado. Suscitaron entre los miembros de la junta la necesidad de contar para su resolución con la asistencia complementaria de letrados. En este punto parecía existir acuerdo, pero no en la razón de la misma ni en la naturaleza de los comisionados, dado que los argumentos fueron de la mera asignación de tal tipo de pleitos hacendísticos a la sala de alcaldes, a la entrada de dos alcaldes o de dos oidores del Consejo en la junta,

²¹⁷ El contorno de la casa de Castilla por aquel entonces se percibe, por ejemplo, en AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, ff.

²¹⁸ AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, ff. 229v-230r.

de modo semejante a como se hacía en los Consejos de Hacienda, Órdenes o Guerra. El miembro de la junta que con más convicción defendió esta última postura fue el marqués de Alcañices, montero mayor, si bien consideraba la entrada de los oidores del Consejo como un mal menor, dado que se oponía a la pérdida de la exclusividad de la junta en la determinación de tales negocios, en virtud del carácter privativo de su jurisdicción en el ámbito de las obras y bosques reales. Carácter contra el que no chocaba la resolución de los pleitos menores de caza por el juez de bosques, y su apelación ante los alcaldes, cometida por los reyes:

por cédula despachada por la misma Junta, considerando no era uien que tan grandes ministros como han sido en ella siempre se embaraçasen en causas criminales y de cosas tan menudas,

dado que la junta conservaba la potestad —en virtud de ese carácter privativo— de avocar a sí, en su ámbito de competencias, las cuestiones jurisdiccionales que estimase oportunas. Para el marqués de Alcañices la pericia letrada no constituía un requerimiento imperativo, dado que en la junta siempre asistía algún miembro con ese perfil ²¹⁹ y que en muchas ocasiones, “una uvena razón o aduertencia de la parte y de su procurador suele dirigir al juez más que las leyes y dotrinas de muchos abogados”.

Su rígida actitud se debía al hecho de que en la propuesta regia de discusión de la materia se incluía la posibilidad de que tales causas pasasen a depender de la propia sala de alcaldes:

frustrando a esta Junta de uno de los fines más principales para que se fundó confundiendo las jurisdicciones que con tanto acuerdo han estado siempre divididas y estableciendo otras tan monstruosas y nuevas.

Más que el perfil de los integrantes de la junta, era la poca frecuencia de sus reuniones la que en realidad había planteado tan extravagante posibilidad, por lo que Alcañices también rechazó la posibilidad de que se incorporaran dos alcaldes a la junta para la resolución de tales asuntos, especialmente por no comparecerse su categoría con la de los presidentes, confesor “y otros ministros de la calidad que es notorio” presentes en ella. De tal manera que podía seguirse el ejemplo del

²¹⁹ “Siempre ha auido una o más personas de letras, presidentes o conssejeros de cámara a quien se remiten o con cuyo parecer se conforman los más” (AGP, AG, leg. 853, consulta de la junta de 11 de mayo de 1625, “Sobre lo q[ue] U[vestra] M[a]g[esta]d resoluió a una consulta de la Junta —de que ua copia— mandando que de los dos negoçios que refiere y de los demás de su calidad conoçiesen los alcaldes”, de la que tomo las partes reproducidas en el texto).

asesor del Consejo Real presente en el Consejo de Guerra, o los dos en el de Hacienda, si bien en todo momento Alcañices entendía que tal presencia, en lo relativo a la Junta de obras y bosques, debía reducirse a la determinación concreta de las dos causas señaladas. En cualquier caso, de lo escrito por el montero mayor se deducía una consideración implícita del Consejo como estrato transversal de cohesión administrativa, fundado, para ojos poco propicios, en la pericia jurídica; pero como venimos viendo esta tenía un claro ingrediente doméstico.

Por su parte, el confesor, el conde de Arcos y el de Solre y los marqueses de Malpica y Flores Dávila defendían con la misma convicción la jurisdicción privativa ejercida por la junta, especialmente importante por ocuparse de cosas “del gusto y recreación de sus reales personas”²²⁰. Únicamente condescendían en permitir la entrada de dos miembros del Consejo para dirimir esas dos causas en concreto (y no todas las de esa clase), si bien podrían hacerlo en su lugar dos alcaldes de casa y corte caso de ser muchas sus ocupaciones.

Precisamente este, de las muchas tareas y comisiones acumuladas por los oidores del Consejo, fue el motivo que condujo a mostrar una actitud opuesta a su entrada al miembro de la junta al que cabría suponer más favorable, el propio presidente del Consejo, Francisco de Contreras. Entre otras razones, fue precisamente el predominio de una perspectiva intraconsiliar en su juicio el que le hizo mostrarse contrario, y defender, junto con el conde de Chinchón, la resolución del conjunto de tal clase de causas (y no únicamente estas dos) por parte de los alcaldes de casa y corte. En su opinión, no era de recibo que la determinación de la causa dependiese únicamente de su propio criterio, en razón de su pericia técnica, hecho que adulteraba la adopción de un fallo que debía ser mayoritario, pero en cualquier caso solidario. Especialmente si se consideraba que el presidente se abstenía de votar materias de justicia en el propio Consejo Real. Igualmente vi-ciada le parecía al presidente la emisión de un voto por la junta, resultado de la consulta previa a peritos jurídicos externos, pues suponía conferir implícitamente jurisdicción a personas ajenas a la propia junta²²¹. Conocedor como digo de la dinámica interna del Consejo, el presidente era igualmente desfavorable a la

²²⁰ AGP, AG, leg. 853, consulta de la junta de 11 de mayo de 1625.

²²¹ “Y porque algunos de la Junta han dicho que en cada pleito de justicia que se uiere se podrán informar de algunos letrados tiene muchos inconuenientes esto porque de más de rebelarse el secreto en lo más sustancial, se dilata el despacho de los negocios por mucho tiempo que es preciso ocuparse en bolberlos a ver y dar el parecer por los de fuera de la Junta, con que uendrían a ser las sentencias, no de los della que tienen jurisdicción dada por Vuestra Magestad, sino de los que no la tienen a quienes con facilidad podrán negociar y aún cohechar los litigantes” (*Ibidem*).

entrada en la junta de dos miembros del mismo, por sus muchas ocupaciones, pero también por las diferencias potenciales de asiento que podrían suscitarse con el resto de miembros de la junta, y por el excesivo número de votos de los que dependería la resolución de las causas. Por todo ello, el presidente Contreras abogaba por no modificar el estado reinante de cosas, esto es:

remitir estos pleitos en las primeras instancias al juez de bosques y en grado de apelación a los alcaldes de corte es lo que más continuamente se ha hecho y más conuiene hacerse, aduirtiendo a la junta que no se encargue de más pleitos de los que son propios della.

Igualmente, la argumentación del presidente era muy de destacar porque traslucía una idea continua de corte, asimiladora en una misma realidad del espacio directamente patrimonializado por parte del rey, como del mediatizado a través del Consejo y el resto de la administración cortesana, puesto que equiparaba la jurisdicción ejercida por el juez de bosques en primera instancia con la ejercida por los corregidores y sus tenientes, y ponía en el mismo plano la apelación respectiva a los alcaldes de corte y a audiencias y chancillerías. Sin pretenderlo, este mero ejercicio analógico descubría la referida idea de corte, la unidad e igualdad existente en su seno entre los diferentes agentes jurisdiccionales en primera o segunda instancia, de la que formaba parte —siempre, conviene advertir, desde la propia óptica del presidente del Consejo— el juez *a quo* de ese espacio patrimonializado constituido por los sitios reales²²². Ese orden debía ser respetado por la propia junta, sin avocar causas que podían ser dirimidas por el juez de bosques, especialmente si se tiene en cuenta un argumento que —además de evidenciar el conocimiento y amplitud de miras mostrado por el presidente— ponía de manifiesto la definición de un espacio de materias meramente administrativas junto al tradicional binomio justicia-gobierno. Para Contreras, si la junta debía mostrar una actitud renuente hacia la resolución jurisdiccional directa era por la creciente carga de materias gubernativas y —como derivadas de ellas— también administrativas que debía afrontar. Como en el ámbito territorial directamente gestionado por el Consejo, también en el cubierto por la Junta de obras y bosques se perfiló la misma distinción de asuntos, como espacios integrados

²²² “Para los quales (esos pleitos) el juez de bosques en primera instancia es suficiente juez como lo son los corregidores en las ciudades y sus tenientes en mayores pleitos por auer de yr las apelaciones a las chancillerías, y aquí yendo como Vuestra Magestad lo manda a los alcaldes viene muy ajustadamente pues son tan buenos y mejores juezes que los de las chancillerías y tratan de causas tan graues como ellos” (AGP, AG, leg. 853, consulta de la junta de 11 de mayo de 1625).

ambos en una misma y continua realidad. De hecho, los argumentos de Contreras en el referido sentido recuerdan muy vivamente a las advertencias elaboradas por Felipe II para los presidentes Covarrubias y Pazos, en las que les advertía sobre la necesidad de centrar la atención del Consejo Real en el gobierno, antes que en la resolución de pleitos²²³. Por todo ello, el presidente Contreras y el conde de Chinchón opinaron que se debía guardar lo resuelto por Felipe IV, “mandando que de los negocios allí referidos y de los demás de su calidad, conozcan los alcaldes”²²⁴.

Como era usual, la reticencia del conjunto de la junta hacia esta decisión trató de ser vencida mediante un hábil uso del concepto de jurisdicción mediada, pues con esta decisión, más que plantearse un conflicto de competencia, lo que se ofrecía era la apariencia de ser los alcaldes de casa y corte ministros sujetos a la obediencia de la junta, dado que ejercerían por comisiones emanadas de la misma. Se concluyó, igualmente, que no era aplicable la analogía del asesor del Consejo de Guerra planteada por el montero mayor, puesto que en este caso los negocios jurisdiccionales tenían un perfil muy concreto, criminal, y los consejeros solían seguir el criterio del asesor, primero en votar. Mientras que en el caso de la Junta de obras y bosques se corría el riesgo de dejar desatendida la autoridad jurídica, dado que el presidente del Consejo era el último en votar. Finalmente, el 15 de octubre de 1625 el rey firmó cédula “para q[ue] los alcaldes conozcan de los pleitos que penden en la junta”, ante la falta de jueces de letras en ella para entender, por una parte, del pleito del fiscal de hacienda contra varios pintores, y, por otra, de la apelación de una sentencia dada por el alcalde Mateo López Bravo contra Fernando de Vivero, teniente de tesorero de la casa de la moneda de Segovia²²⁵:

²²³ “Se hechará bien de uer de quán graue inconueniente sería arbitrar en esta separación de materias y lo cierto es que con las muchas de gobierno que se tratan en la Junta y con la administración de las reales obras y bosques y otras cosas concernientes a esto, ay en ella sobrada ocupación y no se podría embaraçar en más sin faltar a lo referido que es lo principal que deue tratar y que toca comúnmente a la inteligencia y profesión de los de la Junta y no las cosas de justicia, las quales todas las uezes que se han ofrecido se han dilatado y dilatan mucho tiempo padeciendo las partes y siguiéndoseles costas y uexaciones con la tardança de uerlas y sentenciarlas por el embaraço que haze a los que en ella asisten, el tratar de cosas que no son de su facultad” (AGP, AG, leg. 853, consulta de la junta de 11 de mayo de 1625).

²²⁴ *Ibidem*.

²²⁵ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 255v.

El Rey.

Alcaldes de mi cassa y corte: La Junta de mis obras y bosques me cons[ul]tó en seis de julio del año pasado de seisçientos y ueinte y quatro q[ue] se hauía uisto en ella un memorial de Fer[nan]do de Uiuer theniente de thesorero que fue de la casa de la moneda del yngenio de Segouia en que suplicó se uiesse un pleito que pendía en la d[ic]ha junta en grado de apelación de una sentençia que contra él dio el alcalde Matheo López Brauo juez de mis bosques condemnándole en algunos años de destierro y otras penas y que considerando que no auía en la Junta jueçes bastantes de letras para sentençiar el d[ic]ho pleito y otro que trataua el fiscal del q[onsej]o de de haz[ien]da con Uicençio Carducho otros pintores en que pretendía no se les hauía de pagar la pintura y estuques que hiçieron en la cassa real del Pardo conforme a la primera tasaçión por heuer excedido ... ualor treçientos y quarenta y çinco mil seteçientos y treinta y un reales, hauía pareçido sería conu[nien]te que yo mandase que para determinar estos dos pleitos se hallasen en la junta dos del Consejo los que el Presidente nombrase y resolví que destos negoçios y de los demás de su calidad para que los sustançieis y ueáis y determinéis conforme a derecho haciendo justiçia a las p[ar]tes, y m[an]do que el s[ecreta]rio de mis obras y bosques acuda a despachar con uosotros todo lo que a esto tocare y las sentençias difinitibas que en ellos diéredes y pronunçiaredes las aréis llebar a pura y deuida ex[ecuci]ón con efecto quanto de d[e]r[ech]o debáis que para todo y qualq[ue]r cosa y p[ar]te de ello os doy tan bastante poder como se requiere y es neçess[ari]o. Fecha en San Lorenço a quinze días del mes de otubre de mill y seisçientos y ueinte y çinco años. Yo el Rey, por m[anda]do del Rey n[uest]ro s[eño]r Gaspar Ruiz Ezcaray. Señalada de los de la Junta ²²⁶.

Como se aprecia, la redacción de la cédula favorecía que tal entendimiento por parte de los alcaldes pudiese generalizarse y extenderse de estas dos causas concretas al conjunto de las mismas, y, las seguras discrepancias a que esto dio lugar propiciaron que la cuestión de la entrada de mayor número de letrados en la junta continuase pendiente. Pareció alcanzarse una solución de compromiso con el asiento permanente en la misma de un oidor del Consejo Real. Ya la entrada en la junta de Tomás de Angulo, miembro del Consejo de Hacienda y antiguo secretario de la junta, a partir del 31 de julio de 1626 ²²⁷, puede inscribirse en esta tendencia. Por lo demás, bajo estas dudas y tensiones latía un fondo jurisdiccional unitario que, por ejemplo, llevaba al juez de bosques, el licenciado López Bravo, a presentar un recurso de fuerza en el Consejo contra el rector de la universidad de Alcalá, por las censuras puestas en su contra al proceder contra dos estudiantes de la universidad, “por çierto delicto tocante a caça”. Ante él, el rey ordenó al

²²⁶ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 255v.

²²⁷ *Ibidem*, f. 274v.

licenciado José González, fiscal de la sala de alcaldes, que acudiese al Consejo “assí a la defensa deste negocio como a los demás que desta calidad de uía de fuerça se offreçieren”, pese a que se resistía a hacerlo por decir no corresponderle en negocios de comisión, o aquellos que no pendían en la sala de alcaldes²²⁸.

Por lo demás, conforme a su peculiar posición, la actuación jurisdiccional de la Junta de obras y bosques aparece constantemente mediatizada por el Consejo Real, llegándose al extremo por parte del rey de detraer el conocimiento de casos correspondientes a la junta en favor del Consejo. El 1 de junio de 1627 el rey comisionó al mencionado Tomás de Angulo para indagar irregularidades en la reforma acometida por entonces en el Alcázar de Madrid. Como resultado de la misma, procedió contra Sebastián Hurtado y Juan Gómez de Mora, veedor y maestro mayor, respectivamente, de las obras reales del Alcázar, así como contra distintos maestros de obras. Pronunciada sentencia en primera instancia por Angulo, Felipe IV comisionó el entendimiento de las apelaciones correspondientes a una junta de diferentes miembros del Consejo: juntó al obispo de Solsona, gobernador del mismo, los licenciados don Diego de Corral y Arellano, don Juan Chumacero Carrillo de Sotomayor, don Francisco de Alarcón y don Antonio de Camporredondo. En la decisión real influyó la ya indicada controversia en torno a la idoneidad de los miembros de la junta para dirimir cuestiones propias de una formación letrada:

Y attendiendo a que los ministros de la dicha Junta no son personas de profesión de letras como esta materia lo requiere y que por su calidad se deue tratar con particular atención no sólo de lo que toca a la parte sobre que a salido sentençia sino de otras qualesqui[e]ra fraudes que se entienda haber habido en obras del dicho mi palacio y cassa real... he resuelto de sacar este negocio de la Junta de obras y bosques²²⁹.

En la decisión no sólo influía lo ya referido, sino el hecho de que, de tramitarse este negocio en la junta, padecería dilación. Como se apreciaba, todo dependía en último término de la voluntad real.

Con esta decisión, no cabe duda de que la posición institucional de la junta había quedado debilitada, y una equívoca forma de compensación al comité asomó en la medida que poco después aplicó Felipe IV, al decidir la presencia en la Junta de obras y bosques de don Fernando Ramírez Fariñas, el ministro de mayor antigüedad de la cámara. Pero desde que la decisión fue tomando forma, en

²²⁸ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 300r-v, cédula real de 5 de julio de 1627.

²²⁹ *Ibidem*, lib. XIII, f. 14r-v, cédula real en Torremocha de 1 de enero de 1630.

agosto de 1633, surgieron discrepancias en torno a la precedencia del designado, al ordenar el rey que entrase como el más moderno de la misma, sin atender a su condición de consejero. Como el propio presidente del Consejo, don Fernando de Valdés (arzobispo de Granada, llegado al cargo en abril anterior) hizo notar a Felipe IV, ello sería tomado como una ofensa por el Consejo Real y el de cámara, actitud que permite apreciar los recursos del organismo para defender su posición institucional, empezando por su propia presencia en la junta, en la persona del gobernador. Ante esta reacción, el rey rectificó su decisión y acordó que entrase conforme al estilo general de las juntas, en el cual la de obras y bosques no constituía una excepción. Según este uso, en palabras del arzobispo, “ministro del Consejo... siempre precede a todos los que no son grandes, presidentes y consejeros de Estado”, dándose únicamente el reparo de preceder invocado por el marqués de Alcañices, por razón de su oficio de montero mayor. El presidente pidió al rey que resolviera esta cuestión, y entretanto quedó en suspenso la entrada del oidor del Consejo en la junta, circunstancia que obligó al primero a insistir en la necesidad que la junta tenía de un criterio jurídico, al tiempo que abogaba por designar a otro miembro del Consejo, a elegir entre tres que le mencionaba, por estar más desocupados²³⁰.

El mismo día de esta última consulta, el 10 de marzo de 1634, Felipe IV decidió la entrada del licenciado don Luis Gudiel, si bien la determinación de la precedencia quedó sujeta a la lectura e interpretación de la declaración previamente realizada sobre la posición de los oficios mayores²³¹. Sería cuestión que en adelante ofrecería ocasión repetida para la controversia, a cada alteración de

²³⁰ “Esta consulta está todavía en las r[eale]s manos de U[vestra] M[ajesta]d y cada día reconoce la falta que haze en la Junta ministro letrado, que pueda asistir y trauajar en los pleitos, y causas que se ofrecen, que ay algunas de consideración; y estos mismo me haze reparar, en que don Fernando Ramírez Fariñas. a quien U[vestra] M[ajesta]d tiene nombrado por más antiguo de la cámara está muy ocupado, y no tan dispuesto para trauajar como las materias lo requieren. Y assí tendría por conueniente, que U[vestra] M[ajesta]d se siruiese nombrar en su lugar a don Francisco Ant[oni]o de Alarcón, don Antonio de Contreras o don Luis Gudiel, questán más desocupados y son buenos jueçes u qualquiera dellos será muy a proósito. Y siendo U[vestra] M[ajesta]d seruido de nombrarle, lo será también de mandar que se declare el punto que tengo representado de la preçedençia con el marq[ué]s de Alcañizas. U[vestra] M[ajesta]d mandará lo que más se sirua, en M[adri]d a 10 de março de 1634” (AGP, AG, leg. 853).

²³¹ “Nombro a don Luys Gudiel, y en quanto a la preçedençia se uean las órdenes porq[ue] en ellas se hallará todo siendo cierto que como título no puede tener duda q[ue] le ha de preceder el del Cons[e]jo, pero es menester uer la declaración que hay hecha de los officios mayores, si la hay sin nombrarlos, se debe entender q[ue] este es officio mayor” (*Ibidem*).

los oficios referidos en la composición de la junta. El 30 de mayo la cuestión seguía pendiente, cuando el presidente Valdés contestó que, según la referida declaración (de 31 de mayo de 1626), la pretensión del marqués quedaba excluida, puesto que en ella sólo se equiparaba con el mayordomo mayor del rey al caballero mayor, sumiller de corps y mayordomo mayor de la reina, a la hora de ocupar posición en las juntas entre los grandes y presidentes. Se omitía el oficio de montero mayor y cazador mayor. Naturalmente, esta decisión originó la oposición del interesado, y motivó la celebración de una junta entre el presidente, el conde de Eriseira y el propio marqués de Alcañices, en la que este defendió su prioridad y argumentó que la omisión debió deberse a encontrarse entonces el duque de Pastrana, quien entonces ostentaba el oficio, en la embajada de Roma. Pero esta actitud encolerizó al rey, quien prohibió asistir al marqués de Alcañices a la junta hasta nuevo aviso²³². Ello posibilitó finalmente la entrada de don Luis Gudiel en ella, que tuvo lugar a partir del 24 de julio de 1634²³³. El episodio evidenció, de paso, la extensión eventual de las funciones de don Fernando de Valdés como presidente a la propia junta.

Como he señalado, en esta determinación influyó sin duda la controversia previa en torno a la necesidad de la entrada de un letrado para dirimir casos jurídicos en su seno, pero lo curioso es que la redacción de su título trascendió muy ampliamente la figura del asesor del Consejo propia de otros organismos²³⁴.

²³² “Los officios de cazador mayor y montero mayor son de los preheminentes de palacio y assí se les guardarán las preheminiencias y adbertiréis al marqués de Alcañices que a merecido se le quiten las prerrogatiuas con lo q[ue] dice pues lo q[ue] yo mandare él y todos lo han de obedecer, y ordenaréisle q[ue] se abstenga de ir a la Junta hasta q[ue] yomandare otra cosa” (AGP, AG, leg. 853).

²³³ F. J. DE GARMA Y SALCEDO: *Theatro Universal de España*, Madrid 1751, p. 527, menciona esa necesidad de un criterio adecuado para los negocios de justicia, atribuye la responsabilidad de la propuesta a don Fernando de Valdés, y menciona como el primero de los letrados en incorporarse a la junta a don Fernando Ramírez Fariña. Pero el primer título de un miembro del Consejo que he sido capaz de encontrar ha sido el del licenciado Gudiel. También en F. COS-GAYÓN: *Historia jurídica del patrimonio real*, *op. cit.*, p. 82, se afirma que la junta tenía dos ministros del Consejo Real, uno de ellos también de la cámara, por decreto de 1633. Estas afirmaciones aproximadas están motivadas por las controversias ya expuestas.

²³⁴ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, f. 159, cédula real de nombramiento de 24 de julio de 1634: “El Rey. Por quanto por mi mandado se va continuando la Junta que hasta aquí ha auido para el gouierno y administración de mis alcázares y cassas r[eale]s, ingenio de la moneda de la çiudad de Segouia, heredamiento de Aranjuez, fábrica y patronazgo del monasterio de Sant Lorenzo el Real y todo lo demás tocante y perteneciente a mis obras y bosques en la forma q[ue] se hacía en t[iem]po de los Reyes mis señores abuelo y padre que

En este caso, Gudiel entró con pleno derecho, sin restricciones en su actuación, a diferencia de la actitud mostrada por la junta de Bureo en idénticas circunstancias, como se trata en su lugar. Existía, en el caso de la Junta de obras y bosques una pertenencia a una realidad castellana compartida con el Consejo, fortalecida por una necesaria lógica de integración en el entorno y una común naturaleza doméstica. Demostración de lo dicho fue la comisión pronto recibida por Gudiel para visitar la Alhambra de Granada y sitios reales anejos, y comprobar como se habían cumplido las instrucciones conferidas a este conjunto patrimonial²³⁵. En esta designación influyó sin duda la larga experiencia previa de Gudiel en la chancillería granadina. Colegal del arzobispo, tras un breve ejercicio como fiscal, fue oidor en ella entre 1617 y 1624, y en ese periodo intervino ya en cuestiones de obras y bosques. Su compañero, el licenciado don Francisco Antonio de Alarcón, había recibido comisión para tomar las cuentas de lo procedente de las penas de cámara del arzobispado de Granada consignadas para las obras de la Alhambra. Pero una ausencia obligada llevó a la junta a acordar que esta comisión fuese conducida por Diego de Vilches, quien se hallaba ocupado en otros negocios en Granada. Su cometido fundamental debía ser introducir materialmente tal cantidad en el arca de las tres llaves de las obras de la Alhambra y, al tiempo, se despachó comisión para que el licenciado don Luis Gudiel y Peralta determinase las dudas surgidas al

ayan gloria, por la satisfación q[ue] tengo de lo bien que uos el liz[encia]do don Luis Gudiel y Peralta de mi Consejo me hauéis seruido y a que lo estáys continuando en él con particular cuydado y aprouación, y que puede ynportar u[est]ra asistencia a la buena dirección de las materias que se ratan en la d[ic]ha Junta, he tenido por bien de nombraros como por la presente os nombro para que asistáis en ella el t[iem]po que fuere mi uoluntad y despachéis con los demás ministros y perssonas que concurren en la d[ic]ha junta todos los negocios tocantes a mis obras y bosques, assí de gouierno, administración y beneficio de la hacienda que me pertenece como las de justicia y gracia consultándome las perssonas que me hviieren de seruir y gratificaciones de sus seruicios y lo demás que se ofrēiere que para todo y cada cosa y p[ar]te dello os doy y conçedo la facultad neçesaria según y como la han tenido y tienen los demás que me han seruido y siruen en la d[ic]ha Junta, que assí es mi uoluntad y tomará la raçón desta çédula don Juº de Castillo mi s[ecretari]o del registro de m[e]r[c]e[d]e[s]. Fecha en M[adri]d a ueinte y q[uatr]o de julio de mil y seisc[ien]tos y treinta y quatro a[ñ]os. Yo el rey y por mandado del rey n[uest]ro s[eñ]or don Fran[cisc]o de Prado. Señalada de los de la Junta”. En AGP, Personal, caja 482/12, se conserva un recibo por los 18.750 maravedís en vellón correspondientes a la contribución fijada para don Luis Gudiel por parte de la Junta de la media anata, “por lo onorífico de la plaça de la R[ea]l Junta de obras y bosques de que Su Magd. le a hecho m[e]r[c]e[d] sin gajes ni salario alguno”.

²³⁵ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, f. 177r, cédula real en Madrid a 4 de octubre de 1635.

respecto, y que el tribunal pusiera en esta hacienda el buen cobro que convenía. Gudiel debía revisar también el estado de las cuentas que el pagador Pedro Arias Riquelme daba a los contadores de la razón de Granada²³⁶. Además, Gudiel también sustituyó a Alarcón en la comisión relativa a las obras que se realizaban en el cuarto nuevo de la Alhambra, para fiscalizar junto con don Alonso de Loaysa las cuentas que parecía llevar erradas Francisco de Potes. En 1624 Gudiel abandonó la chancillería de Granada y pasó a ser oidor de la de Valladolid²³⁷.

Seguidamente, desempeñó la fiscalía del Consejo de Hacienda desde marzo de 1628, y la fiscalía del Consejo Real desde octubre de 1629, para ser designado oidor del Consejo Real el 7 de enero de 1633²³⁸. La sintonía con el equipo del Conde Duque se advirtió en el hecho de que, según Fayard, fue uno de los oidores del Consejo nombrado por decreto real, sin información previa de la cámara; así como en la intervención en las juntas de orden económico y financiero convocadas en tiempo de Felipe IV, bajo la sombra del principal hombre del Conde Duque, el licenciado José González²³⁹. Este contexto propició, asimismo, que las ausencias de Gudiel en la Junta de obras y bosques fuesen cubiertas por el propio González, por ejemplo, para tratar el negocio de la manutención de los monteros²⁴⁰. En ocasiones, la labor de Gudiel en la junta debió crearle conflictos, ante la necesidad de regular el flujo resolutivo entre organismos con los que tenía vinculación. De este modo, su nombre constó en la consulta de la Junta de obras y bosques de 3 de septiembre de 1639 quejosa por la tramitación a través del Consejo de cámara de la vacante de fiscal de la junta, junto con el arzobispo de Granada (presidente asimismo del Consejo) y el marqués de Torres. Consideraban injustificado este cauce precisamente por componerse la junta “de ministros de la Cámara y del Consejo”²⁴¹. Ante esta argumentación, el rey rectificó, y la junta elaboró una consulta de la que fue resultado la designación como fiscal por parte del rey del licenciado Vicente Bañuelos, el 30 de octubre de 1639. En un contexto de creciente influencia del Consejo sobre la junta,

²³⁶ AGP, Registros, lib. 24, 2º de la Junta de obras y bosques, ff. 107v-108r, órdenes de 16 de julio de 1621.

²³⁷ P. GAN GIMÉNEZ: *La Real Chancillería de Granada (1505-1834)*, Granada 1988, p. 250.

²³⁸ J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid 1982, pp. 78 y 509. Su carrera, en AGS, QC, leg. 32.

²³⁹ J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla...*, *op. cit.*, pp. 86 y 110.

²⁴⁰ AHN, Nobleza, Frías, caja 592, doc. 231.

²⁴¹ AGP, AG, leg. 853.

patente en el hecho de que el rey asentó formalmente su celebración en la casa de quien gobernase el Consejo Real, “aora y siempre”²⁴²; o en la consulta que el organismo elaboró sobre la referida precedencia en el seno de la misma entre el más antiguo del Consejo y el marqués de Tarazona, en su calidad de cazador mayor, Gudiel hubo de intervenir muy pronto en el asiento de estas cuestiones de precedencia, que él mismo había padecido. Invocó la condición de sustituto del marqués en el oficio, para defender su propia prioridad.

El sucesor de Gudiel en la Junta de obras y bosques fue el licenciado don Antonio de Contreras, primo del presidente Contreras que, una vez llegado a la junta, en 1636, recibió nombramiento como camarista el 6 de octubre de 1638²⁴³. Compañero usual de los licenciados José González y Antonio de Camporredondo en las juntas de tema financiero convocadas por el Conde Duque, y buen amigo de Lorenzo Ramírez de Prado²⁴⁴, sus variadas ocupaciones le llevaron en 1645 a Zaragoza, y con esa ocasión se suscitó la necesidad de designar un sustituto que sirviese interinamente su plaza en la junta. Esta propuso a sus compañeros el licenciado don Cristóbal de Moscoso, don Pedro de Vega y don Martín Nieto, pero a quien apoyaron decididamente fue al segundo de ellos, a consecuencia de su experiencia previa como alcaide de las casas reales y juez de obras y bosques en Valladolid. Fue el finalmente designado por el rey²⁴⁵. La continuidad de las ocupaciones de Contreras y la muerte de Vega el 15 de diciembre de 1645 propiciaron que hubiese de ser nombrado nuevo sustituto, en la persona del licenciado José González quien, como se aprecia, no necesitaba de la presencia física del Conde Duque para su progresión cortesana, cuestionando de paso la afirmada transformación política que siguió a su muerte²⁴⁶.

Esta incorporación, unida a la entrada del marqués del Fresno el 3 de abril de 1646, por ausencia del condestable de Castilla, su hermano, cazador mayor, actualizó la disputa sobre las precedencias en el seno de la junta. Como quiera que, en

²⁴² Con ocasión de la muerte del arzobispo don Fernando de Valdés y la entrada en ella del mayordomo mayor y el marqués de Tarazona (*Ibidem*).

²⁴³ J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla...*, *op. cit.*, p. 17.

²⁴⁴ *Ibidem*, pp. 448 y 458.

²⁴⁵ Consulta de la junta, formada por el presidente del Consejo, el conde de Chinchón y el marqués de Malpica, de 3 de abril de 1645 (AGP, AG, leg. 853). Con Vega, otro oriundo de México, como Pedro Fernández de Baeza, entraba en contacto con cuestiones de obras y bosques. La carrera de Vega, en J. FAYARD: *Los miembros del Consejo de Castilla...*, *op. cit.*, p. 26.

²⁴⁶ Conforme a ello, no fue formada terna de candidatos, sino que la junta propuso directamente a González, el 23 de abril de 1646 (AGP, AG, leg. 853).

rigor, ya ejercía como tal sustituto el conde de Haro y era esta ausencia añadida la que obligaba a nombrar al marqués del Fresno, González se negaba a cederle precedencia, puesto que le consideraba sustituto del sustituto, y creía que su porfía no era contra su persona, “sino con el Consejo a quien representa en esta junta, de cuya preeminencia se trata”. En esto González no andaba errado, pues la creciente influencia del Consejo y sus integrantes en la junta incomodaba cada vez en mayor medida a los ministros domésticos. Un ejemplo de tal mediatización se aprecia en el frecuente recurso del presidente a realizar juntas de composición muy reducida para propiciar un acuerdo favorable a sus intereses, como fue en este caso, en el que el licenciado don Juan Chumacero se reunió tan sólo con el marqués de la Puebla para defender la precedencia del licenciado José González ²⁴⁷. Pero a diferencia de lo acontecido en 1634 entre el marqués de Alcañices y el licenciado don Luis Gudiel, en este caso Felipe IV decidió en favor del marqués del Fresno, en virtud de la propia redacción de su título como miembro de la junta ²⁴⁸.

En su calidad de miembro de la junta, el licenciado don Antonio de Contreras recibió comisión el 10 de octubre de 1642 para supervisar la labor de moneda de plata que iba a hacerse en el “ingenio nuevo” de la casa de la moneda de Segovia. Este ingenio pertenecía al patrimonio real y, como tal, era gestionado por la Junta de obras y bosques. De este modo, las comisiones referidas al conjunto de la casa necesitaban de la comisión suplementaria de la junta para lo tocante a él, como se emitió en favor del licenciado Agustín Fernández de Jubera el 16 de abril de 1666 ²⁴⁹. Se trataba del ingenio en el que con más perfección y

²⁴⁷ AGP, AG, leg. 853, consultas de 4 de julio y 8 de septiembre de 1646, y decisión real de 19 de septiembre.

²⁴⁸ “Al marqués del Fresno hago m[e]r[ce]d de que exerza esta sustitución con las preeminencias que lo han hecho los demás pues sienpre fue esta mi intención por quanto no se puede considerar esta sustitución del sustituto sino del propietario, y en esta conformidad se le guardará la preeminencia que le toca” (*Ibidem*).

²⁴⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. xv, ff. 199v-200v: “El Rey: Licensia do don Agustín Fernández de Jubera. Por quanto se me ha representado que en uirtvd de comisión despachada por el Presidente y los del mi Q[onsej]o Real de Castilla estáys entendiendo en la uisita de la casa antigua de moneda de la çuðad de Segouia y que queréis comprehender y uisitar juntam[en]te con ella la del nuebo yngenio, siendo assó que el gobierno y administración dél ha tocado desde su fundaçión y toca yndependentem[en]te a la Junta de mis obras y bosques y hauiéndome consultado sobre ello he resuelto que esto corra por la d[ic]ha mi junta y que esta uisita se os cometa, dando os por ella la comisión y despacho neçess[ari]o. Por tanto os m[an]do que luego que esta mi cédula os sea entregada uisitéis la d[ic]ha cassa del yngenio y oficiales que con título mío siruen en ella y auerigüéis si en las lauores de moneda que ha auido los años pasados se an guardado las ynstruçiones y leyes dadas sobre ello”.

menos costa se podían hacer los reales sencillos y los medios reales, y a Contreras le fue encomendada la superintendencia de dicha labor, a cuyo efecto su comisión le autorizó a poner bajo su autoridad, para tal efecto, a los diferentes oficiales de la casa de la moneda de Segovia²⁵⁰. El oidor del Consejo presente en la junta parecía lógicamente predispuesto a intervenir en esta materia, si se considera que el Consejo Real era responsable de las sucesivas pragmáticas que regulaban la acuñación de moneda²⁵¹. El caudal de asuntos consiliares conducidos por Antonio de Contreras propició que fuera finalmente relevado de su presencia en la Junta de obras y bosques. El 15 de enero de 1651 el rey nombraba en su lugar a don Lorenzo Ramírez de Prado²⁵².

El protagonismo del Consejo en la interacción entre el espacio acotado de los sitios reales y su entorno tuvo nueva ocasión de manifestarse a consecuencia de la necesidad financiera de la monarquía. Al ser articulado en 1629 el sistema de “donativos”, por el que diferentes miembros del Consejo Real y cámara salieron para negociar la concesión de contribuciones a cambio de mercedes, don García de Avellaneda y Haro concedió a la ciudad de Segovia licencia para romper parte del monte de la Mata de Navalhorno, situado junto al bosque de Valsaín, sin saber que pendía un pleito sobre él en la Junta de obras y bosques. Por lo que el rey ordenó a don García revocar la licencia concedida²⁵³. La limitación patrimonial representada por los sitios reales suponía un obstáculo para la aplicación de mandatos de carácter general, dando lugar a tensiones de orden jurisdiccional. Quizá en este caso concreto, no pueda existir mejor ejemplo de hasta qué punto los sitios reales constituían una restricción de la continuidad territorial de la corte, dado que la comisión de don García de Haro y Avellaneda y sus compañeros del Consejo, despachados para conseguir donativos por veredas de las ciudades castellanas se fundamentaba doctrinalmente en la calidad del organismo como transmisor de las decisiones adoptadas por el rey en su espacio restringido —la cámara— hacia el territorio de los reinos. Si bien puede aventurarse que, en rigor, la racionalidad de la propia figura del donativo quedaba seriamente vulnerada si pretendía obtenerse de una fuente que le pertenecía, como era su propio territorio patrimonial. Con

²⁵⁰ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIV, ff. 335v-336v.

²⁵¹ M^a I. CABRERA BOSCH: *El Consejo Real de Castilla y la ley*, Madrid 1993, pp. 199-203.

²⁵² AGP, AG, leg. 853.

²⁵³ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XII, f. 375v. Sobre la articulación de este donativo, cfr. “Discursos generales y particulares de el Gobierno General y Político de el Conssejo real y Supremo de Justicia de estos reynos... por Juan de Moriana” (en S. DE DIOS: *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla*, op. cit., pp. 217-349, pp. 322-323).

todo, en la discusión de la cuestión en la junta sobrevolaba la peculiaridad orgánica del Consejo Real.

Sin duda, la cuestión de la licencia concedida por don García de Haro y Avelaneda a la ciudad de Segovia para “romper” la dehesa de Navalhorno era otro de los asuntos que hacía más que recomendable valorar la presencia permanente de un miembro del Consejo en la Junta de obras y bosques, pues demostraba que, para la integración fluida de los espacios que constituían ese conjunto limítrofe, era imperativo un mayor grado de coordinación en la cúspide administrativa. En la Junta de obras y bosques del viernes 31 de agosto de 1629 se vio consulta del oidor del Consejo acerca del asunto, en la que decía no haber sido requerido por la junta para tratar la cuestión y mostraba su disconformidad con que hubiese encauzado la solución de la materia a través del propio rey. Como primer punto destacable, esta no consideraba la Mata un anejo de Valsaín, sino parte integrante “del bosque real de Balsaín”, y dirigió al propio oidor del Consejo una carta que reflejaba, a partes iguales, respeto institucional hacia la figura de un oidor del Consejo, y pundonor jurisdiccional. La junta dijo no haber podido recabar información del oidor por haber conocido el asunto una vez dada la licencia y con peligro cierto de usarse. La junta:

guardó toda la buena forma que se debe assí a la persona de U. S. y puestos en que sirue a Su M[ajesta]d como atendiendo a las facultades q[ue] U[vestra] S[eñoría] lleuó, que se estienden a lo mismo que el q[onsej]o de just[icia] y el de la cámara pueden haçer. Y que como no fuera deçente que la Junta ordenara a alguno destos dos Consejos que ynformara en ella sobre algún neg[oci]o, lo fue el no pedir que U.S. ynformase en este, con que se tubo toda la atención debida pues no fuera bien que faltando a las consideraçones referidas se hiçiera con U.S. lo que con qualquiera juez ynferior, en cuyo casso se pudiera justificar la queja ²⁵⁴.

Gran parte de la responsabilidad derivaba, pues, de la actuación del oidor, si bien la raigambre castellana que compartían ambos agentes jurisdiccionales, y la intervención del Consejo y sus integrantes en las atribuciones propias de la junta (derivada de la necesaria integración coordinada del patrimonio territorial regio con el entorno) propiciaba una actitud más respetuosa hacia el Consejo por parte de la Junta de obras y bosques que, pongamos por caso, la mantenida por la junta de Bureo. Según la junta, Haro había tenido conocimiento de la actuación anterior del alcalde juez de bosques en la cuestión de la Mata de Navalhorno, y la

²⁵⁴ AGP, Registros, lib. 25, 3º de la Junta de obras y bosques, f. 158r-v, parecer de la junta enviado a don García de Haro, 1 de diciembre de 1629.

litispendencia al respecto entre el rey y la ciudad de Segovia, de tal manera que parecía que:

fuera conueniente que antes de dar la liçençia escribiera U.S. a la Junta que la çuadad pedía un arbitrio y q[ue] se le auisase del estado que la materia tenía en ella y lo que çerca desto le parecía para que preçediera esta entera notiçia a la resolución que U[uestra] S[eñoría] hubiera de tomar ²⁵⁵.

Finalmente, la junta avalaba la cédula real emitida para relevar a la ciudad de la cantidad concedida, porque, si bien se miraba la cuestión, el perjuicio causado al patrimonio real podía superar esa cantidad. A ojos del rey, lo ganado por un lado, se perdía, y quizá de más, por el otro.

La vía comisional que –en buena medida– articulaba la labor de los miembros del Consejo Real, a veces también afectó de forma espontánea al espacio gestionado por la Junta de obras y bosques. El licenciado don Juan Chumacero y Carrillo había recibido comisión como juez particular de la quiebra de Jorge de Torres, receptor que fue de los Millones en Toledo y su partido. El comisionado tasó el perjuicio en la consignación de las obras del Alcázar en 1.118.296 maravedís, y una cédula real de 29 de junio de 1632 le ordenó el pago de tal cantidad ²⁵⁶. En otras ocasiones, era el mero funcionamiento jurisdiccional del Consejo el que afectaba la labor de la junta y sus ministros y dependientes. El 8 de agosto de 1632, el licenciado don Francisco de Valcárcel, alcalde de casa y corte y juez privativo para la ejecución de los privilegios y ejecutorias gozados por el duque de Maqueda para cobrar el servicio y montazgo de todos los ganados del arzobispado de Toledo, medio campo de Montiel y arcedianazgo de Alcaraz, recibió orden de suspenderla hasta que se resolviera en el Consejo el pleito que el duque mantenía contra varios arrendadores de las hierbas del heredamiento de Aranjuez sobre el cobro de tales derechos ²⁵⁷. A su vez, el desconocimiento o el descuido en la aplicación de las provisiones reales emitidas por el Consejo podía afectar la integridad del patrimonio regio. En octubre de 1622 don Fernando de Céspedes, teniente de alcaide de los Alcázares de Sevilla, hizo llegar noticia a la junta de como, en virtud de una comisión del Consejo para derribar todas las chozas levantadas en la orilla del Guadalquivir donde se vendiese vino o se recogiese “gente de mal uiuir”, don Pedro González de Mendoza, alcalde de la

²⁵⁵ AGP, Registros, lib. 25, 3º de la Junta de obras y bosques, f. 158r-v, parecer de la junta enviado a don García de Haro, 1 de diciembre de 1629.

²⁵⁶ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, f. 93r.

²⁵⁷ *Ibidem*, f. 99r, cédula de 8 de agosto de 1632.

audiencia de Sevilla, había pretendido derribar dos construcciones cubiertas por teja que pertenecían a los alcázares reales y les rentaban casi 30.000 maravedís, sitas en la orilla de Tagarete y atendidas por las rondas y guardas de la aduana²⁵⁸. La junta aguardó a la opinión del alcalde para tomar una decisión. No obstante, la mediatización de la administración general sobre el espacio de obras y bosques no era exclusiva del Consejo Real. El referido funcionamiento comisional sobre tal espacio atañía también a otros consejos castellanos como el de Indias, como indica la comisión recibida por Bartolomé Morquecho para visitar Aranjuez y El Pardo, el 27 de julio de 1634²⁵⁹.

En ese espacio colindante en el que interactuaban los sitios reales y el entorno, era el Consejo Real el organismo a quien el rey encargaba el mantenimiento de la armonía, y la satisfacción de las necesidades o deseos generados como resultado de las prácticas vigentes en esos espacios restringidos. En este sentido, la caza era practicada por el rey prioritariamente en ellos, pero también en los pagos patrimoniales de sus grandes. Sucedió así en Doñana durante la jornada de Andalucía de 1624²⁶⁰, pero ya en tiempo de Felipe II se percibe con claridad este hecho. La diversidad jurisdiccional de los territorios por los que deambulaba la caza era disuelta mediante la intervención del Consejo. El 30 de junio de 1594, el rey ordenó al secretario Gasol que enviase al presidente del Consejo, el licenciado Rodrigo Vázquez de Arce, cierto memorial del conde de Chinchón junto con una cédula real señalada del propio Vázquez de Arce:

para que se guardasse cierto género de caça en tierra del d[ic]ho conde, por ser a propósito para el gusto de Su Mag[esta]d y del Príncipe n[uest]ro s[eño]r quando suelen passar por allí desde Aranjuez a S[an]t Lor[enz]o²⁶¹.

²⁵⁸ AGP, Registros, lib. 24, libro 2º de la Junta de obras y bosques, orden de 4 de octubre de 1622.

²⁵⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, ff. 161r-162r.

²⁶⁰ *Jornada que Su Magestad hizo a la Andalucía: escrita por don Iacinto de Herrera y Sotomayor, gentilhomme de cámara del señor Duque del Infantado, para las cartas de Su Excelencia*, 1624: “Una legua deste sitio recibió a Su Magestad el conde de Niebla, con el de Olivares, el de Ayamonte y don Álvaro de Guzmán. Tenía consigo veinte monteros a cavallo, ocho caçadores del buelo a pie, y de diestro doze cavallos de campo con adereços de monte, y los dos con terlices de terciopelo verde bordados para Su Magestad y Su Alteza, y los diez para que corriessen los cavalleros que les huviessen de acompañar por el bosque, los quales sirvieron siempre en este exercicio. Avía con cada cavallo una lança para la montería, a la qual desde allí se fué Su Magestad, y llegó a palacio a la noche, aviendo muerto un javalí y un venado”.

²⁶¹ IVDJ, envío 92, caja 133, cuad. 55, f. 230r, comunicación del secretario Gasol al presidente Rodrigo Vázquez de Arce de 16 de enero de 1595.

Aunque no queda claro que al final la orden fuese ejecutada, demostraba la intervención del Consejo en el sentido mencionado.

La implicación del Consejo Real en cuestiones relativas a obras y bosques derivaba, lógicamente, de la integración del patrimonio territorial regio en un entorno más amplio cuyas características no se reducían al uso restringido conferido a los sitios reales, caso de la caza. En un sentido más genérico, la administración de ese territorio correspondía al Consejo Real, y fue la necesidad de acotar el margen en el que ambos espacios interactuaban de forma más o menos permanente lo que hizo necesario fijar una serie de contornos perimetrales, los mencionados límites, centrados especialmente en la restricción del ejercicio de la caza, pero no sólo. El mero discurso de la naturaleza, la evidencia del territorio como algo continuo cuyo disfrute era espacialmente restringido por la mano del hombre –en este caso la mano regia– predisponía a la intervención más o menos permanente o extensa del Consejo Real en ese espacio de transición. En ocasiones, de forma imprevista, a consecuencia de intervenciones humanas que, en demostración de la inserción de los sitios reales en un todo más amplio, distorsionaban su vida interna. No obstante, por mucho que fuera el deseo de fijar unos límites más allá del perímetro estricto de tales cotos, existían vectores de interacción cuya propia dimensión excedía con creces la voluntariosa definición de un espacio dotado de peculiaridad propia e imposibilitaba su inclusión en él. Por ejemplo, el río Tajo y su interacción productiva con el término de Aranjuez, aspecto en el que para su funcionamiento correcto y fluido el propio sitio y por extensión la Junta de obras y bosques necesitaban del Consejo Real. La jurisdicción del juez que acompañaba las “maderadas” transportadas desde la cabeza del río hacia Aranjuez, conforme a la naturaleza jurisdiccional del terreno que atravesaba, emanaba del Consejo Real, y en 1576 era el gobernador de Aranjuez quien solicitaba al Consejo la emisión y renovación de la correspondiente comisión para ejercer su autoridad en los conflictos que pudiesen surgir en la conducción de esos bienes. No obstante, el Consejo no solía confundir una cuestión como esta tocante al propio patrimonio real con las extensas atribuciones que manejaba, y solía formar parte de las consultas de los viernes que el Consejo sometía de forma directa al rey ²⁶².

Sin embargo, algunos años después parece que la autoridad de este comisionado emanaba de la propia Junta de obras y bosques, y sus mandatos eran atendidos, para lo ajustado a su comisión, por las autoridades locales, hecho que mostraba

²⁶² Por ejemplo, el punto 62 de la consulta de 28 de septiembre de 1576: “El gobernador de Aranjuez pide prorrog[aci]ón de dos meses para el juez de la madera”. La cuestión fue sometida al escribano Mármol, y supuso la restricción de la autorización previamente emitida: “Sólo para la madera de Su Mt. por un mes” (AHN, Consejos, leg. 7043).

tanto la paulatina consolidación de la junta, como una interacción recíproca en el espacio gestionado en el otro agente jurisdiccional. Por ejemplo, la junta emitió auto para el licenciado Aguado el 6 de marzo de 1611, prorrogándole por 20 días la comisión recibida:

para conosçer de los negoçios y causas tocantes a la maderada que por cuenta de su r[ea]l hazienda y p[ar]a sus reales obras se hizo el año pasado de mil y seisçientos y çinco en la sierra de Cuenca, prosiguiese y acauase los d[ic]hos negoçios según y en la forma que por la d[ic]ha cédula y auto está hordenado ²⁶³.

En cualquier caso, las “maderadas” transportadas por el Tajo daban ocasión para mostrar la inserción e interacción de los sitios reales con su entorno, pues su llegada a Aranjuez era resultado de la coordinación de los mandatos del Consejo para franquear el paso por las presas municipales. En este sentido, las funciones que podía ejercer tal comisionado quedan meridianamente claras en otras dos consultas de 1592. El secretario Gasol había recibido merced de llevar 2.000 piezas de madera, por un valor de 30.000 ducados, a la corte y otros lugares del centro de Castilla, al cargo de 100 peones que debían sacarla del río por el puente de la Alhóndiga. Pero en el trayecto abundaban las presas de los concejos por los que discurría el río, que no dejaban pasar la madera a no ser que se pagase por ello la correspondiente contribución. Razón por la que Gasol solicitó al Consejo la provisión del correspondiente juez cortesano con vara de justicia, que franquease el paso de la madera, como era costumbre dar a todos quienes conducían árboles por el Tajo ²⁶⁴. La continuidad territorial a la que vengo aludiendo era igualmente clara en un sentido fluvial, y quizá más difícil de condicionar o interrumpir a consecuencia de su propio estado líquido ²⁶⁵.

²⁶³ AGP, Registros, lib. 23, 1º de la Junta de obras y bosques, ff. 65v-66r.

²⁶⁴ Gasol adujo el reciente ejemplo de Pedro de Pedraza y otros. En consulta de 4 de septiembre de 1592, se presentó traslado de una comisión dada en el mes de marzo a Andrés de Villalpando a petición del citado Pedraza y otros, vecinos de Anguita, y se decidió dar otra comisión para el propio Villalpando (quien debía estar especializado en la citada conducción de madera por el Tajo) por otros 20 días. Al tiempo que el Consejo valoraba “si se ha de dar a particulares de aquí adelante”. Tomo todo ello de J. A. MARTÍNEZ BARA: “Algunos aspectos del Madrid de Felipe II (Tercera parte)”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 3 (1968), p. 20, y la fuente allí citada.

²⁶⁵ Respecto a estas cuestiones, son de cita obligada los trabajos de A. LÓPEZ GÓMEZ, F. ARROYO ILERA y C. CAMARERO BULLÓN: “Felipe II y el Tajo”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (ed.): *Actas del Congreso Internacional Europa Dividida: La Monarquía católica de Felipe II*, Madrid 1998, vol. II, pp. 501-525, esp. pp. 508-510; F. ARROYO ILERA: *Agua, paisaje y sociedad en el siglo XVI según las Relaciones Topográficas de Felipe II*, Madrid 1998, pp. 191-195 y 218-221.

En otras ocasiones eran actuaciones concretas en ese entorno las que propiciaban una intervención del Consejo, a petición de los propios oficiales y ministros de obras y bosques. En julio de 1579, el alcaide de El Pardo adujo ante el Consejo que dentro del límite mayor, en el término de Colmenar Viejo, Alonso Nieto había comprado un molino viejo de batán en desuso desde 60 años antes. Para volverlo a utilizar, había hecho una presa, cuño y caz, “de q[ue] se sigue grandísimo daño para la caça mayor por ser el paso desde la sierra al monte, y donde está de morada la mayor parte de la caça”. De seguir adelante la obra, la caza se vería obligada a salir a los panes y viñas comarcas, lo que obligaría a pagar mayores indemnizaciones por daños de caza. En señal de la interdependencia espacial entre los dos ámbitos, era el alcaide de El Pardo quien reclamaba la aplicación de la legislación que regulaba la construcción de tales obras en el espacio público, dado que la correcta aplicación de la misma redundaba en beneficio del propio coto real. Otra buena prueba de la interdependencia existente en esa continuidad espacial ²⁶⁶.

1.2.1.6. *Transversalidad entre el patrimonio territorial regio directo y el mediado.
El alcalde-juez de bosques como juez conservador de montes*

Según la época y las circunstancias, hubo aspectos en los que se hizo difícil distinguir una entidad patrimonial (representada por los sitios reales) y otra genérica, caso del fomento y explotación forestal, en el que oficiales del ramo de obras y bosques tuvieron competencias para actuar no sólo en el perímetro restringido, sino en un amplio contorno de los reinos de Castilla, a consecuencia de la ineficacia demostrada hasta ese momento por el propio Consejo Real. Ello propició un expediente que, ante todo, insinuaba una continuidad patrimonial regia, interiormente diferenciada tan sólo por el grado de mediación en su dirección. En definitiva, quedó subrayada la confusión entre la esfera patrimonial del rey y la administración general, dado que se encargó del fomento y protección forestal en un extenso espacio en torno a la corte al licenciado Francisco de Belvis Galarza, alcalde de casa y corte y juez de bosques, quien el 29 de septiembre de 1593

²⁶⁶ “Nynguna persona puede lebantrar presa ny caz sin liçencia de Su Mgd. donde todo lo rreal y Madril tiene aprobechamyento, mayorm[en]te abiendo dado Su Magd a la uilla de Colmenar tanta cantidad de tierra en lo común, como se le dió el año pasado. Por esto conbiene al seruicio de Su Mgd. se mande çesar la d[ic]ha obra pues en torno de la d[ic]ha u[ill]a ay tantas moliendas q[ue] lo más del tiempo no tienen q[ué] moler. Y dize q[ue] esto mismo contradize el ayuntamyento de la u[ill]a de Colmenar pero esta contradición de Colmenar no aparece aquí”. Se decidió solicitar información al alcalde mayor de esta villa, antes de tomar una decisión definitiva (AHN, Consejos, leg. 51362, consulta de 3 de julio de 1579).

fue nombrado “juez conservador de los montes y pinares y otros árboles y plantas que ay y huviere”. El término empleado no parecía casual, y, aunque sería aventurado asimilarlo al actual conservacionismo natural, revelaba preocupación y una conciencia sobre la necesidad de poner fin a una inercia nociva para un patrimonio menguante. El nuevo juez conservador actuaría en un amplísimo distrito en torno a la corte, que comprendía puntos tan distantes como El Escorial, Escalona, Valdemoro o Pastrana.

Igualmente, la medida mostraba una voluntad de transformación respecto a la ineficaz gestión precedente, como se percibe en la parte introductoria de la cédula real que la acompañaba, tramitada a través de la Cámara de Castilla²⁶⁷. Es este otro de los rasgos que hacía patente la referida amalgama entre un ámbito

²⁶⁷ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. VIII, ff. 368v-370r: “El rey. Por quanto hauiendo entendido la desorden q hauía en el deçepar, talar y cortar los montes, pinares y otros árboles y como de nuevo no se ponían ni plantauan otros a cuya causa hauía gran neçesidad de leña y madera q tan necesarias cosas son para la sutentación de la gente y rreparo abrigo y criança de los ganados por leyes destos n[uest]ros rreynos de Castilla mandamos proueer y ordenar lo q para rremedio dello paresció conuenir y porq en la execución dellas ha hauido mucho descuydo y rremisión por lo qual y no hauer cesado las dichas desórdenes están destruydos los dichos/ montes, pinares y árboles prinçipalmente los q están en contorno de la uilla de Madrid donde al presente reside n[uest]ra corte a cuya causa en ella hay mucha falta y neçesidad de leña, madera y carbón y bale a eseçiuos preçios demás de la falta q ay paral abrigo de los ganados y considerando lo mucho q ymporta el rremedio dello y la conseruación de los dichos montes hauemos acordado q aya perss[on]^a particular q tenga cargo dello y de castigar los exçesos q en el deçepar y talar dellos hviere) y por la satisfación q tengo de la de uos el liçençiado Françisco de Belbis y Galarça alcalde de n[uest]ra casa y corte y juez de n[uest]ros bosques, y de q proçedereys en ello con el cuydado y rretitud q conbiene, os helegido y nombrado por n[uest]ro juez conseruador de los montes y pinares y otros árboles y plantas q ay y hviere en los términos y tierra de la dicha uilla de Madrid y de la de Escalona, Paredes, Cadahalso, Febreros [*sic*], Eloyo [*sic*], Naualperal, Baldemaqueda, Robledo de Chabela, Los Degollados, El Escorial, El Campillo, Guadarrama, Los Molinos, Cercedilla, Collado Mediano, El Bobalo [*sic*], Mançanares, Porquerizas, Bustarbiejo, Canençia, Loçoya, Gargantilla, La Serna, Buytrago, Orcajo, Orcajuelo, Montejo, Colmenar del Cardoso, El Canpillo de Rranas, Los Palancares, La Huerçe, El Arroyo de las Fragas, Bustares, Çarçuela, Congostina, Latoua, Castilblanco, Gedraq[ue], Urtande, Harchilla, Tomellosa, ...ste, Peñaluer, Fuente del Enzina, Prastana [*sic*], Yebra, Aluares, Estremera, Fuenteduña, Uillamanrrique, Borox, Seseña, Sienpoquelos [*sic*], Torrejón de Uelasco, Ualdemoro, Yllescas, Cedillo, Choças, Camarena, Santa Cruz, Çapateros con las demás çiudades, uillas y lugares qualesquier q sean q estén ynclusos dentro del çircuyto y término de los dichos pueblos hasta la dicha uilla de M[adrid]”. El surgimiento de la figura del juez conservador, con mención de esta cédula real, se indica en A. MARTÍNEZ SALAZAR: *Colección de memorias, y noticias del Gobierno General y Político del Consejo*, Madrid 1764, p. 109.

restringido y otro más genérico, difícilmente distinguibles. De acuerdo con lo dicho, habla por sí solo el hecho de que la cédula se halle asentada entre las propias de la secretaría de cámara de obras y bosques, pese a que su objeto superaba ampliamente el ámbito de los sitios reales. El nuevo juez entendería en solitario de todas las causas relativas a la tala y corta de los montes y árboles comprendidos en tan amplio distrito. La apelación de sus sentencias sería entendida por el Consejo Real en sala aparte, decisión regia que profundizaba la aludida transversalidad, y que apuntaba el sentido de la reforma del Consejo culminada en 1598, al adelantar legalmente el cauce de despacho de los asuntos establecido en ella, consistente en la formación de salas. La cédula inhibía de forma explícita del conocimiento de esta clase de causas a las justicias ordinarias, con la importante excepción de las señoriales, con quienes la jurisdicción sería acumulativa, si bien al tiempo se encargaba al flamante juez conservador una inquisición más estrecha de tales jueces en este punto. A su vez, los particulares condenados por sus sentencias estarían afectados por el principio *solve et repete* (primero paga y luego reclama), y en su ejercicio dispondría de signos jurisdiccionales como la vara y el mando sobre alguaciles. En puridad, ambos eran propios de su condición de alcalde de casa y corte, derivados de la naturaleza cortesana tanto del ministro como del espacio en el que ejercía sus funciones, pero a la hora de redactar la cédula debió considerarse prudente evitar una hipotética merma de sus efectos por la restricción temática establecida.

La cédula fue desarrollada por una comisión específica para el propio Galarza que detallaba las funciones que debía ejercer. En primer lugar la visita urgente y regular de los montes comprendidos en el referido distrito, en un doble sentido tanto punitivo como promotor de su explotación racional y productiva²⁶⁸. A tal

²⁶⁸ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. VIII, ff. 370v-372v: “El rey. Licenciado Galarza alcalde de n[uest]ra casa y corte y juez de n[uest]ros bosques. Considerando lo mucho q importa la conseruación de los montes y prinçipalmente de los q están en contorno de la uilla de Madrid donde rreside n[uest]ra corte para su prouisión y teniendo rrelación q los montes públicos en q la dicha uilla/ tiene común y particular aprouechamiento están destruydos y con neçesidad de q se ponga mucho rremedio en su guarda, conseruación y acrescentamiento hauemos acordado q aya persona particular q tenga cargo dello y de castigar los exçesos q en el desçepar y talar de los dichos montes hviere y por la satisfacción q tenemos de la u[est]ra os hauemos elegido para ello como lo uereys por la comisión q os he mandado dar por cédula n[uest]ra de la f[ec]ha desta q se os entregará con ella y demás de lo q contiene es n[uest]ra uoluntad q se haga y execute lo siguiente: Hauets de uisitar por u[est]ra persona quanto antes pudiéredes y adelante las uezes q conuiniere los montes públicos q se comprehenden en el término y çircuyto q se declara en la dicha comisión para satisfazeros del daño q tienen y de la comodidad q ay para plantar en ello o en otros sitios y partes q fueren a

fin se creó una auténtica organización jerárquica en la que el llamado sobreguarda sería responsable de una inspección más continua del territorio, al efecto de poner en conocimiento del juez conservador aquello que estimase necesario, y a quien estarían subordinados los guardas nombrados para el cuidado de cada uno de los montes incluidos en el distrito. En rigor, estos guardas no eran una figura novedosa, dado que la institución en 1574 del que puede ser considerado antecesor del juez conservador, el guarda mayor de los montes, vino acompañada de la aparición de estos oficiales, cuya proliferación y confusión de funciones condujo a su inmediata ineficacia. Por ello, antes que ser creados nuevos jueces fueron reducidos a número cierto, y en la tierra de Madrid fue establecida la cifra de 20. Para favorecer su actuación, y conforme a la doctrina imperante en otras áreas administrativas, la instrucción contenida recomendaba que los guardas no ejercieran en sus territorios de procedencia. A su vez, la clara delimitación del contorno de los sitios reales suele dificultar su apreciación integrada en el entorno, pero si esta resulta de una acumulación de indicios, uno de ellos fue sin duda la extensión a los guardas de la caza de El Pardo de esta condición de guardas de los montes, quienes deberían prestar juramento adicional. Se daba, como vengo diciendo, una generalidad perpendicular del espacio –por así denominarla– ajena a una mayor o menor jurisdiccionalización o patrimonialización territorial. Que se hizo patente, así mismo, en la designación conjunta entre Galarza y dos regidores de Madrid de los referidos guardas de montes en su distrito, quienes deberían prestar juramento ante el primero. Al conjunto de los guardas de montes correspondía la interposición de las correspondientes denuncias, que dirimiría el juez conservador en primera instancia.

En la misma fecha que las dos anteriores, el 29 de septiembre de 1593, otra cédula real puso en conocimiento del concejo madrileño las determinaciones tomadas respecto a sus montes: el nombramiento de Galarza, la comisión recibida de poner remedio a su caótica situación, la designación de 20 guardas que se repartirían la remuneración de sus más numerosos antecesores, y el referido nombramiento de dos regidores que tratarían de la materia con el juez conservador. Es de destacar la limitación finalmente contenida en la cédula, que mostraba que toda restricción jurisdiccional específica tenía una cara complementaria:

propósito e informaros de las cortas y talas que se huvieren hecho en ellos y castigar los culpados conforme a las leyes y pragmáticas destos n[uest]ros rreynos y ordenanças y costumbre de los lugares en cuyo término y juridiçión están) y demás de las penas en q los condenaredes les podays compeler a que planten los árboles q os paresçiere por los q huvieren cortado o arrancado o hechado a perder lo qual hazer en los casos y según q os paresçiere conuenir”.

os encargo y mando q lo hagáis y cumpláys así sin entremeteros en ninguna otra cosa tocante a la guarda y conseruación de los dichos montes ni uos el n[uest]ro corregidor a conoçer de aquí adelante de las denunçiaçiones q. las dichas guardas hizieren de la tala y corta dellos a las quales hareys pagar el salario q[ue] se les señalaré ²⁶⁹.

Pese al loable intento de racionalización que implicaba, la indicción del juez conservador no supuso un remedio milagroso para los montes que circundaban a la corte. Tanto esta serie de cédulas, como las suplementarias que designaban los guardas mayores en los diferentes partidos del distrito, adolecían de detalles para su desarrollo que hicieron necesarias nuevas aclaraciones. Por ejemplo, Fernando Gutiérrez de Bonilla, nombrado:

guarda mayor para la planta, guarda y conseruación de montes del partido de la zibdad de Guadalajara y uillas de Alcalá y Pastrana fasta Mondejar y su tierra y los demás questubiesen ynclusos dentro del d[ic]ho circuito,

puso en conocimiento de su superior que distintos lugares aducían pertenecer a las provincias de Zorita y Almoguera para eximirse de su jurisdicción, al no estar específicamente mencionadas en la comisión recibida. Con ello, los ricos montes, pinares, encinares y chaparrales situados en esos lugares eran talados y perjudicados sin medida, y por ello solicitó que ambas provincias fuesen explícitamente incluidas en el referido partido. La respuesta indica, una vez más, una extensión del espacio en la que lo doméstico-patrimonial y lo administrativo aparecían confundidos. Puesto que la contestación del alcalde, favorable siempre que el límite exterior de la comisión no superase las 12 leguas de contorno de la villa de Madrid ²⁷⁰, fue examinada por la Junta de obras y bosques, que apoyó el parecer del alcalde y remitió al Consejo en caso de ser necesaria una declaración más concreta ²⁷¹. Como se aprecia, la variedad de actores hacía complicado distinguir espacios en un conglomerado que, doctrinal y materialmente, era común y compartido. Pese a las

²⁶⁹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. VIII, f. 373r-v, firmada, refrendada y señalada por los mismos.

²⁷⁰ AGS, CSR, leg. 302, f. 69: “El al[ca]lde Galarça dize q[ue] al serui[ci]o de U[vestra] M[agesta]d y bien comun conuendrá se comprehendan estos lugares y sus montes y dehesas en la comission de H[e]r[nan]do G[utiér]rez de cuyo proçeder tiene buena relación, con que estos lugares o sus montes y dehesas no estén apartadas de las doze leguas de M[adri]d a q[ue] parece ir inclinadas las comissiones de las guardas mayores. F[ec]ho en Campillo 22 de ag[ost]o 1595. El licen[cia]do Galarça (rúbrica)”.

²⁷¹ *Ibidem*, “q[ue] se guarde lo q[ue] disponen las comiss[i]ones y si fuere neçess[ari]a declaración se pida en Cons[e]jo. En El Pardo 29 de 8bre 1595”.

dificultades de articulación de esta comisión, su aspecto más destacado era, pues, la confusión entre lo administrativo y lo patrimonial, y su traducción espacial.

No obstante, lo más destacable no era esta asignación al alcalde juez de bosques Galarza del cargo de juez conservador, sino el hecho de que la administración de la materia contenida en su comisión, en virtud de tal confusión entre lo doméstico-patrimonial y lo administrativo, quedó igualmente confundida entre los respectivos órganos gestores, de tal manera que la Junta de obras y bosques apareció entendiendo de cuestiones que excedían su ámbito natural de actuación. Entendió, por ejemplo, de la actuación de Matías Romano Coello como guarda mayor de los montes de la villa de Madrid y de las villas del Real y Condado de Manzanares y villa de Buitrago, de forma que ilustraba muy elocuentemente el carácter mixto de un espacio continuo de transición en el que el Consejo y los alcaldes mediatizaban el ámbito patrimonial constituido por los sitios reales, en la misma medida en la que la junta intervenía, como vemos, en un ámbito metapatrimonial.

En 1595, el duque del Infantado se daba por enterado en carta al rey de la comisión recibida por Romano Coello para hacer plantar en sus términos y hacer con las justicias y oficiales de los concejos las ordenanzas precisas para la guarda y conservación de los montes. Pero a continuación se mostraba quejoso de la mucha amplitud del distrito que le había sido designado, de manera que “no puede ocurrir a remediar las cortas y talas q[ue] se haçen en los montes del d[ic]ho real, y si no se acude al remedio desto se acauarán con mucha breuedad”. Por todo ello, suplicó que los alguaciles mayores de las villas del real y condado –indicaba que los forasteros, de quienes cabía esperar menos compoendas con los naturales–, o por lo menos los propios de las que podían ser consideradas “principio, medio y fin del d[ic]ho real”, es decir, Colmenar Viejo, Manzanares y Galapagar, donde más perjuicio causaba la ausencia del guarda mayor, pudiesen ocuparse de las tareas que este tenía encomendadas²⁷². Pero la

²⁷² “Puedan guardar y guarden los d[ic]hos montes de el real q[ue] están plantados y se plantaren y compeler a las guardas a q[ue] los guarden y prender a los q[ue] cortaren y prender a los q[ue] talaren o se resistieren e yr en su seguimiento con uaras de justiçia a otros t[e]r[mi]nos de suerte q[ue] no les ualga huyda y denunçiar de ello ante las justiçias hordinarias del t[e]r[mi]no a donde se hiçiere el daño, y seguir las causas ante ellos. Y porq[ue] esto los alguaciles mayores de las d[ic]has uillas del real no lo harán con el cuydado q[ue] es neçesario sino se les sigue dello algún ynterés, mande U[vestra] M[ajesta]d q[ue] de las prendas q[ue] los d[ic]hos alguaçiles mayores hiçieren lleuen la mitad de la quarta parte de la pena q[ue] U[vestra] M[ajesta]d manda lleue la d[ic]ha guarda mayor de las prendas q[ue] hiçieren las guardas hordinarias, con lo quallos montes del d[ic]ho real estarán más bien guardados, y de ello a la guarda mayor no se le sigue daño, antes ynterés. Que en ello reçiuirá el Duq[ue] muy gran m[e]r[ced]” (AGS, CSR, leg. 302-3, f. 57).

Junta de obras y bosques no estaba por la labor, por la disfunción jurisdiccional que causaría la pretensión del duque, al portar sus alguaciles mayores vara de justicia en territorio de realengo, y creía que el remedio estaba en el cumplimiento de su obligación por parte del guarda mayor; hasta el punto de que, de ser necesario, debía ser removido caso de no atender a la llamada de atención que debía serle dirigida, como añadió el conde de Chinchón²⁷³.

En relación con todo lo anterior, la Junta de obras y bosques también tramitó en tiempo de Felipe IV cédulas reales dirigidas al fomento y protección forestal, sin pertenecer el territorio sometido a la acción de sus comisionados al patrimonio regio directo. Esto es, sin ser sitio real. Caso de la comisión recibida por Juan Escribano en Madrid, a 30 de marzo de 1632, para conferir legalmente a los herederos y dueños de viñas del término y jurisdicción de Huete la propiedad de los árboles de bellota y leña que en muchas partes de Castilla se consideraban de propiedad comunal, por ordenanzas o mera costumbre, lo que redundaba en el descuido y rapiña de esa masa boscosa. A cambio, deberían plantar árboles en las lindes de sus heredades, y podrían aligerar el arbolado interior de las mismas, explotándolo para ramoneo y aprovechamiento de ramas. Para ello, deberían pagar cierta contribución por cada fanega de leña y fruto. Por todo ello, parece que esa idea continua y transversal de corte no sólo afectaba al más o menos intenso dominio patrimonial regio, constituido por una parte por los sitios reales, y por otra por el realengo, en el que se consumaba la interacción de la corona —en términos políticos, económicos y sociales— con la población castellana; sino que superaba el límite de la propiedad particular. Todo ello con un grado intenso de confusión en los canales de ejecución de las medidas acordadas, de tal manera que un agente administrativo especializado funcional y territorialmente como la Junta de obras y bosques aparecía aplicando tal política en el espacio realengo; en unas coordenadas doctrinales semejantes a aquellas que habían hecho coincidir las tareas de alcalde juez de los bosques reales y juez conservador de los montes

²⁷³ El 22 de octubre de 1595, la junta contestó: “Lo q[ue] en este memorial se pide no paresçe conueniente pues es de creer q[ue] prenderían estos alguaziles a los q[ue] excediesen siendo uezinos de Madrid, y si lo fuesen del real como todos unos harían el daño, y Madrid lo contradiría y ay otras rrazones por donde esto no pareçe conuenir al seru[ici]o de V[uestra] M[ajesta]d. Más lo sería de que la guarda m[ai]or de aquel partido no saliese de su districto y asistiese por su offi[ci]o q[ue] con otras ocupaciones no lo hace según me informan” (*Ibidem*). El conde de Chinchón transmitió al duque de Lerma la decisión real: “Dice Su M[a]g[es]t[ad] q[ue] u.m. lo ordene assí, y si fuere neçess[ari]o se aduierta al p[residen]te, para q[ue] le quite el officio y proponga personas para él sino se enmienda. En El Pardo, 29 de 8bre 1595” (AGS, CSR, leg. 302-3, f. 57).

de Castilla en la persona de Galarza; como dos manifestaciones, la doméstica y la administrativa, de una misma realidad cortesana.

No existía mejor testimonio de la existencia de una única y continua plataforma, al margen de sus hiatos internos de orden funcional o jurisdiccional, que la conducción por un comisionado de la Junta de obras y bosques de medidas de fomento forestal en un espacio como el de la jurisdicción de Huete, no directamente integrado en un sitio real, pero sí origen de las maderadas que arribaban a Aranjuez por el Tajo. Por lo demás, a juzgar por el contenido de la parte final de la cédula, se confirió a la comisión de escribano un valor experimental, un sentido de prueba que indicase la sucesiva aplicación de la medida en el resto de los reinos de Castilla; confirmándose así de forma práctica que el gobierno de los reinos consistía fundamentalmente, al modo descrito por Brunner, en la prolongación espacial de las decisiones tomadas en el ámbito doméstico, en el que se integraba la Junta de obras y bosques²⁷⁴.

1.3. *CONCLUSIÓN: CONSOLIDACIÓN INSTITUCIONAL DE LA JUNTA
E IDENTIFICACIÓN CON EL CONSEJO.
REINTEGRACIÓN FORMAL DE LOS SITIOS REALES
EN EL ESPACIO PATRIMONIAL MEDIADO*

El camino recorrido por la Junta de obras y bosques durante el reinado de Felipe IV puede deducirse por contraste entre dos breves descripciones elaboradas por la propia junta sobre su origen y atribuciones, que permiten deducir cómo se veía a sí misma en dos momentos diferentes. La primera de ellas no está fechada, pero la alusión que contiene al ejercicio de Tomás de Angulo como secretario de la misma, permite situarla en un momento algo posterior al año 1612²⁷⁵. La segunda está explícitamente fechada el 23 de febrero de 1639, tras hacer relación de los diferentes miembros que se habían sucedido en la junta hasta ese momento. La primera decía:

La Junta de obras i bosques está assentada en costumbre de muchos años a esta parte, i desde el año de 1545 acá que es del tiempo que se hallan libros en la

²⁷⁴ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. XIII, ff. 88r-89r, Madrid, 30 de marzo de 1632.

²⁷⁵ Tomás de Angulo fue nombrado secretario el 27 de octubre de 1612. Su título en IVDJ, envío 100, caja 141, f. 368r-v.

s[ecreta]ría de su exerçio a tenido i conseruado su juridición priuatiua mente en todos los cassos i cossas que dependen della.

Esta costumbre tiene por sí muchos fundamentos legales, por tratarse en ella de la administración i gouierno de todas las cassas i bosq[ue]s reales, en que los reies, como hazienda suia propia pueden poner las leys i condiçiones que quissieren. Hállase ussado y praticado por diferentes personas i con generalidad de despachos en todas materias conçernientes a este ministerio de Obras y Bosq[ue]s de que al presente tratan los Presidentes de Indias y Hazienda y el secretario Tomás de Angulo q[ue] juntamente con el exerçio deste offi[ci]o tiene botto igual con los q[ue] concurren en ella. I hazese esta Junta de ordin[ari]o un día cada semana i más uezes quando los negoçios obligan a ello, auisa el secrett[ari]o al más antiguo p[ar]a que la aia, i se manda conbocar por él. Juntanse en la sala m[a]ior del Cons[ej] de la In[di]as donde asiste el P[resident]e dellas. El s[ecreta]rio haze relación i da su uotto como está d[ic]ho.

Ai un relator para los negoçios de uissitas i algunos pleitos que uienen en apelación a la Junta.

Un juez que con título de al[ca]lde de cassa i corte conoçe de todos los negoçios de caça i pesca i lo dello dependiente. Tiene su escriuano i fiscal, i de sus juicios i sentençias se apela a la sala de al[ca]ldes donde se ueen, hallándose él presente, i haze relación su escriuano ²⁷⁶.

Como se advierte, la junta aquí descrita tenía todavía una incipiente consolidación formal. Interesaba subrayar al autor dos ideas principales, antes que describir el parco aparejo material de la junta. Tales ideas eran el carácter privativo de la jurisdicción ejercida y, por otro lado, la arbitrariedad que fundaba su propia existencia y los acuerdos emanados de ella, toda vez que se ocupaba de una materia, las casas y bosques reales, “en que los reies, como en hazienda suia propia, pueden poner las leyes i condiçiones que quisieren”. Es significativo, además, que se subrayaran entre sus atribuciones la “administración i gouierno”, con sonora omisión de lo jurisdiccional. Este esquema se materializaba por entonces en su reunión “de prestado” en el Consejo de Indias y en el ejercicio de un escaso número de oficiales, reducido al secretario y al relator, este último especialmente para tratar sobre todo la instrucción de visitas y un reducido número de pleitos. Conforme a ese estado de desarrollo, el alcalde juez de bosques de Madrid era el único juez de primera instancia citado, dotado para el ejercicio jurisdiccional en igual o mayor medida que la propia junta, dado que era asistido por un escribano y un fiscal. Para completar este panorama, se omitía una mención pormenorizada de las piezas patrimoniales, los sitios reales, que originaban y justificaban la existencia de la junta.

²⁷⁶ IVDJ, envío 100, caja 141, f. 344r.

Distinta era la situación descrita en el segundo de los documentos mencionados, aunque se apreciaba cierta inspiración en el documento anterior:

La Junta de obras y bosques parece q[ue] por costumbre está ass[enta]da desde el año de 545 a esta parte que es del tiempo que se hallan libros.

Ha tenido siempre y tienejur[isdicci]ón priuatiua a los Consejos, Chancillerías y Tribunales destos reynos, a los quales ynibe y adboca.

Tiene prouisión y consulta a Su Mag[esta]d todos los officios seculares y eclesiásticos en todos los alcáçares, cassas y bosques r[eale]s que dependen de su manejo, q[ue] son los Alcáçares de Seuilla, y bosque del Lomo del Grullo; los de Toledo y Segouia; y casa del yngenio de moneda della, Alhambra de Granada y Soto de Roma; cassas r[eale]s de Ualladolid, El Abrojo y La Quemada; Aranjuez, fábrica del monasterio de San Lorenço el Real, Balsaín, El Pardo, Cassa del Campo y Buen Retiro; y caballeriza mayor de Córdoua.

Trátase en sta Junta de gouierno, justiçia, administraçión de haz[ien]da, y de que Su Mag[eta]d haga m[e]r[ce]d a los que sirben en este ministerio de obras y bosques, tratando destas materias con la generalidad que su calidad pide, consultando todo género de merçedes.

Demás destos negoçios q[ue] tocan al gouerno, prouisiones, merçedes y administraçión, se trata también en ella de los pleytos çiuiles y criminales q[ue] uienen en grado de apelación, assí del juez conserbador que los Alcáçares de Seuilla tienen, como del que ay en el Soto de Roma; y del corregidor de Segouia y alcalde de Ualladolid, gouernador de Aranjuez, y del juez (q[ue] Su Mag[esta]d tiene en esta corte) de obras y bosques con título de alcalde de casa y corte; y del alcalde mayor de S. Lorenzo el Real.

Despachanse por ella los títulos de confesor de Su Mag[esta]d, caçador mayor y montero mayor, y caualleriço mayor de Córdoua.

No ha hauido para formaçión desta Junta ni se halla decreto, orden, ni ynstruçión de Su Mag[esta]d, sino sola la que en 16 de nobiembre de 568 se dió a Martín de Gastelu²⁷⁷.

De la lectura de esta segunda descripción se deducía un modelo más definido, que no sólo se debe atribuir a una inercia natural de funcionamiento. Son muchos los rasgos que permiten deducir que a la altura de 1639 la Junta de obras y bosques presentaba un alto grado de consolidación institucional. En primer lugar, no sólo se aludía a su jurisdicción privativa, sino que se mencionaban de forma explícita los agentes respecto a los que era privativa, a los cuales literalmente “inhibía” y “advocaba”, “los Consejos, Chancillerías y Tribunales destos reynos”. Aunque hemos visto que, en el caso del Consejo Real y los alcaldes de casa y corte eso era mucho decir –pues eran partícipes de esa jurisdicción–, la expresión resultaba de

²⁷⁷ IVDJ, envío 100, caja 141, ff. 345r-346v.

una creciente definición por fricción (a veces con resultado favorable, otras no) respecto a tales agentes. A su vez, se percibe la autoconciencia de la junta como el ente directivo de un extenso conjunto de posesiones patrimoniales: se citaban los oficiales que le competía nombrar, y, en consecuencia, se mencionaban los diferentes sitios reales como piezas que conformaban un conglomerado unitario. Conjunto que impulsaba un variado conjunto de funciones sobre cada una de las partes del mismo por parte de la junta: gubernativas y administrativas –según aparecía ya referido en la relación de 1612–, pero también gracias y contenciosas:

Demás destes negoçios q[ue] tocan al gobierno, prouisiones, merçedes y administraçión, se trata también en ella de los pleytos çiuiles y criminales q[ue] uienen en grado de apelaçión,

siendo mencionados a continuación, a diferencia de la relación anterior, los jueces en primera instancia de los diferentes sitios patrimoniales, y no sólo el de Madrid.

Esta consolidación institucional era consecuencia de la conformación de toda una constelación de sitios reales que en tiempo de Felipe IV adquirieron sólida fisonomía:

Los alcázares, casa y bosques reales que comprende son el Alcázar Palacio Real de Madrid, Casa Real de Campo, Castillo y monte del Pardo, casa de Vacia-Madrid, alcázares de Segovia y los palacios y bosques del Lomo del Grullo, los alcázares de Toledo, casa bosque de Zarzuela, casas reales de Valladolid, su huerta y ribera; casa real y bosque de Balsaín, casa real de la Fuenfría, casa de la moneda del ingenio de Segovia; casa real y bosque del Abrojo, casa de Andosilla, casa y bosque de Quemada y el de Madrigal; heredamiento de Aranjuez con su palacio real, y la casa de Azeca y el cuarto real de Nuestra Señora de la Esperanza, bosques y dehesas de este heradamiento; la fábrica y patronazgo de San Lorenzo el Real y todos su bosques, sotos y dehesas, como el Piul, Santisteban, Gozquez, la Aldehuela y otros anejos; la Alhambra de Granada y Soto de Roma, Archivo Real de Simancas y caballeriza de Córdoba. También comprende el palacio y sitio real del Buen Retiro²⁷⁸,

junto al Alcázar de Sevilla, que no aparecía en la relación²⁷⁹.

²⁷⁸ P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas...*, *op. cit.* Reproduce gran parte de esta documentación, F. COS-GAYÓN: *Historia jurídica del patrimonio real*, *op. cit.*, pp. 80 y ss.

²⁷⁹ A. NÚÑEZ DE CASTRO: *Libro historico politico, solo Madrid es corte, y el cortesano en Madrid*, Madrid 1648, pp. 111-113, cita los Alcázares de Sevilla y los otros sitios reales.

No obstante, ello fue compatible con una creciente intervención de los miembros de la jurisdicción común regia en el ámbito de las obras y bosques, que, como hemos visto, tuvo confirmación reglamentaria en tiempo de Felipe IV; y que llegó al punto, en el siguiente reinado, de ser planteada la supresión de la plaza específica de juez de bosques, y su adición entre las tareas de un alcalde de casa y corte concreto. De este modo, cuando en 1680 el licenciado don Pedro de Cervantes, quien por entonces ostentaba la plaza, propuso a la Junta de obras y bosques su concesión como merced para quien casare con su hija, y el ejercicio entretanto en ella de su sobrino don Manuel Antonio, se planteó con toda nitidez la cuestión en torno a sus funciones y contorno jurisdiccional. Ya en 1674, la jurisdicción concedida por la reina al alcaide de El Pardo, cuando desempeñaba esta función don Fernando de Valenzuela —en confirmación de la importancia que la gestión de los sitios reales tenía para los aspirantes a favoritos cortesanos—, implicó detraer al alcalde-juez de bosques el conocimiento de las causas denunciadas por los guardas de este término. Igualmente, en 1678, don Lope de los Ríos planteó abiertamente la agregación de la comisión a un alcalde de casa y corte, en un memorial de puntos para la mejor gestión de las rentas de Aranjuez. Pero la junta no estaba por la labor de suscribir una decisión perjudicial para su propia continuidad, descartó estas propuestas e impidió la mera reducción de la plaza a pieza para el ejercicio de la gracia —como hubiera significado atender a la solicitud del licenciado don Pedro de Cervantes—. Se limitó a elaborar una relación de candidatos para la vacante, de la que resultó elegido don Juan de Castro. Pero, como veremos, ya estaba marcada la senda que culminaría en 1767, puesto que la junta sólo había conseguido demorar el pleno efecto de una obviada, que la autoridad del juez de bosques resultaba de la aportación jurisdiccional recibida con la vara de alcalde de casa y corte, imprescindible para actuar en un ámbito continuo y transversal²⁸⁰.

La consolidación jurisdiccional del Consejo Real que se percibe en tiempo de Carlos II pasó también por su imposición sobre la Junta de obras y bosques, como había ocurrido en el caso concreto del contrabando respecto al Consejo de Guerra, invocando la igualdad y generalidad de la *iurisdictio* real, que carecía de una jerarquía de subordinación. En 1693 se discutió si el escribano de la junta debía acudir a hacer relación ante el Consejo. En opinión de su gobernador,

²⁸⁰ Respecto a esto, cfr. M. RIVERO RODRÍGUEZ e I. EZQUERRA REVILLA: “La caza en la casa y corte de Felipe II”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II: La Casa del Rey*, Madrid 2005, vol. I, pp. 377-429, esp. pp. 383-422, y las fuentes allí citadas.

Pascual de Villacampa y Pueyo, esto no perjudicaba los privilegios y jurisdicción privativa de la Junta de obras y bosques, al no implicar subordinación en el orden jurisdiccional, sino mero reconocimiento de “lo soberano del Consejo”. Como ha indicado Beatriz Cárceles de Gea, la restricción encarnada por la junta operaba en un plano diferente, que no podía afectar a una capacidad jurisdiccional como la del Consejo, ilimitada por ser la propia del rey, continente del conjunto de la jurisdicción real, más allá de sus divisiones funcionales²⁸¹. Tal era la virtud intersticial y aglutinadora del Consejo, acentuada a consecuencia de la posposición interna de la casa de Castilla.

Como corolario de una trayectoria de creciente mediatización, el Consejo Real propuso el 30 de julio de 1767 la supresión de la Junta de obras y bosques²⁸². La propuesta fue resultado de un informe previo del fiscal, que tendía sencillamente a solapar la labor jurisdiccional del comité con la presencia en él de los miembros del Consejo, como argumento para atribuirle a este organismo²⁸³. Además, el “juzgado ordinario” (como lo llamaba el fiscal) del alcalde juez de bosques había sido reintegrado entre las tareas de un alcalde de casa y corte en tiempo de Fernando VI. Con ello, se lograría una significativa racionalización y ahorro de recursos. Semejante posición mantuvo el fiscal en lo relativo a asuntos gubernativos y graciosos, y el Consejo suscribió punto por punto su opinión:

²⁸¹ B. CÁRCELES DE GEA: *Derecho y comercio en la Corona de Castilla en el siglo XVII*, Madrid 2013, pp. 122-123 y las fuentes allí citadas.

²⁸² AGP, AG, leg. 853. Las competencias plenas de la junta habían llegado ya a su fin durante el reinado de Fernando VI, con ocasión de la caída de Ensenada. El 26 de agosto de 1754 se promulgaron dos decretos propiciados por Ricardo Wall, que, por un lado, ponían bajo competencia de la secretaría de Gracia y Justicia todo lo referido a nombramiento de personal de las casas reales; y, por otro, situaba el pago de los sueldos, pensiones y ayudas de costa del personas de casas reales, caballerizas y empleos supernumerarios bajo el entendimiento de la secretaría de Hacienda (*Novísima Recopilación*, lib. III, tit. VI, leyes VIII y X). El decreto de supresión de la Junta de obras y bosques llegó el 18 de noviembre de 1768 (AHN, Estado, leg. 4824/1, inventario de los papeles de la junta). Respecto a todo ello, cfr. F. J. DÍAZ GONZÁLEZ: “La disolución de la Real Junta de Obras y Bosques en el siglo XVIII”, *Anuario de la facultad de Derecho de la Universidad de Alcalá* (2006), pp. 69-82.

²⁸³ “Que por lo que mira a lo judicial y contencioso jamás llega a congregarse esta Junta plenamente, estando reducida su asistencia al Presidente del Consejo y ministros de él, indiuidvos también de la Junta... uiniendo a recaer en dos ministros togados todo el peso desta jurisdicción con el incombeniente, si por uentvra discordasen, de hacerse indispensable que U. M. deputase más ministros, de que resulta la dificultad de juntarse y la graue retardación de los pocos pleytos que por fortuba uienen a ella” (AGP, AG, leg. 853).

Que todos los negocios contenciosos, que actualmente penden en la Junta, y los que en adelante se suscitaren, que por su naturaleza correspondan a asuntos de obras y bosques, e que hasta ahora ha conocido la Junta, se pasen al Consejo, en sala de justicia, por donde se expidan y resuelban, con audiencia del fiscal de U[vestra] M[ajestad].

Que de los gubernatibos, que se expedían por los s[eñor]es de la Junta se passen también al Consejo los tocantes a intereses de los sitios, casa y bosques r[eale]s, sus obras y reparos y hacienda y contrabenciones a ordenanzas de caza, pesca y conserbación de montes, y se conozca della por la sala de gobierno ²⁸⁴.

La junta había llegado al siglo XVIII caracterizada por una clara identificación con el Consejo, en el que compartía lugar de reunión con la cámara. Este hecho tiene importancia fundamental, pues en mi opinión subrayaba que correlato de la transformación organizativa de la casa real en el siglo XVII, conforme a la tradición borgoñona, había sido una acentuación de la permanente –pero desigualmente interpretada a lo largo del tiempo– dimensión doméstica del Consejo Real. Manifestada en el novedoso acogimiento de expresión tan conjunta al espacio regio como la multiplicación de la propia casa real que, en definitiva, representaba la Junta de obras y bosques. Y del que era fenómeno complementario la tutela, hasta la práctica asimilación, de la sala de alcaldes de casa y corte, tan responsable de la fluida integración de los sitios reales en el espacio cortesano. Acogía así el Consejo no sólo a los agentes de toda una relación jurisdiccional y graciosa de sentido dual, sino también el espacio en que esta se consumaba.

Sin duda, una distinción más marcada de los sitios reales respecto a su entorno tuvo que ver, concluida la Edad Moderna, con la necesidad obligada de definirlos conforme con las categorías jurídicas instauradas por el régimen liberal, aquellas que derivaron en el proceso desamortizador. Se requirió una nueva definición, que acometió tal distinción, propia del nuevo régimen antes que del antiguo, en el que simplemente se daba una atenuación gradual en la patrimonialización del territorio por parte del rey, a partir de su lugar más estable de permanencia. Curiosamente, los títulos de propiedad obtenidos en la Edad Moderna alcanzarían toda su virtualidad, no sin lógica, en un contexto novedoso en el que era precisamente la propiedad el fundamento del desarrollo social.

²⁸⁴ AGP, AG, leg. 853, sobrescito: “Hauiendo examinado el origen ye stado actual de la Junta de obras y bosques, sobre que se ha formado expediente, propone a U[vestra] M[ajestad] la supresión de ella, y todas sus oficinas, en la forma que explica esta consulta”.

2. LA FINANCIACIÓN DE LOS SITIOS REALES (1599-1665)

Félix Labrador Arroyo

2.1. LA SITUACIÓN FINANCIERA DE LOS SITIOS REALES EN TIEMPOS DE FELIPE III

Si en el reinado de Felipe II se articuló y definió el espacio de los sitios reales —en su inmensa mayoría—, se configuró definitivamente la institución encargada de la gestión de los mismos, la Junta de obras y bosques, y se definieron las funciones de determinados oficiales vinculados con las obras reales²⁸⁵, el de su hijo se iba a caracterizar por buscar un medio seguro y estable de financiación de las obras ordinarias y pago de los salarios y jornales de las personas que trabajaban en los diferentes sitios reales. El sistema económico creado generaba un déficit continuo que iba pasando de ejercicio en ejercicio, en un contexto de falta de liquidez que amenazaba, en general, con dañar la viabilidad de las provisiones de los pagos²⁸⁶. Como señaló, el 9 de enero de 1601, el alcaide de la Casa de Campo a la junta: “las huertas y jardines son como los niños, que si se descuidan no limpiándolos en pocos días se desconocen”, por lo que era necesario que se pagase puntualmente²⁸⁷.

En una relación que la Junta de obras y bosques remitió al monarca, de 29 de diciembre de 1600²⁸⁸, se indicaba la situación de déficit que tenía los diferentes

²⁸⁵ Sobre la Junta de obras y bosques puede verse la bibliografía citada en este capítulo en sus diversos apartados.

²⁸⁶ Por ejemplo, a comienzos de octubre de 1605, el Consejo de Hacienda señalaba que se debían más de 250.000 ducados a las casas reales (AGS, CJH, leg. 457, fajo 15, núm. 2). Este proceso ha sido analizado por C. J. DE CARLOS MORALES en “Gasto y financiación de las casas reales de Felipe III”, *Studia Historica. Historia Moderna* 28 (2006), pp. 179-209 y “Gasto y financiación de las casas reales”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M.A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 1227-1258. Asimismo, resulta fundamental para la situación económica de la casa real, J. JURADO SÁNCHEZ: *La financiación de la Casa Real, 1561-1808*, Universidad Complutense de Madrid 1996 (tesis doctoral).

²⁸⁷ AGS, CSR, leg. 322, núm. 98.

²⁸⁸ AGS, CSR, leg. 304, núms. 64-65.

sitios reales al comienzo del reinado. En Madrid, se debían 83.683 reales de los salarios consignados en el pagador del Alcázar, así como 38.808 a los jardineros, arbolistas y peones que servían en la Casa de Campo, 25.688 a los jardineros y peones que trabajaban en el Alcázar de Madrid, 1.900 a los jardineros y peones de El Pardo, 3.200 a los jardineros y peones de la Fuente el Sol y 796 a los criados que estaban en Buena Vista; además de 64.085 reales por la compra de materiales. Lo que suponía un total de 218.160 reales (19.832 ducados). A esta cantidad, se tenían que sumar 22.200 reales (2.000 ducados): 2.200 reales para rematar las obras en Vaciamadrid, 5.000 para trastejar y aderezar el cuarto de la caballeriza, 10.000 para trastejar y hacer reparos forzosos en el Alcázar de Madrid y 5.000 para trastejar y aderezar los chapiteles de El Pardo.

Por su parte, en El Escorial se debían 157.897 reales por las figuras de bronce y 165.440 reales de los salarios, jornales y materiales; así como 33.088 a los jardineros, arbolistas y peones de la Fresneda y demás jardines y huertas del contorno. En Segovia, según la relación, se indicaba que faltaban por abonar 165.000 reales (15.000 ducados), de los que 110.000 reales eran de los destajeros, oficiales y peones que trabajaron en las obras del Alcázar y compra de materiales, 22.000 por los salarios de los oficiales de dicho Alcázar y de las casas reales de Valsaín y la Fuenfría y 33.000 reales en reparos y aderezos forzosos en dichas casas; además, de 22.000 reales en un cuarto para los tapiceros en la casa de Santa Isabel y 4.620 al alcalde mayor de El Escorial y alguacil de los bosques por las averiguaciones que hicieron sobre daños de caza. En total, 821.845 reales (74.720 ducados).

Ante lo cual, Felipe III respondió que se acudiese a lo más necesario con intervención del secretario Juan de Ibarra, dejando fuera los pagos de las figuras de bronce y los reparos y aderezos de Segovia²⁸⁹, y que se diese aviso de haberse pagado en las arcas las cantidades de los censos de Juan de Aguirre, estimados en 11.000 ducados²⁹⁰. Además, lo que resulta más interesante, solicitaba información sobre la manera en que se gastaban los salarios en el Alcázar de Segovia y en Madrid, y sobre la posibilidad de acudir con dinero de Aranjuez al pago de algunas

²⁸⁹ En un memorial del conde de Chinchón al duque de Lerma se indicaba que en Segovia se debían unos 6.000 ducados por las obras que se habían realizado o que se tendrían que realizar, indicándole que se debería de consignar hasta 1.000 ducados en el ingenio de dicha ciudad para el mantenimiento de dichos lugares (AGS, CSR, leg. 333, núm. 71).

²⁹⁰ El 1 de septiembre de 1600 la junta informaba al monarca sobre la provisión de los dineros para reparos de la venta de unos censos que debían el duque del Infantado, don Rodrigo de Mendoza y el duque de Pastrana y que eran del monarca por una condena a Juan de Aguirre, solicitando que hasta que dicho pago se realizase se adelantasen hasta 7.000 ducados (AGS, CSR, leg. 304, núm. 46).

cosas necesarias; al mismo tiempo que sugería a la junta que se recurriese en El Pardo a la venta de leña para cubrir los reparos necesarios²⁹¹ y en la Fuente el Sol a que se utilizase los remanentes de la venta de la madera que se traía de Aranjuez.

Los memoriales e informes comenzaron a llegar muy pronto. El primero de abril, el veedor de las obras de las casas reales de Segovia informaba al monarca que apenas se había podido pagar nada desde 1600 y que se debían 2.800 ducados en materiales, obras realizadas y salarios²⁹². Dicho día, la junta requería al monarca que mandase librar con urgencia 3.000 ducados en el ingenio de Segovia para la paga de los oficiales de las obras de los sitios reales de Madrid así como 1.939.624 maravedís (5.186 ducados y 16 maravedís) para pagar daños de venados²⁹³.

Pocos días más tarde, el 8 de abril, se refería al monarca que el problema de los sitios reales, sobre todo los de Madrid, era que no tenían una consignación cierta. Para los reparos ordinarios, compra de materiales y pago de jornales y salarios de las personas que trabajaban en el Alcázar, Casa de Campo, El Pardo, Buena Vista, Fuente el Sol y Huerta de la Priora, se libraban cantidades que provenían de las dos terceras partes de las penas de cámara y daños de caza²⁹⁴; de cuantías libradas en la tesorería general –principalmente–, así como por la venta de los productos que en estos lugares se producían y por diferentes censos que algunas personas fundaron en favor del rey, por la exención de aposento recibida, según la facultad que el 17 de diciembre de 1588 se dio al licenciado Pablo

²⁹¹ En la información que remitió la junta en los años sucesivos sabemos que en 1600 los ingresos por la poda en El Pardo sumaron 41.847 reales (de los cuales 21.934 se dedicaron a cubrir los gastos de la misma poda y la compra de bellota para los jabalíes y en otros gastos extraordinarios, 3.308 se dieron al alcalde por una merced real, 2.940 se destinaron al salario de dicho alcalde, 1.078 se dieron a Baltasar García en concepto de salario y 12.400 al pagador Diego de Lacorzana), en 1601 ascendieron a 34.584 reales (de los que 25.419 se fueron al pago de la poda y bellota, 2.940 al alcalde por los tres tercios de su salario y 7.000 para Diego de Lacorzana), en 1602 bajaron a 19.937 reales (de los que 13.554 fueron para pagar la poda y bellota y el resto al alcalde) y 1603 volvieron a subir a 31.836 reales, pero con 31.550 de gastos. Por lo que de estos 4 años solo quedaban limpios 3.142 reales (AGS, CSR, leg. 322, núm. 218). En la poda de la leña de El Pardo recibían limosna las monjas de la Encarnación, los padres capuchinos de El Pardo o los trinitarios descalzos de Madrid (AGS, CSR, leg. 325, núm. 322).

²⁹² *Ibidem*, leg. 304, núm. 115. La junta pedía que se librasen en el ingenio de Segovia 1.000 ducados para la paga de los jornales. La relación enviada por el veedor en *Ibidem*, núm. 116.

²⁹³ *Ibidem*, núm. 96 y leg. 322, núms. 111-112.

²⁹⁴ Como ordenaban cédulas de 23 de julio de 1572 y primero de enero de 1573 (AGP, AG, leg. 853, s.f.).

de Laguna. Estas cantidades se depositaron en el arca de tres llaves a cargo de Antonio de Herrera (quien debía dar puntual cuenta de todo lo que entraba a Cristóbal de Ipeñarrieta, secretario de Hacienda, y al contador Pedro Luis de Torregrosa²⁹⁵), y suponían hasta 1.000.000 de maravedís (2.674 ducados), aunque de cobro incierto²⁹⁶. Por todo ello, como se expuso en una relación de 22 de mayo de 1601, en el Alcázar había importantes goteras ya que no se había podido reparar los tejados en los últimos 4 años.

De este modo, el dicho 8 de abril, la junta indicaba que era necesario consignar unos 15.000 ducados al año para estos sitios en concepto de reparos ordinarios y pago de los salarios y jornales de los oficiales y peones que en ellos servían; si bien, para aliviar la situación se podía utilizar como ayuda la leña de El Pardo y la fruta de la Casa de Campo, así como los censos establecidos sobre determinadas casas eximidas de huéspedes²⁹⁷. Además de buscar nuevos recursos, como el alquiler de las casas que el rey tenía en Madrid y que ocupaban sus criados, —aprovechando la salida de la corte a Valladolid— por comisión otorgada al alguacil Gonzalo de de Ovalle y el escribano Pedro de Salazar, quienes lo comenzaron a ejecutar el 2 de mayo²⁹⁸.

En el resto de sitios reales sí había cantidades consignadas. Pocos meses después de llegar al trono, se tuvo que buscar nuevas rentas donde consignar las obras de Toledo, pues se vendieron las alcabalas donde estaban fijadas a un banquero genovés. La solución se encontró en Aranjuez, si bien no se pagaba por no haber disposición para ello, por lo que cesaron las obras que allí se realizaban, así como en el ingenio del agua y en el monasterio de San Julián de los Reyes²⁹⁹. Para las obras del Alcázar de Segovia y casas de Valsaín y Fuenfría, por su parte, se consignaron, en 1603, 4.000 ducados en el ingenio de Segovia —cantidad que era

²⁹⁵ Por cédulas de 4 de mayo y de 1 de junio de 1596 se ordenó que con dicho dinero se desempeñasen algunos juros de por vida situados en las alcabalas de Madrid para que las cantidades obtenidas se diesen al pagador de las obras del Alcázar y sitios reales de Madrid (AGS, CSR, leg. 321, núm. 305).

²⁹⁶ *Ibidem*, núm. 98; AGP, AG, leg. 710, s.f.

²⁹⁷ AGP, AG, leg. 710, s.f.

²⁹⁸ En la relación de las casas, podemos señalar, donde vivían los pajes, las casas de Jacome Trezzo, donde vivía el armero real, otra donde residía el capellán de los pajes u otra donde vivía Calderón (*Ibidem*, s.f.).

²⁹⁹ El 21 de noviembre de 1600 el duque de Lerma informaba a Juan de Ibarra que Felipe III estaba de acuerdo en encontrar otras rentas en donde consignar los 6.000 ducados para las obras y salarios de Toledo (AGS, CSR, leg. 304, núm. 72). Juan de Ibarra sugería el 18 de noviembre que se asentasen en rentas de Aranjuez (*Ibidem*).

librada con puntualidad— y Granada tenía 6.000 ducados al año en las rentas de los Alcázares de Sevilla, además de las penas de cámara del corregimiento de Granada, que solían valer unos 2.000 ducados. Después, en lugar de la primera cantidad, se dispusieron 4.000 ducados en un crecimiento de azúcar y cuando esto también faltó, además de las referidas penas de cámara lo producido por el Soto de Roma, que no solía superar los 1.000 ducados y que se gastaba en el pago de los oficiales principales³⁰⁰. Por último, para las casas de Valladolid se habían consignado 10.000 ducados en el Ingenio de Segovia³⁰¹.

En este proceso de consignación de los gastos en rentas ciertas, el Consejo de Hacienda, el 12 de mayo de 1601, despachó cédula para que se consignasen 12.000 ducados en el ingenio de Segovia para acudir al pago de los oficiales y personas que tenían consignados sus salarios en el pagador de las obras de Madrid. Si bien, como en el ingenio había otras cantidades consignadas las libranzas se realizaban con retraso; por lo que, el 12 de julio de 1603, Juan de Ibarra escribió a Lerma para que presionase a la hora de dar prioridad en las libranzas de dinero para los pagos de los oficiales y obras de los sitios reales. La respuesta fue positiva, aunque no se llevó del todo a la práctica. Con todo, la cantidad que se quería consignar sería insuficiente, por lo que el 16 de septiembre de 1603 el secretario Ibarra escribió de nuevo a Lerma para que intercediese y se pudiesen ampliar los 12.000 ducados obtenidos en otros 3.000, con el fin de poder pagar todos los salarios atrasados. El duque, el mismo día, le respondía que el rey quería que primero se pagase a los oficiales los atrasos y con lo que sobrase se pagasen las obras y materiales, y que no se podría aumentar más la consignación señalada³⁰². Mientras esto se hacía efectivo, se acudió al trasvase de fondos entre sitios reales. Así, por ejemplo, en 1601, se ordenó trasladar 2.271.470 maravedís (6.073 ducados) de Granada para pagar obras en el Alcázar de Madrid y para el abono de algunos jornales, aunque a finales de marzo de 1602 todavía no se había procedido a estos pagos³⁰³.

³⁰⁰ Sobre la situación económica del Soto de Roma en el siglo XVI puede verse R. G. PEINADO SANTAELLA: “Un Real Sitio en la Vega de Granada: el Soto de Roma y los agobios financieros de la corona castellana durante el siglo XVI”, en A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO, C. CAMARERO y F. LABRADOR ARROYO (coords.): *La extensión de la Corte: los Sitios Reales* (en prensa).

³⁰¹ AGS, CSR, leg. 324, núm. 12. Sobre este sitio, véase J. PÉREZ GIL: *El palacio de la Ribera. Recreo y boato en el Valladolid cortesano*, Valladolid 2002.

³⁰² AGS, CSR, leg. 304, núms. 217 y 219.

³⁰³ *Ibidem*, núm. 99. La relación de la manera en la que se podría distribuir esta cantidad, hecha en Valladolid, el 18 de agosto de 1602, en *Ibidem*, núm. 100. En ella se indicaba que se

La deuda, pues, se mantenía constante. En una relación hecha por el veedor Sebastián Hurtado se indicaba que se debían 4.913.073 maravedís (13.136 ducados) hasta finales de agosto de 1603 a diferentes personas que tenían consignados sus gajes y salarios en el pagador de las obras del Alcázar³⁰⁴. El 20 de octubre de 1604, Pedro Chierque de Salazar remitía la relación de lo que se debía a quienes habían trabajado por jornales ordinarios en el Alcázar de Madrid, Casa de Campo, El Pardo, Fuente el Sol, Buena Vista y Vaciamadrid desde el 27 de julio de 1603 hasta el 28 de mayo de 1605 y que sumaban 147.531 reales (13.412 ducados)³⁰⁵.

TABLA 1. DEUDAS POR JORNALES ORDINARIOS
DESDE EL 27 DE JULIO DE 1603 AL 28 DE MAYO DE 1605³⁰⁶

	1603	1604	1605
Alcázar	12.317 reales	23.400	26.224
El Pardo	1.949	3.680	3.625
Casa de Campo	11.669	21.900	19.858
Fuente el Sol ³⁰⁷	2.243	3.800	4.400
Buena Vista	2.162	3.760	2.848
Vaciamadrid	1.368	2.480	—
TOTAL	31.708	59.020	56.803

dedicasen 340.000 maravedís para trastejar y reparos en el Alcázar, 937.500 para pagar lo que se debía a los oficiales de la Casa de Campo, 187.500 para el escultor Pompeo Leoni, 400.095 a Milán de Vilmercado por los reparos en las obras de bronce de El Escorial, 187.500 a su compañero Baltasar Mariano, 106.375 al aparejador del monasterio de San Lorenzo, 75.000 a maese Pedro Castelo y 37.500 a Fabricio Pintor.

³⁰⁴ AGS, CSR, leg. 322, núm. 250.

³⁰⁵ *Ibidem*, núms. 279, 354-357. El 30 de octubre escribía a Alonso Ramírez de Prado solicitándole que el rey acudiese a pagar lo que se debía hasta finales de agosto (*Ibidem*, núm. 211).

³⁰⁶ Tabla de elaboración propia (como todas las contenidas en este estudio). Datos tomados de AGS, CSR, leg. 322.

³⁰⁷ En mayo de 1605, aún se les debía a los jardineros, arbolistas y otros trabajadores de Fuente el Sol 2.411 reales de 1604 y 1.889 de 1605 (*Ibidem*, núms. 279, 335 y 356).

Un año más tarde, el 18 de junio, Chierque remitió una nueva relación con las cantidades que se debían desde el 5 de septiembre de 1604 hasta el 28 de mayo de 1605 en las obras de Madrid, indicando que sumaban en libranzas 1.103.190 maravedís (32.446 reales y 76 maravedís) y 3.492.868 maravedís (102.731 reales y 41 maravedís) en salarios, lo que hacía un total, junto a la nóminas, de 6.526.360 maravedís (17.450 ducados)³⁰⁸. Mientras que el 20 de mayo de 1606, la junta señalaba que hasta finales del año anterior se debían un total de 7.858.792 maravedís (21.013 ducados) en salarios y gastos ordinarios y extraordinarios en las obras del Alcázar de Madrid³⁰⁹.

Con el fin de poder limitar las deudas y garantizar la conservación y reparo de los alcázares y casas reales, ya que muchas de ellas tenían dificultades en los pagos y no se podía acudir a lo más necesario, y aprovechando el regreso a Madrid, la Junta de obras y bosques, el 20 de marzo de 1606, sugería a Felipe III que se hiciera la siguiente consignación: para los reparos y conservación de las casas de Valladolid, jardines y bosques de su contorno 10.000 ducados; para los reparos y conservación del Alcázar, Casa de Campo, El Pardo, Fuente el Sol, Buena Vista, casa del Tesoro, San Jerónimo, caballerizas, conservación de las huertas y jardines y paga de los salarios que estaban consignados en el pagador de aquellas obras, 44.000 ducados; para Segovia, Fuenfría y Valsain, 4.000; para las obras que se hacían en el Alcázar de Toledo, 8.000 y, por último, 6.000 en Granada. En la respuesta se indicaba:

necesario es que todas estas cossas se tengan consignación cierta y assi se haga lo q pareciera a la Junta, y ordenese de manera q se cumplan estas pagas con puntualidad y q esta consignación no se pueda tomar para ninguna otra cossa y assi la culpa de no cumplirse estas pagas sea enteramenyte de quien las ha de hacer cobrar³¹⁰;

si bien se dilataba la decisión final. Por ello, el 20 de mayo, la junta señalaba que mientras tanto se podrían librar 14.000 ducados en el ingenio de Segovia para las obras de acondicionamiento de los sitios reales de Madrid ante el regreso de la corte³¹¹.

³⁰⁸ Alonso Muriel de Valdivieso remitió al presidente de Hacienda, el 29 de junio, esta relación tras verla el monarca y el duque de Lerma (AGS, CSR, leg. 322, núms. 354-357).

³⁰⁹ *Ibidem*, leg. 304, núm. 337.

³¹⁰ AGS, AG, leg. 710, s.f. Véase, también, I. EZQUERRA REVILLA: "La vigilancia de la caza real. La Junta de obras y bosques", en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M.A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III...*, op. cit., vol. I, pp. 909-916.

³¹¹ AGS, CSR, leg. 304, núm. 337.

Finalmente, el 30 de mayo de 1606, se fijaba en 72.000 ducados la cantidad que recibiría la Junta de obras y bosques para los gastos en los diferentes sitios reales; los cuales se asentarían en el “ingenio de la moneda de Segovia”³¹². Con ello, se trataba de poner fin a las dificultades económicas que estos sitios tenían desde tiempos de Felipe II. Esta cuantía era superior a la labor que del ingenio se podía extraer, estimada por el conde de Chinchón, en una memoria que remitió al duque de Lerma, en unos 50.000 ducados, sin contar que en dicho ingenio esas no eran las únicas consignaciones situadas. Si bien, en dicha relación indicaba que con algunas mejoras se podría incrementar la cantidad que de este lugar se obtenía³¹³. Es decir, desde el principio los impedimentos para cobrar la suma necesaria estaban asegurados y las deudas seguirían pasando de año en año.

Por ello, las dificultades para llegar al pago corriente de los salarios y de las obras inexcusables fueron constantes y se acentuaron a partir de 1608, cuando los procuradores de las Cortes frenaron la acuñación de moneda de vellón en Segovia; lo que perjudicó claramente las cantidades económicas libradas en el ingenio de dicha ciudad, por lo que se debía de acudir, de nuevo, a las libranzas del Consejo de Hacienda y, en menor medida, de Indias, para el pago de los salarios y obras de los sitios reales³¹⁴.

En la búsqueda de soluciones, el 21 de mayo de 1608, la junta consideró la posibilidad de vender las casas de la Fuente el Sol, el cigarral de Altamira, que eran del cardenal Quiroga y que pasaron a Felipe II como bienes libres, no vinculados a la corona, o Buena Vista³¹⁵. La idea se justificó por:

escusar todo lo q no fuere muy forçoso y necesario, y juzgando que no lo es mucho la cassa de Fuente el Sol y que le sirve a V. Md más de costa que de recreación, y deseando que reduciendo todas estas cosas a menos gastos se pueda acudir a lo forçosso con la puntualidad que conviene³¹⁶.

³¹² AGS, CSR, leg. 331, núm. 88 y CJH, leg. 586, fajo 20, núm. 2-4.

³¹³ AGS, CSR, leg. 322, núm. 72.

³¹⁴ *Ibidem*, leg. 331, núm. 87.

³¹⁵ Al respecto, AGP, AG, leg. 1258, exp. 4, núm. 1. Más información sobre este real sitio en C. CAVERO DE CARONDELET FISCOWICH: “Sobre la incorporación a los Sitios Reales de dos propiedades del cardenal Quiroga: la huerta de Fuente el Sol y el cigarral de Altamira”, en A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, C. CAMARERO y F. LABRADOR ARROYO (coords.): *La extensión de la Corte...*, *op. cit.*

³¹⁶ Al margen “trátese de la venta luego y aviseseme del premio q se allare y lo q pareciere” (AGS, CSR, leg. 305, núm. 27).

Con la venta se acudiría a pagar los atrasos de los oficiales de las obras de Madrid y su contorno. El 28 de junio se ordenó pregonar dicha orden de venta. Sin embargo, como veremos, la venta de estos sitios se retrasó hasta 1613.

Otras medidas iban encaminadas a encontrar nuevas rentas, concretamente en las cantidades que debían cobrarse a los cristianos nuevos portugueses³¹⁷ y en los bienes confiscados a los moriscos del reino de Toledo³¹⁸; las cuales podían considerarse no seguras y de difícil cobro.

En este contexto, la junta escribía al monarca, el 22 de septiembre de 1611, informándole que llevaban 4 años sin recibir cuantías económicas³¹⁹. Por lo que se tenía que acudir, como hemos señalado, al Consejo de Hacienda para el libramiento de cantidades por vía extraordinaria. Lo que no siempre resultaba fácil, como ha demostrado Carlos de Carlos Morales, debido a los problemas de liquidez por los que atravesaba la hacienda regia³²⁰. En este sentido, podemos señalar, las libranzas de 5.000 ducados de 27 de abril de 1611 y de 3.000 el 27 de marzo de un año más tarde.

Ante esta difícil situación, el monarca solicitó a la junta, el 3 de marzo de 1611, conocer fehacientemente la situación de las consignaciones de todos los sitios reales antes de fijarlas en 1606 en el ingenio de Segovia. El 17 de mayo también solicitaba relación de todo lo que debían las casas reales y lo que era necesario para su conservación³²¹.

En respuesta, el 22 de mayo, el veedor y contador Luis Hurtado remitió la relación de lo que se había pagado de los 40.000 reales (3.636 ducados) que se habían librado para la paga de los jardineros, peones y ordinarios que habían trabajado en el Alcázar y casas reales de su entorno (Tabla 2)³²². El 1 de junio, el veedor y contador señalaba lo que se debía a los jardineros y peones en 1609, indicando que a los que trabajaron en el Alcázar se les debían 35.261 reales y 26

³¹⁷ AGS, CSR, leg. 305, núm. 42.

³¹⁸ Según decreto de la Junta de obras y bosques de 4 de enero de 1611 (*Ibidem*, leg. 324, núm. 9). También, *Ibidem*, leg. 305, núm. 160.

³¹⁹ AGP, AG, leg. 370.

³²⁰ Véase, aparte de otros trabajos citados anteriormente de este autor, A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: "Un presupuesto de la real Hacienda de Castilla para el año 1611", *Hacienda Pública Española* 87 (1984), pp. 175-186, consulta del Consejo de Hacienda de octubre de 1610 (el original, en AGS, CJH, leg. 493, fajo 24, núm. 1), así como *Ibidem*, leg. 502, fajo 20, núm. 8-14 para la relación del estado de las finanzas de octubre de 1611.

³²¹ AGS, CSR, leg. 324, núm. 10.

³²² *Ibidem*, núms. 14-15.

maravedís, en la Casa de Campo 21.988 y 3 maravedís, en El Pardo 4.032 reales y en la Fuente el Sol 4.999 y 17 maravedís. En total, 66.281 reales y 12 maravedís, cantidad muy similar a la de 1610, por lo que se debía de dichos dos años 132.562 reales; cuantía a la que se tendrían que descontar 15.000 reales que se dieron para socorrer a los de la Casa de Campo; es decir, faltaban por pagar 10.687 ducados. Por ello, el 9 de junio, se ordenó que con los 8.000 ducados que había en el arca de tres llaves se pagase todo lo que se debía hasta 1609 y todas las deudas de los que trabajaban en la Casa de Campo hasta 1610³²³. En agosto de 1611, el veedor y contador de las obras del Alcázar mencionaba que se habían dado a Bartolomé de Arce, pagador de las mismas, un total de 103.000 reales (9.363 ducados) para pagar a los trabajadores de los sitios reales por su labor desde 1606 hasta 1609, de los que se habían gastado 78.241 reales y 13 maravedís:

TABLA 2³²⁴

	1607	1608
Alcázar	8.546	24.450
El Pardo y Somontes	3.800	3.965
TOTAL	12.346	28.415
Lo que se debía	2.713 reales	3.410 reales

A finales de julio, Juan de Ibarra, tras analizar los memoriales remitidos a la Junta de obras y bosques por los oficiales y veedores de los sitios reales, indicaba que en Madrid serían necesarios 10.000 ducados para obras y otros tantos para los salarios y libranzas de materiales –aunque los oficiales de las obras del Alcázar de Madrid todavía no habían remitido la información–, por lo que con 24.000 ducados (y no los 44.000 consignados) se podría cumplir con los reparos forzosos y entretenimiento de los jardines y paga de los sueldos ordinarios. Respecto a Toledo, señalaba que faltaban por pagar 7.733 ducados en salarios, jornales y materiales del tiempo que faltaba la consignación hasta el 17 de junio, y que para acabar las obras se necesitarían 126.600 ducados. Los oficiales que trabajaban allí referían que era necesario aumentar la consignación a 12.000 ducados, si

³²³ AGS, CSR, leg. 324, núm. 16.

³²⁴ Datos tomados de *Ibidem*, núms. 19-20.

bien indicaban que con solo 8.000 se podría hacer, además de dar 2.000 ducados de una vez para reparar el ingenio de Juanelo que llevaba el agua al Alcázar³²⁵. En Segovia, por su parte, según la relación que los oficiales le remitieron, se debían 11.000 ducados desde que faltaba la consignación en 1608, siendo necesarios 9.000 para las obras precisas. Señalaban que con 4.000 ducados bastaría en la nueva consignación, además de librar por una vez 6.000 para conservarlo todo. En Valladolid, según la relación que remitió el veedor de dicho lugar, se debían 8.400 ducados y eran necesarios 60.000 ducados para hacer frente a las obras que se habían comenzado, poniendo en la nueva consignación 6.000 ducados. Por último, para Granada se podrían consignar 5.000 ducados, que sumados a los 1.000 que recibía por los frutos del Soto de Roma y por las penas de cámara, serían suficientes para su funcionamiento; si bien, se tendría que dar de una vez 2.000 ducados para reparos en el Generalife³²⁶.

Con toda la información remitida por los veedores y oficiales de los sitios reales y presentada al conde de Salazar y al secretario Angulo, la Junta de obras y bosques, el 8 de agosto de 1611, presentó a Felipe III una propuesta para bajar las cantidades consignadas a tan solo 40.000 ducados, aunque fijadas sobre los Millones de los lugares donde estaban los sitios, con lo que se aseguraba su cobro:

siendo tan precisa la obligación y necesidad que ay de conserbar estas cassas y de repararlas con cuidado, se considera que no ay otra cossa de que poder acudir a esto más cierta, más puntual y de menos costa que lo que procediere de los Millones; y aunque la consignación que antes tenían las obras de esta casa era de 72 U ducados cada año [...]. Ha parecido q por el estado en que se halla la hazienda de U. Md. y las cossas forzosas a que ay que acudir con ella se podría limitar esta consignación por lo menos a 40 U ducados, que se juzga son menester cada año, precisamente para los repartos inexcusables y conservación destas casas y proseguir, aunque despacio, algunas obras comenzadas como las de Toledo y Granada³²⁷.

No podemos olvidar que el Consejo de Hacienda recomendaba al monarca reducir, de manera significativa, los gastos corrientes (al menos en un treinta por ciento) y que en esta medida que presentó la junta pesó mucho la búsqueda de nuevos ingresos por parte de los procuradores de Cortes, los cuales consiguieron frenar la acuñación de moneda de vellón desde 1608, perjudicando con ello las

³²⁵ El duque de Lerma solicitó al secretario Juan de Ibarra, el 29 de julio, una memoria de los reparos forzosos en el Alcázar de Toledo (AGS, CSR, leg. 324, núm. 217). La memoria en núm. 218.

³²⁶ *Ibidem*, núm. 11 y leg. 329, núm. 79.

³²⁷ *Ibidem*, leg. 305, núm. 220 y AGP, AG, leg. 370.

cantidades consignadas en el ingenio de Segovia —prácticamente desaparecieron los pagos, como hemos visto—³²⁸. Mientras esto ocurría, tal y como sucedió en 1606, cuando se fijaba la consignación en el ingenio de Segovia, la junta tuvo que solicitar al monarca dinero por anticipado —el 22 de septiembre 6.000 ducados, y el 23 de octubre 10.000—, hasta que se fijase la nueva consignación³²⁹, pues necesitaba dinero para pagar las obras y los salarios. Ya que como indicaba en carta al monarca de 27 de marzo de 1612, desde hacía más de 4 años que no se cobraba nada en Toledo y Segovia y los 3.000 ducados librados a cuenta de los 10.000 que se habían pedido en la consignación se habían gastado, principalmente, en prevenir la llegada de las monjas recoletas a palacio³³⁰. El presidente de Hacienda ofreció, en respuesta a esta situación, tal y como se desprende de la reunión de la junta de 9 de mayo, proveer 10.000 ducados para cubrir lo más necesario³³¹. Poco más se podía hacer cuando se tenía que reconocer “el mal estado y grande inconbeniente en que recae la real hacienda”³³². Para paliar algo la situación, la junta volvió a considerar la venta de algunos de los sitios reales secundarios, entre los que estaban Fuente el Sol, Buena Vista y el cigarral de Altamira³³³, debido al coste que conllevaban y al poco uso que se les daba. Finalmente, a finales de diciembre de 1613 se vendió la Fuente el Sol, que se tasó por el maestro de obras Pedro Rodríguez Majano en 16.850 ducados³³⁴, y Buena Vista, al conde de Salinas.

La propuesta presentada por la junta, el 8 de agosto de 1611, de reducir la nueva consignación a 40.000 ducados no gustó demasiado, ya que se consideraba que se podía reducir todavía más. En este sentido, el 26 de mayo de 1612, la junta, en la nueva relación, indicaba que se podría bajar a 30.205 ducados y 294

³²⁸ A partir de 1599 se comenzó la primera acuñación de moneda de cobre puro en estos ingenios, lo que generó hasta 1602 un beneficio para la hacienda de 2.300.000 ducados, lo que permitió tener una rápida liquidez a costa, eso sí, de la prosperidad de la economía castellana. J. DE SANTIAGO FERNÁNDEZ: *Política monetaria durante el siglo XVII*, Valladolid 2000, pp. 51-62.

³²⁹ AGS, CSR, leg. 305, núms. 216 y 219.

³³⁰ *Ibidem*, núms. 215-217.

³³¹ El monarca señalaba que lo primero era pagar los jornales (*Ibidem*, núm. 227).

³³² Consulta de 5 de marzo (AGS, CJH, leg. 511, fajo 26, núm. 5).

³³³ AGS, CSR, leg. 305, núms. 224 y 234; AGP, Registros, lib. 23, ff. 118v-119r.

³³⁴ Tasación hecha a petición de Tomás de Angulo el 31 de mayo de 1612, en AGP, AP, Casa de Campo, caja 10, exp. 11. Si bien, en diciembre de 1613, se tasó por la mitad (AGS, CSR, leg. 302, carpeta 2, núm. 92). Más información en AGP, AG, leg. 1258/4 y AGS, CSR, leg. 302, carpeta 2, núm. 90.

maravedís. Así, en el Alcázar, El Pardo, Casa de Campo y Fuente el Sol, que tenían 44.000 ducados, se podría dejar en 15.740 ducados y 55 maravedís: 9.740 ducados y 55 maravedís (3.652.555 maravedís) con los que pagar los salarios y jornales y otros 6.000 ducados (2.244.000 maravedís) para reparos. En Toledo, de 8.000 ducados se podría pasar a 3.572 ducados y 45 maravedís: 1.072 ducados y 45 maravedís (402.045 maravedís) para los salarios y otros 2.500 para obras. En Segovia de 4.000 ducados a 4.125 ducados y 94 maravedís: 2.125 y 94 maravedís (796.969 maravedís) para salarios y 2.000 para reparos (al margen se indicaba que se pusiesen los anteriores 4.000 ducados). Por último, en Valladolid, de 10.000 ducados se pasaría a 6.778 ducados y 100 maravedís: 1.778 ducados y 100 maravedís (666.850 maravedís) para salarios y 5.000 ducados para los reparos. Granada quedaría fuera de esta nueva consignación ³³⁵.

Finalmente, se bajaron, el 9 de septiembre de 1612, las cantidades consignadas a tan solo 26.000 ducados (9.750.200 maravedís) —46.000 ducados menos que la cantidad anteriormente consignada y 14.000 menos que la propuesta de la junta de agosto de 1611— ³³⁶. Ahora bien, esta cantidad se situaba en los Millones de Madrid, Toledo, Segovia y Valladolid, lo que nos indica que se prefería reducir la consignación a cantidades mínimas pero cobradas en lugares seguros ³³⁷. La hacienda tenía una importante falta de liquidez. Hasta octubre de 1613, de los 5.600.000 que montaban los activos brutos habría solamente 2.100.000 ducados disponibles ³³⁸.

De esta manera, la nueva consignación quedaría, por orden real expedida al Consejo de Hacienda de 3 de noviembre, de la siguiente manera. En los Millones de Madrid, para el Alcázar y los sitios reales de su contorno, se fijaban al año 4.965.055 maravedís (13.275 ducados), de los que 3.652.555 maravedís serían para la paga de los salarios y jornales y el resto para reparos. Además, tenían 130.000 maravedís en los derechos del sello real ³³⁹, 62.500 maravedís de juro en las alcabalas de Madrid, 1.382.000 maravedís en la mesa maestra para la paga

³³⁵ AGS, CSR, leg. 324, núm. 218. En otro documento se indicaba que para los reparos de las casas de Madrid solo se necesitaban 5.000 ducados y en Segovia en reparos 3.000 (*Ibidem*, núm. 320).

³³⁶ *Ibidem*, núm. 216 y AGP, Reg. 11, ff. 266v-267r. El refrendo de esta nueva consignación tardaba, por lo que la junta volvió a recordar al duque de Lerma este importante punto (AGS, CSR, leg. 324, núm. 217 y AGP, AG, leg. 370).

³³⁷ AGS, CSR, leg. 329, núm. 79.

³³⁸ C. J. DE CARLOS MORALES: "Política y finanzas", en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M.A. VISCEGLIA (dirs.): *La Monarquía de Felipe III...*, *op. cit.*, vol. III, p. 815.

³³⁹ AGS, CSR, leg. 331, núm. 86.

del salario del alcaide de El Pardo, los guardas, capellán y alcalde juez de bosques, así como 750.000 maravedís (2.000 ducados) en Aranjuez para reparos en la Casa de Campo y una cantidad indeterminada en penas de cámara para el pago de los salarios del escribano fiscal del juzgado y guarda de límites y otras cantidades del arrendamiento de las tierras de Amanuel³⁴⁰. Si se cumplía con el pago ordinario de los salarios y jornales, tan sólo sobraban unos 300.000 maravedís para hacer reparos inexcusables; cantidad a todas luces insuficiente, ya que no había ni para trastejados, aderezos de fuentes, herramientas para los jardines...³⁴¹. En los Millones de Toledo se fijaban 1.118.295 maravedís (3.000 ducados), de los que 402.045 eran para los salarios y jornales de los oficiales que servían en el Alcázar de Toledo y el resto para los reparos en el dicho Alcázar.

En los Millones de Segovia, por su parte, se consignaban 1.500.000 maravedís (4.011 ducados), de los que 796.969 maravedís irían para los salarios y jornales de los oficiales del Alcázar de Segovia y bosques de Valsaín y la Fuenfría, y el resto, 703.031, para reparos en dichos lugares; además, de ciertas cantidades en penas de cámara y 173.740 maravedís en la mesa maestral para los gajes del alcalde de Valsaín y guardas. En Valladolid fueron 2.166.850 maravedís (5.794 ducados), de los que 666.850 maravedís eran para los salarios y jornales de los oficiales de las casas reales de Valladolid, el Abrojo, Tordesillas y la Quemada y el resto para reparos, además del aprovechamiento de la fruta y uva de la Huerta de la Ribera.

En esta nueva consignación, como hemos comentado, quedaban excluidas las obras de la Alhambra, la cual tenía 1.496.000 maravedís (4.000 ducados) de juro en la renta de los azúcares que se utilizaban para el pago de los salarios y jornales, así como para los reparos inexcusables, además de los aprovechamientos del Soto de Roma y las penas de cámara de los corregimientos de Granada, Alhama y Alcalá la Real³⁴². Como se advierte, se había tratado de aumentar la suma disponible mediante la ampliación de las fuentes de procedencia de tales penas.

En los meses siguientes se intentaron hacer algunos pequeños cambios. Por ejemplo, se consideró aumentar a 6.000 ducados las cantidades consignadas en los Millones de Toledo y que se socorriesen las obras con 50.000 ducados de una sola vez, lo que nunca se llevó a la práctica³⁴³.

³⁴⁰ AGS, CSR, leg. 280, núm. 80.

³⁴¹ *Ibidem*, leg. 306, núm. 358.

³⁴² Ahora bien, entre 1613 y 1624 continuaron consignándose pagos en el ingenio de Segovia (*Ibidem*, leg. 280, núms. 81, 83 y 84).

³⁴³ Lo que se recordaba por parte de Tomás de Angulo el 20 de mayo de 1615 (*Ibidem*, leg. 326, núm. 44).

Como se bajó considerablemente la consignación, algunos salarios y acrecentamientos se fijaron en otras rentas; principalmente en las de la mesa maestra de las Órdenes militares, como hemos visto. Esto ocurrió con el alcaide de El Pardo, los nuevos guardas de El Pardo y Valsaín, el guarda mayor de este último lugar y el alcaide juez de bosques, así como el marqués de Flores Dávila, en los años siguientes ³⁴⁴. Además, en agosto, se introdujo un nuevo oficio en el organigrama de la junta, un contador para tener la cuenta y razón de la hacienda de obras y bosques, subordinado a Tomás de Angulo, con el objeto de agilizar los pagos ³⁴⁵.

El año siguiente, en este nuevo contexto, se inició la visita que, propuesto por la junta el 3 de enero de 1613, realizó el licenciado Alonso de Morales Negrete a los oficiales de las obras del Alcázar y casas reales de Madrid –la anterior fue en 1569–. En dicha visita se condenó al veedor y contador Sebastián Hurtado en 1.000 ducados (375.000 maravedís) que se dedicarían a los gastos de la visita, privación del cargo y a devolver 1.432.716 maravedís (5.130 reales); su hijo, Luis Hurtado, fue condenado en 1.000 ducados (375.000 maravedís) y a devolver 187.952 maravedís; el pagador Bartolomé de Arce a la privación del oficio y a 300 ducados para gastos de la visita (112.500 maravedís); Juan Gómez de Mangas, tenedor de los materiales, fue condenado en 100 ducados (37.500 maravedís) y a seguir las órdenes e instrucciones de su cargo; a Domingo Felipe, jardinero de la Huerta de la Priora, se le amonestó por su mal ejercicio del cargo, mientras que al resto de imputados no se les condenó con penas económicas ³⁴⁶.

No podemos olvidar, en todo este proceso, que las Cortes del reino presionaron para terminar con la acuñación de vellón en los ingenios y que al vincular los Millones con el mantenimiento de las casas y sitios reales querían que los retrasos no se hiciesen muy pesados ³⁴⁷; además, la búsqueda de rentas estables con las que hacer frente a los gastos relacionados con las casas y sitios reales fue una preocupación constante desde el reinado de Carlos V ³⁴⁸. Se imponía la necesidad

³⁴⁴ AGP, AG, leg. 853, s.f.; AGS, CJH, leg. 599, fajo 19, núm. 1. El 10 de agosto de 1622 la junta escribía al monarca para que los 200.000 maravedís de sueldo que se concedieron al marqués de Flores con la tenencia de El Pardo desde el 4 de enero de 1622, y el aumento de las pagas de los guardas de Valsaín, desde el primero de mayo de dicho año, que montaban 49.740 maravedís en la mesa maestra de Alcántara, se adelantase ya que hasta 1624 no tenían cabida (AGS, CSR, leg. 306, f. 242).

³⁴⁵ AGP, Reg. 11, núm. 256.

³⁴⁶ La junta solicitó la realización de la misma el 10 de abril (AGP, AG, leg. 710, s.f.).

³⁴⁷ C. J. DE CARLOS MORALES: “Gasto y financiación de las casas reales de Felipe III”, *op. cit.*, pp. 188 y ss.

de encontrar procedimientos que concedieran cierta estabilidad financiera a la monarquía.

Con todo, las necesidades económicas seguían siendo importantes, pues las obras no cesaban y muchos sitios requerían importantes mejoras, como señaló, por ejemplo, Tomás de Angulo al duque de Lerma, el 25 de mayo de 1613, sobre Vaciamadrid, que necesitaba reparos por valor de 1.000 ducados³⁴⁹; o los 3.000 ducados que se requerían para la construcción de un puente nuevo en El Pardo, –y cuya obra fue parada por la junta por falta de fondos³⁵⁰– o los 10.000 ducados que se necesitaban para dar a los canteros por terminar la Torre Bahona³⁵¹.

Como se advierte, se había producido una clarificación significativa en la consignación de las cantidades necesarias. Reflejo de la misma, que muestra la antigua y la nueva situación, se observa en el cargo de las cantidades libradas al pagador de las obras y oficiales del Alcázar y sitios reales de Madrid, don Bartolomé de Arce, entre el 27 de septiembre de 1611 y el 30 de agosto de 1615, que sumaban 37.137.126 maravedís (99.298 ducados)³⁵²: 7.270.305 maravedís provenían del tesorero general Fabián de Monroy; 10.303.625 maravedís del tesorero de la casa de la moneda de Segovia –restos del antiguo modelo–; 12.396.969 maravedís del receptor de los Millones de Madrid; 1.145.260 maravedís de los Millones de Córdoba y Burgos, por la misma cantidad que no cupo en la paga de fin de noviembre de 1612 en los Millones de Madrid; 1.400.328 maravedís de la leña, fruta, pesca, conejos y penas de cámara de El Pardo y de la Casa de Campo, 203.134 maravedís por el sello de la puridad; 2.214.338 maravedís de los Fugger para pagar los salarios del capellán, cartero y guardas de El Pardo; 562.500 maravedís del tesorero general, don Juan Ibáñez de Segovia, por cédula para los reparos que fuesen necesarios en el Alcázar de Madrid; 329.167 maravedís de lo recibido de Cristóbal de Medina de los réditos del juro de la villa de Madrid; 374.000 maravedís de lo que recibió prestado del duque de Lerma y 937.500 maravedís lo que recibió del alguacil Francisco de Herrera por la renta de su oficio. A estas cantidades se añadieron 325.712 maravedís de los alcances advertidos hasta el 26 de septiembre de 1611.

³⁴⁸ Al respecto, véanse los trabajos de C. J. DE CARLOS MORALES en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, Madrid 2000, vols. I y II.

³⁴⁹ AGS, CSR, leg. 325, núm. 4.

³⁵⁰ Carta de Tomás de Angulo al duque de Lerma de 17 de febrero de 1614 (*Ibidem*, núm. 316).

³⁵¹ *Ibidem*, leg. 326, núm. 311.

³⁵² AGS, CMC, 3ª época, leg. 765.

La data en el mismo periodo supuso 37.760.668 maravedís repartidos de la siguiente manera:

TABLA 3. DATA DEL PAGADOR DE LAS OBRAS DE MADRID (en maravedís) ³⁵³

	1611	1612	1613	1614	1615
Compras	1.009.596	2.741.408	1.013.156	607.166	268.792
Destajos y jornales	588.428	3.458.275	2.044.893	1.285.023	102.646
Portes y carretas	302.606	76.318	36.682	92.105	
Pintores	380.120	1.723.300	334.416		
Álcazar de Segovia		562.500			
Salarios del casero y guardas de El Pardo	254.820	585.567	585.719	586.875	195.624
Consignaciones	59.512	100.142	165.768	310.454	65.625
Ayudas de costa	37.500	96.094	86.314	56.250	
Daños de caza					1.347.737
Cosas extraordinarias					19.684
Salarios para los oficiales de las obras	533.934	1.436.192	1.310.268	1.414.713	135.448
Salarios por nóminas		2.158.048	2.240.081	1.006.929	
Salarios para los que trabajan en el Alcázar	1.636.867				
Salarios para los que trabajan en la Casa de Campo	3.207.997				
TOTAL	8.067.092	12.937.834	7.817.297	5.359.505	2.894.940

La fijación de las consignaciones en los Millones de las ciudades de Madrid, Toledo, Segovia y Valladolid no solucionó el problema del déficit, pues las libranzas de las cantidades asignadas no siempre se producían, ya que el Consejo de Hacienda requería dichas cuantías para otros menesteres. Las relaciones de deudas se sucedían; así, en una de 16 de diciembre de 1617, se indicaba que

³⁵³ Datos tomados de AGS, CMC, 3ª época, leg. 765.

de todo ese año se debían al pagador de las obras del Alcázar 58.702 reales (1.991.074 maravedís) en concepto de adelantos de dinero para realizar obras inaplazables, así como 89.978 reales (3.059.252 maravedís) de los salarios de los ministros y oficiales que servían en las obras reales, como se observa en la tabla adjunta. Mientras que en concepto de libranzas se adeudaban desde septiembre de 1616 hasta el 14 de febrero de 1618, 106.561 reales (9.688 ducados):

TABLA 4. CUANTÍA DE LAS DEUDAS POR SALARIOS DE 1617 EN MADRID ³⁵⁴

	Primera mitad de 1617	Segunda mitad de 1617
Alcázar	21.081 reales y 18 maravedís	19.142 reales y 28 maravedís
Casa de Campo	11.413 reales y medio maravedí	11.758 reales y medio maravedí
El Pardo	2.683 reales	2.586 reales
Salarios todo el año	21.311 reales	

Al mismo tiempo que se remitían relaciones de deuda, la junta requería y recibía la relación pormenorizada de los oficiales que trabajaban en cada sitio. A modo de ejemplo, podemos señalar la que el 11 de julio de 1619 se remitió a Tomás de Angulo una memoria con las personas que trabajaban en la Casa de Campo. Dicha lista estaba encabezada por Andrés de Soto, que hacía el oficio de teniente del alcalde y que llevaba más de 40 años de servicio —en El Escorial, Valladolid y Fuente el Sol—; del cual se decía que estaba gotoso y que pasaba mucho tiempo enfermo, por lo que no se le odedecía, indicándose que se le jubilase. Le seguía el licenciado Segura, el estanquero Pedro López y los jardineros Francisco Merchán, Francisco de Urosa, Pedro de Urosa, Juan Criado y Jerónimo Montero; los arbolistas Cosme Claros, que servía desde hacía más de 40 años, por lo que se le podía jubilar y darle alguna ayuda, Diego Pérez y Pedro Carrión; el portero Miguel de la Muela, el ayuda de estanquero Marcos Montero, el hortelano Gabriel Lorente, Pedro Gallo, que tenía a su cargo el parral, Alonso Burriel, que se encargaba del membrillar, los ayudas del jardinero Blas Barrio, Juan Sánchez, Alonso Sánchez, Miguel de Aragón y Esteban Hernández y los guardas Alonso y Francisco Sánchez, así como las viudas Ana del Cerro, que lo era del encañador Martín Sacristán y María de Palacios, del jardinero Juan de Millán ³⁵⁵.

³⁵⁴ Fuente: AGS, CSR, leg. 327, núms. 78-79.

³⁵⁵ AGP, AG, leg. 710, s.f.

La situación permaneció de la manera descrita hasta que en marzo de 1620 se renovó el servicio de Millones y cesaron las antiguas consignaciones, sin renovarse las que se establecieron en 1612. Esto provocó que el 20 de mayo, la junta escribiese al presidente de Hacienda pidiéndole que entrasen en los nuevos Millones los 26.000 ducados que se libraban para el pago de los salarios y de los gastos ordinarios en los sitios reales, pues, como se indicaba, el pago de los oficiales de estos lugares era altamente prioritario³⁵⁶. Lo que finalmente se hizo, aunque con algunos cambios en la distribución de estas cantidades. Asimismo, en dicho año se concluyó una visita a los oficiales de los sitios reales, y en ella salió castigado, de nuevo, el pagador Francisco de Arce³⁵⁷.

2.2. LA SITUACIÓN FINANCIERA DE LOS SITIOS REALES DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV

La llegada de Felipe IV al trono prometía soñar con reformas y, ciertamente, las primeras acciones del joven monarca no defraudaron³⁵⁸. Como señaló Domínguez Ortiz, para el conde duque de Olivares era una prioridad reducir el gasto de la casa y los sitios reales³⁵⁹. En el caso concreto de los últimos, en los primeros meses de gobierno se requirió mucha información sobre la situación financiera de los mismos, las personas que en ellos trabajaban, las obras que se realizaban y las deudas que hasta la fecha se habían generado³⁶⁰. No podemos

³⁵⁶ AGP, AG, leg. 370, s.f. Cada año estaban consignados en los Millones 780.000 ducados, que montaban los salarios de los Consejos, chancillerías y audiencias, guardas de Castilla, artillería, gente de guerra de Galicia, casa de Castilla y otras consignaciones (AGS, CJH, leg. 581, fajo 19, núm. 2, y leg. 583, fajo 23, núm. 1).

³⁵⁷ AGS, CSR, leg. 306, núm. 126.

³⁵⁸ “En menos de ocho días ha dicho y hecho cosas extrañas de gran pecho”, en A. ALMANSA Y MENDOZA: *Cartas de Andrés Almansa y Mendoza. Novedades de esta Corte y avisos recibidos de otras partes, 1621-1626*, Madrid 1886, p. 341.

³⁵⁹ “Los gastos de corte en la España del siglo XVII”, en su *Crisis y decadencia en la España de los Austrias*, Barcelona 1969, p. 80.

³⁶⁰ El 18 de junio de 1621, la Junta de obras y bosques escribió al monarca informando que había solicitado a todos los oficiales de los sitios reales que avisasen del estado en que estaban los edificios y si necesitaban reparos y si había alguna cosa digna de remedio (AGS, CSR, leg. 306, núm. 158).

olvidar, como recordaba el prior de San Lorenzo a Felipe IV, en el primer año de su reinado, que los bosques reales se habían instituido para dar “explendor de su grandeza y de todo el reino con que se hace plato a cuantos extranjeros vienen a ver esto”³⁶¹.

2.2.1. *Los primeros años del reinado*

En esta vorágine documental destacaron Sebastián Hurtado, veedor y contador de las obras del Alcázar de Madrid y de los edificios de su contorno³⁶², y el secretario de la Junta de obras y bosques Pedro Hoff Huerta³⁶³, así como Juan Gómez de Mora. Las relaciones de las obras necesarias llegaban apresuradamente. Entre ellas podemos mostrar, como ejemplo, la que se remitió el primero de abril de 1622, en la cual se exponía el dinero necesario para obras: 11.000 reales para comprar 5.000 pizarras con las que reparar los tejados del Alcázar, armería y casa de El Pardo; 10.083 reales para hacer un pescadero en la Casa de Campo; 6.922 para reparos y blanqueos del cuarto del Cardenal Infante y otros que se habían hecho en el del Conde Duque y don Baltasar de Zúñiga, así como para hacer dos posadas de damas, obras en las cocheras, un palenque en el juego de las armas y hacer canales para regar los árboles del parque. Además, de 2.500 reales para acondicionar la calle delantera del Alcázar, para la procesión del Santísimo Sacramento y hacer el altar; 12.344 para el tablado y demás prevenciones para la comedia que se representó delante de la Galería del Ciervo y para unos atajos que se se hicieron en la pieza donde se mudó el Consejo de Estado; 4.400 para trastejar el Alcázar; 3.300 para hacer unas tapias en la plazuela de la Galería del Ciervo; 2.200 para hacer un aguadero en los oficios de boca de la reina; 1.200 para reparar el horno de pan de boca de El Pardo y 1.450 para acomodar la confitería de su Majestad y la cocina donde se cocían las aguas; 1.300 para

³⁶¹ Cit. J. IZQUIERDO MARTÍN: *El rostro de la comunidad. La identidad campesina en la Castilla del Antiguo Régimen*, Madrid 2001, p. 626.

³⁶² Veedor y contador del Alcázar de Madrid y de las casas reales de su contorno desde 1597 hasta agosto de 1639, cuando se jubiló y le sucedió su hijo Luis, que era secretario de la junta General de Competencias al tiempo que le ayudaba en el oficio (AGP, Personal, caja 517/43 y Regs. 11, núms. 81r-v, 134v, 710v y 729v, 13, núms. 325v-326r y 14, núm. 203r).

³⁶³ El 3 de abril de 1621, a instancias de la infanta Margarita, Felipe IV le nombró secretario de la Junta de obras y bosques en lugar de Tomás de Angulo. También era secretario de la infanta, al suceder al licenciado Martín Peseño, maestro que fue de la princesa (G. GASCÓN DE TORQUEMADA: *Gaceta y nuevas de la Corte de España...*, op. cit., p. 90; AGS, CSR, leg. 306, núm. 184).

reparos que se habían hecho en el cuarto del Conde Duque y Baltasar de Zúñiga; 499 para reparos en el cuarto del padre confesor; 1.500 para reparos del cuarto donde vivía el secretario Antonio de Aróstegui en El Pardo; 960 para reparar la casa en donde residía el cerrajero de cámara; 6.000 para pagar lo que se debía de la obra que se hizo a precios en la tahona; 1.500 para reparar la cocina de boca; 1.000 para un horno que se hizo en El Pardo; 10.000 para acabar la tahona; 13.700 para poner la obra de Amanuel en buen estado; 16.500 para las puertas de las chimeneas y 2.000 para la cornisa de la pieza dorada que pidió el marqués de Malpica. En total 110.358 reales (10.033 ducados)³⁶⁴. Poco después, Juan Gómez de Mora informaba de que eran necesarios otros 35.244 reales para obras en el Alcázar, Casa de Campo y Vaciamadrid. En este caso, para reparar la noria y enderezar los encañados³⁶⁵.

La situación, en relación a las obras, era complicada a comienzos del reinado, ya que Tomás de Angulo gastó en ellas más de 42.000.000 maravedís (112.300 ducados) sin haberse podido pagar mucho de ello³⁶⁶. A modo de ejemplo, podemos señalar, la relación remitida por el veedor y contador de las obras de Madrid, de 7 de febrero de 1622, en la que refería una deuda de 3.909 reales por 5 ventanas que se abrieron para dar luz a la pieza del salón del Alcázar; otra del 21 de febrero de otros 2.751 reales y 16 maravedís por obras en el Alcázar y Casa de Campo (en concreto, en el Jardín de los Emperadores, en la galería del Cardenal Infante, en la guardarropa real y en dos aposentos de la Casa de Campo para el tigre y el elefante), más otros 1.924 para acomodar al Consejo de Estado, 331 para reparos en la casa de los cantorcicos y 155 para reparos que se hicieron en la casa del Conde Duque³⁶⁷. Y la del 25 de noviembre de 1625, en la que la junta comunicaba que, según el informe del alcalde juez de bosques, se debían en obras en Madrid 58.228 reales (5.294 ducados) por, entre otras obras: 20.684 reales de los atajos, cancelas, alcobas, entresuelos y pasadizo hechos en el cuarto de los condes de Olivares y marqués de Heliche en octubre de 1624; 3.131 en los atajos y otras obras que se hicieron en el cuarto donde estuvo aposentado el archiduque Carlos; 5.360 en las tapias del Juego de la Pelota y en los reparos del corredor y trinquete; además de necesitarse 7.000 ducados para trastejar y reparos inexcusables, sobre todo en El Pardo y otros 1.000 en el camino que bajaba

³⁶⁴ AGP, AG, leg. 710, s.f.

³⁶⁵ AGS, CSR, leg. 329, núms. 72-76, billete de 27 de mayo de 1622.

³⁶⁶ *Ibidem*, leg. 331, núm. 87.

³⁶⁷ *Ibidem*, leg. 330, núms. 291-292 y 294.

del Jardín del Emperador al Parque, para construir un paredón de piedra, desde el comienzo del camino hasta las caballerizas ³⁶⁸.

El 7 de abril de 1622, Sebastián Hurtado informaba puntualmente de las deudas con el personal que trabajaba en los sitios reales de Madrid. Se debían 39.121 reales y 6 maravedís a los jardineros y peones que trabajaron en los jardines del Alcázar del año 1620 y 39.559 reales y 4 maravedís de 1621; mientras que a los jardineros que trabajaban en El Pardo se les adeudaba 5.349 de 1620 y 4.650 de 1621; a los de la Casa de Campo 25.390 en 1620 y 24.369 en 1621. En total 138.438 reales y 10 maravedís (12.586 ducados), de los que 69.859 reales y 8 maravedís correspondían a 1620 y 68.578 reales y 4 maravedís a 1621 ³⁶⁹; pues aunque el tesorero general cedió toda la consignación en los Millones de Madrid no había cabido esta cantidad, con lo que ya eran más de tres años de deudas con los empleados ³⁷⁰.

Por su parte, hasta finales de junio de 1621 se debían 2.928.265 maravedís (7.830 ducados) en salarios a los oficiales y peones que trabajaban en las obras de los sitios reales de Madrid (a Andrés de Soto, teniente del alcalde de la Casa de Campo, 10.000 maravedís; a Antonia de la Peña, viuda del cerrajero Benito Hernández, 6.000; al pizarrero Bernadino de Barruelos 252.000, ya que no se le pagaba nada desde diciembre de 1617; al pintor Bartolomé González 108.000, ya que no cobraba nada desde diciembre de 1619, al alcalde de El Pardo 350.000, pues no percibía nada desde diciembre de 1617, o al ensamblador Gregorio Navarro 168.750 maravedís, ya que no se le pagaba desde fines de 1619, por señalar algunos ejemplos) ³⁷¹. Y el 16 de septiembre de 1623 la junta, en una consulta sobre una ayuda al tallador de estampas Pedro Peret, indicaba que se debían 12.418.619 maravedís (33.205 ducados) de salarios y jornales en las obras del Alcázar ³⁷².

³⁶⁸ El alcalde juez de bosques y la junta, en la misma línea, solicitaba se utilizasen los maravedís que sobraban de lo consignado para el Alcázar de Segovia y no se mandase librar nada más en la hacienda, ya que no se podía cobrar (la misma petición se hizo en noviembre) (*Ibidem*, leg. 307, núms. 23-24).

³⁶⁹ *Ibidem*, leg. 331, núms. 84-85 y CJH, leg. 586, fajo 20, núms. 2-7, 2-8, 2-9, 2-10 y 2-11.

³⁷⁰ La junta pedía que se mandase al presidente de Hacienda que en la distribución de los Millones de Madrid de la paga de mayo se librase esta cantidad en el tesorero general para que la cediese al pagador de las obras reales y, si no pudiese ser, se la librase en moneda de vellón. El rey, el 14 de mayo, dijo que se procediese a pagar en dos terceras partes (AGS, CSR, leg. 306, núm. 232).

³⁷¹ *Ibidem*, leg. 331, núms. 90, 91.

³⁷² El 22 de dicho mes el rey informaba a la junta de que había mandado que se pagasen 11.517 reales a los vidrieros de lo que se les debía (*Ibidem*, leg. 306, núm. 356).

Asimismo, comentaba que no se habían pagado 4.944.807 maravedís (145.435 reales y 5 maravedís) en los Millones de Madrid, de los que 952.859 maravedís correspondían a la paga de fin de noviembre de 1620, ya que se dio dicha cantidad a la paga de los consejeros –puesto que ellos tenían preferencia–; 2.051.567 maravedís de la paga de fin de mayo de 1621 y 1.940.381 de la paga de fin de noviembre de este año. Por lo que, el pagador de las obras, Juan Gómez de Mangas, desde su nombramiento, el 26 de septiembre de 1618, hasta fin de noviembre de 1621 solo había recibido 12.432.584 maravedís (365.664 reales y 23 maravedís) para pagar los salarios y los reparos forzosos de las obras del Alcázar y otros sitios reales de la provincia de Madrid ³⁷³.

TABLA 5. RELACIÓN DE LAS PERSONAS QUE TENÍAN CONSIGNADOS SUS SALARIOS EN EL PAGADOR DE LAS OBRAS DEL ALCÁZAR DE MADRID Y CASAS DE EL PARDO Y CAMPO Y CANTIDADES ATRASADAS ³⁷⁴

Lo que se debía hasta fines de 1621 (maravedís)	Personas	Maravedís al año
20.000	Andrés de Soto, teniente del alcalde de la Casa de Campo	20.000
7.500	Antonia de la Peña, viuda de Benito Hernández, cerrajero	6.000
288.000	Bernardino de Barruelo, pizarrero	72.000
6.000	Bernabé González del Valle, alguacil de las obras	12.000
144.000	Bartolomé González, pintor	72.000
75.000	Vicencio Carducho, pintor	50.000
5.000	Diego Saiz de San Martín, procurador de obras	10.000
337.500	Don Francisco Herencia Eguiluz, alcalde de El Pardo	100.000
105.000	Diego del Campo, boticario	30.000
150.000	Rafaela de Velasco, viuda de Leandro Hurtado, veedor y contador	50.000
50.000	Eugenio Cajés, pintor	50.000
9.000	Licenciado don Gregorio González de Contreras, abogado de las obras	3.000
60.000	Doctor Cortés, médico de las obras	60.000

³⁷³ AGS, CJH, leg. 586, fajo 20, núms. 2-12 y 2-14.

³⁷⁴ Datos tomados de *Ibidem*, núm. 2-10.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

Lo que se debía hasta fines de 1621 (maravedís)	Personas	Maravedís al año
131.250	Francisco Hispano, tallador de marfil	37.000
50.000	Francisco de Herrera, fiscal de los bosques	30.000
	Francisco Gómez, escribano de las obras y bosques	60.000
252.000	Francisco de Rosales, pizarrero	72.000
112.500	Francisco de Arce, sobrestante de las obras	75.000
225.000	Gregorio Navarro, ensamblador	112.500
39.370	Doña Jacomina Xamarta, viuda de Simón de Corte, conserje de El Pardo	37.500
26.667	Juana del Moral, viuda de Diego de Fuentes, teniente del alcalde de la Casa de Campo	20.000
150.000	Juan López de Ozaeta, contador de las obras y bosques	100.000
	Francisca de Mora, viuda de Juan Gómez, pintor	37.500
	Juan Gómez de Mora, maestro mayor de las obras	150.000
11.460	Juan de Cartés, alguacil de las obras	7.640
105.000	Jorge Babel, vidriero	30.000
100.000	Juan Peiróm, estampador	25.000
	Luis Hurtado, ayuda del veedor de las obras	56.250
	Sebastián Hurtado, veedor y contador de las obras	45.000
37.500	Luisa Carducho, viuda de Bartolomé Carducho, pintor	30.000
48.000	Miguel Hernández, cerrajero	12.000
	Juan Gómez Mangas, pagador de las obras	75.000
20.688	Pedro de Arriaga, oficial mayor en la secretaría de obras y bosques	75.000
180.000	Pedro de Sevilla, fontanero	30.000
150.000	Pedro de Liermo, ayuda de trazador de las obras	37.500
66.550	Pedro Perete, tallador de planchas	37.500
2.962.985		1.727.390
129.200	Los herederos de Francisco de Braña, dorador, desde 1 de julio de 1601 hasta el 16 de febrero de 1605, cuando falleció	

Lo que se debía hasta fines de 1621 (maravedís)	Personas	Maravedís al año
20.740	Herederos de María López, mujer de Juan del Pozo, guarda de El Pardo, desde el 3 de noviembre de 1601 al 3 de noviembre de 1604	
99.280	A doña Juliana de Foria	
47.788	Diego de Velduque, vidriero, desde 17 de septiembre de 1600 hasta el 21 de abril de 1602, cuando falleció	
108.278	Martín de Almansa, vidriero, desde 1 de enero de 1602 hasta el 10 de diciembre de 1605, cuando falleció	
30.000	Antonio Pérez de Guzmán, teniente del alcalde de El Pardo, desde 4 de mayo de 1621, cuando entró a servir, hasta el 13 de noviembre, que falleció	
33.333	Juan Bautista Tellado, alcalde del Pardo, desde 21 de mayo de 1621, cuando se le hizo merced del cargo, al 18 de septiembre que falleció	
3.431.604	TOTAL	1.727.390

Pedro de Lezama escribió a Pedro de Hoff Huerta, en 1624, para que le informase sobre los maravedíes que cada año se libraban en las consignaciones de la villa de Madrid para las obras del Alcázar, El Pardo y Casa de Campo y lo que se debía hasta finales de 1621 y la razón de dichas deudas, con el objeto de que el Consejo de Hacienda pudiese analizar toda la información. El 13 de abril, Pedro de Hoff le respondía remitiendo la información requerida, indicándole que desde 1598 hasta 1623 se debían 51.400 ducados, —como se observa en la tabla siguiente—³⁷⁵:

³⁷⁵ AGS, CSR, leg. 331, núm. 87.

TABLA 6. RELACIÓN DE LOS MARAVEDÍS QUE SE DEBÍAN A LAS PERSONAS QUE HACÍAN OBRAS EN EL ALCÁZAR DE MADRID DESDE 1598 HASTA 1623 ³⁷⁶

1598	4.700 reales y 26 maravedís
1599	21.381 reales y 8 maravedís
1600	2.210 reales
1603	2.559 reales y 13 maravedís
1604	1.354 reales y 8 maravedís
1605	537 reales y 28 maravedís
1606	30.060 reales y 25 maravedís
1607	45.683 reales y 16 maravedís
1608	6.224 reales y 26 maravedís
1609	24.339 reales y 21 maravedís
1610	28.069 reales y 32 maravedís
1612	28.460 reales y 76 maravedís
1613	9.037 reales y 77 maravedís
1614	22.947 reales y 2 maravedís
1615	40.773 reales y 57 maravedís
1616	6.959 reales y 26 maravedís
1617	33.918 reales y 59 maravedís
1621	68.738 reales y 3 maravedís
1623	50.236 reales y 79 maravedís
TOTAL	565.392 reales y 6 maravedís

A esta cantidad, ya de por sí elevada, faltaría por sumar las obras que se habían realizado y que por no estar cerradas las cuentas ni tasadas no se habían puesto en la relación en el Alcázar, convento de San Gil el Real, El Pardo, convento de los capuchinos de El Pardo, Nuestra Señora de Atocha, Casa de Campo, en el agua que se traía del valle de Amanuel, en el convento de los capuchinos de Madrid y conducir el agua para su servicio, así como en Vaciamadrid.

³⁷⁶ La relación quedó en la secretaría de obras y bosques en Madrid, a 9 de octubre de 1624 (AGS, CJH, leg. 604, fajo 14, núm. 1-9).

En Aranjuez, se hizo una relación, el 16 de agosto de 1627, de las deudas en dicho lugar desde 1581 hasta fin de 1626; el veedor indicaba que sumaban 30.047.602 maravedís (80.341 ducados) distribuidos de la siguiente manera: del tiempo de los mayordomos anteriores a Lorenzo Suárez hasta fin de 1614, 13.701.177 maravedís, de los que 10.899.500 eran de terrazgos y 2.801.177 de cosas diversas. De esta cantidad, la hacienda consideraba perdidos 4.047.111 maravedís y dudosos 618.088 maravedís. Mientras que desde 1615 hasta 1626 sumaban 16.346.425 maravedís, de los que 10.699.257 eran de terrazgos y 5.647.168 de cosas diversas³⁷⁷.

Sebastián Hurtado, además, informaba el 7 de abril de 1622 de las personas que servían en las obras del Alcázar, Jardín de la Huerta de la Priora, El Pardo y Casa de Campo y lo que consumían en nóminas: un total de 74.067 reales al año (2.518.278 maravedís) (véase Tabla 7), y los salarios de las personas que gozaban por cédula real: 50.806 reales (1.727.390 maravedís); lo que suponía 124.872 reales y 20 maravedís (11.352 ducados) al año.

TABLA 7. MONTANTE DE LOS SALARIOS, JORNALES Y REPAROS EN EL ALCÁZAR Y SITIOS REALES DE MADRID (7 DE ABRIL)³⁷⁸

El salario de los oficiales de las obras que lo gozan por cédula al año	50.805 reales y 20 maravedís
Las nóminas del Alcázar	23.912 reales y medio
Las nóminas del Jardín del Mediodía del Alcázar	4.380 reales
Las nóminas del Jardín de la Reina y Huerta de la Priora	10.220 reales
Las nóminas de Vaciamadrid	3.221 reales
Las nóminas de El Pardo	5.475 reales
Las nóminas de la Casa de Campo	26.858 reales y medio
Total de salarios y jornales ordinarios	124.872 reales y 20 mrs. (4.245.688 maravedís)
Reparos forzosos del Alcázar (trastejados, aderezos de fuentes, nóminas extraordinarias, levantar tapias y estiércol)	21.159 reales (719.406 maravedís)
TOTAL	4.965.074 maravedís

³⁷⁷ AGS, CSR, leg. 307, núm. 237.

³⁷⁸ Datos tomados de AGS, CJH, leg. 586, fajo 20, núm. 2-6.

Además, remitió la información de las plantas de las personas que trabajaban en los diferentes sitios, con el objeto de conocer pormenorizadamente el importe de sus salarios y nóminas. A modo de ejemplo, podemos mostrar la que se realizó con las personas que trabajaban en las obras del Alcázar, Jardín de la Huerta de la Priora, El Pardo y Casa de Campo (Tablas 8 y 9). Además, había algunos jubilados y viudas que gozaban de merced real y se les pagaba por la nómina de cada semana ³⁷⁹.

TABLA 8: RELACIÓN DE LAS PERSONAS QUE SERVÍAN EN LAS OBRAS DEL ALCÁZAR, JARDÍN DE LA HUERTA DE LA PRIORA, EL PARDO Y CASA DE CAMPO ³⁸⁰

Alcázar	Reales
Juan de Herrera, aparejador, 6 reales al día ordinarios	2.190
Bartolomé Díez, plomero, 6 reales al día ordinarios	2.190
Pedro Pérez, carpintero, 6 reales al día de trabajo	1.608
Jacome de Braña, relojero, 4 reales al día de ordinarios	1.460
Pedro Martínez, portero de la puerta del parque, 4 reales al día de ordinarios	1.460
Juan Esteban, peón de letrinas, 3 reales al día de ordinarios	1.095
Ponciano de Olivares, peón del parque, 3 reales al día de ordinarios	1.095
Francisco de Cuevas, que tiene cuenta con el cuarto de San Jerónimo, 3 reales al día ordinarios	1.095
María González, viuda de Andrés de Barcenas, maestro de obras, 3 reales al día ordinarios	1.095
Domingo Juárez, peón del bosquecillo, 2 reales y medio al día de ordinarios	912 y medio
Antonio Gabarte, ayuda de vidriero, 2 reales al día ordinarios	730
Simón Brirmans, ayuda de vidriero, 2 reales al día ordinarios	730
Luisa de Rojas, viuda de Andrés de Herrera, aparejador, 2 reales al día ordinarios	730
María Acedo, viuda de Bernardino de Medina, guarda que fue del Parque, 2 reales al día ordinarios	730
Manuel Granados, carpintero que fue de la munición, real y medio al día de ordinario	547 y medio

³⁷⁹ AGS, CSR, leg. 331, s.f.

³⁸⁰ Datos tomados de AGS, CJH, leg. 586, fajo 20, núm. 2-7.

Alcázar (Cont.)	Reales
Ana de Ávila, viuda de Juan Manzano, maestro de obras, real y medio al día de ordinario	547 y medio
Catalina Martínez, viuda de Pedro García, jardinero que fue de su Majestad, real y medio al día de ordinario	547 y medio
Doña Inés de San Juan, viuda de Pedro de Cárdenas, tenedor de materiales, un real al día de ordinario	365
María Elena, Ana y Bernarda García, hijas de Gabriel García, jardinero, medio real a cada una de ordinario	730
Sebastián Ruiz, ayuda de alguacil de las obras, 3 reales cada día de ordinario	1.095
Francisco de Valladolid, ayuda del alguacil, 3 reales cada día de trabajo	804
Anastasia de Henao, viuda de Jacome de Trineo, real y medio al día de ordinario	547 y medio
Juan Alonso, peón, 3 reales cada día de trabajo	804
Francisco de Salcedo, peón, 3 reales cada día de trabajo	804
TOTAL	23.912 y medio

Casa de Vaciamadrid	Reales
Diego Morán, 3 reales y medio cada día ordinario	1.277 y medio
Ángela Marcos, hija de Francisco Marcos, 2 reales cada día ordinario	730
La comida de la cabalgadura, 2 reales y medio ordinarios	912 y medio
Francisco Marcos, que tenía cuenta de la cabalgadura, 28 maravedís ordinarios al día	301
TOTAL	3.221

Jardín del Mediodía	Reales
Pedro Chamorro, 3 reales al día de ordinario	1.095
Alonso de Sosa, 3 reales al día de ordinario	1.095
Martín de Cárdenas, 3 reales al día de ordinario	1.095
Pedro Mayo, 3 reales al día de ordinario	1.095
TOTAL	4.380

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

Huerta de la Priora y la Encarnación	Reales
Miguel Hernández, a cuyo cargo estaba la Huerta de la Encarnación, 3 reales al día de ordinario	1.095
Salvador Felipe, que tenía la Huerta de la Priora y Jardín de la Reina, 4 reales al día de ordinario	1.460
Gregorio de Sosa, 3 reales al día de ordinario	1.095
Gregorio de Castro, 3 reales al día de ordinario	1.095
Francisco de Navas, 3 reales al día de ordinario	1.095
Domingo la Puente, 3 reales al día de ordinario	1.095
Sebastián de Solís, 3 reales al día de ordinario	1.095
Francisco de Villafaña, 3 reales al día de ordinario	1.095
Marcos Pérez, 3 reales al día de ordinario	1.095
TOTAL	10.220

Casa de El Pardo	Reales
Juan González, jardinero, 3 reales al día de ordinario	1.095
Juan Gómez, jardinero, 3 reales al día de ordinario	1.095
Juan Gavilán, 3 reales al día de ordinario	1.095
Blas Gavilán, a cuyo cargo estaban los álamos, 3 reales al día de ordinario	1.095
Diego Rodríguez, peón de Somontes, 3 reales al día de ordinario	1.095
TOTAL	5.475

Casa de Campo	Reales
Andrés de Soto, teniente del alcalde de esta casa, 5 reales al día de ordinario	1.856
Licenciado Martín de Segura, capellán de la casa, 4 reales al día de ordinario	1.460
Pedro López, estanquero, 4 reales al día de ordinario	1.460
Marcos Montero, ayuda del estanquero, 3 reales al día de ordinario	1.095
Miguel de la Muela, portero de la puerta, 3 reales al día de ordinario	1.095
Francisco Merchán, jardinero, 3 reales al día de ordinario	1.095
Pedro de la Urosa, jardinero, 3 reales al día de ordinario	1.095
Marcos Montero, el mozo, jardinero, 3 reales al día de ordinario	1.095

Casa de Campo (Cont.)	Reales
Blas Barrio, jardinero, 3 reales al día de ordinario	1.095
Miguel de Aragón, jardinero, 3 reales al día de ordinario	1.095
Diego Pérez, arbolista, 3 reales al día de ordinario	1.095
Pedro Correón, arbolista, 3 reales al día de ordinario	1.095
Cristóbal Hernández, arbolista, 3 reales al día de ordinario	1.095
David Marselaer, superintendente de los jardineros, 4 reales al día ordinario	1.460
Alonso Buniel, arbolista, 3 reales al día de ordinario	1.095
Pedro Gallo, hortelano, 3 reales al día de ordinario	1.095
Gabriel Llorente, a cargo del Parral, 3 reales al día de ordinario	1.095
Juan Díez, guarda, 2 reales y medio al día de ordinario	912 y medio
Benito Álvarez, guarda, 2 reales y medio al día de ordinario	912 y medio
Alonso Sánchez, el mozo, ayuda de jardinero, dos reales al día de ordinario	730
Esteban Hernández, ayuda de jardinero, dos reales al día de ordinario	730
Juan Montero, ayuda de jardinero, dos reales al día de ordinario	730
Fabián Mingo, ayuda de jardinero, dos reales al día de ordinario	730
Juan Sánchez, ayuda de jardinero, dos reales al día de ordinario	730
María de Palacios, viuda de Juan de San Millán, jardinero, real y medio ordinario	547 y medio
Ana del Cerro, viuda de Martín Sacristán, un real al día de ordinario	365
TOTAL	26.858 y medio
TOTAL	74.067 reales (2.518.278 mrs)

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

TABLA 9. RELACIÓN DE LAS PERSONAS QUE TENÍAN SUS SALARIOS
EN LOS 4.965.000 MARAVEDÍS QUE TENÍAN DE CONSIGNACIÓN
LAS OBRAS DEL ALCÁZAR Y CASAS REALES DE CAMPO Y EL PARDO ³⁸¹

Para el trastejo del palacio	1.000.000
Don Juan de Subiza, de la junta	247.690
Francisco Manzano, secretario de la junta	247.690
José Antonio de Espejo, que tenía la sucesión de Francisco Manzano	75.000
A Francisco Manzano y Espejo, por aposento	56.250
Alonso Carbonell, maestro mayor de las obras	150.000
Francisco José de Villareal, aparejador	
Pedro de la Peña, aparejador	99.280
Francisco de Arce, pagador y tenedor de los materiales	125.000
Damián Caro de Montenegro, sobreestante	75.000
Juan López Monje, tenedor de los materiales	50.000
Andrés Herreros de Salazar, oficial de la veeduría	37.500
Angelo Nardi, pintor	72.000
Bartolomé Zunbigo, ayuda del trazador mayor	37.500
Bartolomé Garrido, teniente del alcalde de El Pardo	70.000
Vicente Moles, médico de familia	60.000
Diego Velázquez, pintor	89.780
Diego Velázquez, por superintendente de las obras particulares	270.000
Francisco Rizzi, pintor	72.000
Felipe Faro, jardinero que fue en la Casa de Campo, jubilado	37.230
Gabriel Martínez, vidriero	30.000
Gabriel Marcos de Morales, agente fiscal	26.180
Juan Ortiz de Arévalo, ayuda del alguacil	37.230
Juan de la Barra, teniente de la Casa de Campo	20.000
Juan Enberg, ebanista	No se lee

³⁸¹ Fuente: AGP, AG, leg. 710, s.f.

Juan Antonio de Corcuera, portero de la junta	37.500 y 7.500 ayuda de costa
José Méndez, teniente que fue de El Pardo, jubilado	125.848, de los que 70.000 eran de salario y el resto como guarda de Valdelatas, que se le agregó
Jorge Varber, vidriero	30.000
Juan García de Barruelos, plomero	72.000
Lorenzo de Pineda, ayuda de fontanero	18.615
Luis de Rozas, alguacil de las obras	30.000
Pedro de Villafranca, tallador	37.400
Pedro Sánchez, cerrajero	12.000
Pedro de Villanueva, oficial mayor de la secretaría	75.000
Pedro Ibáñez de Sada, contador de la razón	100.000
Pedro de Sevilla, fontanero	30.000
Sebastián Hurtado	37.500
Tomé Vázquez de Salazar, procurador de las obras	10.000
Cristóbal Hernández, ayuda del trazador del maestro mayor	37.400
Nóminas de lo que se pagaba a los jardineros y peones del Alcázar y Huerta de la Priora	765.000
Nóminas de los arbolistas y jardineros de la Casa de Campo	775.200
Nóminas de los jardineros y peones de El Pardo	108.800
Francisco Morquecho, guarda jubilado	37.400
29 mujeres pensionarias que tenían su consignación por vía de limosna en las obras reales y cobraban por cédula real	549.130

El 19 de mayo de 1622, Sebastián Hurtado y Juan Gómez de Mora remitieron la relación de cargos en los sitios reales que podían cambiarse o despedirse, entre ellos, señalaban al aparejador Juan de Villanueva, al ayuda de trazador Pedro del Yermo, al contador Juan López de Acosta o al teniente de la Casa de Campo³⁸².

El 18 de agosto de 1623, el veedor y contador remitían una nueva relación en la cual reflejaban las consignaciones de las obras del Alcázar y casas del entorno, así como la manera en la que se gastaba. El pagador de las obras del Alcázar de Madrid tenía para pagar los salarios y nóminas de los que trabajaban en el Alcázar, El Pardo y Casa de Campo 4.964.854 maravedís que provenían del receptor de los Millones de Madrid y su provincia (3.652.555 maravedís para los salarios y jornales y el resto para los reparos y obras inexcusables); el de Toledo 1.118.295 maravedís, de los que 402.045 eran para los salarios y jornales y 716.250 para los reparos. En Segovia y su provincia 1.500.000, de los que 796.969 eran sueldos y el resto para obras y en Valladolid 2.166.850 maravedís de los que 666.850 eran para salarios y 1.500.000 para reparos³⁸³.

Indicaba, además, que los salarios se habían acrecentado, desde la consignación de 1612, en 642.595 maravedís, aparte de otros 224.460 que se aumentaron para pagar nóminas en el Jardín de la Reina, Huerta de la Encarnación, Cuarto de San Jerónimo y Casa de Campo, y otros 19.448 maravedís que se daban para la fiesta del Santísimo Sacramento en el monasterio de la Encarnación; con lo que se habían incrementado en 886.503 maravedís (20.073 reales y 62 maravedís). Por ello, apenas sobraban 657.009 maravedís con los que pagar las propinas y las ayudas de costa de los que servían en las obras y bosques, así como a las viudas, lobos muertos y otros animales de rapiña –de lo que no había cantidad cierta–; con lo que, después de pagar todo, quedaban, como mucho, 300.000 maravedís para reparos inexcusables como eran trastejados, aderezo de fuentes, herramientas para los jardineros y limpieza de las letrinas y conductos, así como refuerzo de tapias y compra de basura –estiércol– para los jardines. Por último, en esta relación informaba

³⁸² AGS, CSR, leg. 329, núm. 69.

³⁸³ *Ibidem*, núm. 75. En otra relación, un poco más tardía, se indicaba que el gasto ordinario de la nómina ordinaria de todo un año en el Alcázar de Madrid era de 23.912 reales, el de la gente del Jardín del Mediodía 4.380, el del Jardín de la Reina y Huerta de la Priora 10.220, el de los salarios ordinarios de Vaciamadrid 3.221, el de los salarios ordinarios de El Pardo 5.475 y el de la Casa de Campo 26.858. En total 74.067 reales. Cifra a la que se tenían que sumar los 50.805 reales y 20 maravedís que suponían los gajes de las personas pagadas por estas obras. En total, 124.872 reales y 20 maravedís, mientras que la consignación, pagada en mayo y noviembre, era de 146.031 reales y un maravedí. Por lo que solo quedaban 21.159 reales para obras inexcusables (*Ibidem*, leg. 331, núm. 83).

que al haberse pagado obras con el dinero consignado para salarios y nóminas, se debían, hasta finales de junio de 1623, 4.310.503 maravedís por el primer concepto y 8.108.116 maravedís por el segundo —sólo en los sitios de Madrid—, lo que hacía un total de 12.418.619 maravedís (33.205 ducados)³⁸⁴.

TABLA 10. CANTIDADES CONSIGNADAS Y MANERA EN LA QUE SE GASTABA³⁸⁵

Ingresos	Cuantía (en mrs.)
En poder del pagador: 4.965.055 maravedís en los Millones de Madrid 51.500 maravedís de la renta que pagaba el receptor de Madrid por dos juros 130.000 maravedís de derechos del sello real 49.512 maravedís del arrendamiento de las tierras de Amanuel, que estaban por 8 años, desde agosto de 1616 hasta el mismo mes de 1626 62.500 maravedís del receptor de la villa de Madrid situados en las alcabalas de dicha ciudad 141.885 que estaba obligada doña Antonio de Mesa, viuda, a pagar desde el 1 de enero de 1621 hasta finales de diciembre de 1623 ³⁸⁶	5.400.452
Penas de cámara de condenaciones de caza. De aquí se pagaban los salarios del escribano y fiscal y de las guardas de pragmática, aunque algunos años no cubría ni siquiera para estos pagos	No había cuantía fija, aunque se estimaba en 160.000
Gastos (según la consignación de la paga de 1612 en los Millones)	4.965.055
Salarios	3.652.555
En reparos inexcusables	1.312.500
Salarios que se habían acrecentado después de la consignación	
Juan Gómez de Mora, maestro mayor de las obras, 200 ducados al año	75.000
Pedro de Arriaga, oficial mayor en la secretaría de las obras	75.000
Luis Hurtado, veedor y contador de las obras	56.250
Juan López de Ozaeta, contador de las obras y bosques	100.000
Francisco de Arce, sobrestante de las obras	75.000

³⁸⁴ Se volvió a utilizar esta relación por Pedro de Hoff Huerta en 1624 (AGS, CJH, leg. 604, fajo 14, núm. 1-5).

³⁸⁵ Datos tomados de *Ibidem*.

³⁸⁶ AGS, CSR, leg. 331, núm. 86.

Salarios que se habían acrecentado después de la consignación (Cont.)	
Jerónimo de Tovar, portero de la Junta de obras y bosques	37.500
Juan de Cartés, alguacil de las obras	7.640
Luisa y Marina Carducho, hijas de Bartolomé Carducho, pintor	30.000
Andrés de Soto, teniente del alcalde que fue de la Casa de Campo, jubilado	82.050
Don Francisco de Herencia Eguiluz, alcalde que fue del Pardo, jubilado	100.000
Don Pedro de la Barreda, sobreguarda del monte del Pardo	4.155
Total	642.595
Acrecentado que se paga por nóminas en el Jardín de la Reina, Huerta del monasterio de la Encarnación, Cuarto de San Jerónimo y en la Casa de Campo	
2 peones jardineros para trabajar en el Jardín de la Reina	75.000
Miguel Hernández, jardinero de la Huerta del monasterio de la Encarnación	37.500
Francisco de Cuevas, que tiene el Cuarto de San Jerónimo	37.500
David Marsellar, superintendente de los jardines de la Casa de Campo	49.640
Gil Aparte, su ayuda	24.820
Total	224.460
Para la fiesta del Santísimo Sacramento en el monasterio de la Encarnación	19.448

En estos primeros meses también llegaban a palacio las rentas que cada uno de los sitios reales generaba. Pues no podemos olvidar, como hemos señalado, que la junta gestionaba los recursos de estos enclaves para obtener beneficios económicos y socorrer lo más necesario ³⁸⁷. En relación a Aranjuez, se indicaba que el valor anual de sus rentas era de 12.890.312 maravedís (34.466 ducados), además de 3.858 fanegas de trigo y 550 de cebada. Por su parte, las de los Alcázares de Sevilla suponían 9.221.535 maravedís (24.657 ducados), además de 300 cahíces de cal y 60.000 tejas y ladrillos ³⁸⁸. Asimismo, se remitían las relaciones de los gastos de cada uno de los sitios reales (Tablas 12 y 13).

³⁸⁷ J. M. MORÁN TURINA y F. CHECA CREMADES: *Las casas del rey...*, op. cit., pp. 129-130.

³⁸⁸ En 1616 todas las rentas de Sevilla valieron 9.632.541 maravedís. Por su parte, los jueros situados en ellas sumaban 6.512.750 maravedís y los salarios y jornales de las personas que allí trabajaban 645.002 maravedís (AGS, CSR, leg. 329, núms. 77-78). Sobre este real sitio puede verse A. MARÍN FIDALGO: *El Alcázar de Sevilla Bajo los Austrias*, Sevilla 1990.

TABLA 11: VALOR ANUAL DE LAS RENTAS DEL ALCÁZAR DE SEVILLA (en maravedís)³⁸⁹

Diezmo del carbón de Sevilla –renta que se arrendaba por el alcalde–	3.200.000
Diezmo de la cal, tejas y ladrillos que se hacían, entraban y vendían en Sevilla	1.300.000
Huerta del “Alcoba”	240.000
Tierras de los Alcázares, que estaban junto al póstigo de los Alcázares	37.500
Una posesión que se llama las “Herrerías”	120.000
Sitios que llaman abentunas, que son huecos de arcos que sirven de paso para las bodegas de los Alcázares	30.000
Las naves 13, 14 y 15 de la aduana	500.000
La aduanilla que estaba en la plaza de las Atarazanas del río	7.000
Por las chozas y palenques	102.000
Una casilla de tablas que está en la plaza de las Atarazanas	6.000
Un aposento viejo junto a las murallas	1.000
Un juro y cuatro censos perpetuos sobre algunos solares	98.346
47 casas que estaban arrendadas	1.342.732
17 naves en las atarazanas del río y 8 lonjas	96.532
Dentro de la pescadería tenía 2 lonjas y una casilla	6.375
Una atarazana, dos bodegas	1.708.400
Naves 16 –que era ocupada por el presidente y jueces de la Contratación– y 17 –ocupada por el prior y cónsules de la Universidad de los mercaderes–	
29 fornazas, que eran como aposentos, dentro de la casa de la moneda	266.050
Por el arrendamiento de los suelos que quedaban en la plaza para descargar las mercancías cuando llegaban las flotas, que se llamaba Barracas	17.000
Una paja de agua en la fuente de la plaza de las Atarazanas	13.600
Un suelo junto a la Torre del Oro en donde se solía poner ruedas de tahona	9.000
Una choza pajiza junto a la Torre del Oro	7.500
El bosque y casa del Lomo del Grullo por las hierbas y bellotas	112.500

³⁸⁹ Datos tomados de AGS, CSR, leg. 329, núms. 77-78.

TABLA 12. GASTOS ORDINARIOS DEL ALCÁZAR DE SEGOVIA ³⁹⁰

Gajes ordinarios	Maravedís
Juan de Subiza, secretario de la Junta de obras y bosques, de ayuda de costa	31.250
Pedro de Villanueva, oficial segundo en dicha secretaría, por ayuda de costa ordinaria y casa de aposento	37.100
El veedor y contador Alonso de Córdoba Maldonado para casa de aposento	85.200
Al aparejador y maestro mayor, a razón de 4 reales al día	49.640
Al pagador y tenedor de materiales	66.504
Al cura y jardinero mayor de Valsaín	55.000
Al convento de San Francisco de Segovia por limosna de las misas que se decían los domingos y fiestas al año en la Fuenfría	20.000
Al conserje de Valsaín para la limpieza del reloj	140.275
Al conserje de la Fuenfría, a razón de 6 reales al día	74.460
2 plazas de pizarreros	144.000
Al escribano de las obras y bosques reales	15.000
Al administrador de las canteras de pizarra en el lugar de Bernardos	15.000
Al agente de las casas reales en Madrid, para los gastos de la consignación	5.100
El médico de familia	11.000
El cirujano y sangrador de familia	10.000
Al guarda de Cuelgamuros	43.435
Los loberos que estaban en el bosque de Valsaín	25.000
Jornales	
El ayuda del jardinero de Valsaín	37.230
El carretero de Valsaín	29.250
Pensiones a viudas y criados	
Doña Josefa Pignon, viuda del pagador de las obras	37.230
Bernarda Fernández, viuda de Alonso Julio, conserje de Valsaín	24.820
María de Aparicio, viuda de Gaspar de Hilera, pizarrero	18.625

³⁹⁰ Datos tomados de AGS, CSR, leg. 312, núm. 179.

Pensiones a viudas y criados (Cont.)	Maravedís
Catalina Muñoz, viuda de otro pizarro	37.500
Marta de Segovia, viuda de Santos Fraile, pizarro	18.615
María y Juana Martín, hijas de Pedro Martín, pizarro	18.615
Doña Francisca de Córdoba, viuda de García de Soto	12.410
TOTAL	1.062.249 (2.840 ducados)

TABLA 13. RELACIÓN DEL GASTO ORDINARIO EN LAS CASAS DE VALLADOLID ³⁹¹

Salarios con cédulas	Maravedís
Praves, veedor y contador	75.000
Doña Catalina de Campillo, viuda del veedor Jerónimo de Angulo	37.500
El pagador de las obras	50.000
Santiago Vaca, sobrestante mayor de las obras y conserje	75.000
Doctor Juan Fernández de Talavera, médico. Por serlo de los conventos de San Diego y Real Convento de las Descalzas Franciscas	20.000
Juan García, tenedor de los materiales	49.640
Catalina Pérez, viuda de Pedro de Mazuecos	37.500
Sebastián Pérez, vidriero	12.410
Salarios sin cédulas	
Juan Gómez Ramírez, guarda de los materiales que había en la Inquisición y sobreestante de las obras, con cargo de los pozos de nieve, con una vara de alguacil	49.640
Francisco Pérez, que servía con un chirrión y daba de comer al macho de las norias de los jardines	43.442
Juan Martínez de la Peña, barrendero de palacio	31.025
Roque Rolet, relojero	12.410

³⁹¹ Fuente: AGS, CSR, leg. 307, núm. 107.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

Jardineros de palacio	Maravedís
Solis, jardinero mayor	62.050
3 ayudantes	93.075
Jardineros de la ribera	
Hernando García, jardinero mayor	43.442
8 jardineros ordinarios	248.200
Guardas de bosques	
Un guarda para el Parque que había entre los jardines y viña junto al convento del Prado	37.500
Un guarda en el Abrojo	24.820
Un guarda en la Quemada	24.820
Otros gastos ordinarios	
Un criado que trabajaba con dos borricos para traer la nieve, también sirve en la vendimia y trae cal de los hornos	31.025
A las monjas descalzas franciscas	5.100
A las monjas descalzas franciscas para medicinas	69.062 (en 4 años)
La viuda de Roberto Raviller, que tenía a su cargo el ingenio que saca el agua para regar las huertas	71.400
Bartolomé de Caleada, maestro de obras y fontanero	22.440
Gastos de viñas y huertas	
Por los gastos de una viña que tiene en los pozos de nieve	10.200
Otra viña y huerta de frutales, que llaman de Mercado y de Santisteban	61.200
De podar y sarmientar la viña	68.000
Materiales para los reparos de las casas de Valladolid, Tordesillas, Abrojo y Quemada	1.163.828
Gastos en vidrios, cerrajería, puertas, sogas...	68.000
Montaban los gastos	2.615.629 (6.994 ducados)
Montaba lo consignado	2.505.860

En los Millones de Valladolid	2.166.850
La fruta que se coje en las huertas de la Ribera	76.500
El vino ³⁹²	86.250
De los pozos de nieve	175.990
Faltaban	109.769

Como había ocurrido en reinados anteriores, a pesar de la nueva consignación de los gastos de estos sitios reales, la Junta de obras y bosques tenía que acudir reiteradamente al Consejo de Hacienda para conseguir libramientos extraordinarios de dinero con los que poder hacer frente a las deudas, ya que en muchos casos los pagadores de los Millones nunca abonaban la totalidad de las cantidades consignadas al acudir a otras necesidades financieras de la corona. El 14 de mayo escribieron al presidente de Hacienda para que entregase a Juan Gómez de Mora 4.000 ducados para el gasto de una buitrera que se debía de hacer en El Pardo ³⁹³, el 3 de junio se solicitó que se diesen al pagador de las obras 700 ducados para algunos reparos que se debían de hacer en el camino de bajada al parque ³⁹⁴ y, el 30 de agosto de 1624, la Junta de obras y bosques analizó una serie de memoriales de maestros de albañilería, carpintería y cerrajería a los que se les debía 20.000 ducados desde hacía más de 16 años y 400 quintales de cobre ³⁹⁵, por señalar algunos ejemplos.

Lo que se solía hacer era presentar la relación de las deudas y acudir, con lo que se había librado, a los más necesitados, según las relaciones que enviaban los veedores y contadores. A modo de ejemplo, en sesión de 19 de septiembre de 1624, el Consejo de Hacienda fijaba las deudas totales a los oficiales que trabajaban en las obras reales en 97.567 ducados y el día 23 de octubre solicitó al secretario Pedro de Hoff Huerta que realizase una relación de las personas más necesitadas para socorrerlas:

³⁹² Se daban 42 arrobas de fruta a las monjas franciscas descalzas y a las de San Diego, así como 18 cargas de uva.

³⁹³ El 18 de mayo, Agustín de Arellano dio orden al tesorero general para que librase esta cantidad al pagador de las obras del Alcázar Real de Madrid y su contorno (AGS, CJH, leg. 584, fajo 21, núm. 83).

³⁹⁴ *Ibidem*, núm. 84.

³⁹⁵ AGS, CSR, leg. 331, núm. 29.

TABLA 14. RELACIÓN DE LAS PERSONAS MÁS NECESITADAS (1624)³⁹⁶

Los procuradores de Getafe, de lo que se les debía a sus vecinos desde 1603 a 1610 (Es deuda muy justificada porque se les obligaba a ir a trabajar faltando a sus labranzas y el jornal era muy moderado)	7.622 reales y 13 maravedís
Juan de Morales, el viejo, vecino de Fuencarral, por 7 libranzas de 1607 (Es muy pobre)	210 reales
Gabriel Benito y Juan de Herrera, por libranzas de 1609, 1611, 1614 y 1617 (Pasaban necesidad, concretamente Juan de Herrera, que servía de aparejador y metió una hija monja)	16.011 reales
Gabriel Benito, por libranzas de 1613, 1615, 1620 y 1621	9.811 reales
Gabriel Benito, Pedro Ochoa y Lorenzo de Salazar, maestros de obras, por libranzas de 1621 (Se hallaba en peor situación Salazar)	5.855 reales
Miguel Hernández, cerrajero, por 20 libranzas de 1609, 1610, 1612, 1614, 1617, 1618, 1619, 1620 y 1623 (Debía dinero de préstamos que pidió para hacer obras de su Majestad)	27.070 reales
Pedro de Toledo, cesterero, por tres libranzas de 1614 y 1621	2.419 reales
Francisco Mellado, procurador de Vallecas, por 5 libranzas de 1612 (Era deuda muy justificada por que se les obligó a los vecinos a traer los materiales a las obras por el mismo precio que ellos los vendían de contado y a trabajar con jornales cortos)	7.330 reales y 27 maravedís
Felipe González, albañil y fontanero, por libranza de 1623 (Era pobrísimo y ha estado preso por deudas mucho tiempo)	3.801 reales
Bartolomé Díaz y Francisco Rosales, plomeros y pizarreros, por libranza de 1612	537 reales y 20 maravedís
Bartolomé Díaz por 5 libranzas de 1618, 1620 y 1623	12.322 reales y 24 maravedís
Juan Fernández, empedrador, por libranza de 1623 (Está pobre)	1.031 reales
Andrés Martínez y Juan Tejedor, el viejo, vecinos de Fuencarral, por libranza de 1623 por materiales	1.084 reales y 8 maravedís
Juan Tejedor, por libranza de 1623	256 reales
Francisco Torrejón, vecino de Fuencarral, por libranza de 1623 (Era trabajo personal y pasaban necesidad él y sus hijos)	1.036 reales

³⁹⁶ Fuente: AGS, CJH, leg. 604, fajo 14, núms. 1-1, 1-2. En paréntesis los comentarios de Pedro de Hoff Huerta.

Pedro de Sevilla, fontanero, por libranza de 1620	11.199 reales y 14 maravedís
Vicencio Carducho, pintor	12.860 reales
Vicencio Carducho, Eugenio Cajés y Julio César Semín, pintores, por libranza de 1621	4.755 reales
Julio César Semín por libranzas de 1620 y 1621 (Se hallaba con necesidad)	1.850 reales
Julio César Semín y Urban de Barahona, pintores, por 1623	6.655 reales
Melchor de Cuevas, maestro de obras, por 4 libranzas de 1622 y 1623	9.778 reales
Lorenzo de Salazar, ensamblador, por libranzas de 1620 y 1622	5.415 reales
Cristóbal de Rioja, cesterero, por 2 libranzas de 1620 y 1622	892 reales
Simón Flores, solador (Estaba pobre y ha estado en la cárcel por deudas)	3.132 reales y 13 maravedís
Lorenzo de Viana, dorador, por 8 libranzas de 1612, 1613, 1618, 1620 y 1621 (Está empeñado por habérsele dilatado la paga)	13.705 reales
Juan Muñoz, empedrador	1.453 reales
Tomás de Torrejón, maestro de albañilería, por libranza de 1620	3.937 reales
Pedro Casado, procurador de Vallecas, por libranza de 1621	1.776 reales y 25 maravedís
Juan Marroquín, carpintero	681 reales
Antonio de Herrera, escultor, por libranza de 1621	1.900 reales
Diego del Campo, vidriero, por 5 libranzas de 1623 (Ponen material y mano de obras y los precios se les han moderado por lo que tenían poca ganancia)	3.860 reales
Pablo González, mercader, por libranza de 1621	914 reales
Francisco Mendizábal y Jerónimo de Güega, maestros de cantería, por libranza de 1623	2.098 reales
Jorge Babel, vidriero	924 reales y 25 maravedís
TOTAL	184.193 reales y 19 maravedís

Al terminar la relación, el secretario concluía que sería “obra piadosísima darles satisfacción y V.m. tendrá muy gran mérito en ayudar a ello”³⁹⁷. El modelo que se estaba siguiendo era el mismo que se reproducía en las casas de Borgoña y, sobre todo, de Castilla, donde se libraban ocasionalmente cantidades para repartir o para aquellos oficiales más perjudicados.

También se acudía a los fondos de los gastos secretos para pagar reparaciones y reformas, como el 27 de mayo de 1633, cuando se dio orden para que se diesen al pagador 500 ducados para el gasto de las bóvedas y escalera nueva de palacio o el 9 de junio, que se mandó dar otros 1.500 para las obras del cuarto de verano de palacio³⁹⁸; y, sobre todo, a las rentas de Aranjuez. A modo de ejemplo, la cédula real de 8 de julio de 1624, que ordenaba que de los frutos de Aranjuez se diesen 2.000 ducados al pagador de las obras reales de Madrid para los reparos en la Casa de Campo³⁹⁹, dando respuesta a la petición del 17 de mayo de don Agustín Mexía, que tenía a su cargo este lugar. La junta consideró, el 22 de mayo, que se le podían consignar 2.000 ducados al año, dada la gran necesidad que tenía dicho sitio y por estar “tan a la mano para la recreación de V. Md. y tan a la vista de las naciones extranjeras q vienen a esta corte”⁴⁰⁰. Además, las cantidades consignadas para pagar mercedes a 5 de septiembre de 1627 ascendían a 1.834.615 maravedís y a 1.259 fanegas, 4 celemines y 3 cuartillos de paja y 551 fanegas de cebada —como se ve en las Tablas 15 y 16⁴⁰¹—. Estas cantidades aumentaron durante el siglo; así en 1686, había asentados 3.149.705 maravedís en pensiones de viudas (640.735 para viudas que se pagaban por tercios, 341.275 viudas que se pagan en nóminas, 1.369.734 mercedes diferentes por medios, 440.825 las que se pagan por nóminas y 357.136 en granos y leñas)⁴⁰².

³⁹⁷ AGS, CJH, leg. 604, fajo 14, núm. 1-3.

³⁹⁸ AGS, CSR, leg. 308, núms. 388 y 390. Véase, sobre el bolsillo secreto, D. SEIZ RODRIGO: *La disimulación honesta: los gastos secretos en el reinado de Felipe IV entre la razón de estado y la merced cortesana*, Madrid 2010, pp. 261-263.

³⁹⁹ AGS, CSR, leg. 341, carpeta 1, núm. 48.

⁴⁰⁰ *Ibidem*, leg. 306, núms. 451, 470 y leg. 331, núm. 17.

⁴⁰¹ *Ibidem*, leg. 307, núm. 236

⁴⁰² *Ibidem*, leg. 318, núm. 264.

TABLA 15: RELACIÓN DE LO QUE ESTABA CONSIGNADO
EN LA REAL HACIENDA DE ARANJUEZ (AL AÑO)⁴⁰³

En 8 de julio de 1624 para gastos y reparos de la Casa de Campo (Sólo se había podido pagar un año)	2.000 ducados
A la dignidad arzobispal de Toledo en recompensa de cierto derecho que tenía en las plazas del Tajo	45.000 maravedís
A don Francisco de Brizuela y Cárdenas, gobernador que fue de Aranjuez	400 ducados
A doña Antonia Francisca de Mariana, hija del Francisco de Elosu Alviz, por cédula de primero de julio de 1625 (No se había podido pagar nada)	400 ducados
A Catalina Petier, que hacía manteca para el regalo en el Escorial	37.500 maravedís
Al aparejador de las obras del Alcázar de Madrid de su salario	350 ducados
A doña Luisa Chacón, viuda del ayuda del destilador de las aguas	18.615 maravedís
A Isabel de Medina, viuda del guarda de Aranjuez	12.410 maravedís
A doña María Benero, viuda del conserje	37.500 maravedís
A Quiles Gusano, sobrestante de las obras	24.820 maravedís
A María de Arroyo, viuda del tenedor de los materiales	24.820 maravedís
A Ana Martín, viuda de un jardinero	18.615 maravedís
A Catalina de Enciso, viuda del jardinero mayor	18.615 maravedís
A María de Ontiveros, viuda de aparejador	15.000 maravedís
A doña Águeda de Atienza, viuda del escribano	37.500 maravedís
A Pedro Vasco, por jubilación del oficio de sobreguarda	27.000 maravedís
A Isabel Serrano, viuda de un guarda	12.410 maravedís
A Bernabé de Arrazola Oñate, oficial mayor de la secretaría de obras y bosques, de ayuda de costa	37.500 maravedís
A Inés de la Torre, viuda del alguacil	24.820 maravedís
A Tomás Arda, guarda que fue, por jubilarse	20.000 maravedís
A Eugenio Martín, ordinario, por jubilarse	24.820 maravedís
A Gracia de los Ángeles, viuda de jardinero	18.615 maravedís

⁴⁰³ En 1622 el gobernador de Aranjuez, según su memorial, consiguió aumentar la renta en más de 100.000 reales en caza y fruta. Datos tomados de AGS, CSR, leg. 306, núm. 368.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

A María Rodríguez, viuda de un ordinario	12.410 maravedís
A María de Segura, hija del aparejador	24.820 maravedís
A María de Huerta, viuda de un guarda	12.410 maravedís
Al licenciado Febrero, capellán, por jubilarse	67.500 maravedís
A doña Bernardina de Cárdenas, viuda del alguacil	24.820 maravedís
A Petronila Aguado, viuda de un guarda	18.615 maravedís
A María García, viuda de un jardinero	12.410 maravedís
A Rafaela Rodríguez, viuda del yegüero	24.820 maravedís
TOTAL	4.892 ducados y 115 maravedís (1.834.615 maravedís)

TABLA 16. CONSIGNACIÓN Y MERCEDES HECHAS EN TRIGO Y CEBADA EN LA MISMA
HACIENDA A PERSONAS QUE NO SERVÍAN EN ELLAS

	Trigo	Cebada
A la dignidad arzobispal de Toledo por ciertos diezmos	365 fanegas	65 fanegas
A la mesa maestral de Santiago por los diezmos de la Vega de Colmenar	238 fanegas, 4 celemines y 3 cuartillos	
Al convento de san Benito de Toledo, por los diezmos de la Vega de Colmenar	40 fanegas	40 fanegas
Al convento de la Encarnación de Madrid (Aparte los portes de llevarlos al convento)	400 fanegas	120 fanegas
A don Juan de Mansilla, teniente del alcalde de El Pardo por prorrogaciones	100 fanegas	100 fanegas
A Sebastián Hurtado, veedor y contador de las obras del Alcázar de Madrid		50 fanegas
A Pedro Vasco, por jubilación del oficio de sobreguarda	40 fanegas	40 fanegas
A Juana de Encinas, viuda del aparejador	40 fanegas	
Para el sustento de los cisnes de la Casa de Campo (Aparte los portes de llevarlos)		100 fanegas

(Cont.)	Trigo	Cebada
Al teniente de la Casa de Campo por prorrogaciones	24 fanegas	36 fanegas
A Tomás de Arda, guarda que fue de Aranjuez	12 fanegas	
Total	1.259 fanegas, 4 celemines y 3 cuartillos	551 fanegas

El Consejo de Hacienda no podía acudir con nada. La situación de las arcas reales presentaba un estado lastimoso. El 16 de febrero de 1622 el Consejo, en una relación, señalaba que faltaban las provisiones para todo este año y el 2 de julio indicaba la imposibilidad de la hacienda para hacer frente a las provisiones que el monarca les pedía, “por yr creciendo cada día este daño sin que se bea poner remedio en ello”, quedando por proveer 818.945 ducados a los hombres de negocios por diferentes asientos que se tomaron un año antes, 246.500 al receptor del Consejo por el dinero que prestó para la provisión de la armada de Larache y la Mamora, casas reales y otras cosas; así como 1.370.000 ducados de los gastos ordinarios y extraordinarios de las casas reales, gasto de la cámara del rey, reina y de sus altezas, limosnas ordinarias y extraordinarias, carruajes, gastos de embajadores y la paga de lo que se debía a las guardas y a todos los criados de ambas casas reales de sus gajes hasta fin de 1621, además de 160.000 a los oficiales de manos, 23.000 ducados del correo mayor, 58.000 para la fábrica de 4 navíos y 150.000 a los mercaderes ⁴⁰⁴.

Por ello, se pedía que se reformasen y excusasen gastos de plazas muertas y entretenimientos inútiles, para poder conseguir, según el tanteo que se hizo, unos 4.500.000 ducados con los que poder terminar de pagar lo adeudado a los hombres de negocios y las provisiones de las casas reales ⁴⁰⁵. Para conocer estas cantidades, el Consejo de Hacienda, el 15 de junio de 1625, trató la petición real de enviar la relación de todas las mercedes que había situadas en rentas reales, desde el 8 de octubre de 1622 hasta el dicho mes de junio. Para ello, el Consejo solicitó a Juan Ladrón de Guevara y Alonso de Yepes que informasen de las mercedes situadas en las rentas reales de Castilla y a Hernando de Valencia y Pedro de Monzón de las que no estaban situadas en rentas; a Antonio González de Legarda y Simón Vázquez de las situadas en las arcas de tres llaves; a Diego de

⁴⁰⁴ AGS, CJH, leg. 581, fajo 19, núm. 2, y leg. 583, fajo 23, núm. 1.

⁴⁰⁵ *Ibidem*, leg. 581, fajo 19, núm. 1.

Olmos y Pedro de Gojenaga en las situadas en el pagador de los consejos, y a Francisco Gómez de la Esprilla y a Antonio de Rojas en las penas de cámara y, por último, al pagador de la casa real en las hechas y situadas en el Bureo ⁴⁰⁶.

En este contexto, el 16 de junio, la junta remitió a Miguel de Ipañarrieta la relación de los oficios mayores y menores que proveía el rey por títulos y despachos de la Junta de obras y bosques ⁴⁰⁷. Asimismo, unos años antes, el 23 de septiembre de 1623, Felipe IV había mandado sacar la relación de lo que suponían las penas de cámara entre 1591 y 1604, cuando los libros estuvieron agregados con los de la razón, y otra desde 1605 hasta 1621 cuando estuvieron separados. En la misma, se indicaba que entre 1591 y 1604 las penas de cámara sumaron 106.390.072 maravedís (7.600.000 maravedís al año), y entre 1605 y 1618, cuando iban por contadores, 143.844.844 maravedís (10.274.000 maravedís al año), habiendo 37.454.772 maravedís de diferencia, y de 1619 a 1621, 26.558.286 maravedís, (8.852.762 al año); mientras que desde comienzos de 1622, que volvieron a agregarse a los libros de la razón, hasta el 15 de septiembre de 1623, entraron en poder del receptor general 9.626.836 maravedís ⁴⁰⁸.

Como se escribía a Gaspar Ruiz Ezcaray, el 28 de noviembre de 1627:

los aprietos de mi real hazienda sabe la Junta que van creciendo cada día con las ocasiones que se ofrecen y lo que conuiene escusar lo que fuere posible escusarse que salga della y así se lo encargo por que será atención muy de la confiança que yo tengo della, porque estos días se me an consultado buen número de ayudas de costa y pensiones y no solía ser esto tanto y así conuiene tener la mano de aquí adelante ⁴⁰⁹.

Aparte de la relación de los oficios que proveía la junta, se trataba de reducir el número de mercedes y pensiones vinculadas a la misma, como indicaba el monarca, el 27 de septiembre de 1622, a Pedro de Hoff Huerta, cuando le recordaba que antes de remitirle memoriales de particulares se comprobase de verdad el parentesco con los fallecidos ⁴¹⁰ o mandar consumir las pensiones que estaban fijadas en la hacienda de Aranjuez conforme fuesen vacando ⁴¹¹. Si bien, el monarca se veía

⁴⁰⁶ AGS, CJH, leg. 614, s.f.

⁴⁰⁷ Relación de Gaspar Ruiz de Ezcaray de 12 de julio de 1625 (AGP, AG, leg. 853, s.f.).

⁴⁰⁸ AGS, CJH, leg. 592, carpeta 12, núms. 1-1 y 1-2 desmenuzado por año.

⁴⁰⁹ AGS, CSR, leg. 307, núm. 201.

⁴¹⁰ *Ibidem*, leg. 306, núm. 245.

⁴¹¹ Como se observa en una petición de Juan María Forno, teniente del alcalde de la Casa de Campo, vista por la junta el 17 de junio de 1639 (AGS, CSR, leg. 341, carpeta 1, núm. 14).

obligado, como un buen padre de familia, a gravar nuevas mercedes en las mismas consignaciones. Así, el convento de San Juan de los Reyes de Toledo recibió, el 28 de mayo de 1630, merced para percibir 500 ducados en la consignación de las obras de Segovia, Toledo y Aranjuez; o el secretario don Francisco de Prado, a quien se le dio, el 20 de marzo de 1639, merced para obtener de los dos años anteriores una ayuda de costa de 375.000 maravedís (125.000 maravedís en el Alcázar de Toledo, 125.000 en el de Segovia y el resto en las casas reales de Valladolid)⁴¹².

La lógica que regulaba este sistema, basada en la filosofía práctica aristotélica⁴¹³, hacía inviable la reducción total de las pensiones y mercedes, como refería la junta el 3 de diciembre, al contestar a la petición de la viuda del aparejador Juan de Herrera, de dos reales al día por dos años “que era necesario no mudar la costumbre y que ellos ya estaban minorando las mismas”; por lo que se mantenían, intentando, eso sí, reducir su cuantía. En este sentido, por ejemplo, la junta recomendaba el 20 de octubre de 1623 se diese un real de por vida a María del Cerro, viuda de Martín Sacristán, jardinero y encañador en la Casa de Campo; a Catalina Martínez, viuda de Pedro García, jardinero en el Alcázar; a María de Cazorla, viuda de Francisco de Rosales, pizarrero en el Alcázar, y a María de Castro, viuda de Juan Gómez, que fue jardinero en El Pardo⁴¹⁴.

En muchas ocasiones, los administradores de los sitios solicitaban préstamos con los que paliar la situación. Esto fue, por ejemplo, lo que Agustín Mexía relataba a Pedro de Hoff Huerta, el 10 de abril de 1623, cuando le indicó que había intentado obtener un préstamo de 2.000 ducados para pagar medio año de los salarios de los jardineros y peones del Alcázar, Huerta de la Piora y Casa de Campo (ya que se les debía el de tres años), así como algunas obras necesarias⁴¹⁵. Por ello, pedía que se le diese el dinero que se había cobrado del alcance del pagador de Toledo (1.000 ducados) ya que, según entendía, para las obras del Alcázar de

⁴¹² AGP, Reg. 13, ff. 25 y 276r.

⁴¹³ Véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La función integradora de la casa real”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, op. cit., pp. 507-510. Así como A. M. HESPANHA: “Representación dogmática y proyectos de poder”, en A. M. HESPANHA: *La gracia del Derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid 1993, pp. 61-87.

⁴¹⁴ AGS, CSR, leg. 306, núm. 362.

⁴¹⁵ Consistían en aderezar las fuentes, hacer puertas, blanquear tres piezas de la casa, reparar suelos y los dos estanques que estaban en los jardines, así como hacer un palenque de madera aseado alrededor de la fuente de la artillería.

Toledo se podía acudir con lo que restaba del mismo, que era 5.681 ducados, y con la consignación ordinaria ⁴¹⁶.

La situación financiera de estos sitios reales se mantuvo, por lo tanto, en la misma dinámica que durante el reinado de Felipe III. La corona no era capaz de dar una estabilidad financiera como se pretendió con la consignación de 1612, con lo que se tenía que acudir a libramientos especiales y a consolidar la deuda. En la cuenta del cargo y data del pagador del Alcázar Juan Gómez de Mangas, en el periodo comprendido desde el 8 de septiembre de 1618 a 1625, según la cuenta que se realizó tras su muerte, firmada el 29 de enero de 1635 por Gregorio de Bárcenas y Alonso Ladrón de Guevara, la data de las cantidades recibidas a lo largo de este periodo sumaban 90.050.499 maravedís y el cargo del periodo de 94.036.650 maravedís (Tabla 17) ⁴¹⁷. Si bien, como veremos, en el decenio siguiente la deuda se disparó, tal y como se desprende, por ejemplo, de la relación del cargo y data, desde el primero de enero de 1626 hasta el 10 de abril de 1635, cuando falleció, del pagador Juan Gómez de Mangas. En dicha cuenta el cargo sumaba 133.203.918 maravedís, según la relación que hizo en 44 pliegos Sebastián de Hurtado, mientras que la data fue de tan solo 66.096.143 maravedís, quedando una deuda de 67.107.775 maravedís.

⁴¹⁶ AGP, AP, Casa de Campo, caja 11, exp. 6.

⁴¹⁷ El 16 de septiembre de 1629 el contador Juan López de Ozaeta informaba sobre la relación que el pagador Juan Gómez de Mangas dio de su cargo y data desde que entró en el cargo a finales de 1625, fechada a 27 de enero de 1627, en donde decía que montaba su cargo 95.933.478 maravedís y la data de lo pagado 96.515.528 maravedís, con un alcance de 582.050 maravedís y que se le dejaban de cargar 774.944 (AGS, CSR, leg. 332, núm. 53).

TABLA 17. DATA DE JUAN GÓMEZ DE MANGAS (1618-1625) EN MARAVEDÍS ⁴¹⁸

	Compras de materiales	Destajos y jornales	Portes y carreteos	Pago pintores	Salario alcalde, teniente, casero, capellán y guardas El Pardo	Consignaciones
1618	1.197.201	307.836	51.263	21.420	362.291	121.875
1619	2.281.727	3.686.527	137.668	529.378	776.112	151.307
1620	1.326.722	2.350.798	13.243	125.858	779.181	308.670
1621	727.627	3.128.308	—	696.493	872.112	168.500
1622	687.334	4.566.484	—	561.680	1.160.633	151.527
1623	953.897	4.303.912	3.000	31.140	1.250.407	116.000
1624	3.363.284	3.752.167	61.421	618.788	1.312.465	101.000
1625	1.994.253	2.825.985	10.090	861.236	1.191.859	88.000
TOTAL	12.532.045	24.921.927	276.685	3.445.993	7.705.060	1.206.879

⁴¹⁸ Datos tomados de AGS, CMC, 3ª época, leg. 784.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

	Mercedes y ayudas de costa	Oficiales de las obras del Alcázar	Jardineros y peones ordinarios	Por nóminas extraordinarias	Pagado por daños de caza	Pagado por aves de rapiña	Cosas extraordinarias y reparos de San Lorenzo
1618	75.000	1.388.904	2.357.393	249.906	2.339.942	—	—
1619	48.690	1.590.640	2.393.739	289.221	356.250	—	144.629
1620	266.090	1.672.032	2.371.054	176.044	579.649	—	—
1621	138.580	1.493.082	2.314.571	215.107	151.072	21.590	70.380
1622	90.000	1.160.642	2.289.903	373.050	21.800	44.772	8.296
1623	11.250	1.307.455	2.165.497	446.826	251.580	35.360	492.577
1624	26.250	1.441.400	2.217.256	355.702	128.772	—	1.693.586
1625	202.750	1.559.482	2.315.612	216.766	—	155.414	136.896
TOTAL	858.610	8.448.523	18.425.025	2.322.622	2.322.622	257.136	2.546.364

2.2.2. *Desde los Millones de 1623 hasta 1644*

El 4 de octubre de 1623 se volvió a aprobar en las Cortes un nuevo servicio de Millones: 60 millones de ducados a pagar en 12 años, además de los 12 millones pendientes en la última concesión⁴¹⁹. En la misma, como veremos, las cantidades consignadas para las obras y bosques permanecieron inalteradas. Así, para las obras de Madrid se mantuvieron los 4.964.854 maravedís, para las de Valladolid 2.167.850, para Segovia 1.500.000 y para Toledo 1.118.296. Además de estas cantidades, se establecieron, entre otras, 75.000.000 para la paga de los salarios de los

⁴¹⁹ *Actas de las Cortes de Castilla*, Madrid 1886, vol. XXXIX, pp. 450-456. Sobre el servicio de Millones puede verse J. I. ANDRÉS UCENDO: *La fiscalidad en Castilla en el siglo XVII: los servicios de millones (1601-1700)*, Bilbao 1999.

Consejos; 18.750.000 para la fábrica de la artillería, 8.437.500 para el sueldo del capitán general de la artillería, ministros y oficiales de ella, 18.750.000 para la paga de los salarios y gastos de la casa de Castilla, 7.500.000 para los gastos de la administración del servicio, 37.500.000 para las guardas de Castilla, 22.500.000 para la paga de la gente de guerra de Galicia, 8.915.000 para la chancillería de Valladolid y 8.228.000 para la de Granada, 2.468.000 para la audiencia de Sevilla, 167.000 al claustro y universidad de Salamanca, 46.575.000 a los Fúcares por la paga de los jueros de los maestrazgos y 3.750.000 a la caballeriza de Córdoba; además de 1.125.000 al conde Sirley, 2.937.600 a los sargentos mayores de la milicia del reino, 244.800 al maestre de campo de la milicia de Sevilla, 1.060.800 a los 8 sargentos mayores y un ayudante...⁴²⁰.

Esta nueva consignación no varió la situación. La deuda se mantenía y los pagadores tenían dificultades a la hora de percibir las cantidades consignadas. La situación era general al conjunto de casas reales, tal y como se refleja en la tabla siguiente de lo que era preciso proveer en lo que faltaba de 1623 y las consignaciones que para ello había en él y en los años de 1624 y 1625, sin entrar la paga de los criados y oficiales de manos:

TABLA 18. SITUACIÓN EN LAS CASAS REALES EN 1623, 1624, 1625⁴²¹

Faltaba por pagar	Ducados	Consignaciones	Maravedís
Para las despensas de las casas reales desde marzo en adelante, a razón de 40.000 ducados al mes	400.000	Millones de 1623 (en mrs.): Desembarazados 269.090.886 – 41.070.443 en la paga de mayo – 228.020.443 en noviembre Consignados 262.500.000 Restaban 6.590.886	6.590.886
Para las fronteras y presidios, que es lo menos que se podía proveer	480.000	Millones de 1624 (en mrs.): Desembarazados 450.332.800 – 221.416.400 en mayo – 228.916.400 en noviembre Consignados en Antonio Balbi: 446.000.000 – 223.250 en mayo – 222.750 en noviembre Restaban 4.332.800	4.332.800

⁴²⁰ AGS, CJH, leg. 627 (año 1626).

⁴²¹ Datos tomados de *Ibidem*, leg. 592, fajo 24, núm. 1-2.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

Faltaba por pagar	Ducados	Consignaciones	Maravedís
Para las despensas de las casas reales desde marzo en adelante, a razón de 40.000 ducados al mes	400.000	Millones de 1623 (en mrs.): Desembarazados 269.090.886 – 41.070.443 en la paga de mayo – 228.020.443 en noviembre Consignados 262.500.000 Restaban 6.590.886	6.590.886
Para el gasto del príncipe de Gales con extraordinarios a 10.000 cada mes, desde marzo	80.000	Millones de 1625 , descontadas las consignaciones ordinarias y otras cosas habría desembarazados, conforme a la cuenta que se hizo en 1624	426.332.800
De los 2.024.533 ducados que se les ofreció a los hombres de negocios de las provisiones de este año con condición que si no se les daba se les dé 1.424.533 del dinero de las flotas del año pasado	1.424.533	Servicio ordinario y extraordinario de 1624, 1625 y 1626	26.352.332
La cantidad que se había de proveer en Flandes, a cumplimiento de 300.000 al mes	960.000	Cruzada de Castilla , estaban consignados 288.800.000 mrs.	
Para la fábrica del muelle de Gibraltar	25.000	Maestrazgos , estaba todo consignado	
Para la fortificación de la Mamora	50.000	Cruzada de Sicilia	44.800.000
Para terminar de pagar el gasto de los embajadores	50.000	Excusado de Castilla	34.000.000
Para gastos secretos	24.000	Consignaciones de la flota y galeones de las Indias de 1623	174.750.000
Para la reina	30.000	Otras consignaciones	150.000.000
Para el gasto de cámara, a razón de 3.000 ducados al mes	24.000		
Para el correo mayor, a razón de 3.000 ducados al mes	30.000		
Para el gasto de las galeras	50.000		
Para ayudas de costa	200.000		

Faltaba por pagar	Ducados	Consignaciones	Maravedís
Para carruajes, limosnas ordinarias y para su Alteza la infanta Margarita, monasterio de la Encarnación y Santa Isabel en los 10 meses	17.000		
TOTAL	3.844.533 ducados 1.437.855.342 maravedís	867.158.818 maravedís	

La hacienda continuaba con los pertinaces problemas de liquidez. En una respuesta del Consejo de Hacienda, de 9 de agosto de 1626, se señalaba que sólo el dinero procedente de las flotas estaba más desembarazado, por tener sólo consignado y librado hasta 250.000 ducados al año, mientras que todas las rentas ordinarias estaban vendidas a juro perpetuo y al quitar sin que hubiese nada, faltando incluso 400.000 ducados al año que no cabían en los juros situados en ellos. Además, tampoco había cosas extraordinarias que beneficiar por estar apuradas todas las de la real hacienda que se solían arbitrar por este Consejo. Sólo se podía recurrir a la cantidad libre de los 500.000 ducados de renta de juro que el reino había concedido imponer sobre los 18 millones. Asimismo, refería las dificultades con que se había sacado el asiento de las provisiones generales de este año y que aún no se había podido cumplir con las cantidades necesarias faltando buena parte de Flandes, parte de la armada, todas las de las fronteras, presidios y embajadas, gajes de la casa real y gastos extraordinarios de su Majestad ⁴²².

Por todo ello, se acudía al préstamo, como el que se suscribió con Juan Jerónimo Spínola de 120.000 ducados, que valían 45.000.000 maravedís de vellón, para proveer lo más necesario en 8 meses y 8 pagas iguales de 15.000 ducados, la primera en fin de junio de 1625 ⁴²³.

Los atrasos en los pagos y las deudas, como venimos viendo, eran constantes y las necesidades de dinero mayores. A modo de ejemplo, el 17 de marzo de 1626, el licenciado Mateo López Bravo señalaba a la junta que, según la relación que le remitieron los aparejadores, eran necesarios 33.330 reales (3.030 ducados) para reparos en el Alcázar y otras casas reales de Madrid ⁴²⁴. El 1 de diciembre de 1628

⁴²² AGS, CJH, leg. leg. 622, fajo 12, s.f.

⁴²³ *Ibidem*, leg. 617, s.f.

⁴²⁴ AGS, CSR, leg. 332, núm. 102.

se informaba que todavía se debían 800.000 reales (27.200.000 maravedís) por obras a oficiales⁴²⁵. Era muy importante, por tanto, elegir muy bien quiénes iban a cobrar en cada una de las ocasiones. En una relación de 1630 se indicaba que de la cantidad consignada para obras, 1.312.500 maravedís, cupieron en dicho año 19.301 reales (656.234 maravedís), de los cuales 5.831 se podían destinar a pagar a los napolitanos que tenían las góndolas de la Casa de Campo, 1.000 para los que cazaban aves de rapiña y que los reales restantes se distribuyesen en trastejar lo forzoso del Alcázar y en reparar los encañados del agua del Amaniel, acabar los estanques de la Casa de Campo y aderezar los corredores del Alcázar⁴²⁶. Sebastián Hurtado indicaba que desde 1612 no se despachaba dinero para los reparos de la casa de El Pardo. Además, los oficiales, jardineros y peones del Alcázar, Casa de Campo y El Pardo solicitaron, el 21 de octubre de 1626, que se les acrecentase el salario, recomendando la junta, ante la cortedad de los mismos, que se les pagase un real más durante algún tiempo⁴²⁷.

Por ello, el Bureo indicaba el 2 de agosto de 1630 que era muy necesario acudir con puntualidad al pago de los ordinarios y, aunque el monarca lo sabía y había realizado diligencias para ello, “no solo no se ha podido conseguir sino que antes parece se van atrassando más cada día”⁴²⁸.

⁴²⁵ AGS, CSR, leg. 307, núm. 336.

⁴²⁶ *Ibidem*, leg. 335, núm. 86.

⁴²⁷ Si bien, el 6 de marzo de 1627 se indicaba que no se hiciese novedad (AGS, CSR, leg. 333, carpeta 1, núm. 129).

⁴²⁸ AGP, AG, leg. 370, s.f.

Tabla 19. RELACIÓN DE LO QUE MONTABAN LAS PROVISIONES DE 1627
Y LAS CONSIGNACIONES QUE HABÍA PARA ELLO ⁴²⁹

Provisiones	Ducados	Consignaciones	Ducados
Flandes	2.250.000	Dinero de los galeones	1.153.334
Milán	200.000	Composición de los mercaderes de servicio en plata	200.000
Ordinarios de las casas reales	600.000 (48.000 en plata y el resto en vellón)	Cruzada	400.000
Armadas	780.000	Excusado	180.000
Capilla real y guardas	200.000	Servicio ordinario y extraordinario en vellón	308.590
Gastos embajadores	100.000	Servicio de los 18 Millones, en vellón	1.000.000
Gastos extraordinarios	100.000	Servicio de los 12 Millones, en vellón	683.000
Presidios y fronteras	500.000	En lo caído de ambos Millones, en vellón	388.000
TOTAL	4.730.000 de los que 3.348.000 son en plata y el resto en vellón	Asientos que llamaban de factoría	2.300.000
TOTAL			6.612.924

En la búsqueda de soluciones se retomó la cuestión, como se había hecho al comienzo del reinado, de tratar de reducir el número de oficios. En este sentido, el 20 de diciembre de 1625, la junta refería que se debía de consumir el oficio de maestro de obras en Aranjuez, haciendo sus funciones el aparejador, según el informe del gobernador don Melchor de Alvear ⁴³⁰. Ahora bien, en muchos casos, la propia evolución de estos sitios hacía que se precisase aumentar los cargos, como

⁴²⁹ Fuente: AGS, CJH, leg. 638, s.f.

⁴³⁰ AGS, CSR, leg. 307, núm. 50.

ocurría, por ejemplo, en El Pardo, para donde la junta, el 17 de julio de 1626, escribía al monarca solicitando que se aumentasen en dos guardas más, aparte de los 14 que ya había a pie y a caballo, y que tuviesen con nombramiento de la junta 50.000 maravedís al año de salario, con el objeto de reducir el furtivismo, aunque los pagarían, sin intereses, en los descargos del alcance del asiento de los maestrazgos⁴³¹.

Como la reducción de cargos no solucionaba nada, se trataba de rentabilizar más los recursos de dichos lugares. El 12 de agosto de 1626, se mandó que el dinero que procedía de los conejos que se cazaban en El Pardo se pusiese en un arca de tres llaves (con llave para el marqués de Flores, el alcalde de bosques y el veedor de las obras de El Pardo) para distribuirlo sin poderlo tocar para otras cosas⁴³²; que Mateo de Reinalte, teniente del alcalde mayor de la Casa de Campo, solicitaba que se sacase la pesca que había en el estanque del norte porque hay muchos peces y en cuaresma se sacaría más dinero por la falta que había de pescado del mar, destinando lo obtenido a la mina que se debía de hacer en este real sitio⁴³³; o que, el 7 de agosto de 1640, la Junta de obras y bosques dispuso que cesase el arriendo del Esparragal de la Casa de Campo⁴³⁴.

También se redistribuían los recursos de cada sitio, favoreciendo en la medida de lo posible a los de Madrid. En este sentido, el 19 de diciembre de 1626, la junta vió un decreto de 7 de octubre en donde se le pedía que vieses si cabía en las consignaciones de Valladolid dinero para las obras de Simancas (que tenía, según la junta 70.000 maravedís en el Registro del Sello Real). De este modo, la junta solicitó al alcalde de obras y bosques en Valladolid, don Jerónimo de Avellaneda Manrique, y a los oficiales reales que enviasen relación de las cantidades consignadas y en qué se gastaban. La respuesta no se hizo esperar. En ella se indicaba

⁴³¹ En julio de 1616 se aumentaron de 12 a 14 (*Ibidem*, núm. 51). Carta de 23 de junio de 1622 del secretario Pedro de Hoff Huerta (AGS, CJH, leg. 591, fajo 21, núm. 1-1). Desde el primero de septiembre de 1625, que paró la consignación de la Mesa Maestral por no caber en ella los salarios, hasta finales de octubre de 1627 se debían 2.556.974 maravedís al alcalde, capellán, casero y a 12 guardas de El Pardo. Además, se le debían al juez de bosques de dicho tiempo 900.000 maravedís que estaban consignados en los Fúcares y que tampoco entraron en la Mesa Maestral (AGS, CSR, leg. 333, carpeta 2, núm. 80). El 23 de marzo de 1627 la junta informaba que Gaspar Mollenghien, guardamayor de Valsain, y los guardas de dicho lugar llevaban más de un año sin cobrar nada (AGP, AG, leg. 853, s.f.).

⁴³² AGS, CSR, leg. 307, núm. 90.

⁴³³ La junta el 26 de marzo de 1628 respondió que se hiciese y se diese para la mina (*Ibidem*, leg. 333, carpeta 2, núm. 19).

⁴³⁴ AGP, AP, Casa de Campo, caja 13, exp. 4.

que lo consignado montaba 2.505.860 maravedís y los salarios y gastos ordinarios 2.615.629 maravedís, con lo que faltaban, cada año, 109.769. Aparte, sin incluir, se indicaba que se debía de realizar la obra del Ingenio de Agua de la Ribera, la galería baja de los Parrales de la Ribera, por habérsela llevado la crecida del río, reformas en la casa real del Abrojo, que se quemó, y fortificar el salón de cimientos hasta el primer piso, por lo que eran necesarios 7.950.000 maravedís. Asimismo, el alcalde y Francisco de Praves señalaban que se habían mandado librar 1.000.000 de maravedís de lo consignado para los reparos de la audiencia ⁴³⁵. Mientras, el 28 de septiembre de 1629 se dio cédula para que los 4.000 ducados de la consignación de las obras del Alcázar de Segovia de 1628 se dedicasen a pagar a determinadas personas en Madrid ⁴³⁶, sin olvidar la mencionada consignación de 2.000 ducados en Aranjuez para las obras de la Casa de Campo, que aunque se consideraba una renta bastante segura, Sebastián Hurtado informaba que hasta finales de diciembre de 1630 se debían 62.411 reales y 8 maravedís (5.674 ducados) ⁴³⁷.

En este contexto, la junta trataba de que el monarca les aumentase las cantidades consignadas. Así, después de la primera suspensión de pagos del reinado, el primero de diciembre de 1628 pidió que se incrementase la consignación del Alcázar de Madrid y casas reales de El Pardo y Casa de Campo a 24.000 ducados al año, situados en los nuevos Millones ⁴³⁸. El 8 de marzo de 1630 escribió al monarca para que mandase al gobernador del Consejo de Hacienda que hiciese una nueva consignación con estas cantidades ⁴³⁹ y se aprovechó la ocasión para enviar la relación de cómo se hallaban las obras del Alcázar de Madrid y casas reales del

⁴³⁵ Por todo ello, consideraban que no se podrían cargar con más gastos (AGS, CSR, leg. 307, núm. 106). La relación de los salarios y gastos en *Ibidem*, núm. 107.

⁴³⁶ Catalina de Ávila, viuda de Jerónimo de Cabrera, pintor; Jusepe Pérez, maestro de obras; a los herederos de Pedro Sevilla, fontanero; Cristóbal Gómez, maestro de obras; Angelo Nardi, pintor; a los herederos de Francisco de Biana, pintor y dorador; David de Marselaer, superintendente que fue de los jardines de la Casa de Campo, Jaime Pons, ladrillero, Juan de Chavarria y Andrés de San Román, Miguel Hernández, cerrajero, Juan Fernández, tapiador, vecino de Valdemoro, Domingo Varón, cerero, Gabriel Benito, maestro de carpintería, Alonso Gómez, fontanero, Andrés de Velasco, maestro de obras, a los herederos de Juan Ruiz de Azcona, a Juan de Robles Rugero, a Juan Muñoz, empedrador, a los herederos de Francisco de Casapiedra, cantero, a los herederos de Alonso de Sosa, Lorenzo de Salazar, carpintero, a Diego de Susana, vecino de el Escorial y a Juliana y Luisa de Serca, hermanas (AGP, Reg. 13, ff. 9-10r).

⁴³⁷ AGS, CSR, leg. 336, núm. 19.

⁴³⁸ *Ibidem*, leg. 307, núm. 336.

⁴³⁹ *Ibidem*, leg. 308, núm. 12.

contorno, así como de todos los reparos que eran necesarios, además de una memoria de los lugares donde se podía sacar las cantidades precisas, en muchos casos de las ventas de oficios ⁴⁴⁰. En la respuesta, el 4 de mayo, el Consejo de Hacienda señalaba que desde 1620 se había dado por el reino al tesorero general, por cuenta de lo que el monarca debía de haber del servicio de los 18 millones, al pagador de las obras reales de Madrid y su contorno, los 4.964.854 maravedís consignados para cada año, hasta fin de 1629, para que los cobrase en las pagas de fin de mayo y noviembre de cada año, en los servicios de Madrid y provincia. Por lo que se debía de mantener la consignación en Madrid, puesto que hasta 1629 había recibido correctamente las cantidades, siendo a su parecer un lugar seguro. Pero esto no era cierto, ya que, como hemos visto, los retrasos en los pagos de las consignaciones eran constantes, al no caber las cuantías fijadas por destinarse a otros menesteres ⁴⁴¹.

Felipe IV tampoco aceptó estas peticiones. Además, la falta de liquidez se agudizó por haber terminado la consignación en los Millones de las obras del Alcázar y casas reales, con ocasión de la venta de los 700.000 ducados, que hizo servicio el reino, por lo que se debía mucho dinero y no se podían acometer ni los apuntamientos de las obras:

en solo su salario el sustento suyo y de sus familias, no se oye otra cossa sino clamores y lástimas porque han llegado a estado de vender sus pobres alhajas y de no tener ya los más de que valerse con cuya ocasión se han despendido algunos por no merecer.

En la cuenta que se realizó al pagador de las obras del Alcázar y del contorno de Madrid se adeudaban, como hemos mencionado, 67.107.775 maravedís del periodo 1626-1635, mucho más que en cualquier tiempo precedente:

⁴⁴⁰ Así, por ejemplo, Francisco Candil, vecino de Cazalla, pidió el oficio de ejecutor de ella perpetuo y ofrecía 600 ducados en dos años, y el licenciado Pedro de Montoya, vecino de dicha villa, solicitó la escribanía de los Millones, penas, daños y tutelas y daba 500 ducados pagados en dos años, así hasta 46 propuestas (AGS, CSR, leg. 308, núms. 13 y 28).

⁴⁴¹ *Ibidem*, núm. 16.

TABLA 20. EXTRACTO DE LA DATA DE LAS CUENTAS
DE JUAN GÓMEZ DE MANGAS (1626-1634) EN MARAVEDÍS ⁴⁴²

	Compras de materiales	Destajos	Portes, carretas y raciones	Nóminas ordinarias y extraordinarias
1626	3.246.100	4.083.777	1.054.275	2.955.729
1627	3.696.852	3.669.340	824.453	4.786.008
1628	917.196	3.187.199	812.228	2.816.522
1629	1.625.313	6.066.627	594.780	1.069.118
1630	1.094.199	2.592.610	410.852	146.012
1631	367.527	3.048.660	537.996	66.386
1632	472.957	3.169.358	647.032	102.717
1633	294.084	3.042.141	1.492.674	67.366
1634	—	5.611.818	510.731	61.693
TOTAL	11.714.228	34.471.530	6.885.021	12.071.551

El problema estribaba en que no se recibían correctamente las cantidades consignadas, tal y como reflejaba el informe de 14 de septiembre de 1629 —según una orden de la Junta de obras y bosques de 11 de julio— del veedor de las obras Sebastián Hurtado, sobre lo que se había pagado de la consignación de las obras del Alcázar desde 1628 hasta finales de julio de 1629. En el mismo, se indicaba que de Luis Sánchez García, receptor de los Millones de Madrid, se recibieron 73.012 reales y 19 maravedís, de la paga de fin de mayo de 1628 de los 146.025 reales y 4 maravedís que estaban consignados para la paga de jardineros, arbolistas, peones y personas que tenían sus salarios en el pagador y para reparos inexcusables en el

⁴⁴² Fuente: AGS, CMC, 3ª época, leg. 1450. El 24 de julio de 1629, según una relación, habían entrado 8.869.126 maravedís en poder de Juan Gómez de Mangas desde el 5 de noviembre de 1626 hasta el 13 de diciembre de 1628, librados y pagados por orden de Mateo López Bravo y del conde de Eriseira (AGS, CSR, leg. 334, núm. 110).

Alcázar; y otros 73.012 reales y 19 maravedís de la paga de fin de noviembre de 1628 y la misma cantidad para la paga de fin de mayo de 1629. Asimismo, había recibido el 6 de abril de 1629, 22.000 reales del pagador de Aranjuez a cuenta de los 2.000 ducados que estaban consignados para las obras y reparos de la Casa de Campo y 27.613 reales y 19 maravedís de primero de septiembre de 1628. En total, había percibido 268.650 reales y 22 maravedís; mientras que se debían a los jardineros y peones del Alcázar 16.214 reales y 4 maravedís, de la Casa de Campo, 15.670 reales y El Pardo 2.037 reales; otros 8.553 para los asalariados y 9.321 reales y 19 maravedís por jornales atrasados desde primero de julio de 1627. En total, 51.795 reales y 23 maravedís y otros 97.790 reales y 15 maravedís. (3.324.875 maravedís) en salarios en el pagador en dicho año ⁴⁴³. Por su parte, Luis Gutiérrez Cortés, el 28 de mayo de 1631, escribió a Francisco de Prado Bravo de Mendoza, secretario de la Junta de obras y bosques, informándole de las dificultades en el cobro de la consignación de las cantidades para los sitios reales en Segovia ⁴⁴⁴. El clamor que se oía era el siguiente:

en solo su salario el sustento suyo y de sus familias, no se oye otra cossa sino clamores y lástimas porque han llegado a estado de vender sus pobres alhajas y de no tener ya los más de que valerse con cuya ocasión se han despendido algunos por no merecer.

En Toledo, por su parte, el receptor de los Millones debía 14.000.000 maravedís, sin que el conde de la Revilla, corregidor de aquella ciudad, pudiese cobrar nada ⁴⁴⁵ y en 1640 habían tenido quiebra, por lo que la junta pidió al reino que se librasen estas cantidades en rentas seguras ⁴⁴⁶. Mientras que en Valladolid, Sebastián Hurtado representó, el 19 de febrero de 1639, que no se había podido cobrar la consignación de 1638, por no haber nada más, y recordaba en el mismo documento al Consejo de la sal que pagase al pagador de las obras de Madrid ⁴⁴⁷. Tampoco cupieron las de 1640 en los Millones de Valladolid y Medina.

⁴⁴³ AGS, CSR, leg. 335, núms. 83-85.

⁴⁴⁴ *Ibidem*, leg. 336, núm. 486.

⁴⁴⁵ AHN, Consejos, leg. 7131, s. f.

⁴⁴⁶ Se vio por la junta el 22 de marzo de 1641, en la que estaban el obispo gobernador del Consejo y el conde de Orgaz (AGS, CSR, leg. 310, núm. 233). El agente de las consignaciones de las obras reales informó a la Junta de obras y bosques que en las del Alcázar de Madrid se debían 7.100.000 maravedís de los libramientos de 1646 y 1647 de los Millones de Madrid, por lo que solicitaban que se los consignase en la renta de los 4 maravedís de cada libra de jabón (*Ibidem*, leg. 311, núm. 368).

⁴⁴⁷ *Ibidem*, leg. 310, núm. 130.

En la reunión de la junta de 28 de febrero de 1631, se trató la cuestión de que las obras reales no tenían cabida en los Millones, por lo que se debía un año y medio de salarios de los jardineros y peones de Madrid. Esta consulta fue remitida por el monarca al Consejo de Hacienda. Tras ver los papeles, el Consejo reiteró que no parecía necesario el cambio en la consignación, generando un tira y afloja entre ambos organismos, al responder la junta que, como había demostrado el receptor de los Millones, las pagas de fin de noviembre de 1629 y de todo 1630 no habían cabido y que tampoco podría ser así en el futuro, por lo que comisionó al conde de Arcos para que presionase al receptor y le sacase 4.000 ducados para pagar lo más urgente, que eran los salarios de los jardineros y el resto de personal de la Casa de Campo y de los jardines de palacio, prorrateando esta cantidad entre los oficiales, a razón de 300 reales, 200 e incluso menos; ayuda que calmaría, momentáneamente, la sed.

Un año más tarde, el 31 de enero de 1632, la junta informaba, de nuevo, que no se habían pagado las cantidades consignadas, por lo que llevaban dos años y medio sin poder hacer frente a ningún pago, aunque ya habían tenido conocimiento de la merced real de gozar del crecimiento sobre el encarecimiento de la sal. No obstante, año y medio más tarde, el 3 de julio de 1633, la junta comunicaba al rey que la paga de los jornales de los oficiales que trabajan en las obras reales de Madrid y su contorno se producía con mucha dificultad por no haber la consignación ⁴⁴⁸, por lo que solicitaba, el 10 de julio, que se volviesen a consignar en los nuevos Millones, a lo que el monarca respondió afirmativamente ⁴⁴⁹. Esta situación también la conocían los Consejos, cuyos miembros recibían sus salarios con retraso ⁴⁵⁰, pues como vio el Consejo de Hacienda en una consulta de junio de 1632, en los Millones de Madrid se debían al pagador de los Consejos 11.000.000 maravedís, sin poder sacar un real ⁴⁵¹.

En este tira y afloja, la junta presionaba de nuevo, ya que el Consejo de Hacienda hacía oídos sordos a las buenas palabras reales, y el 16 de abril de 1634 recordó al rey que desde comienzos de 1629, cuando se quebró el último servicio, hasta fin de 1633 apenas hubo consignación de las obras reales. Debiéndose por parte de Luis Sánchez García, a cuyo cargo estaba la receptoría de los Millones,

⁴⁴⁸ AGS, CSR, leg. 336, núm. 395.

⁴⁴⁹ *Ibidem*, núm. 394.

⁴⁵⁰ Como se constata en memoriales de 1639, 1640 y 1641 (AHN, Consejos, leg. 7157, s.f.).

⁴⁵¹ *Ibidem*, leg. 7.131, s. f.

por el administrador de las salinas de los partidos de Atienza y Molina y por el reino 19.147.610 maravedís (respectivamente, 6.733.476, 5.208.067 y 7.206.067 maravedís)⁴⁵².

El problema era que la hacienda tenía poca liquidez. En un borrador sobre su estado (seguramente posterior a 1632) se indicaba que aunque los ingresos de la corona suponían 11.190.000 ducados, tan solo había desembarazados 3.464.000, siendo los gastos obligados de 7.030.000 (850.000 para las casas reales, gajes de ellas, guardas y capilla; 1.500.000 para la armada, 1.200.000 para presidios y fronteras, 150.000 para embajadas, 250.000 para carruajes y gastos extraordinarios, 3.000.000 para Flandes y 80.000 en otros menesteres). Por ello faltaban al año 3.566.000, aparte de los 2.091.000 del empeño de una vez⁴⁵³. Con todo, el monarca seguía disponiendo sus recursos según sus intereses. Por ello, no dudó, el 3 de mayo de 1633 en ordenar a Francisco Prado que se incrementase a 4.500 ducados la consignación del Buen Retiro⁴⁵⁴.

El pagador tenía que proceder a pagar con lo que recibía de una vez, prorrateando el dinero o acudiendo a lo más necesario, como se había hecho hasta entonces. Así, por ejemplo, el 11 de febrero de 1639, se mandó al pagador de las obras del Alcázar de Madrid que procediese a pagar con los 40.000 ducados que había recibido a las personas señaladas por el veedor de la misma⁴⁵⁵ o a finales de dicho año, el 20 de diciembre, cuando la junta se reunió, con la participación del gobernador del Consejo Real, el conde de Arcos, el conde de Solre, Tomás de Angulo y el marqués de la Torre, para tratar las dificultades de los jardineros y otras personas que trabajan en el Alcázar de Madrid y casas reales de El Pardo y Campo y Vaciamadrid, al debérseles 17 meses de sus jornales:

con cuya ocasión todas las veces que S. M. baja a los jardines le fatigan con quejas y lágrimas y asimismo acuden a la Junta y a las casas de los señores della

⁴⁵² AGS, CSR, leg. 309, núm. 66. Ya se lo recordaron al monarca el 22 de marzo de 1634. Esta situación también era notoria en la recepción del cobro de las obras realizadas, tal como señalaron los vidrieros Jorge Babel y Diego del Campo a la Junta de obras y bosques al indicar que se les debían 10 años de trabajo que sumaban 11.517 reales (AGS, CJH, leg. 584, fajo 21, núm. 1). El propio Diego del Campo señaló en 1641 que se le debían obras desde 1616, dejándole de pagar 40.000 reales (AGS, CSR, leg. 310, núm. 229). Mientras que la viuda de Bartolomé Canche, maestro de labrar mármol y jaspe, solicitó se le diesen 3.099 reales que se le debían de obras en El Pardo (AGS, CJH, leg. 584, fajo 21, núm. 33-1 de 15 de enero de 1621).

⁴⁵³ *Ibidem*, leg. 621, fajo 21, núm. 1.

⁴⁵⁴ RAH, 9/1075, ff. 336-337.

⁴⁵⁵ AGP, Reg. 13, f. 267v.

a representar su pobreza y que no tienen ya que vender ni empeñar por haverse deshecho aun de las camas en que dormían,

y consiguieron que el monarca obligase a Luis Sánchez García, receptor de los Millones de Madrid, a entregar 4.000 ducados “para que se pueda açer algún socorro estas pasquas a los dichos jardineros y demás personas”⁴⁵⁶.

La evolución de los acontecimientos hacía más difícil las cosas. El 10 de febrero de 1640, Felipe IV pidió a la Junta de obras y bosques que devolviese el dinero recibido del reparto que se había hecho, pues lo necesitaba para las campañas militares⁴⁵⁷. Con lo que las deudas aumentaron y los problemas de liquidez se agudizaron, sobre todo porque la gran mayoría de las cantidades recaudadas por el servicio de Millones, un 80%, según una relación del Consejo de Hacienda, iban destinadas en 1642 al pago de juros y a los hombres de negocios⁴⁵⁸. Así, por ejemplo, el pagador de las obras de Madrid, Francisco de Villanueva indicaba que le faltaban por cobrar 126.077 reales y 28 maravedís (11.462 ducados) del periodo de 1640 a 1644 (Tabla 21):

TABLA 21⁴⁵⁹

Del tesorero de la villa de Sepúlveda, inciertos como parece por el informe de los contadores del reino de 1642	42.168 reales y 18 maravedís
Que se adeudaban de lo que el rey señaló por cédula de 29 de abril de 1643 y se mandaron librar en don Alonso Ortiz de Zúñiga, tesorero general, para la paga de diferentes obras en las Descalzas para aposentar a la infanta doña Margarita y su familia	7.700 reales
De la ciudad de Málaga, en concreto de Baltasar de los Reyes, a quien el rey le dio cuatro oficios de jurado de dicha ciudad, por haber pleito entre la ciudad y el interesado	15.441 reales y 6 maravedís

⁴⁵⁶ AGP, Reg. 25, ff. 235v-236v. La junta, el 29 de julio de 1639, vio la relación que les envió los guardas, conserjes y capellán de El Pardo donde se indicaba que se les debían 22.000 reales desde 1637 (AGS, CSR, leg. 341, carpeta 1, núm. 18). Como se ha señalado, en los Millones de Madrid estaban librados por cesión del tesorero general los 14.000 ducados que se tenían señalados y consignados para los pagos y gastos de las reales obras, en las cuentas que obraban en poder del señor don Antonio de Contreras, del Consejo Real.

⁴⁵⁷ AGS, CSR, leg. 310, núm. 224.

⁴⁵⁸ AGS, CJH, leg. 829, s.f.

⁴⁵⁹ Datos tomados de AGS, CMC, 3ª época, leg. 1466.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

Del tesorero de las alcabalas de la merindad de Campo, para darlos a Ponciano de Olivares	1.432 reales y 12 maravedís
Faltaban de los 180.738 maravedís que por real cédula de 17 de marzo de 1644 se mandó librar a los del Consejo de Hacienda para darlos a los herederos del fontanero Pedro de Sevilla	3.551 reales y 4 maravedís
Faltaban de los 1.143.146 maravedís que por cédula de 22 de septiembre de 1636 se libraron en los receptores de la ciudad de Antequera y villa de Pliego para pagar los salarios del capellán, conserje y guardas de El Pardo	14.886 reales y 22 maravedís
Del pagador de Aranjuez para pagar a Alonso Carbonel, aparejador mayor de las obras reales, de su salarios de 1643 y 1644	5.220 reales
Que deben los lugares de Getafe y Leganés, que se libran de la consignación del año de 1644	2.355 reales
Que faltan por cobrar de la consignación de los Millones de 1644	30.209 reales
De Juan Sánchez de Silvera, alguacil de Aranjuez, por haber servido a su Majestad con ellos por la merced que le hizo de dicho oficio	800 reales
Que debe Pedro de Roales, del arrendamiento de las huertas de la Casa de Campo	2.314 reales

2.2.3. *La situación entre 1645-1665*

A lo largo del periodo anterior, la junta trató de negociar con el monarca el aumento de las cantidades consignadas para poder limitar el impacto de los impagos y el aumento de la deuda. Sus esfuerzos, sin embargo, tuvieron poco éxito, con lo que los atrasos en los pagos y las necesidades económicas para obras inexcusables aumentaron considerablemente. A partir de 1629 la recaudación de los Millones conoció un acusado descenso, teniendo su punto más bajo en 1631, momento en el que el servicio fue reemplazado por una contribución sobre la sal. En 1632, como ha estudiado Andrés Ucendo, se reintrodujeron los Millones y, desde entonces, hasta 1640 se produjo un aumento de las cargas y recargos, así como nuevos ensanches que mejoraron las cantidades recaudadas –aunque no se reflejaron en los sitios reales, pues se destinaron a las necesidades bélicas de la monarquía–⁴⁶⁰. Tampoco se alcanzó nada significativo en la reducción de cargos, si bien, se reforzó el trasvase puntual de dinero de unos sitios a otros, sobre todo, hacia Madrid.

⁴⁶⁰ Véase J. I. ANDRÉS UCENDO: *La fiscalidad en Castilla en el siglo XVII...*, *op. cit.*, pp. 26-30.

En 1645 se volvió a aprobar un nuevo servicio de Millones. En el mismo, se mantuvieron las cantidades consignadas para los sitios reales. En una relación que se realizó sobre los segundos valores para dicho año, regulados por las pagas posteriores de 1641 y primera de 1642, alcanzaron 241.978.000 maravedís, de los que 2.166.000 eran para Valladolid y 1.500.000 para las obras de Segovia (entre otros apuntes, se destinaban para desembarazados 157.687.000, para la nómina 44.000.000, para la casa de Castilla 18.925.000 y para la chancillería de Valladolid 2.500.000)⁴⁶¹. Los pagadores tenían dificultades para los cobros de las cantidades, ya que el dinero del servicio iba destinado, como hemos señalado, en su mayoría al pago de hombres de negocios y juros, con los que se mantenía el esfuerzo militar⁴⁶². En este sentido, el 22 de noviembre de 1646, el monarca reconoció que la consignación de las obras se hallaba tan cargada que no se había podido acudir con los trastejos del Alcázar y Casa de Campo, ni a levantar tapias caídas en las huertas. Por ello, por lo necesario que era, había resuelto que se reservasen 1.000.000 de maravedís para los reparos precisos y, si sobraba algo se acudiese al pago, en primer lugar, de los jardineros y peones, por ser los más necesitados, y el resto para los salarios y pensiones⁴⁶³. En Segovia, como se manifestó a finales de 1651, la situación en el Alcázar era muy grave y el edificio amenazaba ruina⁴⁶⁴. Si bien, en este periodo parece que las cantidades que recibían los pagadores eran más regulares, generando menos deudas, como se puede ver en la tabla siguiente y en escrito de Juan de Rosales, tesorero de los Millones de Madrid. El cual, en respuesta a una petición del marqués de Malpica, le indicaba que se ajustaba a pagar 10.000 reales cada mes, aunque sin especificar cuánto era lo que dilataba los pagos y generaba problemas, ya que:

⁴⁶¹ AGS, CJH, leg. 871, s.f. Hasta 1654 los rendimientos de este servicio fueron disminuyendo.

⁴⁶² Un ejemplo en *Ibidem*.

⁴⁶³ La junta señalaba, el 8 de diciembre de 1646, que después de los jardineros se deberían de pagar al secretario, veedor y contador, al oficial mayor de la secretaría, al maestro mayor, al aparejador y pagador, al sobrestante, al tenedor de los materiales, al alguacil de las obras, al contador de la razón general y al médico. Más adelante, el 3 de mayo de 1647, se confirmó por parte de la junta lo que se envió el 8 de diciembre (AGP, AG, leg. 711, s.f., carpeta de 1650).

⁴⁶⁴ AGS, CSR, leg. 312, núm. 178. El 19 de diciembre de 1652, la junta volvió a escribir al monarca informándole de las dificultades que tenían los criados de los alcázares y casas reales de Valladolid, Toledo y Segovia, pues algunos de ellos llevaban más de tres años sin cobrar ya que las consignaciones no se acababan de pagar (*Ibidem*, núm. 226).

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

aunque para este año se pasará en tolerar la misma forma de paga que en el pasado –cuya consignación aún no está cobrada–, por asegurar la de esta librança ha rrespondido verbalmente que no dará por ella 1.000 reales y rrespecto que desta consignación depende el sustento de genta tan pobre y miserable como son los jardineros y los de la Casa del Campo, van cayendo enfermos ⁴⁶⁵.

TABLA 22. CARGO Y DATA
DESDE EL PRIMERO DE ENERO DE 1645 AL 21 DE JUNIO DE 1648 ⁴⁶⁶

Cargo	47.744.192 maravedís de vellón
Data	44.579.506 maravedís de vellón
Por obras y reparos que se hicieron por destajos en el Alcázar, El Pardo y Casa de Campo desde el 1 de enero de 1645 hasta 1 de marzo de 1648	10.044.075 maravedís
Extraordinario de materiales, jornales y gastos en el Alcázar	16.412.826 maravedís
Obras del Alcázar	6.118.261 maravedís
Pago a viudas	561.311 maravedís
Jornales	2.647.068 maravedís
Aves de rapiña	195.840 maravedís
Guardia de El Pardo	2.630.105 maravedís
Salarios de ministros	5.999.090 maravedís
Alcances	3.164.686 maravedís de vellón

⁴⁶⁵ AGP, AG, leg. 711, s.f. (carpeta de 1650).

⁴⁶⁶ En Madrid, a 20 de marzo de 1657. Fuente: AGS, CMC, 3ª época, legs. 756 y 1409.

Si bien, el marqués de Malpica, superintendente de las obras, el 1 de febrero de 1649 propuso medio para que se pagase lo que se debía de la consignación de las obras de 1646 y 1647 a través del dinero del nuevo arrendamiento de las sisas de Madrid. La respuesta fue negativa, ya que se habían dispuesto para otras cosas ⁴⁶⁷. Un año más tarde, el 1 de agosto, el marqués de Malpica escribía que había habido alteraciones en las libranzas de las consignaciones, pues se había dado preferencia a la casa de Castilla. Su presión e influencia en el monarca hacía que, aunque con retraso, se acudiese de manera más regular a los pagos ⁴⁶⁸.

En la siguiente cuenta conocida, realizada al pagador de las obras de Madrid, desde el primero de febrero de 1651 hasta finales de 1653 la data y el cargo fueron muy parecidos, 71.002.550 maravedís y 71.283.402 maravedís, respectivamente. El cargo se distribuía de la siguiente manera: en las obras de El Pardo y la Torre de la Parada 27.193.191 maravedís; en las obras del Alcázar 13.460.170; en las obras y fábrica de la Casa de Campo 1.329.641 maravedís; en los salarios de El Pardo 7.988.748; en los del Alcázar 11.497.424; en los de Valsaín 1.639.343 maravedís y en los de la Casa de Campo 2.928.1335 maravedís; en las cosas extraordinarias por la Junta de obras y bosques 418.343 maravedís; para las viudas 1.831.825; para las aves de rapiña 229.408 maravedís, y en el alquiler, baja de moneda, ayudas de costa y mermas de dinero 2.717.074 maravedís ⁴⁶⁹.

Mientras, el cargo de las cantidades libradas al pagador Francisco de Arce desde el 1 de enero de 1654 hasta finales de 1656 sumó 48.380.621 maravedís y la data de dicho periodo supuso 49.901.492 maravedís, distribuidos de la siguiente manera:

⁴⁶⁷ AGP, AG, leg. 710.

⁴⁶⁸ *Ibidem*, leg. 711, s.f. (carpeta de 1651).

⁴⁶⁹ AGS, CMC, 3ª época, leg. 1373. La data de lo pagado por salarios de ministros del Alcázar montaba desde el 1 de enero de 1651 hasta finales de diciembre de 1652, 8.653.775 maravedís (AGP, AG, leg. 711, s.f., carpeta de 1652).

TABLA 23 (en maravedís) ⁴⁷⁰

Oficiales, peones y materiales para el Alcázar de Madrid: 14.523.709	Oficiales, peones y materiales para obras en El Pardo: 13.626.691
Oficiales y peones y otros gastos de la Casa de Campo: 2.211.054	Salarios de Valsaín: 1.386.914
Salarios de los ministros y oficiales que tenían consignados sus salarios en las obras del Alcázar: 8.698.605	Salarios para los guardas y oficiales de El Pardo: 6.105.430
Viudas con pensiones consignadas en las obras del Alcázar: 750.866	Cosas extraordinarias por orden de la Junta de obras y bosques: 390.438 ⁴⁷¹
Aves de rapiña: 95.064	Portes, mermas y conducción: 225.000

Además, las pensiones y mercedes dadas por el monarca en estas consignaciones aumentaban, lo que escapaba al control de la junta; por lo cual, el 20 de mayo de 1647, don Francisco de Prado escribía a Bartolomé de Legasa informándole que la Junta de obras y bosques había acordado escribir al monarca, para que mandase hacer una relación de todas las personas que tenían situado salario,

⁴⁷⁰ Los alcances fueron de 520.771 maravedís. Datos tomados de AGS, CMC, 3ª época, leg. 1316.

⁴⁷¹ Al detalle en esta partida, entre otros apuntes, podemos indicar a Simón García, mayordomo de la Hermandad Real, por fabricar el altar que los hermanos de dicha Hermandad hicieron en la Encarnación para la fiesta del Santísimo Sacramento en 1652, por libranza del veedor y contador y maestro mayor, de 7 de agosto de 1653, 8.024 maravedís; a Alonso Guillén, mayordomo de la Hermandad Real, por lo mismo, por libranza de 8 de julio de 1653, 8.024 maravedís; a Matías del Castillo, portero de la puerta del picadero que salía a doña María de Aragón, por el precio de 24 carros de basura de a dos mulas que puso en el Jardín de la Reina, a 4 reales y tres cuartillos cada uno, con libranza de 17 de marzo de 1655, 3.876; a Andrés Herreros Salazar, oficial de la veduría y contaduría de las obras, por lo que gastó en la fiesta que se hizo en el oratorio del Santísimo Sacramento en la Encarnación, en 1655, para el adorno del pórtico, comidas de los jardineros y otras cosas, con libranza de 14 de junio de 1655, 11.560 maravedís; a sor María Clara, abadesa de las Descalzas, 6.800 maravedís en lugar de las 50 libras de peces que se acostumbraba dar de los estanques de la Casa de Campo la víspera de Nuestra Señora de Agosto y por dos arrobas de peces para la víspera del Ángel Custodio de todo 1654, por libranza de 5 de septiembre de dicho año; a Agustín Hernández, criado real, en aguinaldo por el trabajo que hacía de llevar recados y billetes a la secretaria, 1.020 maravedís (*Ibidem*).

recompensa o limosna en la consignación de las obras del Alcázar⁴⁷². La respuesta no tardó en llegar. En la misma, se indicaba que sumaban 6.081.943 maravedís, 1.117.949 maravedís más que la consignación⁴⁷³.

TABLA 24: RELACIÓN DE LOS SALARIOS, PENSIONES Y MERCEDES SITUADAS EN LA CONSIGNACIÓN DEL ALCÁZAR DE 27 DE SEPTIEMBRE DE 1647 (en maravedís)⁴⁷⁴

Salarios ordinarios que se pagaban por los títulos	
Bartolomé de Legasa, veedor y contador de las obras	131.250, incluidos 150 ducados para casa de aposento
Juan Gómez de Mora, maestro mayor de las obras	150.000
Francisco de Villanueva, pagador de las obras	75.000
Juan López de Ozaeta, contador general de las obras	100.000
Diego Velázquez, pintor	89.780
Angelo Nardi, pintor	72.000
Diego del Campo, vidriero	30.000
Jorge Babel, vidriero	30.000
Juan García de Barruelos, pizarrero	72.000
Lucas de Ávila Quintanilla, procurador de las obras	10.000
Doctor Vicente Moles, médico de las obras	60.000
Francisco de Cartes, alguacil de las obras	30.000
Francisco de Arce, tenedor de los materiales y sobrestante de las obras reales	125.000
Jusepe de Villareal, ayuda del trazador mayor de las obras reales	37.500
Francisco Alonso, cerrajero	12.000
Pedro de Sevilla, fontanero	30.000
Juan de la Barra, teniente de alcaide de la Casa de Campo	20.000

⁴⁷² AGP, AG, leg. 711, s.f. (carpeta de 1653).

⁴⁷³ Carta de 13 de septiembre de 1647 de Bartolomé de Legasa a Francisco de Prado (AGP, AG, leg. 711, s.f., carpeta de 1657).

⁴⁷⁴ Datos tomados de AGP, AG, leg. 710, s.f.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

Salarios ordinarios que se pagaban por los títulos (Cont.)	
Diego Peinado de la Higuera, teniente del alcaide de El Pardo	70.000
TOTAL	1.144.530
Salarios ordinarios que se pagaban por nóminas	
Pedro de la Peña, aparejador	99.280
Francisca López, a cuyo cargo estaba la puerta del picadero que salía a domar María de Aragón	55.845
Francisco de Navas, a cuyo cargo estaba la Huerta de la Priora	49.640
Alonso López, portero, a cuyo cargo estaba la puerta del parque	49.640
Hans Funt, relojero, que tenía el reloj de palacio	49.640
Santos Herranz, jardinero que tenía a su cargo el Jardín de la Reina	49.640
Ponciano de Olivares, a cuyo cargo tenía el parque	43.435
Ángela Marcos, a cuyo cargo está Vaciamadrid	43.435
Lorenzo de Mongeva, a cuyo cargo están las letrinas de palacio	37.230
Juan Cónches, jardinero, a cuyo cargo está el Jardín de los Emperadores	37.230
Gabriel Martínez, ayuda del vidriero	24.820
Jorge Lombarte, ayuda de vidriero	24.820
Pedro de Castro, peón de la Huerta de la Priora	37.230 y 5.712 para alquilar un aposento
Domingo, peón de la Huerta de la Priora	37.230 y 5.712 para alquilar un aposento
Francisco de la Cruz, peón de la Huerta de la Priora	37.230 y 5.712 para alquilar un aposento
Juan de Ribero, ayuda del jardinero en el Jardín de la Reina	37.230
Isidro Ramón, jardinero en el Jardín del Emperador	37.230
Juan Navarro, ayuda del jardinero en el Jardín de la Reina	37.230
Pedro de Quiroga, ayuda del alguacil de las obras	37.230
Pedro de la Iglesia, peón de las obras	37.230
El Pardo	
Ambrosio Gavilanes, jardinero, a cuyo cargo están los jardines	37.230
Juan de Vallecas, peón de los jardines	37.230

El Pardo (Cont.)	
Francisco de Morales, peón de los jardines	37.230
Casa de Campo	
Juan de la Barra, teniente del alcalde	62.050
Doctor Gabriel de Robles, capellán	49.640
Francisco, a cuyo cargo están las góndolas y falúas	80.665
Pedro de Zamora, portero	37.230
Alonso Mingo, jardinero	62.050
Francisco Ramos, jardinero	49.640
Pedro Andrés, jardinero	49.640
Gregorio Mayo, jardinero	49.640
Francisco García, jardinero	49.640
Francisco Sastre, jardinero	49.640
Juan Domínguez, ayuda del jardinero	37.230
Acacio de Padilla, a cuyo cargo está el Esparragal	49.640
Felipe Farro, ayuda del esparraguero	37.230
Domingo Correón, a cuyo cargo está el Esparragal	37.230
Alonso del Cura, arbolista	37.230
Juan Muñoz, guarda	31.025
TOTAL	1.760.741
Reparos ordinarios inexcusables ⁴⁷⁵	
Trastejos de palacio, convento de San Gil, casa del Tesoro, casillas de la plaza de Palacio, caballerizas, casas de oficiales, pasadizo de la Encarnación	306.000
Basura necesaria para el cultivo de los jardines del Alcázar, Huerta de la Priora, Casa de Campo	102.000
Cosas de esparto y cestas para los jardines	47.600

⁴⁷⁵ Por decreto de 22 de noviembre de 1646 se mandó que se separasen cada año 1.000.000 de maravedís para reparos inexcusables del Alcázar. Como no daba para nada, ya que cada año, por ejemplo, se necesitaba para estos reparos 1.500 ducados para la Casa de Campo, se consideraban los 1.205.600 maravedís que completaran estas 4 partidas.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

Reparos ordinarios inexcusables (Cont.)	
Aderezos de las casas de oficios de palacio, posadas de damas y otras casas y Casa de Campo	750.000
TOTAL	1.205.600
Salarios acrecentados y jubilaciones	
Francisco de Prado, secretario de la Junta de obras y bosques de su propina y luminarias por cédula de 25 de enero de 1631	150.000
Francisco de Herencia y Eguiluz, alcalde de El Pardo, jubilado, por cédula de 22 de enero de 1608 y 5 de febrero de 1644	200.000
Bartolomé Garrido, sobreguarda de El Pardo por cédula de 15 de diciembre de 1645	97.400
Alejandro Pongueta, ingeniero, por cédula de 24 de abril de 1645	37.500
Gabriel Marcos de Morales, agente del fiscal de la Junta de obras y bosques, por cédula de primero de diciembre de 1637	26.180
Martín Soler, oficial de la veeduría y contaduría de las obras, por cédulas de 30 de septiembre de 1639 y de 7 de octubre de 1641	37.400
Sebastián Hurtado de Cañaveras, agente y solicitador de la consignación por nombramiento de los de la junta de 11 de marzo de 1636	37.400
Francisco Sebastián y Lorenza Herranz, hijos de Esteban Herranz, jardinero del Jardín de la Reina, por cédula de 29 de enero de 1640	37.400
Bartolomé González, sobrestante de las obras, por nombramiento de los de la junta de 4 de abril de 1646	49.640
Jusepe Pellicer, portero de la puerta del picadero que sale a doña María de Aragón, por papel del marqués de Torres de 22 de octubre de 1639	55.845
Jusepe Pellicer para un mozo que tiene cuenta con los jabalíes por papel del marqués de Torres de 22 de octubre de 1639	12.410
Francisco Romo, ayuda del fontanero, por consulta del marqués de Malpica de 11 de abril de 1644	18.615
Juan Gómez, hijo de Bartolomé Gómez, jardinero que fue de El Pardo, por cédula de 30 de abril de 1637	6.205
Francisco Gómez, a cuyo cargo están las góndolas y falúas del estanque de la Casa de Campo	31.025
Bernabé de Arrazola, secretario real y oficial mayor de la secretaría de las obras y bosques por cédula de 27 de septiembre de 1625	75.000

Salarios acrecentados y jubilaciones (Cont.)	
Jusepe Méndez, teniente del alcalde que fue de El Pardo, jubilado, por cédula de 4 de abril de 1645	70.000
Al portero de la Junta de obras y bosques (Es salario antiguo y no acrecentado)	37.500
Alonso Carbonell, aparejador mayor de las obras por orden de los señores de la junta de 16 de septiembre de 1641. Se paga en Aranjuez donde está consignado	131.250
Diego de Velázquez para que acuda a las obras particulares	270.000
TOTAL	1.418.170
Pensiones y limosnas	552.908
TOTAL	6.081.949
Había un alcance, de acuerdo a lo consignado	1.117.949

Las necesidades económicas para las obras continuaban. A modo de ejemplo, según una relación que Pedro de la Peña envió y transmitió el marqués de Malpica, de 13 de diciembre de 1647, eran necesarios 6.625 reales para reparos en la Torre de la Parada (1.500 para el trastejo de toda la casa de pizarra y teja, el enlosado que estaba sobre las maderas de las cocheras, 400 para el conducto de la cocina de boca que no corría el agua para hacer una arquilla, 200 para las vidrieras del cuarto del rey, 125 para limpiar el algibe y 4.400 para hacer alcantarillas)⁴⁷⁶. Asimismo, en el cargo del pagador de Madrid de los maravedíes que se libraron para la paga de las obras y salarios de los ministros y oficiales de ella desde el 20 de febrero de 1648, que se le dio título, hasta fin de octubre de 1650, se dedicaron 34.203.771 maravedís (91.454 ducados).

⁴⁷⁶ AGP, AG, leg. 710.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

TABLA 25. EXTRACTO DEL CARGO DEL PAGADOR DESDE EL 20 DE FEBRERO DE 1648
HASTA FINALES DE OCTUBRE DE 1650⁴⁷⁷

El cargo de 64.800 maravedís que en marzo de 1648 recibió de don Fernando Ruiz de Contreras, secretario real, por mano de Juan de Lezcano, en virtud de una orden a boca de su majestad para el gasto de la fábrica y escalera que se debía de hacer en la secretaría del despacho universal como constó de la receta que dio Bartolomé de Legasa, veedor y contador de las obras y bosques.
Otro cargo de 9.894 maravedís que en 13 de marzo de 1648 recibió de Pedro Sánchez, proveedor de los peces de la Casa de Campo, por el precio de 8 arrobas y 20 libras de peces que entregó Juan de la Barra, teniente del alcalde de la Casa de Campo, a razón de 3 ducados la arroba de los cuales recibió el dicho día 13 de marzo.
Otro cargo de 63.700 maravedís por los mismos que recibió de Juan de Rosales, tesorero de los Millones de la villa de Madrid por cuenta de la paga de 1647 de lo que estaba consignado en dichos Millones.
105.500 maravedís por los mismos que estaban y quedaban en las arcas de la pagaduría por muerte de Francisco de Villanueva, pagador que fue de las obras reales, de la consignación de los Millones de Madrid del medio año primero de 1647.
102.000 que en 26 de marzo de 1648 recibió de Juan García, del Consejo de Hacienda, para unos reparos que se debían de hacer en la Torre de la Parada.
74.800 que recibió de don Fernando Ruiz de Contreras, secretario de su Majestad para las obras que se debían de hacer en una escalera en la secretaría de despacho universal por mano de Juan de Lezcano.
375.000 maravedís que se le libraron en el tesorero de los Millones de Burgos en los 4.000.000 de maravedís que debía de pagar de atrasos de los dichos Millones y fueron para darlos a Francisco de Benavente, maestro de obras.
149.600 maravedís que en 9 de mayo recibió de don Fernando Ruiz de Contreras para las obras de la escalera que se hacía para bajar a la secretaría del despacho universal.
102.000 maravedís que en 26 de mayo recibió de don Alonso Ortiz de Zúñiga y Leiva, tesorero general, para reparos en la Casa de Campo.
74.8000 maravedís que el 29 de mayo don Fernando Ruiz de Contreras para las obras que se hacen en el cubo de palacio de la escalera para bajar a la secretaría del despacho universal.
4.964.000 que por libramientos de la Junta del Reino de 7 de mayo se le libraron en el tesorero de los Millones de Madrid en las pagas de mayo y noviembre, que era lo que estaba consignado para la paga de las dichas obras, oficiales y jardineros.
149.600 maravedís que recibió de don Fernando Ruiz para las obras de la escalera nueva que se hacía en el cubo de palacio para bajar a la secretaría del despacho universal.

⁴⁷⁷ Datos tomados de AGS, CMC, 3ª época, leg. 2830.

74.800 maravedís en 9 de junio de don Fernando Ruiz por mano de Juan de Lezcano, tesorero de los gastos secretos, para la paga de las obras que se hacían en la escalera de la secretaría del despacho.
164.630 de Andrés de Lera, tratante en la plaza por precio de 1.445 conejos que se le entraron, que se cazaron en El Pardo desde el 25 de junio, que se empezó su caza, hasta el 2 de julio, al precio de 3 reales y 12 maravedís cada conejo.
235.082 maravedís de Andrés de Lera, tratante en la plaza, por el precio de 2.063 conejos que se entregaron desde el 4 de julio hasta el día 9 del mismo mes, al precio de 3 reales y 12 maravedís el conejo por la caza que se hizo de ellos en El Pardo.
139.046 maravedís de Andrés de Lera por 1.220 conejos que se cazaron en El Pardo y Casa de Campo desde el 11 al 16 de julio.
300.000 maravedís por libranza que Gaspar Tello de Sandoval, contador mayor de la tres órdenes militares se le libraron en el Lic. Juan Suárez de Acevedo, tesorero general de la mesa maestra de la Orden de Alcántara, para pagar a don Andrés de Torres Pacheco, alcalde de casa y corte y juez de obras y bosques, por su salario.
156.875 maravedís por libranza de Gaspar Tello de Sandoval, fecha en Madrid el 10 de julio de 1648, se le libraron en el Lic. Juan Suárez de Acevedo, tesorero general de la mesa maestra de la Orden de Alcántara, para pagar a Carlos Baldubique, conserje del castillo y casa de El Pardo por su salario de dicho año
169.983 maravedís que recibió de Andrés de Lera que los entregó por 1.491 conejos que se cazaron en El Pardo desde el 18 de julio al 23.
71.400 maravedís que recibió del marqués de Malpica, superintendente de las obras y bosques por mano de don Alonso Carbonell, maestro mayor de las obras reales, para los reparos en el Alcázar de Madrid.
328.644 que recibió de Añoover de Tajo a cuenta de los 1.625 ducados que debían pagar del plazo que cumplió el 22 de febrero de 1648 por haberles eximido de la jurisdicción de Toledo.
159.800 maravedís de don Fernando Ruiz para las obras en la escalera de la secretaría universal.
189.810 maravedís de Andrés de Lera por 1.665 conejos que se cazaron en El Pardo del 25 de julio al 30.
136.000 maravedís que libró el licenciado José González, presidente de Hacienda, en 7 de agosto, en las arcas del real tesorero, para los gastos del túmulo que se hacía en las Descalzas por las honrras del rey de Polonia.
295.260 maravedís de Andrés de Lera por 2.590 conejos que se cazaron en El Pardo entre el 1 y el 13 de agosto.
132.468 maravedís de Andrés de Lera por 1.162 conejos que se cazaron en El Pardo desde el 15 al 20 de agosto.

Capítulo 7.2: *La financiación de los sitios reales*

86.900 maravedís de Andrés de Lera por 785 conejos que se cazaron en El Pardo desde el 22 al 27 de agosto.
99.066 maravedís de Andrés de Lera por 869 conejos que se cazaron en el Pardo desde el 29 de agosto al 3 de septiembre.
375.000 maravedís por libranza de Garci Tello de Sandoval, contador mayor de las tres Órdenes militares, fecha en Madrid a 3 de agosto, en el licenciado Juan Suárez de Azevedo, tesorero de la mesa maestral de la Orden de Calatrava, para pagar los salarios de los 12 guardas a caballo del monte de El Pardo.
1.020 maravedís de Julio César Semín, pintor, por los alcances de los 400 reales que se le dieron por hacer los escudos de armas que pintó en el túmulo del rey de Polonia en el convento de las Descalzas.
136.000 de Añoover de Tajo a cuenta de los 1.625 ducados que debían pagar del plazo que cumplió el 22 de febrero de 1648 por haberles eximido de la jurisdicción de Toledo.
80.826 maravedís de Andrés de Lera por 709 conejos que se cazaron en El Pardo a cumplimiento de 13.999 conejos que se cazaron en dicho lugar desde el 25 de junio, que se empezó la temporada de caza, hasta el 16 de septiembre.
204.000 maravedís de Domingo Centurión, del Consejo de Hacienda, para la obra de una bajada y palenque a la bajada del parque.
750.000 maravedís que por cédula real despachada el 30 de octubre mandó al contador Francisco Manzano le diese y entregase de cualquier dinero dado que procediese del contrabando de los 2.000 ducados para el reparo de la casa de El Pardo.
136.000 maravedís, por cédula de 4 de septiembre, en la cuarta parte y medias annatas de que su Majestad de los juros situados en las alcábalas de Úceda, en lugar de lo decretado a Salvador Vaz Martínez para que se los diese a Francisco Alonso, cerrajero de cámara.
148.376 maravedís de la villa de Añoover de Tajo a cuenta de los 1.625 ducados que debían pagar del plazo que cumplió el 22 de febrero de 1648 por haberles eximido de la jurisdicción de Toledo.
4.760 de Andrés Fernández por mano de Juan de la Barra, teniente del alcalde de la Casa de Campo, por el precio de una punta de árboles que se le vendieron de los que se cortaron en la Casa de Campo. Recibo de 20 de octubre.
224.400 maravedís de don Fernando Ruiz para los gastos de la máscara que se hizo en el salón de palacio por los años de la reina.
21.080 maravedís de Andrés de Sosa, vecino de Madrid y persona en quien está hecho el arrendamiento de las tierras que su Majestad tiene en el heredamiento de Amanuel por 12 años que comenzaron el día de San Miguel de 1641.
149.600 maravedís que recibió de don Fernando Ruiz para el gasto de la máscara que se hizo en palacio por el cumpleaños de la reina, recibo de 23 de diciembre.

238.000 maravedís de Juan García de Ávila Muñoz, secretario real, para reparos en la Torre de la Parada, con recibo de 15 de abril.
68.000 maravedís que en 5 de junio recibió de Juan García de Ávila Muñoz para reparos en la Torre de la Parada.
530.876 maravedís de Juan García de Ávila para reparos en la Torre de la Parada y el Alcázar, recibo del 27 de julio.
176.106 maravedís recibió de Lázaro Sevillano, escribano de cámara de la Junta de obras y bosques de condenaciones de penas de cámara a cazadores desde el 29 de mayo al 22 de diciembre de 1648.
1.153.542 maravedís que por libranza despachada por el consejo y contadores mayores de la Hacienda, fecha el 26 de marzo de 1649, se le libraron en los Millones de Galicia por cuenta de los 150.000 ducados de la quinta situación para la paga de la guarda de El Pardo.
73.950 maravedís que recibió del marqués de Malpica, superintendente de las obras reales, que se los dio el rey en 50 doblones de a dos escudos de oro cada uno para la obra que se hacía de la tapia y pilares desde la esquina del Jardín de los Emperadores al palenque de la puerta del Parque, recibido el 30 de marzo de 1649.

En el afán por tratar de reducir los gastos, el 14 de enero de 1648 se preparó una relación de los salarios de los oficiales y ministros de las obras del Alcázar para su reforma. En ella se señalaba, en relación a los salarios ordinarios, que los 150 ducados que gozaba el veedor por la casa de aposento, se dieron a Sebastián Hurtado y a Luis Hurtado, su hijo, sus antecesores, por cédulas de 1 de diciembre de 1610 y de 28 de junio de 1618, refrendadas de Juan de Ibarra y Tomás de Angulo, por lo que se debería de mantener. Por su parte, se indicaba que se podían quitar los 72.000 maravedís que tenía el pintor Angelo Nardi, ya que se le pagaban las obras que hacía, lo mismo que se podía hacer con Diego Velázquez, que tenía 89.780 maravedís, además quitarle los 270.000 maravedís que disfrutaba desde el 27 de febrero de 1644 por acudir a las obras particulares del monarca. Se podía reformar la ayuda que gozaba el vidriero Jorge Vadel de 54.820 maravedís, ya que no ejercía y cuando lo hacía se le pagaban las obras, lo que también se debía de hacer con su compañero Gaspar Ruscar, vidriero que entró en lugar de Diego del Campo. En relación a las nóminas, se indicaba que Francisco López, a cuyo cargo estaba la huerta del picadero que salía a doña María de Aragón, gozaba de 55.845 maravedís, y que se le podía reformar por haber introducido este oficio el marqués de Torres por la comunicación que por aquella puerta tenía el Conde Duque, y habiendo cesado esta causa no parece que debía haber este oficio. Mientras que a Alonso Carbonell, que gozaba de 131.250 maravedís de salario situados desde 1641 en el Alcázar, se le volvían a situar en Aranjuez, donde siempre habían

estado. Y finalmente, se indicaba que se podían moderar las limosnas y mercedes que se pagaban por las obras, que importaban 552.908 maravedís ⁴⁷⁸.

En 1651 se produjeron importantes cambios. Por un lado, el 2 de diciembre de ese año se ordenó que las consignaciones de El Pardo corriesen por la disposición y superintendencia del alcalde de dicho lugar, en lugar del pagador de Madrid ⁴⁷⁹ —anteriormente, el 23 de junio, don Luis de Haro recomendaba al monarca que aumentase las consignaciones— ⁴⁸⁰. Además, el 23 de diciembre, la junta trató la división que se realizó por decretos de 2 y 5 de noviembre de dividir la consignación de los 4.000 ducados que tenían en los Millones de Segovia las obras y oficiales del Alcázar de dicha ciudad y casas de Valsaín y la Fuenfría; por un lado 3.700 para las obras ordinarias y extraordinarias y paga de los salarios de los criados y oficiales de Valsaín y la Fuenfría, que se distribuirían por orden del alcalde de Valsaín, guardando la forma que habían en El Pardo, y el resto para el Alcázar ⁴⁸¹.

Si bien, las dificultades continuaban, y aumentaron en la década de los 50, sobre todo, en los sitios reales de Valladolid, Toledo y Segovia, donde, según la relación de la junta, de 19 de diciembre de 1652, se pasaba mucha necesidad, ya que algunos criados llevaban más de tres años sin cobrar por los problemas en los pagos de las consignaciones ⁴⁸². En la sesión de la junta de 20 de marzo de 1653 se remitía el informe del agente encargado del cobro de las cantidades consignadas, en donde señalaba que los años pasados las consignaciones ordinarias en los Millones de Madrid, Toledo, Valladolid y Segovia habían sido tan cortas que no había recibido nada para las obras y salarios de los oficiales ⁴⁸³. Para acudir al pago de los atrasos, la Junta de obras y bosques dispuso dos cédulas de 2 de agosto de 1652 y de 12 de mayo de 1653 para que el tesorero de la casa de Segovia pagase

⁴⁷⁸ AGP, AG, leg. 711, s.f., carpeta de 1657.

⁴⁷⁹ Fue pedido por don Luis de Haro el 26 de septiembre (AGS, TMC, leg. 1524).

⁴⁸⁰ RAH, 9/1075, ff. 366-367.

⁴⁸¹ La junta consideraba que con lo que se dejaba para el Alcázar sólo había para las obras ordinarias, por lo que pedía que en los 3.700 ducados también se debería incluir los salarios y pensiones de los oficiales que trabajaban en Segovia. Teniendo en cuenta, además, que la situación en el Alcázar era muy grave y que el edificio amenazaba ruina y que con 2.000 ducados se podría solucionar, solicitando que se sacase del resello de vellón que se hacía en el ingenio de la ciudad (AGS, CSR, leg. 312, núm. 178 y leg. 349, carpeta 1, núm. 24).

⁴⁸² *Ibidem*, leg. 312, f. 226.

⁴⁸³ La junta solicitó al monarca que pidiese a la junta de Millones, que estaba reunida, que lo tuviese presente en el reparto de los próximos Millones. El rey “está bien y así lo he mandado” (*Ibidem*, núm. 364).

del señoreaje que se asentó en juros de la labor de plata y vellón⁴⁸⁴. Por su parte, el 22 de marzo de 1653, Felipe IV pedía al presidente de Hacienda que las consignaciones ordinarias de las casas y obras reales se pagasen en parte efectiva, ya que antes estaban:

en partes tan embarazadas que por no haver tenido cavimiento no se han cobrado, con que las obras están amenazando gran ruyna y los criados padeciendo suma necesidad, por ser toda gente pobre y no cobrar sus gajes quatro años ha, y aunque diversos decretos antecedentes he mandado se remedie este inconveniente, no haviendo tenido efecto hasta aora, he querido ordenar de nuevo a esa comisión que de las consignaciones se libren y pongan en partes que sean efectivas y cerca de las cassas reales para escusar lo más que se pueda la condución y que lo que ésta importare se libre también como antes lo tengo mandado⁴⁸⁵.

Con todo, la situación se mantenía inalterable. El 8 de abril de 1655, Sebastián Hurtado solicitó que se enviase orden a la Junta de Millones para que no se hiciese bueno maravedí ninguno que perjudicase el pago de la consignación de los sitios de Segovia⁴⁸⁶. Por su parte, el pagador de Valladolid, el 22 de abril, escribía a la junta diciendo que en el reparto de las consignaciones de dicho año no se había incluido la consignación fija de 2.166.000 maravedís⁴⁸⁷, por lo que en las obras de dichos lugares se debían más de 5.000.000 maravedís de 1652, 1653 y 1654 (las de 1656 estaban todavía sin consignar)⁴⁸⁸. Lo mismo ocurría en Toledo, cuyo pagador informaba, el 28 de mayo de 1660, que no había cobrado nada correspondiente a 1658 y 1659, aunque había hecho las diligencias oportunas y que de 1657 cobró 822.290 maravedís: 309.000 en la tesorería de Ocaña, 209.290 en la tesorería de Talavera y 204.000 en la tesorería de los Millones de Alcaraz, y gastado 807.140 maravedís⁴⁸⁹.

En Madrid, la situación no era mejor. Sebastián Hurtado, agente de las consignaciones de las obras reales de Madrid, Casa de Campo y El Pardo, escribió el 11 de febrero de 1655 que de las consignaciones de 1651 y 1652 se debían todavía 6.696.096 maravedís, que no se cobraron en los Millones de Madrid y Córdoba por la bajada de la moneda de 1652 y, aunque el monarca tenía mandado que la

⁴⁸⁴ AGS, CSR, leg. 348, carpeta 1, núm. 10.

⁴⁸⁵ AGS, CJH, leg. 1000, s.f.

⁴⁸⁶ AGS, CSR, leg. 348, carpeta 1, núm. 105.

⁴⁸⁷ *Ibidem*, núm. 268.

⁴⁸⁸ *Ibidem*, carpeta 2, núms. 22, 43.

⁴⁸⁹ *Ibidem*, leg. 350, carpeta 2, núms. 139-140.

Junta de Millones consignase esta partida en partes fijas, suplicaba se le mandase dar por estar haciendo el repartimiento general⁴⁹⁰. Además, según la relación que el 12 de octubre de 1657 Bartolomé de Legasa envió al marqués de Malpica de los salarios, jornales, limosnas y reparos del Alcázar, estos superaban en 1.094.810 maravedís la cantidad consignada, lo que sumado a lo que faltaba por cobrar de 1650, 1652 y 1655, hacía que se debieran 14.000.000 maravedís⁴⁹¹. El 19 de noviembre de dicho año, los jardineros del Alcázar y sitios reales de Madrid solicitaron a la junta que se les satisficiera lo que se les debía, ya que se habían sacado las consignaciones de Madrid y pasado a Jaén, y consideraban mucho más difícil su cobro —el proceso fue similar en la casa de Castilla—⁴⁹².

El 28 de marzo de 1658 el agente de las consignaciones escribió a la junta para que se solicitase al monarca que ordenara a la Comisión de los Millones que entrasen todas las cantidades consignadas para los pagos de los sitios reales, ya que en los años precedentes no habían cabido muchas cantidades⁴⁹³. Meses más tarde, el 8 de octubre, el marqués de Malpica daba cuenta al monarca del estado lastimoso de la consignación⁴⁹⁴; en dicho año solo se habían cobrado en Madrid entre 17.000 y 18.000 reales⁴⁹⁵. La situación era tan extrema que el 12 de agosto de 1660 la junta solicitaba al monarca que los 1.000 ducados al año que habían quedado libres en las consignaciones por la muerte de Velázquez no se diesen a ninguna otra persona, sino que quedasen para cosas necesarias⁴⁹⁶.

⁴⁹⁰ Parece que no se le pagaron, aunque se hicieron tres decretos, según los libros de la contaduría, de 7 de marzo de 1656, 12 de marzo de 1657 y 4 de abril de 1659 (AGS, CSR, leg. 348, carpeta 1, núm. 102 y leg. 349, carpeta 2, núm. 25; AGS, CMC, 3ª época, leg. 1369).

⁴⁹¹ Por ello, pedía el aumento en las consignaciones (AGP, AG, leg. 711, s.f., carpeta de 1651).

⁴⁹² El 25 de dicho mes, la junta escribió al rey informándole de los inconvenientes que había en sacar la consignación de Madrid por la dilación en la cobranza y por la duda de su cavimiento (AGS, CSR, leg. 348, carpeta 1, núm. 919). Se mando al receptor de Jaén que pagase 3.000.000 maravedís que se debían de la consignación de 1655 (*Ibidem*, leg. 313, núm. 320). Al margen, el monarca: “assi lo he mandado”.

⁴⁹³ *Ibidem*, leg. 349, carpeta 1, núm. 39.

⁴⁹⁴ El rey le respondió que había pedido a don Juan de Góngora que acudiese a este remedio (AGP, AG, leg. 711, s.f., carpeta de 1659).

⁴⁹⁵ *Ibidem*.

⁴⁹⁶ AGS, CSR, leg. 350, carpeta 2, núm. 39. Como no se pagaban las consignaciones, el 10 de junio de 1661 el marqués de Malpica pidió al monarca que diesen 5.000 reales para el pago de los jornales de los que estaban trabajando en las obras de palacio (AGP, AG, leg. 711, s.f., carpeta de 1661).

En este sentido, no nos puede sorprender que los oficiales de las obras reales de Granada, Toledo, Valladolid y Segovia solicitaran que se consultase al monarca sobre la seguridad que el Consejo de Hacienda les daba para los despachos en las consignaciones señaladas para las obras de dichos lugares⁴⁹⁷. Si bien, al final, se procedía con retraso al pago de las deudas. Como ejemplo final, la cuenta que se realizó al pagador de las obras del Alcázar desde el 1 de enero de 1661 hasta finales de 1665. En la misma se sacó que el cargo sumaba 80.391.504 maravedís mientras que la data era de 80.368.160, cantidad que se distribuyó de la siguiente manera:

TABLA 26 (en maravedís)⁴⁹⁸

Obras del Alcázar: 21.149.300	Obras de El Pardo: 14.536.658
Salarios Alcázar: 17.971.064	Salarios de El Pardo: 12.533.877
Obras Casa de Campo: 3.614.801	Salarios de Valsaín: 999.692
Salarios Casa de Campo: 2.658.488	Viudas: 1.969.416
Gastos extraordinarios: 247.579	Efectos inciertos: 1.334.640
De lo cargado de más en la cuenta que terminó a finales de 1648: 151.118	Baja de moneda, mermas y portes: 3.202.127

⁴⁹⁷ Se les contestó el 12 de junio de 1665 que se haría (AGS, CSR, leg. 352, núm. 27).

⁴⁹⁸ Fuente: AGS, CMC, 3ª época, leg. 1318.

3. *EL REAL SITIO Y HEREDAMIENTO DE ARANJUEZ EN TIEMPOS DE FELIPE IV*

Virgilio Pinto Crespo,
José Luis Hernanz Elvira

3.1. *LA FORMACIÓN DEL REAL SITIO*⁴⁹⁹

El real sitio de Aranjuez se fue nucleando a partir de 1535 sobre propiedades de la Orden militar de Santiago a las que se añadieron también, aunque no sólo, propiedades de la Orden de Calatrava. La vinculación del sitio a la corona data de 1493⁵⁰⁰, con los Reyes Católicos⁵⁰¹, y fue consecuencia de su nombramiento como administradores perpetuos de las Órdenes militares⁵⁰², con las implicaciones políticas y económicas que ello tenía. Carlos I mostró un interés singular por convertirse también en gran maestro de las Órdenes militares en el momento de la sucesión al trono hispano en 1516 y logró satisfacer plenamente sus aspiraciones porque la bula:

[de] 4 de mayo de 1523, agregó perpetuamente a la corona de Castilla el maestrazgo de la Orden de Santiago, y los de Calatrava y Alcántara y los tienen los Señores Reyes con título de administradores⁵⁰³.

⁴⁹⁹ Este trabajo es una parte del resultado del proyecto sobre la “Historia del Real Sitio de Aranjuez: territorio y administración”, cuya investigación financió Patrimonio Nacional.

⁵⁰⁰ Bula de Alejandro VI, de 1 de agosto de 1493, mediante la que otorgaba el maestrazgo de Santiago a los Reyes Católicos. Quindós estableció erróneamente la fecha de 1489 (J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, op. cit., p. 70).

⁵⁰¹ “Nota de los títulos de propiedad del Real Heredamiento de Aranjuez, tanto de su terrazgo, como de edificios y otras cosas según se dirá” (*Ibidem*, p. 1; AGP, AG, leg. 1186/29).

⁵⁰² Este complejo proceso ha sido estudiado por F. FERNÁNDEZ IZQUIERDO: *La Orden Militar de Calatrava en el siglo XVI: infraestructura institucional*, Madrid 1992, pp. 49-51.

⁵⁰³ *Regla de la Orden de la Caballería de Santiago, con notas sobre algunos de sus capítulos, y un apéndice de varios documentos, que conducen para su inteligencia y observancia y mayor ilustración suya, y de las antigüedades de la orden*, Madrid 1791, pp. 147-148.

El emperador, confirmado de esta manera por Adriano VI como administrador a perpetuidad de las mencionadas órdenes, pudo empezar a desarrollar una clara estrategia de consolidación patrimonial de la corona, y poner en marcha la formación territorial del real sitio, como parte de un plan de mucho más alcance, a consecuencia del cual, los territorios madrileño y segoviano se fueron salpicando de posesiones reales a lo largo del siglo XVI. El real heredamiento de Aranjuez se formó y fue creciendo a partir de las posesiones pertenecientes inicialmente de la Mesa Maestral de Santiago, a las que se fueron añadiendo nuevas tierras⁵⁰⁴. Pero el emperador introdujo también cambios en la forma de explotar esas posesiones, realizando además reformas administrativas y dando los primeros pasos para cambiar su marco legal y su estatus jurisdiccional.

Felipe II siguió los pasos de su antecesor, pues incrementó las propiedades, reestructuró el gobierno y la administración del real sitio y desarrolló el marco legal específico, fijando el nuevo estatus jurisdiccional. Durante los períodos que ejerció la regencia del reino por ausencia de su padre⁵⁰⁵, uno de los asuntos que le interesó especialmente fueron los reales sitios, entonces algunos en proceso de gestación y de profundo cambio todos, tanto desde el punto de vista material —nuevas infraestructuras, nuevas dependencias y palacios reales— como gubernativo y administrativo⁵⁰⁶. Mediante órdenes, títulos de nombramiento e instrucciones, elaborados a partir de una información cuidadosa, la más importante de la cual fue recogida mediante visitas de los sitios, desarrolló nuevas formas de gestión y de control del territorio, nuevos modos de explotación y administración, incluida la vigilancia de los propios administradores.

Ya como monarca mantuvo un contacto permanente con los reales sitios y su funcionamiento, despachando sus asuntos, conocidos como de obras y bosques, a través de la cámara de Castilla, dentro de la cual fue surgiendo desde mediados de la década de 1570 un denominado Consejo de obras y bosques, posteriormente

⁵⁰⁴ Proceso conocido desde las obras clásicas de Álvarez de Quindós, el resumen que hizo C. LÓPEZ Y MALTA: *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez escrita en 1868 sobre lo que escribió en 1804 D. Juan Álvarez de Quindós*, Aranjuez 1988, aunque hay que precisar algunas cosas.

⁵⁰⁵ Regencias estudiadas en relación con los reales sitios por F. J. DÍAZ GONZÁLEZ: *La Real Junta de Obras y Bosques...*, *op. cit.*, pp. 21-25 la primera regencia, 1543-1548, y pp. 28-30 la segunda, 1551-1554.

⁵⁰⁶ J. M. MORÁN TURINA y F. CHECA CREMADES: *Las casas del rey...*, *op. cit.*, pp. 40 y ss.

denominado Junta de obras y bosques⁵⁰⁷, sobre la que ya se ha tratado en capítulos anteriores. Durante el reinado de Felipe IV, como ya hemos indicado, la Junta de obras y bosques ya tenía la plenitud legislativa, judicial y administrativa y se había convertido en la institución clave para el complejo gobierno de los reales sitios. El gobierno y la administración de estos estaban también plenamente consolidados tras el desarrollo el siglo anterior, evolución que continuó durante el reinado de Felipe III. Veamos algunos detalles importantes.

La actitud proactiva de Felipe II, materializada a través de la cámara y la junta, propició unos cambios legales y jurisdiccionales que resultaron fundamentales para la configuración de los reales sitios como territorio. Cambios fundamentales para nosotros a la hora de entender la naturaleza del real sitio y el sentido de la actuación de los monarcas en él. Además, en el caso de Aranjuez, teniendo en cuenta su origen territorial, y la dependencia con respecto a las Órdenes de Santiago y Calatrava derivada de ello, la forma inicial de administrarlo y las primeras medidas que se fueron tomando, tuvieron que tener en cuenta esta realidad. Pero las medidas sobre el gobierno y la propia gestión del territorio se fueron orientando paulatinamente a la emancipación del lugar con respecto a la orden correspondiente, a la vez que delimitaban su territorio y desarrollaban su marco jurisdiccional.

El seguimiento paso a paso de estas transformaciones legales, jurisdiccionales y administrativas es un tema de sumo interés que nos permitirá mirar desde una perspectiva nueva a los reales sitios, en especial el de Aranjuez. Por razones de espacio y de coherencia metodológica no podemos realizar aquí ese análisis minucioso, sino que lo reservamos para un estudio sobre el real sitio, cronológicamente más amplio, que estamos realizando. Pero es necesario que sinteticemos aquí las líneas básicas de actuación, pues con ellas se ponen en marcha un sistema de gobierno y administración del sitio que es el que nos vamos a encontrar en el siglo XVII, como ya se ha dicho.

⁵⁰⁷ F. J. DÍAZ GONZÁLEZ: *La Real Junta de Obras y Bosques...*, *op. cit.*, p. 71; el desarrollo y consolidación tuvo lugar entre 1581 y 1588, año este en el que se consolidaron los cambios tanto en la cámara como en la Junta de obras y bosques [M. RIVERO RODRÍGUEZ e I. EZQUERRA REVILLA: “La Junta de Obras y Bosques”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, p. 405].

3.2. UN NUEVO MARCO JURISDICCIONAL

Las disposiciones reales del siglo XV sobre la protección de la caza en El Pardo⁵⁰⁸, sirvieron de precedente al emperador una vez que empezó a poner en marcha la formación del real heredamiento de Aranjuez. Mediante varias provisiones que se promulgaron en 1534, se iniciaron las medidas de protección del territorio, estableciendo en primer lugar una delimitación del espacio protegido y una serie de bienes a preservar como caza, leña, pastos...⁵⁰⁹. Estas disposiciones constituyen el precedente de las reales cédulas o provisiones de límites, que se fueron repitiendo y adaptando a lo largo de los siglos posteriores y que sirvieron para establecer los límites territoriales de los reales sitios⁵¹⁰, tanto desde el punto de vista físico [material], como jurisdiccional, dando lugar al nacimiento y manteniendo

⁵⁰⁸ Tales prácticas restrictivas habrían sido iniciadas por Enrique III con respecto al Pardo, seguidas por los Reyes Católicos en disposiciones de 3 de enero de 1470, de 14 de febrero de 1495 y de 20 de mayo de 1495, también referidas al Pardo, Cfr. P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas...*, op. cit., p. 5.

⁵⁰⁹ Provisión de 20 de julio de 1534, prohibiendo dentro de los límites de los sotos, dehesas y montes que se incorporaron en los años siguientes en el real bosque de Aranjuez, cazar liebres, conejos y perdices; provisión de 28 de septiembre de ese año, que prohibía matar caza mayor, osos, corzos, venados o jabalíes, en un territorio que se extendía aguas arriba del río Tajo, desde la Puerta de la Bisagra en Toledo hasta Aranjuez y 7 leguas más a partir de allí, con una anchura de 4 leguas en cada margen del río, afectando a tierras de una veintena de pueblos, aparte de los montes de Ocaña y Santa Cruz de la Zarza y en ella la encomienda de Monteal (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. 1, f. 142). En los meses de septiembre y noviembre se publicaron además sendas provisiones sobre la prohibición de cortar y sacar leña de los sotos de real sitio, así como que pastasen en ellos rebaños de otros lugares (28 de noviembre de 1534. Cfr. C. LÓPEZ Y MALTA: *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez...*, op. cit., p. 77). Sobre la formación territorial del real sitio y las primeras medidas de organización del mismo es provechosa la lectura de estas obras: J. L. SANCHO: *La arquitectura de los Reales Sitios*, Madrid 1995; M^a M. MERLOS ROMERO: *Aranjuez y Felipe II...*, op. cit.; J. L. SANCHO: *El Palacio Real de Aranjuez, una vista atrás*, Madrid 2003; J. PUERTO: *La leyenda verde: naturaleza, sanidad y ciencia en la corte de Felipe II (1527-1598)*, Valladolid 2003; A. LUENGO AÑÓN: *Aranjuez, utopía y realidad...*, op. cit.; J. L. SANCHO, J. L. VALVERDE y J. JORDÁN: *Real Sitio de Aranjuez*, Madrid 2012.

⁵¹⁰ Una recopilación de estas disposiciones se puede encontrar en M^a Á. TOAJAS ROGER: "Las ordenanzas de Aranjuez en los siglos XVI a XVIII: referentes documentales para la historia y la arquitectura del Real Sitio", *Anales de Historia del Arte* 6 (1996), pp. 85-121. Como suele suceder en la legislación del Antiguo Régimen, las normas generales suelen ser enmendadas por disposiciones menores, referidas a casos concretos pero que se convierten en antecedentes legales, de ahí que nos quede todavía una inmensa tarea para penetrar en el entramado jurisdiccional de los reales sitios y mucho más en el desmesurado Aranjuez.

una nueva entidad jurídica. Esta fue un medio para administrarlos mejor y proteger sus bienes y patrimonio, tanto de agentes externos, como de las personas que tenían su oficio o trabajaban en tales lugares, ya que se creaba un fuero particular a cuyo régimen quedaron sometidos las personas y los bienes vinculados a ellos. Al definir tales reales sitios como territorios jurisdiccionales, fijaron también un ámbito delictivo y establecieron y regularon los medios legales y judiciales para sancionar y castigar tales delitos. La concreción material de todos esto la veremos luego con más detalle al analizar las disposiciones que fueron promulgadas en el período que aquí nos ocupa.

La delimitación y salvaguarda de esos territorios requería medios de vigilancia y, sobre todo, instrumentos materiales y jurídicos. Ello obligó a la redifinición de su gobierno y administración. Formación del territorio, interés patrimonial de la corona y cambios de gobierno fueron de la mano. Cuando Carlos I se convirtió en gran maestro y empezó a tener un interés especial por Aranjuez, siguiendo la tradición de los grandes maestros anteriores, nombra un “tenente”, don Fernando Chacón, caballero de la Orden, para que se ocupase del mantenimiento y cuidado de la posesión, casa real y palacio del real heredamiento de Aranjuez⁵¹¹.

Don Fernando Chacón murió en 1535. Poco después, don Juan de Castilla fue nombrado guarda del bosque de Aranjuez y, además, sucedió como “tenente” a don Fernando Chacón. La nueva realidad territorial del sitio explica las funciones acrecentadas para las cuales fue nombrado don Juan de Castilla. El propio texto de la real cédula de nombramiento nos lo expresa con claridad meridiana:

Por cuanto yo he mandado hacer un bosque para mi recreación en el heredamiento de Aranjuez que es de la Mesa Maestral de la dicha Orden y he mandado unir y anexas y incorporar en el dicho bosque otras ciertas dehesas e tierras e sotos e hacer ciertos edificios e plantar ciertas arboledas y he mandado a D. Juan de Castilla, comendador de la Puebla de Sancho Pérez, que tenga cuidado de la guarda del dicho bosque e arboledas e de las dichas obras e labores e de poner guardas en los sotos e dehesas e términos del dicho bosque e porque la tenencia de los palacios del dicho heredamiento de Aranjuez está vaca, es mi merced e voluntad e mando que en tanto que yo mande proveer otra cosa en contrario, el dicho D. Juan tenga asimismo cargo de la dicha casa e palacios e de la conservación e guarda de ellos e de todo lo demás de suso⁵¹².

⁵¹¹ Real cédula de 15 de septiembre de 1523 (AGP, AP, Aranjuez, caja 3/1); C. LÓPEZ Y MALTA: *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez...*, op. cit., p. 69.

⁵¹² Real cédula de 26 de marzo de 1535: “Nombramiento de Juan de Castilla como tenente de Aranjuez” (AGP, AP, Aranjuez, caja 3/2; cfr. J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, op. cit., p. 423).

Asistimos al inicio de un cambio fundamental en el gobierno del real sitio, en la medida en que pasa de ser una posesión a convertirse en un territorio. De estar regido por un “tenente”, pasaba a ser administrado por un “tenente” y un guarda mayor y, posteriormente, gobernado por un alcaide gobernador con poderes judiciales. En este momento, todavía el real heredamiento, debido a su vinculación con la Orden de Santiago, estaba bajo la jurisdicción del gobernador de la “Provincia de Castilla del Partido de la Mancha y Ribera de Tajo” de la Orden de Santiago, residente en Ocaña. Un ejemplo. En 1540 se dio facultad a Juan de Castilla para indagar a personas de los pueblos vecinos, sospechosos de haber cometido delitos en Aranjuez. Los detenidos como consecuencia de las pesquisas debían ser entregados al ya mencionado gobernador de Ocaña, que era quien tenía potestad de juez.

Pero pronto empezaron a cambiar las cosas y el sitio inició su emancipación jurisdiccional. En 1543 se concedió a Juan de Castilla jurisdicción civil y criminal sobre las dehesas del Parral y Sotomayor para que “las usase y ejerciese en todos los casos y cosas que en las dichas dehesas sucedieren y acaecieren”. Se trataba de una jurisdicción privativa, porque cualquier justicia o juez que tuviese pendiente algún pleito o causas civiles o criminales sobre cosas sucedidas en dichas dehesas, se los debía remitir a Juan de Castilla con los precedentes sobre ellos. Debían enviársele también las personas detenidas, con el estado de su causa. Y en el futuro, ninguna persona debía entrometerse en usar dicha jurisdicción, “bajo las penas en que caen quienes usan de jurisdicción, no teniendo poder y facultad para ello”⁵¹³.

En 1552, con el nombramiento del sucesor de don Juan de Castilla, Diego López de Medrano, con el título de alcaide y guarda mayor, se dotó al gobernador de Aranjuez de plena jurisdicción civil y criminal⁵¹⁴ y potestad para poder detener y juzgar, asistido de letrado, a todos los que hubieren cometido delitos

⁵¹³ Real cédula 3 de marzo de 1543: “Jurisdicción civil y criminal a Juan de Castilla sobre las dehesas del Parral y Sotomayor”, inserta en R. C. de 27 de junio de 1552, AGP, Registros, libros de cédulas, lib. 1, f. 143v.

⁵¹⁴ Se establece en la real cédula de nombramiento “que tengáis la jurisdicción civil y criminal del dicho Aranjuez y de las dehesas y bosques y cosas en él incorporadas y demás términos, y que las cosas y casos que en los dichos bosques y términos acaecieren y se hubieren de ver y determinar por justicia, así penas de caza y cortas de leña y otras cualquier cosas, las hagáis y determinéis vos o quien vuestro poder hubiere, con vuestro asesor letrado, porque las guardas y personas que en los dichos términos y bosques residen, no salgan de ellos, con ocasión de decir que van a buscar jueces para ejecutar la justicia 1552, 26 de marzo. Título de alcaide y guarda mayor” (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. 1, f. 117r).

de caza y leña, aunque fuesen de otro lugar, donde también les podía buscar y detener. Asimismo, podía ver todos los delitos que se cometiesen dentro de los límites del real sitio o los que se hubieren cometido fuera del lugar y en los que estaban implicadas personas vinculadas al servicio de Aranjuez, bien como transgresores o bien como víctimas. De esta forma, Aranjuez quedó segregado de la jurisdicción del gobernador de Ocaña, a quien se le ordenaba que remitiese todos los inculcados pendientes de juicio y que en el futuro no interviniese en tales casos ⁵¹⁵. Podríamos decir que a partir de ese año de 1552:

la jurisdicción ordinaria, civil y criminal en Aranjuez y terrenos unidos la han ejercido los gobernadores sin dependencia de otro juez, lo mismo que sobre todos los dependientes y criados del sitio, y sus incidencias ⁵¹⁶,

aunque todavía seguía el vínculo con las Órdenes, como lo expresa la circunstancia de que quien tenía que tomar razón de esta disposición para que entrase en vigor era Pedro de Ávila, contador general de las cuentas de las Órdenes ⁵¹⁷.

En las instrucciones que acompañaron al nombramiento de López de Medrano, se especificaban además las funciones administrativas que tenía que ejercer. Tenía la obligación de residir en Aranjuez, de:

visitar toda la tierra y bosques y heredamiento, poniendo gran cuidado en lo referente a la caza mayor y menor y en la vigilancia de la corta de leña, impidiendo que se haga una corta mayor que en los tiempos inmediatamente anteriores.

Además, debía tener cuidado de que los mayordomos, veedor y pagador desempeñasen bien su oficio y debía rendir cuenta de manera regular del estado en que se hallaban las cosas y proveer lo necesario para el servicio del emperador ⁵¹⁸.

3.3. *LA GESTIÓN Y EXPLOTACIÓN DE LAS PROPIEDADES*

Vemos como se fue perfilando la figura del gobernador desde el punto de vista judicial, gubernativo y administrativo, en consonancia con los cambios territoriales y administrativos del sitio, y de la necesidad de preservar el territorio

⁵¹⁵ Provisión de 27 de mayo de 1552, donde se manda guardar la caza (*Ibidem*, f. 144r).

⁵¹⁶ J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, *op. cit.*, p. 422.

⁵¹⁷ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. 1, f. 117r.

⁵¹⁸ Madrid, 29 de marzo de 1552: “Instrucción a Diego López de Medrano”, en *Ibidem*, ff. 118r-120v.

aumentando su dominio sobre él. Aunque principal, el gobernador no era la única pieza del engranaje. También se fue desarrollando una administración propia, modificando la existente anteriormente, cuando esas tierras pertenecían en exclusiva a la mesa maestral. Desarrollo institucional que cristalizó en las instrucciones de Felipe II de 1563, consideradas habitualmente como el marco normativo básico del real sitio hasta finales del siglo XVIII⁵¹⁹, aunque ello suponga simplificar demasiado las cosas, como iremos viendo al analizar también otras cuantas de las numerosas disposiciones que se fueron promulgando hasta el final del reinado de Felipe IV, dejando para otro momento las del siglo XVIII.

Pero además, debemos tener también en cuenta otros cambios, aparte de los jurisdiccionales y administrativos. La situación previa en las antiguas encomiendas tuvo que ser modificada y adaptada a los intereses de la corona, que fue imponiendo otros criterios de gestión del territorio del real sitio. Ahora parece que se quería primar la conservación de los recursos naturales existentes por encima de la explotación del terrazgo, que era vista como una explotación demasiado intensiva, que exigía, además, la presencia regular de un número abultado de personas de los pueblos colindantes para realizar las tareas agropecuarias, lo que chocaba con los criterios restrictivos sobre población y residencia en el real sitio, que se trataron de imponer desde mediados de la década de 1530.

Mediante real cédula de 23 de abril de 1550, se ordenaba a Juan de Castilla:

que visite el lugar e indague si es cierta esa información de que los oficiales han sembrado y siembran todas las tierras y si ocupan las dehesas con sus ganados y detalle qué tierras y dehesas son, especificando el daño causado a la hacienda del rey⁵²⁰.

Esta orden venía después de reprocharle que no se había cumplido con la instrucción dada por el príncipe Felipe en 25 de agosto de 1548, y porque se tenía información de que se estaba sobreexplotando el real sitio, siendo responsables de ello los oficiales del mismo, que habían permitido que se sembrasen todas las tierras, traído muchos ganados a dichos bosques y ocupado las mejores dehesas por la mitad de lo que valían, favoreciendo a sus amigos y allegados.

Para evitar esto, se promulgó la mencionada instrucción, que recogía las propuestas de una memoria preparada por Francisco de Luzón tras visitar el sitio, y trataba de regular de manera diferente el sistema de cultivos y la forma de arrendar las propiedades. Ello suponía introducir cambios importantes en la explotación

⁵¹⁹ En 1795 se promulgaron unas nuevas ordenanzas, que están reproducidas en facsímil en una edición de Aranjuez 1989.

⁵²⁰ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. 1, ff. 50v-52v.

de las tierras del real sitio, hacer una revisión de los arrendamientos existentes en ese momento (1548) y fijar unas bases distintas para los arrendamientos futuros. Había que negociar con los arrendatarios y recuperar la dehesa de Sotomayor, arrendada a pasto y labor para que en el futuro se arrendase sólo a pasto. Se prohibió el arrendamiento del carrascal de Aranjuez y el sotillo de Alpajés. Además, se introdujeron restricciones al arriendo de la caza y se prohibió volver a arrendar la caza de Aceca por el precio que se arrendaba en ese momento. La caza de Soto Gordo y Hoyuelas [¿], no debía volverse a arrendar cuando finalizase el mismo.

La protección y conservación del pasto y la leña se convirtieron en asunto principal. De ahí también el control y la vigilancia que se estableció sobre la corta de leña: no se podía cortar sino era conforme a lo establecido por el rey y, además, en la corta debía estar presente vigilando una persona nombrada por Juan de Castilla. El pasto y arbolado favorecían la caza ⁵²¹.

Estas instrucciones no parece que fueran eficaces cuando se promulgaron y tuvieron que volver a ser recordadas en la real cédula de 18 mayo de 1550, cuando se conoció haber dado en arriendo las tierras donde se habían plantado morenas y olivos, para que se sembrasen hortalizas y semillas y que los arrendadores cuidasen de esas tierras y árboles. Las instrucciones de 1548 prohibían explícitamente la siembra de hortalizas entre los árboles y dejar en manos de los arrendatarios el cuidado de los mismos. Y estas prohibiciones seguían estando en vigor, como se reafirma en esta real cédula ⁵²².

Estas medidas parece que tampoco funcionaron a lo largo de la década siguiente. El furtivismo y el fraude a la hacienda del rey no desaparecieron. De ahí la visita que se encarga en enero de 1560 a Suárez de Toledo, alcalde de casa y corte, y Pedro del Hoyo, secretario real, y la promulgación justo un año después de unas nuevas instrucciones que a su vez recogían la provisión de 1552 sobre protección de la caza ⁵²³. El sitio, aparte de medios para hacer efectivas esas disposiciones, necesitaba una reordenación más profunda, a la que se trató de hacer frente mediante las Instrucciones de 1563, como comentaremos un poco más adelante. Pero debemos tener presente que a largo plazo esta política de control y de cerramiento fue en gran medida inútil. La gran extensión y la variedad de suelos, paisajes y productos del real sitio acabaron imponiéndose. Ya en el siglo XVII se había convertido en un gran centro generador y distribuidor

⁵²¹ AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. 1, ff. 51r-52v.

⁵²² Aranda de Duero, 18 mayo de 1550: Disposiciones sobre administración y explotación de Aranjuez (*Ibidem*, ff. 61r-64r).

⁵²³ F. J. DÍAZ GONZÁLEZ: *La Real Junta de Obras y Bosques...*, *op. cit.*, pp. 59-60.

de rentas, el más importante del circuito interno de las posesiones reales, necesitado de las relaciones con su entorno, bien fuese relaciones de intercambio o bien de dominio. Así es como le vemos plenamente configurado durante el reinado de Felipe IV.

También durante este período se empezaron a regular las relaciones de Aranjuez con los lugares y las gentes del entorno, unas relaciones que acabaron siendo fundamentales para ambas partes. Como hemos señalado, la incorporación de nuevas propiedades a Aranjuez se hizo asumiendo con dichas propiedades las relaciones contractuales que pudieran tener con terceros en ese momento. Si, por ejemplo, estaban arrendadas se asumían los arriendos, aunque los monarcas trataron de modificar esa situación para establecer un mayor control sobre la explotación agropecuaria, protegiendo esas tierras y sus frutos e intentado separarlas de su entorno. Se trataba de un deseo un poco irreal, valga la paradoja. Como constataremos al ver el sistema de arrendamientos que se fue implantado y que analizaremos para el siglo XVII, o al repasar las deudas de los lugareños con la corona y la ejecución de propiedades o rentas que ello generó o al repasar las listas de los que abonaron penas de cámara por la comisión de infracciones de lo más diversas, desde la caza furtiva, hasta la corta de leña o simplemente por tener un galgo cuando estaba prohibido por pragmáticas reales tenerlos en esos lugares, entre el real sitio y las numerosas poblaciones de su entorno se produjo una especie de ósmosis, ya que se necesitaban mutuamente. Los campesinos de los pueblos colindantes practicaban el furtivismo o se aprovechaban de ciertos productos del real sitio, pero el rey también interfería en sus propiedades. Los límites de protección de la caza se extendían más allá de las posesiones reales, incluyendo propiedades de otros, con perjuicio económico reconocido, aunque en parte paliado con indemnizaciones para los campesinos de los lugares y tierras afectados.

Además, pronto se empezó a exigir a las poblaciones del entorno prestaciones en favor del real sitio, los ya citados maheramientos, supervivencia de las cargas que debían soportar (aposentamiento, yantares, suministros de leña, paja...) los lugares en los que se hallaba la corte, cuando era itinerante⁵²⁴. Lo curioso es que en nuestro caso las cargas se imponían, no sólo, para atender las necesidades

⁵²⁴ A los Reyes de Castilla pertenecía “por costumbre antigua, el sacar de los montes de cualquier lugares, así realengos, como de señorío, comarcas a la corte, la leña interesaría para la provisión de la casa real y de las de sus oficiales, como no sea cortándola por pie, y para las obras reales es lo mismo. Y así la ciudad de Segovia ha dado, y da siempre los pinos necesarios de sus montes, con solo la ceremonia de pedirselos el Rey por una carta” (P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas...*, op. cit., p. 145).

generadas por las jornadas reales, cuando allí estaba la corte, sino también para la realización de obras y tareas en el sitio, incluso cuando la corte no estaba allí. Tal vez era cierto lo que afirmaban Pedro y Antonio de Cervantes, que el rey, aún ausente, se encontraba siempre presente en los reales sitios⁵²⁵. Era una forma de convertir esos lugares en parte del espacio de la corte.

3.4. *LA ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA*

A pesar de que las mencionadas disposiciones de mediados del siglo XVI trataron de poner las bases, aunque rudimentarias, de un nuevo modelo de administración, fueron siendo superadas por los hechos y se hizo necesario formalizar un sistema de gobierno y una estructura administrativa organizados de una manera más clara y racional. Inicialmente, pareció predominar la idea de que bastaba con poner en los puestos clave a personas de probada fidelidad para que las cosas funcionasen. Pero, a tenor de las visitas que se hicieron, las cosas no fueron así, ni en este ni en otros reales sitios.

Las instrucciones de Felipe II de 9 de febrero de 1563⁵²⁶, reflejaban bien la situación y trataban de hacer frente a los cambios que se fueron produciendo en las décadas anteriores. Suponían un esfuerzo por diseñar y organizar una estructura administrativa, ante la nueva situación y la efervescencia constructiva del real sitio⁵²⁷. Se trataba de unas extensas instrucciones que comprendían algunos

⁵²⁵ “Los reyes siempre están presentes en sus sitios y bosques reales, sino corporalmente, al menos por sus alcaides, gobernadores, guardas mayores o menores, que continuamente prohíben el paso y la entrada en ellos sin licencia especial o de su Majestad o suya en su nombre” (P. DE CERVANTES y M. A. CERVANTES: *Recopilación de las Reales Ordenanzas...*, *op. cit.*, p. 153).

⁵²⁶ Provisión 9 de febrero de 1563: “Instrucciones de Felipe II para el gobierno y administración de su real sitio”, en AGP, Reg. 6673 [Aranjuez], ff. 1-26.

⁵²⁷ El objetivo principal de estas instrucciones no sería preservar el real bosque como coto de caza. Más bien se trató de establecer una compleja administración dejando para otras disposiciones, las denominadas cédulas de límites (Cfr. M^a Á. TOAJAS ROGER: “Las ordenanzas de Aranjuez en los siglos XVI a XVIII...”, *op. cit.*, pp. 89-94), los asuntos jurisdiccionales y de administración de justicia, pero no sólo para el furtivismo u otros delitos sobre la caza, sino para cualquier otro delito, como daños a las propiedades o a las personas o los incumplimientos de las escrituras de obligación por parte de los contratistas de obras o materiales o los retrasos en el pago de los arrendamientos. Los complejos asuntos de los reales sitios, no sólo de Aranjuez, y el papel clave que la administración de justicia desempeñó en su marcha, se tradujo en el nombramiento de numerosos jueces comisionados

aspectos de gobierno, que hay que completar, al menos desde un punto de vista jurisdiccional y judicial, con las “leyes” de límites, pero que sobre todo establecen un régimen administrativo ambicioso, que trataba de no olvidar ninguno de los aspectos básicos del funcionamiento del sitio. Mediante ellas se trataba de regular y de conseguir los siguientes objetivos:

- Vigilar y controlar efectivamente el territorio, así como sus bienes y productos, estableciendo los medios materiales y legales para ello.
- Desarrollar una explotación que fuese eficiente, actuando de acuerdo a la reglamentación que aquí se establecía y buscando en cada actuación preservar y acrecentar los intereses de la corona (hacienda del rey).
- Lograr una acción de gobierno ágil para hacer frente a las múltiples tareas que se desarrollaban en el sitio.
- Realizar una administración eficaz y controlada de las rentas, productos y recursos que se asignaban para el funcionamiento y la mejora del real sitio.
- Controlar a los oficiales, empleados y jornaleros circunstanciales del sitio para que cumpliesen con sus obligaciones y no defraudasen al rey, bien aprovechándose de manera espuria de bienes que pertenecían al sitio, bien incumpliendo las obligaciones de su oficio o tarea.
- Llevar a cabo una administración económica clara, con contrapesos entre los distintos oficiales implicados en ella, dejando constancia documental de cada uno de los actos administrativos, llevando el inventario de bienes y recursos de cada momento, de la circulación interna del dinero o de cualquier otro producto o bien.

(Cfr. M. RIVERO RODRÍGUEZ e I. EZQUERRA REVILLA: “La caza en la casa y corte de Felipe II”, *op. cit.*, vol. I, pp. 403-407), que ejercieron por delegación una jurisdicción privativa del rey, convertidos con el tiempo en jueces especializados en distintos asuntos y causas, desde los jueces de visita para controlar el gobierno y administración de los reales sitios, a los alcaldes jueces de bosques, que perseguían el furtivismo y también otros actos delictivos dentro de los territorios establecidos por las cédulas de límites y pragmáticas reales de protección de bosques (Cfr. J. PUERTO: *La leyenda verde...*, *op. cit.*, pp. 217-219; AGP, AP, Aranjuez, caja 3/7; AGP, AGP, Registros, libros de cédulas reales, libs. 3, ff. 23-24 y 10, ff. 82-85), a los jueces comisionados para evaluar los daños de la caza, o los jueces de ejecución de deudas, sin olvidar que los alcaides de los reales sitios y el gobernador de Aranjuez acumulaban el poder gubernativo y judicial de los lugares que gobernaban. Bien merecerá la pena analizar en otra ocasión, tanto la naturaleza de esta justicia administrativista y recaudatoria, como los jueces que la aplicaron y la heterogeneidad de causas a las se que enfrentaron.

Nos vamos a fijar en algunos aspectos que no ayuden a comprender mejor la organización administrativa del siglo XVII, que tiene que ver con este trabajo.

3.4.1. *La Junta de oficiales*

Las instrucciones iban dirigidas a don Juan de Ayala, a la sazón “gobernador, alcaide y guarda mayor de la caza y bosques de Aranjuez”. Tal gobernador o sus sucesores habían:

de guardar y hacer que guarden [las instrucciones] nuestros oficiales y los guardas y otras personas, que residen y han de residir e trabajar en la dicha Aranjuez, entre tanto que no mandemos mudar lo contenido en esta nuestra instrucción.

El gobernador debía residir en el real heredamiento, porque residiendo allí podía ver mejor lo que sucedía y de esta manera disponer lo más conveniente:

en lo que toca a la buena guarda de la caza y conservación y policía de los sotos, calles y jardines, como en la administración y aprovechamiento de la dicha hacienda y la fábrica de las obras y otras cosas que he mandado que se hagan en la dicha Aranjuez, para que todos, cada uno en lo que fuere a su cargo, haga y cumpla lo que fuere obligado ⁵²⁸.

Sin duda alguna el gobernador ocupaba la cúspide del gobierno y la administración del real heredamiento. Los títulos que se le fueron dando en cada momento, expresaban las sucesivas competencias de gobierno, justicia y administración que, de manera creciente, se le fueron otorgando y que se sintetizan en este preámbulo de las instrucciones. Volveremos más adelante sobre este personaje.

Pero aunque las competencias del gobernador fueran las más importantes, la administración y en buena medida el gobierno del sitio era “colegiada”, no unipersonal, como una forma de establecer contrapesos al poder individual de los oficiales principales del sitio. Así, en el punto trigésimo de estas instrucciones se establecía que:

en los tiempos más convenientes para ello, se juntarán [los mayordomos] en Aranjuez, con vos, el dicho nuestro gobernador y con el contador a platicar y conferir, la orden que se terná y diligencias que han de hacer para que los dichos miembros de rentas [propiedades del real sitio] se arrienden y beneficien con más aprovechamiento de nuestra hacienda y entre todos se mirará, según la calidad de los tiempos, por qué tiempo se hará el arrendamiento y hasta qué cantidad ⁵²⁹.

⁵²⁸ AGP, Reg. 6673 [Aranjuez], f. 1.

⁵²⁹ *Ibidem*, f. 9

En este punto trigésimo se abordaba de manera extensa la forma de realizar los arrendamientos de las tierras y otras propiedades, de manera que se arrendasen en las condiciones más favorables para la hacienda del rey. Era un asunto fundamental y, por eso, la junta la forman los cargos más importantes, herencia de la administración de las Órdenes militares. Los mayordomos, en este momento dos, que se iban turnando anualmente, administraban las rentas generadas por las propiedades y por la venta de granos y el contador fiscalizaba y llevaba el registro de todos los bienes, rentas y movimientos de dinero. Esta misma junta recibía las primeras posturas y, finalmente, decidía quienes se convertían en arrendatarios.

Esta junta, configurada así en 1563 y denominada por Álvarez de Quindós “Junta económica de gobierno”⁵³⁰, es conocida en la documentación interna posterior como Junta de oficiales y se acabó de formalizar en las instrucciones de 1582⁵³¹. En su primera disposición, establecen que se habían de reunir el mayordomo y contador y veedor con el gobernador dos días en semana para tratar de los negocios relacionados con el gobierno, administración y beneficio de la hacienda de Aranjuez⁵³². Los días podían ser los lunes y jueves por la mañana o por la tarde y el lugar podía ser algún aposento de la casa vieja. El escribano debía estar presente en estas reuniones y debía redactar un auto con los acuerdos de esta junta⁵³³.

La administración del real sitio, en cuya cúspide está el gobernador, como hemos visto, estaba en manos de oficiales que ejercían las competencias específicas de su cargo, pero que debían llegar a acuerdos entre ellos para tomar determinadas decisiones y llevar a cabo algunas tareas, amén de someterse a controles efectuados por otros oficiales. Mencionaremos sucintamente las funciones de los más destacados.

⁵³⁰ J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, op. cit., pp. 431-432.

⁵³¹ Madrid, 7 de junio de 1582 (AGP, Reg. 6673, ff. 26v-29v).

⁵³² *Ibidem*, f. 26v.

⁵³³ En 1692, cuando se recopilaron estas instrucciones junto con numerosas disposiciones referentes a toda la amplia gama de actividades del real heredamiento, seguía funcionando dicha junta. En el margen de la copia del punto 30 de las instrucciones de 1563 se escribió: “La Junta de oficiales reales que este capítulo previene se mandó por el 1º de las instrucciones reales de 7 de junio de 1582, que está a folio 26 vuelta, se hagan dos veces en cada semana, en los días lunes y jueves; y por orden de la Real Junta de obras y bosques, su fecha 19 de junio de 1563, que está en este libro a fol. 70, se mandó que los oficiales no hagan sus juntas en el cuarto que sirve durante la jornadas de Secretaría de Estado” (*Ibidem*, f. 9v).

La Junta de oficiales, como ya hemos indicado, estaba integrada por el gobernador y los dos oficiales más importantes del real sitio, mayordomo y contador. Si a estos les añadimos pagador, veedor de obras, tenedor de materiales, capellán, escribano y juez ejecutor de deudas, tenemos completa la cabeza del organigrama administrativo y de gobierno del real sitio. Cada uno, como veremos a continuación, tenía funciones distintas, pero todos estaban sometidos a unas mismas prohibiciones en relación con los bienes y propiedades del sitio. Ni el gobernador ni los oficiales o guardas u otros cualesquiera servidores debían tener participación en los arrendamientos o en otra cualquier actividad lucrativa del sitio. A los transgresores de esta norma les podía caer una sanción como la “prohibición en los oficios y de cincuenta mil maravedíes para la cámara a cada uno de ellos”⁵³⁴. Tampoco podían cazar o meter los aparejos para ello, ni salir fiadores de personas denunciadas por caza. Se establecía taxativamente que ningún oficial de los que administraban la hacienda del rey recibiese dádivas de los arrendadores, herbajeros, pastores o labradores, ni tuviese una relación estrecha con ellos, so pena de 6.000 maravedíes⁵³⁵. Del mismo modo, debía cuidar de que ninguno de los que allí trabajaba tuviese otro jornal o se ocupase de otra labor⁵³⁶.

3.4.2. *Oficios relevantes*

Al menos desde 1552, a partir del nombramiento de Diego López de Medrano, el 26 de marzo de ese año, ahora como “alcaide y guarda mayor” de Aranjuez, los sucesivos gobernadores gozaron ya de plena potestad jurisdiccional y ocuparon el lugar central desde el punto de vista judicial, gubernativo y administrativo.

Mando —decía el título de nombramiento— que tengáis la jurisdicción civil y criminal del dicho Aranjuez y de las dehesas y bosques y cosas en él incorporadas y demás términos, y que las cosas y casos que en los dichos bosques y términos acaecieren y se hubieren de ver y determinar por justicia, así penas de caza y cortas de leña y otras cualquier cosas, las hagáis y determinéis vos o quien vuestro poder hubiere, con vuestro asesor letrado, porque las guardas y personas que en los dichos términos y bosques residen, no salgan de ellos, con ocasión de decir que van a buscar jueces para ejecutar la justicia⁵³⁷.

⁵³⁴ AGP, Reg. 6673, f. 4.

⁵³⁵ *Ibidem*, f. 8v.

⁵³⁶ *Ibidem*, f. 21v.

⁵³⁷ Madrid, 26 de marzo de 1552 (AGP, Registros, libros de cédulas reales, lib. 1, ff. 116v-117v).

En las cédulas de nombramiento de sus sucesores, se fueron confirmando poderes similares a los que se dieron a López de Medrano⁵³⁸, dotándoles también de la plena jurisdicción civil y criminal “de la dicha Aranjuez y de todo lo en ella incorporado”. Ello suponía el poder para detener, juzgar y sentenciar, asistido de letrado, a cualquiera que cometiese alguna infracción o algún delito en el sitio, fuese de caza, leña o de otra naturaleza. Pero también la facultad de investigar en otros lugares, informarse, detener a los culpables y llevarlos a la propia Aranjuez. Finalmente se les daba la autoridad para ejecutar las sentencias.

En las instrucciones de 1563 se establecieron también sus poderes gubernativos y sus funciones administrativas. El gobernador debía residir en el real sitio para mirar y proveer en la guarda del mismo, conservarlo y mejorarlo, cuidando de los sotos, calles y jardines y procurando sacar el mejor aprovechamiento de la hacienda y la fábrica de las obras, teniendo el control de los otros oficiales, guardas y las otras personas que residían y trabajaban en Aranjuez para que todos observasen las ordenanzas y cumpliesen también con sus obligaciones. Las instrucciones también establecían los límites del poder de los gobernadores:

- No podían conceder licencia de caza a ninguna persona incluidos oficiales y guardas, sin expreso mandato del rey.
- No podían tener ganado, ni labrar tierra, ni cualquier otra granjería en Aranjuez, Otos y Aceca, salvo autorización particular por real cédula.
- No podían tener parte alguna en los arrendamientos, ni aprovechamiento de leña⁵³⁹.

El incumplimiento de alguna de estas prohibiciones podía ser sancionado con 50.000 maravedíes para la cámara a cada una de ellas e incluso conllevar pérdida de oficio.

Cada año, junto con el mayordomo que ese año administraba la hacienda, el contador, el guarda principal y los otros guardas, debían hacer una visita general a todos los montes, sotos y dehesas. Cada tres años debía mandar amojonar dichos bosques y dehesas y cuidar que todo quedase bien amojonado y deslindado. Finalmente se le ordenaba:

No permitiréis ni daréis lugar a que en la dicha Aranjuez, ninguna persona haga casa propia, ni se avecinden ni residan más de los oficiales y personas que

⁵³⁸ Provisión de 27 de mayo de 1552, donde se manda guardar la caza (*Ibidem*, ff. 142r-144v).

⁵³⁹ AGP, Reg. 6673, f. 4.

en esta instrucción van declaradas y que necesariamente fueren menester para el servicio de la dicha Aranjuez y de las obras porque así conviene a nuestro servicio ⁵⁴⁰.

Los mayordomos desempeñaban un oficio fundamental para el gobierno y la administración del real heredamiento. En las instrucciones de 1548 se habla de dos mayordomos, con reparto entre ellos de las encomiendas que formaron el sitio, agrupadas según la orden militar de las que procedían. En 1562 persiste esta dualidad, pues todavía cada mayordomo tiene su propia contabilidad. Estas instrucciones de 1563 sancionan una real cédula de 7 de mayo de ese año, que establecía la alternancia anual entre ambos mayordomos para el ejercicio de la mayordomía, hasta que a partir de 1570 quedó solo un mayordomo para administrar las rentas de Aranjuez y agregados ⁵⁴¹.

Las competencias administrativas que tenían eran básicas para el funcionamiento del real sitio, ya que gestionaban tanto las rentas y productos de los heredamientos como los cargos sobre dichas rentas. Pero además ejercían funciones de gobierno, ya que formaban parte del mismo, junto al gobernador y al contador.

No tenían que residir en el real sitio, pero debían acudir a Aranjuez en el momento oportuno para “arrendar y beneficiar” los miembros (propiedades o fincas) de las rentas o realizar otras cosas del servicio del rey. Debían ceñirse al objetivo de conseguir que el arriendo y la explotación se llevaran a cabo con el mayor aprovechamiento para la hacienda del rey. Según se disponía en la instrucción, antes de completarse los plazos de los arrendamientos, en el momento que se considerase más conveniente “se juntarán [los mayordomos] en Aranjuez, con vos el dicho nuestro gobernador y con el contador” para fijar el orden y diligencias que permita que los arrendamientos se hagan con el mejor aprovechamiento para la hacienda del rey. Entre todos se establecería la fecha y cantidad para realizar el arriendo y se recibiría la primera postura.

Debían estar presentes durante la preparación y desarrollo del trámite de arrendamiento de las propiedades y otros bienes, en cuyo proceso participaban a la hora de fijar el calendario y las condiciones de la concurrencia pública que se realizaba, así como el importe de salida de las pujas. Asimismo eran los encargados de llevar el inventario de todos los bienes y de cuidar que las propiedades del sitio estuviesen bien deslindadas y amojonadas ⁵⁴².

⁵⁴⁰ AGP, Reg. 6673, f. 24.

⁵⁴¹ *Ibidem*, f. 1.

⁵⁴² *Ibidem*, f. 24.

Formaba parte de la Junta de oficiales y también debía residir en el real sitio ⁵⁴³. Junto al gobernador y mayordomos deliberaba sobre lo más conveniente para el aprovechamiento de la hacienda del rey, él era quien recibía las posturas y pujas de las subastas de las rentas y arrendamientos, teniendo la obligación de llevar libros con los detalles explícitos (fechas y condiciones) de tales arrendamientos. Debía tener al día los libros de los inventarios de todos los bienes muebles, tanto de los que estaban a cargo de los mayordomos como de los caseros. Del mismo modo, controlaba el gasto, pues debía tener cuenta y razón de todos los gastos en obras y reparos, así como de plantíos y otras cosas que se hiciesen en Aranjuez y Aceca. Preparaba las libranzas para los mayordomos y confeccionaba las nóminas, haciendo constar siempre los conceptos por los que se abonaban unas y otras. También registraba los destajos que se concertaban y recibía copia de la distribución de materiales que autorizaba el gobernador y realizaba el tenedor de materiales, así como copias de los conciertos y asientos de compra de materiales y de su cumplimiento por parte del tenedor de materiales, bienes de los que llevaba inventario el veedor de obras. Sin duda el contador constituía un nodo administrativo fundamental en la compleja red de circulación de bienes y recursos que formaba el real sitio ⁵⁴⁴.

Los guardas constituían un cuerpo fundamental, dadas sus funciones y las competencias de las que se les dotaron. En estas instrucciones de 1563 se fijó su número en 12, 6 de a caballo y 6 de a pie. Eran nombrados por el gobernador, quien les podía destituir. Su primera función era la de vigilancia de las propiedades y frutos del real sitio: bosques, sotos y caza. Se trataba de una actividad compleja por la propia extensión del territorio a vigilar, por las variadas tareas que debían desempeñar, desde las que podríamos denominar policiales (custodia de la caza, de la pesca, de la leña, de los frutos, de los pastos), a las de colaboración con la justicia (detención y denuncia de sospechosos, búsqueda y captura de los mismos en otros lugares), dentro de un marco normativo que les imponía restricciones en cuanto a los medios que podían utilizar y castigaba severamente su negligencia.

Debían residir en los cuarteles y estancias que se les asignaban y debían ser cambiados cada cierto tiempo de cuartel. No podían tener con ellos hijos de más de 14 años. En el siglo XVII se les cambiaba al menos cada año, aunque les permitieron no cumplir la prohibición de tener los hijos con ellos. En el interior del real heredamiento no podían tener yeguas, aunque sí dos caballos, como no podían tener ni portar arcabuz o ballesta, sólo lanzas y espada para su defensa ⁵⁴⁵. La

⁵⁴³ AGP, Reg. 6673, f. 1.

⁵⁴⁴ *Ibidem*, ff. 18-19.

⁵⁴⁵ *Ibidem*, ff. 3-5.

prohibición de tener arcabuces dentro del real sitio siguió vigente durante la segunda mitad del XVI⁵⁴⁶, aunque se empezó a mitigar a partir de 1603, cuando al mismo tiempo que se prohibían tales armas en los pueblos comprendidos en un círculo de tres leguas alrededor de Aranjuez, se autorizaba a los guardas del sitio a tenerlo con licencia expresa e individualizada del gobernador⁵⁴⁷.

Una de sus principales tareas era tratar de controlar a los furtivos, juntándose varios guardas si sospechaban de la actuación de tales furtivos por la noche o en cualquier caso tratando de reconocerlos y detenerlos con la caza y los aperos para ello, y así llevarlos al gobernador, quien debía juzgarlos. Debían hacer lo mismo con los que hurtaban leña o fruta. Aunque no pudiesen detenerlos tenían que presentar denuncia ante el gobernador.

No se trataba de una tarea cómoda. Los guardas que contravenían las disposiciones que les afectaban podían incurrir en penas de 6.000 maravedíes la primera vez y la segunda en pena doblada y privación de oficio. Dispersos por un extenso territorio y con facilidad para establecer lazos con los lugareños, eran objeto de desconfianza y control. El gobernador debía tener especial cuidado en saber en qué cuartel se hacía más daño en caza, leña y frutas y averiguar si ello era consecuencia de la negligencia del guarda de dicho cuartel. En tal caso se debía reprender y castigar al dicho guarda y cambiarle de cuartel o prescindir de él, privándolo de su oficio, quedando en manos del gobernador la decisión sobre ello⁵⁴⁸.

3.4.3. *La plantilla en tiempos de Felipe IV*

Las ordenanzas que habían de regir el real sitio y heredamiento de Aranjuez, emitidas en el año 1651, regulaban las atribuciones y cometidos de los servidores que desde sus orígenes habían formado parte de la plantilla ordinaria del sitio. La custodia, administración, conservación y servicios del palacio y del resto de edificios y bienes muebles estantes y movientes (bosques, estanques, puentes, barcas, ganado, caza...) agregados al patrimonio del sitio desde los primeros decenios del siglo XVI, así como las actuaciones derivadas de otras funciones y ceremonias que habitualmente tenían a Aranjuez como escenario, comportaba de hecho la presencia y el mantenimiento durante todo el año de una plantilla compuesta por medio centenar de personas. Ese número, tal como aparece en el Cuadro 1, apenas experimentó variaciones de consideración a lo largo del reinado de Felipe IV.

⁵⁴⁶ Real cédula en Madrid, 17 de enero de 1593 (*Ibidem*, ff. 93-94).

⁵⁴⁷ Real cédula en la Ventosilla, 10 de octubre de 1603 (*Ibidem*, ff. 100-102).

⁵⁴⁸ *Ibidem*, ff 5-8.

CUADRO 1. OFICIOS PERMANENTES DE ARANJUEZ (HACIA 1650) ⁵⁴⁹

COMETIDO	NÚMERO DE MIEMBROS
Guardabosques	21
Obras	7
Administración-Gobierno	6
Asuntos eclesiásticos	5
Encargados de las aguas y huertas	3
Mayorales del ganado	2
Custodios de los palacios	2
Medicina	2
TOTAL	48

En la cúspide de la plantilla de Aranjuez figuraban media docena de oficiales que se encargaban de ordinario en los asuntos administrativos, judiciales y de gobierno propios del sitio. El gobernador, alcaide que actuaba como delegado del soberano con las más amplias atribuciones, era auxiliado en las referidas tareas por un contador, un mayordomo, un pagador, uno (o dos) escribano(s) y un alguacil. Por lo que se refiere al diseño y realización de las obras que se llevaban a cabo en el conjunto del heredamiento, aquéllas quedaban a cargo de un veedor y proveedor y su ayudante, un tenedor de materiales y su ayudante, un maestro, un aparejador y un asentador. A su vez, el cuidado de las huertas, arboledas y aguas del sitio eran competencia exclusiva de un destilador y su ayuda y de un arbolista, mientras que la variada caballeriza que conformaba la cuadra de Aranjuez (bueyes, vacas, caballos, yeguas, mulas, camellos...) estaba a cargo de un mayoral y su ayudante. También formaban parte de la plantilla fija los conserjes de los palacios de Aranjuez y Aceca, encargados de la conservación y embellecimiento de los espacios interiores de ambos edificios, y dos facultativos (un médico y un boticario) expertos en el cuidado de la salud de los residentes. A su vez, los ceremoniales religiosos que tenían como escenario las capillas de los referidos palacios

⁵⁴⁹ Fuente: Elaboración propia a partir de AGP, AP, Aranjuez, caja 481/1.

de Aranjuez y Aceca, así como las ermitas donde se celebraban misas o romerías, eran oficiados por 4 capellanes, asistidos por un sacristán. A la postre, la nómina de empleados se completaba con los guardabosques, a cuyo frente se situaba un guarda principal auxiliado por un sobrestante y 19 guardas a caballo, todos los cuales custodiaban con celo la plena integridad de los recursos naturales (caza, pesca, leña...), incluidos en el territorio jurisdiccional del real heredamiento, impidiendo la entrada de intrusos ⁵⁵⁰.

Al margen de las ordenanzas que delimitaban las atribuciones de los responsables de la administración de Aranjuez, la Junta de obras y bosques se alzaba de facto como la verdadera controladora de su personal. En este sentido, a lo largo de la primera mitad del siglo XVII no resultó en absoluto infrecuente que sus miembros nombraran regularmente un juez extraordinario para que se personara en el sitio. Existe constancia documental de estas periódicas visitas prácticamente desde el comienzo del reinado de Felipe IV, tal como parece desprenderse del contenido de una orden regia remitida por la junta al gobernador de Aranjuez en mayo de 1622:

Haviéndose visto en la junta una orden que Su Majestad se a servido de dar para que todos los que sirven en el manejo de la hazienda y demás cosas que tocan al gobierno de la Junta hagan inventarios de sus haziendas, se a acordado le haga V[uesa]. M[erced] [esto es, el gobernador], el veedor, contador, mayordomo, pagador, guarda principal, sobreguarda, escribano, ayuda de veedor, maestro de obras, aparejador, tenedor de materiales, mayoral de la vacas y alguacil ⁵⁵¹.

Unas actuaciones que se repitieron de forma intermitente —y a la vez insistente— a lo largo de los decenios posteriores. En septiembre de 1634 otro memorial remitido desde Aranjuez a la Junta de obras y bosques por Bartolomé de Morquecho, miembro del Consejo de Indias y “Visitador general del real sitio de Aranjuez... conforme a las instrucciones de Su Mag[estad]. con que se debe gobernar y administrar aquel real sitio”, solicitaba a la junta que se le remitieran allí los gajes y salarios del licenciado Víctor de la Vega,

fiscal de la visita de Aranjuez... [el cual] se ha ocupado en ella sin havérsele dado salario alguno... y se ha acordado se le paguen 200 ducados de lo procedido de las condenaciones de la dicha visita.

⁵⁵⁰ En la actualidad estamos realizando un estudio monográfico sobre la conflictividad en torno a los bosques de los reales sitios durante la Época Moderna. En el presente trabajo, y por razones de espacio, nos vemos obligados a esbozar sólo algunas pinceladas referentes a esta interesantísima temática.

⁵⁵¹ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo II (Registro 00024), f. 131v.

Siete años después, el peticionario era Francisco Díaz, escribano de la “Visita de los sitios de Aranjuez y El Pardo, [el cual] ha dado en la junta la memoria [de ella]”. Y en 1652 el visitador de turno, Bernardo de Cervera, daba cumplida cuenta a la junta del cometido que previamente se le había asignado:

Haviendo referido en la Junta el ynforme de V[uestra] M[erced]. [el referido visitador Cervera], en razón de las cantidades de maravedís. que se an librado en Aranjuez y a qué ministros de la bisita y lo demás que contiene ⁵⁵².

Las inspecciones realizadas por estos jueces extraordinarios perseguían dos objetivos esenciales: por un lado, el conocimiento y puesta al día del estado financiero del sitio, tanto en lo referente a los ingresos y gastos como a la situación por la que atravesaba su excelso patrimonio. Por otro, la supervisión del personal fijo y la puesta en cuestión de algunas de sus actuaciones, incluyendo la posibilidad de someterles a procesos judiciales, encarcelarles e incluso imponerles penas pecuniarias. Así aconteció, por ejemplo, en las visitas que tuvieron lugar en los años 1651 y 1652, tal como refieren varias reuniones de la Junta de obras y bosques que refrendaban los fallos emitidos por los visitadores, procesando y sentenciando a diferentes oficiales y otros miembros del personal de Aranjuez:

En la junta se ha visto el ynforme de V.M. [el visitador Bernardo de Cervera] sobre el memorial y demás papeles tocantes al mayordomo de Aranjuez; y ha acordado se lleve preso a la cárcel de corte, como se ha hecho ya, y que se avisase a V.M. desta resolución para que la tenga entendida y se le diga pase al embargo de bienes para asegurar el alcance que ynforma resulta contra él, cuyas diligencias se le cometen a V.M. fiando la junta no perdonará ningunas por el servicio de Su Majestad que se atraviesa en el cobro desta hacienda.

En una posterior reunión de los miembros de la junta se aludía a:

ciertos ynformes del visitador sobre alcances que resultan en cantidad muy considerable contra el pagador Baltasar de Villarroel, que lo fue en ese real heredamiento, y contra don Melchor de Villarroel, su hijo, que al presente lo es; y lo que en esta razón pidió el fiscal de Su Mag.; y se ha resuelto se asegure el dicho don Melchor de Villarroel, y para esto sea preso y embargados sus bienes.

A la postre, la visita realizada en el año 1652 resultó especialmente lesiva y se saldó con una batería de sanciones monetarias para el personal de Aranjuez, tal como confirma la pertinente resolución de la junta:

⁵⁵² AGP, AP, Aranjuez, caja 13, exp. 41/1 y Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo IV (Registro 00026), ff. 182v, 165 y 283, respectivamente.

Las condenaciones que ha resultado de los cargos que por la visita se hicieron a los ministros y oficiales de ese sitio [de Aranjuez], son las siguientes: a Baltasar Molinet, veedor y proveedor, por haber asistido poco tiempo en él, 70.000 maravedís; a Francisco Ruiz Osorio, contador, por el mismo cargo, 4.000 maravedís; a Gil Antonio Gutiérrez de Zayas, mayordomo, por cuatro cargos que se le hicieron, de los cuales se le absolvieron de dos, y por no haber tenido buena cuenta y por lo que debía de lo procedido de las rentas reales, se le remite al pleito de cuentas que contra él está hecho; a don Melchor de Villarroel, pagador, por tres cargos que se le imputaron, absuelto de todos ellos; a Juan Martínez de la Higuera, guarda principal, dos cargos por los que se le condena a 10.000 maravedís; a don Andrés de la Plaza, sobreguarda, se le condena a 12.000 maravedís; a Francisco Muñoz Aguado, escribano, otros 10.000 maravedís; a Juan Bautista Castillejo, Diego Agudo, Felipe de Linares conserje de Aceca, al mayoral de las vacas, a Jerónimo Vasco mayoral de las yeguas, a Juan Carrizo, arbolista, absueltos; a Juan Sánchez Cuadros, Bartolomé Pintado y Juan López, guardas, se les hizo cargo de que tubieron yeguas de cría pastando en estos bosques y se les condena a 2.000 maravedís cada uno⁵⁵³.

3.5. *LA HACIENDA*

Los ingresos procedentes de la explotación y arrendamiento de los numerosos y valiosos bienes muebles e inmuebles con los que contaba la hacienda patrimonial del real sitio y heredamiento de Aranjuez, a comienzos del reinado de Felipe IV, eran más que apreciables. No en vano, el total de las rentas recaudadas por los oficiales contables (el mayordomo y el pagador) del sitio en el año 1623 ascendió a 478.170 reales en metálico y 3.516,66 fanegas de trigo y 4.092 fanegas de cebada. Si se procede a convertir a moneda la referida renta cerealística, a los precios tasados por la corona en este mismo periodo (es decir, 18 reales por fanega de trigo y 9 reales por fanega de cebada), el conjunto de lo recaudado ese año arrojaría una suma próxima a los 600.000 reales.

⁵⁵³ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo IV (Registro 00026), f. 282r-v y tomo V (Registro 00027), ff. 3v-4.

CUADRO 2. INGRESOS DE ARANJUEZ EN EL AÑO 1623⁵⁵⁴

CONCEPTO	REALES	FANEGAS
Tierras de labor y dehesas	169.464,35	
Venta de productos de la tierra	146.854,82	
Molinos		3.516,66 fanegas de trigo
Mesones y barcajes	66.377,41	
Deudas cobradas	44.117,65	
Diezmos	19.952,91	4.092 fanegas de cebada
Juros y censos reservativos	15.332,73	
Derechos señoriales	7.605,65	

Si algo destaca sobremanera al analizar las rentas ordinarias que entraban en las arcas de Aranjuez es la supremacía de lo que ingresaba merced a la explotación de su riquísimo patrimonio rústico, territorio que abarcaba una superficie que rebasaba las 20.000 hectáreas de extensión. Como se desprende de los datos contenidos en el cuadro adjunto, sólo la cesión en régimen de arrendamiento de las tierras de labor, huertas, dehesas, sotos, pastizales y ejidos proporcionaban de ordinario a la regia hacienda ribereña más de un tercio del total de sus ingresos. Más aún, si a dicha proporción se le añaden las sumas que se obtenían gracias a la comercialización de los productos recolectados en el conjunto de las referidas explotaciones (caza, pesca, leña y madera, reses vacunas, fruta, hortalizas...), así como los diezmos que tributaban los labradores que explotaban los feraces terrazgos regados por la acequia de Colmenar de Oreja, se puede concluir que más de dos terceras partes de los ingresos anuales de Aranjuez procedían de la explotación de los recursos naturales incluidos dentro de su espacio territorial. En segundo término quedaban los ingresos percibidos merced al arrendamiento de los molinos harineros (alrededor de un 12 % del total) y de los mesones instalados en las cercanías del palacio y de los derechos de peaje (cerca de un 11 %) que debían tributar aquellos transeúntes que querían cruzar el río Tajo por barca. Finalmente, el presupuesto ordinario se completaba con las deudas atrasadas, ciertas compensaciones

⁵⁵⁴ Fuente: AGP, AP, Aranjuez, caja 376/1.

que proporcionaba la hacienda regia (mediante la transferencia de situados en forma de juros) y los derechos señoriales (en su mayor parte “penas de cámara” o multas en metálico a las que eran condenados los intrusos que habían osado introducirse en el territorio del sitio).

CUADRO 3. GASTOS DE ARANJUEZ EN EL AÑO 1623
EN REALES DE VELLÓN Y FANEGAS DE CEREAL ⁵⁵⁵

	TOTAL	TRIGO	CEBADA
Obras	275.946,42	742	542,41
Salarios	61.008,1	1.729,23	1.551,5
Limosnas, mercedes y situados	33.822,41	1.611	599
TOTAL	370.776,93	4.082,23	2.692,91

El gasto medio anual ocasionado en el real sitio de Aranjuez se aproximaba al medio millón de reales. ¿Cuál era el destino habitual de ese crecido monto anual? Aquí también descolla una partida muy por encima del resto: los gastos que se derivaban de la construcción y/o mantenimiento de sus edificios (palacios) e infraestructuras (molinos, caces, puentes...), suma que prácticamente suponía la mitad de los ingresos y casi dos terceras partes del gasto total. Una gruesa partida que incluía tanto el coste de los distintos materiales (piedra, yeso, madera...) utilizados en la erección y/o reparación de los referidos elementos constructivos, como los salarios de los oficiales, criados y obreros temporeros que se afanaban en su realización. Tenemos constancia documental, a través de los pagos de nóminas diarias, semanales, mensuales o anuales, de que el monto de trabajadores contratados a destajo en las obras se mantuvo en unas cotas bastante elevadas a lo largo del periodo, si bien su número lógicamente varió en función de la temporalidad de la obra acometida, su importancia, el tiempo que requería su finalización... ⁵⁵⁶.

⁵⁵⁵ Fuente: AGP, AP, Aranjuez, caja 377, exps. 1 y 2.

⁵⁵⁶ Para ello hemos procedido a agrupar tres contabilidades distintas: “Nóminas semanales de los carpinteros, albañiles, ordinarios y otras personas que trabajaron en los reparos de las obras, cultivo de los jardines y huertas y plantíos de las calles y todo lo demás que se beneficia y repara en esta hacienda, así en Aceca como en todo lo demás del distrito”; “De lo que se pagó en materiales que se compraron para reparos de estas dichas obras”; “De lo que se pagó de cosas extraordinarias que se ofrecieron a esta hacienda, así de destajos

Eso sí, además de esos cientos de trabajadores que laboraban a soldada, las construcciones de Aranjuez se beneficiaban de la aportación temporal de otra no menos voluminosa porción de mano de obra adicional y cuasigratuita merced a la aplicación del maherimiento, tributo que los monarcas exigían (en forma de peonadas de hombres y bestias de carga, forraje y materiales de construcción) a los vecinos pecheros de todas aquellas localidades que se situaban en un radio determinado en derredor a la corte. Varios acuerdos de la Junta de obras y bosques certifican la aplicación habitual de tal regalía en las obras del sitio, así como los quebrantos que acarrea dicha obligación en los pueblos que tenían que servir con tal carga. En 1626 los miembros de la junta daban cumplida respuesta a:

la carta que V.M. [el veedor de Aranjuez, que hace de gobernador] escribió en quatro de mayo pasado en que dize que los lugares comarcanos dese sitio no quieren cumplir el repartimiento que les ha hecho de peones, bastimentos y materiales para las obras que se ofrecen conforme a las órdenes de Su Majestad y costumbre que se ha usado.

En este mismo sentido, 10 años más tarde examinaban:

los autos que V.M. [dicho gobernador de Aranjuez] embió sobre la respuesta que don Juan de Parra, gobernador de Ocaña, dio al mandamiento que Lorenzo Suárez Chacón, veedor de ese sitio, despachó por ausencia de V.M. para que Jerónimo Basco fuese a aquella villa a embargar ciento cuarenta y seis carros de paja y a que se condujesen... para el sustento de los camellos, bueyes, machos de regalo y garañones que Su Mag. tiene en aquel sitio; y para que los trajese a él embargando asimismo para ello los carros necesarios... fue justificada y conforme a cédulas y premáticas de Su Mag.

O la que se vio en una sesión celebrada en 1650:

Haviendo dado cuenta a Su Mag. de lo que V.M. [el gobernador de Aranjuez] escribió en carta de 25 de noviembre pasado representando se despachó mandamiento como es costumbre para maherir carros y acudir al servicio de las obras reales ese sitio los lugares de su comarca⁵⁵⁷.

Algunas de las obras que se llevaron a cabo en el palacio principal durante este periodo nos son bien conocidas gracias a la descripción que de ellas hiciera el cronista Quindós dos siglos después:

como de obras que se repararon”. La suma total de dichas contabilidades se consigna en la contabilidad de 1623, custodiada en AGP, AP, Aranjuez, caja 376/1.

⁵⁵⁷ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo II (Registro 00024), f. 300, tomo III (Registro 00025), ff. 58v-60 y tomo IV (Registro 00026), ff. 234r-v, respectivamente.

El palacio viejo quedó para alojar los gefes y caballeros de la corte y el nuevo cuarto sirvió para habitación de los Reyes, sin más novedad hata el año de 1636. Con fecha de 24 de febrero comunicó una orden el marqués de Torres, superintendente general de las obras reales, mandando se mudase la destilación de aguas que estaba a la entrada del Jardín de la Isla, porque la obra nueva de la casa real se había de empezar, continuando el cuarto y el trascuarto de la Reina que mira al levante, haciendo para esto las escaleras que fueren menester para tomar las damas desde el cuarto nuevo la casa del palacio viejo y escalera para bajar Su Mag. al corral de los álamos y a los jardines. Esta obra es la parte de la fábrica que sigue hacia el oriente y hace fachada al jardinito de las estatuas, que se llamó el cuarto de la Reina. En esta forma se mantuvo este palacio los reinados de los señores don Felipe IV, don Carlos II y don Felipe V⁵⁵⁸.

Sus realizaciones más emblemáticas requirieron, además, la aprobación de la Junta de obras y bosques, como sucedió con la construcción de las dependencias donde habitaba el gobernador y su familia entre agosto de 1625 y enero de 1626:

El memorial de V[uesa]. M[erced]. [el gobernador de Aranjuez] se ha visto en la junta... tiene por bien que en la casa que V.M. havita se hagan los reparos necesarios y se enladrillen los suelos... En la junta se ha visto la carta que V.M. [Juan de Alvear, veedor y proveedor de Aranjuez, que hace el oficio de gobernador] me envió en que dice que la obra que dejó comenzada el governador don Melchor del Alcázar (que aya gloria) en la casa de su habitación es de considerable gasto.

O como la realizada en 1642:

Su Majestad, por orden señalada de su real mano para los reparos que se han de hacer en la casa del conde de Colmenar en la villa de Ocaña, donde a de posar la señora princesa Margarita⁵⁵⁹.

No menos onerosas resultaron las llevadas a cabo en la construcción y/o reparos de otras trascendentales infraestructuras del sitio. Tal fue el caso de la realizada en el año 1648 para la construcción de varios puentes y molinos:

Su Majestad... a resuelto que la Puente Larga de Jarama en Aranjuez se buelba a hacer en la forma que se propone y contiene en un papel firmado por Alonso Carbonel y el maestro de las obras de aquel sitio... Y en cuanto a los reparos que son necesarios hacerse con los molinos de este sitio, los de Aceca y Valdajos, se ha acordado se remita a Su Mag.

⁵⁵⁸ J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, op. cit., p. 198.

⁵⁵⁹ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo II (Registro 00024), ff. 257v-258 y 268r-v y tomo IV (Registro 00026), f. 194, respectivamente.

O la que tuvo lugar tres años después en las canalizaciones de Aceca:

Con ocasión de haver dado quenta el licenciado don Jerónimo de Pinillos del estado de la obra de Aceca y desvelos con que se acudía a ella pues trabajaban 200 hombres sin cesar, se tuvo junta el viernes 4 deste mes después del Consejo y se ordenó se diese quenta a Su Majestad, y cuán preciso era que no se abenturase el proseguir por falta de dinero ⁵⁶⁰.

El coste de otras obras puntuales realizadas únicamente para el solaz del soberano y su aúlico cortejo también corría a cargo de los dineros emanados de la hacienda de Aranjuez. El mencionado cronista Quindós se hacía eco de como:

venía el Rey y su Real Familia embarcados en chalupas desde Vaciamadrid, para lo cual se limpiaba el río y sus orillas, ocho pasos, de los árboles y fustas que pudiesen estorbar, y se aderezaba la presa de los molinos de San Martín. Consta de los despachos que libraba el gobernador mandando a los lugares de Seseña, Valdemoro, Ciempozuelos, San Martín de la Vega, Bayona y Chinchón enviases gentes a hacer la limpia, cada uno en la ribera de su jurisdicción, y cuarenta hombres para tirar las cuerdas de las chalupas... Aficionado a esta especie de diversiones, se embarcaban en góndolas y chalupas chatas muy adornadas que navegaban en el mar de Ontígola, pescando desde ellas y, paseando las aguas, desembarcaban en el pabellón o cenador que en el año de 1625 se hizo en el centro del propio estanque, sobre una islilla, circundada de barandillas de hierro ⁵⁶¹.

Pues bien, los estipendios de los maestros artesanos que supervisaron la construcción de los navíos que refiere Quindós, así como las sumas gastadas en otras obras que resultaban imprescindibles para su navegación, fueron sufragadas fundamentalmente con los inputs del sitio. Así lo confirman varios acuerdos de la Junta de obras y bosques emitidos en las décadas de 1620-1630. A fines del año 1626:

el duque de Pastrana, que aya gloria, trajo un yngeniero y dos jardineros naturales de Florencia que se le encomendaron para ejecutar sus ministerios en servicio de Su Majestad... Y la junta ha acordado que se envíen a ese real sitio [de Aranjuez].

A comienzos de 1628:

⁵⁶⁰ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo IV (Registro 00026), ff. 207r-v y 310r-v, respectivamente.

⁵⁶¹ J. A. ÁLVAREZ DE QUINDÓS: *Descripción histórica del Real Bosque y casa de Aranjuez*, *op. cit.*, p. 387.

Luis Laurencio y Vicencio Laurencio, hermanos, maestros de hacer falúas, y Stefano Pandero, Andrea de Pierno, Onofre Galo, Franco Jiménez y Francisco Bilano, todos napolitanos, van a ese sitio [Aranjuez] a hacer el bergantín que Su Mag. ha mandado, llevando todos las herramientas que han menester; a los maestros, que son los dos primeros, les hará V.M. [el veedor Juan de Alvear] seis reales cada día a cada uno, y a los demás a quatro; y que demás desto se les den camas, a un real a cada uno para ella; esto se les ha de pagar desde el sábado pasado 18 deste mes en adelante hasta que se acave la obra, incluyéndose también los domingos y fiestas; y en quanto al coste de la herramienta, se avisará a V.M. si se ha de pagar ay por cuenta de Su Mag., y V.M. les hará dar todo lo demás recaudo de materiales que fuere menester para esta fábrica, ayudando mucho de que se haga con gran brevedad, de manera que Su Mag. se pueda servir deste bergantín quando fuere servido de yrse ay.

A finales de 1631, cuando “la junta ha acordado que se pague a Cosme Lotti, ingeniero italiano y a su ayudante, sus salarios”. O a comienzos de 1637:

Como Francisco Jiménez yba a aquel sitio a entender en la fábrica de las góndolas que fuesen necesarias hacerse y se pusiese luego en Aranjuez; y que en quanto a lo que se le avía de dar a él y a los oficiales que llevaba, se hiciese ⁵⁶².

Un papel secundario dentro de los gastos generales jugaban los sueldos que percibían los “servidores del sitio” (es decir, los individuos que formaban parte de la plantilla fija de Aranjuez), suma que representaba alrededor de una quinta parte del total de los ingresos y algo menos de una cuarta parte de los gastos. De igual forma, los situados que habitualmente gravitaban sobre la hacienda de Aranjuez (dávivas a conventos y hospitales, pensiones a viudas de servidores, mercedes regias extraordinarias...) venían a sumar 68.211,41 reales, esto es, cerca de un quince por ciento de los gastos. Sirva como ejemplo de regularización de estos actos de caridad regia la limosna otorgada al hospital de Nuestra Señora de la Piedad de Ocaña en el año 1622:

Por cédula del año pasado de mil seiscientos y veinte fue servido de prorrogar la merced que había hecho algunos de los años al hospital de Nuestra Señora de la Piedad de Ocaña, de cien fanegas de trigo en cada uno de ellos librados en este heredamiento y yo he tenido por bien de prorrogárselo ⁵⁶³.

⁵⁶² AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo II (Registro 00024), ff. 312r-313v; tomo III (Registro 00025), ff. 68 y 280 v y tomo IV (Registro 00026), f. 76 v, respectivamente.

⁵⁶³ AGP, AP, Aranjuez, caja 11, exp. 30/11.

No se acababan aquí, ni mucho menos, las mercedes regias que manaban de las fuentes hacendísticas del real heredamiento de Aranjuez. De hecho, sabemos que en el año 1624 Felipe IV se sirvió detraer una parte del superávit allí obtenido para financiar, puntualmente, los déficits que arrostraban otros sitios regios como la Casa de Campo, El Pardo o el propio Alcázar de Madrid. Además, cuando al año siguiente el soberano decidió reducir drásticamente el gasto ocasionado por la pavera de Aranjuez, a la par ordenó que las aves sobrantes fueran graciosamente distribuidas entre sus cortesanos más apreciados, tal como confirma un acuerdo de su Junta de obras y bosques:

Su Majestad se sirvió de resolver, en conformidad de consulta de la junta, se escusase el gasto que se tiene en ese heredamiento [de Aranjuez] con los pavos reales que ay en la Guerta de las Moreras y en el Jardín de la Isla de ese sitio, conservando sólo docena y media de colores y blancos en el Jardín... Y por lo que a escrito don Francisco de Briçuela y Cárdenas, governador de Aranjuez, y las memorias que a embiado, parece que en la Guerta de las Moreras y en el Jardín de la Isla de aquel sitio ay 192 pavos reales... destos se an de conservar en el Jardín de la Isla 24, y los 1.528 restantes se distribuyen, en conformidad de acuerdo de la junta, en esta forma: al Infante Cardenal, 23; al Alcázar de Sevilla [que los manda el Conde-Duque], 28; al presidente de Castilla, 6; al marqués de Montesclaros [y por él el conde de Monterrey], 4; al padre confesor, 4; al conde de los Arcos, 10; al marqués de Malpica, 10; al marqués de Flores Dávila, 4; al conde de Chinchón, 4; al marqués de Alcanzas, 4; al conde de Sora, 4; al conde de Monterrey, 6; a don Diego Mesía, 6; a la duquesa de Pastrana, 3; a la duquesa de Medina de Rioseco, 6; a doña María de Mendoza, sobrina del duque del Infantado, porque lo pidió Su Excelencia, 2; a la prima del marqués de Montesclaros, por pedirlo Su Excelencia, 2; al marqués de Velada, 3; al conde de Orgaz, 4; al conde de Montalbán, 2; al conde de Casarrubios, 3; al conde de Villaverde, 3; a don Pedro Niño, 2; al alcalde Mateo López Bravo, 3; al monasterio de Nuestra Señora del Castañar, 6; al gobernador [de Aranjuez], 4; al veedor, 2; al contador, 2; al mayordomo, 2 y al pagador, 2 ⁵⁶⁴.

Las “consignaciones de Su Magestad” también alcanzaban al selecto grupo de individuos que formaban parte de la Junta de obras y bosques, quienes se beneficiaban anualmente de la magnanimidad regia gracias a la detracción de otra porción de las rentas recaudadas en el real sitio. Así lo viene a confirmar una certificación emitida por el mayordomo de Aranjuez en 1650, la cual desglosaba el pago de 17.700 reales a los siguientes miembros de la junta: al marqués de Malpica, por sus gajes de superintendente de las reales obras, le correspondieron 600

⁵⁶⁴ AGS, CSR, leg. 306, f. 470 y AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo II (Registro 00024), ff. 229-230, respectivamente.

fanegas de cebada (a la tasa, 9 reales/fanega) y 100 ducados/mes, esto es, unos 13.600 reales anuales; a Agustín Maldonado, secretario real, 2.000 reales anuales; a Juan de Subiza, del Consejo de Castilla y su secretario de la junta, 1.000 reales; y a Bernabé de Anzola Oñate, igualmente secretario regio y oficial mayor de la secretaría de la junta, otros 1.100 reales/año (igualmente consignados para “casa de aposento”) y otros 100 ducados/año (de “ayuda de costa ordinaria”)⁵⁶⁵.

3.6. *UNA JORNADA REAL EN ARANJUEZ*

3.6.1. *La corte en Aranjuez*

Antonio de Brunel, embajador extraordinario de los Países Bajos en la corte madrileña, relataba en estos expresivos términos su breve estancia en Aranjuez, acaecida el año 1654:

Antes de que el rey Felipe IV partiese para Aranjuez hizo reunir las Cortes de las dos Castillas... Por lo demás, el Rey está de ordinario en Aranjuez, y a menudo viene de allí después de haber dado una vuelta... Es sin duda, un lugar agradable, y los españoles que no han visto otro semejante lo comparan con los Campos Elíseos... El Rey, estando Aranjuez sin guardias o solamente con diez o doce alabarderos, está allí como en un lugar atrincherado por esos puentes, que es preciso cruzar para llegar allí⁵⁶⁶.

Su testimonio no es sino uno más entre los muchos coetáneos que vienen a certificar las regulares presencias de Felipe IV, su familia y su corte en Aranjuez, ya desde los mismos albores de su reinado. Para refrendar dichos testimonios hemos procedido a rastrear documentalmente esas estancias, siguiendo para ello las huellas que dejaron los cortesanos que formaban parte de los séquitos que acompañaban al soberano y su familia cuando protocolizaban sus escrituras privadas ante los escribanos de Aranjuez: unos documentos que siempre se iniciaban con la expresiva fórmula “estando presente el Rey en este sitio”. Así ocurrió ya en 1622, año en el que personajes de la corte tan emblemáticos como el patriarca de las Indias y limosnero mayor del rey, el conde de Santisteban o la duquesa de Gandía otorgaron sus poderes en Aranjuez. Dicha jornada regia se ve, además, confirmada por otros documentos escriturados en el mismo real

⁵⁶⁵ AGP, AP, Aranjuez, caja 481/1.

⁵⁶⁶ Citado por J. GARCÍA MERCADAL (ed.): *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Valladolid 2002, tomo III, p. 59.

sitio: como ya adelantamos más atrás, fue el propio monarca quien firmó en Aranjuez la cédula que prorrogaba la limosna concedida al hospital de Nuestra Señora de la Piedad de Ocaña. Y en otro escrito rubricado por el mismo Felipe IV unos días después, el soberano afirmaba:

He entendido que en algunos negocios deste sitio [de Aranjuez] ay necesidad de breve despacho; y assí será bien que, por agora, se haga junta en la celda de mi confesor⁵⁶⁷.

Idéntica tendencia a la que puede encontrarse si se bucea en los protocolos de los notarios de Aranjuez durante los años inmediatamente posteriores. Así, en los de 1625 allí procedieron a otorgar poderes y otras escrituras particulares, siempre bajo el encabezamiento “estando presente el Rey en este sitio”, relevantes cortesanos y ministros del monarca tales como el conde duque de Olivares, el primer caballero del rey, el guardamayor de las damas de la reina y su contralor... Dos años después volvía a escriturar en Aranjuez el todopoderoso Conde Duque y otros dependientes que se encargaban exclusivamente del aposentamiento regio, tales como el guardamangier de la reina. Y lo mismo cabe apuntar para los decenios siguientes. En los registros de 1633 hemos localizado escrituras rubricadas por el referido Olivares, el duque de Alba, el condestable de Castilla, el aposentador o el zapatero de cámara del rey y, en los del año siguiente, otros firmados por el marqués del Carpio, el conde de Barajas o el patriarca de las Indias. Cuatro años después lo hacían el almirante de Castilla, el marqués del Carpio, el secretario Jerónimo de Villanueva o el veedor de la reina... A la postre, la misma tónica se repite machaconamente hasta los últimos años del reinado de Felipe IV: en 1664 otorgaron poderes en Aranjuez el conde de Medellín, los ayudas de cámara del Rey, el guardamangier y el caballero de la reina y, al año siguiente, encontramos como otorgantes al conde de Fernán-Núñez, al marqués de Aytona o al secretario del Consejo de Indias⁵⁶⁸.

⁵⁶⁷ AHPM, Protocolo 29375, ff. 183 y ss. y AGP, AP, Aranjuez, caja 11, exp. 30/11 y AG, leg. 85, respectivamente.

⁵⁶⁸ AHPM, Protocolos 29375, ff. 592 y ss., 29376, ff. 39 y ss., 29377, ff. 29 y 654 y ss. y 29382, ff. 34 y ss., respectivamente.

3.6.2. *Calendario y duración de la jornada*

CUADRO 4. JORNADAS REALES EN ARANJUEZ (1650-1665)⁵⁶⁹

AÑO	DÍAS DE ESTANCIA	DÍA DE LLEGADA Y DE SALIDA
1650	24	20-IV a 14-V
1652	20	11-IV a 1-V
1653	sin especificar	17-IV a ¿?
1654	21	17-IV a 6-V
1655	21	12-IV a 2-V
1657	33	14-IV a 16-V
1658	25	24-IV a 18-V
1661	14	19-IV a 2-V
1662	30	17-IV a 16-V
1663	24	29-IV a 22-V
1664	31	19-IV a 19-V
1665	35	14-IV a 19-V

Como se desprende del cuadro adjunto, durante los últimos compases del largo reinado de Felipe IV la jornada de Aranjuez tenía una duración que oscilaba entre las tres y las cuatro semanas⁵⁷⁰. Casi siempre comenzaba a medidados del mes de abril y, a lo sumo, se adentraba durante varias semanas en el de mayo. Así lo confirman sendos testimonios relatados por coétaneos. En 1642, a fines del mes de abril:

la condesa de Olivares lo agasajó en la casa del Conde-Duque en Loeches y de allí el soberano se trasladó a su casa de campo de Aranjuez... Hasta el 23 de mayo

⁵⁶⁹ Fuente: Elaboración propia a partir de AGP, AG, leg. 779 y AHPM, Protocolos 23379, 29380 y 29382.

⁵⁷⁰ Así también lo constató en su día J. JURADO SÁNCHEZ: “Viajes y Jornadas a los Sitios Reales”, en V. PINTO CRESPO y S. MADRAZO MADRAZO (dirs.): *Madrid. Atlas Histórico de la Ciudad, Siglos IX-XIX*, Barcelona 1995, p. 266, gráficos 66 y 67.

no se puso realmente de camino hacia los territorios de la Corona de Aragón, rodeado de un enorme séquito de oficiales reales y llevando un abultadísimo equipaje.

Doce años después, de nuevo el testimonio del embajador de los Países Bajos revalida la temporalidad contenida en el cuadro adjunto: “El día 5 de mayo fuimos a Aranjuez para ver allí a la corte y esa agradable residencia donde el Rey pasa todos los años un mes de la primavera”⁵⁷¹.

En efecto, ésa debió ser la tendencia habitual ya desde los primeros compases del reinado, puesto que las primeras escrituras otorgadas por los cortesanos desplazados con el monarca a Aranjuez en el año 1622 dan comienzo, precisamente, en la segunda semana del mes de abril. Esa jornada se alargó al menos hasta el 19 de mayo, dado que hemos localizado una orden regia dictada en Aranjuez y fechada ese día. El seguimiento que hemos llevado a cabo en las décadas de 1620, 1630 y 1640 no vienen sino a confirmar idéntica tendencia. En 1625, por ejemplo, comienzan a partir del 6 de abril; en 1627, a partir del 22 de abril; en 1633 dichas escrituras tienen como límite temporal el 16 de abril y el 6 de mayo; en 1637, entre el 27 de abril y el 9 de mayo; en 1642, del 2 al 21 de mayo...⁵⁷².

Se trataba, en suma, de estancias cortas durante la temporada primaveral. El principal motivo que ocasionaba esa concreta estacionalidad era, sobre todo, atmosférica. Las altas temperaturas que se registraban en la comarca ribereña del Tajo desde mediados del mes de mayo y los previsibles riesgos de contagio pestífero durante el verano eran factores esenciales que desaconsejaban la prolongación de la jornada hasta más allá de los primeros calores estivales, época en la que el soberano y su séquito abandonaban Aranjuez y se trasladaban al monasterio de San Lorenzo de El Escorial. De hecho, esos también fueron motivos suficientes para que la Junta de obras y bosques concediera los oportunos permisos a los oficiales del sitio para ausentarse de él durante gran parte de la temporada estival, tal como reflejan los siguientes acuerdos, fechados en 1625, 1639 y 1650:

⁵⁷¹ M. DE NOVOA: *Historia de Felipe IV, Rey de España*, Madrid 1875-1886 (CODON 69), p. 32. Citado por J. H. ELLIOTT: *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona 2004, p. 689. Dicho testimonio viene a coincidir, además, con la temporalidad de las escrituras otorgadas ante escribanos del real sitio por numerosos cortesanos (el marqués de Palacios, el conde de Orgaz...) y dependientes del servicio regio, como el aposentador del rey, así como incontables “lacayos y criados de Su Magestad”, todos ellos emitidos entre el 2 y el 21 de mayo de 1642 (AHPM, Protocolo 29378, f. 93v y ss.). Por su parte, la descripción del embajador holandés procede de J. GARCÍA MERCADAL (ed.): *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, op. cit., tomo III, p. 59.

⁵⁷² AHPM, Protocolos 29375-29379 y AGP, AP, Aranjuez, caja 11, exp. 30, núm. 11.

Haviéndose visto en la Junta lo tocante a la licencia que Juan Ruiz de Bañuelos, escribano de ese heredamiento [de Aranjuez] pide para salir a vivir fuera dél los veranos, como dice que V.M. [el gobernador] y los oficiales de ay lo hazen... y lo que V.M. informa diciendo que la persona del dicho Juan Ruiz de Bañuelos es muy importante en ese sitio y que residiendo en él los veranos peligra su vida... se le concede licencia para que pueda residir en la villa de Ontígola, que por ser parte sana y tan convenzina a ese sitio podrá acudir mejor y con menos riesgo de su vida a las obligaciones de su oficio.

Un segundo memorial, elevado a la junta por Diego López de Morales:

conserge de las casas reales de ese sitio [de Aranjuez], en que dice que de tres años a esta parte ha tenido él y su mujer y familia muchas enfermedades, y se hallan al presente con muy poca salud, y suplica se le hiciese merced de mandar se le dé licencia para salir de ese sitio los meses que salen los demás oficiales dél, como se hiço con sus antecesores.

Finalmente, Felipe Antonio de la Peña, su sucesor en el referido cometido, también decidió elevar súplica a la junta:

refiriendo que por ser ese sitio tan enfermo, principalmente en tiempo de berano, les está concedido a los oficiales poder salir desde San Juan hasta San Francisco, acudiendo cada uno los días que son necesarios para cumplir con la obligación de sus oficios... y haviéndose visto en la Junta, ha acordado que atento a su corta salud y la enfermedad que tuvo el año pasado, se le dé la licencia que pide por los tres meses⁵⁷³.

3.6.3. *El eterno problema del alojamiento:*

La falta de aposento para los cortesanos

El ordinario desplazamiento primaveral del soberano y de una parte de su corte desde Madrid a Aranjuez acarrea la movilización de un considerable número de personas, bestias de carga, carros y vituallas de todo tipo, hecho que por sí mismo ya constituía un problema a la hora de abastecer y dar acomodo a tan abigarrado contingente humano y material. Por entonces el palacio de Aranjuez no estaba ni mucho menos acondicionado para albergar ese elevado número de personas (nobles, criados, lacayos...) que allí se desplazaban para servir a la familia real⁵⁷⁴. La

⁵⁷³ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo II (Registro 00024), f. 249 v y tomo IV (Registro 00026), ff. 139 y 255.

⁵⁷⁴ Una deficiencia crónica que se remontaba incluso a las primeras estancias de Felipe II en Aranjuez, tal como apostilla J. JURADO SÁNCHEZ: *La economía de la corte. El gasto real en la Edad Moderna (1561-1808)*, Madrid 2005, p. 114.

documentación consultada apenas proporciona información acerca del número total de personas que formaban parte del áulico séquito que campaba en el sitio, pero algunas cifras aisladas pueden arrojar algo de luz sobre esta cuestión. En 1652 y 1653 los aposentadores de la casa de la reina calculaban que sólo el número de “criados” que cada año servirían a Mariana de Austria en la jornada de Aranjuez en ningún caso podía ser inferior a 187: de ese número 117 eran mujeres, transportadas desde Madrid en 17 carruajes (coches para la reina, 22 damas nobles y “sesenta y seis mujeres”, carros para las criadas de la cámara y las de la camarera mayor y un tiro de mulas para las del retrete) conducidos por 80 personas⁵⁷⁵. No menos voluminoso era el número de bestias de transporte que necesitó la casa del rey a la hora de desplazarse al sitio en el año 1663: 26 caballerías y mulas, 78 mulas de coche, 8 mulas de carro, 30 cabalgaduras de silla y el caballo del sobrestante⁵⁷⁶.

El problema del alojamiento ya era patente a comienzos del reinado de Felipe IV, tal y como ponía de manifiesto el joven monarca a finales del año 1621:

Por la falta de aposento que hay en este sitio [de Aranjuez] para acomodar en él los criados que me vienen sirviendo, y más cuando viniere la Reyna, he resuelto que se hagan los aposentos altos del cuarto que está comenzado para aposentar mis criados por la planta y traza que está dada por Pedro del Hielmo y nuestros oficiales de este sitio. Vos [Francisco de Brizuela] tendréis cuidado de hacerlo ejecutar y para esto tomaréis prestados los cuatro mil ducados que están depositados en la arca del depósito.

Ello provocaba que una parte del personal fijo del sitio se viera desplazado de sus moradas habituales y fuera obligado a ceder sus dependencias a las necesidades de los cortesanos. Así le ocurrió, por ejemplo, a Vicencio Forte, destilador de las aguas de Aranjuez, quien en 1650 elevó un memorial a la Junta de obras y bosques:

⁵⁷⁵ El documento está rubricado en Madrid y fechado el 16 de abril de ese año. La plantilla se componía de 16 oficiales (el furrier y su ayudante, un guadarnés y su mozo de oficio, un cochero mayor y su ayudante, dos correos, un palafrenero y su ayudante, un librador, un cajonero, un albéitar, un herrador, un maestro de coches, un sillero y un guarnicionero), 9 lacayos, 10 mozos de silla, 15 cocheros, dos carreteros, 22 mozos de coche, dos mozos de carro, dos mozos de hacas y dos mozos de borricas. “Lista de los criados de la caballeriza de la Reina que han de ir sirviendo a la jornada de Aranjuez” (AGP, AG, leg. 779).

⁵⁷⁶ “Razón del gasto de paja y cebada hecho con el ganado de la caballeriza del Rey en la jornada de Aranjuez de 29 de abril a 22 de mayo”, que se conserva en el mismo legajo citado en la nota precedente.

en que dice ha más de 17 años que tiene para vivienda unos aposentos del Palacio Viejo; y que quando fue la Reyna Nuestra Señora le mandaron desocuparlos para aposentar las damas⁵⁷⁷.

Una cuestión recurrente que, además, se agravaba puntualmente con la súbita aparición de legados extranjeros y sus propios séquitos. En este sentido, los testimonios aportados por sendos embajadores europeos dan fe de las graves carencias de alojamiento que padecía Aranjuez. Por un lado, el ya citado Antonio de Brunel, quien llegó a nuestro real sitio en 1654:

el pueblo o de la pequeña aldea de Aranjuez, que es tan pobre cosa que apenas si encuentra uno allí donde alojarse... No es que esa corte sea muy numerosa, porque la mayor parte de los oficiales se alojan en casa del Rey, aunque modesta; pero a poco extraordinario que haya ya no se encuentra allí alojamiento. No hay más que una hospedería o posada, para servirme de sus términos. Estaba ocupada por las gentes del embajador de Alemania y no pudimos encontrar sitio hasta el día siguiente.

Cinco años después era Antonio de Gramont, conde de Guiche y embajador extraordinario de Luis XIV de Francia enviado por el monarca francés para pedir la mano de la infanta española María Teresa, quien ratificaba las palabras de su colega neerlandés:

[Aranjuez] no tiene ninguna vivienda, y eso es lo que falta. En efecto, por muy poca gente que el Rey de España pueda llevar allí cuando va, me quedé sorprendido de cómo la podría alojar, porque al llegar la noche no encontramos más que una posada acompañada de una docena de casas.

Incluso la propia administración regia reconocía que se veía completamente desbordada ante la llegada de esos inesperados huéspedes, tal como se desprende de un informe elaborado en el año 1663:

El día 11 de mayo entró en este sitio de Aranjuez el embajador de Francia, a quien vinieron sirviendo 21 cabalgaduras; y el día 14 entró el embajador de Alemania con 42 cabalgaduras (las 28 sillas se aposentaron en las caballerizas de Su Mag. y las 14 restantes en el mesón). Y ese día se tomaron dos aposentos para que durmieran los cocheros del conde de Chinchón, que vino con varias caballerías y diferentes huéspedes que vinieron con él⁵⁷⁸.

⁵⁷⁷ AGP, AP, Aranjuez, caja 11, exp. 25/1 y Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo IV (Registro 00026), f. 263.

⁵⁷⁸ Los testimonios de los embajadores proceden de J. GARCÍA MERCADAL (ed.): *Viajes de extranjeros por España y Portugal, op. cit.*, tomo III, pp. 59 y 67. El informe de los aposentadores regios en AGP, AG, leg. 779.

3.6.4. *El coste de una jornada en Aranjuez*

¿A cuánto ascendía el gasto de la mencionada jornada mensual en Aranjuez durante el reinado de Felipe IV? Éste es, sin duda, uno de los interrogantes más complejos de abordar en la presente síntesis. A finales de la década de 1660 el cronista Núñez de Castro, quien también consideraba el tiempo de estancia (un mes) de la corte en el sitio, estimó por entonces que su coste (incluidos los gastos ordinarios y el transporte) no bajaba nunca de los 170.000 ducados⁵⁷⁹.

¿Responde esa cifra a la realidad? Para aproximarnos a su cálculo contamos con varios informes en los que los aposentadores regios preveían el coste que había de tener cada una de las jornadas que se llevaron a cabo en Aranjuez durante la década de 1650 y comienzos del siguiente decenio, y cuyos encabezados, precisamente, no dejan lugar a dudas: “Relación de lo que, demás del ordinario que de asiento se gasta cada día en la casa de Su Majestad, es necesario para esta jornada que ha de hazer al real sitio de Aranjuez este mes de abril para los extraordinarios que se crezen, que son: estado de boca, mesa de ayudas, raciones extraordinarias de camino, de casa y caballeriza, mesillas y otros gastos que se acrecientan en jornadas”. Sirva como ejemplo la previsión para la jornada que había de tener lugar en 1650. A fines del mes de marzo y comienzos de abril el soberano notificó al mayordomo mayor su voluntad de desplazarse con su familia al sitio. Este, de inmediato, se aprestó a cursar las preceptivas órdenes a los jefes y oficiales de las diferentes dependencias que conformaban las casas del rey y de la reina con el objeto de realizar los preparativos necesarios para el alojamiento, abastecimiento y viaje a Aranjuez de la familia real.

CUADRO 5. COSTE DE LA DESPENSA DE LA CASA DEL REY
EN LAS JORNADAS DE ARANJUEZ (1650-1665) EN REALES DE VELLÓN⁵⁸⁰

AÑO	DÍAS DE ESTANCIA	COSTE DIARIO	TOTAL
1650	24	3.325,65	79.815,6
1652	20	3.344,17	66.883,4
1655	21	3.449,33	72.435,3
1663	24	4.470,72	107.297,5
1665	35	4.345	152.075

⁵⁷⁹ A. NÚÑEZ DE CASTRO: *Libro historico politico, solo Madrid es corte...*, op. cit., cit. J. DELEITO Y PIÑUELA: *El rey se divierte*, Madrid 2006, p. 264.

⁵⁸⁰ Fuente: Elaboración propia a partir de AGP, AG, leg. 779.

CUADRO 6. DESGLOSE DEL GASTO DE LA DESPENSA DE LA CASA DEL REY
EN LA JORNADA DE ARANJUEZ DE 1655⁵⁸¹

DEPENDENCIA	REALES
Proveedores del guardamangier	22.000
Carne	16.000
Cava del vino	6.000
Confitería	4.500
Cerería	4.000
Frutería	3.500
Nieve	3.500
Furriera	3.300
Sebo	2.000
Potajería	2.000
Panetería	1.000
Bizcochero	677
Cebador	600
Lechero	400
Busier de cocinas	400
Estado de damas	300
Estado de cámara	300
Mesa del contralor	300
Lavandera de estados	300
Lavandera de boca	200
Lavandera del cuerpo de su alteza	200
Extraordinarios	400
TOTAL	72.435,3

⁵⁸¹ Fuente: Elaboración propia a partir de AGP, AG, leg. 779.

El resultado de dichos informes, por lo que se refiere a los gastos de abastecimiento y despesa, aparece desglosado en los cuadros adjuntos (5 y 6). Las cifras en ellos contenidos invitan a creer que los gastos derivados de la alimentación de la familia real y de los servidores que engrosaban las distintas dependencias de su aparato cortesano durante la jornada de Aranjuez eran bastante elevados, dado que su coste diario oscilaba entre los 3.300 y los 4.500 reales.

A dicha suma aún hay que añadir los costes del viaje, a saber, el del carruaje, bestias y personal necesario para transportar tan nutrido contingente humano desde Madrid a Aranjuez. En este sentido, carecemos igualmente de documentación que refiera con precisión cualquier relación completa del carruaje y sus costes para todos los años del reinado de Felipe IV, si bien algunos informes realizados puntualmente por los oficiales de las caballerizas del rey y de la reina permiten elucidar cuál era su monto total en alguno de ellos. Así, por ejemplo, el gasto del carruaje empleado por la casa del rey (ida y vuelta) en 1650 ascendió a 32.987 reales; dos años después se redujo a 24.597 reales y, en 1655, se consignaron para ese efecto 28.000 reales. Coste similar al que tenía el desplazamiento de la caballeriza de la casa de la reina: en 1637 su gasto ascendió a 25.755,73 reales y, 16 años después, se consignaron a este fin 28.000 reales⁵⁸².

Así pues, para 1650, el monto total del gasto causado en Aranjuez por las distintas dependencias de la casa del rey allí desplazadas se elevó a 129.484,64 reales, correspondiendo tres cuartas partes de dicha suma al gasto diario (de comida) del monarca y sus cortesanos. Las cifras mostradas para las servidoras de la casa de la reina y sus carruajes muestran un gasto ligeramente inferior, que consideramos rondaba los 100.000 reales por jornada. En resumen, el conjunto de la jornada mensual en Aranjuez costaba a las arcas del soberano algo más de 200.000 reales, cantidad bien lejana a la estimada por el cronista Núñez de Castro (170.000 ducados, esto es, 1.875.000 reales)⁵⁸³.

Bien es cierto, empero, que para calcular con verosimilitud el coste real de la jornada regia habría que añadir a la cifra ya referida una serie de bienes y servicios intangibles que en ningún caso salían de los fondos de la tesorería regia, sino de la de los sufridos pecheros que tributaban los mencionados maherimientos de

⁵⁸² Todos los datos referidos se han extraído de AGP, AG, leg. 779.

⁵⁸³ De hecho, las jornadas reales se erigían habitualmente en la partida más voluminosa entre los gastos extraordinarios de la casa real, dado que su desembolso anual se elevaba a cerca de 700.000 reales. A su vez, el monto de la primavera estancia cortesana en Aranjuez se consideraba la jornada real más costosa, de acuerdo a las cifras aportadas por J. JURADO SÁNCHEZ: *La economía de la corte...*, op. cit., pp. 112-115.

corte. De nuevo las actas de acuerdos de la Junta de obras y bosques nos dan cuenta de la magnitud y valor que tenía dicha regalía y, sobre todo, de la pesada carga que suponía para las poblaciones que se veían afectadas por ella. Así lo puso de manifiesto en 1626 el concejo de Alcázar de San Juan elevando una petición mediante la cual hacía saber a:

Su Majestad que los gobernadores de ese sitio [de Aranjuez], quando Su Majestad va a él, le reparten y hazen traer cantidad de camas, pan cozido y zevada, en que se le haze muy grande agravio por estar la dicha villa treze leguas de ese sitio y no aver orden de Su Majestad para hazello más de tan solamente diez leguas en contorno.

Diez años después era el propio soberano quien abría la puerta para que algunos concejos afectados por el tributo pudieran desentenderse de tan onerosa obligación, eximiéndose de ella a cambio del preceptivo “donativo” al Consejo de Hacienda:

Su Mag., Dios le guarde, ha sido servido de resolver que se procure tomar asiento con los lugares contenidos en la memoria inclusa sobre que le hagan algún servicio porque los mande relebar de la obligación que tienen de dar peones y camas a ese real sitio [de Aranjuez],

a la vez que se acrecentaba el volumen de la contribución para otros:

Se acordó que Carlos Jiménez fuese a los lugares de la vereda que llevó Juan de Villegas sobre la composición de la serna que se les ha de dar en orden a la obligación que tienen de llebar camas y peones a aquel sitio; y que se la encargaba al dicho Carlos Jiménez fuese a hacer nuevas diligencias para que el ofrecimiento del servicio fuese mayor⁵⁸⁴.

Los concejos de aquellas poblaciones que obtuvieron la tan ansiada exención tuvieron que endeudarse mediante el recurso del préstamo a interés lo que, a medio plazo, acarrearía nefastas consecuencias para sus ya maltrechas economías. Pero al menos lograron eximirse de una carga que les resultaba especialmente onerosa, mientras otras villas y lugares que no fueron capaces de obtener los recursos monetarios suficientes para acceder a tal privilegio se vieron impelidas a seguir tributando año tras año, tal como evidencia el memorial elevado a la junta por el concejo y vecinos de San Martín de la Vega en 1649:

siendo así que aquella villa es corta de vecindad y toda gente pobre y necesitada, la última vez que Su Mag. estuvo en ese sitio le repartió V.M. [el gobernador de Aranjuez] 20 camas, no haviéndosele en otras ocasiones repartido más de 4 o 5; y

⁵⁸⁴ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo II (Registro 00024), ff. 267v-268r y tomo IV (Registro 00026), ff. 48 y 54v, respectivamente.

que habiendo llevado quince, porque no se pudieron juntar más por no haverlas en la villa, le hizo V.M. una causa por no haver llevado las veynte, y tuvo V.M. preso a un hombre della más de ocho días, haciéndole una condenación, y todavía no se han buuelto las quince camas; y suplica a Su Mag. se sirva de mandar se dé orden a V.M. ara que de aquí adelante no haga a la dicha villa semejantes repartimientos sino en la conformidad que se acostumbra, sin añadir más cantidad.

O como el enviado un año después por los de las localidades que formaban parte de la provincia alcarreña de Zorita:

se ha dado en la junta el memorial incluso en orden a las bejaciones y molestias que reciben en los maherimientos de carros y repartimientos de peones, camas, pan cocido, zebada y paja que se les hace para este sitio [de Aranjuez] ⁵⁸⁵.

No es extraño, por tanto, que las actas de los libros de acuerdos de la Junta de obras y bosques celebradas a lo largo de las dos últimas décadas del reinado de Felipe IV estén plagadas de referencias a este singular método de abasto. No en vano, los maherimientos no sólo representaban una parte esencial del abastecimiento del rey y su corte en Aranjuez, sino también y sobre todo un signo explícito de la encarnación de la potestad absoluta del monarca sobre sus súbditos, como demuestran las constantes órdenes remitidas desde la junta al gobernador del sitio durante el decenio de 1650:

Su Majestad, Dios le guarde, manda se pida noticia yndividual a V.M. [el gobernador de Aranjuez] de los repartimientos y maherimientos que hace en los lugares de la comarca de ese sitio, así de camas, pan cozido, cebada y paja, por una vez y para cada día para quan va su Real persona, y peones para la cava y otras labores, y sobre qué fundamentos regula V.M. las cantidades que se mandan repartir y maherir y los que ay para los que carga a cada lugar, y el consumo y distribución de todo;

y, en este mismo sentido:

envíe razón de las órdenes que ha tenido para hazer los repartimientos de pan, trigo, cevada, paja y camas para la jornada de Sus Majestades a ese sitio en las villas y lugares desa comarca comprendidos en las veredas que remitió, estando algunos tan apartados dél; y que asimismo embíe V.M. relación del número de peones con certificación de los que han venido y lo que a cada uno se le paga de jornal y ynforme [de] la cantidad de paja y cevada y pan cocido y camas.

⁵⁸⁵ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo IV (Registro 00026), ff. 219v-220 y 25v, respectivamente.

Incluso cuando el soberano dio muestras de magnanimidad y dispuso la reducción temporal del volumen de la carga exigida, tal como ocurrió en el año 1653, lo hacía reafirmando la imposibilidad de librarse de la obligación:

Su Majestad, que Dios guarde, en respuesta de consulta de la Junta de 7 de abril pasado, a sido servido de resolver que para escusar las molestias y gastos que se hacen a los lugares de la comarca de ese sitio [de Aranjuez] con los repartimientos de camas, pan cocido, cevada y paja en las ocasiones que Su Mag. va a él, se reduzcan a lo necesario y preciso, repartiendo solamente cuatrocientas y cincuenta camas, doscientas y sesenta fanegas de pan cocido para cada día y otras tantas de cevada y quatro carros de paja, y que al respecto desta cantidad se hagan de aquí adelante los repartimientos prorrata en los lugares que están señalados sin que pueda reserbarse ninguno de lo que les tocare por ningún caso⁵⁸⁶.

3.7. *EL DECLIVE DE LAS FINANZAS DE ARANJUEZ*

Y LAS COMISIONES PARA EL COBRO DE LOS ATRASOS

De acuerdo a las cifras contenidas en las contabilidades anuales del sitio, actualmente conservadas entre los fondos documentales del Archivo General del Palacio Real de Madrid, los recursos hacendísticos de Aranjuez se vieron seriamente mermados a lo largo del reinado de Felipe IV. En efecto, la contabilidad correspondiente al año 1623 muestra que los ingresos del sitio aún ascendían a 605.469,26 reales en moneda y 5.067 fanegas de trigo y 3.684 fanegas de cebada (que, a razón de 18 y 9 reales por fanega, supondrían otros 124.362 reales); en suma, un total de 729.831,26 reales. Empero, apenas dos décadas más tarde dichos inputs se habían depreciado de forma significativa, dado que por entonces apenas alcanzaron los 478.170 reales en metálico y 3.516,5 fanegas de trigo y 4.092 fanegas de cebada: es decir, sólo en el transcurso de dos decenios los ingresos ordinarios recaudados por los oficiales del real sitio de Aranjuez ya se habían reducido más de un veinte por ciento⁵⁸⁷.

Esa sustancial reducción de lo ingresado por las arcas del sitio, así como el desfase en los balances financieros que se fue agravando cada vez más a lo largo del reinado de Felipe IV, tuvo su origen en la crisis rural que se desató en el interior peninsular desde las últimas décadas del siglo XVI y primeras del XVII. Más atrás, al desglosar las partidas del cargo anual de la hacienda de Aranjuez,

⁵⁸⁶ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo IV (Registro 00026), f. 292v y tomo V (Registro 00027), ff. 51v-52, respectivamente.

⁵⁸⁷ AGP, AP, Aranjuez, cajas 376/1 y 480/1.

se tuvo ocasión de comprobar como más de tres cuartas partes de dichos ingresos provenían precisamente de la explotación de su patrimonio rústico: el arrendamiento al alza de esa joya patrimonial (compuesta de tierras de labor, huertas, dehesas, sotos, pastizales y ejidos) y la venta de los productos que rendía (caza, pesca, leña y madera, reses vacunas, fruta, hortalizas...) había proporcionado desde su formación a la regia hacienda ribereña una tremenda robustez financiera. Esa robustez se empezó a agrietar, precisamente, a raíz de la crisis rural que estalló en las comarcas próximas al real sitio a partir de los primeros decenios del siglo XVII⁵⁸⁸.

Dado que el nivel de gasto se mantuvo prácticamente intacto durante esos decenios, la caída de los ingresos resultaba aún más peligrosa para la estabilidad financiera del real sitio. Un desfase que ya era patente a mediados de la década de 1620, como se ponía de manifiesto en sendos memoriales elevados por los “contadores de cuentas” de Aranjuez al monarca: en el primero de ellos, elaborado en mayo de 1626, la Junta de obras y bosques estudiaba los balances enviados por el contador Juan López de Ocaeta:

que tratan de la forma que se podrá tener en la mejor cobranza desa real hazienda, así por lo se debe atrasado como [de lo] que procediere de aquí adelante y el informe que hizo V.M. [el veedor, que hace de gobernador] cerca dello; y conferídose todo lo que mira a esto atentamente, ha acordado que se hagan diligencias por el mayordomo della así para la cobranza de lo que se debe hasta el año de seiscientos y cartorze;

impagos arrostrados que, según el informe del contador Ocaeta, rondaban ya los 675.000 reales⁵⁸⁹.

El segundo de los informes fue elevado a la junta por otro contador de Aranjuez, Lorenzo Suárez Chacón, en octubre de 1628. En él se ratificaban las cantidades adeudadas al sitio, evaluadas en más de medio millón de reales en metálico y:

935 fanegas de trigo y 322 fanegas y 6 celemines de cebada y 10 fanegas y 9 celemines de centeno y 10 celemines de avena y 587 gallinas y 13 pollos que dicen

⁵⁸⁸ Sobre el declive del conjunto del interior peninsular, *vide* J. M. LÓPEZ GARCÍA (dir.): *El impacto de la corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna*, Madrid 1998, pp. 151 y ss. Por lo que respecta a la magnitud de la crisis demográfica y productiva que afectó a las comarcas que circundaban al sitio durante la primera mitad del siglo XVII, J. LÓPEZ-SALAZAR PÉREZ: *Estructuras agrarias y sociedad rural en La Mancha (ss. XVI-XVII)*, Ciudad Real 1986, pp. 68-150.

⁵⁸⁹ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo II (Registro 00024), f. 285r-v.

están por cobrar, conforme a la relación jurada y firmada que tiene presentada en la contaduría del dicho heredamiento.

Confirmado este desnivelado balance, los miembros de la junta optaron por una solución salomónica y recomendaron:

que se haga por ahora con el dicho Lorenzo Suárez todo ello lo que se a hecho hasta aquí con los mayordomos sus antecesores...y que destos mismos maravedís. y grano y aves se aga cargo a Pedro de la Peña, mayordomo que sucedió al dicho Lorenzo Suárez, para que los cobre y de quenta dellos, teniéndolos distintamente y con claridad por quenta aparte... y qué cobro se podrá poner en ello que sea en mayor beneficio de aquella hacienda y servicio de Su Majestad ⁵⁹⁰.

Las malas cosechas que se sucedieron a comienzos de la década de 1630 vinieron a agravar aún más el problema de los impagos y la deuda comenzó a dispararse, tal como refleja el testimonio de una decena de campesinos de Borox:

se ha dado en la junta un memorial en que dicen son deudores dessa Real Hacienda de cierta cantidad de maravedís de arrendamientos de dehesas de pastos y tierras; y que a causa de las tenues cosechas de los años pasados no han podido pagar, y que se está procediendo contra ellos y molestándolos con costas y ejecutores, teniéndoles presos y enbargados sus bienes ⁵⁹¹.

Ello motivó que el 16 de julio de 1631 fuera el propio Felipe IV quien formalizara una comisión extraordinaria para que procediese a la “averiguación, ajustamiento y cobranza de lo que se debe procedido de las rentas de Aranjuez” durante el periodo comprendido entre los años 1581 y 1631. Tan ardua tarea fue encomendada a Carlos Jiménez, oficial de la administración de Aranjuez, a quien se le otorgaron las atribuciones pertinentes para que actuase como juez ejecutor en estos expresivos términos:

El Rey... porque conviene a mi servicio que se averigue y liquide por menor en qué deudores consisten las dichas resultas, qué bienes y qué fiadores hay y el estado que esto tiene y las partidas que son de mala o buena calidad para que se cobren con la mayor brevedad y menos costa que ser pueda, y para ello es necesario nombrar persona de experiencia, plática e inteligencia y demás partes que se requieren, por la buena reacción que se me ha hecho de vos, Carlos Jiménez, y de la noticia que tenéis en esta materia por el manejo y ocupación que habéis tenido en los libros de la contaduría y mayordomía del dicho heredamiento [de

⁵⁹⁰ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo III (Registro 00025), ff. 108v-109.

⁵⁹¹ *Ibidem*, tomo IV (Registro 00026), ff. 53v-54.

Aranjuez] y por la satisfacción que tengo de vuestra persona y del cuidado con que procedéis, he tenido por bien de eleiros y nombraros, como por la presente os elijo y nombro, para que vayáis a las villas de Ciempozuelos, Seseña, Borox y demás partes y lugares que convengan y, guardando y ejecutando la instrucción que se os será entregada, firmada de don Francisco de Prado, mi Secr[tario], hagáis cuenta y liquidación y ajustamiento de todo el tiempo referido... y es mi voluntad que juntamente con hacer la dicha liquidación cobréis en virtud de esta comisión lo que resultare de las dichas cuentas y rezagos, compeliendo por todo rigor de derecho a los que fueren alcanzados y sus fiadores a quien den y paguen dichos alcances, prendiéndoles, embargándoles y vendiendo bienes ⁵⁹².

Lo cierto es que transcurridos más de tres años desde su nombramiento Carlos Jiménez arribó a Villaseca de la Sagra, uno de los pueblos a los que acudió para acometer dicha tarea. Allí se encontró con que algunos vecinos que habían tenido arrendados bienes pertenecientes a la hacienda de Aranjuez (entre ellos la barca denominada de Aceca, que habilitaba a los transeúntes para cruzar el río Tajo previo pago de barcaje) aún arrostraban numerosas deudas con la administración ribereña. Gracias a las gestiones realizadas por el comisionado Jiménez sabemos que los responsables de la administración de Aranjuez ya habían llevado a cabo por su cuenta algunas comisiones extraordinarias para el cobro de las deudas. Una de ellas se remontaba al año 1621, tal como refiere el testimonio de Mariana Díaz, viuda de Alonso Díaz, vecina de Villaseca:

el dicho su marido tuvo a su cargo en arrendamiento la barca de Aceca dos años y medio, que fueron los últimos del arrendamiento que hizo Cosme Correas, vecino de la dicha villa, el año pasado de seiscientos y catorce; y del tiempo que la tuvo a su cargo quedó debiendo a la Real Hacienda quince mil reales poco más o menos. Y V[uestra] Mag[esta]d fue servido de dar comisión al contador Sancho Felipe para cobrar todos los maravedís que pareciese deberse a su Real Hacienda en dicha villa y otras partes; y el susodicho, en virtud de su comisión, vendió toda la hacienda del dicho su marido y la suya como fiadora que es de la deuda, sin dejarles cosa alguna, echándoles de su casa, vendiéndosela; y lo mismo hizo a los demás fiadores del dicho su marido y del dicho arrendamiento, de suerte que todos quedaron sin hacienda por causa de los muchos daños y costas que el dicho Sancho Felipe les hizo en sus salarios y cuentas hechas en trabajados precisos por sacar dinero. Que las penas de lo referido es notorio: quitó la vida al dicho su marido cuando vio se consumía su hacienda vendida en sus salarios sin acabar de pagar a V[uestra] Mag[esta]d., valiendo la hacienda que vendió tres [veces] doblado de lo que debía; se quedó muerto y ella viuda con cinco hijos echados todos fuera de su casa.

⁵⁹² AGP, AP, Aranjuez, caja 13, exp. 5/1.

En estas penosas circunstancias, en el otoño de 1634 se produjo la intervención del comisionado Jiménez en Villaseca de la Sagra. El monto total de lo que allí se adeudaba no era demasiado elevado, ya que apenas se cifró en 6.254,35 reales. Pero en una coyuntura tan adversa para muchas de las pequeñas economías campesinas próximas al real heredamiento, esa suma suponía un techo de endeudamiento casi insoportable, tal como confirma de nuevo el testimonio de la referida Mariana Díaz:

Y ahora Carlos Jiménez, Juez por V[uestra] M[agesta]d nombrado para cobrar los maravedís que se restan debiendo a su Real Hacienda, está en la dicha villa procediendo contra ellos y los demás fiadores por cuantía de seis mil y setecientos reales, poco más o menos, en que entran cuatrocientos que debe Eugenio Martín; y es así que [ni] ella ni los demás fiadores del dicho arrendamiento tienen posibilidad para poder pagar dicha cantidad por haberles ya vendido el dicho Sancho Felipe sus haciendas; y el estar hoy el dicho Carlos Jiménez molestándoles con costas y con presiones no pone de mejor calidad la deuda, antes de peor, pues es fuerza que si alcanzan alguna cosa de su trabajo se la consuma el dicho juez en sus costas; para cuyo remedio y para que V[uestra] M[agesta]d pueda una deuda que es cierta está perdida, asegurarla y venirla a cobrar, suplica a V[uestra] M[agesta]d la haga merced y limosna de que se le espere a ella y a los demás fiadores por la dicha cantidad por doce años, pagando cada uno de ellos a rata lo que tocara, que ofrece asegurar hoy de nuevo la paga que ofrece; pues es imposible cobrar V[uestra] M[agesta]d de otra manera ni haber quien les fie con menos tiempo por estar hoy todos pidiendo limosna.

De hecho hasta el propio comisionado Jiménez, en el informe final de su cometido remitido a la junta, avalaba la solución propuesta para el cobro de la deuda:

En todo caso tiene por mejor, si ellos afianzan a satisfacción, V[uestra] M[agesta]d les dé espera; que cuando se ha tenido siempre por deuda perdida, por estar tan pobre esta gente, antes se pone de mejor data que mala... [porque] son pobres, están en la cárcel y dicen darán fiadores con tal que se les dé doce años de espera.

A comienzos de la década de 1650 la situación se tornaba más sombría si cabe. Por entonces, Agustín Maldonado, secretario de la Junta de obras y bosques, certificaba el envío de un nuevo memorial elevado por Gil Antonio Ramírez de Zayas, mayordomo de Aranjuez, en el que daba cuenta del elevado nivel de endeudamiento que arrostraban los arrendadores de tierras del sitio avecindados en las localidades de Ciempozuelos, Seseña, Borox y Villaseca de la Sagra, estimando que:

se están debiendo a la Real Hazienda y a él, como tal mayordomo, más de 500.000 reales de las rentas de su cargo, sin poder conseguir la cobranza respecto de no

haver ponedores a las haziendas, por ser deudos y amigos unos de otros, con que se le imposibilita el cumplir con la obligación de su asiento, en gran daño de su crédito y hazienda... y haviéndose visto en la junta en 13 deste mes con lo que en razón dello dijo el señor fiscal, fue acordado se requiere a las justicias destos lugares que sin dilación hagan pago de lo que deven, con apercivimiento que se embiará audiencia que lo execute a costa de los que no lo cumplieren dentro de quince días ⁵⁹³.

Una avalancha de retrasos en el pago de los arrendamientos –cuanto no de impagos totales– que motivó la creación, por parte de la Junta de obras y bosques, de una nueva comisión rogatoria, siendo esta vez su cometido encomendado al licenciado Ignacio de Ceballos “el Caballero”, nominado por una real cédula fechada en Madrid el 23 de julio, que le habilitaba para conseguir –por enemisa vez–:

[la] cobranza de los maravedíes, trigo, cebada y demás rentas que a su Real Hacienda del sitio de Aranjuez deben algunos vecinos de diferentes villas y lugares desde el año de 1581 hasta 22 de abril del presente ⁵⁹⁴.

El primer informe del licenciado Ceballos data de comienzos del mes de septiembre, cuando el referido visitador remitió a la junta un detallado informe en relación a los progresos que iba haciendo en el cobro de las deudas:

Vine a la villa de Ciempozuelos, a donde asisto con mi audiencia, y a los de Borox y Seseña, que son los especificados en dicha real cédula y a donde por la relación que me entregó para dicho efecto don Juan de Zubiça, secretario de la Real Junta de obras y bosques de V[uestra] M[agesta]d. consta se deben más cantidades de maravedíes que en otros algunos. Y hice notoria en ellas la dicha real cédula y procurando recoger todos los pleitos, antiguos y modernos, que se han fulminado contra los deudores por diferentes ejecutorias que han asistido a dicha cobranza. Y en virtud de los que he hallado en esta villa y de la dicha relación con que los he conferido, he hecho y voy haciendo con toda puntualidad las diligencias convenientes y necesarias para dicha cobranza; si bien he reconocido, en el tiempo que he asistido en ella, que ha de ser muy trabajosa, penosa y difícil, y aún imposible en las mayores y más principales partidas que contiene dicha relación.

Apremiado por las exigencias de la cédula regia y por las órdenes emanadas de la junta, la labor del licenciado Ceballos pronto se dejó notar sobre el terreno. A medidados de ese mismo mes los procuradores legales de los concejos de Seseña y Ciempozuelos elevaban una petición a la junta quejándose de como el referido juez comisionado:

⁵⁹³ AGP, Registros, libros de acuerdos de la junta, tomo IV (Registro 00026), f. 256v.

⁵⁹⁴ AGP, AP, Aranjuez, caja 14130.

está procediendo por vía ejecutiva en virtud de la dicha comisión y de una relación dada por el mayordomo de aquel heredamiento [Aranjuez] sin querer dar lugar en ningún apartamiento sin liquidación a cuenta con ninguno de los deudores. Y siendo como son las partidas tan antiguas y tan confusas, por ser de más de setenta años a esta parte, y las más o muchas de ellas de mala calidad y perdidas, es muy grande y notorio agravio el que se hace a los dichos deudores, de que todos son de las personas más fallidas de las dichas villas; y si el dicho juez asiste y continúa en su comisión con su audiencia, sin liquidar las cantidades y deudores, ocupará mucho tiempo y, aunque les venda sus bienes, no habrá para la paga y satisfacción de los salarios y no se conseguirá el fin principal de la dicha cobranza, con que ni V[uestra] Magestad será servido y [a] ellos les será preciso el ausentarse, quedando aquellas villas muy desamparadas de gente.

Dos semanas más tarde, el licenciado Ceballos volvía a dar cumplida cuenta de las actuaciones que había ido realizando desde su llegada.

Doy aviso como desde primero de septiembre empecé a pregonar algunos bienes de deudores muertos y ausentes, como son casas y huertas y viñas y heredades, porque muebles he hallado muy pocos o ningunos. Y se han ido continuando los pregones en la plaza pública de esta villa.

No obstante, el juez también refería la imposibilidad de vender los bienes embargados ante la práctica ausencia de pujas en las subastas que había convocado:

por no aver postor para ellos [los bienes ejecutados], he tomado posesión de algunos de los [bienes] raíces en nombre de V[uestra] M[agesta]d, y encargado la administración de ellos a los alcaldes ordinarios de esta villa, apercibiéndoles cuiden de poner en ella buen cobro y todo su cuidado de suerte que se satisfaga y pague a la Real Hacienda de V[uestra] M[agestad] lo que se le debe, y que si algún daño de lo contrario o de su comisión resultare será por su cuenta y riesgo.

Al mismo tiempo, solicitaba a la junta la concesión inmediata de más medios materiales y humanos para completar con entera satisfacción el cometido que se le había encomendado y, en especial, reclamaba la colaboración de los justicias locales, los alguaciles de Borox, Seseña, Colmenar de Oreja y Villaseca de la Sagra, pues era precisamente en esas localidades “donde se deben mayores cantidades”.

El licenciado Ceballos aún permanecería 13 meses recorriendo los pueblos de la comarca. En abril del año 1653 concluía el informe final de su comisión “en ejecución y cumplimiento de lo que V[uest]ra. Mag[estad] se sirvió de ordenarme por su real decreto”, no sin antes haber:

puesto en la Secretaría de V[uest]ra Junta de obras y bosques relación por menor, con toda y mayor claridad, de lo que he cobrado en virtud de mi comisión después que fue a la villa de Seseña, a continuarla en ella, como en las de Borox y

Ciempozuelos... Y por dicha relación reconocerá V[uest]ra. Mag[estad] lo mucho que he trabajado en la recaudación y cobranza de sus reales rentas y los desvelos, solicitud y cuidado que me ha costado.

Al final, el balance no debió resultar excesivamente afortunado, dado que del total de las sumas impagadas que arrostraban los arrendadores de bienes de Aranjuez avocindados en Seseña (que ascendían a un total de 145.950,41 reales), el licenciado sólo había podido cobrar en efectivo 14.296,41 reales, esto es, ni siquiera un diez por ciento del total de lo adeudado. Y no sólo eso. A ello había que añadir una parte del salario que se le había asignado desde su nombramiento y durante el tiempo que se había encargado de la tarea encomendada, al margen de los gastos que habían acarreado las escrituras notariales, los procesos judiciales y los embargos a los deudores.

Desconocemos cuándo y en qué términos se produjo el cierre definitivo de la comisión del licenciado Ceballos. Pero lo que sí sabemos es que unos meses después de su último memorial, y tal y como renonocía Gil Antonio Gutiérrez de Vayas, por entonces a cargo de la mayordomía de Aranjuez, las consecuencias inmediatas de su actuación habían resultado devastadoras para muchos deudores del sitio y sus familias: “la presente audiencia ha dejado destruidos los lugares; y muchas partidas se cobraren si no fuera por las costas”. Y también que, a pesar de los vastos esfuerzos desplegados por la administración regia y los gastos materiales y humanos empleados en las referidas comisiones, tampoco se consiguieron —ni de lejos— los resultados perseguidos. Más allá de todo ello, el declive de los balances financieros del real sitio se alargaría más allá del reinado de Felipe IV y llegó a afectó incluso a los desembolsos ordinarios. En 1677 el gobernador de Aranjuez se quejaba de que el impago de los salarios a la plantilla del real sitio, de los que se debían hasta ese año más de 2,5 millones de reales, había provocado “la calamidad en que se hallan todos los criados de V[uestra] M[agestad] en su real servicio en el sitio de Aranjuez”⁵⁹⁵.

⁵⁹⁵ BNE, VE/209-30. Citado por J. JURADO SÁNCHEZ: *La economía de la corte...*, *op. cit.*, p. 52.

CAPÍTULO 8

RESERVADOS Y PENSIONISTAS

1. *RESERVADOS Y PENSIONISTAS:*

UNA NUEVA VÍA DE INTEGRACIÓN DE LOS REINOS EN LA CASA REAL ¹

José Eloy Hortal Muñoz

Como viene demostrando esta obra a lo largo de sus diversos capítulos, la configuración de la Monarquía hispana que se había gestado en época de Carlos V entró en crisis durante el reinado de Felipe IV, en especial tras la década de 1640. Por ello, los más de 44 años que duró dicho reinado, se convirtieron en una desesperada e infructuosa búsqueda por modificar lo existente a través de una serie de ajustes y reformas, que ya hemos analizado a lo largo de esta obra en lo tocante a la casa real.

El principal problema del agotamiento del sistema lo constituía el hecho de que muchos de los súbditos de la monarquía ya no conseguían integrarse en la misma, quedando sin el paraguas que había constituido hasta entonces el monarca como *pater familiae*, pues la propia constitución de la monarquía le impedía absorber con éxito a los diferentes grupos sociales y reinos, tal y como había hecho antaño ².

Debido a ello, se decidió activar plenamente un sistema de previsión social a gran escala sobre personajes y familiares vinculados directa o indirectamente con las casas reales o los sitios reales, el cual se había ido pergeñando a lo largo de los

¹ Esta contribución se enmarca en los trabajos del Grupo de Investigación “La configuración de la Monarquía hispana a través del sistema cortesano (siglos XIII-XIX): organización política e institucional, lengua y cultura”, de la Universidad Rey Juan Carlos (GE2014-20). Las referencias de archivo o biografías de personajes deben consultarse en el tomo II de esta obra (CD Rom).

² Para el estudio de dicha integración, J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, Madrid 2000; J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II: La Casa del Rey*, Madrid 2005, y J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III*, Madrid 2008, 4 vols.

reinados anteriores. Evidentemente, este sistema exigía grandes recursos financieros para funcionar y, en muchas ocasiones, fue imposible hacer frente a todos los pagos que se generaron en un momento de graves dificultades económicas para las monarquías europeas, en general, y para la hispana, en particular³. Sin embargo, Felipe IV y sus diversos validos y privados fueron conscientes de la urgente necesidad de no dejar a la deriva a todos esos servidores y familiares que durante generaciones habían servido fielmente al monarca y a sus antecesores y buscaron vías que facilitaran el aprovisionamiento de fondos para dichas mercedes.

Antes de ver los orígenes de dicho sistema, conviene reseñar las diferentes categorías que se establecieron en el mismo. Así, debemos diferenciar entre los reservados —que fueron oficiales que sirvieron y luego fueron jubilados por razones de edad, enfermedad..., percibiendo todos o parte de sus gajes, salarios y quitaciones sin necesidad de servir u otra merced pecuniaria o en especie—, y los pensionarios —que fueron todas aquellas personas que recibieron una pensión por la casa real o la Junta de obras y bosques, en función de haberse casado o ser hijo/a o familiar de algún servidor real—; es decir, la diferencia entre un *status* u otro lo daba el servicio previo, aunque no siempre la documentación indica dicha división, tal y como sucedía, por ejemplo, en la caballeriza y en la acemilería, en que todos aparecían como pensionarios. Del mismo modo, conviene indicar que no haremos mención en este apartado a las diferentes pensiones (eclesiásticas o no), mercedes..., que recibieron los diversos criados reales durante su ejercicio para su sustento o en función de su calidad o las que percibieron una vez acabado su servicio y con el fin de extender las bondades del monarca por los diversos reinos (caso de cargos eclesiásticos para sus capellanes).

1.1. *LOS ORÍGENES DEL SISTEMA, DE CARLOS V A FELIPE III*

La gestación de dichas categorías se fue conformando desde los inicios de la Monarquía hispana, aunque la configuración y relevancia fundamental no la alcanzarían hasta el reinado de Felipe IV. Así, con Carlos V, apenas tenemos constancia del uso de formas de reserva, y en este sentido serían pioneras las guardas reales.

³ Sobre el contexto económico, en especial, los trabajos clásicos de A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: *Política y Hacienda de Felipe IV*, Madrid 1960, y *Política fiscal y cambio social en la España del siglo XVII*, Madrid 1984, pp. 41-43, y de F. RUIZ MARTÍN: *Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV (1621-1665)*, Madrid 1990.

Por lo que respecta a la de corps, en las ordenanzas de 1515 se contemplaba la existencia de 10 plazas extraordinarias que recibían 9 placas al día por el receptor general de finanzas hasta que tuvieran la plaza de archero ordinario tras vacar alguna de las 50 plazas que existían en la unidad, una suerte de plazas supernumerarias como se llamarían durante el reinado de Felipe IV⁴. Sin embargo, no debemos considerar dichas plazas como de reservados y más interesante resulta la concesión a dicha unidad del llamado *Tour de Rolle*. El 1 de marzo de 1534 en Madrid, Antoine Perrenin, como secretario del Gran Consejo de la casa de Borgoña, firmaba un documento que no tendría parangón en otras guardas europeas, al ser el único que, de forma explícita, reservaba unos oficios del patrimonio real en las XVII provincias para todos aquellos archeros que se jubilaran o que retornaran a su tierra natal, lo que podían hacer tras 10 años de servicio, y que recibirían *à tour de rôle*, es decir, por turno o relevo, según su orden de antigüedad⁵. Pese a ello, la primera unidad de guarda que incorporaría plazas fijas reservadas sería la española, cuando el príncipe Felipe promulgó el 22 de junio 1553 una cédula en la cual se contemplaba la creación de una serie de plazas reservadas en la guarda vieja, 12 en total, destinadas a guardas que podrían cobrar sin ejercer, en virtud de sus largos años de servicio⁶. Sin duda, era un privilegio importante y que la destacaba sobre las otras dos guardas palatino-personales, ya que la de corps no conseguiría tal prebenda hasta 1598 y la alemana hasta 1605.

Durante el reinado de Carlos V, de todos modos, debemos distinguir dicha condición de reservado de la pensión que se entregaba como complemento del sueldo a algunos de los oficiales mayores, cuyo cobro finalizaba al cesar en el oficio. Entre los dichos cargos palatinos nos encontramos en 1515 al camarero mayor, los camareros⁷, mayordomos, caballerizo mayor y algunos consejeros, percibiendo

⁴ J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, op. cit., vol. V, p. 161.

⁵ Sobre dicho documento, J. E. HORTAL MUÑOZ: “La Noble Guarda de Archeros de Corps en el contexto de la Casa Real de los monarcas Austrias Hispanos”, en R. VERMEIR, R. FAGEL y M. EBBEN (coords.): *Agentes e identidades en movimiento. España y los Países Bajos siglos XVI-XVIII*, Madrid 2011, p. 250.

⁶ Esta cédula ya la publicamos en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (coords.): *La Monarquía de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 479, n. 1638.

⁷ Así, en 1515 tenemos al señor de Montigny que percibía 44 placas diarias, el de Beaumé 36 y el de Gorrevod 30, variando en el resto según decidiera en dicho momento el archiduque Carlos. Algunos de ellos, incluso, no disfrutarían de la misma [J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, op. cit., vol. V, pp. 140-142].

todos ellos una pensión no estipulada según el cargo, si no según su relevancia y por decisión del, por entonces, archiduque Carlos. Sí estaba fijado, en cambio, que la pensión de los capitanes de la guarda de corps fuera de 1.240 libras anuales o la de los meninos de 120⁸. Posteriormente, el capitán de la guarda tudesca pasaría a percibir 2.500 libras de pensión, una vez que dicha unidad se incorporó a la casa de Borgoña en 1519, y el de la española 600 ducados, cuando la suya lo hizo en 1524. La relación de Sigoney, que hacía mención al servicio hacia 1545, nos indica que se continuaba dicha tradición, percibiendo, por ejemplo, 2.000 libras de pensión anual el segundo camarero, 800 el sumiller de corps u 11.764 reales y 24 maravedís el caballerizo mayor⁹. Dicha práctica continuaría llevándose a cabo durante los reinados posteriores, tanto en la casa del rey como de la reina o infantes, siempre otorgándose a oficios “de calidad”.

Sería, por tanto, durante el reinado del “Rey Prudente”, impulsor de las plazas reservadas en la guarda española como vimos, cuando empezáramos a ver de forma clara en la casa real la aparición permanente de plazas reservadas, aunque en un número muy reducido. De hecho, únicamente tenemos documentados dos casos en la casa del rey –el del lacayo Sebastián Delgado y el del portero de cámara de la casa de Castilla Juan de Villagómez¹⁰– ambos en 1597 y, por tanto, al final del reinado. Del mismo modo, algunos oficios se unieron a la guarda vieja en el privilegio de tener plazas reservadas de forma constante, como sucedió desde 1593 con los litereros, que percibirían dos reales y 5 maravedís de gajes diarios sin necesidad de servir. Dicha merced se prolongaría hasta que en 1604 se decidió reservar a Martín de Arizmendi y Alonso García “el Viejo” con sus gajes y casa de aposento, además de ordenarse que se les concediera librea para vestir como los mozos de caballos¹¹.

No debemos incluir aquí a algunos personajes que se pudieron retirar a sus tierras natales a disfrutar de una pensión tras finalizar su servicio, pues durante este reinado solían estar vinculadas al ejército y a la iglesia, no a la casa real, y tenían naturaleza diferente a lo que aquí estamos tratando. Ése fue el caso del macero Estienne la Jonchiere¹², del mozo de ventores Juan de

⁸ J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, op. cit., vol. v, p. 149.

⁹ *Ibidem*, p. 179.

¹⁰ Disfrutó de sus gajes sin necesidad de servir desde el 14 de noviembre de 1597 hasta su muerte el 25 de diciembre de 1609 (AGS, CSR, leg. 126, núms. 511-516).

¹¹ AGP, Personal, caja 28/26.

¹² *Ibidem*, caja 252/43.

Martínez de Arroyave¹³ o del sotayuda de la cava Miguel de Namur¹⁴, entre otros muchos.

Del mismo modo, a finales del reinado comenzó a aparecer un uso que se extendería profusamente con posterioridad, como fue el de la obtención del oficio mediante matrimonio con mujeres que lo tenían “para con quien casare”. En este momento, dicha concesión podía otorgarse a personas emparentadas con el poseedor del oficio o a individuos que no tuvieran tal relación. Éste fue el caso de Diego López de Zárate, portero de cadena de la casa de Castilla desde 1561 hasta su muerte en 1598, fecha en la que se decidió que el oficio quedara reservado para la persona que casase con la hija de Antonio de Sigura, aparejador de las fábricas del Alcázar de Madrid, entrando en 1608 a servir Pedro de Albear, que era hijo de Francisco López que tuvo el mismo oficio¹⁵.

Durante el reinado de Felipe III, se fue consolidando la aparición de la figura del reservado, en especial tras el traslado de la corte a Valladolid de 1601 a 1606, y con el fin principal de paliar las terribles carencias que ocasionó el traslado en las haciendas de los diversos criados que acompañaron al monarca a la ciudad castellana. Sin duda, fueron las guardas reales, sección que ya había sido pionera en lo relacionado con las reservas, las que más beneficiadas salieron de esta situación, pues a las plazas reservadas que ya tenía la guarda vieja española, como ya señalamos, se unieron en 1598 la guarda de corps y en 1605 la guarda tudesca.

Con anterioridad a la citada fecha, los guardas de corps recibían una pensión de 4 placas al día para todos los que se quisieran retirar tras más de 10 años de servicio y decidieran volver a Flandes, pero Felipe III decidió al poco tiempo de subir al trono, exactamente el 1 de noviembre de 1598, que 16 de los guardas que llevaran sirviendo más tiempo pudieran pasar a la reserva cobrando unos gajes de 5 reales y 10 maravedís por día, sin necesidad de servir. Los primeros elegidos para disfrutar de esta nueva prebenda fueron Pierre de Cambray, Michiel du Fiesne, Hans Dierens, Martin Heneroitte, Jacques le Chien, Jacques de Hamis, Leonard de Franzville, Albert Verhagen, Martin Danville, Nicolaes de Soriamont, Jhêrome Prevost, Hendrick Stella, Philippe Poitiers, Baltasar Lameton, Jacques Papenhoven y Gilles de Roy. En su lugar entraron a servir

¹³ Expediente en AGS, CSR, legs. 100, núm. 573 y 113, núm. 307. Además, AGP, Personal, caja 991/1-30.

¹⁴ AZ, carpeta 223, doc. 49.

¹⁵ Expedientes en AGP, Personal, caja 574/38 y AGS, CSR, leg. 111, núm. 18. Además, AHN, Consejos, legs. 4411 (1589), núm. 93 y 4415 (1598), núm. 72.

otros 16 flamencos, como fueron Estienne Gerre, Jacques Fame, Michiel Jehan, Nicolaes vanden Perre, Henry van Ophem, Jehan de Luxembourg, Ferdinandus van Aerschot, Thomas Fevre, Luis van Wayenberghe, Melchior Bouchaut, Guillaume Lefèvre, Damian Brisart, Jacques Gryp, Jehan Robyn, Joseph van Hullenbus, François de Laultre, Pierre Schoen, Michiel Pernot y Blau Jehan¹⁶. La decisión del nuevo monarca iba encaminada a permitir que los archeros más ancianos no tuvieran que emprender la jornada de Valencia y pudieran permanecer en Madrid, pero su verdadero significado hay que entroncarlo con la cesión de los Países Bajos a los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia. La misma supuso, *de facto*, que los naturales de los Países Bajos dejaran de ser súbditos de Felipe III. De esta manera, la guarda de archeros de corps pasaba a encontrarse en la misma situación que había tenido la unidad tudesca tras la muerte de Carlos V; sus miembros se encontraban integrados en el servicio al monarca hispano, pese a no haber nacido en territorios dependientes de la monarquía. Esta nueva situación afectaría profundamente a la unidad, sobre todo, por la pérdida del *Tour de rolle*, ya que los oficios pasaron a estar a disposición de los Archiduques como nuevos soberanos.

Debido a esta pérdida, Felipe III tuvo que idear nuevas formas de recompensar a sus archeros, siendo la primera medida la concesión de las mencionadas plazas reservadas, cuyo número fue variando durante sus años de reinado. El traslado de la corte a Valladolid en 1601 hizo aumentar el número a 20, 16 con los 5 reales y 10 maravedís de gajes y 4 con tres reales y medio de gajes, es decir, 18 y 12 placas respectivamente, que se cobraban vía *Conseil des Finances* de Bruselas y dejaban de percibirse cuando el archero reservado recibía algún oficio del *Tour de Rolle*. Este número se volvió a incrementar durante el segundo tercio de 1604 a 21, con el paso a la reserva del trompeta Jehan Colarusso, que cobraría 12 placas. Desde ese momento, el número de archeros reservados quedó fijado en 12, con gajes de 18 placas diarias y 9 con 12, aunque, posteriormente, volvió a variar y se fue incrementando hasta encontrarnos en 1618 con 32: 18 con gajes de 18 placas y 14 con 12. En ese momento, el monarca decidió regular de nuevo la concesión de esas plazas para evitar los abusos que se venían cometiendo¹⁷. Posteriormente,

¹⁶ AGP, Reg. 5730.

¹⁷ Para ello, dictó una resolución el 26 de mayo de 1618 [publicada en E. MARTÍNEZ RUIZ: “Presencia de Borgoña y de los Países Bajos en la corte madrileña: la compañía de archeros de la guardia de corps (1589-1635 aprox.)”, *Madrid, revista de arte, geografía e historia* 5 (2002), p. 55], que el duque del Infantado transmitió a la guarda el 24 de agosto del mismo año (AGP, SH, caja 171), “Por carta de 26 de mayo deste presente año manda su majestad que quando vacare alguna pensión de las mayores que ay en la compañía de los archeros se provea

el monarca concedería nuevas mercedes a esta unidad y les permitiría la fundación de su propia cofradía.

Por lo que respecta a la guarda tudesca, ya desde la jornada de Portugal de 1580-1583, algunos cabos de escuadra solicitaron poder pasar a la reserva antes de marchar al reino vecino, pues servían desde tiempos de Carlos V y su condición física les reclamaba el paso a la misma. Además, dicha jornada supuso un notable quebranto económico y el salario se demostró insuficiente, pues la última revisión del mismo se había dado en 1549¹⁸. Sus quejas se remitieron al mayordomo mayor, el duque de Alba, que dilató la respuesta hasta poder consultarlo con el rey y no recibieron respuesta positiva. Posteriormente, el teniente de la guarda Pompeo Calco (1587-1602) solicitó en numerosas ocasiones peticiones de mejora para la unidad durante los últimos años del reinado de Felipe II, demandas que se acentuaron con el traslado de la corte a Valladolid. Esta mudanza empeoró las condiciones de vida y de servicio de los guardas, pese a algunas ayudas de costa que se les concedieron, como la de 1603, y Calco se centró, sobre todo, en intentar conseguir el antiguo anhelo de la compañía de que se les concedieran una serie de plazas reservadas. El teniente, hastiado de que se hicieran oídos sordos a sus peticiones, solicitó en 1601, justo después de fallecer el capitán Lodrón, que se le concediera licencia para retornar a su casa en la Lombardía, lo que se le concedió desde el 1 de junio y por 4 meses; Calco no regresaría a Castilla, ya que falleció en sus tierras en julio de 1602¹⁹. De este modo, los principales cargos de la guarda quedaban vacos, por lo que el sargento Glauca tuvo que encargarse del día a día de la unidad, tal y como había venido sucediendo desde el comienzo de la ausencia de Pompeo Calco. De hecho, continuó entregando al Bureo memoriales,

en su lugar al más antiguo con la misma pensión del difunto y en vacando algunas de las catorce pensiones bajas que oy ay de a tres reales y 18 más no se provean hasta que aya cuatro vacas y en vacando la quinta desde aquel día se suban las diez pensiones bajas restantes que an de quedar por todas en dieciocho pensiones fixas a razón de cinco reales y diez maravedís con que se viene todo a igualar sin sacar su majestad más dinero de su real casa. Anse de ahorrar veinte y tres mill ciento y ochenta y ocho reales y seis mil cada año y manda su majestad que se de siempre la pensión que vacare al dicho archero más antiguo. Avisolo a V. Señoría para que así conste". A continuación, se presentaba una "Memoria de la lista de los dieciocho pensionarios que an de irse proveyendo en los más antiguos archeros de la compañía guarda de corps de su majestad como fueren vacando según la consulta y orden de su majestad del rey Felipe III dada al duque del Infantado su mayordomo mayor", donde aparecían los 18 candidatos y si se encontraban en Flandes o no.

¹⁸ Informe de la guarda alemana al Bureo de enero de 1580 (AGP, SH, caja 175).

¹⁹ *Ibidem*.

redactados por él mismo, referentes a la asignación a la guarda de las plazas reservadas, lo que sería concedido, finalmente, el 22 de junio de 1605.

En efecto, en esa fecha, poco antes de que se produjera el retorno de la corte a Madrid, Felipe III decidió conceder a la unidad 12 plazas reservadas, donde los guardas agraciados percibirían los mismos gajes que venían cobrando, sin necesidad de servir. Estos nuevos puestos recayeron, en un primer momento, en los cabos de escuadra Hans von Herlem y Jacob Halm, en los alabarderos con plaza aventajada Martín von Herlem, Melchor Faistgais, Reinhardt Hermann, Michael Dissman, Martin Traumpert, Rodolfo Jordan, Hans Baybel, Nicolas Schaler y Baltasar Angueron y en el alabardero con plaza sencilla Simón Roy²⁰. Todos llevaban un número considerable de años sirviendo a la monarquía, tanto en la guarda como en otros oficios²¹, y, a su vez, tenían buena relación con Glauca, que fue el encargado de conceder las plazas ante la falta en el servicio del teniente y del capitán.

También habría modificación en la guarda española, pues a las 12 plazas reservadas que tenía la guarda vieja se unieron otras 8 nuevas en la guarda de a caballo. Además, el capitán Povar consiguió una importante prebenda para la unidad en los albores de 1619, cuando el monarca aprobó su petición de que se concedieran 12 nuevas plazas reservadas, en este caso en la guarda amarilla, para soldados que llevasen más de 34 años de servicio, evitando así que acudieran impedidos a la jornada que se iba a iniciar a Portugal²². Dichas plazas se concedieron de forma permanente en la guarda amarilla, pero en ellas se integraron, igualmente, soldados de la guarda vieja y de la de a caballo, lo que provocó numerosos movimientos en las tres guardas. Los elegidos comenzarían a disfrutar de su nueva condición el 15 de abril de 1619.

Del mismo modo, las guardas reales fueron pioneras en la concesión de mercedes a viudas. Así, en la guarda española se estableció desde el reinado de Felipe III que las mujeres de los guardas fallecidos recibirían a su muerte 80 ducados por una vez²³, cuantía que era superior si el difunto había ocupado algún cargo en

²⁰ AGP, Reg. 5734.

²¹ El ejemplo más claro lo encontramos en Hans Baybel, que llevaba sirviendo desde el sitio de Metz en 1552 y que ingresó en la guarda a finales de 1590.

²² La petición de Povar y la contestación del monarca, ambas con fecha del 23 de marzo, en AGP, SH, caja 176.

²³ En este caso nos encontramos con las viudas de, entre otros, Alonso del Álamo, Francisco de Arévalo, Mateo Baltasar, Domingo de Ballesteros, Pedro de la Calle, Juan Camacho, Hernando Hernández de Cárdenas o Alonso Carrasco. Si no tenían viuda, este dinero se podía conceder a los hijos, como fue el caso de Juan Lozar o Martín de Menaria.

del cuerpo²⁴. El citado capitán Povar, ratificaría finalmente que las viudas de los guardas cobraran 80 ducados a la muerte de sus maridos y 160 si lo eran de alféreces y otros mandos²⁵. Dicha concesión, que se comenzó a realizar en época de Felipe III, solía ser confirmada al comienzo de cada reinado como vemos en esta petición del 14 de julio de 1621:

La guarda española de a pie, vieja y de a caballo de V. Majestad dicen que el rey don Felipe vuestro señor padre que está en el cielo hacía merced a las viudas que quedarían de soldados de la guarda por una vez de ochenta ducados en consideración de lo que habían servido en ella y esto lo consultava el mayordomo mayor llevando cada una certificación del capitán del tiempo que había servido el dicho su marido y esto se pagava y librava por la real cámara de V. Majestad dando orden para ello a don Bernabé de Vivanco y lo mismo hacían sus antecesores en el tiempo que estuvo por su cuenta. Al presente ay tres viudas que han muerto sus maridos después que su majestad que está en el cielo murió. Atento a lo qual suplican a V. Majestad humildemente, sea servido de mandar questa tan buena obra se continúe y haga merced a las dichas viudas en la forma arriba referida que en ello hará V. Majestad servicio a dios y a ellos gran bien y merced²⁶.

En la guarda tudesca, por su parte, se estipuló también con Felipe III que todas las viudas de los guardas recibieran 80 ducados al fallecer sus maridos, previa petición y estudio del Bureo. En algunos casos, esta cuantía se incrementaba hasta 160 ducados si el difunto había ejercido algún cargo dentro de la guarda, como sucedió con el sargento Israel Koch.

En la guarda de corps no estaba estipulado, al contrario que en la tudesca o en la española, que las viudas o sus hijos, si la mujer había fallecido previamente, recibieran 80 ducados o más si su marido había ejercido un cargo importante. Las mercedes eran diferentes y solían estar relacionadas con la concesión de los gajes; así, durante el reinado de Carlos V, cuando alguno de ellos moría se contaba al tal difunto el mes entero en que fallecía para entregar los gajes a su familia.

²⁴ Entre estos nos encontramos a Pedro Bravo y Pedro Martínez Romero, cuyas mujeres recibieron 100 ducados por haber sido sargentos, o Andrés García de Carabanchel y Juan Gutiérrez, cuyas viudas recibieron 160 ducados por el oficio de alférez que llegaron a tener. Caso curioso fue el de Andrés García, que no llegó a casar con Isabel García pero tuvo con ella hijos legítimos, por lo que al no ser técnicamente viuda se le concedió una plaza en la guarda vieja para quien casare con ella en lugar de los 80 ducados preceptivos.

²⁵ D. DE SOTO Y AGUILAR: *Tratado sobre las Guardas españolas amarilla, vieja y a caballo desde Fernando el Católico hasta Felipe IV*, s. d. (ha. 1663), en BNE, Ms. 2047, f. 80r; AGP, SH, caja 176.

²⁶ AGP, SH, caja 181

Posteriormente, esta merced se ampliaría hasta el tercio completo, como fue el caso del trompeta Marck Anthoine, a cuya viuda Catalina de Vergara se le dio el sueldo de su marido durante el primer tercio de 1586 tras fallecer este. En otras ocasiones, se les concedía otro tipo de mercedes como a Isabel de Ledesma, viuda de George Cornu, a la cual se le otorgó 10 años después de la muerte de este una ayuda de ración para su hija Agustina, al hijo menor de edad y ciego de Blau Jehan que, al quedarse huérfano, solicitó y le fue concedido que se le diera una ración perpetua, los gajes de archero y casa de aposento, o a doña Isabel de la Isla, Isabel Arias, María Rodríguez, Ana María de León e Isabel de Ledesma, viudas de archeros, a las cuales se les dio un real diario por limosna en la capilla²⁷.

Del mismo modo, las cofradías de las tres unidades de guarda tendrían entre sus principales cometidos la necesidad de acudir a las viudas y huérfanos tras fallecer el guarda correspondiente, haciéndose cargo de los entierros de aquellos guardas sin posibles

En el resto de secciones de la casa real, fueron apareciendo reservados, aunque no de una forma regular y estipulada. En la mayoría de las ocasiones, dicha merced consistía en seguir percibiendo sus gajes sin necesidad de servir y, a veces, podían mantener su casa de aposento y raciones, así como médico y botica.

En la casa de Borgoña de Felipe III nos encontramos con reservados en la capilla –como el capellán de banco Pedro Pantins²⁸, el capellán de altar y cantor Francisco de Somovilla, los cantores de la capilla flamenca Henri Bibau [Henrique Vinao], Pierre Cornet, Philippe Couwenhoven²⁹, Simón Mercenario³⁰ o Adrien

²⁷ AGP, RC, caja 137/1.

²⁸ Tras huir de los tumultos de su tierra natal flamenca junto a Andrés Schott, en 1579 nos lo encontramos en Toledo celebrando la navidad. Posteriormente, en concreto el 7 de octubre de 1585, ingresó como capellán y cantor de la casa de Borgoña y en 1595 pasó a serlo del archiduque Alberto para ir con él a los Países Bajos, donde cobraría gran relevancia en la capilla archiducal, gozando de notable correspondencia con Justus Lipsius. Reservado desde el 1 de junio de 1599 [A. RAMÍREZ: *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*, Madrid 1967 (2ª edición), pp. 11-12; AGR, Audience, Reg. 33/4, ff. 61 r. y 66 v.; RAH, 9/477, f. 189r].

²⁹ Cantor de la casa de Borgoña, capilla flamenca, que fue reservado en mayor de 1599, momento en que partió a Flandes con 5 reales y medio diarios, que dejó de percibir el último tercio de 1615 (F. ASENJO BARBIERI: *Documentos sobre música española y epistolario*, ed. de E. Casares, Madrid 1986, vol. I, pp. 164-165; AGP, Personal, caja 229/1 y RC, caja 137/1).

³⁰ Cantor de la capilla hasta que en mayo de 1599 fue reservado con 5 reales y medio diarios para que marchara a Flandes, los cuales se le dejaron de pagar con su muerte el 1 de agosto de 1607 (AGP, Personal, caja 674/30).

Capi, el cantorcico Juan de Namur y el furrier Diego de Valdés—, los oficios —como el ayuda de la cocina Amador de la Haya, el ayuda de la furriera y también archero Pierre de Souver [Pierres de Suabre], el ayuda de la botica Bartolomé de Sosa³¹ o el mozo de la cava Juan de León— y la caballeriza³² —caso del ayo de los pajes Juan de Orduña³³, el teniente de ayo de los pajes Andrés de Tamayo³⁴, los trompetas italianos Juan de Salinas, Tomás de Rabanal, Antonio Hernández “el Viejo”, Juan Andrea Bonhomo, Francisco Lombardo y Juan Andrea Ferraro (reservados todos entre 1600 y 1602)³⁵, el macero Alonso de Migolla³⁶, el cochero Felipe Sabaut “el Viejo” [Felipe Sabad], el lacayo Juan Vergudo, el mozo de la caballeriza Francisco Martín³⁷, los mozos de coches Marcos Álvarez³⁸ y Pedro de Torres³⁹, los acemileros Juan Borde⁴⁰ o Juan Martín de Requena o los citados litereros—. Por su parte, tanto en la casa de Castilla —con casos como el del escudero

³¹ Ayuda de la botica reservado, falleció el 6 de febrero de 1600 (AGP, Personal, caja 898/10).

³² El marqués de Flores indicaba en 1617 que los mozos de silla, caballo y coche impedidos solían recibir pensión por el furrier conforme a los años que hubieran servido, la cual variaba entre los dos reales, el real y medio o el real y 40 maravedís (*Ibidem*, caja 85/13).

³³ Fue recibido como ayo de los pajes el 15 de septiembre de 1593, sirviendo hasta que fue reservado el 1 de septiembre de 1602, concediéndosele 300 ducados anuales hasta su muerte, y otros 300 para tres hermanas (*Ibidem*, caja 761/36).

³⁴ Entró a servir como ayuda de ayo de los pajes en 1593 y posteriormente pasó a ser teniente de ayo de los pajes, oficio en el que fue reservado el 2 de febrero de 1613, condición que retuvo hasta su muerte el 16 de febrero de 1618 (*Ibidem*, cajas 437/28 y 1021/33).

³⁵ Sobre las reservas de estos trompetas, *Ibidem*, caja 501/70.

³⁶ Macero de su Majestad, inició su servicio a Felipe II en Inglaterra y fue reservado el 10 de enero de 1599 (*Ibidem*, caja 680/18).

³⁷ Mozo de la caballeriza desde 1604, fue reservado el 27 de agosto de 1616 con real y medio diario (*Ibidem*, caja 626/34).

³⁸ El 19 de febrero de 1619 se le hizo merced, mediante el duque de Uceda, de reservarle con real y medio de pensión diaria pagada por la caballeriza, en consideración a su enfermedad y no estar para el servicio. Si bien si volvía a estar apto la reserva cesaría y podría regresar al servicio, cosa que no sucedió (*Ibidem*, caja 71/11).

³⁹ Mozo de coches de la caballeriza desde 1612, fue jubilado en 1616 tras recibir en El Pardo la coza de una mula en el pecho, que le reventó unas venas (*Ibidem*, caja 1039/26).

⁴⁰ En San Lorenzo el Real a 23 de septiembre de 1600, Felipe III le hizo merced de reservarle del servicio. En consecuencia, cobraba sus gajes en su casa (*Ibidem*, cajas 2643/13 y 16673/13).

de a pie Francisco Caño⁴¹ o el redero Juan Alberto⁴²—, como en la de la reina⁴³ —donde solo encontramos al mozo de oratorio Cornelis Beidonech—, hubo casos de reservados, pero en un número muy inferior. Como podemos observar, gran parte de los reservados eran flamencos que desde 1598 solicitaron retornar a su tierra natal después de la cesión y el monarca les concedió una pensión situada en dichas tierras, con el fin de divulgar las bondades de la monarquía en el nuevo reino. Por supuesto, alcanzar la condición de reservado fue difícil y hubo numerosos casos en que las peticiones de jubilación fueron rechazadas, como sucedió con el sotayuda de la furriera Jacques de Brum⁴⁴.

En cuanto a las viudas, podemos observar como empezó a proliferar también durante este reinado la concesión de mercedes perpetuas al fallecer sus maridos⁴⁵. Se les podía conceder una ración, caso de Ana María, viuda del escudero de a pie Juan Jiménez, Catalina Ramírez, que lo era del cerero Gaspar de Fuensalida, Catalina González, que lo era del ayuda de la botica Lope de Allende, Catalina de Zárate, del cerero Joseph Arigón, o Melchora Marañón, del músico Simón Dótenhot, u otra cantidad estipulada en función de la relevancia del oficio y de los servicios llevados a cabo por el fallecido. Dicha cantidad podía ser anual, como los 50.000 maravedís anuales que se dieron a doña Isabel de Toro, viuda del médico de cámara Pedro Sarabia, los 30.000 a doña Bárbara de Reberset, del rey de armas Nicolás de Campis, los 20.000 a Juana de Buytrón del macero Nicolás de Medrano, el real y medio diario de Inés de Salcedo como viuda del cantor Pedro de Mendiñana, los dos reales diarios que se dieron tanto a Ana de Salazar, viuda del cantor Pedro de Pierres, como a Josefa Ramírez, que lo era del cocinero de los pajes Diego Hernández, el real diario a Catalina Anadón, viuda del barrendero de cámara Miguel de Soto, o por una vez, como los 100 ducados a Catalina de Castro, viuda del literero Juan Fernández, o a Melchora Marañón, que lo era del músico de cámara Simón Noter, o los 200 ducados para Ana del Pozo, del montero de trailla Luis Ramos de Salcedo.

⁴¹ Tuvo la plaza reservada desde el 10 de julio de 1601 hasta el 19 de septiembre de 1609 (*Ibidem*, caja 175/51).

⁴² Fue jubilado el 28 de junio de 1618, falleció al año siguiente (*Ibidem*, caja 2673/45).

⁴³ Que desde el fallecimiento de Margarita de Austria-Estiria en 1611 pasó a conocerse como de sus altezas al servir a los infantes

⁴⁴ AGP, Personal, caja 1015/4.

⁴⁵ Todos estos casos en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M.A. VISCEGLIA (dirs): *La Monarquía de Felipe III...*, *op. cit.*, vol. II.

Al mismo tiempo, en la caballeriza se establecieron algunas cantidades fijas en algunos oficios menores, como los de trompeta, literero o lacayo, que eran entre uno o dos reales de pensión diaria para la viuda durante el inicio del reinado, aunque por consulta del 12 de julio de 1610 el monarca expresó su deseo de que se fueran suprimiendo esas pensiones para conceder ayuda por una vez y no de forma perpetua⁴⁶. Después de dicho momento, se pasó a otorgar a las viudas de dicho oficio, así como a las de algunos litereros y cocheros, sacas en cueros de Indias como se hacía con otros oficios de la caballeriza como el de los trompetas; en concreto desde el 3 de enero de 1611⁴⁷, fecha en que se dieron 1.000 a Ana María⁴⁸, otros 1.000 a Ana Pérez, 600 a Mari Gómez o 400 a María de la Cruz.

Del mismo modo, se comenzó a plantear la posibilidad de poder legar sus pensiones a viudas e hijos cuando el reservado falleciera o poder pasar la plaza a viudas e hijas “para con quien casare”, tal y como sucedió con Juan de León o con el trompeta Francisco Lombardo, cuya viuda, Isabel de Arroyo, disfrutó de una plaza en la caballeriza sin necesidad de servir y con todos los gajes, casa de aposento, médico y botica, tras fallecer su marido en 1618, lo mismo que Isabel de Gracia que disfrutó del oficio de mozo de la cava de su difunto marido desde el 6 de mayo de 1615⁴⁹. En ocasiones, si la pareja no tenía hijos, podía pasar el oficio a algún otro familiar, pero siempre con la obligación de acudir con alguna cantidad económica a la viuda o darle parte de sus gajes. Así obtuvo el oficio de trompeta Gracián de Quintana como sobrino de su tío Miguel de Quintana, teniendo que acudir con un real diario a su tía María de Vega⁵⁰.

Abundando en esta idea, resulta interesante comprobar como empezamos a encontrar ya desde este reinado oficios vinculados a una familia por generaciones, como sucedió con el de zapatero de los pajes a través de Magdalena de Soto. Ella era hija de Diego de Soto, quien ejerció el oficio, y lo pasó a tres personajes diferentes a través de matrimonio tras quedarse viuda, como fueron Alonso López, Francisco Tiérnez y Pedro de Orcelles⁵¹. Del mismo modo, al

⁴⁶ AGP, Personal, caja 437/28.

⁴⁷ *Ibidem*, caja 501/70.

⁴⁸ Viuda del armero y guarnicionero Fabián de Ávila, se le concedió con la obligación de renunciar a la pensión que tenía de real y medio diario por el furrier de la caballeriza (*Ibidem*, cajas 4/19 y 501/70).

⁴⁹ *Ibidem*, caja 2621/28.

⁵⁰ *Ibidem*, caja 2702/24.

⁵¹ *Ibidem*, caja 760/19.

fallecer el plumajero de la caballeriza Pedro de Torres, se concedió a su viuda doña Catalina de Miranda y Torres el oficio por dos vidas, además de la suya, en beneficio de una de sus hijas del mismo nombre⁵².

Como resulta lógico observando estas vinculaciones familiares, los casos de obtención de los oficios por matrimonio con viudas o hijas de antiguos servidores que lo tuvieron para “con quien casare” se multiplicaron durante este reinado y podemos encontrar, entre muchos otros, al guarnicionero de espadas Domingo de Abauza⁵³, al lacayo Juan de Montoya, al portero de cámara Alonso de Carvajal⁵⁴ o al lacayo Pedro Catalán.

La cesión de los oficios para con “quien casare” con las hijas de los criados reales, provocó la aparición de una nueva categoría de servidor real que fue la del interino o “en el ínterin”, personaje que servía a la espera de que pudiera comenzar a ejercer su verdadero poseedor, una vez alcanzara la mayoría de edad. El primer oficio donde se dio de forma continuada la situación fue el de los porteros de cámara, y tuvo gran relevancia pues, en numerosos casos, la concesión de la plaza temporal acabó siendo definitiva, tal y como sucedió con Francisco Rodríguez. Por supuesto, la viuda tenía la última palabra en la concesión de esa plaza temporal y un ejemplo lo podemos encontrar cuando falleció el 3 de febrero de 1619 el portero de cámara Juan de Manzano. Ya el 4 de septiembre de 1604 en Gumiel de Mercado, se le había permitido poder pasar su plaza al hijo mayor que tuviera, merced que se amplió por cédula del 11 de julio de 1617 a que pudiera pasar el puesto también a una hija. Tras fallecer, su hija cedió durante dos años el puesto a Pedro de Terrazas Castillo, hasta que pudiera ejercer su futuro esposo. En un principio, la hija eligió a Francisco Hurtado Martínez, pero, a causa de estar ocupado, María de Astorga, la viuda de Juan Manzano, decidió escoger al citado Pedro de Terrazas⁵⁵. Otro caso muy interesante dentro de los porteros de cámara fue el de Juan Pérez Gala, que ejerció el oficio desde el 23 de noviembre

⁵² AGP, Personal, cajas 686/2 y 1039/26.

⁵³ Que obtuvo el puesto tras casarse con María de Espinosa, viuda del guarnicionero Sancho de Chavaría.

⁵⁴ Portero de cámara entre el 4 de noviembre de 1606 y 1612, ocupó la plaza correspondiente al marido de una de las hijas de Diego Jorge, portero de cámara difunto, recibida como merced hasta que se casara, siendo elegido por María Cordon, viuda de Diego Jorge. Falleció antes del 15 de septiembre de 1612, cuando la Cordon nombró por su fallecimiento en su lugar a Diego de Sotomayor. La plaza terminaría consumida por casamiento de una de las hijas de María Cordon con Bernardo de Sandoval (*Ibidem*, caja 598/10).

⁵⁵ *Ibidem*, cajas 1027/31 y /33.

de 1617 en lugar y por minoría de edad de los hijos de Juan Sánchez, nombrado por la viuda de este, María Triviño. Posteriormente, fue sustituido por Francisco de Orozco Villaseñor ⁵⁶.

Otra práctica que comenzaría a cobrar relevancia durante el reinado siguiente fue la posibilidad de traspasar la posesión del oficio a otra persona por una cantidad de dinero, si el familiar al que estaba destinado no podía ejercer el mismo. Si bien es cierto que no existió venalidad por parte del monarca, como sí sucedió en otras monarquías como la francesa, sí que nos encontramos varios casos donde se produjo una venta del oficio entre particulares. Así sucedió cuando falleció el montero de Espinosa Juan de Porras de Angulo el 21 de diciembre de 1604. Por su muerte, entró en la plaza Bartolomé Ortiz de Vivanco, designación que fue realizada por el licenciado Porras y Lope de Porras como herederos de Catalina Ortiz de Porras, a quien pertenecía el oficio por haber fallecido Juan de Porras de Angulo sin hacer renunciación. Se hizo merced del mismo a María de Porras, viuda de Cristóbal Alonso e hija de Lope de Porras, después de haber pagado 700 ducados a los herederos del licenciado Porras. En última instancia, María de Porras y Beatriz de Porras, hermanas e hijas de Lope de Porras, terminaron despachando el título a favor de Bartolomé Ortiz de Vivanco ⁵⁷.

Finalmente, en la casa de la reina y altezas, el número de viudas que recibieron merced fue muy inferior en proporción a la de la casa del rey, aunque encontramos casos como los de doña Catalina Madrazo Azcona, que lo era del guarda de damas y aposentador de palacio Diego Ruiz de la Escalera Velasco ⁵⁸, Inés Fernández, que lo fue del ayuda de cocina Pedro de Betona ⁵⁹, o doña Luisa de Morales, viuda del correo Fernando de Vallejo ⁶⁰. En todos los casos, la merced concedida era la de disfrutar de los gajes y ración que tenía su marido cuando vivía. Del mismo modo, también se contempló la posibilidad de pasar el oficio para “con quien casare” tanto la viuda como las hijas, caso de Magdalena de Salazar, viuda del mozo de la cava Nicolás Martínez ⁶¹, apareciendo

⁵⁶ AGP, Personal, caja 956/2.

⁵⁷ *Ibidem*, caja 772/2.

⁵⁸ *Ibidem*, cajas 167/11 y 225/41.

⁵⁹ *Ibidem*, cajas 7/6, 225/41, 678/22 y 683/18.

⁶⁰ *Ibidem*, caja 1065/20.

⁶¹ *Ibidem*, caja 598/21.

también los interinos como sucedió en el caso del guarnicionero de la caballeriza Bartolomé Martínez ⁶².

1.2. EL AUGE DEL SISTEMA:

EL REINADO DE FELIPE IV

El reinado donde se iba a asentar el sistema y a multiplicar el número de personas que pudo disfrutar de dichas concesiones fue el de Felipe IV. Baste con observar las siguientes tablas, en las cuales podemos ver el número de pensionistas y reservados de ambas categorías en las diferentes secciones de las casas y en los sitios reales que conocemos durante dicho reinado ⁶³:

⁶² Entró a servir como guarnicionero de la caballeriza de la reina Margarita en mayo de 1606. Falleció un mes después y el rey hizo merced el 31 de junio de 1614 a Catalina López, su viuda, de su oficio como dote para su hija Luisa Martínez, y que entretanto pudiera servir el oficio persona de satisfacción. Terminaría ocupando la plaza Luis de Oñate (AGP, Personal, caja 293/70).

⁶³ Datos tomados del tomo II (CD Rom), en el cual sólo incluimos los nombrados a partir de la llegada al trono de Felipe IV, sin contar con todos aquellos personajes cuya merced provenía del reinado anterior pero siguieron percibiéndola durante el de nuestro monarca, con lo cual el número se incrementaría. Del mismo modo, tampoco incluimos a los personajes de los cuales tenemos consta servicio en 1621 como fecha de entrada en la merced, pues pudieron ser nombrados con anterioridad al reinado de Felipe IV, aunque en muchos casos fue justo al poco de acceder el príncipe al trono. Sólo incluimos aquellas reservas o pensiones que comportaron el pago de una cantidad, ración o merced durante un tiempo continuado y no las concedidas por una vez, tal y como sucedía con las viudas de la guarda española y la tudesca. Finalmente, indicar que el dato se corresponde con el número de plazas reservadas concedidas, no con el de personajes que fueron reservados, pues hubo algunos que tuvieron más de una plaza al mismo tiempo.

CASA DEL REY

SECCIÓN	RESERVADOS	PENSIONISTAS
CASA DE BORGÑO		
Capilla	66	10
Oficios	46	117 ⁶⁴
Cámara	23	38 ⁶⁵
Caballeriza		
Caballeriza	102	203
Acemilería	36	52 ⁶⁶
Guardas		
Archeros de corps	103	28
Guarda española	93 ⁶⁷	0
Guarda tudesca	50	0
CASA DE CASTILLA		
Caza		
Caza de volatería	22	5
Caza de montería	26	4
General	14	8
TOTAL	581	467

⁶⁴ Hay que tener en cuenta que tenían pensión por la despensa, por lo que no siempre tuvieron que estar relacionados con personajes que hubieran servido en los oficios, aunque prácticamente todos tenían relación con alguien que hubiera servido en alguna sección de la casa.

⁶⁵ *Ibidem* que en nota anterior, pero por la cámara.

⁶⁶ En muchos tenemos constancia de estar en la merced en 1622, tal y como indicaremos cuando analizemos los pensionarios y reservados de la acemilería, aunque alguno pudo percibirla en el reinado anterior. Del mismo modo, conviene reseñar que únicamente hemos encontrado las nóminas de pensionarios hasta 1627, con lo que el número debe ser sustancialmente mayor.

⁶⁷ 51 de ellos en la guarda amarilla, 28 en la guarda vieja y 14 en la guarda de a a caballo.

SITIOS REALES⁶⁸

SITIO REAL	RESERVADOS	PENSIONARIOS
Junta de obras y bosques	0	4
Obras y bosques reales	3	9
Alcázar de Madrid	1	19
Alcázar de Toledo	0	8
Aranjuez	35	155
Casa de Campo	12	31
Buen Retiro	0	2
El Pardo	7	23
Granada		
Alhambra	0	1
Soto de Roma	0	0
Reales Alcázares de Sevilla	0	0
San Lorenzo de El Escorial	1	4
Segovia	1	8
Alcázar de Segovia	1	2
Fuenfría	0	0
Ingenio de la moneda	0	15
Valsaín	0	8
Vaciamadrid	0	0
Valladolid	1	19
Zarzuela	0	0
Total	62	307

⁶⁸ Aquí habría que tener en cuenta las lagunas documentales que indicamos en la introducción a las fuentes del tomo II (CD Rom), en especial en sitios reales como el del Buen Retiro, Alcázar de Madrid, la Zarzuela o Granada.

CASAS DE LAS REINAS ⁶⁹

SECCIÓN	RESERVADOS	PENSIONARIOS
Capilla	2	1
Oficios	75	44
Cámara	37	55
Caballeriza	22	3
TOTAL	136	103

En efecto, el número de cerca de 2.000 personajes que disfrutaron de una reserva o pensión en las casas reales durante el reinado de Felipe IV ⁷⁰, nos indica que se llevó a cabo una estrategia clara de uso de esta herramienta para permitir la integración de un determinado tipo de personajes. Podemos considerar que el principal grupo de servidores a los que se premió con este tipo de reservas fue al de los ocupantes de los cuadros medios e inferiores de la casa, concediendo a los nobles del servicio otra serie de mercedes como pensiones monetarias, nuevos títulos, virreinos... Bien es cierto que en la casa del rey nos encontramos reservados a 4 mayordomos ⁷¹, un gentilhomme de la cámara ⁷², un gentilhomme de la boca ⁷³ o un gentilhomme de la casa ⁷⁴, pero ningún mayordomo mayor, sumiller de corps, caballero mayor o capitán de la guarda. Diferente fue en las casas de las reinas, pues en ellas nos encontramos reservados a un mayordomo mayor, el VII conde de Altamira (1663-1669), a una camarera mayor, bien es cierto que de la

⁶⁹ En esta tabla se incluye tanto la casa de Isabel de Borbón (1615-1644) como las de la infanta Margarita (1644-1649) y Mariana de Austria (1649-1679). Fuentes y explicaciones en el tomo II (CD Rom) y tener en cuenta lo reseñado para la casa del rey.

⁷⁰ A los que habría que unir el resto de servicios reales. Por ejemplo, en la casa de don Juan José de Austria, en el periodo estudiado en este volumen, hubo un reservado en la capilla, 5 en los oficios, uno en la cámara, 8 en la caballeriza (de los que 7 eran lacayos), 6 en la guarda de archeros de corps en Flandes y 52 pensionarios.

⁷¹ Que fueron don Gómez Manrique Mendoza (1636-1640), el marqués de Malagón (1643-1647), el conde de Castro (1646-1662) y el conde de Montalbán (1646-1666).

⁷² El príncipe de Esquilache (1639-1658).

⁷³ Don Jerónimo Funes y Muñoz (c. s. 1658).

⁷⁴ Don Fernando de Soto y Verrio (1661-c. s. 1668).

emperatriz, la condesa de Eril (1674-?), una dueña de honor, también de la emperatriz, la condesa de Ulliverval (1651), un caballero mayor, que fue don Fernando de Borja (1659-1665), y dos mayordomos ⁷⁵, correspondiendo prácticamente todos ellos a Mariana de Austria, periodo durante el cual notamos un incremento considerable de este tipo de mercedes. Hay que tener en cuenta, por otro lado, la idiosincrasia específica de algunos cargos destinados a la nobleza, sobre todo en la cámara, pues en puestos como los de camarera mayor o dueñas de honor ejercían casi siempre nobles ya viudas, y en otros como el de las damas, sus ocupantes abandonaban el puesto cuando habían contraído matrimonio ventajoso con algún noble, por lo que no llegaban a tener posibilidad de jubilarse, aunque el monarca les concedía un millón de maravedís como dote al esposarse. El mismo destino solían tener las mozas de cámara, aunque sus matrimonios, lógicamente, eran con personajes de inferior condición y recibían medio millón de maravedís, permitiendo en alguna ocasión que, en vez de tenerlo como dote para el matrimonio, sirviera para entrar en un convento ⁷⁶.

Por lo que respecta a las viudas, observamos la misma situación, pues apenas hay nobles que percibieran una pensión permanente por la casa real. Así, en la casa del rey, nos encontramos únicamente con la condesa de Añover ⁷⁷, a cuya muerte en 1665 le sucedió en la merced su hija la marquesa de Almonacid, la condesa de Grajal ⁷⁸, y la duquesa de Medina de Rioseco ⁷⁹, mientras que en las casas de las reinas aparecen las condesas de Orgaz ⁸⁰ y Ricla ⁸¹ y la marquesa de

⁷⁵ Don Pedro de Granada Venegas (1634-1643) y el marqués de Castañeda (1644-?).

⁷⁶ Así sucedería con doña María de Tello, Margarita de Agramonte, Josefa Ortiz o doña Francisca de Marbán y Villagrán.

⁷⁷ En 1632 se le hizo merced de que disfrutara del goce de todos los emolumentos que tocaban a su suegro, el conde de los Arcos, por primer mayordomo del rey para todos los días de su vida y los gajes pagados en derechos de contadores mayores.

⁷⁸ Mujer del primer caballero conde de Grajal, a su muerte en 1648 se le concedió una pensión por la caballeriza, aunque desconocemos la cuantía.

⁷⁹ Por decreto del 28 de septiembre de 1647 comenzaría a percibir los dos millones de gajes que tenía su marido, el almirante de Castilla, por mayordomo mayor del rey. El 14 de abril el rey mandó que se le librasen y consignasen por la presidencia de Hacienda y fuera del gasto de la despesa.

⁸⁰ Que al fallecer a los pocos meses de la merced en 1643 pasó sus 1.200 ducados a su hijo.

⁸¹ Hija del conde de Altamira, el 14 de noviembre de 1669 se le hizo merced de un cuento de maravedís de renta cada año, que era la mitad de lo que gozaba su padre.

Santa Cruz⁸²; de todos modos, en ambos casos debemos ser cautos al no tener listados completos de los pensionarios por la cámara o la despensa, que eran los cauces habituales de concesión de mercedes de este tipo dentro de la casa.

Por lo tanto, las reservas y las pensiones estuvieron dirigidas principalmente a los escalones inferiores y medios del servicio, como podremos comprobar posteriormente. Junto a ellos, en ese intento integrador también se comenzó a introducir de forma generalizada la concesión de pensiones por diferentes secciones de la casa real a monjas en conventos, tanto si eran de Patronato Real como si no. Así, encontramos en la caballeriza del rey la concesión de dos reales diarios a María López, monja en Santa Clara, o María de la Serena, que lo era en Santa María la Real de la Serena, o de 30 maravedís diarios, caso de doña Magdalena de la Cruz, que lo era en el mismo convento de la Serena, o Ana Gómez de la Cruz, en San Nicolás de Valladolid. También hubo casos en la casa de la reina, como los de doña María de Aldana, monja de Nuestra Señora de los Remedios de Alcántara con tres reales diarios por la despensa. Por supuesto, hubo otras monjas que percibieron pensión, pero, más que por su condición eclesiástica, por tener relación con algún miembro de la casa, caso de doña Manuela de la Bastida, hija del cantorcico y cantor Juan de la Bastida, doña Bernarda Clavijo, hermana de don Francisco Clavijo, organista de la capilla, o de Juana Ortiz de Zárate, hermana del ujier de saleta de la reina Eugenio Ortiz. Dicha merced se multiplicaría en el reinado de Carlos II, pasando también a recibirla conventos completos. Lo asentado de dicha merced lo podemos observar en lo que indicaba en 1670 don Nicolás de Hontañón, secretario de la real cámara, al duque de Pastrana, mayordomo mayor de Mariana de Austria:

Pongo en manos de vuestra excelencia la relación incluso de lo que importaba lo que cada año se libraba para los gastos de la real cámara del Rey, nuestro señor (que santa gloria haya) y de los ordinarios y consignaciones que se daban para ellos y en qué se convertían, y de las mercedes que su Majestad dejó hechas a diferentes conventos y personas, situadas en la cámara y en la guardarropa⁸³.

Aquí conviene reseñar también que era habitual desde el reinado de Felipe II que se diera a algunos conventos leña procedente de los sitios reales, principalmente de El Pardo. Así lo podemos observar en esta consulta de la Junta de obras y bosques de 1613:

⁸² Cobraba el millón de maravedís de gajes que había tenido su marido como mayordomo mayor de la reina hasta su muerte en 1646, cobrándolo por la despensa de la casa.

⁸³ AGP, AG, leg. 939/1, exp. 12.

Suplico a V. Merced me mande decir al pie deste papel qué cantidad de arrobas de leña se dio el año pasado de la de la corta del Pardo a los monasterios de los capuchinos y trinitarios descalzos desta villa. Dios guarde a V. M. de palacio a 15 de enero de 1613. Firmado. Juan de Ciriza.

Por hebrero de 1611 hizo su Majestad limosna de ochocientas arrobas de leña por una vez al monasterio de los capuchinos, y por el mesmo mes de hebrero de 1609 de trescientas arrobas por aquel año también al monasterio de los trenitarios descalzos y el año pasado no se les dio ninguna leña a estos monasterios. Y a algunos otros desta villa se comenzó a dar leña los años pasados y habiendo parecido el pasado de 1607 a la Junta de obras y bosques que se podría dar también a otros que la habían pedido y a algunos hospitales quiso su Majestad saber lo que se hacía en la vida del rey nuestro señor que aya gloria, y entendido que no se daba leña en el Pardo a ningún monasterio ni persona particular fue servido de mandar que solamente se diese a las descalças las doce cargas de leña cada mes para provisión de su casa que está mandado se saquen el tiempo de la corta y las traigan o pongan en somontes para irlas trayendo con su comodidad por que esto es por el tiempo que fuere la voluntad de su Majestad y también los veinticuatro carros de leña cada año de que tiene esta merced al monasterio de San Gil y como las demás limosnas eran con limitación de tiempo cumplido el cesaron con que oy no ai ninguna hecha fuera de las referidas de las Descalzas y San Gil. Dios guarde a V. Majestad como deseo en Madrid a 16 de enero de 1613 ⁸⁴.

La cantidad fue cambiando y en 1617 nos encontramos con que se dio leña a las descalzas carmelitas de Madrid (6 u 8 carros) ⁸⁵, el convento y colegio de Santa Isabel de Madrid (24 carros) ⁸⁶ o el convento de los descalzos franciscanos de Barajas (limosna) ⁸⁷. Del mismo modo, había otros sitios reales que otorgaban dicha leña y en 1623 se le hizo merced al convento de capuchinos de la ciudad de Granada de 60 cargas mayores de leña de la seca y caída del Soto de roma cada 4 años. En 1634 se debía prorrogar y se le pidió opinión al alcaide de aquel Soto, el conde del Arco, el cual dio su beneplácito ⁸⁸. Dicha merced a conventos podía consistir también en una cantidad de trigo y, por ejemplo, al real convento de la Encarnación se le daban 300 fanegas de trigo de Aranjuez por cédula de la reina Margarita de Austria-Estiria ⁸⁹.

⁸⁴ AGS, CSR, leg. 302/2.

⁸⁵ *Ibidem*, leg. 302/1, ff. 410 y 417.

⁸⁶ *Ibidem*, ff. 411 y 421.

⁸⁷ *Ibidem*, f. 416.

⁸⁸ *Ibidem*, leg. 309, f. 60.

⁸⁹ *Ibidem*, leg. 302/2, f. 150.

Retomando el asunto principal del capítulo, podemos considerar que las reservas y pensiones fueron una herramienta que permitió una mayor patrimonialización de determinados oficios en diferentes familias, que de este modo pudieron perpetuar su condición de servidores reales, no ya solo pasando el puesto a hijos/as, sino, incluso, a quien casara con ellos, a otras personas o a quien le pagara por el puesto, como veremos en numerosos casos a lo largo de las diferentes secciones de la casa. Como ya indicamos en el capítulo sobre los oficios, nuestra sensación es que el acceso a determinados puestos de niveles medios y bajos de la casa se fue restringiendo cada vez más a personajes vinculados a familias de luenga tradición en el servicio real, en especial en las casas reales, dificultando el acceso a los mismos de aquellos que no tuvieran ese soporte familiar previo a su interés por ingresar en el séquito del monarca. A dicha patrimonialización ayudaría el hecho de que a algunos servidores en activo se les concedió poder pasar sus oficios, no ya por una vida, sino por dos o más, además de generalizarse de forma significativa la concesión del puesto para “con quien casare” alguna de las hijas.

Por lo tanto, gran cantidad de familias de los diversos reinos, en especial el de Castilla, se ligaban permanente al monarca y reafirmaban su vinculación con el *pater familiae*. Conviene reseñar que en la mayoría de los casos no se fijaron unas determinadas condiciones para adquirir la condición de reservado⁹⁰ y la concesión de pensiones, mercedes que debían ser tramitadas en primera instancia por el Bureo y la Junta de obras y bosques pero que dependían, finalmente, de la voluntad del propio monarca.

Dichas concesiones no estaban exentas del pago de la media annata, salvo merced muy particular, siempre teniendo en cuenta lo que se indicaba en el siguiente documento de 1650⁹¹:

Copia de la resolución que su Magestad a sido servido de remitir a la Junta de la media annata declarando los offiços de la casa de su Majestad y de la Reyna nuestra señora que se entiende son de la escalera arriba para pagar el derecho de la media annata y que no se les admita en gajes como a los de la escalera abajo:

Mayordomos mayores
Mayordomos
Capitanes de las guardas
Gentilhombres de la cámara
Gentilhombres de la boca

⁹⁰ Así, encontramos reservados “en consideración por lo que ha servido”, por “tener enfermedad de perlesía”, por “estar baldado de un lado del cuerpo de un aire que le dio”...

⁹¹ RAH, Ms. 9/633, f. 247r-v.

Gentilhombres de la casa
Tenientes de las guardas
Costilleros
Médicos y cirujanos de la cámara y familia
Maestros de la cámara
Tesoreros
Contralores
Grefieres
Guardajoyas
Tapiceros mayores
Despenseros mayores
Teniente de mayordomo mayor

Regulando conforme a esto los oficios de la cavalleriza de su Majestad cuya relación pormenor va con esta, parece que se pueden tener por de la escalera arriba los siguientes,

El caballerizo mayor
Primer caballerizo
Veedor y contador
Caballerizos
Pajes de su Majestad
Ayo dellos
Armero mayor

Por que aunque ay otros officios como son:

El furrier
Palafrenero
Guardarnés
Sobrestante de coches

Que parece son jefes estos correponden a los officios de boca de su majestad que los a tenido para de la escalera abajo para en quanto a pagar la media annata. En Madrid a 27 de abril de 1650. Fdo. Francisco de Iriarte.

Veamos a continuación en detalle qué sucedió en cada una de las diversas secciones de la casa de Borgoña, en la casa de Castilla, en los sitios reales y en la casa de la reina.

1.2.1. La capilla

Los principales oficios de la capilla, como resulta lógico, no tuvieron acceso a la posibilidad de ser reservados o de poder pensionar a algunos de sus familiares a través de la casa. Las mercedes y prebendas lógicas para el capellán mayor, sumilleres de cortina, confesores, predicadores o capellanes eran pensiones

eclesiásticas, distribuciones...⁹², aunque hubo algunos capellanes de altar que tuvieron la posibilidad de ser reservados con gajes simples, caso de don Diego de Luna, o dobles, como el licenciado Juan Bautista Sanz de Ávila. Por la casa de Borgoña sabemos que fueron jubilados 16 capellanes, mientras que por la de Castilla sólo tenemos constancia de que lo fuera Antonio de Ayala. Por lo tanto, la posibilidad de reserva tuvo que ceñirse a otros oficios de la capilla, en especial los vinculados con la música.

Así, dos maestros de capilla, Mathieu Romarin y Carlos Patiño, recibieron la condición de reservados, únicamente con el fin de poder librarles de una parte de su servicio percibiendo los mismos gajes, pues tenían varias ocupaciones dentro de la capilla.

Por lo que respecta a los cantores, durante el reinado de Felipe IV nos encontramos un total de 32 reservados. Aunque 4 de ellos provenían del reinado anterior –Henri Bibau, Adrien Capi, Pierre Cornet y Francisco de Somovilla–, fue durante los años de Felipe IV cuando el número de los mismos se vio incrementado notablemente. Por otro lado, conviene señalar que la condición de su reserva se vio modificada, pues si con Felipe III se les solía conceder un sueldo a flamencos para que pudieran retornar a sus tierras⁹³, con su hijo se generaron variantes, que iban desde la reserva sin gajes, caso de Joao Méndez Monteiro, hasta conservar los mismos, que era lo más habitual, como sucedió con Francisco Fermín, Antonio Martínez Chirino, Francisco Ponce de León, Pedro de Aragón o Agustín Martínez. Por supuesto, durante los primeros años del reinado se utilizó aún la condición de reservado para que el cantor regresara a su tierra natal con mejores condiciones, tal y como sucedió con los flamencos Juan de Namur o Geri de Gerssem, también antiguo maestro de capilla.

Por otro lado, la dificultad de los músicos para poder acceder a la plaza de reservado fue grande, pues solo conocemos un violón, Álvaro Gómez, dos músicos de bajón, Melchor de Camargo “el Viejo” y Martín de Riego, y un músico de instrumentos, Felipe Piccinini, que lo obtuvieran. Finalmente, hubo también dos rectores de la casa de los cantorcos reservados, Juan de Huerta y el omnipresente Carlos Patiño, un apuntador de libros reservado, Claudio Sablonara, un

⁹² Para ver qué sucedió con las pensiones y mercedes de los capellanes, J. E. HORTAL MUÑOZ: “La espiritualidad en Palacio: los capellanes de Felipe IV”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, M. RIVERO RODRÍGUEZ y G. VERSTEEGEN (coords.): *La corte en Europa: Política y religión (siglos XVI-XVIII)*, Madrid 2012, vol. I, pp. 257-304.

⁹³ En concreto, se concedieron 5 reales y medio a Bibau y Cornet y 7 y un cuartillo a Adrien Capi por su condición de teniente del maestro de capilla. El caso de Somovilla era diferente, pues era preponderante su condición de capellán de altar.

cura de palacio y juez de la capilla reservado, don Alonso Ordóñez de la Real, un confesor del común, el licenciado Jehan Fostier, 7 ayudas de oratorio, dos furrieres y un receptor. Para todos ellos, la merced de la reserva consistía en continuar percibiendo sus gajes sin necesidad de servir, lo cual no quitaba para que continuaran ejerciendo en otras ocupaciones que tuvieran en la capilla, y, en muchas ocasiones, dicha reserva vino acompañada por otro tipo de prebendas.

Por lo que respecta a los pensionarios, su número fue muy reducido ya que, como resulta lógico, la imposibilidad de contraer matrimonio para la mayoría de los miembros de esta sección de la casa no permitía que dejaran viuda e hijos que pudieran acceder a esta prebenda. En concreto, sólo tenemos documentada la presencia de 12 mujeres, las cuales fueron familiares de 4 furrieres de la capilla, de tres ministriles, de dos organistas, de un violón y de dos cantores, siendo una de ellas para que la hija de Juan de la Bastida ingresara en un convento como vimos anteriormente. Por otro lado, encontramos que el licenciado don Pedro de Villarreal y Tejerina, fue, contando con la anuencia de los titulares, juez de la capilla y fiscal durante las ausencias y enfermedades.

1.2.2. *La casa u oficios*

En algunas ocasiones, el *cursus honorum* de los servidores de los oficios no finalizaba con su fallecimiento, pues cuando alcanzaban una elevada edad y no podían ejercer el oficio eran reservados, manteniendo los gajes y gozes del puesto en el que habían servido⁹⁴. De todos modos, podemos considerar que el paso a dicha reserva estuvo muy restringido durante el reinado de Felipe IV, pues únicamente accedieron al mismo criados muy puntuales y en puestos de cierto rango dentro de los oficios, caso del veedor de la vianda Domingo Maranhao, del sumiller de la cava Diego García de Vargas, de los frutierres Jaime Malo y Pedro de Mata, del cocinero de la servilleta Francisco Martínez Montiño, de los médicos de familia don Francisco Peña Castellanos, doctor Lázaro de la Fuente o don Jacinto Almazán, o de algunos ayudas de los oficios. Para puestos de menor relevancia fue más difícil acceder a dicha condición, aunque hubo casos excepcionales, como los del mozo de la panadería Andrés Calvo, los panaderos de boca Catalina Pérez de Pisano y Pedro Álvarez, la panadera del común Ana

⁹⁴ Aunque en ocasiones no era un plato de buen gusto para el agraciado. Así, el ayuda de cocina Alonso de Quintana pidió en 1644 el paso de su ración en cabeza de su mujer o una hija, pero en lugar de esto se le reservó el 29 de agosto sin que él lo suplicase, “de que se le ha seguido gran descrédito a su reputación”. Por ello, pidió el paso de sus gajes, ración y casa de aposento para remediar a una hija, merced que le fue concedida.

de Quintanilla o el mozo de la cava Juan de León⁹⁵. En la furriera, por su parte, nos encontramos reservados únicamente en oficios inferiores como el barrero de la capilla, patios y corredores Pedro de Arévalo y la lavandera de los estados doña Ana Marín. Por lo tanto, podemos observar que no fue esta la sección de la casa donde mayor impacto tuvieron las reservas.

Lo que si adquiriría un notable auge durante el reinado de Felipe IV fueron las mercedes concedidas a las viudas u otros miembros de la familia del servidor, con lo que la categoría de pensionarios dentro de la sección alcanzó notable relevancia y tenemos constancia de 117 a lo largo del reinado, estando la mayoría de ellos vinculados a la Furriera. De este modo, se certificaba el hecho de que las redes de la casa real llegaban hasta los últimos rincones de la corte y del reino.

Sin duda, que la mayor parte de las mercedes referentes a este apartado estuvieran dirigidas a perpetuar los oficios dentro de las familias nos indica el grado de patrimonialización que se alcanzó durante este reinado en los oficios de la casa, como ya apuntamos en el capítulo correspondiente. Así, conocemos casos en que la pensión concedida se mantuvo durante generaciones dentro de la familia agraciada, como sucedió con don Diego García de Vargas, hijo de Diego García, sumiller de la cava, el cual gozaría como pensionado de sus gajes desde el principio de 1660 hasta que a finales de 1664 se le permitió que pasara dicha merced, ya como una plaza de mozo de oficio de la frutería, a quien casara con alguna de sus dos hermanas “siempre que fueran del agrado del Bureo”⁹⁶.

De todos modos, debemos tener en cuenta que la despensa real, vinculada a estos oficios, se utilizó en otras ocasiones para premiar a personajes que no habían tenido contacto directo, ni personal ni familiar, con los citados oficios, concediéndoles en la mayoría de los casos una ración⁹⁷ o una pensión⁹⁸. Del

⁹⁵ Un ejemplo de la dificultad de acceso a dicha condición lo podemos encontrar en el mozo del guardamangier Juan Bernardo de Pinedo, el cual desde 1646 presentó varios memoriales pidiendo que se le reservara porque estaba enfermo. Sin embargo, a pesar de presentar diversas certificaciones médicas, los informes del contralor fueron negativos. Incluso llega a relatar que, no acudiendo a su plaza, se le retiró la ración, y al hacerlo “se curó”. El Bureo ordenó al contralor que “corrija con pretexto que le despedirá el bureo a otra falta que haga, y si hace otra que la califique el contralor, le quite la ración y se le dé a otro mozo que asista por él un mes”. De hecho, en 1653 se le despidió durante un mes, hasta que la plaza y su ración le fueron restituidas.

⁹⁶ AGP, Personal, caja 422/21.

⁹⁷ En su mayoría, los beneficiados de esta opción fueron diplomáticos, caso de don Juan Gavarelle, caballero del hábito de la Orden de Cristo y miembro del Consejo de Flandes, el cual el 24 de julio de 1634 satisfizo la media annata de 1.952 maravedís de vellón de la merced

mismo modo, la cerería también fue utilizada para dichos menesteres en otras ocasiones ⁹⁹.

Por lo que respecta a los que sí sirvieron, sus mujeres podían percibir el salario de sus maridos incluso con ellos vivos mediante merced real ¹⁰⁰, el salario del año natural en el que fallecía su marido ¹⁰¹ o una ración ordinaria ¹⁰², que en 1644 estaba valorada en 34.000 maravedís anuales. En ocasiones, el monarca concedía antes del fallecimiento del ocupante del oficio que, cuando se produjera su óbito, sus gajes y raciones pasaran a su mujer, a alguno de sus hijos o a quien contrajera matrimonio con las hijas, e incluso nietos ¹⁰³, aunque las sucesivas reformaciones

que le hizo el rey de que se le continuase el emolumento de pan y vino que se le daba por la despensa de la casa real. Igualmente, podemos citar el caso de Johan-Maximilian, conde de Lamberg, que como embajador del emperador y poseedor del Toisón de Oro en 1655 se le dio una ración de pan y vino por la despensa, disfrutándola efectivamente sus hijas como damas meninas de la reina. Sin embargo, también hubo cómicos como Sebastián de Prado y Pedro de la Rosa que, gracias a la intercesión de la reina de Francia María Teresa, desde 1664 tuvieron ración, aunque debía hacerse en un cuaderno aparte “sin mezclarse con otro género de personas”, o escritores como el famoso Jehan Lhermite, al cual el 31 de diciembre de 1621 se le dieron 400 ducados de pensión por la despensa para cuando estuviera en Madrid.

⁹⁸ Caso de doña María de la Peña, viuda del alférez de la guarda española Alonso Gutiérrez, a la que se concedió una pensión de dos reales diarios por la furriera, o de Isabel de Zárate, a la que se le dio por la furriera los gajes de su fallecido marido, el ayuda de cámara Pedro Alcalde. También disfrutarían de la despensa real algunos criados de otras casas reales, como fue el caso de Antonio Pérez, hijo de un criado del Cardenal Infante, al cual se le darían dos reales diarios desde 1643 hasta que tuviera edad para servir.

⁹⁹ Así, fray Andrés León, clérigo menor, disfrutó de una ración de médico de cámara de camino en la cerería de la casa del rey desde el 20 de junio de 1623.

¹⁰⁰ Este fue el caso de Bartolomé Güemes de la Sierra, quien pudo pasar su salario de ayuda de la cerería en su mujer Ana Ruiz de Santa Ana.

¹⁰¹ Caso de Catalina de Quiroga, que percibió el salario de 1635 que le correspondía a su recién fallecido marido Baltasar López, o de Úrsula Pulido Pareja, viuda de Sebastián Gutiérrez de Párraga, que hizo lo propio en 1645-1646.

¹⁰² Caso de Gertrudis del Campo, viuda del mozo de la frutería Íñigo García, María Díaz, viuda del portador de cocina Hernando Rodríguez, o de Catalina de Rebolledo, hija del también portador Juan de Rebolledo.

¹⁰³ Como fue el paso de la ración del ayuda de cocina reservado Lucas Romero a sus nietas Isabel y Damiana de Torres. En varias ocasiones, se contempló la posibilidad de dividir la merced, tal y como sucedió con las hijas de Domingo de Maranhao, Isabel y Juana, que repartieron los gajes de su progenitor.

entorpecieron esta tradición ¹⁰⁴. En otras ocasiones, la merced concedida a viuda o hijos era poder disfrutar de la plaza que había servido su marido/padre para sí o para con quien casaran o cedieran la plaza ¹⁰⁵, sirviendo ellas mismas en ocasiones ¹⁰⁶. Algunas veces, la concesión de pensión para estos familiares solo era el paso previo hasta que pudieran ocupar el oficio que había tenido su marido/progenitor, tal y como sucedió con Tomás Sánchez, hijo del ayuda de la cocina Felipe Sánchez, quien tuvo una ración ordinaria desde la muerte de su padre el 19 de julio de 1650 hasta que ingresó en el servicio como mozo de cocina sin gajes unos años después.

1.2.3. *La cámara* ¹⁰⁷

Sin duda, y como ya hemos visto en este volumen, el núcleo de la concesión de las mercedes dentro de la casa de Borgoña era su cámara. Sin embargo, en lo concerniente a la obtención de la reservación para sus miembros, no fue esta sección, ni mucho menos, la que más otorgó dicho premio a los personajes que sirvieron en ella. Así, además del gentilhombre de la cámara que indicamos anteriormente, únicamente vemos como reservados en todo el reinado a dos maestros de la cámara, Francisco de Guillamás Velázquez y José de Oliva ¹⁰⁸, el escribano de la cámara

¹⁰⁴ Caso del ayuda de cocina reservado Juan Fernández, el cual, tras ser jubilado en 1654, pretendió que se le hiciera merced del traspaso de la ración, gajes y casa de aposento de los que gozaba para después de sus días en cabeza de Mariana y Manuela Hernández, sus hijas. El Bureo apoyó dicha petición, pero el monarca recordó que iba en contra de la reformación.

¹⁰⁵ Así sucedió con el mozo de cocina Gabriel Meléndez, que solo sirvió de abril a noviembre de 1621, concediéndose a su muerte la plaza para el remedio de su mujer Coloma Martínez. Un caso más peculiar lo constituye Juan Francisco Suárez, hijo del pastelero Francisco Suárez, al cual el 30 de agosto de 1630 se le hizo merced de una plaza de fiambbrero de la panadería de la reina y el ejercicio de ayuda de la frutería de la reina y, cuando su padre pasó a ser en 1634 cocinero de la servilleta, pasó a percibir los 30.000 maravedís de ayuda de costa que tenía su padre hasta 1636.

¹⁰⁶ Como cuando falleció el mozo de la tapicería Alonso Díaz, quedando la plaza para remedio de su mujer doña Juana de Aguirre, la cual serviría en la misma hasta que el 30 de octubre de 1626 juró en el puesto Juan Sánchez tras contraer matrimonio con doña María Díaz, hija de Alonso Díaz y doña Juana de Aguirre.

¹⁰⁷ Para la fundamentación del control de las mercedes en la cámara, nos remitimos al capítulo correspondiente de esta obra.

¹⁰⁸ El cual obtuvo en su reservación en 1623, no sólo con los gajes que ya tenía, si no también con 300.000 maravedís de aumento hasta que se le hiciera otra merced equivalente.

Gabriel López de Peñalosa ¹⁰⁹, el ayuda de cámara don Gaspar de Peñalosa ¹¹⁰, el guardajoyas don Jerónimo Rodríguez de Villafuerte Zapata, los mozos del guardarropa Luis Malo ¹¹¹ y Jerónimo Rodríguez, los músicos de cámara Juan de Mora y Vicente Suárez, el médico de cámara Diego de Herrera, el ayuda de barbero de corps Juan Antonio Carbón, la lavandera de corps Isabel de Salinas, la labrandería doña Ana María de Mendoza y la colchonera doña Juana Lorenzo, además de 8 barrenderos de cámara, oficio que sí tuvo fácil acceso a dicha condición ¹¹². Sin duda, las mercedes que recibían los miembros de la cámara eran de otra índole, aunque sí observamos que accedieron a dicha condición de reservado personajes de rango más elevado que en otras secciones de la casa.

Por lo que respecta a los pensionarios por la cámara, vemos que un gran número de ellos no tenían relación directa con dicha sección, pues la mayoría de las veces habían servido en otras áreas de la casa, en especial la de los oficios ¹¹³, concediéndoseles habitualmente una ración. Por parte de aquellos pensionarios que sí tenían relación con la cámara, lo habitual en la primera mitad del reinado –hasta la década de los 40– fue concederles una ración valorada en 100 ducados anuales o, en todo caso, otra merced pecuniaria ¹¹⁴, la cual podían repartir por especial merced entre la viuda y alguno de sus hijos ¹¹⁵ y pasar de generación en

¹⁰⁹ Aunque fue reservado en 1640, su servicio siguió siendo efectivo hasta que en 1650 se le permitió poder pasar los gajes en su hija María.

¹¹⁰ En realidad lo fue cuando Felipe IV era príncipe y poco después de subir al trono decidió reservarle con 600 ducados anuales por la despesa.

¹¹¹ Aunque el motivo de dicha concesión fue por haberse cesado en 1633 los gajes que tenía en la casa del Cardenal Infante desde 1629.

¹¹² En muchas ocasiones se les concedía la reserva pero siguieron ejerciendo, como Alonso de Pareja, o se les daba para salir de Madrid, advirtiéndoles que debían volver al servicio activo si retornaban a la capital, como fue el caso de Sebastián de Puga.

¹¹³ Como sucedió con don Francisco Ruiz de Velasco, hijo de un alabardero de la guarda amarilla, o con Catalina Ruiz de la Peña, hija del mayordomo del estado de los gentilhombres de la cámara Pedro de la Peña.

¹¹⁴ Como a María del Espinar, hija del ayuda de cámara Alonso Martínez, a la cual el 22 de marzo de 1660 se le hizo merced de 400 ducados al año por su vida, o a María Vázquez de Miranda, a la que se dio medio millón de maravedís anuales.

¹¹⁵ Así sucedió con doña Francisca Antonia de la Peña, viuda del secretario Juan del Castillo, oficial mayor de la cámara, y sus dos hijos, a los cuales por decreto del 31 de octubre de 1644 el monarca les hizo merced de 7.049 reales por la cámara por vía de ayuda de costa, pensión y entretenimiento que gozaba el secretario Castillo en esta forma: a la dicha doña

generación¹¹⁶. Posteriormente, pasó a concedérseles los gajes de sus fallecidos maridos/padres, encontrándonos con varios casos en los oficios de ayuda de cámara, ujier de cámara, ayuda de barbero de cámara, zapatero de cámara..., aunque al final del reinado, ya en la década de los 60, se decidió que únicamente percibirían la mitad¹¹⁷, excepto en los oficios superiores como el de maestro de cámara. Dicha prebenda a los oficios del escalón superior no fue la única pues, en muy raras ocasiones, se permitió a alguno de los hijos de algún criado importante disfrutar de una pensión, al tiempo que servía en algún otro oficio de la casa¹¹⁸.

1.2.4. *La caballeriza y la acemilería*

Sin duda, la sección de la caballeriza es una de las que más información tenemos sobre reservados y pensionarios.

Por lo que respecta a los reservados, un caso excepcional por la elevada condición del personaje lo constituyó el primer caballerizo III marqués de Leganés, el cual había obtenido dicha posición por su condición de familiar y “hechura” del caballerizo mayor, el conde duque de Olivares, y al cual se le otorgó dicha prebenda en 1641 con el fin de que pudiera servir con más holgura en sus andanzas por Flandes y el Imperio en el marco de la Guerra de los Treinta Años. En su caso, percibiría los gajes sin necesidad de servir, al igual que otro caso singular como fue el del reservado caballerizo don Carlos Ramírez de Arellano.

Antonia 3.520 reales y por iguales partes se repartieron los otros 3.520 entre los dos hijos. Lo mismo sucedería con don Manuel y doña Felipa Pereira, hijos del maestro de cámara Lope Pereira, a los cuales el Bureo informó el 21 de diciembre de 1648 que se les daban 300 ducados al año por mitad en el ordinario de la despesa.

¹¹⁶ Como María de Fuentes, hija de María López de Peñalosa, que sucedió a su madre en el cobro de la pensión de su padre Gabriel López de Peñalosa tras la muerte de esta en 1663.

¹¹⁷ Caso de don Juan Isidro del Castillo, hijo de un ayuda de cámara, en 1663, o Josefa y Teresa Liñán, hijas de un barbero de cámara, en 1664.

¹¹⁸ El caso más relevante fue el de don Diego de Maldonado, hijo del secretario Diego de Maldonado, que por su pensión concedida desde el 4 de enero de 1633, cobraría 320.000 maravedís anuales (800 ducados a 440 maravedís cada uno), de la cual disfrutaría hasta que en los roolos de 1660-1664 se indicaba que “a cuando se le pague debe llevar fe de que se bajan 300 ducados que Su Majestad mando situárselos en las arcas y que le cesasen en este rolo y quedan 239500 maravedís”. Gozaría de ella también durante su servicio como ayo de los pajes desde el 22 de enero de 1659 hasta su muerte en 1667. No obsta para que su madre, María Téllez, percibiera también 200 ducados por la cámara desde 1634 hasta su muerte en 1646.

Los oficios donde más personajes reservados nos encontramos serían los de cochero (20 en total), mozo de caballos de silla (20), mozo de caballos de coche (19), mozo de mulas de coche (14), literero (10) y carretero (4); es decir, los oficios menores de los vehículos representativos y de carga. Del mismo modo, también hubo numerosos reservados en la casa de los pajes, como fueron los ayos don Antonio de Alzate y Juan de Urraca Baños, el teniente de ayo Esteban Díaz de Liaño¹¹⁹, el maestro de latín licenciado Diego Pérez de Ávila, el cocinero Domingo Arias, el barbero Juan Bautista Jamarro, el sastre Lorenzo de Arciniega y la enfermera doña Inés González. Como resulta lógico, los pajes no eran reservados pues, tras completar su formación, solían ceñir espada y se les daba algún otro oficio palatino o en el ejército, al igual que los meninos en la casa de la reina.

Para el resto de oficios, debemos considerar que alcanzar la condición de reservado durante el reinado de Felipe IV fue muy difícil, pues únicamente tenemos el conocimiento de que fueran reservados 23 personajes, todos ellos por alguna causa especial (léase concesión de otros oficios, haber realizado algún servicio relevante al monarca...) y, en muchos de los casos, su reserva provenía del reinado de Felipe III; a saber, fueron jubilados el palafrenero mayor Juan de Valdivieso, los guardaneses Felipe Daza¹²⁰ o Jusepe del Corral¹²¹, el furrier don Francisco Pérez de Ávila¹²², los ayudas de furrier Luis de Aguilar o Diego de Vitoria, los correos don Pedro García de Losadas y Juan Bautista Rosellón, los herradores Antonio Pinto, Juan de Mendieta y Miguel de Báez, el sastre Mateo Clemente, el calcetero Pablo de Ayala, el fiambbrero Juan García, el mozo de traílla Juan de Miranda, el macero Juan Álvarez de Medinilla, el rey de armas don Alonso de Hoyos y Montoya¹²³, el violón Álvaro Gómez¹²⁴, los lacayos Sebastián Delgado, Juan

¹¹⁹ Tras una intensa carrera en el servicio real, tanto en la casa como en los sitios reales, se le concedió la jubilación en 1653 junto a una plaza de ayuda de la furriera para quien casare con su hija mayor.

¹²⁰ Tuvo 3.000 reales de pensión anuales que trocaría en 400 ducados anuales en 1613.

¹²¹ Tenía dos reales diarios.

¹²² Que fue reservado en 1636 para servir como gentilhomme de la casa.

¹²³ Al que se jubiló en 1644 para que pudiera ejercer mejor su nuevo oficio de contador de resultas.

¹²⁴ Sacerdote de misa y violón de la caballeriza desde 1600, solicitó en 1610 que se le reservara al ser indecente para sus órdenes el ejercicio de la plaza. Se le concedió tal merced, que se mantuvo vigente hasta que en el primer tercio de 1630 pasó a ser músico del violón de la capilla española, al ajustarse ya a sus órdenes. En dicho oficio serviría hasta que fue reservado en 1640, reteniendo dicha condición hasta el primer tercio de 1646.

Verdugo y Antonio Blanco, la plumajera doña Catalina de Miranda y Torres ¹²⁵ y el armero mayor Alonso de Mella ¹²⁶. Dicha reserva podía comportar otras mercedes, como la posibilidad de poder pasar el oficio a sus hijos o a quien casara con alguna de ellas, como sucedió en el caso del herrador Juan de Mendieta.

En esta sección se fomentaría en gran medida la posibilidad de conceder plazas en “el ínterin” ¹²⁷, mediante las cuales el titular realizaba un servicio o alcanzaba la mayoría de edad, pudiendo hacerse perpétuas, como le sucedió al frenero Francisco de Mesa ¹²⁸. Del mismo modo, estas plazas interinas llegaron a servir para cubrir la plaza de algún personaje que servía “para las ausencias y enfermedades” y que no podía ejercer, como fue el caso de don Francisco de Iriarte y el fallecido don Juan del Castillo Velasco Iriarte. Dicha condición de servir para las ausencias y enfermedades fue también muy habitual y fue ejercida por personajes como Cristóbal Antonio de Cisneros, furrier en lugar de su padre Cristóbal de Cisneros Agüero, o Luis de León, camero en lugar de su tío Andrés de León, entre otros. Como podemos comprobar por los apellidos, tampoco la caballeriza fue ajena a la patrimonialización de los oficios.

Por lo que respecta a la acemilería, por desgracia, únicamente conocemos exhaustivamente los años 1622-1628, por lo que las conclusiones que siguen se corresponden únicamente con la primera década del reinado ¹²⁹. Gracias a ello, podemos comprobar la relevancia que fue tomando dicha sección, hasta el punto de que llegó a tener funcionamiento autónomo y en la documentación aparecería separada de la caballeriza. Da cuenta de ello el hecho de que mientras el primer acemilero mayor del reinado, Juan de Lira, fue un personaje de una condición social no muy elevada, el siguiente del que tenemos constancia, don Gaspar de Teves, marqués de la Fuente del Torno, fue un relevante personaje que había peleado en Flandes junto al marqués de Leganés y servido como embajador en el Imperio e Italia. Además, dicho cargo sería uno de los pocos que no cobraría su salario –300 escudos anuales– en vellón, si no en oro. Completando

¹²⁵ La cual, además de la reserva, fue premiada con el oficio por dos vidas.

¹²⁶ Al que reservó con sus 100.000 maravedís de gajes.

¹²⁷ En especial en el oficio de cajonero de las capas.

¹²⁸ Servía como frenero en lugar de Jusepe Martín, hijo del frenero del mismo nombre y de María de la Fuente. A esta se le había hecho merced del dicho oficio para cuando su hijo tuviera edad y se había concertado que se le pagaran 5.000 maravedís de gajes cada año desde 28 de abril de 1629. Por lo que sabemos se le pagaban todavía en el rolo del primer tercio de 1641.

¹²⁹ Ver fuentes en el tomo II (CD Rom).

dicha impresión, debemos señalar que durante 1635-1636 fue elegido como superintendente de la misma don Gómez Manrique de Mendoza, con la asistencia del marqués de Torres para cubrir lo que su edad no le dejara ejercer, personaje que había sido mayordomo de Felipe IV desde que fuera príncipe y que accedería al oficio de mayordomo mayor del rey en 1637. Posteriormente, una vez dejó el cargo el marqués de la Fuente del Torno, el cargo más relevante fue cubierto por dos Suárez Chacón, personajes que dieron el salto desde el real sitio de Aranjuez hasta la acemilería, demostrando la interacción constante entre la corte de Madrid y los sitios reales.

Fue muy habitual que los acemileros (con uno, uno y medio, dos o, excepcionalmente, tres reales diarios, dependiendo de los años de servicio y del momento del reinado), carreteros (dos reales diarios) y mozos de carros (uno o dos reales diarios) fueran reservados, mientras que en otros oficios no lo fue tanto, pues fuera de ellos únicamente tenemos constancia de la jubilación del furrier Gregorio Carbón en 1628.

Por lo que respecta a los pensionarios, veamos la siguiente tabla sobre la pensión que se concedía a viudas o hijos/as de los servidores de la caballeriza y acemilería, en los oficios en que conocemos la cuantía de la misma. Debemos tener en cuenta que en muchos casos sabemos el nombre de la viuda y la cuantía de la pensión, pero no el oficio del difunto marido, por lo que en algunos momentos puede resultar incompleta:

OFICIO	PENSIÓN
CABALLERIZA	
Guardanés	3.162 maravedís mensuales
Ayuda de furrier	2.542 o 3.162 maravedís mensuales
Ayuda de herrador de camino	Dos reales diarios
Frenero	Dos reales diarios
Maestro de hacer coches	2.108 maravedís mensuales
Pintor	Dos reales diarios
Calcetero	Real diario
<i>Oficios ceremoniales</i>	
Macero	20.000 maravedís anuales (Felipe III) o dos reales diarios (Felipe IV)

Capítulo 8: *Reservados y pensionistas*

OFICIO	PENSIÓN
CABALLERIZA (Cont.)	
<i>Oficios musicales</i>	
Trompeta	Dos reales diarios más, en algunos casos, 100 ducados por una vez
Atabalero	Dos reales diarios
Lacayos	Dos reales o real diarios
<i>Las caballerías y los vehículos representativos y de carga</i>	
Cochero	Dos reales o real y medio diarios
Literero	1.581 o 2.108 maravedís mensuales
Carretero	Dos reales diarios
Mozo de caballos de coche	2.108 maravedís mensuales
Mozo de caballos de silla	Real, real y medio o dos reales diarios, según la época del reinado
Mozo de mulas de coche	Dos reales diarios
Boyero	Real y medio o dos reales diarios
<i>Armería</i>	
Armero mayor	200 ducados anuales, pudiendo repartirlos entre hijos/as
Arcabucero	Gajes
Armero	Gajes (10 placas diarias) hasta reformatión 1640 (51 maravedís diarios)
Ballestero	Gajes o 3.162 maravedís mensuales
Guarnicionero de espadas	Dos reales diarios
Espadero	Dos reales diarios
<i>Casa de los pajes</i>	
Maestro de armas (oficio de la casa de Castilla)	36.072 maravedís mensuales
Repostero de plata	Dos reales y medio diarios
ACEMILERÍA	
Furrier	Tres reales diarios
Acemilero	Dos reales diarios
Carretero	60 maravedís o real diario

Algunas viudas pudieron disfrutar también, en algunas ocasiones, del goze de una plaza sin necesidad de servir, tal y como le sucedió a doña Isabel de la Vía, viuda de un furrier de la caballeriza, Isabel de Arroyo, de un trompeta, o Isabel de Somovilla, que lo fue de un rey de armas. Del mismo modo, en ocasiones se concedió que el oficio del marido pasara a la viuda para que lo cediera a uno de sus hijos, como fue el caso de María de Madrid¹³⁰, o quien casara con una de sus hijas, como sucedió con Magdalena María de Espinosa¹³¹.

1.2.5. *Las guardas reales*

Ya fijado con Felipe III el sistema para reservar a los miembros de las tres unidades de guarda de la casa de Borgoña, el reinado de su hijo consistió en la búsqueda de nuevas posibilidades para premiar a las viudas.

Así, en lo que respecta a la guarda de corps, se decidió acometer la unificación de la concesión de mercedes a las viudas de los archeros y de otros miembros de la guarda. Finalmente, se decidió premiar a las mismas con la posibilidad de que continuaran percibiendo los gajes de sus maridos una vez estos hubieran fallecido, aunque no todas recibirían la misma cantidad, pues algunas tendrían la totalidad del salario y otras la mitad, según los años en que hubieran servido. Esta concesión comenzaría a funcionar durante el segundo tercio de 1631¹³², siendo los dos primeros casos doña Paula du Bois y Ayala, hija de Albrecht du Bois que había fallecido en Madrid el 13 de julio de 1626 a manos de los criados del cardenal Barberini cuando estuvo en Castilla¹³³, y Ana María de Toro, que ya había recibido 80 ducados tras fallecer su marido el furrier Pierre Dimas de Wissenacken. Sin embargo, al fallecer su hijo Diego Felipe el 4 de enero de 1631 se le concedió

¹³⁰ Viuda del armero Pedro de Córdoba, además de su pensión correspondiente a dicho oficio, se le concedió que pudiera pasar la plaza de su marido a otro de sus hijos tras fallecer su hijo Pedro en 1641, siendo Sebastián el que lo ocuparía.

¹³¹ A don Pedro García de Losadas, correo de la reina desde el 21 de enero de 1636, se le hizo asiento como correo de la caballeriza del rey el 27 de junio de 1640, en la plaza que había vacado por muerte de Nicolás Jordán, “entre las quales fue Magdalena María de Espinosa, viuda del dicho Nicolás, que pidió este oficio para casar una de tres hijas que le quedaron”, y con la cual esposó García de Losadas.

¹³² AGP, Reg. 5731.

¹³³ Sobre este asunto, el diario de dicho cardenal durante su viaje, C. DAL POZZO: *El Diario del Viaje a España del Cardenal Francesco Barberini*, ed. de A. Anselmi, trad. de A. Minguito, Aranjuez 2004, pp. 249-250.

una nueva merced¹³⁴, cual fue que gozara de los gajes de una plaza de archero reservada, la que había pertenecido al recién fallecido Jacques Baudegnies, a medias junto a Jerónima de Rivera, mujer de Diego Felipe¹³⁵. Cuando Jerónima de Rivera falleció el 25 de junio de 1640, Ana María de Toro pasó a recibir la paga completa y la mantuvo hasta su muerte.

Aunque en 1642 se comenzó a poner trabas a las viudas para que percibieran esta merced¹³⁶, no se les denegó y se mantuvo en la compañía hasta el reinado de Carlos II, llegando a haber momentos en que más de 20 viudas la percibían a la vez. Debido a este elevado número, el mayordomo marqués de Aytona propuso el 30 de noviembre de 1667 que se trocara esa merced por la de la concesión de 100 ducados por una vez en la presidencia de Hacienda, como se había hecho en el caso de Mariana Pardo. La decisión fue aceptada, ratificando que era el Bureo el encargado de conceder estas mercedes y no pudiendo el capitán influir en ellas¹³⁷. Este sistema se mantendría hasta el final de la vida de la unidad, aunque los problemas de liquidez de la corona impidieron que estas concesiones se cobraran en todas las ocasiones.

¹³⁴ AGP, SH, caja 170.

¹³⁵ *Ibidem*, cajas 167 y 170 y Reg. 5731.

¹³⁶ Como así consta en la respuesta al memorial de Jerónima Altamirano, viuda de Felipe Keersebon (en su expediente en AGP, SH, caja 163), el 10 de noviembre de 1667 por parte del marqués de Aitona: “Sobre lo que se me ofrece decir a V. Majestad que las mercedes que se hacían a semejantes viudas era mantenerlas en las plazas de sus maridos para volver a tomar estado con quien sirviere la plaza o se les señalaba alguna renta por la limosna que aún se ha hecho en estos tiempos. Introduxéronse a pensionarias en los gajes que se libran en la nómina de los archeros por el año de 1631 y reconociéndose por su Majestad (que está en el cielo) era novedad se sirvió responder de su real mano en una pretensión de una viuda semejante a esta en 9 de abril de 1642 lo siguiente, Aunque esto se ha hecho con otras es mala introducción y costosas y ahora no estamos en tiempo de añadir gastos. Y no obstante después de esto se concedieron a unas los gajes enteros y a otras su mitad. La reformatión dispuso generalmente que a las viudas de los soldados de la guarda se les diesen 80 ducados de recompensa por una vez y se haré con las demás, aunque con las de los archeros no se ha practicado. Y el marido de esta viuda sirvió cerca de siete años. A mi me parece que a esta y a las demás viudas desta guarda atento a ser más noble se les podría mandar dar por la presidencia de hacienda cien ducados por una vez de recompensa y que esto sirva de exemplar para en lo de adelante”.

¹³⁷ El mayordomo recalca que “este género de pretensiones no se deven remitir al capitán de los archeros sino al mayordomo mayor como V. Majestad lo tiene resuelto y mandado en respuesta de consultas del duque de Montalto de 1 y 6 de marzo deste año” (AGP, Reinados, Carlos II, caja 120, carpeta de 1667). El problema jurisdiccional se volvió a presentar con el marqués de Montalvo en 1689, ante lo que el Bureo tuvo que recordarle que él no era el encargado de proponer estas concesiones (*Ibidem*, caja 122, carpeta de 1689).

En la guarda española, por su parte, además de lo indicado para reinados anteriores, se decidió también conceder en ocasiones una ayuda de 200 reales de vellón para el entierro de los fallecidos¹³⁸, cantidad que sería también percibida por las viudas de los ocupantes de algunos oficios menores como los silleros¹³⁹. De todos modos, la precaria situación económica hizo que en muchas ocasiones fuera muy difícil cobrar la pensión a las viudas o sus descendientes.

1.2.6. *La caza*

En lo referente a la caza, pese a pertenecer nominalmente a la casa de Castilla, podemos observar como su condición de sección que se incorporó prácticamente a la casa de Borgoña para su servicio activo le favoreció, tanto en la sección de volatería como en la de montería, en la adquisición del *status* de reservado o en la adjudicación de pensiones a familiares de sus miembros fallecidos. De todos modos, la excesiva prodigalidad en la concesión de dichas mercedes obligó al monarca a procurar un control estricto, tal y como indicaba en el punto 35 de su “Orden al cazador mayor” de 22 de junio de 1658¹⁴⁰:

35. La piedad con que mi real grandeça a favorecido y favoreze a los criados y gremios de mi real casa, y particularmente a mi real casa de volatería, a producido a los caçadores mayores a proponer jubilaciones, raciones y otras gracias en la casa de Castilla y consignación de la caça sin exquisito examen de la necesidad de las partes y particular relación de sus servicios y de los méritos adquiridos en el mío, y assí os mando que siempre que en esta parte se ofreciere que proponerme lo haga con examen muy riguroso y que no me consultéys cossa contraria a lo que yo deviere resolver con fundamentos vastantes y respecto del estado en que se halla la dicha mi real cassa de Castilla.

Así, prácticamente todos los oficios de la caza de la volatería, exceptuando los de cazador mayor, tuvieron la posibilidad de acceder a la condición de reservado, tanto en los cuadros superiores –como los oficios de teniente de cazador mayor, don Diego de San Vitores de la Portilla que lo fue reteniendo sus 187.500

¹³⁸ Tal y como se le concedió a doña Juana Briceño, viuda de Pedro de Flores, en 1682.

¹³⁹ Como sucedió con María de Chagavía, viuda del sillero Martín de Menaria, que recibió en 1622 los 80 ducados de ayuda de costa para las viudas de los guardas y la posibilidad de dar su plaza a quien casare con ella.

¹⁴⁰ Sito en AGP, Reg. 52, ff. 22v-32v, y que reproducimos íntegramente en el tomo II de Etiquetas y Ordenanzas. Pese a las advertencias, no se respetó como se debiera y la orden se tuvo que repetir el 31 de enero de 1692 (AGP, AG, leg. 340, s.f.).

maravedís de gajes anuales, capellanes, siendo reservados el licenciado Gregorio de Cárdenas y el maestro Baltasar Fernández de Escobar ¹⁴¹, o agente y solicitador, como don Diego Alonso de Arroyo ¹⁴²—, como en los inferiores, en especial los catarribas (18), cazadores (11 reservados) y cazadores del buho (4). Dicha reservación vendría casi siempre unida a la posibilidad de mantener quitaciones y salarios, así como casa de aposento.

Menor número de reservados hubo en la caza de montería, sobre todo en los cuadros superiores donde únicamente encontramos a los sotamonteros capitán Pedro de Villarreal y Jerónimo de Campo. Por su parte, sí hubo mayor cantidad en los estratos inferiores con oficios como los monteros de ventores (11), monteros de trailla (6), monteros de lebreles (otros 6) o criadores de los sabuesos y lebreles (2). Como diferencia respecto a la volatería, en la montería encontramos que la merced que se les solía dar era de dos reales de ayuda por vía de limosna para las hijas hasta que contrajeran matrimonio o heredaran el oficio para con quien casaren, incluso estando vivos y sin llegar a reservar, de los que tenemos documentados 11 casos.

La principal pensión que se les concedió a los familiares de los miembros de la caza fallecidos fue poder pasar el oficio a sus hijos a o quien casare con sus hijas (tenemos documentados más de 30 casos), en una nueva muestra de patrimonialización de los oficios, que no resulta difícil de colegir al ver repetidos en numerosas ocasiones los apellidos de Sendín, Peramato, Esteban... y estar localizados los integrantes de muchos de estos oficios en localidades como Fuencañal, San Sebastián de los Reyes o Vicálvaro.

Por lo que respecta al resto de casos, encontramos alguna pensión a viudas de teniente de cazador mayor y sotamontero (mantener el salario de sus maridos), catarribas (real y medio diario) o mantener los dos reales de limosna para las hijas de los fallecidos, así como otras menores para unas pocas personas cuyo servicio no tuvo que ver con la caza real.

1.2.7. *La casa de Castilla*

El relegamiento que fue sufriendo dicha casa a lo largo del reinado de Felipe IV, sobre el cual se trata en el presente libro en el capítulo correspondiente, tuvo su reflejo en la concesión de reservas y pensiones a los componentes de la

¹⁴¹ Este desde 1640 por estar en la escuadra de Nápoles con el marqués de Alcañices y no poder montar en barco para regresar y servir.

¹⁴² Reservado con 50.000 maravedís anuales.

misma. Así, únicamente nos encontramos como reservados a un capellán de altar, a los ínclitos veedores y contadores Fernando de Soto y Fernando de Soto Verrio, al maestro de armas de los pajes Domingo Ruiz, a tres ministriles de la capilla procedentes todos ellos del reinado de Felipe II, dos ministriles de la capilla, tres trompetas, un atabalero, tres escuderos de a pie y tres cantores. Todos ellos disfrutarían de sus gajes sin necesidad de servir.

En lo referente a los pensionarios, resulta de especial interés el caso de los porteros de cámara, oficio que requeriría un estudio en profundidad para poder comprender la fundamental función que tuvo de integración del reino de Castilla en las diversas ciudades en las que sirvieron (Granada, Valladolid, Madrid...) y en un puesto de relevancia, pues controlaba el acceso a chancillerías, cuartos de las reinas, consejos... De hecho, podemos considerarlo el oficio más patrimonializado de todos los de la casa real y los casos de paso del puesto entre generaciones son muy numerosos, como el de Jerónimo Cruzate Barrientos, procedente de una familia que lo tuvo por tres generaciones¹⁴³. Tanto lo fue, que registramos varios casos de venta del mismo entre particulares, como sucedió con Antonio de Veracruz¹⁴⁴, Cristóbal Jiménez¹⁴⁵, Gabriel Rodríguez de las Cuevas¹⁴⁶ o Juan de Bustamante¹⁴⁷,

¹⁴³ Hijo de Jerónimo Cruzate y doña María Guerra fue recibido por portero de cámara de la chancillería de Granada en enero de 1639, sustituyendo a su fallecido padre. Serviría hasta 1694 y, tras su muerte, se entregó el oficio a doña Leonor Cruzate, su hija, pero al ser menor de edad la ejerció Felipe de Volasechitano.

¹⁴⁴ Así observamos en la “Benta otorgada de doña Antonia de Gomar, viuda de José Sáez Molinero a favor de don Antonio de Veracruz de un asiento de portero de cámara del rey nuestro señor” en 1680 (AGP, Personal, caja 941/32).

¹⁴⁵ Cristóbal Jiménez fue recibido por portero de cámara el 22 de mayo de 1650, en lugar de Francisco Rodríguez, a quien le compró el oficio por 8.000 reales el 29 de septiembre de 1648 (*Ibidem*, caja 592/23).

¹⁴⁶ Notario de la Suprema en el reino de Toledo, fue nombrado portero de cámara, por dos años, el 18 de julio de 1641, en la plaza que pertenecía a Ana de Hita, que heredó el oficio que pertenecía a su marido, Francisco de Lara, a quien el rey le hizo merced en 1624 del paso del oficio en la persona que quisiese. El 11 de agosto de 1647, siendo escribano de la casa de Castilla, le compró a Ana de Hita el oficio.

¹⁴⁷ Portero de cámara del rey, al menos, desde que el 18 de abril de 1645 se le hizo merced del paso de su oficio en la persona que nombrase. En 1658 había elegido a su sobrina, doña Inés de Vera y Bustamante, para tomar estado. Sin embargo, ella tomó el hábito de religiosa de la Orden de San Benito, por lo que los testamentarios de Juan de Bustamante vendieron el oficio a Baltasar de Olabarrieta. La justicia ordinaria intervino en este asunto, y se abrió una puja. Finalmente, “el mayor ponedor” fue Alonso de San Juan que fue recibido en 1661 (AGP, Personal, caja 811/55).

e incluso de trueque y con personajes no castellanos como el archero Baltasar Henríquez ¹⁴⁸.

Los porteros pudieron pasar el oficio a todo tipo de familiares, pues encontramos cuñados, como Agustín Fernández de Castro ¹⁴⁹, yernos, como Lorenzo de Rozas ¹⁵⁰, sobrinos, como Francisco de Ugarte ¹⁵¹, nietos, como Francisco Guardiola Villanueva ¹⁵² y, por supuesto, hijos, de lo cual hay múltiples casos como los de Andrés Ruiz Barrado, Gabriel de Fuentes, Gonzalo Ortiz, Felipe Mas..., e incluso padres en lugar de sus hijos hasta que alcanzaban la mayoría de edad, como sucedió con los Juan Bautista Velarde. Del mismo modo, cuando el hijo en el cual iba a recaer la merced fallecía antes de recibir el oficio, o decidía tomar otro camino en su vida, el monarca concedía la posibilidad de poder pasarlo a otras personas, como sucedió con Juan de Villegas ¹⁵³. Varias viudas, incluso, pudieron disfrutar del puesto y de sus gajes, casa de aposento y preeminencias sin servir, como fue el caso de Jerónima Ruiz de la Peña ¹⁵⁴, e incluso tuvieron la mitad de

¹⁴⁸ Archero de corps desde su juramento del 4 de octubre de 1606 hasta su fallecimiento el 29 de octubre de 1631. Estuvo casado con María de Ávila que era hija de Melchor de Ávila, ayuda de la panadería y potajier de Felipe II y Felipe III. Gracias a ello, se le concedió una plaza de contino de Aragón que se le trocó en la de portero de cámara de la casa de Castilla el 5 de marzo de 1613, la cual otorgó antes de morir a su hijo Felipe Henríquez, que era también archero y murió en 1643 sin tomar posesión de la misma.

¹⁴⁹ Fue recibido por portero de cámara de la chancillería de Valladolid el 24 de noviembre de 1621, en lugar de su cuñado Diego Ruiz Bazán. No serviría durante demasiado tiempo, pues el 21 de mayo del año siguiente hizo dejación del mismo para que pasara a Andrés de Llamazares a cambio de 1.000 ducados.

¹⁵⁰ Portero de cámara en la chancillería de Valladolid desde el 6 de junio de 1633, asentando en lugar de su suegro Martín de Vanos.

¹⁵¹ Que lo era de su tío homónimo.

¹⁵² Nieto del portero de cámara Jerónimo de Villanueva, el 14 de septiembre de 1638 tomó el relevo en el oficio.

¹⁵³ El 23 de julio de 1634, el rey hizo merced a Juan de Villegas del paso del asiento en su hijo homónimo. El 16 de noviembre de 1648, tras fallecer su hijo, Felipe IV hizo nuevamente merced del paso del tal oficio a la persona que quisiera y el 7 de septiembre de 1659 asentaría Agustín Francisco Mier Terán.

¹⁵⁴ Como relataba el Bureo el 7 de noviembre de 1630, “por una su cédula de 14 de octubre de 1609 hizo merced a vos Jerónima Ruiz mujer que fuiste de Hernando de Villanueva nuestro portero de cámara de los que sirven en la nuestra audiencia y chancillería de Valladolid [...] habemos tenido por bien de haceros merced como por la presente os la hacemos de prorrogaros por otra vida”. Consta como ocupante efectiva del oficio de portero de cámara en la chancillería de Valladolid desde 1634 hasta, al menos, 1643.

los gajes dejando que sirviera otra persona en su lugar, como sucedió con Francisco de Cuevas en lugar de doña María Delgado o con Luis Pérez de Guevara en lugar de doña Isabel de Ucedo de Espinosa. Del mismo modo, pudieron realizar el nombramiento en la persona que creyeran conveniente si su marido tenía dicha posibilidad y fallecía sin haberlo hecho, como fue el caso de Jerónima Román¹⁵⁵. Evidentemente, los casos de para “con quien casare” fueron múltiples, como el de Miguel de Azcárate¹⁵⁶, Pedro Rodríguez Rondero¹⁵⁷ o Sebastián de Porres¹⁵⁸, entre otros muchos.

El servicio por minoría de edad del poseedor del oficio estuvo a la orden del día. Aunque vimos que varios padres lo ejercieron en lugar de sus hijos menores, en muchas ocasiones no hubo necesidad de que fuera familiar y pagaron a veces una cuantía económica para poder ejercerlo, como fue el caso de Andrés de Losada, que servía por un hijo menor de Andrés de Baños, o Pedro Chico de Ulloa, que lo hacía en lugar de los hijos menores de edad de Andrés de Llamazares. Del mismo modo, muchos de estos servicios temporales se acabarían haciendo definitivos, como sucedió con Francisco de Hoyos Villota¹⁵⁹, Gregorio

¹⁵⁵ Por real cédula de 9 de julio de 1629 se hizo merced a Diego de Llarena del paso de su oficio de portero de cámara en otra persona. Sin embargo, su mujer, Jerónima Román, decía que su marido murió sin hacer nombramiento, por lo que ella nombró en 1635 en el oficio a su hermano, Miguel de Llerena, pero no se le pudo hacer el asiento por “haber ensordecido”. Por ello, el 22 de marzo de 1635 se recibió por portero de cámara a Antonio Mas, el cual serviría hasta su muerte el 12 de junio de 1661, siendo sustituido por su hijo Felipe.

¹⁵⁶ Portero de cámara desde su nombramiento el 6 de septiembre de 1654 hasta su muerte en 1665. Como con casi todos los oficios de portero de cámara, el proceso que siguió la plaza hasta llegar a Azcárate fue algo complicado. Así, el 14 de septiembre de 1641 se le dio la plaza a Lorenzo Alvero, que dejó el oficio a doña María Alvero, su hija, mujer de Miguel de Azcárate.

¹⁵⁷ Portero de cámara desde el 27 de junio de 1655, tras haber casado con doña Ana de Mejía, hija de Diego de Mejía y doña Catalina de Heras. Lo serviría hasta su fallecimiento el 6 de noviembre de 1687.

¹⁵⁸ Asentó como portero de cámara en Valladolid el 4 de mayo de 1605 y por cédula del 8 de mayo de 1613, Felipe III le hizo merced de pasar su asiento a uno de sus hijos, o como dote para una de sus hijas. El 22 de febrero de 1622 nombró a su hija Francisca Porres para gozar tal dote y, tras fallecer en 1627, ocupó su plaza Juan de la Fuente y, a la muerte de este último, Miguel Vélez de Villalba.

¹⁵⁹ El 10 de febrero de 1621, a la muerte de Francisco de Hoyos Villota, se hizo merced a sus hijos Francisco y Juana de Hoyos Villota, del asiento de portero de cámara que servía su padre. Durante la minoría de edad de los herederos, Gregorio de Hoyos Villota, su tío,

Orozco¹⁶⁰, Alonso Mato¹⁶¹ o el complicado caso de Pedro Enríquez de Larraspi¹⁶². Finalmente, muy importante fue también el servicio por ausencias y enfermedades (aunque no recibiera dicho nombre en los títulos oficiales), como fue el caso de Joseph Pérez¹⁶³ o de Jacinto Bernardo Frontera¹⁶⁴.

sirvió la plaza, entrando a servirla Francisco el 13 de abril de 1639. Desempeñaría el oficio hasta su muerte el 5 de enero de 1673, y el 3 de febrero se asentó en su lugar a Bernardo Gómez.

¹⁶⁰ Portero de cámara de la casa de Castilla desde su nombramiento el 25 de agosto de 1631 durante dos años, mientras que tomaban estado las hijas de doña Ana de Hita, viuda de Francisco de Lara, a quien se le hizo merced el 9 de abril de 1624 del paso del asiento. El 26 de diciembre de 1634 fue recibido por portero de cámara en propiedad y en junio de 1637 se le hizo merced de casa de aposento. Sirvió hasta, al menos, 1665.

¹⁶¹ Portero de cámara con título de 10 de octubre de 1604, concediéndosele el oficio por la menor edad de Pedro Ruiz de Ontiveros, serviría hasta 1633.

¹⁶² Gracias a una cédula real relativa al asunto de 14 de diciembre de 1648, podemos observar lo complicada que era la evolución de los puestos de porteros de cámara y el trasiego que se hacía de los mismos entre familiares o conocidos: “Ya sabeis como por una mi cédula de 26 de septiembre de 1623 hice merced a Mathias Vázquez de Mendoza, mi portero de cámara, de darle licencia para pasar este asiento en la persona que nombrase el o quien subcediese en su derecho y por otra cédula de 30 de junio de 1639 di licencia a doña Margarita Vázquez para que por dos años contados desde dicho día pudiese nombrar persona que sirviese el dicho asiento y por ellos nombro a Miguel Sánchez y después por otra mi cédula la de 4 de junio de 1641 le prorrogué esta licencia por otro año más y últimamente por otra mi cédula de 6 de agosto de 1644 se la amplie por otros dos años según más largo en las dichas mis cédulas a que me refiero se contiene. Y ahora Bernardo de Santiago (Bi)llota como curador de los hijos menores de dicho Mathias Vázquez me a suplicado sea servido de mandar que durante la menor edad de los dichos menores sirva el dicho oficio Pedro Henríquez de la Raez o como la mi merced fuese que yo he tenido por bien y por la presente mi voluntad es que por otros 3 años más que corran y se quenten desde el día de la fecha desta mi cédula en adelante el dicho Pedro Henríquez de la Raez sirva y ejerza el dicho asiento de mi portero de cámara y goce de los derechos salarios y aprovechamientos del”. Una vez pasados los tres años, por otra cédula de 11 de febrero de 1652, se concedió a Enríquez que pudiera servir por los hijos menores de Pedro de Talavera y tras fallecer su viuda Ángela de Ávila. El 14 de enero de 1658, por fin, consiguió tener un puesto de portero de cámara en propiedad y no de “prestado”. En él serviría hasta, al menos, el 15 de noviembre de 1679, en que se le concedió en Burgos que pudiera nombrar sucesor en el asiento, ya en vida o testamento.

¹⁶³ Fue nombrado portero de cámara de los que residían en la audiencia y chancillería de Valladolid en 1653, en lugar de Francisco Caramaño quien había sido promovido a la plaza de portero de la Junta de la media anata. Sin embargo, se encontraba muy enfermo, por lo que se le dio licencia para nombrar a alguien que sirviera su plaza durante dos años y en 1655 hizo dejación de su plaza en Juan Sanz Rama.

Los ocupantes de este oficio no tuvieron la posibilidad de ser reservados pero, a cambio, disfrutaron de una libertad casi total para poder disponer de su plaza como no tuvo ningún otro oficio de la casa real. En los pocos casos en que el oficio no era hereditario, se concedía a viudas o hijos/as el salario completo del año en que hubiera fallecido el dicho portero de cámara.

Veamos tres ejemplos, seleccionados de entre otros muchos, para darnos cuenta de lo complejo que llegó a ser el sistema generado en torno a dicho oficio y la práctica total libertad que tuvieron los porteros para disponer de ellos. El primero puede ser el de Manuel de Villanueva, portero de cámara en la chancillería de Valladolid desde su nombramiento el 25 de abril de 1645 hasta 1682. Por cédula de 10 de agosto de 1623 se hizo merced a Ana Vela, viuda de Andrés de Llamazares, portero de cámara de los que residen en la audiencia y chancillería de Valladolid, de dar licencia para pasar el asiento en uno de sus hijos o persona que nombrase por cédula de 6 mayo de 1625. La recibió Manuel de Villanueva por acuerdo con doña Sebastiana Llamazares, hija única de los dichos Andrés de Llamazares y Ana Vela, con el cual no tenía ningún lazo de parentesco. Francisco Escobar le sucedería, por cédula del 16 de marzo el 1682, pero no empezó a cobrar gajes hasta morir Sebastiana de Llamazares¹⁶⁵. Gracias a este ejemplo, podemos ver como la obtención de un oficio como el de portero de cámara garantizaba el porvenir de varias generaciones familiares.

Otro caso puede ser el de Jerónimo de Mazas. El 25 de mayo de 1648, el rey hizo merced de título perpetuo de portero de cámara a Antonio Calvo, en lugar de su suegro Diego Vicente. Francisca Vicente, hija de Diego, casó con don Jerónimo de Mazas, y el 19 de diciembre de 1649 el matrimonio firmó un acuerdo con el matrimonio de su hermana, doña Ana María Vicente y Antonio Calvo, por el cual el oficio de portero de cámara pasaba a los primeros. Jerónimo Mazas asentó en el oficio de Antonio Calvo el 21 de diciembre de 1653 y lo serviría hasta 1669¹⁶⁶.

Finalmente, veamos el de Francisco Orozco y Villaseñor. Portero de cámara desde que fuera recibido el 1 de diciembre de 1620 en lugar de Juan Pérez Galán, yerno de María de Treviño, al cual se le hizo merced el 3 de noviembre de 1617 de servir el oficio durante la minoría de edad de Juan Pérez Galán. María

¹⁶⁴ El 20 de septiembre de 1640 se nombro al susodicho “en lugar de Francisco de Castro para que sirua por Francisco de Castro su hijo por tiempo de quatro años o como fuere voluntad de Jorge de Quevedo su tutor en el cargo de portero de cámara”.

¹⁶⁵ AGP, Personal, cajas 1099/5 y 16870/13.

¹⁶⁶ *Ibidem*, caja 657/36.

Treviño era mujer de Juan Sánchez Mocete, portero de cámara al que se le había hecho merced del paso del oficio el 24 de octubre de 1616. Orozco sirvió el oficio por la minoría de los hijos hasta 1634, momento a partir del cual entró en propiedad del asiento hasta su muerte el 14 de octubre de 1656¹⁶⁷.

Fuera de los porteros de cámara, únicamente nos encontramos con personajes que percibían pensión por la casa de Castilla sin haber servido o tenido relación con ella, además de doña Ana Vetaco y Angulo, viuda del veedor y contador Hernando de Soto, María Rodrigo, viuda del trompeta Leonardo Castellanos a la cual solo se le dieron los gajes de 1627, las hijas de ministriles doña Jerónima de Porres y doña Ventura Teresa de Torres, y doña María Manuela de Angulo, hija del montero de Espinosa Juan de Angulo y Vivanco.

1.2.8. *Los sitios reales*¹⁶⁸

Hemos decidido incluir en este apartado de reservados y pensionistas a los oficiales vinculados a los sitios reales, por que Felipe IV concedió una gran importancia a los mismos como forma de estructurar el reino de Castilla, para lo cual potenció enormemente un sistema de reservas y pensiones vinculados a ellos. Además, como veremos, dichos sitios reales se utilizarían en numerosas ocasiones para conceder mercedes a personajes vinculados a la casa real que no conseguían cobrar sus mercedes por otros lugares y se aseguraban el cobro de los mismos en estos sitios reales, en especial Aranjuez. Existen excelentes estudios tanto sobre la ordenación del territorio¹⁶⁹ en dicho sitio real como sobre su viabilidad económica¹⁷⁰, lo que nos indica que el monarca pudo aprovechar para otorgar mercedes, no solo a los que allí vivían, sino también a otros individuos.

¹⁶⁷ AGP, Personal, caja 764/30.

¹⁶⁸ Un análisis más detallado sobre el personal de los reales sitios durante el reinado de Felipe IV en mi artículo: “El personal de los Sitios Reales desde los últimos Habsburgo hasta los primeros Borbones: de la vida en la periferia a la integración en la corte” en L. D’ALESSANDRO, F. LABRADOR ARROYO y P. ROSSI (eds.): *Siti Reali in Spagna e in Italia. Tra Madrid e Napoli: aspetti e temi di una storia del territorio*, Nápoles 2014, pp. 75-96, en el cual figuran también algunas de las tablas que aparecen en este capítulo.

¹⁶⁹ A. LUENGO AÑÓN: *Aranjuez. La construcción de un paisaje. Utopía y realidad*, Madrid 2008, *passim*.

¹⁷⁰ C. MAGÁN MERCHÁN y J. ESPINOSA ROMERO: “La evolución económica de un Real Sitio: Aranjuez en tiempos de Felipe II”, *Reales Sitios* 153 (3er trimestre 2002), pp. 2-13.

Vamos a comenzar en este apartado con los pensionarios, ya que su número y relevancia fue mayor que el de los reservados. Ya a finales del reinado de Felipe II, se había dado inicio a la costumbre de conceder a las viudas alguna merced tras fallecer el marido, como así indicaba la propia Junta de obras y bosques en memorial del 7 de enero de 1610:

De algunos años a esta parte, así en tiempo del rey nuestro señor que aya gloria como después acá se ha acostumbrado hazer merced a las viudas que han quedado de los que estando ocupados en el servicio de V. Majestad tiene y en el sitio de Aranjuez han fallecido para su sustento y criança de los hijos con que algunas han quedado de un real cada día y de dos y tres y quatro a cada una conforme a la calidad de los servicios de sus maridos por tiempo limitado de tres o quatro años y se les ha ido siempre prorrogando esta merced y habiéndose visto en la Junta algunos memoriales que han dado las viudas que aquí irán declarados pidiendo cada una prorrogación de la merced que así les está hecha, ha parescido a la Junta que por la necesidad con que en todas partes se halla la hacienda de V. Majestad y lo que conviene escusar y aliviar en quanto fuere posible los gastos della es bien que de aquí adelante no se hagan estas mercedes más de por una vez la que paresciere conforme a los servicios de cada uno y que agora se les prorrogue a estas viudas por un año la que así les está echa con condición que cumplido este no se les ha de prorrogar más, 7 de enero de 1610 ¹⁷¹.

La respuesta del monarca fue que “en lo que toca a la prorrogación por un año lo que parece y en las que piden de nuevo diga la Junta su parecer”. Como vemos, se planteaba la posibilidad de dejar de conceder merced a las viudas, pero no fue así y dichas prorrogaciones se continuaron haciendo hasta el reinado de Felipe IV. Así en 1612 se indicaba ¹⁷²:

Fue V. Majestad servido de responder en lo que toca a la prorrogación por un año lo que paresçe y en las que piden de nuevo diga la Junta su paresçer con que a estas que así pedían prorrogación por entonçes se les despachó sus cédulas con la condición de que pasado aquel año no se les prorrogaría más y sin embargo de la condición que así se les puso en estas cédulas cumplido el año de su prorrogación acudieron a V. Majestad con sus memoriales y V. Majestad ha sido servido de remitirlos a esta Junta y refieren su necesidad y la imposibilidad con que casi todas se hallan de poder pasar sin esta merced que V. Majestad les haze por ser pobres, viejas, enfermas y sin fuerças para poder trabajar ni criar sus hijos y por ser esta causa tan pía y de gente tan miserable y que han fallecido sus maridos en el servicio de V. Majestad ha parecido a la Junta que mientras se toma asiento en estas cosas,

¹⁷¹ AGS, CSR, leg. 305, f. 112.

¹⁷² *Ibidem*, f. 203.

siendo v. Majestad servido dello así a estas viudas que así se les prorrogó con la condición referida como a otras que también piden agora prorrogación y no se les ha puesto esta condición hasta agora se les podría prorrogar a todas la merced que tiene cada una por un año más y que a las que piden de nuevo se les de también hasta dos o tres reales cada día por otro año haziéndoles esta merced conforme al tiempo y oficio en que como dicho es huvieren servido sus maridos que es lo que se ha hecho hasta agora con las demás por ser unas mismas causas las que cada una destas viudas representan y ser todas gente miserable sin otro remedio será limosna digna del piadoso pecho de V. Majestad que mandará en todo lo que más fuere servido. En Madrid a 15 de junio de 1612.

Del mismo modo, dicha condición se prorrogaría por otro año más el 29 de marzo de 1613¹⁷³, el 12 de diciembre de 1614¹⁷⁴, el 14 de julio de 1616¹⁷⁵ y en años sucesivos hasta el reinado siguiente.

Por su parte, a los criados relacionados con la Junta de obras y bosques y las obras reales se les concedía una ración para mantenerse, además de la merced económica correspondiente al puesto, siendo la fórmula habitual utilizada para la prorrogación de la misma la siguiente:

V. Majestad acostumbra a hacer merced por vía de limosna a viudas e hijos de los criados que sirven a V. Majestad por obras y bosques de una ración ordinaria para sustentarse y ahora se han dado en esta Junta memoriales de las pensiones siguientes, suplicando a V. Majestad se sirva de mandarles prorrogar las que han gozado (venían 6), 18 de mayo de 1635.

Respuesta del rey: “Débeseles prorrogar por otros dos años más”¹⁷⁶.

De este modo, podemos considerar que ya durante el reinado de Felipe IV las pensiones concedidas a las viudas estaban pautadas y marcadas, tal y como podemos observar en la siguiente tabla:

¹⁷³ AGS, CSR, leg. 305, f. 260.

¹⁷⁴ *Ibidem*, f. 345.

¹⁷⁵ *Ibidem*, f. 395.

¹⁷⁶ *Ibidem*, leg. 309, f. 74.

SITIO REAL	OFICIO	MERCED PENSIONARIO/A ¹⁷⁷
Junta de obras y bosques		
	Procurador	Dos reales diarios por cuatro años
	Escribano	Dos reales diarios por el resto de su vida
	Secretario	Dos reales diarios por dos años
	Alguacil fiscal	Real y medio diario por el resto de su vida
Obras y bosques reales		
	Maestro mayor de las obras del Alcázar de Madrid y casas reales de su contorno	200 ducados anuales
	Procurador de las obras del Alcázar de Madrid y casas reales de su contorno	Dos reales diarios por el resto de su vida ¹⁷⁸
	Aparejador	Dos reales diarios por el resto de su vida
	Ayuda de aparejador mayor del Alcázar de Madrid y casas reales de su contorno	Tres reales diarios por el resto de su vida por vía de limosna
	Alguacil	700 reales anuales por casa de aposento
	Cerrajero	6.000 maravedís anuales por un año
	Pizarrero	100 ducados anuales o real y medio diario
	Escultor	Real y medio al día por dos años
Alcázar de Madrid		
	Sobrestante de las obras	Tres reales diarios por su vida
	Aparejador de las obras	Tres reales diarios por su vida
	Aparejador de carpintería	Dos reales diarios por dos años

¹⁷⁷ En los principales oficios, podía variar en función de la calidad del personaje que hubiera ejercido el mismo.

¹⁷⁸ Aunque en un primer momento se concedieron a Catalina Sarmiento 200 maravedís diarios por tres años.

Capítulo 8: *Reservados y pensionistas*

SITIO REAL	OFICIO	MERCED PENSIONARIO/A
Alcázar de Madrid (Cont.)		
	Tenedor de materiales	Real diario anual
	Maestro de albañilería	Tres reales diarios por un año
	Pizarrero	Real diario por el resto de su vida por vía de limosna
	Portero en la puerta del parque	Real y medio por el resto de su vida
	Superintendente de los jardines	Real y medio diario de por vida
	Jardinero	Real diario por tres años ¹⁷⁹
	Arbolista	Real diario de por vida
	Guarda del bosquecillo	Real diario de por vida
Alcázar de Toledo		
	Veedor y contador	Tres reales diarios de por vida
	Aparejador	Dos reales diarios o real y medio de por vida
	Conservador del ingenio del agua	Dos reales diarios de por vida
	Alguacil de las obras	Real y medio por un año
Aranjuez		
	Gobernador	400 o 600 ducados anuales de por vida
	Mayordomo	200 ducados anuales de por vida
	Contador	300 ducados anuales de por vida
	Pagador	Tres reales diarios de por vida o 200 ducados anuales de por vida
	Escribano	Tres reales diarios de por vida o 100 ducados anuales de por vida
	Veedor	100 fanegas de trigo y 50 de cebada anuales, además de los gajes o 200 ducados anuales de por vida

¹⁷⁹ Al final del reinado era ya de por vida y, en ocasiones, debido a la pericia y servicio del jardinero podían ser dos reales diarios, tal y como sucedió con las viudas de Alonso de Sosa o Gabriel García.

SITIO REAL	OFICIO	MERCED PENSIONARIO/A
Aranjuez (Cont.)		
	Ayuda de veedor	Dos reales diarios de por vida
	Aparejador	20.000 maravedís anuales, dos reales diarios o 40 ducados anuales, todo ello de por vida
	Tenedor de materiales	Real y medio o dos diarios de por vida
	Asentador de la gente que trabaja en Aranjuez	Dos reales y medio por 4 años o real y medio diario de por vida
	Fontanero	Dos reales de limosna diarios de por vida
	Pizarrero	Real diario por tres años
	Conserje	Tres reales diarios de por vida o 100 ducados anuales de por vida ¹⁸⁰
	Alguacil	Dos reales diarios de por vida
	Médico	Tres reales diarios de por vida
	Destilador	Tres reales diarios de por vida
	Ayuda de destilador	Real y medio diario de por vida
	Barbero y cirujano	Real diario de por vida
	Boticario	Real diario de por vida
	Portero	Real y medio de por vida
	Guarda de los puentes	Real y medio diario de por vida
	Superintendente de las huertas	Dos reales diarios de por vida
	Jardinero	Real y medio diario por 2 o 4 años
	Arbolista	Real diario por 4 años y después de por vida
	Ayuda de arbolista	Real diario de por vida
	Yegüero	Dos reales diarios de por vida
	Mayoral de las cabras	Dos reales diarios por tres años
	Mayoral de las yeguas	Real y medio diario

¹⁸⁰ Podían ser pagados en trigo, cebada o maravedís.

Capítulo 8: *Reservados y pensionistas*

SITIO REAL	OFICIO	MERCED PENSIONARIO/A
Aranjuez (Cont.)		
	Mayoral de los camellos	Real diario de por vida
	Encargado de las chalupas	Real y medio diario por dos años
	Guarda principal	Tres reales diarios de por vida o 200 ducados anuales de por vida ¹⁸¹
	Sobreguarda de los bosques	Dos reales diarios de por vida
	Guarda de los bosques	Real diario por tres años por vía de limosna
	Ordinario	Real diario por 2, 3 o 4 años y al final del reinado de por vida
	Cazador	Real diario por 4 años o dos reales diarios por 2 años
	Tirador	Medio real diario de por vida
	Zorrero	Medio real diario de por vida
	Conserje de Aceca	Dos reales diarios de por vida
Casa de Campo		
	Teniente de alcaide	24 fanegas de trigo y 35 de cebada por tres años o 3 o 4 reales diarios de por vida
	Maestro fontanero	60.000 maravedís anuales
	Alguacil de las obras	Dos reales diarios por 4 años
	Portero	Real y medio diario por 3 años
	Jardinero	Real diario de por vida
	Encañador de las fuentes	Real diario por 4 años
	Estanquero y encargado del regalo	Real diario de por vida
	Ayuda de estanquero	Real diario de por vida
	Arbolista	Real diario de por vida
	Hortelano	Real diario por 3 años

¹⁸¹ Que a doña Isabel Peinado, viuda de Juan Martínez de la Higuera, se le concedieron por sus días y también por “los de un hijo tullido de pies y manos y baldado de la lengua” (AGP, AP, Aranjuez, caja 14131).

SITIO REAL	OFICIO	MERCED PENSIONARIO/A
El Pardo		
	Alcaide y guardamayor	50.000 maravedís anuales de por vida o tres reales diarios de por vida más 100 ducados por una vez
	Teniente de alcaide	Gajes del puesto (125.844 maravedís)
	Conserje	4 reales o real y medio diario de por vida
	Asentador de la gente que trabaja en El Pardo	Tres reales diarios por 2 años
	Jardinero	Real diario por 3 años
	Guarda de a caballo	Real diario por 2 o 3 años y al final del reinado real y medio diario de por vida
Granada		
	Maestro mayor de las obras de la Alhambra	Dos reales diarios de por vida
San Lorenzo de El Escorial		
	Maestro de obras	Real y medio diario de por vida
	Aparejador de carpintería	Dos reales diarios de por vida
	Pizarrero	Real y medio diario de por vida
	Jardinero	Real diario por 3 años
	Guardamayor de los bosques	Dos reales diarios de por vida
Segovia		
Alcázar de Segovia		
	Pizarrero	Real y medio por 3 años o de por vida
Ingenio de la moneda		
	Maestro de carpintería	Dos reales diarios de por vida
	Tenedor de materiales	Real diario por su vida y la de sus hijas
	Maestro del ingenio	Tres reales diarios de por vida
	Ensayador	Dos reales diarios por 2 años

Capítulo 8: *Reservados y pensionistas*

SITIO REAL	OFICIO	MERCED PENSIONARIO/A
Segovia (Cont.)		
Ingenio de la moneda (Cont.)		
	Fundidor	Dos reales diarios de por vida
	Tallador	Real y medio diario de por vida
	Maestro de hacer moneda	Real diario de por vida
	Portero	Real diario de por vida
Valsaín		
	Guardamayor	Tres o cuatro reales diarios de por vida o 200 ducados anuales de por vida
	Conserje	Real y medio o dos reales al día de por vida
Valladolid		
	Veedor y contador	Tres reales diarios de por vida
	Aparejador	Tres reales diarios de por vida
	Pagador	Dos reales diarios de por vida
	Tenedor de materiales	Dos o cuatro reales diarios de por vida
	Oficial de la contaduría	Real diario de limosna de por vida
	Vidriero y pajarero	Dos reales diarios de por vida
	Jardinero mayor	Real y medio diario de por vida

De todos modos, debemos tener en cuenta que las prorrogaciones se exigían al principio del reinado y a partir de la década de 1640 las concesiones de pensiones eran ya de por vida e, incluso, era posible pasarla a hijos, tal y como sucedió con doña María y doña Claudia de Guzmán, hijas del difunto Jorge Manuel, aparejador de las obras del Alcázar de Toledo, a las cuales el 26 de octubre de 1632 se le hizo merced de dos reales al día por sus vidas, la cual había tenido su madre Isabel de Villegas hasta su muerte¹⁸².

¹⁸² AGP, Reg. 13, f. 105r.

Del mismo modo, como ya dijimos, los recursos de Aranjuez sirvieron en numerosas ocasiones para conceder pensiones a personajes sin relación alguna con dicho sitio real, caso de doña Antonia de Marquana y Alviz, hija del secretario Francisco Alviz, a la cual por cédula del 1 de julio de 1625 se le situaron 400 ducados anuales en Aranjuez por su vida¹⁸³. De hecho, el monarca llegó a priorizar el pago de las pensiones a dichas viudas y personajes sobre la realización de las obras de acondicionamiento necesarias en el real sitio¹⁸⁴. También se llevaría a cabo dicha operación en otros sitios reales, como en Valladolid en que se pagaron a doña Isabel de Mercado ración y gajes de médico de cámara de su marido doctor Ruiz, aunque en mucha menor medida. Finalmente, huelga decir que en estos sitios reales se produjo una notable patrimonialización de los oficios, acompañada de la posibilidad que tuvieron sus familiares para poder acceder al servicio real e iniciar una carrera en el mismo sitio real, lo cual, a partir de este reinado, hacía más fácil poder dar el salto a otro o a las casas reales.

Por lo que respecta a los reservados, la concesión de dicha merced dependía de cada sitio real, siempre teniendo en cuenta las lagunas documentales que tenemos sobre algunos de ellos¹⁸⁵. De los datos extraídos podemos colegir que los reservados tuvieron únicamente relevancia en Aranjuez, Casa de Campo y El Pardo, aunque podemos sobreentender que en el Buen Retiro sería también así si pudiéramos completar la información¹⁸⁶.

¹⁸³ AGP, AP, Aranjuez, caja 14131.

¹⁸⁴ *Ibidem*.

¹⁸⁵ Por su parte, en las obras y bosques reales únicamente encontramos reservados con los mismos gajes a un ayuda de aparejador como Pedro Pérez y a un pizarrero como Alonso de Requijada y con la mitad de los mismos, 4 reales diarios en lugar de los 8 que tenía, a un aparejador de carpintería como Antonio de Herrera y Barrionuevo.

¹⁸⁶ Como así podemos colegir de la siguiente cita: “Prebienese que en treinta y zinco personas y mercedes tiene su Magestad mandado satisfazer de la consignación del sitio un quento quatrocientos y onze mill setezientos y setenta y zinco maravedís, y haviéndose representado a su Magestad lo que con estas mercedes se yba grabando la consignación en perjuizio de la paga de los criados actuales y de su manutención, fue servido de resolver por su real decreto del año de mill seisientos y nobenta y siete, que está sentado en los libros de los ofizios, no se le consultasen mercedes de por vida para viudas ni hijos de criados que falleziesen, si solo la grazia de ayudas de costa por una vez correspondientes al grado y mérito de criado, como se ha practicado exactamente por los alcaldes desde la espedidición del zitado decreto, y en su obserbanzia se les han librado por su Magestad las ayudas de costa por la presidencia de Hazienda, haviéndose su Magestad servido de ynobarle en algunas personas por recompensa de créditos contra su Real Hazienda, de que han echo retrozesión las partes en cuia virtud gozan las pensiones; y respecto de que en las de esta calidad concurren las

Sin duda, fue en Aranjuez donde los reservados adquirirían mayor notoriedad, percibiendo por sus jubilaciones casi siempre su salario habitual sin necesidad de servir. No solo incluía dinero, si no también una cantidad en especie (caíces o fanegas de trigo y cebada), pudiendo tener también a la jubilación algunas cantidades por una vez. Las reservas abarcarían todos los estratos del real sitio, empezando por los gobernadores del mismo, pues Sebastián Antonio de Contreras y Brizuela fue reservado en 1654. Hubo también dos capellanes reservados con 180 ducados anuales de pensión, un sacristán (dos reales diarios), un maestro de obras, un aparejador de las obras¹⁸⁷, un alguacil¹⁸⁸, dos contadores (con 400 ducados anuales que podían repartir con mujer e hijos¹⁸⁹), dos ayudas de destilador, dos jardineros, un mayoral de las yeguas, un mayoral de los camellos, dos ordinarios, un guarda principal, un sobreguarda¹⁹⁰, un estanquero, un cazador de los hurones y guarda del mar de Ontígola¹⁹¹ y sobre todo 15 guardas¹⁹².

circunstancias de justizia y en todas las demás la piadosa consideración de ser dotales y limosnas contemplándose yguales para promober repetidos clamores a su Magestad de la resolución de reformarlas o suspenderlas maiormente quando de todas se están debiendo más de treinta meses parece que con la obserbanzia de lo que su Magestad tiene resuelto en el zitado decreto, y extinguiéndose el tiempo, estas mercedes, pensiones y limosnas quedarían a favor de su Magestad los dichos un quento quatrocientos y onze mill setezientos y setenta y zinco maravedís”, tomada de la “Memoria de los ofizios acrezentados en el Sitio Real de Buen Retiro desde su creación, con notizia de los que estubieron unidos y de las plazas de hordinarios que se podrán suprimir como fuesen bacando en aumento de la Consignación aplicando su ymporte para reparos y manutención del sitio”, conservada en AHN, Estado, leg. 1412, s. f. y publicada íntegra en el tomo II de Etiquetas y Ordenanzas.

¹⁸⁷ Diego Agudo, que mantuvo su salario de 25.000 maravedís al año más 20 fanegas de trigo, 3 de cebada y 5 reales al día.

¹⁸⁸ Pedro de Castro, al cual el 24 de enero de 1643 se le jubiló con 30.000 maravedís, 24 fanegas de trigo y 36 de cebada al año sin obligación de servir.

¹⁸⁹ Como sucedió con Pedro Martínez de Haro, reservado en 1628 y que en 1634 decidió dar 200 ducados anuales a su mujer y disfrutar él de otros 200, que pasarían a su hijo homónimo al morir en 1636.

¹⁹⁰ Pedro Vasco, que tenía 27.000 maravedís de salario y 40 fanegas de trigo y de cebada cada año.

¹⁹¹ Con tres reales y medio ordinarios.

¹⁹² La jubilación podía ser con la mitad de los gajes o completos, que eran de 30.000 maravedís, 36 fanegas de trigo y 36 de cebada anuales. A final del reinado, el salario pasó a ser de 40.000 maravedís y un caíz de trigo anuales, teniendo dos reales diarios como pensión.

En la Casa de Campo, por su parte, el oficio más elevado en el que se concedió la reserva fue en el de teniente de alcaide, donde nos encontramos con tres casos en que se les solía dar lo que percibían durante su ejercicio activo, que era de 20.000 maravedís anuales, más 5 reales diarios y 24 fanegas de trigo y 35 de cebada en Aranjuez. Hubo también un capellán, un hortelano, un estanquero y encargado de llevar el regalo, 4 jardineros, un portero y un guarda, percibiendo todos ellos lo mismo que tenían de salario de forma habitual, excepto los jardineros que tendrían dos o tres reales diarios de pensión.

Finalmente, en El Pardo, nos encontramos con 7 reservados que fueron dos tenientes de alcaide con 60 fanegas de trigo y 60 de cebada al año, un guarda principal con 60.000 maravedís y 40 fanegas de trigo y 40 de cebada anuales, tres guardas montados de límites con la mitad de su salario, es decir dos reales diarios, y un zorrero con dos reales diarios, siendo todas las cantidades de trigo y de cebada procedentes de Aranjuez.

1.2.9. *La casa de la reina*

Como ya indicamos anteriormente, en la casa de la reina nos encontramos con varios altos cargos de la misma que llegaron a adquirir la condición de reservados, aunque, mayoritariamente, la jubilación se reservó a los cuadros medios e inferiores del servicio concentrados, como vimos en la tabla *supra*, en oficios, cámara y, en menor medida, caballeriza, teniendo constancia únicamente de la reserva de dos ayudas de oratorio de la, por otra parte, reducida capilla de las reinas.

De modo general, con la condición de reservado se otorgaba a finales del reinado de Felipe III y principios del de su hijo una ración¹⁹³, que se trocaría en la concesión de “los gajes, ración y demás emolumentos (incluida la casa de aposento) sin necesidad de servir”¹⁹⁴, según fue avanzando el reinado de Felipe IV. Dicha concesión, no obsta para que algunos de los servidores jubilados tuvieran que solicitar nuevas mercedes al no llegarles para mantenerse¹⁹⁵ y que en

¹⁹³ Aunque, en ocasiones, al final del reinado vemos que se seguía usando, tal y como sucedió con el repostero de camas don Francisco de Solórzano.

¹⁹⁴ Sobre los gajes y demás emolumentos en la casa de la reina, véase la tabla correspondiente en el tomo II (CD Rom).

¹⁹⁵ Así sucedió con el cochero reservado Pedro de la Fuente, el cual, el 31 de julio de 1649, estando ya reservado, envió una consulta al Bureo de la reina pidiendo que se le diese librea por su extrema pobreza, a lo que el monarca respondió “désele alguna limosna”. Del mismo modo, al carretero de la caballeriza Esteban Martín se le dio una ayuda de costa de 100 reales en 1667, cuando estaba jubilado desde 1654.

algunos oficios se decidiera fijar una cantidad de pensión diferente a los gajes habituales, como fueron los dos reales y 5 maravedís que se dieron a los cocheros o los dos reales diarios a los mozos de sillas o a las barrenderas de la cámara, así como que se diera una menor pensión que los gajes habituales en casos puntuales ¹⁹⁶. Por supuesto, la principal prebenda fue permitir poder pasar el oficio a sus hijos u otros parientes, aunque la patrimonialización de los mismos que vemos en la casa de la reina fue inferior a la que tuvo lugar en la del rey. Del mismo modo, se les permitió poder pasar la ración que tuvieran, si es que se contemplaba en su oficio, en su mujer o hijos ¹⁹⁷.

Los casos en los que se decidió que el servidor retornara al servicio una vez jubilado fueron escasos –casi siempre vinculados a fraude en la concesión de dicha condición y, en los menos de los casos, en una promoción a otro oficio–, aunque en número superior que en la casa del rey, donde sí fueron puntuales, encontrándonos con casos como los de Eugenio de Marbán Bernardo ¹⁹⁸, Juan César ¹⁹⁹, Mateo Ortiz de Zárate ²⁰⁰ o Francisco de Garnica ²⁰¹.

¹⁹⁶ Como fue el de Juan de Obregón, portero de la caballeriza que solo tuvo dos de los tres reales diarios que tenía como sueldo.

¹⁹⁷ Así sucedería, entre otros casos, con Juan de Quintana, al cual en 1660 se le hizo merced del paso de su ración, como portador de la cocina que había sido, en cabeza de un hijo para tomar estado, o con el comprador Juan de Salamanca, que tras su jubilación el 5 de enero de 1648 quedó con una ración ordinaria y 40.000 maravedís, pasando la otra ración y los 26.000 maravedís que tenía a su hijo Antonio de Salamanca

¹⁹⁸ Tras servir como ayuda de cámara del rey, fue nombrado contralor de la reina el 21 de mayo de 1622. En dicho oficio serviría hasta el 3 enero de 1631, en que fue jubilado en dicho oficio, a espera de recibir una merced mayor. Ésta llegaría el 16 de octubre del año siguiente, fecha en que fue promocionado a secretario de la reina. Fallecería el 26 de agosto de 1643.

¹⁹⁹ Mozo de la cerería hasta que se le reservó en julio de 1643 en dicho oficio, el 15 de mayo de 1649 se le nombró mozo del estado de las damas. Se le devolvió su oficio de mozo de la cerería a principios de 1653 pero pocos meses después, en concreto el 23 de julio, se le concedió el oficio de ayuda del estado de las damas.

²⁰⁰ Mozo de la furriera desde el 28 de febrero de 1662, fecha en que casó con María Rubio que tenía la plaza para con quien casare, hasta que fue reservado en el mismo oficio el 20 de diciembre de 1663, aunque el 19 de julio de 1666 el duque de Montalto le dijo a la reina de que estaba bueno, por lo que volvía a servir el oficio. En 1668 pidió que se le volviese a jubilar, porque “atento a que fue jubilado y que el volver a servir fue por estar ausente en la jornada de la señora emperatriz algunos de sus compañeros”, concediéndoselo el 28 de octubre.

²⁰¹ Era jardinero en la Casa de Campo cuando fue nombrado barrendero de cámara de la reina supernumerario el 26 de octubre de 1643, oficio en el que serviría hasta que en febrero

En la casa de la reina se concedieron, aún más si cabe que en la casa del rey, pensiones vitalicias por la despensa o la cámara, que solían ser de una ración, a personajes que no llegaron a servir ni a tener relación alguna con dicho servicio²⁰², personas que hubieran servido en otras casas reales, en especial en las de la emperatriz y reina cristianísima²⁰³, e incluso a niños tomados de la puerta de la iglesia o de asedios en ciudades musulmanas²⁰⁴. Dicha situación se produjo en especial con Mariana de Austria, reina que, como ya señalamos, incrementó notablemente el número de pensionarios, especialmente al fallecer su marido y quedar como reina regente. Dichas concesiones se notarían especialmente en la cámara, en la cual, para un periodo prácticamente igual de tiempo, durante el servicio de la casa de Isabel de Borbón (1615-1644) nos encontramos con 22 pensionados, mientras que con Mariana de Austria (1649-1679) tenemos documentados 37, siendo únicamente la diferencia de 22 a 24 en los oficios de la casa.

El grueso de los pensionarios de las casas de las reinas e infanta se concentrarían en los oficios y en la cámara, pues en la capilla únicamente encontramos a Eusebia de Toledo –sobrina de fray Alexandro de Valencia, quien fuera confesor de la infanta, a la cual al fallecer su tío se le concedieron sus gajes– y en la caballeriza al citado Gonzalo Mateo, a Juana Josefa de Santoyo, hija del caballero Gonzalo Fernández de Madrid, y a María de Luna, hija de un ayuda de furrier, aunque en esta sección debemos resaltar las lagunas documentales que tenemos.

En los oficios y en la cámara, la pensión más habitual para las viudas, o sus hijos si ella fallecía antes que el servidor, fue la concesión de una ración²⁰⁵, cuya

de 1645 se le reservó. Fue readmitido en el servicio el 10 de enero de 1658 y el 31 de julio de dicho año fue promocionado a mozo de la furriera. Fallecería a finales de 1675.

²⁰² Así sucedió con el ballestero del rey Gonzalo Mateo por llevar el arcabuz a la reina, el cautivo rescatado de Constantinopla Constantino Polaco, el cómico Cosme Pérez que luego la pasó a su hija, o Lorenzo Reyes, negro del príncipe.

²⁰³ Como fue el caso de Francisco Giral, maestresala de damas de la emperatriz, doña Ana Bárbara Hiceberin, que vino sirviendo a Mariana de Austria desde el Imperio, Hernando Martínez, mozo de la cava del príncipe Filiberto de Saboya, Bernarda García de Yebra Gutiérrez, enfermera de las damas de la reina cristianísima, don Isidro de Angulo y Velasco, secretario español de la emperatriz...

²⁰⁴ Caso de Damián de Vargas, Guiomar de Sosa, Jusepe Antonio...

²⁰⁵ Encontramos numerosos ejemplos como los de Jerónima Navarro, doña Isabel de Soto, María Calvo, doña Catalina Párraga, doña Francisca de Escalera... Recaltar que todas las amas de lactancia y de respeto que la solicitaron, la tuvieron.

cuantía dependía del oficio²⁰⁶, y, en menor medida, de los gajes del difunto marido²⁰⁷ o de plazas para quien casare con alguna de sus hijas²⁰⁸, disfrutando la viuda o las hijas del salario de dichas plazas hasta que el matrimonio se llevara a cabo²⁰⁹.

No forma parte del marco cronológico de este trabajo, pero conviene reseñar que dichas prebendas se verían recortadas seriamente en la casa de la reina-madre Mariana tras la reforma del 3 de febrero de 1686, en la cual se eliminó el sueldo de todos los oficios del servicio y se impidió que viudas e hijos/as disfrutaran de los gajes del difunto marido/padre o de la ración que tenían por dicha casa; es decir, se eliminaron en este servicio los dos pilares de este sistema de previsión social que había tenido su auge con Felipe IV.

²⁰⁶ La de ama de lactancia era, por ejemplo, de 350 ducados anuales.

²⁰⁷ Como Francisca Berrocal, Josefa de Valdivieso, Ángela Gamarra, doña María de Zorrilla, María Pizarro...

²⁰⁸ Así sucedió con el cocinero mayor Pedro de Betoño, dándosele sus gajes a su mujer Inés Fernández y la primera plaza de mozo de oficio que vacare para quien casara con su hija, doña Mariana Verdugo de Robles, a la cual se le dio una plaza de fiambbrero de la cava para con quien casara, María Sánchez de Moya, que tuvo una de mozo de la furriera, Josefa Nadal, que tuvo una de mozo de cámara...

²⁰⁹ Entre otros muchos casos, nos encontramos el de Ana Aguado, que disfrutaría de los gajes y emolumentos de la plaza de mozo de oficio del guardajoyas desde el 1 de mayo de 1660 hasta que el 4 de febrero de 1662 casó con Roque Rodríguez de Matalobos, que ejercería efectivamente el oficio. Falleció Roque el 6 de octubre de 1669 y desde el 1 de enero de 1670 volvió a gozar estos gajes la dicha Ana Aguado hasta que le cesaron por la reforma de 3 de febrero de 1686.

ÍNDICE

TOMO I - VOLUMEN III

CAPÍTULO 4

Las casas del príncipe y de los infantes 1615

1. LOS ESTADOS DE FLANDES

EN EL FUTURO POLÍTICO DE LOS INFANTES:

LA DESIGNACIÓN DEL CARDENAL INFANTE DON FERNANDO

PARA LA LUGARTENENCIA REAL DE BRUSELAS,

Alicia Esteban Estríngana 1615

1.1. Flandes en el futuro político de los infantes 1617

1.2. Flandes en el futuro político de don Fernando 1653

2. LA CASA DEL CARDENAL INFANTE

DON FERNANDO DE AUSTRIA (1620-1641)

Birgit Houben 1679

2.1. La formación de la casa bruselense de Fernando 1682

2.2. La continuidad de la casa de Bruselas

después del fallecimiento de la gobernadora general 1686

2.3. La representación olivarista en la corte de Bruselas

del Cardenal Infante 1689

2.4. El ministro-dignatario de la corte 1696

2.5. El favorito del gobernador general 1701

2.6. Conclusión 1704

3. LA CASA DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS Y SU DISOLUCIÓN

Gloria Alonso de la Higuera 1706

3.1. Las jornadas del príncipe Baltasar Carlos (1640-1646).

Formación de su casa 1715

3.2. El último viaje del príncipe Baltasar Carlos 1722

3.3. La muerte del príncipe Baltasar Carlos 1728

3.3.1. La enfermedad del príncipe 1729

3.3.2. La exposición del cadáver 1740

3.3.3. El cortejo fúnebre	1744
3.3.4. El entierro de un príncipe	1749
3.3.5. Las exequias reales	1752
3.3.6. Los lutos	1759
3.3.7. El cortejo	1762
3.3.8. El templo y su túmulo	1765
3.3.9. La liturgia y el sermón	1774
4. LAS CASAS REALES DE DON JUAN DE AUSTRIA EN LA MONARQUÍA CATÓLICA (1642-1659)	
<i>Koldo Trápaga Monchet</i>	1781
4.1. Los años de indefinición (1642-1646)	1783
4.1.1. Primera planta	1783
4.1.2. El primer servicio de la casa: Juramento de don Juan como prior de la Orden de San Juan	1787
4.1.3. Don Juan, gobernador y capitán general de los estados flamencos	1797
4.1.4. El servicio de don Juan como gobernador y capitán general en las tierras del priorato	1803
4.2. El periplo militar (1646-1656)	1807
4.2.1. De Ocaña a Sanlúcar de Barrameda: La formación de la casa de don Juan de Austria como gobernador general de las armas marítimas	1807
4.2.2. El servicio de don Juan en la armada y fracaso del intento de recuperación de los presidios toscanos	1814
4.2.3. El virreinato siciliano de don Juan	1822
4.3. La casa de don Juan en el virreinato de Cataluña	1834
4.3.1. Plenipotenciario de su Majestad	1834
4.4. La época flamenca (1656-1659)	1837
4.4.1. El control de la casa desde la corte de Madrid	1838
4.4.2. Composición, financiación y reforma de la casa	1846
4.4.3. Reforma de la casa de los gobernadores: ¿Quiebra del modelo integrador de la casa real de Bruselas?	1854
5. LA CASA DE LA INFANTA MARÍA TERESA, REINA DE FRANCIA	
<i>Marcelo Luzzi Traficante, Javier Revilla Canora</i>	1869
5.1. Formación de las casas de María Teresa en Madrid y París	1873
5.2. Conclusión. La jornada y el matrimonio: La fallida construcción de un servicio	1893

CAPÍTULO 5

Los aposentadores 1897

1. EL APOSENTAMIENTO DE LA CORTE EN EL REINADO DE FELIPE IV:
LA JUNTA DE APOSENTO,
Francisco José Marín Perellón 1897
 - 1.1. La Junta de aposentadores entre 1606 y 1621 1900
 - 1.1.1. Las “casas materiales” 1902
 - 1.1.2. Las “casas a la malicia” 1903
 - 1.1.3. La discrecionalidad del aposentamiento 1907
 - 1.1.4. El funcionamiento de la junta hasta 1621 1909
 - 1.1.4.1. La consulta del visitador
Diego del Corral y Arellano 1912
 - 1.1.4.2. La planta del aposento en 1621 1917
 - 1.1.4.2.1. Los tipos contributivos
de las casas de Madrid 1919
 - 1.1.4.2.2. La normalización
de la *Nómina de la corte* 1921
 - 1.2. El funcionamiento de la junta entre 1621 y 1665 1924
 - 1.2.1. Las composiciones de aposento 1927
 - 1.2.2. Tasas y retasas de casas 1928
 - 1.2.3. La media anata 1930
 - 1.2.4. Los límites reales del aposentamiento 1932
 - 1.3. Conclusión. La Junta de aposento
en las postrimerías del reinado de Felipe IV 1933
- Anexo: La *Nómina de la corte* y el aposentamiento regio
en las ordenanzas de la junta de 11 de junio de 1621 1935

CAPÍTULO 6

Los alcaldes de casa y corte 1961

1. LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE EN TIEMPO DE FELIPE IV:
UNIÓN CON EL CONSEJO Y DEFENSA JURISDICCIONAL,
Ignacio Ezquerro Revilla 1961
 - 1.1. Introducción 1961
 - 1.2. Unidad e identificación entre el Consejo Real
y los alcaldes de casa y corte durante el reinado de Felipe IV 1965

1.2.1. La policía cortesana, factor impulsor de la integración entre Consejo y alcaldes	1974
1.3. Aportación y resistencia jurisdiccional de los alcaldes de casa y corte en un contexto de imposición de la casa de Borgoña	1984
1.3.1. Los alcaldes ante la jurisdicción militar y la jurisdicción doméstica. Conocimiento limitado sobre las guardas reales	1984
1.3.2. Otras áreas del servicio regio: Bureo, obras y bosques y aposento	1996
1.4. Pervivencia, densidad y diversificación del juego comisional	2004
1.4.1. El alcalde de los portugueses en la corte	2017
1.5. Un nuevo modelo de alcalde de casa y corte en el Barroco castellano: Erudición y diletantismo literario en el doctor don Juan de Quiñones	2026
1.5.1. Contribución literaria a las líneas políticas de la Monarquía en el “Tratado de las falsedades” y en el “Memorial de los Servicios”	2038

CAPÍTULO 7

<i>La Junta de obras y bosques</i>	2047
1. LOS SITIOS REALES Y LA CONTINUIDAD TERRITORIAL DE LA CORTE: EL ESPACIO PATRIMONIAL REGIO Y SU INTEGRACIÓN EN EL ENTORNO, <i>Ignacio Ezquerro Revilla</i>	2047
1.1. La evolución de la Junta de obras y bosques durante el reinado de Felipe IV	2048
1.1.1. Antecedentes	2048
1.1.2. Consolidación institucional de la junta	2054
1.1.3. Atribuciones de la Junta de obras y bosques	2066
1.1.3.1. Ejercicio jurisdiccional. El alcalde-juez de bosques y su relación con la junta	2066
1.1.3.2. Concesión de medidas de gracia por parte de la junta, en su ámbito de competencias	2080

1.2. La definición de los sitios reales como un proceso restrictivo.	
La preexistencia de una continuidad territorial	
de orden cortesano	2083
1.2.1. Interacción, imprecisión y límites	
entre los sitios reales y su entorno	2091
1.2.1.1. Entidad orgánica y cambiante	
de los sitios reales.	
La variación de sus límites	2091
1.2.1.2. Interacción y confusión	
de los sitios reales con su espacio limítrofe	2097
1.2.1.3. La formación del territorio patrimonial	
de Aranjuez	2106
1.2.1.4. La multiplicación de los sitios reales	
como fortalecimiento de la entidad cortesana	
en la periferia de los reinos	2111
1.2.1.5. Interacción en un sentido jurisdiccional:	
La relación entre el Consejo Real	
y la Junta de obras y bosques.	
El sentido doméstico del Consejo	2115
1.2.1.6. Transversalidad entre el patrimonio	
territorial regio directo y el mediado.	
El alcalde-juez de bosques	
como juez conservador de montes	2136
1.3. Conclusión: Consolidación institucional de la junta	
e identificación con el Consejo. Reintegración formal	
de los sitios reales en el espacio patrimonial mediado	2143
2. LA FINANCIACIÓN DE LOS SITIOS REALES (1599-1665),	
<i>Félix Labrador Arroyo</i>	2150
2.1. La situación financiera de los sitios reales	
en tiempos de Felipe III	2150
2.2. La situación financiera de los sitios reales	
durante el reinado de Felipe IV	2168
2.2.1. Los primeros años del reinado	2169
2.2.2. Desde los Millones de 1623 hasta 1644	2201
2.2.3. La situación entre 1645 y 1665	2215
3. EL REAL SITIO Y HEREDAMIENTO DE ARANJUEZ	
EN TIEMPOS DE FELIPE IV,	
<i>Virgilio Pinto Crespo, José Luis Hernanz Elvira</i>	2233

3.1. La formación del real sitio	2233
3.2. Un nuevo marco jurisdiccional	2236
3.3. La gestión y explotación de las propiedades	2239
3.4. La organización administrativa	2243
3.4.1. La Junta de oficiales	2245
3.4.2. Oficios relevantes	2247
3.4.3. La plantilla en tiempos de Felipe IV	2251
3.5. La hacienda	2255
3.6. Una jornada real en Aranjuez	2263
3.6.1. La corte en Aranjuez	2263
3.6.2. Calendario y duración de la jornada	2265
3.6.3. El eterno problema del alojamiento: La falta de aposento para los cortesanos	2267
3.6.4. El coste de una jornada en Aranjuez	2270
3.7. El declive de las finanzas de Aranjuez y las comisiones para el cobro de los atrasos	2275

CAPÍTULO 8

<i>Reservados y pensionistas</i>	2283
--	------

1. RESERVADOS Y PENSIONISTAS: UNA NUEVA VÍA DE INTEGRACIÓN DE LOS REINOS EN LA CASA REAL, <i>José Eloy Hortal Muñoz</i>	2283
1.1. Los orígenes del sistema, de Carlos V a Felipe III	2284
1.2. El auge del sistema: El reinado de Felipe IV	2298
1.2.1. La capilla	2306
1.2.2. La casa u oficios	2308
1.2.3. La cámara	2311
1.2.4. La caballeriza y la acemilería	2313
1.2.5. Las guardas reales	2318
1.2.6. La caza	2320
1.2.7. La casa de Castilla	2321
1.2.8. Los sitios reales	2327
1.2.9. La casa de la reina	2338

TÍTULOS PUBLICADOS



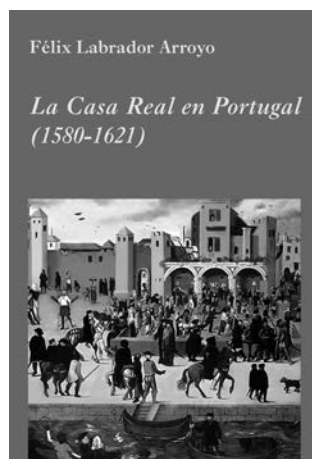
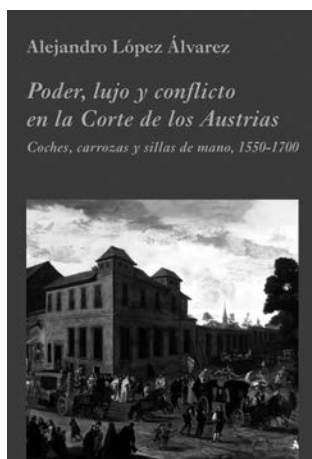


Colección
La Corte en Europa

Vol. 1 – Alejandro López Álvarez
Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias.
Coches, carrozas y sillas de mano, 1550-1700
Madrid, 2007 – 736 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-86547-98-1

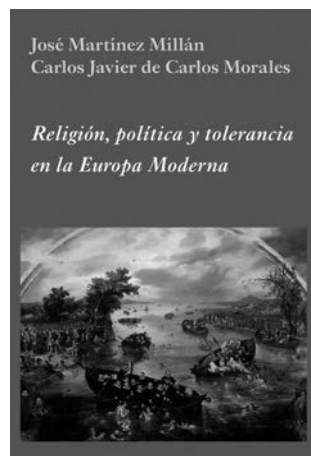
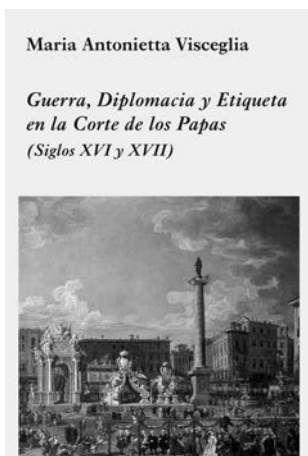
Vol. 2 – Eduardo Torres Corominas
Literatura y facciones cortesanas en la España del siglo XVI.
Estudio y edición del Inventario de Antonio de Villegas
Madrid, 2008 – 784 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-12-0

Vol. 3 – Félix Labrador Arroyo
La Casa Real en Portugal (1580-1621).
Madrid, 2009 – 584 pp. (Ilustraciones color y B/N)
Incluye CD-Rom
ISBN: 978-84-96813-33-5





Colección
La Corte en Europa



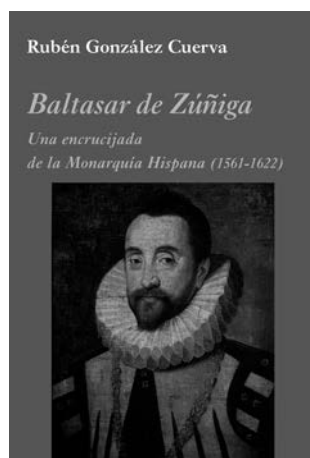
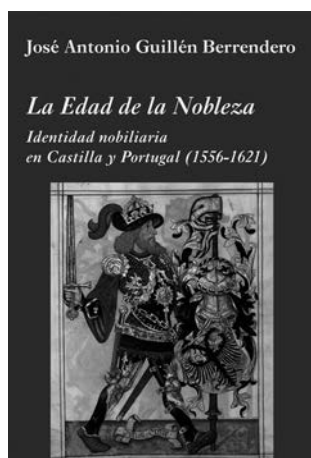
Vol. 4 – Sir Anthony Sherley
Peso de todo el mundo (1622).
Discurso sobre el aumento de esta monarquía (1625)
Edición y estudios de J. A. Martínez Torres, Á. Alloza y M. Á. de Bunes
Madrid, 2010 – 288 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-40-3

Vol. 5 – Maria Antonietta Visceglia
Guerra, Diplomacia y Etiqueta
en la Corte de los Papas (Siglos XVI y XVII)
Madrid, 2010– 240 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-41-0

Vol. 6 – José Martínez Millán, Carlos Javier de Carlos Morales
Política, religión y tolerancia en la Europa Moderna
Madrid, 2011– 384 pp.
ISBN: 978-84-96813-58-8



Colección
La Corte en Europa



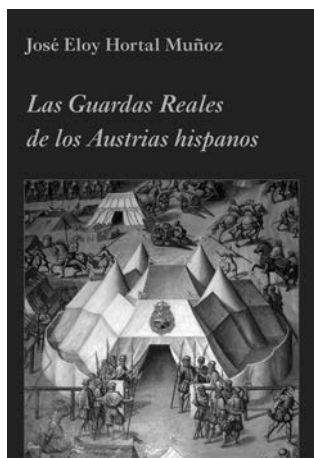
Vol. 7 - Paulo Jovio
Diálogo de las empresas militares y amorosas
Traducción de Alonso de Ulloa
Edición crítica, introducción y notas de Jesús Gómez
Madrid, 2012 - 336 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-70-0

Vol. 8 - José Antonio Guillén Berrendero
La Edad de la Nobleza.
Identidad nobiliaria en Castilla y Portugal (1556-1621)
Madrid, 2012 - 592 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-73-1

Vol. 9 - Rubén González Cuerva
Baltasar de Zúñiga.
Una encrucijada de la Monarquía hispánica (1561-1622)
Madrid, 2012 - 656 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-75-5



Colección
La Corte en Europa



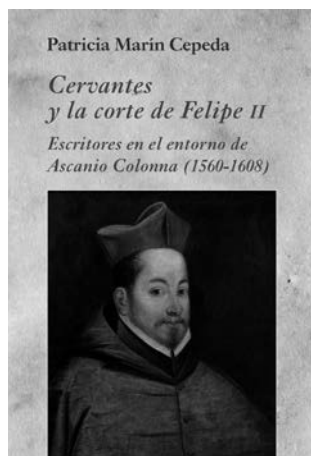
Vol. 10 - José Eloy Hortal Muñoz
Las Guardas Reales de los Austrias hispanos
Madrid, 2013 - 640 pp. (Ilustraciones color y B/N)
Incluye CD-Rom
ISBN: 978-84-96813-80-9

Vol. 11 - Amedeo Quondam
El Discurso cortesano
Edición e introducción de Eduardo Torres Corominas
Traducción de la Cattedra di Spagnolo de "La Sapienza"
Madrid, 2013- 472 pp. (Ilustraciones color)
ISBN: 978-84-96813-87-8

Vol. 12 - José Luis Gonzalo Sánchez-Molero
Felipe II. La educación de un "felicísimo príncipe" (1527-1545)
Madrid, 2013- 864 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-90-8



Colección
La Corte en Europa



Vol. 13 – Esther Jiménez Pablo
*La forja de una identidad:
La Compañía de Jesús (1540-1640)*
Madrid, 2014 – 512 pp. (Ilustraciones color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-897-7

Vol. 14 – Patricia Marín Cepeda
*Cervantes y la corte de Felipe II.
Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*
Madrid, 2015– 528 pp. (Ilustraciones color)
ISBN: 978-84-16335-02-2

Vol. 15 – Gijs Versteegen
Corte y Estado en la historiografía liberal. Un cambio de paradigma
Madrid, 2015– 496 pp. (Ilustraciones B/N)
ISBN: 978-84-16335-04-6



Colección
La Corte en Europa

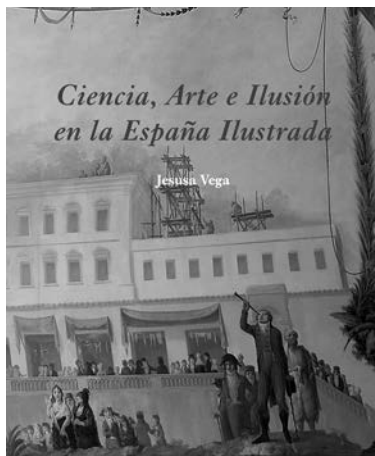
SERIE MAIOR

Jesusa Vega

Ciencia, Arte e Ilusión en la España Ilustrada

Madrid, 2010 - 528 pp. (Ilustraciones Color y B/N)

ISBN: 978-84-96813-48-9



En prensa:

Gloria Martínez Leiva, Ángel Rodríguez Rebollo

El Inventario del Alcázar de Madrid de 1666.

Felipe IV y su colección artística

Madrid, 2015 - (Ilustraciones Color y B/N)



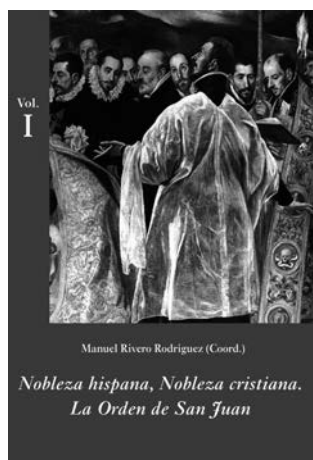
Colección
La Corte en Europa

SERIE TEMAS

José Martínez Millán, M^a Paula Marçal Lourenço (Coords.)
Las Relaciones Discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa.
Las Casas de las Reinas (siglos XV-XVIII)
Madrid, 2008 - 3 vols. 2.296 pp. (Ilustraciones B/N)
ISBN (Obra Completa): 978-84-96813-16-8

Manuel Rivero Rodríguez (Coord.)
Nobleza hispana, nobleza cristiana.
La Orden de San Juan
Madrid, 2009 - 2 vols. 1.624 pp. (Ilustraciones B/N)
ISBN (Obra Completa): 978-84-96813-29-8

José Martínez Millán, Manuel Rivero Rodríguez (Coords.)
Centros de Poder Italianos en la Monarquía Hispánica (siglos XV-XVIII)
Madrid, 2010 - 3 vols. 2.320 pp. (Ilustraciones B/N)
ISBN (Obra Completa): 978-84-96813-35-9





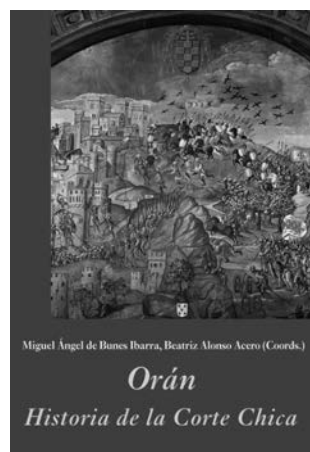
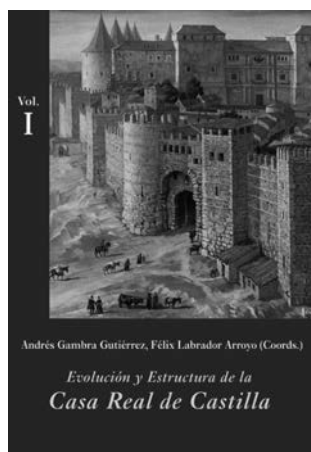
Colección
La Corte en Europa

SERIE TEMAS

Andrés Gamba Gutiérrez, Félix Labrador Arroyo (Coords.)
Evolución y estructura de la Casa Real de Castilla
Madrid, 2010 - 2 vols. 1.112 pp. (Ilustraciones B/N)
ISBN (Obra Completa): 978-84-96813-45-8

José Martínez Millán, Rubén González Cuerva (Coords.)
La Dinastía de los Austria.
Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio
Madrid, 2011 - 3 vols. 2.240 pp. (Ilustraciones B/N)
ISBN (Obra Completa): 978-84-96813-51-9

Miguel Ángel de Bunes Ibarra, Beatriz Alonso Acero (Coords.)
Orán. Historia de la Corte Chica
Madrid, 2011 - 1 vol. 496 pp. (Ilustraciones Color y B/N)
ISBN: 978-84-96813-61-8





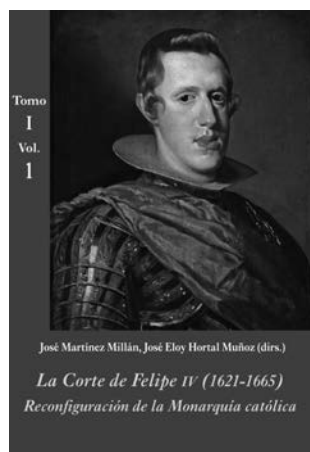
Colección
La Corte en Europa

SERIE TEMAS

José Martínez Millán, Manuel Rivero Rodríguez, Gijs Versteegen (Coords.)
La Corte en Europa: Política y Religión (siglos XVI-XVIII)
Madrid, 2012 - 3 vols. 2.096 pp. (Ilustraciones B/N)
ISBN (Obra Completa): 978-84-96813-65-6

José Martínez Millán, Concepción Camarero Bullón,
Marcelo Luzzi Traficante (Coords.)
La Corte de los Borbones. Crisis del modelo cortesano
Madrid, 2013 - 3 vols. 2.272 pp. (Ilustraciones B/N)
ISBN (Obra Completa): 978-84-96813-81-6

José Martínez Millán, José Eloy Hortal Muñoz (Dirs.)
*La Corte de Felipe IV (1621-1665):
Reconfiguración de la Monarquía católica*
Madrid, 2013 - 3 vols. 2.544 pp. + CD Rom
ISBN (Obra Completa): 978-84-16335-07-7





Este tercer volumen del tomo primero de
La corte de Felipe IV (1621-1665).
Reconfiguración de la Monarquía católica
se acabó de imprimir en Madrid
el día 7 de septiembre del año 2015.

Tras la paz de Westfalia, Felipe IV (al igual que sus servidores) comenzó a darse cuenta de que el concepto de “Monarquía católica” carecía de contenido y de eficacia política. Es preciso recordar que la unión de la Monarquía católica y el Imperio ya no se consideraba una “comunidad política” ni tenía intereses y proyectos religiosos comunes. Ni siquiera Roma, cuando se refería a la Monarquía hispana, le otorgaba el contenido político y el significado religioso que había representado la Monarquía católica durante la primera mitad del XVII. El propio Emperador (la otra rama de los Habsburgo) no lo interpretaba ya de esta manera ni consideraba que, en unión con la rama de la dinastía de Madrid, constituían el baluarte de la Iglesia católica; es más, no estimaba a la Monarquía católica como un aliado de garantía en la lucha política que mantenía en el continente europeo, como lo demuestra el acuerdo que llegó a establecer con Luis XIV, tras la muerte de Felipe IV, para repartirse los territorios en disputa.

La Monarquía católica se convenció de que su decadencia consistía en el declive de la dinastía hispana de los Habsburgo en Europa; pero tomó conciencia de que su auténtico poder e influencia estaba en su Imperio americano. A finales del reinado de Felipe IV (y sobre todo en el de su hijo Carlos II) se percibe una reestructuración institucional que daría lugar a una Monarquía basada en una constitución nueva.

ISBN (O.C.): 978-84-16335-07-7



Ediciones Polifemo

ISBN (Vol. 3): 978-84-16335-10-7

